La leyenda dorada, 2

Santiago de la Vorágine

ALIANZA FORMA

La colección de vidas de santos que conocemos por el nombre de *La leyenda dorada* es en su mayor parte –hay añadidos de épocas posteriores– obra de Santiago de la Vorágine, dominico italiano que llegó a ser arzobispo de Génova.

De intención edificante, constituye una de las más claras expresiones de una literatura cristiana que, situándose muy lejos del discurso teológico e incorporando narraciones piadosas que en ocasiones se remontan a los siglos IV, V y VI, conectaba con el alma popular mediante la sabia fusión de historia y leyenda, y de espiritualidad y materialidad. El gusto por el detalle visible y palpable que impregna estos relatos recorre asimismo la serie de xilografías que ilustra esta edición, procedente de la traducción italiana de la *Leyenda* que en Venecia publicó Capcasa en 1494.

La inclusión de *La leyenda dorada* en Alianza Forma apenas precisa de justificación. Ofrecer al lector español, y por vez primera, uno de los repertorios iconográficos más utilizados por el arte occidental desde el período tardomedieval hasta el siglo XIX tiene un indudable interés también para los estudiosos de la iconografía y del arte en general.

La *Leyenda*, término que no conlleva aquí significación alguna de fantasía o ficción, sino la etimológica de «lo que se debe leer», ha sido traducida directamente del latín por fray José Manuel Macías, O. P.

Santiago de la Vorágine (h. 1228-1298), es el nombre castellanizado del beato Jacobo da Varazze o Jacobo della Vorágine, hagiógrafo dominico que comenzó a escribir *La leyenda dorada* en 1250 y trabajó en ella durante treinta años. Eran libros de devoción para la gente común y a través de sus páginas ofrecía la posibilidad de conocer modelos de vida dignos de ser emulados.

ALIANZA EDITORIAL

Santiago de la Vorágine

La leyenda dorada, 2

Traducción del latín:
Fray José Manuel Macías

Alianza Editorial

acceso
abierto

Alianza Forma

Título original:
Legendi di Sancti vulgari Storiado

Primera edición "Alianza Forma": 1982
Octava reimpresión en "Alianza Forma": 1997

Creative Commons

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, 1984, 1987, 1989, 1990, 1992, 1994, 1995, 1997
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; teléf. 393 88 88; 28027 Madrid
ISBN: 84-206-7998-4 (Obra completa)
ISBN: 84-206-7030-8 (Tomo II)
Depósito legal: M. 20.246-1997
Fotocompuesto en: FER Fotocomposición, S. A.
Lenguas, 8. 28021 Madrid
Impreso en Lavel. Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Indice

CXX. San Bernardo 511
CXXI. San Timoteo 522
CXXII. San Sinforiano 522
CXXIII. San Bartolomé 523
CXXIV. San Agustín 531
CXXV. La Decapitación de san Juan Bautista 547
CXXVI. San Félix y san Adaucto 555
CXXVII. San Sabiniano y santa Sabina 556
CXXVIII. San Lupo 559
CXXIX. San Mamertino 561
CXXX. San Gil 563
CXXXI. La Natividad de la Bienaventurada Virgen María 565
CXXXII. San Cornelio y san Cipriano 575
CXXXIII. San Lamberto 576
CXXXIV. San Adrián y sus compañeros 577
CXXXV. San Gorgonio y san Doroteo 581
CXXXVI. San Proto y san Jacinto 582
CXXXVII. La Exaltación de la Santa Cruz 585
CXXXVIII. San Juan Crisóstomo 591
CXXXIX. Santa Eufemia 599
CXL. San Mateo, apóstol 602
CXLI. San Mauricio y sus compañeros 607
CXLII. Santa Justina, virgen 611
CXLIII. San Cosme y san Damián 615
CXLIV. San Furseo, obispo 618
CXLV. San Miguel Arcángel 620
CXLVI. San Jerónimo 630
CXLVII. San Remigio 636
CXLVIII. San Leodegario 637
CXLIX. San Francisco 639
CL. Santa Pelagia 652
CLI. Santa Margarita 653
CLII. Santa Tais, meretriz 655
CLIII. San Dionisio, san Rústico y san Eleuterio 657

CLIV. San Calixto 663
CLV. San Leonardo 664
CLVI. San Lucas, evangelista 668
CLVII. San Crisanto y santa Daría 676
CLVIII. Las Once Mil Vírgenes 677
CLIX. San Simón y san Judas, apóstoles 681
CLX. San Quintín 687
CLXI. San Eustaquio 688
CLXII. Todos los Santos 694
CLXIII. La conmemoración de las almas 704
CLXIV. Los Cuatro Coronados 717
CLXV. San Teodoro 717
CLXVI. San Martín, obispo 718
CLXVII. San Bricio 728
CLXVIII. Santa Isabel 730
CLXIX. Santa Cecilia 747
CLXX. San Clemente 753
CLXXI. San Crisógono 764
CLXXII. Santa Catalina 765
CLXXIII. San Saturnino, santa Perpetua, santa Felicidad y sus compañeros mártires 774
CLXXIV. Santiago el Interciso 776
CLXXV. San Pastor 779
CLXXVI. San Juan, abad 782
CLXXVII. San Moisés, abad 783
CLXXVIII. San Arsenio, abad 785
CLXXIX. San Agatón, abad 787
CLXXX. San Barlaán y san Josafat 789
CLXXXI. San Pelagio, papa 803
CLXXXII. La Dedicación de la iglesia 822
CLXXXIII. Los Diez Mil Mártires 833
CLXXXIV. San Jadoc 834
CLXXXV. San Othmaro 838
CLXXXVI. San Conrado 840
CLXXXVII. San Hilarión 841
CLXXXVIII. Historia de Carlomagno 843
CLXXXIX. La Concepción de la Bienaventurada Virgen María 850
CXC. Santa Otilia 862
CXCI. San Udalrico, obispo 864
CXCII. San Galo, confesor 866
CXCIII. San Albogasto, obispo de Estrasburgo 870
CXCIV. San Adelfo 873
CXCV. La Visitación de la Bienaventurada Virgen María a Isabel 874
CXCVI. Santa Escolástica, hermana de san Benito 876
CXCVII. San Ruperto 878
CXCVIII. San Florián 882
CXCIX. San Erasmo 882
CC. San Kilián 890
CCI. San Enrique, emperador 895
CCII. Santa Bárbara 896
CCIII. Santa Brígida 903
CCIV. San Gangulfo 905

CCV. San Udalrico. 906
CCVI. Santa Afra. 906
CCVII. San Oswaldo. 907
CCVIII. Santa Tecla 908
CCIX. Santa Cunegunda 909
CCX. Santa Dorotea. 918
CCXI. San Wolfgango 920
CCXII. El milagro de Santa Catalina 923
CCXIII. San Luis, rey de los franceses 925
CCXIV. Leyenda de santo Tomás de Aquino 929
CCXV. San Marcelo, obispo de París 935
CCXVI. Santa Genoveva 937
CCXVII. El Domingo de Ramos 945
CCXVIII. La Cena del Señor 948
CCXIX. San Bernardino de Siena, confesor 951
CCXX. San Buenaventura, obispo y confesor 953
CCXXI. San Roque, confesor 954
CCXXII. Santa Ana, madre de la Virgen María 955
CCXXIII. Solemnidad del Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo 956
CCXXIV. Nuestra Señora de la Piedad 959
CCXXV. San José, esposo de la Virgen María. 962
CCXXVI. San Ireneo, dignísimo arzobispo de Lyon 963
CCXXVII. San Fortunato. 965
CCXXVIII. San Honorato. 966
CCXXIX. San Fusiano, mártir. 967
CCXXX. San Justo, arzobispo de la ínclita ciudad de Lyon 968
CCXXXI. Santa Catalina de Siena, virgen de la Sagrada Orden de Predicadores 969
CCXXXII. San Vicente, confesor de la Sagrada Orden de Predicadores. 971
CCXXXIII. San Anemundo, arzobispo y mártir. 973
CCXXXIV. San Fermín, obispo y mártir 974
CCXXXV. San Lázaro, obispo y discípulo del Señor. 975
CCXXXVI. Santa Clara 975
CCXXXVII. San Filiberto, confesor. 977
CCXXXVIII. San Anselmo, obispo 978
CCXXXIX. San Eloy, obispo. 980
CCXL. Santa Radegunda, reina de Francia 981
CCXLI. San Servacio. 983
CCXLII. La Corona de Nuestro Señor Jesucristo 983
CCXLIII. Vida y comportamiento de san Román, abad 984
Indice onomástico 987

Capítulo CXX

SAN BERNARDO

Bernardo deriva de *ber* (pozo, fuente) y de *nardo,* nombre de una planta que según la Glosa del *Cantar de los Cantares* es humilde, cálida por naturaleza y muy aromática. San Bernardo fue también *cálido* por su fervorosa caridad, *humilde* en su conducta, *fuente* de doctrina, *pozo* de profunda ciencia y *aromático* por su excelente reputación extendida cual suave pefume por todas partes. Guillermo, compañero suyo y abad de san Teodorico, y Hernaldo, abad de Valbuena, escribieron su vida.

Bernardo nació en el castillo de Fontaines, en Borgoña, en el seno de una familia noble y muy piadosa. Su padre, Tescelín, caballero valeroso, vivió plenamente consagrado a su profesión militar y al servicio de Dios. Su madre, Alicia, tuvo siete hijos; de ellos, seis fueron varones y los seis se hicieron monjes; monja se hizo también la única hembra que esta santa madre engendró. Sábese que Alicia, tan pronto como alumbraba a sus hijos, tomábalos en sus manos, ofrecíalos a Dios y prometía al Señor que en cuanto alcanzaran la edad adecuada los consagraría a su servicio en algún monasterio. De ahí que los siete frutos de sus entrañas, secundando los deseos de su progenitora, a su debido tiempo abrazasen la vida religiosa.

Alicia se encargó personalmente de la crianza y educación de sus hijos hasta el punto de que no consintió que pechos ajenos amamantaran a ninguno de ellos; puso sumo empeño en lactarlos por sí misma y en procurarles a través de la leche maternal con que alimentaba sus cuerpos una nutrición espiritual que desarrollara en sus almas la inclinación hacia el bien y hacia la virtud; y a medida que los destetaba, por sí misma también continuaba su misión de nodriza preparándoles con sus propias manos los alimentos que habían de comer. Mientras los tuvo a su cargo, los acostumbró a conformarse con comidas tan sencillas como las que solían ingerir las gentes de condición humilde. La mesa de aquella casa más parecía preparada para anacoretas que para cortesanos. De ese modo los habituó a la frugalidad, y poco a poco los preparó para la vida austera que en los monasterios tendrían que llevar.

Durante el tercero de sus embarazos, el correspondiente precisamente al nacimiento de san Bernardo, tuvo en sueños una visión que constituyó una especie de presagio acerca del porvenir de aquel niño que llevaba en sus entrañas. En efecto, soñó que, en lugar de tener en su seno una criatu-

ra humana, tenía un perrito completamente blanco en la mayor parte de su cuerpo y pardo en la porción correspondiente al lomo; y que el tal cachorrillo no cesaba de ladrar. Alicia quedó intrigada de tal manera, que unos días después fue a visitar a un santo varón de Dios y le refirió lo que había soñado. El venerable religioso, después de oírla, díjole proféticamente:

—Serás madre de un poderoso mastín que defenderá la casa del Señor y ahuyentará de ella con sus ladridos a enemigos muy peligrosos. Tu hijo llegará a ser insigne predicador; con la gracia de su predicación medicinal procurará la salud del alma a multitud de pecadores.

Siendo Bernardo niño de corta edad cayó enfermo, aquejado de fuertes dolores de cabeza. Súpolo una mujercilla que se hacía pasar por curandera, acudió al castillo, se acercó al enfermo, le ofreció sus servicios y le prometió que con algunos ensalmos le aliviaría la jaqueca; pero no pudo intentar hacer su oficio, porque el pequeño, indignado, gritando enérgicamente, la obligó a salir de su casa. Inmediatamente después de esto, Dios, misericordiosamente, recompensó al pequeño por aquella prueba de celo que había dado, curándole repentinamente, y tan por completo, que acto seguido el niño se levantó de la cama enteramente libre de la dolencia que venía padeciendo.

También tenía muy corta edad cuando le ocurrió este otro caso: Hallábase en la iglesia la noche de Navidad para asistir a la misa solemne que de allí a poco rato iba a comenzar. Durante la espera, entróle de pronto un gran deseo de saber a qué hora exacta de aquella noche misteriosa y santa habría nacido el Salvador; y cuando ya llevaba cierto tiempo obsesionado por semejante pensamiento, apareciósele repentinamente Jesús en aspecto de niño recién nacido. De ahí entonces mismo dedujo, y toda su vida permaneció convencido de la legitimidad de esta deducción, que Cristo había venido al mundo precisamente a la misma hora en que a él se le había aparecido de aquella manera. Los efectos de esta visión fueron para él tan notables, que a partir del momento en que la tuvo su alma quedó plenamente iluminada en todo lo referente al sublime misterio del nacimiento del Señor; hasta el punto de que, cuando hablaba de El, como lo entendía tan profundamente, hacíalo con inagotable elocuencia. Más adelante escribió varios tratados sobre el Verbo encarnado y sobre su Santísima Madre. El primero de los compuestos por él y publicados sobre esta materia fue un opúsculo notabilísimo a modo de comentario a estas palabras del Evangelio: «*Missus est angelus Gabriel...*» (El ángel Gabriel fue enviado...).

Desde su infancia adoptó Bernardo la resolución de vivir en perpetua castidad. Este propósito sentó tan mal al secular enemigo, que, desde que lo formulara, intentó por todos los medios apartarlo de él tendiéndole infinidad de asechanzas y asediándolo muy frecuentemente con torpes tentaciones. En cierta ocasión, siendo aún bastante joven, estuvo durante un rato mirando fijamente al rostro a una mujer sin advertir lo que estaba haciendo; mas, en cuanto se dio cuenta de ello, se ruborizó, se erigió en juez de sí mismo y, para castigar la falta en que pudiera haber incurrido con su indiscreta mirada, condenóse a arrojarse a un estanque cuyas aguas estaban frías como el hielo; y en el estanque permaneció tiritando, purgando con tan severísima pena su anterior curiosidad; y no salió del agua helada hasta que, entumecido y con la circulación de su sangre casi paralizada, comprendió que Dios con su gracia había extinguido totalmente el calor de su precedente e inadvertida concupiscencia carnal.

Por ese mismo tiempo ocurrióle este otro episodio: Una noche, cierta jovencilla, movida por el diablo, completamente desnuda se introdujo en el mismo lecho en que Bernardo dormía, y tanto se arrimó a él que lo despertó. El joven mancebo, al despertar y advertir la presencia de la intrusa, no dijo nada, sino que se limitó a apartarse pacíficamente de ella y a correrse hacia el extremo de la cama dejándo libre el sitio que anteriormente ocupaba, volviéndose de espaldas. Hecho esto dispúsose a seguir durmiendo y, en efecto, inmediatamente se durmió de nuevo. La desairada muchacha, de momento, soportó el desdén y decidió esperar un poquito antes de comenzar de nuevo a atacarle. Al cabo de un rato reincidió en sus acometidas, empezó a palparle y trató de excitar la concupiscencia del adolescente; pero como todo cuanto hizo para ello resultó inútil, pues Bernardo permaneció inmóvil e insensible a los estímulos y tactos de la tentadora, ésta, a pesar de que era sumamente desvergonzada, desistió de su empeño, abandonó el lecho llena de remordimientos y, admirada de la virtud de aquel joven y confusa y horrorizada por lo que había hecho, huyó rápidamente de allí.

En otra ocasión, también en la época de su adolescencia, acaecióle algo similar: yendo de viaje con algunos compañeros suyos, alojáronse todos en casa de una señora. Esta mujer en cuanto vio a Bernardo quedó prendada de su hermosura y de su juvenil prestancia, e inflamada de concupiscencia y queriendo gozar de él, preparóle una cama en habitación distinta de la que habían de ocupar el resto de sus acompañantes. Llegada la noche, cuando supuso que los demás dormían, sigilosamente se introdujo en la estancia del mancebo, se acercó a su lecho y comenzó a acariciarle impúdicamente. Bernardo despertó, se dio cuenta de la situación en que se encontraba y comenzó a gritar:

—¡Socorro! ¡Ladrones, ladrones!

Tales voces dio en demanda de auxilio, que la tendadora rápidamente huyó. Cuantos dormían en la casa despertaron, encendieron luces y recorrieron la vivienda en busca de los ladrones, y como no los hallaran, volviéronse a sus camas. Momentos después todos dormían de nuevo tranquilamente, menos la desgraciada mujer, que al cabo de cierto tiempo se levantó de nuevo, y de nuevo se introdujo cautelosamente en la habitación de Bernardo, se acercó a él e intentó repetir sus anteriores maniobras; pero también el joven repitió su gritería pidiendo auxilio contra los ladrones y despertando a todos, que saltaron de sus lechos y, como la vez anterior, se lanzaron a la búsqueda infructuosa de aquellos ladrones que Bernardo denunciaba. Solamente Bernardo sabía quién era el ladrón que entraba en su cuarto, pero no quiso descubrir de quién se trataba. Por tercera vez, en aquella noche, se repitió el episodio con el mismo resultado que en las dos ocasiones anteriores; mas como también en esta tercera tentativa quedaran frustrados los planes de la tentadora, ésta, ya fuese por despecho al verse sistemáticamente rechazada, o por temor a que todo se descubriera, se dio por vencida y dejó en paz al gentil mancebo. A la mañana siguiente Bernardo y sus compañeros prosiguieron su viaje, y, yendo por el camino, al preguntar ellos a Bernardo que a qué podían deberse las pesadillas y repetidos sueños sobre ladrones que reiteradamente había tenido, y que habían impedido descansar a todos los de la casa, Bernardo les respondió y aclaró:

—No hubo tales pesadillas ni tales sueños; lo de los ladrones fue verdad, puesto que la mujer que nos dio alojamiento, reiteradamente, a lo largo de la noche, trató de robarme el irrecuperable tesoro de mi castidad.

A raíz de este suceso, comprendiendo que si continuaba morando entre serpientes su virtud no estaba segura, comenzó a pensar en la conveniencia de ingresar en la Orden del Císter. Cuando sus hermanos se enteraron de los propósitos que abrigaba, primeramente trataron por todos los medios de hacerle desistir de ellos; pero el Señor lo asistió con su gracia de tal manera, que fue el propio san Bernardo quien persuadió no solamente a sus hermanos, sino a otros muchos más para que entraran con él en la mencionada religión. De entre todos los hermanos, el que más resistencia puso para dejarse convencer, fue Gerardo, militar de profesión y muy valeroso por cierto. Cuando Bernardo lo exhortaba a que abandonara el mundo y se retirara al monasterio, Gerardo, tras rechazar cuantas consideraciones Bernardo le hacía, respondíale ásperamente diciéndole:

—No pierdas el tiempo dándome consejos que no pienso seguir. Un día, Bernardo, inflamado por el celo de su fraterna caridad, en una de estas discusiones, dijo con evidente irritación a Gerardo:

—¡Ay, hermano mío! ¡Tú no entrarás en razón hasta que un suceso desgraciado te obligue a ello!

Seguidamente, colocando uno de sus dedos sobre el costado de Gerardo, añadió:

—Dentro de muy pocos días, por aquí, por donde yo estoy señalando con mi dedo, una lanza se hundirá en tus carnes y por el camimo que ella abra llegarán hasta tu corazón los consejos que hasta ahora te has negado a tener en cuenta.

Efectivamente, unos días después una lanza enemiga perforó el costado de Gerardo, precisamente por el mismo sitio que Bernardo con su dedo le indicara, y el valiente soldado, derrotado y herido, fue dado prisionero y encerrado en una cárcel. Bernardo fue a la prisión a visitar a su hermano, y como los carceleros no le permitieran pasar, desde lejos, en voz muy alta, para que su hermano pudiera oírle, le dijo:

—¡Gerardo, hermano mío! ¡Muy pronto tú y yo iremos juntos a un monasterio y nos quedaremos en él!

Aquella misma noche los grillos y cepos con que tenían sujeto al preso, se soltaron por sí mismos, las puertas de la cárcel se abrieron, Gerardo huyó de la prisión, y lleno de alegría se presentó a Bernardo y le declaró:

—He cambiado de opinión: quiero hacerme monje.

El año 1112 de la Encarnación del Señor, a los quince de la fundación del monasterio del Císter, el siervo de Dios, Bernardo, que contaba veintidós años de edad, acompañado de más de treinta jóvenes llamó a las puertas de aquella casa e ingresó en la Orden de los Cistercienses. Cuando él y sus hermanos salieron del domicilio paterno para dirigirse a la abadía, Guido, el mayor de ellos, viendo a Nivardo, el menor, jugando en la plaza con otros muchachos, le dijo:

—Nivardo, hermano, ahí te dejamos toda nuestra hacienda; desde este momento tú serás el único heredero del patrimonio de nuestros padres.

Nivardo, al oír esto, pese a que era todavía un niño, respondió con discreción de persona adulta:

—¿De modo que a mí me dejáis la tierra, y vosotros os quedáis con el cielo? No me parece nada justa la distribución de bienes que habéis hecho.

El pequeño Nivardo permaneció algún tiempo en la casa paterna, pero no tardó en seguir el camino de sus otros hermanos.

El siervo de Dios, Bernardo, desde el momento en que ingresó en la Orden se consagró al Señor de tal manera y tan enteramente que, absorto en la contemplación espiritual de la cosas divinas, parecía carecer de sentidos corporales. Un año llevaba ya morando en la parte del monasterio reservada a los novicios, y durante todo ese tiempo ni se enteró siquiera de que los techos de aquellos salones eran abovedados. Todos los días entraba en la iglesia multitud de veces y otras tantas salía de ella, y sin embargo tuvo que pasar mucho tiempo para que se enterara de que en el ábside del templo monacal había tres ventanales, y no unos sólo, como él erróneamente creía.

Posteriormente, el abad del Císter encomendó a algunos de sus religiosos la fundación de Claraval, y puso a Bernardo al frente del nuevo monasterio. Posesionado el siervo de Dios del gobierno de la nueva abadía, vivió en ella con tanta pobreza, que durante mucho tiempo se alimentó exclusivamente de hojas de haya que él mismo cocía. Sus vigilias iban más allá de lo que la naturaleza humana normalmente suele resistir. Ningún tiempo le parecía tan perdido como el que empleaba durmiendo. La comparación entre el sueño y la muerte parecíale muy acertada, y en relación con esto solía decir:

—Una persona dormida, ante los ojos de los hombres es como si estuviera muerta; y un muerto, ante los ojos de Dios es como si estuviera dormido.

Si oía roncar a algún monje, sobre todo si los ronquidos eran estrepitosos, o si observaba que alguno no mantenía en el lecho la debida compostura, se desazonaba y sufría, porque parecíale que semejante manera de dormir, tal vez excusable entre personas carnales o tolerable en los seglares, no era propio de un religioso.

Si comía, no lo hacía por satisfacer su apetito ni por dar gusto al cuerpo, sino para evitar su desfallecimiento y sostener sus fuerzas físicas. Para él, tener que comer constituía un auténtico tormento. Después de cada comida examinaba su conciencia y trataba de averiguar si había comido más de lo necesario; y si a su juicio, había rebasado por muy poco que fuera la estricta medida, imponíase a sí mismo severas penitencias. De tanto mantener a raya la gula, llegó a perder casi totalmente el sentido del gusto y el discernimiento de los diferentes sabores. En cierta ocasión, inadvertidamente, alguién le sirvió como bebida aceite; él bebió lo que le habían servido y, si poco después se descubrió el error, no fue porque él notara nada extraño en el sabor de lo que acababa de beber, sino porque alguién se dio cuenta de que tras de haber bebido sus labios ofrecían un aspecto oleaginoso. Otra vez le pusieron en su mesa, equivocadamente, un pote que contenía sangre coagulada en lugar de manteca. Durante varios días el siervo de Dios, en su comida, comió porciones de aquella sangre sin caer en la cuenta de que no era manteca lo que del tarro extraía. La única sensación que distinguía con su paladar, o más exactamente con su garganta, era la del agua fresca, mas no por razones de sabor, sino porque, como él decía, si bebía y lo que bebía era agua fresca, en seguida lo notaba por el alivio que sentía al pasar el líquido por sus fauces.

Frecuentemente manifestaba a sus amigos que todo lo que sabía habíalo aprendido orando, y meditando en la soledad de los bosques y de los campos lo que leía en las Sagradas Escrituras, y que no había tenido más maestros que las encinas y las hayas.

En una ocasión declaró que, algunas veces, cuando estaba orando y meditando en determinados pasajes de los libros sagrados, veía con meridiana claridad el sentido auténtico en que debían tomarse los textos sobre los que recaía su medita-

ción; y en otra ocasión confesó que, frecuentemente, en sus tiempos de oración y meditación presentábase ante su mente toda la Sagrada Escritura perfectamente clara, explanada e interpretada. En su comentario al *Cantar de los Cantares* refiere este hecho: Hallábase un día preparando uno de sus sermones. Durante la preparación parecióle entender que el Espíritu Santo le sugería lo que en dicho sermón procedía que dijera. Él, sin embargo, no por infidelidad, sino por el deseo de llegar a una mayor convicción y seguridad en aquella materia, decidió aplazar el desarrollo del tema hasta que lo hubiera estudiado con más detenimiento y mayor profundidad; mas, apenas tomó esta decisión, oyó una voz que le decía: «Si no aceptas la interpretación que sobre este asunto se te está brindando, no recibirás las luces necesarias para interpretar otros».

Sus ropas fueron siempre pobres, pero limpias. Solía decir que la suciedad y desaliño en el vestir obedecían a una de estas tres cosas: o a negligencia, o a morbosa delectación personal de vanagloria, o al afán de granjearse fama de virtud ante los demás. A menudo citaba este proverbio adoptado por él como norma de conducta: *Si quieres pasar inadvertido a los ojos del prójimo, evita toda suerte de singularización.*

Mientras pudo hacerlo sin que nadie se diera cuenta de ello, llevó bajo sus hábitos, durante muchos años, una áspera túnica de pelo de cabra; pero tan pronto como se enteró de que sus monjes sabían que maceraba su cuerpo con semenjante cilicio, prescindió de él y lo sustituyó con ropa interior igual a la que usaban los demás miembros de la comunidad.

Jamás rió de manera incontenible y descompasada. Mayor esfuerzo tenía que hacer para reír que para dejar de hacerlo, porque cuando reía necesitaba más bien de estímulos para proseguir riendo que de frenos para contener la risa.

Frecuentemente decía que había tres procedimientos para ejercitar la paciencia, a saber: soportar las injurias verbales, aguantar las contrariedades y reveses, y aceptar las enfermedades y lesiones corporales. Que él practicó esta virtud de las tres maneras referidas se prueba por los siguientes ejemplos:

Una vez escribió a un obispo una carta haciéndole en ella cierta amonestación en términos amistosos. El obispo, sumamente irritado, le respondió con otra carta que empezaba de este modo: «Te deseo salud, y no espíritu de blasfemia». Con esta expresión el prelado trataba de dar a entender a san Bernardo que en el escrito que de él había recibido se contenían conceptos blasfemos. El santo le contestó en los siguienes términos: «No creo que exista en mí espíritu de blasfemia; no tengo conciencia de haber pretendido nunca molestar a nadie, y si a nadie quiero ofender, mucho menos al príncipe de mi pueblo».

Un abad envió a san Bernardo seiscientos marcos de plata para ayuda de las obras de un monasterio que estaba construyendo; cuando los encargados de hacer llegar al santo el referido donativo iban de camino, fueron asaltados por unos bandoleros que los despojaron de cuanto llevaban. San Bernardo, al enterarse de que aquel dinero había sido robado, se limitó a decir: «Bendito sea Dios por habernos librado de ese peso. Hermanos, seamos comprensivos con los ladrones que os lo quitaron y tratemos de disculparlos, pues por una parte la humana codicia los cegó e impidió que vieran claramente lo que hacían, y por otra, nada tiene de extraño que la gran cantidad de plata que con vosotros traíais desencadenara en ellos una tentación también muy grande».

En cierta ocasión un canónigo regular visitó al Santo y le rogó encarecidamente que lo recibiera como monje en su monasterio. San Bernardo se resistió a admitirle y trató de convencerle de que desistiera de su propósito y regresara a su propia iglesia. Pero el canónigo le replicó de este modo:

—Me dejas desconcertado. ¿A qué vienen todas esas recomendaciones que haces en tus escritos invitándonos a seguir el camino de la perfección si luego, cuando alguien, como me ocurre a mí en este caso, se decide a intentarlo, le cierras el paso y no le permites entrar por ese sendero? ¡Ojalá tuviera aquí ahora todos tus libros; te aseguro que los destrozaría!

—En ninguna de mis obras, —respondióle el santo— has podido leer que no puedas alcanzar la perfección dentro de tu propio claustro. Si las has leído atentamente habrás advertido que lo que yo recomiendo para ser perfectos, no es mudar de residencia, sino mudar de costumbres.

Al oír esto el canónigo, enfurecido, arremetió contra el santo abad, y le dio un puñetazo en el rostro con tal fuerza que le dejó la cara primero enrojecida y luego tumefacta. Quienes estaban presentes intentaron apoderarse del sacrílego canónigo para castigarlo, pero el siervo de Dios lo

impidió clamando y rogando en nombre de Cristo a quienes trataban de echar mano al agresor, que no hicieran tal cosa, que no lo golpearan ni le causaran daño alguno, porque si lo hacían se sentiría más agraviado por aquel gesto de venganza que por el golpe que recibió del canónigo.

A quienes solicitaban de él su ingreso en el monasterio solía decirles: «Si de verdad deseáis sacar provecho de la vida religiosa, antes de entrar en esta casa dejad fuera el cuerpo que traéis del mundo. El dintel de esta morada de Dios traspasáralo solamente el alma previamente desembarazada de la carne, porque la carne no va a servir de nada a quienes deseen servir de veras al Señor».

También su padre, algún tiempo después de haberse quedado solo en su castillo, ingresó en el monasterio, en él vivió bastantes años, y en él murió a edad muy avanzada.

La única hermana del santo, casada y expuesta a caer en los lazos y delicias del mundo a causa de las muchas riquezas que poseía, fue en cierta ocasión a la abadía a visitar a sus hermanos, haciendo el viaje con mucho boato y acompañada de numeroso séquito. Al enterarse Bernardo de la extraordinaria pompa con que la visitante había llegado hasta el monasterio, juzgando que tan fastuosa suntuosidad constituía una red tendida por el diablo para capturar almas, negóse rotundamente a recibirla, y no quiso salir a verla. Lo mismo hicieron los demás hermanos. Solamente uno de ellos que a la sazón era el portero de la comunidad, por razón de su oficio vióse precisado a atenderla; y lo hizo, pero no sin decir antes a su hermana:

—Para mí no eres más que un puñado de estiércol envuelto en ricas y lujosas telas.

Al oír esta reconvención, la hermana prorrumpió en llanto, y entre torrentes de lágrimas dijo a su hermano:

—No niego que soy pecadora; mas tú no olvides que por los pecadores precisamente murió Cristo. Por eso, porque me siento llena de pecados he venido hasta aquí en demanda de ayuda y de buenos consejos. Anda, ve y di a Bernardo que, aunque en cuanto hermano desprecie a su hermana, en cuanto siervo de Dios tenga piedad de mi alma; ve y dile que venga y me diga lo que debo hacer; ve y dile que yo prometo vivir de ahora en adelante en conformidad con las normas que él tenga a bien señalarme.

Recibido este recado y conocida la promesa que su hermana había formulado, san Bernardo accedió a verla y acudió a la portería acompañado de los demás hermanos. No podía él separarla de su marido, pero le recriminó el género de vida que llevaba y sus complacencias con el mundo, la exhortó a que imitara la santa conducta que su madre había observado, y la despidió.

La hermana, nada más llegar a casa, hizo tan repentina mudanza en sus costumbres, que aunque durante algún tiempo vióse obligada a vivir en el siglo, mantúvose tan alejada de él y de sus usos como una ermitaña. Finalmente, a fuerza de ruegos convenció a su esposo para que la autorizara a hacerse religiosa, y en cuanto obtuvo esta autorización, desligada por el obispo de los compromisos matrimoniales ingresó en un monasterio.

En una ocasión el santo varón de Dios cayó gravemente enfermo, tan enfermo que parecía que de un momento a otro iba a expirar. Estando en esta situación tuvo un éxtasis y en él la siguiente visión: su propia alma comparecía ante el tribunal divino; Satanás acudió inmediatamente también y comenzó a ejercer su papel de acusador aduciendo en contra suya numerosos testimonios injustos y falsos. Cuando el demonio teminó de hablar, el juez le invitó a responder a los cargos que el acusador había formulado. Entonces él tomó la palabra y, sin miedo, sin la menor turbación, completamente sereno, dijo: «Reconozco que soy indigno de entrar en el reino de los cielos, y que si para entrar en él no contara con otros méritos que los míos, jamás sería recibido en tan santo lugar; pero estoy seguro de que entraré en ese reino, porque su dueño y absoluto soberano es mi Señor; y lo es por dos títulos: por derecho de herencia recibida de su Padre y por derecho de conquista obtenida mediante su Pasión. El primero de estos títulos es intransferible y mi Señor se lo reserva para sí; mas el segundo es transferible y de él mi Señor me hace graciosa donación. Fundándome, pues, en este derecho segundo, no me cabe la menor duda de que mi esperanza no va a quedar defraudada». En cuanto el enemigo acusador oyó este alegato, quedó confuso y enmudeció, el juez dio por terminado el juicio y el siervo de Dios salió de su éxtasis y recuperó su normal conocimiento.

Minada su salud y extenuadas sus fuerzas corporales por el trabajo, las abstinencias y las vigilias, el santo llegó a tal estado de agotamiento y debilidad que le resultaba sumamente difícil practicar las observancias monacales. Un día hallándose enfermo de suma gravedad y rodeado de sus religiosos

que oraban incesantemente por él, se sintió un poquito mejorado y, aprovechando aquel relativo alivio, convocó a la comunidad junto a su lecho y dijo a los monjes:

—Hermanos, ¿por qué os empeñáis en conservar entre vosotros a una criatura tan miserable como yo? No me necesitáis para nada. Sois suficientemente fuertes para valeros por vosotros mismos. Permitidme, pues, que me vaya; os lo ruego.

Muchas fueron las ciudades que eligieron como obispo suyo al santo varón de Dios, entre ellas, principalmente, Génova y Milán; pero él sistemáticamente rechazó todas las elecciones de que fue objeto, procurando no herir los sentimientos de quienes tan sinceramente deseaban vivir bajo su prelatura, y tratando de hacerles ver que él no podía disponer de sí mismo porque estaba consagrado al servicio de los demás. Por otra parte, sus monjes, de acuerdo con él, habían tomado las debidas precauciones y obtenido del sumo pontífice el respaldo necesario para que nadie, so pretexto de promoverlo a sedes episcopales, pudiera privarlos de un padre que era para ellos inapreciable tesoro y fuente inagotable de espirituales alegrías.

Con motivo de una visita que el varón de Dios hizo a un monasterio de cartujos, todos los religiosos que en él moraban quedaron profundamente edificados de cuanto el santo abad dijo e hizo. No obstante, hubo un detalle que llamó la atención al prior de la cartuja: la silla del caballo utilizada por el visitante durante el viaje era muy buena, y a su juicio superior en calidad y ornato a lo que la estricta pobreza monacal requería. El prior comentó esto con uno de los monjes que acompañaban al santo; el monje a su vez transmitió este comentario a su abad, y éste se quedó sumamente sorprendido porque, aunque, en efecto, había venido desde Claraval hasta la cartuja sobre aquella silla, ni había reparado en ella ni tenía la menor idea del valor y calidad de la misma.

En otra ocasión, tras caminar una jornada entera bordeando la ribera del lago de Lausana, se comprobó que, o no había visto tal lago, o si lo vio no se dio cuenta de que lo veía, porque al llegar la noche y oír hablar de él a sus compañeros, les preguntó:

—¿De qué lago habláis? ¿Dónde se halla situado? ¿Cómo es que vosotros lo conocéis?

Ante semejantes preguntas sus compañeros de viaje quedaron profundamente admirados.

La humildad de su corazón conseguía triunfar sobre la popularidad de su nombre; cuantos más esfuerzos hacía el mundo entero por ensalzarle, mayor empeño ponía él en rebajarse y abatirse; y, mientras los demás lo tenían por un hombre extraordinario colocado en la cúspide de la fama, él se consideraba a sí mismo insignificante e ínfimo; sus contemporáneos estaban de acuerdo en que no había a la sazón quien pudiera equiparársele, pero él vivía convencido de que era el último de todos. En fin, si se encontraba entre gente que trataba de homenajearle y de tributarle altísimos honores, a él le parecía, como confesó en varias ocasiones, o que estaba soñando o que quienes intentaban honrarle le confundían con alguna otra persona; en cambio, cuando se hallaba entre monjes sencillos disfrutaba de su trato y compañía, sentíase a gusto en aquel ambiente de humanidad por entender que era el que verdaderamente le correspondía.

Habitualmente ocupaba su tiempo en orar, leer, escribir, meditar o en edificar con su conversación a sus religiosos.

Un día, estando predicando al pueblo, al observar la atenta devoción con que los oyentes escuchaban sus palabras, irrumpieron en su ánimo, en forma de tentación, estos pensamientos: ¡Qué bien predicas! ¡Qué cara de satisfacción tienen los del auditorio! ¡Todos están convencidos de que eres un sabio! Mas, tan pronto como el santo varón de Dios se dio cuenta de que el enemigo le estaba tentando, se paró un momento, reflexionó sobre si debería interrumpir su sermón o continuar hablando, y, al instante, pues un instante duró meramente todo esto, confortado con el divino auxilio, ahuyentó al tentador diciéndole mentalmente: «Ni empecé este sermón por darte gusto a ti, ni ahora, porque a ti se te antoje, voy a darlo por terminado». Desechada la tentación, completamente tranquilo, continuó predicando hasta que terminó su sermón tal como lo había preparado.

Un monje que antes de ingresar en el monasterio había sido rufián y jugador, tentado por el demonio decidió abandonar la vida religiosa y volver al mundo. San Bernardo hizo cuanto pudo por disuadirle de su propósito, pero no lo consiguió. En un último esfuerzo por salvar el alma de aquel individuo, le preguntó:

—¿De qué vas a vivir cuando salgas de aquí?

El monje le respondió:

—Del juego de los dados; quien sabe manejarlos

obtiene muy interesantes ganancias, y yo los manejo estupendamente.

Entonces el santo le propuso:

—¿Por qué no vamos a medias en este negocio? Yo te adelanto una cantidad de dinero, con la condición de que vengas cada año a entregarme la mitad de las ganancias que hayas obtenido en el juego. ¿Aceptas el trato?

El monje, de muy buena gana, aceptó la proposición y prometió a san Bernardo que todos los años vendría al monasterio a entregarle la parte de los beneficios que hubiera obtenido en el juego. Cerrado el compromiso, el venerable abad ordenó al procurador que entregara al monje veinte monedas de las llamadas sueldos; el monje las recibió y se marchó del monasterio.

Si san Bernardo obró de esta manera fue para dar a aquel hombre, que se empeñaba en regresar al mundo, la oportunidad de reincorporarse a la vida religiosa; y así, en efecto, ocurrió, porque el ex monje, poco después de reiniciar su antiguo oficio de jugador, perdió en el juego todo el dinero que el abad le había entregado, y lleno de confusión se presentó nuevamente en la abadía. Cuando avisaron al santo de que el recientemente secularizado se hallaba en la portería y quería verle, acudió prestamente a su llamada, y al encontrarse con él, extendiendo con alegre talante el halda de su hábito, díjole festivamente:

—Echa aquí la parte de las ganancias que me corresponden.

El jugador manifestó:

—Padre, no sólo no he ganado nada, sino que he perdido todo el dinero que me confiaste. Reconozco que estoy en deuda contigo; pero puedes cobrar lo que te debo recibiéndome de nuevo en esta casa; yo trabajaré para la comunidad y con mi trabajo redimiré el débito.

San Bernado, benignamente, le respondió:

—Me parece muy bien; tu idea es excelente y la hago mía, porque así aunque hayamos perdido el dinero que te adelanté, no te perderás también tú.

Una vez, yendo de viaje montado sobre un jumento, dio alcance a un hombre rústico que iba en su misma dirección, prosiguieron juntos su camino, hablaron de diferentes cosas, y en el curso de la charla salió el tema de la oración. San Bernardo comentó con su compañero la violencia que él tenía que hacerse cuando oraba para concentrarse y evitar que la mente se distrajera y se le escapase a terrenos impertinentes, y le refirió los grandes esfuerzos que a veces tenía que realizar para mantener sujeta la imaginación. Mientras le oía, su interlocutor, que lo conocía por referencias y sabía la fama de santo que públicamente tenía, comenzó a despreciarlo interiormente y a pensar para sí que no podía ser tan virtuoso como la gente afirmaba quien se veía obligado a hacer semejantes esfuerzos para concentrarse en la oración. Incluso llegó a asegurar que a él no le ocurría nada de eso, sino que cuando oraba hacíalo con tanto recogimiento que ningún pensamiento extraño turbaba la devoción de su alma. San Bernado, viéndolo tan presuntuoso y deseando convencerle de que debería dominar su arrogancia, le dijo:

—Aléjate un poco; recógete y trata de rezar un Padrenuestro con la mayor atención. Si consigues terminar el rezo de tan breve oración sin haberte distraído con ningún otro pensamiento, te regalo el asno en que voy montado. Pero antes debes prometerme, bajo palabra de honor, que si en el curso del rezo hubieses padecido alguna distracción, al final de la misma noblemente me lo dirás. Sé formal; no intentes engañarme.

El rústico aceptó de muy buena gana la proposición. Lleno de gozo, pensando que el asno era ya suyo, se alejó unos pasos, se recogió y comenzó a rezar en silencio el Padrenuestro; mas cuando aún no había llegado al final de la primera parte del mismo, vióse asaltado por una duda: el santo le había prometido que le regalaría el asno; pero ¿con el asno le regalaría también la albarda, o de la albarda no había hecho mención? Dedicido, pues, a que antes de proseguir quedara clara aquella cuestión, interrumpió el rezo, se dirigió hacia donde el santo estaba para que le aclarara aquel asunto y, cuando caminaba hacia él, cayó en la cuenta de que, mientras había estado rezando la primera parte del Padrenuestro, su mente había estado pendiente más del tema de la albarda que del sentido de las palabras que sus labios pronunciaban, y como era hombre honesto no tuvo inconveniente en reconocer y en declarar al santo que, en efecto, mientras rezaba se había distraído con aquel pensamiento y que no había sido capaz de rezar un breve Padrenuestro sin distraerse; a partir de entonces procuró no ser tan presuntuoso.

Fray Roberto había abandonado el mundo siendo aún jovencito e ingresado en el monasterio de su pariente san Bernardo; pero posteriormente, persuadido por algunas personas, se dejó engañar,

salió de la abadía en que había profesado y entró en la de Cluny. El venerable padre disimuló la contrariedad que esto le produjo, mas pasado algún tiempo escribióle una carta invitándole a regresar a su monasterio. Para escribir esta carta utilizó como amanuense a uno de sus monjes. Cuando el santo se hallaba dictando al religioso al aire libre lo que debía escribir, comenzó de pronto a llover tan repentina como inesperadamente; en vista de ello el escribiente hizo ademán de recoger el recado de escribir y de enrollar la carta; pero san Bernardo le dijo:

—Sigue escribiendo, no tengas miedo al agua; estamos haciendo una obra buena muy grata a Dios.

El amanuense continuó su oficio, escribió la carta bajo la lluvia, y aunque llovía alrededor de ellos y en todo el contorno, el agua no les molestó, de modo que pudieron llevar a cabo aquel acto de caridad sin que el que dictaba, el que escribía ni la carta se mojaran, porque así lo dispuso el Señor.

Había construido el santo varón de Dios un monasterio; mas, cuando el edificio estuvo terminado sus dependencias fueron invadidas por una plaga de moscas tan numerosas que los monjes ni lograban exterminarlas ni podían permanecer tranquilos en ninguna parte de la casa. Una noche san Bernardo dijo:

—Desde ahora mismo todas estas moscas quedan excomulgadas; yo las anatematizo.

A la mañana siguiente todas las moscas aparecieron muertas.

En cierta ocasión san Bernardo hizo un viaje a Milán, comisionado por el sumo pontífice para reconciliar con la Iglesia a los habitantes de la ciudad. Cumplido su encargo se trasladó a Pavía. Estando en esta población recibió la visita de un hombre que se presentó ante él acompañado de su esposa, y le rogó que liberara a ésta de un demonio que se había apoderado de ella. El diablo, utilizando como instrumento la lengua de la infortunada mujer, nada más comparecer ante el santo comenzó a injuriarla, diciéndole cosas de este jaez:

—¡Comepuerros! ¡Tragaberzas! ¡No creas que vas a hacerme salir del cuerpo de mi viejecita!

San Bernardo aconsejó al marido que llevara a su esposa a la iglesia de san Siro; pero san Siro, queriendo honrar a san Bernado y que fuese éste quien liberara a la endemoniada, nada hizo de lo que de él se esperaba, por lo cual la mujer fue conducida de nuevo a presencia del santo, y al llegar ante él el demonio reanudó sus insultos diciendo por boca de la posesa:

—Ni el Sirete ni el Bernarduelo podrán sacarme de aquí.

A esto replicó el santo:

—Tienes razón. Ni Siro ni Bernardo te arrojarán del cuerpo de esta desgraciada, pero lo hará Nuestro Señor Jesucristo.

Dicho esto, san Bernardo se recogió en oración durante unos momentos, y al poco rato el maligno empezó a gritar diciendo:

—¡Qué ganas tengo de salir del cuerpo de esta vieja! ¡Estoy padeciendo horriblemente! ¡Quiero escapar de aquí, pero no puedo hacerlo porque no me lo permite el gran Señor!

Preguntóle san Bernardo:

—¿Quién es ese gran Señor?

El demonio respondió:

—Jesús Nazareno.

Bernardo hizo esta nueva pregunta:

—¿Lo has visto alguna vez?

—Claro que lo he visto —contestó el diablo.

—¿Dónde? —inquirió el santo.

El demonio dijo:

—En la gloria.

—Pero, ¿es que acaso has estado tú alguna vez en la gloria? —preguntóle san Bernardo.

—Por supuesto que sí —respondió el demonio.

—¿Cómo es que ya no estás allí? —le preguntó el santo.

—Porque fui expulsado de ella con Lucifer y otros muchos más —contestó el interpelado.

Todas estas respuestas las dio el diablo con voz lúgubre, a través de la boca de la viejecilla, y todas fueron oídas por cuantos se hallaban presentes.

Seguidamente el santo hizo al maligno una nueva pregunta:

—¿No volverías gustosamente al lugar de donde fuiste arrojado?

El demonio respondió:

—Esto es imposible; ya es demasiado tarde.

Acto seguido, el varón de Dios se recogió en oración y, mientras oraba, el diablo salió de la posesa, pero sólo por un breve espacio de tiempo, porque en cuanto el santo se alejó de allí tornó a introducirse en el cuerpo de la anciana, cuyo marido, al advertir que el enemigo se había apoderado de nuevo de su mujer, salió corriendo en busca de san Bernardo y le refirió lo ocurrido. San Bernardo entonces dijo al hombre:

—Ata al cuello de tu esposa una cédula con esta

inscripción: «Demonio: En nombre de Nuestro Señor Jesucristo te mando que no te atrevas a molestar de aquí en adelante a esta mujer».

Hízolo así el marido, y a partir de entonces el diablo no volvió a inquietar a su esposa.

En tierras de Aquitania había una mujer sometida a los ataques de un demonio obsceno e íncubo que desde hacía seis años venía abusando de ella y atormentándola con las exigencias de su insaciable lujuria. Por aquel tiempo llegó san Bernardo a la ciudad en que la desgraciada mujer vivía, y el demonio, al enterarse de la llegada del santo, dijo a su víctima en tono de severa amenaza:

—Te prohibo que te acerques a ese hombre; no se te ocurra ni siquiera intentarlo. Además, no te serviría de nada. Date por enterada de que, si osas acudir a él, en cuanto él se marche de aquí pagarás las consecuencias, porque si hasta ahora me he portado contigo como un verdadero amante, en lo sucesivo te trataré con cruel atrocidad.

A pesar de estas advertencias, la infortunada mujer se armó de valor, se fue a visitar al santo, y entre sollozos incontenibles le refirió la tragedia que venía padeciendo. San Bernardo, después de oírla, le dijo:

—Toma mi bastón; colócalo sobre tu cama, y si el diablo se atreve a acercarse a ti, que se acerque; ya verás lo que pasa si lo hace.

La mujer volvió a su casa, puso el bastón del santo sobre el lecho, y al llegar la noche se acostó. Al poco rato, como de costumbre, el demonio se presentó en la estancia; pero no sólo no se atrevió a abusar de ella, sino que ni siquiera osó entrar en la alcoba; no obstante, desde fuera de la misma la amenazó, asegurándole que en cuanto el santo se marchara de la ciudad se vengaría de lo que había hecho tratándola con redoblada crueldad.

Enterado san Bernardo por la propia interesada de las amenazas que la noche anterior el demonio le hiciera, convocó a los habitantes del pueblo, les rogó que todos tuvieran en sus manos una candela encendida, y en presencia de la multitud anatematizó al diablo y le prohibió que a partir de aquel día volviera a molestar ni a la susodicha mujer ni a ninguna otra de la ciudad. Como consecuencia del anatema, desde entonces, la que durante tanto tiempo había sido víctima de tan horrorosa pesadilla, quedó completamente liberada de los ataques del demonio.

En la misma ciudad ocurrió este otro caso: Hallándose en ella san Bernardo en calidad de legado pontificio para reconciliar con la Iglesia al duque de Aquitania, éste rechazó la reconciliación que se le brindaba, por lo cual, un día al subir el santo varón de Dios al altar para celebrar la misa, el excomulgado duque vióse obligado a permanecer fuera del templo, a la puerta del mismo, mientras el santo sacrificio se celebraba; mas, al llegar el momento de dar la paz, el santo colocó sobre la patena una forma consagrada y, con la cara resplandeciente y los ojos fulgurantes, salió a la calle llevando consigo el cuerpo del Señor, se acercó al duque y le dijo con acento terrible:

—Te hemos rogado, y nos has despreciado; pero aquí tienes al Hijo de la Virgen. El es el Señor de la Iglesia a la que tú persigues. El se ha dignado venir hasta ti. Míralo: es tu juez, ante El se inclinan reverentemente todas las criaturas. Aquí tienes, ante tus ojos, al que ha de juzgar tu alma. ¿Te atreverás a tratarlo con el mismo desprecio con que tratas a quienes le sirven? ¡Anda! ¡Resístete ante El si te atreves!

Inmediatamente el duque se quedó como congelado y, cual si todos sus miembros se hubiesen descoyuntado, cayó repentinamente a los pies del santo, quien, dándole un golpecito con la punta de uno de sus zapatos, le ordenó que se levantara y escuchara la sentencia de Dios. El duque se alzó y, temblando, manifestó que estaba dispuesto a cumplir al punto cuanto Bernardo le ordenara.

En otra ocasión, estando san Bernardo en Alemania, a donde había ido para tratar de poner fin a una gran discordia que había en aquel reino, el arzobispo de Maguncia envió a uno de sus más cualificados clérigos a recibir al santo, y el susodicho clérigo, al presentarse ante él le dijo:

—El arzobispo mi señor me ha encargado que salga a tu encuentro para darte la bienvenida.

San Bernardo le contestó:

—No ha sido el arzobispo; ha sido otro Señor el que te ha enviado hasta mí.

Perplejo, el clérigo insistió en que había sido su propio arzobispo y ningún otro señor fuera de él quien le había encargado que saliera a recibirle. Pero Bernardo, a su vez, también insistió diciendo:

—Te equivocas, hijo, te equivocas; te repito que quien te ha enviado a mí ha sido otro Señor mucho más encumbrado que tu arzobispo.

En esto el clérigo cayó en la cuenta del sentido que tenían las palabras del abad, mas, pese a ello, sin pérdida de tiempo le replicó:

—Ahora te digo yo que eres tú el que te equivo-

cas al pensar que he venido a tu encuentro porque desee hacerme monje. Si tienes esa idea, deséchala; yo no tengo que desecharla porque jamás se me ha pasado por la mente semejante cosa; y te digo más: ¡Dios me libre de que tal pensamiento cruce por mi imaginación!

Eso fue lo que el clérigo dijo al santo; y, sin embargo, antes de llegar a la ciudad a donde se dirigían, durante el trayecto, el sacerdote aquel abandonó el mundo y recibió el hábito monacal de manos de san Bernardo.

Un noble caballero de muy ilustre prosapia entró en la Orden del Císter; mas, después de haber seguido algún tiempo al santo, comenzó a sentirse muy seriamente tentado, por lo cual andaba desasosegado y triste. Al verlo tan decaído, uno de los religiosos le preguntó:

—Hermano, ¿a qué se debe tu tristeza?

El interpelado le respondió:

—A que soy muy desgraciado; tanto, que tengo la completa seguridad de que jamás volveré a sentirme alegre.

El religioso refirió a san Bernardo lo que el otro le había dicho. El santo abad oró intensamente por el atribulado monje, y, en seguida, el que venía padeciendo tan fuertes tentaciones y mostrándose triste y abatido, comenzó a dar ante los demás muestras de satisfacción y felicidad, tan grandes como antes las diera de pena y de abatimiento; y como al observar la mudanza el mismo religioso que anteriormente le había preguntado la razones de su tristeza le dijera amablemente que su talante actual contrastaba vivamente con el precedente, el monje le respondió con jovialidad:

—Hace unos días te dije que jamás volvería a sentirme alegre, y ahora tengo que decirte que jamás volveré a sentirme triste.

El obispo de Irlanda, san Malaquías, cuya vida escribió san Bernardo, murió piadosamente en el monasterio del que el santo era abad, y, al celebrar el funeral de cuerpo presente, san Bernardo, que era quien oficiaba, conoció por divina revelación la gloria con que Dios había premiado al difunto, por lo cual, el abad, al cantar la última oración de la misa, movido por sobrenatural inspiración, cambió la letra de la misma, y, en lugar de decir el texto del misal, dijo lo siguiente: «Oh Dios que has querido igualar al bienaventurado Malaquías en cuanto a méritos con tus santos: concédenos, te rogamos, que quienes estamos celebrando la festividad de su preciosa muerte imitemos también los ejemplos que nos dio durante su vida». El cantor de la comunidad hízole señas, dándole a entender que se estaba equivocando y que no era aquella la oración que tenía que cantar, pero el abad desde el altar le contestó:

—No me estoy equivocando; sé muy bien lo que hago y lo que digo.

Seguidamente, al terminar la misa se acercó al túmulo y besó los sagrados pies del difunto.

Un año, poco antes del comienzo de la cuaresma, recibió la visita de un numeroso grupo de estudiantes, y en el curso de la conversación los exhortó a que se abstuvieran de vanas diversiones y desenfrenos siquiera durante los santos días cuaresmales, y como ellos se mostraran poco o nada dispuestos a tomar en cuenta los consejos que les estaba dando, mandó que les sirviesen un poco de vino y les dijo:

—Bebed este licor de almas.

Los estudiantes, apenas bebieron su vasito, sintiéronse repentinamente cambiados, de tal manera que quienes un momento antes se habían manifestado contrarios a servir a Dios ni siquiera durante unos días, a partir de aquel momento consagraron a El el resto de sus vidas.

Conociendo san Bernardo que se acercaba la hora dichosa de su muerte, dijo a sus religiosos:

—Os recomiendo que observéis estas tres cosas que yo he procurado observar con la mayor fidelidad que me ha sido posible a lo largo de mi carrera por el estadio de la vida presente. Primera: no seáis ocasión de escándalo para nadie; de mí puedo deciros que he puesto sumo empeño en no escandalizar nunca a persona alguna; y cuando, a pesar de mis precauciones, he incurrido en faltas de este género, las he reparado hasta donde he podido. Segunda: respetad al prójimo. Por lo que a mí respecta, siempre he tratado de anteponer los sentimientos e intereses de los demás a los míos. Tercera: nunca os venguéis de nada ni de nadie. Yo, en ocasiones, me he sentido lastimado y herido, pero no tengo conciencia de haber tomado venganza jamás, de quienes me lastimaron e hirieron. En resumen, aquí tenéis la herencia espiritual que os lego: caridad, humildad y paciencia.

En el año 1153 de la era cristiana, a los sesenta y tres años, más o menos, de edad, San Bernardo consumó los días de su vida, y rodeado de sus hijos se durmió en el Señor después de haber obrado infinidad de milagros, fundado ciento sesenta monasterios y escrito muchos libros y tratados. A raíz

de su muerte se apareció a muy diferentes personas dándoles la noticia de que su alma se encontraba disfrutando de la gloria de Dios. Entre esas apariciones vale la pena recordar la siguiente:

En seguida de morir se presentó ante el abad de un monasterio y le dijo: «Sígueme». El abad le siguió, y mientras caminaban le advirtió el siervo del Señor: «Vamos hacia el monte Líbano; yo subiré hasta su cima; tú, en cambio, te quedarás aquí abajo todavía algún tiempo». Como el abad le preguntara que para qué quería subir a la cumbre de dicho monte, san Bernardo le respondió: «Para aprender». El abad, admirado, preguntóle de nuevo: «Pero, padre, ¿qué es lo que puedes aprender tú que lo sabes todo y aventajas en ciencia a cuantas personas hay en el mundo?». El santo le contestó: «Escucha, hermano: aquí en la tierra ni hay ciencia verdadera ni conocimientos auténticos acerca de las cosas; en cambio, allí arriba puede conseguirse la plenitud de la sabiduría y el dominio total de la verdad». En cuanto dijo esto, san Bernardo desapareció. El abad tomó nota del día en que había tenido esta visión, y no mucho después supo que el santo siervo de Dios, Bernardo, había salido de este mundo y emigrado a la patria eterna precisamente en la misma fecha en que se le había aparecido a él.

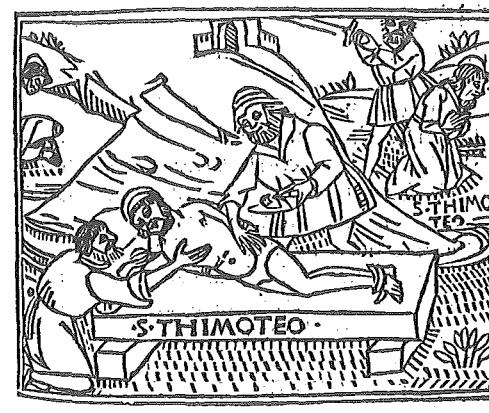
Los milagros que Dios obró por medio de san Bernardo, su fiel servidor, son casi innumerables.

Capítulo CXXI

SAN TIMOTEO

Timoteo, etimológicamente, procede de *timor* (temor) y de *Theos* (Dios), y significa *el que tiene temor,* y más exactamente, *el que teme a Dios.* San Gregorio dice que ese temor se da en toda persona santa, y que nace de estas cuatro consideraciones: «Dónde estuvo», «dónde estará», «dónde está» y «dónde no estará». ¿Dónde estuvo? En el pecado. ¿Dónde estará? En el juicio. ¿Dónde está? En la miseria. ¿Dónde no estará? En la gloria.

Timoteo fue duramente torturado en tiempos de Nerón por el prefecto de la ciudad de Roma. En determinado momento de esa tortura, cuando estaban arrojando cal viva sobre sus heridas, tormento atroz que él soportaba pacientemente y dando gracias a Dios, se le aparecieron dos ángeles y le dijeron: «Alza tus ojos y mira hacia el cielo». Levantó sus ojos el mártir y vio lo siguiente: las puertas de la gloria estaban abiertas; del interior de la bienaventuranza salía Jesucristo que venía a su encuentro mostrándole una diadema cuajada de piedras preciosas y diciéndole: «Yo mismo, con mis propias manos, pondré esta corona sobre tu cabeza».



Un hombre, llamado Apolinar, contempló también la referida escena y, conmovido por ella, se convirtió y se hizo bautizar, por lo cual el prefecto ordenó que uno y otro, es decir, Apolinar y Timoteo, inconmovibles ambos en su fe, fuesen degollados.

El martirio de estos dos santos ocurrió hacia el año 57 de nuestra era.

Capítulo CXXII

SAN SINFORIANO

San Sinforiano, haciendo honor a su nombre, que deriva de la palabra *sinfonía,* se condujo a lo largo de su existencia como un instrumento musical, ejecutando durante toda su vida un armonioso concierto de virtudes. Los buenos instrumentos musicales, observa Averroes, deben reunir estas tres cualidades: dureza o resistencia, pues sin ella no hay sonoridad; suavidad, para que los sonidos que emiten sean agradables, y expansibilidad, a fin de que las ondas sonoras por ellos emitidas puedan expandirse. Pues bien; estas tres cosas se dieron en san Sinforiano, que fue duro para consigo mismo por su austeridad, suave para con el prójimo por su mansedumbre, y expansivo por la universalidad de su caridad.

Sinforiano nació en la ciudad de Autun. En él brillaron, desde su adolescencia, la ponderación y gravedad de costumbres propias de la edad madura.

Su martirio se inició con ocasión de una fiesta que los paganos celebraban en honor de Venus: Llevaban éstos procesionalmente una imagen de la diosa hasta un determinado lugar en que el prefecto Heraclio aguardaba la llegada del cortejo. Entre el numeroso público que en aquel sitio se había congregado para presenciar el paso de la procesión estaba también, como mero espectador, Sinforiano, el cual, cuando la imagen llegó, se abstuvo de adorarla; por esto precisamente fue primero golpeado duramente durante largo rato, y luego encarcelado; posteriormente sacáronlo de la prisión y trataron de obligarlo a que ofreciese sacrificios en honor de la diosa. Algunos lo animaban a que lo hiciera y hasta le ofrecían, si accedía a ello, recompensar su gesto con infinidad de dádivas y regalos, pero él les contestó:

—Nuestro Dios es el único que indefectiblemente practica la norma de recompensar la virtud y de castigar el pecado. Puesto que tenemos el deber de dedicar nuestra vida al servicio de Cristo, cumplamos esta obligación generosamente; si no la cumplimos, de nada nos servirán los lamentos cuando estemos ante el tribunal del supremo juez que nos ha de juzgar; entonces será ya demasiado tarde. Esos premios engañosos que vosotros me prometéis, aunque parezcan dulces como la miel, son veneno y en veneno se convertirán para las almas desgraciadas que crean en ellos. Víctimas de vuestra codicia, aspiráis a poseerlo todo; mas en realidad no llegáis a poseer nada porque, llevados de vuestro afán de querer tener cada vez más y más, todo cuanto manipulado por las artimañas del diablo llegarais a conseguir os parecerá siempre poco. Vuestras satisfacciones son tan efímeras como el carámbano, que se derrite en cuanto sale el sol.

Al oír estos razonamientos el prefecto llenóse de ira, y acto seguido condenó a muerte a Sinforiano.

Cuando el mártir caminaba hacia el lugar en que iba a ser ejecutado, su madre, que aguardaba el paso de la víctima, y que para mejor verla se había encaramado en lo alto de una pared, al cruzar Sinforiano por delante de ella, comenzó a decirle a voces:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Acuérdate de la vida eterna! ¡Levanta tus ojos y contempla al Rey del cielo! ¡Estos hombres te van a matar, pero no te quitarán la vida, sino que la transformarán en otra mejor!

Los cristianos, una vez que los verdugos decapitaron a Sinforiano, se apoderaron de su cuerpo y reverentemente lo enterraron.

Los milagros que el mártir comenzó a obrar en su sepulcro fueron tantos, que hasta los mismos paganos acudían a su sepultura para venerarle y honrar su memoría.

Cuenta san Gregorio de Tours que un cristiano recogió del suelo en que el santo fue decapitado tres guijarros teñidos con su sangre, los colocó en una cajita de plata, metió esta caja en otra de madera y escondió estas reliquias en un castillo. Poco después el castillo, a causa de un incendio que en él se produjo, ardió enteramente; pero no se quemó la caja de madera, que fue hallada incólume en medio del solar a que quedó reducido el edificio. Dentro de la caja, totalmente ilesa, ileso también estaba el estuche de plata, y en el interior del estuche los tres guijarros, que de ese modo pudieron ser recuperados.

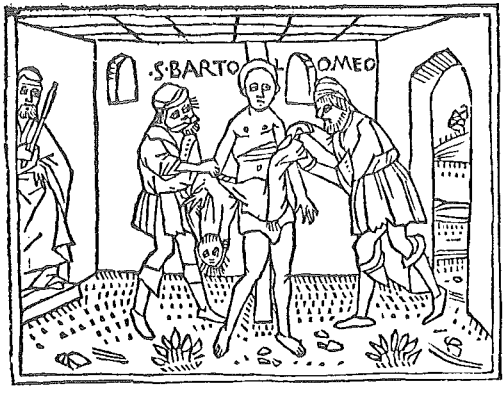
San Sinforiano padeció su martirio hacia el año 270 de la era cristiana.

Capítulo CXXIII

SAN BARTOLOMÉ

Bartolomé, nombre no hebreo, sino sirio, es palabra compuesta de *bar* (hijo), *tholos* (altura) y *moys* (agua) y significa dos cosas: *hijo del que mantiene suspendidas las aguas en*

la altura, y también, *hijo del que se sostiene a sí mismo.* El primero de estos significados, *el de hijo del que mantiene suspendidas las aguas en la altura,* o lo que es lo mismo, *hijo de Dios,* ya que Dios es quien eleva hasta lo alto la mente de los doctores para que derramen sobre la tierra la lluvia de la doctrina, va muy bien a nuestro santo, que fue como una nube o masa de agua suspendida en el firmamento. En efecto, de tres maneras estuvo san Bartolomé elevado sobre la tierra y como suspendido encima de ella: en cuanto que se mantuvo ajeno al amor de las cosas de este mundo, en cuanto que vivió continuamente pendiente del amor a los bienes celestiales, y en cuanto que durante toda su vida permaneció plena y totalmente apoyado en la gracia y en el auxilio divino, sosteniéndose no sobre sus propios méritos, sino sobre la ayuda de Dios. La segunda significación de la palabra Bartolomé, que connota idea de *consistencia,* conviene también, y muy adecuadamente por cierto, a nuestro santo, que fue persona segura y firme por su profunda sabiduría. Comentando la hondura de su ciencia, dice Dionisio en su *Mística Teología:* «El divino Bartolomé calaba muy hondo cuando con enorme profundidad decía que la Teología era a la vez cosa muy grande y cosa muy pequeña, y que el Evangelio podía ser calificado de amplio y extenso y al mismo tiempo de breve». En opinión de Dionisio, san Bartolomé, con estas expresiones, trató de darnos a entender que Dios es un ser tan extraordinario que, puestos a filosofar acerca de su naturaleza, podemos llegar a la conclusión de que le conviene todo y de que nada le conviene. En esto no hay contradicción, puesto que tales resultados, aparentemente contradictorios, dependen de los diferentes puntos de vista en que nos situemos.



1. Al llegar el apóstol Bartolomé a la India, país situado en el extremo del mundo, entró en un templo dedicado al ídolo Astaroth y se albergó en él, como solían hacer los peregrinos. En el interior del ídolo habitaba un demonio que alardeaba de sanar a los enfermos, aunque en realidad no los sanaba, porque lo único que hacía era no deteriorarles más su salud, por lo cual muchos de ellos, algunos venidos de muy lejos, cansados de permanecer en aquel recinto sin experimentar ninguna mejoría a pesar de que diariamente ofrecían sacrificios al ídolo, se marcharon a otra ciudad en la que había otro templo dedicado a otro ídolo llamado Berith y le preguntaron:

—¿A qué se debe que Astaroth no nos escuche ni atienda nuestras demandas?

Berith les respondió:

—Pues se debe a que Astaroth, desde que llegó a su templo Bartolomé, apóstol de Dios, quedó amarrado con cadenas de fuego y reducido a tan riguroso silencio que no se atreve no ya a hablar, pero ni siquiera a respirar.

—Y ¿quién es ese tal Bartolomé? —inquirieron los enfermos.

El demonio que habitaba dentro de Berith les contestó:

—Un amigo del Dios todopoderoso; ha venido a esta provincia de la India para arrojar de ella a todos los demás dioses.

Los enfermos dijeron a Berith:

—Descríbenoslo para que podamos identificarlo.

Berith describió al apóstol de esta manera:

—Es un hombre de estatura corriente, cabellos ensortijados y negros, tez blanca, ojos grandes, nariz recta y bien proporcionada, barba espesa y un poquito entrecana; va vestido con una túnica blanca estampada con dibujos rojos en forma de clavos, y con un manto blanco también ribeteado con una orla guarnecida de piedras preciosas del color de la púrpura. Ya hace veintiséis años que lleva esa ropa y las mismas sandalias; durante todo ese tiempo ni sus vestiduras ni su calzado se han deteriorado ni manchado. Cada día hace cien genuflexiones y otras tantas hace cada noche. En todo momento está acompañado de unos ángeles que impiden que se canse por mucho que camine y que sienta hambre o sed. Su semblante presenta constatemente aspecto alegre y risueño. Prevé todo lo que va a ocurrir; conoce todas las cosas; habla y entiende todos los idiomas. Esto mismo que yo os estoy diciendo, lo está oyendo él. Cuando volváis en su busca, si él quiere lo encontraréis, pero si no quiere no lograréis hallarlo por mucho que lo busquéis. Si consiguiéreis verlo, os ruego que le supliquéis que no venga por aquí, porque si

viniere, no me cabe la menor duda de que los ángeles que le acompañan me inutilizarán como han inutilizado a mi compañero.

Durante dos jornadas seguidas los enfermos buscaron afanosamente al siervo de Dios; pero por más empeño que pusieron en la búsqueda no lo hallaron por parte alguna.

Un día, cierto endemoniado gritó:

—Bartolomé, apóstol de Dios, tus oraciones son como un fuego que me abrasa.

Bartolomé respondió:

—¡Calla, y sal ahora mismo del cuerpo de ese hombre!

En aquel mismo momento el poseso quedó liberado.

Polimio, rey de aquella región, tenía una hija lunática, y al enterarse de que aquel endemoniado había quedado libre de la posesión diabólica por intervención de Bartolomé, envió a unos emisarios en busca del apóstol, a quienes encargó que, si lo encontraban, le rogaran de su parte que acudiera a palacio para curar a su hija. Bartolomé accedió a la petición del rey, se presentó en la corte, y al ver que tenían a la enferma atada con cadenas porque atacaba a mordiscos a cuantos se acercaban a ella, mandó que la libraran de aquellas ataduras. Los criados del rey no se atrevían a desatarla, pero Bartolomé insistió y dijo:

—Haced lo que os mando; no tengáis miedo; no os morderá, porque ya tengo yo bien sujeto al demonio que la dominaba.

Los criados desataron a la joven, y ésta, en aquel mismo instante, quedó totalmente curada.

El rey, agradecido y deseoso de recompensar a Bartolomé, ordenó que cargaran varios camellos con oro, plata y piedras preciosas, pero por mucho que buscaron al apóstol para hacerle entrega de aquel tesoro, no pudieron encontrarlo. A la mañana siguiente, hallándose Polimio completamente solo en su cámara, Bartolomé se presentó ante él y le dijo:

—Durante todo el día de ayer me habéis estado buscando para entregarme esos cargamentos de oro, plata y piedras preciosas. ¿Para qué quiero yo eso? Quienes viven pendientes de las riquezas de la tierra, las creen necesarias y la codician; pero yo no necesito para nada estos bienes terrenos; no siento el menor interés por cuanto afecte a la carne...

Seguidamente, san Bartolomé comenzó a exponer al rey, ampliamente, la doctrina relacionada con nuestra redención, mostrándole, entre otras cosas, cómo Cristo había vencido al diablo con las admirables armas de la congruencia, el poder, la justicia y la sabiduría, de esta manera:

Primero: Con las armas de la congruencia. Convenía que el que venció al hijo de una madre virginal, es decir, a Adán, formado del barro de la tierra cuando ésta aún no había sido mancillada, fuese a su vez vencido por el Hijo de otra Madre Virgen.

Segundo: Con las armas del poder. El diablo, al subyugar al primer hombre, adquirió sobre él un dominio que no le correspondía. Cristo, con su soberana potencia, obligó al demonio a abandonar la dominación que había usurpado, y así como el vencedor de un tirano envía a sus emisarios para que icen sus propias banderas en las tierras conquistadas y arríen las del vencido, así también Jesucristo, después de su victoria, envió mensajeros suyos por el mundo para que instauraran en él el culto que a El únicamente debería tributársele, y suprimieran absolutamente el que las gentes ofrecían a Satanás.

Tercero: Con las armas de la justicia. El que había sometido al hombre a su dominio, persuadiéndole para que comiera y haciéndole comer, posteriormente fue derrotado por otro hombre que practicó el ayuno, y precisamente por eso perdió la autoridad que anteriormente había conquistado por procedimientos abusivos; en consecuencia, y por exigencias de la justicia, el derrotado vióse obligado a dejar en libertad a su presa.

Cuarto: Con las armas de la sabiduría. En efecto, Cristo, con sus divinas artes, hizo fracasar las arteras argucias del diablo cuando éste, empleando parecidas artimañas a las que las aves de rapiña emplean para capturar a los pájaros, intentó apoderarse del propio Cristo en el desierto. Viendo el demonio que Cristo ayunaba tan rigurosamente, y queriendo saber si era o no era Dios, le observó muy de cerca. Si soportaba el prolongado ayuno sin sentir hambre, reconocería su condición divina y huiría rápidamente de él; pero si advertía que sentía hambre, de ahí colegiría su condición humana y trataría de hacerle caer en sus garras, proponiéndole, como el primer hombre, que comiera. Pero el tentador no se salió con la suya, porque al darse cuenta de que Cristo sentía hambre, no pudo reconocer que era Dios, ni al proponerle que comiera consiguió que el Señor accediera a lo que le proponía en plan de satánica tentación.

El apóstol, tras exponer al rey las principales

verdades de la fe cristiana, le prometió que, si se bautizaba, le mostraría atado con cadenas, al que hasta entonces había venido sirviendo y adorando como si fuese su dios.

Al día siguiente los pontífices del reino celebraban un acto religioso en el templo que había al lado del palacio real, y, cuando estaban ofreciendo sacrificios en honor de cierto ídolo, el demonio empezó a decir a gritos:

—¡Cesad, desgraciados! ¡No sigáis adorándome si no queréis padecer tormentos aún más terribles que los que yo estoy padeciendo! ¡Sabed que me encuentro atado y reatado con ligaduras de fuego y que he sido puesto en la situación en que me veo por un ángel de aquel Jesucristo a quien los judíos crucificaron creyendo que al darle muerte en la cruz quedaría muerto para siempre; pero se equivocaron, porque el crucificado venció a la misma muerte que es nuestra reina y la sometió a cautiverio, y venció también a nuestro propio príncipe, padre de la susodicha muerte, y lo dejó amarrado con cadenas de fuego!

Cuantos estaban presentes, al oír esto, se proveyeron de sogas, las ataron al cuello del ídolo, tiraron con todas sus fuerzas y trataron, sin conseguirlo, de arrojarlo al suelo. Entonces intervino el apóstol mandando al demonio que saliera del interior de la imagen y convirtiera la estatua en añicos. El diablo obedeció, salió del ídolo y por sí mismo fue rompiendo una a una todas las figuras idolátricas que había en el templo. Seguidamente, san Bartolomé se recogió en oración, y mientras oraba quedaron curados todos los enfermos que se hallaban en el recinto. A continuación ordenó al demonio que huyera de allí y se marchase al desierto. Inmediatamente después procedió a la consagración del templo, dedicándolo al culto del Dios verdadero. Durante la ceremonia consacratoria, un ángel del Señor, volando por el interior del edificio, fue trazando con los dedos de su mano derecha la señal de la Cruz en cada uno de los cuatro ángulos, y escribiendo sobre sus muros esta sentencia: «Esto dice el Señor: Así como todos vosotros habéis quedado limpios de vuestras enfermedades, así también de ahora en adelante este templo queda purificado de todas las inmundicias que tenía y de la presencia del demonio que habitaba en él». Luego el ángel dijo: «El demonio, obligado por el apóstol, ha huído al desierto; pero antes de que salgáis de aquí quiero que lo veáis con vuestros propios ojos; mas para que al verlo no os asustéis, trazad sobre vuestras frentes una señal semejante a la que he grabado sobre los muros de este templo». Acto seguido mostróles un etíope más negro que el hollín; su cara era angulosa; su barba, enmarañada; todo su cuerpo, desde el pescuezo hasta los pies, hallábase cubierto de crines; su mirada arrojaba chispas similares a las que brotan del hierro incandescente; de su boca y de las cuencas de sus ojos salían llamaradas de azufre; sus manos permenecían atadas a la espalda con cadenas de fuego. El ángel se encaró con él y le dijo: «Por haber obedecido al apóstol y quebrado las imágenes de los ídolos antes de abandonar este templo, te soltaré, y te ordeno, como él te ordenó, que vuelvas al desierto deshabitado, a ese desierto en el que no mora hombre alguno, y que permanezcas allí hasta el día del juicio». En aquel mismo momento cayeron las cadenas que sujetaban las manos del diablo; éste dando alaridos huyó, produciendo al huir estrepitoso estruendo, y el ángel del Señor, a la vista de todos, emprendió volando su retorno al cielo. Seguidamente recibieron el bautismo el rey, su esposa, sus hijos y todo el pueblo. Polimio renunció al trono y se hizo discípulo del apóstol. A partir de entonces rigió los destinos del reino un hermano de Polimio, llamado Astiages. Poco después de que éste iniciara su reinado, los pontífices de los templos paganos celebraron una asamblea y en ella acordaron quejarse ante el nuevo monarca de los daños inferidos a los dioses con la profanación del templo real y la destrucción de las imágenes de los ídolos; y, en efecto, se presentaron ante Astiages y acusaron al apóstol de haber ocasionado con sus artes mágicas los mencionados destrozos y de haber pervertido a Polimio. Astiages se hizo eco de la denuncia y, dejándose llevar de la cólera, ordenó que inmediatamente mil soldados, perfectamente armados, salieran en persecución de Bartolomé, al que sus perseguidores capturaron y condujeron ante el nuevo rey.

—¡De modo, dijo el rey al apóstol, que tú eres el hombre que pervirtió a mi hermano!

—Yo no pervertí a tu hermano, sino que lo convertí, respondió Bartolomé.

A esto replicó Astiages:

—Pues voy a hacer contigo lo que tú hiciste con él; como tú obligaste a Polimio a renegar de mi dios y a creer en el tuyo, yo te obligaré a ti a renegar del tuyo y a creer en el mío.

El apóstol puntualizó:

—Yo lo que hice fue vencer al dios al que tu hermano adoraba, mostrarlo maniatado ante el público, y exigirle que rompiera las imágenes de los ídolos. Prueba tú a hacer lo mismo con el mío. Si consigues maniatar a mi Dios, te prometo que adoraré al tuyo; pero si no lo consigues continuaré destruyendo las estatuas de tus falsas divinidades, y si tú fueses razonable te convertirías a mi religión como se convirtió tu hermano.

En esto alguien se presentó ante el rey y le comunicó que la imagen de Baldach, otro de sus ídolos, acababa de caer rodando por el suelo y de romperse en mil pedazos. El rey, al oír esta noticia, rasgó su manto de púrpura, mandó que apalearan al apóstol y que tras propinarle una enorme paliza lo desollaran vivo.

Ejecutada en todos sus extremos esta orden, los cristianos recogieron el cuerpo del santo mártir y reverentemente lo enterraron. Pero poco después de esto, tanto el rey Astiages como los pontífices de los templos paganos fueron acometidos por los demonios y murieron a manos de ellos.

Polimio, el rey anterior, fue ordenado obispo y, tras haber desempeñado sus funciones pastorales muy laudablemente a lo largo de veinte años, lleno de virtudes descansó en la paz del Señor.

Sobre el género de martirio padecido por san Bartolomé existen diferentes versiones. Según san Doroteo, fue crucificado. He aquí las propias palabras de este santo: «San Bartolomé dio a conocer el evangelio de san Mateo a los indios, predicándoles en la lengua que ellos hablaban, y murió crucificado cabeza abajo, en Albana, ciudad de la extensa región de Armenia». San Teodoro afirma que fue desollado. En cambio, en otros muchos libros se lee que este apóstol fue decapitado. Estas versiones, empero, no son necesariamente contradictorias, sino que, al contrario, todas ellas pueden ser verdaderas, conciliables entre sí y complementarias, puesto que bien pudo ocurrir que el santo apóstol fuese primeramente crucificado; luego, antes de morir, descolgado de la cruz y desollado vivo, para hacerle sufrir más; y, finalmente, estando todavía con vida, decapitado.

2. En el año 381 de nuestra era los sarracenos, que habían invadido Sicilia, devastaron la isla de Lipari, en la que estaba enterrado san Bartolomé, destrozaron su sepulcro y dispersaron sus huesos. ¿Cómo llegó a esta isla, desde la India, el cuerpo del santo? Según una tradición, de esta manera: indignados los paganos al ver los muchos milagros que el apóstol hacía en el lugar en que estaba sepultado, exhumaron sus restos, los metieron en una caja de plomo y los arrojaron al mar; pero Dios dispuso que tan venerables reliquias no perecieran, y para ello hizo que la caja en que estaban contenidas flotara sobre el agua y arribara hasta las costas de la mencionada isla. Posteriormente, como hemos dicho, los sarracenos dispersaron los huesos del santo; mas después de este hecho, el propio apóstol se apareció a un monje y le dijo:

—Levántate y recoge los restos de mi cuerpo que los sarracenos han desparramado por el campo.

El monje le contestó:

—¿Por qué tengo yo que recoger tus huesos? Cuando los invasores arrasaron nuestra isla, ¿te molestaste tú, acaso, en venir a socorrernos? Ni yo ni mis paisanos tenemos obligación alguna de tributarte honores de ningún género.

—Durante mucho tiempo —replicó el santo— en atención a mis méritos el Señor ha perdonado los pecados de tu pueblo; pero esos paisanos tuyos, ya que los has mencionado, lejos de arrepentirse han continuado en su obstinación y maldad, y con sus crímenes han irritado al cielo de tal modo que, por más que yo he intercedido por ellos, no he podido seguir obteniendo los favores que hasta ahora Dios venía dispensándoles.

—Comprendo —repuso el monje— que es verdad lo que dices; no obstante, lo que pretendes es imposible; compréndelo tú también: todo el campo está lleno de huesos. ¿Cómo voy a saber yo cuáles son precisamente los tuyos?

—Es muy sencillo —aclaró el apóstol—: Harás la tarea de noche y verás cómo, en medio de la obscuridad, algunos de ellos brillarán como brasas; ésos son los míos; ésos, y no los que no brillen, serán los que tendrás que recoger.

El monje se levantó y procedió a ejecutar la orden de san Bartolomé. Durante toda la noche permaneció por el campo recogiendo los huesos que brillaban, y, cuando los hubo recogido todos, los trasladó a Benevento, capital de Apulia, a bordo de una nave. Comúnmente se dice que actualmente los restos de este santo apóstol están en Roma, pero los beneventinos sostienen que continúan en su propia ciudad.

3. Una mujer tenía una lámpara encendida en honor de san Bartolomé. En cierta ocasión trataba de recebarla para que continuara ardiendo, pero

por más que lo intentaba no lo lograba, porque aunque su alcuza estaba llena de aceite hasta el borde e inclinaba la vasija convenientemente, el óleo no fluía de ella; y no porque estuviera helado, que estaba completamente líquido, como la mujer comprobó repetidamente metiendo sus dedos en el interior de la aceitera. Alguien que estaba junto a la mujer y presenciaba aquel extraño fenómeno, le dijo:

—Yo creo que el apóstol no quiere que eches ese aceite en su lámpara.

Parece que así era; porque seguidamente la mujer inclinó la alcuza sobre otra lámpara que no estaba dedicada al santo, y el aceite fluyó de ella con entera normalidad.

4. El emperador Federico decidió construir una nueva ciudad de Benevento a cierta distancia de la ciudad vieja y, para vencer la resistencia que los habitantes oponían a semejante proyecto, mandó destruir el caserío de la población antigua y demoler todas las iglesias que en su casco urbano había. Cuando se estaba ejecutando la orden imperial, uno de los vecinos se encontró inesperadamente con unos cuantos hombres vestidos con túnicas blancas muy resplandecientes, que hablaban entre sí cual si celebrasen una asamblea, y al verlos quedó tan admirado y sorprendido que se atrevió a preguntarles quiénes eran y qué hacían en aquel lugar. A sus preguntas dio respuesta uno de los reunidos, de la siguiente manera: «El que preside es el apóstol san Bartolomé; los demás somos los santos titulares de los templos que el emperador ha mandado demoler, y estamos aquí reunidos para tratar de la pena que como castigo hemos de imponer al que nos ha expulsado de nuestras respectivas moradas. Ya nos hemos puesto de acuerdo en esto; la decisión está tomada por unanimidad y con carácter irrevocable: el responsable de nuestro desahucio tendrá que comparecer dentro de unos días sin excusa ni pretexto ante el tribunal divino y responder ante Dios, supremo juez, a los cargos que en su contra formularemos». En efecto: algunas fechas después el emperador murió miserablemente.

5. En un libro titulado *Milagros de los Santos,* se lee el siguiente caso: En cierto lugar había un maestro que todos los años celebraba solemnemente la festividad de san Bartolomé. Estando el citado maestro predicando el sermón del apóstol en una de esas fiestas, vio entre el auditorio a una joven extraordinariamente hermosa, clavó en ella sus ojos y, al terminar la predicación, sin caer en la cuenta de que la bellísima mujer era realmente el diablo disfrazado bajo aquellas apariencias, se acercó a la supuesta doncella y la invitó a comer. Estando ya ambos sentados a la mesa, la invitada hizo cuanto pudo por avivar el amor del anfitrión hacia ella; mas de pronto san Bartolomé, en forma de peregrino, llamó a la puerta de la casa del maestro e insistentemente solicitó que le permitieran pasar, en atención al santo apóstol cuya festividad se celebraba aquel día. El maestro, a instancias de la joven, se negó a recibirle, y se limitó a enviarle un pan, como limosna. El peregrino rechazó el socorro y, por medio del criado que se lo ofrecía, rogó al maestro que tuviera a bien responder a la siguiente cuestión: ¿Cuál era la propiedad más esencial del hombre? El criado volvió a la portería y dijo al peregrino:

—A juicio de mi señor, la propiedad más esencial del hombre es la capacidad que el individuo humano tiene para reirse, pero la joven que lo acompaña dice que en su opinión es el pecado, porque en pecado es concebida toda criatura humana, en pecado nace y en pecado vive.

El peregrino indicó al criado:

—Di a tu amo que su respuesta es buena, pero que es más profunda la que ha dado la mujer que le acompaña, y ruégales a ambos que contesten a esta otra pregunta: ¿Cuál es el lugar de la tierra, tan sumamente reducido que no tiene más de un pie cuadrado de superficie, en el que Dios ha obrado cosas verdaderamente estupendas?

Momentos después regresó el criado junto al peregrino y dijo:

—El maestro opina que ese lugar probablemente es el árbol de la Cruz, porque en él hizo Cristo auténticas maravillas; pero su compañera cree más bien que debe tratarse de la cabeza del hombre, que es algo así como un mundo en miniatura.

—Las dos respuestas son buenas —manifestó el peregrino— pero deseo que vuelvas a la sala y plantees a tu amo, de mi parte, esta última cuestión: ¿Qué distancia hay desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo del infierno?

El maestro, al oír de labios de su criado la tercera cuestión planteada por el forastero, reconoció modestamente que no sabía responder a ella; en cambio, la joven, visiblemente turbada, exclamó:

—Ahora caigo en la cuenta de que me he pasado de lista; porque yo sí lo sé, y lo sé por experiencia, porque he recorrido esa distancia cuando

caí desde lo más alto de la gloria hasta lo más profundo del abismo, y al abismo debo volver ahora mismo sin remedio.

En diciendo esto, el diablo, dando un gran alarido, repentinamente se hundió en el infierno. Acto seguido el maestro corrió hacia la puerta de su casa para acoger en ella al peregrino, pero el peregrino ya no estaba allí, ni pudieron hallarlo por la ciudad pese a que mucho lo buscaron.

Un hecho casi enteramente igual a este se lee en la vida de san Andrés.

6. San Ambrosio, en un prefacio compuesto por él en honor de san Bartolomé, resume la historia de este santo de esta manera: «Tú, ¡Oh Cristo!, por procedimientos admirables te dignaste manifestar tu majestad soberana a los discípulos encargados de dar a conocer al mundo el misterio de la Trinidad de personas coexistentes en una sola divinidad. Entre ellos elegiste a san Bartolomé poniendo sobre él tu benigna mirada, lo enriqueciste con la extraordinaria prerrogativa de muy especiales virtudes, lo enviaste a un pueblo lejano y de tal modo le ayudaste, que, mediante el procedimiento de su ministerio y predicación, consiguió que aquellas gentes, hasta entonces casi totalmente incomunicadas con el resto de la humanidad, te conocieran y establecieran trato y comunicación contigo. ¡Cuán admirables alabanzas merece este apóstol! No se contentó con sembrar la fe en las almas de quienes vivían en países cercanos al suyo, sino que cual si tuviera alas voló hasta las últimos confines del mundo y estableció su morada en las remotísimas tierras de la India; al llegar a ellas entró, acompañado de una innumerable muchedumbre de enfermos, en un templo dedicado al diablo, y con sola su presencia hizo callar inmediata y definitivamente al demonio. ¡Qué maravillosos fueron los poderes con que dotaste a este santo! ¡Qué pruebas tan elocuentes dio él de que con ellos habías enriquecido su alma! Meramente con una orden suya quedó para siempre desacreditado el adversario infernal que venía engañando a través de un ídolo a infinidad de enfermos a los que nunca sanaba. También, con su sola presencia, libró del demonio a una princesa real lunática, mandó que la desataran y la presentó ante su padre completamente curada. ¡Qué indudable demostración hizo de la santidad de su propia alma al apoderarse del perpetuo enemigo del género humano y obligarle a destruir la estatua del ídolo en que se ocultaba! Merecidamente ocupa un puesto en las filas del ejército celestial quien recibió la visita de un ángel, el cual, mediante determinados milagros, acreditó sobradamente que venía hasta él en calidad de embajador de la corte divina; éste espíritu angélico, en efecto, hizo comparecer encadenado y deforme al demonio ante innumerables testigos, y grabó en las piedras del templo la sacrosanta Cruz del Señor, por lo cual, y a raíz de estos hechos, se bautizaron el rey, la reina, todo su pueblo y los habitantes de doce ciudades, y todos ellos te aclamaron con la totalidad de las fuerzas de sus cuerpos y de sus almas, y reconocieron plenamente que tú eras su Padre y su Dios. Posteriormente, un hermano del recién convertido Polimio, a instancias de los pontífices de los templos paganos, actuando como auténtico verdugo, mandó apalear al santo apóstol, y al comprobar que éste seguía confesando inconmoviblemente su fe, lo condenó a un espantoso género de muerte, ordenando que fuese desollado vivo. Tu incorruptible mártir soportó todos los tormentos valientemente, y de ese modo, tras ganar esta última batalla en la que se cubrió de gloria, entró a través de la muerte triunfalmente en la bienaventuranza celestial».

San Teodoro, abad y notable doctor, hablando de este apóstol, entre otras cosas dice lo siguiente: «Bartolomé, apóstol de Dios, predicó primeramente en Licaonia, luego en la India y por último en Albana, ciudad perteneciente a la dilatada región de Armenia, donde después de haber sido desollado vivo fue decapitado y sepultado. Parece ser que cuando fue enviado a predicar por el Señor, Este, con su propia voz le dijo: «Discípulo mío muy querido: ve a evangelizar; sal a pelear; sé valiente ante el peligro; yo ya realicé la tarea que mi Padre me encomendó; yo fui el primero en dar testimonio de El: llena tú ahora la parte del vaso que te corresponde; imita a tu Maestro; sigue el ejemplo de tu Señor; une tu sangre a la mía; inmola tu vida como yo la inmolé; padece por mí, como yo por ti padecí; ármate de benignidad para sobrellevar las fatigas que te aguardan, de mansedumbre para soportar la malicia de las gentes, y de paciencia para tolerar las pasajeras adversidades que saldrán a tu paso». «No se negó el apóstol, sino que al contrario, como siervo fiel acató las órdenes de su Señor, y con talante alegre marchó hacia su destino, dispuesto a ser luz del mundo para alumbrar a quienes yacían sumidos en las tinieblas, sal de la tierra para sazonar la insipidez de los gentiles, y agricultor solícito para llevar a buen

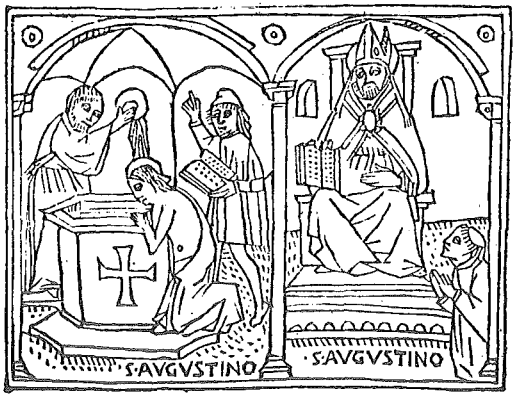
término el cultivo espiritual de las almas. Si el apóstol san Pedro adoctrinó a las naciones, san Bartolomé hizo otro tanto; si Pedro realizó extraordinarios prodigios, los hechos por Bartolomé fueron también muy importantes; si Pedro murió crucificado cabeza abajo, a Bartolomé lo desollaron vivo y luego lo decapitaron; si Pedro logró penetrar en la profundidad de los divinos misterios, también Bartolomé llegó al fondo de los mismos; por tanto, si colocáramos en los platillos de una balanza las obras que uno y otro hicieron en favor de la Iglesia y los divinos carismas con que sus almas estuvieron adornadas, veríamos cómo el equilibrio entre ambas bandejas sería perfecto. Tan dulces y armoniosos como los sonidos de una cítara fueron los producidos en el concierto divino por san Bartolomé, colocado por el Señor en el punto medio de la serie de los doce apóstoles, y cantando a coro con los que fueron llamados al apostolado antes y después que él. Constituidos todos ellos en pastores del Rey de los reyes repartiéronse entre sí la totalidad de las tierras del universo. A san Bartolomé, en aquella especie de sorteo, le correspondió la tarea de evangelizar los territorios de Armenia, país situado entre Ejulath y Gabaoth. Atiende, pues, y considera cómo surca con el arado de su palabra los campos de las almas, cómo deposita en lo hondo de los corazones la semilla de la fe, cómo cultiva los huertos y viñedos del Señor, cómo proporciona a cada una de las plantas adecuados remedios para contrarrestar los efectos de las pasiones, cómo elimina los abrojos dañinos, cómo tala las espesuras de la impiedad y cómo defiende la verdad con vallas protectoras; mas repara también en los frutos que este agricultor para sí recolectó: en lugar de honores, ignominias; en lugar de bendiciones, maldiciones; en lugar de regalos, penas; en vez de una vida apacible, una atrocísima muerte, puesto que, después de haber sido torturado con indecibles tormentos, sus verdugos le arrancaron la piel como hacen los desolladores cuando quieren aprovechar el cuero de los animales para hacer odres; mas, no por eso a su salida de este mundo se desentendió de sus asesinos, sino que, al contrario, viendo que se perdía, trató de salvarlos con milagros y continuó favoreciéndolos a pesar de lo mucho que lo habían torturado. Pero como no había freno capaz de reprimir los instintos bestiales de aquella gente, ni nada que pudiera apartarla del camino del mal, ¿qué dirás que semejante chusma hizo con él después de haberlo matado? Pues ensañarse con su sagrado cuerpo: los enfermos rechazaron a su médico, los huérfanos a su tutor, los ciegos a su lazarillo, los náufragos a su salvador y los muertos a su resucitador, y lo rechazaron arrojando su cadáver al mar. Eso mismo hicieron también por entonces con los restos de otros cuatro mártires: los metieron en sendos cofres y los tiraron al agua en aquel mismo sitio. Mas he aquí lo que ocurrió: las olas empujaron el arca en que se contenía el cuerpo de san Bartolomé, y a gran velocidad la llevaron sobre la superficie del mar desde la región de Armenia hasta la isla de Liparis, próxima a Sicilia. Durante todo el trayecto, los otros cuatro cofres precedieron al del apóstol a corta distancia, cual si trataran de darle escolta y abrirle paso a lo largo de la travesía. El obispo de Ostia, que a la sazón se hallaba en Liparis, conoció por divina revelación la llegada de las reliquias, y de ese modo tan preciadísimo tesoro vino a enriquecer aquella tierra tan sumamente pobre, y tan preciosísima margarita a adornar una comarca tan desamparada, y tan luminosísimo lucero a alumbrar un lugar tan obscuro. Al llegar a la isla los otros cuatro cofres, cumplida su misión de acompañar al del santo, se separaron de él y prosiguieron su navegación dirigiéndose hacia otras costas; en efecto, san Bartolomé se quedó en Liparis y envió los restos de los otros cuatro mártires a diferentes sitios: los de Papino a Milas, ciudad de Sicilia; los de Luciano a Mesina; y los de los dos restantes, es decir, los de Gregorio y los de Acacio, a tierras de Calabria, de este modo: los del primero a Colonna, y los del segundo a Chale. Desde entonces hasta ahora los cuerpos de estos santos han favorecido con sus socorros a los habitantes de las poblaciones en que se quedaron. Los insulanos de Liparis, tras recibir las reliquias de san Bartolomé con cánticos jubilosos, himnos de alabanza y profusión de candelas, construyeron en su honor un magnífico templo. En el litoral de la isla había un volcán que arrojaba fuego por su boca y producía grandes estragos entre la gente; pues bien, a poco de llegar los restos del santo, el monte en cuya cima estaba situado el volcán invisiblemente y por sí mismo se alejó de la costa y se quedó clavado y fijo a unos siete estadios de su anterior emplazamiento; y allí continúa, y hoy todavía los habitantes de Liparis pueden ver cómo el fuego que sale de él da la impresión de que huye de ellos. ¡Dios te salve, Bartolomé, santo de los santos y tres veces

santo! ¡Dios te salve, resplandor de luz divina, pescador de la santa Iglesia, experto en capturar peces dotados de alma racional! ¡Dios te salve, dulce fruto de palmera siempre verde! ¡Dios te salve, vencedor del diablo, que con sus rapacerías estaba causando perniciosos daños al mundo! ¡Oh sol del orbe, iluminador con tu luz de todos los lugares de la tierra! ¡Oh divina boca! ¡Oh lengua de fuego, sembradora de sabiduría! ¡Oh fuente, manantial constante de salud! ¡Tú santificaste las aguas del mar al nevegar sobre su superficie, enrojeciste la tierra al empaparla con tu sangre, subiste al cielo y brillas en él como un astro en medio del ejército celestial, permaneces envuelto en resplandores de perenne gloria y gozas de la bienaventuranza eterna! ¡Yo te felicito!

Hasta aquí, Teodoro.

Capítulo CXXIV

SAN AGUSTÍN



El nombre de Agustín conviene con toda propiedad a este santo por tres razones: por la excelencia de su dignidad, por el fervor de su amor y por la significación etimológica del término.

a) Por la excelencia de su dignidad: Así como Augusto destacó entre todos los reyes, así también Agustín, como muy bien advierte Remigio, descolló entre los doctores y sobresalió entre todos ellos por su sabiduría; de ahí que, mientras éstos son comparados a las estrellas, y de ellos se dice en el capítulo doce de Daniel que como estrellas iluminaron a muchos para que conocieran el sentido de la justicia, este glorioso santo es comparado con el sol. *«Como el sol esplendente brilla en el templo de Dios»,* dice la Iglesia de él en la epístola que se canta en su misa.

b) Por el fervor de su amor: Si llamamos agosto (augustus), al mes cuyos días son calurosamente intensos y abrasadores, Agustín (Augustinus) es el nombre adecuado para asignar a este santo que vivió enardecido por el fuego del amor divino. Hablando de sí mismo dice él en el libro de sus *Confesiones:* «Traspasaste mi corazón con las saetas de tu caridad, etc.». Y, en otro lugar de la misma obra, escribe: «A veces me introduces en un ambiente de afecto tan íntimo y desacostumbrado, y me haces experimentar una dulzura tan inefable, que si semejante situación durara no sería capaz de diferenciarla de las delicias de la vida eterna».

c) Por la significación etimológica del término: La palabra *Agustín* (Augustinus), deriva de *augeo* (aumentar), *astin* (ciudad) y *ana* (encima), y equivale a *el que aumenta la ciudad que está en lo alto.* Por eso en el oficio de la fiesta de este santo se canta: «El que logró ensanchar la ciudad, etc.». El propio san Agustín, hablando de esta ciudad en el libro XI de una obra suya titulada *La Ciudad de Dios,* escribe: «Tanto su origen como la sabiduría que en ella existe, como la felicidad que en su recinto se goza, proceden de Dios». Y más adelante. «Si preguntáis quién la ha construido, se os dirá que Dios; si tratáis de averiguar la razón de que sea tan sabia, se os contestará que eso se debe a que Dios la ilumina; y si buscáis el motivo de su felicidad, hallaréis que esta ciudad es feliz porque sus habitantes disfrutan de la presencia de Dios; quien en ella vive, se transforma; quien allí ejercita su mente, se ilumina; quien en su interior reside, disfruta de bienaventuranza, entiende, ama, se nutre de la eternidad divina, se ilumina con la divina verdad y goza de la bondad eterna». En el Glosario leemos: «Agustín fue magnífico, feliz, esclarecido: magnífico en obras, esclarecido en doctrina y feliz en su gloriosa bienaventuranza».

Casiodoro, en su libro *Hombres ilustres,* dice que la vida de este santo fue escrita por Posidio, obispo de Maliapur.

1. Agustín, doctor eminente, nació en la ciudad africana de Cartago, en el seno de una honrada familia. Su padre se llamó Patricio y su madre Mónica.

Por su extraordinario dominio de las artes liberales alcanzó gran renombre y fue considerado por sus contemporáneos como el más elocuente de los retóricos y el más autorizado de los filósofos. Sin ayuda de maestros que le dirigieran, y a base de estudiar por sí mismo, llegó a comprender perfectamente todas las obras de Aristóteles y cuantos tratados de artes liberales cayeron en sus manos. «Por aquel tiempo, dice en el libro de sus *Confesiones,* era yo un pérfido criado al servicio de los malos apetitos; no obstante, leí cuanto pude leer en materia de artes liberales y llegué a com-

prender todo lo que leí... Sin gran dificultad conseguí entender, sin que nadie me explicara nada, todo lo relativo a la gramática, la retórica, la lógica, la geometría, la música y la aritmética. Tú, mi Dios y Señor, sabes muy bien que la facilidad con que entendía las cosas que estudiaba y la firmeza con que quedaban grabadas en mi mente, eran regalos que me hacías; y sabes también que entonces yo no empleaba estos dones de tu gracia en tu servicio».

Siendo todavía muy joven, como la ciencia sin caridad infla pero no edifica, cayó en el error de los maniqueos e inmerso en él estuvo nueve años. Afirman estos herejes que el cuerpo de Cristo no fue real, sino meramente aparente, y niegan la resurreción de la carne. Por este tiempo Agustín llegó a admitir por buenas ciertas simplezas, entre otras la de creer que las higueras lloran cuando alguien las arranca sus hojas o sus higos.

A los diecinueve de su edad leyó un libro en el que su autor, un filósofo, exhortaba a los lectores a dar de lado a las vanidades del mundo y a cultivar la filosofía. Esta lectura, por una parte le agradó mucho, mas por otra le decepcionó porque en toda la obra no se mencionaba a Jesucristo, hacia quien sentía una simpatía tan viva y natural cual si la hubiera mamado con la leche materna. Por entonces su madre lloraba abundantemente por él y se esforzaba cuanto podía en pesuadirle de que debería abrazar la verdad de la fe. En relación con esto cuenta él en el libro III de sus *Confesiones* una visión que por aquel tiempo tuvo su madre: Parecióle a ella que estaba de pie sobre una especie de regla de madera, con el semblante muy triste, y que un joven se acercaba y le preguntaba los motivos de su tristeza. A la pregunta del mancebo su madre le respondió: «Vivo muy apenada porque veo que mi hijo se pierde». El joven la consoló diciéndole: «Tranquilízate; ten la seguridad de que donde tú estés estará él». En aquel preciso momento ella advirtió que, efectivamente, su hijo estaba a su vera. San Agustín completa este relato diciendo que cuando poco después su madre le refirió la visión que había tenido, él le dijo: «Te equivocas, madre, te equivocas; aquel joven no te dijo que yo estaría donde tú estuvieras, sino que tú estarías donde estuviese yo», pero que su madre le replicó insistiendo: «No, hijo mío, no: el joven aquel no me dijo que yo estaría donde tú estuvieras, sino que tú estarías donde estuviese yo».

En el mismo libro de las *Confesiones* cuenta también san Agustín que, como su madre una y otra vez y tan reiteradamente suplicase a cierto obispo que tuviera a bien rogar a Dios por él pidiéndole que le concediese la gracia de la conversión, un día, el susodicho obispo, cansado en cierta manera de tan insistentes encargos, díjole estas palabras proféticas: «Vete tranquila mujer; es imposible que perezca un hijo por el que viertes tantas lágrimas».

Después de haber enseñado retórica en Cartago durante varios años, Agustín decidió trasladarse a Roma, y, en efecto, a Roma se fue y pronto se hizo con numerosos discípulos. Cuando tomó la decisión a que acabamos de referirnos, nada dijo a su madre, porque quería hacer el viaje sin que su madre se enterara; pero ella adivinó sus propósitos y lo siguió hasta las puertas de la ciudad, y allí le dijo que, o desistía de sus intenciones y se quedaba en Cartago, o tendría que llevarla consigo. El, simulando que optaba por lo primero, regresó a casa; mas al llegar la noche, secretamente, se puso en camino. A la mañana siguiente, a eso del amanecer, Mónica descubrió que su hijo se había marchado, y lloró tanto, que llenó con sus clamores los oídos de Dios. A partir de aquella madrugada todos los días, por la mañana y por la tarde, iba a la iglesia y se pasaba en ella larguísimos espacios de tiempo orando por su hijo.

Precisamente por entonces los miembros del Ateneo de Milán habían pedido a Simaco, prefecto de los romanos, que les enviara un profesor de retórica. A la sazón era obispo de Milán el siervo de Dios Ambrosio. Simaco tuvo a bien atender la petición de los ateneístas milaneses y les envió a Agustín.

Mónica, que no podía vivir sin su hijo, salió de Cartago, y arrostrando las innumerables dificultades que un viaje tan largo y penoso implicaban, fue a reunirse con él y lo halló en una situación espiritual tan ambigua que ni podía decirse que fuese verdaderamente maniqueo ni enteramente católico.

En Milán, Agustín comenzó a frecuentar el trato con san Ambrosio. Solía asistir a sus sermones, y mientras le oía predicar prestaba suma atención y permanecía pendiente de las palabras del predicador para juzgar por sí mismo si la doctrina que exponía era o no conciliable con las afirmaciones del maniqueísmo.

En cierta ocasión san Ambrosio dedicó su sermón a refutar los errores maniqueos, y lo hizo con

argumentos tan claros y convincentes, que logró arrancar del corazón de Agustín y de su mente los restos de simpatía que le quedaban hacia aquella doctrina y las vacilaciones de su alma. En el libro de las *Confesiones* refiere lo que a partir de aquel día sucedió en su espíritu: «En el momento en que te conocí enviaste sobre mí unos rayos de intensa luz que reforzaron la debilidad de los ojos de mi mente; merced a ello, estremecido de horror y de amor, descubrí que estaba lejos de ti, cual si me hallase desterrado en una región extraña; entonces parecióme oír tu voz que me decía desde lo alto: Soy alimento de grandes; crece y me comerás; no serás tú quien me asimile a mí, como asimila tu cuerpo y convierte en su propia sustancia la comida que ingiere, sino que seré yo quien te asimilaré a ti». En el mismo lugar añade que le agradaba seguir a Cristo, pero que sentía cierta pereza para comenzar a caminar por una senda tan estrecha; y que estando en tal indecisión el Señor le inspiró que fuese a ver a Simpliciano, santo varón en quien brillaba la luz de la gracia divina, le expusiese la situación en que se encontraba y recibiese de él orientación para ordenar su vida en servicio de Dios de la manera más adecuada a su propio caso; esta orientación la necesitaba, puesto que advertía que a Dios se podía llegar por muchos caminos, y que había quienes iban por uno y había quienes iban por otro diferente.

A medida que aumentaba su amor al Señor, crecía su admiración por la belleza de las moradas divinas, experimentaba mayor dulzura en la contemplación, y sentía cada vez con más fuerza el hastío que le producían las cosas del mundo y las actividades que en él desempeñaba.

Después de haber meditado en los consejos que Simpliciano le diera, comenzó a reflexionar y a animarse a sí mismo y a decirse interiormente: «¡Cuántos muchachos y jovencitos se han consagrado a la Iglesia y sirven a Dios! ¿No vas a ser capaz de hacer tú lo que ellos hacen? ¿Crees acaso que quienes han adoptado ese género de vida soportan las dificultades que implica, meramente con los recursos de sus propias fuerzas? ¿No te das cuenta de que perseveran en el divino servicio sostenidos por el Dios a quien sirven? ¿A qué, pues, esas vacilaciones? ¡Arrójate de una vez en los brazos del Señor; El te recibirá en ellos, te ayudará y salvará».

Un día, comentando todo esto con Simpliciano, salió casualmente a colación el nombre de Victorino, y aprovechando la oportunidad de que se hubiese mencionado a este individuo, Simpliciano, con visibles muestras de satisfacción, refirió a Agustín lo siguiente: La sabiduría de Victorino era tanta, que los romanos decidieron erigirle una estatua en el foro de la ciudad. Por entonces aquel hombre tan insigne era todavía oficialmente pagano, pero su alma y su corazón estaban ya rendidos al cristianismo, como él mismo, en repetidas ocasiones, había manifestado a Simpliciano en las conversaciones confidenciales que entre sí sostenían. En una de esas conversaciones Simpliciano dijo a Victorino: No creeré en tu conversión hasta que no te vea asistir a la iglesia. Victorino le contestó: ¿Es que acaso son los muros de un templo los que hacen que un hombre sea cristiano? Poco después de esto, un día Victorino fue a la iglesia y al pasar junto a él el que repartía a los asistentes los libros para que leyeran y recitaran a coro, según costumbre, el símbolo de la fe, dióle un ejemplar; pero se lo dio disimuladamente, por si Victorino por vergüenza a que lo creyeran cristiano tenía algún reparo en recibirlo abiertamente. Victorino lo tomó y con él en la mano abandonó el sitio en que estaba y subió a un lugar perfectamente visible del templo, y desde allí, con voz clara y recia recitó a coro con los demás el símbolo de la fe, en presencia de todos los asistentes, quienes, en un arrebato de alegría, de pronto, comenzaron a aclamarle diciendo: ¡Victorino! ¡Victorino! A cada una de estas estruendosas aclamaciones en las que pronunciaban su nombre seguía un impresionante silencio, para tornar inmediatamente a aclamarle de nuevo. Así lo hicieron repetidas veces.

Por entonces, también llegó de Africa un amigo suyo llamado Ponciano, y le refirió la vida y milagros de Antonio, hombre extraordinario, muerto poco antes en Egipto, durante el imperio de Constantino. Agustín quedó tan impresionado y tan fuertemente conmovido por los relatos que Ponciano le hizo, que, volviéndose hacia su compañero Alipio, exclamó gritando:

—¿Oyes lo que nos cuentan? ¿A qué esperamos? Surgen unos analfabetos y nos conquistan el cielo; en cambio nosotros, con toda nuestra sabiduría a cuestas, estamos hundiéndonos en el abismo. ¿Nos da acaso vergüenza seguir los pasos de quienes se nos han adelantado? Más bien tendríamos que sentirnos abochornados por no tener valor suficiente para imitarlos.

En cuanto dijo esto salió a toda prisa hacia un

huerto próximo, y como él mismo refiere en sus *Confesiones,* se tendió en el suelo bajo una higuera y dio rienda a su llanto diciendo a voces:

—«¡Hasta cuándo! ¿Hasta cuándo voy a estar repitiendo, *mañana, mañana, espera un poco, aguarda algo más?* Ese *poco* se alarga indefinidamente y ese *algo más* no tiene fin...».

En el mismo libro, más adelante, se queja de su tardanza y demora de este modo: «¡Ay de mí, Señor! ¡Estás tan sumamente elevado, en la cumbre de las alturas y al mismo tiempo tan sumamente abajo, en el fondo más hondo de las profundidades! Eso no obstante, jamás te alejas de nosotros; y a pesar de que te tenemos tan cerca apenas si nos atrevemos a dirigir nuestras miradas hacia ti. ¡Actúa, Señor, actúa! ¡Sácanos de esta indolencia! ¡Oblíganos a movernos! ¡Acércate, ráptame, reanímame y embriágame con tu dulzura!». Seguidamente añade: «Mi resistencia a desasirme de los lazos que me sujetaban era tan grande como la que yo tenía que haber hecho para no dejarme enredar en ellos. ¡Tarde te amé, oh hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Tarde te amé! ¡Estabas dentro de mí, pero como yo estaba fuera de mí, fuera de mí erróneamente te buscaba corriendo ávidamente tras todas estas cosas bellas que has creado! ¡Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo! ¡Me llamaste, me diste voces, venciste mi sordera; brillante y resplandeciente, superaste mi ceguera, despertaste mi espíritu y lo orientaste debidamente; con ansia paladeé tu sabor y comencé a sentir hambre y sed de ti; me comunicaste tu fuego y empecé a arder en deseos de participar de tu paz!».

Mientras lloraba amargamente tendido bajo la higuera, oyó de pronto una voz que le decía: «Toma y lee; toma y lee». Inmediatamente cogió un códice en el que estaban copiadas las cartas de los apóstoles, lo abrió, y lo primero que sus ojos vieron fueron estas palabras: *«Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo».* En aquel mismo instante desaparecieron todas sus dudas y todas sus tinieblas se disiparon.

Poco después de este episodio sobrevínole un dolor de muelas tan intenso que estuvo casi dispuesto a admitir que el filósofo Cornelio tuvo razón cuando dijo que el mayor bien del alma era la sabiduría y el mayor bien del cuerpo la ausencia de todo dolor, porque el que él sentía en sus encías revestía tal intensidad que no podía ni hablar, y era tan insoportable que se vio precisado a escribir en una tabla de cera un aviso en el que encargaba a sus amigos que rogasen por él al Señor pidiéndole que mitigase su horrible sufrimiento. Esto lo dice él en sus *Confesiones,* y en ellas dice también que tan pronto como él y sus compañeros postrados en tierra de rodillas hicieron a Dios esta petición, el dolor de muelas le desapareció repentinamente.

Por aquellos mismos días escribió una carta al santo varón Ambrosio suplicándole que le indicara qué capítulos de la Sagrada Escritura preferentemente debería leer para instruirse convenientemente en las principales verdades de la fe cristiana. San Ambrosio le aconsejó que leyera el libro de Isaías, porque, a su juicio, cuanto este profeta decía constituía una especie de anuncio del Evangelio, y era como una llamada dirigida a los gentiles exhortándoles a aceptar la verdadera religión.

Comenzó, pues, Agustín a leer a Isaías, pero al principio no logró captar el sentido de lo que leía, por lo cual, sospechando que los restantes capítulos le resultarían tan ininteligibles como los primeros, decidió suspender la lectura de este libro y leer antes otros de las Sagradas Escrituras menos enigmáticos, más comprensibles, que le proporcionaran suficiente base para entender los textos del profeta.

Cuando tenía treinta años de edad, convertido ya por la predicación de san Ambrosio, la noche de Pascua y a ruegos de su madre recibió el sacramento del bautismo. En aquella misma ocasión juntamente con él se bautizaron su hijo Adeodato (muchacho muy ingenioso, engendrado por Agustín en la época de su adolescencia cuando aún era pagano y se dedicaba al cultivo de la filosofía), y su amigo Alipio. Dice una tradición que, terminada la ceremonia del bautismo, san Ambrosio exclamó: *«Te Deum laudamus!»,* (Como Dios que eres, te alabamos), y que san Agustín añadió: *«Te Dominum confittemur!»* (Te reconocemos como Señor); y que, alternando sus frases uno y otro, entre los dos improvisaron en aquella ocasión los conceptos y palabras que constituyen el cántico litúrgico del *Te Deum.* Honorio, en un libro suyo titulado *Espejo de la Iglesia,* asegura que éste fue el origen del mencionado himno. Lo mismo se dice en algunas obras antiguas en las que se transcribe el *Te Deum* íntegramente, tal como hoy lo conocemos, y en las que al comienzo de la transcripción se hace constar expresamente: *«Cántico compuesto por Ambrosio y Agustín».*

El proceso de enraizamiento de Agustín en la fe católica fue tan rápido como maravilloso. Nada

más convertirse dio de lado a todas las cosas mundanas y renunció a las cátedras que regentaba.

En el citado libro de las *Confesiones* su autor refiere las abundantes dulzuras del amor divino que desde el momento de su conversión comenzó a sentir en su alma: «Tú Señor», dice Agustín textualmente, «habías traspasado mi corazón con los dardos de tu caridad; tenía yo clavadas tus palabras en mis entrañas; en el fondo de mis pensamientos, inflamándome y alejando de mí cualquier asomo de indolencia o de tibieza, hallábanse presentes los ejemplos de aquellos siervos tuyos transformados por ti de obscuros y opacos en transparentes, y de muertos en vivos. Como si cantando los salmos graduales estuviese subiendo la cuesta de este valle de lágrimas, con las agudas flechas de tu amor me animabas y con el fuego abrasador de tu caridad me recalentabas el alma. Por aquellos días no me cansaba de considerar con indecible deleite espiritual la acertadísima serie de medidas tomadas providencialmente por ti para procurar la salvación del género humano. ¡Cuánto lloré, profundamente conmovido, al oír los himnos y cánticos que en tu honor dulcísimamente resonaban en la iglesia! A través de las voces de los coros que tan gratamente impresionaban mis oídos llegaba la verdad hasta mi corazón y en él se remansaba, mientras mis ojos se convertían en fuentes de lágrimas; yo lloraba de gozo y me sentía aliviado al llorar. La práctica de cantar en los templos estaba recién introducida en la iglesia de Milán. Yo me deleitaba oyendo lo que los demás cantaban y, al mismo tiempo que gozosamente escuchaba, meditaba sobre la letra de los cánticos y en mi interior, con todo mi corazón, exclamaba: *¡In pace!* (¡En paz!); *in idipsum!* (¡dentro de él mismo!); *dormiam et requiescam et somnum capiam!* (¡dormiré, y descansaré y me anegaré en el sueño!). ¡Qué hermosos conceptos! Porque tú, Señor, eres ese *in idipsum;* y eres ese *in idipsum* porque tú eres *tú mismo,* ¡siempre tú mismo, siempre inmutable, siempre y constantemente! Únicamente en ti se encuentra el descanso que procede del olvido de todos los trabajos. Leía yo después el salmo entero y ardía y me derretía en remordimientos al considerar que hasta entonces me había conducido como un perro, ladrando continuamente contra aquellas Escrituras santas impregnadas de miel celestial suavísima, y contra la doctrina que en ellas se contiene, doctrina que yo, ciego, anteriormente no había visto y que comencé a ver con toda claridad a partir del momento en que tú me iluminaste con tu luz. ¡Oh Cristo Jesús! ¡Cuán súbita mudanza se operó en mí gracias a tu ayuda! ¡Con qué facilidad me desprendí de las bagatelas que antes tanto me interesaban y tanto temía perder! ¡Cuán contento me sentía por haberme liberado de ellas! Pero fuiste tú, verdadera y soberana felicidad, fuiste tú quien arrojaste de mi alma mis anteriores aficiones! Sí; fuiste tú quien tras liberarme de ellas ocupaste el puesto que en mi voluntad ellas ocupaban. ¡Tú, más dulce que todas las dulzuras, con dulcedumbre muy distinta de la que la carne y la sangre apetecen; tú, más luminoso que todas las luces; tú, más escondido que el más arcano secreto, más sublime que todas las sublimidades y más digno de ser apetecido que todas las cosas tras las cuales corren los buscadores de honores y prebendas; tú, Señor, fuiste quien obraste en mí tan profunda transformación».

Algún tiempo después de esto, tomó consigo a su madre, a Nebridio y a Evodio, y emprendió el viaje de regreso a África, y cuando estaban en Ostia, su piadosa madre murió. Muerta su madre, Agustín se embarcó para su tierra. Al llegar a ella se instaló en su antigua casa y en compañía de los mencionados amigos que no querían separarse de él, se dedicó al ayuno, a la oración, a escribir libros y a enseñar a los indoctos. En poco tiempo su fama se extendió por todas partes. La gente ponderaba con admiración las doctrinas que exponía en sus escritos y el género de vida que llevaba. Para evitar que lo hicieran obispo y le apartaran del camino que se había propuesto seguir, procuraba no hacer acto de presencia en ciudades cuyas sedes se hallasen vacantes. Mas he aquí que, por entonces, un hombre de Hipona, célebre por la magnanimidad de sus obras, le envió un recado suplicándole que fuese a verle, pues quería consultar con él determinados asuntos, e indicándole que acaso se determinara a renunciar al mundo si tras de oír sus consejos entendía que le convenía hacerlo. Agustín acudió a Hipona en cuanto recibió este aviso, y durante su estancia en esta ciudad, su obispo, Valerio, que había oído hablar mucho de él y de su extraordinaria valía, y deseaba adscribirlo a la clerecía de su catedral, consiguió vencer la resistencia que a ello Agustín opuso y lo ordenó de presbítero. ¡Cuántas lágrimas derramó nuestro santo antes y después de la recepción de las sagradas órdenes! No faltaron, sin embargo, quienes interpretaron torcidamente tales manifestaciones de sentimien-

to, atribuyéndolas a orgullo. Estas personas, tratando de consolarle, le decían:

—No te preocupes, ya eres presbítero; como quiera que todos saben que vales mucho y que eres merecedor de mayores dignidades, dentro de poco serás obispo.

En seguida de recibir el presbiterado fundó un monasterio de clérigos y adaptó su propia vida y la de sus monjes a una regla inspirada en la doctrina y en el comportamiento de los santos apóstoles. Pronto, diez de los religiosos de aquella comunidad fueron promovidos al episcopado.

Entre los orientales solamente predicaban los obispos; nadie que no lo fuera podía hacerlo, y menos en presencia de su propio prelado. Valerio era griego, conocía poco y mal el latín, se expresaba con mucha dificultad en esta lengua y apenas si lograba captar el sentido de la doctrina expuesta en este idioma por los autores latinos. Debido a esta circunstancia encomendó a Agustín el oficio de predicar en la catedral aunque él estuviera presente. Semejante novedad cayó muy mal entre los demás obispos, que reprocharon al de Hipona su poco respeto a la costumbre establecida; pero a sus reproches replicaba Valerio diciendo que tal costumbre le tenía sin cuidado, y que lo importante era que ya que él no podía predicar, lo hiciese otro por delegación suya. Fue por este tiempo cuando Agustín se enfrentó a un presbítero maniqueo, llamado Fortunato, y a otros herejes, principalmente a los que profesaban los errores del maniqueísmo, los del donatismo y a los rebautizantes, y a todos los derrotó y convenció, refutando sus doctrinas con extraordinaria competencia. Ante tan clamorosos éxitos comenzó Valerio a temer que el día menos pensado se quedaría sin su valioso colaborador, porque no tardarían en nombrarlo obispo de alguna otra ciudad, y para prevenir este riesgo, a fin de que Hipona no se viese privada de semejante lumbrera, concibió y realizó astutamente este plan: llevó a Agustín a un lugar insospechable y lo mantuvo oculto en él durante cierto tiempo, y entretanto rogó al arzobispo de Cartago que le admitiese la renuncia a su sede y que colocara a Agustín en la silla que él dejaba vacante. Cuando Agustín tuvo noticias de lo que su obispo tramaba, se opuso a ello e hizo cuanto pudo para impedir que el proyecto se realizara; pero a pesar de su tenaz resistencia no tuvo más remedio que ceder y aceptar, aunque obligado y coaccionado, la dignidad y el oficio de obispo de Hipona. Poco después de su consagración se enteró de que un concilio universal prohibía que alguien fuese promovido a la prelatura de una diócesis en vida del propio obispo de la misma; por eso, de palabra y por escrito, manifestó reiteradamente que su consagración había sido ilícita, y para que no se repitiera lo que con él había ocurrido, cosa que siempre lamentó, puso gran empeño en que los sínodos episcopales determinasen que quienes hubiesen de consagrar a futuros obispos, antes de hacerlo, intimasen a los que iban a recibir la consagración lo establecido por los padres de aquel concilio ecuménico, y por lo que respecta a su propio caso, en cierta ocasión escribió: «Por ninguna de las cosas que me han sucedido hasta el presente he sentido a Dios tan airado contra mí, como contra esa de que se me encomendara el gobierno de una iglesia y se me pusiera al frente del timón de la nave, siendo así que no era digno ni tan siquiera de figurar entre los remeros».

Sus ropas personales, su calzado y sus ornamentos pontificales ni eran suntuosos ni demasiado viles, sino decorosamente modestos. A propósito de esto, una vez dijo a alguien: «Reconozco que me daría vergüenza vestir lujosamente. Cuando me regalan alguna prenda costosa, la vendo; una prenda de uso personal, por mucho que valga, no reporta ventaja alguna a la comunidad; en cambio, el dinero que se obtenga por ella al ser vendida sí redunda en beneficio de todos».

El régimen alimenticio que se seguía en el monasterio era sencillo y frugal, a base de verduras y legumbres; en atención a los enfermos y a los huéspedes, a esta dieta añadíase un poco de carne. Determinó el santo que, durante las comidas, a fin de que al mismo tiempo que se proporcionaba alimento al cuerpo se procurase nutrición al espíritu, se leyese algún libro provechoso o se conferenciase sobre temas doctrinales concretos de común utilidad. Para evitar que, si se hablaba, la charla degenerase en la peste de la murmuración, había mandado grabar en una de las paredes del refectorio este dístico:

«El aficionado a corroer la vida de los ausentes sepa
Que no es digno de sentarse a esta mesa».

En cierta ocasión unos obispos muy amigos suyos, mientras estaban comiendo con la comunidad, dieron rienda suelta a sus lenguas y empezaron a murmurar. San Agustín trató de hacerles

cambiar de conversación, mas como no lo conseguía, reprendiólos severamente y les manifestó que, si no mudaban de tema, o mandaba borrar la inscripción que figuraba en la pared o él se marchaba del refectorio.

Otra vez ocurrió lo siguiente: Había invitado a comer con los monjes a unos amigos suyos. Uno de éstos, próxima ya la hora de la comida, se coló en la cocina y comenzó a fisgar por ella, deseoso de saber qué platos les servirían, pero como observara que aún no habían preparado nada, regresó a donde estaba Agustín y le preguntó:

—¿Qué nos va a dar de comer hoy el padre de familias?

San Agustín, que nunca se ocupaba de estas cosas concernientes al cocinero, lé respondió:

—Si no lo sabes tú que has andado olisqueando por la cocina, ¿cómo quieres que lo sepa yo que no me he asomado a ella?

«De san Ambrosio» solía decir, «he aprendido estas tres cosas: No meterme a casamentero buscando esposa para nadie; no contribuir a fomentar la vocación militar en quien manifiesta inclinación a ser soldado; y no asistir a ningún banquete al que no haya sido previamente invitado». Y añadía: «Debemos abstenernos de lo primero para no exponernos a que los cónyuges, si una vez casados no se entienden, nos maldigan por haberlos puesto en relaciones; de lo segundo, porque si los militares en el ejercicio de su profesión caen en la intriga o en pecados de calumnia, puede alcanzar la responsabilidad de sus malos actos a quienes los animaron a emprender la carrera de las armas; y de lo tercero, para no exponernos a caer en faltas contra la templanza».

De su pureza y de su profunda humildad nos da idea el libro de las *Confesiones,* en el que se acusa ante Dios de cosas tan insignificantes que los demás, generalmente, no consideramos pecaminosas, o conceptuamos, si acaso, como imperfecciones carentes de importancia. En efecto, en el citado libro se acusa de las siguientes faltas: de que cuando era niño, a veces, en vez de ir a la escuela se quedaba en la plaza jugando a la pelota; de que sentía pereza para ponerse a estudiar o a leer, y de que, para vencerla, necesitaba que sus padres o maestros le apremiaran; de que, también siendo niño, gustábale la lectura de las fantasías que escribían los poetas, entre los cuales menciona expresamente la relativa al cuento de Eneas y Dido, que se suicidó por amor, y se lamenta de haber llorado cuando leyó esta fábula; se acusa igualmente de que durante su niñez algunas veces cogió ocultamente de la despensa o del comedor de su casa cosillas para dárselas a sus compañeros de juegos; y de que, al jugar con ellos, en ocasiones hacía pequeñas trampas para ganar; y de que, cuando ya tenía dieciséis años de edad, un día entró en un huerto ajeno que lindaba con el de su casa y cogió una pera del peral. Hasta de la leve satisfacción que algunas veces sentía al comer se acusa en el mencionado libro. He aquí sus propias palabras: «Tú, Señor, me has enseñado que debemos tomar nuestros alimentos como si fuesen medicinas necesarias para reparar el desgaste corporal, y así procuro hacerlo; pero cuando mi hambre queda acallada y paso del estado de molestia que ella me producía al de tranquilidad, noto que al pasar de la situación de ansiedad a la de alivio, la concupiscencia me tiende sus redes, porque experimento cierto placer derivado del remedio de la anterior necesidad. Tenemos que alimentarnos, pues no disponemos de otro procedimiento para conservar las fuerzas de nuestro cuerpo; el deber de velar por nuestra salud nos impone el de comer y beber, aunque las operaciones mediante las cuales aliviamos el hambre y la sed impliquen cierto deleite; pero ocurre frecuentemente que el tal deleite connaturalmente unido al hecho de sentir satisfechas nuestras necesidades, se adelanta en nuestra intención y actúa sobre nosotros cual si nos impulsara hacia la comida y hacia la bebida. Cuando esto ocurre, ese placer es peligroso y de nada sirve que tratemos de cohonestarlo diciéndonos a nosotros mismos que si comemos es por conservar nuestra salud, porque en semejantes supuestos lo hacemos por dar satisfacción a nuestro cuerpo. De excesos en la bebida no tengo que acusarme; no sé por experiencia qué es la embriaguez, y confío, Señor, en que seguirás ayudándome para que no lo sepa nunca; en cambio, en cuanto a demasías en la comida tengo que reconocer que tu siervo ha incurrído en ellas algunas veces; pero si tú me asistes con tu providencia, esto no volverá a repetirse. ¿Quién puede asegurar que nunca se ha extralimitado en el comer o que cada vez que ha comido jamás ha ingerido más alimentos que los estrictamente necesarios para remediar la necesidad de su organismo? Si alguien puede decirlo con verdad, mérito grande tiene y debe darte gracias por ello y bendecir tu nombre. Yo, pecador de mí, no puedo presumir de eso».

No estaba seguro de si había faltado o no alguna vez con el sentido del olfato. A propósito de esto escribe: «En cuanto al deleite que producen en nosotros los olores agradables, no me preocupo demasiado; ni busco expresamente los aromas gratos ni los rechazo si sin buscarlos llegan hasta mí; dispuesto estoy a vivir permanentemente privado de sensaciones de ese género; al menos, eso me parece a mí, aunque acaso me equivoque, porque estando como estamos sometidos a tentaciones mientras dure nuestra vida, que con razón es llamada tiempo de lucha, nadie puede estar completamente seguro de que no va a sucumbir alguna vez a lo largo de ella; ni el que antes fue malo y posteriormente mejoró de conducta tiene certeza alguna de que no volverá nuevamente a las andadas».

Respecto de las sensaciones del oído, dice lo siguiente: «Los placeres auditivos ejercieron sobre mí un atractivo especial y me dominaron más que los relacionados con los otros sentidos; pero tú Señor, acudiste en mi ayuda y me libraste de esas tentaciones. Reconozco que en tiempos pasados he faltado en esto, porque cuando oía cantar prestaba más atención a la música que a la letra de lo que se cantaba; ahora, en cambio, prefiero no oír cantar para no dejarme influir por la suavidad de las melodías».

En el mismo libro se acusa de faltas cometidas con la vista, y a este respecto menciona los siguientes casos: el excesivo entusiasmo con que en tiempos pasados seguía las carreras de galgos; lo mucho que disfrutaba viendo disparar a los cazadores cuando se encontraba con alguno de ellos en el campo; la atención que de niño ponía para observar sin perderse detalle cómo las arañas atrapaban en sus redes a las moscas. De todo esto pide perdón a Dios, y reconoce que seguir con tanto interés estas cosas es vituperable porque apartan el espíritu de meditaciones laudables, y en ocasiones son causa de que se interrumpa la oración.

Acúsase también de haberse complacido cuando alguien le alababa y de haber sentido movimientos de vanagloria. He aquí lo que a propósito de esto dice: «Es lamentable, Señor, que quien no merece más que vituperios se complazca en que los hombres lo alaben; semejantes alabanzas no podrán modificar tus juicios ni convertir en agrado tu desagrado. Es lamentable que cuando alguien es elogiado, y quien es elogiado lo es porque se advierte en él algún don que tú generosamente le has dado, en vez de agradecerte a ti el don que inmerecidamente le has regalado, se entretenga en saborear los elogios que los demás le tributan. A este género de tentaciones estamos constantemente expuestos todos los días; la lengua humana es como un horno en el que diariamente somos probados. Señor, yo quiero que las satisfacciones que interiormente pueda sentir procedan no de las alabanzas que los demás me tributen, sino de la consideración de las gracias con que me has favorecido. Reconozco que estoy expuesto a que los aplausos del prójimo me halaguen, y a que sus vituperios me produzcan desazón; no obstante, me da pena que la gente elogie algunas cosas mías, o pondere en mí ciertas cualidades, porque sé muy bien que esas cosas mías que elogian están llenas de imperfecciones, y que las cualidades que en mí ponderan en realidad son de muy escaso valor y mucho menos relevantes de lo que la gente cree».

Tan eficazmente refutaba el santo varón las doctrinas de los herejes, que éstos públicamente hablando entre sí decían que matar a Agustín no constituía pecado, sino un deber; que había que exterminarlo como se extermina a los lobos, y aseguraban que al que consiguiera asesinarlo Dios le perdonaría todas las faltas que hubiese cometido. Muchas asechanzas tuvo que sufrir de parte de ellos; muchas emboscadas le prepararon, principalmente cuando sabían que iba a hacer algún viaje, y muchas redes le tendieron para hacerle caer en ellas; pero como la providencia divina velaba sobre él, todos esos intentos fracasaron, unas veces porque lo esperaron en caminos distintos a los que llevaba, y otras porque por más que lo buscaron no consiguieron hallarlo.

Pese a que era pobre y a que pobremente vivía, siempre se mostró solícito con sus hermanos los necesitados, compartiendo generosamente con ellos cuanto a sus manos llegaba. En más de una ocasión, no teniendo nada que darles, mandó fundir los vasos sagrados y vender el metal precioso de que estaban hechos para distribuir el dinero obtenido en la venta entre cautivos, menesterosos e indigentes. Jamás quiso comprar para sí casas, tierras o granjas. Numerosas personas ricas le dejaron herencias, pero nunca las aceptó, insistiendo sistemáticamente en que tales bienes se entregaran a los hijos o parientes de los difuntos que los habían legado. Vivió incluso tan desligado de las propiedades que pertenecían a su iglesia que ni se mostró interesado por ellas ni dio lugar a que la adminis-

tración de las mismas acaparara su atención, que afanosamente tenía puesta de día y de noche en el estudio de las Sagradas Escrituras y en asuntos relativos al servicio de Dios y del prójimo. Por la misma razón no se dedicó a la construcción de nuevos edificios, porque eso le hubiera distraído, y él deseaba mantenerse libre de semejantes preocupaciones a fin de entregarse asiduamente al estudio y a la meditación; sin embargo, tampoco se opuso a que se construyesen los que fuesen verdaderamente necesarios, procurando que la edificación de los mismos se ajustase a criterios prácticos y moderados.

Sentía gran admiración por quienes deseaban morir para reunirse con el Señor. A propósito de esto frecuentemente refería estos tres casos ejemplares relacionados con otros tantos obispos. Uno de esos obispos era san Ambrosio, del que contaba que, estando en agonía, al oír que quienes rodeaban su lecho le suplicaban que pidiera a Dios la gracia de que le prolongara la vida, les contestó: «Ni he vivido de manera que me dé vergüenza continuar entre vosotros, ni temo morir, porque tenemos un buen Señor». San Agustín comentaba esta respuesta con extraordinario entusiasmo. Recordaba también la contestación que otro obispo dio a quienes viéndole en trance de muerte le decían que Dios le libraría de la grave enfermedad que padecía, ya que su presencia en la Iglesia era muy necesaria. La contestación fue ésta: «No me importaría no morirme nunca; pero puesto que algún día tengo que morir, ¿por qué no ahora mismo?». El tercer caso que solía contar era éste, referido por san Cipriano: Hallábase un obispo muy enfermo y, como los dolores que sentía eran muchos y muy fuertes, rogaba al Señor que le devolviera la salud. En un momento dado apareciósele un joven de aspecto muy distinguido, y en tono de severa represión le dijo: «No sé qué hacer contigo, porque ni quieres sufrir ni quieres morir».

Nunca permitió que mujer alguna viviera a su lado, ni siquiera su propia hermana, ni unas sobrinas hijas de un hermano suyo, a pesar de que todas ellas se habían consagrado al servicio de Dios. A este respecto decía: «La convivencia con mi hermana y con mis sobrinas no suscitaría entre la gente sospechas de mal gusto, pero como ellas necesitarían tener en casa algunas mujeres para el desempeño de las faenas domésticas, y unas y otras recibirían visitas de varones conocidos suyos, esto podría dar lugar a que se crearan situaciones comprometidas de tentaciones y debilidades; pero aunque esto no ocurriera, los malpensados, con motivo de esas inevitables visitas, darían rienda suelta a su imaginación y pronto surgirían las murmuraciones». Ponía sumo cuidado en no hablar nunca a solas con mujer alguna, a no ser que se tratara de asuntos reservados.

Procuró que sus parientes más próximos no padeciesen necesidades y que tuviesen lo necesario para vivir modestamente, pero jamás trató de enriquecerlos. Imitando a cierto filósofo que para poder dedicarse a la contemplación se desembarazó de las presiones que sobre él ejercían sus amigos en demanda de favores, y recordando esta frase que el tal filósofo solía decir «los deudos y amigos con sus constantes peticiones acaban haciendo la vida insoportable al que tiene algún prestigio», se guardó mucho de emplear su influencia en recomendar a nadie de palabra o por escrito, y en las raras ocasiones en que creyó oportuno interceder en favor de alguien lo hizo con extraordinaria prudencia, midiendo escrupulosamente sus expresiones, procurando no mostrarse exigente ni pesado, consciente de que observando fielmente las normas de una exquisita urbanidad se obtiene con mayor facilidad lo que se pide.

Cuando tenía que fallar algún asunto contencioso entre dos personas, prefería que éstas fuesen desconocidas suyas a que fuesen sus amigas, porque, como él muy bien decía, el juez, al juzgar a desconocidos, puede actuar con independencia de criterio, sin prejuicios, y, libre de presiones sentimentales, señalar con mayores garantías de acierto al culpable; además, añadía, si aquellos a quienes el juez tiene que juzgar son amigos suyos, por muy certeramente que juzgue, con toda seguridad perderá la amistad del que resulte declarado reo en el juicio, mientras que, por el contrario, si no conoce a los litigantes, el que resulte absuelto se convertirá en amigo suyo.

Fue invitado a predicar en numerosas iglesias, y explicando en ellas la palabra de Dios convirtió a muchos herejes y pecadores. Durante su predicación intencionadamente solía hacer algunas digresiones advertiendo a los oyentes que, si se apartaba ocasionalmente del tema central que estaba desarrollando, hacíalo porque así Dios lo quería, a fin de procurar la salvación de alguien que se encontraba entre el auditorio. Que era Dios, en efecto, quien le inspiraba la conveniencia de hacer tales

digresiones quedó palpablemente demostrado en cierta ocasión en que el santo estaba predicando sobre un asunto determinado y de pronto abrió un paréntesis y comenzó a refutar los errores de los maniqueos; entre quienes asistían al sermón había un hombre de negocios que profesaba las doctrinas de los susodichos herejes. Este hombre, convencido por la refutación que el predicador hizo del maniqueísmo, abandonó la herejía y se convirtió.

En cuanto los godos se apoderaron de la ciudad de Roma, los idólatras e infieles desencadenaron una dura ofensiva contra los cristianos. Entonces precisamente fue cuando san Agustín escribió su libro titulado *La Ciudad de Dios,* cuyo argumento es el siguiente: para que los creyentes no nos extrañemos de que mientras los justos frecuentemente padecen adversidades en esta vida, los impíos, en cambio, parecen prosperar, san Agustín expone en la citada obra su teoría acerca de las dos ciudades: la de Jerusalén, cuyo rey es Cristo, y la de Babilonia, regida por el diablo. Dos amores distintos, dice, han construido respectivamente cada una de estas cuidades: el amor propio, o sea el egoísmo llevado hasta el extremo del desprecio de Dios, ha edificado la ciudad del diablo; el amor a Dios, por el contrario, prevaleciendo sobre todo género de egoísmo, ha dado origen a la ciudad divina.

Todavía vivía san Agustín cuando hacia el año 440 del nacimiento del Señor los vándalos invadieron totalmente la provincia de África, devastando cuanto encontraron a su paso y atropellando a toda clase de personas, sin consideración al sexo, dignidad o edad de las mismas. Al llegar los invasores a Hipona cercaron la ciudad y la sometieron a riguroso asedio. Este acontecimiento acibaró la ya amarga y triste ancianidad del santo obispo, que sufrió más que nadie y se alimentó de día y de noche con los torrentes de lágrimas que brotaban de sus ojos al ver cómo unos caían muertos y otros huían, y al considerar que las iglesias quedaban viudas de sus sacerdotes, y las poblaciones arrasadas se convertían en desiertos. En medio de tantas tribulaciones trataba de reforzar su ánimo e infundir valor a los demás recordando la sentencia de un sabio que decía: «Escasa talla espiritual tiene quien piensa que es algo extraordinario el que los árboles caigan, las piedras se desmoronen y los seres mortales mueran». Como los horrores continuaban, reunió a sus monjes y les dijo: «He pedido al Señor que nos saque de esta angustiosa situación, o nos dé fuerzas para soportarla o me lleve a mí de esta vida y me libre de presenciar tantas calamidades». El Señor le escuchó y le concedió la tercera de estas tres peticiones alternativas: tres meses después de que comenzara el asedio de la ciudad, cayó en cama aquejado de fiebres. Comprendiendo que el día de su muerte se avecinaba, mandó que escribieran los siete salmos penitenciales en unos carteles, y que éstos fuesen clavados a una de las paredes de su estancia, de manera que pudiera verlos desde el lecho en que yacía postrado. Así lo hicieron los monjes, y el santo, desde la cama, recitaba constantemente los siete salmos derramando abundantes lágrimas. Para entregarse más plenamente a la oración, y para que nadie interrumpiera sus continuos coloquios con Dios, diez días antes del de su fallacimiento rogó a sus religiosos que lo dejasen solo y que no entrasen en su habitación a no ser cuando fuese menester hacerlo para acompañar al médico o para proporcionarle algún alimento.

Durante esta última enfermedad fue a visitarle un conocido suyo, también enfermo, y como éste le rogara que pusiera una de sus manos sobre su cuerpo y le devolviera la salud, Agustín replicó:

—Pero, ¿cómo se te ocurre pedirme semejante cosa? Si yo tuviera esos poderes que me atribuyes, no estaría como estoy; ya habría usado de ellos para curarme a mí mismo.

El forastero, no obstante, insistió en su demanda diciendo, para justificar su insistencia, que había tenido una visión y que en ella se le había indicado que si quería sanar acudiese a Agustín. Entonces el santo, conmovido por la perseverancia y prueba de fe de su visitante, oró por él, y, en efecto, éste quedó sano.

Muchos fueron los milagros que hizo san Agustín y muchos también los energúmenos que curó. En el libro XXII de *La Ciudad de Dios* refiere dos prodigios como si los hubiera hecho otro, pero en realidad el autor de los mismos fue él. He aquí la transcripción literal de ambos:

«Conozco a una doncella de Hipona que estando endemoniada y deseando verse libre del diablo que se había apoderado de ella, ungióse su cuerpo con un óleo en el que previamente había depositado algunas de las muchas lágrimas que cierto sacerdote derramara al orar por ella; tan pronto como aplicó sobre su cuerpo la susodicha unción, quedó completamente curada».

«Se también que en cierta ocasión un obispo oró para que un adolescente, al que ni siquiera conocía, quedara libre del demonio, y que con su oración consiguió inmediatamente la curación del joven poseso».

No cabe duda de que en ambos casos el autor de los milagros fue él, aunque por razones de humildad no quisiera declarar esa circunstancia.

En el mismo libro de *La Ciudad de Dios* cuenta este otro hecho prodigioso: un día acudió a visitar a un enfermo al que debía hacérsele una incisión tan sumamente peligrosa y arriesgada que los médicos estaban casi seguros de que se les moriría durante la operación. El paciente se encomendó a Dios con muchas lágrimas, Agustín también oró con él y por él, el Señor escuchó las plegarias de ambos y las atendió de tal manera que el hombre aquel sin necesidad de operación quedó enteramente curado.

Poco antes de su muerte san Agustín dijo estas interesantes palabras: «Nadie, por muy virtuosamente que haya vivido, debe salir de este mundo sin hacer previamente confesión de sus pecados y sin recibir la Eucaristía».

Hasta el último momento de su vida conservó en perfecto estado sus facultades, sus miembros y su vista, de manera que con completa lucidez mental en el instante postrero, rodeado de sus hermanos los monjes que le asistían con sus oraciones, a los setenta y siete años de edad y cuarenta de episcopado entregó su espíritu a Dios. No hizo testamento, porque siendo pobre por amor a Cristo no disponía de bienes temporales. Vivió hacia el año 400.

Agustín, luminosísimo faro de sabiduría, baluarte de la verdad, bastión inexpugnable de la fe, incomparablemente superior en talento y ciencia a todos los demás doctores de la Iglesia, fue hombre eminente, tanto por los ejemplos de sus virtudes, cuanto por la riqueza de su doctrina. Con razón san Remigio, después de haber hablado de san Jerónimo y de algunos otros maestros, concluye de esta manera: «A todos ellos supera Agustín en igenio y en ciencia, pues aunque san Jerónimo hubiese leído, como él mismo asegura, los seis mil volúmenes que Orígenes dejó escritos, san Agustín escribió tantos que no hay en el mundo persona capaz, no digo ya de copiarlos, pero ni siquiera de leerlos en su totalidad, aunque dedicara a esa tarea todos los días y todas las noches de su vida».

Por su parte, Volusiano, destinatario de una carta de Agustín, afirma: «Si alguien hallare algún asunto que no hubiese sido tratado por Agustín, sepa sin el menor género de duda que ese tema no pertenece al ámbito de la ley de Dios».

El propio san Jerónimo, en una de las epístolas que escribió a san Agustín, se expresa de este modo: «Hasta ahora no me ha sido posible acusarte recibo de los opúsculos que me enviaste; encuéntrolos tan ricos en doctrina, tan aleccionadores y tan elocuentemente redactados, que no es posible superarlos. Has sacado de las fuentes de las Sagradas Escrituras todas las aguas que de ellas pueden sacarse; has dicho sobre las materias por ti tratadas cuanto de ellas puede decir el ingenio humano. Te ruego, pues, reverendo Padre, que aún a trueque de herir tu modestia, me permitas alabar tu talento».

En el libro *De los doce Doctores,* el mismo san Jerónimo dice: «El obispo Agustín, volando como un águila, se ha remontado por encima de las cumbres de las montañas y desde semejantes alturas contempla el orbe terráqueo y el círculo de aguas que lo envuelven, y como no le interesa lo que está a ras del suelo, torna sus ojos hacia lo alto y con extraordinaria elocuencia trata de infinidad de cosas relacionadas con los elevados espacios del cielo».

De la reverencia y amor que san Jerónimo sentía hacia san Agustín, dannos idea, finalmente, las cartas que le escribió, en una de las cuales se expresa de la siguiente manera: «Jerónimo, al santo señor y beatísimo pontífice: Si siempre he sentido gran reverencia hacia tu dignísima persona y te he amado como a templo del Señor, porque templo del Señor eres, puesto que nuestro Señor y Salvador mora en ti, ahora, y desde hace algún tiempo, mis sentimientos de admiración y de afecto son si cabe más intensos, y mayores mis deseos de exteriorizarlos. Quiero que sepas que, aunque no pronuncie tu nombre con mis labios, no hay hora del día en la que no esté pronunciándolo con mi corazón».

El mismo santo, en otra de sus cartas, dice: «Dios me libre del atrevimiento de hacer la menor objección a ninguno de los tratados que tu beatitud ha escrito. ¡Bueno estoy yo para enmendar libros ajenos, teniendo tanto que revisar y rectificar en los míos».

Gregorio, en una epístola que dirigió a Inocencio, prefecto de África, se expresó de este modo: «Accediendo a vuestros ruegos os envié mi co-

mentario sobre el libro del santo Job; me alegra saber que de su lectura habéis sacado algún provecho; pero si queréis nutrir vuestra alma con alimentos deliciosos, permitidme que os dé un consejo: leed los escritos del bienaventurado Agustín, vuestro compatriota; en cuanto comencéis a hacerlo, comprobaréis que todo lo que en ellos se dice es flor de harina, e inmediatamente dejaréis a un lado el forraje que yo os proporcioné».

El mismo san Gregorio escribe en su *Registro:* «Leemos que san Agustín no permitió a su hermana que viviera a su lado, y que decía: las que están con mi hermana no son mis hermanas. Semejante cautela de tan devoto varón debe servirnos de ejemplo».

En el prefacio que san Ambrosio compuso en honor de nuestro santo, leemos estas palabras: «¡Señor! Al conmemorar la muerte de Agustín adoramos tu magnificencia: porque, gracias a la ayuda que a todos ofreces, este bienaventurado varón, inflamado por tu espíritu, no se dejó seducir por las vanas promesas de los halagos falaces. Tú colmaste su alma con toda suerte de sentimientos piadosos, y en tal manera, que él fue para ti simultáneamente altar, sacrificio, sacerdote y templo».

En el libro III de su obra *De la vida contemplativa* escrita por san Próspero leemos lo que sigue: «El obispo san Agustín fue vivo de ingenio, dulce en el hablar, experto en literatura humanística, incansable en el trabajo eclesiástico, campeón en las controvetsias cotidianas, correcto en todos sus actos, agudo para resolver las cuestiones más intrincadas, especialista en convencer a los herejes, ortodoxo en la exposición de nuestra fe, y comentarista de indiscutible autoridad en sus explanaciones de las Sagradas Escrituras».

De san Bernardo es esta sentencia: «Agustín es el más poderoso martillo de los herejes».

Después que san Agustín murió, los fieles tomaron su cuerpo, y para evitar que cayera en manos de los bárbaros que habían invadido toda aquella tierra y profanaban los templos y las cosas santas, lo trasladaron a Cerdeña. Doscientos años más tarde, o sea, hacia el 718 de nuestra era, Luitprando, piadoso rey de los lombardos, al enterarse de que los sarracenos habían devastado esta isla, envió a ella unos emisarios suyos para que sacasen de allí los restos del santo doctor y los llevasen a Pavía. Estos emisarios tuvieron que abonar por el venerable cuerpo una considerable cantidad de dinero, pero lograron rescatarlo y lo condujeron hasta Génova, a donde lleno de alegría acudió el devoto rey para honrarlo debidamente y hacerse cargo de él. Mas a la mañana siguiente, cuando trataron de iniciar la marcha para transportar los sagrados restos hasta Pavía, por más esfuerzos que hicieron no consiguieron mover el cofre en que se contenían las santas reliquias hasta que el rey se comprometió con voto público a edificar en Génova una iglesia en honor del bienaventurado doctor. En efecto, el rey públicamente hizo promesa de construir en Génova un templo en honor de san Agustín si éste permitía que pudiesen trasladar su cuerpo a Pavía, y en cuanto pronunció dicho voto, inmediatamente y sin dificultad alguna pudieron levantar el cofre del suelo y emprender la marcha. Posteriormente, el rey, fiel a su compromiso, construyó en Génova una iglesia en honor del santo. Un milagro semejante ocurrió al siguiente día en Casal, ciudad de la diócesis de Tortona: después de la parada que allí hicieron no pudieron reanudar el viaje hasta que el rey prometió edificar en la mencionada ciudad un templo dedicado a san Agustín; pero en esta ocasión el rey hizo más: porque cedió a perpetuidad el señorío de la ciudad entera y de todos sus alrededores al clero encargado de atender el culto en el mencionado templo, y entendiendo que era deseo del santo que se le dedicaran iglesias en todos los lugares en los que el cortejo se detenía, y temiendo que los emplazamientos que los habitantes eligieran para construirlos no fueran los que san Agustín deseaba, para prevenir posibles desaciertos determinó que esas iglesias se edificaran exactamente sobre el solar de cada una de las casas en que cada noche se daba alojamiento a las venerables reliquias. De este modo, en un continua manifestación de gozo, el cuerpo de san Agustín fue llevado de ciudad en ciudad desde Génova a Pavía, quedando finalmente depositado y reverentemente colocado al llegar a su destino, en la iglesia de san Pedro, popularmente conocida por el nombre de *Cielo de oro.*

2. Un molinero muy devoto de san Agustín, hallándose enfermo de esa enfermedad que llaman mal salado, con supuración en una de sus pantorrillas, se encomendó con mucha devoción al santo, pidiéndole que acudiera en su auxilio y le curara. Una noche, el susodicho molinero, mientras dormía, soñó que san Agustín se acercaba a él, le

tocaba en la pierna que tenía mala y se la dejaba completamente curada. A la mañana siguiente, al despertar, el molinero comprobó que su pierna estaba totalmente sana, y dio gracias a Dios y al santo por el milagro que en él había hecho.

3. Un niño se hallaba enfermo, aquejado del llamado mal de piedra. Los médicos coincidían en afirmar que para curarlo era menester abrirle el vientre a fin de extraerle los cálculos que tenía en el riñón; pero la madre del pequeño, temiendo que su hijo se quedase muerto durante la operación, recurrió a san Agustín y le rogó muy devotamente que viniera en auxilio del enfermo. Apenas la madre hizo esta oración, el niño expulsó con la orina la piedra que le causaba la enfermedad y quedó completamente sano.

4. Un año, la víspera de la fiesta de san Agustín, un monje del monasterio conocido popularmente por el nombre de *Elemósina,* estando haciendo oración en la iglesia, cayó en estado de éxtasis y durante el mismo vio lo siguiente: desde lo alto del cielo descendía lentamente una nube muy luminosa; sobre ella estaba san Agustín vestido de pontifical; de los ojos del santo salían dos rayos semejantes a los del sol, que llenaron de luz e impregnaron de exquisito aroma el templo monacal. Con una visión muy parecida a ésta fue favorecido san Bernardo una noche, cuando estaba en el coro cantando con su comunidad el oficio de maitines. Mientras uno de los monjes recitaba las lecciones de uno de los nocturnos tomadas de un tratado de san Agustín, san Bernardo se quedó ligeramente traspuesto, y en el breve rato en que estuvo medio adormecido, vio en medio del coro, de pie, a un joven hermosísimo de cuya boca fluían torrentes de agua muy clara que se acumulaban en el interior de la iglesia e inundaban el templo, y mientras contemplaba esta visión tuvo conciencia de que aquel joven era san Agustín, y de que las aguas que fluían de su boca simbolizaban la doctrina con la que el santo doctor, fuente inagotable, regó la Iglesia de Dios.

5. Un individuo muy devoto de san Agustín sobornó al monje encargado de la custodia de sus reliquias ofreciéndole una cuantiosa suma de dinero para que le proporcionase uno de los dedos del santo. El monje recibió la cantidad convenida; pero, en vez de dar al sobornador un dedo de san Agustín, le dio envuelto en un pañuelo de seda un dedo de otro difunto cualquiera, haciéndole creer que le entregaba lo que había pedido. El devoto de san Agustín recibió la supuesta reliquia con suma reverencia, mandó labrar un relicario, la colocó en él y mostraba tal veneración hacia ella que no cesaba de adorarla; con sentimientos de verdadera piedad ponía el relicario sobre su boca, sobre sus ojos y estrechábalo infinidad de veces contra su corazón. Viendo Dios la sincera fe de aquel piadoso varón, tuvo misericordia de él e hizo que milagrosamente saliera despedido del relicario el dedo apócrifo y que su puesto fuese ocupado por un dedo auténtico del santo. El hombre aquel tornó a su tierra llevándose consigo, naturalmente, el relicario; y en cuanto llegó a su ciudad, la reliquia en él contenida comenzó a hacer tantos y tales milagros, que el rumor y fama de ellos se extendió pronto por todas partes y comenzaron a comentarse en Pavía. Cuando el monje de que hemos hablado oía hablar de ellos, insistía en que tales prodigios no podían ser verdaderos puesto que el dedo que él había entregado al forastero no pertenecía a san Agustín, sino a un difunto cualquiera de los enterrados en el monasterio. El abad, para comprobar si lo que el monje decía era cierto o no, mandó abrir el sepulcro de san Agustín, y al abrirlo todos los presentes advirtieron que, en efecto, en una de las manos del santo faltaba un dedo. Covencido el abad de que el monje había amputado y vendido el dedo que faltaba, depúsolo de su oficio y lo castigó muy severamente.

6. En un monasterio de Borgoña llamado comúnmente «el Fontanal», había un monje muy devoto de san Agustín, asiduo lector de sus obras con cuya doctrina alimentaba su alma. Este religioso insistentemente pedía al santo que le concediese la gracia de morir, fuese el año que fuese, pero concretamente en el día en que la Iglesia celebraba su fiesta. Pues bien; un año, quince días antes de la fiesta de san Agustín, Hugo, que así se llamaba el monje, fue acometido por muy altas fiebres, su salud comenzó a deteriorarse rápidamente, y de tal modo se agravó, que la víspera de la festividad del santo, viendo los religiosos que el enfermo iba a morir de un momento a otro, lo sacaron del lecho y lo tendieron sobre el suelo, como solía hacerse en semejantes casos. Al poco rato otro de los monjes que estaba orando en la iglesia vio como entraban en ella procesionalmente, numerosos jóvenes hermosísimos y resplandecientes vestidos de blanco precediendo a un obispo muy reverendo que ataviado con ornamentos pontificiales cerraba el cortejo. El monje

quedó admirado, y, cuando la procesión empezó a pasar delante de él, preguntó a uno de los que habrían la marcha:

—¿Quiénes sois? ¿Qué significa ésto?

El interpelado le respondió:

—El oficiante es san Agustín; los demás somos sus canónigos; venimos con él a este monasterio a recoger el alma de un religioso muy devoto suyo que está a punto de morir, para llevarla al reino de los cielos.

La venerable procesión continuó avanzando por el inteior del templo; desde éste pasó al monasterio y se dirigió a la enfermería, en donde permaneció estacionada hasta que el alma del moribundo, protegida por el santo contra los hostiles ataques de los demonios, se desprendió del cuerpo y completamente segura en manos de tan dulce amigo fue conducida a la gloria.

7. En un relato se cuenta lo siguiente: En cierta ocasión estaba san Agustín leyendo un libro y, absorto en la lectura, vio de pronto pasar por delante de él al diablo cargado con un códice enorme sobre sus hombros. Al verlo, el santo ordenó al demonio:

—¡Alto ahí! ¡Párate y dime inmediatamente qué libro es ese que llevas sobre tus espaldas!

El demonio contestó:

—En este libro están escritos todos los pecados cometidos por los hombres de todas las regiones de la tierra desde el comienzo del mundo hasta hoy. Yo mismo los he ido anotando a medida que incurrían en ellos.

—En ese caso —respondió el santo—, también habrás consignado en esas páginas lo relacionado conmigo. Muéstrame, pues, lo que sobre mí has escrito.

El demonio descargó el libro, lo puso sobre la mesa, lo abrió y mostró a Agustín el lugar en que se hablaba de él. Se trataba de una sola anotación, la única que en tan voluminoso códice se refería a su persona,y en ella se decía meramente: «Un día se olvidó de recitar las completas». San Agustín, en cuanto la leyó, dijo al demonio:

—No te muevas de aquí; espera a que yo vuelva.

Dada esta orden, salió de la habitación, se fue a la iglesia, rezó devotamente aquellas completas que por olvido dejara de rezar algún día en tiempos lejanos, regresó a donde el diablo le aguardaba y le dijo:

—Quiero ver de nuevo esa anotación que se refiere a mí.

El demonio abrió nuevamente el libro, comenzó a revisar sus páginas y a pasar hojas y hojas cada vez más nervioso, cada vez más de prisa y cada vez más enfurecido, porque por más que buscaba y rebuscaba, no lograba localizar la acusación que contra Agustín había escrito. Al fin dio con el lugar exacto en que años antes había anotado aquella falta; pero al ver que el espacio estaba en blanco, en un arranque de ira dijo al santo:

—Me has engañado como a un imbécil, ¡Qué insensato fui al dejarte leer lo que contra ti tenía aquí consignado! Ahora caigo en la cuenta de lo que ha ocurrido: te fuiste a orar y con tus oraciones conseguiste que quedara borrada la falta en que hace años incurriste.

Dicho esto, el diablo, confuso y avergonzado, desapareció.

8. Una mujer que se sentía frecuentemente injuriada por ciertas personas maliciosas acudió a san Agustín en demanda de consejo. Cuando llegó a donde el santo estaba lo saludó respetuosamente; pero él ni respondió a su saludo ni siquiera dirigió hacia ella su mirada. Entonces la mujer, pensando que acaso aquel piadoso varón de santidad tan eminente llevara su recato hasta el extremo de apartar sistemáticamente sus ojos de los rostros femeninos, se acercó a él y minuciosamente le expuso el motivo de su visita, y como al teminar su relato Agustín ni le respondiera una palabra ni la mirara, se marchó de allí profundamente apenada. Al día siguiente la susodicha mujer fue a la iglesia a oír misa, y al concluir la elevación del cuerpo del Señor —era precisamente san Agustín quien celebraba el santo sacrificio—, quedó arrobada en éxtasis y durante el mismo contempló esta escena: veíase ella ante el trono de la Santísima Trinidad, y veía también a Agustín con la cabeza inclinada ante las tres soberanas Personas en actitud de absorta meditación, discurriendo profundamente y en absoluto recogimiento sobre la doctrina del augusto misterio trinitario, cuando de pronto oyó una voz que decía: «Tal como ves ahora a Agustín, abstraído de cuanto le rodea y sumido en profundos pensamientos acerca del misterio de la Trinidad, así estaba ayer, cuando fuiste a visitarle: tan absorto en sus meditaciones doctrinales, que ni siquiera se dio cuenta de que estabas junto a él. Vete a verle de nuevo, cuéntale lo que te sucede, no dudes en hacerlo y ten la completa

seguridad de que te recibirá amablemente y te dará muy atinados consejos».

9. Dícese también que en cierta ocasión un hombre muy piadoso fue arrebatado en espíritu al cielo y, sumamente sorprendido al ver en él a todos los santos pero no a san Agustín, atrevióse a preguntar a uno de los bienaventurados:

—¿Dónde está Agustín? ¿Es posible que no se encuentre entre vosotros?

El bienaventurado le respondió:

—¡Cierto! Agustín no está entre nosotros; está mucho más arriba, en la cima de la gloria, abismado en la contemplación de la Santísima Trinidad.

10. El marqués de Malaspina había metido en la cárcel a varios caballeros de Pavía, y para extorsionarlos y sacarles grandes cantidades de dinero, prohibió a los carceleros que les suministraran ni una sola gota de agua. La sed que sentían los desgraciados prisioneros era tan ardiente que algunos de ellos estaban a punto de exhalar su último suspiro y otros, no pudiendo soportarla más, llegaron a beber sus propios orines.

Uno de los encarcelados, joven de edad y muy devoto de san Agustín, un día comenzó a rogar al santo que acudiera en su auxilio. Aquella misma noche, hacia las doce, san Agustín se apareció a quien tan devotamente lo había invocado, se acercó a él, lo asió de la mano derecha, lo sacó de la prisión, lo condujo hasta la orilla del río Gravelón y, formando con una hoja de parra una especie de cuenco, proporcionó a su sediento devoto cuanta agua quiso beber, y de este modo, el que momentos antes estaba a punto de beberse su propia orina para mitigar su sed, sintióse tan aliviado, que aunque en aquel momento le hubiesen dado a beber una copa del néctar más exquisito, no hubiera bebido ni siquiera una gota de él.

11. El rector de cierta iglesia llevaba tre años en cama, aquejado de grave enfermedad. Como era muy devoto de san Agustín, el día anterior a la fiesta del santo, por la tarde, al oír que tocaban a vísperas, comenzó a invocarle y a encomendarse a él con todas las veras de su alma. Cuando de esta manera le estaba invocando, san Agustín, vestido de blanco, se le apareció, le llamó tres veces seguidas por su nombre y le dijo: «Puesto que tan insistentemente me has rogado que viniera en tu ayuda, aquí me tienes; levántate ahora mismo; si te das prisa puedes llegar a tiempo a la iglesia y presidir el canto de las vísperas». El sacerdote se levantó completamente sano, se fue a la iglesia, entró en ella y, con gran admiración del clero y de los fieles, que quedaron estupefactos al verlo, presidió el canto de las vísperas en honor del santo.

12. A un pastor brotóle un cáncer en la espalda. La maligna llaga se extendió por su cuerpo y se apoderó de él de tal manera que el pobre hombre, con todas sus fuerzas perdidas, ya no podía ni moverse; mas comenzó a invocar a san Agustín y un día, cuando estaba solicitando su ayuda, el santo se le apareció, colocó su mano sobre el lugar más corroído por el cáncer y curó al pastor repentinamente y completamente.

Años más tarde, este mismo sujeto quedóse ciego; pero invocó a san Agustín con fervor y confianza y san Agustín se le apareció de nuevo, pasó sus manos sobre los ojos de su devoto y le devolvió la vista.

13. Hacia el año 912 del Señor más de cuarenta hombres procedentes de Alemania y de Francia, todos ellos muy enfermos, emprendieron una peregrinación a Roma para visitar los sepulcros de los santos apóstoles. Algunos de ellos hacían su viaje sirviéndose de un cajón de madera, metidos en él y arrastrándose por el suelo; otros caminaban apoyándose en cayados, los ciegos iban tras los videntes, agarrados a ellos; los paralíticos de pies y manos avanzaban como podían. Pasada la cordillera, llegaron a un lugar llamado Carbonera, y después a otro que distaba ya solamente tres millas de Pavía y que se llamaba Cana; y al entrar en esta población vieron que de la iglesia de los santos Cosme y Damián salía un obispo vestido de pontifical. Este prelado, que era san Agustín, pero al que ellos no reconocieron, se acercó a donde estaban, los saludó y les preguntó:

—¿A dónde vais?

—A Roma —le contestaron.

San Agustín les dijo:

—Id a Pavía, y en cuanto lleguéis a la ciudad, preguntad por el monasterio de san Pedro, o *Cielo de oro,* que por este nombre es conocido vulgarmente; llamad a su puerta y allí hallaréis la misericordia que vais buscando.

Entonces los peregrinos le preguntaron:

—¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

Él les respondió:

—Me llamo Agustín. En tiempos pasados fui obispo de Hipona.

Dicho esto el prelado desapareció.

Los peregrinos prosiguieron su marcha, llegaron a Pavía, preguntaron por el monasterio que el

obispo les había indicado, y al enterarse de que precisamente en la iglesia del dicho monasterio se conservaba el cuerpo de san Agustín, empezaron a dar voces y a exclamar:

—¡Oh san Agustín! ¡Ayúdanos!

Al oír el griterío que formaban, los habitantes de la ciudad y los monjes, movidos por la curiosidad, se echaron a la calle, se unieron a la caravana de los vociferantes peregrinos, cuya emoción era tan intensa que acaso por la distensión de sus nervios empezaron a sangrar con tanta abundancia y de tal manera que, desde la entrada del monasterio hasta la tumba del santo, el suelo quedó enteramente cubierto de sangre. Todos aquellos enfermos, nada más llegar junto al monumento en que se conservaban las reliquias de san Agustín, sintiéronse repentinamente curados de sus respectivas enfermedades, y adquirieron un aspecto tan saludable cual si jamás hubiesen padecido dolencia alguna. A partir de este acontecimiento la fama del santo se extendió por todas partes; de todos los lugares comenzaron a acudir a su sepulcro multitud de enfermos, y como todos quedaban inmediatamente sanos, y todos dejaban recuerdos y regalos en agradecimiento de los beneficios recibidos, los obsequios llegaron a ser tantos, que el templo y el pórtico estaban tan atiborrados de exvotos que resultaba difícil dar un paso entre el cúmulo de objetos que colgaban de las paredes y llenaban el suelo de la iglesia, por lo cual los monjes no tuvieron más remedio que quitarlos de allí.

14. A diferencia de las personas mundanas que ambicionan principalmente las riquezas, los placeres y los honores, este glorioso santo fue tan perfecto que despreció los bienes temporales, rechazó los honores y aborreció los placeres. Del desprecio que hacia las riquezas sentía nos dejó manifiesto testimonio en el libro de los *Soliloquios,* en el que, recurriendo a una forma literaria, se nos presenta a sí mismo dialogando con la razón de esta manera:

Pregúntale la razón:

—¿No deseas tener riquezas?

Respóndele él:

—De niño, deseaba ser rico; pero ahora no. Estoy a punto de cumplir treinta años y puedo asegurarte que hace ya casi catorce que di de lado a semejantes deseos; desde entonces me conformo con disponer únicamente de lo estrictamente necesario para vivir. Leyendo un libro de Cicerón me convencí a tiempo y sin dificultad alguna, afortunadamente, de que no debemos dejarnos arrastrar por el apetito de los bienes temporales.

En el mismo lugar y por el mismo procedimiento nos dejó constancia de sus sentimientos con relación a las honras mundanas.

Dícele la razón:

—¿Qué piensas de los hombres?

Contéstale él:

—Reconozco que hasta hace relativamente poco me gustaban, pero de algún tiempo a esta parte he dejado de ambicionarlos.

Los placeres sensuales, tanto de la carne como del paladar, inspirábanle el mismo menosprecio que las riquezas y los honores. Respecto de los deleites conyugales, según el citado libro, la razón le preguntó:

—¿Qué me dices de las mujeres? ¿No te gustaría tener una esposa bonita, honesta, sencilla y rica, sobre todo si pudieras estar seguro de que jamás te causaría enojos ni desazones?

A esta pregunta él contestó:

—Píntala como quieras; acumula sobre ella todas las perfecciones imaginables, y entérate bien de mi determinación sobre este asunto: he decidido huir de las relaciones sexuales más que de ninguna otra cosa de cuantas hay en este mundo.

La razón aclaró:

—No he tratado de averiguar la decisión que acerca de esto hayas tomado, sino de saber si te atrae o no el trato íntimo con la mujer.

Agustín respondió:

—Francamente te digo que nada de eso me interesa. Actualmente no sólo no tengo deseos de esa clase, sino que el recuerdo de mi vida pasada en relación con esta materia me produce pesadumbre, horror y asco.

En cuanto a los deleites del paladar que proceden del comer y del beber, la razón le preguntó:

—¿No te apetecen las buenas comidas?

Agustín respondió:

—No me preguntes nada concerniente al comer, al beber, a los baños o a cuanto se relacione con el cuerpo, porque respecto del cuerpo lo único que me interesa y lo único que le doy es lo estrictamente necesario para conservar la salud.

Capítulo CXXV

LA DECAPITACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA

1. Según el libro titulado *Oficio Mitral* parece ser que la fiesta de la Degollación de San Juan Bautista fue instituida para conmemorar estos cuatro hechos: su decapitación, la cremación de su cabeza y la recogida de sus huesos, el hallazgo posterior de sus reliquias y, por último, el traslado de uno de sus dedos a una iglesia construida en su honor; por eso a esta festividad se le dan cuatro nombres diferentes: unos prefieren el de Degollación, otros el de Recolección, otros el de Invención y otros el de Dedicación.

Esta fiesta fue instituida ante todo y principalmente para conmemorar la degollación del Bautista, y esta degollación, según la *Historia Escolástica* ocurrió de la siguiente manera:

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, hizo un viaje a Roma; durante su estancia en la ciudad se hospedó en casa de su hermano Felipe, se enamoró de la esposa de éste, que se llamaba Herodiades, hermana, según Josefo, de Herodes Agripa, y secretamente concertó con ella el plan de repudiar a su propia mujer en cuanto regresara a Jerusalén, a fin de que los dos pudieran hacer vida marital. Antes de que Herodes Antipas regresara de Roma, su esposa legítima, que era hija de Aretas, rey de Damasco, se enteró de lo que su marido proyectaba hacer y sin pérdida de tiempo se marchó a su tierra y se quedó en casa de su padre. Herodes Antipas, por su parte, al emprender su retorno a Jerusalén, raptó a Herodiades y dejó a su hermano sin su verdadera mujer, con lo cual concitó contra sí la animadversión del rey Aretas, la de Herodes Agripa y la de Felipe.

Juan se encaró con el adúltero, y a tenor de las leyes que como rey estaba obligado a cumplir y a procurar que los demás cumplieran, le hizo saber que no podía lícitamente hacer vida conyugal con la esposa de su hermano mientras éste viviera. Molesto Herodes por las duras recriminaciones que Juan le hacía, trató de reducirlo al silencio metiéndole en la cárcel; con esta medida consiguió además otros dos objetivos: complacer a Herodiades que así lo deseaba, y prevenir el peligro de que las multitudes se sublevaran contra él, pues, según Josefo, eran muchísimas las personas que seguían al Bautista para oír sus predicaciones y recibir el bautismo. Herodes, pues, encarceló a Juan, pero no se atrevió a matarlo porque temía la reacción del pueblo; mas, a pesar de este temor, tanto él como Herodiades estaban al acecho de alguna ocasión oportuna para terminar con la vida de Juan; y hasta parece que, en su afán de llevar a cabo cuanto antes tan siniestro proyecto, secretamente concertaron entre ambos este plan: como se aproximaba la fecha del cumpleaños de Herodes, decidieron celebrar en tal día una gran fiesta, invitar a ella a toda la nobleza y gente principal de Galilea, hacer que bailara una hija de Herodiades delante de ellos y de todos los invitados y procurar que éstos, entusiasmados, aplaudieran a la bailarina. En este momento, aprovechando la circunstancia del general entusiasmo, Herodes llamaría a la joven, manifestaría delante de la concurrencia que deseaba premiarla por su magnífica actuación, y luego solemnemente diría a la danzarina: Pídeme lo que quieras; te juro que, fuere lo que fuere, te lo concederé. Entonces la muchacha, previamente aleccionada por su madre, le pediría la cabeza del Bautista. Herodes, al oír tal petición, simularía una enorme contrariedad, pero luego públicamente manifestaría que, como se había comprometido con juramento a otorgar a la joven la merced que le pidiere, no le quedaba más remedio que ser consecuente con la palabra de honor empeñada.

Que hubo malicioso fingimiento en el dolor manifestado por el rey Herodes cuando oyó la petición de la muchacha, lo insinúa la *Historia Escolástica* en el pasaje que literalmente transcribimos: «Cabe creer que la muerte de Juan y todas sus circunstancias se llevaron a cabo de acuerdo con un plan previa y secretamente tramado por Herodes y la mujer con quien vivía». Esta es tam-

bién la opinión de Jerónimo, expuesta en una anotación que registra la Glosa con estas palabras: «Si Herodes se comprometió de antemano, bajo juramento, a conceder a la muchacha lo que le pidiere, fue para tener un pretexto que cohonestase la ejecución de Juan, aunque cabe suponer que si la joven le hubiese pedido la muerte de su propio padre o de su propia madre, Herodes, a pesar de su juramento se habría negado a complacerla».

Estando, pues, en pleno banquete, la hija de Herodiades salió al centro de la sala y bailó delante de los comensales. Todos quedaron entusiasmados con su actuación, sobre todo el rey, que alzando su voz dijo a la bailarina:

—Pídeme lo que quieras; te juro que te lo concederé, sea lo que sea.

La bailarina, aleccionada por su madre, pidióle la cabeza de Juan. Herodes, al oír tal petición, fingió una contrariedad que realmente no sentía, lamentó públicamente haber empeñado su palabra con juramento, y hasta, como dice Rabano, comentó la terrible situación en que se veía al no quedarle más remedio que cumplir lo que había jurado. Con la tristeza que simuló en su rostro trató de encubrir la inmensa alegría que rebosaba en su corazón, y apelando a su deber de evitar caer en perjurio intentó justificar su crimen y logró esconder ante los presentes, bajo la capa de leal fidelidad a la palabra empeñada, la deslealtad impía de su alma.

El verdugo, en cuanto recibió la orden de que hiciera su oficio, lo hizo: decapitó a Juan y entregó la recién cortada cabeza a la bailarina, quien, a su vez, presentó aquel trofeo a su adúltera madre.

En un sermón sobre la degollación de san Juan Bautista, a propósito del juramento de Herodes, san Agustín refiere el siguiente caso, tal como a él se lo contó el protagonista del mismo, persona calificada por el santo de inocente y veraz: «Este buen hombre había hecho un préstamo a un individuo. Pasado algún tiempo, el deudor negó que existiese tal deuda, aseguró que nunca había existido, y sostuvo insistentemente que jamás había recibido el dinero que el otro le reclamaba.

—Jura que es cierto lo que dices —le propuso el que le había hecho el préstamo.

—¡Lo juro! —exclamó el dedudor.

En vista del juramento pronunciado por el deudor, el prestador quedó derrotado ante el público. Mas, aquella misma noche, el buen hombre que había efectuado el préstamo a su compañero soñó lo que sigue:

Hallábase él ante el tribunal divino. El juez le preguntó:

—¿Cómo, sabiendo que tu deudor era capaz de jurar en falso, se te ocurrió proponerle que jurara?

—Lo hice —respondióle él— porque se negaba a devolverme lo que realmente me pertenecía.

—Pero tú —replicóle el juez— debieras haber preferido perder lo que era tuyo a que el alma del deudor se condenara eternamente por el pecado de perjurio; por haber incurrido en esta falta ahora mismo vas a ser severamente azotado.

A la mañana siguiente, el hombre aquel, al despertar, advirtió que tenía sus espaldas llenas de heridas causadas por los azotes que soñó haber recibido, y continuó sufriendo las molestias y dolores que aquellas llagas le producían, hasta que, arrepentido de haber provocado tan peligroso juramento, fue indultado de su pena por el Señor.

Hasta aquí el relato de san Agustín.

En realidad san Juan no fue degollado en la fecha correspondiente a ésta en la que conmemoramos el histórico hecho, sino en otra muy próxima a la fiesta de los ácimos, y en el año inmediatamente anterior al de la Pasión de Cristo; pero la Iglesia, para dar más realce a la conmemoración de los misterios divinos, estimó que el menor debería dejar enteramente libre el puesto al mayor; y determinó que la conmemoración de la degollación del Bautista se hiciese en distinto día del que ocurrió.

De san Juan Bautista dice san Juan Crisóstomo: «Juan fue escuela de virtudes, modelo de vida, expresión de santidad, norma de justicia, espejo de virginidad, abanderado de honestidad, ejemplo de castidad, camino de penitencia, perdonador de pecados y maestro de la fe. Juan fue superior a los demás hombres, equiparable a los ángeles, compendio de la ley, confirmación del Evangelio, voz de los apóstoles, silencio de los profetas, luminaria del mundo, precursor del Juez y embajador de la augusta y soberana Trinidad. Mas, a pesar de todos estos títulos, este hombre tan eminente fue sacrificado por el capricho de una incestuosa, decapitado para complacer a una adúltera y profanado mediante la entrega de su cabeza como premio a una bailarina».

El crimen de Herodes no quedó impune. Poco después de que lo cometiera, el malvado rey vióse obligado a salir de su casa y a emprender el cami-

no del destierro. He aquí cómo ocurrieron las cosas, según la *Historia Escolástica:*

El otro Herodes, el Agripa, varón muy valeroso pero sumamente pobre, perdida toda esperanza de poder sobrevivir a causa de la indigencia y del hambre que padecía, se refugió en una torre para aguardar en ella la hora de su muerte, que él creía inevitablemente próxima. Enterada Herodiades, su hermana, de la angustiosa situación en que su hermano se hallaba, se interesó por él y rogó a su concubinario marido el tetrarca Herodes Antipas que lo sacara de aquel escondrijo y le suministrara lo necesario para vivir. Hízolo así el tetrarca. Un día, estando uno y otro Herodes banqueteando juntos, el Antipas, excitado por el mucho vino que había bebido, echó en cara al Agripa los beneficios que le estaba haciendo. Agripa, sumamente dolido por semejante falta de delicadeza, abandonó la casa de su protector y se marchó a Roma, donde a poco de llegar entabló tan estrecha amistad con Cayo César, que éste le confió el gobierno de dos tetrarquías: la de Lisania y la de Abilinia; además le nombró rey de Judea y le colocó sobre su cabeza la diadema real. Cuando Herodiades supo que el césar había hecho rey a su hermano, comenzó a apremiar a su amante, el Antipas, con tan continuas como enojosas insistencias, para que se trasladase a Roma cuanto antes e intentase sobornar a Cayo, ofreciéndole todo el dinero que fuese menester a cambio de que pusiera sobre su cabeza la corona real que había recientemente colocado sobre la de su hermano Herodes Agripa. Antipas, durante algún tiempo, se resistió a las presiones de Herodiades, porque era sumamente rico y prefería la comodidad del ocio a los trabajos que la condición real le acarrearía, pero su tenaz resistencia inicial acabó cediendo ante las aún más tenaces porfías de su concubina; y, por fin, en compañía de ella, se fue a Roma a gestionar este asunto. Agripa, al enterarse de lo que Antipas tramaba, escribió una carta al césar poniendo en su conocimiento que Antipas se había aliado con el rey de los partos, y que trataba de sublevarse contra el Imperio. Para convencerle de que las noticias que le daba no eran meros rumores, sino que respondían a hechos ciertos y a un plan preconcebido, informábale de que Herodes Antipas tenía almacenadas en sus ciudades lanzas y espadas suficientes para armar un ejército de setenta mil soldados. Leída esta carta, Cayo llamó a Antipas y, disimuladamente, hizo recaer la conversación sobre temas relacionados con el gobierno de su tetrarquía, preguntándole cómo marchaban las cosas en su provincia y si era verdad que tenía sus poblaciones tan perfectamente pertrechadas de hombres y de armamento como la gente decía. Como Cayo, naturalmente, se había guardado muy bien de indicar quién le había proporcionado semejantes informes, Antipas cayó en la trampa y no tuvo el menor inconveniente en responder que así era, en efecto, y que sus ciudades estaban perfectamente pertrechadas. Con semejantes respuestas, sin darse cuenta, contribuyó a confirmar que los informes que Agripa había suministrado a Cayo eran verdaderos. Entonces Cayo desterró a Antipas. A Herodiades, en atención a que era hermana de Agripa, al que él tanto amaba, la perdonó y la dejó en libertad para que regresase a su tierra, pero ella prefirió seguir la suerte de su amante, e irse con él al destierro, diciendo que, si había compartido con él una vida de prosperidad, con él compartiría también los infortunios que les aguardaban. En Lyon, a donde fueron deportados, terminaron miserablemente los dos su existencia. Esto es lo que sobre este asunto cuenta la *Historia Escolástica.*

Como anteriormente hemos indicado, la fiesta de san Juan que la Iglesia celebra en este día fue instituida también para darnos la oportunidad de conmemorar la cremación de su cabeza y la recogida de sus huesos por los fieles. Estos dos hechos, según algunos, ocurrieron en una misma jornada y en tal fecha como hoy.

La combustión de los restos del santo constituyó algo así como un segundo martirio; por eso, como un segundo martirio es conmemorado este episodio en la festividad que hoy celebramos.

He aquí lo que sobre este suceso leemos en el libro XII de la *Historia Escolástica:*

Inmediatamente después de que el Bautista fuese martirizado, sus discípulos recogieron su cuerpo y lo sepultaron en Sebaste, ciudad de Palestina, en una tumba situada entre las de Eliseo y Abdías. Posteriormente, Juliano el Apóstata, irritado por los muchos milagros que ocurrían en el sepulcro de san Juan, ordenó a los paganos que sacaran de él los restos del santo y los esparcieran por diferentes sitios de la campiña. Mas como las venerables reliquias, pese a que habían sido desparramadas, continuaban haciendo prodigios, el tirano mandó que las recogieran, las quemaran en una hoguera y es-

parcieran después las cenizas por diversos lugares del campo.

Esto es lo que se dice en la *Historia Escolástica* o *Eclesiástica.* En el relato que hizo Beda sobre este mismo episodio, hallamos algunas pequeñas variantes: según este autor los paganos recogieron los huesos del Bautista dos veces antes de quemarlos; la primera de esas veces los recogieron y los dispersaron más lejos y más desparramados que cuando los sacaron del sepulcro; posteriormente los recogieron de nuevo, pero para quemarlos, cual si quisieran someter al santo a un segundo martirio. Por eso la iglesia considera esta combustión como un segundo martirio de san Juan.

Creemos oportuno advertir aquí que cuando la gente el día de la Natividad de san Juan Bautista sale al campo, recoge huesos de animales y los quema en hogueras, aunque no sepa por qué hace eso está representando simbólicamente y conmemorando este segundo martirio del santo a que nos estamos refiriendo.

Cuando los paganos se hallaban recogiendo los restos del Bautista para quemarlos —en esto coinciden plenamente ambos relatos, el de la *Historia Escolástica* y el de Beda—, disimuladamente mezcláronse con ellos unos monjes de Jerusalén, lograron acaparar gran cantidad de aquellos huesos y se los entregaron a Felipe, obispo de la mencionada ciudad, quien después los envió al obispo de Alejandría, que era Anastasio. Años más tarde, cuando ya era obispo de Alejandría Teófilo, este prelado purificó de idolátricas inmundicias un antiguo templo que había estado dedicado a Serapio, y lo convirtió en basílica; una vez terminadas las tareas de adaptación, Teófilo consagró esta basílica, la dedicó a san Juan y colocó en ella los huesos del Bautista. Esto es lo que sobre esta cuestión leemos en Beda y en la *Historia Escolástica.*

Actualmente los restos de san Juan se encuentran en Génova, expuestos a la veneración pública, como Alejandro III e Inocencio IV han certificado tras competente investigación y ratificado con sus privilegios.

Así como Herodes, que mandó decapitar al Bautista, sufrió las consecuencias de su horrendo crimen, así también Juliano el Apóstata, que ordenó la combustión de su cabeza y la dispersión de sus huesos, incurrió en la indignación de la justicia divina, como puede advertir quien leyere la historia de san Julián narrada en esta obra inmediatamente después de la relativa a la Conversión de San Pablo.

La *Historia Tripartita* trata detalladamente de Juliano el Apóstata, y al referir lo concerniente al origen, gobierno, crueldad y muerte de este tirano, entre otras cosas dice lo que sigue: Constancio, hermano de Constantino el Grande, tuvo dos hijos mellizos llamados Galo y Juliano. Al morir Constantino ocupó el trono imperial su hijo Constancio. Este, que se llamaba como su tío, nombró césar a su primo Galo, pero poco después de haberle conferido este cargo hizo que lo asesinaran. Juliano, entonces, temiendo correr la misma suerte que su hermano, abandonó el mundo y se retiró a un monasterio. Al cabo de cierto tiempo el joven monje comenzó a tener trato con hechiceros y a encargarles que averiguaran con sus artes mágicas si podría llegar a ser emperador. En seguida de esto Constancio nombró césar a Juliano y lo envió a las Galias, en donde obtuvo numerosas victorias. Engreído Juliano por sus resonantes triunfos, se proclamó a sí mismo heredero del trono imperial, y, para ratificar su autonombramiento, mandó colocar a cierta altura, entre dos columnas, una corona de laurel suspendida de un cordón; luego pasó él por entre ambas columnas y, cuando estaba exactamente debajo de la corona, ésta, cortado el cordón que la sostenía, cayó y quedó encajada en su cabeza. Los soldados de Juliano, arrebatados por el entusiasmo que en ellos había producido aquella coronación que parecía haber sido hecha por las manos invisibles de los dioses, no se limitaron a aclamar a su césar como heredero del trono, sino que empezaron a llamarle *augusto* y decidieron proclamarle emperador poniendo sobre sus sienes la corona imperial; mas como carecían de la corona verdadera que en semejantes ocasiones se usaba, suplieron su falta ciñendo las sienes de Juliano con una sarta de abalorios que uno de ellos llevaba al cuello. Desde aquel preciso momento, Juliano se consideró a sí mismo y fue considerado por sus huestes, como único soberano verdadero del Imperio. A partir de entonces arrojó la careta con la que pretendía aparecer públicamente como cristiano, abrió al culto los templos de los ídolos, ofreció sacrificios en su honor, se dio a sí mismo el título de sumo pontífice de los paganos, y se dedicó a destruir todas las cruces y todos los signos manifestativos de la fe cristiana en las tierras de su jurisdicción. En cierta ocasión sus vestidos y los de sus acompañantes

quedaron cubiertos de rocío y, de pronto, todas aquellas diminutas e innumerables gotas de agua se transformaron en otras tantas crucecitas.

Más adelante, cuando murió Constantino, queriendo ganarse las simpatías de los que habían permanecido leales al verdadero emperador, decretó la libertad de cultos y declaró oficialmente que cada cual podía practicar la religión que prefiriese. Para granjearse la estimación general, hizo alarde de sencillez y de austeridad en el tren de su vida, despidiendo de la corte a los eunucos, barberos y cocineros. Esta medida, empero, no implicaba para él molestia ni limitación alguna, porque en realidad, si se desprendió de los eunucos ello se debió a que no los necesitaba para nada, puesto que su mujer había fallecido mucho antes y él no se había vuelto a casar; si prescindió de los cocineros fue porque le gustaban más las comidas sencillas que las muy complicadas que ellos solían prepararle; y en cuanto a los barberos, ¿para qué quería tantos si con uno que conservó le bastaba para estar él suficientemente atendido y para que lo estuvieran también sus inmediatos servidores?

Dictó a sus amanuenses varios libros en los cuales trató de desacreditar a todos sus predecesores en el gobierno del Imperio. Si al prescindir de los servicios de barberos y cocineros actuó más como filósofo que como emperador, en las aceradas críticas que dedicó a los gobernantes que le precedieron, y en el afán que puso para procurarse alabanzas, no se condujo ni como emperador ni como filósofo.

Estando un día ofreciendo sacrificios a los ídolos, al abrir el cuerpo de la res inmolada halló en sus entrañas una cruz rodeada de una corona. Los ministros que le acompañaban se llenaron de temor, e interpretaron el hecho como un presagio de que en un futuro próximo la religión cristiana triunfaría y mantendría a los hombres perpetuamente unidos en torno a la Cruz y a lo que ella significaba; él, en cambio, intentó tranquilizar a sus cortesanos esforzándose por hacerles creer que los dioses, mediante aquel hallazgo, les daban a entender que el cristianismo quedaría definitivamente reducido a grupillos insignificantes de fanáticos, encerrados en el estrecho círculo de una breve circunferencia.

Otro día, hallándose Juliano ofreciendo un holocausto a la diosa Fortuna, en Constantinopla, Mario, obispo de Calcedonia, que a causa de su avanzada edad había perdido la vista, se hizo conducir a donde estaba el emperador, y cuando llegó junto a él lo llamó impío y apóstata.

Juliano entonces dijo a Mario irónicamente:

—¡Menudo poder tiene tu Galileo que no ha sido capaz de curar tu ceguera!

El obispo le replicó:

—Has de saber que doy gracias a Dios por haberme dejado ciego, pues así me evita la desgracia de ver a un hombre tan inicuo.

A esto Juliano no supo qué responder y, sin decir ni una palabra más, se marchó de allí.

En otra ocasión, este tirano, estando en Antioquía, mandó recoger todos los vasos sagrados y los ornamentos del culto, y tras ordenar que los arrojaran al suelo y que hicieran un montón con todas aquellas cosas, cometió la acción ignominiosa de defecar y orinar sobre ellas; pero inmediatamente recibió su merecido castigo, porque desde aquel mismo momento los órganos corporales con que había profanado tan santos objetos llenáronsele de gusanos que empezaron a corroer sus carnes; semejante plaga duróle todo el resto de su vida, pues por mucho que lo intentó jamás consiguió verse libre de ella.

Por aquel mismo tiempo sucedió un caso muy parecido al que acabamos de referir: por orden suya, un prefecto, llamado también Juliano, recogió cuantos vasos sagrados halló en las iglesias, los amontonó en el suelo, y luego, por propia iniciativa, dirigiéndose a los presentes dijo:

—Ved para qué sirven estas cosas que usan los cristianos para dar culto a un hombre, hijo de una tal María.

Acto seguido el mencionado prefecto orinó sobre los sacrosantos objetos; mas en cuanto terminó de orinar su boca se convirtió en ano y durante el resto de su vida vióse obligado a expulsar por ella las deyecciones de su vientre.

Un día, al entrar Juliano el Apóstata en el templo de la diosa Fortuna, los sacerdotes paganos, conforme a sus ritos, rociaron al emperador con agua para purificarlo, y lo mismo hicieron con sus acompañantes; pero uno de éstos, llamado Valentiniano, al advertir que habían caído algunas gotas sobre su clámide, dio un puñetazo en el rostro al sacerdote de la diosa que le había asperjado y le dijo:

—Insensato, en vez de purificarme me has manchado.

Juliano, testigo de la escena, castigó a Valenti-

niano, primero mandando que lo encerraran en una cárcel, y luego desterrándole al desierto.

Este Valentiniano era cristiano. Posteriormente Dios premió sus merecimientos elevándole al rango de supremo emperador.

Por odio a los cristianos mandó Juliano reconstruir el templo de los judíos, gastando en esta empresa enormes cantidades de dinero del erario público. Durante la reconstrucción de este templo ocurrieron las siguientes cosas, todas ellas muy extrañas: cuando ya tenía acarreado y acumulado el muchísimo cemento que necesitaban para la obra, se desencadenó repentinamente un huracán que lo dispersó e hizo desaparecer por completo; posteriormente, estando la construcción del edificio bastante adelantada, se produjo un terremoto, y todo lo edificado se desmoronó; a causa de esto tuvieron que empezar de nuevo a alzar los muros desde los cimientos, y cuando ya faltaba muy poco para la total terminación del edificio, la parte inferior del mismo comenzó a arder tan violentamente, que en breve tiempo redujo a cenizas cuanto habían construido y abrasó a muchos de los obreros que trabajaban en aquella obra; al día siguiente de este último suceso apareció en el cielo una cruz, y todos los judíos vieron como sus propias ropas exteriores, mientras la cruz grande brillaba en las alturas, quedaban estampadas y marcadas con infinidad de crucecitas negras.

Durante su campaña contra los persas Juliano llegó a Ctesifonte y sitió la ciudad. El rey de ésta, que se hallaba intramuros de la misma al frente de las tropas sitiadas, trató de parlamentar con el invasor, y hasta le ofreció la mitad de las tierras de su reino si levantaba el asedio y suspendía la guerra; pero Juliano, que creía en las teorías de Pitágoras y de Platón acerca de la transmigración de las almas, y afirmaba que la de Alejandro residía en él, o más exactamente, que él era el propio Alejandro reencarnado en su actual cuerpo, rechazó las proposiciones de paz; mas, apenas había terminado de rechazar lo que el rey de los persas le proponía, sintió un agudísimo dolor en uno de sus costados producido por una flecha que acababa de clavarse en él, y al poco rato murió a consecuencia de la herida causada por el dardo. Nunca se pudo saber de dónde vino aquella flecha. Acerca de esto se han formulado diferentes opiniones; según unos, la saeta fue disparada por un espíritu invisible; según otros, por un pastor ismaelita; según unos terceros, por uno de sus propios soldados, harto de aguantar el hambre y los trabajos a que el tirano los sometía en las continuas e inacabables marchas. Poco importa que quien quitara la vida al malvado Juliano fuese un hombre o un espíritu; lo que sí puede afirmarse con certeza es que el que lo hizo fue un instrumento de la providencia divina. Calixto, pariente del tirano, aseguró que la flecha había sido disparada por el mismísimo Satanás en persona.

Hasta aquí el relato de la *Historia Tripartita.*

El tercero de los motivos que determinaron a la Iglesia a instituir esta fiesta de la Degollación de san Juan Bautista fue el hallazgo de su cabeza, encontrada, según algunos, en tal día como hoy.

En el libro XI de la *Historia Eclesiástica* se lee que Juan fue encarcelado y decapitado en Arabia, concretamente en el castillo de Maqueronte, pero que Herodiades, temiendo que el difunto pudiese resucitar si sepultaban en la misma tumba su cuerpo y su cabeza, tomó la precaución de que ésta fuese llevada a Jerusalén y enterrada junto a los muros del palacio de Herodes.

La *Historia Escolástica* dice que, en tiempos del príncipe Marciano, que inició su reinado hacia el año 353 de nuestra era, Juan reveló a dos monjes que iban a Jerusalén, el lugar exacto donde estaba sepultada su cabeza; luego añade lo siguiente: Los dos monjes fueron rápidamente al palacio de Herodes, y en el sitio que se les había indicado hallaron la cabeza envuelta en una tela tejida con pelos de cabra. (Yo supongo que aquella tela basta era un trozo del vestido que Juan usaba en el desierto). Los dos religiosos, al regresar a su tierra, llevaron consigo la cabeza del Bautista. Por el camino se unió a ellos un alfarero de la ciudad de Emesa, el cual, como era muy pobre y deseaba ganar algo para remediar su pobreza, se ofreció a acompañarles y a llevarles su impedimenta. Los monjes aceptaron su ofrecimiento y entregaron al alfarero las alforjas en una de cuyas bolsas habían metido la sagrada cabeza. Por la noche, mientras los religiosos dormían, san Juan se apareció al alfarero, le manifestó lo que en las alforjas llevaba, y le ordenó que abandonara a los monjes. El alfarero, obediente, sacó de las alforjas la cabeza y huyó de allí rápidamente, dirigiéndose a su ciudad de Emesa; y, en cuanto llegó, la enterró en el interior de una gruta a la que desde entonces empezó a acudir diariamente para venerar la santa reliquia. Así lo hizo hasta el final de su vida; por cierto que en todo este tiempo sus cosas marcharon muy próspera-

mente. A la hora de su muerte confió a una hermana suya, bajo riguroso secreto, lo concerniente a la cabeza y a la gruta, y le rogó que continuara ella reverenciándola como él lo había hecho. La susodicha hermana, momentos antes de morir, muy reservadamente hizo la misma manifestación y el mismo encargo a uno de sus hijos; y éste, a su vez, cuando iba a expirar, transmitió la confidencia y la súplica a uno de sus descendientes; y éste a otro; y de este modo se formó una cadena de sucesivos adoradores secretos de la venerable cabeza en la susodicha cueva. Pasado mucho tiempo, y cuando ya hacía bastante que la referida cadena se había roto, estableció su morada en la susodicha gruta el ermitaño san Marcelo, a quien san Juan reveló el secreto de la existencia de su cabeza en aquella cueva de este modo: una noche, el anacoreta, mientras dormía, tuvo el siguiente sueño: por delante de él pasaban en procesión muchas personas cantando estas palabras: «¡Atención, que llega san Juan Bautista!» Al poco rato, en efecto, se presentó en la gruta san Juan acompañado de dos personajes, uno de los cuales estaba situado a su derecha y el otro a su izquierda. Entonces, los de la procesión se acercaron al santo y el santo los bendijo. Entonces también, él, o sea, san Marcelo, se acercó al Bautista y se postró a sus pies; pero san Juan lo levantó inmediatamente, le tomó por el mentón, le elevó el rostro, aproximó sus labios y le dio el beso de paz en la frente.

Acto seguido el ermitaño le preguntó:

—¿Cómo has llegado hasta aquí y de dónde vienes, mi señor?

—Vengo de Sebaste —respondióle san Juan.

A la mañana siguiente Marcelo despertó, y al recordar el sueño que había tenido quedó sumamente impresionado. Mas he aquí que poco después de esto, otra noche, estando también durmiendo, alguien misteriosamente lo despertó, y al despertar vio una estrella muy brillante parada a la entrada de su cueva. Sorprendido por lo que veía se levantó de su lecho, se fue a donde la estrella estaba, trató de cogerla con sus manos, pero, al intentar asirla, la estrella se trasladó a otro sitio en el interior de la gruta. Reiteradas veces procuró apresarla sin resultado alguno, porque cuando parecía que iba a lograrlo la estrella se escapaba y se situaba en otro lugar de la cueva. Finalmente, la misteriosa luz se quedó quieta y fija, suspendida en el aire sobre el sitio exacto en que se hallaba enterrada la cabeza del Bautista. Entonces Marcelo comenzó a cavar, y al poco rato descubrió una barreña en cuyo interior estaba depositado tan insigne tesoro. Cuando el ermitaño comunicó a la gente su hallazgo, una persona se negó a creer lo que Marcelo decía, y para averiguar por sí misma qué es lo que había en la barreña, introdujo en ella su mano; la introdujo, pero no logró sacarla, porque repentinamente la mano se le quedó seca y adherida firmemente al interior del recipiente. Quienes presenciaron este suceso oraron por el desgraciado y desconfiado curioso, y con sus plegarias consiguieron la gracia de que pudiera sacar la mano de la barreña; pero nada más que esto, porque la mano continuaba paralizada. Un rato después san Juan se apareció al impertinente incrédulo y le dijo: «Cuando mi cabeza haya sido colocada en la iglesia, acércate a la barreña, tócala con tu mano seca, y la mano quedará curada». Así lo hizo la persona aquella, y así, en efecto, ocurrió. Marcelo refirió a Julián, obispo de Emesa, todo cuanto había acaecido, y de mutuo acuerdo decidieron que la santa cabeza fuese llevada desde la gruta hasta la ciudad. A partir de entonces comenzó a celebrarse todos los años en Emesa la fiesta de la Degollación de san Juan Bautista en el mismo día en que la cabeza del santo fue trasladada desde la cueva a la ciudad. Así lo dice la *Historia Escolástica* y así creemos que ocurrió.

La cabeza del Bautista, algún tiempo después de que fuera descubierta, fue trasladada desde Emesa a Constantinopla. He aquí lo que a propósito de este traslado leemos en la *Historia Tripartita:* Por orden del emperador Valente la sagrada reliquia fue colocada sobre una carreta. La comitiva emprendió su marcha hacia Constantinopla. Al llegar a Calcedonia los bueyes que tiraban del carro de pronto se pararon; los carreteros los aguijoneaban para obligarlos a que continuaran avanzando; pero como, por mucho que los aguijoneaban, no conseguían hacerles dar un paso, se optó por dejar en Calcedonia la santa cabeza del Bautista. Años después Teodosio quiso sacarla de allí, y rogó a una señora muy piadosa que vivía en virginidad y era la encargada de custodiar la reliquia, que tuviese a bien entregarla a quienes habían de llevarla a Constantinopla. Esta devota mujer, creyendo que ocurriría de nuevo lo que había ocurrido en tiempos de Valente, o sea, que san Juan no permitiría que su cabeza fuese trasladada a Constantinopla, no tuvo el menor inconveniente en acceder a la

petición de Teodosio, quien personalmente se presentó en Calcedonia, recibió directamente de manos de la dicha señora la venerable reliquia, la envolvió reverentemente en su propio manto de púrpura, y con suma devoción la llevó en sus brazos hasta Constantinopla y la colocó en una bellísima iglesia que en honor del santo mandó edificar.

Hasta aquí el relato de la *Historia Tripartita.*

Durante el reinado de Pipino la cabeza del Bautista fue trasladada desde Constantinopla a Poitiers, ciudad de las Galias en donde muchos muertos resucitaron por los méritos del santo.

Así como Herodes y Juliano el Apóstata fueron castigados, el primero por decapitar a san Juan y el segundo por mandar quemar sus huesos, así también lo fueron Herodiades y su hija: aquella por haber sugerido a ésta que pidiera la cabeza del Bautista, y ésta por haberla pedido. A propósito de Herodiades hay quien dice que ni murió en el destierro ni siquiera llegó a ser desterrada, sino que, estando en la sala del festín con la cabeza de san Juan en sus manos, mostrándola al público con grandes risotadas y profiriendo contra ella gravísimos insultos, de pronto, por permisión divina, la cabeza sopló sobre el rostro de la pérfida mujer y que ésta cayó al suelo repentinamente muerta. Aunque esta creencia está muy extendida entre el vulgo, a nuestro juicio se trata de una leyenda que no merece el menor crédito, pues, como hemos dicho anteriormente, Herodiades y Herodes murieron en el destierro de manera miserable; esto es lo que nos han transmitido los santos Padres en sus crónicas, y esto es lo que procede tener por cierto.

En cuanto a su hija la bailarina, dícese que, estando en cierta ocasión patinando sobre la superficie helada de un río, al quebrarse inesperadamente el hielo cayó al agua y se ahogó. Sin embargo, una crónica asegura que un día la tierra se abrió bajo sus pies y se la tragó viva. Ambas versiones pueden conciliarse. En mi opinión, la primera de ellas refiere el hecho tal como probablemente ocurrió; en la segunda se dice lo mismo pero con otras palabras; es decir, que la expresión *se la tragó la tierra* estaría empleada en este caso en idéntico sentido al que le da la Escritura cuando, al referirse a los egipcios que perecieron ahogados al cruzar el mar Rojo, dice que *la tierra los devoró.*

El cuarto motivo que determinó a la Iglesia a instituir esta fiesta fue la traslación de uno de los dedos del santo a un templo construido en su honor. Se dice, en efecto, que el dedo con el que el Bautista señaló al Señor no llegó a ser quemado, porque fue uno de los restos recogidos por aquellos monjes de que hemos hablado, y puestos por ellos a salvo. En la *historia Escolástica* leemos que posteriormente santa Tecla llevó ese dedo a una región que quedaba al otro lado de los Alpes y que lo entregó al rector de una iglesia dedicada a san Máximo. Algo parecido dice Juan Beleth. Según este maestro, santa Tecla llevó por sí misma el dedo, anteriormente librado del fuego, desde ciertas tierras ultramarinas hasta Normandía, en donde hizo construir un templo en honor de san Juan; y añade que varios autores aseguran que, por haberse dedicado al santo el susodicho templo en tal día como hoy, la Iglesia, a través del papa, determinó que todos los años y en todo el mundo en este día se conmemorase la Degollación de san Juan.

2. Una señora muy devota de san Juan Bautista avecindada en Maurienna, ciudad de las Galias, pedía insistentemente a Dios que le proporcionara alguna reliquia del santo; pero viendo que el tiempo pasaba y que su petición no era atendida, movida por la gran confianza que tenía en la benignidad divina, para más urgir al Señor se obligó bajo voto a no comer cosa alguna hasta que hubiese conseguido lo que tan ardientemente deseaba. Unos días después de comenzar su riguroso ayuno vio sobre el altar un dedo pulgar de maravillosa blancura. La recepción de este divino regalo prodújole una alegría inmensa. Tres obispos, al enterarse de lo ocurrido, acudieron conjuntamente a ver el dedo milagrosamente aparecido. Los tres querían llevarse alguna parte del mismo. Mientras trataban de determinar cómo lo dividirían, brotaron en él, simultáneamente, tres gotas de sangre. Admirados ante el nuevo prodigio, y entendiendo que Dios quería significar que sin destruir el dedo podrían satisfacer su devoción llevándose cada uno una gota de sangre, recogieron las tres gotas en sendos pañitos y, sumamente contentos por haber sido favorecidos por el Señor con aquel regalo, cada uno de ellos se hizo cargo de una de aquellas gotas de sangre brotada del dedo del santo.

3. Teodolina, reina de Lombardía, construyó a sus expensas en Medonia, cerca de Milán, una magnífica iglesia en honor de san Juan Bautista, y la dotó espléndidamente. Cuenta Pablo en su *Historia de los Lombardos* que Constantino, bastante tiempo después de que el referido templo fuese construido, al continuar la empresa iniciada por el

emperador Constancio de arrojar de Italia a los lombardos, y estando ya en guerra con éstos, preguntó a un santo varón que tenía fama de profeta, si conseguiría o no la victoria sobre sus enemigos. El referido piadoso varón, dice Pablo en la mencionada historia, pasó la noche entera orando, y a la mañana siguiente presentóse ante Constantino y le dijo:

—Desde que una reina mandó construir en sus dominios un templo en honor de san Juan Bautista, este santo intercede constantemente por los lombardos tan eficazmente, que mientras cuenten con tan poderoso valedor no podrán ser vencidos. Pero llegará un día en que las gentes de esta región se olvidarán de su protector, dejarán de acudir a su iglesia y entonces serán derrotadas. La profecía de este siervo de Dios se cumplió en tiempos de Carlos.

4. Gregorio, en su *Diálogo,* refiere el caso siguiente: Lo lombardos apresaron a un diácono, lo llevaron a casa de un varón muy virtuoso llamado Sántulo, encargaron a éste de la custodia y vigilancia del prisionero, y le hicieron saber que si el preso se le escapaba pagaría con su cabeza su descuido. A pesar de tan severa conminación, como Sántulo deseaba salvar la vida del diácono, no sólo le facilitó la fuga, sino que le indujo a que huyera, en consecuencia, Sántulo fue condenado a muerte y conducido al lugar en que iba a ser decapitado. Para ejecutar la sentencia eligieron como verdugo a un alabardero fortísimo, que tenía fama de manejar la espada mejor que nadie. En la mente de todos estaba que aquel gigante no erraría el golpe, y que al primero que descargara sobre el reo le cortaría la cabeza. Sántulo, perfectamente preparado, colocó su cuello sobre el tajo. El verdugo levantó su brazo y, cuando ya iba a dejar caer el arma para decapitar a Sántulo, éste exclamó:

—¡Oh san Juan! ¡Recíbelo!

En aquel mismo momento, repentinamente el brazo del verdugo quedó rígido e inmóvil, con la espada en sus manos empuñada apuntando al cielo, e incapacitado para modificar su postura. Entonces el alabardero prometió con juramento que jamás volvería a intentar herir a ningún cristiano. Momentos después Sántulo oró por el inmovilizado hombrón, y en aquel mismo instante éste recuperó el movimiento de su brazo.

Capítulo CXXVI

SAN FÉLIX Y SAN ADAUCTO

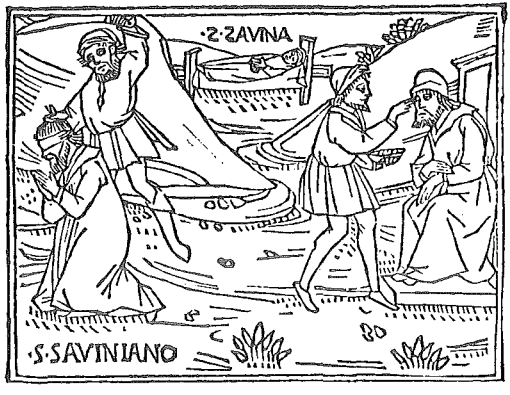
Dos hermanos que eran sacerdotes y homónimos, pues los dos se llamaban Félix, fueron denunciados como cristianos en tiempos de los emperadores Diocleciano y Maximiano. El mayor de ellos, conducido al templo de Serapio para que ofreciese sacrificios en honor del ídolo, no sólo se negó a adorar al falso dios, sino que sopló sobre la estatua y con su soplo la arrojó al suelo. Lleváronlo seguidamente ante una imagen de Mercurio, e hizo igual: sopló sobre ella y la derribó. Del mismo modo procedió momentos después y con idéntico resultado ante la estatua de Diana. Tras atarlo a un potro y torturarlo, trataron por cuarta vez de obligarle a que rindiese adoración a un árbol enorme que los paganos habían divinizado y al que daban culto. Félix se arrodilló ante él, y, una vez arrodillado, sopló en dirección al árbol y éste cayó al suelo estrepitosamente, arrancado de cuajo, destruyendo al caer un altar para los sacrificios que había junto a su tronco y un templo idolátrico que existía en aquel lugar. En vista de lo ocurrido, el prefecto ordenó que allí mismo y sin pérdida de tiempo cortaran la cabeza a Félix y dejaran su cuerpo sin enterrar para que los perros y los lobos lo devoraran. Cuando ya el verdugo se disponía a ejecutar las órdenes del prefecto, de entre la multitud que presenciaba el acto salió un hombre, se acercó a Félix y dijo públicamente y a voces que también él era cristiano. Félix y aquel hombre se abrazaron, se dieron mutuamente el beso de paz, y, estando así abrazados, los dos fueron decapitados. Como los cristianos no conocían a aquel

espontáneo que salió de entre los espectadores ni sabían cómo se llamaba, al referirse a él, cuando de él hablaban, comenzaron a designarlo por el nombre de *Adauctus* (Adaucto), en el sentido de *agregado* a Félix en el momento en que éste iba a ser ejecutado.

Los fieles recogieron los cuerpos de ambos mártires y los sepultaron juntos en el mismo hoyo que el árbol sacrílego dejó abierto en el suelo al caer arrancado de cuajo. Los paganos trataron de desenterrarlos, pero cuantos esfuerzos hicieron por conseguirlo resultaron vanos, porque cuantos intentaban llevar a cabo su exhumación quedaban repentinamente poseídos por el diablo. Estos dos santos padecieron conjuntamente su martirio hacia el año 287 de nuestra era.

Capítulo CXXVII

SAN SABINIANO Y SANTA SABINA



Sabiniano y Sabina fueron hijos de Sabino, hombre de nobilísimo abolengo, pero pagano de religión. Sabino estuvo casado dos veces; con su primera mujer tuvo a Sabiniano y con la segunda a Sabina. A sus dos hijos les impuso un nombre derivado del suyo.

Un día Sabiniano, leyendo, se encontró con el texto del salmista que dice: «*Rocíame Señor con tu hisopo y quedaré limpio,* etc.», y trató de desentrañar su sentido sin conseguirlo. Preocupado por averiguar lo que semejantes palabras pudieron significar, se encerró en su dormitorio, vistióse de cilicio, se recubrió de ceniza y se tendió en el suelo diciéndose a sí mismo que prefería morir a vivir en la ignorancia del significado de aquel versículo. De pronto se le apareció un ángel y le dijo:

—No te aflijas de esa manera; no te dejes llevar de la desesperación ni el deseo de morir; cuando te bautices quedarás más blanco que la nieve; entonces entenderás lo que ahora no entiendes.

Dicho esto, el ángel desapareció y Sabiniano quedó tranquilo y muy contento. A partir de aquel día se negó rotundamente a dar culto a los ídolos. Su retraimiento de las prácticas paganas desagradó a su padre, quien en diferentes ocasiones le reprendió por ello y un día en tono muy severo le dijo:

—Con la actitud que has adoptado nos has puesto en un grave compromiso; preferible es que te maten a ti a que por culpa tuya nos maten a todos los de la familia.

Entendiendo Sabiniano que esta admonición paterna equivalía a una clara amenaza, huyó de casa secretamente, y andando por los caminos fue a dar a la ciudad de Troyes. Al pasar junto al Sena sintió grandes deseos de ser bautizado en las aguas del río, y pidió al Señor que le concediera esa gracia. Dios se la concedió; en las aguas del Sena fue bautizado. En cuanto recibió el bautismo díjole el Señor:

—Ya encontraste lo que tan ansiosamente buscabas.

En aquel preciso momento Sabiniano hincó en el suelo su bastón y éste repentinamente se convirtió en un arbusto cuajado de flores y de hojas verdes. La admiración que este prodigio produjo entre las muchísimas personas que lo presenciaron fue tan grande que entonces mismo mil ciento ocho hombres creyeron en el señor. Cuando el emperador Aureliano se enteró de este suceso, envió inmediatamente a numerosos soldados en busca de Sabiniano con orden expresa de que lo capturaran y lo llevaran a su presencia. Los soldados lo hallaron, pero como al hallarlo vieron que estaba sumido en profunda oración, sobrecogidos de temor renunciaron a prenderle y regresaron sin él. El emperador envió una segunda expedición de soldados mucho más numerosa que la anterior, y con el mismo encargo de que lo apresaran. También estos soldados encontraron a Sabiniano postrado en el suelo, orando, y al verle en esa actitud,

primeramente se arrodillaron y oraron con él durante un rato, pero luego se pusieron en pie y le dijeron:

—El emperador desea verte.

Sabiniano se fue con ellos, mas al llegar ante el emperador se negó rotundamente a ofrecer sacrificios a los ídolos. En vista de su negativa, el emperador ordenó que lo ataran de pies y manos y que lo golpearan con varas de hierro. Cuando terminaron de aplicarle este castigo, Sabiniano dijo a Aureliano:

—Si quieres puedes mandarles que sigan atormentándome.

Entonces Aureliano exclamó:

—Llevadle a la plaza principal de la ciudad; amarradle de nuevo; colocadlo sobre una cama de madera; poned bajo ella gran cantidad de leña; rociadla luego de aceite; prended fuego a la leña y a la cama y quemadle vivo.

La orden dada por Aureliano se cumplió en todos sus extremos y delante de sus propios ojos, pues quiso asistir personalmente al espectáculo. El emperador, al ver que Sabiniano permanecía en medio de las llamas inmóvil, imperturbable y sumido en oración, primero quedó estupefacto, luego se postró en tierra y restregó su rostro contra el suelo y, por último, se puso en pie, se encaró con el mártir, y le dijo:

—Eres una mala bestia. A la orilla del río engañaste a multitud de personas y, no contento con eso, pretendes ahora y aquí seducirnos a nosotros con tus artes mágicas.

Sabiniano le respondió:

—Todavía conseguiré que muchos otros crean en el Señor, y tú serás uno de ellos.

Aureliano al oír esto prorrumpió en blasfemias contra el nombre de Dios, y ordenó que encerraran en la cárcel a Sabiniano, y que al día siguiente lo ataran a una columna y lo acribillaran a flechazos hasta que terminaran con su vida.

A la siguiente mañana comenzó de nuevo el suplicio en presencia del emperador, pero todos los dardos que arrojaron contra el mártir quedaron suspendidos en el aire, unos a la derecha de su cuerpo y otros a la izquierda del mismo, sin que los arqueros consiguieran clavar ni una sola saeta en la carne de Sabiniano. Ante semejante fracaso se interrumpió la aplicación del frustrado tormento, dejando a la víctima tal como estaba: atada a la columna y rodeada de flechas.

Al día siguiente, Aureliano se presentó de nuevo en el lugar del suplicio y preguntó a Sabiniano:

—¿Dónde está tu Dios? Que venga, si puede, y te libre de los dardos que hay alrededor de tu cuerpo.

Apenas hubo dicho esto, una de las flechas se puso en movimiento y se clavó con fuerza entre ambos ojos del emperador dejándole completamente ciego. Entonces Aureliano, arrebatado de furor, exclamó:

—Llevad ahora mismo a este hombre a la cárcel y mañana cortadle la cabeza.

Estando Sabiniano ya recluido en la cárcel pidió a sus carceleros que lo llevaran al lugar en que había recibido el bautismo. Como era de suponer, los carceleros no le hicieron el menor caso; mas de repente las cadenas con que lo tenían amarrado se quebraron, las puertas de la prisión por sí mismas se abrieron y él salió tranquilamente a la calle; pasando delante de los centinelas y de los soldados, continuó caminando, y llegó al sitio en que había recibido el bautismo. El emperador, al enterarse de que el preso se había evadido, dijo a quienes le dieron la noticia:

—Buscadle inmediatamente y en cuanto lo encontréis cortadle la cabeza donde quiera que se hallare.

Sabiniano, que estaba a la orilla del río, al ver que los soldados venían hacia él con ánimo de apresarle, se introdujo en el agua y, caminando sobre ella como sobre tierra firme, avanzó erguido hasta la otra orilla y se trasladó hasta el lugar en que había sido bautizado. Los soldados se echaron también al agua, cruzaron a nado o como pudieron el río y llegaron a donde estaba Sabiniano; pero no se atrevieron ni a matarle ni siquiera a echarle mano. Entonces él les dijo:

—No tengáis miedo. Haced lo que se os ha ordenado, y cuando me hayáis cortado la cabeza recoged un poco de mi sangre, llevádsela al emperador y decidle de mi parte que unja con ella sus ojos. Advertidle también que en cuanto lo haga recobrará la vista y además comenzará inmediatamente a ver al Dios verdadero y a reconocer que ese Dios es omnipotente.

Los soldados dieron muerte al santo y fueron testigos de este hecho milagroso: en cuanto decapitaron a Sabiniano, éste se inclinó hacia el suelo, recogió de él su propia cabeza, y con ella en sus manos caminó cuarenta y nueve pasos.

Aureliano ungió sus ojos ciegos con la sangre del mártir y, al advertir que instantáneamente re-

cobraba la vista y sanaba de las heridas que el dardo le había producido, exclamó:

—¡Bueno y poderoso, en verdad, es el Dios de los cristianos!

Poco después de esto, una persona que llevaba cuarenta años ciega, al oír hablar de la milagrosa curación del emperador y del martirio de Sabiniano, se hizo conducir hasta el lugar en que este santo había sido decapitado, oró en aquel sitio y quedó repentinamente curada de su ceguera.

San Sabiniano padeció su martirio un uno de febrero, hacia el año 279 de nuestra era; pero he creído oportuno referir su historia ahora aquí, juntamente con la de su hermana cuya fiesta celebra la Iglesia en el día de hoy.

Cuando Sabiniano huyó del domicilio paterno, Sabina se pasó varios días seguidos llorando y pidiendo a los ídolos por su hermano. Una de aquellas noches, cuando estaba durmiendo, apareciósele un ángel y le dijo:

—Sabina, no llores. Abandona también tú esta casa y renuncia a cuanto tienes. Yo te aseguro que, si haces lo que te digo, encontrarás a tu hermano rodeado de altísimos honores.

Inmediatamente después Sabina despertó y preguntó a una hermana suya de leche que compartía con ella el mismo dormitorio:

—Amiga mía, ¿has notado algo extraño?

La colactánea le contestó:

—Sí, mi señora; hace escasos momentos he visto en esta habitación a un hombre; parecíame que hablaba contigo, pero no he oído nada de lo que decía.

—¿No me delatarás? —inquirió Sabina.

La hermana de leche le respondió:

—¡Oh! ¡De ninguna manera, señora! Hagas lo que hagas, con tal de que no se trate de algo que ponga en peligro tu vida, jamás diré nada a nadie.

A la mañana siguiente ambas jóvenes huyeron de la casa.

Sabino, al advertir la desaparición de su hija, hizo cuanto pudo por encontrarla, mas al cabo de algún tiempo, perdidas todas las esperanzas de hallarla, un día, elevando sus manos hacia el cielo, exclamó:

—¡Si verdaderamente tú eres el Dios celestial todopoderoso, destruye las estatuas de todos mis ídolos, ya que no han sido capaces de proteger a mis hijos!

Inmediatamente oyóse el retumbar de un trueno, y durante aquel estrépito el Señor derribó por tierra y quebró todas las imágenes idolátricas que había en casa de Sabino. A la vista de este prodigio, muchos se convirtieron al cristianismo.

Sabina, al huir del domicilio paterno, se dirigió a Roma y allí fue bautizada por el papa Eusebio. Cinco años permaneció en dicha ciudad, y durante su estancia en ella devolvió milagrosamente la vista a dos ciegos y curó a dos paralíticos. Una noche, mientras dormía, el mismo ángel que anteriormente se le apareciera, apareciósele de nuevo y le dijo:

—Sabina, ¿qué haces aquí? ¿Abandonaste acaso tu casa y riquezas para entregarte a las delicias que al presente disfrutas? Levántate y ve a la ciudad de Troyes; en ella encontrarás a tu hermano.

Levantóse Sabina y manifestó a su criada:

—Debemos marcharnos de Roma inmediatamente.

La criada sorprendida, le replicó:

—Pero, señora, ¿qué es lo que estás diciendo? ¿A dónde vas a ir que mejor estés? Aquí todos te quieren mucho. ¿A qué viene esa repentina idea de cambiar y de irte a otra parte exponiéndote a peligros de muerte?

—Dios cuidará de nosotras —le respondió Sabina.

Sin más provisiones que dos panes de cebada que tomó consigo, salió de Roma. Al pasar por Ravena, frente a la morada de un hombre rico oyó lamentos y llantos procedentes del interior de la misma; y, al enterarse por las voces de los que lloraban de que una de las hijas del dueño de la mansión estaba agonizando y ya casi muerta, decidió pedir alojamiento en aquella casa. Acercóse pues, a la puerta, llamó y rogó a la criada que salió a abrir que la dejara entrar, porque quería hospedarse allí.

La criada le dijo:

—Pero señora, ¿cómo pretendes que mis amos te den posada estando ellos y todos los familiares deshechos de dolor, y muriéndose la hija de mi ama?

Sabina replicó:

—Porque yo me hospede en esta casa no se va a morir la enferma.

Mientras decía estas palabras entró, llegó a la habitación de la moribunda, tomó a la joven por la mano, la sacó de la cama repentina y completamente curada, y, sin hacer caso alguno a los familiares de la muchacha que le rogaban insistentemente que se quedara con ellos, se marchó de allí y prosiguió su camino.

Cuando estaba ya a una milla de distancia de Troyes propuso a su sirvienta:

—Descansemos aquí un rato.

Sentáronse ambas a la vera de la calzada. Momentos después pasó frente a ellas un hombre de aspecto distinguido que venía de la vecina ciudad, el cual, al verlas, las saludó y les preguntó:

—¿De dónde sois?

—De Troyes —respondió Sabina.

El hombre le dijo:

—No mientas; tú no eres de por aquí; en el acento se nota que eres forastera.

—Tienes razón, señor —reconoció Sabina—, en efecto, soy forastera y ando buscando a un hermano mío llamado Sabiniano que hace años desapareció de nuestra casa.

Entonces el recien llegado le dijo:

—Ese a quien buscas ha sido degollado hace unos días por su fe en Cristo. Está enterrado en tal sitio.

Al oír estas palabras Sabina se postró en tierra y exclamó en tono de oración:

—¡Oh Señor! Puesto que te has dignado conservarme completamente casta hasta el momento, no permitas que mis fuerzas continúen debilitándose por estos duros caminos, ni que mi cuerpo se mueva de aquí. Cuida de mi criada que hasta ahora ha compartido las fatigas conmigo, y, ya que no me es posible volver a ver a mi hermano en la tierra, concédeme la gracia de verlo en el cielo.

Apenas hubo dicho esto, Sabina murió repentinamente y su alma emigró a la bienaventuranza.

Su criada comenzó a llorar profundamente afligida por la muerte de su señora y porque no disponía de medios para enterrarla. Al ver su dolor, el transeúnte regresó a la ciudad y, por medio de un pregón que mandó publicar, reunió a cierto número de hombres, tornó con ellos a donde la sirvienta estaba, y entre todos dieron honrosa sepultura al cuerpo de la difunta.

En ese mismo día se celebra la fiesta de otra santa Sabina, que fue esposa de un militar llamado Valentín, y murió degollada en tiempos de Adriano por negarse a ofrecer sacrificios en honor de los falsos dioses.

Capítulo CXXVIII

SAN LUPO

San Lupo, descendiente de reyes, nació en Orleans. Por sus eminentes virtudes fue elegido arzobispo de Sens. Movido por su caridad, distribuyó entre los pobres casi todo cuanto tenía. En cierta ocasión invitó a comer a gran número de ellos. Hacia la mitad de la comida acercóse a él el mayordomo y le dijo:

—Señor, el vino se ha terminado.

El arzobispo le respondió:

—Confía, hijo. ¿No es cierto que Dios provee de alimento a los pájaros? El nos ayudará a llevar a buen término esta obra de misericordia que estamos haciendo.

Momentos después de que dijera esto, entró un criado y le comunicó que acababa de llegar un forastero y que estaba descargando cien modios de vino que le traía de regalo.

Entre las personas que vivían en el palacio del arzobispo había una doncella muy virtuosa, hija del arzobispo anterior. Lupo, que conocía el fervoroso ardimiento con que esta joven se había consagrado a Dios, sentía hacia ella un amor entrañable y purísimo. Sin embargo, los miembros de la curia arzobispal comentaban entre sí desfavorablemente aquel cariño, excesivo a juicio de ellos. Lupo, que sabía que era objeto de aceradas críticas por parte de los curiales, un día tomó a la doncella de la mano, la llevó consigo a donde estaban los murmuradores entregados a su tarea de difamación, y en presencia de ellos la besó en el rostro muy afectuosamente, diciendo mientras la besaba:

—Los comentarios y críticas de la gente no

pueden manchar el alma de quien tiene la conciencia completamente limpia.

Lotario, rey de los francos, que había invadido las tierras de Borgoña, envío a uno de sus generales al frente de un ejército para reducir a los senones. Cuando el arzobispo se enteró de que los invasores estaban ya cerca de las murallas de Sens y de que se proponían atacar la ciudad, subió a la torre de la iglesia de san Esteban y comenzó a tocar la campana mayor. Los enemigos, al oír aquel toque de rebato, sintieron tal miedo que emprendieron la huida convencidos de que si no se alejaban rápidamente de allí no salvarían sus vidas.

Posteriormente, cuando todo el reino de Borgoña estaba ya en poder de los francos, Lotario envió a Sens a uno de sus senescales para que se hiciera cargo del gobierno de la ciudad, y como el arzobispo ni acudió a cumplimentarle ni hizo llegar a él regalos ni presentes de ninguna clase, el nuevo gobernador dio muy malos informes del prelado al rey, y hasta aconsejó a éste que lo desterrara. Lotario, influido por los consejos de su senescal, desterró a Lupo y puso a otro arzobispo al frente de la iglesia de Sens; pero los habitantes de la ciudad mataron al nuevo arzobispo, y pidieron insistentemente al rey que les devolviera a Lupo, al que admiraban tanto por su doctrina cuanto por los milagros que había obrado entre ellos durante su prelatura. Lotario accedió a ello y Lupo regresó a Sens. Cuando el rey vio a Lupo tan quebrantado por las penalidades sufridas en el destierro, sintióse interiormente tocado por la gracia de Dios y, arrepentido de lo que había hecho, se arrojó a los pies del santo, le pidió perdón, lo colmó de honras, agasajos, atenciones y obsequios, y lo colocó nuevamente en su silla arzobispal. Por cierto que, cuando Lupo regresaba de su exilio, al pasar por París las puertas de las cárceles de esta ciudad milagrosamente se abrieron y numerosos presos, cuyas cadenas por sí mismas se quebraron, salieron a su encuentro aclamándole jubilosamente.

Un domingo, mientras el santo arzobispo celebraba misa, cayó dentro del cáliz, como llovida del cielo, una piedra preciosa, de la cual el rey se hizo cargo y la unió reverentemente a otros objetos piadosos que conservaba en su relicario.

Entusiasmado Lotario con el dulcísimo sonido de la campana mayor de la iglesia de san Esteban de Sens, y deseoso de tener aquella campana cerca de él para oír frecuentemente sus tañidos, ordenó que fuese trasladada a uno de los campanarios de París, ciudad en la que había establecido su corte; pero, tan pronto como la campana salió de Sens, perdió la dulcísima sonoridad que en Sens tenía, y, como ya no sonaba igual que antes, el rey mandó que la devolvieran a su procedencia. En el viaje de retorno, la campana, cuando estaba a unas siete millas de distancia de la iglesia de san Esteban, recuperó el agradable timbre que anteriormente había tenido. San Lupo, que se hallaba en Sens y por tanto a la indicada distancia de las siete millas, oyó perfectamente y reconoció el tañido de su campana, y con inmensa satisfacción salió a su encuentro para dar la bienvenida a aquel objeto que con indecible dolor de su alma había perdido.

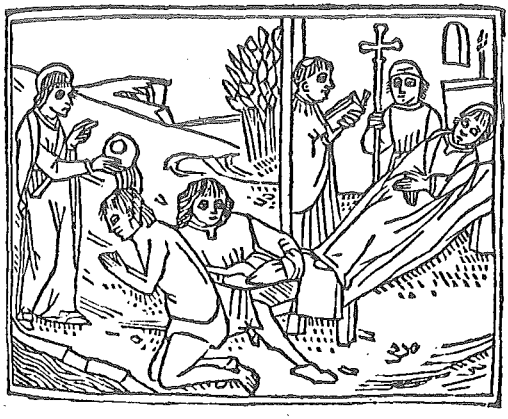
Una noche, estando el santo entregado a la oración, el diablo hizo que repentinamente sintiera una sed inaguantable. El arzobispo pidió que le trajeran un jarro de agua fresca. Se lo trajeron; pero cuando se disponía a beber, entendió que aquella sed había sido provocada por el enemigo para tentarle, y, convencido de ello, no bebió, sino que tapó el jarro con el cojín de su sillón y dejó dentro del jarro al demonio, el cual, al sentirse prisionero, comenzó a dar gritos y se pasó la noche entera aullando; y aullando estuvo hasta la mañana siguiente, en que el arzobispo permitió que el que, fraudulentamente y amparado en las sombras nocturnas, había venido a tentarle, escapara confuso y avergonzado al llegar la luz del día.

En cierta ocasión salió san Lupo a visitar las diferentes iglesias de la ciudad. Esta clase de visitas hacíalas con frecuencia. Cuando regresó a su palacio encontró a varios clérigos enzarzados en una pelea a costa de unas mujeres a las que, aprovechando su ausencia, habían introducido en su residencia para fornicar con ellas. El santo arzobispo, al llegar y advertir el jaleo que los clérigos se traían, no dijo nada, sino que pasó directamente al templo, oró un rato por ellos, volvió al interior del palacio, y hallólos ya completamente sosegados. ¿Qué había ocurrido? Pues que tan pronto como el santo inició su oración, los clérigos se vieron repentinamente libres del aguijón de la concupiscencia. Por eso, quienes un momento antes estaban agitados por la lujuria, al salir el arzobispo de la iglesia se acercaron a él y le pidieron perdón.

San Lupo, insigne varón y eminente por sus virtudes, vivió en tiempos de Heraclio, hacia el año 610, y finalmente descansó en la paz de Dios.

Capítulo CXXIX

SAN MAMERTINO



Mamertino, que primeramente fue pagano, estaba un día adorando a los ídolos cuando perdió la vista de un ojo y el movimiento de una de sus manos, que se le quedó paralítica. Pensando que estos accidentes constituían un castigo de los dioses por alguna falta que contra ellos hubiese cometido, se dirigió a un templo para ofrecer sacrificios en su honor y rogarles que se mostrasen propicios con él, y le devolviesen la salud a su ojo y a su mano. Cuando iba por el camino se encontró con un religioso varón llamado Sabino, el cual, al verle tuerto y lisiado, le preguntó:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Cómo es que has perdido un ojo y el movimiento de esa mano?

Mamertino le respondió:

—Sin duda he ofendido a mis dioses, y ellos, indignados contra mí, me han castigado. Precisamente ahora voy a su templo a suplicarles que tengan compansión de mí y me devuelvan lo que me han quitado.

Sabino le replicó:

—Te equivocas, hermano; te equivocas al tener por dioses tuyos a quienes son auténticos demonios. Anda, ve a ver a san Germán, el obispo de Auxerre, y atente a los consejos que él te dé; ten la seguridad de que, si hicieras lo que te digo, sanarás inmediatamente.

Mamertino, sin vacilar un momento, entonces mismo mudó de propósito y se fue en busca de san Germán. Aquella misma tarde, al pasar cerca de un cementerio donde estaban enterrados san Amador y otros muchos santos obispos, como llovía y estaba ya obscurecido, decidió refugiarse en una capillita levantada sobre la tumba de san Concordiano y pasar allí la noche. Horas después, mientras dormía, tuvo esta extraña visión: un hombre desconocido llegó a la puerta de la capilla y desde la entrada llamó a san Concordiano y le dijo:

—Concordiano, ven a la fiesta religiosa que van a celebrar san Peregrino, san Amador y algunos otros obispos.

San Concordiano, desde el fondo de su sepulcro, respondió:

—Hoy no puedo ir, porque tengo un huésped y debo cuidar de él; si lo dejo solo, las muchas serpientes que aquí hay podrían matarlo.

El recadero se marchó a comunicar a quienes le habían enviado la respuesta de san Concordiano; pero al poco rato volvió y de nuevo desde la puerta llamó a san Concordiano y le dijo:

—Concordiano, levántate; es preciso que acudas a la fiesta y que lleves contigo al subdiácono Bibiano y al acólito Julián para que desempeñen sus respectivos oficios. Si quieres, puedes llevar también al huésped; no hay en ello inconveniente alguno, pues durante la celebración Alejandro cuidará de él.

San Concordiano se levantó, se acercó a Mamertino, lo tomó de la mano y se lo llevó consigo. Al llegar al lugar donde los demás se hallaban reunidos, san Amador preguntó a san Concordiano:

—¿Quién es este individuo que viene contigo?

San Concordiano le respondió:

—Un forastero que esta noche se refugió en mi sepultura.

San Amador le dijo:

—Sácalo de aquí; está manchado y no puede estar con nosotros.

Cuando iban a expulsarlo del local postróse en el suelo de rodillas y suplicó a los presentes, especialmente a san Amador, que le permitieran asistir a la fiesta que pensaban celebrar; pero san Amador, sin dejarse conmover por sus ruegos, le dijo imperiosamente:

—Lo que tienes que hacer es ir ahora mismo y a toda prisa a ver a san Germán.

Esto fue lo que Mamertino soñó aquella noche, y en cuanto despertó, impresionado por tan extraño sueño, se fue en busca de san Germán, y al llegar junto al santo se arrodilló ante él, le contó lo que le había sucedido y lo que había soñado, y le

suplicó que le atendiese con misericordia. Seguidamente san Germán y Mamertino se trasladaron juntos a la capillita de san Concordiano, alzaron la losa que cubría la tumba del santo y vieron como el sepulcro, en efecto, estaba lleno de serpientes cuya longitud pasaba de diez pies. Las serpientes, en cuanto la lápida que cubría la sepultura fue removida, se escaparon de la fosa; pero san Germán en tono imperioso, dióle la orden de que se marcharan inmediatamente a un lugar que les indicó, y que en adelante no osasen hacer el menor daño a nadie.

Después de este episodio, Mamertino recibió el bautismo, recuperó la vista del ojo y el movimiento de su mano, quedó completamente curado e ingresó como monje en el monasterio de san Germán, donde posteriormente, a la muerte de san Alodio, desempeñó el cargo y oficio de abad.

Siendo Mamertino abad del mencionado monasterio, había en la comunidad un religioso llamado fray Marino, cuya historia, en parte, paréceme oportuno referir a continuación.

Quiso san Mamertino probar hasta dónde llegaba la virtud de la obediencia del mencionado monje, y para ello le encomendó el oficio más vil de la casa: el de boyero de los bueyes y vacas de la comunidad. San Marino obedeció, y como el desempeño de estas funciones de boyero le obligaba a vivir en el campo, en el campo y en los montes pasó el resto de su vida, pastoreando la manada de ganado, y en el ejercicio de este humildísimo y duro trabajo se santificó hasta el punto de que las aves más esquivas y hurañas acudían junto a él, se posaban sobre su cuerpo, y comían lo que con sus propias manos les daba. En cierta ocasión un jabalí acosado por una jauría de perros se refugió en la cabaña de fray Marino; el santo religioso acogiólo en ella, defendiólo de sus acosadores, y cuando pasó el peligro le abrió la puerta y lo dejó en libertad. Un día, estando en su choza, llegaron a ella unos cuantos bandidos, le despojaron de cuanto tenía, incluso de su hábito, y le entregaron para que se cubriera una esclavina vieja perteneciente a uno de ellos. Fray Marino colocó sobre su cuerpo aquella prenda, y al poco rato, al advertir que entre la tela de la misma había una moneda, salió corriendo en busca de los ladrones gritando:

—¡Señores! ¡Mis señores! ¡Esperad! ¡En la esclavina que me habéis dejado había una moneda! ¡Seguramente no habíais reparado en ello! ¡Aquí os la traigo! ¡Tomadla! ¡Acaso alguna vez la necesitéis!

Los bandidos regresaron, llegaron a donde él estaba, tomaron la moneda, le quitaron la esclavina que anteriormente le habían dado, y echaron a correr para llegar cuanto antes a la cueva en que se ocultaban; pero se perdieron por el monte y, tras buscar en vano durante toda la noche a obscuras y desorientados el antro que les servía de refugio, a eso del amanecer divisaron una cabaña, se dirigieron a ella y resultó ser la de fray Marino; éste, al ver que se acercaban, salióles al encuentro, los invitó a que pasaran al interior y, siguiendo la costumbre que en los monasterios se observaba con los huéspedes que a ellos llegan, los acogió muy benignamente, les lavó los pies y les preparó algo de comida. Los ladrones, primero estupefactos y luego arrepentidos de lo que el día anterior habían hecho con aquel santo monje, le pidieron perdón, abandonaron su vida de bandoleros y se convirtieron todos ellos al cristianismo.

Pero, volviendo a san Mamertino, he aquí lo que en cierta ocasión hizo: Había una osa que hacía estragos entre las ovejas del monasterio. Algunos de los religiosos más jóvenes de la comunidad dedicieron cazarla, y para conseguirlo colocaron cepos en diferentes sitios del monte. Una noche la osa cayó en una de las trampas. Aquella misma noche, san Mamertino, sospechando que la osa pudiera haber caído en alguno de los cepos, se levantó de la cama, salió del monasterio, recorrió el monte, encontró lo que buscaba y, mientras libraba a la fiera del lazo en que había caído, le decía:

—¡Desgraciada! ¿Qué haces aquí? ¡Huye en seguida, no sea que vengan los que han colocado estos cepos y te atrapen de nuevo!

Cuando murió san Mamertino los monjes tomaron su cuerpo y trataron de llevarlo a Auxerre para enterrarlo en esta ciudad; pero al pasar frente a una granja que había en el trayecto, el féretro repentinamente se volvió tan pesado que por más que lo intentaron no consiguieron alzarlo del suelo donde lo habían posado. En esto y de pronto presentóse allí un prisionero cargado de cadenas, cual si se hubiera escapado de la cárcel; a la vista de todos, las cadenas que le sujetaban se quebraron por sí mismas y entonces el desconocido aquel cogió el féretro con sus manos, lo cargó sobre sus hombros, y a partir de aquel momento, sin dificultad alguna, entre él y otros monjes lo transportaron hasta Auxerre y lo enterraron reverentemente en la iglesia de san Germán.

Capítulo CXXX

SAN GIL

Egidio, forma latinizada de Gil, proviene de *e* (sin), de *geos* (tierra), y de *dyan* (ilustre, divino). Gil, por tanto, significa cosa sin tierra, ilustre, divina. Eso fue san Gil: hombre sin mezcla de tierra, en cuanto que vivió al margen de preocupaciones terrenas; hombre ilustre por la abundancia de su ciencia; hombre divino en el sentido de divinización por el amor que a Dios profesó; téngase en cuenta que el amor hace que el amante se asemeje al amado.

San Gil nació en Atenas. Su familia descendía de reyes. Desde su infancia fue educado en la religión cristiana y en el conocimiento de las ciencas sagradas.

Un día, yendo a la iglesia, vio a un paralítico que pedía limosna sentado en el suelo, se acercó a él, se despojó de su túnica, vistió con ella al mendigo, y éste quedó repentina y completamente curado.

Poco después de este episodio murieron sus padres; Gil entonces nombró a Cristo heredero de su patrimonio.

En cierta ocasión, al regresar de la iglesia hacia su casa, se encontró con un hombre intoxicado por la mordedura de una serpiente, se aproximó a él, oró pidiendo a Dios que lo sanara, y al instante el enfermo se vio libre del veneno que tenía en la sangre.

Por aquel tiempo había en Atenas un endemoniado que, en cuanto entraba en los templos, con sus gritos y alaridos turbaba la devoción de los fieles, Gil lo curó, obligándo al demonio a salir del cuerpo del poseso.

Para huir de los peligros que podían seguirse para él, de la pública estimación que la fama de los anteriores milagros le había granjeado, determinó abandonar la ciudad, y así lo hizo, marchándose disimuladamente de Atenas y refugiándose en un lugar solitario a la orilla del mar. Poco después de su llegada a este recoleto paraje, estando un día en la costa, vio a unos marineros en trance de naufragar a causa de una tempestad que se había desencadenado. Gil oró por ellos, y con sus oraciones consiguió salvarlos y que la tempestad cesara del todo y de repente. Los marineros condujeron su nave hasta donde su salvador se encontraba, le dieron las gracias por haberles salvado su vida y por haber evitado el hundimiento de su embarcación, y al enterarse de que tenía intención de ir a Roma se ofrecieron para llevarle. Gil aceptó el ofrecimiento, se embarcó con ellos, y en aquel navío hizo parte de la travesía; mas, al arribar a las costas francesas, decidió desembarcar. Desembarcó y se dirigió a la ciudad de Arlés, en la que permaneció durante un bienio al lado de san Cesáreo, obispo de aquella diócesis. Poco después de su llegada a esta ciudad curó milagrosamente a un enfermo de unas agudas fiebres que venía padeciendo desde hacía tres años.

Un día, sin decir nada a nadie, salió de Arlés y se puso en camino hacia un desierto en el que halló a Veredonio, ermitaño célebre por su santidad, y se quedó con él viviendo a su lado durante mucho tiempo y consiguiendo con sus oraciones que aquellos parajes, absolutamente estériles, se convirtieran en tierra fértil.

Como en todos los lugares en que se establecía adquiría en seguida fama y notoriedad por los muchos milagros que obraba, y le causaban verdadero horror las alabanzas humanas, también en esta ocasión le sucedió lo mismo, por lo cual decidió marcharse de aquel desierto y buscar algún sitio más aislado en el que pudiera vivir alejado de la gente. Caminando por parajes selváticos en busca de soledad, descubrió entre la espesura de un bosque y en el interior de un barranco, una cueva cerca de la cual manaba una fuente; junto a la fuente había una cierva que parecía puesta allí por Dios para que le proporcionara alimento con su leche. San Gil no lo dudó: se quedó en aquel sitio. Todos los días, a la misma hora, la cierva acudía a la cueva y se dejaba ordeñar por el santo. Varios años llevaba ya san Gil haciendo vida eremítica en tan apartado lugar, cuando ocurrió lo siguiente: los

hijos del rey fueron a cazar por aquellos montes, y, al ver a cierta distancia a una cierva, se lanzaron en su persecución, desentendiéndose de los demás animales que en el bosque había. La cierva, acosada por los perros, corrió a refugiarse en la cueva del santo ermitaño. Éste, al ver que la cierva se mostraba inquieta y contra su costumbre berreaba lastimeramente, sospechó que algo extraño sucedía en el exterior, salió a la boca de la gruta y, al oír las voces de los cazadores y los ladridos de los perros, suplicó encarecidamente al Señor que protegiera a aquella criatura que El mismo le había dado por nodriza. Los perros, sin dejar de ladrar, llegaban una y otra vez hasta una distancia como de un tiro de piedra respecto de la cueva, se detenían unos momentos sin atreverse a dar un paso más, y aullando regresaban a donde los cazadores permanecían apostados. Cuando la noche se echó encima, los cazadores se marcharon a sus casas, pero al día siguiente volvieron, y pasaron toda la jornada acechando a la cierva, convencidos de que continuaba agazapada entre las breñas próximas. Como se repitiera el fenómeno de la víspera, es decir, que los perros, ladrando continuamente, se acercaban a un determinado lugar, allí se paraban, seguían ladrando, y ladrando tornaban junto a los cazadores, al anochecer éstos regresaron a palacio y refirieron al rey su padre lo que aquel día y el anterior les había ocurrido en relación con la cierva. El rey, intrigado, comentó el caso con el obispo, y ambos decidieron acudir al escenario de los hechos acompañados de numerosos cazadores. En efecto, acudieron y fueron testigos de que los perros se excitaban, aullaban, llegaban a un lugar determinado, se paraban, continuaban ladrando y, sin atreverse a penetrar en una próxima espesura, tornaban a donde estaban los cazadores. Algunos de éstos propusieron la idea de rodear el intrincado y extenso matorral que tenían a la vista. Lo rodearon, pero como no se atrevieron a entrar en él, porque resultaba impenetrable a causa de las espesísimas y enmarañadas zarzas que había entre los árboles, uno de los arqueros disparó una flecha hacia el interior de la espesura, para ver si así espantaba a la cierva y la obligaba a salir de su refugio. La flecha fue a clavarse en el cuerpo de san Gil, que se encontraba a la entrada de la cueva orando y pidiendo al Señor que protegiera al inocente animalito. Por orden del rey unos cuantos soldados, utilizando sus machetes, comenzaron a abrirse paso a través de aquella imponente maraña, y de ese modo consiguieron llegar hasta el centro del matorral. Mas su sorpresa fue enorme al descubrir que en el interior del mismo había un barranco, y en el barranco una cueva y a la entrada de la cueva, sentado en el suelo, un anciano de venerable aspecto, encanecido y vestido con hábito de monje, que tenía suavemente reclinada sobre sus rodillas la cierva que los cazadores tan afanosamente habían buscado. Los soldados tornaron a donde estaba el rey y le dieron cuenta de su sorprendente hallazgo. El rey a su vez ordenó a los cazadores que permanecieran quietos, sin moverse de donde estaban, y a continuación él y el obispo se apearon de sus caballos y, a pie, por el camino que los soldados habían abierto, llegaron hasta el anciano y le preguntaron quien era, de dónde procedía, qué le había movido a refugiarse en semejante paraje tan retirado e inhóspito, y quién le había causado la grave herida que tenía. El ermitaño respondió a cada una de las preguntas del monarca, y al enterarse éste y el obispo de que la herida procedía de una flecha lanzada momentos antes por alguno de los cazadores, humildemente le pidieron perdón, le ofrecieron en compensación multitud de regalos, y le prometieron que en seguida le enviarían médicos para que le curaran. Cuando los obsequios ofrecidos llegaron, san Gil los rechazó, sin mirarlos; rechazó igualmente los servicios de los médicos y los remedios que éstos intentaron aplicar a su herida; más aún: considerando que la virtud se demuestra y acrecienta en las adversidades, pidió a Dios que le concediera la gracia de sentir y padecer durante lo que le quedara de vida los dolores que al presente sentía y padecía a causa de la herida producida en su cuerpo por la flecha. El rey continuó visitándole a menudo, porque advertía que cada vez que hablaba con tan santo varón regresaba a su palacio con vivos deseos de ser cada día mejor; en cada una de sus visitas, agradecido por el bien que el venerable ermitaño con su conversación hacía a su alma, ofrecíale inmensas riquezas que san Gil sistemáticamente rechazaba; mas un día, ante la insistencia con que el monarca le rogaba que aceptase sus ofrecimientos, san Gil le respondió:

—Invierte todo ese dinero que a toda costa quieres entregarme en la construcción de un monasterio en el que puedan santificarse muchos religiosos observando la disciplina monástica.

El rey construyó el monasterio y, terminada la obra, a fuerza de ruegos y de lágrimas consiguió

vencer la tenaz resistencia del santo, y logró que éste se encargara del gobierno de la comunidad.

El rey Carlos, a cuyos oídos había llegado la fama de las virtudes de san Gil, quiso conocerle y le envió un recado rogándole que acudiese a visitarle. El venerable abad fue a ver al rey, y éste le recibió reverentemente. En el curso de la conversación, que versó sobre asuntos de la salvación del alma, el rey dijo confidencialmente al santo que había cometido un pecado tan horroroso que no se atrevía a manifestarlo a nadie, ni siquiera a él mismo, y le suplicó que tuviese a bien pedir a Dios la gracia de que aquel pecado le fuese perdonado. Al domingo siguiente, estando san Gil celebrando misa y orando por el rey, un ángel del Señor se le apareció y dejó sobre la mesa del altar una cédula en la que figuraban escritas tres notas y por este orden: en la primera de ellas se consignaba el pecado del rey; en la segunda se decía que por las oraciones de san Gil aquel pecado quedaba perdonado si el rey cumplía estas tres condiciones: reconocer la culpa en que había incurrido, arrepentirse de lo hecho y prometer que no incurriría nunca más en semejante delito. En la tercera se declaraba que toda persona que hubiese cometido cualquier pecado podía estar plenamente segura de que, si invocaba en su favor la intercesión de san Gil, se arrepentía de lo hecho y prometía seriamente no volver a hacerlo, obtendría el perdón de su falta por los méritos del santo. San Gil entregó esta cédula al rey; el rey reconoció su delito, se arrepintió de él y pidió perdón humildemente. Concluido este negocio, el venerable abad abandonó el palacio y, despedido por el monarca con muchos honores, emprendió el regreso a su monasterio. Al pasar por Nimes y enterarse de que acababa de morir el hijo del gobernador de esta ciudad, se acercó al difunto y lo resucitó.

Poco después de los sucesos referidos anunció a sus monjes que algún día no muy lejano los enemigos de la fe destruirían su monasterio. Hecha esta profecía marchó a Roma a visitar al Papa y a pedirle algún determinado privilegio en favor de su abadía. El papa le concedió lo que le hubiera pedido, y además le regaló para la iglesia de su monasterio dos puertas de madera de ciprés en las que estaban esculpidas las imágenes de los santos apóstoles. El santo abad resolvió el problema del transporte de las pesadas puertas colocándolas sobre las aguas del Tíber y, confiando plenamente en que Dios las haría llegar a su destino, emprendió su viaje de regreso. Al pasar por un lugar llamado Tiberón se encontró con un paralítico, lo curó, continuó su camino, llegó a la ciudad en que estaba su monasterio, se acercó al puerto, vio que ya estaban allí las dos puertas que él había colocado sobre las aguas del Tíber, se hizo cargo de ellas, dio gracias a Dios por haberlas hecho llegar incólumes a través del río y de los mares sorteando innumerables riesgos, y las colocó a la entrada principal del templo para que sirvieran de ornamento a la fachada de la iglesia, y para que certificasen y recordasen a quienes las viesen que aquel monasterio estaba en comunión con la sede apostólica Romana.

Finalmente, Dios, mediante una espiritual revelación, le hizo saber que muy pronto moriría. El comunicó esta noticia a sus monjes suplicándoles que rogasen por su alma y le encomendasen al Señor, y, en efecto, de allí a pocos días santamente falleció. Fueron muchos los que aseguraron que habían visto el espíritu del santo abad subir al cielo rodeado de coros de ángeles.

San Gil vivió hacia el año 700 de nuestra era.

Capítulo CXXXI

LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

1. La gloriosa Virgen María procedía de la tribu de Judá y de la estirpe regia de David. Dicen los entendidos en la materia que si Mateo y Lucas consignaron la genealogía de Jesús no por la línea de María sino por la de José, a pesar de que éste no

tuvo intervención alguna en la concepción del Salvador, fue por acomodarse a una costumbre muy antigua, y tradicional de los judíos, que, como puede verse en la Sagrada Escritura, al formar las series de las generaciones, hacíanlo a través de los varones.

Es absolutamente cierto que la Bienaventurada Virgen María descendía de David. De esto no cabe la menor duda. La prueba de esta afirmación es muy sencilla: son muchos los textos sagrados en los que se dice que Cristo descendía de David. *Hijo de David,* es llamado en ellos. Luego si Cristo descendía de David, de David también descendía ella, puesto que el cuerpo de Jesús se formó exclusivamente del cuerpo de su Madre. María, en efecto, descendía de David, y de la rama de Nathán concretamente. David tuvo varios hijos, pero su descendencia se propagó a través de dos de ellos, que fueron Nathán y Salomón. Veamos lo que a este respecto dice Juan Damasceno: «De la rama de Nathán, hijo de David, procedió Leví, que engendró a Melchi y a Panthar; Panthar engendró a Barpanthar; Barpanthar engendró a Joaquín y Joaquín engendró a la Virgen María. Nathán se casó con una sobrina suya, hija de Salomón y con ella tuvo a Jacob. Al morir Nathán y quedar viuda su mujer, Melchi, hijo de Leví y hermano de Panthar, se casó con ella y con ella tuvo a Helí. Helí y Jacob, fueron, pues, hermanos de madre y descendientes los dos de David, aunque por rama diferente, puesto que Jacob descendía de David a través de la rama de Salomón, y Helí procedía también de David pero por la rama de Nathán. Helí, procedente de la rama de Nathán, murió sin hijos, por lo cual su hermano Jacob, procedente de la rama de Salomón, se casó con la viuda de su hermano Helí a fin de que éste no quedara sin descendencia legal, y de este matrinonio nació José. De ahí que José, aunque por naturaleza fuese hijo de Jacob y descendiente de David a través de la rama de Salomón, a efectos legales estuviese considerado como procedente de Helí y descendiente de David por la rama de Nathán; ya que, muerto sin descendencia, los hijos que con ella tuviera a pesar de que fuesen realmente hijos suyos por haberlos engendrado él físicamente, legalmente eran considerados como hijos del difunto». Hasta aquí el texto tomado de san Juan Damasceno.

En la *Historia Eclesiástica* se dice, y Beda lo corrobora en su *Crónica,* que en unos archivos secretos del Templo se conservaban las genealogías completas, tanto de los hebreos como de los forasteros que vivían de asiento entre los hijos del pueblo de Dios, pero que Herodes, para poder hacerse pasar, sin que nadie pudiera desmentirle, por descendiente de uno de los más nobles linajes de Israel, mandó quemar toda aquella documentación. Mas a pesar de que en aquel incendio perecieran tan interesantes documentos, la genealogía de Cristo pudo reconstruirse merced a los trabajos de investigación llevados a cabo por unos hombres llamados popular e indistintamente *nazarenos* y *señoriales;* este nombre de *señoriales* obedecía al parentesco que tales hombres tenían con el Señor, es decir, Cristo. Estos piadosos varones lograron reconstruir íntegramente las series de generaciones de Jesús a base de datos cuidadosamente recogidos de antiguas tradiciones orales que venían transmitiéndose de padres a hijos, y de notas escritas que encontraron en libros que algunos judíos conservaban en sus casas.

Joaquín se casó con una mujer llamada Ana, hermana de una tal Hismeria. Esta Hismeria tuvo una hija y un hijo; la hija, que se llamó Isabel, fue la madre de Juan Bautista, y el hijo, que se llamó Eliud, fue el padre de Eminea, padre a su vez de san Servacio, cuyo cuerpo está enterrado en Maestricht, pueblo situado a las orillas del Mosa, en la diócesis de Lieja.

Según una tradición, Ana se casó tres veces y tuvo sucesivamente tres maridos, Joaquín, Cleofás y Salomé. Del primero de ellos, o sea de Joaquín, engendró a María, la Madre del Señor, la cual, andando el tiempo, fue dada en matrinonio a José y engendró y parió a Nuestro Señor Jesucristo. Muerto Joaquín, Ana se casó con Cleofás, hermano de San José. De este segundo marido tuvo a otra hija a la que puso también el nombre de María; esta María posteriormente se casó con Alfeo y de este matrimonio nacieron cuatro hijos, que fueron Santiago el Menor, José el Justo, conocido popularmente por el sobrenombre de Barsabás, Simón y Judas. Muerto Cleofás, Ana se casó con Salomé y con éste, su tercer esposo tuvo una hija, a la que puso el mismo nombre que a las otras dos, el de María. Esta tercera María se casó con Zebedeo y con él tuvo dos hijos que fueron Santiago el Mayor y Juan el Evangelista.

Esta tradición a la que acabamos de referirnos ha quedado plasmada en los siguientes versos:

«Anna solet dici tres concepisse Marias
Quas genuere viri Joachim, Cleophas Salomeque.
Has ducere viri Joseph, Alpheus, Zebedoeus.
Prima parit Christum; Jacobum secunda Minorem,
Et Joseph Justum peperit cum Symone, Judam.
Tertia majorem Jacobum volucremque Johannem».

«Dícese comúnmente que tres Marías parió Ana
Por Joaquín, Cleofás, Salomé, sus tres maridos, engendradas.
Con José, Alfeo y Zebedeo las Marías fueron casadas.
La primera engendró a Cristo; la segunda a Santiago el Menor,
A José el Justo, a Judas y a Simón;
La tercera a Santiago «el Grande» y a Juan, águila veloz».

De lo dicho más arriba se deduce que la Bienaventurada Virgen María e Isabel eran primas carnales; pero esta consecuencia plantea una sorprendente cuestión: ¿cómo es posible que estas dos mujeres fuesen parientes entre sí constando como consta que Isabel estuvo casada con Zacarías, perteneciente a la tribu de Leví? Según la ley, todo varón que pretendiera casarse, debería hacerlo con mujer de su propia tribu y familia. San Lucas asegura que Isabel, descendía de Aarón, y san Jerónimo nos dice que María era natural de Belén y procedía de la tribu de Judá. ¿Cómo, pues, se explica que hubiese parentesco entre ellas? Pues se explica de la manera siguiente: téngase en cuenta que, tanto Aarón como su hermano el sumo sacerdote Loíada, se casaron con mujeres de la tribu de Judá y que como consecuencia de estos dos matrimonios quedaron unidos y emparentados entre sí ambos linajes, el sacerdotal y el real, por lo cual a partir de entonces pudieron casarse legítimamente entre sí (y así consta que sucedió en multitud de ocasiones). Los descendientes de una y otra tribu, es decir, los descendientes de la tribu de Leví con los descendientes de la tribu de Judá y viceversa. Puesto que fueron frecuentes los casos en que varones de la tribu de Judá se casaron con mujeres de la tribu de Leví, y varones de la tribu de Leví se casaron con mujeres de la tribu de Judá, bien pudo ocurrir, advierte Beda, que algunos de los próximos ascendientes de María y de Isabel se casaron entre sí y de ese modo se explicaría que fuesen primas, a pesar de que, como consta claramente, María desciende del linaje real e Isabel del sacerdotal. Incluso de ese modo también se explicaría este otro hecho, igualmente cierto: que María descendiese de ambas tribus a la vez; porque María, en efecto, descendía de la tribu de Judá y de la tribu de Leví. El Señor quiso conceder a una y otra tribu el privilegio de que sus respectivos linajes se mezclaran, porque tenía misteriosamente previsto y determinado que de ellas naciese el que había de ser auténtica y verdaderamente rey, y auténtica y verdaderamente sacerdote; sacerdote que se ofrecería a sí mismo por nosotros, y rey llamado a regir a sus fieles y a conducirlos a la victoria en la guerra contra las fuerzas del mal, y a coronarlos tras el triunfo con la diadema de los vencedores. Hasta el nombre con que fue conocido ese rey y sacerdote descendiente de ambas tribus constituye un elocuente testimonio de lo que estamos diciendo; porque ese rey y sacerdote fue llamado *Cristo,* y Cristo significa *ungido.* En la práctica de la antigua ley solamente los sacerdotes, los reyes y los profetas recibían una unción ritual. El Señor fue popularmente conocido por el nombre de Cristo, porque fue sacerdote y rey. De su nombre de Cristo deriva el nuestro de *cristianos,* y por eso con toda propiedad se dice de nosotros que pertenecemos a un linaje elegido y que constituimos una raza regia y sacerdotal.

A lo anteriormente dicho cabe añadir esto otro: consta que el hecho de que, de acuerdo con la ley, las mujeres se casaran con hombres de su propia tribu obedecía al deseo de que se conservara sin alteraciones la demarcación territorial que a cada tribu correspondía; pero, como la tribu de Leví carecía de territorialidad, las mujeres pertenecientes a ella podían casarse con hombres de cualquiera de las otras tribus.

En cuanto a la historia sobre la Natividad de la Virgen escrita por san Jerónimo, conviene tener en cuenta lo que su autor dice en el prólogo de la misma: que la compuso a ruego de algunas personas y a base de datos que conservaba almacenados en su memoria tomados de un opúsculo que leyó cuando aún era muy jovencillo.

Joaquín, nacido en Nazareth, ciudad de Galilea, se casó con Ana, natural de Belén. Los dos eran justos; los dos se conducían irreprochablemente; los dos se mantenían fieles a la ley de Dios. Todos los años dividían sus ganancias y los frutos de sus cosechas en tres partes: una de ellas la entregaban a

los ministros del templo para que la emplearan en el culto divino y en su propio provecho; otra, la repartían entre los pobres y los peregrinos; la tercera, finalmente, reservábanla para ellos como fuente de su sustento y del de su familia.

A los veinte años de casados, como aún no habían tenido descendencia y deseaban tenerla, ambos, de común acuerdo, hicieron un voto a Dios prometiéndole que, si se dignaba bendecir su matrimonio, consagrarían a su divino servicio la criatura que naciera. Para más urgir al Señor, los dos iban en peregrinación a Jerusalén en las tres fiestas principales de cada año. En una de esas ocasiones, concretamente en la solemnidad llamada de la Dedicación, cuando Joaquín, mezclado con otros hombres de su tribu con los que había hecho el viaje hasta el templo, iba a depositar su ofrenda, el sacerdote que había de recibirla la rechazó y con ademanes airados le obligó a alejarse del altar y a separarse de los demás oferentes, diciéndole con aspereza:

—¿Cómo tú, siendo estéril, te atreves a mezclarte con los fecundos? ¿Cómo no habiendo contribuido a la propagación del pueblo de Dios y estando por tanto incurso en la maldición de la ley, tienes la osadía de pretender ofrecer oblaciones al Señor de la ley?

Joaquín salió del templo tan confuso y avergonzado por la reprensión de que había sido objeto ante tanta gente, que ni se atrevió a esperar a los hombres de su tribu, cuya compañía deseaba evitar a causa de lo ocurrido, ni a regresar a su casa, por lo cual huyó al campo y se fue a vivir con los pastores a quienes tenía encomendada la custodia de sus ganados. Un día, estando a cierta distancia de ellos, apareciósele un ángel muy resplandeciente. Joaquín, al ver al aparecido, se turbó en gran manera. El aparecido le dijo:

—No tengas miedo. Soy un ángel del Señor. Vengo a ti enviado por El para comunicarte que tus oraciones han sido oídas y que los méritos de las limosnas que distribuyes entre los pobres han llegado hasta el cielo. Sé que estás avergonzado. La reprensión que recibiste en el templo fue injusta. Tú no tienes la culpa de no haber tenido hijos. Dios toma venganza del pecado pero no de la naturaleza de sus criaturas. El, a veces, obstruye los canales de la fecundidad temporalmente; pero luego los deja correr para que produzcan su efecto. Cuando obra así lo hace para poner de manifiesto que el hijo que nace de esa fecundidad recuperada no es fruto de la concupiscencia, sino de una providencia divina especial. Recuerda el caso de Sara, aquella mujer de la que procede vuestro linaje: hasta los noventa años padeció ante la gente la humillación de su esterilidad, y, no obstante eso, a tan avanzada edad concibió a Isaac y dio a Abraham el hijo de que Dios le había hablado cuando le prometió que de su descendencia nacería el que había de traer la bendición a todas las naciones del mundo. Recuerda el caso de Raquel: también ésta fue estéril durante mucho tiempo; pero luego engendró a José, el que años más tarde llegó a ser prácticamente el amo de toda la tierra de Egipto. ¿Quién más fuerte que Sansón? ¿Quién más santo que Samuel? Pues sus respectivas madres permanecieron estériles muchos años antes de concebirlos. Si reparas en esos ejemplos te resultará más fácil admitir que es verdad esto que te digo: que los hijos nacidos tardíamente de madres que durante cierto tiempo pasaron ante la gente por estériles, suelen ser personas notables. Ahora pon mucha atención porque voy a comunicarte algo muy importante: Ana, tu mujer, te dará una hija a la que cuando nazca pondrás el nombre de María. Fieles a lo que habéis prometido, la consagraréis a Dios desde su infancia. La niña nacerá ya llena del Espíritu Santo, pues habrá sido santificada en el seno de su madre, y, para que no pueda ser objeto de sospechas malignas, la aislaréis del trato y comunicación con las gentes de la calle, y desde pequeña la mantendréis recogida en el recinto del Templo. A este hecho ya de por sí admirable, de que tu hija nazca de madre estéril, seguirá más adelante otro mucho más admirable: de ella nacerá un Hijo divino engendrado en sus entrañas por el Altísimo. Ese Hijo se llamará Jesús y a través de El vendrá la salvación sobre el mundo entero. Voy a darte una garantía de que cuanto te estoy diciendo ocurrirá tal y como te lo digo: vuelve a Jerusalén; cuando llegues a la Puerta Dorada encontrarás allí a tu esposa Ana que, preocupada por tu ausencia, actualmente te anda buscando. Vuestro encuentro producirá en ella enorme alegría.

Dicho esto el ángel desapareció.

Efectivamente: Ana, al ver que el tiempo pasaba y que Joaquín no regresaba a donde ella había quedado aguardándole, se lanzó en su búsqueda; y como no lo hallaba ni sabía dónde podría estar, continuó buscándole día tras día, llorando amargamente, hasta que por fin el mismo ángel que se había aparecido a su esposo, momentos después de

haber hablado con éste apareciósele también a ella, comunicóle punto por punto cuanto a Joaquín acababa de anunciar y, por último, le dijo:

—Para que no te quede la menor duda de que cuanto te he dicho va a suceder, voy a darte una garantía: ve a la Puerta Dorada de la ciudad y quédate allí hasta que Joaquín llegue; porque en ese preciso lugar ocurrirá vuestro reencuentro.

Tal y como el ángel había prometido a ambos esposos, en la Puerta Dorada los dos se encontraron. ¡Qué inmensa alegría la de uno y otro al verse nuevamente reunidos! Tras comentar entre sí el anuncio que el enviado del Señor les había hecho, y dar gracias a Dios y adorar sus designios, Joaquín y Ana regresaron a su casa, y en ella, inundados de gozo, esperaron el cumplimiento de la promesa divina. La promesa se cumplió: Ana concibió; a su debido tiempo dio a luz y comprobó que la criatura era una niña. Conforme a la indicación del ángel, pusieron a la recién nacida el nombre de María. Tres años después, terminada la lactancia y concluida la etapa de los necesarios cuidados maternales, la Virgen fue llevada al Templo y ofrecida a Dios juntamente con otras oblaciones materiales.

El templo estaba edificado en la cima de un montículo. El altar de los holocaustos se hallaba en el exterior del recinto; para llegar a él había que subir quince gradas, cada una de las cuales se correspondía con cada uno de los quince salmos llamados *de los pasos,* o *graduales.* La tiernecita Virgen, a pesar de sus pocos años, subió por sí misma y sin ayuda de nadie los susodichos peldaños como si tuviese edad de persona adulta.

Terminado el ofrecimiento, Joaquín y Ana dejaron a su hija en el Templo incorporada al grupo de doncellas que en él moraban, y regresaron a casa. De día en día crecía la Virgen en santidad y virtudes asistida por los ángeles que diariamente la visitaban, y gozando cotidianas visiones divinas.

Dice san Jerónimo en una carta que escribió a Cromacio y a Heliodoro, que la Bienaventurada María se trazó a sí misma este plan: «Desde el amanecer hasta la hora de tercia, oración continua; desde la hora de tercia a la de nona, trabajo manual que consistía en tejer; a la hora de nona, reanudaba la oración y perseveraba en ella hasta que un ángel la traía la comida».

Catorce años tenía María cuando un día el pontífice reunió a las doncellas que se educaron en el Templo y les comunicó públicamente que todas las que en aquel momento hubiesen alcanzado ya la edad núbil tendrían que regresar a sus casas para desposarse con algún varón de su respectiva tribu. El aviso fue acogido con grandes muestras de alegría por cuantas se encontraban en tales condiciones. Unicamente la Virgen Bienaventurada puso en conocimiento del sumo sacerdote que ella no pensaba casarse, por dos razones: porque sus padres la habían consagrado vitaliciamente al Señor, y porque ella, por sí misma y voluntariamente, había hecho voto de vivir en perpetua virginidad. Perplejo quedó el pontífice al oír lo que María le decía. No sabía qué determinación tomar. Si aquella joven había hecho semejante voto, él no podía obligarle a que lo quebrantara, puesto que el Señor mandaba expresamente en la Escritura: *«Cumplid las promesas que hayáis formulado ante Dios»*; pero tampoco quería sentar precedentes que pudieran servir de ocasión para introducir costumbres contrarias a la constante tradición del pueblo de Israel. Como se avecinaba una de las fiestas de los judíos, el sumo sacerdote decidió someter aquel complicado asunto a la asamblea de los ancianos que durante los días de la aludida solemnidad iba a celebrarse. Los miembros del consejo, después de considerar la cuestión que el pontífice les expuso, convinieron en que ninguno de ellos estaba seguro de la solución que procedía dar a tan difícil problema, y acordaron por unanimidad pedir entonces mismo luces al Señor y suplicarle que por medio de alguna señal especial les diera a conocer el fallo que deberían emitir. Pusiéronse, pues, todos en oración y durante largo rato rogaron a Dios que los asistiese con sus divinas inspiraciones. Seguidamente, el sumo sacerdote pasó él solo al interior del oratorio para hacer oficialmente la consulta al Señor. Momentos después, cuantos se hallaban en el Templo oyeron una voz procedente del interior del oratorio que decía: «Todos los varones de la casa de David en edad de casarse y todavía no casados tomen sus bastones, acérquense al altar y pónganlos sobre la mesa de los sacrificios. Uno de esos bastones florecerá, y, conforme a la profecía de Isaías, sobre la flor que surja en uno de sus extremos se posará el Espíritu Santo. El dueño del bastón privilegiado deberá casarse con la virginal jovencita». Entre los que oyeron la misteriosa voz había un hombre de edad ya avanzada, llamado José, y de la casa de David; dados sus muchos años parecióle que él no podía ser el varón destindo para casarse con aquella doncella tan tierna que

apenas había salido de la niñez; no obstante, también él se acercó al altar con los demás solteros de la casa de David, pero no colocó su cayado sobre la mesa del altar como hicieron los otros, sino que lo ocultó entre los pliegues de su manto. Ninguno de los báculos puestos sobre el ara de los sacrificios floreció. En vista de que no se había cumplido lo anunciado por el oráculo divino, el pontífice entró de nuevo en el oratorio para repetir la consulta al Señor, y al poco rato la misma voz de antes se oyó, y dijo: «Ese que no ha colocado su bastón sobre la mesa es el que está predestinado para casarse con la doncella». Entonces José, sintiéndose tan directamente aludido, puso su cayado sobre el ara de los sacrificios, e inmediatamente el cayado se irguió, floreció, y todos vieron cómo una paloma descendía de lo alto y se posaba sobre la flor recién surgida en el extremo superior de la vara. De ese modo Dios manifestó públicamente que José, dueño del bastón florecido, era el elegido por Él para que se casara con la Virgen.

Celebrados los esponsales de María y José, éste regresó a su ciudad de Belén donde vivía y comenzó a preparar la necesario para la boda. María, por su parte, desde Jerusalén se fue a Nazareth, a casa de sus padres, acompañada de siete doncellas de su misma edad que habían ingresado en el Templo más o menos por cuando ella ingresó. Quiso el sumo sacerdote que estas siete jovencitas acompañaran a la Virgen para que dieran testimonio ante Joaquín y Ana de lo que había ocurrido, es decir, de los milagros del oráculo divino y de la vara florecida.

Poco después de que María llegara a Nazareth, apareciósele el ángel Gabriel mientras ella estaba en oración, y le anunció que de sus entrañas nacería el Hijo de Dios.

Durante mucho tiempo los fieles ignoraron la fecha exacta del nacimiento de la Virgen; pero luego esta fecha vino a ser conocida de la siguiente manera, según Juan Beleth: Un santo varón dedicado de por vida a la contemplación de las cosas divinas, todos los años, el 8 de septiembre, mientras oraba, oía cantar a los ángeles alegre y solemnemente cual si estuvieran celebrando en el cielo alguna festividad especial. En una de esas ocasiones pidió al Señor muy fervorosamente que tuviera a bien declararle por qué todos los años en semejante fecha y no precisamente en otra le permitía oír aquellos cánticos celestiales. El Señor satisfizo la explicable curiosidad de su devoto siervo, haciéndole saber que todos los años el ocho de septiembre se celebraba en el cielo una fiesta solemnísima en honor de la Virgen, porque en un ocho de septiembre había ella nacido en la tierra; y, tras declararle esto, le dijo: «Comunica este dato a los hijos de la Iglesia para que también ellos el ocho de septiembre de cada año conmemoren la Natividad de la gloriosa Virgen María y se unan espiritualmente a las solemnidades que en su honor celebran los bienaventurados en la gloria eterna». El piadoso varón comunicó al sumo pontífice y a otros prelados la revelación que había tenido y el encargo que se le había hecho. A esta comunicación siguió una campaña de oraciones, ayunos, estudios, investigaciones, cuyo resultado fue el hallazgo de testimonios escritos, y el descubrimiento de tradiciones orales de muy venerable antigüedad, que de consuno confirmaban que la Virgen María, en efecto, había nacido un ocho de septiembre. Hecha esta averiguación, la Iglesia determinó que en todo el mundo cristiano, todos los años el 8 de septiembre, se celebrase la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

Esta festividad al principio no tenía octava, pero posteriormente el genovés Inocencio IV, durante su pontificado, decretó que en lo sucesivo la tuviese, y he aquí por qué: a la muerte de Gregorio IX los cardenales de la Iglesia Romana reunidos en cónclave no lograban ponerse de acuerdo para la elección del nuevo papa. Como pasaban días y días y la elección no acababa, los habitantes de Roma, que vivían pendientes de los resultados, comenzaron a impacientarse, a inquietarse, a meter prisa a los electores, a causarles diferentes molestias y hasta a proferir injurias contra ellos. Para salir cuanto antes de tan enojosa situación, los cardenales, de común acuerdo, prometieron bajo voto a la Santísima Virgen que, si acudía en su socorro y les inspiraba y ayudaba a terminar pronto la elección, para que la Iglesia tuviera papa y ellos pudieran regresar libremente a sus respectivas casas, instituirían la octava de la fiesta de su Natividad, hasta entonces, incomprensiblemente, no instituida. Pues bien; en seguida de que los electores hicieran este voto, hubo papa: el elegido fue Celestino; pero su pontificado fue tan breve que durante el mismo no tuvo tiempo para instituir la prometida octava; mas sí lo tuvo su sucesor, el susodicho Inocencio IV; este pontífice fue quien la instituyó y cumplió la promesa hecha por los cardenales.

Advierta el lector que son tres las Natividades celebradas solemnemente por la Iglesia: la de Cristo, la de Santa María y la de san Juan Bautista; y advierta también que cada una de estas tres Natividades representa un género diferente de espiritual renacimiento nuestro: la de san Juan simboliza nuestro renacimiento a la vida de la gracia por medio del agua; la de Santa María nuestro renacimiento a la vida de la gracia por medio de la Penitencia; la de Cristo nuestro renacimiento a la vida de la gloria. Para que los adultos puedan renacer espiritualmente por el bautismo a la vida de la gracia y a la de la gloria es menester que previamente se arrepientan de los pecados que hubieren cometido; para simbolizar la necesidad de esa contrición precedente la Iglesia ha establecido que las fiestas de la Natividad de san Juan Bautista y de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo tengan vigilia; en cambio, no ha establecido que la tenga la Natividad de la Virgen, porque esta fiesta no la necesita, y no la necesita porque al representar, como hemos dicho, la penitencia, la festividad entera constituye una especie de vigilia. Las tres Natividades, empero, tienen octava, porque las tres aspiran a producir en nuestro espíritu una mística resurrección.

2. Un caballero muy valiente y muy devoto de la Bienaventurada Virgen María, yendo en cierta ocasión a una ciudad para participar en un torneo, vio un monasterio a la vera del camino y, al advertir que estaba dedicado a Nuestra Señora, entró en su iglesia para oír misa. La oyó, y oyó otra que comenzaba inmediatamente después de la que acababa de oír, y oyó una tercera y varias más, porque, llevado de su amor a la Virgen María, decidió asistir a todas cuantas en cadena aquella mañana se celebraban en la susodicha iglesia. Concluida la última de ellas salió del templo, y a toda prisa se dirigió a la ciudad en la que las justas habían de celebrarse. Poco después de que reanudara su marcha se encontró con otros caballeros que regresaban del ya terminado torneo, los cuales al verle y reconocerle le felicitaron por el arrojo y denuedo con que había combatido durante la competición. Más adelante se cruzó con otros, y también éstos le saludaron y dieron sus parabienes por la pericia y valentía de que había dado pruebas en las justas recién terminadas. Prosiguió él su camino, y al llegar a la ciudad, la multitud que había asistido al espectáculo, al verle, prorrumpió en aclamaciones de entusiasmo, e incluso fue homenajeado por varios contendientes que se presentaron ante él y le dijeron:

—Puesto que nos has vencido, tienes derecho a hacer con nosotros lo que te pareciere.

Entonces cayó en la cuenta de lo que había sucedido: la Reina soberana del cielo con exquisita cortesía había correspondido a la devoción que su siervo hacia ella sentía, haciendo que, mientras él oía en su honor la larga serie de misas, alguien, milagrosamente, asumiera su figura y su aspecto y le reemplazara en el torneo. Conmovido por este singular favor, tras hacer saber a quienes le felicitaban y aclamaban lo que aquella mañana había ocurrido, regresó al monasterio y en él se quedó, y pasó el resto de su vida consagrado al servicio del Hijo de la Santísima Virgen.

3. Un obispo filialmente devoto de Nuestra Señora, movido por la profunda reverencia que hacia ella sentía, en cierta ocasión, a eso de la media noche, salió de su casa con intención de visitar una iglesia consagrada a la Virgen María; mas, apenas había puesto los pies en la calle, vio cómo la Virgen de la vírgenes, rodeada de todas las demás santas vírgenes del cielo, venía hacia él, se le acercaba, lo saludaba con evidente deferencia, y le acompañaba hasta el templo al que se dirigía. Durante el trayecto desde su casa hasta la iglesia, dos de aquellas santas doncellas abrían la marcha caminando a la cabeza de la procesión, seguidas por todas las otras y cantando unas letrillas que el resto de las vírgenes inmediatamente después a coro repetía. Primeramente cantaron estos dos versos:

«Cantemos, hermanas, cantemos y honremos al Señor.
Pregonen piadosamente nuestros labios
el dulce amor de Cristo».

Luego, estos otros:

«Desde la cima del cielo, arrastrado por
su soberbia, cayó el demonio al abismo.
También el primer hombre, víctima de
su engreimiento, cayó
y se hundió en otra sima».

De este modo, escoltado por tan magnífico cortejo, y arrullado por los cánticos de los versos que dos de las santas doncellas entonaban y seguidamente las demás repetían, el venerable siervo de Dios llegó a la iglesia de Nuestra Señora.

4. Una mujer enviudó, y al enviudar quedó privada de la protección de su marido y sin más

compañía que la de un hijo al que entrañablemente amaba. Poco después, empero, vióse también privada de la compañía de su hijo, porque unos enemigos suyos se apoderaron de él, lo encarcelaron y lo encadenaron. Cuando la desvalida mujer se enteró de lo que a su hijo le había sucedido, comenzó a llorar inconsolablemente y a pedir a la Bienaventurada Virgen María, de quien era muy devota, que librara de sus cadenas y de la cárcel al prisionero. Sus oraciones en este sentido eran constantes, insistentes y continuas; pero, viendo que por este procedimiento no conseguía lo que tan ansiosamente deseaba, un día entró en una iglesia en la que se veneraba una imagen de Nuestra Señora, se colocó ante ella, y dijo:

—¡Virgen Santa! Desde hace tiempo vengo pidiéndote pertinazmente la liberación de mi hijo. Hasta ahora nada has hecho para aliviar el dolor de mi lacerado corazón de madre; por más que he implorado tu patrocinio en favor del hijo de mis entrañas no he conseguido obtenerlo. A mí me han quitado a mi hijo. Pues para que te des cuenta de lo que eso supone para una madre, ahora voy yo a quitarte el tuyo y a encarcelarlo y tenerlo en mi poder en calidad de rehén. Ten por cierto que no te lo devolveré hasta que tú no consigas que me devuelvan el mío.

Dicho esto, se acercó a la imagen de la Virgen arrebatóle la del Niño que ella sostenía entre sus brazos, se la llevó a casa, la envolvió en un lienzo limpísimo, la escondió en el fondo de un arca, cerró el arca con llave, guardó la llave en su faltriquera, y quedóse tranquila y contenta por tener en su poder un rehén tan importante, y repitiendo en su interior que no se desprendería de semejante prenda mientras no le fuese devuelto su hijo.

A la noche siguiente la Bienaventurada Virgen María se apareció al hijo de aquella mujer, le abrió la puerta de la prisión, y le dijo:

—Anda, ve a tu casa y di a tu madre que, puesto que yo le he devuelto a su hijo, ella debe devolverme inmediatamente el mío.

El mancebo salió de la cárcel, fuese a su casa, se presentó ante su madre, le refirió que la Virgen lo había liberado y le repitió palabra por palabra lo que ella le había dicho. La madre, llena de alegría, sacó del arca la imagen del Niño, la llevó corriendo a la iglesia, y la colocó nuevamente en los brazos de la Virgen, diciendo:

—¡Gracias, Señora mía, por haberme devuelto a mi hijo; y, puesto que me lo has devuelto, también yo te devuelvo el tuyo!

5. En cierto lugar había un bandido que cometía muchos robos; pero el tal ladrón era tan devoto de la Bienaventurada Virgen María, que frecuentemente la invocaba y se ponía bajo su protección. Un día, mientras estaba robando, fue sorprendido, capturado y condenado a morir en la horca. Los verdugos habíanle ya colgado, y en el preciso momento en que estaban haciendo el lazo en la soga que rodeaba su cuello, la Bienaventurada Virgen se apareció al reo. Durante tres días parecióle a éste que la bendita Señora permanecía allí, junto a la horca, sosteniéndole con sus propias manos de manera que el lazo no pudiera ahogarle ni hacerle daño alguno. Al cabo de tres días pasaron casualmente junto al patíbulo los verdugos que le habían colgado, y quedaron sorprendidos al advertir que, no sólo no había muerto, sino que incluso presentaba muy buen aspecto y hasta se mostraba alegre. Sospechando que acaso hubieran dejado mal hecho el nudo corredizo, decidieron darle muerte cortándole la cabeza con una espada; y, en efecto, trataron de hacerlo, pero cada vez que alzaban el brazo para dejar caer el arma sobre el cuello del reo, la Virgen con sus manos detenía el brazo de los verdugos, de modo que por muchas tentativas que éstos hicieron no lograron llegar con la espada al cuerpo del hombre que intentaban decapitar. Al cabo de un rato, el reo les dijo:

—Es inútil que insistáis en vuestro propósito; todos vuestros esfuerzos resultarán vanos porque aquí, a mi vera, está la Virgen sosteniendo mi cuerpo y deteniendo los mandobles que lanzáis contra mi cuello.

Los verdugos, conmovidos y admirados, renunciaron a su plan y por amor a Nuestra Señora descolgaron al reo y lo dejaron en libertad; éste, por su parte, arrepentido de sus fechorías, ingresó en seguida en un monasterio, y en él permaneció el resto de su vida consagrado al servicio de la Santa Madre de Dios.

6. Hubo en cierto lugar un clérigo tan devoto de Santa María que todos los días cantaba en su honor las horas de su oficio, sin faltar jamás a este deber que voluntariamente a sí mismo se había impuesto; pero como era hijo único, y a la muerte de sus padres heredó el cuantioso patrimonio que ellos le habían legado, convencido por los razonamientos que sus amigos le hicieron, decidió casar-

se y dedicarse a la administración de su hacienda. El mismo día en que iba a celebrarse su boda, yendo desde su casa a la población en que residía su futura esposa, pasó frente a una iglesia y entró en ella para recitar el oficio de la Virgen; mas apenas había comenzado a hacerlo, la Bienaventurada Señora se le apareció y le dijo en tono severo:

—¡Oh necio e infiel! Hasta ahora me tenías por amiga y me venías honrando como los buenos maridos honran a sus esposas; mas he aquí que de pronto has decidido dejarme por otra mujer.

Profundamente impresionado por este reproche, salió el clérigo de la iglesia, continuó su camino, llegó a la población en que la boda había de celebrarse, y sin contar ni a sus amigos ni a nadie nada de lo que aquella mañana le había ocurrido, se casó; pero aquella misma noche, hacia las doce, abandonó disimuladamente el local en que se estaba celebrando la fiesta de su casamiento, huyó del lugar e ingresó en un monasterio en el que hasta el final de su vida sirvió fielmente a Santa María.

7. En cierta parroquia había un sacerdote de costumbres sencillas y honestas, pero tan corto y tan simple que no sabía más misa que la votiva en honor de la Bienaventurada Virgen María; por tanto, esa era la que siempre celebraba. Alguien denunció este hecho ante el obispo. Este llamó al sacerdote y le preguntó si era cierto lo que sobre el particular le habían dicho. El acusado respondió que sí, y alegó en su descargo que aquella era la única misa que sabía. El obispo desautorizó su modo de proceder, trató de hacerle ver que estaba induciendo a error a sus feligreses, le reprendió duramente, lo privó del oficio de párroco y le prohibió que volviera a decir esa misa. Mas aquella misma noche la Virgen María se apareció al obispo, le recriminó severamente, le preguntó por qué había tratado de aquel modo a su devoto siervo, y le advirtió que, si no reponía en su oficio al destituido párroco, de allí a treinta días pagaría con la muerte su improcedente actitud. A la mañana siguiente, el obispo, temblando de miedo, llamó al sacerdote, le pidió perdón, lo repuso en el cargo y le ordenó que en adelante continuara celebrando la única misa que sabía, es decir, la votiva en honor de Santa María.

8. Un clérigo muy mundano y lujurioso, pero sumamente devoto de la Madre de Dios, cuyo oficio recitaba siempre con piedad y alegría, una noche soñó que había muerto, que se hallaba ante el tribunal divino y que el Señor decía a quienes presenciaban el juicio:

—Fijaos en este hombre que os contempla; durante mucho tiempo lo he aguantado, esperando que se corrigiera; pero jamás ha dado la menor señal de enmienda. Quiero, pues, que seáis vosotros quienes me indiquéis la sentencia que en este caso debo pronunciar.

Todos los asistentes respondieron a coro:

—Este hombre debe ser condenado a las penas eternas.

Entonces el Señor dictó su fallo condenando al reo al suplicio indicado por la asamblea. Mas he aquí que, tan pronto como el Señor pronunció esta sentencia, entró en la sala del juicio la Bienaventurada Virgen María, se acercó al juez y le dijo:

—¡Hijo mío! ¡Ten piedad de este clérigo! Atiende a mis ruegos, muéstrate clemente con él y revoca la sentencia que acabas de pronunciar. Es verdad que con su conducta ha merecido la muerte eterna; pero permítele, por consideración a mí, que vuelva a la vida...

El Señor inmediatamente respondió a su Madre:

—Accedo a tu petición; voy a darle la oportunidad de que continúe viviendo; pero que tenga muy presente que no lo perderé de vista, y que la prórroga que le concedo debe aprovecharla para corregirse de sus yerros anteriores.

Entonces la Virgen se volvió hacia el reo y le dijo:

—Vete y no peques más, si no quieres que te ocurra lo peor que podría ocurrirte.

A la mañana siguiente, cuando el clérigo despertó y reflexionó sobre lo que había soñado, se arrepintió de sus pecados, enmendó su conducta, entró en religión y empleó el resto de su vida en servir a Dios en el monasterio y en hacer buenas obras.

9. Fulberto de Chartres refiere el siguiente caso: En el año 537 vivía en Sicilia un varón llamado Teófilo, el cual, por expreso deseo del obispo de la diócesis, ejercía el cargo de administrador de los bienes de aquella Iglesia, y lo ejercía tan competentemente que a la muerte de su prelado el pueblo entero, unánime y públicamente, pidió a voz en grito que él y solamente él fuese considerado candidato para suceder en la sede vacante al obispo difunto. Teófilo, en cambio, como estaba contento con el oficio que desempeñaba, rehusó tal honor e hizo cuanto pudo para que el nombramiento recayese sobre otro, y lo consi-

guió. El nuevo obispo, empero, destituyó a Teófilo del cargo de administrador. El destituido encajó tan mal el golpe de su destitución, que, llevado del disgusto que su cese le produjo, acudió a un hechicero judío y solicitó sus consejos y ayuda para conseguir que le repusieran en su anterior oficio. El hechicero llamó al diablo; el diablo se presentó allí inmediatamente y propuso a Teófilo que renegara de Cristo, de su Madre, y de su condición de cristiano; y logró que hiciese voto de obediencia a Satanás, y que firmase con su propia sangre un documento en el que se hacía constar su renuncia a la fe y la promesa que acababa de pronunciar. Tras la firma del susodicho documento, Teófilo lo selló con su propio anillo y se lo entregó al demonio para que éste lo guardara en su poder. El demonio manipuló las cosas de tal manera, que al día siguiente en que Teófilo rubricara el referido compromiso, el obispo lo llamó, le ofreció su amistad, y lo repuso en el puesto de que antes lo había destituido. Pasado algún tiempo Teófilo cayó en la cuenta del mal paso que había dado, se arrepintió de lo hecho y, con todas las veras de su alma, recurrió a la Virgen gloriosa rogándole con profunda y sincera devoción que le ayudara a salir del conflicto en que se había metido. La Bienaventurada Virgen María acudió prestamente en su socorro, se le apareció, le recriminó la impiedad en que había incurrido, le mandó que renunciase al demonio, que reconociese a Cristo como Hijo de Dios, y que aceptase de nuevo en todo su conjunto el sagrado depósito de la fe cristiana. Teófilo hizo cuanto la Virgen le dijo, recuperó la amistad de ella y la gracia y también la amistad de Cristo. Poco después de esto, para que estuviese seguro de que su pecado le había sido perdonado, la gloriosa Virgen María se le apareció de nuevo, le mostró el documento que él había entregado al diablo, se lo puso sobre su pecho, se lo devolvió y le exhortó a que desechara sus temores, a que se alegrara sinceramente y a que permaneciese tranquilo, puesto que por su intercesión había quedado libre del voto de obediencia hecho a Satanás. Exultante de gozo, Teófilo refirió a su obispo y manifestó delante del pueblo cuanto le había ocurrido, y tres días después de haber hecho este relato, que por cierto produjo gran admiración entre el público y provocó entre la gente una ola de entusiasmo hacia Nuestra Señora, descansó en paz.

10. Un hombre y su esposa casaron con un joven a su hija y, como ésta era única y sentían mucho separarse de ella, decidieron que el nuevo matrinonio se quedara a vivir con ellos en su casa. Por amor a su hija la madre se mostraba cariñosa y solícita con su yerno, y prodigaba a éste tantos cuidados y tantas atenciones que en apariencia el cariño que la recién casada sentía hacia su joven esposo no era mayor que el que la suegra sentía hacia el yerno. Esto dio lugar a que los maliciosos comenzaran a decir que aquella mujer estaba enamorada del marido de su hija, y que, si lo atendía tanto, no era precisamente por consideración a ésta, sino porque pretendía suplantarla y adueñarse del corazón de su esposo. Cuando la madre se enteró de que algunos interpretaban en este sentido el comportamiento que observaba con el marido de su hija, se llevó un enorme disgusto, y para evitar que tales comentarios trascendiesen al vulgo y se convirtieran en groseras calumnias, habló con dos rufianes y les dijo que les daría veinte monedas de oro a cada uno si estrangulaban secretamente a su yerno. Dispuesta a llevar a cabo su plan, un día escondió a los rufianes en la bodega de la casa y, con el pretexto de que hiciesen algunos recados, envió a diferentes sitios lejanos a su marido y a su hija; luego mandó a su yerno que bajara a la bodega a buscar un poco de vino, y en cuanto el joven entró en la bodega, los asesinos a sueldo lo estrangularon. Hecho esto, la suegra inmediatamente trasladó el cuerpo del difunto a la cama de su hija, lo acostó en ella, lo arropó convenientemente, y dispuso las cosas de manera que pareciera que el muerto estaba durmiendo. A la hora de la comida llegaron el padre y la hija y se sentaron a la mesa. La madre dijo a su hija:

—Anda, ve a despertar a tu marido; dile que se levante y que venga a comer.

La joven fue a su aposento, y al hallar muerto a su esposo tornó rápidamente a donde sus padres estaban y les dio la terribe noticia. Entonces los tres prorrumpieron en lamentos. La mujer homicida, fingiendo un dolor que no sentía, lloraba tan clamorosamente como su esposo y su hija. Posteriormente la madre, atenazada por el remordimiento de su conciencia y arrepentida del crimen que había cometido, fue a ver a un sacerdote y le confesó su pecado con todas sus circunstancias. Pasado algún tiempo el susodicho sacerdote tuvo un pleito con aquella mujer, y en un momento de despecho la acusó públicamente de haber matado a su yerno. Al conocer esta acusación los padres

del difunto, llevaron a su consuegra ante el juez, y éste la condenó a morir quemada viva. La desgraciada mujer al oír la sentencia se encomendó a la Bienaventurada Virgen María, se hizo llevar a una iglesia, y llorando se postró en oración ante una imagen de Nuestra Señora. Poco después la sacaron del templo y la arrojaron a una enorme hoguera que mientras ella oraba habían preparado los verdugos para dar cumplimiento al fallo judicial. Los espectadores quedaron sumamente sorprendidos al ver que las llamas no hacían el menor daño a la rea. Entonces los padres del difunto, creyendo que aquel fenómeno se debiera a que el fuego tal vez no fuese suficientemente intenso, corrieron en busca de más leña, la trajeron y la añadieron a la lumbre; así y todo la mujer continuaba ilesa en medio de la hoguera, pese a que la leña ardía con viveza. En vista de esto, los padres del muerto comenzaron a pincharla con picas y con lanzas. El juez que presenciaba la ejecución, prohibió a los familiares del difunto que continuaran alanceando a la homicida, y profundamente impresionado por aquel fenómeno tan extraño de que las llamas no la quemaran, ordenó a los verdugos que la sacaran de la hoguera, y cuando éstos la sacaron de entre el fuego, con sus propios ojos comprobó que en el cuerpo de aquella mujer no había quemadura alguna sino solamente lesiones producidas por los pinchazos que sus consuegros le dieron con las lanzas y las picas, por lo cual la indultó y le levantó la pena a que la había condenado. Seguidamente, los padres de ella lleváronsela a su casa y con fomentos y baños le curaron las heridas que sus consuegros le habían causado. Pero como Dios quería librarla de que nuevas calumnias mancharan su honra, al cabo de tres días, que la mujer pasó alabando continuamente a la Virgen María, se la llevó de este mundo.

Capítulo CXXXII

SAN CORNELIO Y SAN CIPRIANO

Cornelio significa *el que entiende la cincuncisión.* Este santo entendió el sentido de la circuncisión, y como lo entendió rectamente, se privó no sólo de las cosas superfluas lícitas, sino incluso de las necesarias. Desde el punto de vista etimológico Cornelio, palabra derivada de *cornu* (fuerza) y de *leos* (pueblo), quiere decir *fortaleza del pueblo.*

Cipriano proviene o bien de *cypro* (mezcla) y de *ana* (arriba), o solamente de *cypro,* que, además de mezcla, significa también *tristeza* y *herencia.* Estos tres conceptos de *mezcla, tristeza* y *herencia* son perfectamente aplicables a san Cipriano porque este santo, tras vivir ungido con una mixtura compuesta de gracia y virtudes, y sumido en la tristeza que le producían los pecadores, entró finalmente en posesión de la herencia de los gozos eternos.

San Cornelio, papa y sucesor de san Fabián en el supremo pontificado, fue desterrado con sus clérigos por el césar Decio. Estando en el destierro recibió varias cartas que san Cipriano, obispo de Cartago, le escribió para consolarle y confortarle. Cuando ya llevaba algún tiempo en el exilio, condujéronle a presencia de Decio, y como el santo papa permaneciera inconmovible en su fe, el césar determinó que lo azotaran con varas de hierro, que lo llevaran seguidamente al templo de Marte y le obligaran a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos; y que si se negaba a esto, lo mataran. Yendo de camino hacia el templo, uno de los soldados encargados de custodiarlo se las arregló para dar un rodeo y hacer que el santo pasara por delante de su casa y entrara en ella; y una vez dentro le pidió que orara por su esposa, que se llamaba Salustia y yacía en cama, paralítica desde hacía cinco años. San Cornelio rogó por la enferma y ésta quedó repentinamente curada. Ante semejante milagro, ella, su esposo y veinte soldados más, creyeron en el Señor. En cuanto Decio se enteró de los sucedido, mandó que inmediatamente el santo y todos los que acababan de convertirse fuesen llevados al templo de Marte. La orden se cumplió; pero los convertidos no sólo se negaron a adorar al ídolo, sino que escupieron sobre él, por

lo cual todos ellos fueron martirizados juntamente con san Cornelio. Esto ocurrió hacia el año 253 de la era cristiana.

Cipriano, obispo de Cartago, fue conducido ante Patrono, procónsul de la ciudad. Este trató de hacerle renegar de su fe, y al no conseguir lo que pretendía, desterró al santo. Muerto Patrono, Anglírico, el nuevo procónsul, lo hizo volver del exilio y lo condenó a muerte. San Cipriano, al oír la sentencia pronunciada contra él por Anglírico, exclamó: *«Deo gratias»,* o sea: gracias sean dadas a Dios. Posteriormente, al llegar al sitio en que iban a ejecutarle, mandó a sus familiares que dieran al verdugo quince monedas de oro; luego él mismo solicitó el lienzo con que solían cubrir la cara a los condenados a muerte antes de ajusticiarlos, y con sus propias manos se vendó sus ojos. De este modo, hacia el año 256, este santo recibió la corona del martirio.

Capítulo CXXXIII

SAN LAMBERTO

San Lamberto, noble de origen por la condición social de la familia a que pertenecía, fue más noble aun por la santidad de su vida. Convenientemente instruido desde su más tierna infancia en saberes humanos y en la práctica de la virtud, alcanzó tal perfección y tan grande aprecio por parte de cuantos le conocían, que cuando falleció el obispo de Maestricht, Teodardo, que había sido su maestro, por pública aclamación fue promovido al episcopado y designado para que ocupara la sede vacante.

El rey Childerico amaba a Lamberto extraordinariamente, se honraba con su amistad, requería sus consejos y confiaba en él mucho más que en cualquiera de los otros obispos de su reino. Esto concitó la envidia de algunos de ellos, los cuales, dejándose arrastrar por la malicia de sus propios sentimientos, arremetieron sin piedad contra el santo prelado y, sin que éste hubiese dado el menor motivo para ello, lo privaron de su dignidad y lo depusieron de su silla, colocando en ella a otro obispo llamado Feramundo. Lamberto ingresó en un monasterio y en él permaneció cinco años practicando con exquisita fidelidad las observancias monásticas. Una noche, estando en el coro con la comunidad, al ponerse en pie y rozar sus zuecos sobre el pavimento, produjo sin querer un poco de ruido. Entonces el abad dijo:

—El que haya producido el ruido que acabamos de oír, que salga ahora mismo de la iglesia y vaya a postrarse de rodillas ante la cruz que hay en el exterior del templo.

Lamberto inmediatamente se despojó de sus zuecos, salió descalzo del coro, fue a cumplir la penitencia junto a la cruz, se arrodilló ante ella en el helado suelo, y allí permaneció aterido de frío bajo la nieve que caía copiosamente sobre su cuerpo vestido únicamente con una túnica de pelo de cabra. Terminados los maitines, los monjes, siguiendo la costumbre del monasterio, pasaron a una sala próxima al coro para calentarse a la lumbre que en ella ardía. Como el abad notara la ausencia de fray Lamberto y preguntara sorprendido dónde podría estar, uno de los monjes respondió:

—Sin duda alguna estará en la calle, junto a la cruz, cumpliendo la penitencia que le fue impuesta, puesto que él fue el que hizo el ruido con los zuecos.

Entonces el abad mandó a algunos de los religiosos que fuesen inmediatamente a buscarlo, y en cuanto Lamberto entró en la sala, delante de toda la comunidad pidióle perdón por el severo castigo que le había infligido. Lamberto no sólo perdonó y disculpó al abad, sino que aprovechó la ocasión para hacer ante los monjes una bellísima exposición sobre las excelencias de la paciencia.

Por orden de Pipino, Feramundo fue depuesto de su sede siete años después de que hubiese tomado posesión de ella, y Lamberto volvió a ocupar la silla de la que le habían arrojado sus enemi-

gos. A poco de iniciar la segunda etapa de su prelatura, el venerable obispo, con sus predicamentos y la santidad de su vida, alcanzó de nuevo extraordinario prestigio entre sus diocesanos; pero también en esta ocasión dos envidiosos promovieron contra él una campaña de descrédito con siniestro resultado para ellos, porque los partidarios del santo les dieron su merecido matándolos y quitándolos de en medio.

En esta segunda fase Lamberto reprendió severamente a Pipino por vivir amancebado con una prostituta. Un hermano de ésta, empleado en la corte real, y un tal Dodo, pariente próximo de los dos intrigantes eliminados por los partidarios del obispo, para vengar la muerte de los mismos rodearon por todas partes y asediaron la residencia del santo prelado. Orando estaba san Lamberto cuando un niño se acercó a él y le avisó de lo que ocurría. Súbitamente san Lamberto, confiando plenamente en el Señor, tomó una espada en sus manos con intención de salir al encuentro de los sitiadores; pero inmediatamente mudó de propósito, arrojó la espada lejos de sí y decidió no acometer ni defenderse, sino permanecer quieto, pues, parecióle mejor soportar pacientemente la muerte que manchar sus consagradas manos con la sangre de los impíos. Así pues, el santo varón de Dios reunió a quienes vivían con él y los exhortó a que confesasen sus pecados y se preparasen para afrontar con paciencia el inminente sacrificio de sus vidas. Poco después los desalmados sitiadores asaltaron la casa, penetraron en su interior y asesinaron a san Lamberto, que se hallaba rezando, de rodillas. Su martirio ocurrió hacia el año 620 del Señor. Cuando los invasores abandonaron la casa, algunos de los domésticos del asesinado obispo que habían logrado huir regresaron a ella, recogieron el cuerpo del mártir y ocultamente lo trasladaron en una barca a través del río hasta la catedral, y allí lo enterraron. La gente de la ciudad sintió mucha pena por la muerte de su santo prelado.

Capítulo CXXXIV

SAN ADRIÁN Y SUS COMPAÑEROS

Adrián padeció el martirio en tiempos de Maximiano. Estando este emperador en la ciudad de Nicomedia celebrando unos sacrificios en honor de los ídolos, ordenó que llevasen a su presencia a cuantos cristianos pudiesen capturar; con este motivo todo el mundo se echó a la calle en busca de fieles, unos por miedo, otros por ganar la recompensa pecuniaria que daban a quienes delataban a algún servidor de Cristo; los vecinos denunciaban a sus vecinos, y hasta entre los mismos familiares unos apresaban a otros y los conducían ante el rey. En aquella ocasión fueron detenidos treinta y tres cristianos. Maximiano se presentó ante ellos y les dijo:

—¿No os enterasteis del bando que mandé pregonar publicando las penas en que incurrirían quienes profesaran vuestra religión?

Los detenidos contestaron:

—Sí, nos enteramos; pero el bando nos pareció tan necio que nos produjo risa.

El rey, enfurecido, dijo a sus soldados:

—Azotadlos con vergajos de nervios crudos, machacad sus bocas con piedras, anotad las declaraciones que cada uno haga y luego encerradlos en la cárcel y dejadlos bien sujetos y amarrados con cadenas de hierro.

Adrián, el jefe de más elevado rango en el ejército imperial, admirado de la fortaleza con que los prisioneros soportaban sus suplicios, les preguntó:

—En nombre de vuestro dios os pido que me digáis qué recompensa esperáis recibir a cambio de los atroces tormentos que por él sufrís.

—No podríamos declararte debidamente la excelencia de la recompensa, porque ningún ojo vio, ni oído alguno oyó, ni la mente de nadie, por muy perspicaz que sea, tiene suficiente capacidad

para comprender las cosas tan maravillosas con que el Señor premia a quienes le aman con todo corazón.

Entonces, Adrián, dirigiéndose a los soldados que custodiaban a los prisioneros, les dijo:

—Añadid mi nombre al de éstos y anotad mi declaración: yo también soy cristiano.

Cuando el emperador se enteró de esto, llamó a Adrián, trató de obligarle a que ofreciera sacrificios en honor de los dioses, y, como no lo consiguiera, mandó que lo encerraran y lo cargasen de cadenas.

Natalia, esposa de Adrián, cuando supo que su marido había sido encerrado en la cárcel, rasgó sus vestiduras y comenzó a llorar y a dar gritos de dolor; pero, al poco rato, al decirle alguien que el encarcelamiento de su marido se debía a que había abrazado la fe de Cristo, como también ella era cristiana, aunque mantenía en riguroso secreto su condición para librarse de la persecución de que los cristianos eran objeto, llena de alegría corrió a la prisión, comenzó a besar las cadenas de los prisioneros, especialmente las de su esposo, y después, profundamente conmovida, dijo a Adrián:

—¡Oh mi señor! ¡Enhorabuena! ¡Te felicito porque al fin has hallado unas riquezas que no proceden de la herencia de tus padres! ¡Unas riquezas muy superiores a las que poseen muchos de los grandes hacendados! ¡Unas riquezas cuyo valor será efectivo incluso en el tiempo en que no haya posibilidad de prestarlas a otros ni de recibirlas en préstamo! ¡Unas riquezas de uso tan exclusivamente personal, que ni el padre puede transmitirlas al hijo ni la madre a la hija ni el siervo a su señor ni el amigo a su amigo ni nadie a nadie, porque no pueden cambiar de dueño!

Acto seguido Natalia exhortó a su marido a despreciar la gloria terrena, a renunciar a sus padres y a sus antiguos amigos y a poner su corazón únicamente en los bienes celestiales. Adrián, por su parte, dijo a su esposa:

—Vete tranquila, hermana mía; vuelve a casa. Yo te avisaré antes de que nos ejecuten para que vengas y veas cómo soportamos nuestro martirio con valor y entereza.

Natalia rogó a los otros cristianos que animasen y confortasen en la fe a su marido, y regresó a casa.

Conocida la fecha en que iban a ser ejecutados, unos días antes de la misma, Adrián, a cambio de determinadas cantidades de dinero, consiguió convencer a sus guardianes y obtuvo de ellos que le permitieran salir de la cárcel para avisar a su esposa, como le había jurado que lo haría, e invitarla a que acudiera a presenciar su martirio. Los cristianos que estaban presos con él se comprometieron a responder con su propia vida del regreso de Adrián.

Alquien que lo conocía mucho, al verlo en la calle, salió corriendo hacia la casa de Natalia, entró en ella y le dijo:

—Tu marido está libre y viene hacia acá.

Natalia, aunque conocía muy bien al hombre que le traía aquella noticia, no creyó que lo que le decía pudiese ser cierto, y le contestó de esta manera:

—¿Quién iba a poder sacar de la cárcel a mi esposo? Además: ¿sabes lo que te digo? Que me llevaría un gran disgusto si Adrián hubiese sido puesto en libertad. ¡No permita Dios que mi marido sea separado de los otros santos!

En el preciso momento en que estaba diciendo esto llegó un muchachito que tenían a su servicio para que les hiciera los recados de la casa, y dijo a Natalia:

—¡Señora! ¡Mi amo ya está libre!

Ante este segundo testimonio, Natalia, sospechando que Adrián hubiese renegado de su fe para librarse del martirio, comenzó a llorar amargamente; llorando sin consuelo estaba en el portal de su casa cuando vio venir a su esposo hacia la vivienda; entonces ella, dando un salto, corrió hacia la puerta, la cerró rápidamente y con tanta fuerza que Adrián recibió el portazo en plena cara, mientras su esposa desde dentro le gritaba:

—¡Fuera de aquí! ¡No tengo nada que hablar con quien ha traicionado a Dios! ¡No deseo oír ni una palabra salida de esa boca que ha renegado de su Señor! ¡Miserable! ¡Impío! ¿Quién te obligó a iniciar la marcha por un camino que no fuiste capaz de recorrer? ¿Quién te sedujo y separó de aquellos santos y te apartó de tan honorable y pacífica compañía? ¡Dime, cobarde! ¿Por qué has huido? ¿Por qué has escapado antes de que comenzara el combate, e incluso antes de que se presentara ante ti el adversario? ¿Cómo es posible que ya te sientas herido sin que todavía hayan disparado contra ti la primera flecha? ¡Ya me extrañaba a mí que de esa malvada familia, de esa gente sin Dios de la que procedes, pudiera salir alguien capaz de ofrecerse como víctima al Señor! ¡Desgraciada de mí! Pero, ¿dónde tuve la cabeza cuando se me ocurrió casarme con un hombre de

semejante ralea? ¡Qué infeliz me siento! Dios no me ha concedido la gracia de poder considerarme viuda de un mártir ni siquiera durante el breve espacio de una hora; en cambio, soy y lo seré mientras viva la esposa de un traidor. ¡Qué poco duró mi alegría! El gozo de estas escasas jornadas se acaba de convertir en una perpetua humillación.

Mientras oía estas diatribas el alma de Adrián sentíase inundada de inmenso regocijo, y al mismo tiempo se admiraba de que su joven, noble y bellísima esposa, con la que llevaba casado catorce meses, se expresara de semejante manera. Las palabras que a través de la puerta llegaban hasta sus oídos aumentaban en él más y más el ansia del martirio. Por una parte deleitábase interiormente escuchando lo que Natalia decía; pero como por otra quería evitar a su mujer el atroz suplicio que sin duda estaba padeciendo en aquellos momentos, la interrumpió y le dijo:

—¡Natalia! ¡Señora mía! ¡Abre y déjame entrar! ¡Estás en un error! ¡No he huido del martirio! ¡He venido a llamarte para que acudas a presenciarlo! ¿No te acuerdas de la promesa que te hice?

Natalia no dio crédito a lo que Adrián decía, y como no quería seguir oyendo su voz, le replicó:

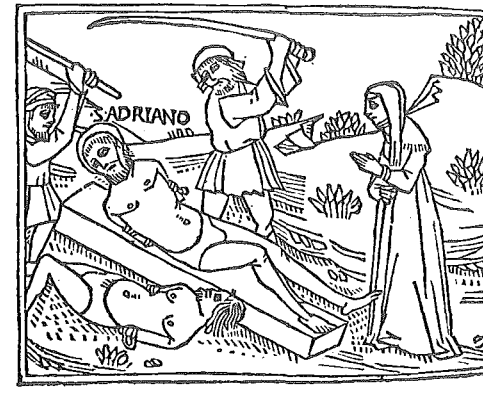
—¡Calla, traidor! ¡No intentes engañarme! ¡Vete de aquí, mentiroso, nuevo Judas! ¡Aléjate de mí, miserable! Si te parece que no me has causado bastante daño, para que quedes contento te hago saber que yo misma me mataré con mis propias manos.

En vista de que Natalia se negaba a franquearle la entrada, Adrián, desde fuera, suplicó:

—¡Abre en seguida, porque si no abres pronto tendré que marcharme y no podrás verme más! ¡Sé que luego esto te pesará toda la vida y que continuamente te lamentarás de no haberme visto antes de mi muerte! Los otros mártires continúan en la prisión respondiendo con su cabeza de mi regreso. Si los ministros del emperador van por la cárcel y no me encuentran allí, los otros santos serán quienes paguen las consecuencias de mi ausencia sufriendo en sus cuerpos los tormentos que los verdugos tienen ya preparados para mí.

En oyendo esto la esposa abrió la puerta y se postró de rodillas en el suelo. Arrodillóse también Adrián y tras permanecer ambos cónyuges unos momentos arrodillados uno frente a otro, los dos juntos marcharon a la prisión. Siete días estuvo Natalia al lado de los prisioneros, enjugando con finísimos lienzos la sangre que manaba de sus heridas.

El día en que los condenados iban a ser ejecutados ordenó el emperador que todos ellos fuesen conducidos a su presencia. Como a causa de los anteriores tormentos los presos estaban tan agotados



que no podían andar, fueron llevados a rastras cual si se tratase de animales. Adrián, con el potro en que iban a darle muerte cargado sobre sus espaldas, y con sus manos atadas al mencionado instrumento de tortura, caminaba penosamente tras sus compañeros, y de esta manera compareció ante Maximiano. Natalia se colocó al lado de su marido y le dijo:

—Señor mío; cuando comience el suplicio procura vencer el miedo; el sufrimiento durará poco y en cuanto todo termine comenzarás a participar de la gloria de los ángeles.

Mientras golpeaban a Adrián porque se negaba a ofrecer sacrificios a los ídolos, Natalia, rebosante de alegría, corrió a donde los otros santos habían sido encerrados, y les comunicó:

—¡Ya empezó el martirio de mi señor!

Durante la tortura que estaban dando a Adrián, díjole el rey:

—Todo esto te sucede por blasfemar de los dioses.

El mártir le respondió:

—Si como dices yo soy atormentado porque blasfemo de tus dioses, que por cierto no son dioses de nada ni de nadie, ¡calcula lo que tú algún día tendrás que padecer por blasfemar del Dios verdadero!

—¿Eso es lo que has aprendido de tus embaucadores? —replicó el rey.

Adrián le contestó:

—No llames embaucadores a quienes son maestros de vida eterna.

Embargada por la emoción y gozo que sentía, Natalia volvió a donde estaban los otros prisioneros y les refirió las respuestas que su esposo había dado a Maximiano.

El emperador ordenó que cuatro hombres fortísimos golpearan con todas sus fuerzas a Adrián. Natalia, a cada instante, corría desde el lugar del suplicio al sitio en que estaban encerrados los otros presos y comunicaba a éstos lo que los vergudos hacían con su marido, lo que el emperador le preguntaba y lo que él le respondía.

Tanto golpearon aquellos cuatro titanes al mártir, que le rompieron el vientre y por la rotura saliéronsele las entrañas.

Era Adrián un joven muy hermoso, de 28 años de edad y de complexión fina y delicada. Natalia, al verle acostado boca arriba, completamente lacerado, se arrodilló junto a él, alzóle con sus manos un poco la cabeza y le dijo:

—Señor mío, dichoso y muy dichoso tienes que sentirte por haber merecido la gracia de ser incorporado al grupo de estos santos. ¡Sí, luz de mis ojos! ¡Considérate feliz al padecer lo que padeces por aquel que tanto padeció por ti! ¡Ahora, oh dulzura mía, ya puedes marchar de este mundo para reunirte con El en la gloria eterna!

Como el emperador se enterara de que algunas matronas andaban por la cárcel atendiendo a los santos prisioneros, ordenó a los carceleros que no permitieran la entrada en la prisión a ninguna de ellas. Tan pronto como Natalia supo que tal orden había sido dada, cortóse a toda prisa sus cabellos, se vistió de hombre, y de ese modo pudo continuar entrando y saliendo de la cárcel y prodigando sus cuidados a los mártires. Incluso indujo a otras mujeres a que hicieran lo que ella había hecho y la ayudaran a socorrer a los prisioneros. De ese modo aún podía hablar con su marido, y en la última conversación que con él tuvo le rogó que cuando estuviera en la gloria pidiera a Dios la merced de llevarla cuanto antes de esta vida, y la gracia de conservarla pura e intacta mientras tuviera que permanecer en ella.

No tardó el rey en enterarse de la estratagema a que habían recurrido algunas mujeres para proseguir su labor de ayuda a los mártires, y en cuanto lo supo mandó que llevaran a la cárcel un yunque, que colocaran sobre él las piernas de los prisioneros y que se las machacaran a golpes de martillo. Temiendo Natalia que su esposo a la vista de este nuevo suplicio pudiera acobardarse, suplicó a los verdugos que lo aplicasen a su marido antes que a los otros. Los verdugos le hicieron caso, y cuando ya a fuerza de golpes le habían machacado las piernas y quebrádole los pies hasta el punto de que éstos yacían en el suelo separados del resto del cuerpo, Natalia se acercó a Adrián y le sugirió:

—Di a los vergudos que te corten las manos para que no seas menos que esos otros a quienes hace días se las cortaron.

Los verdugos, a petición de Adrián, cortáronle las manos y, apenas se las hubieron cortado, el santo mártir entregó su espíritu al Señor. De la misma manera, y por los mismos procedimientos seguidos con san Adrián, en cuanto éste expiró fueron muriendo unos tras otros todos los demás compañeros del santo. El rey mandó que sus cuerpos fuesen quemados; pero Natalia se las apañó para recoger sin que la vieran una de las manos de su esposo y esconderla en su propio pecho.

Preparada la hoguera, y aprovechando la distracción de los vergudos que estaban arrojando a ella los cadáveres de los mártires, Natalia trató de arrojarse por sí misma a la inmensa lumbrarada, pero en el preciso momento en que iba a lanzarse a las llamas, cayó del cielo una inmensa tromba de agua que extinguió completamente el fuego e impidió que los cuerpos de los santos se quemaran. Entonces los cristianos secretamente se pusieron de acuerdo y decidieron llevar todos aquellos restos ocultamente a Constantinopla y dejarlos allí hasta que cesaran las persecuciones contra la Iglesia y pudieran traerlos de nuevo a Nicomedia.

San Adrián y sus compañeros padecieron el martirio hacia el año 280 de nuestra era.

Natalia regresó a su casa, colocó la mano de su esposo junto a la cabecera de su cama y allí la dejó.

Algún tiempo después de estos sucesos, como Natalia era hermosísima, muy rica y de altísima condición social, un tribuno, se enamoró de ella, y con autorización del emperador encargó a un grupo de matronas que la visitaran y trataran de convencerla para que aceptara casarse con él. Natalia respondió a las embajadoras:

—¿Quién iba a decirme a mí que podía llegar a ser la esposa de un hombre tam importante? Amigas mías, decidle a ese señor que como su proposición ha constituido para mí una sorpresa, necesito algún tiempo para hacerme a tan tentadora idea y, por tanto, que tenga a bien conceder-

me tres días de plazo antes de comprometerme con él.

Naturalmente, todo esto fue un ardid para entretanto preparar su fuga.

Pidió Natalia a Dios que la preservara intacta, y mientras oraba e insistía en esta petición, quedóse repentinamente dormida y soñó que se le aparecía uno de los mártires, la consolaba, y con dulces palabras la invitaba y apremiaba para que se marchase de allí y se trasladase al lugar donde ellos estaban enterrados. Al despertar de este sueño tomó la mano de Adrián y sin más equipaje que éste se dirigió al puerto y se embarcó en una nave que llevaba a bordo muchos cristianos, y que estaba ya preparada para iniciar de un momento a otro su navegación.

Cuando el tribuno se enteró de que Natalia había huido, mandó preparar inmediatamente otro navío, subió a él acompañado de numerosos soldados y, lo más pronto que pudo, salió en persecución de la fugitiva. Poco después de que este navío se hiciera a la mar, comenzó a soplar un viento contrario que impidió el avance del barco perseguidor, causó muchas muertes entre los soldados y la marinería, y obligó a los tripulantes supervivientes a regresar al puerto de donde habían salido.

Aquel mismo día, hacia la media noche, el diablo disfrazado de marinero y conduciendo una balsa ficticia se hizo el encontradizo con la nave en que viajaba Natalia, y desde lejos dijo a los pasajeros:

—¿De dónde venís y a dónde vais?

Ellos le respondieron:

—Venimos de Nicomedia y vamos a Constantinopla.

El demonio les advirtió:

—Navegáis con rumbo equivocado. Para ir a Constantinopla tenéis que virar a la izquierda.

Dióles este mal consejo para engañarles y forzarles a entrar en alta mar y exponerlos a que perecieran. Los marineros cayeron en la trampa y comenzaron a cambiar las velas, pero, apenas habían terminado de hacerlo, presentóse Adrián en la nave, se sentó en uno de los bancos, ordenó a los tripulantes que continuaran en la anterior dirección, y les aclaró que el marinero que acababa de darles tan pernicioso consejo era el demonio. Seguidamente descendió del barco y, caminando a su vera sobre las aguas, fue indicándoles el rumbo que en todo momento tenían que seguir para llegar a donde se proponían. Grande fue la emoción de Natalia al ver a Adrián señalando la trayectoria de la embarcación, y grande la alegría de los pasajeros al encontrarse en el puerto de Constantinopla antes de que amaneciera. En cuanto desembarcaron, Natalia se dirigió a la casa en que habían sido sepultados los cuerpos de los mártires, se acercó al de Adrián, colocó la mano que consigo traía junto al brazo de su difunto esposo, comenzó a orar y se quedó dormida, y mientras dormía, Adrián se le apareció, la saludó y la invitó a reunirse con él en la paz de la gloria. Al despertar refirió a los presentes lo que acababa de soñar, se despidió de ellos y al momento expiró. Los fieles sepultaron su cuerpo al lado de los otros mártires.

Capítulo CXXXV

SAN GORGONIO Y SAN DOROTEO

Gorgonio y Doroteo, altos dignatarios en el palacio que Diocleciano tenía en Nicomedia, para seguir más desembarazadamente a su verdadero Rey, renunciaron a sus cargos y declararon públicamente que eran cristianos. El césar sintió mucho que aquellos dos hombres tan nobles por su nacimiento y por sus costumbres, y que desde niños habían vivido en palacio, hubiesen tomado semejante determinación. El disgusto que esto le produjo fue enorme. Primeramente trató de disuadirles de su actitud, con halagos, luego con amenazas, y, por último, como no consiguiera hacerlos renegar de su fe, los sometió a diversas

torturas: mediante el sistema del potro descoyuntáronles sus miembros; con azotes y garfios de hierro laceráronles sus cuerpos, vertiendo después sobre sus llagas sal y vinagre, y tanto los maltrataron, que casi todas sus entrañas quedaron al descubierto. Viendo Diocleciano que soportaban tan terribles tormentos no sólo con certeza, sino hasta con alegría, mandó que los asaran en unas parrillas; ambos mártires ni se inmutaron al oír esta orden ni mientras se estaba ejecutando; al contrario, durante la aplicación de esta tortura, pese a que los vergudos asaban sus cuerpos, ellos, cual si estuvieran acostados sobre un lecho de flores, permanecieron tranquilos y sin sentir dolor alguno. A la vista de este resultado el césar ordenó que los ahorcaran y que dejaran sus cadáveres abandonados en el lugar del suplicio para que los perros y los lobos los devoraran. La orden se cumplió: los dos antiguos palaciegos fueron ahorcados, pero las alimañas no osaron acercarse a sus cuerpos, que posteriormente fueron recogidos por los fieles y sepultados reverentemente.

San Gorgonio y san Doroteo padecieron su martirio hacia el año 280 del Señor. Muchos años después los restos de san Gorgonio fueron trasladados a Roma, y allí estuvieron hasta el año 763 en que un obispo de Metz, que era sobrino del rey Pipino, los llevó a las Galias y los colocó en el monasterio de Gorze.

Capítulo CXXXVI

SAN PROTO Y SAN JACINTO

Proto y Jacinto fueron pajes y compañeros de estudio de Eugenia, cuando esta doncella, hija de Felipe, romano de nobilísimo abolengo, estudiaba filosofía.

El tal Felipe, al ser nombrado por el senado prefecto de Alejandría, se trasladó a esta ciudad con su familia, compuesta por su esposa Claudia y sus hijos Avito, Sergio y Eugenia.

Eugenia y sus pajes Proto y Jacinto hicieron conjuntamente estudios de artes liberales con tal aprovechamiento, que los tres adquirieron conocimientos muy completos y extraordinaria competencia en el dominio de estas materias.

Cuando Eugenia cumplió quince años de edad, fue pedida en matrinonio por Aquilino, hijo de un cónsul que también se llamaba Aquilino; pero la joven contestó a su pretendiente:

—Una doncella, a la hora de elegir marido, debe fijarse más en la conducta y costumbres de quienes aspiran a casarse con ella que en la alcurnia de su nacimiento.

Eugenia había leído en unos libros que vinieron a sus manos la doctrina de san Pablo, y era ya interiormente cristiana. Por aquel tiempo permitíase a los cristianos vivir en los alrededores de Alejandría. Yendo ella un día en plan de paseo a una granja que sus padres tenían en el campo, al pasar por cierto sitio oyó cantar a un grupo de fieles este versículo del salmo 95: «*Omnes dii gentium daemonia; Dominus autem coelos fecit*». (Todos los dioses de los gentiles en realidad son demonios; en cambio, el Señor, es quien ha creado el cielo). Profundamente impresionada por el espectáculo de aquel grupo de fieles cantando, y sobre todo por el sentido de lo que cantaban, al llegar a la granja dijo a sus pajes y condiscípulos Proto y Jacinto:

—Hasta ahora nos hemos venido consagrando con ahínco y empeño a la tarea de conocer los razonamientos de los filósofos; pero esto que acabo de oír encierra mayor sabiduría que los argumentos de Aristóteles, las ideas de Platón, las sentencias de Sócrates, los versos de los poetas, las teorías de los maestros y los discursos de los oradores. A la luz de lo que esos cristianos cantaban veo con absoluta claridad que ese título que me dais de ama y señora vuestra es falso, pues se funda en algo meramente convencional; en realidad soy vuestra hermana. Debemos, por tanto, considerarnos como hermanos y hacernos discípulos de Cristo.

Proto y Jacinto aceptaron la proposición de Eu-

genia; ésta, entonces mismo, cambió sus vestidos femeninos por ropas de varón y, los tres juntos, desde la granja se marcharon a un monasterio, cuyo abad, llamado Heleno, tenía fama de no trabar jamás conversación con mujer alguna. De este venerable religioso se cuenta lo siguiente: en cierta ocasión, después de disputar con un hereje, sin lograr vencer su contumacia con la fuerza de sus razonamientos, mandó encender una hoguera enorme y luego propuso a su contrincante:

—Entremos ambos en ese fuego; primero uno y luego el otro. Aquel de los dos que después de permanecer durante cierto tiempo entre las llamas salga de ellas ileso, será reconocido como portavoz de la doctrina verdadera.

El hereje aceptó. El primero en entrar en la hoguera fue Heleno. El piadoso varón estuvo un buen rato envuelto por el fuego, cuando salió de la lumbre no tenía la más leve quemadura ni en su cuerpo ni en sus ropas. Tocóle seguidamente el turno al hereje, pero, como se negó rotundamente a hacer la prueba convenida, vióse obligado a huir de allí entre las rechiflas y abucheos de los espectadores.

Pues bien; cuando Eugenia con ropas masculinas se presentó ante Heleno diciéndole que era un joven y que quería hablar con él, el abad le respondió:

—Tienes razón al presentarte ante mí como hombre, pues, aunque eres mujer, te conduces en todas tus cosas muy varonilmente.

El abad impuso el hábito monástico a Eugenia, a Proto y a Jacinto; y Eugenia consiguió que en adelante todos la llamaran fray Eugenio.

Los padres de Eugenia al ver que la carroza en que la doncella había ido a la granja regresaba a casa vacía, se alarmaron, se entristecieron e hicieron buscar a su hija por todas partes, pero nadie daba razón de su paradero. Ante el resultado negativo de sus pesquisas e indagaciones, consultaron a unos adivinos, y éstos dijeron a los atribulados padres que su hija había sido trasladada por los dioses a las regiones siderales. Entonces Felipe mandó hacer una estatua representando a Eugenia y ordenó que de allí en adelante todo el mundo adorara a su hija y le tributara honores de diosa.

Eugenia continuó con Proto y Jacinto su vida monacal, y a la muerte de Heleno fue elegida por la comunidad abad del monasterio.

Vivía por aquel tiempo en Alejandría una noble señora llamada Melancia, a quien Eugenia había curado de unas cuartanas que padecía ungiendo su cuerpo en nombre de Jesucristo con óleo bendito. Melancia, deseando corresponder a este favor, envió al monasterio algunos regalos, pero Eugenia se negó a aceptarlos. Melancia, que siempre creyó que Eugenia era varón como estaba muy agradecida por el beneficio que su bienhechor fray Eugenio le había hecho, comenzó a hacerle frecuentes visitas, y de tanto visitarlo se enamoró apasionadamente de aquel monje tan joven, tan distinguido, tan hermoso de facciones y tan gallardo de cuerpo; e impelida por la concupiscencia que interiormente sentía dióse a maquinar diversas estratagemas para ver si lograba llegar al trato carnal con él. Un día, dispuesta a no diferir más la satisfacción de sus deseos, Melancia, fingiéndose enferma, envió a fray Eugenio un recado en el que le decía: «Me encuentro muy mal; ven por favor a mi casa a visitarme». Fray Eugenio acudió a la llamada. Melancia entonces descubrió al monje el apasionado amor que hacia él sentía; díjole que ardía en deseos de satisfacer sus apetitos carnales con él, rogóle que se metiera con ella en la cama, y al mismo tiempo que le hacía la súplica, lanzóse precipitadamente sobre el sorprendido religioso, y abrazándole y besándole obsesivamente le instaba a la comisión del pecado de fornicación. Fray Eugenio, horrorizado, desasióse de su tentadora y le dijo:

—¡Bien mereces el nombre que llevas! Porque has de saber que Melancia significa *negnura,* y de la más negra perfidia está llena tu alma. Eres hija sombría de las tinieblas, amiga del diablo, sentina de suciedad, incentivo de libidinosidades, hermana de la angustia perpetua, y asqueroso engendro de la muerte eterna.

Entonces, Melancia, despechada por una parte al verse tan enérgicamente repelida, y temiendo por otra parte que el monje pudiese contar a alguien lo ocurrido, en prevención de esta eventualidad comenzó a pedir auxilio y a decir a gritos que fray Eugenio trataba de violarla. No contenta con eso, en seguida se fue a ver al prefecto Felipe, y denunció el hecho de esta manera:

—¡Señor! Un pérfido joven cristiano que dice entender de medicina, estando yo enferma y en cama fue llamado a mi casa para que tratara de curarme; pero el malvado médico, al acercarse a mi lecho, se arrojó deshonestamente sobre mí y trató de violarme; no pudo empero llevar a cabo sus depravados deseos porque yo me defendí y conse-

guí librarme de él gracias a la ayuda que me prestó una de mis criadas que se hallaba a la sazón en mi cuarto.

Al oír esta denuncia, el prefecto, encendido de ira, convocó inmediatamente a numerosos alguaciles y les ordenó que sin pérdida de tiempo apresaran al denunciado fray Eugenio y a todos los siervos de Cristo, que los encerraran en la cárcel y que los dejaran allí atados con cadenas y muy vigilados hasta el siguiente día en que serían todos ellos arrojados a las fieras.

Una vez que todos estuvieron encarcelados y amarrados, Felipe se presentó en la prisión y, encarándose con Eugenia, increpóla de esta manera:

—Dime, pérfido bicho, ¿ese Cristo vuestro os enseña que debéis dedicaros a corromper a la gente y a violar a las señoras de la nobleza?

Eugenia, bajando la cabeza para que su padre no la reconociera, respondió:

—Ese Señor nuestro nos enseña a vivir castamente y ha prometido la vida eterna a quienes conserven su virginidad. Yo podría demostrar que lo que Melancia ha dicho es falso y calumnioso, pero prefiero padecer lo que sea y que padezcan éstos que me acompañan, a que la castigues a ella; sé perfectamente, de ello no me cabe la menor duda, que tan pronto como yo demostrara la calumnia que esa mujer me ha levantado, la castigarías con enorme severidad; pero me callaré, para que mi silencio nos permita cosechar el fruto de nuestra paciencia. No obstante, voy a sugerirte una cosa: ordena que comparezca esa criada que mi acusadora dice que fue testigo de lo que se me atribuye, y exígele que declare lo que vio; de su declaración, si declara honestamente, inferirás que Melancia ha mentido.

Compareció la criada pero, bien aleccionada previamente por su señora, declaró que aquel hombre había intentado abusar de su ama, y se ratificó en esta declaración una, otra y muchas veces. Lo mismo aseguraron los demás familiares de Melancia, trabajados con anterioridad por ella.

Entonces Eugenia dijo:

—Señores, ha concluido el tiempo de callar y llegado la hora de hablar. No quiero que esta infamia que se me atribuye redunde en perjuicio de los siervos de Cristo. Es menester evitar que prevalezca esta patraña. Para que la verdad triunfe sobre la mentira y para que la malicia no impere sobre la realidad, voy a demostrar que se me acusa falsamente. Voy a demostrarlo, pero conste que si hago lo que voy a hacer, no es por jactancia, sino porque entiendo que así conviene a la gloria de Dios.

Dicho esto, rasgó la parte superior y delantera de la túnica de su hábito, hízola descender hasta la cintura, dejó al descubierto sus pechos y dijo al prefecto:

—Tú eres mi padre; esa mujer que está junto a ti se llama Claudia, y es mi madre; esos otros dos jóvenes que tienes sentados a tu lado son mis hermanos Avito y Sergio; yo soy Eugenia, tu hija, y estos otros dos que ves a mi vera son Proto y Jacinto.

Al oír esto, Felipe y Claudia reconocieron a Eugenia, corrieron hacia ella y, derramando abundantes lágrimas, la abrazaron. Mas de pronto Eugenia quedó transformada ante la multitud; repentinamente se elevó del suelo hasta cierta altura, y mientras cuantos se hallaban presentes la veían suspendida en el aire y vestida con una túnica tejida con hilos de oro, cayó del cielo una ráfaga de fuego que en un instante abrasó a Melancia y a toda su gente.

Con motivo de este suceso el padre, la madre y todos los familiares de Eugenia se convirtieron al cristianismo. Cuando el emperador se enteró de que Felipe se había hecho cristiano, lo destituyó del cargo de prefecto; los fieles, en cambio, lo nombraron obispo, pero poco después de su ordenación, un día, mientras estaba orando, los infieles lo mataron.

A la muerte de Felipe, Claudia, sus hijos y Eugenia regresaron a Roma y allí lograron que muchos paganos abrazaran la fe de Cristo.

Por orden del emperador, Eugenia fue detenida, atada a una enorme piedra y arrojada al Tíber; pero al llegar al agua, la piedra se quebró y la santa, totalmente ilesa, comenzó a caminar tranquilamente sobre la superficie del río. Apresáronla de nuevo, y la metieron en un horno encendido; mas, en cuanto la joven entró en él, el fuego se apagó repentinamente y el ambiente interior del horno quedó refrigerado. Posteriormente la llevaron a una tenebrosa mazmorra, y en cuanto los carceleros cerraron la puerta del obscuro calabozo y echaron los cerrojos en el exterior, el interior de la tenebrosa mazmorra se convirtió en un ascua de luz explendente. Había ordenado el emperador que no suministraran a la prisionera comida alguna para que muriera de hambre; esta medida no surtió efecto, porque diez días después de que

Eugenia fuese encerrada en aquel lugar, apareciósele el Señor, le tendió un pan blanquísimo y le dijo: «Recibe de mi mano este alimento que te traigo; yo soy tu Salvador, ese a quien has amado y amas con todo tu corazón. Escucha bien lo que voy a comunicarte: dentro de muy poco, coincidiendo con la fecha en que la Iglesia celebra mi nacimiento en la tierra, te llevaré conmigo».

Efectivamente, el día de la Natividad del Señor un verdugo entró en el calabozo y segó la cabeza de Eugenia, la cual al poco rato de su decapitación se apareció a su madre y le comunicó que al siguiente domingo iría a reunirse con ella en el cielo; y así ocurrió, porque el inmediato domingo, Claudia, mientras estaba orando, entregó su alma a Dios.

Proto y Jacinto fueron llevados a un templo pagano para que adoraran a los ídolos, pero no sólo se negaron a hacer lo que les proponían, sino que con su oración destruyeron las imágenes de los falsos dioses, por lo cual, acto seguido, ambos santos fueron también decapitados, y de ese modo consumaron su martirio hacia el año 256, en tiempos de los emperadores Valeriano y Galo.

Capítulo CXXXVII

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

Dase a la fiesta que hoy celebramos el nombre de Exaltación de la Santa Cruz porque en una fecha semejante a ésta la fe y la Cruz fueron notablemente exaltadas.

Antes de la Pasión de Cristo la Cruz connotaba vileza, aridez, ignominia, tenebrosidad, muerte y hedor; vileza, porque las cruces se confeccionaban con maderas de ínfima clase; aridez, porque el suelo del monte Calvario era estéril y, plantárase en él lo que se plantara, jamás daba fruto alguno; ignominia, porque la crucifixión constituía un género de suplicio generalmente aplicado a los ladrones; tenebrosidad, porque la cruz era un instrumento siniestro y feo; muerte, porqué los crucificados inevitablemente morían; y hedor, porque el terreno en que las cruces se hincaban después de colgar en ellas a los reos estaba lleno de cadáveres. Después de la Pasión de Cristo la Cruz quedó sumamente ennoblecida, magníficamente exaltada, y sus connotaciones se modificaron tan radicalmente que la vileza de antes se trocó en preciosidad, hasta el punto de que san Andrés al saludarla exclamó: «¡Salve, oh Cruz preciosa!, etc.»; su aridez convirtióse en fertilidad como estaba anunciado que sucedería; a esa fertilidad se refiere el *Cantar de los Cantares* en estas palabras de su capítulo séptimo: «*Subiré a la palmera y cogeré sus dátiles*»; la ignominia anterior se mudó en excelencia, porque como muy bien advierte san Agustín «lo que era suplicio de ladrones pasó a la frente de los emperadores»; la tenebrosidad fue sustituida por la claridad: «El día del juicio», dice el Crisóstomo, «veremos como la Cruz y las cicatrices de Cristo brillan más intensamente que los rayos del sol»; la muerte desapareció y dejó paso a la vida eterna: con razón canta la Iglesia: «Lo que antes era mortal patíbulo, ahora es fuente de vida»; finalmente, el hedor antiguo convirtióse en suavísima fragancia; así se declara en el *Cantar de los Cantares* por medio de estas palabras: «*Cuando el rey estaba en su lecho, el nardo sobre el que se recostaba,* (o sea, la santa Cruz), *comenzó a exhalar exquisito perfume*».

1. La Iglesia celebra solemnemente la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, porque mediante un trozo de la Cruz de Cristo en cierta ocasión quedó la fe cristiana soberanamente garantizada. Veamos cómo ocurrió esto:

El año 615 de nuestra era, el Señor permitió que la sevicia de los paganos sometiera a duras pruebas a quienes creían en El. Cosroas, rey de los persas, tras apoderarse de todos los reinos de la tierra, llegó a Jerusalén, se acercó al sepulcro de Cristo, se adueñó de un trozo de la Santa Cruz dejado allí intencionadamente por Santa Elena, y llevándoselo consigo huyó aterrado de aquel santo lugar. Este monarca, en su afán de que sus súbditos le tuvieran por dios, hizo edificar una torre a base de oro, plata y piedras preciosas, colocó en el interior de la misma imágenes del sol, de la luna y de las estrellas, e instaló en las inmediaciones de la fortaleza ciertos dispositivos mecánicos ocultos, hábilmente construidos y de tal modo combina-

dos, que mediante convenientes manipulaciones secretas dejaban caer desde lo alto agua en forma de lluvia sobre la torre. Con semejante procedimiento resultábale a Cosroas sumamente fácil convencer a la gente de que tenía poderes divinos, puesto que cuando él quisiera podía hacer que lloviera sobre la fortaleza, y que la lluvia cesara cuando a él le pareciere. Pero hizo más: debajo de la torre construyó un sótano, alojó en él gran cantidad de caballos y numerosos carros y, cuando quería demostrar ante el pueblo que tenía divinas facultades para provocar tormentas, enganchaba los caballos a los carros, hacía que los animales corrieran velozmente describiendo círculos sobre el pavimento del subterráneo, y por este sistema conseguía producir sordos y retumbantes ruidos semejantes a los de los truenos, y hasta que los muros de la torre trepidaran. Una vez que toda esta tramoya estuvo acabada y en condiciones de funcionar, el impío y profanador Cosroas encomendó el gobierno de su reino a su hijo, convirtió la susodicha fortaleza en templo, se instaló en él cual si fuese un dios, y dios se hacía llamar pública y oficialmente. Más todavía: su osadía llegó hasta el extremo de exigir a sus súbditos que lo adoraran; según el libro titulado *Oficio Mitral,* en determinadas ocasiones Cosroas sentábase en un trono y proclamando que él era Dios Padre, colocando a su derecha el trozo de la Cruz de Cristo en representación del Hijo, y a su izquierda un gallo que simbolizaba al Espíritu Santo, recibía pública y oficialmente la adoración del pueblo.

Así estaban las cosas cuando el emperador Heraclio reunió un poderoso ejército y poniéndose al frente del mismo trató de atacar al hijo de Cosroas en las proximidades del Danubio. Mas, antes de iniciar la batalla, Heraclio y el hijo de Cosroas llegaron a un acuerdo: prescindirían de sus respectivas tropas y combatirían ellos dos solos, sosteniendo un pugilato mano a mano, en medio de la calzada de un puente y a la vista de sus ejércitos; el que en aquel duelo resultara vencedor, sería reconocido como emperador único por los soldados de uno y otro bando, quienes, al no tener que pelear ni exponer sus vidas, acogieron la idea con entusiasmo. Antes de empezar la lid ambos contendientes hicieron saber a sus repectivos partidarios que, fuese cual fuese el sesgo que tomara el certamen que ellos dos iban a sostener en aquel desafío, nadie debía acudir en socorro de ninguno de los combatientes; y les advirtieron de antemano que al que osara hacerlo le amputarían ambas piernas y ambos brazos y luego lo arrojarían al río.

Hechas estas declaraciones por uno y otro a sus soldados, Heraclio se encomendó a Dios y a la Santa Cruz con todo el fervor de que fue capaz. Seguidamente se inició el duelo. Durante algún tiempo las fuerzas de los dos combatientes parecían equilibradas; pero luego Heraclio se impuso claramente a su rival, lo venció y ofreció su victoria al Señor. Conforme a lo previamente convenido, el ejército enemigo aclamó a Heraclio, se sometió a él, y las gentes hasta entonces dominadas por Cosroas abrazaron masivamente la fe cristiana y recibieron el bautismo. Cosroas, sin embargo, tardó en enterarse de lo ocurrido porque, como todos sus súbditos le odiaban, nadie se preocupó de comunicarle lo que había pasado entre su hijo y Heraclio. Fue precisamente éste quien al entrar en la torre y verlo sentado en el trono, le sacó de su ingnorancia y le dijo:

—Puesto que en cierto modo y a tu manera, has sido respetuoso con la Cruz de Cristo, por consideración a ella, si te conviertes al cristianismo y te bautizas, estoy dispuesto a perdonarte la vida, a permitirte que sigas siendo rey y a que con determinadas garantías continúes gobernando en las tierras que constituyeron tu reino; pero si no aceptas la proposición que acabo de hacerte, ahora mismo te cortaré la cabeza con mi propia espada.

No accedió Cosroas a lo que le proponía Heraclio, por lo cual éste desenvainó su espada y lo degolló. En atención a que el degollado había sido rey, Heraclio mandó que enterraran su cuerpo.

Heraclio halló en la torre a un niño de diez años, hijo de Cosroas; hizo que aquel niño fuese bautizado y al sacarlo de la fuente bautismal, le entregó el reino que había pertenecido a su padre. Inmediatamente después de todo esto Heraclio mandó destruir la torre; la plata de sus muros la distribuyó entre sus soldados como botín de guerra, pero no así el oro y las piedras preciosas; estos materiales fueron reservados para emplearlos en la reparación de los templos que el tirano Cosroas había destruido. Del trozo de la Santa Cruz se hizo cargo él personalmente y lo trasladó a Jerusalén. Por cierto que, con ocasión del traslado a Jerusalén de la santa reliquia, ocurrió lo siguiente: El rey, vestido con sus atuendos imperiales y cabalgando sobre su regio corcel, descendió por la ladera del Monte Olivete y llegó a la puerta por la que el Señor unos días antes de su Pasión había entrado en

la ciudad; mas he aquí que cuando el emperador se disponía a pasar por la dicha puerta, las piedras que formaban el arco de la portada se desmoronaron y por sí mismas formaron unas especie de muro e impidieron el paso del monarca. A la vista de este extraño suceso todos cuantos lo presenciaron quedaron estupefactos, y más todavía cuando seguidamente sobre aquel muro recién formado apareció un ángel del Señor enarbolando en sus manos una Cruz y diciendo: «Cuando el rey de los cielos poco antes de su Pasión entró por esta puerta, no lo hizo con regio boato, sino modestamente, montado sobre un borriquillo y dando un claro y perpetuo ejemplo de humildad a todos los que pretenden considerarse discípulos suyos». Una vez dicho esto el ángel despareció. El emperador, entonces, llorando de emoción, se apeó de su cabalgadura, se descalzó, se despojó de sus vestiduras imperiales y de todas sus ropas a excepción de la camisa, tomó nuevamente en sus manos el trozo de la Santa Cruz, se dirigió hacia la portada humildísimamente y a pie, y, tan pronto como empezó a andar, el muro que momentos antes le cerrase el paso se desvaneció, obedeciendo sin duda un mandato del cielo y dejando expedito el camino para que Heraclio y su cortejo entraran en la ciudad; a partir de aquel instante dejóse sentir de nuevo el suavísimo olor que empezara a fluir de la Santa Cruz en el preciso momento en que Heraclio la sacara de la torre de Cosroas, y que había impregnado con su exquisita fragancia el ambiente a lo largo del recorrido desde las lejanas tierras de Persia hasta Jerusalén, y el devotísimo rey, conmovido, exclamó:

—¡Oh Cruz, célebre en todo el orbe, digna de ser entrañablemente amada por los hombres, más santa que cualquiera de las cosas que hay en el mundo y más luminosa que todos los astros juntos del cielo! ¡Tú sola mereciste el insigne privilegio de tener colgado en tus brazos al mayor tesoro del universo! ¡Oh dulce madero! ¡Oh dulces clavos! ¡Oh dulce espada! ¡Oh dulce lanza! ¡Oh Cruz bendita, que soportaste sobre ti tan dulce peso! ¡Salva a cuantos militamos bajo tu bandera y estamos hoy reunidos aquí tributándote este homenaje!

De ese modo la preciosa Cruz fue restituida al lugar en que anteriormente estuvo. A partir de entonces volvieron a producirse en aquel sitio milagros parecidos a los que allí con anterioridad se habían producido: en poco tiempo resucitaron varios muertos, sanaron cuatro paralíticos, diez leprosos quedaron limpios de su lepra, quince ciegos recobraron la vista, muchos demonios salieron de los cuerpos en que se habían introducido, e innumerables enfermos se vieron libres de sus respectivas enfermedades.

Heraclio reconstruyó las iglesias que los persas habían destruido, las dotó con regia munificencia y regresó a la capital de su Imperio.

En algunas crónicas se da una versión un tanto diferente del suceso que acabamos de referir, puesto que lo narran de esta manera:

Cosroas, al ocupar con sus tropas todos los reinos de Jerusalén, se apoderó del patriarca Zacarías y de la Santa Cruz. Heraclio trató de hacer las paces con Cosroas, pero éste le contestó diciéndole que sólo se avendría a firmar la paz con los romanos si éstos renegaban del Crucificado y adoraban al Sol. Ante semejante respuesta, Heraclio, lleno de santo celo, se lanzó contra los persas, al frente de un poderoso ejército, devastó muchas de las regiones dominadas por ellos, y obligó a huir a Cosroas, que se refugió en Ctesifonte. Poco después de esto, Cosroas enfermó de disentería y decidió coronar como rey a su hijo Medasa; pero cuando otro hijo suyo, precisamente su primogénito, que se llamaba Syrois, se enteró de lo que su padre pretendía hacer, se apoderó de éste con la ayuda de varios nobles que estaban de su parte, lo encarceló y se alió con Heraclio. Syrois, después de haber hecho comer a su padre el pan de la tribulación y beber el agua de la angustia, ordenó a unos ballesteros que lo mataran y, cuando Cosroas fue asesinado, liberó al patriarca Zacarías y a los demás cristianos que su padre había mandado encarcelar, y entregó a Heraclio la Santa Cruz. Heraclio se hizo cargo de la preciosa reliquia, la llevó a Jerusalén y posteriormente la trasladó a Constantinopla.

2. En la *Historia Tripartita* se dice que una sibila, refiriéndose a la Santa Cruz, había hecho este vaticinio a los paganos: «Dichoso y tres veces dichoso el árbol en que Dios está extendido».

Ese árbol es la Cruz; y lo de tres veces dichoso probablemente guarda relación con las tres clases de vida que de la Cruz proceden y que son la natural, la de la gracia y la de la gloria.

3. Un judío entró en cierta ocasión en la iglesia de santa Sofía de Constantinopla, y al ver en ella una imagen de Cristo cruficificado, creyendo estar solo en el templo y por tanto que nadie lo veía, desenvainó su espada y la clavó en el cuello de la referida imagen. Inmediatamente, de la herida

producida por la estocada salió con fuerza un chorro de sangre que vino a caer sobre la cabeza y la cara del malvado profanador, el cual, aterrorizado por lo sucedido, tomó la imagen, se la llevó consigo, la arrojó a un pozo, y acto seguido huyó de la ciudad.

Cuando iba huyendo encontróse en el camino con un cristiano, y éste le abordó y le dijo:

—Judío, ¿de dónde vienes? ¡Tú has matado a alguien!

El judío le contestó:

—Tu suposición es falsa; yo no he matado a nadie.

El cristiano le replicó:

—¿Cómo que no? Tú has cometido un homicidio y por eso vas manchado de sangre.

Entonces el judío exclamó:

—¡Oh! ¡Verdaderamente el Dios de los cristianos es grande! ¡Su doctrina está avalada por infinidad de pruebas! Yo no he matado a nadie, pero sí he hunido mi espada en la garganta de una imagen de Cristo y de la herida que en la imagen produje con mi estocada procede la sangre que llevo sobre mí.

Acto seguido, el judío condujo al cristiano hasta el pozo en que había arrojado la imagen sagrada de Cristo, y entre los dos la sacaron del agua. Dícese que todavía hoy se ve en el cuello de aquel santo Crucifijo la herida que le causara el judío, y que éste se convirtió al cristianismo.

4. En Beirut, ciudad de Siria, un cristiano tenía alquilada una vivienda por la que pagaba determinada cantidad de dinero al año. Este inquilino, movido por su devoción, colocó un crucifijo en una de las paredes de la habitación en que dormía, y ante él oraba frecuentemente. Concluido el plazo del alquiler, se mudó de casa, pero por olvido se dejó en la anterior la imagen del Cristo. Poco después aquella vivienda fue alquilada por un judío, el cual, cuando solo llevaba unos días en ella, invitó a comer a uno de los de su tribu. Estando comiendo, el invitado paseó su vista por el ámbito de la sala, y al topar su mirada con el crucifijo que estaba colgando en una de las paredes, temblando de indignación y en tono airado y amenazador, preguntó a su amigo:

—¿Cómo te atreves a tener en tu casa esa imagen del nazareno Jesucristo?

El amigo, que en los escasos días que llevaba viviendo en su nuevo domicilio no había advertido que hubiese en él semejante imagen, juró y perjuró que hasta aquel preciso momento ignoraba que aquel crucifijo estuviese allí. El invitado simuló que se aplacaba, pero en cuanto terminó la comida se despidió de su amigo, se fue a denunciar el hecho ante el jefe de los de su religión, y le dio cuenta de lo que en el domicilio de su correligionario había visto. Sin pérdida de tiempo un grupo de judíos se presentaron en casa del denunciado y al ver que, en efecto, en ella había un crucifijo, increparon duramente al inquilino, lo insultaron, lo golpearon, lo dejaron medio muerto y decidieron expulsarle de la sinagoga; luego se apoderaron de la santa imagen, la pisotearon y reprodujeron a su modo los oprobios que Cristo padeció realmente durante su Pasión. Uno de ellos traspasó con su lanza el costado de la efigie del Señor, y al instante brotó de la herida en mucha abundancia una mezcla de agua y sangre; entonces otro de los presentes colocó un vaso bajo la llaga, y el vaso se llenó del líquido misterioso que de ella brotaba. A la vista de este prodigio quedaron todos estupefactos, llevaron el vaso a la sinagoga y comprobaron que cuantos enfermos eran ungidos con el líquido que el vaso contenía quedaban inmediatamente curados. Conmovidos por estos prodigios, los judíos acudieron al obispo de la región, le refirieron detalladamente cuanto había ocurrido, se convirtieron todos ellos, y recibieron el bautismo. El obispo trasvasó la milagrosa sangre a unas ampollitas de vidrio transparente para conservarla como recuerdo, llamó al cristiano aquel que por olvido dejara en su antigua casa la efigie de Cristo, y le preguntó:

—¿Quién es el autor de tan preciosa imagen?

El cristiano le respondió:

—Esta imagen del Señor fue hecha por Nicodemo, quien a su muerte la entregó a Gamaliel; Gamaliel, poco antes de morir, la transfirió a Zaqueo; Zaqueo, a su vez, la legó a Jacob, y Jacob a Simón, y Simón a otro, y así sucesivamente, de manera que hasta la destrucción de Jerusalén esta venerable efigie de Cristo estuvo siempre en la ciudad y fue pasando de unos depositarios a otros. Cuando Jerusalén fue destruida, unos cristianos la llevaron al reino de Agripa, de donde posteriormente otros la trasladaron a mi tierra y la entregaron a mis antepasados; a través de éstos llegó a mis padres, y de mis padres la heredé yo.

El episodio que acabamos de relatar ocurrió el año 750. A partir de él todos los judios de Siria convirtieron sus sinagogas en iglesias consagradas.

Por cierto que de aquí nació la costumbre de consagrar los templos cristianos, porque hasta entonces sólo se consagraban los altares.

La Iglesia, movida por el milagro susodicho, o sea, por el de la sangre que brotó de la referida imagen, determinó que todos los años se hiciese memoria de la Pasión del Señor el 27 de noviembre. Eso es lo que leemos en algunos libros, pero en otros se dice que la fecha señalada por la Iglesia para hacer esa conmemoración fue la del 11 del mismo mes. En recuerdo del mismo prodigio se consagró en Roma un templo en honor del Salvador. El aniversario de la consagración de este templo, en el que se conserva una de las ampollas en cuyo interior se contiene parte de la milagrosa sangre brotada de la imagen, sigue celebrándose todavía en nuestro tiempo con gran solemnidad.

5. La eficacia de la Santa Cruz es extraordinaria; tan extraordinaria que incluso redunda en beneficio de los infieles. Esto podríamos demostrarlo con abundantes testimonios, pero vamos a aducir meramente uno tal como lo escribió san Gregorio en el libro VII de sus *Diálogos:*

Andrés , obispo de la ciudad de Fondi, permitió que en su propio palacio episcopal viviera una monja, y de ahí el antiguo enemigo tomó ocasión para turbar al prelado, suscitando en su ánimo malos pensamientos y haciéndole sentir cuando estaba en la cama sucios deseos de fornicar con la referida religiosa. Por entonces llegó un judío a Roma. El día de su llegada, por mucho que buscó alojamiento, no pudo hallarlo, y como no quería pasar la noche a la intemperie, a eso del obscurecer se refugió en un templo dedicado a Apolo; mas al poco rato comenzó a pensar que estaba cometiendo un sacrilegio muy grave alojándose en aquel lugar, y, para alejar de su mente semejante pensamiento, aunque no tenía fe en la señal de la Cruz, se santiguó. Al cabo de un rato se quedó dormido; pero hacia media noche despertó y vio lo siguiente: una multitud de espíritus malignos rodeaban sumisos a otro que parecía gozar entre ellos de notable autoridad; éste, que semejaba ser el presidente de los demás, se sentó, hizo pasar ante él uno por uno a los otros, y a medida que pasaban íbales pidiendo cuentas de las maldades que durante la jornada hubieran cometido. Por razones de brevedad san Gregorio omitió en su relato las declaraciones prestadas ante su jefe sucesivamente por los demonios que componían la numerosa turba, pero bien podemos suponer que la sesión se desarrolló de modo muy parecido a esta otra minuciosamente descrita en las *Vidas de los Padres,* libro en el que leemos lo que sigue:

«En cierta ocasión entró un hombre en un templo pagano, y vio a Satanás sentado y presidiendo una asamblea de diablos. Uno de estos espíritus del mal se acercó al presidente y lo adoró. Seguidamente, Satanás le preguntó:

—¿De dónde vienes?

El demonio le contestó:

—De la provincia a que me enviaste. Allí desencadené motines y muchas guerras, y logré que la sangre corriera a raudales, y una vez conseguido lo que pretendía, he regresado para darte cuenta de que he cumplido fielmente la misión que me confiaste.

Satanás le preguntó de nuevo:

—¿Cuánto tiempo has empleado para obtener los resultados que dices?

—Treinta días —respondió el interpelado.

Entonces el presidente, sumamente irritado, exclamó:

—¿Tanto tiempo para tan poca cosa?

Acto seguido, dirigiéndose a sus ministros, Satanás les ordenó:

—Lleváoslo ahora mismo de aquí, empuñad vuestros látigos y azotadlo sin piedad.

Inmediatamente después compareció un segundo demonio, adoró a su jefe y le dijo:

—Señor, yo me fui a alta mar, desencadené en ella una tempestad espantosa y conseguí que naufragaran varias naves y que perecieran casi todos sus pasajeros.

—¿Cuánto tiempo invertiste en esto? —inquirió el presidente.

—Veinte días, —respondió el diablo.

Nuevamente irritado, Satanás replicó:

—¿Veinte días nada menos para algo tan sencillo como eso? ¡Eh, vosotros, mis ayudantes! ¡Aplicad también a éste el mismo castigo que al otro!

Seguidamente se acercó al presidente un tercero y declaró:

—Yo he estado en una ciudad en la que asistí a una boda y promoví entre los invitados tan feroz contienda que en ella hice perecer al novio y regresé para comunicártelo.

El presidente le preguntó:

—¿Cuánto tiempo has empleado en esto?

El diablo le respondió:

—Diez días, señor.

Satanás, en tono áspero y sarcástico, dirigiéndose a sus ministros, dijo:

—¿Qué os parece? ¡Diez días para esa insignificancia! ¡Haced con éste lo que con los otros!

Compareció un cuarto demonio y manifestó:

—Yo he permanecido, día tras día, cuarenta años en el desierto tentando constantemente a un monje. No he conseguido todo lo que pretendía, pero al cabo he logrado hacerle caer en un pecado contra la castidad.

En cuanto oyó esto, Satanás se levantó de su asiento, corrió hacia este demonio, lo abrazó y besó efusivamente y luego, quitándose la corona de príncipe que llevaba sobre su cabeza, la colocó sobre la cabeza del que acababa de declarar, le ofreció un asiento que había al lado del suyo, en la presidencia, y le dijo:

—¡Qué magnífica labor has hecho! ¡Lo que tú has conseguido es mucho más importante que lo que han conseguido esos otros!».

Pues bien; la escena que san Gregorio, por razones de brevedad, no describió en su relato, debió ser muy parecida a la que acabamos de transcribir. La narración del santo prosigue de esta manera:

Después de que varios demonios desfilaran ante su jefe declarando lo que habían hecho, llególe el turno a otro de ellos. Este salió al medio y manifestó:

—Durante mucho tiempo he venido inquietando al obispo Andrés suscitándo en él malos pensamientos y deshonestos deseos de pecar con la monja que tiene en su casa, y por fin ayer, a la hora de vísperas, he conseguido que diese a la realigiosa un azotillo en sus nalgas.

Entonces el presidente felicitó al declarante y lo exhortó a que prosiguiera la obra que había comenzado, y a que no cejara en ella hasta que consiguiera que el obispo cayera en el pecado de la carne; y le aseguró que, si lograba esto, le concedería la palma de la victoria y lo consideraría superior a sus compañeros. Luego, dirigiéndose a la turba de diablos les dijo:

—Aquí hay un intruso que se ha atrevido a pernoctar en este templo. Buscad bien por todas partes y tratad de localizarlo.

El judío, al oír esto, y ver que los demonios se desparramaban por el interior del edificio para cumplir la orden que su jefe acababa de darles; temblando de miedo se santiguó de nuevo, y en cuanto se santiguó, los diablos, aterrorizados, empezaron a huir diciendo a voces:

«Ese vaso está enteramente vacío, pero sellado»; y mientras decían esto, todos los espíritus malignos, en un brevísimo instante, desaparecieron.

También el judío inmediatamente salió del recinto, se fue a ver al obispo y le contó con todo detalle cuanto había visto y oído en el interior del templo dedicado a Apolo. El obispo, profundamente impresionado y arrepentido, entonces mismo hizo salir de su palacio a la monja y a las demás mujeres que en él vivían, y, hecho esto, bautizó al judío.

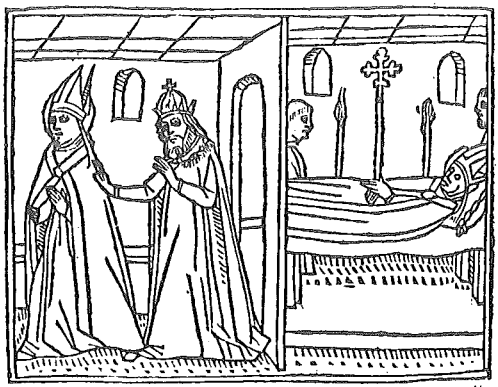
6. El propio san Gregorio, y en el mencionado libro de sus *Diálogos,* refiere este otro caso:

Una monja entró en un huerto, y al ver una lechuga sintió de pronto tal deseo de comérsela, que con las prisas de satisfacer su apetito engulló rápidamente algunas de sus hojas sin haber bendecido previamente el alimento con la señal de la Cruz, como suelen hacer, porque así está mandado, los religiosos. En cuanto la monja hincó sus dientes en la lechuga, el demonio se apoderó de su espíritu y de su cuerpo. Algunos días después, san Equicio fue a ver a la religiosa, para tratar de curarla, pero el diablo, nada más ver al santo, comenzó a decir: «¿Yo qué culpa tengo? ¿Yo qué culpa tengo? Estábame yo tan tranquilo sentado sobre la lechuga y de pronto se presentó esta monja y me engulló». San Equicio, empero, sin hacer caso de la excusas del demonio, obligóle a salir inmediatamente del cuerpo de la religiosa.

7. En el libro XI de la *Historia Eclesiástica* se lee lo siguiente: Los paganos habían pintado profusamente en las paredes de Alejandría símbolos del dios Serapis. Teodosio ordenó a sus agentes que hicieran desaparecer aquellas pintadas y que las reemplazaran con otras de la señal de la Cruz. En cuanto esta orden imperial fue ejecutada, los infieles y los sacerdotes de los ídolos se convirtieron al cristianismo masivamente y se bautizaron, porque, según ellos, desde tiempo inmemorial venía transmitiéndose de una generación a otra cierta tradición oral en la que se decía que debían permanecer fieles a sus dioses, pero sólo hasta que llegase a la ciudad *la señal de la vida.* Es de advertir que entre las letras que aquellos paganos usaban para escribir había una a la que consideraban sagrada. Esta letra tenía forma de cruz, y a su juicio representaba la vida futura.

Capítulo CXXXVIII

SAN JUAN CRISÓSTOMO



Juan, conocido popularmente por el sobrenombre de Crisóstomo, nació en Antioquía. Sus padres, pertenecientes a la nobleza del país, se llamaron Segundo y Antura. En la *Historia Tripartita* se refiere ampliamente todo lo relativo al nacimiento, conducta y vida de este santo y a las persecuciones de que fue objeto.

Durante algunos años Juan cultivó la filosofía; luego abandonó esta clase de estudios y se entregó de lleno a la lectura e investigación de la Sagrada Escritura.

A partir de su ordenación de presbítero se mostró muy severo en la defensa de la castidad. Por temperamento, propendía más a la vehemencia que a la mansedumbre. A lo largo de su vida procuró mantener en su propia conducta y en la de los demás un comportamiento rigurosamente rectilíneo, sin importarle demasiado las consecuencias que este modo de proceder pudiera acarrearle. Precisamente por esto quienes no lo conocían a fondo, y sólo superficialmente le trataban, solían calificarlo de soberbio; pero en realidad era un maestro competentísimo, extraordinariamente claro en la exposición de la doctrina, y notablemente eficaz en su oficio de reformador de las costumbres.

Bajo el reinado de los augustos Arcadio y Honorio, y durante el pontificado del papa san Dámaso, fue promovido a la dignidad episcopal, y en cuanto recibió su nombramiento de obispo emprendió sin la menor demora una seria campaña para conseguir lo más pronto posible la reforma del clero. A causa de esto concitó contra sí la animadversación de la mayor parte de sus clérigos, que comenzaron a temerle, a huir de él y a propalar por doquier que estaba loco, que padecía ataques de furia y que era un hombre sumamente peligroso. De cualquier cosa tomaban pretexto los susodichos clérigos para difamar a su obispo. He aquí un ejemplo: como nunca invitaba a nadie a comer a su mesa ni aceptaba las invitaciones que en este sentido a él en determinadas ocasiones le hacían, sus difamadores interpretaban este hecho de estas dos maneras: unos decían que no iba a comer a casa de nadie ni llevaba a nadie a comer a la suya para no poner en evidencia su falta de educación social, ya que era tan grosero e impulsivo, que ni podía dominarse ni sabía guardar el debido comportamiento en la mesa; otros aseguraban que su aislamiento en la comida obedecía a que era glotón y a que se alimentaba exclusivamente de cosas carísimas y extremadamente exquisitas. La realidad, empero, era muy otra: el santo obispo, a causa de su frugalidad y excesiva abstinencia, había contraído una enfermedad de estómago, padecía frecuentes dolores de cabeza, y sus dolencias le obligaban a seguir un régimen alimenticio muy severo.

Pese a las habladurías y difamaciones promovidas por los clérigos, el pueblo amaba entrañablemente a su prelado, principalmente por el bien que proporcionaba a sus almas con los sermones que predicaba en la iglesia; y, en consecuencia, no hacía caso alguno de cuanto los resentidos decían.

Otra de las causas que influyeron en la aparición y desarrollo del odio y envidia que algunos sentían hacia Juan fue el comportamiento de éste con determinadas personas que se creían muy importantes, y a las que él trató de meter en vereda. En relación con esto vamos a recordar un caso que fue muy sonado: un tal Eutropio, cónsul y prepósito de la corte imperial, para vengarse de algunos que se libraban de caer en sus manos acogiéndose al derecho de asilo en lugares sagrados, consiguió que el emperador derogara la ley que amparaba el fuero a que acabamos de referirnos y, por tanto, una vez derogada esa ley, los ministros de la justicia podían prender a quienes se refugiasen en el interior de los templos y sacarlos de ellos. Mas he aquí que a los pocos días de que el derecho de asilo hubiese sido anulado a instancias del mencionado Eutropio, el propio Eutropio incurrió en delito contra la persona del emperador,

y, para evitar que los agentes de la justicia le prendieran, se refugió en el interior de una iglesia bajo la mesa del altar. Cuando el obispo se enteró de que Eutropio trataba de acogerse al fuero cuya reciente derogación se debía precisamente a presiones suyas sobre el ánimo del emperador, se fue al templo en que se había refugiado, se encaró con él y lo reprendió severamente; pero no quedó ahí la cosa, sino que, unos días después, el obispo, con ocasión de una homilía que predicó en la catedral, comentó públicamente el caso con absoluta claridad y en términos duros. Entre los oyentes hubo muchos que llevaron muy a mal que el prelado, en vez de mostrarse clemente con aquel infeliz hombre, lo hubiese tratado con tanta dureza en su sermón. La repulsa de los descontentos contra su obispo se hizo más violenta algunas fechas después, cuando supieron que Eutropio, a quien de nada le sirvió su recurso al derogado derecho de asilo, había sido decapitado por orden del emperador. Juan no se dejó impresionar por los comentarios adversos de quienes no estaban de acuerdo con su modo de proceder, sino que siguió enfrentándose con cuantos a su juicio obraban incorrectamente, sin importarle nada que tales personas fuesen de alta o de baja condición social. Cada vez que estos enfrentamientos se producían con individuos relevantes, el odio que los poderosos sentían hacia él aumentaba. Influido por éstos, Teófilo, obispo de Alejandría, trató de privarle de su silla episcopal y de poner en ella a un presbítero llamado Isidoro. Con vistas a llevar adelante su intento, Teófilo escudriñaba por todas partes en busca de algún pretexto que pudiera servir de base a sus proyectos; pero sistemáticamente se encontraba con la oposición del pueblo llano que salía en defensa de su obispo porque deseaba seguir alimentándose de la rica y excelente doctrina que el santo predicaba.

Juan, por su parte, perseveraba en su empeño de que sus sacerdotes viviesen de acuerdo con la disciplina eclesiástica, repitiendo frecuentemente que los que en la práctica despreciaban las obligaciones inherentes al sacerdocio no tenían derecho a beneficiarse de ninguna de las ventajas que del sacerdocio derivaban.

El emperador le había dado atribuciones para que ejerciese su autoridad y volcase su celo apostólico no sólo sobre la ciudad de Constantinopla, sino también sobre las provincias adyacentes; por eso, al enterarse de que en Fenicia seguían ofreciéndose sacrificios a los demonios, hizo destruir todos los templos paganos que existían en aquella región dedicados a los ídolos, y envió a dicho país buen número de clérigos y de monjes para que implantaran en él la fe cristiana.

Por entonces vivía en Constantinopla un hombre de origen céltico llamado Gaimás, de ideas y costumbres groseras, intencionadamente tiránico y extraordinariamente soberbio. Este sujeto, que ejercía el cargo de jefe superior de milicias y había sido corrompido por la herejía arriana, pidió al emperador que le diera una de las iglesias de la ciudad para que él y los de su secta pudieran practicar el culto de su religión. El emperador accedió a su demanda, creyendo que de ese modo aquel hombre tan violento refrenaría su propensión a la tiranía; dispuesto, pues, a complacerle, rogó a Juan que designara el templo que deberían entregar a Gaimás; pero Juan, valentísimo como siempre, e inflamado de religioso celo, respondió al emperador:

—Señor, no se te ocurra arrojar santuario alguno a los perros; no tengas miedo a ese bárbaro; haz que él y yo juntos comparezcamos ante tu presencia y escucha en silencio lo que uno y otro delante de ti hablemos; yo pondré un freno a su lengua para que no se atreva a insistir en semejante petición.

El emperador aceptó de buena gana la proposición del obispo, y al día siguiente los citó a los dos en su palacio. Habló primeramente Gaimás, y reiteró la petición de una iglesia para él y para los suyos. Entonces, Juan dijo:

—Todas las casas de Dios están abiertas; nadie os impide ni a ti ni a los tuyos que entréis en ellas a orar siempre que quisieréis.

Gaimás replicó:

–Yo pertenezco a otra religión, y quiero tener y solicito un templo determinado para que los de nuestra secta podamos a nuestro modo dar culto a Dios.

A esto repuso Juan:

—¿Te parecen pocas las recompensas que has recibido ya? Pues son muy superiores a tus méritos: te han dado el cargo de jefe supremo de las milicias, te han concedido la toga consular; ¿qué más quieres? Párate un poco a pensar en lo que antes eras y en lo que ahora eres; compara tu antigua pobreza con tu actual situación de poderío y soberbia; echa una ojeada sobre los vestidos y galas que llevas encima, y dinos si se parecen a las prendas que usabas anteriormente. Confórmate, pues,

con la exagerada munificencia con que han sido pagados tus escasos servicios y merecimientos, y no seas ingrato con quien tantos honores te ha concedido.

Con las anteriores palabras Juan tapó la boca a Gaimás y lo obligó a callar y a desistir de su empeño.

San Juan Crisóstomo continuó gobernando intrépidamente la ciudad de Constantinopla, pero Gaimás, que aspiraba a ser el rector de los destinos del Imperio, decidió prender fuego al palacio del emperador, y como no podía hacerlo a la luz del día trató de hacerlo de noche, con lo cual dio ocasión a que se pusiera de manifiesto cuán bien defendida por san Juan estaba la capital del Imperio, porque cuando, al amparo de las sombras nocturnas, los emisarios de Gaimás salieron sigilosamente de su acuartelamiento para incendiar la residencia imperial, viéronse obligados a abandonar su proyecto y a huir a toda prisa porque inesperadamente se encontraron con innumerables ángeles perfectamente pertrechados que patrullaban por las calles. Al llegar a su cuartel y comunicar a su jefe lo que les había sucedido, éste, sumamente sorprendido, no sabía como explicarse el extraño fenómeno, puesto que estaba completamente seguro de que los ejércitos imperiales se hallaban de guarnición en otras ciudades. A la noche siguiente envíólos de nuevo a perpetrar el fallido intento; mas también de nuevo se encontraron con los poderosos escuadrones de ángeles que en compactas patrullas recorrían calles y plazas, por lo cual, asustados, nuevamente huyeron. En vista de este segundo fracaso, Gaimás decidió ejecutar por sí mismo su siniestro plan, y al día siguiente en cuanto se hizo de noche salió de casa y con sus propios ojos vio que, en efecto, las calles estaban llenas de soldados muy bien armados, y a falta de otra explicación sospechó que el obispo mantenía ocultas durante el día aquellas numerosas tropas y que cada noche las sacaba de sus acuartelamientos y las distribuía por las calles para que defedieran la cuidad. Influido por esta sospecha se fue a Tracia, recorrió la región, cuyos habitantes tenían fama de crueles y feroces, y eran temidos por las gentes de otras provincias, reclutó un numeroso ejército, y al frente de aquellos hombres se dedicó a invadir y arrasar varias zonas del Imperio. El emperador, para resolver el problema que Gaimás le había creado, nombró al santísimo obispo Juan legado suyo y le encomendó la enojosa misión de que fuese a entrevistarse con el insurrecto. Juan, haciendo caso omiso de la enemistad que entre él y Gaimás había existido, aceptó el encargo imperial y, animado por los mejores deseos de llevar a buen término la difícil embajada que se le había confiado, alegre y tranquilo, emprendió su viaje. Gaimás, por su parte, al enterarse de que el santo obispo venía confiadamente hacia él se impresionó tanto que cambió de sentimientos, trocó su crueldad en mansedumbre, salió a su encuentro recorriendo un largo camino, y, cuando se encontraron, tomó reverentemente la mano de Juan, la colocó delante de sus ojos y mandó a sus hijos que se arrodillaran ante el prelado y le besaran los pies. Y es que Juan era tan virtuoso que hasta las personas más temibles se amansaban en su presencia y sentíanse interiormente obligadas a tratarle con respeto.

Por aquel tiempo se suscitó la cuestión de si Dios tenía cuerpo. Unos decían que sí; otros decían que no. A propósito de esto se entablaban discusiones que a veces se convertían en violentas riñas. Como la mayoría de los monjes eran gente sencilla e ingenua, casi todos ellos creían y sostenían erróneamente que el ser divino era de naturaleza corpórea. Teófilo, obispo de Alejandría, que opinaba lo contrario, desde la cátedra de su iglesia en sus predicaciones arremetía contra los que pensaban que Dios tenía forma humana, e insistía en la incorporeidad de su ser. Enterados los monjes de Egipto de la campaña que en este sentido venía haciéndo Teófilo, salieron de sus celdas y de sus desiertos, acudieron en masa a Alejandría, se amotinaron contra el obispo, y trataron de matarlo. Teófilo, que deseaba salvar su vida, lleno de miedo, para tranquilizar a los irritados monjes compareció ante ellos y les dijo:

—Estoy viendo el rostro divino y observo que es igual al vuestro.

Los monjes le contestaron:

—Si estás diciendo la verdad, es decir, si crees verdaderamente que Dios tiene un aspecto parecido al que tenemos los hombres, anatematiza los libros de Orígenes, al menos aquellos en los que este autor defiende una opinión contraria a la que nosotros sostenemos. Si no lo haces, te consideraremos rebelde contra Dios y contra los emperadores, y te mataremos.

Teófilo les suplicó:

—No atentéis contra mí. Estad completamente seguros de que haré cuanto me digáis.

De ese modo, el obispo Teófilo consiguió salvarse de las iras de aquellos monjes.

Conviene advertir que no todos los monjes habían caído en semejante error. Los que a través de su fidelidad a las observancias monásticas tenían un alto grado de santidad no habían incurrido en él; en cambio, los menos formados, los menos perfectos, en general sostenían tan errónea e ingenua creencia, y estaban tan convencidos de que tenían razón, que inflamados por el ardor de su fe, en los desiertos y en los monasterios arremetieron contra aquellos de sus hermanos que en este asunto defendían la opinión contraria a la suya, y mataron a muchos de ellos.

Mientras en Egipto pasaban estas cosas, en Constantinopla Juan brillaba por su doctrina y era objeto de pública y general admiración.

Entretanto había crecido el número de los que profesaban el arrianismo; los miembros de esta secta pululaban y habían edificado una iglesia extramuros de la ciudad, y, no conformes con esto, los sábados por la tarde se reunían en los pórticos y en otros lugares del centro de la población, pasaban la noche cantando himnos y antífonas, y en la madrugada de los domingos recorrían procesionalmente las calles entonando sus canciones religiosas y tras ese recorrido regresaban a su propia iglesia. Para provocar a los católicos, pues no otra cosa pretendían con aquellas públicas manifestaciones de religiosidad, una de las letrillas que con mayor frecuencia cantaban decía así: «¿Dónde están los que dicen que las personas divinas son tres, pero que no hay más que un solo Dios?».

Como esta campaña era muy peligrosa y podía turbar la fe de los creyentes sencillos, Juan trató de contrarrestarla haciendo que los católicos salieran también a la calle en procesión las noches de los sábados cantando más fuertemente aun que los arrianos los himnos religiosos de la Iglesia, y llevando cada uno de ellos en una de sus manos una cruz de plata y en la otra un candelero también de plata con un cirio encendido. De este modo los católicos se reafirmarían en su fe. El, antes de organizar estos desfiles, había mandado construir en gran abundancia las cruces y candeleros que los fieles deberían llevar en sus manos durante ellos.

Los arrianos, inflamados por el celo de la envidia, reaccionaron frente a la contracampaña ideada por el obispo, y, para intimidar a los católicos y evitar que continuaran saliendo a la calle en procesión, decidieron atacarlos y matar a algunos de ellos. En efecto: una noche, hirieron gravemente de una pedrada a un tal Brisón, eunuco de la emperatriz. Brisón, por encargo de san Juan, iba a la cabeza de los fieles y él era quien entonaba los himnos que los demás a coro cantaban. A causa de este incidente se organizó una refriega entre católicos y arrianos, y durante la misma murieron varios contendientes de uno y otro bando. El emperador, para que estos sucesos no se repitieran, prohibió a los arrianos sus procesiones y sus cánticos religiosos fuera de su propia iglesia.

Poco después de este episodio se presentó en Constantinopla Severiano, obispo de Gisel, varón que gozaba de gran prestigio entre los muchos próceres de la corte, y a quien el emperador y la emperatriz profesaban especial afecto. Juan acogió al forastero amablemente y lo atendió hasta el punto de confiarle el cuidado de la diócesis mientras él hacía un viaje por tierras de Asia. Severiano no se comportó correctamente, además de que su fidelidad a la ortodoxia no resultó muy clara, trató de granjearse la simpatía de los constantinopolitanos y de desplazar al obispo ausente. Serapión, un clérigo de Juan, envió un recado a su prelado avisándole de lo que ocurría; más aún: un día, al pasar Severiano ante Serapión, que se hallaba sentado, éste no se levantó de su asiento. Entonces Severiano, visiblemente irritado, exclamó a grandes voces:

—Juro que haré matar a este clérigo; y, si no lo consigo, es que Cristo no existió.

Tan pronto como Juan se enteró de esto, regresó rápidamente a Constantinopla y expulsó de la ciudad a Severiano, por blasfemo. La emperatriz, a quien no gustó esta medida, revocó la orden de expulsión dictada contra Severiano, llamó a Juan y le rogó que se reconciliase con su colega. Juan, en principio, se resistió a hacer lo que se le pedía, y sólo accedió a ello cuando la emperatriz, tomando a su pequeño hijo Teodosio, lo sentó sobre las rodillas de Crisóstomo y le suplicó y resuplicó que hiciese las paces con Severiano.

Por entonces también ocurrió este otro caso: El obispo de Alejandría, Teófilo, expulsó de su diócesis sin motivo alguno a Dióscoro, varón santísimo, y a un clérigo llamado Isidoro, con el que antes había mantenido estrechísima amistad. Ambos desterrados se presentaron en Constantinopla y refirieron al emperador y a Juan lo que les había sucedido. Juan, que tenía muy buena opinión de ellos, aunque los escuchó cortésmente no quiso

pronunciarse en ningún sentido ni mantener trato especial ni con el uno ni con el otro mientras no tuviera una mayor información sobre el caso. Alguien, si embargo, dijo a Teófilo que Juan había acogido muy favorablemente a los dos desterrados, que estaba de parte de ellos y que ostensiblemente los protegía. La noticia era falsa; pero Teófilo, sin entrar en más averiguaciones, se encolerizó, se propuso vengarse de Dióscoro y de Isidoro y hacer cuanto pudiera, sin cejar en su empeño, para que Juan Crisóstomo fuese depuesto de su sede. Disimulando sus intenciones, Teófilo escribió a todos los obispos del imperio comunicándoles que tenía intención de condenar los libros de Orígenes, pero que antes de hacerlo deseaba conocer su opinión al respecto. Después de escribir estas cartas se fue a Chipre, visitó a Epifanio, varón santísimo, obispo de la isla y gran amigo suyo, le manifestó que pensaba condenar los libros de Orígenes y le pidió que condenara también los susodichos escritos. Epifanio, cuya santidad le movía a no pensar jamás mal de nadie, se dejó sorprender por Teófilo y, sin advertir las segundas intenciones que su amigo le ocultaba, reunió en Chipre a todos los obispos que dependían de él y les prohibió que leyeran en adelante las obras de Orígenes; luego escribió una carta a Juan Crisóstomo y le rogó que también él prohibiera la lectura de tales libros, y que tuviera a bien respaldar con su autoridad la prohibición que acababa de hacer a los obispos sometidos a su jurisdicción. Juan no dio mayor importancia a la carta de Epifanio y, sin preocuparse en absoluto de lo que sus enemigos tramaban, continuó trabajando en su ministerio y en la divulgación de la doctrina eclesiástica, cosechando espléndidos frutos. Mas, al cabo de algún tiempo, Teófilo dio rienda suelta al odio que hasta entonces había procurado mantener oculto en el fondo de su corazón, y manifestó públicamente que no descansaría hasta conseguir que Juan fuese depuesto de su silla, interesó en esta empresa a muchos clérigos y próceres de la corte enemigos también de su enemigo, y se puso de acuerdo con ellos para permanecer al acecho de alguna ocasión favorable que les permitiera celebrar una asamblea en Constantinopla, a fin de pedir en ella la destitución del obispo. Estando las cosas así, llegó Epifanio a la ciudad imperial llevando consigo el decreto de condenación de los libros de Orígenes para recabar firmas. Juan ofreció a Epifanio alojamiento en su casa, pero Epifanio, para no disgustar a su amigo Teófilo, declinó la invitación. Varios obispos, por consideración a Epifanio, firmaron el decreto de condenación de Orígenes; otros, en cambio, optaron por no hacerlo. Uno de los que no firmaron fue Teotino, obispo de Sicea y varón famosísimo por la rectitud de su vida. Este prudente prelado, cuando Epifanio le invitó a que firmara el decreto, le respondió de esta manera:

—Mira, Epifanio, yo no puedo soportar que se cubra de infamia a quien hace tan poco tiempo murió piadosamente y ya descansa en paz. Me guardaré muy bien de incurrir en la blasfemia de condenar lo que nuestros predecesores en el episcopado se negaron a condenar. Por otra parte, no veo que la doctrina que Orígenes ha expuesto en sus libros sea mala. Sospecho que quienes han promovido esta campaña contra él no saben lo que hacen. Atanasio, el más calificado defensor de la ortodoxia en el concilio de Nicea, cuando quiso demostrar la verdad de la doctrina de la Iglesia frente a las falsedades arrianas, adujo como testimonio definitivo la autoridad de Orígenes, cuyos libros mantuvo en todo momento junto a los suyos. Por vía de ejemplo te diré que, en ese concilio, Atanasio, al defender la divinidad del Hijo, tras citar varios pasajes de Orígenes, concluyó sus argumentaciones con estas palabras textuales: «El admirable e infatigable investigador Orígenes afirmó con toda claridad la naturaleza divina del Verbo al asegurar que era coeterno con el Padre».

Saltando por encima de las prescripciones canónicas, Epifanio se tomó la libertad de conferir a alguien las órdenes sagradas en la catedral de Constantinopla sin autorización de Juan. Este, no obstante, no se molestó con Epifanio; al contrario, continuó ofreciéndole su casa y rogándole que fuese a alojarse en ella con él y otros varios obispos. Epifanio correspondió a las invitaciones de Juan diciéndole que ni se alojaría en su palacio ni se juntaría a orar en su compañía mientras no expulsase de la ciudad a Dióscoro, y en tanto no firmara el decreto de condenación de Orígenes. Como Juan se negó a ambas cosas, sus envidiosos enemigos aprovecharon esta circunstancia para enconar a Epifanio contra él; y, en efecto, Epifanio hizo pública la condenación de Orígenes, formó proceso a Dióscoro y comenzó a hacer mala campaña contra Juan. Este entonces se encaró con Epifanio y le dijo:

—Epifanio, te estás portando de modo indebido: primeramente conferiste órdenes sagradas en

mi catedral sin contar conmigo; después, sin pedirme previamente autorización, celebraste en ella diferentes funciones litúrgicas y te vienes conduciendo como si fueses el obispo de esta ciudad. Además, obstinadamente has rechazado cuantas invitaciones te he hecho para que te alojarás en mi casa. Escucha bien lo que te digo: ten mucho cuidado con lo que haces, porque estás a punto de provocar conflictos muy graves y serios; en cualquier momento el pueblo puede levantarse contra ti y te advierto que, si esto ocurriera, saldrías muy mal parado.

Epifanio, avisado del peligro que corría, tuvo miedo y se marchó de Constantinopla, pero, antes de emprender su viaje de regreso a Chipre, envió a Juan este recado: «Estoy seguro de que no morirás obispo». Con el mismo recadero Juan le contestó: «Estoy seguro de que no llegarás a tu sede». Ambos pronósticos se cumplieron: Epifanio no llegó a Chipre, pues murió en el camino; y poco después de esto, Juan fue depuesto de su silla y, al cabo de cierto tiempo, falleció en el destierro.

Cuantos posesos acuden al sepulcro del santísimo varón Epifanio vense inmediatamente libres de los demonios. Este santo prelado ejercitó su caridad con los pobres de modo extraordinario. En cierta ocasión distribuyó entre los menesterosos todos los bienes de su iglesia y se quedó sin nada absolutamente. Momentos después llegó a su casa un desconocido, le entregó una talega con dinero y se marchó. Nunca se pudo saber ni quién fuera el generoso donante, ni de dónde había venido, ni hacia dónde se dirigió.

Otra vez, dos pobres que caminaban juntos, al ver desde lejos a Epifanio, urdieron una estratagema para obtener de él una limosna sustanciosa: uno de ellos se tendió en el suelo, boca arriba, como si estuviera muerto; el otro se postró en tierra al lado de su compañero, e inclinado sobre él comenzó a llorar reciamente y a lamentarse de que no disponía de medios para enterrarle con decoro. Epifanio se acercó a ellos, oró durante un momento por el eterno descanso del difunto, luego consoló al vivo, le dio lo necesario para que pudiera sepultar al muerto y se marchó. En cuanto el santo desapareció, el vivo zarandeó al que hacía de muerto y le dijo:

—¡Levántate! ¡Menudo banquete nos vamos a dar! ¡Hoy nos desquitamos de nuestras privaciones!

Por mucho que el vivo zarandeó a su compañero, éste no se movió, ni podía moverse porque estaba realmente muerto. El vivo, al darse cuenta de que el otro había fallecido, salió corriendo en busca de san Epifanio, lo alcanzó, le refirió lo ocurrido, y le rogó que resucitase a su amigo. Epifanio lo consoló de nuevo, tratólo con mucha benignidad, pero le hizo saber que no resucitaría al difunto para que el hecho sirviera de escarmiento a los truhanes, quienes, al enterarse de aquel suceso, se abstendrían en adelante de recurrir a astucias para abusar de la buena voluntad de los ministros de Dios.

Poco después de que Epifanio marchara de Constantinopla, alguien comunicó a Juan que la verdadera promotora de la campaña que el obispo de Chipre promoviera contra él había sido la emperatriz Eudoxia. Juan, entonces, inflamado por el celo que ponía en todas sus cosas, en un sermón que predicó ante el pueblo vituperó con enérgica acritud a las mujeres, sin exceptuar a ninguna, y se expresó en tales términos que todos los oyentes quedaron firmemente persuadidos de que las inventivas del obispo iban dirigidas claramente contra la emperatriz. En cuanto Eudoxia se enteró de esto, se quejó ante su esposo y trató de hacerle ver que las ofensas que Juan le había inferido en aquel sermón alcanzábanle también a él en su doble calidad de marido suyo y de emperador, y en mayor medida que a ella. A fuerza de insistir, Eudoxia consiguió que el emperador encargara a Teófilo la misión de convocar un sínodo para proceder a la destitución de Juan. Teófilo aceptó el encargo de tan buena gana, que a toda prisa hizo la convocatoria. Los obispos comenzaron a llegar a Constantinopla. Los primeros en acudir a la llamada de Teófilo fueron los enemigos de Juan, quienes, rebosantes de alegría, no se recataban de insultarle públicamente y de decir a cuantos querían oírles que iban a deponer de su sede a aquel hombre soberbio e impío.

El sínodo se celebró tan pronto como los convocados afluyeron a la ciudad. En él no se trató para nada de los libros de Orígenes. El único tema que en las sesiones se ventiló fue el de la destitución de Juan, a quien se atacó durísimamente. Como el santo obispo no acudió a la asamblea, los sinodales determinaron que algunos de ellos fuesen a buscarlo y le entregasen una citación en la que se le ordenaba su comparecencia. Juan se negó a presentarse, manifestando a los emisarios que ni tenía por qué comparecer ante una turba de enemigos ni acataría la sentencia que en aquel sínodo

se dictase, y que únicamente se sometería a la decisión que sobre aquel caso adoptase un concilio ecuménico. Cuatro veces más lo citaron y otras tantas respondió a los mensajeros de la misma manera. En vista de que tras cinco citaciones no consiguieron que Juan se presentase en la asamblea, y de que en las cinco ocasiones manifestó a los emisarios que no acataría más sentencia que la que dictase un concilio ecuménico, los sinodales condenaron a Juan a ser depuesto de su sede formulando contra él únicamente este cargo: que habiendo sido citado reiteradamente para que acudiera al sínodo se había negado a asistir, obstinadamente.

Al enterarse el pueblo de que su obispo había sido depuesto de su silla por el sínodo, se echó a la calle protestando contra tal decisión, manifestando que no estaban dispuestos a tolerar que Juan fuese destituido, y exigiendo que se llevase el asunto a un concilio general. El emperador, en cambio, conminó al prelado para que abandonase inmediatamente la ciudad de Constantinopla y saliese camino del destierro. Juan, temiendo que el pueblo, por defenderle a él, se alzase contra el emperador y contra los sinodales, y que aquello degenerase en una grave conflagración, por propia iniciativa y secretamente se entregó a los agentes encargados de conducirle al exilio, y éstos, también secretamente lo sacaron del país.

Cuando la gente de Constantinopla se enteró de que su obispo había sido conducido al destierro, se organizó una algarada descomunal; incluso muchos de los que antes habían deseado la destitución del prelado y actuado como enemigos suyos, al conocer cómo todo aquello se había llevado a cabo se indignaron y, movidos por sentimientos de piedad y misericordia, se unieron a los amotinados y sumaron sus voces a las de éstos, clamando, protestando y gritando que no había derecho a cometer tan monstruoso atropello contra un hombre víctima de las más viles calumnias. En cambio, Severiano, del que ya hemos hablado, se esforzó por convencer a las multitudes en los sermones que por entonces predicó en las iglesias, de que el sínodo había hecho lo que tenía que hacer, pues aun en el supuesto de que Juan no hubiese incurrido en ningún delito concreto, había en su soberbia motivos más que suficientes para privarle del ministerio episcopal.

Como los tumultos y sediciones populares contra el emperador y los obispos no cesaban, la emperatriz aconsejó a su marido que levantase la pena de destierro impuesta a Juan y que lo repusiese en la sede de Constantinopla. Por entonces ocurrió este otro hecho: un espantoso terremoto conmovió las casas y el suelo de la ciudad. El fenómeno fue interpretado por los constantinopolitanos como un castigo del cielo por la expulsión de Crisóstomo. El emperador, influido por los ruegos de su esposa y por el miedo que el terremoto le produjo, envió unos legados a donde Juan estaba cumpliendo su pena, con la misión de que le rogaran de su parte que regresara cuanto antes a la ciudad para protegerla con sus oraciones y para acabar con la sedición del pueblo. Tras esta embajada envió otra, y otra después. El encargo confiado por el emperador a todas estos embajadores fue siempre el mismo: que trataran de convencer a Juan para que regresase lo más pronto posible a Constantinopla. El santo, al principio se negó a volver; pero, al cabo, terminó cediendo y emprendió el viaje de regreso. Algunos de los legados imperiales se adelantaron para comunicar a su señor que el obispo venía ya de camino. El pueblo, al conocer tan grata noticia, salió a su encuentro masivamente, en procesión, llevando en sus manos cirios encendidos, y, al encontrarse con él, formaron en torno suyo una honrosísima escolta y lo acompañaron hasta el centro de la ciudad. Juan, empero, se negó a hacerse cargo de la sede episcopal en tanto quienes en un sínodo le habían condenado y depuesto, en otro sínodo no revocaran la sentencia anterior; pero los fieles impacientes por verle cuanto antes en su cátedra y oír nuevamente sus predicaciones, a fuerza de ruegos y súplicas consiguieron que entrara en la catedral y que les predicara un sermón desde el trono episcopal.

El mismo día de la entrada de Juan en Constantinopla, Teófilo huyó de la ciudad y se refugió en Hierápolis, en donde permaneció durante algún tiempo. Mientras él estaba allí murió el obispo de aquella diócesis, y fue elegido para ocupar la sede vacante un monje muy santo llamado Lamón; pero este virtuoso varón suplicó vehementemente a los electores que lo dejaran en paz y eligieran a otro. Teófilo fue a visitar a Lamón y trató de convercerle de que debería aceptar el cargo, y tanto le insistió, que el electo, al cabo, le dijo:

—Dejemos por hoy este asunto; yo te prometo que mañana haré lo que entienda que es la voluntad de Dios.

Al día siguiente los encargados de requerir su aceptación acudieron a su celda y le apremiaron para que aceptase el resultado de la elección. Pero el monje les contestó:

—Oremos antes al Señor.

Lamón se arrodilló, comenzó a orar, y, mientras oraba, expiró.

En cuanto Juan fue repuesto en su sede reanudó sus tareas episcopales con el fervor y dedicación habituales en él, y comenzó nuevamente con el empeño que le caracterizaba a sembrar entre el pueblo la verdadera doctrina de la Iglesia.

Por aquel tiempo erigieron en la plaza, al lado del templo de santa Sofía, una estatua de plata cubierta con una clámide. La estatua representaba a la emperatriz Eudoxia. Los próceres de la corte y los soldados organizaban frecuentemente festejos públicos en aquel lugar, ante el monumento. Esto desagradaba a Juan en gran manera, pues a su juicio constituía una falta de respeto al susodicho templo celebrar ante sus mismas puertas tan profanos festejos. Para terminar con tales abusos no anduvo con ruegos y súplicas a la autoridad solicitando de ellas que prohibieran la celebración en aquel lugar de semejantes fiestas, como hubieran hecho otros como en principio parece que debiera haber hecho él, sino que, con su característica firmeza, recurrió como solía hacer a las armas de su elocuencia y, una vez más, con la avasalladora fuerza de su palabra; y, sin pelos en la lengua, arremetió contra quienes tomaban parte en aquellos actos, y maldijo a quienes los organizaban y a los que habían tenido la desafortunada idea de erigir en aquel sitio la estatua de la emperatriz. Nuevamente Eudoxia se sintió ofendida e inició una segunda campaña para que se celebrase otro sínodo y se reiterase en él la condenación del obispo; mas cuando Juan se enteró de lo que la emperatriz estaba tramando, pronunció en la catedral la célebre homilía que comienza con estas palabras: «Herodías ha recaído por segunda vez en un fuerte ataque de locura; nuevamente está furiosa y se agita, y pide que de nuevo se siegue la cabeza de Juan y que se la entreguen a ella». Esta homilía soliviantó más a Eudoxia; los atentados contra el obispo se sucedieron en cadena; en el preciso momento en que uno de ellos estaba a punto de perpetrarse, el pueblo cayó sobre un hombre que trataba de asesinar al obispo, y lo condujo ante el tribunal para que fuese juzgado; pero el prefecto, antes de que el juicio se celebrara, temiendo que el público, indignado matase al frustado criminal, puso a éste a buen recaudo. Pocos días después se repitió el intento de asesinato: el criado de un presbítero se arrojó sobre Juan e intentó apuñalarle; no lo consiguió, porque en aquel preciso instante otro hombre se lanzó sobre el sicario y consiguió sujetarle; el sicario, no obstante, haciendo un rapidísimo movimiento hundió furiosamente su puñal contra el que le sujetaba y lo mató, y mató a otro más que trató de desarmarle, y a un tercero que intentó reducirle, y a otros muchos que estaban entre la muchedumbre del público que allí se había congregado con motivo del incidente. A partir de este suceso el pueblo se organizó para custodiar a Juan y hacer guardia permanente de día y de noche delante de su casa.

A instancias de la emperatriz, los obispos se reunieron en Constantinopla y promovieron una intensa y feroz campaña de acusaciones contra el prelado.

Aquel mismo año, unos días antes de la fiesta de la Navidad del Señor, el emperador comunicó a Juan que, en tanto no diera cumplida satisfacción a los delitos que se le imputaban, rompía toda comunicación personal con él.

Reunida la asamblea de los obispos, y revisados por los asistentes los cargos que contra Juan se habían formulado, pese a que los analizaron meticulosamente para ver si hallaban algún motivo en que fundar su condena, no encontraron nada que pudiera servirles para sacar adelante su pretensión; pero, como estaban predispuestos a condenarlo, lo condenaron, utilizando como pretexto el hecho de que, habiendo sido en otra ocasión depuesto por un sínodo, había tenido la osadía de ocupar de nuevo su sede sin autorización de otro sínodo. Formulada esta segunda condena, el emperador, unos días antes de la solemnidad de la Pascua envió un comunicado a Juan advirtiéndole que, puesto que pesaban sobre él las condenaciones de dos sínodos, no tuviera el atrevimiento de hacer acto de presencia en la catedral. Juan se dio por enterado, y aunque contaba con el apoyo de muchos partidarios que se daban a sí mismos el nombre de *juanistas,* a partir de la recepción de ese aviso cesó de desempeñar su ministerio episcopal y, por supuesto, en las fiestas de la Pascua no acudió a la catedral. Poco despuées, el emperador lo expulsó de la ciudad haciendo que lo llevaran desterrado a una pequeña población de la región del Ponto, en los confines del imperio romano, colindante con

unas tierras habitadas por gentes que tenían fama de bárbaras y feroces. Pero el Señor, en su clemencia, no permitió que su fidelísimo atleta, defensor de la santidad de la Iglesia, permaneciera mucho tiempo en tan inhóspito lugar.

El papa Inocencio se llevó un gran disgusto cuando supo que Juan había sido destituido y desterrado, y escribió en seguida una carta al clero de Constantinopla prohibiendo que se procediera al nombramiento de nuevo obispo en tanto un concilio que pensaba convocar no examinara la causa del prelado depuesto; mas, como quiera que éste se hallaba exhausto de fuerzas por las fatigas que pasó durante el largo camino que tuvo que recorrer desde Constantinopla al desierto, y por sus crónicos dolores de cabeza que se le acrecentaron con el calor abrasador e insoportable que en aquella tierra hacía, no mucho después de su llegada, en el pequeño pueblo de Cucuso donde lo habían confinado, un 14 de septiembre su santa alma se desprendió de su cuerpo.

En cuanto el santo varón expiró, cayó sobre Constantinopla y sus alrededores una imponente granizada que todos interpretaron como un castigo de la ira divina por los atropellos e injusticias que en aquella ciudad se habían cometido contra el venerable obispo; y para que no quedara duda de que, en efecto, la tal granizada constituía un castigo de Dios, otro hecho vino a confirmarlo: cuatro días después de que cayera sobre Constantinopla la imponente y terrible masa de granizo, la emperatriz murió inesperadamente.

A raíz del fallecimiento de este doctor de todas las tierras los obispos de Occidente hicieron saber a los de Oriente que, hasta que no incluyeran el nombre de tan santísimo prelado en la lista de los pontífices que habían ocupado la sede de Constantinopla, no mantendrían trato ni comunicación alguna con ellos.

Años más tarde, siendo emperador el hijo de Arcadio, es decir, el cristianísimo Teodosio, que había heredado de su abuelo no sólo el nombre, sino también su acendrada piedad, hizo trasladar los restos del insigne doctor san Juan Crisóstomo a la capital del imperio. Este traslado se efectuó durante el mes de enero. Los habitantes de Constantinopla, fieles a su recuerdo, llevando en sus manos lámparas encendidas, salieron a recibir las sagradas reliquias del santo. Una vez que éstas fueron colocadas en la catedral, Teodosio se postró ante ellas y pidió a san Juan que perdonase a sus padres Arcadio y Eudoxia, ya difuntos, las desdichadas injurias que por ignorancia le habían inferido.

Este emperador Teodosio durante su reinado se condujo con extraordinaria clemencia. No sólo no condenó a muerte a nadie, sino que solía decir: «Ojalá pudiese yo devolver la vida a los muertos». Su curia imperial parecía un monasterio: diariamente él, y lo nobles asistentes al trono, recitaban los maitines y leían las Sagradas Escrituras. Su mujer, que también se llamaba Eudoxia, fue muy aficionada a la poesía, y compuso muchos poemas. Con ella tuvo una hija que llevó el mismo nombre de Eudoxia y se casó posteriormente con Valentiniano, a quien Teodosio había hecho emperador.

Todos estos detalles los he tomado de la *Historia Tripartita.*

San Juan Crisóstomo murió hacia el año 40 de nuestra era.

Capítulo CXXXIX

SANTA EUFEMIA

Eufemia, de *eu* (bien) y de *fémina* (mujer), significa *buena mujer,* es decir, mujer útil, honesta y agradable, conforme a los tres sentidos en que puede tomarse la palabra *bien.* En esta santa concurrieron los tres mencionados géneros de bondad: fue *útil* a los demás, con su trato; *honesta* en sí misma, por la rectitud de su conducta; y *agradable* a Dios, por la contemplación de las cosas celestiales.

Cabe también suponer que Eufemia derive de *eufonía* en cuyo caso significaría *dulce sonido.* Un sonido dulce puede ser producido por tres procedimientos: mediante la voz, como ocurre en el canto; mediante cuerdas,

como en la cítara; y mediante el aire, como en el órgano. Santa Eufemia emitió en honor de Dios muy dulces sonidos por los tres procedimientos; mediante su voz, predicando; mediante las cuerdas de su corazón, con la rectitud de sus obras; mediante el aire, a través del hálito de su devoción interior.

Eufemia, hija de un senador, al ver cómo en tiempo de Diocleciano los cristianos eran cruelmente atormentados y sometidos a acerbísimas torturas, se presentó espontáneamente ante el juez Prisco y le manifestó que también ella creía en Cristo. Con este valiente gesto de religiosidad contribuyó a que los perseguidos se reafirmaran en su fe. Solía el juez matar a los fieles uno a uno y en presencia de otros correligionarios para que éstos, al contemplar los atroces suplicios que también a ellos les aguardaban, se asustaran y, siquiera por miedo, accedieran a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos. Pues bien; en una ocasión en que varios santos estaban siendo horriblemente torturados, Eufemia, animada por la fortaleza con que las víctimas soportaban sus padecimientos, se encaró con el juez y le dijo a gritos:

—¡Me estás injuriando!

El juez, creyendo que la joven con aquellas quejas quería dar a entender que se hallaba dispuesta a renegar de su fe, para salir de dudas le preguntó:

—¿Por qué dices que te estoy injuriando?

Eufemia le respondió:

—Porque soy de condición social noble y tengo por tanto derecho a ser martirizada antes que éstos, que son personas corrientes. Tú, sin embargo, estás alterando el orden correcto de precedencia, y contribuyendo a que estos desconocidos y forasteros plebeyos vayan delante de mí en este viaje que con ellos hago hacia Cristo, y entren antes que yo en la gloria que se nos ha prometido.

—Yo suponía, replicó el juez, que hubieses reflexionado y sentía cierta satisfacción al pensar que, acordándote de tu sexo y de tu noble nacimiento, deseabas dar muestras de sensatez.

Prisco ordenó que encerraran a Eufemia en la cárcel. Al día siguiente la joven fue conducida con otros muchos presos al lugar en que se ejecutaban los martirios, y al comparecer ante el juez, como todos los compañeros estaban maniatados y a ella, en cambio, la habían llevado hasta allí con las manos sueltas, se encaró de nuevo con Prisco y le preguntó:

—¿Por qué no me habéis atado las manos, tal como mandan las leyes dictadas por el emperador?

A esta reclamación Prisco respondió ordenando que la abofetearan sin piedad y que la encerraran nuevamente en la cárcel.

Aquel mismo día, el juez, ardiendo de concupiscencia, fue a visitarla a la prisión y trató de abusar de ella; pero no lo consiguió porque, además de que Eufemia se defendió valientemente, Dios vino en su ayuda haciendo que una de las manos del libidinoso juez se quedara repentinamente seca.

Pensó Prisco que la paralización de su mano se había producido por encantamiento o artes mágicas de la joven, y, como continuaba firme en su propósito de gozar de ella, encargó al administrador de su casa que fuese a la prisión, se entrevistase con Eufemia, y viese la manera de conseguir, mediante halagos y promesas de dádivas, que su ánimo se ablandara y accediera a satisfacer los torpes deseos que interiormente le abrasaban. Fue el administrador a la cárcel, y halló sus puertas cerradas de tal modo, que por mucho que lo intentó no consiguió abrirlas ni con llaves ni con golpes de hacha. Después de mucho bregar, poseído por el demonio, arañándose el rostro, mordiéndose las manos y dando voces, abandonó su empresa y escapó de allí sin haber logrado entrar en la prisión.

Después de esto sacaron a Eufemia de la cárcel y la ataron a una rueda cuyos radios estaban llenos de fuego. El herrero que construyó este artefacto dijo desde el centro del mismo a los encargados de ponerlo en movimiento:

—¿Veis esta palanca que tengo en la mano? Con ella haré funcionar esta máquina. Tan pronto como oigáis el primer ruido de la palanca, empujad la rueda con fuerza y todos a una; en cuanto la rueda comience a girar empezarán a salir las brasas que sus radios contienen, y en muy poco tiempo el cuerpo de esta mujer quedará carbonizado.

Apenas el herrero hubo dado esta consigna, quiso Dios que la barra de hierro que tenía en sus manos cayese al suelo. Los encargados de poner la rueda en movimiento, creyendo que el ruido producido por la palanca al caer era la señal dada por le herrero para que comenzaran a hacer su oficio, inmediatamente lo hicieron, la rueda empezó a girar y a despedir las brasas que sus rayos contenían, y en poco rato aquel fuego abrasó al herrero, que no se había colocado todavía en el lugar adecuado; en cambio, Eufemia, a pesar de que estaba atada a

la rueda, salió completamente ilesa del tormento que para ella habían preparado. Los padres del herrero, al ver que su hijo había perecido y que Eufemia se hallaba a salvo, indignados y profiriendo dolorosos lamentos, se apoderaron de la joven, la ataron de nuevo a la rueda, pusieron bajo ésta gran cantidad de leña y la encendieron con la idea de que en aquella hoguera ardieran al mismo tiempo la doncella y la rueda. La rueda, en efecto, se quemó, pero no se quemó Eufemia, porque un ángel acudió en su ayuda, la desató y la puso a salvo manteniéndola suspendida milagrosamente en el vacío a una altura a la que no llegaban las llamas.

Un tal Apeliano, testigo de este nuevo prodigio, se acercó al juez y le dijo:

—La única manera de matar a un cristiano sin que falle el procedimiento, es segarle el cuello con una espada; si quieres, pues, acabar de una vez con esta joven, sigue mi consejo: manda que le corten la cabeza.

Como Eufemia permanecía suspendida en el aire, para poder llegar a donde estaba trajeron una escalera, se encaramó en ella el encargado de bajarla, pero el infeliz hombre aquel, al alargar su brazo para tirar de la doncella y obligarla a descender, quedó de repente totalmente paralítico, rodó escaleras abajo y cayó al suelo medio muerto. Seguidamente trepó por la escalera otro, llamado Sosteneo, e intentó repetir la operación; mas cuando ya estaba a punto de alcanzar con sus manos los pies de Eufemia, sintióse de repente interiormente cambiado, desistió de su intento, pidió perdón a la santa, desenvainó su espada y, dirigiéndose al juez, le dijo:

—Prisco: esta joven etá protegida por los ángeles; dime que hunda esta espada en mi propio cuerpo y lo haré; pero no me mandes que a ella le haga el menor daño.

Finalmente consiguieron bajar a Eufemia hasta el suelo. Entonces Prisco ordenó a su secretario:

—Reúne a cuantos jóvenes libertinos encuentres en la ciudad e ínstales a que unos tras otros abusen de esta mujer hasta que, exhausta de fuerzas, muera de fatiga.

Encerraron a Eufemia en la cárcel; pasó el primero de los lujuriosos reclutados; pero el vicioso pagano, al ver a la joven orando rodeada de un coro de hermosísimas y resplandecientes doncellas, conmovido por tan impresionante espectáculo y por lo que Eufemia le dijo, se convirtió al cristianismo. Ante este resultado, Prisco mandó que trasladasen a Eufemia a un calabozo especial, y que la colgasen por los cabellos del techo, en el que había cuatro bloques enormes de piedra dispuestos de tal manera, que si ella caía al suelo caerían también simultáneamente los cuatro peñascos, y quedaría aplastada por ellos como quedan aplastadas y exprimidas las aceitunas en el lagar. Dispuso igualmente el juez que no suministraran a la prisionera ninguna clase de alimento, para que en el supuesto de que no le fallara la cabellera cayera necesariamente al suelo a causa del desfallecimiento. Pero la joven no cayó ni por lo uno ni por lo otro, porque diariamente acudía al calabozo un ángel y la alimentaba, y al cabo de siete días, mientras Eufemia oraba, las cuatro enormes piedras dispuestas en el techo se convirtieron en una masa compacta formada por menudísimo polvo tan fino como la ceniza.

El juez, lleno de vergüenza y de rabia al sentirse vencido por una doncella tan tierna, mandó que la arrojasen a un foso en el que había tres ferocísimas fieras capaces de devorar en un instante a cualquier persona que estuviera al alcance de sus dientes. Las fieras, empero, se acercaron mansamente a la joven, extendieron y reunieron sus colas, formaron con ellas una especie de trono para que Eufemia se sentara, y dejaron estupefacto a Prisco que desde arriba contemplaba cuanto en el fondo del foso ocurría. Testigo de esta escena fue también el verdugo oficial de la prefectura, quien, al ver a Prisco casi muerto de rabia, para vengar la derrota que el juez estaba sufriendo alargó el brazo y con la punta de su espada atravesó el corazón de Eufemia convirtiéndola de este modo definitivamente en mártir de Cristo. Prisco recompensó al verdugo regalándole un rico vestido de seda y un collar de oro. Mas he aquí que la primera vez que el verdugo se puso aquellas galas fue atacado y devorado por un león que no dejó de él más que algunos trozos de huesos, unas cuantas hilachas del rico vestido de seda y un pequeño fragmento del collar de oro. Eso fue lo que hallaron sus parientes, quienes al notar su prolongada ausencia se dedicaron durante muchos días a buscarlo por todas partes. También Prisco, poco después de esto, fue encontrado muerto con señales manifiestas de haber intentado devorarse a sí mismo.

Santa Eufemia padeció su martirio hacia el año 280. Su cuerpo fue enterrado honorablemente en Calcedonia. A raíz de su muerte cuantos paganos y

judíos vivían en esta ciudad se convirtieron al cristianismo.

San Ambrosio, en un prefacio que compuso en honor de esta insigne doncella, dice lo siguiente: «La santa y victoriosa virgen Eufemia conservó la mitra de la virginidad y recibió como premio la corona del martirio. Con sus oraciones consiguió la conversión de un adversario y enemigo suyo; con su fortaleza venció la tenacidad de Prisco. Esta ilustre doncella salió ilesa del fuego de una hoguera, redujo a polvo la dureza de unas piedras enormes, logró que unas fieras se amansaran y doblegaran ante ella sus cérvices en señal de sumisión, sacó valor y entereza con su oración para soportar los más atroces suplicios, y murió finalmente con su corazón traspasado por la punta de una espada. De ese modo su alma salió de este mundo, voló alegremente hasta los claustros de la gloria, y se incorporó a los coros celestiales. ¡Señor! ¡Concédenos que esta sagrada virgen proteja a tu Iglesia, e interceda por nosotros, pecadores! ¡En atención a ella, que fue tan pura y tan santa y vive ya junto a ti, escucha nuestras oraciones y toma en consideración nuestros deseos!».

Capítulo CXL

SAN MATEO, APÓSTOL

San Mateo tuvo dos nombres: el de Mateo y el de Leví. Mateo de suyo significa algo así como *don de la prontitud* y *dador de consejos,* y si nos atenemos a la etimología puede significar dos cosas más: *grande ante Dios,* si suponemos que la palabra Mateo deriva de *magnus* (grande) y de *theos* (Dios); *mano de Dios,* en el caso de que procediera de los vocablos *manus* (mano) y *theos* (Dios). Las cuatro mencionadas significaciones convienen adecuadamente a este santo, que fue *don de la prontitud,* por la presteza con que acudió a la divina llamada; *dador de consejos,* mediante su provechosa y salutífera predicación; *grande ante Dios,* por la perfección de su vida; y *mano de Dios,* en cuanto que el Señor se sirvió de él para que escribiera el evangelio a fin de que su divina palabra llegara hasta nosotros. Con no menor propiedad llevó el nombre de Leví, porque Leví quiere decir *tomado, incorporado, agregado, añadido,* y san Mateo fue *tomado* de la mesa de los tributos, *incorporado* al colegio apostólico, *agregado* al grupo de los evangelistas, y *añadido* al catálogo de los mártires.

Estando el apóstol Mateo predicando en Nadaber, ciudad de Etiopía, se enteró de que dos magos, llamados uno Zaroen y otro Arfaxat, tenían a la gente medio enloquecida de entusiasmo, pues habían hecho creer al pueblo, mediante ciertos artificios que, si ellos querían, podían hacer que cualquiera perdiese la salud o el uso de sus miembros. Estos dos hombres, movidos por su propia soberbia, llevaron las cosas hasta el extremo de hacerse adorar públicamente como si fueran dioses. Mateo, que desde su llegada a Nadaber se hallaba hospedado en casa de aquel eunuco de la reina Candaces bautizado con anterioridad por Felipe, no tardó en descubrir los trucos que los magos utilizaban, ni en comenzar a contrarrestar la perniciosa labor de los dos hechiceros para, de ese modo, trocar en beneficio de los habitantes de la ciudad cuanto Zaroen y Arfaxat hacían en detrimento de los mismos.

Un día, el eunuco preguntó a Mateo cómo se las arreglaba para entender y hablar tan diversas lenguas. Mateo le respondió que ello se debía a que el Espíritu Santo había descendido sobre él y otorgádole ese don; y seguidamente le explicó que, así como Dios pudo hacer que los babilonios no se entendieran entre sí y se vieran obligados a desistir de su empeño cuando, llevados de su soberbia, pretendieron edificar una torre tan alta que llegara hasta el cielo, así también pudo hacer e hizo lo contrario, o sea, que los apóstoles, encargados de construir otra torre no a base de piedras, sino de virtudes, destinada a sevir de medio para que los creyentes alcanzasen el cielo de la salvación, entendieran todas las lenguas. Cuando Mateo estaba precisamente explicando estas cosas al eunuco, alguien llegó de la calle y les dijo:

—Zaroen y Arfaxat acaban de introducir en la ciudad dos dragones tan perniciosos que, con el

aliento que sale de sus bocas y narices, en poco tiempo pueden matar a todos los habitantes de Nadaber.

Al oír esta noticia Mateo se santiguó, al instante, completamente seguro de sí mismo, se fue en busca de los dos magos. Los dragones, en cuanto vieron al apóstol se acercaron a él, se tendieron a sus pies e inmediatamente se quedaron dormidos. San Mateo se encaró con los hechiceros y les dijo:

—Vamos a ver ahora hasta dónde llegan vuestros poderes. Ahí tenéis a vuestros dragones; despertadlos si sois capaces de ello. Dad Gracias a Dios de que yo acabo de encomendarme a El y de que he cambiado de sentimientos, porque venía dispuesto a hacer con vosotros lo que vosotros pensabais hacer conmigo.

A todo esto habíase congregado una gran muchedumbre de personas en torno a ellos, y todas fueron testigos de cómo Mateo, en nombre de Jesús, mandó a los dragones que huyeran de allí inmediatamente sin hacer daño a nadie y de cómo los monstruos al instante obedecieron y emprendieron la huida. Acto seguido el apóstol predicó ante la multitud un elocuente e importante sermón acerca de la felicidad del paraíso terrenal. En aquel sermón dijo lo siguiente: que el paraíso terrenal estuvo situado en un lugar próximo al cielo, en una planicie más elevada que las más altas montañas; que en él no había ni espinas ni abrojos, sino azucenas y rosas que jamás se marchitaban; que allí no se envejecía, porque era voluntad de Dios que todas las personas que en él moraban permaneciesen perpetuamente jóvenes; que el ambiente estaba amenizado por músicas que los ángeles tañían en dulcísimos órganos; que las aves acudían prestamente a las manos de quienquiera que las llamara; luego explicó a sus oyentes por qué el hombre había sido expulsado del paraíso terrestre y cómo por los méritos del nacimiento de Cristo, le fue concedida la posibilidad de ingresar en otro paraíso: en el celestial. Cuando el predicador estaba comentando el tema del paraíso del cielo, llegó hasta el auditorio un enorme tumulto de voces y llantos; en aquellas lamentaciones se daba a entender que el hijo del rey había muerto. En efecto, eso era lo que había ocurrido. Los magos trataron en vano de resucitar al difunto, y cuando se convencieron de que no podían conseguirlo, intentaron tranquilizar al rey diciéndole que su hijo había sido raptado por los dioses para convertirlo en uno de ellos, y que por tanto lo que procedía era erigirle inmediatamente una estatua y construir cuanto antes un templo en honor del nuevo dios. El eunuco, que estaba a la sazón en palacio, encargó a alguien que vigilara muy de cerca a los magos, se fue corriendo en busca de Mateo y no tardó en regresar con él. El apóstol se acercó al difunto, hizo una breve oración, y al momento el muerto resucitó. El rey, que se llamaba Egipo, conmovido por semejante prodigio, envió mensajeros por todas las tierras de su reino con la misión de que publicaran este bando: «Venid a ver a Dios, que, bajo el aspecto de un hombre, está en Nabader». Caravanas de personas procedentes de todas las partes del reino, portadoras de coronas de oro y de infinidad de regalos y objetos, rodearon a Mateo y pretendieron ofrecer sacrificios en su honor. El apóstol rechazaba los obsequios y les decía:

—Pero ¿qué es lo que tratáis de hacer? Yo no soy Dios, sino un ser humano, siervo de Jesucristo, el Señor.

A instancias de Mateo, todas aquellas personas, con el oro y plata que para él habían reunido y con el trabajo de sus manos, en treinta días construyeron un templo magnífico. El rey Egido, su mujer y el pueblo entero recibieron el bautismo. San Mateo gobernó aquella iglesia durante treinta y tres años, convirtió a la fe a todos los habitantes de Egipto y consagró a Dios a Efigenia, hija del rey, la cual, por consejo del apóstol, fundó y presidió una comunidad de más de doscientas vírgenes.

A la muerte de Egido subió al trono Hitarco. El nuevo monarca, arrebatado del apasionado amor que sentía por Efigenia, ofreció a Mateo la mitad de su reino a cambio de que convenciera a la joven para que le aceptara por esposo. El apóstol contestó a Hitarco:

—Tu antecesor iba a la iglesia; ve tú también a ella el próximo domingo y escucha atentamente el sermón que pienso predicar a Efigenia y a sus compañeras acerca de la licitud del matrimonio y de las ventajas que la vida matrimonial comporta.

El rey, creyendo que Mateo iba a tratar de convencer a Efigenia de que debería aceptar las proposiciones conyugales que él le hacía, el domingo acudió a la iglesia ilusionado y lleno de alegría. Mateo predicó ante Efigenia y ante el pueblo un largo sermón ponderando las excelencias del matrimonio. Hitarco, mientras le oía, reafirmábase en su suposición de que el predicador, a través de los magníficos conceptos que en su sermón exponía, intentaba inclinar el ánimo de Efigenia hacia la

vida matrimonial; y tan persuadido estaba de que ésta era la intención de Mateo, que aprovechando una pausa que éste hizo y que él interpretó como si el sermón hubiese terminado, se levantó de su asiento y felicitó efusivamente al predicador. Mateo rogó al rey que guardara silencio, que se sentara de nuevo y que continuara escuchando, pues el sermón no había terminado. Luego prosiguió su discurso de esta manera: «Cierto que el matrimonio, si los esposos observan escrupulosamente las promesas de fidelidad que al contraerlo mutuamente se hacen, es una cosa excelente. Pero prestad todos mucha atención a lo que ahora voy a decir: supongamos que un ciudadano cualquiera arrebatara la esposa a su propio rey. ¿Qué ocurriría? Pues que no sólo el usurpador cometería una gravísima ofensa contra su soberano, sino que automáticamente incurriría en un delito que está castigado con pena de muerte; e incurriría en ese delito, no por haber querido casarse, sino por haber quitado a su rey algo que legítimamente le pertenecía, y por haber sido el causante de que la esposa faltase a la palabra de fidelidad empeñada ante su verdadero esposo. Ahora bien; puesto que así son las cosas, ¿cómo tú, Hitarco, súbdito y vasallo del rey eterno, sabiendo que Efigenia al recibir el velo de las vírgenes ha quedado consagrada al Señor y desposada con Él, te atreves a poner en ella tus ojos y pretendes hacerla incurrir en infidelidad a su verdadero esposo que es precisamente tu soberano?».

En cuanto oyó esto, Hitarco, arrebatado de ira, salió furioso de la iglesia. Mateo, sin inmutarse, continuó su plática, exhortó a los oyentes a la paciencia y a la perseverancia, al final del sermón bendijo a las vírgenes y en especial a Efigenia que, asustada, se había arrodillado ante él, y luego prosiguió la celebración de la misa; mas en el preciso momento en que terminaba, cuando aún estaba ante el altar orando con sus brazos extendidos hacia el cielo, un sicario enviado por el rey se acercó a él, le clavó una espada en la espalda, lo mató y lo convirtió en mártir.

La noticia de este suceso se extendió rápidamente por la ciudad. El pueblo se echó a la calle y, amotinadas las gentes, querían a toda costa dirigirse en masa hacia el palacio del monarca para prender fuego al edificio. Los presbíteros y diáconos, no sin gran esfuerzo, consiguieron detener a los insurrectos y convencerlos de que en vez de llevar a cabo la venganza que pretendían tomar contra Hitarco lo que procedía hacer era reunirse entonces mismo todos en la iglesia para celebrar jubilosamente el martirio del apóstol. El rey por su parte en vista de que ni por medio de unas matronas ni con la intervención de los magos logró que Efigenia le aceptara por esposo, despechado, rodeó con grandes montones de leña la casa en que la joven y sus compañeras vivían y, para que todas ellas perecieran quemadas vivas, incendió la leña; mas su propósito fracasó, porque el santo apóstol se apareció a las doncellas y evitó que el fuego llegara al edificio, haciendo que las llamas que salían de la inmensa hoguera cambiaran de dirección y avanzaran y llegaran hasta el palacio del rey, y que en breves momentos el susodicho palacio quedara reducido a cenizas. Hitarco y su único hijo huyeron a tiempo y se libraron de morir abrasados, pero, inmediatamente después de ponerse a salvo, el demonio se apoderó de su hijo, éste comenzó a increpar durísimamente a su padre y a echarle en cara los crímines que había cometido, tras lo cual corrió a refugiarse en el sepulcro del apóstol. Hitarco fue atacado en seguida por la horrible enfermedad de la lepra, y, como cuanto hizo por curarse resultó inútil, al cabo de algún tiempo, desesperado, se suicidó con su propia espada. El pueblo, entonces, proclamó rey a un hermano de Efigenia, bautizado años antes por san Mateo. Setenta años reinó este nuevo monarca. A su muerte heredó su trono un hijo suyo que contribuyó muy generosamente a la propagación de la fe, y llenó de templos cristianos las tierras de Etiopía, de las que ya hacía tiempo que habían desaparecido Zaroen y Arfaxat, quienes el mismo día en que Mateo resucitó al hijo del rey escaparon de Nabader y huyeron a Persia, en donde fueron derrotados por los apóstoles y Judas.

A propósito de san Mateo suelen sus comentaristas poner de relieve estas cuatro cosas: su pronta obediencia, su largueza o liberalidad, su humildad, y la aceptación que en la Iglesia ha tenido su evangelio.

Primera. Su pronta obediencia. En cuanto oyó la llamada del Señor acudió a ella, abandonando su oficio de alcabalero y dejando sobre la mesa las cuentas tal como estaban, incompletas y sin cerrar; ni siquiera se detuvo a pensar si su actitud iba a desagradar a sus jefes.

Dice san Jerónimo que algunos no han sabido interpretar correctamente este comportamiento del apóstol, y que al enjuiciar la rapidez de su obe-

diencia han incurrido en errores. En su comentario original a este pasaje del Evangelio escribe el mencionado Jerónimo: «Porfirio y el emperador Juliano, al tratar de este episodio suponen una de estas dos cosas: o que el hecho no sucedió tal como los evangelistas lo refieren —lo cual equivale a insinuar que los evangelistas han mentido—, o que, si sucedió tal como ellos lo cuentan, tanto Mateo como los demás discípulos que rápidamente se fueron tras el Señor obraron con precipitación e imprudencia, y su actitud es tan reprensible como la de cuantos se lanzan a la aventura alegremente y sin más, en pos del primer desconocido que los invita a que le sigan. Esta comparación es improcedente, porque no cabe duda de que lo mismo Mateo que los demás apóstoles, antes de seguir al Señor ya tenían pruebas de su virtud, bien porque habían oído hablar de El, o bien porque habían sido testigos de algunos de sus milagros; contaban, pues, con garantías que les predisponían a la confianza. Además, en el caso del Salvador, la majestad de la divinidad que se ocultaba bajo su naturaleza humana reflejábase de tal manera en su semblante, y producía tales destellos, que, sólo con mirar a alguien, podía si así lo deseaba atraerlo hacia su persona de modo irresistible. Si el imán, como corrientemente se dice, tiene fuerza suficiente para arrastrar anillos y pajas, mucha más fuerza había en el autor de todas las criaturas para, si se lo proponía, llevarse en pos de sí a cuantos quisiese». Hasta aquí el texto de san Jerónimo.

Segunda. Su largueza o liberalidad. Mateo inmediatamente llevó al Señor a su casa y organizó un gran banquete en su honor. Con ello el apóstol demostró ser hombre magnánimo y liberal. El banquete organizado por Mateo fue grande, en efecto, no sólo por la calidad y abundancia de los alimentos que en él se sirvieron, sino sobre todo y principalmente porque en él concurrieron estas cuatro circunstancias: a) la rectitud de intención del anfitrión, puesto que si Mateo agasajó a Cristo hízolo movido por el afecto y amor que hacia Él sentía; b) el profundo signficado espiritual simbolizado por el agasajo material, porque, como se dice en la Glosa sobre Lucas, «quien recibe a Cristo en su casa, se beneficia a su vez con el torrente de delicias y bendiciones que de Él emanan»; c) la mucha y muy provechosa doctrina que en aquella ocasión enseñó el Maestro, porque el Señor, efectivamente, en aquella ocasión, entre otras cosas dijo éstas: «*No me interesan sacrificios de víctimas en mi honor; lo que de verdad me interesa y quiero, es que seáis misericordiosos unos con otros*» «*los sanos no necesitan que los visite el médico; son los enfermos,* etc.»; d) la categoría e importancia de los comensales, entre los cuales estaba Cristo y sus discípulos.

Tercera. Su humildad. La humildad de Mateo quedó bien probada con estas dos actitudes: la primera, al manifestar su condición de publicano. A este respecto oberva la Glosa: Los otros evangelistas, cuando aludieron a este apóstol, tanto por motivos de pudor cuanto por cautela para no humillarle, nunca lo designaron por su propio nombre de Mateo; él, sin embargo, hombre eminentemente justo, como ya hemos dicho, no tuvo el menor reparo en declarar su verdadera identidad manifestando que era aquel Mateo el publicano, y advirtiendo que si él a pesar de ser publicano había sido recibido por el Señor en el número de los apóstoles, y repentinamente elevado a la categoría de evangelista, ningún pecador tenía por qué desesperar de su salvación. La segunda, al soportar con paciencia ciertas invectivas de que fue objeto. Porque, en efecto, aguantó silenciosa y pacientemente las ofensas de los fariseos, quienes, en multitud de ocasiones, aludiendo claramente a él, murmuraban y decían que eso que Cristo estaba haciendo de tener en su compañía a un sujeto tan pecador, constituía una auténtica indignidad. Si Mateo hubiese querido defenderse podía haberlo hecho muy fácilmente, tapándoles sus bocas con estas palabras: «¡Vosotros sí que sois pecadores y desgraciados! ¡Os tenéis por justos y rechazáis al médico que podría curaros! ¡Cierto que yo he sido pecador, pero ya me encuentro limpio de mis pecados y de mi anterior miseria, porque acudí a quien tenía poder para librarme del peso que llevaba en la conciencia, y no le oculté las lacras que mancillaban mi alma!».

Cuarta. La aceptación que en la Iglesia ha tenido su evangelio. La Iglesia lee y utiliza el evangelio de san Mateo más que los de los otros evangelistas. Con el evangelio de san Mateo ocurre lo mismo que con los Salmos de David y las Epístolas de san Pablo: entre todos los libros de la Sagrada Escritura, éstos son los que la Iglesia más frecuentemente lee y con mayor reiteración cita. La preferencia que la Iglesia siente hacia estos libros se debe a que todos los pecados, como el apóstol Santiago advierte, pueden reducirse a alguna de estas tres categorías: soberbia, lujuria y avaricia; y a que los autores de los mencionados libros incurrieron precisamente

cada cual en uno de los referidos pecados capitales. El pecado capital de San Pablo fue la soberbia; por eso, antes de convertirse, cuando iba de un lugar a otro, persiguiendo sañudamente a la Iglesia, llevaba el nombre de Saulo, derivado de Saúl, que fue un rey extraordinariamente soberbio. El pecado capital de David fue la lujuria; la lujuria lo movió a cometer adulterio, y el adulterio a su vez lo condujo a dar muerte al fidelísimo soldado Urías. El pecado capital de Mateo fue la avaricia. La avaricia desencadenó en él un desenfrenado apetito de riquezas; por eso, para mejor conseguirlas, se hizo telonero, es decir, alcabalero. Según Isidoro, antiguamente se daba el nombre de telonio a un puesto o especie de oficina que existía en los puertos de mar para anotar en un registro las mercancías que se desecargaban de las naves, y cobrar a los mercaderes determinados tributos. La palabra telonio deriva de *telos,* vocablo griego equivalente, en opinión de Beda, al latino *vectigal* que significa tributo, alcabala, impuesto. Cierto que estos tres individuos fueron pecadores; pero el Señor, a la vista de la penitencia tan sincera y completa que por sus pecados hicieron, no sólo les perdonó las culpas en que habían incurrido, sino que enriqueció sus almas con un verdadero cúmulo de gracias y de dones, y transformó sus vidas, convirtiendo al sañudo perseguidor en predicador fidelísimo, al adúltero y homicida en profeta y salmista, y al avaro y sediento de riquezas en apóstol y evangelista. A esto, pues, se debe el hecho de que la Iglesia nos recuerde tan frecuentemente lo que estos tres autores escribieron, porque a través de la lectura y citas de sus libros pretende que nosotros tengamos constantemente presente en nuestra memoria esta hermosa verdad: que así como Dios no solamente perdonó a tan grandes pecadores, sino que los bendijo y llenó de extraordinarias mercedes, así también perdonará y sublimará a cualquier pecador que se convierta sinceramente.

Además de estas cuatro peculiaridades que acabamos de comentar relativas a la conversión de san Mateo, diéronse en este apóstol algunas otras que no debemos pasar por alto, y que san Ambrosio clasifica en tres tipos diferentes: unas atañen al médico que curó al enfermo; otras al enfermo curado por el médico; otras, finalmente, al procedimiento empleado por el médico para sanar al enfermo.

En cuanto a las primeras, o sea, en las que atañen al médico, conviene destacar estas tres cosas: la sabiduría con que el médico conoció cuál era la raíz de la enfermedad que el enferrmo padecía, la bondad con que aplicó la medicina adecuada, y el poder indudable que demostró tener al conseguir tan súbitamente un resultado auténticamente extraordinario. Pero conozcamos lo que a propósito de estas connotaciones del médico dice literalmente san Ambrosio. Este santo doctor, cual si fuese el propio Mateo quien hablara, se expresa de esta manera: Primero. En cuanto a la sabiduría: *«Este médico que conoce las cosas más ocultas, puede curar el dolor de mi corazón y la languidez de mi alma».* Segundo. En cuanto a la bondad: *«He dado con un médico que habita en el cielo y ha llenado la tierra de medicamentos».* Tercero. En cuanto al poder: *«Este médico que está completamente sano y jamás padeció enfermedad alguna, es el único que puede curar mis dolencias».*

En cuanto a las segundas, es decir, en cuanto a las que atañen al enfermo, que en este caso es san Mateo, san Ambrosio señala estas tres: el enfermo quedó completamente curado, se mostró agradecido con su médico y, cual si hubiese quedado inmunizado contra su anterior enfermedad, jamás en adelante recayó en ella. «Mateo», —dice Ambrosio textualmente—, «se regocijaba alegre y dichoso diciendo: *Ya no soy publicano, ya no soy Leví; me he despojado de mi antigua condición y hasta de mi antiguo nombre al revestirme de Cristo.* Con las anteriores palabras daba a entender que estaba completamente curado. Con estas otras que siguen, manifestaba su agradecimiento: *Aborrezco lo que antes fui; huyo de mi vida pasada; sólo me interesas tú, ¡oh Jesús, mi Señor y mi médico!* Finalmente, con estas otras declaraba que había quedado inmunizado: *¿Quién podrá separarme del amor divino que llena mi alma? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿El hambre?».*

En cuanto a los procedimientos curativos empleados por el Señor para curar al enfermo, digamos que, según el mencionado san Ambrosio, fueron estos tres: primeramente Cristo ató a san Mateo con unos vínculos especiales, luego le aplicó un cauterio y, por último, lo dejó limpio de su anterior podredumbre. He aquí las palabras que Ambrosio pone en boca de Mateo. Respecto de las ataduras: *«Me has sujetado con los clavos de la fe y con las cuerdas de la caridad; pues bien, ¡oh mi Señor Jesús!: mientras me mantienes sujeto de esta manera con los lazos de tu amor, rae de mi ser la carroña de mis pecados y arranca de mi alma cuanto en ella hay de vicioso y malo».* Respecto del cauterio: *«Quiero tener impre-*

sos en mi corazón tus mandamientos como si en él me los hubiesen grabado a fuego. Tal vez la fidelidad a tu ley en algunas ocasiones me haga sentir dolores semejantes a los que produce el cauterio cuando quema la carne; pero no importa; es menester que el cauterio abrase la carne para raer de ella la podredumbre y evitar que la gangrena se extienda al resto del cuerpo. Es posible que algunas veces el medicamento me resulte doloroso; no obstante lo soportaré porque sé que sólo así podrá arrancarse de cuajo la raíz del mal». Respecto de la limpieza: *«Saja, Señor, cuanto antes mis profundas y ocultas pasiones; abre los entresijos de mi alma enferma; extrae rápidamente los podridos y fétidos humores y todo lo nocivo que halles en mi interior, y lava el fondo de mis heridas con las aguas milagrosas de tu gracia».*

El año 500 de nuestra era fue encontrado junto a los restos de san Bernabé el texto original del evangelio que san Mateo había escrito con sus propias manos. El hecho de que este evangelio estuviese sobre el cuerpo del mencionado apóstol se explica fácilmente: San Bernabé llevaba siempre consigo el evangelio de san Mateo; cuando le presentaban enfermos, colocaba sobre ellos el libro y, tanto por sus propios méritos cuanto por los del santo evangelista, los enfermos quedaban repentinamente curados.

Capítulo CXLI

SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS

Mauricio en latín se dice *Mauritius,* y Mauritius etimológicamente proviene o de *mari* (amargo), de *cis* (vomitador y duro) y de *us* (consejero y rápido), o de *mauron,* palabra griega que según Isidoro significa negro. San Mauricio conoció las *amarguras* derivadas de la vida en este valle de lágrimas y de los deseos de llegar a la verdadera patria; fue *vomitador* en cuanto que arrojó de sí todas las cosas superfluas; fue *duro y firme* a la hora de soportar torturas y tormentos; fue *consejero* de sus compañeros al exhortarlos a padecer con paciencia el martirio; fue *rápido* en la fervorosa ejecución de innumerables obras buenas, y, finalmente, fue *negro* por el menosprecio de sí mismo.

San Eucario, arzobispo de Lyon, con los datos que pudo reunir, escribió la historia del martirio de san Mauricio y del de sus compañeros.

1. Se tiene por cosa cierta que Mauricio fue el jefe de la comúnmente llamada *Legión Tebana.* El nombre de *tebanos* dado a los mártires de la susodicha legión, obedece a que todos ellos eran naturales de Tebas, ciudad de Oriente, situada más allá de la frontera de Arabia, en una región tan feraz y rica en frutos como hermosa por la variedad y abundancia de su vegetación. Los habitantes de esta comarca tienen fama de corpulentos, hábiles en el manejo de las armas, valientes en la guerra, agudos de ingenio y cultos y sabios. La ciudad de Tebas, construida a orillas del río Nilo, llamado también Gyon, cuyas aguas nacen en el Paraíso, tenía cien puertas. De ahí el célebre aforismo que dice:

«Ahí tenéis a la antigua ciudad de Tebas sepultada bajo los escombros de sus cien puertas».

Santiago, el hermano del Señor, predicó la palabra salvadora a las gentes de estas tierras y las dejó perfectamente adoctrinadas en todo lo referente a la fe de Cristo. Diocleciano y Maximiano, que iniciaron su reinado hacia el año 277 de nuestra era, en su afán de exterminar totalmente la religión cristiana, enviaron copias de una carta suya a todas las provincias del Imperio en las que se sabía o sospechaba que había cristianos. En la carta se decía: «Si hubiese que decidir o zanjar alguna cosa por medio de un certamen cuyos contendientes fuesen por un lado el mundo entero y por el otro solamente la ciudad de Roma, el resultado, sin duda alguna, sería éste: el mundo entero quedaría derrotado y huiría; Roma, en cambio, aun luchando sola, saldría victoriosa y continuaría en la cúspide de la sabiduría y del poder. ¿Cómo, pues, se os ocurre a vosotros, insignificante y deleznable plebe, oponer resistencia a los preceptos dictados por la capital del Imperio e insubordinaros en actitud de estúpida soberbia contra sus leyes? Prestad

atención a esto: o aceptáis la fe en los dioses inmortales que Roma adora, o Roma pronunciará contra vosotros, de modo irrevocable, sentencia de muerte».

Los cristianos se enteraron del contenido de la carta, pero no dieron a los mensajeros de la misma respuesta alguna acerca de lo que pensaban hacer, por lo cual Diocleciano y Maximiano se encolerizaron y enviaron a las provincias nuevas comunicaciones en las que hacían saber a todos los varones en edad apta para combatir que deberían acudir inmediatamente a la capital del Imperio para formar un poderoso ejército y hacer la guerra y someter a los que vivían en rebeldía contra las leyes romanas. Estas comunicaciones llegaron también a Tebas, cuyos habitantes, dóciles a la enseñanza de Cristo, tenían por norma dar al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios, y como el césar imponía el reclutamiento de todos los varones aptos para combatir, se obedeció su orden y la ciudad formó una legión con 6.666 combatientes, y la envió a Roma para que se pusiese a las órdenes de los emperadores y les ayudase en las guerras justas, pero advirtiendo bien a los legionarios que no sólo no deberían alzar jamás sus armas contra los cristianos, sino que, por el contrario, los defenderían si veían que alguien los atacaba. El jefe de estas santísima legión era Mauricio, y sus ayudantes o alféreces se llamaban Cándido, Inocencio, Exuperio, Víctor y Constantino.

Diocleciano envió a las Galias en calidad de generalísimo de un innumerable ejército a Maximiano, colega suyo en el gobierno del Imperio. A este ejército se unieron los componentes de la Legión Tebana, a quienes antes de emprender su salida de Roma el papa san Marcelino había rogado encarecidamente dos cosas: que jamás combatieran contra los cristianos, y que si llegaba el caso de que trataran de forzarlos a ello, quebraran con sus propias manos sus armas, pero que no osasen violar la fe de Cristo que habían profesado.

El poderosísimo ejército pasó los Alpes, y, al llegar a Octoduno, Maximiano ordenó a cuantos le acompañaban que participasen en los sacrificios que seguidamente se iban a ofrecer a los ídolos y en el juramento colectivo de perseguir implacablemente a los enemigos del Imperio, especialmente a los cristianos. Al oír esta orden los santos legionarios se apartaron del resto de las tropas, caminaron unas ocho millas y acamparon en Agauno, amenísimo lugar a orillas del Ródano. En cuanto Maximiano se enteró de esto envió a un grupo de soldados a donde los Tebanos estaban para que les dijeran de su parte que regresaran inmediatamente a reunirse con la totalidad del ejército y a participar en los sacrificios que se iban a ofrecer a los dioses. Los Tebanos manifestaron a los emisarios:

—Decid al emperador que nosotros somos cristianos, y que por tanto no podemos tomar parte en actos de culto pagano.

Maximiano, al conocer la respuesta de los legionarios, se encolerizó y dijo:

—La actitud de esos hombres constituye no sólo un hecho colectivo de desobediencia, sino también una injuria contra el cielo, puesto que al desacatar mis órdenes me menosprecian a mí y menosprecian la religión romana. Es menester que esos soldados rebeldes sepan que yo puedo tomar venganza, tanto de las ofensas que se hagan a mi persona, como de las que se infieran a mis dioses.

Seguidamente el césar destacó a uno de sus regimientos hasta el lugar en que los Tebanos se hallaban, con la misión de que los obligaran a ofrecer sacrificios a los ídolos y de que si se negaban a lo que se les proponía, mataran a uno de cada diez de ellos. Los componentes de la santa Legión no sólo se negaron a sacrificar, sino que espontáneamente, unos tras otros con inmensa alegría acudieron ante los diezmadores presentando sus cuellos para que se los cortaran y hasta disputando entre sí, porque todos querían ser del número de los que habían de ser degollados. Cuando los comisionados acabaron de cumplir su oficio, es decir, cuando hubieron diezmado a la Legión Tebana, san Mauricio se colocó en un lugar destacado y arengó a los supervivientes de esta manera:

—Me siento orgulloso de vosotros y os felicito porque habéis dado pruebas de estar todos dispuestos a morir en defensa de la fe de Cristo. Si he tolerado que estos hombres asesinaran a nuestros camaradas ha sido por dos razones: porque he visto que todos estabais dispuestos a correr la misma suerte antes que renegar de vuestra religión, y por obedecer el mandato del Señor que dijo a Pedro: *«Vuelve tu espada a la vaina»*. Pero, puesto que estamos rodeados de cuerpos de hermanos nuestros asesinados y tenemos nuestras ropas manchadas con su sangre, os propongo que los imitemos y vayamos nosotros también al martirio. Si estáis de acuerdo conmigo enviemos al césar este recado:

«Emperador, somos soldados; estamos a tus órdenes; hemos empuñado las armas para defender la república, pero entiende bien esto: entre nosotros no hay traidores ni miedosos; por tanto, nadie ni nada nos hará desertar de la fe de Cristo».

El emperador, al recibir esta comunicación, envió nuevos expedicionarios al campamento de los tebanos para que hiciesen entre ellos una segunda diezmación. La hicieron; y al término de la misma el alférez Exuperio tomó un estandarte en sus manos, se colocó ante los legionarios supervivientes y les dijo:

—En la ocasión anterior nuestro glorioso jefe Mauricio nos habló de la fortuna que tuvieron nuestros camaradas muertos. Ahora os hablo yo, Exuperio, alférez vuestro, y os digo lo que él os dijo: *«No he querido desenvainar mi espada para impedir que estos hombres mataran a nuestros hermanos»;* y os propongo lo que él antes nos propuso: *«Arrojemos de nuestras manos estas armas materiales; empuñemos las de las virtudes»;* y si estáis de acuerdo conmigo enviemos un nuevo comunicado al césar y digámosle en él: «Emperador, somos tus soldados; pero queremos que sepas y por eso te lo manifestamos con toda claridad, que somos también siervos de Cristo; en cuanto militares, estamos a tu disposición; pero en cuanto cristianos, a Cristo nos debemos enteramente. Si tenemos obligación de obedecerte a ti porque nos abonas un sueldo, mayor obligación tenemos de obedecerle a Él que nos ha dado la vida. Emperador, entérate bien de esto: estamos dispuestos a sufrir toda clase de persecuciones y tormentos y a no renegar jamás de nuestra fe cristiana».

El impío césar, al recibir este segundo comunicado, ordenó que todo su ejército acudiera a donde estaban los tebanos y que rodearan el campamento de tal modo que ninguno de los legionarios pudiera escapar. Quedaron, pues, cercados los soldados de Cristo por los soldados del diablo; éstos se arrojaron luego contra aquéllos y con sus manos los asesinaron, y con las pezuñas de sus caballos machacaron sus cuerpos, y de esta manera convirtieron en mártires a casi todos los componentes de la Legión Tebana. Estos martirios ocurrieron hacia el año 280 de nuestra era.

No quiso el Señor que en aquella ocasión murieran todos los legionarios, sino que dispuso que algunos de ellos pudieran escapar de la horrible matanza última, y que llegaran a otras regiones en las que predicaran el nombre de Cristo; aunque también éstos, más adelante y en diferentes lugares, ofrendaron gloriosamente su vida en defensa de la fe. Solutor, Adventor y Octavio fueron martirizados en Turín; Alejandro lo fue en Pérgamo; Segundo, en Ventimilla, y Constancio, Víctor, Urso y algunos otros más, en otras partes.

Inmediatamente después de que ocurriera en el campamento de Agauno la horrible carnicería a que acabamos de referirnos, los crueles carniceros organizaron una comilona, y mientras comían se repartían el botín que habían tomado a los legionarios. Durante la celebración del festín, pasó por allí un anciano llamado Víctor. Los soldados asesinos le invitaron a participar en la comida y en los festejos. Víctor les respondió:

—No comprendo cómo podéis banquetear y divertiros de esta manera estando como estáis rodeados de sangre y de miles de cadáveres.

Los soldados dijeron al anciano:

—Todos estos muertos que ves han sido asesinados por nosotros porque eran cristianos y se obstinaron en permanecer fieles a la fe de Cristo.

Entonces Víctor exclamó:

—¡Qué dichoso me hubiera sentido yo si hubiese estado aquí a tiempo para correr la misma suerte que ellos corrieron! ¡Sabed que también yo soy cristiano!

En cuanto los soldados oyeron lo que el anciano acababa de decir, arremetieron contra él y allí mismo, en un instante, lo despedazaron.

Algún tiempo después de esto, Maximiano y Diocleciano, de común acuerdo, nombraron césares a Constancio, Máximo y Galerio, tres hombres bastante más jóvenes que ellos, les encomendaron el gobierno del Imperio, y en un día previamente convenido por los dos, y hacia la misma hora, ambos se despojaron de sus respectivas púrpuras y se retiraron a la vida privada, quedándose donde a la sazón estaban: Maximiano en Milán y Diocleciano en Nicomedia. Maximiano, sin embargo, poco después se arrepintió de haber abdicado, y trató de recuperar el poder y de ejercerlo tiránicamente. Esto no gustó a Constancio, su yerno, quien, dispuesto a no perder el cargo, persiguió a su suegro, se apoderó de él y lo ahorcó. De este modo terminó la vida de Maximiano.

Digamos finalmente que, algunos años más tarde de la mantanza de Agauno, estando reunidos en aquel preciso lugar Domiciano, obispo de Génova, Grato, obispo de Aosta, y Protario, que lo era de otro sitio, hallaron el cuerpo de san Inocencio,

uno de los mártires de la Legión Tebana a quien los asesinos habían arrojado al Ródano; lo recogieron y lo enterraron junto a otros muchos miembros de la misma Legión en una iglesia que en honor de los santos legionarios mandaron construir. Cuando estaban edificando este templo ocurrió lo siguiente: uno de los albañiles que trabajaban en la obra era pagano. Un domingo, mientras los demás trabajadores observaban el descanso dominical, él siguió trabajando y, en un determinado momento, se le aparecieron todos los santos mártires de la Legión, lo zarandearon, lo azotaron, le reprendieron severamente por estar realizando trabajos manuales en vez de asistir, como sus compañeros, a los oficios divinos que cerca de allí en aquel momento se estaban celebrando y, una vez que lo hubieron castigado, desaparecieron. Entonces el albañil marchó corriendo a donde los otros se hallaban reunidos y les manifestó que quería hacerse cristiano.

He aquí lo que dice san Ambrosio en un prefacio compuesto por él en honor de los mártires de la Legión Tebana: «Con sus almas iluminadas por tus divinos resplandores llegaron hasta ti, oh Señor, desde los últimos confines de la tierra estos numerosísimos fieles y pusieron su felicidad en servirte. Los componentes de esta Legión de luchadores, perfectamente equipados con armas materiales pero no menos pertrechados con excelente armamento espiritual, permanecieron constantemente alerta en espera del martirio. Un inmundo tirano trató de amedrentarlos diezmándolos a golpes de espada; mas como ellos permanecieron firmes en la confesión de su fe, y el miedo que pretendió infundirles no diera resultado, mandó que los degollaran a todos, en masa. Movidos por la caridad intensísima que ardía en sus corazones, los santos legionarios renunciaron a defenderse, arrojaron lejos de sí sus armas, doblaron sus rodillas y postrados en el suelo rebosantes de alegría recibieron los golpes de los vergudos. Entre estos intrépidos defensores de la fe hallábase san Mauricio, quien abrasado del amor que hacia ti sentía, conquistó la corona del martirio». Esto dijo san Ambrosio.

2. Una mujer confió la educación de su hijo al abad del monasterio en cuya iglesia estaban sepultados los cuerpos de estos santos mártires. Poco después el muchacho falleció. Su madre, desolada, lloraba inconsolablemente. En cierta ocasión se le apareció san Mauricio y le preguntó:

—¿Por qué lloras tan exageradamente?

Como la mujer le respondiera que mientras viviera no cesaría de llorar, el santo le replicó:

—No debes llorar como muerto a quien está con nosotros. Si quieres comprobar que es verdad lo que te digo, ven mañana y todos los días de tu vida a los maitines que se celebran cada noche en esta iglesia, y distinguirás claramente su voz entre las de los monjes de este monasterio.

Desde aquel día, ni una sola noche dejó la mujer de levantarse para asistir a los maitines; y, en efecto, distinguía perfectamente la voz de su hijo entre las de los religiosos de la comunidad que cantaban los salmos del oficio.

3. El rey Gontrán, decidido a renunciar a las pompas y vanidades del mundo, abdicó, distribuyó todos sus bienes entre los pobres y las iglesias y se retiró a la vida privada. Posteriormente, envió un sacerdote al monasterio en cuyo templo estaban enterrados estos santos mártires, con el encargo de que le consiguiera algunas reliquias de ellos. Cuando el sacerdote regresaba con las reliquias que le habían dado, al cruzar el lago Lausana a bordo de una nave se desencadenó una tempestad tan violenta que el barco parecía que iba a hundirse de un momento a otro. Entonces el sacerdote tomó en sus manos la caja en que llevaba las reliquias, la alzó frente a las olas y de repente la tempestad cesó y las aguas del lago quedaron completamente tranquilas y serenas.

4. El año 963, por encargo del rey Carlos, fueron unos monjes a Roma para solicitar del sumo pontífice Nicolás los cuerpos del papa san Urbano y del mártir san Tiburcio, y en su viaje de regreso, al pasar por el monasterio en cuya iglesia estaban enterrados los santos de la Legión Tebana, rogaron al abad y a los religiosos que les cedieran el cuerpo de san Mauricio y la cabeza de san Inocencio para colocar tan insignes reliquias en un templo que en honor de estos dos santos mártires acababa de construir san Germán en la ciudad de Auxerre.

5. San Pedro Damiano refiere el siguiente hecho: En Borgoña, un clérigo tan soberbio como ambicioso, movido por su insolencia y avaricia, se apoderó de una iglesia dedicada a san Mauricio contra la voluntad de un poderoso caballero que a sus expensas la había construido. Un día, el susodicho clérigo, cuando estaba celebrando misa, al oír cantadas por el diácono estas palabras del Evangelio, *«el que se ensalza será humillado y el que se humilla*

será ensalzado», comenzó a reírse miserablemente y a comentar con los que estaban a su lado:

—Eso es falso; si yo me hubiera humillado ante quienes se oponían a mis planes, no estaría actualmente disfrutando de las cuantiosas rentas que posee esta iglesia.

Apenas terminó de decir esto, cayó un rayo en forma de espada sobre su boca, atravesó la garganta que acababa de proferir aquella blasfemia, y el insolente clérigo rodó muerto por el suelo.

Capítulo CXLII

SANTA JUSTINA, VIRGEN

Justina deriva de justicia. La santa que llevó este nombre practicó la justicia, puesto que dio a cada uno lo suyo: a Dios, obediencia; a sus superiores y prelados, respeto; a sus iguales, concordia; a sus inferiores , disciplina; a sus enemigos, paciencia; a los desgraciados y afligidos, solícita compañía; a sí misma, santidad de vida, y al prójimo, caridad.

La virgen Justina, nacida en Antioquía e hija de un sacerdote pagano, todos los días, sentada junto a una ventana, oía la lectura del evangelio que el diácono Proclo hacía. Al cabo de cierto tiempo este clérigo la convirtió al cristianismo. Una noche la madre de la doncella refirió a su marido, estando ya ambos acostados, que su hija se había hecho cristiana. Al poco rato los dos se quedaron dormidos y, mientras dormían, se les apareció Jesucristo rodeado de ángeles y les dijo: «Venid a mí y os daré el reino de los cielos». A la mañana siguiente, nada más despertar, ambos esposos pidieron el bautismo y lo recibieron al mismo tiempo que su hija.

La conversión de Justina sentó muy mal a un tal Cipriano, quien, a causa de esto, comenzó a meterse con ella y a molestarla constantemente; pero Justina acabó convirtiéndole también a él. Este Cipriano practicaba la brujería desde su infancia. Cuando tenía siete años, sus padres lo consagraron al diablo; a partir de entonces se dedicó a la magia, en cuyo oficio era tan hábil que daba la impresión de que transformaba a las mujeres en jumentos y de que hacía realmente otras muchas cosas extraordinarias. El y un tal Acladio se habían enamorado apasionadamente de la virgen Justina. Cipriano recurrió a diversos artificios de hechicería para ver si mediante ellos conseguía que la doncella accediera a mantener relaciones torpes, bien con él, o bien con su gran amigo Acladio; dispuesto a salir adelante con su intento, llamó al demonio y le pidió su ayuda. El demonio acudió prestamente a la llamada, se apareció a Cipriano y le dijo:

—¿Qué quieres de mí?

Cipriano le contestó:

—Estoy enamorado de una joven que practica la religión de los galileos. ¿Podrás conseguir que esa doncella se someta a mi voluntad de manera que yo pueda saciar mi concupiscencia con ella?

El demonio le respondió:

—¡Claro que sí! Si pude arrojar al hombre del paraíso y hacer que Caín matara a su hermano Abel y que los judíos crucificaran a Cristo y que las personas anden revueltas, ¿cómo no voy a poder lograr que una muchacha caiga en tus brazos y que hagas con ella lo que quieras? Toma este ungüento, espárcelo por el suelo de la calle frente a la puerta de su casa; luego pasaré yo por allí, inflamaré el corazón de la joven de amor hacia ti y la inquietaré de tal modo que ella misma te buscará y se arrojará en tu seno.

A la noche siguiente el demonio comenzó a tentar a Justina tratando de despertar en su ánimo deseos ilícitos; pero Justina al sentir la tentación se encomendó al Señor y trazó la señal de la cruz a lo largo y ancho de todo su cuerpo. El diablo, al ver que la joven se santiguaba huyó rápidamente de allí lleno de terror y se presentó ante Cipriano, el cual, al advertir que venía solo, le preguntó:

—¿Cómo no has traído contigo a Justina?

El diablo le respondió:

—Intenté traértela, pero cuando lo estaba in-

tentando ella hizo sobre su cuerpo una señal y yo me quedé de repente sin fuerzas y temblando de miedo.

Cipriano, irritado, despidió a aquel demonio e invocó ansiosamente la ayuda de otro que fuese más poderoso que el que acababa de despedir. Inmediatamente vino uno en su auxilio, se presentó ante él y le dijo:

—Ya sé de qué se trata. Oí el encargo que hiciste a mi compañero y vi que no fue capaz de realizar la misión que le encomendaste. Pero no te preocupes; yo haré lo que él no hizo y conseguiré que se cumplan tus deseos. Me presentaré ante la joven y desencadenaré en su corazón una pasión tan violenta que ella se entregará a ti y tú disfrutarás de ella cuanto quieras.

Este segundo diablo se acercó a Justina y trató de encender en su cuerpo el fuego de la concupiscencia y de despertar en su alma amores impuros; pero Justina nuevamente se encomendó al Señor, se santiguó, rechazó la tentación, sopló sobre el espíritu del mal, y éste, lo mismo que el otro, huyó de allí confuso y avergonzado; y, como su compañero, se presentó al instante en casa de Cipriano, quien, al ver que venía solo, le preguntó:

—¿Dónde está la doncella que prometiste traerme?

—Reconozco, respondió el demonio, que me ha vencido, y hasta miedo me da decirte cómo me venció: trazó sobre su cuerpo una señal terrible y en cuanto hizo eso me dejó sin fuerzas.

Cipriano, mofándose del segundo diablo, entonces tan acobardado y momentos antes tan presuntuoso, lo despidió, y acto seguido llamó al mismísimo jefe de los demonios, que acudió a la llamada inmediatamente. Cipriano, al verle le dijo:

—¿Cómo es que tu gente resulta tan pusilánime y cobarde que se deja vencer por una jovencilla?

El recién llegado le respondió:

—Deja este asunto de mi cuenta. Yo iré personalmente a resolverlo. Me presentaré ante ella, la atormentaré con altísimas fiebres, provocaré en su ánimo una violentísima pasión, encenderé en su cuerpo un ardiente fuego de irreprimibles deseos, la haré ver visiones lúbricas, conseguiré que se excite frenéticamente y a media noche te la traeré hasta aquí.

El príncipe de los demonios seguidamente se marchó a cumplir lo que acababa de prometer; adoptó la apariencia de una doncella, se presentó ante Justina y le dijo:

—Vengo a verte porque quiero que me ayudes a vivir en perfecta castidad. Siento vivísimos deseos de practicar fidelísimamente esta virtud, pero a veces me asaltan dudas de este tenor: a cambio de lo mucho que es preciso luchar para conservar la pureza ¿qué recompensa recibiremos?

Justina aclaró:

—No son tan grandes esas luchas; yo no veo que cueste tanto conservar la virginidad; por otra parte, estoy segura de que el premio que recibiremos por esto será muy valioso.

—A mí me preocupa mucho —continuó el demonio— ese mandamiento divino que dice: *«Creced y multiplicaos y llenad la tierra»*, y a menudo pienso, mi buena amiga, que nosotras, al aferrarnos al propósito de vivir virginalmente, estamos despreciando ese precepto, obrando contra la voluntad de Dios, desobedeciéndole a El y engañándonos a nosotras mismas. A veces me asalta el temor de que cuando llegue la hora del juicio vamos a encontrarnos con la terrible sorpresa de que, en lugar de los premios en que confiamos, recibiremos el castigo de la eterna condenación por haber conculcado un mandamiento divino tan claro.

Estas consideraciones turbaron la paz interior de Justina. La joven, atormentada por el demonio, comenzó a sentir malos pensamientos y torpes deseos cada vez más fuertes y más deshonestos, hasta el punto de que en un determinado momento estuvo al borde de abandonar sus propósitos de castidad; pero en aquel crítico instante cayó de pronto en la cuenta de que estaba siendo tentada por el espíritu maligno, se santiguó, sopló sobre la visitante y quedó atónita al ver que la que parecía virtuosa doncella se derretía repentinamente cual si fuese de cera, y que ella, libre ya de pensamientos malos y de deseos impuros, recobraba plenamente la paz interior y el sosiego de su cuerpo y de su alma. Mas, al poco rato, el mismo demonio se le apareció de nuevo, esta vez en forma de un hermosísimo mancebo que se acercaba a su lecho, se arrojaba sobre ella y trataba de abrazarla. Justina recurrió a su poderoso remedio; se santiguó nuevamente y, en cuanto lo hizo, el joven gallardo, como si fuese de cera, se derritió igual que se había derretido antes la fingida amiga. Pese a este segundo fracaso, Satanás no se rindió. Dios le permitió seguir tentando a la doncella, y lo hizo de esta manera: el espíritu maligno desencadenó una terrible epidemia en la ciudad de Antioquía. Justina cayó en-

ferma aquejada de altísima fiebre. La peste se propagó por la comarca y causó la muerte de muchas personas y de infinidad de animales domésticos. La región se quedó casi sin ovejas y sin vacas. Los demonios hicieron correr la voz entre la gente de que, si Justina no se casaba, muy pronto sobrevendrían sobre la ciudad y el país otras calamidades aún mayores. Los ciudadanos de Antioquía, sobre todo los enfermos, comenzaron a acudir en masa a la puerta de la casa de los padres de Justina y a pedir a éstos, con enorme gritería, que casaran a su hija cuanto antes y libraran a las personas y a los ganados de los males que estaban padeciendo.

Justina soportó con firmeza la presión a que fue sometida, y se negó a aceptar lo que se le proponía. En vista de su negativa, el pueblo, soliviantado e irritado, se apiñaba frente a su casa profiriendo constantemente amenazas de muerte contra ella. Siete años duró la peste; al cabo de ellos, un día Justina oró fervorosamente por sus perseguidores y obtuvo del Señor la gracia de que la epidemia terminara. Pero no terminó la obstinación de Satanás, quien, irritado al comprobar que no avanzaba ni un sólo paso en lo que se había propuesto, fraguó un nuevo plan: fue a ver a Cipriano y con manifiesta jactancia le aseguró que muy pronto tendría ante él a la doncella rendida de amor. Después de esto, tanto para mancillar el buen nombre de Justina cuanto para engañar al libidinoso enamorado, asumió la apariencia de la joven y, disfrazado de modo que enteramente parecía ser ella, se presentó en casa de Cipriano y cual si languideciera de pasión se arrojó en sus brazos y dióle a entender que quería besarle. Cipriano, creyendo que era efectivamente su amada quien le abrazaba tan tiernamente, loco de alegría exclamó:

—¡Oh Justina, la más hermosa de las mujeres! ¡Bienvenida seas a esta casa!

Pero tan pronto como Cipriano pronunció la palabra *Justina,* el diablo, incapaz de resistir la virtud que emanaba de la mera articulación de aquel nombre, repentinamente perdió la apariencia que había asumido y desapareció, dejando en su lugar una espesa nube de humo. Con esto Cipriano cayó en la cuenta de que había sido objeto de un burdo engaño por parte de Satanás; su alegría se convirtió en tristeza y cayó en un estado de profunda melancolía; pero la melancolía a su vez reavivó más todavía las llamas del amor que sentía hacia Justina, y, para ver si podía lograr sus deseos de disfrutar de su amada, decidió vigilar constantemente la casa en que ella vivía; y como era experto en hechicería, recurriendo a sus artes mágicas consiguió adoptar diferentes apariencias, unas veces de mujer, otras de ave, y bajo éstas y otras formas permaneció al acecho de la joven, constantemente, pero a cierta distancia, porque, tan pronto como intentaba acercarse a la puerta del domicilio de la doncella, sus artimañas le fallaban y sin que pudiera evitarlo recobraba su verdadero aspecto de Cipriano. Acladio, su amigo, se unió a él en estas tareas de vigilancia permanente; a tal efecto, mediante artes diabólicas, se convirtió en pájaro y andaba continuamente revoloteando en torno a la casa de la virtuosa joven. En cierta ocasión el fingido pájaro se posó en la ventana de la habitación de Justina. ¡Mala ocurrencia tuvo! porque, tan pronto como Justina vio al pajarraco, éste perdió su forma de ave y recuperó la de Acladio, el cual, al verse en su verdadero ser, comenzó a temblar de miedo y de angustia porque ni podía escapar de allí volando, ni sin peligro de caer al suelo y matarse podía intentar desasirse de las rejas de la ventana. Justina, al advertir la comprometida situación en que Acladio se encontraba y temiendo que de un momento a otro pudiera caerse y estrellarse contra el pavimento de la calle, acudió en su socorro: mandó colocar una escalera de mano en el exterior a fin de que por ella descendiera el enamoradizo mozo, y cuando éste estuvo ya en el suelo y a salvo, enérgicamente le hizo saber que se dejara de semejantes locuras y que, si volvía a cometer alguna impertinencia, le denunciaría a las autoridades y exigiría que de acuerdo con las leyes fuese castigado por el delito de practicar la magia.

Las transformaciones a que acabamos de referirnos no eran reales, sino aparentes, pero los mencionados hechiceros, con la ayuda del diablo, conseguían dar a las mismas un aspecto sensible de autenticidad.

Satanás, al cabo, se persuadió de que jamás conseguiría lo que se proponía y de que cuanto intentase en este sentido estaba condenado al fracaso; por ello, confuso y avergonzado, se presentó en casa de Cipriano. Este, nada más verle, le dijo:

—Mirando el semblante que traes creo adivinar que te das por vencido. Tú y todos los de tu ralea sois unos desgraciados. ¿A qué viene tanto alardear de fuerza si luego resulta que no podéis nada contra una chiquilla que incluso os vence con suma facilidad y os deja miserablemente humillados? De todos modos quiero que me digas una cosa: ¿de

dónde saca esa muchacha la enorme fortaleza que demuestra tener?

El demonio le respondió:

—Si me juras que nunca ni por nada te apartarás de mí, contestaré a tu pregunta y te descubriré de dónde provienen su valentía y las victorias que sobre nosotros ha obtenido.

—¿Por quién o por qué cosas quieres que te lo jure? —preguntóle a su vez Cipriano.

Satanás le contestó:

—Por mis poderes. Jura por mis poderes que jamás te separarás de mí.

Cipriano juró de esta manera:

—Por tus extraordinarios poderes prometo con juramento que nunca me separaré de ti.

Entonces el diablo, confiando en la promesa que su aliado acababa de hacer, le manifestó:

—Esa muchacha, cuando me presenté ante ella, hizo la señal de la Cruz, y, tan pronto como trazó sobre su cuerpo ese signo, yo quedé sin fuerzas, cual si me hallara agarrotado, y en aquel mismo momento me derretí como se derrite la cera delante del fuego.

—¿Significa eso acaso que el Crucificado es más poderoso que tú? —preguntó Cipriano.

El demonio le respondió:

—Por supuesto que sí. El es lo más grande que existe en el universo; tan grande y poderoso que en virtud de su infinito poder nos mantiene a los demonios en estado de perpetua condenación y arroja al fuego eterno que nosotros padecemos a cuantos conseguimos engañar con nuestras tretas.

—De lo que acabas de decir —comentó Cipriano— se sigue que, si yo no quiero incurrir en esos horribles tormentos, debo de hacerme amigo del Crucificado.

Satanás al instante le replicó:

—No olvides que hace sólo un momento juraste por mis extraordinarios poderes que jamás te separarás de mí, y no olvides tampoco que una cosa así no se jura en vano.

Cipriano, a su vez, replicó también a Satanás de esta manera:

—¿Sabes lo que te digo? Que me río de ese juramento y me río de ti, y me río de tus poderes, porque esos poderes que tú llamas extraordinarios, no son más que humo. Escucha lo que sigue: renuncio a ti, y renuncio a todos los diablos, tus compañeros, y en prueba de ello ahora mismo voy a hacer yo también sobre mi cuerpo la señal de la Cruz.

Acto seguido Cipriano se santiguó y, en cuanto lo hizo, Satanás, confuso y aterrado huyó precipitadamente.

Inmediatamente después de esto Cipriano fue a ver al obispo. Este, al verle entrar, creyó que venía a seducir con sus artes mágicas a los cristianos y, antes de que el visitante pronunciara una sola palabra, le dijo:

—Cipriano, conténtate con engañar a los infieles y deja en paz a los nuestros. Además, te advierto que cuanto trates de hacer contra la Iglesia de Dios será completamente inútil, porque el poder de Cristo es invencible.

Cipriano entonces habló y dijo:

—Por supuesto que el poder de Cristo es invencible; de eso tengo yo pruebas segurísimas.

En diciendo esto refirió al obispo cuanto acababa de ocurrirle y, terminada su narración, pidió el bautismo, le fue concedido y se bautizó; y a partir de su conversión hizo tales progresos en virtud y en ciencia que, a la muerte de aquel obispo, fue designado para ocupar la sede vacante. En los primeros días de su episcopado instaló a la virgen Justina en un monasterio con otras muchas doncellas y la nombró abadesa de la comunidad.

San Cipriano escribió numerosas cartas a los mártires, exhortándolos en ellas a soportar los tormentos que padecían.

El conde que gobernaba aquella región, conocedor de la fama de Cipriano y de Justina, hizo que ambos comparecieran en su presencia y les preguntó si estaban dispuestos a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos. Como los dos contestaron que no y persistieran valientemente en la confesión de la fe cristiana, mandó que los frieran en una enorme sartén llena de cera, pez y grasa derretidas. La terrible tortura a que fueron sometidos no sólo no les causó la menor molestia, sino que constituyó para ellos un agradable refrigerio, por lo cual, el sacerdote encargado del culto de los ídolos dijo al prefecto:

—Si me das tu permiso, yo me colocaré cerca de la sartén y verás cómo en un instante consigo desvirtuar las artimañas de esta pareja.

Púsose, pues, el sacerdote pagano cerca de la sartén e invocó a sus divinidades de este modo:

—¡Oh Júpiter, supremo dios y padre de los dioses!

No pudo continuar su oración, pues apenas hubo pronunciado estas palabras, quedó abrasado

y reducido a cenizas por una violenta llamarada de fuego que salió de la sartén.

A la vista de esto, el prefecto mandó que sacaran de la sartén a Cipriano y a Justina, que allí y entonces mismo ambos fuesen decapitados, y que dejasen sus cuerpos sin enterrar para que los perros los devorasen. Pero los perros no osaron acercarse a los santos mártires, cuyos cadáveres fueron sepultados siete días después del de su muerte, años más tarde trasladados a Roma, y posteriormente a la ciudad italiana de Plasencia, donde al parecer actualmente se hallan.

Santa Justina y san Cipriano padecieron su martirio un 26 de septiembre, hacia el año 280, en tiempos del emperador Diocleciano.

Capítulo CXLIII

SAN COSME Y SAN DAMIÁN

Cosme proviene de *cosmos* que significa modelo, adornado, y también puro y limpio, pues según Isidoro *cosmos* en griego es lo mismo que *mundus* en latín. San Cosme, por la ejemplaridad de su conducta, constituyó un modelo para los demás, vivió adornado de excelentes virtudes y limpio de todo vicio.

La palabra Damián puede proceder o de *dama,* nombre de un animal apacible o manso, semejante al gamo, o de *dogma* (doctrina) y de *ana* (encima), o de *damun* (sacrificio), o de *manus Dei* (mano de Dios). San Damián se distinguió por su mansedumbre en el trato con el prójimo, por la elevación de la doctrina que predicó, por el sacrificio que de sí mismo hizo mediante la mortificación de su cuerpo, y por haber sido algo así como una mano divina de la que el Señor se sirvió para curar a los enfermos.

1. Cosme y Damián, hermanos carnales, nacieron en Egea y fueron hijos de una mujer profundamente religiosa, llamada Teodora. Los dos se dedicaron al arte de la medicina y, ayudados por el Espíritu Santo, adquirieron tal habilidad y competencia en el desempeño de su profesión, que lograban curar de sus dolencias, fuesen estas las que fuesen, no sólo a las personas sino también a los animales.

En cierta ocasión ocurrió lo siguiente: Una enferma que se llamaba Paladia y que había gastado toda su hacienda en médicos sin conseguir que éstos la curaran, acudió a ellos, se atuvo a sus prescripciones y quedó completamente sana. La buena mujer, agradecida a ambos hermanos, fue a ver a Damián y le ofreció un pequeño obsequio. Damián se negó a recibirlo; pero como Paladia insistiera en que lo aceptara y llevara su insistencia hasta el extremo de conminarle con palabras y terribles juramentos, Damián, al cabo, no por codicia, sino para que aquella mujer no se ofendiera y para no dar la impresión ante ella de que no hacía el debido aprecio del nombre del Señor, y de que le tenían sin cuidado los juramentos reiterados con que trataba de presionarle, cedió y aceptó el regalo. Cuando Cosme se enteró de que su hermano había aceptado el obsequio, le reprendió muy severamente y le dijo que en adelante no se atreviera a comparecer ante su vista. A la noche siguiente, el Señor se apareció a Cosme y le manifestó que Damián no había incurrido en falta alguna por aceptar el regalo de Paladia.

El procónsul Lisias, a cuyos oídos había llegado

la fama de los dos hermanos, hizo que los llevaran a su presencia y les preguntó:

—¿Cómo os llamáis? ¿De dónde sois? ¿Qué tal andáis de bienes de fortuna?

Los hermanos le respondieron:

—Nos llamamos Cosme y Damián. Tenemos otres tres hermanos, cuyos nombres son Antonio,, Leoncio y Euprepio. Somos de Arabia. Carecemos de bienes de fortuna, cosa que no nos importa, pues este asunto preocupa muy poco a quienes profesamos la religión cristiana.

El procónsul mandó a alguien que fuese a buscar a los otros tres hermanos y, cuando los cinco estuvieron reunidos, les ordenó que ofreciesen sacrificios en honor de los ídolos. Como los cinco, unánime y firmemente, se negaran a ello, el procónsul trató de obligarlos a base de castigos. Primeramente, siguiendo las instrucciones de Lisias, a los cinco les machacaron las manos y los pies. Los cinco hermanos soportaron el tormento persistiendo en su negativa y mofándose de los dolores que padecían. Seguidamente fueron amarrados con cadenas y arrojados al mar; pero en cuanto cayeron al agua acudió en su socorro un ángel del Señor y los salvó. Poco después fueron nuevamente detenidos y conducidos ante el procónsul, quien cambiando de táctica les dijo:

—Parece que estáis protegidos por algunos dioses poderosos, puesto que con su ayuda habéis logrado soportar y hasta despreciar los tormentos a que os sometí, e incluso salir sanos y salvos del mar y vencer grandes dificultades. Si me descubrís el secreto de vuestros artificios, por mi dios Adriano os juro que me pasaré a vuestra religión.

Apenas hubo dicho esto se presentaron dos demonios y abofetearon con auténtica saña al procónsul, el cual, mientras recibía en su cara las bofetadas, se volvió hacia los cinco hermanos y les dijo:

—Os suplico, buenos hombres, que roguéis por mí a vuestro Señor.

Entonces los cinco hermanos comenzaron a orar, y al instante los dos demonios desaparecieron.

—Acabáis de ser testigos —dijo Lisias a los cinco hermanos— del castigo que mis dioses me han infligido, indignados porque pensaba abandonarlos. Sabed por tanto que no consentiré que blasfeméis contra ellos.

Por orden del procónsul entonces mismo se preparó una enorme hoguera y fueron arrojados a ella los cinco santos hermanos; las llamas respetaron a los cinco mártires no haciéndoles daño alguno, mientras que, por el contrario, al propagarse por las inmediaciones de la hoguera, abrasaron completamente y causaron la muerte a muchos de los que habían acudido por curiosidad a presenciar la ejecución de las cinco víctimas.

Seguidamente Lisias mandó que diesen a los hermanos el tormento del potro, tortura que también resultó vana, porque un ángel los protegió. Viendo el procónsul que los cinco hermanos permanecían completamente ilesos, mientras que los verdugos, cansados, extenuados y sin fuerzas para continuar atormentándolos, se declaraban vencidos, ordenó que encerraran en la cárcel a Antonio, a Leoncio y a Euprepio; y que a Cosme y a Damián los apedrearan y luego los crucificaran. Comenzó el pueblo a apedrear a Cosme y a Damián, pero las piedras caían sobre los mismos que las arrojaban, y como a causa de esto muchísimos de ellos resultaban heridos, Lisias, rabiosamente airado, mandó interrumpir la frustrada tortura, ordenó que procedieran a crucificar a Cosme y a Damián, y que sacaran de la cárcel a Antonio, a Leoncio y a Euprepio, y que los condujeran al lugar en que sus otros dos hermanos iban a ser crucificados, para que presenciaran el suplicio. Cosme y Damián fueron atados a sus respectivas cruces, y cuando estaban colgados de ellas dijo Lisias a sus saeteros:

—Disparad vuestros arcos y acribilladlos a flechazos.

Los saeteros obedecieron, pero ni un solo dardo se clavó en los mártires, sino que todos ellos, en cuanto salían de las cuerdas, se volvían con fuerza contra los que los habían lanzado y se hincaban en sus cuerpos. Viendo Lisias que la mayor parte de los arqueros estaban gravísimamente heridos, loco de ira, ya no sabía qué hacer. Su cólera era tan grande que parecía que iba a morir de rabia; confuso, avergonzado y dispuesto a terminar de una vez con la resistencia de aquellos valientes mártires, ordenó que a la mañana siguiente le cortaran la cabeza a los cinco. De ese modo los cinco murieron. Los cristianos recogieron sus cuerpos, pero no sabían dónde ni cómo enterrarlos, porque algunos de ellos recordaban que Cosme en cierta ocasión había dicho: «Cuando muramos no nos sepultéis a todos en el mismo sitio». Mientras hondamente preocupados por este problema cambiaban impresiones entre sí, llegó de pronto hasta

ellos un camello, y el animal, con voz enteramente igual a la humana, les dijo que los cinco hermanos habían de ser enterrados juntos en el mismo sitio.

Estos santos padecieron su martirio en tiempos de Diocleciano, que comenzó a reinar hacia el año 287 de la era cristiana.

2. Estando en el campo un labrador descansando del trabajo de la siega de sus mieses, se quedó dormido con la boca abierta, y mientras dormía se le introdujo por ella una serpiente. Cuando despertó se fue a su casa sin enterarse de lo que le había ocurrido. Aquella misma noche comenzó a sentir fortísimos dolores, a dar gritos y a invocar a los santos Cosme y Damián, suplicándoles que acudieran en su auxilio. Como las molestias que sentía en vez de remitir iban en aumento, se fue a la iglesia de los santos mártires; poco después de llegar a ella quedóse repentinamente dormido y, en cuanto se durmió, la serpiente que aquella tarde había entrado por su boca por ella también salió.

3. Un hombre que se vio precisado a emprender un largo viaje, antes de salir de casa rogó a los santos mártires Cosme y Damián que velaran por su esposa, y al despedirse de ésta le mostró un pequeño crucifijo y le dijo:

—Fíjate bien en esta cruz; ella va a servirnos de contraseña; si algún día alguien viene a ti y te la muestra, entiende que el portador es un mensajero que yo te envío para que inmeditamente te vayas con él a fin de que te conduzca a donde yo estuviere.

El diablo, que conocía lo convenido entre ambos cónyuges, algún tiempo después de la marcha del marido se procuró una cruz igual a la de la contraseña, tomó forma de hombre, se presentó en casa de la esposa y le dijo:

—Tu esposo está en la cárcel y quiere que inmediatamente vayas a reunirte con él. Me ha encargado que venga a buscarte, que te enseñe esta cruz y que te lleve a donde él se encuentra.

A pesar de lo que entre sí ambos habían acordado, la mujer no se fió enteramente y contestó al emisario:

—Veo que, en efecto, traes contigo la contraseña convenida; pero como mi marido antes de marcharse me encomendó a la protección de los santos mártires Cosme y Damián, quiero que vayamos a su iglesia y que sobre el altar me jures que es verdad lo que dices; si haces lo que te propongo me marcharé contigo inmediatamente.

El diablo no puso reparo alguno; fue con la mujer a la iglesia, hizo el juramento que ella le había pedido, y en seguida los dos emprendieron el viaje. Cuando ya llevaban caminando algún tiempo, al pasar por un paraje muy solitario, el demonio intentó arrojar a la mujer de la caballería en que iba montada para que cayera por un despeñadero y se matara. La mujer, al adivinar las intenciones de su acompañante, exclamó:

—¡Oh Dios de los santos Cosme y Damián, ayúdame! ¡Oh santos mártires, fiada de vuestra protección he accedido a seguir a este hombre!

Apenas hizo esta invocación, los dos santos hermanos acudieron en su auxilio al frente de una multitud de individuos vestidos de blanco, y en aquel mismo instante el presunto emisario desapareció. Entonces los dos hermanos le dijeron:

—Somos Cosme y Damián, y hemos venido en tu ayuda en cuanto nos llamaste por haber confiado en nosotros y creído en el juramento que el enemigo hizo en nuestro nombre.

4. El papa Félix, abuelo cuarto de san Gregorio, construyó en Roma una magnífica iglesia en honor de los santos Cosme y Damián. Un hombre, encargado de la limpieza y vigilancia de este templo, cayó enfermo de un cáncer que al cabo de cierto tiempo le corroyó totalmente la carne de una de sus piernas. Cierta noche, mientras dormía, soñó que acudían a su lecho los santos Cosme y Damián provistos de medicinas y de los instrumentos necesarios para operarle; pero antes de proceder a la operación uno de ellos preguntó al otro:

—¿Dónde podríamos encontrar carne sana y apta para colocarla en el lugar que va a quedar vacío al quitarle la podrida que rodea los huesos de este hombre?

El otro le contestó:

—Hoy mismo han enterrado a un moro en el cementerio de san Pedro ad Vincula; ve allí, extrae de una de las piernas del muerto la que le haga falta, y con ella supliremos la carroña que tenemos que raerle a este enfermo.

Uno de los santos se fue al cementerio, pero, en vez de cortar al muerto la carne que pudiera necesitar, cortóle una de sus piernas y regresó con ella; amputó luego al enfermo la pierna que tenía dañada, colocó en su lugar la del moro, aplicó después un ungüento al sitio en que hizo el injerto, y

seguidamente los dos santos se fueron al cementerio con la pierna que habían amputado al sacristán y la dejaron en la sepultura del moro, al lado de su cadáver. Cuando el sacristán despertó, quedó extrañado al no sentir los dolores que habitualmente le aquejaban; palpóse la pierna que solía dolerle, y, como al palparla no notara molestia alguna, encendió una candela y a la luz de ella advirtió que la pierna estaba completamente sana. Su asombro fue tan grande que llegó a sospechar que estaba soñando o que no era él en persona el que se hallaba acostado en aquel lecho, sino otro que le hubiese suplantado; pero al reflexionar y darse cuenta de que era verdaderamente él y de que no estaba soñando, loco de alegría saltó de la cama, despertó a sus familiares, les refirió lo que aquella noche había soñado, y les mostró cómo lo que él creía un sueño había sido una realidad, puesto que estaba completamente sano. Hecho público el suceso, algunas personas acudieron al cementerio, abrieron la tumba del moro y comprobaron que al cadáver le faltaba una de sus piernas, y que junto al resto de su cuerpo se hallaba la cancerosa que los santos habían amputado al sacristán.

Capítulo CXLIV

SAN FURSEO, OBISPO

Comúnmente se cree que fue Beda quien escribió la vida del obispo Furseo. Este santo varón, rico en virtudes y en bondad, cayó enfermo, su enfermedad se agravó, falleció, y, en el preciso momento en que su expiración se produjo, tuvo la siguiente visión: dos ángeles venían hacia él para recoger su alma y llevarla a la bienaventuranza; delante de ellos avanzaba otro, armado con un escudo blanco y una espada muy brillante, y detrás de los tres espíritus angélicos, a cierta distancia, venían también varios demonios corriendo, gritando y diciendo:

—Tomémosles la delantera para llegar los primeros junto al difunto y apoderarnos de su alma antes de que lleguen ésos y se la lleven.

Cuando los demonios estaban ya muy cerca de él comenzaron a arrojar venablos de fuego; pero el ángel de la rodela y de la espada brillante se interpuso, y con su escudo detenía y apagaba el fuego de los dardos que los demonios arrojaban. Una vez que demonios y ángeles llegaron junto a Furseo, comenzaron entre ellos a discutir. Primeramente habló uno de los diablos y dijo:

—Este hombre no puede entrar en la gloria porque durante su vida pronunció muchas palabras ociosas.

—Como no podáis aducir contra él cargos de más entidad —replicó uno de los ángeles— no conseguiréis lo que pretendéis. Una persona no puede ser condenada eternamente por cosas de tan poca monta.

—Es que si Dios es justo —añadió el demonio—, este individuo no puede salvarse, porque está escrito: *«Como no os convirtáis y os hagáis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos».*

—Este hombre —adujo el ángel en defensa del difunto— vivió externa y socialmente de acuerdo con los usos y costumbres de su tiempo, pero tuvo siempre un corazón de oro.

El diablo arguyó:

—El que viviera de acuerdo con los usos y costumbres de su tiempo no es motivo suficiente para eximirle de responsabilidades en algunas cosas malas que hizo; por tanto, ahora debe recaer sobre él la venganza del juez supremo.

—Bien —respondió el ángel—: llevémosle ante el divino tribunal y discutamos estos extremos en presencia de Dios.

De momento, los demonios parecieron quedar derrotados al oír esta proposición, porque callaron y nada dijeron; pero al poco rato tomó la palabra otro de ellos y manifestó:

—La Escritura dice que *«el siervo que conoce la voluntad de su señor y no la cumple, debe ser severamente azotado».*

El ángel entonces preguntó:

—¿En qué se ha apartado este hombre de la voluntad divina?

El demonio contestó:

—En haber recibido regalos de personas inicuas.

—Si alguna vez aceptó esos obsequios —replicó el ángel— fue porque creyó que esas personas habían hecho ya penitencia por sus pecados.

—Antes de creer tal cosa —insistió el diablo— debió haberse cerciorado de si tales sujetos habían hecho o no penitencia; y aun en el caso de que efectivamente la hubieran hecho, tenía obligación de enterarse bien de si después de haberse convertido perseveraban en el buen camimo, porque sólo en el supuesto de que le constara con toda certeza que esas personas continuaban caminando por la senda del bien, le estaba permitido aceptar sus regalos.

El ángel propuso de nuevo a los demonios:

—Insisto en que vayamos ante el divino tribunal; allí, en presencia de Dios, revisaremos este cargo.

Nuevamente, cual si se diera por vencido, el demonio calló y dejó a un lado la precedente acusación; pero un rato después tornó al ataque diciendo:

Hasta ahora yo venía creyendo que Dios era justo y veraz, y que haciendo honor a su palabra castigaba con penas eternas todo delito que no hubiera sido previamente expiado en la tierra; pero comienzo a tener mis dudas sobre esto, ya que este hombre, en cierta ocasión, cometió el pecado de aceptar un vestido que le regaló un usurero; ese pecado no lo expió antes de morir, y si ahora, una vez muerto, no recibe el castigo que merece por haber hecho eso, ¿dónde está la justicia divina?

El ángel le respondió:

—¡Calla! ¡Calla! ¡No sabes lo que dices! ¡Cómo se ve que desconoces los ocultos designios del Señor! La misericordia divina es inmensa y se cierne sobre el pecador mientras haya alguna esperanza de que éste pueda hacer penitencia.

El demonio arguyó:

—Pero este hombre ha muerto; por tanto ya no tiene la menor posibilidad de hacer penitencia.

—Te repito —díjole el ángel— que no tienes ni idea de la profundidad de los misterios de Dios.

En aquel preciso momento el demonio propinó al difunto un golpe tan fuerte, que la marca del puñetazo quedó grabada en la cara del muerto, y cuando éste posteriormente resucitó, y durante todo el tiempo que luego vivió, la señal del golpe continuó impresa en su rostro. Tras de haberle dado la susodicha bofetada, los otros diablos sacaron del infierno a uno de los que en él estaban condenados al fuego eterno y lo arrojaron violentamente contra el cuerpo de Furseo, produciéndole a éste con aquel contacto en uno de sus hombros y en sus maxilares las correspondientes quemaduras. Furseo reconoció al condenado: se trataba del usurero que le había regalado el vestido de que el demonio hablara un rato antes; pero, además de reconocerlo, oyó que el ángel, dirigiéndose a él le decía:

—Furseo, si no hubieses aceptado el regalo que este hombre, muerto en pecado, te hizo, ahora no te hubieran hecho daño alguno las llamas en que se abrasa; pero Dios ha permitido que el fuego en que él permanece sumido y que tú de alguna manera contribuiste a avivar, te haya quemado a ti para que mediante estas quemaduras expíes la falta en que incurriste al aceptar la ropa que este pecador te regaló.

Tras de esta intervención del ángel tomó la palabra otro de los demonios, y dijo:

—Este difunto tiene que pasar aún por una puerta más estrecha: la del *«amarás al prójimo como a ti mismo»*. En ella lo esperamos; veremos si es capaz de franquearla.

—Este hombre —replicó el ángel—, durante su vida hizo infinidad de favores a sus semejantes. Toda obra buena es consecuencia y fruto de la caridad. Las buenas obras son las que cuentan ante Dios, y Dios ha dicho que dará a cada cual lo que merezca en relación con las obras que haya hecho.

El demonio insistió:

—Este individuo debe ser condenado porque no cumplió el mandamiento del amor al prójimo.

Al cabo de un rato de discusión sobre este tema entre la turba nefanda de los acusadores y de los ángeles, éstos triunfaron sobre aquéllos; pero los diablos, dispuestos a salirse con la suya, formularon contra Furseo un nuevo cargo. En efecto, uno de ellos dijo:

—Si Dios no es un ser inicuo y de verdad reprueba que alguien sea infiel a sus buenos propósitos, este difunto no se librará de las penas eternas, porque en cierta ocasión prometio renunciar al mundo pero luego, dando de lado a su promesa, se quedó en él atraído por las cosas materiales que acaparaban su corazón, haciendo caso omiso del mandamiento divino contenido en la Escritura

que dice: *«No os dejéis seducir por el amor al mundo ni por nada de cuanto el mundo ofrece».*

A esta acusación respondió el ángel:

—Si permaneció en el siglo, no fue porque le gustaran sus pompas y vanidades; si utilizó algunos de los bienes mundanos, como por ejemplo, las riquezas, no lo hizo en su propio beneficio sino en el de sus prójimos, como claramente lo prueba el hecho de que repartiera entre los pobres todo el dinero que pasaba por sus manos.

—Fuese como fuese y por lo que fuese —repuso el demonio—, este hombre amó los bienes de este mundo; y un amor de esa naturaleza, fúndese en lo que se funde, constituye transgresión del precepto divino.

También en la discusión de este punto los diablos quedaron derrotados por los ángeles; pero, como tras de cada derrota en un determinado terreno, los acusadores saltaban inmediatamente a otro, uno de ellos, aguzando su ingenio, formuló una nueva acusación diciendo:

—En la Escritura se lee: *«Si no echares en rostro al inicuo sus iniquidades, te haré también a ti responsable de ellas».* Pues bien; este difunto durante su vida se hizo reo de esto por no insistir suficientemente en exhortar a los pecadores a que hiciesen penitencia.

El ángel contestó al demonio de esta manera:

—Cuando una persona docta habla y advierte que quienes le oyen se niegan a escucharle e incluso desprecian lo que les dice, hace bien en ahorrarse sus palabras. En semejantes casos el varón prudente sabe callar a tiempo porque se da cuenta de que seguir hablando resultaría improcedente.

A cada acusación de los demonios seguía un debate animado. Finalmente intervino el juez divino, declaró triunfantes a los ángeles y derrotados a los diablos, e hizo que el cuerpo del difunto sobre cuyos actos había versado el debate, quedara envuelto entre celajes de luminosísima claridad, y que en aquel momento, según Beda, uno de los espíritus angélicos dijo a Furseo:

—Asómate al mundo y echa una mirada sobre él.

Furseo se asomó y vio desde el lugar en que se encontraba una extensa llanura sumergida en densas tinieblas; y encima de la obscuridad, cual si flotaran en el espacio, cuatro hogueras, a cierta distancia unas de otras.

El ángel se acercó a él y le dijo:

—Esas son las cuatro hogueras que con su lumbre incendian a los hombres que viven en la tierra. El fuego que arde en una de ellas es el de la mentira; víctimas de él son los que no cumplen las promesas que hicieron en el bautismo de renunciar al diablo y a sus pompas y vanidades; aquel otro, es el de la avaricia; en él se abrasan quienes anteponen el amor a las riquezas terrenales, al de los bienes del cielo; el tercero, es el de la discordia; ese fuego es la causa de que no pocas personas, por insignificantes bagatelas, no tengan reparo en enemistarse con sus prójimos; el cuarto es el de la crueldad, y quema a cuantos, por el mero hecho de sentirse fuertes, abusan de los débiles, los engañan, los despojan de lo que les pertenece, y tras de cometer estas tropelías se quedan tan tranquilos.

De pronto, las cuatro hogueras comenzaron a avanzar unas hacia otras, se reunieron, se fundieron, formaron una sola, y continuaron moviéndose hacia donde Furseo se encontraba. Cuando ya estaban muy cerca de él, se echó a temblar de miedo y sumamente asustado dijo el ángel:

—¡Señor! ¡Ese fuego viene hacia mí!

El ángel lo tranquilizó con estas palabras:

—¡No temas! La lumbre que tú no has encendido no te quemará. Las llamas que ves cerca de ti tienen la misión de examinar las obras de cada uno de los hombres, y una vez que las hayan examinado, tratarán a cada cual según sus merecimientos. Aquel cuya alma, durante la vida, haya ardido en deseos ilícitos, arderá también eternamente entre las llamas de estos cuatro fuegos refundidos.

Después de todo esto, Furseo resucitó con gran sorpresa de quienes velaban su cuerpo, llorando y convencidos de que estaba muerto. Después de su resurrección, el piadoso obispo vivió todavía algunos años, al cabo de los cuales, lleno de méritos alcanzados por sus buenas obras, murió de nuevo, esta vez muy santamente y definitivamente.

Capítulo CXLV

SAN MIGUEL ARCÁNGEL

Miguel significa *quién como Dios.* Dice san Gregorio que siempre que se trata de ejecutar algo que implique un poder extraordinario, es este arcángel el encargado de realizarlo, como si se nos quisiera dar a entender, tanto por las obras en que interviene como por su nombre de *Miguel,* que nadie puede llevar a cabo lo que solamente Dios es capaz de hacer. A eso precisamente se debe que determinadas empresas, cuya realización supone una

fuerza especialísima, se encomienden a este santo arcángel. El será, asegura Daniel, quien, cuando el Anticristo venga a la tierra, aparecerá entre los hombres para defenderlos y protegerlos; él fue el que luchó contra el dragón y sus secuaces, los arrojó del cielo y obtuvo sobre ellos una imponente victoria; también fue él quien disputó con el diablo cuando este enemigo infernal trató de destruir el cuerpo de Moisés para hacerse pasar por Dios y conseguir que el pueblo judío le adorara; él es igualmente el que al fallecer los fieles se hace cargo de sus almas y las introduce en el paraíso glorioso. Si en tiempos de la antigua ley este arcángel fue el príncipe de la sinagoga, desde que comenzó a regir la ley nueva es el príncipe de la Iglesia, porque así expresamente lo ha querido el Señor. Comúnmente se tiene por cierto que él fue quien envió la plagas sobre los egipcios, quien separó las aguas del mar Rojo, guió al pueblo a través del desierto, y lo condujo a la tierra de promisión. El es el abanderado de Cristo en el ejército de los Santos Angeles y él será quien en cuanto el Señor le dé la orden, matará valientemente al Anticristo en la cima del monte Olivete, y quien dará la voz para que los muertos resuciten, y quien el día del juicio presentará ante el tribunal la Cruz, los clavos, la lanza y la corona de espinas.

A esta sagrada fiesta en honor de san Miguel dánsele cuatro nombres diferentes, a saber: Aparición, Victoria, Dedicación y Conmemoración.

I. Aparición.

Las apariciones de este ángel han sido muchas. Vamos a recordar algunas de ellas.

La primera tuvo lugar sobre el monte Gárgano, que está en Pulla, cerca de la ciudad de Siponto.

En el año 390 vivía en Siponto un hombre llamado también Gárgano. Según unos libros este individuo tomó su nombre del monte vecino; y, según otros, fueron las gentes quienes dieron al monte el nombre del mencionado varón. Este hombre era dueño de muchísimos rebaños de ovejas y de numerosas manadas de bueyes. Un día, uno de sus toros se apartó de la boyada, que pacía por las laderas de la montaña y, descarriado, fue a dar a la cumbre de la misma. El dueño de la res, al llegar a casa el conjunto de sus bueyes, contarlos y advertir que faltaba uno, reunió a buen número de sus criados, salió en su compañía al campo en busca del animal y, después de haberlo buscado cuidadosamente por los parajes más intrincados, halláronlo al fin en la cima del monte, justamente a la entrada de una cueva. Gárgano, que se hallaba indignado por el proceder del descarriado toro que había tenido la osadía de separarse del resto de la manada, al verlo, disparó contra él una flecha envenenada. La flecha salió del arco, pero, antes de llegar a donde iba dirigida, el viento modificó su curso de tal manera que fue a clavarse en el arquero que la había disparado. Este hecho produjo extraordinaria impresión entre los habitantes de la ciudad, algunos de los cuales acudieron al obispo y le preguntaron que interpretación podría darse a tan extraño fenómeno. El obispo ordenó a sus diocesanos que ayunaran durante tres días seguidos y pidieran a Dios que se dignara darles a conocer el significado de tan insólito suceso. Al término de aquel triduo de rogativas san Miguel se apareció al obispo y le dijo:

—Quiero que sepáis que la flecha se volvió contra quien la había disparado y le hirió, porque así lo dispuse yo, que soy el arcángel Miguel, y he decidido morar en este lugar de la tierra y ampararlo con mi protección. Yo hice que el animal se descarriara y que la flecha retrocediera, para daros ocasión de que os enterarais de que soy el vigilante y custodio de esa cueva que hay en la cima del monte.

Tras esta manifestación del arcángel, el obispo y los habitantes de la ciudad subieron en procesión hasta la cumbre de la montaña, llegaron hasta la entrada de la cueva, pero no pasaron más adelante, sino que quedaron frente a ella postrados reverentemente en oración.

La segunda aparición del arcángel ocurrió el año 710 de la era del Señor de la siguiente manera:

San Miguel se apareció al obispo de Abranches y le ordenó que a seis millas de esta ciudad, en el lugar llamado Tumba, situado a la vera del mar, construyera una iglesia en su honor, y que todos los años se celebrara en ella una fiesta semejante a

la que se hacía en el monte Gárgano. Como el obispo no entendía muy bien en qué sitio concreto había de edificarse el templo, el arcángel le sacó de dudas diciéndole:

—Unos ladrones han robado un toro y lo tienen escondido en Tumba. Buscad al animal; allí donde lo encontréis, pues lo encontraréis, edificaréis la iglesia.

—¿Qué dimensiones ha de tener el templo? —preguntó el obispo.

El arcángel le respondió:

—El área que ha de ocupar ya está marcada en el suelo por las pisadas del toro. Traza una raya alrededor del terreno hollado por las pezuñas del animal, y construye los muros exteriores a la vera de la raya.

En el sitio en que debería construirse la iglesia había dos peñascos enormes. Su remoción y desplazamiento constituían una empresa humanamente inviable. San Miguel solucionó este problema fácilmente: se apareció a un hombre y le dijo:

—Ve al lugar en que va a edificarse el nuevo templo y retira las dos rocas que hay en su solar.

El hombre obedeció: fue al sitio en que estaban las peñas, se acercó a ellas y, como si no pesaran nada, las retiró de allí.

Una vez que el templo estuvo construido, trajeron a él desde el monte Gárgano un trozo de mármol sobre el que el arcángel se había colocado en cierta ocasión, y parte de los ornamentos que el propio san Miguel había dejado sobre el altar.

Poco después de que la edificación de la iglesia estuviera acabada, advirtieron la existencia de otro problema; no había agua potable en sus cercanías. San Miguel se encargó de dar a este asunto cumplida solución: por orden suya hicieron un agujero en una durísima roca, y, en seguida, del interior del peñasco comenzó a brotar tal cantidad de agua que, todavía hoy, quienes habitan en aquel lugar, continúan beneficiándose del copiosísimo caudal que sigue manando de la fuente que entonces surgió.

La aparición del arcángel san Miguel al obispo de Abranches se celebra solemnemente en el santuario de Tumba todos los años el 16 de octubre. Dícese que una vez, el día de esta fiesta, ocurrió un milagro digno de ser recordado. Antes de referirlo creo conveniente advertir que el sitio en que se encuentra este templo del arcángel, es decir, el lugar de Tumba, es un monte a manera de islote que emerge en el mar, cuyas aguas lo rodean por todas partes; pero estas aguas todos los años el día de san Miguel se retiran dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, y al retirarse queda un camino abierto por el que se puede pasar desde tierra firme hasta el susodicho monte. Pues bien; en cierta ocasión, el día de la fiesta del arcángel, cuando por el lugar que las aguas habían dejado expedito avanzaba hacia el santuario una enorme multitud de gente procedente de tierra firme, de pronto se produjo un inesperado reflujo del mar y sus olas se precipitaron con violento ímpetu sobre el espacio que antes habían dejado libre, y en breves momentos lo anegaron. Las innumerables personas que caminaban hacia el templo, al ver que las aguas avanzaban hacia ellas, regresaron corriendo al litoral llenas de miedo, y consiguieron ponerse a salvo; pero entre la numerosísima caravana había una mujer que por estar preñada y próxima al parto no pudo correr y fue alcanzada por las olas; mas san Miguel la protegió. La mencionada mujer no sólo no se ahogó, sino que en medio del mar y bajo el agua parió, recogió a su hijo, lo sostuvo en sus brazos, lo amamantó y bajo el agua permaneció incólume hasta que nuevamente las aguas se retiraron y ella feliz y contenta apareció con su niño en los brazos.

La tercera aparición, según cuentan los libros, ocurrió en Roma, en tiempos del papa san Gregorio, y de esta manera:

Había el mencionado papa san Gregorio organizado más rogativas para impetrar del Señor la salud del pueblo y la terminación de una peste llamada *inguinal,* que hacía estragos entre la gente; un día de esas rogativas, yendo los fieles por las calles de la ciudad procesionalmente cantando las letanías, el papa, que presidía la procesión, vio sobre el castillo que por entonces y desde tiempos antiguos llamaban de Adriano, la figura de un ángel del Señor que limpiaba una espada bañada en sangre y la guardaba en su vaina. El santo pontífice entendió que Dios, a través de aquella visión, quería manifestarle que había oído sus preces y las de los creyentes, y que daba por terminado el castigo de la peste. En agradecimiento a este favor divino y en memoria de la aparición referida, el papa mandó construir en la fortaleza de Adriano una iglesia dedicada al Santo Ángel. A partir de entonces la fortaleza, durante tanto tiempo llamada de Adriano, comenzó a llamarse castillo de *Santángelo* o del Santo Ángel y con este nombre es todavía hoy conocida. Tanto esta aparición del arcángel a san

Gregorio, como aquella otra ocurrida en el monte Gárgano que significó el triunfo de los sipontínos, se conmemoran actualmente el 8 de mayo de cada año.

Hay una cuarta aparición consistente en la manifestación o esclarecimiento de la jararquía que existe entre los ángeles; porque los ángeles no son todos iguales, sino que con arreglo a su condición están jerarquizados entre sí e integrados en tres grupos diferentes. Al primero de esos grupos damos el nombre de *Epifanía,* que significa categoría máxima, o superior; al segundo lo llamamos *Hyperfanía,* palabra que quiere decir categoría intermedia; al tercero lo designamos con el término *Hypofanía,* que equivale a categoría inferior. A estos tres grupos o categorías en conjunto se da el nombre de *jerarquía* que es lo mismo que *principados sagrados,* ya que jerarquía etimológicamente proviene de *gerar* (sagrado) y de *archos* (príncipe). Cada una de estas tres jerarquías consta de tres órdenes: a la primera de ellas, o Epifanía, pertenecen los serafines, los querubines y los tronos; a la segunda o Hyperfanía, según Dionisio, pertenecen las dominaciones, las virtudes y las potestades; a la tercera o Hypofanía, también según Dionisio, pertenecen los principados, los arcángeles y los ángeles. Se da cierta semejanza entre la ordenación o disposición de los espíritus celestiales y la que existe entre los diferentes poderes terrenos. Si nos fijamos en las personas que ejercen funciones de servicio a las órdenes de un rey temporal, advertiremos lo siguiente: Primero. Algunas de ellas se dedican a asistir al monarca en su persona y de cerca, como los secretarios, consejeros y asesores; pues bien, las funciones encomendadas a los espíritus angélicos de los tres órdenes integrados en la primera jerarquía son bastante semejantes a las que realizan los mencionados servidores regios. Segundo. Otras colaboran con el soberano en tareas gubernamentales, ayudándole a gobernar no una provincia concreta ni una determinada región, sino la totalidad de las tierras del reino; tal es el caso de los generales de los ejércitos o el de los jueces del tribunal supremo; parecida misión tienen los espíritus celestiales que pertenecen a la segunda jerarquía. Tercero. Hay, finalmente, otras que colaboran con el monarca representándole y ejerciendo por delegación de él la autoridad que a él le compete en una zona determinada o en una localidad, como los prefectos, los gobernadores, los alcaldes; a la misión encomendada a estos funcionarios se parece mucho la que tienen a su cargo los ángeles de los tres órdenes integrados en la tercera jerarquía.

Los espíritus pertenecientes a los tres órdenes pertenecientes a la jerarquía primera están al servicio directo e inmediato de Dios y por ello permanecen fijos a su lado; para ejercer convenientemente su oficio, han sido dotados por el Señor de cualidades adecuadas: en unos destaca el inmenso amor que hacia Dios sienten; de ahí que los llamemos serafines, porque *serafín* significa ardiente, y como ardiendo, inflamados por la devoción que a Dios profesan, están ellos; otros descuellan por la agudeza de su inteligencia, y debido a eso reciben el nombre de querubines; y muy acertadamente, porque *querubín* significa plenitud de conocimiento; otros sobresalen por su capacidad para disfrutar constantemente y en sumo grado de las divinas delicias; y porque parece como si Dios se recostara sobre ellos y descansara en ellos y que ellos a su vez se recostaran sobre el Señor y en el Señor descansaran, a los pertenecientes a este tercer orden de la primera jerarquía los llamamos *tronos,* en el sentido de escaños o asientos.

Los integrantes de los tres órdenes de la jerarquía segunda o intermedia tienen la misión de presidir y gobernar la comunidad humana, es decir, a todos los hombres globalmente tomados; para el mejor desempeño de su oficio están distribuidos precisamente en esos tres órdenes, correspondiendo a cada uno de esos órdenes una determinada tarea, de este modo: Primero. La de presidir y mandar corre a cargo del orden de las dominaciones, que son quienes dirigen y señalan a los de categoría inferior lo que han de hacer para servir acertadamente al Señor; en el capítulo 5 del libro de Zacarías hay un pasaje del que se deduce que las cosas ocurren así, y es aquél en que un ángel dice a otro: *«Corre, ve a ver a ese joven y dile, etc.».* Segundo. La función de ejecutar lo que disponen los componentes del primer orden está encomendada a los que integran el segundo orden, que por eso se llaman virtudes, ya que virtud significa potencia y fuerza, y los espíritus de este segundo orden están dotados de toda la potencia necesaria para llevar a cabo todo cuanto se les manda en relación con el servicio divino, por muy difícil que sea; de ahí que se les atribuya la facultad de hacer milagros. Tercero. La misión de remover los impedimentos que pudieran obstaculizar la consecución de ciertos objetivos está encomendada a los

espíritus que constituyen el tercer orden, llamados genéricamente potestades, porque tienen competencia sobrada para despejar el camino de estorbos y hacer posible que las virtudes realicen lo que las dominaciones les encomiendan; en el capítulo octavo del libro de Tobías, y en el pasaje en que se dice que Rafael ató al demonio y lo mantuvo secuestrado en un desierto del alto Egipto, tenemos un claro testimonio a favor de lo que estamos diciendo.

Los tres órdenes integrados en la última jerarquía desempeñan misiones concretas y definidas: Los espíritus pertenecientes al primero de estos órdenes están encargados de proteger cada uno de ellos a una provincia determinada, y reciben el nombre de principados; a este orden pertenecía aquel *Príncipe de Persia,* o sea el protector de los persas, de que se habla en el capítulo décimo del libro de Daniel. Los del segundo orden son llamados arcángeles, y desempeñan el oficio de velar sobre una colectiva de personas, por ejemplo, sobre los habitantes de una ciudad. Los del tercer orden de esta tercera jerarquía son los ángeles, y ejercen la función de custodiar a cada uno de los seres humanos en singular. Cuando afirmamos que el cometido de los ángeles es menos importante que el de los arcángeles, hemos de entender estas palabras en el sentido de que la misión que desempeñan es más reducida, puesto que se limita a velar por una sola persona, mientras que los arcángeles velan por toda una colectividad; consideradas las cosas bajo este aspecto, no cabe duda de que procurar el bien de una sociedad es de suyo misión más ardua e importante que procurar el bien de un individuo concreto.

San Gregorio y san Bernardo están totalmente de acuerdo con Dionisio en lo relativo a las funciones que desempeñan los órdenes de la primera jerarquía y a las cualidades características de cada uno de esos órdenes, es decir, en cuanto al ferviente amor de los serafines, el profundo conocimiento de los querubines y la constante presencia ante Dios de los tronos; pero difieren de él en lo tocante a los oficios generales de las otras dos jerarquías, y en el concepto que tienen de los órdenes de las virtudes y de los principados.

Gregorio y Bernardo disienten del Areopagita en el cometido propio de los espíritus pertenecientes a las jerarquías segunda y tercera. Los órdenes de la jerarquía intermedia, en opinión de Gregorio y de Bernardo, ejercen funciones prelaticias, y los de la tercera desempeñan tareas de servicio. He aquí lo que a este respecto dicen Gregorio y Bernardo: Entre los espíritus celestiales que integran la segunda jerarquía se dan tres clases de prelaturas y a tenor de ellas se constituyen los tres órdenes que pertenecen a la citada jerarquía. Al primero de esos órdenes o prelaturas de la jerarquía segunda pertenecen las llamadas dominaciones, que están constituidas por los espíritus angélicos que ejercen funciones de mando sobre los espíritus de la jerarquía tercera; al segundo de esos órdenes pertenecen los principados, que a su vez están constituidos por los espíritus que ejercen funciones de mando sobre los hombres buenos; al tercero de esos órdenes pertenecen las potestades, o sea, aquellos espíritus que ejercen un dominio especial sobre los demonios. La diferencia de grado y dignidad que entre estos tres órdenes existe, depende del tipo de prelatura que cada uno de ellos desempeña. Los espíritus de la tercera jerarquía desempeñan tareas de servicio, y como estas tareas son de tres clases diferentes, de ahí que haya entre ellos tres órdenes. Hay tareas que consisten en ejecutar obras; los espíritus que las desempeñan reciben el nombre de virtudes, y pertenecen al primero de esos órdenes; hay tareas que consisten en transmitir mensajes de gran importancia; quienes las ejecutan reciben el nombre de arcángeles, y constituyen el segundo de esos órdenes; y hay, finalmente, tareas que consisten en transmitir mensajes de importancia no grande; los espíritus que las desempeñan reciben el nombre de ángeles, y pertenecen al tercero de esos órdenes.

La quinta aparición hállase relatada en la *Historia Tripartita* de la siguiente manera:

En un lugar próximo a Constantinopla en el que antiguamente se daba culto a la diosa Vesta, construyóse posteriormente un templo dedicado a san Miguel, y a partir de entonces el mencionado paraje, y sobre todo el nuevo templo, comenzó a ser llamado *Michalion.* En esta iglesia el santo arcángel hizo un milagro muy notable: un tal Aquilino cayó enfermo, aquejado de tan altísimas fiebres que todo su cuerpo ofrecía un aspecto intensamente rojizo. Para calmar los ardores de la calentura diéronle a beber un brebaje. Beberlo y vomitarlo fue todo uno; pero hubo más: a partir de aquel momento Aquilino no pudo tomar alimento de ningún género, porque todo cuando trataba de comer o beber, inmediatamente lo devolvía. Estando gravísimo y a punto de morir, el

enfermo rogó que lo llevaran a la iglesia de san Miguel, tanto porque tenía esperanza de que allí se curaría, cuanto porque en el caso de no curar, servíale de consuelo pensar que si la muerte le sobrevenía, le sobrevendría en el templo del arcángel. Lleváronlo, pues, al Michalion, y, al poco rato de llegar, san Miguel se le apareció y le dijo:

—Manda que te preparen una mezcla de miel, vino y pimienta, rocía con ella la comida que te den y, si así lo haces, quedarás enteramente sano.

Aquilino siguió al pie de la letra el consejo del arcángel, y a pesar de que a juicio de los médicos era un disparate en el estado de altísima fiebre en que se encontraba rociar los alimentos que tomaba con una porción tan fuerte y caliente, al cabo de muy poco tiempo quedó completamente curado.

II. Victoria.

Este es otro caso de los nombres dados a esta fiesta.

Muchas son las victorias de que tenemos noticia, obtenidas por mediación de san Miguel y de los ángeles.

Recordemos, en primer lugar, la que el santo arcángel procuró a los sipontinos. Los hechos ocurrieron de esta manera: Poco después de que san Miguel se apareciera en el monte Gárgano, los napolitanos, paganos a la sazón, declararon la guerra a los habitantes de Siponto y de Benevento, ciudades situadas a unas cincuenta millas de Nápoles. Los sipontinos por consejo de su obispo pidieron a sus atacantes una tregua de tres días durante los cuales ayunaron y suplicaron a su patrono san Miguel que acudiera en su auxilio. La noche del último día del triduo de rogativas el arcángel se apareció al obispo, le manifestó que las oraciones de los sipontinos habían sido oídas, le aseguró que vencerían a sus enemigos y le ordenó que a la mañana siguiente acudiesen al campo de batalla y se enfrentasen a los napolitanos. Nada más llegar los sipontinos al campo de batalla, un terrible terremoto conmovió las entrañas del monte Gárgano; en el cielo empezaron a zigzaguear infinidad de relámpagos; la montaña, desde el suelo hasta la cumbre, quedó envuelta totalmente por una espesísima niebla, y en poco rato perecieron seiscientos soldados del ejército enemigo, unos fulminados por los rayos y otros acribillados por las lanzas y espadas de los valerosos cristianos. Los supervivientes de las tropas napolitanas, a la vista de la protección que san Miguel dispensaba a los sipontinos, emprendieron la huida, abandonaron la idolatría y sometieron sus duras cervices al yugo de la fe cristiana.

Recordemos en segundo lugar la victoria que san Miguel arcángel, obtuvo sobre los demonios cuando arrojó de la gloria a Lucifer y a todos sus secuaces. El Apocalipsis alude a ella en el pasaje que dice: «*Hubo en el cielo una contienda imponente: Miguel,* etc.». Efectivamente: el arcángel san Miguel, abanderado del ejército celestial, viendo que Lucifer quería equipararse a Dios, se lanzó contra él y sus partidarios, los expulsó de la bienaventuranza y los dejó aherrojados hasta el día del juicio en las capas inferiores del aire en medio de un ambiente caliginoso. Desde entonces no les está permitido ni remontarse a las zonas superiores del espacio, lugar luminoso y agradable, ni vivir en la tierra con nosotros para que no nos contaminen con su pestilencia, sino que se ven obligados a permanecer confinados y erráticos en esa banda intermedia que existe entre el suelo y el cielo, y a sufrir permanentemente, porque, si miran hacia arriba, padecen al ver la gloria que perdieron, y si miran hacia abajo, se retuercen inevitablemente de envidia viendo como los hombres suben al paraíso a ocupar los puestos que ellos dejaron vacíos cuando de él fueron expulsados. Sin embargo, Dios frecuentemente les permite que bajen hasta nosotros y que nos tienten. A algunos santos varones les ha sido concedido el privilegio de verlos revoloteando a nuestro alrededor y acosándonos, como moscas. Su comparación con las moscas resulta francamente acertada, porque, como ellas, son innumerables, andan en bandadas y llenan el aire. A propósito de estos malignos espíritus escribe muy atinadamente Haymo: «En opinión de los filósofos y de nuestros doctores, el aire que nos envuelve está tan plagado de demonios como de esas partículas pequeñísimas de polvo que vemos flotar en el espacio a través de un rayito de sol. Pero Orígenes afirma que, aunque son tantos, cada vez que los vencemos mermamos la eficacia de sus acometidas, porque cuando un diablo es derrotado por alguna persona piadosa pierde fuerza, y en adelante no se atreve ya a tentar a esa persona en la materia en que fue vencido por ella».

Recordemos en tercer lugar un género de victoria que guarda relación con los triunfos que diariamente obtienen los ángeles sobre los demonios, cuando vienen en nuestro auxilio y nos libran de las tentaciones a que nos someten. Los espíritus

buenos nos ayudan a salir airosos de las acometidas de los malos, de tres maneras: Primera. Refrenando el poder diabólico: En el capítulo 20 del Apocalipsis se dice que el ángel maniató al demonio y lo arrojó al abismo; y en el capítulo octavo de Tobías leemos que el arcángel Rafael ató también al demonio, y atado lo dejó en un lugar del desierto. En ambos casos, las expresiones atar y maniatar significan que uno y otro ángel refrenaron el poder del diablo. Segunda. Refrigerando el ardor de la concupiscencia; eso es lo que simbólicamente se nos quiere dar a entender en un pasaje del capítulo 23 del Génesis, en el que se nos dice que un ángel luchó con Jacob, oprimió a éste uno de sus nervios, e inmediatamente Jacob se quedó sin fuerzas. Tercera. Evocando en nuestra mente el recuerdo de la Pasión del Señor, como se desprende del capítulo séptimo del Apocalipsis y del noveno de Ezequiel. En el primero de esos lugares se advierte: *«No oséis hacer daño ni a la tierra, ni al mar, ni a los árboles hasta que hayamos sellado a los siervos de Dios en sus frentes».* En el segundo, leemos: *«Pon por señal una* tau *en la frente de los que se duelen,* etc.». Tau es una letra en forma de cruz; quienes llevaran esa marca en la cara no tenían por qué temer al ángel vengador. De ahí que en ese mismo pasaje de Ezequiel a continuación se diga: *«No matéis a quien lleve la* tau *en su frente».*

Recordemos finalmente una cuarta victoria: la que el arcángel san Miguel obtendrá sobre el Anticristo cuando le dé muerte. En relación con esto leemos en el capítulo 12 de Daniel: *«Entonces se alzará Miguel, el gran príncipe, el defensor de los hijos de tu pueblo».* Así ocurrirá: se alzará, ejercerá su función de protector de los elegidos, y se opondrá valientemente al Anticristo, el cual, según dice la Glosa al comentar estas palabras del capítulo 13 del Apolcalipsis *«vi herida de muerte a una de las cabezas de la bestia»,* se hará el muerto, se ocultará durante tres días, y al cabo de ellos se presentará nuevamente ante el pueblo diciendo que ha resucitado, y con la ayuda de sus artes mágicas y la que le presten los demonios se elevará en el aire, conseguirá que las multitudes entusiasmadas le adoren, se trasladará posteriormente al monte Olivete y allí, en el mismo lugar desde el que Cristo ascendió a los cielos, montará su tienda; pero cuando esté dentro de ella sentado en su trono, llegará Miguel y le matará. «El Señor Jesús le destruirá con el aliento de su boca», dice la Glosa en su comentario al capítulo segundo de la segunda carta a los Tesalonicenses. En el capítulo 12 del Apocalipsis se dice: *«Hubo en el cielo un gran combate; Miguel,* etc.». Pues bien; san Gregorio opina que este pasaje se refiere a la pelea que ha de tener lugar entre el Anticristo y Miguel, y a la victoria de éste sobre aquél. Cierto que sí; pero en el mencionado texto se alude también sin duda alguna, además de a esta batalla de que estamos hablando ahora, es decir, a la que sostendrá con el Anticristo cuando sobrevenga el fin del mundo, a otras dos sostenidas por el santo arcángel contra Lucifer, a saber: a la que sostuvo con él cuando lo arrojó del cielo, y a las que sostiene frecuentemente contra los demonios que nos rodean y tratan de inficionar nuestra alma.

III. Dedicación.

Dase el nombre de Dedicación a esta festividad, porque el arcángel san Miguel reveló que en tal día como hoy habíase dedicado él a si mismo la iglesia del monte Gárgano.

Los sipontinos, tras de la derrota de sus enemigos, llenos de entusiasmo por la insigne victoria que acaban de obtener, subieron a la cumbre del monte y se encontraron con que en el lugar que ocupaba la cueva en la que san Miguel se había aparecido, había una iglesia; mas, como no sabían si estaba o no consagrada, no se atrevieron a entrar en ella, sino que consultaron sobre este asunto al obispo. Tampoco el obispo se atrevió a resolver la cuestión por sí mismo y a su vez consultó con el papa Pelagio lo que convenía hacer. El papa respondió al obispo de esta manera: «Si fuese necesario consagrar y dedicar ese templo, parece aconsejable que la ceremonia se haga el día en que se cumpla el aniversario de la gran victoria que los sipontinos obtuvieron sobre sus enemigos; pero a mi juicio lo que procede hacer en este caso es tratar de averiguar lo que quiere san Miguel, pues bien pudiera ocurrir que él tuviera sus propios planes sobre el particular». El papa, el obispo y los sipontinos celebraron un triduo de rogativas a base de oraciones y ayuno, suplicando al arcángel que les manifestara de alguna manera su voluntad al respecto; y el mismo día en que terminaba el triduo, san Miguel se apareció al obispo y le dijo: «Esa iglesia la construí yo, yo la consagré y yo me la dediqué a mí mismo; no es menester que vosotros la consagréis y me la dediquéis, pues todo eso ya está hecho». Seguidamente ordenó al obispo: «Mañana tú y tus fieles subiréis al monte, pero subiréis por el sendero que hay en la parte oriental;

quiero que subáis precisamente por la vereda de esa vertiente, para que veáis las huellas de pisadas de un hombre que han quedado grabadas en el mármol del suelo, y viéndolas no os quede ya duda alguna de que la iglesia está consagrada. Quiero además que, cuando lleguéis a la cima, entréis en el templo, y que de aquí en adelante lo visitéis con frecuencia y que os consideréis permanentemente protegidos por mi patrocinio».

A la mañana siguiente, el obispo y todo el pueblo subieron al monte, entraron en la iglesia y vieron que tenía la forma de una gran cripta, y que había en ella tres altares; dos de ellos estaban situados en el muro que miraba al mediodía y el otro en el que daba al naciente. Este tercer altar hallábase cubierto con un baldaquino de color rojo. A continuación el obispo celebró una misa solemnísima en la que todos los asistentes comulgaron. Terminados los piadosos festejos, los fieles regresaron a sus casas. El obispo encomendó el culto de este templo a un grupo de sacerdotes y clérigos, encargándoles mucho que celebrasen en él diariamente los divinos oficios.

IV. Conmemoración.

Este es otro de los nombres dados a esta fiesta, porque en ella honramos y veneramos no sólo a san Miguel, sino a todos los ángeles en general. Por muchas razones estamos obligados a recordar y venerar a estos espíritus angélicos que son nuestros guardianes, nuestros servidores, nuestros hermanos y conciudadanos. A su cargo corre la misión de llevar nuestras almas al cielo y de presentar ante Dios nuestras oraciones. Estos nobilísimos soldados del rey eterno dedícanse también a consolar a los afligidos.

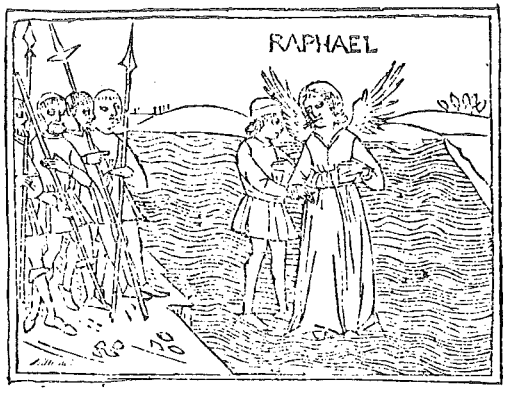
Tenemos el deber de honrar a los ángeles, primeramente, porque son nuestros guardianes. A cada uno de los seres humanos se le han asignado dos espíritus: uno malo, para que le pruebe y otro bueno para que le proteja. La asignación al hombre de un ángel bueno para que le defienda, tiene lugar en el mismo momento en que tal hombre es concebido, de manera que todo individuo de nuestra especie, desde el instante en que se inicia su existencia en el útero materno, tiene a su lado su propio ángel custodio. Este ángel ya no se apartará más de él mientras viva, a su vera permanecerá no sólo antes de que nazca, sino también y siempre, una vez que haya nacido, y tanto en su infancia como en su edad adulta. En las tres fases de su existencia necesita el hombre de la protección de su ángel. Antes de nacer, mientras se desarrolla en el seno de su madre, para evitarle cualquier daño que pudiera ocurrirle; una vez nacido, y a lo largo de su infancia, para protegerle contra los peligros que podrían impedir su bautismo; y, finalmente, cuando es mayor, para apartarlo de los pecados en que pudiera caer, porque el diablo permanece constantemente al acecho de la persona adulta, tratando de seducir su razón con astucias, de debilitar su voluntad con blandenguerías y de sofocar violentamente su capacidad de obrar el bien. De ahí la necesidad que toda persona tiene de ser asistida por un ángel bueno que la custodie, la oriente, la ampare contra los engaños del enemigo, la anime y estimule a practicar la virtud, la ayude a superar la molicie y la defienda de las opresiones violentas a que frecuentemente se ve sometida.

Cuatro son los efetos principales que se siguen de la protección dispensada por los ángeles al hombre:

Primero. El desarrollo de la gracia en su alma. Este efecto lo consigue el ángel de la guarda mediante los tres siguientes procedimientos: a) Removiendo los impedimentos que se oponen a la inclinación de su protegido hacia el bien. Un ejemplo de esto lo tenemos en el capítulo 12 del Exodo, en el pasaje en que se narra aquello de que un ángel hirió a los primogénitos de los egipcios. b) Haciendo que el hombre sacuda la pereza, como hizo otro ángel con Zacarías. Este profeta, en el capítulo cuarto de sus profecías, dice a este respecto: *«El ángel del Señor me zarandeó y de pronto me vi en situación semejante a la del dormido que acaba de despertar»*. c) Acompañando al individuo a la ida y al regreso por los caminos de la penitencia, como acompañó Rafael a Tobías yendo con él en su doble viaje desde su casa a Ragués y desde Ragués a su casa. Tob., 5).

Segundo. La preservación de incurrir en el mal de la culpa. Este segundo efecto consíguelo el ángel también de tres maneras: a) Impidiendo que su protegido caiga en pecado, como impidió el custodio de Balaám que éste llevara a cabo el plan que tenía de ir a maldecir a Israel (Núm., 22); b) Haciéndole aborrecer sus pasadas culpas y sus antiguas costumbres, como se infiere del capítulo segundo del libro de los Jueces, en el que se dice que cuando un ángel hizo ver a los hijos de Israel sus anteriores prevaricaciones, prorrumpieron en

clamores y amargamente lloraron sus pecados; c) Interviniendo a tiempo y enérgicamente para que el hombre no peque, cuando está a punto de hacerlo, como a tiempo y enérgicamente intervino el ángel que obligó a Lot y a su mujer a salir de Sodoma y a abandonar inmediatamente el ambiente de pecado en que la ciudad estaba sumida.



Tercero. La pronta recuperación del estado de gracia en los casos en que alguien previamente hubiese delinquido. También por tres procedimientos consiguen los ángeles este tercer efecto: a) Moviendo al pecador a contricción, como simbólicamente se nos dio a entender mediante la unción que Tobías hijo, por orden de Rafael, hizo en los ojos, o sea, en el corazón de Tobías padre con la hiel del pez; la hiel del pez significaba el arrepentimiento. (Tob., 11); b) Purificando los labios del pecador para que éste, con ellos limpios, confiese los pecados cometidos; así se nos manifestó en el capítulo sexto de Isaías mediante la purificación que un ángel hizo de la boca de este profeta; c) Predisponiendo al delincuente para que acepte de buen grado y con alegría el deber de satisfacer por sus culpas, y para que se incorpore al gozo que hay en el cielo cuando un pecador se convierte, como se dice en el capítulo 15 del evangelio de san Lucas.

Cuarto. La asistencia necesaria para impedir que el hombre, cada vez que es tentado, incurra en la enorme cantidad de males a que el diablo con insistente frecuencia trata de arrastrarlo. Para conseguir este cuarto efecto el ángel ayuda a su protegido de tres maneras: a) Refrenando el poder del demonio; b) Amortiguando la concupiscencia del individuo tentado; c) Trayendo a la memoria de éste, como anteriormente hemos dicho, el recuerdo de la Pasión del Señor.

Tenemos el deber de honrar a los ángeles, en segundo lugar, porque son nuestros servidores. Todos ellos, como se hace constar en el capítulo primero de la Epístola a los Hebreos, tienen por misión servir y favorecer a los herederos de la salud. En efecto, todos ellos, de alguna manera, están dedicados a nuestro servicio, puesto que los de rango superior ejercen su ministerio sobre los de rango intermedio, los de rango intermedio lo ejercen sobre los de rango inferior, y éstos a su vez lo ejercen sobre nosotros. Es Dios y únicamente Dios quien en su infinita bondad ha marcado a los ángeles la tarea que tienen de desempeñar y el fin a que están ordenados. A través del ministerio que los espíritus angélicos realizan se ponen de manifiesto estas tres cosas:

Primera. La divina misericordia respecto de nosotros: ¡Cuán entrañablemente nos ama el Señor! ¡Con cuánta solicitud procura nuestra salvación, puesto que para que nos salvemos ha creado a esas nobilísimas criaturas tan íntimamente unidas a Él por el amor, y los ha destinado a nuestro servicio!

Segunda. La sublime caridad de los ángeles: Quien tiene caridad perfecta, desea ardientemente el bien de los demás y procura que se salven. Caridad perfecta tenía Isaías, y por eso se ofreció al Señor y le dijo: *«Aquí me tienes: envíame»*. Ven los ángeles cómo los demonios nos atacan; comprenden que tenemos necesidad de ayuda y, conscientes de que ellos pueden prestárnosla, muéstranse dispuestos a socorrernos, y a socorrernos acuden, enviados por Dios para que ejerciten en nuestro beneficio la sublime caridad que los anima.

Tercera. Nuestra propia indigencia humana: Los ángeles buenos, enviados por Dios a nosotros para que remedien nuestras necesidades, remediándolas de tres modos: a) Encendiendo en nuestros corazones la llama del amor divino. En la Escritura leemos que en algunas ocasiones estos espíritus celestiales acudieron a ejercer su misión usando como medio de transporte un carro de fuego; el carro de fuego utilizado por ellos, es sin duda alguna un símbolo del fuego del amor que estos espíritus encienden en nuestros corazones. b) Iluminando nuestro entendimiento para que pueda conocer el camino del deber, como se infiere del capítulo décimo del Apocalipsis, en el que se habla de un ángel que tenía en sus manos un libro abierto. c) Vigorizando nuestra debilidad y suministrán-

donos fuerzas para que lleguemos a nuestro destino, como hizo el ángel que llevó a Elías un pan cocido y un jarro de agua. En el capítulo 19 del libro tercero de los Reyes se dice que con aquel pan y aquel agua Elías se recuperó, reanudó su marcha y llegó hasta la montaña sagrada de Oreb.

En tercer lugar tenemos obligación de honrar a los ángeles porque son hermanos nuestros y nuestros conciudadanos, de esto no cabe duda; todos los elegidos, cuando estén en la bienaventuranza quedarán equiparados a los ángeles en gloria; a tenor de los respectivos méritos acumulados durante la vida terrena, unos alcanzarán el nivel de los coros superiores, otros el de los intermedios y otros el de los de rango inferior. En un plano más alto, por encima del que ocupen los ángeles y los hombres de superior categoría, estará sentada en su trono la Bienaventurada Virgen María.

San Gregorio, en una de sus homilías, al hablar de la gloria de los elegidos, expone una opinión personal suya que difiere algo de lo que acabamos de decir. He aquí sus propias palabras: «Los que en este mundo no aspiraron a grandes alturas de perfección, pero practicaron la caridad con el prójimo, en el otro disfrutarán de una bienaventuranza semejante a la de los ángeles; quienes se entregaron a la asidua contemplación de las verdades y misterios divinos y procuraron que otros hicieran lo mismo, se equipararán en gloria a los arcángeles; los que obraron grandes milagros y soportaron con fortaleza las duras pruebas a que en vida fueron sometidos, en el cielo se situarán en el mismo plano que las virtudes; quienes con la fuerza de su oración y de la gracia especial que les fue concedida tuvieron poder para ahuyentar a los demonios, se colocarán entre las potestades; quienes en este mundo descollaron por su conducta virtuosa y sus méritos extraordinarios, tendrán una gloria igual a la de los principados; los que aquí consiguieron dominar sus vicios e imperfecciones hasta parecer a sus prójimos trasuntos de Dios, como Moisés, a quien el propio Dios dijo *«mira, te he puesto sobre el Faraón como si fueses verdaderamente Dios»*, en el cielo disfrutarán de una gloria igual a la de las dominaciones; aquéllos que fueron utilizados por el Señor como intermediarios suyos para examinar las obras de los demás, y como escabeles para apoyarse en ellos y como instrumentos para gobernar la Iglesia y para juzgar a otros elegidos cuyas obras por debilidad no siempre fueron suficientemente correctas, en la bienaventuranza ocuparán puestos entre los tronos; los que se hubiesen distinguido por la intensidad de su amor vivísimo a Dios y al prójimo, disfrutarán de una gloria semejante a la de los querubines, que se caracterizan por la plenitud de su ciencia; y la plenitud de la ciencia y de la ley, como atinadamente afirma san Pablo, consiste en la plenitud de la caridad; finalmente, quienes, inflamados por el amor hacia la contemplación de lo sobrenatural, vivieron desprendidos de las cosas de este mundo, despreciaron lo terreno, permanecieron al margen de preocupaciones temporales, pendientes constantemente de su Creador, acaparada su alma por el afecto y deseo de la eternidad, amando a Dios, consumiéndose en el fuego de ese amor, descansando en el ardor de ese incendio, abrasándose de tanto amar, contagiándo a los otros las llamas de la caridad cada vez que hablaban, convirtiendo sus palabras en lumbre de amor divino, estos tales necesariamente están llamados a gozar en la bienaventuranza de igual gloria que los serafines». Esta es la opinión de san Gregorio.

En cuarto lugar tenemos el deber de honrar a los ángeles porque a su cargo corre la misión de llevar nuestras almas al cielo y la realizarán de estas tres maneras: a) Preparándonos el camino para hacer ese viaje, como se dice en el capítulo tercero de Malaquías: *«Voy a enviar a mis mensajeros para que preparen el camino delante de ti»*. b) Conduciéndonos a la gloria por este camino previamente preparado. En el capítulo 23 del Exodo leemos: *«Aquí está mi ángel encargado por mí de custodiarte durante la travesía y de llevarte a la tierra que prometí a tus antepasados»*. c) Instalándonos en la bienaventuranza, como se infiere del capítulo 16 del evangelio de san Lucas: *«Sucedió que murió el mendigo y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham»*.

En quinto lugar tenemos que honrar a los espíritus angélicos porque ellos son quienes presentan nuetras oraciones ante Dios. Este oficio lo desempeñan de tres modos: a) Ofreciendo al Señor nuestras plegarias, como Rafael presentó las de Tobías: *«Cuando llorando orabas y enterrabas a los muertos, yo presentaba tus súplicas delante de Dios»* (Tob.. 12). b) Intercediendo en nuestro favor, como se colige de estos pasajes de la Sagrada Escritura: *«Si uno de los millares de ángeles intercede por el hombre ante el Señor, Este tendrá misericordia de él»* (Job, 33). *«Respondió el ángel a Dios y dijo: Señor de los ejércitos, hace ya setenta años que estás indignado contra Jerusalén y las ciudades de Judá, aplaca tu ira y*

perdónalas» (Zacarías, 1). c) Transmitiéndonos las respuestas que Dios da a nuestras oraciones, como hizo el arcángel Gabriel, de quien dice el texto sagrado que después de haber presentado ante el Señor las oraciones de Daniel, *«voló hasta éste y le manifestó: cuando comenzaste tu plegaria fue dada la orden y vengo para hacértela conocer»*. La Glosa comenta este pasaje así: «En cuanto Dios pronunció su sentencia, vine yo inmediatamente para transmitírtela y para decirte de parte de El, que te mira con ojos de predilección».

A propósito de estos tres modos de intervención de los ángeles en la presentación de nuestras oraciones ante Dios dice san Bernardo en su comentario al *Cantar de los Cantares:* «El ángel va y viene de la amada al amado y del amado a la amada, llevando peticiones y transmitiendo respuestas, aumentando el amor de la amada y disipando los recelos del amado».

En sexto lugar estamos obligados a honrar a los ángeles porque son nobilísimos soldados del Rey eterno, que así los considera Job en el capítulo 25 de su libro cuando se pregunta: *«¿Tienen número sus ejércitos?»*.

Los soldados alistados en los regimientos de la tierra prestan su servicio de diferentes maneras: unos permanecen en la corte al lado del rey, dándole escolta, rindiéndole honores, o haciendo fiestas para entretenerle y divertirle; otros desempeñan la misión de defender las ciudades y los castillos; otros libran batallas contra los enemigos del soberano. Algo parecido ocurre con los soldados de los ejércitos de Cristo; algunos de ellos permanecen constantemente en la corte, es decir, en el cielo empíreo, ante el Rey de los reyes, tributándole homenajes, cantando sin cesar himnos de gloria y de alegría y diciendo ininterrumpidamente: *«¡Santo, Santo, Santo!,* etc. *¡Bendición, claridad, sabiduría!* etc.», como leemos en el capítulo séptimo del Apocalipsis; otros están al cuidado de las ciudades grandes, de las ciudades pequeñas, de los poblados y de los campamentos; otros hacen guardia ane los diferentes grupos humanos, como los formados por las vírgenes, los celibatarios, los casados, o velan por los institutos religiosos conforme a estas palabras del capítulo séptimo de Isaías: *«Jerusalén: He puesto centinelas junto a tus murallas»;* otros, finalmente, combaten contra los demonios, como se infiere del capítulo 12 del Apocalipsis, en el que se dice: *«Hubo en el cielo una gran batalla en la que Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón»;* un comentarista advierte que la palabra *cielo* de este texto, equivale a *Iglesia militante.*

En séptimo y último lugar tenemos el deber de honrar a los espíritus angélicos en agradecimiento a los consuelos que proporcionan a los atribulados. Que los ángeles consuelan a los afligidos es una verdad que no admite la menor duda, puesto que está afirmada en estos pasajes de la Sagrada Escritura: *«El ángel hablaba conmigo, me decía palabras amables y con ellas me consolaba»* (Zacarías, 1). *«No temáis,* etc.» (Tobías 12). De tres maneras ejercen los ángeles esta piadosa acción de consolar a los atribulados: a) Animándolos y confortándolos, como se ve por el capítulo décimo de Daniel: estaba el profeta asustado cuando he aquí que un ángel se acercó a él y le dijo: *«La paz sea contigo: no tengas miedo; ¡ánimo!, ¡sé valiente!»* b) Protegiéndoles en sus penalidades; en relación con esto se dice en el salmo 90: *«El Señor ha encomendado a sus ángeles que te protejan en tu camino, que te lleven de la mano para que no tropieces en las piedras del suelo,* etc.». c) Suavizando y mitigando el dolor de la tribulación; por el libro de Daniel sabemos que eso fue lo que hizo aquel ángel del Señor que entró en el horno en el que se hallaban encerrados los tres jóvenes inocentes, y anuló el efecto de la llamas mediante una brisa fresca acompañada de rocío que empezó a dejarse sentir en medio de la hoguera.

Capítulo CXLVI

SAN JERÓNIMO

La palabra Jerónimo resulta de la yuxtaposición de dos vocablos: *Jero,* derivado de *gerar* (santo) y *nimo,* que procede o bien de *nemus* (bosque), en cuyo supuesto Jerónimo es lo mismo que *santo bosque,* o de *noma* (ley); si *nimo* proviene de *noma,* Jerónimo significa *santa ley.* En la leyenda de este santo se dice que su nombre quiere decir *santa ley. Santo* es un adjetivo que admite diversas acepciones, puesto que significa firme, limpio, teñido de sangre, destinado a usos sagrados, etc.; por eso llamamos *santos* a los utensilios que empleamos en el culto divino, por ejemplo a los vasos que utilizamos única y exclusivamente en las funciones litúrgicas del templo. Jerónimo fue *santo* en todos estos sentidos: en el de *firme,* por su perseverante longanimidad en la práctica del bien; en el de *limpio,* por la pureza de su alma; en el de *teñido en sangre,* por sus meditaciones sobre la Pasión del Señor; en el de *destinado a usos sagrados,* por su dedicación asidua a la exposición e interpretación de las Sagradas Escrituras. Las

connotaciones de bosque y de ley, implicadas por su nombre, conviénenle con no menor propiedad; de él podemos decir que fue un *santo bosque,* porque en un bosque vivió recoletamente durante cierto tiempo; y que fue *santa ley,* tanto por la disciplina regular a que ajustó su vida y la de sus monjes, cuanto por las interpretaciones y exposiciones que hizo de la Ley sagrada.

Pero el término *Jerónimo,* tomado en su conjunto, significa otras dos cosas más: *contemplador de belleza* y *seleccionador de palabras.* Hay muchas clases de belleza, entre ellas estas cinco: la espiritual, como la del alma; la moral, consistente en la honestidad de las costumbres; la intelectual, connatural a Dios; la supersustancial, identificada con la hermosura; y la celestial, o sea, la que tienen los santos en la bienaventuranza. Pues bien, san Jerónimo en cierta manera poseyó en sí mismo esas cinco clases de belleza, y por tanto fue contemplador de ellas; poseyó y contempló la espiritual, resultante de la variedad de sus virtudes; poseyó y contempló la intelectual, fruto de su exquisita pureza; poseyó y contempló la supersustancial, a través de su ardiente caridad, y poseyó y contempló la celestial mediante su acendrado amor a las realidades trascendentes y eternas. Por último, podemos decir de él que fue *seleccionador de palabras* en cuanto que antes de hablar y de escribir, elegía cuidadosamente los términos que había de emplear para que se ajustaran lo más exactamente posible a los conceptos e ideas que quería transmitir; y en cuanto a que ese mismo procedimiento siguió siempre cuando tuvo que juzgar las expresiones que los demás al escribir o hablar habían utilizado, y cuando trató de ratificar las afirmaciones que estimaba verdaderas, refutar las falsas o aclarar las dudosas.

Jerónimo, hijo de un noble caballero llamado Eusebio, nació en Stridón, ciudad situada en las proximidades de la frontera de Dalmacia con Panonia. Siendo todavía muy joven marchó a Roma para estudiar griego, latín y hebreo, lenguas que llegó a dominar con extraordinaria competencia. Terminados sus estudios de gramática con el profesor Donato y los de retórica con el orador Victoriano, emprendió los de las Sagradas Escrituras con tal asiduidad, que a esta tarea dedicaba la mayor parte de las horas del día y de la noche; y con tanto aprovechamiento, que pronto fue considerado como consumado maestro en la materia. En una carta de las que posteriormente escribió a Eustoquio, cuenta, hablando de sí mismo y de aquel tiempo, que le gustaba mucho leer, que se entregaba ávidamente a ello, que de día leía las obras de Tulio y de noche las de Platón, que cuando comparaba el estilo de estos dos autores con el ramplón del de los libros sagrados sentía una enorme decepción, y que, a propósito de esto, en cierta ocasión le ocurrió lo siguiente: Un año, hacia la mitad de la cuaresma, cayó repentinamente enfermo aquejado de fiebres altísimas e insoportables, seguidas alternativamente de estados de frío en todo su cuerpo; pero de un frío tan intenso que sólo en el interior del pecho quedábale un leve residuo de calor. Una vez, en una de esas situaciones, sobrevínole una especie de letargo, y durante el mismo vivió imaginariamente esta escena: parecióle que había muerto y que mientras se celebraban sus exequias alguien le llevó ante el juez supremo y que éste le preguntó quién era, y que él, gozosa y confiadamente, le respondió: Soy un cristiano. Entonces —sigue diciendo en su relato—, el juez me dijo en tono de viva réplica: ¡Mientes! Puede que seas un ciceroniano, pero no un cristiano; donde está tu tesoro allí esta tu corazón. Como yo no supe qué contestar a esto, el juez mandó que me azotaran severamente. ¡Ten compasión de mí, Señor! ¡Ten compasión!, supliqué yo en tono implorante. Los asistentes al juicio trataron de interceder en mi favor y rogaron al juez: ¡Perdónalo! ¡Ten en cuenta que aún es adolescente! Entonces yo torné a suplicarle y le dije: ¡Señor, no volveré ni a leer ni a utilizar esos libros profanos! ¡Te lo prometo! ¡Si en adelante alguna vez faltara a esta promesa, castígame, como si hubiera renegado de ti! El juez aceptó mi promesa, se aplacó y me perdonó. Poco después recobre la lucidez y quedé sorprendido al comprobar que mi cara estaba arrasada de lágrimas y que en las espaldas tenía las terribles señales de los azotes que había recibido durante mi letargo ante el tribunal de Dios». A partir de este episodio Jerónimo se entregó al estudio de los libros sagrados con mayor ahínco aún que el

que había puesto en la lectura de las obras profanas.

Veintinueve años de edad contaba cuando recibió la orden del presbiterado y lo hicieron cardenal de la Iglesia romana. Posteriormente, al morir el papa Liberio, fue pública e insistentemente proclamado como el sujeto más digno y adecuado para suceder en el sumo sacerdocio al pontífice fallecido.

Por este tiempo ocurrióle lo siguiente: algunos clérigos y monjes cuya conducta lasciva había recriminado, indignados contra él, decidieron vengarse desacreditándole; una de las cosas que hicieron para ello fue engañarle groseramente valiéndose de unas ropas de mujer. Una noche, mientras dormía, cuenta Juan Beleth, sus perversos enemigos le sustrajeron las prendas de vestir que él solía dejar junto a su cama y pusieron en su lugar otras femeninas. Horas después, al oír que tocaban a maitines, Jerónimo se levantó, y a obscuras, como siempre, y de prisa, se vistió para no llegar con retraso a la iglesia; entre la obscuridad y la prisa no se dio cuenta de que la ropa que se estaba poniendo no era la suya, sino otra, y de mujer, y con este atuendo se presentó en el templo. Sus malvados enemigos tramaron semejante insidia para que, al entrar en la iglesia vestido de aquella manera, todos cuantos le vieran creyeran que había estado acostado con una mujer, y que al levantarse de la cama para asistir a maitines, inadvertidamente se había vestido no con sus propias ropas, sino con las de ella. A raíz de este incidente entendió que aquellos individuos movidos por su malicia y apetitos de venganza serían capaces de llevar las cosas a extremos inimaginables; comprendiendo, pues, que lo más prudente sería alejarse de ellos, se marchó de Roma y se trasladó a Constantinopla, en donde a la sazón estaba de obispo san Gregorio Nacianceno. En Constantinopla permaneció algún tiempo prosiguiendo sus estudios de la Biblia bajo la dirección del mencionado san Gregorio, y una vez que hubo aprendido cuanto este notable maestro podía enseñarle, abandonó la ciudad y se retiró al desierto.

De lo mucho que tuvo que padecer por Cristo durante su estancia en el yermo dejó constancia en una de las cartas que escribió a Eustaquio, en la que, entre otras cosas, dice: «Mientras viví en aquella inmensa soledad permanentemente abrasada por los rayos del sol, a pesar de ser un lugar horrible incluso para que los monjes moren en él, a veces me asaltaba la idea de que me encontraba entre las delicias y comodidades de Roma. Mis miembros se deformaron por su rozamiento con la aspereza del cilicio; mi piel, seca y renegrida como la de los etíopes, sin carne que cubrir, se adhirió a mi esqueleto; mis lágrimas y gemidos eran constantes; procuraba espantar el sueño, pero cuando, a pesar de la resistencia que le oponía, me vencía y no me quedaba más remedio que rendirme, me tendía en la desnuda tierra y, al recostarme sobre el duro suelo, crujían todos mis huesos. Como estoy convencido de que el agua fría que se da a los enfermos y los alimentos cocidos que se les proporcionan pueden encender en ellos la lujuria, no toco siquiera este punto ni me detengo en comentarlo, porque ya puedes imaginarte cuál sería mi régimen en lo concerniente a comidas y bebidas. Pues bien; a pesar de todo esto y de que no tenía más compañía que la de escorpiones y fieras, mi imaginación frecuentemente se me escapaba y forjaba en mi fantasía escenas de bailes con jóvenes hermosas. ¡Qué cosa! Mi cuerpo estaba helado, mi carne prácticamente muerta, y, sin embargo, así y todo, sentía en mis miembros arder la llama de la concupiscencia. Yo lloraba constantemente y luchaba, y me sometía durante semanas enteras a rigurosos y extenuantes ayunos; para mí no había ni días ni noches, pues procuraba permanecer constantemente en vela, golpeando mi pecho o flagelándome sin cesar, hasta que el Señor devolvía la tranquilidad a mi cuerpo y a mi alma. Como me parecía que mi propia celda, testigo de mis malos pensamientos, me acusaba, llegué incluso a sentir horror de ella, y, furiosamente indignado contra mí mismo y para acallar los remordimientos de mi conciencia, salía al exterior y comenzaba a vagar por aquellas imponentes soledades, y a caminar a la ventura por los lugares más intrincados, y te aseguro, poniendo a Dios por testigo de que esto que voy a decirte es cierto, que algunas veces, después de tanto llorar, tenía la impresión de que estaba rodeado de legiones de ángeles que me hacían compañía».

Después de haber permanecido cuatro años en el desierto haciendo tan rigurosamante penitencias, Jerónimo se trasladó al pueblo de Belén y adoptó la resolución de quedarse durante el resto de su vida junto al pesebre del Señor, cual si fuese un animal doméstico; y en Belén, en efecto, se quedó, empleando sus jornadas de la mañana a la noche en escribir con suma atención y esmero

muchos libros con los que formó su propia biblioteca; en leer los de otros autores; en traducir las Sagradas Escrituras; en ayunar; en dirigir espiritualmente a numerosos discípulos que se le unieron deseosos de participar a su lado en tan santo género de vida; y, por fin, después de haber trabajado muchísimo a lo largo de los cincuenta y cinco años y seis meses que moró en Belén, consumó su carrera, sin haber perdido la virtud de la virginidad.

A propósito de esto último conviene advertir lo siguiente: en la historia del santo se afirma que permaneció virgen durante toda su vida; pero él, en una carta a Panmaquio, da a entender que no fue así, puesto que en ella dice textualmente: «Prefiero la virginidad del cielo, ya que no tengo la de la tierra».

Al final de su existencia hallábase tan agotado, que apenas si podía tenerse en pie, y para levantarse del lecho, cuando la campana llamaba al oficio divino del monasterio, se agarraba con sus manos a una soga sujeta a una viga y pendiente del techo sobre su cama.

Una tarde, a eso del obscurecer, estando san Jerónimo y sus monjes sentados en el exterior escuchando la lectura de las Escrituras Sagradas que uno de ellos hacía en voz alta, de pronto, allí cerca, asomó un león que venía cojeando. Los religosos, al verlo, echaron a correr. Jerónimo, en cambio, salió al encuentro del animal y, como si se tratara de un huésped, lo recibió amablemente; el león alzó una de sus patas delanteras y la mostró al santo; éste llamó a los monjes y les dijo que trajeran agua, que lavaran la pata de la fiera y que la examinaran cuidadosamente, porque, sin duda, el león tenía alguna lesión en ella. Los monjes, en efecto, al lavar la pata del animal descubrieron que éste tenía clavada una espina en la planta de aquella extremidad, se la extrajeron, curáronle la herida, y el león, sintiéndose sano, se quedó a vivir en el monasterio, comportándose en todo momento sin asomo de ferocidad y tan mansamente como los demás animales domésticos. Del hecho de que el león, una vez curado, no se marchara a la selva, infirió Jerónimo que Dios lo había enviado hasta ellos no sólo para que lo curaran, sino para que fuese útil al monasterio, y tras cambiar impresiones sobre esto con los monjes, decidió asignarle un oficio: el de cuidar de un asno que la comunidad tenía para el acarreo de la leña desde el bosque hasta la puerta de la cocina. A partir de entonces no fue menester que nadie cuidara del asno cuando lo dejaban suelto para que pastara libremente por el monte, porque esta misión la desempeñó el león tan solícitamente como el más celoso de los pastores: todos los días, a primeras horas de la mañana, sacaba del establo al borriquillo, lo llevaba a los pastizales y se quedaba cerca de él hasta la hora en que el propio león tenía que comer; entonces lo reconducía de nuevo a la cuadra y allí lo dejaba por si era menester que los monjes lo utilizaran para el acarreo de la leña. Un día, mientras el asno pastaba en un lugar solitario, el león, rendido de sueño, se quedó dormido. Poco después pasaron por aquel paraje unos mercaderes con sus recuas de camellos, y al ver al borriquillo sin guardián alguno, decidieron robarlo, lo robaron de hecho y se lo llevaron. Cuando el león despertó y se dio cuenta de la ausencia de su compañero, comenzó a buscarlo dando enormes rugidos; y como no logró hallarlo, regresó al monasterio con visibles señales de tristeza; sin atreverse a entrar, detenido por los sentimientos de vergüenza que sentía, se quedó a la puerta. Los monjes, al ver que el león había venido solo, sin el asno, más tarde que otras veces y que en vez de pasar como solía a la dependencia donde le colocaban su pitanza se quedaba quieto en el exterior, pensaron que, acaso, acuciado por el hambre, hubiese devorado al borriquillo aquella mañana en el campo; y creyendo que así hubiese sido, en vez de servirle la comida acostumbrada, le dijeron: «¡Anda, vuelve al monte y come lo que hayas dejado del pobre animal! ¡Vete de aquí, corre y acaba de llenar tu andorga con los restos del burro!». Algunos de los religiosos, sin embargo, se negaban a admitir que el león hubiese cometido semejante fechoría, y creyendo más bien que el asno se habría extraviado, salieron en su busca, recorrieron todo el monte y la campiña, y como ni hallaron al animal ni sus huesos ni señal alguna de que el león lo hubiese devorado, regresaron al monasterio y comunicaron a san Jerónimo el resultado negativo de sus pesquisas. El santo dijo a los monjes:

—Desde hoy en adelante utilizad al león para el acarreo de la leña; él hará el servicio que antes hacía el desaparecido borriquillo.

A partir pues de aquel día, el león hizo el oficio que hasta entonces había hecho el asno; los monjes lo llevaban al monte y cargaban sobre su lomo la leña que el monasterio precisaba. El león aceptó con paciencia la función que le fue encomendada;

pero algunos días después, tras haber acarreado la ración de leña de la jornada, se escapó al campo, empezó a olisquear por unos sitios y otros, cual si tratara de averiguar qué podría haberle ocurrido a su compañero; y, mientras buscaba afanosamente huellas o rastros, vio de pronto a cierta distancia de donde se encontraba a unos negociantes que venían en dirección contraria por un camino conduciendo una caravana de camellos cargados de mercancías, y vio también y reconoció inmediatamente al borriquillo que caminaba a la zaga de las otras bestias unido por un ramal a la última de la recua, y en cuanto lo vio, dando un tremendo rugido, emprendió hacia él veloz carrera. Los mercaderes, al advertir que una fiera corría hacia ellos, abandonaron animales y mercancías y echaron a correr despavoridos. El león, sin dejar de rugir, se aproximó a los camellos, y dando con su cola fuertes golpes sobre el suelo, los azuzó y obligó a caminar delante de él, y de esta manera, con la carga que cada uno llevaba, los condujo a todos hasta el almacén del monasterio. Los monjes comunicaron a san Jerónimo lo ocurrido. El santo les dijo:

—Hermanos míos carísimos, estos animales son huéspedes nuestros; recibidlos, pues, de la misma manera que a las personas que nos visitan; lavadles los pies y dadles de comer, y entre tanto esperemos a ver qué es lo que Dios quiere que hagamos con ellos y con las mercancías.

El león, por su parte, con evidentes muestras de alegría, entró en el monasterio y comenzó a recorrerlo con la misma libertad que antes, y cada vez que se encontraba con alguno de los religiosos, tendíase mansamente a sus pies, alzaba la cola y la agitaba cual si tratara de pedir perdón por una falta que en realidad no había cometido.

San Jerónimo, previendo lo que iba a suceder, dijo a unos monjes:

—Hermanos, bajad a la portería, aguardad a unos viajeros que están a punto de llegar, y en cuanto lleguen atendedlos debidamente; proporcionadles todo cuanto necesiten.

Cuando el santo estaba diciendo estas últimas palabras, llegó el portero y dijo:

—Padre, a la puerta del monasterio hay unos huéspedes que desean ver al abad.

Bajó el santo a la portería y en ella encontró a unos hombres que en cuanto lo vieron se postraron a sus pies y le pidieron perdón por lo que habían hecho. San Jerónimo les rogó que les levantaran, les hizo saber muy benignamente que inmediatamente iban a recuperar lo que era suyo, pero les exhortó también a que en lo sucesivo se abstuvieran de tomar lo que no les perteneciera.

Los mercaderes a su vez rogaron al santo que los bendijera y que aceptara la mitad de la carga de aceite que transportaban en los camellos, e insistieron tanto en esto, que el santo accedió y aceptó el obsequio. Antes de despedirse, los mercaderes prometieron a san Jerónimo que, en lo sucesivo, todos los años, mientras ellos vivieran, y después de su muerte sus hijos y herederos, enviarían al monasterio el aceite necesario para el gasto de la comunidad.

Dice Juan Beleth que antiguamente, en las iglesias, cada cual cantaba lo que le parecía y que para terminar con semejante desorden el emperador Teodosio pidió al papa san Dámaso que encomendara a algún varón docto la composición de un oficio al que todos se atuvieran. Como el papa —prosigue el citado autor— sabía perfectamente que san Jerónimo, además de dominar con extraordinaria competencia las lenguas griega y hebrea, era el hombre más sabio a la sazón en todo género de ciencias, a él fue a quien le encargó la composición del susodicho oficio, y el santo cumplió el encargo distribuyendo la recitación del salterio a lo largo de los días de la semana, y componiendo los diferentes nocturnos de cada jornada. El fue también, según Sigeberto, quien propuso que al final de cada salmo se recitara el «*Gloria Patri,* etc.». Pero hizo más: después de componer el orden que procedía seguirse en la recitación de la salmodia, seleccionó los fragmentos de epístolas y de evangelios que habían de ser cantados en las misas de todos los días del año, y los trozos bíblicos más adecuados para su recitación en el oficio divino tras el canto de los salmos. Terminada su tarea de seleccionar y organizar tanta materia y de componer tantas misas y oficios, envió todo lo hecho desde Belén al papa, y como éste y los cardenales reconocieran que la labor llevada a cabo por san Jerónimo era perfecta, san Dámaso la aprobó y mandó que, a partir de entonces y perpetuamente, en todas las iglesias se recitara el oficio divino y se leyeran en las misas las lecturas a tenor de la composición hecha por el santo.

Concluida la tarea a que acabamos de referirnos san Jerónimo mandó preparar su tumba junto a la entrada de la gruta en que fue sepultado el Señor.

Cuando contaba 98 años y seis meses falleció, y en la mencionada sepultura fue enterrado.

De la profunda reverencia que hacia este santo sentía san Agustín, dan testimonio algunos pasajes de las cartas que le escribió. Una de estas cartas lleva el siguiente encabezamiento: «Agustín, a su amadísimo señor Jerónimo, a quien profesa sincerísimo afecto de caridad y desea abrazar...» En otro de sus escritos Agustín dice textualmente: «El presbítero Jerónimo, erudito en las lenguas latina, griega y hebrea, vivió en los Santos Lugares hasta edad muy avanzada entregado al estudio de las Sagradas Escrituras. La doctrina contenida en sus sublimes tratados, cual lámpara luminosísima, alumbra con sus destellos todas las tierras, desde oriente hasta occidente, como hacen los rayos del sol».

San Próspero, en sus *Crónicas,* escribe: «San Jerónimo, presbítero, gozó de tal celebridad cuando aún vivía en Belén, que su nombre era famoso en el mundo entero. Con su ingenio fuera de serie, y con el fruto de sus trabajos, prestó un inestimable servicio a toda la Iglesia».

El propio san Jerónimo, en un escrito dirigido a un tal Albigense, hablando de sí mismo hizo estas declaraciones: «Desde mi infancia he procurado con todas mis fuerzas evitar la soberbia y el engreimiento, porque estas actitudes provocan la aversión de Dios hacia quienes incurren en ellas... Las cosas que parecen demasiado seguras me producen inevitablemente cierto recelo... En nuestros monasterios tenemos por costumbre recibir lo más afablemente posible a cuantos nos piden hospitalidad; acogemos a nuestros huéspedes con semblante risueño, les lavamos los pies y los atendemos. De esta amable acogida están excluidos únicamente los herejes».

En el libro de las *Etimologías* de Isidoro leemos: «El perfecto dominio que Jerónimo tenía de tres lenguas le permitió ser muy exacto en la captación del sentido de los textos y muy claro en la exposición de los mismos. El cristiano, pues, debe tener a este santo por el intérprete de mayor autoridad y preferir sus opiniones a las de cualquier otro».

Severo, discípulo de san Martín, en uno de sus *Diálogos,* hablando de san Jerónimo, de quien fue contemporáneo, dice lo siguiente: «Jerónimo, además de haber sido hombre de mucha fe y de extraordinarias virtudes, dominó perfectamente no sólo las lenguas latina y griega, sino también la hebrea. Si a esto añadimos su gran preparación y extensa erudición en todo género de ciencias, llegaremos a la conclusión de que no existe actualmente nadie que pueda equipararse a él. Su vida fue una lucha constante y una perpetua contienda contra los malvados. Odiáronle los herejes porque fustigaba sin cesar sus erróneas doctrinas, y los clérigos licenciosos porque les recriminaba su conducta disoluta y los delitos en que incurrían; en cambio, gozó de la admiración y afecto de las personas buenas. Nadie, si previamente no ha perdido el juicio, puede calificar de herética ni una sola de las proposiciones de este hombre, que vivió plenamente dedicado al estudio, volcado sobre los libros de día y de noche, leyendo o escribiendo continuamente sin permitirse descanso alguno». Esto dijo Severo. Sus palabras constituyen un testimonio de los muchos sinsabores que a san Jerónimo proporcionaron sus perseguidores y detractores. El propio santo alude a estos sufrimientos en algunas de sus cartas, si bien sabemos por una de las dirigidas a Asela que soportaba semejantes tribulaciones con entereza y fortaleza de ánimo. «Doy gracias a Dios» dice en la mencionada carta «porque me ha hallado digno de que el mundo me aborrezca y de que algunas personas anden diciendo por ahí que soy un bicho malo. Todo esto no me preocupa; sé que para llegar al reino hay que soportar tanto la buena reputación como la infamia». Y más adelante añade: «¡Ojalá que por defender el nombre del Señor y la justicia todos los infieles de la tierra se alzaran en tromba contra mí! ¡Ojalá que todas las gentes de este mundo se pusieran de acuerdo y se unieran para llenarme de oprobios! Todo lo aguantaría con tal de sentirme interiormente bendecido por Cristo y confirmado en mi esperanza de que algún día recibiría la recompensa que El nos ha prometido. Cuando hay confianza de conseguir los premios que el Señor nos tiene preparados en el cielo, resulta agradable padecer aquí en la tierra, y hasta se desean las tribulaciones. Las maldiciones que contra nosotros profiere el mundo no deben importarnos nada, puesto que tales maldiciones se truecan en bendiciones divinas».

San Jerónimo murió hacia el año 398 de nuestra era.

Capítulo CXLVII

SAN REMIGIO

Remigio, etimológicamente, procede de *remige* (piloto de una nave) o de *remis* (instrumentos con que la nave es conducida), y de *gyon* (lucha). El santo de este nombre gobernó la nave de la Iglesia de Dios, la libró de peligros de naufragios, la condujo hasta el puerto del paraíso y luchó contra las asechanzas del diablo.

Dícese que fue san Remigio quien convirtió al cristianismo al rey de los francos y a la nación francesa. Clotilde, esposa de este monarca y mujer piadosísima, hizo cuanto pudo por convertir a su marido a la fe de Cristo, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos, porque su esposo se negó a ello. Cuando tuvieron el primer hijo, la reina quiso que el niño fuese bautizado y, como a esto el rey se oponía tenazmente, fue menester que Clotilde insistiera en sus pretensiones una y otra vez, y a fuerza de insistir obtuvo de su esposo el consentimiento necesario para que el pequeño pudiera recibir el bautismo; pero ocurrió que el niño murió repentinamente en el preciso momento en que acababa de ser bautizado. Entonces el rey dijo a la reina:

—Bien claro está que ese Cristo tuyo es un Dios que no vale para nada, puesto que ha sido incapaz de conservar la vida a quien podía haber hecho mucho en favor de su religión.

La reina le respondió:

—Pues ya ves, yo pienso de manera distinta: después de lo sucedido me siento más unida que nunca a mi Dios y sumamente agradecida e identificada con sus designios, pues se ha dignado asociar a su gloria al primer fruto de mi vientre y dar a mi hijo un reino infinito incomparablemente mejor que el que tú pudieras haberle dejado en herencia.

Posteriormente, la reina concibió de nuevo y parió a su debido tiempo otro hijo. También en esta ocasión, como antes, tuvo que insistir mucho para que el rey consintiera en que al niño se le administrara el bautismo. Obtenido este consentimiento, el pequeño fue bautizado; mas, apenas terminó la ceremonia, la criatura se puso repentinamente tan enferma que parecía que iba a morir de un momento a otro. En tan angustiosa incertidumbre, el rey dijo a la reina:

—Una vez más me confirmo en la idea de que tu Dios tiene tan escaso poder que no es capaz de conservar la vida a nadie que sea bautizado en su nombre. Si tuvieras mil hijos y a los mil los bautizaras, los mil morirían inmediatamente.

El niño, sin embargo, no murió: mejoró, sanó completamente, vivió y, andando el tiempo, sucedió en el trono a su padre.

En cuanto el niño recuperó la salud, su piadosísima madre tornó a insistir cerca de su esposo y a rogarle que se hiciese cristiano, sin resultado alguno, porque el rey continuó oponiéndose enérgicamente a las pretensiones de su mujer.

De la conversión de este rey, que se llamaba Clodoveo, y de cómo se produjo, hemos tratado ya al comentar otra fiesta que se celebra en honor de san Remigio, algunos días después de la Epifanía. Convertido ya Clodoveo a la religión de Cristo, y deseoso de hacer una espléndida donación a la iglesia de Reims, prometió a Remigio darle todo el terreno comprendido dentro de la circunferencia que el santo fuese capaz de recorrer mientras él dormía la siesta. San Remigio aceptó la propuesta del monarca y comenzó a caminar y a poner determinadas señales de trecho en trecho. Al pasar por cierto lugar en el que había un molino que quedaba dentro del espacio que iba acotando, el molinero se enfrentó con él e indignado trató de echarlo de allí. El santo, intentando aplacarle, le dijo:

—Amigo, no te enojes de esa manera. Tranquilízate; en adelante compartirás conmigo la propiedad sobre ese molino.

El molinero no quiso ni escucharle, sino que a empellones y de muy malos modos lo obligó a alejarse. Continuó san Remigio caminando, mas al poco rato de reiniciar su marchar, una de las ruedas del molino comenzó de pronto a girar en sentido contrario. Al ver tan extraño fenómeno, el

molinero salió corriendo tras el santo, diciendo a voces:

—¡Siervo de Dios! ¡Ven! ¡Compartiremos la propiedad del molino!

Desde lejos le respondió san Remigio:

—Ya es tarde. El molino no será ni para mí ni para ti.

Nada más decir esto se abrió la tierra y engulló al molino sin dejar el menor rastro de él.

Como Remigio previera que, no tardando, una calamidad de hambre iba a extenderse por aquella comarca, adquirió oportunamente gran cantidad de cereales y los almacenó en una granja; poco después de que hubiera hecho estos acopios, unos campesinos en estado de embriaguez, mofándose entre risotadas de la prudencia y precaución del santo anciano, prendieron fuego al almacén. Cuando san Remigio se enteró de que su improvisado silo estaba ardiendo, se trasladó a la granja y, como era de noche y hacía frío y él, por su avanzada edad, lo sentía, se aproximó al fuego y mientras se calentaba dijo con ánimo tranquilo:

—¡Qué bien se está a la lumbre cuando se tiene frío! ¡Ah, pero quienes han encendido esta hoguera no quedarán sin castigo! ¡Ni ellos ni sus descendientes, porque a los que incendiaron el almacén se les corromperán los testículos; los varones de su descendencia padecerán la misma pena y las hembras tendrán papo en la garganta!

Así sucedió, en efecto: los incendiarios y sus descendientes, hasta que desaparecieron de aquella tierra expulsados por Carlomagno, experimentaron la maldición del santo: los varones, aquejados de hernia en los testículos, y las mujeres, de bocio en sus cuellos.

Téngase en cuenta que la fiesta que se celebra en enero en honor de san Remigio tiene por objeto la conmemoración de su dichosa muerte y que esta otra está ordenada no sólo a la veneración de su bienaventurado tránsito, sino también y principalmente a recordar la traslación de sus restos.

A raíz del fallecimiento del santo, cuando llevaban su cuerpo a la iglesia de los bienaventurados Timoteo y Apolinar para darle sepultura en ella, al pasar por delante de la dedicada a san Cristóbal, el féretro adquirió de repente tal peso, que los portadores se sintieron incapaces de soportarlo ni de dar un solo paso hacia delante. En vista de ello quienes constituían el cortejo pidieron al Señor que les aclarara el significado de tan extraño fenómeno, y le rogaron que si quería darles a entender que el enterramiento se hiciese en el templo de san Cristóbal, en el que había miles de reliquias de diferentes santos, se lo hiciera saber de alguna manera. En cuanto formularon esta petición el féretro perdió su anterior peso; y se tornó tan leve, que sin dificultad alguna cargaron de nuevo con él y fue llevado a la iglesia de san Cristóbal, y en ella con suma reverencia lo sepultaron.

En vista de la cantidad de milagros que san Remigio hacía desde su sepulcro, se creyó convenientemente ampliar el templo. Lo ampliaron y construyeron una cripta detrás del altar mayor, y en la cripta una sepultura para trasladar a ella los restos del santo; pero, cuando intentaron hacer el traslado, nuevamente se reprodujo el fenómeno anterior: el féretro pesaba tanto que no pudieron sacarlo de donde estaba, ni siquiera moverlo, por lo cual decidieron pasar la noche en oración pidiendo al Señor que les hiciera saber por algún procedimiento qué es lo que debían hacer en semejante caso. Unas horas después de que comenzaran a orar todos se quedaron dormidos, y a la mañana siguiente, cuando despertaron —aquella mañana correspondía ya al primer día de octubre—, se encontraron con la sorpresa de que el cuerpo había sido trasladado por los ángeles al sepulcro recién construido en la cripta. Años después, en la mencionada cripta se hicieron obras suntuosas para dar mayor realce al sepulcro del santo y, cuando estuvieron acabadas, procedieron a la inauguración de las mismas, también un primero de octubre, y a la sustitución del primitivo féretro por una urna de plata en la que colocaron los venerables restos.

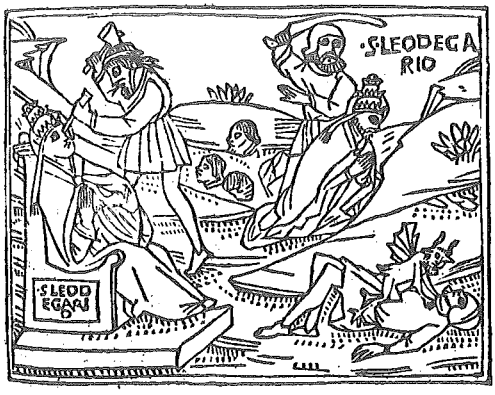
San Remigio vivió hacia el año 490 del Señor.

Capítulo CXLVIII

SAN LEODEGARIO

Leodegario, por sus muchas virtudes y por el prestigio que tenía entre sus conciudadanos, fue merecidamente nombrado obispo de Autún, y sobre él, posteriormente, a la muerte del rey Clotario, fallecido sin descendencia, recayó la responsabilidad de designar la persona que había de suceder en el trono al monarca desaparecido. Leodegario, por consejo de los nobles del reino y sobre todo por-

que entendió que tal era la voluntad de Dios, designó a Childerico, hermano de Clotario, pues aunque Childerico por su edad aún estaba en la adolescencia, resultaba, a su juicio, el más idóneo, entre los posibles candidatos, para desempeñar el oficio de rey.



Childerico, poco después de subir al trono, destituyó de todos los cargos que desempeñaba en la corte a un tal Ebroíno. Este, resentido contra el nuevo monarca por haber sido depuesto, comenzó a hacer campaña a favor de Teodorico, hermano de Childerico; no porque creyera que así convenía a los intereses del país, sino porque aborrecía al nuevo monarca por haberle destituido, y porque temía que los nobles, que en general le odiaban, se vengaran de él. Todos los conatos de conspiración intentados por Ebroíno fracasaron; en vista de ello, para ponerse a cubierto de posibles represalias, solicitó de Childerico la debida autorización para hacerse monje. Childerico se la concedió, y Ebroíno inmediatamente ingresó en un monasterio. Childerico puso bajo estrecha vigilancia a su hermano Teodorico y le hizo saber que no toleraría maquinaciones de ningún género contra su autoridad. Tras de tomar estas precauciones, comenzó a gobernar con la ayuda del obispo Leodegario.

Durante varios años el país disfrutó de una paz maravillosa. Los ciudadanos estaban muy contentos y plenamente identificados con su rey. Pero luego las cosas cambiaron. Influido por malos consejeros, Childerico empezó a prescindir del asesoramiento de Leodegario, se depravó, y comenzó a sentir tal aversión hacia el obispo, que decidió eliminarlo. Obsesionado con esta idea andaba a vueltas con su cabeza, discurriendo y rebuscando algún procedimiento o alguna ocasión que le permitiera ejecutar su plan de manera que la muerte de la víctima no presentase cariz de asesinato.

El obispo, aunque conocía lo que el rey tramaba, se condujo con respecto a éste como si no supiera nada, e incluso, movido por la benevolencia con que trataba a sus amigos y a sus enemigos, le invitó a que asistiera a los solemnes oficios religiosos que pensaba celebrar en la catedral de Autún en las próximas fiestas de Pascua. Childerico aceptó la invitación. Alguien comunicó a Leodegario que el monarca tenía cosas preparadas para asesinarle la noche siguiente al domingo de Pascua; Leodegario no se asustó, sino que también él forjó su propio plan: el domingo de Pascua comió con el rey, y al final de la comida, disimuladamente, salió de la estancia, huyó de su perseguidor y se refugió en el monasterio de Luxeo; y en él se quedó, como un monje más, sirviendo al Señor y sirviendo también con exquisita caridad a Ebroíno, que se hallaba en la abadía ocultando bajo su hábito monacal los torcidos impulsos que a ella le habían llevado.

Algún tiempo después de esto murió Childerico y fue proclamado rey Teodorico, su hermano. En cuanto éste subió al trono, el pueblo de Autún acudió masivamente al monasterio y mediante ruegos y lágrimas consiguieron que el abad diera orden a Leodegario de regresar a su sede y le mandara que siguiera desempeñando en ella su ministerio episcopal.

Ebroíno, por su parte, en cuanto supo que Teodorico había sido proclamado rey, apostató de su profesión de monje, tornó a la corte y consiguió que el nuevo monarca le nombrara senescal del reino; y, si antes había sido malo, en esta segunda etapa fue pésimo, porque, desde el mismo momento en que se vio nuevamente encumbrado, puso todo su empeño en procurar la muerte de Leodegario. Para llevar adelante su infame propósito envió a Autún a unos soldados con la orden terminante de que prendieran al obispo y lo asesinaran. Este, al enterarse de que los soldados venían de camino hacia Autún, se vistió de pontificial, salió a su encuentro y los aguardó a las puertas de la ciudad, en donde los soldados se apoderaron de él y, como no se atrevieron a asesinarle, se limitaron a sacarle los ojos.

Dos años después de esto, Leodegario fue detenido nuevamente y conducido a la corte en com-

pañía de un hermano suyo llamado Garino, a quien Ebroíno había desterrado anteriormente. Cuando ambos hermanos estuvieron en el palacio real, Ebroíno, en son de mofa, comenzó a hacer al obispo preguntas y más preguntas. Leodegario respondió a todas ellas con mansedumbre y exquisita prudencia. Al final del humillante interrogatorio, el inicuo senescal condenó a Garino a ser apedreado, y a Leodegario a la pena de ser traído y llevado durante todo el día con los pies descalzos por el lecho de un río seco cuya superficie estaba cubierta de piedras y guijarros de aristas agudas y cortantes. Ebroíno, irritado al observar que el santo obispo, mientras sufría tan cruel tormento, cantaba alabanzas al Señor, mandó que le cortaran la lengua y que lo dejaran provisionalmente en libertad, aunque muy vigilado por un guardia que debería seguirle a todas partes hasta que decidiera las nuevas torturas a que sería sometido. Pese a que le habían cortado la lengua, Leodegario no perdió enteramente el uso del habla, por lo cual, arreglándose como podía, continuó predicando y exhortando a todos a la práctica de la virtud. En una de esas predicaciones predijo públicamente su propia muerte y la de Ebroíno, y el modo en que uno y otro morirían.

En cierta ocasión, durante uno de sus sermones, los oyentes vieron como en torno a la cabeza de su santo obispo se formaba una corona de vivísima luz, y, sorprendidos y extrañados ante semejante fenómeno, le rogaron que les aclarara el significado que podía tener la resplandeciente aureóla. Leodegario seguidamente se postró en el suelo, oró y dio gracias a Dios durante un rato; luego se alzó de nuevo y les recomendó que reformaran sus costumbres y vivieran virtuosamente. La noticia de este hecho llegó en seguida a Ebroíno, quien, ciego de ira, de envidia y de odio, inmediatamente encargó a cuatro alabarderos que fuesen sin pérdida de tiempo a buscar al obispo, que lo prendiesen, que lo condujesen al palacio real, y que lo degollasen. Cuando lo llevaban preso, el obispo dijo a los alabarderos:

—No tenéis necesidad alguna de pasar los trabajos que estáis pasando por llevarme hasta la corte; ahorraos, pues, estas fatigas y cumplid aquí mismo la orden que os ha dado quien os envió.

Al oír esto, tres de los cuatro alabarderos se conmovieron, se arrojaron a los pies del santo, y le pidieron perdón por los malos tratos de que lo habían hecho objeto; el otro, en cambio, despiadado y duro de corazón, desenvainó su espada y con ella decapitó al bienaventurado mártir; pero, en cuanto lo hizo, el demonio entró en su cuerpo, se apoderó de su mente, y, acto seguido, el desgraciado alabardero salió corriendo, se lanzó como enloquecido a una hoguera y en ella pereció el miserable, completamente abrasado.

Dos años más tarde, irritado Ebroíno por las noticias que llegaban hasta él relativas a que en el sepulcro del santo mártir Leodegario se obraban muchos y estupendos milagros, roído de manifiesta envidia, encargó a un soldado que investigase y tratase de averiguar si todo lo que se decía eran meros rumores sin fundamento o si había en ello algo de verdad. El soldado, soberbio y arrogante, llegó al sepulcro, se colocó sobre él y, golpeando reciamente la losa con uno de sus pies, exclamó:

—¡Mueran cuantos se atreven a creer que los muertos pueden hacer milagros!

En cuanto dijo esto, el demonio se apoderó de él y lo puso en trance de muerte; y, mientras se moría, se arrepentía de su gesto provocador y se encomendaba fervorosamente al santo.

Enterado Ebroíno de la muerte de su emisario y de las circunstancias en que se había producido, la envidia y la rabia estallaron de nuevo en su corazón con especial violencia, y agitado por estos sentimientos trató de aniquilar la fama que rodeaba al santo; pero como, a pesar de cuantos esfuerzos hacía, el prestigio del mártir aumentaba más y más, un día, en el colmo del despecho, como el bienaventurado obispo había predicho en uno de sus sermones, el cruel senescal desenvainó su espada y cobardemente se suicidó.

El martirio de san Leodegario ocurrió hacia el año 680 del Señor, en tiempos de Constantino IV.

Capítulo CXLIX

SAN FRANCISCO

Este santo, que al principio se llamó Juan, posteriormente renunció a su nombre y adoptó el de Francisco, al parecer por las siguienes razones:

Primera. Para recordar perpetuamente el insigne favor que Dios le hizo de infundir en su mente, de modo repentino y milagroso y para siempre, el conocimiento perfecto de la lengua francesa. En su leyenda se dice que en todas las ocasiones en

que se sentía interiormente inflamado por el Espíritu Santo, espontáneamente prescindía de su propio idioma y utilizaba el francés, expresándose en él tan natural y correctamente que las palabras salían de su boca con viveza, fluidez y elocuencia.

Segunda. Para hacer más fecundo su ministerio. En la misma leyenda se asegura que fue Dios quien providencialmente le inspiró la idea de que inventara y asumiera ese nombre hasta entonces inexistente, y le hizo comprender las ventajas que de ello se seguirían, porque las gentes, al oír hablar de un individuo que se llamaba de aquella manera tan rara, sentirían curiosidad por conocerle, acudirían a verle, se quedarían a su lado escuchando lo que decía, y de ese modo la doctrina evangélica que predicaba se propagaría rápidamente por el mundo entero.

Tercera. Para significar a través de ese nombre que tanto él como sus discípulos y compañeros se proponían convertir a los hombres, de siervos del diablo en seres francos y libres.

Cuarta. Para poner de relieve la importancia de la virtud de la magnanimidad, cualidad característica de los franceses, quienes, a pesar de que antiguamente fueron llamados francones, nombre que connota cierta idea de ferocidad, son por naturaleza espontáneos, sinceros y magnánimos de corazón.

Quinta. Para expresar simbólicamente la eficacia que solía tener su predicación, porque, en efecto, cuando este santo predicaba, con sus palabras destruía los vicios tan tajantemente como las franciscas o hachas de los guerreros francones destruían a los enemigos con los que peleaban.

Sexta. Para que los demonios, en cuanto oyesen pronunciar este nombre, huyesen despavoridos, como huían los adversarios ante los ejércitos de los francos.

Séptima. Para que este nombre de Francisco le recordase a él constantemente la obligación que tenía de ser virtuoso, cabal en sus obras y honrado en el trato con sus prójimos. A propósito de esta razón advierten algunos autores que los cónsules del imperio romano usaban como emblema una francisca, hacha de doble filo, que simbolizaba el temor, la seguridad y la dignidad de su oficio[1].

Francisco, siervo y amigo del Altísimo, nació en la ciudad de Asís. Durante su juventud ejerció el oficio de comerciante y vivió entregado a las vanidades del mundo hasta que cumplió veinte años; pero, cuando tenía más o menos esta edad, el Señor lo castigó con el azote de una enfermedad, le movió a cambiar de conducta y lo transformó repentinamente en otro hombre, de tal modo, que a partir de entonces comenzó a gozar de espíritu profético, como se colige de este episodio, poco después de que saliera de la enfermedad a que acabamos de referirnos, él y otros muchos conciudadanos suyos fueron hechos prisioneros por los perusinos, encerrados en una cárcel y sometidos a duras penalidades. Sus compañeros de cautiverio se quejaban constantemente del trato que recibían en la prisión; él , en cambio, se mostraba feliz y contento. Los presos, viéndolo alegre y dichoso en medio de tantas tribulaciones le preguntaron:

—¿Cómo es posible que estés tan contento?

—Vosotros —les contestó él— llegaréis a conocer mi canonización, porque seré santo, y como a santo se me dará culto en el mundo entero, siglo tras siglo.

Yendo en cierta ocasión en peregrinación a Roma, encontróse en el camino a un pobre, le entregó todos sus vestidos, recibió a cambio los del pordiosero, se los puso, y al llegar a la ciudad santa

[1] Santiago de la Vorágine, mediante ingeniosos juegos de palabras fonéticamente afines, latinas, francesas y romances, trata de justificar el presunto cambio del nombre de Juan por el de Francisco, que en latín se dice *Franciscus* y en francés *François;* Franciscus y François suenan de modo parecido a *français* (francés), y a *francus* (franco), que significa varias cosas: abierto, libre, liberado, sincero, magnánimo y habitante de Franconia. Antiguamente llamábanse *franciscas* a ciertas armas guerreras en forma de hachas o machetes. Mediante una hábil combinación de estos vocablos y conceptos, el autor de la presente leyenda ha tejido las siete razones que sirven de introducción al capítulo de san Francisco. *(N. del T.).*

se sentó a la puerta de la iglesia de san Pedro entre los demás mendigos, y comió con verdadero apetito lo que éstos le dieron. Lo mismo hubiera hecho otras muchas veces de no habérselo impedido el temor de que algunas personas de las que pasaban por allí le reconocieran.

El antiguo enemigo trató da apartarle de la nueva vida que había emprendido, inquietándole, suscitando en su memoria constantemente el recuerdo de una mujer, de Asís, encorvada y espantosamente deforme, y atormentándole con la idea de que, si seguía por aquel camino, dentro de poco estaría él tan jorobado y contrahecho como su desgraciada paisana. El Señor, empero, acudió en su ayuda y lo tranquilizó diciéndole: «Francisco, si quieres conocerme de verdad, despréciate a ti mismo; procura preferir las amarguras a los deleites». A los pocos días de haber recibido esta consigna se encontró con un leproso, y no sólo no huyó, como suelen huir precipitadamente todas las personas en cuanto ven a estos hombres, por el horror que les producen, sino que, acordándose del oráculo divino, corrió hacia el enfermo, lo besó reiteradamente y en seguida el leproso desapareció. Francisco, entonces mismo, se encaminó hacia el lugar en que estos enfermos vivían, y al llegar a él, con exquisita caridad besóles las manos a todos ellos, entrególes todo el dinero que a la sazón tenía, y seguidamente se trasladó a la iglesia de san Damián para hacer oración. Cuando estaba orando, la imagen de Cristo que había en el altar mayor del templo habló milagrosamente con él y le dijo: «Francisco, como ves, mi casa está a punto de desmoronarse; repárala». A partir de aquel preciso momento su alma quedó como derretida de ternura, y su corazón maravillosamente marcado por el amor y devoción a la Pasión de Cristo crucificado. Decidido a llevar a cabo la reparación de la iglesia de san Damián, vendió todos los bienes de su patrimonio, tornó al templo y trató de entregar el dinero que había obtenido al sacerdote que cuidaba de él; mas el sacerdote, sospechando que los padres de Francisco no vieran con buenos ojos la donación que su hijo intentaba hacerle, se negó a aceptar el donativo. Entonces Francisco arrojó el dinero al suelo delante del sacerdote y dijo:

—Para mí los bienes de la tierra no son más que polvo.

Cuando el padre de Francisco se enteró de que éste había vendido su patrimonio, lo encerró en casa y lo sometió a vigilancia muy estrecha. Entonces Francisco devolvió a su padre el dinero que el sacerdote se había negado a aceptar, y hasta la ropa con que estaba vestido, y completamente desnudo abandonó el hogar paterno y se marchó en pos de Jesucristo, cubriendo más tarde su desnudez con un saco que le servía al mismo tiempo de vestido y de cilicio.

Yendo el siervo de Dios por un camino, se encontró con un hombre muy simple y rústico y le dijo:

—Mi padre me ha maldecido; haz tú las veces de él y bendíceme como si yo fuera tu hijo.

Un día de invierno, estando el santo en oración, tiritanto de frío, pues no llevaba sobre su cuerpo más ropa que el mencionado saco, pasó por allí, casualmente, en compañía de un amigo, un hermano suyo, quien al verlo, dijo al amigo:

—Mira: ahí está Francisco; pregúntale si quiere venderte un poco de su sudor.

Francisco, que oyó lo que su hermano decía al amigo, replicó al instante:

—Este sudor que queréis comprar, lo vendo exclusivamente a mi Señor.

Otro día, oyendo a un predicador las palabras que Jesús dijo a sus discípulos cuando los envió a predicar, inmediatamente tomó la resolución de seguirlas al pie de la letra, y, dispuesto a ponerlas en práctica, entonces mismo se descalzó, se despojó del cinturón de cuero con que ceñía a sus lomos el saco que le servía de túnica lo sustituyó con un cordón de esparto, y decidió no llevar sobre su cuerpo en adelante más ropa que aquella.

En cierta ocasión, en tiempos de invierno, iba Francisco caminando a través de un bosque nevado, cuando de pronto saliéronle al paso los componentes de una banda de ladrones.

—¿Quién eres tú? —le preguntaron los bandidos.

Francisco les respondió:

—El pregonero de Dios.

Entonces los ladrones se echaron sobre él, lo arrojaron al suelo y, mientras lo arrastraban por él, decíanle en son de mofa:

—¡Anda majadero! ¡Revuélcate sobre la nieve, pregonero de Dios!

Muchos individuos de diversa condición, nobles y plebeyos, clérigos y laicos, despreciando las cosas de este mundo se unieron a él movidos por el deseo de imitarle. El santo los recibió como hijos y, actuando como padre, enseñóles a caminar

por las sendas de la perfección evangélica, de la pobreza y de la santa simplicidad. Para organizar el género de vida que tanto él como los hermanos presentes y futuros deberían seguir, escribió una regla inspirada en el Evangelio y aprobada por el señor papa Inocencio. A partir de entonces comenzó a recorrer ciudades y pueblos, *esparciendo* por todas partes con admirable y creciente fervor la semilla de la palabra divina.

Entre sus religiosos había uno cuyas obras, a primera vista, parecían extraordinariamente virtuosas. Los demás compañeros lo tenían por santo y como a tal lo alababan y ponderaban; pero en aquella santidad abundaban algunos rasgos muy especiales; por ejemplo observaba el silencio tan absolutamente, que para no quebrantarlo no hablaba ni siquiera para confesarse, sino que hacía su confesión por señas. En cierta ocasión llegó san Francisco al convento en que aquel hermano vivía, y los demás religiosos comenzaron a referirle, entusiasmados y edificados, cosas y más cosas relativas a las elevadas virtudes de su compañero de comunidad; y como no acababan, en un momento determinado san Francisco interrumpió a los entusiasmados informadores diciéndoles:

—Callad, hermanos. Cesen vuestras alabanzas. Advertid a vuestro santo que tiene el deber de confesarse una o dos veces por semana. Si no lo hace, no os quepa duda que el diablo está mezclado en todo este asunto, de que esa santidad es fingida, y de que el tal religioso os tiene engañados.

Cuando algunos de los frailes fueron a comunicar el encargo del padre al susodicho hermano, éste, poniendo un dedo sobre su boca, dióles a entender que se callaran, y moviendo su cabeza a un lado y a otro, alternativamente, hízoles saber que jamás se confesaría en la forma que le indicaban. Unos días más tarde el silencioso religioso murió repentinamente entre vómitos y horribles convulsiones.

Durante un viaje que hizo Francisco llevando como socio a un hermano llamado fray Leonardo de Asís, el siervo de Dios, que estaba a la sazón muy fatigado, inició el camino montado sobre un borriquillo. Fray Leonardo, que le seguía a pie, de cerca, al sentir los primeros síntomas de cansancio comenzó a pensar en su interior: «No hay derecho a que este hombre, cuyos padres jamás se hubiesen atrevido a codearse con los míos, vaya cómodamente instalado en el asno mientras yo tengo que seguirle andando».

Apenas formuló fray Leonardo este pensamiento, Francisco se apeó del burro y dijo a su compañero:

—No está bien que tú, hijo de familia distinguida, vayas a pie y que yo, descendiente de padres de menor abolengo que los tuyos, haga el viaje sobre este pollino.

Fray Leonardo, estupefacto, se arrojó a los pies del santo y le pidió perdón.

Una vez, una mujer de noble condición, con paso apresurado, fatigada y jadeante, llegóse a donde Francisco estaba. El santo, al verla tan cansada y advertir que casi no podía respirar, le preguntó:

—¿Que quieres? ¿Que te sucede? ¿Por qué me buscas con tanta prisa y urgencia?

La mujer le respondió:

—Padre, ruega por mí. He tomado la saludable resolución de guardar continencia en servicio de Cristo; pero mi marido no sólo no me permite llevar a cabo mis buenos deseos, sino que a cada instante me crea serios problemas en este sentido.

El santo le dijo:

—Anda, vuelve a tu casa, y comunica a tu esposo, de parte del Señor omnipotente y de la mía, que el tiempo actual es de salvación y el venidero de justicia. Vete tranquila; dentro de poco tu marido te proporcionará grandes motivos de consuelo.

Regresó la mujer a su hogar, comunicó a sus esposo el mensaje que para él traía, y en aquel mismo momento el esposo se sintió interiormente tan cambiado, que acto seguido, en presencia de su esposa, hizo voto de perpetua castidad.

Yendo Francisco por un paraje solitario se encontró con un aldeano extenuado de sed. El santo oró, y en aquel preciso instante delante de ellos brotó un manantial de agua.

A un religioso en quien tenía plena confianza, movido por el Espíritu Santo y bajo secreto, hízole esta confidencia; «Actualmente mora en la tierra cierto siervo de Dios, por consideración al cual y mientras viviere, no permitirá el Señor que el hambre azote a la humanidad». Y así sucedió, en efecto, puesto que, mientras Francisco vivió en este mundo, no hubo en él plagas de hambre; pero nada más morir él, las cosas cambiaron y el hambre surgió de nuevo entre los hombres, cosa que al susodicho religioso no le sorprendió, porque el propio san Francisco unos días después de su muerte se le apareció y le anunció: «Dentro de muy poco aparecerá en la tierra de nuevo el ham-

bre que el Señor mantuvo alejada de ella durante mi vida».

Los frailes de un convento de su Orden situado en un paraje solitario, un año, el día de Pascua, organizaron una comida extraordinaria, y prepararon las mesas del refectorio poniendo sobre ellas manteles y vasos de cristal. El siervo de Dios, al ver tales preparativos, salió de casa y se fue al campo. Poco después se encontró con un pobre al que pidió que le prestara su sombrero y su cayado, y con la cabeza cubierta con el sombrero del mendigo y apoyándose en la cachava que éste le había prestado, regresó al convento, mas no entró en él sino que se quedó a la puerta, como si fuese un pordiosero, y cuando la comunidad comenzó a comer, él desde fuera empezó a dar voces diciendo:

—¡Hermanos! ¡Venid, por amor de Dios a socorrer con vuestra limosna a un peregrino hambriento y enfermo!

Por encargo de los frailes el portero acudió a la portería, condujo al mendicante hasta el refectorio y le entregó un plato lleno de comida. San Francisco tomó el plato en sus manos, se alejó un tanto de las mesas, se sentó en el suelo y colocó el plato sobre un montoncillo de ceniza; en aquel momento los religiosos lo reconocieron y se quedaron atónitos y estupefactos. El santo entonces les dijo:

—Estas mesas tan preparadas y engalanadas no son propias de nosotros, que hemos hecho profesión de pobreza y mendigamos nuestro sustento de puerta en puerta.

El siervo de Dios deseaba que sus religosos practicasen la pobreza con el mismo rigor y desprendimiento con que él la practicaba. Era tal el amor que profesaba a esta virtud, que la llamaba «mi dama y señora», envidiaba a quienes eran más pobres que él, y procuraba que nadie le aventajara en este terreno.

Un día, yendo de camino con uno de sus frailes, se encontró con un mendigo en sumo estado de indigencia; y, al verlo, dijo el santo a su compañero:

—¡Vergüenza debiéramos sentir al comparar nuestra situación con la de este hombre! Yo renuncié a los bienes de este mundo y elegí la pobreza como señora de mi alma; pero, ¿puedo decir con verdad que soy pobre? La pobreza de este mendigo es auténtica pobreza y deja muy malparada la nuestra.

Otro día, yendo también de viaje con uno de sus religiosos, encontróse con otro pobre en tal grado de indigencia que, al verlo, el santo varón de Dios, profundamente conmovido, exteriorizó sus sentimintos de compasión. Su compañero, tratando de tranquilizar al santo, le dijo:

—Padre, no tengas tanta lástima de este hombre. Cierto que es muy pobre, pero acaso no haya en toda la provincia un individuo tan codiciado como él.

San Francisco, al oír este comentario, ordenó a su acompañante:

—Quítate ahora mismo tu túnica, dásela al pordiosero, arrodíllate a sus pies y pídele perdón por la injuria que acabas de inferirle.

El compañero obedeció e hizo puntualmente lo que Francisco le había ordenado.

En cierta ocasión se encontró con tres mujeres enteramente semejantes entre sí no sólo por sus vestimentas, sino también por sus facciones; las tres, al cruzarse con él, lo saludaron a coro diciendo simultáneamente estas palabras: «Buenos días, señora pobreza», y en cuanto dijeron esto desaparecieron sin dejar rastro de sí y sin que nadie volviera a verlas.

Yendo con un compañero que se llamaba Silvestre a la ciudad de Arezzo, muy agitada a la sazón por luchas intestinas entre sus habitantes, al llegar a uno de sus barrios situado fuera de las murallas, el siervo de Dios vio infinidad de demonios revoloteando alegremente a cierta altura, sobre la población. Después de haber contemplado durante unos momentos aquel espectáculo siniestro, el santo dijo a fray Silvestre:

—Acércate a la puerta principal de la muralla y di a lo demonios que de parte de Dios omnipotente se alejen inmediatamente de la ciudad.

Fray Silvestre, a toda prisa, se dirigió a donde el santo le había indicado, y una vez allí con voz recia exclamó:

—¡Oídme bien, diablos! ¡De parte de Dios todopoderoso, y por orden de nuestro Padre fray Francisco, os mando que ahora mismo, os marchéis todos de aquí!

Poco después de esto, los habitantes de Arezzo se sosegaron y se restauró la paz entre ellos.

Este fray Silvestre, antes de entrar en la Orden, siendo sacerdote secular, una noche, mientras dormía, soñó que de la boca de fray Francisco salía una cruz de oro tan grande que el extremo superior llegaba hasta el cielo y los brazos se extendían

por uno y otro lado indefinidamente, formando una especie de cinturón que rodeaba por completo al orbe terráqueo. Este sueño le produjo tal impresión que, al despertar, abandonó el mundo, se fue en busca del siervo de Dios y se convirtió en perfecto imitador suyo.

Una vez, estando Francisco en oración, el demonio le llamó por su propio nombre, diciéndole:

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Francisco!

El santo le respondió:

—¿Qué quieres?

El diablo le dijo:

—Que sepas esto: es cierto que hasta ahora no ha habido en este mundo ni un solo pecador que si se ha arrepentido de sus pecados no haya obtenido el perdón de Dios; pero también es igualmente cierto que jamás el Señor ejercerá la misericordia de perdonar a quienes se matan a sí mismos a base de duras penitencias.

Por divina inspiración el santo comprendió inmediatamente que el demonio, con aquella argucia, trataba de engañarle y de inducirle a la tibieza.

Convencido el antiguo enemigo de que con semejantes procedimientos no lograría prevalecer sobre el bienaventurado varón, cambió de táctica, y probó fortuna suscitando en él una fuerte tentación carnal. Francisco, al sentir el aguijonazo de la concupiscencia, se despojó de su túnica, tomó en sus manos una soga muy dura y comenzó a azotarse con uno de los cabos, diciéndose a sí mismo: «¡Hala, hermano burro! Esto es lo que tú necesitas: ramalazos y más ramalazos!» Como, a pesar del castigo que se estaba inflingiendo, la tentación no cesaba ni siquiera remitía en intensidad, salió al campo, que estaba completamente nevado, y enteramente desnudo se tendió en el suelo y cubrió su cuerpo con gran cantidad de nieve. Después se levantó, acumuló nieve y más nieve, y con ella hizo siete grandes monigotes. Cuando los tuvo hechos, contemplólos uno a uno, diciendo: «Ese de mayor tamaño es tu esposa; los otros cuatro que están cerca de ella son tus dos hijos y tus dos hijas; los dos restantes son tu criado y tu criada. Apresúrate a procurarles ropa a todos ellos porque están desnudos y se mueren de frío; y dales también de comer. Si te resulta duro el trabajo que tendrás que desempeñar para tenerlos debidamente alimentados y convenientemente vestidos, renuncia a ellos y dedícate a servir fielmente a tu único y verdadero Señor». Confuso y avergonzado, el diablo se marchó y dejó en paz al santo, quien, en cuanto del modo referido superó la tentación, tornó a su celda dando gracias a Dios.

El señor León, cardenal de Santa Cruz, rogó a Francisco que fuese a pasar una temporada en su compañía. Francisco aceptó la invitación y, llevando consigo a uno de sus religiosos, se presentó en casa del señor cardenal. Algunos días después de su llegada a la suntuosa mansión, una noche mientras dormía, unos cuantos demonios se acercaron a él y lo azotaron con suma crueldad. Francisco aguantó la azotaina, y cuando ésta hubo teminado, fue a la habitación de su compañero, lo despertó, le dijo lo que acababa de ocurrirle y añadio:

—No cabe duda de que estos demonios que me han azotado son los *castaldos* de Nuestro Señor, encargados por él de corregir los abusos de los hombres. Yo no recuerdo tener ninguna cuenta pendiente con Dios; las ofensas que en otro tiempo le inferí ya me han sido perdonadas por su divina misericordia; eso me dice mi propia conciencia; sin embargo, entra dentro de lo posible que el Señor haya permitido a estos agentes atacarme y castigarme por permanecer indebidamente en el palacio de un magnate, escandalizando con ello a mis pobres frailes, y dándoles ocasión de que sospechen que me encuentro aquí nadando en delicias y regalos. Hermano, salgamos de esta casa inmediatamente[1].

Aunque aún no había amanecido, el santo y su compañero entonces mismo abandonaron la mansión del cardenal.

En otra ocasión, estando en oración, los demonios trataron de turbar su recogimiento correteando sobre el tejado de la iglesia y armando un ruido estrepitoso. El siervo de Dios, al oír aquel estruendo, a toda prisa salió al exterior del convento, se santiguó y dijo:

—Diablos, oídme. En nombre de Dios Todopoderoso os mando que dejéis de estropear el tejado; si queréis seguir haciendo daño hacédmelo a mí en mi cuerpo, en la cuantía y gravedad que el Señor os permita; tened la seguridad de que yo lo aguantaré todo y de que me haréis con ello un gran favor, puesto que me ayudaréis a vengarme de mi propia carne, que es mi mayor enemigo. Desde

(1) Los lombardos llamaban *castaldos* a los vigilantes o guardas de las granjas y grandes fincas y a los administradores de las casas de campo y de los palacios que los reyes y señores notables tenían para su recreo fuera de las ciudades. (Nota del traductor.)

ahora mismo os doy permiso para que castiguéis cuanto os apetezca, de parte mía, a mi cuerpo, que es mi gran adversario.

En oyendo esto, los demonios, avergonzados, desaparecieron repentinamente. Uno de sus religiosos, precisamente el que solía acompañarle en sus viajes, un día tuvo un éxtasis y durante el mismo vio innumerables asientos alineados en el cielo; y en el medio de la fila, uno especialmente suntuoso que destacaba entre los otros por su nobleza, magnificencia y resplandor. «¿Quién será el feliz destinatario de tan espléndido trono?», se preguntaba el vidente. Una voz respondió entonces mismo a su pregunta, diciendo: «En este sitial se sentaba antiguamente uno de aquellos príncipes que fueron expulsados de la gloria; desde que se produjo su expulsión, el magnífico sillón quedó vacío, y vacío seguirá hasta que venga a ocuparlo el humilde Francisco, puesto que para él está reservado». El susodicho religioso, al salir de su arrobamiento, se fue en busca del siervo de Dios y le preguntó:

—Padre, ¿qué opinas de ti mismo?

Francisco le respondió:

—Que soy el mayor pecador del mundo.

En aquel preciso momento el Espíritu habló interiormente al corazón del hermano y le dijo: «Lo que acabas de oír demuestra que ni has soñado ni has sido víctima de una ilusión, sino que lo viste, lo viste de verdad; no lo dudes: el trono que la soberbia dejó vacío será ocupado por este humildísimo hombre».

Un día, el bienaventurado Francisco mientras oraba tuvo un éxtasis y vio frente a él, a cierta altura, suspendido en el aire a un serafín crucificado; pero vio más: vio cómo aquel serafín le imprimía en su propio cuerpo las llagas de la crucifixión, y se vio a sí mismo crucificado; vio en sus manos y en sus pies las heridas de los clavos, y en su costado la abertura de la lanza. Desde aquel momento los estigmas de la Pasión de Cristo quedaron permanentemente impresos en sus miembros, y, a pesar del sumo cuidado que puso para que nadie los viera, posteriormente, durante su vida, algunas personas los vieron; y después de muerto fueron muchos quienes los contemplaron. El señor obró infinidad de milagros para garantizar la autenticidad de las llagas de la Crucifixión impresas por el serafín en el cuerpo de san Francisco. Voy a referir únicamente dos de esos milagros ocurridos después de la muerte del santo.

Un día, un hombre de Pulla llamado Rogelio, mientras contemplaba una imagen de san Francisco, hacíase interiormente estas preguntas: «¿Será verdad que este santo tuvo en su cuerpo las llagas de Cristo? ¿Quién puede asegurarnos que todo esto no es más que una fábula, o una ilusión que él se forjara, o una leyenda inventada por los frailes de su Orden?». Estaba el mencionado Rogelio dándole vueltas a estas preguntas en su mente, cuando de pronto oyó un zumbido semejante al que produce una saeta al salir disparada de arco, y casi al mismo tiempo sintió en su mano izquierda un dolor vivísimo; como el dolor no se le pasaba, se quitó el guante, y al despojarse de él vio con sus propios ojos que, a pesar de que el guante no presentaba la menor rasgadura, la palma de su mano estaba horadada como si hubiese sido traspasada por el filo de un dardo. La herida que tenía en la mano era auténtica, le dolía y le quemaba; aquella llaga dolíale y escocíale tan intensamente que, sintiéndose incapaz de aguantar el escozor y dolor que le producía, se arrepintió de las dudas que acababa de formular sobre la verdad de la estigmatización de san Francisco, y prometió que jamás volvería a abrigar sospechas en relación con la autenticidad histórica el hecho. Dos días después, estando encomendándose al santo y pidiéndole que por el mérito de sus llagas se dignase interceder por él ante Dios, repentinamente desaparecieron de su mano la herida, el dolor y el escozor.

Este otro milagro sucedió en el reino de Castilla. Un piadoso varón muy devoto de san Francisco, al ir una noche al oficio de completas, fue asaltado por unos enmascarados, quienes, confundiéndolo con otro al que pretendían asesinar, lo hirieron gravísimamente y lo dejaron medio muerto. El jefe de la banda, hombre cruelísimo, observando que la víctima aún daba algunas señales de vida, en un arranque de saña, trató de rematarlo hundiendo su espada en el cuello del moribundo. Cuando creyó que éste había ya expirado, intentó extraer el arma de la garganta del presunto difunto, pero al ver que no lo conseguía por mucho que tiraba de ella, optó por renunciar a la recuperación de la espada y a toda prisa, como sus compañeros habían ya hecho, huyó del lugar del suceso. Un rato después se congregaron allí multitud de personas, y entre ellas los familiares, amigos y numerosos conocidos del individuo asaltado, quienes, creyendo que estaba muerto, lloraban y plañían a voces. A eso de la media noche comenzó a tocar a maitines

la campana del convento de los franciscanos, y al oír los primeros tañidos, la esposa del presunto difunto, dando grandes clamores, dijo:

—¡Oh mi esposo y señor! Ya tocan a maitines. La campana te llama. ¿No la oyes? ¡Despierta y levántate! ¡Ve a la iglesia y asiste a los oficios!

En esto, el que a juicio de todos estaba muerto, alzó una de sus manos y, por medio de señas, parecía que trataba de decir a alguien que le extrajera la espada de su garganta; al instante, a la vista de los presentes, la espada salió del cuello y, volando por encima de las cabezas de los circunstantes, fue a caer lejos de allí, cual si hubiese sido arrojada con gran impulso y suma pericia por un púgil extraordinariamente experto. Acto seguido el hombre al que todos daban por asesinado se levantó del suelo completamente sano, y manifestó:

—San Francisco vino en mi ayuda, tocó con los estigmas de la pasión que lleva impresos en su cuerpo una a una todas las heridas que yo tenía en el mío y, cual si las hubiese ungido con un bálsamo maravilloso, con sólo su contacto hizo que desaparecieran. Hecho esto, parecía que iba a marcharse dejando la espada clavada en mi cuello, y como yo no podía hablar, por tener la espada hincada en la garganta, con la mano le hice señas y le di a entender que me extrajera el arma y que me curara también la herida que ella me había producido; entonces él con suma facilidad la extrajo, la arrojó lejos de aquí, colocó sus llagas sobre la herida de mi cuello, me dejó completamente sano, y se fue.

Las dos grandes lumbreras del mundo, es decir, los santos Francisco y Domingo, estando en la ciudad de Roma, hicieron conjuntamente una visita al cardenal de Ostia que posteriormente fue papa y, durante la misma, el cardenal les propuso:

—¿Por qué no nombramos obispos y gobernantes de la Iglesia a algunos de vuestros más doctos y virtuosos hermanos?

Al oír esta proposición, los dos fundadores entablaron entre sí un prolongado debate en torno a cual de ellos debería responder primero.

San Francisco decía a santo Domingo:

—Contesta tú primeramente, y luego lo haré yo.

Santo Domingo decía a san Francisco:

—Responde tú, y cuando lo hayas hecho responderé yo.

En san Francisco triunfó la humildad y consiguió que el primero en hablar fuese santo Domingo. En santo Domingo triunfó el espíritu de obediencia y, por obediencia, con evangélica sencillez, accedió a ser el primero en responder, y respondió al cardenal de esta manera:

—Señor, mis religiosos, al profesar en la orden han alcanzado una dignidad muy grande; espero que todos ellos así lo comprendan y sepan reconocerlo. Por eso, en cuanto de mí dependa haré lo posible para que no la cambien por ninguna otra.

Seguidamente, san Francisco respondió de este modo al cardenal:

—Señor, yo he querido que mis frailes se llamen *menores* para que este nombre les recuerde constantemente que nunca deben sentirse mayores o superiores a los demás.

Sencillo como una paloma, y movido por su columbina simplicidad, exhortaba Francisco a todas las criaturas al amor de su Creador, y predicaba a las aves, que parecían escucharle con atención y venían a sus manos, y se dejaban coger por él y, aunque las soltara, no se marchaban de su lado si él no les decía expresamente que se fueran. Un día, estando predicando, sus oyentes no oían bien sus palabras por el ruido que con sus gorjeos y chirridos producían una bandada de golondrinas; el predicador ordenó a las golondrinas que se callaran, y al instante las golondrinas se callaron.

Junto a la ventana de su celda, en la Porciúncula, había una higuera, y en la higuera una cigarra que cantaba constantemente. En cierca ocasión el santo se asomó a la ventana de la celda, extendió su mano hacia la higuera, y dijo a la cigarra: «Cigarra, hermana mía, ven a mí». La cigarra inmediatamente saltó desde la higuera hasta la mano del siervo de Dios. Entonces san Francisco le dijo: «Canta, hermana cigarra; canta y alaba a tu Señor»; la cigarra comenzó a cantar, y cantando estuvo sobre la palma de la mano del santo hasta que éste le dio licencia para que regresara a la higuera.

Era tan respetuoso con la luz, que procuraba no tocar directamente con sus manos ni las linternas ni las lámparas ni las candelas, para no impurificar con el contacto de sus dedos el fulgor que desprendían.

Igualmente, por consideración a san Pedro, a quien Cristo constituyó en *piedra* y fundamento de la Iglesia, cuando caminaba por calzadas enrolladas hacíalo con suma reverencia.

Cuando iba por los caminos, si descubría en el suelo algún gusano, lo recogía y lo retiraba de la

vereda para evitar que algún otro caminante pudiera pisarlo.

Todos los inviernos, especialmente en los días más fríos, colocaba cerca de las colmenas miel y vino dulce para que las abejas no perecieran de hambre.

Sentía tal afecto hacia los animales, que a todos los llamaba hermanos, y como a hermanos los trataba.

La contemplación del sol, de la luna y de las estrellas acrecentaba de tal modo su amor a Dios y producía en todo su ser un gozo tan intenso e incontenible, que sin poder evitarlo invitaba a estas criaturas a que amaran y alabaran constantemente al Creador.

A los religiosos que de tiempo en tiempo le tonsuraban, si advertía que se esmeraban en hacerle el cerquillo con perfección y delicadeza, les prohibía que guardasen con él tantas cautelas, y a este propósito les decía: «Quiero que mis hermanos traten mi cabeza sin especiales consideraciones y sin miramientos de ninguna clase».

Un hombre muy mundano entró cierto día en la iglesia de san Severiano y se encontró con que en ella estaba predicando un religioso al que ni conocía ni jamás en su vida había visto; no obstante esto, Dios le reveló mediante una visión milagrosa que el religioso que estaba predicando era san Francisco; en efecto, el hombre aquel, apenas entró en el templo, vio cómo surgían dos espadas muy brillantes y se colocaban delante del predicador, pegadas a su cuerpo, una en posición vertical y la otra en sentido horizontal, formando entre ambas una cruz; la espada que constituía el tramo vertical de la cruz llegaba desde la cabeza hasta los pies del religioso, y la colocada horizontalmente a la altura del pecho cubría totalmente los brazos extendidos del predicador, desde una de sus manos hasta la otra. El individuo a que nos referimos quedó tan impresionado por esta visión, que se arrepintió de su vida disoluta, entró en la orden de Francisco y en ella murió piadosamente años después.

San Francisco, de tanto llorar, enfermó de los ojos. Algunas personas, ante el temor de que pudiera quedarse ciego, le aconsejaron que procurara reprimir sus lágrimas. El, al oír este consejo, les respondió: «Prefiero renunciar a esta facultad que tenemos en común con las moscas, en virtud de la cual tanto ellas como nosotros podemos ver la luz temporal, a exponerme a perder la visión de la luz eterna». A instancias de sus religiosos accedió a someterse a una operación para poner remedio al mal que se había apoderado de su vista y, cuando el cirujano tenía asido ya el hierro incandescente con el que iba a hacerle un cauterio, el santo varón de Dios dijo: «Hermano fuego, sé bueno conmigo; pórtate bien; pido al Señor que te creó que mitigue el ardor de la quemadura que me vas a producir». Dicho esto, trazó la señal de la cruz sobre el instrumento que estaba al rojo vivo, y a continuación el cirujano introdujo el terrible punzón en la sensible cabeza del santo por detrás de una de sus orejas, lo empujó y lo hizo llegar a la cara, a la altura de las cejas, y cuando la operación concluyó, san Francisco manifestó que durante la misma no había sentido ni el más insignificante dolor.

Estando el siervo de Dios en el yermo de san Urbano, cayó gravemente enfermo; tan al borde de sus fuerzas se sintió, que en un momento dado pidió que le diesen a beber un poquito de vino; mas, como en tan apartado lugar no hubiese ni una sola gota de él, lleváronle una escudilla de agua; el santo la bendijo y, en cuanto hizo esto, el agua de la escudilla se convirtió en vino de óptima calidad, de manera que lo que la pobreza del yermo no pudo procurar, procurólo la virtud del santo varón, quien tan pronto como bebió unos sorbitos de la milagrosa bebida quedó repentinamente curado.

Tan humilde era, que prefería que se hablase mal de él a que se le alabase. Cuando las gentes ponderaban sus méritos y ensalzaban sus virtudes, mandaba a alguno de sus hermanos que lo insultara y vilipendiara, pero recio, de modo que él pudiera oír bien los insultos y oprobios. En una de estas ocasiones el religioso que había recibido semejante encargo no tuvo más remedio que cumplirlo, pues el santo le exigió en virtud del voto de obediencia que hiciera lo que le mandaba; por eso, muy contra su voluntad, comenzó a maldecir de él llamándole *ordinario, interesado, ignorante* e *inútil.* Mientras san Francisco escuchaba estos dicterios, musitaba henchido de gozo: «¡Dios te bendiga, hermano! ¡Pero qué bien me conoces! ¡Qué cierto es todo eso que dices! ¡Esto, esto, es lo que a mí me conviene oír!».

Como le gustaba más obedecer que mandar, y siempre prefirió ser súbdito a ser superior, renunció al cargo de general de su orden y se sometió voluntariamente en todo a la autoridad de un guardián. A partir de entonces, antes de salir de

casa con el socio que se le designara, prometía obediencia absoluta a éste y observaba lo prometido con escrupulosa fidelidad.

Cuando todavía desempeñaba el cargo de general de su orden, un religioso incurrió en falta de desobediencia, y aunque en seguida se arrepintió de haber desobedecido, el siervo de Dios, para que sirviera de escarmiento a los demás, lo castigó de esta manera: mandóle que se despojara de la capucha de su hábito y que la arrojara a la lumbre, y cuando la capucha llevaba ya bastante rato entre las llamas, ordenóle que la sacara de entre el fuego y cubriera nuevamente con ella su cabeza. El religioso hizo puntualmente lo que Francisco le mandó, y, al sacar la capucha de entre el fuego, sacóla intacta, sin la menor quemadura ni chamuscadura de ningún género.

Un día, yendo de camino con su socio, al pasar junto a unos pantanos que hay en Venecia y ver a las orillas de los mismos multitud de aves que gorjeaban y llenaban el aire con sus trinos, dijo entusiasmado a su compañero:

—Hermano, observa cómo esas avecillas están cantando en honor de su Creador. Vayamos junto a ellas y cantemos también nosotros a su lado las horas canónicas en alabanza de Nuestro Señor.

Los religiosos se acercaron a las aves, y éstas ni se espantaron ni se movieron de donde estaban, ni dejaron de cantar. El santo y su socio iniciaron el canto del oficio, pero como las aves eran muchas y mucho el ruido que armaban con sus gorjeos y trinos, no se oían el uno al otro, por lo cual san Francisco, dirigiéndose a ellas, les dijo: «Hermanas mías, guardad silencio mientras este hermano y yo recitamos nuestro oficio en honor de Nuestro Señor». Las aves se callaron inmediatamente, y calladas estuvieron hasta que san Francisco, al teminar la recitación de su oficio, dióles licencia para que cantaran de nuevo si querían; y quisieron, puesto que en cuanto obtuvieron tal licencia tornaron a sus anteriores trinos y gorjeos.

Un caballero, gran admirador de san Francisco, fue a visitar a éste y a invitarle para que de allí a unos días acudiera a su casa a comer con él. El santo le respondió:

—Hermano, acepto agradecido tu invitación, pero acepta también tú esta otra que yo te hago: confiesa cuanto antes tus pecados, porque dentro de muy poco comerás en otra parte.

El caballero inmediatamente arregló los asuntos de su alma, se confesó, cumplió la penitencia que le fue impuesta, y el día convenido para celebrar la comida, nada más sentarse a la mesa, murió repentinamente.

En cierta ocasión san Francisco dijo a una bandada de pájaros como si tuvieran inteligencia y entendieran sus palabras: «Avecillas, hermanas mías, alabad incesantemente a vuestro Creador; tenéis obligación de hacerlo puesto que os ha cubierto de plumas, os ha dado alas para volar, os permite disfrutar de la pureza del aire, os ha liberado de afanes para conseguir vuestro sustento, y cuida providencialmente de vosotras». Mientras san Francisco les decía estas cosas, los pájaros, posados en el suelo, permanecieron quietos, con sus cuellos extendidos hacia él, las alas desplegadas, los picos abiertos, mirándole con sus ojos fijamente, sin moverse de donde estaban; a pesar de que el santo pasó entre ellos rozándoles con el ruedo de su túnica ni se inmutaron ni reemprendieron el vuelo hasta que el que les estaba hablando les dio permiso para hacerlo.

Predicando un día junto al castillo de Almaro, como sus oyentes apenas pudieran entender lo que decía a causa de los incesantes chirridos que daban las muchísimas golondrinas que tenían sus nidos en los muros de la fortaleza, el santo se dirigió a ellas y les dijo: «Golondrinas, hermanas mías, ya habéis hablado bastante; ahora me corresponde a mí el uso de la palabra; permaneced, pues, en silencio hasta que yo acabe mi sermón». Las golondrinas obedecieron, callándose inmediatamente.

Yendo de camino por la Pulla, en un lugar del trayecto encontró el santo en el suelo una bolsa de gran tamaño, totalmente llena de dinero; como su socio le indicara que deberían quedarse con ella para repartir lo que contenía entre los pobres, san Francisco le dijo:

—Hijo mío, lo que propones no podemos hacerlo de ninguna manera, porque no es lícito disponer de lo que no es nuestro.

El compañero, sin embargo, insistió, e insistió tanto, que el siervo de Dios, después de haber hecho una breve oración en profundo recogimiento, dijo al hermano:

—Anda, deja de insistir; puesto que tanto te empeñas en ello, coge la bolsa y quédate con ella.

Tomó el hermano la bolsa del suelo, la abrió, y al ver que en lugar de dinero lo que en ella había eran muchas culebras, espantado, la arrojó rápidamente al suelo. Pero el santo le ordenó:

—Cógela de nuevo.

Por espíritu de obediencia a su superior y padre, el hermano, aunque lleno de miedo, recogió la bolsa y, cuando la estaba alzando del suelo, por la boca de la misma salió una enorme serpiente.

San Francisco entonces advirtió a su compañero:

—Hijo mío, los religiosos debemos huir del dinero como del diablo, o como huimos de las víboras venenosas.

Uno de sus frailes, atormentado por graves tentaciones, dio en pensar que si tuviera en su poder algún manuscrito de su fundador quedaría libre del acoso a que se veía sometido; sin embargo, no se atrevía a manifestar a nadie ni lo que le ocurría ni lo que a su juicio remediaría los males por los que estaba pasando. Uno de aquellos días el santo le llamó y le dijo:

—Hijo mío, tráeme un poco de tinta y un trozo de pergamino, porque quiero escribir unas alabanzas en honor de Dios.

Después que las hubo escrito, dobló la vitela y la entregó al religioso diciéndole:

—Ten esta cédula y no la pierdas; consérvala en tu poder durante toda tu vida.

Desde aquel momento el susodicho religioso no volvió a padecer tentaciones de ningún género.

En una ocasión en que san Francisco estaba enfermo de gravedad, uno de sus frailes comenzó a pensar en su interior: «Parece que el Padre va a morir pronto. ¡Qué consuelo tan grande recibiría mi alma si yo pudiera heredar la túnica que él ha llevado!». Al poco rato el santo llamó al religioso y le manifestó:

—Te lego mi túnica; quiero que cuando yo muera sea para ti y que la uses con pleno derecho.

Hallándose de paso en un lugar de Lombardía llamado Alejandría, el hombre en cuya casa se hospedó le rogó que, sin escrúpulos de conciencia, y a tenor de lo que sobre esto recomienda el Evangelio, tuviese a bien comer de todo lo que se sirviese en la mesa. San Francisco tranquilizó a aquel buen hombre que le había dado alojamiento de esta manera:

—Así lo haré; no pases cuidado por eso.

El dueño de la casa mandó matar y aderezar, para agasajar debidamente al santo, un magnífico capón de siete años que tenía en su corral. Cuando estaban comiendo, llamó a la puerta un infiel y pidió limosna por amor de Dios. Al oír pronunciar el bendito nombre del Señor, san Francisco tomó su plato en el que acababan de servirle una enorme ración de capón, salió de la estancia, fue a donde estaba el mendigo y le entregó la carne que en el plato llevaba; el pordiosero la aceptó, la guardó y, al día siguiente, cuando el santo estaba predicando, alzó su brazo por encima de las cabezas de los oyentes, mostró en alto el trozo de capón, y dijo a voces:

—¿Queréis saber qué come y cómo se regala este fraile al que todos tenéis por santo? Pues ved este tasajo de carne que tengo en mis manos, es un valiente trozo de capón; él mismo me lo dio ayer cuando estaba comiendo.

Como lo que la gente veía en la mano del acusador no era carne, sino un poco de pescado, tomáronle por loco y comenzaron a increparle y mandarle que se callara; y como loco se quedó de vergüenza y de estupefacción el infiel al advertir y comprobar con sus propios ojos que en pescado se había convertido el trozo de carne que en su mano agitaba, por lo cual, arrepentido de su villanía, pidió públicamente perdón a todos; pero más aún se asombró cuando, inmeditamente después de haber reparado su culpa, el trozo de pescado trocóse nuevamente en lo que realmente era: en un trozo de capón:

En otra ocasión, estando el santo comiendo con sus religiosos, al oír la lectura que uno de ellos hacía en voz alta, en la que se ponderaba la pobreza con que vivieron la Bienaventurada Virgen María y su Hijo, se enterneció de tal manera que, sollozando, se levantó de la mesa, se arrodilló en medio del refectorio y, sin dejar de llorar, comio únicamente un poquito de pan empapado en sus propias lágrimas.

Quería que sus frailes manifestasen una reverencia muy grande hacia las manos de los sacerdotes por la potestad que éstos tenían de consagrar la Eucaristía y de tocar con ellas el cuerpo del Señor. A propósito de esto varias veces dijo: «Si yo me encontrase en un camino al mismo tiempo con un santo bajado del cielo y con el más insignificante de los sacerdotes, acudiría primero a besar las manos de éste diciéndole al otro: Espera un poco, san Lorenzo, o san Fulano, o san... el que fuese; espera un poco; luego te atenderé a ti; pero es menester que reverencie primeramente a este hombre cuyas manos tienen poderes sobrenaturales y pueden tocar al autor de la vida».

Mientras vivió en este mundo realizó infinidad de milagros: los enfermos que comían algún trocito de pan que él hubiera previamente bendecido,

quedaban curados; varias veces convirtió el agua en vino; una vez, una persona que había perdido su salud la recuperó inmediatamente sin más medicina que la de beber un sorbo de ese vino. Imposible referir la infinidad de prodigios que hizo a lo largo de su vida.

Minada su salud por penosa y prolongada enfermedad, conociendo que la hora de su muerte estaba próxima, mandó que lo acostaran sobre el desnudo suelo, llamó a todos los religiosos del convento, bendíjolos uno a uno, imponiendo sus manos sobre sus respectivas cabezas y, después de hecho esto, pidió que trajeran un pan, y a imitación del Señor, en la última cena, lo partió y entregó un trocito del mismo a cada uno de los presentes; tras de lo cual, fiel a su costumbre de invitar a todas las criaturas a que alabaran al Creador, invitó incluso a la misma muerte a que tomara parte en las divinas alabanzas, llamando y ofreciendo hospitalidad a la que todos rehuyen y miran con espanto, y diciéndole con ánimo alegre: «¡Oh muerte, hermana mía, bienvenida seas!». De este modo llegó san Francisco al último instante de su vida y se durmió en el Señor.

A uno de sus religiosos le fue concedida la gracia de ver el alma de su padre en forma de estrella tan grande como la luna y tan brillante como el sol.

En una granja que los frailes tenían, había un donado llamado Agustín, tan gravemente enfermo que estaba agonizando. Pues bien, este donado, en el preciso momento en que san Francisco expiró, a pesar de que ya llevaba mucho tiempo sin poder hablar, exclamó con voz potente:

—¡Espérame, Padre; espérame, que me voy contigo!

Los religiosos que le asistían le preguntaron:

—¿Qué quieres decir con eso?

El donado agonizante respondió:

—Pero, ¿es que no veis a nuestro Padre Francisco volando hacia el cielo?

Nada más decir esto, el donado se durmió en la paz del Señor y su alma se marchó tras la de su Padre.

Una señora muy devota de san Francisco murió, y cuando los clérigos y los presbíteros estaban celebrando solemnemente sus exequias, la difunta repentinamente se incorporó, llamó al sacerdote que quedaba más próximo al féretro y le dijo:

—Padre, quiero confesarme. Al salir de este mundo llevaba conmigo un pecado que nunca confesé y del que luego te hablaré, y por ello fui condenada a padecer en una cárcel terrible; pero san Francisco intercedió por mí y consiguió que se me permitiese volver a la vida para confesarlo y morir de nuevo en cuanto haya obtenido el perdón de esa falta. Todos vosotros seréis testigos de cómo descansaré en paz definitivamente tan pronto como haya confesado el pecado a que me refiero.

La resucitada se confesó, recibió la absolución y acto seguido se durmió en el Señor.

En cierta ocasión los frailes del convento de Vicera rogaron a un vecino suyo que les prestara una carreta; el tal vecino, indignado y a gritos, les respondió:

—Pero, ¿qué es lo que decís? ¿Que os preste mi carreta? Antes de hacer semejante cosa soy capaz de desollaros vivos a dos de vosotros y al mismísimo san Francisco si se presentara ante mí.

Un rato después, el iracundo vecino, una vez que se le pasó la anterior indignación, se dio cuenta de lo mal que se había conducido con los religiosos y de la blasfemia que había proferido contra san Francisco, y temiendo que todo aquello pudiera acarrear sobre él la ira de Dios, se arrepintió de haber procedido tan insensatamente. Algunos días más tarde, uno de sus hijos cayó enfermo, se agravó y murió. El pobre hombre aquel, al ver a su hijo muerto, se revolcó por el suelo y llorando desesperadamente decía:

—Yo soy el culpable de esta desgracia. ¡Oh san Francisco; a mí es a quien debiste castigar! ¡Oh glorioso santo! ¡Escucha los ruegos ahora humildes de quien hace unos días tan impíamente blasfemó contra ti, y devuélveme al hijo que me arrebataste!

De pronto, el hijo resucitó, y dijo:

—No lloréis más y oíd lo que me ha sucedido: en el mismo instante en que hube muerto san Francisco me tomó de la mano, me condujo por un camino muy largo y obscuro hasta un jardín hermosísimo y en él me dejó; pero después volvió al sitio en que me había dejado y me ordenó: «No quiero retenerte más; regresa a la casa de tu padre».

Un pobre que había recibido de un rico en calidad de préstamo cierta cantidad de dinero con la obligación de devolvérsela en determinada fecha, al llegar el día señalado para la devolución, como le resultara imposible pagar la deuda, rogó al prestamista que por amor a san Francisco le hiciese la merced de prorrogarle el plazo anteriormente

convenido. Pero el rico, ásperamente, le respondió:

—Si no me pagas hoy mismo lo que me debes, te encerraré en un lugar del que nadie, ni siquiera san Francisco, podrá sacarte.

En efecto, el prestamista encerró al deudor en una mazmorra lóbrega y profunda. Pero al poco rato san Francisco acudió en socorro del encadenado prisionero, quebró las puertas del calabozo y las cadenas con que su devoto había sido atado, y condujo a éste totalmente incólume hasta su domicilio.

Un soldado que solía mofarse de las obras buenas y de los milagros que la gente atribuía a san Francisco, estando un día jugando a los dados, dijo en plan de sarcasmo a sus compañeros de juego:

—Si ese Francisco es tan santo como dicen, que lo demuestre haciendo que en esta tirada salgan dieciocho puntos.

Dicho esto arrojó los tres dados, y en cada uno de ellos salió el seis. Nueve veces seguidas hizo la prueba, y en todas ellas los tres dados quedaron con la cara del seis arriba. A pesar de esto, el soldado no se dio por vencido, sino que, añadiendo locura sobre locura, exclamó:

—Si Francisco de verdad es santo, que hoy mismo mi cuerpo sea atravesado con una espada; si tal cosa no ocurre quedará demostrado que carece de la santidad que se le atribuye.

En cuanto terminó el juego tuvo ocasión el provocador soldado de comprobar el resultado de la arriesgada proposición que momentos antes había hecho, porque, al alzarse de la mesa en que había estado jugando y ver entre los circunstantes a un sobrino suyo, profirió contra él ciertas frases injuriosas, a las cuales respondió inmediatamente el sobrino desenvainando su espada, hundiéndola en el vientre de su tío y causándole la muerte.

Un hombre que tenía una pierna tan echada a perder que ya no podía dar con ella ni un solo paso, se encomendó a san Francisco invocándole de esta manera: «¡Oh san Francisco, ayúdame! ¡Recuerda la devoción que siempre te he tenido y los muchos favores que te hice cuando vivías! En cuanto te veía, acudía presuroso a besar tus manos y tus pies; varias veces te llevé en mi burro... Ahora te corresponde a ti venir en mi ayuda. Mírame cómo me veo: muriéndome por los dolores que me produce esta pierna absolutamente inservible». Momentos después se le apareció el santo llevando en sus manos un bastón cuyo puño semejaba una *tau*, tocó con él la pierna enferma, reventóle los bultos llenos de pus que en ella había, lo curó completamente y le dejó en la pantorrilla, como recuerdo de este milagro, una cicatriz seca en forma de *tau*, que era el signo utilizado por san Francisco cuando vivía para rubricar sus escritos y cartas.

En Castro Pomereto, lugar de las montañas Pulla, vivía un matrimonio cuya única hija murió en la flor de la edad. La madre, muy devota de san Francisco, sumida en un estado de profunda tristeza, lloraba amargamente junto al cuerpo de la difunta. De pronto se le apareció el santo y le dijo: «No llores; muy pronto, por mi intercesión, volverá a brillar en tu lámpara la luz cuya extinción te causa tanto sufrimiento». Llegada la hora del entierro, la madre se opuso a que sacaran de casa el cadáver de la doncella; llena de esperanza, invocando el nombre de san Francisco, se acercó al féretro, asió con su mano una de las de su hija, tiró de ella, y en aquel preciso instante la difunta resucitó y se alzó completamente sana.

En Roma un niño cayó a la calle desde una de las ventanas del palacio en que vivía, se estrelló contra el suelo y murió en el acto, pero alguien invocó a san Francisco y el niño resucitó.

En la población de Sezza se derrumbó una casa; bajo sus escombros quedó sepultado un joven. Cuando lograron extraer su cadáver de entre las ruinas, lo colocaron en un féretro. La madre del difunto, devotísima de san Francisco, mientras velaba el cuerpo de su hijo, no cesaba de invocar al santo con toda su alma. Hacia la media noche el muerto dio un gran bostezo, se incorporó, se levantó completamente curado de todas sus heridas, y comenzó a proferir alabanzas en honor de quien le había resucitado.

Un grupo de religiosos que habían utilizado una débil barquilla para cruzar un río, al llegar a la otra orilla desembarcaron unos tras otros, y cuando ya sólo faltaba por desembarcar fray Santiago de Rieti, en el momento en que se disponía a hacerlo la barquichuela volcó, y fray Santiago cayó al agua y desapareció. Su compañeros entonces comenzaron a invocar a san Francisco y a pedirle que salvara al náufrago; también éste, desde el fondo del río, con el fervor que las circunstancias le permitían, se encomendaba al santo y en seguida de empezar a hacerlo comenzó a andar bajo el agua con tanta facilidad como si estuviera sobre tierra firme y seca, y andando de este modo llegó a

donde estaba sumergida la barquilla, la alzó, la colocó sobre la superficie del río, se subió a ella y sobre ella llegó al sitio de la ribera en que estaban los demás religiosos, desembarcó, y, a pesar de que se había caído al río y caminado bajo la corriente durante bastante tiempo, sus ropas estaban tan secas que ni siquiera en su túnica se advertía ni una sola gota de agua.

Capítulo CL

SANTA PELAGIA

Pelagia, joven bellísima, dueña de incalculables riquezas y bienes de fortuna, ambiciosa, presumida y entregada en cuerpo y alma a la lascivia, fue en su tiempo la mujer más famosa y popular de Antioquía. En cierta ocasión, mientras fastuosamente ataviada paseaba por las calles de la ciudad, vestida desde la cabeza hasta los pies de oro, plata, pedrería y deslumbrantes alhajas, tan profusamente perfumada que a su paso el ambiente quedaba impregnado de exquisitos aromas, acompañada de multitud de azafatas lujosamente engalanadas que abrían la marcha, y de numerosísimos pajes ricamente equipados que caminaban detrás de ella, vióla un padre muy santo, llamado Nono, obispo de Heliópolis, o sea, de la actual diócesis de Damieta, el cual, al contemplar semejante espectáculo y considerar que aquella liviana mujer ponía en agradar al mundo un empeño incomparablemente mayor de cuanto él personalmente hacía por dar gusto a Dios, se postró en tierra, comenzó a llorar amargamente y a golpear su cabeza contra el suelo diciendo con voz entrecortada por los sollozos: «¡Oh altísimo Señor! ¡Ten piedad de mí, pecador! ¡Mucho más trabaja esta ramera en un solo día para adornar su cuerpo, que cuanto yo he hecho en toda mi vida para embellecer mi alma! ¡Oh mi Dios y mi juez! ¡Cuando me llames para que comparezca ante tu divina y tremenda majestad no permitas que quede confundido por tener mi espíritu menos engalanado que el cuerpo de esta meretriz! ¡Hay que ver cómo ella se esmera y esfuerza por parecer hermosa a los ojos de los hombres mundanos! ¡Yo, en cambio, a pesar de que me he propuesto agradar a mi inmortal Señor, me dejo vencer por la pereza y la desidia, y descuido la realización de mis propósitos!». Después el santo obispo, dirigiéndose a unos compañeros que estaban con él, les dijo:

—Hermanos, creo que Dios, cuando nos juzgue, nos echará en cara la diligencia con que esta mujer durante su vida se pintó y engalanó con sumo esmero para complacer a sus amantes terrenos y nos obligará a reconocer que nosotros hemos sido remisos en el cumplimiento de nuestro deber de agradar al esposo celestial de nuestras almas.

Tras hacer estas y otras parecidas consideraciones, quedóse repentinamente dormido y durante su sueño vio lo siguiente: hallábase él celebrando misa; una paloma negra e insoportablemente maloliente revoloteaba a su alrededor; al ordenar a los catecúmenos que salieran de la iglesia, la paloma desapareció; pero surgió de nuevo en el templo en cuanto la misa concluyó; entonces él la cogió con sus manos, la sumergió en un lebrillo lleno de agua, la bañó, y tras el baño la paloma salió del lebrillo enteramente blanca, reemprendió el vuelo, se remontó a las alturas y quedó fuera del alcance de sus ojos. Acto seguido el santo obispo despertó.

Un día, poco después de esto, predicó san Nono en la catedral. Pelagia, que se hallaba entre el auditorio, quedó tan compungida con el sermón, que inmediatamente envió al predicador por medio de un recadero el siguiente mensaje: «Pelagia, discípula del diablo al santo obispo, discípulo de Cristo: Si en verdad eres discípulo de ese Cristo del que he oído decir que bajó del cielo para salvar a los pecadores, ten a bien, por favor, conceder una entrevista a esta pecadora arrepentida que desea hacer penitencia». El santo le contestó de esta manera: «Te suplico que no tientes mi debilidad; yo soy hombre pecador; si es cierto que quieres salvarte, te concederé la entrevista que me pides,

pero no nos veremos a solas, sino en presencia de testigos».

La entrevista se celebró delante de varias personas. Cuando la mujer llegó a donde estaba san Nono, arrojóse a sus pies y, llorando amargamente, dijo:

—Aquí tienes a Pelagia, o lo que es lo mismo, a este piélago de impiedad, porque eso es lo que soy, un ser traído y llevado por el oleaje de innumerables pecados, un abismo de perdición, una sima abierta, una trampa tendida para hacer caer a las almas; a muchas de ellas hasta hoy he engañado, pero ahora, al caer en la cuenta de los innumerables males que he hecho, toda mi vida pasada me parece espantosamente horrible.

El santo le preguntó:

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Cuando nací —respondió ella—, mis padres me pusieron el de Pelagia, pero desde hace algún tiempo la gente ha dado en llamarme *Margarita,* por la pompa y riqueza de mis vestidos.

El obispo la acogió benignamente, impúsole una saludable penitencia, la instruyó en doctrina cristiana, la exhortó con paternal diligencia al temor de Dios, y regeneró su alma con las aguas del bautismo.

El día en que fue bautizada, en el preciso momento en que estaba recibiendo este sacramento, el diablo empezó a gritar y a decir: «¡Qué violencia me está haciendo este anciano decrépito! ¡Qué violencia! ¡Oh malvado viejo! ¡Maldita la hora en que naciste y viniste al mundo para llevarme la contraria y hacer fracasar mis grandes esperanzas!».

Aquella misma noche, estando Pelagia dormida, el demonio se acercó a ella, la despertó y le dijo: «Margarita, señora mía: ¿En qué te he faltado? ¿No te he llenado de riquezas y de toda clase de glorias? ¿Qué quejas puedes tener de mí? Si en algo te he molestado, dímelo, te lo ruego, y verás cómo al instante te daré cumplida satisfacción por ello. Lo único que te pido es que no me abandones ni me dejes en ridículo ante los cristianos». Pero Pelagia se santiguó, sopló contra el diablo y éste al instante desapareció.

Tres días después de esto vendió cuanto tenía, repartió entre los pobres la enorme cantidad de dinero que de la venta de sus bienes obtuvo, y unas fechas más tarde, al amparo de las sombras nocturnas, procurando que nadie la viera, huyó de Antioquía, se trasladó al monte Olivete, se vistió de ermitaño, se encerró en una angosta celda y se entregó por entero al servicio de Nuestro Señor viviendo con suma austeridad.

La fama de santidad del nuevo anacoreta al que la gente, ignorando que era mujer, llamaba fray Pelagio, se extendió rápidamente por toda la comarca.

Algunos años más tarde, un diácono de la iglesia de san Nono decidió ir a Jerusalén para visitar los Santos Lugares. Antes de emprender su peregrinación, el santo obispo le dijo:

—Una vez que hayas satisfecho tu devoción, procura localizar en aquella tierra a un monje llamado Pelagio y visítalo. Es un auténtico siervo de Dios.

El diácono lo localizó y lo visitó. Pelagia reconoció inmediatamente al diácono, pero él a ella no, porque, a causa de la mucha penitencia que hacía, estaba muy desfigurada y extraoradinariamente demacrada.

Pelagia preguntó a su visitante:

—¿Vive todavía tu obispo?

—Vive, señor, —le respondió el diácono.

—Tu obispo, —díjole ella— es un verdadero apóstol de Cristo; cuando regreses a tu iglesia suplícale de mi parte que ruegue por mí.

Tres días después, el referido diácono quiso ver de nuevo al ermitaño y volvió a su celda, llamó a la puerta y, como no obtuviera respuesta, abrió desde fuera un ventanillo que había en una de las paredes exteriores; y al ver que el monje estaba tendido sobre el suelo y muerto, inmediatamente regresó a Jerusalén y comunicó al obispo de la ciudad que fray Pelagio había fallecido. En seguida el obispo, el clero y los demás monjes del contorno acudieron a la ermita del difunto para proceder a la celebración de las exequias. Al sacar el cadáver de la celda, y advertir que el presunto ermitaño era una mujer, quedaron sumamente sorprendidos, y llenos de admiración y dando gracias a Dios enterraron su cuerpo con profunda reverencia.

Santa Pelagia murió un 8 de octubre, hacia el año 290 de la era del Señor.

Capítulo CLI

SANTA MARGARITA

La hermosísima, rica y noble doncella Margarita, conocida posteriormente por el nombre de Pelagio, habituada desde su más tierna infancia a la

práctica de las más elevadas virtudes merced a la esmerada solicitud con que sus progenitores la educaron, vivía tan recatadamente y tenía tal sentido del pudor y de la honestidad, que hacía cuanto podía para evitar que los hombres la vieran. Pese a esto, un joven de la alta sociedad decidió pedir su mano, y como su idea pareciera muy bien a entrambas familias, tanto los padres de él como los de ella comenzaron a preparar lo necesario para que el matrimonio se celebrase con el rumbo y la pompa que exigían la fuerte posición económica y el abolengo de los contrayentes.

La boda, en efecto, se celebró; pero aquel mismo día, al llegar la noche, mientras los invitados que acudieron a ella —fueron todos los jóvenes y todas las doncellas y todas las personas mayores de la nobleza de la comarca— festejaban el acontecimiento ante el tálamo nupcial suntuosamente engalanado, la recién casada, inspirada por Dios, al considerar interiormente el despropósito que constituía celebrar con tanto regocijo acto tan lamentable como la pérdida de la virginidad, postróse de rodillas y llorando amargamente empezó a comparar las excelencias de la castidad con los inconvenientes que la vida conyugal implicaba; y reafirmándose en su idea anterior de que las pretendidas delicias mundanas eran auténtica basura, se zafó de su esposo, se cortó el cabello, se vistió de hombre y a eso de la media noche, procurando que nadie la viera y encomendándose a Dios huyó de casa, caminó sin parar, llegó a un lejano monasterio, se presentó ante el abad, le dijo que se llamaba Pelagio y que deseaba ser monje. El abad acogió benignamente la demanda del presunto Pelagio, lo instruyó convenientemente y lo admitió en la comunidad.

Fray Pelagio fue desde el primer día un ejemplo de observancia y de santidad y llegó a destacar por sus virtudes entre sus hermanos hasta el punto de que algunos años después, al morir el monje que tenía a su cargo la administración y gobierno de un monasterio femenino dependiente de la abadía, el abad, de acuerdo con los religiosos ancianos que constituían el Consejo de la casa, instituyó a fray Pelagio prelado de la comunidad de las monjas, y lo obligó a aceptar aquel oficio de tanta reponsabilidad.

Fray Pelagio asumió su cometido por obediencia y lo desempeñó con solicitud ejemplar, procurando que las religiosas no carecieran de nada en lo material y que crecieran y prosperaran más y más cada día en lo espiritual.

El diablo, envidioso de la buena marcha que el monasterio femenino llevaba desde que el nuevo prelado se hiciera cargo del gobierno de las religiosas, se interpuso criminalmente en el camino de fray Pelagio, y, para evitar que su gestión continuara prosperando, he aquí lo que preparó: hizo que una de las monjas que, por razón de su oficio de recadera, en algunas ocasiones salía de la clausura, en una de esas salidas cayera en pecado de fornicación y quedara preñada. Meses después, el abultamiento del vientre puso de manifiesto que aquella monja, sin lugar a dudas, se hallaba en avanzado estado de gestación. Entonces, tanto las religiosas como los religiosos de uno y otro monasterio, llenos de vergüenza y de aflicción, coincidieron en atribuir a fray Pelagio la paternidad de la aún no nacida criatura, basándose únicamente en el hecho de que por ser él el prepósito y ella su recadera, necesariamente tenían que verse y conversar entre sí con cierta frecuencia; y, sin otro fundamento ni más averiguaciones ni probanzas judiciales de ningún género, monjas y monjes pidieron que fray Pelagio fuera depuesto, e incluso expulsado de la abadía; y, en efecto, fray Pelagio fue condenado a vivir recluido en una cueva que había en una finca perteneciente al monasterio masculino a donde uno de los religiosos más severos acudía de tiempo en tiempo a llevarle un poco de pan y de cebada, en cantidad por cierto muy escasa, y un jarro de agua. En aquella soledad y penuria, incomunicado, soportando pacientemente indecibles penalidades, sacando fuerzas de la oración y meditación de los ejemplos de los santos,

pero tranquilo con su conciencia y dando gracias a Dios por cuanto le estaba ocurriendo, vivió fray Pelagio varios años; y cuando presintió que su vida estaba a punto de terminarse escribió una carta al abad y a los monjes comunicándoles lo siguiente: «Mi verdadero nombre es Margarita. Nací en el seno de una familia noble. Para huir del piélago de tentaciones que en el mundo me asediaban huí de él y me presenté en el monasterio diciendo que era varón y que me llamaba Pelagio. En lo de hacerme pasar por varón no he mentido, pues he demostrado poseer fortaleza varonil, semejante a la de los hombres. Del pecado que se me ha atribuido he tomado ocasión para ejercitarme en la práctica de la virtud. He sido acusado de un delito que jamás cometí; pero he hecho penitencia por él como si realmente lo hubiese cometido. Voy a morir. Como los monjes nunca tuvieron la menor sospecha de que yo era mujer, pido por favor que no sean ellos quienes me amortajen sino que hagan este oficio nuestras santas hermanas, quienes cuando laven mi cuerpo tendrán ocasión de comprobar que el acusado de adúltero y fornicador, el que a causa de esa calumnia tanto sufrió a lo largo de los postreros años de su vida, fue hembra y permaneció virgen inviolada hasta la muerte».

Leída la carta por el abad en presencia de ambas comunidades, inmediatamente monjes y monjas acudieron a la cueva y hallaron en ella ya muerto al que ante ellos y ellas habían pasado por fray Pelagio. Las religiosas se hicieron cargo del cadáver, y al lavarlo comprobaron que, efectivamente, aquel cuerpo era de mujer y que conservaba intacta su virginidad.

Monjes y monjas hicieron penitencia por la ofensa que habían inferido a tan virtuosa persona cuyos restos mortales enterraron con grandes honores en el cementerio de las religiosas.

Capítulo CLII

SANTA TAIS, MERETRIZ

Fue Tais una prostituta de extraordinaria belleza.

En el libro titulado *Vidas de los Padres* se lee que muchos hombres acabaron en suma pobreza tras vender sus haciendas y emplear todo su dinero en satisfacer los caprichos de esta mujer, ante cuya casa corría a menudo la sangre, porque los jóvenes, celosos unos de otros, se disputaban su amor y entablaban frecuentemente entre sí duelos y peleas.

El abad Pafnucio, que había oído hablar de estos escándalos, un día se vistió de seglar, tomó una moneda de oro, se fue a la ciudad de Egipto en que esta pecadora vivía, localizó su morada, entró en ella, y como si hubiese ido allí a pecar, entregó la moneda de oro a la ramera. Esta recibió el dinero y dijo a Pafnucio:

—Vamos a mi dormitorio.

Al pasar a la habitación, Tais señaló al visitante una cama cubierta con ropas de gran calidad y lo invitó a que se acostara en ella.

Pafnucio contestó a Tais:

—No me gusta este sitio. ¿No hay en esta casa otro más íntimo y reservado?

Tais llevó a Pafnucio a otra estancia y a otra, y a otra, porque en cuanto entraban en alguna de ellas Pafnucio invariablemente repetía lo mismo:

—Este cuarto no me agrada. ¿No tienes algún otro más secreto en el que podamos estar sin que nadie nos vea?

Cuando ya habían recorrido varias habitaciones, Tais dijo a Pafnucio:

—Pues ya no nos queda por ver más que un lugar de esta vivienda en el que jamás entra nadie; pero no nos va a valer; porque si lo que pretendes es que nadie nos vea, ni siquiera Dios, pretendes algo imposible, ya que no hay en todo el mundo escondrijo alguno, por muy oculto que parezca, a donde los ojos de Dios no lleguen.

Pafnucio, al oír esto, exclamó:

—¡Ah! ¿De modo que tú crees en Dios y sabes que existe?

Tais respondió:

—Claro que creo en Dios y que sé que existe; como también sé que existen la vida futura, el reino de los cielos y tormentos para los pecadores.

—Y sabiendo esas cosas —inquirió Pafnucio—, ¿cómo es posible que estés contribuyendo a la perdición de tantas almas? ¿Ignoras acaso que tendrás que dar cuenta al Señor no sólo de ti, sino también de todos cuantos por tu culpa tal vez se hayan descarriado?

En oyendo esto, Tais se arrojó a los pies del abad Pafnucio y deshecha en lágrimas, dijo:

—¡Oh padre! Yo sé que existe la posibilidad de borrar los efectos de mi mala vida con la penitencia. Cierto que estoy en una situación horrible;

pero si tú me ayudas puedo salir de ella. Concédeme, por favor, un plazo de tres días para arreglar algunas cosas; yo te prometo que después iré a donde digas y haré lo que me ordenes.

El abad accedió a la demanda y le indicó el sitio en que habían de verse tres días más tarde.

La pecadora, inmediatamente, recogió sus enseres, riquezas y cuanto había obtenido durante su vida con el comercio de su cuerpo, lo amontonó en la plaza principal de la ciudad y prendió fuego a todo aquello en presencia de muchísimas personas que asistieron curiosas al espectáculo. Mientras sus muebles, ropas y alhajas ardían, Tais decía a voces:

—¡Eh! ¡Vosotros, todos los que habéis pecado conmigo! ¡Venid y ved cómo quemo todo lo que me habéis dado!

Unas cuatrocientas libras de oro valían aproximadamente los objetos que en aquella ocasión quemó. En cuanto quedaron reducidos a pavesas, la hasta entonces pecadora marchó al lugar previamente convenido con el abad. Este la condujo a un monasterio de monjas situado en el desierto, y la recluyó en una angosta celda cuya puerta cerró por fuera con precintos de plomo. La pequeña dependencia en que Tais quedó encerrada no tenía más comunicación con el exterior que una reducida ventanilla a través de la cual, por disposición de Pafnucio, pasarían a la reclusa diariamente una módica ración de pan y agua.

Cuando el anciano iba a retirarse, Tais le preguntó:

—Padre, al hacer mis necesidades naturales, ¿a dónde tiraré los excrementos y orines?

El abad le respondió:

—Déjalos ahí contigo; esa es la compañía que mereces.

Tais hizo a Pafnucio una última pregunta:

—¿Cómo debo adorar a Dios?

Pafnucio le contestó:

—Puesto que no eres digna de pronunciar su nombre ni de invocar con tus labios a la Trinidad ni de extender tus manos hacia el cielo, porque tu boca está llena de iniquidad y tus manos se hallan repletas de inmundicias, limítate a volverte hacia oriente y a decir una y otra vez y muchas cada día: «Tú que me has creado ten misericordia de mí».

Tres años después Pafnucio se compadeció de la reclusa y se fue a visitar al abad Antonio para preguntarle si a su juicio Dios habría perdonado ya a la penitente. Antonio, tras oír el relato que Pafnucio le hiciera, reunió a sus monjes y les dijo:

—Esta noche no os acostéis: permaneced en vuestras celdas orando hasta que amanezca.

Antonio abrigaba la confianza de que el Señor, durante aquella vigilia, revelaría a alguno de sus religiosos algo que le permitiera responder acertadamente a la consulta que Pafnucio le había hecho.

Los monjes, obedientes, no se acostaron, sino que pasaron la noche entera en oración; uno de ellos, el abad Pablo, el más aventajado discípulo de Antonio, durante la vigilia tuvo un éxtasis y vio lo siguiente: las puertas del cielo se abrían; en medio de él había un lecho muy engalanado y al lado del mismo tres hermosísimas doncellas que representaban, respectivamente: una, el temor a las penas futuras, gracias al cual alguien se había apartado del mal camino que llevaba; otra, el arrepentimiento, por cuya virtud la persona que se había apartado del mal había obtenido el perdón de sus pasadas culpas; otra, el amor a la justicia, merced al cual la persona perdonada tenía ya asegurada su eterna salvación. El abad Pablo, al ver a las tres doncellas y entender lo que cada una de ellas significaba, preguntó al Señor: «¿Pretendes manifestarme a través de esas tres alegorías que el alma por ellas representada es la de mi maestro Antonio?» El Señor le contestó diciéndole: «No; la persona convertida, perdonada y salvada, representada por estas tres hermosísimas doncellas, no es tu maestro, el abad Antonio, sino Tais, una mujer que hasta hace unos años fue ramera».

A la mañana siguiente Pablo refirió a Antonio la visión que durante la vigilia había tenido; Antonio a su vez dio cuenta de ella Pafnucio, y éste, rebosante de alegría, regresó a su ermita y en seguida, desde ella, puesto que ya conocía cuál era la divina voluntad al respecto, se trasladó al monasterio de las monjas, quebró los sellos de los precintos que tres años antes pusiera en la puerta de la celda de Tais, abrió la susodicha puerta y dijo a la reclusa:

—¡Sal! El tiempo de tu penitencia ha terminado.

Tais le respondió:

—Permíteme continuar aquí.

Pafnucio insistió:

—¡Sal! El Señor ya te ha perdonado.

Desde dentro la reclusa manifestó:

—Pongo a Dios por testigo de que lo que voy a decirte es cierto: tan pronto como me quedé sola, encerrada en esta celda, hice un recuento minu-

cioso de todos mis pecados, formé con ellos una especie de fardo que resultó inmensamente voluminoso y, desde entonces hasta ahora, así como no he dejado ni un solo instante de respirar, así tampoco he cesado de llorar amargamente al ver la cantidad, enormidad y gravedad de las innumerables malas acciones que en mi pasada vida he cometido.

—Debes saber —le aclaró Pafnucio— que, si has sido perdonada, esto no se ha debido precisamente a la penitencia que has practicado, sino al hecho de haber conservado vivo en tu alma durante todo este tiempo el santo temor de Dios.

Acto seguido salió Tais de la celda en que había permanecido recluida; pero quince días después reposó para siempre en la paz del Señor.

También el abad Efrén intentó convertir a otra merectriz recurriendo a un precedimiento muy parecido al que Pafnucio utilizó para sacar a Tais de la mala vida que llevaba. En cierta ocasión una ramera propuso a san Efrén que escapara con ella. San Efrén, simulando que aceptaba la proposición, le dijo:

—Ven conmigo; yo te llevaré a un lugar adecuado.

San Efrén condujo a la prostituta a un sitio en el que había muchísimo público, y al llegar allí le indicó:

—Si quieres que forniquemos tiene que ser aquí; anda, échate en el suelo.

La ramera le respondió:

—¿Cómo me sugieres que hagamos esto delante de tanta gente?

Contestóle san Efrén:

—No comprendo que te dé vergüenza fornicar delante de los hombres, y que no tengas el menor reparo en hacerlo delante de Dios, que ve incluso a través de las tinieblas.

La prostituta, en cuanto oyó esto, dejó en paz al santo y, llena de confusión, a toda prisa se marchó de allí.

Capítulo CLIII

SAN DIONISIO, SAN RÚSTICO Y SAN ELEUTERIO

La palabra Dionisio, que de suyo quiere decir algo así como *el que huye rápidamente,* analizada etimológicamente admite varios significados, porque puede derivar o bien de *dyo* (dos) y de *nissus* (elevado), en cuyo caso equivaldría a *doblemente elevado,* o sea, a elevado en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, o bien de *Diana,* nombre de Venus, diosa de la belleza y de *syos* (dios); en este supuesto significaría *hermoso ante Dios;* pero también puede proceder de *dionisia,* como algunos suponen; dionisia, según Isidoro, es una piedra preciosa de color negro a la que se atribuyen determinadas propiedades contra la embriaguez.

Todos estos significados son aplicables a san Dionisio; el de *fugitivo veloz,* porque rápidamente huyó del mundo mediante el absoluto renunciamiento de por vida a las cosas terrenas; el de *elevado,* por su entrega a la contemplación de las verdades espirituales; el de *hermoso ante Dios,* por la belleza de sus virtudes, y el de *dionisia,* es decir, el de *piedra preciosa* con propiedades contra la embriaguez, porque liberó a los pecadores de la borrachera de lo vicios.

Antes de su conversión este santo fue conocido entre sus contemporáneos por diferentes sobrenombres: Areopagita, Teósofo, Macario y Jónico; Aeropagita, porque vivía en un barrio de Atenas llamado Areópago; Teósofo, porque era muy experto en conocimientos relacionados con Dios; Macario, en el sentido de dichoso; Jónico, o porque era natural de la región de Jonia, o según Papías por alguna de estas tres razones: o porque solía expresarse en jónico, que es uno de los dialectos de la lengua griega; o porque sus ideas eran hermosas y robustas como las columnas jónicas; o porque su conducta guardaba cierta analogía con las propiedades de los versos jónicos, cuyos pies métricos, como se sabe, constan de cuatro sílabas, dos de ellas breves y las otras dos largas. Los sabios griegos antiguos solían llamar a san Dionisio *Pterugiunturiano* y así lo llaman todavía hoy los actuales; esta palabra, derivada de *pterugion tou ouranou,* en latín significa *ala coeli,* o sea, *ala del cielo,* y al aplicarla al santo, pretendían dar a entender que él, con las alas de su penetrante inteligencia, había conseguido remontarse hasta las más encumbradas regiones del empíreo.

De los mencionados epítetos se infiere que san Dionisio fue *experto y sabio en las cosas de Dios,* por su competencia en la investigación de los misterios divinos; *ala del cielo,* por la altura de su contemplación de las verdades transcendentes; *dichoso,* por la posesión de los bienes eternos; pero, además de todo esto, fue *eminente retórico,* por su maravillosa elocuencia; columna de la Iglesia, por su doctrina; y *breve y largo, como los versos jónicos:* breve, es decir, sencillo, por su humildad, y largo por la amplitud de su caridad para con el prójimo.

A propósito del sobrenombre de Jónico dado a san Dionisio, san Agustín, en el libro VIII de *La Ciudad de Dios,* advierte que el término jónico se emplea en ocasiones para designar un determinado modo de entender la filosofía. Hay —dice este santo doctor— dos grandes corrientes o escuelas filosóficas: la *itálica,* de origen italiano, y la *jónica,* de origen griego. Y añade: —Como Dionisio fue el filósofo más autorizado de su tiempo, fue llamado, y con razón *«el Jónico»,* en el sentido de «el filósofo por antonomasia», «el más grande de los filósofos».

Hincmaro, obispo de Reims, asegura que Metodio de Constantinopla escribió en griego un relato de la vida y martirio de san Dionisio, y que posteriormente este opúsculo fue traducido al latín por un tal Atanasio, bibliotecario de la curia apostólica.

San Pablo Apóstol convirtió a la fe de Cristo a Dionisio, el Areopagita. Este sobrenombre de Areopagita se lo dieron porque vivía en un barrio llamado Areópago, en el que había un templo dedicado a Marte.

Por aquel tiempo la ciudad de Atenas estaba dividida en dos barrios en cada uno de los cuales existía un templo consagrado a un dios diferente; del nombre del dios al que en cada uno de estos barrios se honraba, tomaron los atenienses el nombre del barrio respectivo; y como Marte, en griego, se dice *Areo,* llamaron Areópago al barrio en que se alzaba el templo de Marte, y Panópago al otro, en el que se veneraba al dios Pan. Lo mismo ocurría con otros sectores de la ciudad; el nombre con que esos sectores eran conocidos derivaba del que daban al dios adorado por los habitantes que en ellos vivían. El Areópago constituía el distrito más distinguido de la ciudad; en él residían las familias de la nobleza; en él estaban ubicadas las escuelas de artes liberales; en él vivía Dionisio, el filósofo más ilustre de su época, llamado comúnmente por sus contemporáneos *«el Teósofo»,* es decir, el especialista en conocimientos acerca de Dios, por su erudicción y sabiduría en todo lo relativo a los nombres divinos; en él estaban avecindados también varios epicúreos y no pocos estoicos; los epicúreos sostenían que la felicidad humana consistía exclusivamente en el disfrute de los placeres sensuales, y los estoicos ponían la esencia de esa felicidad en la práctica de la virtud. Dionisio compartía su casa con Apolófanes, filósofo como él y gran amigo suyo.

El día de la muerte del Señor, espesas tinieblas cubrieron la tierra. Los sabios de Atenas quedaron desconcertados; por más que analizaron las leyes de la naturaleza, no encontraron entre ellas ninguna que les valiera para explicarse tan extraño fenómeno. Las densísima obscuridad que repentinamente los envolvió a su juicio no podía atribuirse a un eclipse solar, por tres razones: Primera. Porque el eclipse del sol se produce cuando la luna se interpone entre él y la tierra; semejante interposición en aquella fecha era imposible, puesto que la luna estaba en su décimo quinto día y se hallaba por tanto no sólo fuera de la región del sol, sino muy lejos de ella. Segunda. Porque, cuando se produce un eclipse solar, la obscuridad afecta a un sector determinado de la tierra, pero no a toda su superficie. Tercera. Porque un eclipse natural del sol no puede durar tres horas.

Que el eclipse ocurrido aquel día fue universal consta por el testimonio del evangelista san Lucas, por el hecho de que Cristo pereció por toda la humanidad y, además porque sabemos que afectó a Heliópolis, que está en Egipto, a Roma, a ciudades de Grecia y a comarcas del Asia Menor.

Que afectó a Roma se prueba por el siguiente texto de Orosio: «Cuando el Señor fue clavado en la cruz se produjo un espantoso terremoto cuyos efectos se dejaron sentir en todo el orbe; a causa de tan imponente temblor, en las montañas se hendieron las rocas, y en las grandes ciudades se desplomaron barrios enteros; desde la hora de sexta a la de nona de aquel día, el sol se obscureció por completo y la tierra quedó repentinamente sumida en tan profundas tinieblas que, a pesar de estar en pleno día, aunque más bien parecía estarse en plena noche, podía verse cómo en el firmamento brillaban las estrellas». Esto dice Orosio. Que afectó a Egipto se colige de una carta que Dionisio escribió a Apolófanes, en la que recuerda a su amigo el fenómeno que ambos presenciaron. En esa carta, entre otras cosas, le dice: «Cuando el disco solar surgió de nuevo, como purificado, de entre las espesas tinieblas que uniformemente habían cubierto de sombras la totalidad del orbe, revisamos las leyes de Felipe de Arridea y comprobamos que según ellas, como nosotros habíamos

supuesto, resultaba imposible que, por entonces y con arreglo al curso natural de las cosas, astro alguno se interpusiera entre el sol y la tierra. Hecha esta comprobación, yo te dije: «¡Oh Apolófanes, santuario de profundísima ciencia! ¡Estamos ante un misterioso fenómeno cuya interpretación escapa a tu extraordinaria sabiduría! Porque, vamos a ver, espejo y archivo de doctrina, ¿qué explicación puedes dar a este rarísimo acontecimiento?» Seguidamente tú respondiste a mi pregunta con estas palabras, más divinas que humanas: «¡Mi buen Dionisio!, lo que ha ocurrido sólo puede explicarse, a mi juicio, de este modo: Dios ha alterado el curso de las leyes naturales que rigen el universo». Posteriormente, cuando Pablo, a quien escuchábamos arrobados de admiración, nos habló de la muerte de Cristo en la cruz, y de la fecha y del año en que su Pasión había tenido lugar, caímos en la cuenta de que el año, el día y la hora en que había sucedido aquel rarísimo fenómeno, según la anotación que nosotros cuidadosamente habíamos hecho y conservábamos, coincidían con la hora, día y año en que Cristo fue crucificado; y entonces yo, comprendiendo el verdadero significado de aquellas extrañísimas tinieblas que no habíamos sabido interpretar, me desligué de los errores de los gentiles y me pasé al servicio de la verdad». Hasta aquí el fragmento de la carta de Dionisio.

En otra carta escrita por el referido Dionisio a Policarpo, tras hablar a éste de sí y de Apolófanes, le dice lo siguiente: «Un día, estando los dos en Heliópolis, de pronto sucedió algo extraño que nos dejó estupefactos. Vimos cómo la luna, que se hallaba en aquellos momentos en el lugar del firmamento en que tenía que estar con arreglo a la estación, a pesar de que no era época de eclipses avanzó hasta el sol, se colocó delante de él e interfirió su luz hasta la hora de nona; a esta hora sobrenaturalmente se desplazó y reapareció de nuevo en el sitio que le correspondía, y diametralmente opuesta a la posición del sol prosiguió su curso hasta la hora de vísperas en que éste se puso. Los dos advertimos perfectamente cómo la obscuridad a que me estoy refiriendo se inició en oriente, avanzó hacia occidente y dejó en tinieblas toda la tierra que el sol alumbra durante su carrera, y vimos también, con gran extrañeza nuestra, que cuando el sol reapareció, y reapareció no poco a poco sino todo él al mismo tiempo y de repente, la luna, en relación con él se encontraba en el extremo opuesto del firmamento».

Dionisio y Apolófanes, cuando ocurrió este misterioso eclipse, se hallaban en Heliópolis, a donde habían ido a hacer estudios especiales de astrología; poco después de que el extraño fenómeno sucediera, Dionisio regresó a Atenas.

Que las tinieblas afectaran a Asia, nos lo asegura Eusebio. Este autor afirma en su *Crónica* que, según ciertos relatos de autores paganos que él había tenido la oportunidad de leer, por aquel tiempo se había producido en una comarca del Asia Menor, llamada Bitinia, un tremendo terremoto acompañado del mayor obscurecimiento del sol de que se tenía noticia. Los relatos precisaban que un día, hacia la hora de sexta, de repente el sol dejó de lucir, el cielo quedó ensombrecido como si estuvieran en una noche obscurísima; surgieron en él las estrellas perfectamente visibles, y en Nicea, ciudad de Bitinia, todas las casas se derrumbaron a causa del terrible terremoto.

En la *Historia Escolástica* se dice que cuando ocurrió el fenómeno que estamos comentando, los filósofos se vieron obligados a reconocer que el autor de la naturaleza estaba pasando por un trance de sufrimiento y que algunos de ellos exclamaron: «O el orden natural ha experimentado un grave quebranto, o las apariencias nos engañan, o el creador del mundo atraviesa un mal momento y los elementos sienten compasión de él». En un pasaje de la mencionada Historia se dice que Dionisio afirmó: «Esta extraña noche que de repente ha surgido entre nosotros significa que está muy cercano el día en que la luz verdadera iluminará al mundo entero».

Precisamente, con motivo de este suceso los atenienses erigieron un altar en honor de una divinidad misteriosa, y en el frontispicio del mismo grabaron esta inscripción: «Al Dios desconocido». Hicieron esto, porque tenían por costumbre esculpir en el testero de cada altar el nombre del dios al que el altar estaba dedicado. Una vez construido este altar, algunos pretendieron ofrecer en él víctimas y holocaustos, pero los filósofos se opusieron a ello diciendo: «El dios en cuyo honor hemos erigido este monumento, ni tiene necesidad de nuestros bienes ni es partidario de esta clase de sacrificios; si queréis honrarle debidamente, arrodillaos ante este altar y exponedle confiadamente vuestras peticiones; a él le complace más el devoto homenaje de los corazones que la ofrenda de vuestros ganados».

Poco después de que Pablo llegara a Atenas los

epicúreos y los estoicos comenzaron a disputar con él. Unos se preguntaban:

—Pero ¿qué es lo que quiere decir este charlatán?

Otros comentaban:

—Parece como si tratara de introducir entre nosotros el culto a dioses nuevos.

Algunos de sus oyentes lo invitaron a que fuese al barrio donde vivían los filósofos para que delante de ellos expusiese con la mayor claridad posible la doctrina que intentaba divulgar, y a este propósito le dijeron:

—Queremos que nos expliques el verdadero sentido de estas cosas que andas predicando por ahí a la gente.

Es de advertir que los atenienses, muy aficionados a las novedades, eran extraordinariamente dados a comentar toda clase de noticias, y estaban habitualmente dispuestos a hacerse eco de cuantos rumores circularan de boca en boca por la ciudad.

Pablo acudió al Areópago y al recorrer en compañía de los filósofos los diferentes altares que ellos le fueron mostrando y ver el que habían erigido en honor *al dios desconocido* les dijo:

—De este Dios, al que sin conocer adoráis, es del que yo hablo. El es el único Dios verdadero, creador del cielo y de la tierra.

Seguidamente, dirigiéndose a Dionisio a quien en su interior ya había conceptuado como el más inteligente del grupo y el mejor preparado en asuntos de índole teológica, le preguntó:

—¿Qué es lo que entendéis vosotros por esa expresión de *dios desconocido*?

—Pues entendemos —respondióle Dionisio— algo así como que ese dios es el más importante entre los dioses, el supremo, el propiamente verdadero, lo llamamos *desconocido* porque, mientras que de los demás dioses sabemos muchas cosas, de él lo ignoramos todo; pero yo personalmente abrigo la convicción de que algún día se dará a conocer, desplazará a los otros, acaparará la atención de las gentes, y reinará él solo en el mundo entero.

Pablo le formuló esta otra pregunta:

—¿Qué piensas tú de este Dios? ¿Crees que es un hombre como nosotros, o que su ser es plenamente espiritual?

—Yo creo —contestó Dionisio— que es espíritu y es hombre a la vez, pero que vive y ha vivido siempre en el cielo, fuera de nuestro alcance, y que precisamente por eso no hemos podido conocerle y hasta ahora ha sido para nosotros un dios desconocido.

—Pues ese es el Dios —sentenció Pablo— del que yo hablo en mis predicaciones; y tengo que decirte que ese Dios hace algunos años descendió de las alturas inaccesibles en que moraba, se hizo hombre, vivió en la tierra, fue condenado a muerte, murió, y tres días después de morir resucitó.

Pablo y Dionisio continuaron hablando de este tema delante de todos, y, mientras hablaban, pasó por allí casualmente un ciego. Dionisio al ver al ciego dijo a Pablo:

—Si sin recurrir a trucos ni a palabras mágicas de esas que tienen cierta eficacia para producir efectos sorprendentes y que acaso tú conozcas; si meramente con dedir a este ciego que recupere la vista en nombre de tu Dios consigues que en efecto la recupere, te prometo que inmediatamente creeré que es verdad todo cuanto me estás exponiendo. Pero para que no me quede duda alguna acerca de si vas a emplear o no secretos sortilegios, exijo que utilices literalmente la fórmula que en este momento se me ocurre; ésta: «En nombre de Jesucristo, nacido de una Virgen, crucificado, muerto, resucitado y posteriormente ascendido al cielo, recobra la vista».

Pablo respondió:

—La fórmula me parece perfecta; pero, para descartar absolutamente todo género de suspicacia, vamos a seguir otro procedimiento; en vez de pronunciarla yo, la pronunciarás tú mismo. ¿Te parece bien?

Dionisio asintió, se colocó delante del ciego y, repitiendo las palabras que él mismo había propuesto, mandó al invidente que viera, y en aquel mismo instante el invidente comenzó a ver.

Dionisio, su esposa Dámaris, sus hijos y toda su familia, conmovidos por el estupendo milagro, se convirtieron y se bautizaron. A lo largo de tres años Pablo los instruyó en la fe cristiana y al cabo de ese tiempo ordenó de obispo al Areopagita y lo puso al frente de la nueva Iglesia de Atenas. Dionisio se dedicó de lleno a la predicación y mediante su ministerio consiguió que la fe de Cristo arraigara no sólo en la ciudad, sino en la mayor parte de las tierras de la región aquella.

En varios pasajes de sus obras insinúa san Dionisio que san Pablo le dio a conocer todo lo que le fue revelado durante la visión que tuvo cuando fue arrebatado y elevado hasta el tercer cielo; de ahí que, al exponer su doctrina acerca de las jerar-

quías, órdenes, cometidos y oficios de los ángeles, lo haga con tan meridiana claridad cual si hubiese presenciado personalmente cuanto a este respecto dice, porque describe todas estas cosas tan luminosa y mimuciosamente que cualquiera podría pensar que el conocimiento que de ellas tiene procediera no de referencias ajenas sino de experiencias propias como si hubiese sido él mismo el arrebatado hasta el tercer cielo.

San Dionisio poseyó en grado eminente el don de profecía; pruébase este aserto con la carta que escribió a Juan Evangelista cuando éste se hallaba desterrado en la isla de Patmos; en la mencionada carta le anunció que su destierro no era definitivo y que regresaría a Asia. «Alégrate, querido, amabilísimo, deseadísimo y dulcísimo hermano y amigo», le dice, y más adelante añade: «Saldrás de ese exilio de Patmos en que te tienen confinado, volverás a Asia y mostrarás a sus habitantes el misericordioso rostro de Dios, y alentarás con tus ejemplos a los que han de continuar tu obra de evangelización».

De su libro *Los nombres de Cristo* se infiere que san Dionisio fue testigo de la dormición de la Bienaventurada Virgen María.

Cuando se enteró de que Pedro y Pablo estaban presos en Roma por orden de Nerón, encomendó el gobierno de su Iglesia a otro obispo, y acudió presuroso a visitar a los santos prisioneros.

Algún tiempo después de que san Pedro y san Pablo fueran martirizados, san Clemente, sucesor de san Pedro, envió a Francia a Dionisio y a dos compañeros suyos llamados Rústico y Eleuterio. Los tres se dirigieron a París; en esta ciudad convirtieron a muchos y edificaron numerosos templos, al frente de los cuales colocó Dionisio a varios clérigos de diverso orden.

La protección dispensada por el cielo a san Dionisio se puso de manifiesto en multitud de ocasiones; cuantas veces, y fueron muchas, las masas del pueblo azuzadas por los pontífices de los ídolos se amotinaron contra él, y enfurecidas y bien pertrechadas de armas se lanzaron a la calle en su busca para darle muerte, ocurrieron una de estas dos cosas: o bien al llegar a su presencia caían mansamente a sus pies, rendidas y sumisas, o sobrecogidas de respetuoso temor abandonaban la empresa y huían precipitadamente. Mas el envidioso diablo, viendo cómo de día en día, a medida que los fieles se multiplicaban, aumentaba el prestigio de la Iglesia y mermaba el ascendiente que él había ejercido sobre aquellas gentes, removió la crueldad del emperador Domiciano, excitó su cólera y lo impulsó a que promulgara un decreto ordenando que se prendiese a los cristianos, se les obligara a ofrecer sacrificios a los ídolos y se castigara con diferentes suplicios a los que se negaran a ello. Para la ejecución de lo dispuesto en este decreto fue enviado desde Roma a París un prefecto llamado Fescenio, el cual, al llegar a la ciudad y enterarse de que Dionisio predicaba al pueblo públicamente, inmediatamente ordenó que fuese detenido y conducido a su presencia. Los esbirros encargados de cumplir esta orden se apoderaron del santo, le abofetearon, escupiéronle en el rostro, vejáronle de múltiples maneras, lo maniataron con fuertes correas y lo llevaron juntamente con Rústico y Eleuterio ante el delegado imperial. Ninguno de los tres prisioneros se arredró; al contrario, los tres, valientemente y con firmeza, confesaron su fe delante del prefecto. Durante el interrogatorio a que Fescenio los sometió presentóse en la sala una mujer perteneciente a la alta nobleza insultando a gritos a los tres santos, diciendo que eran magos y acusándolos públicamente de haber pervertido con sus torpezas a Lisbio, su marido. El prefecto ordenó que fuesen inmediatamente a buscar a Lisbio. Lisbio compareció ante el tribunal y manifestó sin miedo alguno que, en efecto, también él era cristiano, proclamó públicamente su fe y se mantuvo inconmovible en la invocación del nombre de Dios, por lo cual, Fescenio, atropellando la justicia, mandó que Lisbio fuese decapitado y que doce soldados azotasen sin piedad a Dionisio, a Rústico y a Eleuterio. Cumplido este castigo, los tres santos, cargados de cadenas, fueron encerrados en la cárcel.

Al siguiente día sacaron a Dionisio de la prisión, lo tendieron enteramente desnudo sobre la parrilla colocada en medio de una hoguera inmensa y, mientras las llamas envolvían su cuerpo, él cantaba una y otra vez este versículo del salmo 118: *«Ignitum eloquium tuum vehementer, et servus dilexit illud»:* («Tu palabra es como una ráfaga de fuego; tu siervo ha procurado acogerla y amarla»). Después lo sacaron de la hoguera y lo arrojaron a unas fieras ferocísimas, sometidas desde días atrás a prolongado ayuno. Las fieras, que estaban hambrientas, instintivamente salieron corriendo hacia él, pero, al ver que el mártir se santiguaba, se pararon en seco, se amansaron y se tendieron a sus pies. Seguidamente lo metieron en un horno encendido; mas

la lumbre se apagó en cuanto el santo se aproximó a ella. Luego lo colgaron de una cruz y lo torturaron durante mucho tiempo; pero como a pesar de los tormentos que le aplicaban no conseguían que muriese, descolgáronlo del madero y lo condujeron de nuevo a la cárcel, y allí lo dejaron con sus compañeros y numerosos fieles.

Algunos días después de esto, estando el santo mártir celebrando misa, cuando se disponía a distribuir la comunión a los cristianos que compartían con él la prisión, se le apareció Jesús, el Señor, envuelto en vivísimos resplandores, y tomando un trozo del pan consagrado ofrecióselo a su siervo diciéndole: «Mi querido amigo, cómelo, te lo doy yo, en recompensa de tu gran deseo de permanecer unido a mí». Aquel mismo día los tres santos fueron llevados de nuevo ante el prefecto, quien, después de ordenar a sus esbirros que los torturaran con atrocísimos suplicios, mandó que los condujeran ante una estatua de Mercurio y en presencia de la efigie les cortaran sus cuellos a hachazos. Los tres mártires murieron confesando su fe en la Trinidad mientras sus verdugos los decapitaban.

Inmediatamente después de que los tres fuesen decapitados, el cuerpo de san Dionisio púsose milagrosamente en pie, se inclinó, recogió del suelo su cabeza y, llevándola en sus propias manos, caminó dos millas, guiado por un ángel que le precedía envuelto en celestiales claridades; al llegar a un paraje llamado Monte de los Mártires, se detuvo, porque allí, por propia elección y por decisión divina había de ser enterrado. En este mencionado lugar reposan actualmente sus restos.

Mientras se estaba procediendo a la inhumación de san Dionisio, sobre su sepulcro cantaron los ángeles dulcísimas melodías. Fueron muchísimas las personas que se convirtieron conmovidas por el milagro de aquellos cánticos celestiales, entre ellas, Laercia, viuda del prefecto Lisbio, de quien antes hemos hablado; esta mujer comenzó a proclamar públicamente que quería hacerse cristiana; los impíos, al oírla, se arrojaron sobre ella e inmediatamente la degollaron; de ese modo murió Laercia, bautizada con su propia sangre. Un hijo suyo, llamado Vibio, que había militado en Roma sucesivamente en los ejércitos de tres emperadores, al enterarse de que su madre había muerto martirizada, regresó a París, se bautizó y se incorporó al número de los que practicaban la religión de Cristo.

Los infieles se apoderaron de los cuerpos de los santos Rústico y Eleuterio y, para evitar que los cristianos los sepultaran, decidieron arrojarlos al Sena; pero no pudieron llevar a cabo su intento; una señora de la alta sociedad se lo impidió mediante la siguiente estratagema: salió al encuentro de los que llevaban los restos de ambos mártires para tirarlos al río, los invitó a comer, y, mientras comían, ella disimuladamente, enterró los sagrados cuerpos en un lugar oculto; posteriormente, cuando cesó la persecución, les exhumó y los trasladó con suma reverencia al lugar en que estaba sepultado san Dionisio. De este modo los tres santos compañeros se reunieron nuevamente.

El martirio de estos tres preclaros varones ocurrió el año 96 de la era cristiana, en tiempos del emperador Domiciano. San Dionisio tenía 90 años de edad cuando fue martirizado.

Hacia el año 815 del Señor unos embajadores de Miguel, emperador de Constantinopla, visitaron a Luis, rey de Francia e hijo de Carlomagno, y le entregaron entre otras cosas, en concepto de regalo de parte de su soberano, una traducción latina de los libros *Sobre la Jerarquía* que san Dionisio había escrito en griego. El rey Luis acogió el obsequio con inmenso gozo, mandó que llevaran inmediatamente los códices a la iglesia, y, aquella misma noche, diecinueve enfermos, que habían acudido al templo a venerarlos, recobraron la salud.

San Régulo, obispo de Arlés, un día estaba celebrando misa de pontifical y, al recitar el canon, añadió a los nombres de los apóstoles los de los bienaventurados mártires Dionisio, Rústico y Eleuterio. Estos tres nombres salieron de sus labios espontáneamente, sin que él hubiese tenido intención de pronunciarlos. Al advertir que los nombres de estos tres santos varones, de cuya muerte él aún no tenía noticia, se le habían deslizado impremeditadamente de su boca, quedó sumamente sorprendido; pero su sorpresa fue mayor cuando vio cómo sobre la cruz que presidía el altar se posaron repentinamente tres palomas, en cuyos blanquísimos buches estaban escritos con sangre los nombres que sin darse cuenta acababa de pronunciar. San Régulo miró atentamente a las palomas y, al ver que cada una de ellas llevaba grabado el nombre de uno de aquellos insignes siervos de Dios, quedó plenamente convencido de que las almas de los tres habían emigrado de sus cuerpos.

En una crónica se lee el siguiente caso: Hacia el año 644 reinaba en Francia Dagoberto. Este mo-

narca, que fue rey de los francos mucho antes que Pipino, profesaba desde su más tierna infancia tal devoción a san Dionisio, que cuando de niño cometía alguna falta y temía que Clotario, su padre, pudiera castigarle, acudía prestamente a la iglesia del santo a impetrar su protección. Pues bien; cuando Dagoberto, después de haber reinado, murió, un piadoso varón, en una visión que tuvo, contempló esta escena: el alma del rey difunto fue conducida ante el tribunal divino, en seguida se presentaron en el mismo tribunal multitud de santos acusando al que iba a ser juzgado de haberse apoderado de los bienes de las iglesias que estaban dedicadas a ellos en la tierras del que había sido su reino. Los demonios que asistían al juicio, al oír aquellas acusaciones intentaron apoderarse del alma de Dagoberto; mas de pronto, ante el supremo juez compareció san Dionisio, se hizo cargo de la defensa del acusado, y lo libró de las penas a que iba a ser condenado, obteniéndole probablemente la merced de que volviera a la vida para hacer penitencia por los pecados anteriormente cometidos.

El rey Clodoveo, movido por su deseo de poseer una reliquia de san Dionisio, abrió la sepultura en que su cuerpo estaba enterrado, quebró irreverentemente un hueso de uno de los brazos del santo y se lo llevó consigo; pero, en castigo de semejante profanación y hurto, inmediatamente se volvió loco.

Digamos, para terminar, que Hincmaro, obispo de Reims, en carta dirigida a Carlos el Calvo, asegura que el Dionisio enviado a las Galias fue el Areopagita, o sea, éste cuya vida acabamos de transcribir. Lo mismo afirma Juan Escoto en otra carta dirigida también al susodicho Carlos. Cierto que no han faltado quienes en nombre de la cronología han tratado de quitar valor a estos testimonios, pero no es menos cierto que, si nos atenemos a un cómputo riguroso del tiempo, no hay razón para desechar lo que estos dos autores mencionados sostienen en sus respectivas cartas.

Capítulo CLIV

SAN CALIXTO

El papa san Calixto murió martirizado el año 222 de nuestra era, siendo emperador Alejandro. Durante el imperio de este hombre permitió Dios que un incendio destruyese la parte más alta de la ciudad de Roma y que desapareciese, derretida por la llamas, la mano izquierda, que era de oro, de la estatua de Júpiter. Los sacerdotes de los ídolos, impresionados por este suceso, acudieron al emperador Alejandro y le rogaron que mandara celebrar públicos sacrificios para aplacar la ira de los dioses. En la mañana de un jueves, día dedicado a Júpiter, cuando el pueblo estaba tomando parte en los actos de culto prescritos por el emperador, de repente, a pesar de que el cielo se hallaba completamente sereno, cayó un rayo sobre el templo, destruyó el altar del ídolo, mató a los cuatro sacerdotes que presidían la ofrenda de los sacrificios, el sol se obscureció totalmente y los asistentes y habitantes de Roma huyeron despavoridos tratando de ponerse a salvo fuera de las murallas de la ciudad.

El cónsul Palmacio, que hacía responsables a los cristianos de las calamidades que los romanos padecían, al enterarse de que Calixto y sus clérigos permanecían ocultos en un determinado lugar al otro lado del Tíber, solicitó del emperador licencia para exterminarlos y librar de su presencia a la capital del Imperio; y, en cuanto obtuvo este permiso, se echó a la calle al frente de numerosos soldados, deseoso de capturarlos lo más pronto posible. No pudo en aquella ocasión llevar a cabo su intento, porque al poco rato de iniciar la expedición todos los componentes de la milicia que marchaba a sus órdenes se quedaron repentinamente ciegos, por lo cual vióse obligado a regresar inmediatamente al palacio del emperador para comunicarle, aterrorizado, lo que acababa de ocurrir.

Alejandro, al recibir esta noticia, mandó que el

próximo miércoles, día dedicado a Mercurio, se ofreciesen sacrificios a este dios, a fin de que les diese a entender qué es lo que deberían hacer para verse libres de tantos infortunios. Cuando estaban celebrando tales actos religiosos, una joven llamada Juliana, que vivía en el templo de este ídolo consagrada a su servicio, fue poseída de pronto por el demonio y comenzó a decir a gritos: «¡El único Dios verdadero es el de Calixto! ¡A El es a quien hay que adorar y aplacar porque está indignado por la contaminación que nuestros falsos dioses producen en nuestra vida y costumbres!».

Palmacio, hondamente impresionado por lo que Juliana decía, pasó el Tíber, se dirigió a Ravena en busca de san Calixto y, al llegar a donde el papa estaba, le suplicó que lo bautizara. Con Palmacio recibieron el bautismo su esposa y toda su familia.

Al enterarse el emperador de que Palmacio se había convertido al cristianismo, lo llamó a su presencia, lo puso bajo la vigilancia del senador Simplicio, y encargó a éste que procurara por todos los medios, sobre todo a base de persuasión y de halagos, conseguir que aquel cónsul, cuyos servicios eran muy necesarios a la república, renegara de la fe que había abrazado; pero Palmacio, lejos de dejarse seducir por Simplicio, se entregó a una vida de ayunos y oraciones. Un día se le acercó un soldado y le prometió que si curaba a su esposa, que se hallaba paralítica, también él se convertiría a su religión. Palmacio rogó por la enferma, la paralítica sanó repentinamente y, al verse totalmente curada, fuese corriendo a ver a Palmacio y le dijo:

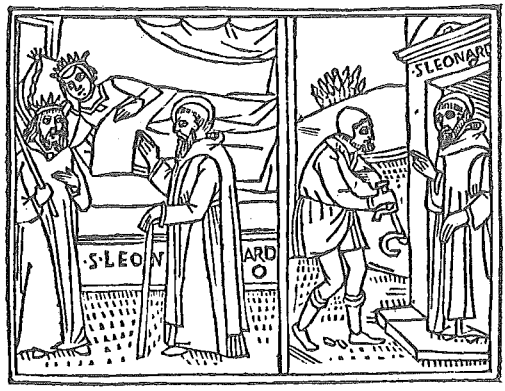
—Bautízame en el nombre de Cristo, que vino a visitarme, me tomó de la mano y me levantó.

Palmacio comunicó a Calixto lo ocurrido y Calixto bautizó a la mujer, a su marido, a Simplicio y a otros muchos más.

Enterado el emperador de estas conversaciones, ordenó que inmediatamente reuniesen a cuantos en aquella ocasión se habían bautizado y que los degollasen, mandó que encarcelasen a Calixto y que durante cinco días no le suministrasen ni la más mínima cantidad de comida o de bebida. Pasados los cinco días, como el santo, cuyo cuerpo no se había debilitado, permanecía firmísimo en la confesión de su fe, dispuso que diariamente lo azotaran. Algunas fechas después los verdugos, siguiendo órdenes de Alejandro, lanzaron a Calixto por una ventana al suelo, luego le ataron una enorme piedra al cuello, y lo arrojaron a un pozo. El presbítero Asterio sacó del fondo del pozo el cuerpo del santo y lo enterró en el cementerio de Calipodio.

Capítulo CLV

SAN LEONARDO



Leonardo, de *leos* (pueblo) y de *nardus* (nardo, planta aromática), significa *olor del pueblo;* olor del pueblo fue este santo, que con el aroma de su prestigio arrastró en pos de sí a las multitudes. Cabe la posibilidad de que la palabra Leonardo derive de *legens ardua* y que signifique *estudioso o emprendedor de cosas difíciles;* o que proceda sencillamente del vocablo *leo* (león); en ambos supuestos san Leonardo llevó este nombre merecidamente, puesto que durante su vida acometió y realizó arduas empresas, y en su persona se dieron las cuatro principales cualidades que posee el león, a saber: Primera. El león es fuerte; su fortaleza, dice Isidoro, reside sobre todo en su cabeza y en su pecho. También san Leonardo se caracterizó por la fortaleza de corazón, con la que refrenó los malos pensamientos; y por la de su cabeza, constante e incansablemente ocupada en la contemplación de las cosas celestiales. Segunda. El león es sagaz; porque es sagaz duerme con los ojos abiertos, y cuando huye borra las huellas que sus pisadas marcan en el suelo. Parecida sagacidad encontramos en san Leonardo, vigilante y precavido, como el león; vigilante mientras trabajaba activamente, y vigilante mientras descansaba, ya que su descanso consistía en la contemplación; y precavido, puesto que, como el león, procuró no dejar tras de sí a lo largo de su vida el menor rastro de afección hacia las cosas de este mundo. Tercera. El león es capaz de resucitar con sus potentes rugidos a sus cachorros; dícese que, si

éstos han nacido muertos, tres días después del parto ruge fuertemente junto a ellos y los resucita; y es capaz asímismo de paralizar con sus bramidos el movimiento de las demás fieras. San Leonardo resucitó a la vida de la gracia a muchas personas que estaban muertas por el pecado, y consiguió que quienes se comportaban como bestias dejaran de conducirse de ese modo y quedaran en lo sucesivo religados a la práctica de la virtud. Cuarta. El león, a pesar de su fiereza, es timorato; dos cosas hay que hacen temblar su corazón: el estrépito que pruducen las ruedas al girar, y el fuego. Algo parecido le ocurría a san Leonardo; no podía soportar sin temblor de su espíritu el fragor producido en el alma por las preocupaciones mundanas, y por eso huyó al desierto; ni el fuego de las ambiciones terrenas que arde en tantas conciencias; de ahí su enérgica repulsa a los bienes y riquezas que en diversas ocasiones le ofrecieron.

1. San Leonardo vivió hacia el año 500 de nuestra era. Se dice que fue bautizado, instruido en la verdades de la fe e iniciado en la práctica de la virtud por san Remigio, arzobispo de Reims. Sus padres, de muy noble alcurnia, desempeñaban funciones del más alto rango en la corte del rey de Francia. El propio Leonardo gozaba de tal privanza cerca del monarca, que éste ponía inmediatamente en libertad a los prisioneros por quienes el joven se interesaba. Se conducía tan virtuosa y santamente, que el soberano le obligó a vivir en palacio, cerca de su persona, para disfrutar permanentemente de su compañía hasta que fuese mayor y pudiese conferirle una mitra episcopal. Y, en efecto, cuando llegó ese momento el rey le ofreció diferentes obispados; pero Leonardo, que lo único que ambicionaba era retirarse del mundo y vivir en soledad, rechazó las ofertas del monarca, se puso de acuerdo con un hermano suyo llamado Lifardo, y cierto día los dos abandonaron la corte y cuantos bienes poseían, se marcharon a Orleans y comenzaron a ejercer el ministerio de la predicación. Poco después de esto ambos hermanos ingresaron en un monasterio y permanecieron en él durante algún tiempo; mas, como lo que en realidad querían era seguir cada uno de ellos sus respectivas vocaciones, renunciaron a la vida de comunidad, salieron de la abadía, se besaron, se despidieron y emprendieron diferentes caminos. Lifardo se dirigió hacia el río Loira, para vivir eremíticamente en una de sus orillas; Leonardo, movido por el Espíritu Santo, primeramente se marchó a Aquitania, en cuyas tierras reanudó el anterior oficio de predicador y obró numerosos milagros; pero después se refugió en un bosque que había en las inmediaciones de la ciudad de Limoges.

En la mencionada selva tenía el rey un castillo en el que solía alojarse durante sus cacerías por la región. En cierta ocasión ocurrió lo siguiente: con motivo de una de aquellas campañas de caza, hallábanse en el sudodicho castillo el monarca y la reina. Esta, aunque estaba preñada, no había querido separarse de él. Estando, pues, en el castillo con motivo de la montería, llególe a la señora la hora del parto; el alumbramiento se presentó rodeado de tantas dificultades, que la parturienta parecía que iba a morir de un momento a otro. El rey y la familia real lloraban a gritos. Leonardo, que andaba por el bosque y oyó desde lejos los clamores y lamentos, acercóse al castillo para enterarse de lo que ocurría y ofrecer su ayuda y consuelo a quienes tan aflictivamente gritaban. El rey le mandó pasar y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Un discípulo de san Remigio —respondióle Leonardo.

Suponiendo razonablemente el monarca que quien había tenido tan excelente maestro había de ser necesariamente persona muy instruida, lo condujo a la habitación de su esposa y le suplicó que pidiese a Dios estas dos gracias: que sacase a la reina con vida de aquel trance y que la criatura naciese sana y robusta. San Leonardo oró al Señor y al poco rato alcanzó de él las dos cosas que el rey deseaba. El monarca, agradecido, trató de recompensar al desconocido visitante con grandes cantidades de oro y de plata, pero Leonardo rehusó los obsequios, aconsejó al soberano que entregase a los pobres lo que a él quería darle, y añadió:

—Yo vivo desligado de las riquezas de este mundo; no tengo, pues, necesidad de estas cosas; pero si te empeñas en que acepte alguna recompensa, aceptaré gustosamente un trozo de este bosque para establecer en él mi residencia y consagrarme al servicio de Cristo.

Al oír esto, el rey quiso regalarle la selva entera. Leonardo, empero, manifestó:

—¡No, no; la selva entera no! Para lo que pretendo, me basta con la parte de ella que quede dentro del circuito que pueda recorrer durante una noche montado sobre mi borriquillo.

El rey accedió a esta proposición de muy buena gana.

En un determinado paraje el sector del bosque

que el monarca regaló a Leonardo, éste construyó un monasterio y en él vivió durante años con otros dos monjes que se le agregaron, entregado a la práctica de rigurosas penitencias. En atención a la nobleza del rey que le había donado generosamente aquellos terrenos, quiso que desde entonces y en adelante el monasterio y el lugar en que estaba edificado se llamasen *Nobiliaco.*

Para remediar los inconvenientes de la falta de agua —la más próxima quedaba a una milla de distancia—, los monjes hicieron un pozo, pero, por mucho que ahondaron en la tierra, el agua no surgía. Entonces san Leonardo oró al Señor, y al instante el agua empezó a manar y el pozo se llenó hasta arriba.

Su poder de hacer milagros era tan grande y notorio que los prisioneros comenzaron a encomendarse a él, y cuantos invocaban su nombre advertían que en seguida de hacerlo sus cadenas se quebraban repentinamente y podían salir de la cárcel sin que nadie se lo impidiese; por eso, en cuanto se veían en la calle, todos ellos se iban en busca del santo y le hacían entrega de sus grillos y quebradas ligaduras, y no pocos se quedaban para siempre en el monasterio, consagrados al servicio del Señor.

En el mismo monasterio ingresaron también, tras vender cuanto tenían y distribuir entre los pobres el dinero obtenido en la venta de sus bienes, todos los miembros varones de siete familias de muy elevada condición social emparentadas con la suya. Poco después hicieron lo mismo otros muchos individuos de la nobleza del país.

Finalmente, al cabo de una vida rica en virtudes, el santo varón Leonardo, un 6 de noviembre, fue a reunirse con su Señor.

En vista de los innumerables milagros que el siervo de Dios hacía después de muerto, y de la continua afluencia de gentes que acudían a visitar su sepultura, los monjes, divinamente inspirados, decidieron construir en un lugar más accesible una iglesia nueva mucho más amplia que la antigua y trasladar a ella el cuerpo del santo; pero antes de inciar las obras ellos y los habitantes de la región ayunaron y oraron durante tres días rogando a san Leonardo que tuviese a bien manifestar por medio de alguna señal suficientemente clara dónde quería que se alzase el nuevo templo. La señal se produjo, porque al día siguiente de terminar el triduo de rogativas toda la provincia quedó cubierta de una espesa capa de nieve a excepción de una parcela de tierra en la que no cayó copo alguno y se conservó completamente seca. De tan extraño fenómeno dedujeron monjes y pueblo que en aquella parcela en la que la nieve no había caído quería el santo que se construyese la nueva iglesia a la que había de traladarse su cuerpo.

La ingente cantidad de cadenas de hierro que a modo de exvotos penden ante su sepultura actual constituye un elocuente testimonio de los incontables milagros obrados por el Señor a través de su siervo, principalmente en materia de liberación de presos y cautivos.

2. El vizconde de Limoges mandó colocar, en uno de los machones exteriores que había a la entrada de su fortaleza, una enorme y pesadísima cadena para dar a entender a los malhechores que si cometían alguna fechoría serían amarrados a ella por el cuello. ¡Terrible amenaza! ¡Cualquiera que se viese obligado a permanecer a la intemperie, con el peso de tan descomuncal cadena encima, padecería las angustias no de una, sino de mil muertes! Pues bien; en cierta ocasión se aplicó semejante suplicio injustamente a un individuo que no había cometido delito alguno, el cual, cuando ya estaba a punto de expirar, tuvo el feliz acuerdo de reunir las escasas fuerzas que le quedaban, encomendarse con todas ellas a san Leonardo, de quien era muy devoto, y suplicarle con verdadero fervor que, puesto que había liberado a tantos prisioneros, le hiciese también a él la merced de sacarle de tan angustioso trance. Nada más terminar esta oración, apareciósele el santo vestido con una túnica blanca y le dijo: «No temas, no morirás; levántate del suelo en que estás postrado y lleva esa cadena a mi iglesia; yo iré delante de ti; no tienes más que seguirme». El prisionero se puso en pie, cargó la cadena sobre sus hombros, comenzó a caminar siguiendo a san Leonardo, y al poco rato se vio junto a la puerta del templo en que estaba enterrado el cuerpo del santo; en aquel preciso momento san Leonardo desapareció, el prisionero entró en la iglesia, y refirió a cuantos en ella estaban lo que acababa de sucederle. Aquel mismo día los monjes colgaron la pesadísima cadena ante la tumba del siervo de Dios.

3. Dentro del término denominado Nobiliaco por san Leonardo, vivía un hombre muy devoto del santo. En cierta ocasión este individuo fue secuestrado por un tirano, el cual, después de apoderarse de su víctima, comenzó a intranquilizarse por no saber cómo se las arreglaría para evitar que san

Leonardo liberara al secuestrado. Hablando consigo mismo se decía: «Este Leonardo tiene tal habilidad para libertar a los prisioneros que resulta inútil luchar contra él; cuanto trate de hacer en este sentido se derretirá como se derrite la cera ante el fuego; ¡Qué fracaso, el mío, si este hombre se me escapara!; porque pienso pedir por su rescate por lo menos mil monedas de oro; y si no se me escapa, estoy seguro de que me darán por él esa cantidad y aún más si más pido. Pero el problema está en reternelo en mi poder. Si lo ato, por mucho que lo ate más tardaré yo en dejarlo bien amarrado que san Leonardo en deshacer las ligaduras. Pero, se me ocurre una cosa; voy a mandar hacer una profundísima fosa en el sótano de mi castillo, y cuando la fosa esté hecha, encerraré en ella a mi secuestrado con sus pies metidos en cepos de hierro que le impidan toda clase de movimiento; luego colocaré sobre la boca de la fosa una muy grande arca de madera que ordenaré construir, con capacidad suficiente para que se escondan en su interior unos cuantos soldados bien armados, de manera que de día y de noche puedan permanecer de guardia y evitar que nadie se acerque a la entrada de la cueva. Ya sabemos que san Leonardo goza de especial fuerza para quebrar cadenas y romper hierros; pero no sabemos que tenga parecido poder para atravesar muros y llegar a fosas subterráneas». Todo esto pensó el tirano, y como lo pensó lo hizo. El secuestrado, en cuanto se vio dentro de la fosa, empezó a invocar a san Leonardo. Al llegar la noche del primer día de encierro, el santo se presentó en el sótano, apartó el arca colocada sobre el agujero por el que se descendía a la fosa, la puso boca abajo, con lo cual los soldados que estaban dentro de ella no podían salir, pues quedaban tan encerrados en su interior como los muertos en sus tumbas; seguidamente penetró en la profunda cueva cuyas tinieblas iluminó con la claridad de la vivísima luz que envolvía su propio cuerpo, se acercó a su devoto, lo tomó de la mano y le preguntó: «¿Estás dormido, o despierto? Soy tu amigo Leonardo». El prisionero, lleno de admiración, exclamó: «¡Oh señor mío, ayúdame!». Inmediatamente san Leonardo quebró las cadenas y cepos que sujetaban a su devoto, lo cargó sobre sus brazos, lo sacó de la fosa, del sótano y del castillo, lo puso en la calle y, caminando amigablemente con él, lo acompañó hasta la puerta de su domicilio.

4. Al pasar por tierras de Auvernia de regreso hacia su casa, cierto peregrino que venía de visitar el sepulcro de san Leonardo, fue capturado y encerrado en el sótano de una torre por unos bandoleros. El prisionero suplicó insistentemente a sus guardianes que por amor a san Leonardo lo dejaran marchar, alegando que él jamás los había ofendido en nada. Sus súplicas caían en el vacío porque los centinelas le respondían invariablemente:

—Si quieres que te soltemos tienes que darnos una cuantiosa suma de dinero.

Cansado de suplicar en vano, el peregrino resignadamente les dijo:

Está bien; dejemos este asunto en manos de san Leonardo; estoy seguro de que él acudirá en mi ayuda.

Al llegar la noche de aquel día, san Leonardo se apareció al dueño de la torre y le mandó que dejara en libertad al hombre que tenía secuestrado. A la mañana siguiente el dueño de la torre despertó, recordó perfectamente la visión que había tenido, pero, pensando que se había tratado meramente de un sueño, no dio la menor importancia a lo que creía haber soñado. Durante la siguiente noche nuevamente el santo se apareció al dueño de la torre y le reiteró la orden de que dejara en libertad al prisionero; como no hiciera el menor caso de este segundo aviso, al llegar la noche tercera san Leonardo sacó del sótano al peregrino, lo llevó lejos del pueblo y al poco rato la torre se desmoronó, derrumbóse también la mitad del castillo y quedaron muertos y sepultados bajo los escombros todos los bandoleros a excepción de su capitán, que era precisamente el dueño de la fortaleza; éste salvó su vida, pero no sus dos piernas, que las perdió definitivamente para que a través de semejante quebranto reconociera que había sido castigado por su mal proceder.

5. Un soldado que se hallaba preso en una cárcel de Bretaña invocó a san Leonardo y le pidió que viniera en su ayuda. El santo acudió inmediatamente a la llamada, se presentó en la prisión y, a la vista de los demás encarcelados, que por cierto inmediatamente lo reconocieron y contemplaron estupefactos todo lo que hizo, se acercó a su devoto, lo desató, le ordenó que cargara con las cadenas, lo tomó de la mano y lo sacó de la cárcel pasando por delante de los carceleros y de los centinelas, quienes, pasmados de lo que estaban viendo, no hicieron el menor ademán para impedir la liberación del prisionero.

6. Hubo otro san Leonardo de vida y virtudes muy semejantes a las de éste de quien acabamos de hablar. El cuerpo de este segundo san Leonardo está sepultado en Corbigny. También él fue superior de un monasterio, y ejerció su oficio con tanta humildad que se consideraba inferior a los demás monjes de su comunidad. La gente acudía constantemente a él en demanda de consejos y ayudas. Esto excitó la animadversación del algunas personas, quienes, movidas por la envidia, persuadieron al rey Clotario de que debía de tomar urgentemente medidas contra el abad y contra las multitudes que le visitaban y aclamaban, diciéndole que tanto él como sus entusiastas admiradores, so capa de religiosidad, estaban tramando algo que acarrearía graves perjuicios a Francia. El rey, demasiado crédulo, decidió desterrar a Leonardo y envió al monasterio a un grupo de soldados para que lo prendieran y lo condujeran al destierro. Cuando los soldados fueron a detener al abad, éste les habló de tal manera, que todos ellos, profundamente conmovidos, no sólo no lo prendieron sino que se quedaron a vivir con él en calidad de monjes y de discípulos suyos. Cuando el rey se enteró de lo ocurrido cayó en la cuenta de que se había dejado engañar por un grupo de intrigantes, se arrepintió de haber intentando proceder contra el santo abad, acudió a visitarle, le rogó que lo perdonara y que le concediese su amistad, se convirtió en devoto admirador suyo, y castigó a los detractores privándolos de sus oficios y confiscando sus bienes; aunque, posteriormente, a instancias precisamente del virtuoso monje, los perdonó, les devolvió sus haciendas y los repuso en sus cargos.

También este santo, lo mismo que su homónimo, pidió al Señor y obtuvo de El la gracia de poder liberar de sus cadenas y prisiones a todos los encarcelados que invocasen su nombre y demandasen su protección.

Cierto día, estando en oración, vio de pronto como una enorme serpiente se enroscaba a su cuerpo, desde los pies hasta el pecho; pero no por eso interrumpió su tarea, sino que continuó orando, y cuando terminó dijo a la bestia: «Sé que desde el momento en que fuiste creada no has hecho otra cosa más que tentar a los hombres con todas tus fuerzas. Si quien puede hacerlo te ha concedido alguna potestad sobre mí, ejercítala y dame el castigo que merezco». No bien hubo dicho esto, la serpiente empezó a desenroscarse suavemente y a deslizarse sobre el hábito del religioso, descendiendo desde el pecho hasta los pies, y en cuanto llegó al suelo quedóse repentinamente muerta delante de él.

Poco después de este episodio intervino en un conflicto que entre sí tenían dos obispos, y logró que se reconciliaran; concluida esta obra de pacificación, al despedirse de ellos les dijo:

—Mañana moriré.

Así fue, en efecto, al día siguiente el santo abad murió. Su fallecimiento ocurrió hacia el año 570.

Capítulo CLVI

SAN LUCAS, EVANGELISTA

La palabra Lucas, derivada probablemente de *lux* (luz), significa erigirse, elevarse. Este santo se alzó sobre el amor del mundo y se elevó hasta alcanzar el amor de Dios. *«Vosotros sois la luz del mundo»* (Mat., 5). Luz del mundo fue él, puesto que al mundo entero iluminó con la claridad de su evangelio. Cuando hablamos de la luz del mundo, normalmente nos referimos a la luz del sol. La luz del sol tiene las siguientes propiedades: a) Procede de un lugar muy elevado: *«El sol, magnífica y admirable criatura, obra del Altísimo, sale por oriente y desde las alturas del firmamento envía su luz y su calor al mundo»* (Eclesiástico, 43). b) Es agradable a la vista: *«¡Cuán dulce es la luz del sol! ¡Los ojos se deleitan contemplando sus resplandores!»* (Eclesiástico, 11). c) Avanza a gran velocidad: *«La tierra es grande; el cielo está muy alto; por él discurre el sol con inmensa rapidez»*. (II de Esdras, 4). d) Produce muy útiles efectos: «El sol engendra la luz como el hombre engendra al hombre», dice a este propósito el filósofo. Parecidas propiedades hallamos en la persona de san Lucas; este evangelista, entregado a la contemplación de la cosas divinas, permaneció, como el sol, en las alturas del cielo, fue

agradable en su trato, veloz en su fervorosa predicación y sumamente útil por la doctrina que nos transmitió.

1. Lucas, natural de Antioquía, sirio de origen, médico de oficio, fue, en opinión de ciertos autores, uno de los setenta y dos discípulos del Señor. San Jerónimo, sin embargo, dice que no fue discípulo directo de Cristo, sino de los apóstoles. Eso mismo parece deducirse de la Glosa al capítulo 25 del Exodo, en donde se lee que no asistió a las predicaciones del Maestro sino que se convirtió a la fe después de la resurrección de Jesús. La autoridad de estos testimonios nos mueve a dar por cierto que, pese a lo que algunos digan, san Lucas no perteneció al grupo de los setenta y dos discípulos de Jesucristo.

La vida de este santo, después de su conversión, fue perfectísima, puesto que a lo largo de ella se dedicó al cumplimiento escrupuloso de sus deberes para con Dios, para con el prójimo, para consigo mismo y de las obligaciones inherentes a su ministerio. Por la exquisita fidelidad con que desempeñó estos cuatro géneros de deberes, represéntasele con estas cuatro caras: con la de hombre, con la de león, con la de buey y con la de águila. Ezequiel, en el capítulo primero de su libro, dice que cada uno de estos animales tenía cuatro caras y cuatro alas. Para mejor comprender la afirmación de este profeta, elijamos a uno cualquiera de esos cuatro animales, imaginemos que su cabeza fuese cuadrada, a la manera de un cajón, y que en cada uno de los cuatro lados del imaginado cajón presentase una faz diferente, de este modo: en el delantero, faz de hombre; en el derecho, faz de león; en el izquierdo, faz de buey; y en el posterior, faz de águila. En el mencionado texto de Ezequiel leemos que la faz de águila se destacaba más que las otras, cosa natural, puesto que las águilas tienen el cuello largo y al estirarlo producen la impresión de que su rostro queda más separado del tronco del cuerpo que en los demás animales. También comprenderemos más fácilmente la otra afirmación del profeta, es decir, la de que los cuatro animales tenían cada uno de ellos cuatro alas, si nos imaginamos que sus cuerpos eran cuadrados, con cuatro ángulos o esquinas en cada uno de ellos, como sucede en todos los cuadriláteros y con su correspondiente ala en cada una de sus esquinas.

A juicio de los intérpretes sagrados, los cuatro animales que vio Ezequiel representaban a los cuatro evangelistas, de cada uno de los cuales puede decirse que tuvo cuatro caras, puesto que los cuatro escribieron sobre estos cuatro temas: la humanidad, la pasión, la resurrección y la divinidad del Señor. Sin embargo, y con cierto fundamento, a cada uno de ellos atribuímos una de esas caras en concreto. Veamos lo que a este respecto dice san Jerónimo: La cara de hombre simbolizaba a Mateo, porque este evangelista en su evangelio destacó más que los otros lo concerniente a la humanidad de Jesús; la del buey representaba a Lucas que fue el que con mayor relevancia expuso el carácter sacerdotal de Cristo; a Marcos, que describió con más detalles que los otros lo relativo a la resurrección del Señor, atribuimos la cara de león por dos razones: porque los leones, según se dice, despiertan y sacan de su letargo con sus rugidos a sus cachorros, que nacen generalmente aletargados y permanecen durante tres días como muertos, al cabo de los cuales merced a los bramidos de sus padres parece como si resucitaran y comenzaran propiamente a vivir, y porque este evangelista inició su relato presentándonos a Juan Bautista conmoviendo a los pecadores con los rugidos de su predicación; el águila, finalmente, por volar a mayor altura que las demás aves, simboliza apropiadamente al evangelista Juan, que con especial elevación escribió sobre la divinidad de Cristo.

Cabe también pensar que los cuatro animales vistos por Ezequiel representaran al propio Jesucristo, protagonista de los relatos evangélicos, puesto que el simbolismo de las cuatro caras es perfectamente aplicable a Él; la cara de hombre significaría su condición de hombre verdadero, nacido de una virgen; la de buey, su misión de místico novillo destinado a ser sacrificado en su Pasión; con la de león se trataría de darnos a entender que por sí mismo recuperaría la vida en su Resurrección; y con la de águila, que se remontaría hasta el cielo en su Ascensión.

A través de estas cuatro caras, aplicables de suyo indistintamente a cada uno de los cuatro evangelistas, se pone de manifiesto la fidelidad con que san Lucas cumplió los cuatro géneros de deberes a que anteriormente nos hemos referido como el ser humano, aunque animal, es por naturaleza criatura racional, mansa y generosa, la cara de hombre representaba el correcto comportamiento que observó con el prójimo, al que instruyó con razonamientos, cautivó con su mansedumbre y animó con su generosidad; el rostro de águila simbolizó la rectitud de su conducta para con

Dios; san Lucas, en permanente contemplación de las cosas divinas, mirando constantemente hacia el Señor con los ojos de su entendimiento, afilando sin cesar en sus meditaciones el pico del amor que a Dios profesaba, y despojándose continuamente, mediante permanentes renovaciones, de las características del hombre viejo, imitó al águila, capaz de mirar con su vista poderosa al sol de hito en hito sin que la reverberación de la luz la obligue cerrar sus ojos, y de ver desde elevadísimas alturas incluso a los pececillos que nadan bajo las aguas del mar; tiene esta ave el pico corvo y, para mantenerlo bien afilado y apto para capturar y devorar sus presas, lo frota de vez en cuando contra las piedras; y, cuando el sol, con sus ardores, reseca sus alas, debilita la visión de sus ojos y fatiga sus músculos, se lanza impetuosamente sobre la superficie de las aguas y de ese modo se refresca, se alivia, se despoja de las plumas viejas y sale del baño remozada. La cara de león representó adecuadamente en este evangelista el cumplimiento de sus deberes para consigo mismo, porque san Lucas fue generoso, honesto de costumbres en su vida privada, prudente, hábil para sortear las asechanzas de los enemigos, y compasivo de las aflicciones ajenas; estas cualidades se dan también en el león, pues, a pesar de ser el rey de los animales, es generoso y liberal, prudente y astuto, paciente y sufrido; tan prudente, que cuando le persiguen y se ve precisado a huir, para que sus perseguidores no puedan seguir su rastro, va borrando con su cola las huellas que en el suelo dejan sus pisadas; y tan paciente, que está acostumbrado a vivir en continuo sufrimiento, pues suele adolecer de fiebres cuartanas. La cara de buey constituye un símbolo altamente expresivo de la corrección con que desempeñó su ministerio, que consistió principalmente en escribir el evangelio; san Lucas, en el desempeño de esta misión, procedió con minuciosidad y con discreción; con minuciosidad, relatando en primer lugar lo concerniente a la natividad del precursor, describiendo a continuación las circunstancias relativas al nacimiento e infancia de Cristo, narrando después poco a poco, sin omitir detalles, la vida del Salvador desde el principio hasta el final; con discreción, pruébase esto con el hecho de que no redactó su escrito hasta después que otros dos evangelistas hubieron publicado los suyos; adoptó esta precaución con el sano criterio de omitir en su relato lo que estuviera suficientemente declarado en los otros evangelios, y consignar lo que en estos habíase omitido o precisase de mayores esclarecimientos; por eso él, lo mismo al comienzo, que en el medio, que al final de su exposición, insistió una y otra vez en cuestiones relacionadas con el templo y con el sacrificio; decimos que su comportamiento estuvo muy expresivamente simbolizado por la cara del buey, porque el buey es un animal de pezuñas hendidas que camina lentamente, y desde muy antiguo fue preferido por los inmoladores para ofrecerlo como víctima en los sacrificios.

Para formarnos una idea más exacta de la fidelidad con que este evangelista cumplió esos cuatro géneros de deberes, vamos seguidamente a comentarlos uno por uno, y a mostrar como los desempeñó a lo largo de su vida.

I. Deberes para con Dios.

El hombre tiene obligación de dirigir todos sus actos hacia Dios, según san Bernardo, de estas tres maneras: a través del afecto, del pensamiento y de la intención; de modo que sus afectos sean santos, sus pensamientos puros y sus intenciones rectas. Pues bien; de esa triple manera ordenó san Lucas todos sus actos hacia Dios: a través de su afecto, o sea de su amor, que fue necesariamente santo porque procedía del divino Espíritu que habitaba en su alma y era precisamente quien encendía en su corazón el fuego de ese amor. «Lleno del Espíritu Santo murió Lucas en Bitinia», asegura san Jerónimo en el prólogo de su comentario al evangelio de este evangelista. A través de sus pensamientos, que fueron puros; infiérese esto claramente del hecho de que conservó la virginidad de su cuerpo y de su alma a lo largo de toda su existencia. A través de sus intenciones, que fueron siempre rectas, puesto que en todas sus obras buscó por encima de todo agradar y glorificar al Señor. San Jerónimo, en el prólogo de su comentario al libro de los *Hechos de los Apóstoles,* en relación con la pureza de los pensamientos de san Lucas dice que «permaneció virgen y sin pecado alguno»; y en cuanto a la rectitud de sus intenciones afirma que «prefirió servir al Señor y se dedicó por completo a honrarle».

II. Deberes para con el prójimo:

Nos conducimos correctamente con el prójimo cuando le damos lo que le debemos; y adviértase que, según Ricardo de san Víctor, le debemos estas tres cosas: nuestro poder, nuestro saber y nuestro querer. Yo diría que le debemos también nuestro obrar. Para comportarnos, pues, conve-

nientemente con él, tenemos que darle nuestro poder, socorriéndole con nuestra ayuda; nuestro saber, asistiéndole con buenos consejos; nuestro querer, deseándole lo mejor; y nuestro obrar, prestándole nuestra colaboración. Veamos ahora cómo san Lucas efectivamente, dio al prójimo cuanto le debía de las cuatro maneras mencionadas:

a) Dióle su poder socorriéndole con su ayuda. De ese modo socorrió y prestó su apoyo a Pablo, consolándole en sus tribulaciones, permaneciendo a su lado sin abandonarle y colaborando con él en el ministerio de la predicación. Con razón, pues, Pablo, en el capítulo cuarto de la segunda carta a Timoteo, hizo esta afirmación: *«Sólo Lucas está conmigo»*. Con las palabras «está conmigo», intentó dar a entender no sólo que estaba de su parte y le ayudaba y defendía, sino también lo mucho que para él significaba semejante apoyo. Mediante la expresión «sólo Lucas», el Apóstol subraya la importancia que para él tenía aquella fiel y constante adhesión del evangelista a su persona en semejantes circunstancias. En el capítulo octavo de la segunda carta a los Corintios, san Pablo insiste en reconocer la ayuda que Lucas le proporcionó, cuando dice: *«Y no sólo esto, sino que también fue elegido por las iglesias para compañero nuestro de ministerio en esta obra de caridad, etc.»*.

b) Dio al prójimo su saber y sus consejos. Dióle su saber, escribiendo, para serle útil, todo cuanto había podido averiguar acerca de la doctrina del Señor y de los apóstoles, como él mismo advierte en la introducción de su evangelio: *«Aunque ya muchos han intentado escribir la historia de lo sucedido entre nosotros... también yo, después de haberme informado exactamente de todo desde sus mismos orígenes, he creído conveniente escribir esa historia ordenadamente a fin de que conozcas, ¡oh mi buen Teófilo!, la solidez de la doctrina que has recibido»*. Pero además de su saber, dio también al prójimo sus consejos, calificados por san Jerónimo, en el prólogo de su comentario al evangelio de este evangelista, de auténticas medicinas para las almas enfermas.

c) Dióle su querer deseándole lo mejor, puesto que le deseó la salvación eterna. Esto lo certificó san Pablo al final del capítulo cuarto de su carta a los Colosenses, pues, al decir en ella *«os saluda Lucas, el médico amado»*, con la expresión «os saluda», declaró: Lucas, el médico amado os desea la verdadera y completa salud que consiste en la eterna salvación.

d) Dióle su obrar, proporcionándole su colaboración, como cuando, por ejemplo, hospedó en su casa al Señor creyendo que se trataba de un caminante cualquiera, y le dispensó toda clase de caritativas atenciones; porque, en opinión de ciertos autores, según Gregorio en sus *Morales*, el que iba con Cleofás de Jerusalén a Emaús y hospedó en su casa a Cristo era Lucas, aunque Ambrosio piensa que el compañero de Cleofás no fue Lucas, sino otro individuo cuyo nombre no cita.

III. Deberes para consigo mismo.

Para que alguien se comporte debidamente consigo mismo, y mediante tal comportamiento se santifique, se requiren, a juicio de san Bernardo, estas tres cosas: que viva con sobriedad, que obre conforme a justicia, y que albergue en su ánimo piadosos sentimientos. Mas, cada una de estas tres cosas, a su vez, en opinión del mencionado san Bernardo, implica otras tres; porque para vivir con sobriedad, es menester vivir con continencia, con disciplina y con humildad; para obrar conforme a justicia, es preciso que los propios actos sean rectos, discretos y fructuosos; los actos serán rectos si son ejecutados con buena intención; serán discretos, si son moderados; y serán fructuosos, si de ellos se sigue edificación para los demás; finalmente, para que los sentimientos de una persona sean auténticamente piadosos, es imprescindible que su alma tenga fe viva en Dios, entendido no de cualquier manera, sino como ser sumamente poderoso, sumamente sabio y sumamente bueno; porque sólo quien entiende a Dios de este modo vivirá persuadido de que la divina omnipotencia pueda fortalecer su propia debilidad, la divina sabiduría enmendar los yerros de la propia ignorancia, y la divina bondad remediar las propias iniquidades.

Con arreglo a esta doctrina de san Bernardo podemos demostrar que el comportamiento de san Lucas consigo mismo fue perfecto. Podemos demostrarlo, digo, y lo hacemos de la siguiente manera:

Primero. Vivió con sobriedad, puesto que vivió con continencia, con disciplina y con humildad. Vayamos por partes: a) Vivió con continencia. Hablando de este evangelista, san Jerónimo, en el prólogo del comentario a su evangelio, asegura que no tuvo ni mujer ni hijos. b) Vivió con disciplina. El propio san Lucas, en el último capítulo de su relato evangélico, nos dice que *«dos de los discípulos de Jesús iban aquel día de camino hacia Emaús»*, y, como ya hemos indicado anteriormente, uno de

esos dos discípulos, el que acompañaba a Cleofás, en opinión de varios intérpretes, era precisamente él; ahora bien, de esas palabras suyas que acabamos de citar se infiere, sin lugar a dudas, que era sociable y disciplinado. Su sociabilidad está afirmada en el mencionado texto por medio de la expresión «dos... iban de camino hacia Emaús»; de tal expresión se deduce que iban los dos en amigable compañía. Su condición de disciplinado dásenos claramente a entender en el citado pasaje al afirmarse expresamente que ambos caminantes eran *discípulos* de Jesús; no olvidemos que discípulo significa disciplinado, ni que disciplinado es lo mismo que bien formado o morigerado; ni olvidemos tampoco que hombre morigerado es igual que hombre de buenas costumbres. c) Vivió con humildad. Cierto; y con humildad tanta, que en el texto mencionado, al referirse a sí mismo, en lugar de consignar su propio nombre utilizó la modesta expresión de «un compañero de Cleofás», destacando a éste y permaneciendo él en el anonimato. Quienes suponen que fue él realmente el caminante que acompañaba a Cleofás, suponen también que se abstuvo de mencionar su propio nombre por humildad.

Segundo. Obró conforme a justicia, puesto que sus actos fueron justos, es decir, ejecutados con rectitud de intención, con discreción y con provecho para los demás. a) Con rectitud de intención. Así se colige de la oración de su oficio litúrgico en la que se dice: «Por el amor de tu nombre, Señor, llevó constantemente sobre su cuerpo la mortificación de la Cruz, etc.». b) Con discreción, o sea, con moderación y ponderación. Precisamente por eso este evangelista, en las imágenes con que es representado, lleva a su lado, como símbolo, la figura de un buey, animal de pezuñas hendidas, que camina pausadamente y es generalmente utilizado como prototipo de la moderación. c) Con provecho y edificación para los demás: Sus actos redundaban de tal manera en beneficio del prójimo, que todos le querían. En el capítulo cuarto de su carta a los Colosenses, san Pablo lo llamó *amadísimo: «Os saluda»* dice el Apóstol, *«Lucas, el médico amadísimo»*.

Tercero. Sus sentimientos fueron piadosos. En el evangelio que escribió dejó constancia de su fe en Dios, entendido por él como ser sumamente poderoso, sumamente sabio y sumamente bueno. Del poder divino y de la divina sabiduría del Señor dijo en el capítulo cuarto de su relato evangélico: *«El pueblo quedaba estupefacto ante el poder de Jesús y ante la sabiduría de su doctrina»*. En cuanto a la suma bondad, en el capítulo 18 consignó estas palabras de Cristo: *«Nadie es bueno sino sólo Dios»*.

IV. Exito en el desempeno del propio oficio.

La misión específica de san Lucas consistió en escribir el evangelio, y la llevó a cabo con indiscutible éxito, puesto que todo cuanto dice en su relato se basa en la verdad, contiene enseñanzas muy provechosas, está expuesto con gran belleza, y avalado por múltiples testimonios de innegable autoridad. Probemos por partes esta afirmación:

Primero. *Se basa en la verdad:*

Hay tres clases de verdad: la de la vida, la de la justicia y la de la doctrina. La verdad en la vida consiste en la adecuación entre la mano y la lengua, o sea, entre las obras y la ley. La verdad en la justicia se produce cuando existe equidad entre la sentencia dictada por un juez y la causa que ha juzgado. La verdad en la doctrina se da cuando el entendimiento cognoscente capta adecuadamente la realidad del objeto conocido.

Al decir que el relato de Lucas se basa en la verdad, pretendemos dar a entender, no sólo que cuanto en él se refiere es verdadero, sino también y principalmente estas dos cosas: que en su narración nos demuestra que Cristo practicó las tres clases de verdad a que acabamos de aludir, y que enseñó a practicarlas a los demás. Prueba que Cristo practicó las tres clases de verdad, reproduciendo en el capítulo 20 de su evangelio las siguientes declaraciones que ante Jesús hicieron sus propios adversarios: *«Maestro»* dijéronle éstos en cierta ocasión, *«sabemos que hablas y enseñas con rectitud,* (con lo cual reconocieron la verdad de su doctrina); *sabemos que para ti no hay acepción de personas;* (esto equivale a afirmar que practicaba la verdad de la justicia); *sabemos que nos indicas el verdadero camino para ir hacia Dios»;* mediante estas últimas palabras sus mismos enemigos confesaron que practicaba la verdad de la vida, puesto que la vida verdadera consiste en caminar por la senda que conduce hacia el Señor. Que Cristo, además de practicar personalmente las tres clases de verdad, enseñó a los demás a practicarlas, lo prueba este evangelista de la siguiente manera: a) En cuanto a la verdad de la vida. Advirtiendo a todos que la vida verdadera consiste en la observancia de los mandamientos divinos: *«Ama al Señor tu Dios,* etc; *haz esto y vivirás»* (Luc., 10). *«Acercósele un hombre importante y le preguntó: ¡Buen maestro! ¿Qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le respondió: Ya conoces los*

mandamientos; No matarás, etc.». (Luc. 18). b) En cuanto a la verdad de la doctrina. A algunos que pervertían el sentido de la ley divina les dijo: «*¡Ay de vosotros, fariseos, que predicáis y exigís que se pague el diezmo de la menta, de la ruda y de otras hierbas insignificantes, y no hacéis el menor caso de la justicia, del amor a Dios!...* etc.». «*¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habéis apoderado de la llaves de la ciencia y ni entráis en su recinto ni dejáis entrar a los demás!...* etc.». (Luc., 11). c) En cuanto a la verdad de la justicia: «*Dad al césar lo que es del césar y a Dios lo que es de Dios*» (Luc., 20). «*Traed acá a esos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos y degolladlos delante de mí*» (Luc., 19). Hablando del juicio final y de la sentencia que recaerá sobre los réprobos, anunció el Señor que dicha sentencia sería de este tenor: «*Apartaos de mí, obradores de iniquidades, etc.*». (Luc., 13).

Segundo. *Contiene enseñanzas muy provechosas.*

Del mero hecho de que Lucas fuese médico de profesión podemos inferir con suficiente fundamento que cuanto en su evangelio escribió constituya para nosotros eficaz medicina.

Tres clases hay de medicamentos: unos son curativos, otros preventivos y otros mejorativos. En su relato evangélico san Lucas nos muestra cómo el Señor, médico celestial, nos receta medicinas de las tres clases: a) Medicinas curativas para librarnos de las enfermedades ya contraídas; a este tipo de medicamentos pertenece la penitencia, eficaz remedio para que nos liberemos de los males del espíritu. En varios pasajes de su evangelio este evangelista nos da a entender que Cristo, celestial médico de las almas, en múltiples ocasiones nos prescribió el empleo de este género de medicinas: «*He venido a sanar a los contritos de corazón y a procurar la redención de quienes se hallan cautivos de sus propios pecados*» (Luc., 4). «*No he venido en busca de los justos,* etc.» (Luc., 5). b) Medicinas mejorativas para consolidar la salud y aumentarla; a este género de espirituales medicamentos pertenece la observancia de los consejos evangélicos, aptos de suyo para robustecer las fuerzas del alma y hacer al hombre más perfecto. Que el médico celestial recetó estos remedios en repetidas ocasiones, lo dice san Lucas en varios pasajes de su evangelio: «*Vende cuanto tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en los cielos*» (18); «*a quien te tome el manto no le impidas que te quite tu túnica*» (6). c) Medicinas preventivas; a este género pertenecen todos aquellos remedios precautorios que nos preservan de caer en el mal. A este tipo de medicamentos corresponden en el orden moral la huida de las ocasiones de pecar, la evitación de las malas compañías y cosas por el estilo. En el capítulo 12 de su evangelio san Lucas nos presenta al médico celestial recetando esta clase de medicinas mediante estas palabras: «*Guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía,* etc.», En esta ocasión el Señor nos advirtió a todos que seamos cautos y nos alejemos de quienes puedan ejercer influencias nocivas sobre nosotros.

A lo dicho anteriormente podemos añadir que el evangelio de san Lucas es sumamente provechoso por abundar en él exhortaciones a la virtud y estar lleno de sapientísimas enseñanzas. A propósito de esto escribe san Ambrosio: «El evangelio de Lucas contiene lecciones de todo género: naturales, morales, racionales. Lecciones naturales: al referir el hecho de la Encarnación del Señor y subrayar que se había producido por obra del Espíritu Santo, aprovechó la ocasión para decirnos algunas cosas relacionadas con la generación, imitando en esto a David, quien, al tratar de la adquisición de la ciencia natural, hizo a Dios esta petición: *envía tu Espíritu y todo quedará claro;* igualmente, al narrar la muerte de Cristo, expuso de manera magistral una serie de fenómenos que mientras Cristo agonizaba ocurrieron en la naturaleza, como tinieblas, temblores de tierra, ocultación del sol... Lecciones morales: al transcribirnos el sermón de las Bienaventuranzas nos dio a conocer las reglas a que debemos ajustar nuestra vida. Lecciones racionales, como por ejemplo la siguiente: *El que es fiel en cuestiones de escasa importancia lo es también en las relevantes.* Tales enseñanzas no son superfluas; esta triple sabiduría, natural, moral y racional es de tal modo necesaria, que, sin ella, es decir, sin la existencia de esas verdades naturales, morales y racionales, no existirían ni la fe ni el misterio de la Santísima Trinidad». Hasta aquí san Ambrosio.

Tercero. *Está expuesto con gran belleza.*

En efecto, el evangelio de san Lucas, desde el punto de vista literario, está escrito con estilo hermoso y galano.

En opinión de san Agustín, para que una obra, literariamente hablando, pueda ser calificada de bella, es menester que en ella se den estas tres condiciones: que agrade, que instruya y que conmueva al lector; para que agrade, es preciso que esté redactada con galanura; para que instruya, se requiere que lo que en ella se dice esté expuesto con diáfana claridad; para que conmueva, es impres-

cindible que el autor se exprese con convencimiento y fervor.

Pues bien; estas tres condiciones se dan en el evangelio de san Lucas y se dieron en sus predicaciones. A las dos primeras alude san Pablo en el capítulo octavo de su segunda carta a los Corintios con estas palabras: «*Con él* (con Tito), *enviamos a otro hermano cuyo elogio en la predicación del Evangelio está difundido por todas las iglesias*». La Glosa comenta que el hermano enviado con Tito, era, o Bernabé, o Lucas. El apóstol, al decir que ese hermano gozaba de prestigio y era alabado por todas las iglesias, nos da a entender que su celebridad y las alabanzas que la gente le tributaba obedecían a la elegancia y elocuencia con que exponía la doctrina que predicaba; y a través de la frase, *por todas las iglesias,* trata de significar que el predicador a que se refería se expresaba con tal claridad, que todos comprendían sus enseñanzas. En cuanto a la tercera condición, o sea, en cuanto a la cualidad de que exponía la doctrina con convencimiento y fervor, no cabe la menor duda de que, cuando Lucas hablaba o escribía, su alma estaba convertida en una especie de horno de lumbre viva, puesto que él mismo de alguna manera lo declara en la narración del episodio de Emaús por medio de este comentario: «*¿No ardían nuestros corazones dentro de nuestros pechos mientras por el camino nos hablaba y nos declaraba el sentido de las Escrituras?*».

Cuarto. *Avalado por multitud de testimonios de innegable autoridad.*

Así es, efectivamente, todo cuanto Lucas cuenta en su evangelio está garantizado por testigos máximamente autorizados. Veámoslo.

a) Está garantizado por Dios Padre; Dios Padre fue quien determinó que el evangelio se escribiera, como se deduce del siguiente pasaje profético: «*Dice el Señor: Vendrán días en que haré una alianza nueva con la casa de Israel y con la casa de Judá; esta alianza no será como la que establecí con sus padres cuando los tomé de la mano y los saqué de la tierra de Egipto... La alianza que haré con la casa de Israel cuando lleguen esos otros días, será de este tenor: pondré mi ley en ellos y la escribiré en sus corazones,* etc.» (Jeremías, 31). En el anterior pasaje se alude literalmente a la doctrina evangélica.

b) Está garantizado por Dios Hijo, puesto que el Dios Hijo dijo en cierta ocasión: «*Pasarán el cielo y la tierra, mas mis palabras no pasarán*». (Luc., 21).

c) Está garantizado por Dios Espíritu Santo; bajo su inspiración se escribió el Evangelio. En el prólogo a su comentario sobre el evangelio de san Lucas dice san Jerónimo: «Movido por el Espíritu Santo compuso Lucas su evangelio en tierras de Acaia».

d) Está garantizado por los ángeles, y concretamente por aquél del que habla Juan en el capítulo 14 del Apocalipsis, que fue uno de los que anunciaron que el Evangelio sería escrito: «*Vi un ángel de Dios volando por las alturas del cielo, llevando en sus manos el Evangelio eterno*». Llámase aquí eterno al Evangelio por cuatro razones: porque tiene su origen en Cristo, que es eterno por naturaleza; porque en él se habla de cosas eternas; porque las enseñanzas que contiene conducen a la vida eterna a quien las practica, y porque la verdades que en él se anuncian, verdades son en este tiempo y verdades serán eternamente.

e) Está garantizado por los profetas, que lo vaticinaron; y especialmente por Ezequiel, quien reiteradamente profetizó que este evangelio sería escrito; profetizólo primeramente cuando dijo que uno de los animales contemplados por él en su visión tenía cara de buey; y el buey de su visión, como anteriormente hemos comentado, simbolizaba al evangelio de san Lucas; y lo profetizó también en el capítulo segundo de sus profecías, al manifestar que había visto un libro escrito por dentro y por fuera en el que se contenían lamentos, cánticos y ayes. Este libro visto por Ezequiel fue sin la menor duda el evangelio de Lucas, del que puede decirse que está escrito por dentro, por la profundidad de los misterios que en él se refieren; que está escrito por fuera, por la claridad con que esos misterios están narrados; que contiene lamentos, cánticos y ayes, porque, en efecto, contiene la gran lamentación de la Pasión, el cántico de la Resurrección, y los ayes de la eterna condenación; en cuanto a este último cualquiera que lea el capítulo 11, comprobará que muchos de sus versículos comienzan por estas palabras imprecatorias: *¡Ay de vosotros!*

f) Está garantizado por la Bienaventurada Virgen María, de la que el propio san Lucas dice en el capítulo segundo que conservaba en su corazón y meditaba atentamente todas las cosas que a ella y a su Hijo les sucedieron. La Glosa, comentando este pasaje, añade: «La Virgen conoció cuanto el Señor hizo y dijo, y conservó fielmente en su memoria todos estos conocimientos para informar posteriormente con absoluta exactitud a quienes, cuando llegase el tiempo de predicar y de publicar

cuanto había ocurrido a partir del momento de la Encarnación, habían de acudir a ella en demanda de datos». San Bernardo suscribe plenamente esta afirmación de La Glosa. Veámoslo. Al comentar este santo doctor el hecho de que el ángel hiciera saber a la Virgen que Isabel había concebido, escribe: «La concepción del Bautista por Isabel fuele comunicada a María, no sólo para que tuviera noticia de que ya había sido engendrado el precursor del Salvador que en ella iba a encarnarse, sino también para que a su debido tiempo, algunos años más tarde, pudiese referir con exactitud a los predicadores y escritores del Evangelio lo que entonces realmente había ocurrido; por la misma razón, ya desde el principio, ella fue debidamente informada por el cielo, tanto de este episodio como de los demás misterios». Comúnmente se tiene por cierto, y no sin fundamento, que los evangelistas, al preparar los materiales para la composición de sus respectivos evangelios, acudieron a María en demanda de documentación auténtica sobre multitud de datos, y que ella les informó fielmente sobre cada una de las cosas que le preguntaron. Igualmente se tiene por cierto que especialmente san Lucas recurrió a María como al arca del testamento, y que la Virgen le proporcionó información abundante, principalmente sobre asuntos que solamente ella conocía, como los relativos a la anunciación del ángel, el nacimiento de Cristo y a otros temas que los otros evagelistas no mencionaron, y de los que únicamente Lucas trata.

g) Está garantizado por el testimonio de los apóstoles. Como quiera que Lucas ni asistió habitualmente a las predicaciones del Maestro ni presenció muchos de los milagros que el Señor hizo, no cabe duda de que fueron los apóstoles, testigos directos de lo que oyeron y vieron, quienes suministraron a este evangelista gran parte de los datos consignados por él en su evangelio; y no cabe dudar de esto, porque contamos con la manifestación del propio Lucas, quien en el prólogo de su relato dice lo siguiente: *«Me ha parecido conveniente, mi buen Teófilo, escribirte ordenadamente la historia de lo sucedido entre nosotros tal como nos ha sido transmitida por quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra y a los que yo he acudido para que me informasen con exactitud de todo cuanto ha ocurrido y desde sus mismos orígenes».*

Cuando se instruye una causa suelen acogerse en ella dos clases de testimonios: los aportados por testigos directos, es decir, por quienes vieron con sus propios ojos lo que declaran, y los aportados por testigos indirectos, o sea, por los que refieren lo que han oído decir. El Señor, observa san Agustín, ateniéndose a esta norma, utilizó para la declaración y certificación de su vida y doctrina dos testigos directos, dos testigos presenciales, Mateo y Juan, que refirieron en sus evangelios lo que habían visto con sus propios ojos; y otros dos indirectos, Marcos y Lucas, que relataron lo que conocían de oídas o, lo que es lo mismo, por referencias ajenas. Como el testimonio directo, fundado en lo que el testigo ha visto por sí mismo, es de suyo más fiable, firme y convincente que el indirecto, basado en lo que dicen otros, por eso, añade el susodicho san Agustín, los dos evangelios escritos por Mateo y Juan, testigos directos de lo que cuentan, se colocan, respectivamente, uno al principio de la serie y otro al final de la misma; y los compuestos por Marcos y Lucas, testigos indirectos, van en medio, cual si se tratara de reforzar el valor de lo que sus autores narran de oídas con el peso de la autoridad de los otros dos, que cuentan lo que personalmente presenciaron.

h) Está garantizado por Pablo. Garantizado y ratificado encomiásticamente por este apóstol, quien, cuando quería que no quedara la menor duda acerca de la verdad de lo que predicaba, aducía como argumento irrefutable el testimonio del evangelio de Lucas. San Jerónimo, en su obra sobre los *Hombres ilustres,* dice que, en opinión de algunos intérpretes, siempre que Pablo habla en sus cartas de *su evangelio,* se refiere al de san Lucas. Otra prueba de que Pablo tenía en suma estimación cuanto había escrito este evangelista es el siguiente pasaje del capítulo octavo de su segunda epístola a los Corintios: *«Lucas goza de celebridad en todas las iglesias por haber compuesto el evangelio».*

2. En la *Historia de Antioquía* se refiere el siguiente caso: Por la mala conducta que observaban los cristianos que vivían en la susodicha ciudad, castigólos Dios permitiendo que los turcos los sojuzgaran y sometieran a situaciones de hambre y otras varias miserias; mas al cabo de algún tiempo, como quiera que se arrepintieran de sus pecados, hicieran penitencia y se convirtieran al Señor, un día, estando un creyente orando en la iglesia de Santa María de Trípoli, apareciósele de pronto un individuo envuelto en resplandores y totalmente vestido de blanco.

—¿Quién eres? —preguntó el cristiano al aparecido.

El aparecido le respondió:

—Soy san Lucas. Vengo de la ciudad de Antioquía, en donde los cristianos, ayudados por todo el ejército celestial, por los apóstoles y por los mártires enviados en su socorro por Dios, acaban de derrotar a los turcos.

Capítulo CLVII

SAN CRISANTO Y SANTA DARÍA

Crisanto, hijo de Polimio, hombre de elevada alcurnia, convirtióse a la fe de Cristo y permaneció fiel a ella a pesar de los muchos e inútiles esfuerzos que su padre hizo por apartarle de la religión cristiana y por obligarle a que retornara al culto de los ídolos. Polimio, en vista de que no conseguía salir adelante con sus intentos, encerró a Crisanto en una habitación e introdujo en ella a cinco jovencitas previamente aleccionadas para que lo sedujeran con halagos y caricias. Crisanto pidió a Dios que lo librara de las garras de tan pésima fiera, es decir, que lo protegiera de algún modo de manera que no llegara a caer en tentación de concupiscencia; Dios accedió a su petición, puesto que, apenas la hubo formulado, las libertinas muchachas quedáronse como aletargadas y sumidas en un estado de somnolencia tal, que durante el mismo resultábales imposible tomar ninguna clase de alimento ni bebida. Esta situación de sopor e inapetencia en que incurrían las cinco jovenzuelas, desaparecía tan pronto como salían de la estancia en que estaba encerrado Crisanto, pero reaparecía nuevamente en cuanto tornaban a ella.

Había a la sazón en la ciudad una doncella muy inteligente, llamada Daría, consagrada al culto de la diosa Vesta. Polimio se entrevistó con la joven vestal y le rogó que apelase a su ingenio y procurase convencer a su hijo del deber que sobre él pesaba de obedecer a su padre y de adorar a los dioses.

Daría se engalanó, se vistió con sus mejores y más lujosas ropas y fue a visitar a Crisanto, el cual, al verla tan ricamente ataviada, reprochóle que se presentara ante él con semejante atuendo, haciendo alarde de ostentación y riqueza. La vestal trató de excusarse diciendo que, si venía vestida de aquella manera, no era porque le gustara el lujo sino porque creía que de ese modo podría influir mejor sobre su ánimo y convencerle más fácilmente de que haría bien en obedecer a su padre y en tornar al culto de los ídolos. A estas excusas replicóle Crisanto con nuevos reproches diciéndole entre otras cosas:

—Es una insensatez tomar por dioses a quienes según las historias fueron hijos de padres criminales y de madres libertinas.

Aclaróle entonces la joven que ella no se refería a ese género de dioses, sino a los elementos, cuya divinidad, dijo, estaba reconocida nada menos que por los filósofos; pero Crisanto insistió en su réplica de esta manera:

—También es una insensatez adorar a los elementos. Repara en lo que voy a decirte. Consideremos, por vía de ejemplo, lo que ocurre con la tierra: hay quienes la toman por diosa y la veneran, y hay quienes, como los labradores, la hienden con las rejas de los arados. ¿No es verdad que la tierra se muestra más generosa con el agricultor que la ara que con el devoto que la adora? Pues lo mismo sucede con el mar y con los otros elementos.

Crisanto convenció a Daría. Daría se convirtió a la religión de Crisanto, y de común acuerdo, espiritualmente compenetrados, simularon que habían contraído matrimonio, se dedicaron a propagar la fe de Cristo, y consiguieron que muchos se bautizaran, entre otros el tribuno Claudio, que había sido preceptor de Crisanto, y su esposa, y sus hijos y gran número de soldados.

Algún tiempo después, por orden de Numeriano, encerraron a Crisanto en un hediondo calabozo cuya horrible fetidez en cuanto entró el prisionero en el recinto trocóse en suavísimo aroma. A Daría la condujeron a un lupanar; mas, tan

pronto como la joven fue introducida en el burdel, un león se escapó del anfiteatro, se colocó ante la puerta del prostíbulo y se convirtió en portero del mismo. Al poco rato llegó a la mencionada casa de perdición un individuo enviado expresamente allí para que corrompiera a la doncella; pero al aproximarse al portal, el león se arrojó sobre él, mirando simultáneamente a la joven cual si tratara de preguntarle qué debería hacer con su presa. Daría ordenó a la fiera que no hiciera daño alguno a aquel hombre, que lo soltara y le permitiera acercarse a ella. El visitante, al verse libre de las garras del león, olvidando las intenciones con que había ido al burdel, huyó inmediatamente de allí y comenzó a propalar por la ciudad que Daría era una diosa. Por orden de la autoridad varios cazadores trataron de matar al león, pero no lo consiguieron; al contrario, fueron ellos los cazados por el animal, el cual, en cuanto los atrapaba, sin lesionarlos, los conducía a donde estaba la santa y los obligaba a postrarse ante sus pies. De ese modo, todos los cazadores que intentaron dar muerte al león fueron convertidos por Daría a la fe cristiana. En vista de estos resultados, el prefecto mandó que prendieran fuego al lupanar con la pretensión de quemar vivos al león y a la doncella. El león, al ver las llamas, comenzó a rugir, terriblemente asustado. Daría entonces dio licencia a la fiera para que huyera de allí y se marchase a donde mejor le pareciere, pero advirtiéndole que ni durante la huida ni en el lugar en que se refugiase hiciese el menor daño a nadie.

Cansado el prefecto de probar diferentes procedimientos para atormentar a Crisanto y a Daría, y de comprobar que de todos ellos salían ilesos, encerró en una cueva a los dos purísimos presuntos cónyuges, tapó la entrada con enormes piedras y tierra, y en ella murieron los dos mártires de Cristo. Todo cuanto acabamos de referir sucedió siendo obispo de Narbona Caro, que inició su prelatura hacia el año 211. En esta ciudad se celebra anualmente y con extraordinaria solemnidad la fiesta de estos dos santos.

Capítulo CLVIII

LAS ONCE MIL VÍRGENES

1. La historia del martirio de las *once mil vírgenes* es la siguiente: En tiempos remotos hubo en Bretaña un rey muy cristiano llamado, según unos, Noto, y según otros, Mauro. Este rey tenía una hija, de nombre Ursula, universalmente famosa por su honestidad, discreción y belleza. El monarca que a la sazón reinaba en Inglaterra, hombre poderosísimo que había sometido a su imperio a otras varias naciones, que tenía un solo hijo y que conocía por referencias las extraordinarias prendas que se atribuían a la joven, manifestaba públicamente que se sentiría sumamente dichoso si lograba que la virtuosa y hermosísima doncella se casara con su unigénito, el príncipe heredero, y como éste le comunicara que ardía de amor hacia Ursula, envió a Bretaña una fastuosa embajada con el objeto de que sus emisarios pidieran a Mauro la mano de su hija, haciendo saber previamente a los embajadores que, si realizaban su misión con éxito, recibirían a su regreso grandes mercedes, pero que, si fracasaban, serían severamente castigados.

El rey de Bretaña recibió a los legados del de Inglaterra; mas, al oír la petición que éstos le hicieron de parte de su señor, quedó muy preocupado por estas tres razones: porque no quería cometer la indignidad de entregar la mano de su virtuosísima y cristianísima hija a un pretendiente idólatra; porque estaba seguro de que Ursula no accedería a casarse con un príncipe pagano; y porque, conociendo como conocía que el rey de Inglaterra era hombre terriblemente feroz, temía incurrir en su enemistad, y en ella incurriría sin remedio, si le negaba lo que le pedía.

Ursula, divinamente inspirada, procuró tranquilizar a su padre y le dijo:

—Comunica al rey de Inglaterra que aceptas su proposición siempre que él, a su vez, acepte estas

cuatro condiciones: primera, que puestos previamente de acuerdo él y tú, me proporcionéis a mí diez doncellas selectísimas en calidad de amigas; segunda, que nos procuréis, también de común acuerdo, otras once mil doncellas más, para que, tanto yo como mis amigas, podamos disponer de mil azafatas cada una para nuestro personal servicio; tercera, que se ponga a disposición de esta especie de ejército femenino una flota de naves bien equipada y surtida de todo lo necesario, para que nosotras y las once mil sirvientas podamos hacernos a la mar, y viajar durante tres años por donde quisiéremos, puesto que yo, antes de casarme, quiero conservar todavía tres años más mi virginidad; cuarta, que el príncipe que pretende mi mano aproveche ese trienio de plazo para dejarse instruir en la doctrina cristiana y se prepare entretanto para recibir en su día el bautismo.

Las cuatro condiciones propuestas por Ursula acreditaban su sagacidad. En el caso de que el rey de Inglaterra las aceptara, ella estaba segura de que el pretendiente, a lo largo de los tres años, desistiría de su empeño; por otra parte, mientras tanto ella dispondría de plazo suficiente para organizar en plan de vida religiosa y de perpetua virginidad su consagración a Dios, la de las diez amigas, y la de las once mil doncellas.

El príncipe, no sólo aceptó gustosamente las cuatro condiciones, sino que convenció a su padre para que también él las aceptara; más aún: se hizo bautizar inmediatamente, procuró que a toda prisa se reclutaran las doncellas y logró que se preparara la flota y se equiparan las naves con magnificencia y abundancia. Por su parte el rey de Bretaña, que amaba a su hija entrañablemente, en cuanto supo que los navíos estaban a punto, mandó reclutar buen número de marineros y de hombres de servicio para que velasen por la seguridad de las embarcaciones y de los miles de mujeres que iban a emprender tan insólita aventura.

Cuando se extendió la noticia de que se estaba orgizando la extraña expedición y de que se buscaban miles de doncellas y abundante leva de personal masculino, comenzaron a afluir a ambas cortes, procedentes de diferentes países, caravanas de mujeres y de hombres, bien para ofrecerse voluntariamente como aspirantes a participar en la empresa, bien para no perderse el curioso espectáculo del inicio del viaje. Incluso muchos obispos se presentaron a los organizadores brindando sus servicios para atender espiritualmente a las expedicionarias; algunos fueron aceptados, entre ellos el de Basilea, san Pántulo, que acompañó a las vírgenes hasta Roma y en viaje de regreso, y, llegado el momento, con ellas recibió el martirio. Entre las mujeres que acudieron a Bretaña para ofrecerse como expedicionarias merece especial mención santa Gerásima, reina de Sicilia, hermana del obispo Maciriso y de Daría, madre de Ursula. Santa Gerásima, anteriormente, con su paciencia y admirables virtudes, había conseguido transformar a su marido, que era un lobo feroz, en mansísimo cordero. La santa reina se enteró de que se preparaba aquel viaje por una carta que reservadamente le escribió su cuñado, el padre de Ursula y, tan pronto como tuvo noticia del proyecto, inspirada por Dios decidió asociarse a las viajeras; y como a la sazón era ella quien gobernaba su reino, delegó sus poderes en su hijo mayor y heredero, tomó consigo a sus hijas Babila, Juliana, Victoria y Aurea y a otro hijo, niño de corta edad llamado Adriano, que no se resignó a separarse de su madre y de sus hermanas, y se embarcó con rumbo a Bretaña. El papel desempeñado por santa Gerásima en la empresa acometida por Ursula fue notable; ella fue quien directamente seleccionó a muchísimas de las doncellas que habían acudido a ofrecerse desde diferentes reinos; ella fue también quien se encargó de las altas funciones directivas de las once mil mujeres durante las travesías marítimas, y a su lado padeció el martirio; ella, igualmente, ya en el puerto de Bretaña, antes de que las naves se hiciesen a la mar, revisó una por una todas las embarcaciones, a fin de comprobar si estaban en condiciones de seguridad, suficientemente equipadas y debidamente provistas de lo necesario para emprender el viaje, quien organizó los servicios de la marinería, y quien antes de iniciar la salida reunió a la once mil vírgenes, las dirigió la palabra, les descubrió el secreto proyecto de organizarse en aquella colonia en plan de vida religiosa y de perpetua virginidad, y las invitó a comprometerse con juramento a no abandonar la empresa; ella fue finalmente quien concibió y ejecutó la idea de que los últimos días, antes de levar anclas, mientras se perfilaban los postreros preparativos, las expedicionarias se entrenaran en una especie de maniobras bélicas. Constituyó un interesante espectáculo para el público ver cómo aquellos millares de mujeres realizaban simulacros de guerra; en efecto, al oír la señal convenida, las mujeres de aquel original ejército se concentraban y formaban filas; y al oír otro

de los toques de corneta, se desparramaban rápidamente; unas veces corrían como si huyeran y se persiguieran entre sí; otras veces practicaban diferentes ejercicios, bien de carácter competitivo y duro para mantenerse fuertes, bien de índole recreativa con el fin de distender el ánimo y robustecer el espíritu; en ocasiones emprendían marchas largas a pie por el campo y regresaban o a mediodía o al obscurecer. Próceres y magnates se desplazaban desde tierras lejanas para asistir a tan espectaculares entrenamientos, presenciábanlos gozosamente y los comentaban entre ellos con profunda admiración.

Entretanto, Ursula logró convertir a la fe de Cristo a todas las doncellas del original ejército y hacer que acariciaran con entusiasmo la idea de la virginidad.

Llegado el momento de iniciar la expedición, cuantos iban a tomar parte en ella se embarcaron, las naves levaron anclas, comenzaron a navegar y, empujadas por vientos favorables, en un solo día llegaron a Tiel, puerto de las Galias. Desde Tiel los navíos, por el Rin, se dirigieron a Colonia, en donde un ángel de Dios se apareció a Ursula y le predijo que tanto ella como las demás vírgenes regresarían a la ciudad en que a la sazón se encontraban y que allí serían martirizadas. El mencionado ángel le indicó que prosiguieran su viaje en dirección a Roma. Al llegar a Basilea desembarcaron, y continuaron su peregrinación a pie. Cuando el papa Ciriaco, que era de Bretaña, se enteró de que las romeras, entre las cuales había muchas emparentadas con él, estaban ya cerca de Roma, experimentó una gran alegría, salió a su encuentro acompañado de toda la clerecía romana, y les dispensó un honroso recibimiento. Aquella misma noche el pontífice supo por revelación divina que también él sería martirizado juntamente con las viajeras, y, aunque mantuvo en secreto la comunicación celestial de que había sido objeto, tomó la precaución de bautizar a las doncellas del virginal ejército que aún no habían recibido el sacramento del bautismo; después decidió renunciar al papado, reunió al pueblo y al clero, les manifestó su propósito de dimitir y, acto seguido, en presencia de la asamblea, abdicó de su oficio y altísima dignidad. Este papa hacía el número diecinueve en la lista de los sucesores de san Pedro, y llevaba un año y once semanas gobernando la iglesia. Cuantos se hallaban presentes unánimemente se opusieron a que dimitiera; los cardenales pensaron que aquel hombre había perdido el juicio, pues sólo así podían explicarse que tratase de abandonar la gloria y los honores del pontificado por irse con aquellas jovenzuelas que en opinión de ellos estaban también locas. Ciriaco, sin embargo, haciendo caso omiso de estos comentarios suscitados por su decisión de dimitir, y venciendo la resistencia del clero y del pueblo, que se oponían tenazmente a que dejara el cargo, confirió la dignidad de obispo de Roma y designó como sucesor suyo a un santo varón, llamado Ameto, y se consideró liberado del oficio papal. Los miembros de la clerecía romana no tuvieron más remedio que aceptar el hecho consumado, pero indignados contra Ciriaco por haber abandonado contra la unánime voluntad de ellos, de los cardenales y del pueblo, la sede apostólica, eliminaron su nombre de la lista de los pontífices y retiraron a aquel sagrado coro de vírgenes la consideración y atenciones que hasta entonces habíale dispensado la curia romana.

Máximo y Africano, dos generales inicuos que a la sazón ejercían el alto mando de los ejércitos del Imperio, al ver cómo aquellas doncellas forasteras que sumaban varios millares deambulaban por las calles de Roma seguidas con admiración por multitudes inmensas de hombres y de mujeres, temieron que semejantes desfiles pudieran contribuir a una notable expansión de la religión cristiana por donde quiera que la imponente manifestación de religiosidad pasase, y, dispuesto a impedir que tales resultados se produjesen, hicieron lo siguiente: averiguaron ladinamente el itinerario que las peregrinas pensaban seguir en su viaje de regreso a Bretaña, y al enterarse de que pasarían por Colonia, enviaron por medio de unos legados un mensaje a Julio, pariente suyo y jefe supremo de las tropas de los hunos, comunicándole que hacia tales fechas llegaría a Colonia una legión de mujeres cristianas, y encargándole que saliese a su encuentro con fuerzas militares suficientes para matarlas tan pronto como hicieran acto de presencia en dicha ciudad.

El día previamente fijado para emprender el regreso, la noble caravana de vírgenes salió de Roma. A ella se unieron san Ciriaco, el cardenal presbítero Vicente y un tal Santiago, oriundo de Bretaña y arzobispo de Antioquía desde hacía siete años. Este prelado había venido por entonces a visitar al papa, cumplió su misión e inició el viaje de vuelta hacia su sede; cuando aún no se había alejado mucho de Roma oyó decir que acababan de

llegar a la ciudad innumerables vírgenes, e interesado en conocer por sí mismo lo que hubiera de verdad en relación con aquel asunto que tantos comentarios suscitaba entre las gentes de los lugares por donde pasaba, desanduvo lo andado y se presentó nuevamente en Roma. De este modo se incorporó al grupo de las piadosas doncellas, y poco después fue su compañero de martirio. Igualmente se unieron a las peregrinas y salieron de Roma en su compañía cuando la expedición emprendió su viaje hacia Colonia, otros tres prelados: Mauricio, obispo de Levicana, tío de Juliana y de Babila; Folario, obispo de Luca; y Sulpicio, obispo de Ravena.

Cuando Ursula zarpó de Bretaña al frente de la virginal legión, Etéreo, que este era el nombre del príncipe inglés que quería casarse con ella, se quedó en Inglaterra. Un día, siendo ya rey, pues su padre, que se llamaba también Etéreo, había muerto el mismo año en que él se bautizó, un ángel se le apareció y le encargó de parte del Señor que exhortase a su madre a que se hiciese cristiana. El mismo ángel se le apareció nuevamente en cuanto salieron de Roma las vírgenes y los obispos que las acompañaban, y le manifestó que, por orden de Dios, marchase inmediatamente a Colonia a reunirse con su prometida Ursula y a recibir junto con ella en dicha ciudad la palma del martirio. Etéreo cumplió puntualmente los dos encargos que el ángel en las respectivas apariciones le hiciera; a raíz de la primera, habló con su madre y consiguió de ella que se bautizara; a raíz de la segunda, salió de Inglaterra y se dirigió a Colonia llevándose consigo a su madre y a una hermanita pequeña, llamada Florentina, que ya era cristiana, y a un obispo que se llamaba Clemente, y los cuatro fueron martirizados con las sagradas vírgenes. También fueron martirizados con ellas Márculo, obispo de Grecia, y su sobrina Constancia, hija del rey de Constantinopla, que se había unido a la expedición de las santas doncellas antes de que éstas salieran de Roma. Constancia estaba a punto de casarse con un príncipe, hijo de otro rey, pero al morirse su prometido unos días antes de la boda, hizo voto de virginidad. Poco después, ella y su tío, avisados por una visión divina, acudieron desde Grecia a Roma, se incorporaron a las vírgenes, y los dos, posteriormente, fueron martirizados con ellas.

Las santas doncellas y sus acompañantes, al llegar en su viaje de regreso a Colonia, hallaron la ciudad sitiada por los hunos, gentes bárbaras. Los sitiadores, en cuanto divisaron a las vírgenes, saliéronles al encuentro y como lobos carniceros se arrojaron sobre aquel rebaño de ovejas, y en muy poco tiempo, mientras proferían tumultuosos y enormes alaridos de ferocidad, asesinaron a los componentes de la caravana. Estando en plena mantanza, cuando ya muchas de las doncellas habían sido apuñaladas, el general que mandaba las carniceras tropas aquellas vio casualmente a Ursula que aún estaba completamente ilesa y, al fijarse en su rostro, quedó deslumbrado por su extraordinaria belleza; entonces se acercó a ella, díjole que lamentaba la muerte de sus compañeras y prometióle salvarle la vida si accedía a ser su esposa; pero como Ursula rechazara de plano semejante oferta, el criminal aquel, despechado, clavóle una flecha en el corazón y de ese modo la santa doncella coronó su carrera con el martirio.

Córdula, una de las once mil vírgenes, al ver que los soldados se lanzaban en tropel sobre ellas, huyó, asustada, y se escondió en el interior de un navío. Temblando de miedo permaneció toda la noche en su escondite; pero al amanecer recobró su valor, espontáneamente abandonó su refugio, se presentó gallardamente ante la soldadesca y recibió como las demás la palma del martirio. Como no murió el mismo día que las otras, durante algún tiempo los fieles, al celebrar la fiesta de sus compañeras, no la incluían a ella en la conmemoración; mas algunos años después Córdula se apareció a una monja anacoreta, le manifestó que también su martirio merecía los honores de la solemnización y le indicó que lo conmemoraran en la fecha inmediatamente siguiente a la de la fiesta de santa Ursula y de su cortejo virginal.

Es opinión general que estas once mil vírgenes padecieron el martirio el año 238 de nuestra era; mas, a juicio de algunos autores, esa fecha no es correcta porque por ese tiempo ni Sicilia ni Constantinopla eran reinos, y cuando las once mil vírgenes fueron asesinadas sí lo eran, pues en las actas de este martirio colectivo se dice expresamente que entre las martirizadas en tal ocasión estaban las reinas de estos dos países. Parece, pues, verosímil que, en efecto, las once mil vírgenes ofrendaron su vida, no el año 238, sino mucho después, cuando los hunos y los godos invadieron y devastaron las provincias romanas; y esta invasión, como leemos en cierta crónica, ocurrió

principalmente en tiempos del emperador Marciano que reinó hacia el año 452.

2. Cierto abad rogó encarecidamente a la abadesa de Colonia que le hiciera donación de uno de los cuerpos de las santas vírgenes, prometiéndole que lo colocaría en una urna de planta y lo expondría a la pública veneración en un lugar decoroso de la iglesia de su monasterio. Bajo esta condición, la abadesa accedió a la petición del abad. Un año entero llevaba ya el cuerpo de la santa dentro de un ataúd de madera sobre la mesa de uno de los altares del templo abacial, cuando he aquí que una noche, estando los monjes cantando maitines, ocurrió lo siguiente: el cuerpo de la mártir salió del ataúd, descendió desde el altar al suelo, avanzó hacia el altar mayor, hizo ante él una profunda reverencia, entró en el coro y, con gran sorpresa de los religiosos que estupefactos vieron todo aquello, pasó por delante de ellos y salió de la iglesia. El abad, inmediatamente, fue a donde estaba el ataúd, alzó la tapa y, al advertir que se hallaba vacío, en seguida marchó a Colonia y comunicó a la abadesa lo sucedido. La abadesa y el abad a continuación inspeccionaron el lugar en que anteriormente había estado sepultado el cuerpo de la santa, y quedaron sumamente soprendidos al comprobar que estaba nuevamente en su primitiva sepultura. Entonces el abad pidió perdón a la abadesa por no haber cumplido lo que le prometiera, y le rogó que le permitiera llevarse consigo a su iglesia, bien el mismo cuerpo, bien el de otra cualquiera de las santas vírgenes, asegurándole que en cuanto llegara a su monasterio mandaría fabricar el arcón de plata, pero la abadesa ya no se fio de las promesas del abad y se negó rotundamente a concederle lo que le pedía.

3. Un religioso muy devoto de las once mil vírgenes, estando gravemente enfermo vio cerca de su cama a una doncella hermosísima, y oyó que esta le preguntaba:

—¿Me conoces?

—Pues no —respondió él.

—Soy, —aclaró ella— una de esas once mil vírgenes de las que eres tan devoto, y vengo a decirte que si, por amor a nosotras y en nuestro honor rezas once mil veces el *Padrenuestro,* acudiremos a tu lado a la hora de tu muerte para confortarte y protegerte.

Dicho esto la aparecida desapareció.

El religioso comenzó entonces mismo a rezar los once mil *Padrenuestros,* y cuando terminó la serie llamó al abad y le pidió que le administrara la santa unción. En el momento en que le estaban ungiendo, dio de pronto una fuerte voz y dijo a los presentes:

—¡Marcháos todos de aquí en seguida y dejad el espacio libre, que vienen las once mil vírgenes!

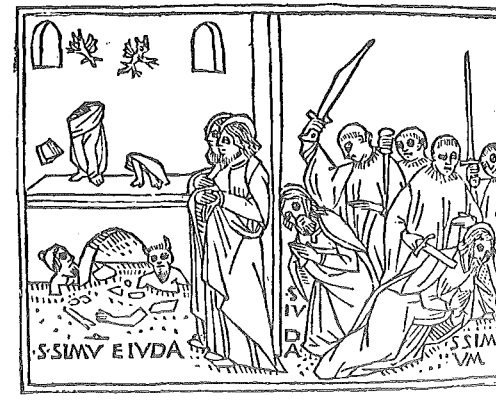
El abad, sorprendido, preguntó al enfermo:

—¿Qué quieres darnos a entender con esas palabras?

Seguidamente el religioso refirió al abad y a los demás monjes la promesa que una de las once mil vírgenes le hiciera días antes; los monjes y el abad se marcharon de la celda del enfermo y, cuando un rato después tornaron a ella, advirtieron que el hermano había fallecido y que su alma había emigrado a la casa del Señor.

Capítulo CLIX

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS, APÓSTOLES



La palabra Simón significa dos cosas: obediente y triste. Este apóstol fue llamado indistintamente Simón *Celoso* y Simón *Cananeo;* estos dos sobrenombres de Celoso y de Cananeo, fueron en su caso equivalentes, puesto que el de *Cananeo* derivaba de Caná, la aldea en que el Señor convirtió el agua en vino, y el de *Celoso* de *celo;* y celo precisamente significa el término Caná. Simón fue hombre obediente, triste y celoso. Obediente, porque cumplió con fidelidad todos los mandamientos; triste, porque debido a su carácter de persona compasiva, se afligía con las aflicciones de los demás, y celoso, es decir, excelente cumplidor de su oficio, de apóstol, por el fervor con que se entregó a la tarea de savar almas.

San Judas, haciendo honor a su nombre, que significa *confesor, glorioso* y, si nos atenemos a su etimología, también *jubiloso,* puesto que Judas deriva de *jubilum* (júbilo) y de *dans* (dador), fue *confesor* de la fe, *glorioso* con la gloria del reino y jubiloso, puesto que vivió interiormente inundado de espirirituales alegrías. A este santo sus contemporáneos lo llamaron de varias maneras, principalmente de estas tres: Judas de Santiago, Judas Tadeo y Judas Lebeo. Lo llamaron Judas de Santiago, o sea Judas hermano de Santiago, porque en efecto, era hermano de Santiago el Menor. Lo llamaron Judas Tadeo muy acertadamente porque las tres acepciones en que puede tomarse la palabra *tadeo* son perfectamente aplicables a él: *tadeo* significa de suyo *capturador de príncipes;* y capturador de príncipes fue, puesto que se apoderó de Cristo, y Cristo es el príncipe por antonomasia; si *tadeo* etimológicamente derivara de los vocablos *thadea* (vestidura regia) y *Deus* (Dios), significaría regiamente y divinamente ataviado; y regia y divinamente ataviado con las virtudes que adornaron su alma vivió este apóstol; si *tadeo* derivara de *tam Deus,* querría decir ponderativamente *gran Dios,* frase que aplicada a este santo, equivaldría a Judas, *gran Dios por adopción.* En la *Historia Eclesiástica* se dice que lo llamaron también Judas Lebeo; *lebeo* viene de *lebes,* que significa corazón, corazoncito, cordial; y recipiente, en el sentido de vasija, caldera, lebrillo. Con este sobrenombre, pues, de Lebeo se nos quiso dar a entender que san Judas fue cordial; que poseyó un gran corazón henchido de magnanimidad; que tuvo un corazoncito tierno, rebosante de pureza; que todo su ser estuvo lleno hasta los bordes, como una vasija, una olla o una caldera, pero lleno de la gracia divina.

Abdías, nombrado por los apóstoles obispo de Babilonia, escribió en hebreo la historia de la vida y martirio de estos dos santos, traducida después del hebreo al griego por un discípulo suyo llamado Tropeo, y del griego al latín por Africano.

1. Simón Cananeo y Judas Tadeo, hermanos de Santiago el Menor, fueron, como éste, hijos de María Cleofás y de su marido, Alfeo.

El apóstol Tomás, después de la Ascensión del Señor, envió a Judas a Edesa y le encargó que a su llegada se presentara al rey Abgaro. Dice la *Historia Eclesiástica* que este rey en cierta ocasión escribió a Nuestro Señor Jesucristo una carta concebida en estos términos: «Abgaro, rey e hijo de Eucaria, desea salud al buen Jesús, el Salvador, quien según mis noticias se encuentra actualmente por tierras de Jerusalén. He oído decir que curas a los enfermos sin utilizar medicamentos ni hierbas de ninguna clase, y que, sin más instrumento que tu propia voz, haces que los ciegos vean, los cojos anden, los leprosos queden limpios y los muertos resucíten. Reflexionando sobre estas cosas, he llegado a la conclusión de que tus extraordinarios poderes sólo pueden explicarse de una de estas dos maneras: o porque seas el propio Dios bajado a la tierra desde el cielo, o porque seas algún hijo suyo. Como yo estoy enfermo desde hace mucho tiempo, me he decidido a escribirte para rogarte que a pesar de las molestias que esto va a suponer para ti, tengas a bien venir hasta aquí, a curarme de mi enfermedad. Me han dicho que los judíos murmuran de ti y que quieren destruirte. Sal de entre ellos; vente a esta ciudad, porque aunque es pequeña, sus gentes son honradas, y en ella hay sitio para ti y para mí». Según la misma *Historia Eclesiástica* Jesús correspondió a esta carta con otra en la que le decía a Abgaro: «Dichoso tú, que aun sin haberme visto, crees en mí. Ya estaba profetizado desde tiempos remotos, que muchos, sin conocerme personalmente, me aceptarían, y que otros, a pesar de que me verían y serían testigos de mis obras, me rechazarían. Respecto al ruego que me haces de que me traslade a tu ciudad tengo que decirte lo siguiente: Yo he venido a la tierra para realizar mi misión precisamente aquí y desde aquí, y es menester que la cumpla; una vez que la haya cumplido, es igualmente preciso que regrese a donde está el que me ha enviado; pero cuando me encuentre nuevamente en el cielo, haré que alguno de mis discípulos vaya a verte; y el que vaya, te curará y te transmitirá una nueva vida».

Todo lo anterior está tomado de la *Historia Eclesiástica.* San Juan Damasceno, en el libro IV de su obra, asegura haber leído en una crónica antigua lo que sigue: «Enterado Abgaro de que no tendría oportunidad de conocer a Cristo personalmente, envió a un pintor hasta Jerusalén con el encargo de que hiciese un retrato de Jesús para poder ver siguiera en imagen al que no le iba a ser posible contemplar físicamente. El pintor intentó pintar a Cristo, pero obusfaco por los vivísimos resplandores que procedían del rostro de Jesús, veíase obligado a cerrar los ojos cada vez que los abría para mirarle; y, como no conseguía captar los rasgos fisonómicos del Salvador, tuvo que desistir de su empeño. Entonces el Señor, que se estaba dando cuenta de todo, tomó con su mano la banda de lienzo con que el pintor ceñía su túnica, la colocó sobre su propia cara, imprimió en la tela la imagen de su rostro, y devolvió la prenda al pintor para que se la entregara a Abgaro, que tanto deseaba tener su retrato.»

En la aludida crónica antigua, según san Juan Damasceno, se describía la faz del Señor tal como quedó grabada en la tela mencionada; en esa descripción se decía que en la susodicha imagen los ojos de Cristo eran grandes y hermosos, sus cejas muy pobladas, su cara alargada, su frente ancha y saliente, como suele ser la frente de las personas sensatas.

Dice la tradición que la carta escrita por Nuestro Señor Jesucristo a Abgaro redundó evidentemente en beneficio de Edesa, puesto que desde el día en que tal carta llegó a manos del rey, ni herejes ni paganos han sido capaces de vivir o de sentirse a gusto en dicha ciudad, ni tirano alguno se ha atrevido a hacer daño a sus habitantes; y si en alguna ocasión tropas extranjeras se acercaron a sus murallas con ánimo de asediarla o de hacerle la guerra, inmediatamente desistieron de su empeño y se retiraron pacíficamente porque, tan pronto como cualquier clase de fuerza enemiga se situaba cabe sus muros, surgía entre las almenas que coronaban la puerta principal un niño y leía a los sitiadores en voz alta la carta de Jesús a Abgano. Así parece que ocurrió más de una vez en tiempos pasados; pero posteriormente los edesanos perdieron este insigne privilegio en castigo de sus pecados, que llegaron a ser tan grandes y tan notorios, que en todo Oriente se comentaban; por eso Dios permitió que los sarracenos tomaran la ciudad y la profanaran.

Dice la *Historia Eclesiástica* que, después de la Ascensión del Señor, se cumplió lo que Jesús había anunciado en su carta, y que las cosas ocurrieron de esta manera:

El apóstol Tomás mandó a Tadeo, llamado también Judas, que fuese a Edesa y se presentase al rey Abgaro.

Al comparecer Tadeo en presencia del rey Abgaro y decirle que él era el díscipulo que Cristo había prometido enviarle, Abgaro, conmovido y estupefacto por lo que el recién llegado decía, y sobre todo porque por su rostro despedía resplandores divinos, se postró en tierra y, temblando de emoción, le adoró y le dijo:

—No me cabe la menor duda de que en efecto eres el discípulo de Jesús, Hijo de Dios, al que él se refería en la carta que me escribió y en la que me decía: «Te mandaré a uno de mis discípulos para que te cure y te transmita una nueva vida».

Tadeo le manifestó:

—Si crees que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios, todos los deseos de tu corazón se cumplirán.

Abgaro respondió:

—Lo creo con toda mi alma, y tan convencido estoy de ello que, si se me presentara oportunidad y los romanos no me lo impidieran, aniquilaría de muy buena gana al pueblo judío por haberle crucificado.

En algunos libros se lee que era de lepra de lo que Abgaro estaba enfermo, y que, tras del anterior diálogo, Tadeo tomó la carta que el Salvador había escrito al rey, frotóle la cara con ella, y que en aquel preciso instante quedó completamente curado.

2. Después de esto Judas predicó el evangelio en Mesopotamia y en Ponto, y Simón hizo lo mismo en Egipto. Más adelante ambos apóstoles se reunieron en Persia, en donde a la sazón se hallaban Zaroen y Arfaxat, los dos magos que fueron obligados por Mateo a huir de Etiopía.

Baradach, jefe supremo de los ejércitos del rey de Babilonia unos días antes de salir para el campo de batalla a luchar contra los indios, preguntó a los dioses si volvería vivo y victorioso de la guerra; al no obtener respuesta de ellos, se trasladó a un templo que había en una ciudad cercana y allí repitió la pregunta. En esta ocasión los dioses, aunque le respondieron, no fue para contestar directamente a lo que les había preguntado, sino para comunicarle que desde que los apóstoles llegaron al país, ellos sentíanse incapacitados para predecir el futuro. Baradach entonces mandó a sus subordinados que localizaran a los tales apóstoles y que los condujeran ante él. Cuando Judas y Simón estuvieron en presencia de Baradach, éste les interrogó, mostrándose interesado en saber quiénes eran y a qué habían venido a Babilonia. Ellos le respondieron de esta manera:

—Si deseas saber cuál es nuestra nacionalidad, te diremos que somos hebreos; si lo que tratas de averiguar es nuestra condición social, manifestámoste sin rebozo que somos siervos de Cristo. En cuanto a tu segunda pregunta, o sea, en cuanto al motivo que nos ha impulsado a venir a Babilonia, te respondemos también abiertamente: hemos venido a procurar vuestra salvación.

Baradach se dio por satisfecho y les dijo:

—Si vuelvo triunfante de la guerra os veré de nuevo y entonces hablaremos detenidamente.

Los apóstoles le manifestaron:

—Es mejor que hablemos ahora; conviene que

conozcas a aquél con cuya ayuda vencerás, o, más exactamente, a aquél merced al cual ni siquiera tendrás que combatir, porque vuestros enemigos, antes de que iniciéis la proyectada pelea, van a negociar la paz.

—Paréceme, observó Baradach que valéis más que nuestros dioses. Decidme, por favor: ¿podéis anunciarme cuál va a ser el resultado de esta guerra en la que nuestra nación está empeñada?

Judas y Simón le respondieron:

—Para que tengas ocasión de conocer cómo os engañan esos a quienes llamáis vuestros dioses, vamos a hacer lo siguiente: les exigiremos que respondan a la pregunta que acabas de formularnos a nosotros; ellos no tendrán más remedio que dar una respuesta; pero como en realidad no saben lo que va a pasar, dirán lo que se les ocurra para salir del paso, y se equivocarán, y de esa equivocación podrás colegir que tan falsamente como en este trance han respondido siempre a cuentas consultas les habéis hecho hasta ahora.

Formulóse la pregunta a los fantásticos dioses, y su respuesta fue ésta: «La guerra va a ser muy larga y en el transcurso de ella morirá muchísima gente».

Al oír tal pronóstico, ambos apóstoles se echaron a reír. Su risa molestó a Baradach, quien en tono airado les hizo este reproche:

¿Cómo es posible que toméis a risa un vaticinio que a mí me produce espantoso temor?

Ellos le contestaron:

—No te asustes; tranquilízate; la paz ha venido a este país con nosotros. Mañana mismo, hacia la hora tercia, vendrán a verte unos delegados de los indios para proponerte la firma de un pacto y someterse a tus decisiones.

En aquel momento los que se rieron fueron los pontífices de los ídolos, quienes, al oír lo que los apóstoles acababan de decir, dijeron entre carcajadas a Baradach:

—Estos tratan de tenderte una trampa; no les hagas caso. ¿No te das cuenta de que lo que pretenden es que, en vez de marchar cuanto antes al campo de batalla para ponerte al frente de los ejércitos, te quedes en casa, para que mientras aguardas confiadamente la llegada de esos emisarios las tropas enemigas avancen y se alcen con la victoria?

Los apóstoles dijeron al general:

—No te proponemos que esperes un mes, sino meramente un día. Créenos, mañana mismo la guerra se dará por terminada y tú serás proclamado vencedor.

Baradach entonces resolvió el asunto poniendo bajo estrecha vigilancia tanto a los dos apóstoles como a los pontífices de los ídolos, haciéndoles saber que recompensaría abundantemente a aquellos cuyo pronóstico resultara acertado, y castigaría severísimamente como reos de mentira a quienes hubiesen tratado de engañarle; y, como al día siguiente resultó cierto lo que Simón y Judas habían anunciado, quiso quemar vivos a los pontífices paganos, y lo hubiera hecho de no habérselo impedido los apóstoles, quienes dijeron a Baradach:

—Nosotros hemos venido a Babilonia no para ser ocasión de que los vivos mueran, sino para procurar que vivan los muertos.

Baradach no salía de su asombro al ver que aquellos dos forasteros ni consintieron que sus rivales, los pontífices de los ídolos, fuesen castigados, ni aceptaron absolutamente nada del cúmulo de riquezas con que él quiso recompensarles por haberse cumplido su vaticinio; profundamente admirado, los llevó consigo y los presentó al rey diciendo:

—Señor, estos dos individuos que ves aquí, por más que parezcan hombres, son en realidad dioses.

Seguidamente refirió al monarca, que en aquel momento se encontraba acompañado de Zaroen y Arfaxat, todo lo sucedido. Zaroen y Arfaxat, recomidos de envidia, acto seguido trataron de convencer al rey de que aquellos dos forasteros eran dos sujetos sumamente peligrosos, que habían venido a Babilonia a soliviantar al pueblo contra él, su soberano legítimo.

Baradach, interrumpiendo a los magos, les propuso:

—Medid vuestros poderes con los de ellos, si os atrevéis.

Los magos respondieron:

—¡Pues claro que nos atrevemos! Vamos a hacer una prueba: haz venir aquí a los hombres más parlanchines del reino; nosotros demostraremos que, por muchas ganas que tengan de hablar, no podrán abrir la boca en nuestra presencia sin permiso nuestro; si no conseguimos que permanezcan mudos todo el tiempo que queramos, podrás pensar desfavorablemente de nuestros poderes.

Aceptada la precedente proposición de los magos, llevaron ante ellos a gran número de abogados, y, en efecto, los abogados, en cuanto se vieron delante de Zaroen y de Arfaxat enmude-

cieron de tal manera que no fueron capaces de pronunciar una sola palabra, ni siquiera de expresarse por medio de señas.

Hecha la prueba, dijeron los magos al rey:

—Para que te convenzas de que nosotros dos somos dioses, ahora vamos a permitirles que hablen, pero a impedirles que puedan dar ni un solo paso; luego les permitiremos que puedan moverse, pero les impediremos que puedan ver absolutamente nada aunque tengan los ojos abiertos.

Realizados con éxito los experimentos propuestos por los magos, Baradach condujo a los abogados a donde estaban los apóstoles. Los abogados, que se hallaban aún confusos y medio pasmados por lo que les acababa de ocurrir, al ver a aquellos dos hombres tan pobremente vestidos, despreciáronlos en su corazón. Simón respondió a los gestos de desprecio de esta manera:

—A veces ocurre que dentro de cofres exteriormente guarnecidos de oro y de piedras preciosas no hay nada de importancia, como también ocurre en algunas ocasiones que en el interior de una sencilla caja de madera se contienen joyas y alhajas de alto valor. Quienes pretenden comprar un objeto precioso han de obrar con discreción y fijarse más en la calidad de lo que van a adquirir, que en la vistosidad de los envoltorios exteriores. Si nos prometéis que vais a renunciar al culto idolátrico, y que os convertiréis al verdadero Dios, que es único e invisible, haremos sobre vuestras frentes la señal de la Cruz y quedaréis capacitados para confundir a esos magos cuyo ficticio poder tanta admiración os ha causado.

Como los abogados aceptaron y prometieron a los apóstoles que harían cuanto ellos les mandaran, Simón y Judas trazáronles en sus frentes la señal de la Cruz y les dijeron:

—Volved a donde están los magos y pedidles que repitan en presencia del rey los anteriores experimentos o que hagan sobre vosotros otros nuevos, los que quisieren.

Los magos, en efecto, hicieron con los abogados diversas tentativas, pero todas resultaron vanas. En vista de tan reiterados fracasos, los abogados, en presencia del numerosísimo público que asistía a las pruebas, comenzaron a mofarse de los pretendidos poderes de Zaroen y de Arfaxat, los cuales, irritados, hicieron comparecer en la sala gran número de serpientes. Asustado el rey al ver la estancia llena de reptiles, solicitó la intervención de los apóstoles. Judas y Simón entonces se quitaron sus mantos, formaron con ellos a manera de dos bolsas, metieron en ellas una tras otra las serpientes, a medida que las iban recogiendo del suelo con sus propias manos, y, cuando las hubieron recogido todas, se acercaron a los magos y volcaron sobre ellos el contenido de las bolsas diciendo:

—¡Ahí va esto, en nombre del Señor! No moriréis, pero estos animales con sus mordeduras os producirán dolores tan intensos que daréis auténticos alaridos sin que podáis evitarlo.

Así fue; inmediatamente las serpientes comenzaron a picar a los magos, y éstos empezaron a aullar como si fuesen lobos.

El rey y los asistentes pidieron a Simón y a Judas que no hicieran nada en favor de los falsos hechiceros, y que permitieran que las serpientes los devoraran, pero los apóstoles les contestaron:

—Nuestra misión consiste en sembrar la vida entre los muertos, pero no en procurar la muerte de nadie.

Dicho esto, hicieron una breve oración y seguidamente mandaron a las serpientes:

—Extraed de la carne de los magos todo el veneno que en ella habéis inoculado y regresad inmediatamente al lugar de donde habéis venido.

El dolor que los hechiceros sentían mientras las víboras les extraían el veneno fue mucho más intenso que el que les obligó a aullar cuando lo estaban depositando en sus miembros. Al desaparecer las serpientes, los apóstoles advirtieron a Zaroen y Arfaxat:

—Durante tres días seguiréis padeciendo estos sufrimientos, y luego quedaréis completamente sanos. A ver si esta prueba os sirve de lección y os mueve a absteneros en adelante de continuar engañando a la gente. Tres días, en efecto, permanecieron los magos sin poder comer ni beber ni dormir, a causa de los terribles sufrimientos que sentían en sus carnes. A la mañana siguiente, o sea, en las primeras horas del día cuarto, Simón y Judas fueron a visitarlos y les anunciaron:

—El Señor no quiere que nadie le sirva a la fuerza. Desde este mismo momento quedaréis sanos; levantaos y marchaos de aquí; id a donde os plazca y haced lo que os pareciere.

Ni uno ni otro hechicero escarmentaron; al contrario, obtinados ambos en su maldad y procurando no dejarse ver de los apóstoles, se dedicaron a soliviantar contra ellos a los habitantes de Babilonia.

Pasado cierto tiempo ocurrió lo siguiente:

La hija de un general del ejército fornicó, quedó preñada, parió un hijo y explicó su caso diciendo que había sido atropellada y forzada por un diácono, hombre por cierto de muy santa vida. En cuanto nació la criatura, el general hizo prender al diácono con el propósito de darle muerte. Los apóstoles fueron a visitar a los padres de la recién parida y les preguntaron:

—¿Cuándo nació el niño?

El general y su mujer les respondieron:

—Esta misma mañana, a esto del amanecer.

Los apóstoles les dijeron:

—Traednos al recién nacido y al diácono.

El general hizo que trajeran al niño y al diácono y, en cuanto estuvieron en presencia de Judas y de Simón, éstos preguntaron a la criatura:

—Niño, dinos en nombre del Señor: ¿Es cierto que este diácono ha hecho con tu madre lo que ella asegura?

El niño inmediatamente contestó a la pregunta diciendo:

—Este diácono es un varon castísimo y santo; jamás mancilló su cuerpo con ninguna clase de impureza.

Entonces los padres de la joven suplicaron a los apóstoles que preguntaran al niño quién era el hombre que lo había engendrado, pero los apóstoles se negaron a formular tal pregunta diciendo:

—Nosotros hemos tratado de demostrar la inculpabilidad de este inocente, y lo hemos conseguido; pero no es misión nuestra colaborar de ninguna manera en el castigo que tramáis contra el que haya fornicado con vuestra hija.

Por entonces ocurrió este otro hecho: dos ferocísimos tigres escapados de sus jaulas devoraban a cuantas personas caían en sus garras. Los apóstoles fueron al encuentro de las terribles fieras, e invocando el nombre del Señor dejáronlas de repente tan amansadas, que más que tigres semejaban dos pacíficas ovejas.

Algún tiempo después Simón y Judas decidieron marcharse de Babilonia, pero, accediendo a las insistentes súplicas de las gentes, desistieron de su propósito, se quedaron en la ciudad y durante los quince meses siguientes que aún permanecieron en ella convirtieron al rey, a los magnates y a cuarenta mil personas más sin incluir en este número a los niños.

Entretanto, los dos magos de quienes antes hemos hablado, se trasladaron a una población llamada Samir en la que vivían setenta pontífices de los ídolos, y se dedicaron a predisponer a sus habitantes contra los apóstoles, incitándoles a que, cuando vinieran a predicarles su religión, los mataran si se negaban a ofrecer sacrificio en honor de los dioses.

Tras evangelizar toda la provincia, Simón y Judas se presentaron en Samir, y, en cuanto llegaron, los habitantes de esta ciudad se arrojaron sobre ellos, los prendieron y los llevaron a un templo dedicado al Sol; mas, tan pronto como los prisioneros penetraron en el recinto, los demonios, por medio de ciertos energúmenos, empezaron a decir a voces:

—¿A qué venís aquí, apóstoles del Dios vivo? Sabéis de sobra que entre vosotros y nosotros no hay nada en común. Desde que llegasteis a Samir nos sentimos abrasados por un fuego insoportable.

Acto seguido apareciose a Judas y a Simón un ángel del Señor y les dijo:

—Elegid entre estas dos cosas la que queráis: o que toda esta gente muera ahora mismo repentinamente, o vuestro propio martirio.

Los apóstoles respondieron:

—La elección ya está hecha. Pedimos al Dios misericordioso una doble merced: que conceda a esta ciudad la gracia de su conversión, y a nosotros el honor de morir mártires.

A continuación, Simón y Judas rogaron a la multitud que guardara silencio, y, cuando todos estuvieron callados, hablaron ellos y dijeron:

—Para demostraros que estos ídolos no son dioses, y que en su interior hay demonios agazapados, vamos a mandar a los malos espíritus que salgan inmediatamente de las imágenes en que permanecen escondidos, y que cada uno de ellos destruya la estatua que hasta ahora le ha servido de escondite.

Seguidamente los apóstoles dieron la orden anunciada, y en aquel mismo momento, de las dos estatuas que había en el templo salieron sendos individuos negros como etíopes y completamente desnudos; ambos diablos, en presencia de los asistentes, destrozaron las imágenes de cuyo interior salieron, y rápidamente escaparon de allí dando voces y alaridos. Mientras la gente, impresionada por lo que acababa de ver, permanecía muda de asombro, los pontífices paganos, irritados, se arrojaron sobre uno y otro apóstol y los despedazaron. En el preciso instante en que Simón y Judas murieron, el cielo, que hasta entonces había estado sereno y completamente despejado, se cubrió re-

pentinamente de nubarrones; en menos que se dice se organizó una terrible tormenta con gran aparato de relámpagos que cruzaban el espacio zigzagueando vertiginosamente, y de fragorosos truenos cuyos retumbos cuartearon las paredes del templo y produjeron el derrumbamiento parcial del edificio en tres partes diferentes del mismo; de pronto cayó un rayo en donde estaban Zaroen y Arfaxat y redujo a cenizas los cuerpos de ambos magos.

Cuando el rey tuvo noticia de que Simón y Judas habían sido martirizados, recogió sus cadáveres, los trasladó a la capital del reino y les dio sepultura en una magnífica y suntuosa iglesia que mandó construir en su honor.

En varios escritos se lee que san Simón murió crucificado. Eso mismo dicen Isidoro en su *Libro sobre la muerte de los Apóstoles,* Eusebio en su *Historia Eclesiástica,* Beda en su comentario a los *Hechos de los Apóstoles* y el maestro Juan Beleth en su *Suma.* Todos estos autores afirman que Simón primeramente predicó el Evangelio en Egipto, que después regresó a Jerusalén, que al morir Santiago el Menor, los otros apóstoles por unanimidad, lo nombraron obispo de esta ciudad, que al final de su vida y poco antes de su fallecimiento, resucitó simultáneamente y de una vez a treinta difuntos, y que a él y a este milagro se refieren estos versos:

«A tres docenas de muertos
ahogados entre las olas
devolvió la vida humana».

En las obras de los mencionados escritores se dice también que, cuando Simón contaba ya ciento veinte años de edad, muchos de los cuales los había empleado en regir la iglesia de Jerusalén, padeciendo durante ellos infinidad de injurias por parte de Atico, cónsul del emperador Trajano en esta ciudad, fue condenado por el referido cónsul a morir crucificado, y que el pueblo, que no comprendía cómo podía condenarse a un hombre de tan avanzada edad a un género de muerte tan cruel, protestó enérgica y masivamente contra tal sentencia. Sin embargo, otros muchos autores sostienen, y con razón, que quien murió crucificado siendo obispo de Jerusalén no fue este Simón, el apóstol, sino otro Simón, hijo de Cleofás, el hermano de José, como advierte certeramente Eusebio, obispo de Cesarea en su *Crónica,* y como posteriormente reconocieron el otro Eusebio, Isidoro y Beda; Isidoro y Eusebio en relatos más tardíos confesaron y rectificaron el error en que anteriormente habían incurrido, y Beda en sus *Retractaciones,* se lamenta de haberse equivocado a este respecto en sus primeros escritos. Usuardo, en su *Martirologio,* hace constar también que el Simón, obispo, crucificado en Jerusalén, fue el hijo de Cleofás.

Capítulo CLX

SAN QUINTÍN

Quintín, noble ciudadano romano, hallábase en Amiens predicando y haciendo muchos milagros, cuando el prefecto de esta ciudad, siguiendo órdenes de Maximiano, lo prendió, hizo que fuese azotado hasta que los verdugos quedaron exhaustos de fuerzas y lo encerró en la cárcel. Poco después de que fuese encarcelado, un ángel lo libró de sus prisiones. Quintín, en cuanto se vio en la calle, se dirigió a la plaza principal y en ella reanudó sus predicaciones al pueblo. Predicando estaba cuando fue nuevamente detenido y sometido a diferentes tormentos. Primeramente le aplicaron la tortura del potro, durante la cual le rompieron las venas; seguidamente lo flagelaron con varas; a continuación lo metieron en una caldera llena de grasa y de pez hirviendo. Todos estos padecimientos los soportó Quintín con tan valiente entereza que incluso cuando lo estaban friendo en la mencionada caldera tuvo humor para mofarse del prefecto, el cual, irritado, dispuso que le introdujeran en la boca guijarros, vinagre y mostaza; y como el prefecto advirtiera que también esta tortura la so-

portaba el santo con imperturbable paciencia, mandó que lo trasladaran a Vermandois, en donde por orden suya, tras atravesarle la cabeza, el cuerpo y las piernas hasta la altura de las rodillas con dos larguísimos clavos e introducirle diez tachuelas entre las uñas y los dedos de las manos, los verdugos lo degollaron y arrojaron su cadáver al río.

Cincuenta y cinco años permaneció el cuerpo del mártir sepultado bajo el agua; mas al cabo de tan prolongado tiempo fue recuperado de la siguiente manera: cierta noche un ángel se apareció a una noble y piadosísima señora que vivía en Roma consagrada casi exclusivamente a la oración; orando precisamente estaba en el momento en que el ángel se presentó ante ella y le dijo:

—Ve cuanto antes a Vermandois; sumergido bajo el agua, en tal lugar del río, yace incorrupto el cuerpo de san Quintín; recupéralo y entiérralo honorablemente.

La noble dama, obediente al mandato del ángel y acompañada por una numerosa multitud de personas, emprendió inmediatamente el viaje; al llegar al sitio que se le había indicado, se postró en oración. En seguida de que ella comenzara a orar, sus acompañantes vieron cómo de entre las aguas emergía el cuerpo incorrupto del santo y quedaba flotando en la superficie del río; y advirtieron que el ambiente se impregnaba de exquisita fragancia. La piadosa señora hizo que el santo cuerpo fuese rescatado, y sepultado en un lugar de las cercanías; y que en aquel mismo lugar se edificara a sus expensas una iglesia. Esta mujer era ciega, pero en premio de la buena obra de haber dado sepultura al bienaventurado mártir recobró la vista; y, cuando terminó la edificación del templo que había mandado construir en honor de san Quintín, regresó a su casa de Roma.

Capítulo CLXI

SAN EUSTAQUIO

Eustaquio, llamado primeramente Plácido, general de los ejércitos del emperador Trajano, aunque idólatra de religión, era muy dado a hacer obras de misericordia. Estuvo casado con una mujer, pagana como él, pero dispuesta también en todo momento a socorrer generosamente a los necesitados. Dos hijos tuvo con ella y a los dos los educó esmeradamente, a tono con la magnificencia del ambiente en que su familia se movía, por exigencias de su elevada condición social. Más adelante, Plácido recibió el premio que su misericordioso comportamiento con el prójimo merecía, alcanzó la gracia de salir del error en que estaba, y fue colocado por Dios en el camino que conducía a la verdad. Las cosas ocurrieron del modo siguiente:

Un día, hallándose cazando con algunos amigos, él y sus compañeros vieron una manada de ciervos. Uno de éstos, que destacaba entre los demás por su corpulencia y hermosura, apartóse de pronto del resto del rebaño, echó a correr rapidísimamente en dirección a una selva intrincada, y desapareció entre la espesura. Todos los cazadores se lanzaron en persecución de la manada, menos Plácido, que, separándose de ellos, se fue tras de la vistosa res que se había refugiado en el bosque; sumamente interesado en capturarla, la buscó entre los matorrales, la acosó tenazmente y, al cabo de cierto tiempo, vióla encaramada en lo alto de una roca. Entonces procuró acercarse con suma cautela al animal, y cuando lo tuvo al alcance de su arco y lo miraba atentamente y discurría acerca de la manera en que dispararía para no errar, vio que el hermoso ciervo tenía entre su cornamenta una imagen de Jesús Crucificado, de la que procedían rayos luminosos más brillantes que los del sol. Estupefacto quedó el cazador ante aquel extraño fenómeno, pero mayor aún fue su sorpresa cuando aquella imagen de Jesucristo habló por la boca del ciervo, como Dios en otro tiempo había hablado por la de la burra de Balaám, y le dijo: «Plácido, ¿por qué me persigues? Me he presentado ante ti bajo la apariencia de este ciervo porque quiero ayudar-

te. Soy Cristo. Aunque no me conoces, hace años que vienes honrándome y obsequiándome. Tus limosnas a los pobres han llegado hasta mí. Por eso he salido hoy a tu encuentro de esta manera y he preparado esta estratagema; sabía que tú intentarías cazarme, creyendo que cazabas un ciervo; pero voy a ser yo quien te cace a ti».

Algunos autores refieren esta escena con una pequeña variante: las anteriores palabras no habrían sido pronunciadas por el ciervo, sino por la imagen de Cristo que el animal llevaba entre su cornamenta.

Plácido, al oír lo que acababa de oír, se asustó tanto que perdió el conocimiento, se cayó del caballo, y permaneció una hora tendido en el suelo, desmayado; y cuando volvió en sí de su desmayo, se puso en pie y dijo:

—¡Señor! Aclárame lo que me has manifestado para que pueda creer en ti.

El Señor entonces le habló de nuevo y le dijo:

—Plácido, yo soy Cristo. Yo creé el cielo y la tierra; yo hice brotar la luz de entre las tinieblas y la separé de ellas; yo produje el tiempo y lo organicé en días y en años; yo formé al hombre del barro de la tierra y me encarné y vine al mundo a salvar al género humano, y fui crucificado y morí y fui sepultado y tres días después resucité.

Plácido, en cuanto oyó esta aclaración de Cristo, postróse en tierra y exclamó:

—¡Oh Señor! Creo que tú eres el creador de todas las cosas y creo también que pones en buen camino a los descarriados.

—Si de verdad crees eso, —respondió Jesús—, preséntate al obispo de la ciudad y pídele el bautismo.

—¿Quieres, Señor —inquirió Plácido—, que refiera lo que me ha ocurrido a mi esposa e hijos para que también ella y ellos crean en ti?

Cristo le contestó:

—Sí; cuéntales todo esto para que se bauticen y queden limpios al mismo tiempo que tú, y vuelve mañana a este mismo sitio; aquí me verás de nuevo y te anunciaré cuanto en adelante va a sucederte.

Plácido regresó a su casa. Aquella misma noche, estando ya en el lecho acostado con su esposa, contóle a ésta lo que le había pasado; y, cuando terminó su relato, su mujer, conmovida, exclamó:

—¡Oh mi esposo y señor! También yo tengo que comunicarte a ti algo; escucha: anteanoche, mientras dormía, vi en sueños a alguien que se acercaba a mi y me decía: «Mañana, tú, tu marido y vuestros hijos vendréis a mí». Entonces no supe quién era el que me hablaba; pero ahora, tras oír lo que me has contado, ya no me cabe duda: quien me hizo semejante anuncio fue el mismo Jesucristo que ha hablado contigo.

Acto seguido, pese a que era medianoche, Plácido y su esposa levantáronse de la cama, despertaron a sus hijos y los cuatro se dirigieron a casa del obispo y le pidieron el bautismo. El obispo, exultante de gozo, los bautizó y les cambió sus nombres por otros: a Plácido le impuso el de Eustaquio, a su esposa el de Teóspita, a un hijo el de Agapito y al otro el de Teóspito.

A la mañana siguiente Eustaquio fue a cazar con los mismos compañeros y al mismo sitio que el día anterior, y al llegar a determinado lugar distribuyó a los cazadores, señalando a cada uno el puesto que debería ocupar, con el pretexto de que así convenía para el buen resultado de la cacería. Después él se internó en el bosque y se dirigió hacia la roca en que la jornada precedente había ocurrido la aparición que ya conocemos y nada más llegar vio sobre ella al ciervo tal y como lo viera el día antes; al verlo, Eustaquio postróse en tierra y exclamó:

—¡Señor! ¡Te suplico que me digas lo que ayer anunciaste que ibas a declarar a tu siervo!

Cristo habló y dijo:

—¡Oh bienaventurado Eustaquio! ¡Sí! ¡Bienaventurado! Bienaventurado porque ya estás lleno de mi gracia; porque ya ha sido lavada tu alma con las aguas regeneracionales del bautismo; porque ya venciste al demonio que hasta ahora te había tenido engañado; porque ya conculcaste el poder que ejercía sobre ti el maligno; y porque de ahora en adelante la fe resplandecerá en tu vida. Pero ten en cuenta esto: el diablo, rabioso porque lo has abandonado, se revolverá contra ti como una fiera. Tendrás, pues, que combatir mucho y muy duramente para alzarte con lo corona de la victoria. Te aguardan pruebas difíciles y deberás soportarlas con fortaleza; perderás la alta posición que actualmente tienes en este mundo de vanidades; aparecerás humillado ante la gente; pero no te preocupes por esto; yo te aseguro que a cambio de las humillaciones que te esperan recibirás el alto galardón de muy cuantiosas riquezas espirituales. Cuando cual otro Job te veas asaltado por violentas tentaciones, sé valiente; no te dejes dominar por la añoranza de las anteriores glorias humanas; cuando hayas llegado al límite del abatimiento, yo

vendré a ti, te sacaré de tu penosa situación y te devolveré los honores perdidos. ¿Quieres que las tribulaciones que acabo de anunciarte comiencen ya, o prefieres que las aplacemos hasta el final de tu vida?

Eustaquio respondió:

—¡Señor! Si a tu juicio es mejor que mis sufrimientos comiencen ahora mismo, dispuesto estoy a que ahora mismo comiencen; sólo te pido una cosa: que para poder soportarlos armes mi espíritu con la virtud de la paciencia.

Entonces Cristo le dijo:

—Sé fuerte y perseverante. Mi gracia custodiará vuestras almas.

Dicho esto, el Señor desapareció y subió al cielo.

Cuando Eustaquio regresó a su casa refirió a su esposa lo que Jesús le había comunicado.

Muy pocos días después de esto y en breve espacio de tiempo, murieron todos sus siervos y siervas, víctimas de una terrible epidemia que contrajeron. Unas fechas más tarde murieron también repentinamente, a causa de otra peste que surgió entre los animales, sus caballos y el ganado que poseía. Viendo que la desgracia se había cebado en aquella familia, seguidamente, una noche unos cuantos desalmados asaltáronle la casa, robaron el oro, la plata, los comestibles, las ropas, los enseres de todo género que en ella había y dejaron a sus moradores en tal situación de indigencia, que éstos, al quedarse sin nada que llevarse a la boca y sin prendas con que cubrir su desnudez, aquella misma noche, antes de que amaneciera, para evitar la vergüenza pública, abandonaron su desvalijada vivienda y huyeron en dirección a Egipto.

El rey y los senadores, cuando tuvieron noticia de las calamidades que habían caído en tromba sobre aquel general de los ejércitos imperiales tan valeroso y esforzado, y sobre todo, cuando se enteraron de que él, su esposa y sus hijos habían desaparecido y de que por más que se les buscaba no se lograba dar con su paradero, se apenaron profundamente.

Los cuatro figutivos, la misma noche en que abandonaron su domicilio, llegaron antes del alba a la orilla del mar, y al ver que había allí un navío que en aquellos momentos se disponía a zarpar, hablaron con el patrón de la nave, consiguieron que éste los permitiera subir a bordo y, en cuanto subieron, el barco emprendió su ruta. Apenas habían iniciado la navegación, el patrón de la nave se fijó en la esposa de Eustaquio y, viéndola tan hermosa, se enamoró de ella y comenzó a maquinar cómo se las arreglaría para seducirla y disfrutar de se extraordinaria belleza. Agitado por sus torpes deseos, un día, cuando ya llevaban cierto tiempo navegando, el susodicho patrón se acercó a Eustaquio y le exigió que le abonara entonces mismo el importe de la travesía de él y de su familia. Como Eustaquio le respondiera que no tenía con qué pagarle, el patrón le replicó:

—Sí tienes con qué pagarme; puedes saldar esta cuenta entregándome a tu esposa.

Eustaquio, naturalmente, se negó a aceptar la propuesta del patrón. Este, durante varias jornadas, insistió en sus pretensiones; mas luego, pensando en que no lograría gozar a su antojo de la hermosa mujer si previamente no se deshacía del marido, dio secretamente órdenes a sus marineros de que, cuando estuvieran en alta mar, en determinado momento arrojaran a Eustaquio al agua. Vino Eustaquio a enterarse de lo que el patrón tramaba y, como éste ya tenía secuestrada su esposa, en vista de que no le quedaba más remedio que dejarla en poder de su secuestrador, sumido en profunda tristeza desembarcó con sus dos hijos en un lugar solitario de la costa, y al desembarcar díjoles gimiento y llorando:

—¡Ay de mí, y de vosotros, hijos míos! ¿Qué será de vuestra madre en manos de ese bárbaro esposo que de ella se ha apoderado por la fuerza?

Caminando por aquella desconocida tierra llegaron a la orilla de un río muy caudaloso. Como Eustaquio se dio cuenta de que no podía cruzarlo llevando a sus dos hijos simultáneamente sobre sus espaldas, cargó a uno de ellos en sus hombros, atrevesó la corriente, ganó la ribera, lo depositó en tierra y a toda prisa se lanzó nuevamente al agua para transportar de la misma manera al que había dejado en la otra orilla; mas cuando se hallaba hacia la mitad del anchuroso cauce que estaba cruzando, al volver la vista hacia atrás vio cómo un lobo se apoderaba del niño que acababa de transportar y a toda carrera se lo llevaba en la boca y se internaba en una intrincada selva. Perdida la esperanza de recuperar a la infeliz criatura, apresuróse a llegar al lado del río hacia el que se dirigía para transportar al segundo de los niños, pero tampoco le fue posible hacer lo que pretendía, porque antes de que llegara a donde lo había dejado, vio con espanto cómo un león apresaba al pequeño entre sus dientes y se lo llevaba en dirección contraria. Entonces Eustaquio, sintiéndose impotente

para perseguir a la fiera, quedóse parado en medio del cauce y comenzó a llorar y a mesarse los cabellos con tal desesperación que se hubiese quitado la vida sumergiéndose voluntariamente bajo el agua de no haber venido en su socorro la divina Providencia quitándole aquella idea de la cabeza.

En cuanto a sus hijos, he aquí cómo dispuso Dios que se salvaran. Unos pastores que estaban en el campo, viendo correr a un león con un niño entre sus fauces, persiguiéronlo con la ayuda de sus perros, y la fiera, al verse acosada, soltó a la criatura y continuó huyendo. Algo parecido ocurrió con el otro; unos cuantos agricultores que se hallaban arando unas tierras al otro lado del río, al ver a un lobo con un niño en su boca corrieron tras el animal y le obligaron a soltar su presa. Pastores y labriegos eran del mismo pueblo y a él unos y otros llevaron a los pequeños que habían conseguido salvar. De ese modo, ambos hermanos, amparados por sus respectivos protectores, fueron, pues, a parar a la misma aldea.

Convencido Eustaquio de que los dos niños habían perecido, caminaba de un sitio a otro, errante, triste, llorando y diciendo: «¡Ay de mí! ¡Árbol frondoso fui en otro tiempo! ¡En cambio, ahora me encuentro sin hojas, seco, y despojado de cuanto tenía! ¡Hasta hace poco viví rodeado de soldados, y al presente carezco hasta de la compañía de mis hijos! Me anunciaste, Señor, ¡bien lo recuerdo!, que sería probado como Job; pero ¿no es acaso cierto que mis tribulaciones superan a las que él padeció? Verdad es que a los dos nos quitaron la hacienda; pero él tuvo a su disposición un estercolero en el que se tendía, y yo no tengo ni siquiera eso; él conservó a sus antiguos amigos, que acudían a verle y le compadecían; ¿quién, empero, se ha acercado a mí?; ¡dos fieras, para robarme a mis dos pequeñuelos! ¡A él le dejaron su esposa y a mí me la arrebataron! ¡Pon fin, Señor, a mis penalidades! ¡Pon un candado a mi boca, porque noto que mi corazón me empuja a decir lo que no debo, y si lo digo te verás precisado a arrojarme lejos de ti!».

Gimiendo y lamentándose del modo referido, después de mucho caminar, al cabo de cierto tiempo pasó casualmente frente a una granja, pidió trabajo, se lo dieron y en ella permaneció quince años desempeñando el oficio de gañán. Entretanto sus hijos, sin darse cuenta de que eran hermanos, crecieron en un mismo pueblo. Dios protegió a la esposa de Eustaquio; el hombre que se había apoderado de ella, murió sin haberse atrevido a tocarla.

El emperador y el pueblo de Roma echaron mucho de menos al general de los ejércitos imperiales. Cada vez que tenían problemas con sus enemigos, y los tenían muy frecuentemente, acordábanse de Plácido, de su valentía, de las numerosas veces que había peleado y obtenido importantes victorias para el Imperio, y continuaban comentando con sincera tristeza las desgracias e infortunios que repentinamente llovieron sobre él; y, en su deseo de recuperar a tan notable estratega enviaron en su búsqueda por todas las tierras expediciones de soldados con facultades para prometer en nombre del emperador cuantiosas riquezas e insignes honores a quienes diesen noticias certeras que permitiesen localizarle. Dos de tales soldados que habían militado algún tiempo a las órdenes directas de Plácido fueron a dar a la granja en que su antiguo jefe prestaba a la sazón sus servicios; mas, poco antes de que llegaran, cuando ya estaban a corta distancia de ella, Eustaquio, que regresaba en aquel momento del campo de realizar sus faenas agrícolas, los vio desde lejos, los reconoció por su manera de andar y por sus ademanes, y al verlos y reconocerlos y recordar su perdida dignidad anterior, turbóse repentinamente su alma; mas luego se serenó y mentalmente habló con Dios y le dijo: «¡Señor! Nunca creí que volvería a ver a estos dos hombres, súbditos míos en otro tiempo. Tú, que has permitido que vuelva a verlos, haz que algún día pueda ver de nuevo a mi esposa; de mis hijos nada te digo, puesto que no me cabe la menor duda de que fueron devorados por las fieras que se apoderaron de ellos». En respuesta a esta oración, inmediatamente oyó en su conciencia una voz que le decía: «Eustaquio, ten confianza; dentro de poco recuperarás tu antigua situación y te reunirás con tu esposa y con tus hijos». Al poco rato se cruzó con los soldados, quienes sin reconocerle le saludaron y le preguntaron si conocía a un forastero llamado Plácido, casado y padre de dos hijos. Eustaquio les respondió que no; pero los invitó a que le acompañasen hasta la granja, y al llegar a ella les ofreció alojamiento y los atendió con suma cordialidad. Recordando su antigua prosperidad, no podía contener las lágrimas; por eso, y para disimular la tristeza que le embargaba, salió de la estancia en que acababa de acomodarlos, se lavó los ojos y tornó luego para servirles en lo que necesitaran.

Mientras él adecentaba la dependencia en que los había alojado, los soldados le miraban atentamente, y al cabo de un rato, uno de ellos, en voz queda dijo al otro:

—¡Cómo se parece este hombre al que andamos buscando!

—Sí —respondióle el otro en el mismo tono—; ya yo lo había notado; su parecido con el general es enorme; procuremos adivinar si tiene una cicatriz en la cabeza, porque Plácido tenía una procedente de una herida recibida en un lance de guerra; si éste también la tiene, podemos afirmar que es nuestro antiguo jefe.

Fijándose ambos atentamente en el gañán, descubrieron la cicatriz, y en cuanto la descubrieron, llenos de alegría se abrazaron a él, le besaron en el rostro y le preguntaron por su mujer y sus hijos.

—Mis hijos murieron y mi esposa fue secuestrada, respondióles Eustaquio.

Descubierta la verdadera identidad del supuesto gañán, cuantos moraban en la granja acudieron rápidamente, como si se tratara de asistir a un espectáculo, a escuchar las maravillas que de su antiguo jefe contaban los dos soldados, los cuales, tras hacer saber al general que tenían órdenes del emperador de llevarlo con ellos a Roma, le procuraron ropas de óptima calidad, lo vistieron como convenía a su rango y emprendieron con él su regreso. Quince días tardaron en llegar a la capital del Imperio. Enterado el emperador Trajano de que Plácido había sido hallado, de que venía hacia Roma y de que ya estaba muy cerca de la ciudad, salió a su encuentro y, en cuanto lo divisó, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó infinidad de veces. Eustaquio refirió al emperador y a los senadores cuanto le había ocurrido desde que los ladrones desvalijaron su casa hasta que los soldados le hallaron. Terminado su relato, Trajano le comunicó que desde aquel mismo momento se considerase investido de su anterior dignidad, y le obligó a aceptar el cargo de jefe supremo de los ejércitos imperiales.

En seguida de reasumir su antiguo oficio dióse cuenta Eustaquio de que los efectivos militares con que contaba el Imperio en aquellas circunstancias eran insuficientes para enfrentarse a los numerosos enemigos de Roma, y entendiendo que era preciso potenciar dichos efectivos, mandó hacer una leva por ciudades y pueblos e indicó el número de hombres que había que reclutar en cada localidad del Imperio. Comforme al edicto de reclutamiento promulgado por él, el lugar en que se habían criado sus dos hijos tenía que proporcionar al ejército dos soldados. Los vecinos de dicho lugar, unánimemente aconsejaron a los agentes del alistamiento que si querían incorporar a filas a dos combatientes verdaderamente aguerridos, inscribieran en sus listas los nombres de aquellos dos jóvenes, porque eran mucho más valientes que cualesquiera otros del pueblo.

Cuando Eustaquio vio a los dos nuevos reclutas tan bien plantados y conoció su valor y sus buenas costumbres, sintióse tan gratamente impresionado que los destinó a su servicio personal. Poco después salió para la guerra y se los llevó consigo. A raíz de una importante victoria obtenida tras dura batalla sobre sus enemigos, concedió a sus tropas tres días de descanso en un campamento montado precisamente en el lugar en que su esposa tenía una modestísima posada, en la cual, porque así lo quiso la divina Providencia, correspondióles alojarse a los dos jóvenes. Estos, la misma mañana en que llegaron al mesón, completamente ajenos a la idea de que la mesonera fuese su madre, entretuvieron el tiempo que faltaba para la hora de la comida hablando entre sí y recordando cosas de sus respectivas infancias. La mesonera, sentada a corta distancia de ellos, con curiosidad femenina prestó atención a la conversación de los soldados. Durante la charla, el que parecía mayor de los dos dijo a su compañero.

—He aquí lo único que recuerdo de mi niñez: mi madre era muy hermosa; mi padre mandaba en todo el ejército; yo era el mayor de los dos hijos que mis padres tuvieron; mi otro hermanito era muy guapillo; una noche mi padre y mi madre nos tomaron en sus brazos, salimos los cuatro de casa y nos embarcamos en una nave; pero ni sé dónde embarcamos ni a dónde fuimos; luego desembarcamos mi padre, mi hermano y yo, pero no mi madre, que se quedó en el barco; nunca supe por qué ella no desembarcó con nosotros; después que dejamos la nave, mi padre nos tomó en brazos a mi hermano y a mí y comenzó a caminar llorando; al llegar junto a un río, mi padre me dejó a mí sentado en el suelo a cierta distancia de la orilla, y seguidamente se metió en el agua llevando sobre sus hombros a mi hermano, y al llegar a la orilla opuesta, dejóle también a él sentado sobre la hierba, se metió nuevamente en el río y empezó a nadar en dirección a donde a mí me había dejado; en esto, yo, desde donde estaba, vi cómo un

lobo se apoderaba de mi hermano y con él en la boca salía corriendo; y un momento después, antes de que mi padre acabara de cruzar la corriente, un león procedente de un bosque próximo hizo conmigo lo que el lobo había hecho con mi hermanito: cayó sobre mí, me asió no sé cómo, emprendió una veloz carrera y se metió en la selva vecina; al poco rato unos pastores me libraron del león y me condujeron a la granja en que desde entonces he vivido. ¿Qué fue de mi hermano y de mi padre? Ni lo sé ni lo he sabido nunca.

En oyendo esto, el otro soldado se echó a llorar y dijo:

—¡Bendito sea Dios! De tu relato deduzco que tú y yo somos hermanos; porque los hombres que me han criado más de una vez me han contado que cuando yo era muy pequeñito fui librado por ellos de las fauces de un lobo que se había apoderado de mí.

Con incontenible emoción, sollozando, ambos soldados se abrazaron y besaron durante largo rato.

La mesonera, que ya había comenzado a intrigarse al oír la relación que el primero de los soldados hizo a su compañero, porque algunas circunstancias coincidían con las de su propio caso, quedó sumamente preocupada al conocer el final de la historia de la infancia de ambos; y como no se le iba de la cabeza la idea de que acaso aquellos dos jóvenes fuesen sus propios hijos, al día siguiente se presentó ante el jefe del ejército acampado y le dijo:

—Señor, ayúdame, por favor, a regresar a mi tierra. Yo soy de Roma. Si estoy aquí es debido a ciertas peripecias que me ocurrieron...

No pudo continuar lo que iba a decir. De repente se calló, porque al mirar detenidamente al militar con quien estaba hablando y advertir que algunos de sus gestos y detalles fisonómicos coincidían con los de su marido, quedó suspensa observándole, y en seguida, sin poder evitarlo, se arrojó a los pies del general y en tono suplicante exclamó:

—¡Señor! Dime quién eres; cuéntame algo de tu vida; mi corazón parece decirme a gritos que tú eres el mismo que en tiempos pasados ejerció el cargo de jefe supremo de los ejércitos imperiales y se llamó Plácido hasta que el Salvador lo convirtió. Cuando se hizo cristiano, cambió el nombre de Plácido por el de Eustaquio y poco después comenzó a padecer innumerables tribulaciones, entre otras la de perderme a mí, que fui su esposa hasta que un hombre malvado, en cuyo barco viajábamos por el mar, me secuestró para mancillar mi honra, cosa que no consiguió porque Dios acudió en mi ayuda y me sacó de las manos del infame secuestrador pura y limpia. Yo tuve con mi marido dos hijos que se llamaron uno Agapito y otro Teóspito...

Mientras la mesonera hablabla, Eustaquio se fijaba en ella y como, tanto por sus facciones cuanto por lo que decía en seguida la reconociera, sin aguardar a que acabara de relatar su historia, arrojóse llorando en sus brazos, y mientras la abrazaba daba gracias a Dios que tan benignamente sabe consolar a los afligidos. Ansiosamente la esposa preguntó a su marido:

—Mi señor, ¿dónde están nuestros hijos?

El esposo le respondió:

—Ya no viven. Poco después de que desembarcáramos fueron devorados por unas fieras.

Seguidamente Eustaquio refirió a su mujer cómo había ocurrido aquella desgracia; mas, antes de que terminara su relato, la esposa, sin dejarle continuar, exclamó alborazada:

—¡Demos gracias a Dios! El nos ha hecho la merced de que nosotros nos hayamos encontrado y El también nos concederá la dicha de que no tardando los hallemos a los dos vivos y sanos.

—Te he dicho —insistió Eustaquio— que ambos murieron devorados por unas fieras.

—Y yo te digo —replicóle ella— que tengo fundadas sospechas de que viven y están muy cerca de aquí. Escucha esto: ayer, estando yo sentada en el huerto de mi casa, oí la conversación que entre sí mantenían dos jóvenes; hablaban de cosas de su infancia, y de lo que dijeron deduzco con sólido fundamento que son nuestros hijos. Ve a verlos inmediatamente, pregúntales sobre su pasado; ellos te contarán su vida y, una vez que te la hayan contado, tú mismo sacarás las consecuencias.

Habló Eustaquio con los dos soldados; y, en efecto, en cuanto le refirieron los recuerdos que tenían de su niñez, quedó convencido sin sombra de duda de que aquellos dos apuestos jóvenes eran sus hijos. La emocionante escena que entonces tuvo lugar es inenarrable; el padre y la madre a la vez se arrojaron sobre los dos soldados, los estrecharon entre sus brazos y abrazándolos y besándolos tiernamente y llorando permanecieron largo rato. Todo el ejérctio dio rienda suelta a su alegría

y celebró con manifestaciones de verdadero entusiasmo el simultáneo encuentro de los cuatro miembros de la familia, y al mismo tiempo la señalada victoria que días antes habían obtenido sobre el enemigo.

Cuando regresaron a Roma se enteraron de que Trajano había muerto y de que ocupaba su trono Adriano, hombre aún más cruel que su antecesor; no obstante, el nuevo emperador, para celebrar los dos felices acontecimientos, es decir, el de la victoria obtenida por el jefe de sus ejércitos sobre los bárbaros, y el de que el general vencedor hubiese encontrado a su familia, dispensó a Eustaquio, a su esposa y a sus hijos un magnífico recibimiento; organizó inmediatamente un suntuoso banquete en honor de ellos y dispuso que al día siguiente, en un acto de culto colectivo, se dieran gracias a los dioses por uno y otro suceso.

Al día siguiente, en efecto, se procedió a la celebración de los cultos programados. Estando en el templo, Eustaquio se abstuvo de ofrecer sacrificios a los ídolos, tanto por uno como por el otro motivo, a pesar de que Adriano reiteradamente le invitara a hacerlo, y como el emperador le insistiera en que manifestara públicamente su agradecimiento a los dioses protectores del imperio, el general le respondió:

—Yo soy cristiano; mi Dios es Cristo. A Cristo adoro y a Cristo es a quien ofrezco sacrificios.

Indignado Adriano condenó a Eustaquio, a su esposa y a sus hijos a morir despedazados por las fieras en el circo.

Colocaron, pues, a los cuatro miembros de la familia en la arena de la pista; abrieron la jaula de un león, salió la fiera, corrió lanzada hacia ellos, mas en cuanto llegó a donde estaban, paróse en seco, los miró, bajó mansamente la cabeza, permaneció durante un rato en esta actitud, cual si los adorara, se dio media vuelta, comenzó a caminar lentamente hacia la jaula y espontáneamente se metió en ella.

En vista de este resultado el emperador mandó que encerraran a las cuatro víctimas en el interior de un buey de bronce y que prendieran fuego al artefacto. Cuando los conducían hasta el buey, los cuatro caminaron hacia el tormento encomendándose a Dios, y al llegar a donde el buey estaba, penetraron animosos en su interior, y dentro de él entregaron sus almas al Señor. Tres días después en presencia de Adriano, procedióse a la extracción de sus cuerpos, y al extraerlos los cuatro estaban tan enteros y vestidos que ni sus cabellos ni sus ropas presentaban la más leve chamuscadura. Los cristianos se hicieron cargo de ellos y los enterraron en un privilegiado lugar sobre el que construyeron inmediatamente después un templo en su honor.

Estos cuatro mártires inmolaron su vida según unos el 20 de septiembre y según otros el primero de noviembre, en tiempos del emperador Adriano, que comenzó a reinar hacia el año 120 del Señor.

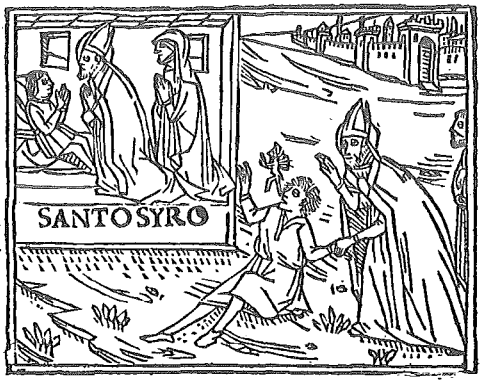
Capítulo CLXII

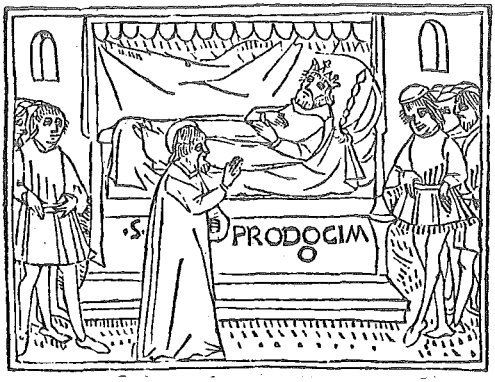
TODOS LOS SANTOS

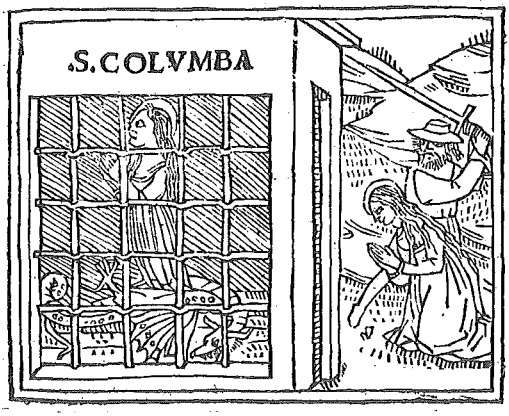
Parece ser que en la institución de esta fiesta en honor de Todos los Santos influyeron cuatro motivos: primero, la dedicación a ellos de cierto templo pagano; segundo, el deseo de suplir inevitables omisiones; tercero, la intención de reparar posibles negligencias; cuarto, la idea de proporcionar a nuestras oraciones mayor fuerza impetratoria.

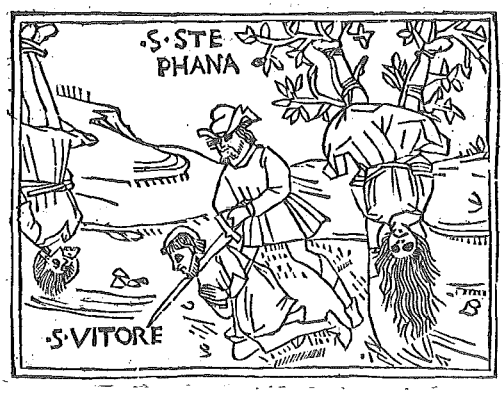
I. Primer motivo: La dedicación de cierto templo pagano.

Una vez que los romanos lograron extender su dominio sobre todas las tierras del mundo, procedieron a construir en Roma un templo suntuoso. En su interior y en el centro del mismo erigieron una estatua en honor de su propio dios, y en torno a ella colocaron las imágenes de los dioses respectivos de cada una de las provincias que constituían su inmenso territorio colonial. Las efigies de los ídolos protectores de cada provincia fueron situadas circularmente, alrededor de la estatua del dios de Roma, de tal manera que pareciese que todas ellas miraban y se subordinaban al ídolo tutelar de la capital del Imperio. Decíase entre las gentes del pueblo que, cuando alguna provincia se sublevaba contra la autoridad de Roma, inmediatamente y por arte diabólica, la imagen que en el templo central la representaba, no sólo dejaba de mirar a la estatua del dios de la metrópoli, sino que volvíale la espalda, para dar a entender que ni ella reconocía ya la supremacía del dios de Roma, ni la nación que tutelaba continuaba aceptando la soberanía del emperador. Este gesto servía de aviso a las autoridades imperiales, puesto que, tan pronto

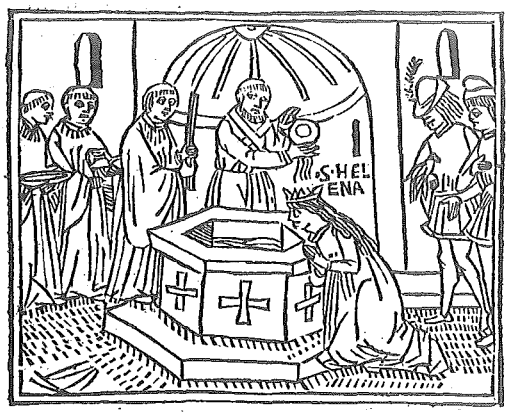

SANTO SYRO


·S·
PRODOCIM


·S. COLVMBA


·S·STE
PHANA
·S·VITORE

·S·REPARATA
S·REPA
RATA


·S·HEL
ENA

como se advertía que alguna efigie había cambiado de postura, los ejércitos poderosos del Imperio salían rápidamente hacia la provincia representada por tal imagen y conseguíase dominar la sublevación antes de que pudiese alcanzar proporciones mayores.

No contentos los romanos con tener en el templo mencionado imágenes de los dioses protectores de cada una de las provincias, decidieron edificar en la ciudad de Roma templos individuales en honor de cada uno de esos ídolos, para mantenerlos propicios, evitar que se enojaran, y conseguir por su mediación que las naciones tuteladas por ellos se conservasen fieles y sumisas al emperador. Cuando ya llevaban construidos muchos de esos templos, advirtieron que resultaba prácticamente imposible edificar tantos como provincias constituían el inmenso Imperio; abandonaron, pues, la complicada tarea y, movidos por su loco fanatismo y por su afán de ostentación, modificaron su anterior plan y decidieron construir no edículos individuales, sino un templo imponente, superior en proporciones y magnificencia a cualquier otro templo del mundo, y darle el nombre de *Panteón,* es decir, de *todos los dioses,* puesto que panteón es palabra compuesta de *pan,* que significa todos, y de *theon* que equivale a dioses. Para que la opinión pública acogiese favorablemente tan descabellado proyecto, los pontífices de los ídolos se encargaron de engañar a la gente propalando la especie de que la idea no había salido de la cabeza de los sacerdotes, sino de la de Cibeles, la madre de todas las divinidades, la cual había hecho saber a los dirigentes del Imperio que, si querían conservar su dominio universal y obtener victorias en las batallas, era menester que edificaran un templo colosal en honor de todos sus hijos. A fin de que la estructura del edificio simbolizara la eternidad, atributo de los dioses, decidieron dar al templo forma esférica.

No les resultó demasiado complicado construir el hemisferio inferior, o sea, desde la base hasta la línea o paralelo central; las dificultades serias surgieron cuando iniciaron la construcción del hemisferio superior correspondiente a la gigantesca bóveda que les quedaba por levantar, puesto que, al tratar de colocar los materiales con que pretendían formarla, éstos no se sostenían y se les caían. Para resolver el imprevisto problema recurrieron a la siguiente estratagema: rellenaron de tierra todo lo hasta entonces construido y cuanto iban construyendo, metieron entre la tierra del relleno infinidad de monedas, y así consiguieron terminar la obra; concluida ésta, había que extraer de la colosal esfera la ingente cantidad de tierra utilizada como relleno; para este arduo trabajo ya tenían prevista solución: mediante un bando se hizo saber al pueblo que toda persona que acudiese a sacar tierra del templo quedaba facultada para quedarse con el dinero que hallare entre la tierra que hubiere extraído. Ante semejante anuncio la gente acudió en masa a sacar tierra del edificio y se entregó a esta tarea tan afanosamente que al cabo de poco tiempo el templo quedó vacío del relleno que había servido para su construcción.

Una vez que la gigantesta esfera estuvo interiormente limpia, los romanos colocaron sobre su polo superior otra, confeccionada con oro y bronce, en cuya superficie, según se cuenta, reprodujeron en relieve el mapa de todas las provincias del Imperio, con tan admirable pericia que, quienquiera que viniese a Roma desde cualquier lugar del mundo, con sólo mirar las grabaciones de aquel globo terráqueo podía saber hacia dónde quedaba su propia nación y qué posición ocupaba en relación con las demás naciones. Esta segunda esfera muchos años después se derrumbó y produjo en la parte superior del templo un boquete que todavía subsiste.

En tiempos del emperador Focas, cuando ya Roma había aceptado la fe cristiana, el sumo pontífice Bonifacio, que fue el cuarto papa después de san Gregorio Magno, pidió al mencionado Focas que sacara del referido edificio todas la imágenes de los ídolos y cuantos símbolos recordaban su anterior destino, y un doce de mayo, hacia el año 605, convirtió lo que anteriormente había sido templo pagano en templo cristiano, consagrándolo y dedicándolo a la Virgen bendita y a todos los mártires, dándole el nuevo título oficial de *Santa María, Señora de los Mártires,* nombre que posteriormente el pueblo, en su lenguaje corriente, trocó por el actual de *Santa María de la Rotonda.* Conviene advertir que cuando se hizo esta dedicación no se había introducido aún en la Iglesia la costumbre de honrar con actos de culto a los confesores.

Como era muchísima la gente que todos los años acudía a Roma para celebrar esta nueva solemnidad, y como en el mes de mayo resultaba sumamente difícil tener la ciudad suficientemente abastecida de la ingente cantidad de víveres que la

numerosa concurrencia de forasteros demandaba, otro papa, llamado también Gregorio, dispuso que en adelante esta fiesta se celebrase el primer día de noviembre, fecha más conveniente, porque en noviembre, al estar ya recolectadas las mieses y efectuada la vendimia, Roma disponía de provisiones suficientes para abastecer a los peregrinos.

El referido papa, en el mismo decreto en que ordenó el traslado de la susodicha festividad, ordenó también que a partir de entonces se hiciese conmemoración de la misma no sólo en Roma, sino en el mundo entero.

Así fue como un templo originariamente edificado en honor de *todos los ídolos* y en el que durante muchos años recibieron adoración los dioses falsos, cambió su destino, quedó dedicado a *Todos los Santos* y convertido sigue actualmente en lugar sagrado, en cuyo recinto resuenan devotas alabanzas en honor del incontable número de los bienaventurados.

II. Segundo motivo: El deseo de suplir inevitables omisiones.

Son muchos los santos a quienes mantenemos al margen de nuestro culto, puesto que no hacemos en su honor ni fiestas concretas especialmente a ellos dedicadas, ni siquiera simples conmemoraciones. Esto es inevitable; resulta prácticamente imposible honrar individualmente a cada uno de los santos mediante la celebración de una festividad consagrada a cada uno de ellos. El número de los bienaventurados es casi infinito. Por otra parte, nosotros, los vivientes, somos débiles por naturaleza; nuestras fuerzas son tan limitadas que, aunque quisiéramos, no podríamos venerarlos a razón de uno por uno. Además, nuestra vida es tan corta que, aún empleándola toda en recordarlos un día a uno, otro día a otro, se acabaría antes de que hubiésemos podido consagrar una fecha determinada a cada uno de ellos. En la carta al lector que san Jerónimo, a modo de introducción, antepuso a su *Calendario,* advierte que a excepción del primero de enero, no hay ni un solo día del año que no tenga asignados varios millares de mártires. Con razón, pues, la Iglesia, ante la imposibilidad de honrar individualmente a cada uno de los santos, dispuso que hubiese anualmente una fecha dedicada a venerarlos a todos ellos colectivamente.

Antes de seguir adelante hagamos un inciso y examinemos esta cuestión: ¿Hay alguna razón suficientemente válida para justificar la práctica introducida entre nosotros de celebrar, aquí en la tierra, festividades en honor de los santos?

Guillermo de Auxerre en su *Suma de Oficios* responde a esta pregunta diciendo que no sólo hay alguna, tomando lo de alguna en singular, sino que hay hasta seis razones, cada una de ellas suficientemente justificativa de esta costumbre institucional. Esas seis razones son las siguientes:

Primera. Porque a través de ellos honramos a la majestad divina. Cada vez que tributamos pleitesía a los santos, alabamos a Dios, autor de las maravillas que en ellos vemos, y al venerarlos veneramos principalmente al ser soberano que los creó y santificó.

Segunda. Porque necesitamos su ayuda para superar nuestra debilidad. Abandonados a nuestras propias fuerzas no podríamos llevar adelante el negocio de nuestra salvación; pero si los santos interceden en nuestro favor, conseguiremos salvarnos; por eso, así como cuando queremos que alguien nos socorra demandamos su auxilio, así también, conscientes de nuestra debilidad para salir airosos de esta empresa, acudimos a ellos honrándolos y pidiéndoles que con su intercesión nos echen una mano para llevar a feliz término esta importante tarea. En el capítulo primero del libro III de los Reyes leemos que Bersabé, nombre que significa *pozo inagotable,* con sus preces obtuvo el reino para su hijo. Bersabé, en este caso concreto, representa a la Iglesia triunfante, y su hijo representa a la Iglesia militante.

Tercera: Porque los honores que les tributamos contribuyen al aumento de nuestra seguridad. Al celebrar las fiestas de los santos, tenemos ocasión de considerar la gloria de que disfrutan. Esa consideración refuerza nuestra esperanza y afianza en nosotros la seguridad de que, si nos lo proponemos, como ellos se lo propusieron, algún día participaremos de la bienaventuranza de que ellos ya participan. El brazo de Dios es en nuestro tiempo tan largo y poderoso como cuando ellos vivieron. ¿Por qué, pues, no hemos de ser capaces de conseguir lo que consiguieron ellos con su esfuerzo? ¿Acaso los santos no fueron seres de nuestra misma condición? Si nosotros somos débiles y mortales, débiles y mortales fueron también ellos.

Cuarta. Porque la celebración de sus festividades, el recuerdo de sus vidas y el trato y comunicación con ellos, nos brindan la oportunidad de conocerlos, de tomarlos como modelos y de imitarlos en el desprecio que mostraron hacia las cosas

terrenas y en sus aspiraciones a conquistar los bienes del cielo.

Quinto. Porque celebrando sus fiestas correspondemos desde aquí a las que ellos organizan en la gloria. No olvidemos que cada vez que nosotros aquí en la tierra superamos nuestros pecados, nos convertimos y hacemos penitencia, los santos, igual que los ángeles, se alegran de las victorias que obtenemos de nuestros enemigos, y celebran en el cielo nuestros triunfos con gran solemnidad. Si, pues, ellos festejan en la bienaventuranza los éxitos que nosotros aquí en la tierra obtenemos cada vez que triunfamos de nuestros enemigos, razonable y justo es que nosotros correspondamos a ese gesto recordando y festejando las victorias que ellos definitivamente obtuvieron.

Sexta. Porque las honras que les tributamos redundan en nuestro propio honor. Honrándolos a ellos nos honramos a nosotros mismos, y celebrando sus festividades acreditamos nuestra dignidad, puesto que son hermanos nuestros, y la caridad hace que entre los hermanos todas las cosas sean comunes; por tanto, su gloria es nuestra gloria, y por efecto de la caridad entre ellos y nosotros existe comunicación de bienes, igual si éstos son temporales y terrestres, que si son celestiales y eternos.

A las anteriores razones podemos agregar las que aduce san Juan Damasceno en el capítulo séptimo del libro cuarto de su obra. Pregúntase este autor en el lugar referido si procede o no procede dar culto a los santos, a sus cuerpos y a sus reliquias, y responde que sí, y prueba su afirmación con varios argumentos, fundados unos en la dignidad alcanzada por los bienaventurados, y otros en la alta estimación en que deben ser tenidos sus restos mortales. La dignidad de los santos, dice, se infiere de estos cuatro títulos: de que son amigos de Dios, de que son hijos de Dios, de que son herederos de Dios y de que son protectores nuestros. Seguidamente demuestra lo dicho de esta manera:

a) Los santos son amigos de Dios: «*Ya no os llamaré siervos; os llamaré amigos,* etc.» (Juan, 15).

b) Los santos son hijos de Dios: «*A cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios,* etc.». (Juan, 1).

c) Los santos son herederos de Dios: «*Si sois hijos, por eso mismo sois herederos suyos,* etc.». (Rom., 8).

d) Los santos son nuestros protectores. A este respecto escribe: «¿No es verdad que pasarías por toda clase de trabajos con tal de hallar un protector que te recomendara ante un rey mortal y le hablara favorablemente de ti? pues con mayor motivo debemos honrar a estos protectores de todo el género humano que están constantemente interceciendo ante el Señor en nuestro favor; si honramos y veneramos a quienes en la tierra han levantado templos en honor de Dios, con mayor motivo debemos honrarlos y venerarlos a ellos que son templos vivos en perpetua oración por nosotros».

Cuatro son los argumentos aducidos por el Damasceno fundados en el alto valor religioso de los cuerpos de los santos. Esos cuerpos fueron, dice, alacenas de Dios, santuarios de Cristo, vasos de alabastro repletos de ungüento espiritual, y fuentes divinas. San Agustín, por su parte, a estos cuatro argumentos añade uno más, diciéndonos que esos cuerpos de los santos actuaron como órganos del Espíritu Santo.

Veamos cómo el Damasceno prueba sus asertos:

Primero. Fueron alacenas de Dios «puesto que en ellos Dios se alojó convirtiendo tan puros alojamientos en divinos tabernáculos».

Segundo. Fueron santuarios de Cristo «que moró espiritualmente en tales habitáculos y así lo declaró a los apóstoles al preguntarles: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos en los que mora el Espíritu Santo que ha descendido sobre vosotros?* Ese Espíritu es Dios. ¿Cómo, pues, no honrar y venerar a esas moradas vivas de Dios, a esos tabernáculos del alma en que Dios reside?» «El hombre, escribe el Crisóstomo se complace en edificar paredes; Dios, en cambio, se deleita en su trato con los santos. Proclama el salmista: *Señor: me gusta la belleza de tu casa.* Pero, ¿qué belleza? No la resultante de la variedad de los preciosos mármoles, sino la derivada de la abundancia de gracias en constante acción. La hermosura de una sólida construcción a base de ricos materiales puede que resulte grata al cuerpo; la otra, en cambio, vivifica incesantemente al alma. La belleza de un edificio, con el tiempo, acaba aburriendo y decepcionando a quien reiteradamente la contempla; la del espíritu, empero, jamás produce hastío en el entendimiento sino deleite continuado, tan continuado que dura eternamente».

Tercero. Fueron vasos de alabastro repletos de espirituales ungüentos: «A nadie debe extrañar —comenta el Damasceno— que las reliquias de los santos, a modo de odoríferos bálsamos, exhalen suavísimos aromas. Si en el desierto pudo bro-

tar agua del interior de una piedra dura y rocosa, si agua también salió de la quijada de un asno para que Sansón calmara su sed, nada tiene de extraño y menos de increíble que Dios, para honrar a los santos, sedientos de El durante su vida, haga que esos ungüentos exquisitamente aromosos broten de sus reliquias».

Cuatro. Fueron fuentes divinas: «Los santos —continúa el Damasceno— viven ya en la verdad y gozan plenamente de la presencia de Dios. A través de sus reliquias ha querido Nuestro Señor Jesucristo proporcionarnos saludables veneros de los que proceden todas clase de beneficios».

Que los cuerpos de los santos actuaran como órganos del Espíritu Santo, lo dice y comenta san Agustín en su *Ciudad de Dios* de esta manera: «No sólo no debemos menospreciar los cuerpos de los santos, sino que, por el contrario, hemos de tenerlos en suma estimación y reverencia, porque cuando estaban vivos el divino Espíritu se sirvió de ellos para realizar multitud de obras buenas». De ahí que el apóstol pudiera y con razón preguntar: *¿Queréis que os demuestre que es Cristo quien habla por mi boca?* De ahí también que la Escritura diga que los judíos se sentían incapaces de replicar a la sabiduría del Espíritu que hablaba por medio de Esteban; y de ahí igualmente que Ambrosio en su *Hexameron* exclame: «¡Qué cosa más admirable! ¡El hombre es un instrumento del que Dios se sirve para transmitirnos su palabra! ¡El oráculo celestial nos comunica sus mensajes a través de labios humanos!».

III. Tercer motivo: La intención de reparar posibles negligencias.

Pocas son las fiestas que en honor de los santos celebramos y, a pesar de ser tan pocas, es bastante frecuente que durante la celebración de las mismas incurramos en negligencias, unas veces por ignorancia y otras por desidia. Pues bien; esta solemnidad general en honor de todos ellos nos brinda cada año una magnífica oportunidad para reparar las deficiencias en que acaso hayamos incurrido al celebrar las festividades particulares, como se nos advierte en el sermón que forma parte del oficio que este día se recita en todas las iglesias. En tal sermón expresamente se dice: «*La Conmemoración de Todos los Santos* ha sido instituida para darnos ocasión de subsanar en esta fecha, mediante su conveniente celebración, las omisiones en que, dada nuestra humana fragilidad, podamos haber incurrido por ignorancia, descuido o disipación, al celebrar las fiestas particulares a ellos dedicadas».

Reparemos en esto: los santos del Nuevo Testamento individualmente honrados a lo largo del año y colectivamente venerados en esta festividad instituida para suplir las deficiencias en que hayamos incurrido, pueden ser clasificados en las cuatro secciones siguientes: en la de los apóstoles, en la de los mártires, en la de los confesores y en la de las vírgenes. Cada una de estas cuatro secciones, en opinión de Rabano, está simbolizada respectivamente por uno de los cuatro puntos cardinales, de esta manera: el oriente representa a los apóstoles, el sur a los mártires, el norte o aquilón a los confesores y el occidente a las vírgenes.

La sección más importante es la de los apóstoles, que descuellan sobre los demás santos en estas cuatro cosas: en dignidad, en potestad, en santidad y en utilidad. Veámoslo.

Primero. En dignidad: Los apóstoles son doctores eminentes de la Iglesia militante, asesores cualificados del rey eterno y dulcísimos pastores del rebaño del Señor. «Convenía —escribe a este propósito san Bernardo— que el género humano contase con la ayuda de pastores y doctores dulces, fuertes y sabios; dulces, para tratar a su grey benigna y misericordiosamente; fuertes, para protegerla con eficacia; sabios, para conducirla a la vida verdadera por el camimo que lleva a la patria celestial.

Segundo. En potestad: Acerca de esto leemos en san Agustín: «El Señor dio a los apóstoles poderes sobre la naturaleza, para restaurarla; sobre los demonios, para derrotarlos; sobre los elementos, para modificarlos; sobre las almas, para apartarlas del pecado; sobre la muerte, para despreciarla. Los apóstoles poseen facultades superiores a las de los ángeles, puesto que éstos no pueden consagrar el cuerpo de Cristo y ellos sí».

Tercero. En santidad: Así como el sol se caracteriza por la intensidad de su luz, y la rosa por su aroma, y el fuego por el calor, así también los apóstoles descuellan sobre los demás santos por la plenitud de las gracias con que fueron enriquecidos, y por la extraordinaria santidad de sus obras en las que se reflejaron, como en un espejo, la vida y el modo de ser de Jesucristo. El Crisóstomo, en su comentario al evangelio de Mateo dice atinadamente: «Envió Cristo a los apóstoles como el sol envía sus rayos, como la rosa esparce su aroma, como el fuego despide sus chispas; y lo hizo de ese

modo para que, así como conocemos por los rayos el sol, por el perfume la rosa y por las chispas el fuego, pudiéramos conocer el poder del Salvador a través de las virtudes de ellos». Esto escribió el Crisóstomo.

Cuarto. En utilidad: He aquí lo que a propósito de esto dice san Agustín, hablando de los apóstoles y de la eficacia de su ministerio: «Fueron muy pocos en número, de condición social modestísima y hasta en un principio ignorantes y rudos; pero se transformaron en hombres nobilísimos, inteligentísimos, elocuentísimos, y ganaron para Cristo a innumerables multitudes de personas, a preclarísimos ingenios, a infinidad de varones ilustres y famosos por su erudición y su ciencia».

La segunda sección es la de los mártires, cuya categoría y dignidad especialmente elevada procede de estas tres circunstancias: de lo mucho que padecieron, de la utilidad derivada de su paciencia, y de la constancia con que soportaron sus sufrimientos.

a) De lo mucho que padecieron: Estos santos, en efecto, padecieron no sólo un martirio cruento, sino otros tres géneros de martirio incruento como muy acertadamente observa san Bernardo, quien, hablando de estos tres tipos de muerte sin derramamiento de sangre, dice: «Se puede ser mártir incruentamente, o lo que es lo mismo, se puede dar testimonio del Señor sin verter por El físicamente la propia sangre, de tres maneras: llevando una vida austera en medio de la abundancia, como hizo David; practicando la generosidad con lo pobres aun siendo uno mismo pobre, como la practicaron Tobías y la viuda de que habla el Evangelio; conservando la castidad durante la juventud como la conservó José en Egipto».

También Gregorio escribió algo parecido acerca de esta misma cuestión: «De tres maneras —dice— podemos ser mártires sin derramamiento de nuestra sangre: Primera, soportando pacientemente las adversidades: Si logramos conservar auténticamente la paciencia en nuestro corazón en medio de las tribulaciones, alcanzaremos la condición de mártires, aunque nadie nos torture con hierros. Segunda, solidarizándonos con los afligidos: Quien sufre con el que sufre es como si llevara una cruz sobre su alma. Tercera, amando a los enemigos: Si aguantamos las ofensas que se nos infieran, si amamos a quien nos odia, estamos padeciendo interiormente un incruento martirio.

b) De la utilidad derivada de sus paciencia: Los padecimientos de esta clase de santos fueron muy útiles para ellos y para nosotros.

Sus padecimientos fueron muy útiles para ellos puesto que a través de sus sufrimientos obtuvieron estas tres cosas: el perdón de todos sus pecados, un inmenso cúmulo de méritos y la posesión de la vida eterna a la cual accedieron pagando la entrada con su propia sangre. De la sangre de los mártires se dice que es preciosa; y se dice bien, porque con esa expresión se pretende dar a entender que es algo sumamente valioso. En cuanto a los dos primeros efectos, observa san Agustín en la *Ciudad de Dios:* «Si con la muerte se pueden comprar el perdón de los pecados y un cúmulo inmenso de merecimientos, ¿Hay moneda alguna que valga más que ésta?». El mismo santo, en su comentario al evangelio de san Juan, escribe: «La sangre de Cristo es preciosa no sólo por ser sangre de un hombre sin pecado, sino también porque al derramarla y entregarla como precio de rescate para redimir con ella a todo el género humano, hizo que fuese preciosa la sangre de sus siervos». Si la sangre de los siervos de Cristo no fuese preciosa, la Iglesia no proclamaría como proclama en su liturgia: *¡Preciosa es ante los ojos del Señor la muerte de sus santos!* San Cipriano asegura que «el martirio constituye la liquidación de los delitos, pone fin a los peligros, conduce a la salvación, es escuela de paciencia y proporciona al mártir alojamiento en la casa de la verdadera vida». En cuanto al tercer efecto arriba señalado, he aquí lo que dice san Bernardo: «Tres son los factores que convierten en preciosa la muerte de los santos: el descanso que supone verse definitivamente libre de trabajos, el gozo de entrar en una situación nueva y la seguridad de haber alcanzado la vida eterna».

Los padecimientos de los mártires resultaron muy útiles para nosotros, por dos razones. Primera, porque con su ejemplo nos están diciendo constantemente cómo hemos de comportarnos en nuestras batallas de cada día. «Tú, cristiano —observa el Crisóstomo—, serás, por blandengue, soldado inútil si crees que puedes vencer sin pelear, y triunfar sin combatir. Nada de eso; tienes el deber de poner a prueba valientemente tus fuerzas, de luchar con denuedo, de no perder de vista que te encuentras en estado de guerra, que has adquirido un compromiso, que te has alistado en una milicia, y que la milicia se rige por determinadas reglas; considera por tanto atentamente las promesas que hiciste en el bautismo, y las obligacio-

nes anejas a tu condición de bautizado; mantén continuamente abierto ante sus ojos el reglamento del ejército al que te incorporaste, y no olvides jamás que por defender los compromisos adquiridos lucharon los mártires, y porque permanecieron leales a ellos triunfaron, y por haber sido fieles a las leyes de la milicia a que pertenecieron hallaron la victoria». Hasta aquí el Crisóstomo. Segunda, porque han sido constitiuidos en patronos nuestros a fin de que nos ayuden y socorran con sus méritos y oraciones. Con sus méritos: «¡Cuán inmensa es la piedad de Dios —exclama san Agustín—, que ha querido emplear en nuestro favor los merecimientos de sus mártires! Él, en efecto, sometiólos a ellos a pruebas para que nosotros, siguiendo el ejemplo que nos dieron soportándolas, aprendamos a soportar las nuestras; Él permitió que fuesen machacados para procurarnos a nosotros nuestra salvación; Él deseó y desea que lo que sus santos sufrieron redunde en nuestro provecho». Con sus oraciones. A propósito de esto he aquí lo que dice san Jerónimo en su tratado *Contra Vigilancio:* «Si los apóstoles y los mártires cuando vivían y tenían motivos para preocuparse principalmente de sí mismos, movidos por su caridad oraron por los demás, con mayor motivo lo harán después de haber conseguido las coronas, victorias y triunfos que con su muerte obtuvieron. Uno solo era Moisés, y, sin embargo, con su oración consiguió que Dios perdonase a seiscientos mil guerreros; oró Esteban, y obtuvo que el Señor tuviera misericordia de Pablo y de otros muchos. Si tanto lograron en vida, más podrán conseguir ahora, ya muertos, estando sus almas, como están, definitivamente unidas a Cristo. Hablando de sí mismo dice Pablo que Dios escuchó su oración y le concedió la gracia de que doscientas setenta y seis personas que viajaban con él a bordo de una nave salvaran sus vidas; pues si entonces consiguió eso, ¿No será mucho mayor su poder de intercesión desde que su alma, desligada ya del cuerpo, se encuentra permanentemente en la presencia de Cristo?».

c) De la constancia con que soportaron sus sufrimientos. A estes respecto escribe Agustín: «La espada de doble filo que los mártires utilizaron fue su propia alma, bruñida por la caridad, aguzada por la verdad y manejada por el poder del Dios de las batallas; esa fue el arma con que hicieron la guerra; con ella se opusieron al tropel de sus perseguidores y los vencieron; con ella hirieron a sus enemigos y derrotaron a sus adversarios». «Los torturados —observa el Crisóstomo— fueron más fuertes que sus torturadores; las carnes desgarradas triunfaron de los garfios que las habían lacerado».

La tercera sección es de los confesores. La dignidad y excelencia de estos santos deriva de haber confesado a Dios con el corazón, con las palabras y con las obras.

Confesar a Dios solamente con el corazón no basta; es menester que esa confesión se ratifique con la de las palabras, como lo prueba el Crisóstomo en su comentario al evangelio de Mateo con estas cuatro razones:

Primera. «La fe del corazón es la raíz de la confesión, puesto que la confesión es fruto y efecto de la fe interna. Una raíz oculta bajo la tierra, si está viva, necesariamente producirá en el exterior tallos y hojas; si no se da esta producción, puede asegurarse sin el menor genéro de duda que esa raíz está muerta. Pues lo mismo ocurre con la fe interna o del corazón: si esa fe permanece viva, germinará y producirá la confesión exterior de la palabra; pero si esta confesión externa de la palabra no se produce, o se produce tan débilmente que apenas producida se marchita, ya sabemos lo que pasa: la raíz interior, es decir, la fe del corazón, está enteramente seca o en trance inminente de secarse».

Segunda. Si la mera fe interior de un cristiano fuese válida sin manifestarse al exterior por medio de la confesión de las palabras, habría que reconocer parecida validez a las hipócritas manifestaciones verbales de un infiel que, sin creer en Cristo en el fondo de su corazón, dijera que sí creía en él. Ahora bien; tan absurdo resulta admitir como fe verdadera la del infiel que procediera de este modo, como reconocer validez a la fe de un cristiano que se limitara a creer en el Señor únicamente en el fuero interno de su conciencia, y se abstuviera de manifestar exteriormente esa supuesta fe».

Tercera. Si Cristo se diese por conforme con que lo confesáramos meramente con el corazón sin necesidad alguna por nuestra parte de confesarlo también delante de los hombres, nosotros, a nuestra vez, deberíamos igualmente conformarnos con que Él nos reconociera únicamente en su interior aunque no nos reconociera delante de Dios. ¿Nos conformaríamos nosotros con eso? Evidentemente, no. ¡Ah! Pues tampoco Él puede dar por bueno que nosotros nos limitemos a reco-

nocerle sólo interiormente, o sea, en el secreto de nuestro corazón.

Cuarta. Si la confesión del corazón por sí sola fuese suficiente, Dios, cuando nos creó, no hubiera dado a nuestro ser más que ese órgano, el del corazón; pero además de corazón nos dio boca, con lo cual manifestó claramente que tenemos el deber de confesarle no sólo con el corazón, sino también con la boca.

Con el corazón y con las palabras confesaron al Señor los confesores, y lo confesaron además con las obras. Comentando san Jerónimo un texto de la Escritura que dice «*hay quienes proclaman que conocen a Dios,* etc.», y exponiendo las diferentes maneras de confesar y de negar a Cristo con los hechos, escribe lo siguiente: «Cristo es sabiduría, equidad, verdad, santidad y fortaleza. Niegan que es sabiduría, quienes se comportan neciamente; niegan su equidad, los iniquos; niegan su verdad, los embusteros; y su santidad, los que cometen torpezas; y su fortaleza, los pusilámines; y negamos a Dios cada vez que nos dejamos vencer por los vicios y pecados; en cambio, lo confesamos cuando obramos correctamente».

La cuarta sección es la de las vírgenes. La dignidad y excelencia de estas santas se funda en las cinco razones siguientes:

Primera. En su condición de esposas del rey eterno: «¿Quién puede imaginar —se pregunta san Ambrosio— hermosura superior a la de estas mujeres que aunque nunca se casaron se desposaron a perpetuidad con el Señor, y vivieron amadas por el más soberano de los monarcas, altamente valoradas por el supremo juez y enteramente consagradas a Dios?».

Segunda. En su semejanza con los ángeles: «La virginidad —comenta el mencionado san Ambrosio— confiere sublimidad a la naturaleza humana. Por medio de esta virtud adquieren los hombres categoría similar a la de los espíritus angélicos y en cierto modo superior a la de ellos. El mérito de las vírgenes supera al de los ángeles, pues implica una continuada victoria en la lucha perpetua contra la carne, lucha que los ángeles, carentes de cuerpo, jamás han tenido que soportar».

Tercera. En su prestancia, mayor que la de los demás fieles: He aquí lo que a este respecto escribe san Cipriano: «La virginidad es flor exclusivamente cultivada en el jardín de la Iglesia, y es coronamiento precioso de la gracia espiritual y cualidad luminosa que redunda en honor y alabanza de quien la posee, y obra divina perfecta e incorruptible que convierte a quienes han sabido conservarla en imágenes de Dios, en los más privilegiados y gloriosos servidores del Señor y en la porción más selecta e ilustre del rebaño de Cristo».

Cuarta. En la preeminencia de las vírgenes sobre las casadas: Si comparamos el estado de virginidad con el conyugal, al instante advertiremos que aquél es más excelente que éste por muchas razones, y entre ellas por las cinco siguientes:

a) Las relaciones conyugales hinchan el vientre; la virginidad, en cambio, hincha el alma: «La persona generosa —dice san Agustín—, prefiere emplear su cuerpo en imitar anticipadamente la vida de los ángeles, a aumentar el número de los mortales». La fecundidad que desarrolla la mente es más rica y placentera que la que aumenta el volumen de la barriga; de ésta resultan criaturas paridas con dolor; de aquélla proceden otras alumbradas con alegría y regocijo.«Que nadie piense», advierte el mismo san Agustín, «que la continencia es estéril; porque, lejos de serlo, es fecunda en hijos, es decir, en frutos gozosos engendrados en el alma de las vírgenes por ti, Señor, que eres su esposo». Si las mujeres casadas contribuyen a la repoblación de este mundo terrenal, la vírgenes contribuyen a la repoblación del cielo, como dice san Jerónimo en el siguiente texto: «Los matrimonios multiplican la gente sobre la tierra, pero quienes viven continentemente proporcionan moradores al paraíso».

b) La vida conyugal acarrea a los casados infinidad de preocupaciones; la virginal, en cambio, se desenvuelve en un ambiente de sosiego y descanso; porque, como escribe Gilberto, «en el estado de virginidad imperan la falta de cuidados, la paz de la carne, la superación de los pecados y el desarrollo de las virtudes».

c) El matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor: «Entre el estado matrimonial y el virginal —escribe san Jerónimo a Panmaquio—, se da tanta diferencia como la que existe entre no hacer mal y hacer bien; o dicho de forma menos áspera: como la que existe entre lo bueno y lo mejor».

d) Suele compararse al matrimonio con las espinas, y a la virginidad con las rosas: Jerónimo, que es uno de los que recurren a esa comparación, manifestó a Eustoquio: «Reconozco que las relaciones conyugales son lícitas; las vírgenes nacen de esas relaciones; pero, a la hora de escoger, dejo las espinas y tomo las rosas, prescindo de la tierra y

me quedo con el oro, desecho la concha y me guardo la perla».

e) El estado de virginidad goza de muchos privilegios: las vírgenes serán coronadas con diademas de oro, cantarán en la gloria himnos especialmente compuestos para que ellas los entonen, vestirán en el cielo túnicas semejantes a las de Cristo, y acompañarán al Cordero a donde quiera que éste vaya.

IV. Cuarto motivo: la idea de proporcionar a nuestras oraciones mayor fuerza impetratoria.

Esta fue, finalmente, otra de las razones que determinaron a la Iglesia a instituir la festividad de Todos los Santos, los cuales, al recibir conjunta y simultáneamente en este día el tributo de nuestra veneración, conjunta y simultáneamente corresponderán a nuestro homenaje intercediendo por nosotros; y al llegar nuestras peticiones reforzadas con las suyas ante el trono de Dios, conseguiremos más fácilmente que nuestras oraciones sean tenidas en cuenta por la divina misericordia, porque si es imposible que el Señor no preste atención a las plegarias formuladas por unas cuantas personas reunidas para orar en común, más imposible es que no tome en cuenta las súplicas dirigidas a El por todos los santos, a coro en nuestro favor. Este cuarto motivo está fielmente reflejado en la oración principal del oficio de este día; en esa oración, efectivamente, decimos: «Concédenos, Señor, por los méritos de tan innumerables intercesores, la tan deseada abundancia de tu misericordia y el perdón de nuestros pecados».

Los santos están siempre dispuestos a ayudarnos con sus merecimientos y con su afecto; con sus merecimientos, poniéndolos a nuestra disposición; y con su afecto, mostrándose solícitos para cumplir nuestros deseos si lo que deseamos no está en desacuerdo con la voluntad de Dios.

Al año siguiente de instituirse esta festividad tuvo lugar una revelación mediante la cual se puso de manifiesto cómo, efectivamente, en esta fecha todos los santos del cielo unen sus voces para interceder por nosotros; el día en que se celebraba esta solemnidad, el sacristán de la iglesia de san Pedro, movido por su devoción, recorrió uno por uno los diferentes altares del templo implorando la protección de Todos los Santos; terminado su recorrido, postróse ante el dedicado al príncipe de los apóstoles; momentos después, mientras oraba, cayó en éxtasis y vio lo siguiente: el Rey de los reyes hallábase sentado en un trono altísimo y rodeado de la totalidad de los ángeles; a este trono se acercó la Virgen de las vírgenes coronada con una diadema muy brillante y acompañada de un inmenso cortejo formado por innumerables personas que habían vivido en la tierra continentemente y conservado durante su vida el don de la virginidad. El Rey de reyes, en cuanto vio a la Bienaventurada Virgen María, se alzó de su trono, la tomó de la mano y la invitó a que se sentara en otro trono que había al lado del que El ocupaba. Inmediatamente después se presentó ante ellos un hombre vestido con piel de camello, seguido de multitud de ancianos venerables; luego otro, suntuosamente ataviado con ricos ornamentos pontificales, al frente de otros muchos revestidos de parecida manera; tras éstos comparecieron soldados en tan gran número que constituían un verdadero ejército; tras los soldados hicieron su entrada en el salón de los tronos infinidad de personas de varia condición y diferente aspecto. Una vez que todos estuvieron reunidos en presencia del Rey, se prosternaron ante El y le adoraron. Seguidamente, el que estaba vestido de pontifical entonó el comienzo de los maitines, todos los demás se unieron al centro del oficio, y un ángel que se había acercado al sacristán para servirle de guía le explicó de esta manera lo que estaba viendo: «La mujer que entró en primer lugar presidiendo el coro de las vírgenes, es la Madre de Dios; el hombre cubierto con pieles de camello, es Juan Bautista; quienes entraron juntamente con él, son los patriarcas y los profetas; el que está revestido de suntuosos ornamentos pontificales, es san Pedro, y los que le acompañaban cuando hizo su aparición en la estancia, son los demás apóstoles; todos esos otros que parecen soldados, son los mártires; y la infinidad de personas que viste entrar en postrer lugar, son los confesores. Todos los años, tal día como hoy, esta inmensa multitud de bienaventurados se reunen en torno a su soberano para rendirle homenaje, darle gracias, e interceder simultánea y conjuntamente en favor de los mortales». Dicho esto, el ángel sacó al sacristán de allí y lo condujo a un sitio diferente, en el que había numerosísimos individuos, hombres y mujeres, en situaciones distintas, porque mientras unos reposaban en lechos dorados y otros, sentados ante mesas abundantemente abastecidas, se deleitaban comiendo ricos manjares en ambiente de franca jovialidad, otros desnudos y con aspecto de suma

pobreza, iban de una parte a otra ejerciendo la mendicidad. «Mira» le explicó el ángel al sacristán, «este lugar que ves es el purgatorio; quienes reposan en sus lechos y quienes comen alegremente son aquellos que reciben generosa ayuda de sufragios por parte de sus deudos y amigos de la tierra; esos otros que van de un lado a otro mendigando, son los difuntos abandonados y olvidados por sus familiares. Cuenta al sumo pontífice todo esto que estás viendo y ruégale insistentemente que instituya en la Iglesia una jornada anual especialmente dedicada a orar por los muertos, a fin de que quienes se encuentran en este lugar enteramente desatendidos por sus parientes y amigos, se beneficien al menos de los sufragios que en ese día ofrezcan los vivos por los difuntos en general, y dile que señale para esta conmemoración la fecha que sigue inmediatamente a la de la fiesta de Todos los Santos».

Capítulo CLXIII

LA CONMEMORACIÓN DE LAS ALMAS

Como ya hemos dicho en el capítulo precedente, la Iglesia, movida por una revelación, ordenó que en este día se celebrase la conmemoración de todos los fieles difuntos, para que los que no reciben durante el año especiales ayudas puedan beneficiarse de los sufragios generales que en esta ocasión se hacen.

Enterado san Odilón, abad de Cluny —dice Pedro Damiano— de que en los alrededores de un volcán de Sicilia oíanse a menudo grandes voces y alaridos de los demonios quejándose de que los vivos con sus limosnas y oraciones les arrebataban las almas de los muertos, dispuso que en todos los monasterios dependientes de sus jurisdicción se celebrase anualmente la conmemoración de los fieles difuntos inmediatamente después de la fiesta de Todos los Santos. Esta práctica, según Pedro Damiano, se extendió posteriormente a la Iglesia universal.

Vamos a dividir el presente capítulo en dos partes: en la primera, trataremos de las almas que necesitan ser ayudadas por nosotros; en la segunda, expondremos los diferentes procedimientos que podemos emplear para proporcionarles nuestra ayuda.

Primera parte: De las almas que necesitan ser ayudadas por nosotros.

Para proceder con orden, subdividiremos esta primera parte en tres puntos, en los cuales respectivamente consideraremos: qué difuntos tienen que purificarse, cómo podrán purificarse, dónde se purificarán.

Qué difuntos tienen que puriricarse.

Los difuntos que tienen que purificarse pueden ser clasificados en tres grupos diferentes y así lo haremos. En el grupo A colocaremos a todas aquellas personas que murieron sin haber satisfecho en vida enteramente las penitencias que les fueron impuestas. En el grupo B incluiremos a quienes, si bien al salir de este mundo tenían satisfechas las penitencias que les fueron impuestas, éstas, por ignorancia o negligencia de los sacerdotes que se las impusieron, fueron menos de las debidas. En el grupo C situaremos a los que al morir, aunque tuviesen cumplidas las penitencias adecuadas, conservaban, sin embargo, en su alma cierto apego a las cosas materiales de la tierra.

Grupo A. Fórmanlo las personas que mueren sin haber satisfecho debidamente las penitencias que les fueron impuestas.

Si alguien a la hora de la muerte formulase un acto de contricción de corazón tan perfectamente que bastase para borrar enteramente sus pecados, entraría inmediatamente en la vida eterna, porque, aunque tuviese débitos sin pagar y penitencias sin cumplir, como la contricción perfecta implica la absoluta eliminación de los efectos del pecado y la total remisión de culpas y penas, por virtud de esa contricción perfecta saldría de este mundo com-

pletamente exonerado de deudas. «Ante Dios» advierte Jerónimo, «lo que cuenta no es el paso del tiempo, sino la intensidad del dolor, puesto que para El tiene mayor significado la mortificación de los vicios que la abstinencia de los alimentos». En cambio, quienes mueren sin haber concluido de pagar sus débitos y sin contricción suficiente para liquidarlos mediante ella, son severísimamente castigados con el fuego del purgatorio, a no ser que otras personas desde la tierra, por motivos de caridad, se encarguen de satisfacer por ellos; mas para que esta conmutación sea válida y surta efecto, se requieren estas cuatro cosas: a) Que quien la haga tenga autoridad para hacerla; y como esta autoridad la tienen solamente los sacerdotes, sólo los sacerdotes pueden autorizar válidamente semejante conmutación. b) Que el beneficiario de la conmutación necesite verdaderamente que tal conmutación se haga; o, lo que es lo mismo; que necesite que alguien satisfaga por él; esta necesidad se da únicamente cuando el presunto beneficiario se halla en situación de no poder satisfacer por sí mismo los débitos que personalmente tiene adquiridos. c) Que quien asume la obligación de satisfacer los débitos del deudor se encuentre en estado de gracia y de caridad, requisito indispensable para que sus propias obras sean meritorias y satisfactorias. d) Que, entre la pena que se conmuta y las satisfacciones con que se conmuta, haya proporcionalidad, lo cual a su vez requiere que el fiador abone en nombre del deudor no sólo lo que éste estaba estrictamente obligado a abonar en el supuesto de hacer el abono personalmente, sino un poco más, porque ante Dios las penas padecidas por el propio deudor en pago de los débitos que tiene contraídos tienen mayor valor satisfactorio que las ayudas proporcionadas por los fiadores. A este respecto conviene tener en cuanta que hay tres clases de penas, a saber: *las propias, voluntariamente padecidas;* éstas son las más eficientes desde el punto de vista satisfactorio; *las propias, padecidas no voluntariamente, sino a la fuerza;* a este género pertenece la expiación del purgatorio; *las no propias, voluntariamente asumidas;* de esta tercera clase son las satisfacciones que los fiadores hacen por los deudores, es decir, las penas conmutadas a que nos estamos refiriendo; estas penas valen menos que las primeras, porque no son penas propias, pero valen más que las segundas, porque son voluntarias.

Notemos, sin embargo, que quien muere hallándose en situación de deudor, no se librará de pasar por el purgatorio aunque cuente con fiadores que se hayan encargado de saldar sus débitos; pasará por él, pero estará en él menos tiempo del que le correspondía, porque, a la expiación que personalmente padezca, el Señor agregará los méritos de las buenas obras que sus fiadores hagan por él; por eso su estancia en el lugar destinado para la purificación de las almas será más corta. Pongamos un ejemplo: si sin ayudas ajenas hubiera tenido que estar en el purgatorio dos meses, con esas ayudas acaso no esté allí más que un mes; pero entendamos bien esto: nadie saldrá del purgatorio hasta que su débito haya sido totalmente liquidado; mas saldrá tan pronto como su deuda hubiese sido saldada; y, como a partir de este momento, ya no precisa que le ayuden, los sufragios que por él en adelante se ofrecieren redundarán en provecho y beneficio de los propios oferentes; y si tampoco ellos los necesitaren, pasarán a engrosar el tesoro espiritual de la Iglesia o se destinarán a favorecer a otras almas sometidas a purificación.

Grupo B. El segundo grupo de los que descienden al purgatorio está formado por aquellas personas cuyas penitencias fueron insuficientes, no porque ellas no cumplieran las que se les impusieron, sino porque los sacerdotes, ya por ignorancia, ya por negligencia, les señalaron satisfacciones menores de las debidas. Si estas personas antes de morir no suplen con su contrición de lo que les falta por satisfacer, tendrán que expiar en el purgatorio después de su muerte la parte de deuda que tenían sin pagar al abandonar la vida terrena. Dios, que conoce exactamente los modos y medidas de los pecados y de las penitencias, determinará el grado de expiación que cada cual deberá sufrir para que ninguna falta quede impune.

Puede ocurrir que las penitencias impuestas por los sacerdotes a un pecador resulten mayores, iguales o menores que las que sus pecados exigían. Si una penitencia impuesta a un pecador hubiese sido mayor que la que sus pecados requerían y el tal pecador la cumpliese íntegramente, la demasía de lo satisfecho por él le acarreará después de su muerte mayor grado de gloria; si hubiese sido igual, mediante su exacto cumplimiento saldará la totalidad de su deuda; pero si hubiese sido menor, queda obligado a suplir la deficiencia, porque así lo exige la divina justicia.

Conviene que conozcas, lector, lo que Agustín opina acerca de aquellos que difieren el arrepenti-

miento y la penitencia para el último momento de su vida; helo aquí: «Quien muere inmediatamente después de recibir el bautismo puede salir de este mundo con la conciencia tranquila; el cristiano que haya vivido virtuosamente, puede salir de este mundo con la conciencia tranquila; el que cuando gozaba de buena salud se arrepintió a tiempo de sus pecados, se reconcilió e hizo penitencia, puede salir de este mundo con la conciencia tranquila; pero yo no tengo ninguna seguridad de que pueda salir de este mundo con la conciencia tranquila quien aplazó su conversión y arrepentimiento hasta el instante postrero de su vida. Procura, pues, tú, acogerte a lo más seguro y da de lado a lo incierto».

Con las anteriores palabras adviértenos Agustín que nos guardemos de imitar a los que dejan su conversión para el último momento; las conversiones de ese género suelen obedecer más a la necesidad que a buena voluntad; el arrepentimiento de quienes no se arrepienten hasta que ven llegada la postrera hora de su existencia, probablemente se funda no tanto en el deseo de entrar en la gloria cuanto en el temor a las penas futuras.

Grupo C. El grupo tercero de los que descienden al purgatorio constitúyenlo los que al morir llevan en su alma adherencias de leños, de heno y de paja, es decir, las personas que en el instante de su salida de este mundo, aunque salgan de él amando a Dios, conservan todavía su corazón apegado a las riquezas o a otros objetos materiales. Estas tres cosas, los leños, el heno y la paja, simbolizan adecuadamente los amores terrenos que aun permanecen vivos en sus almas, y que suelen ser el amor a sus casas, el amor a su cónyuges y el amor a sus haciendas. Cierto que tales personas aman a Dios más que a esos bienes temporales; pero no es menos cierto que deberán limpiarse de semejantes impurezas permaneciendo en el purgatorio el tiempo necesario para que el fuego las libere de las mencionadas adherencias. Ese tiempo será más o menos largo, a tenor de la resistencia que los referidos materiales, leños, heno y paja, símbolos de sus afectos terrenos, ofrecen de suyo a las llamas. Los leños tardan más en consumirse; el heno se quema pronto; la paja se abrasa rápidamente. «El fuego del purgatorio», advierte Agustín, «no es eterno, pero sí misteriosamente ustivo y grave, y más duro de soportar que las más terribles penalidades que persona alguna haya padecido en la vida terrena. Jamás nadie sufrió en este mundo, ni siquiera los mártires más cruelmente torturados, un tormento tan atroz como el que el fuego del purgatorio produce en el alma».

Cómo podrán purificarse.

En cuanto a este punto segundo conviene saber lo siguiente:

Según algunos, la purificación y castigo de los difuntos corre a cargo de los ángeles; no de los ángeles buenos, sino de los ángeles malos; o sea, a cargo de los demonios. Los espíritus buenos jamás atormentan a otros espíritus buenos; los espíritus buenos atormentan a los malos, y los espíritus malos atormentan a los buenos y a los malos. Los espíritus buenos no sólo no inquietan a las almas del purgatorio, sino que, al contrario, podemos y debemos creer piadosamente que las visitan como a hermanas suyas que son y futuras conciudadanas, y las consuelan y exhortan a sobrellevar con paciencia los sufrimientos a que se ven sometidas. Las almas del purgatorio cuentan con el confortamiento de los ángeles y con otras varias fuentes de consuelo, principalmente con estas dos: primera, la de saber que les espera la gloria y que algún día entrarán en ella. La certeza que poseen de que se han salvado, aunque sea menos intensa que la de quienes ya gozan de la bienaventuranza de la patria, es más sólida y firme que la de aquellos que aún peregrinan por la vida terrena. Todo esto es comprensible: la certidumbre de haberse salvado que tienen quienes ya están en el cielo, es total; tan total, que en los bienaventurados no pueden darse ni la esperanza de obtener su salvación, puesto que ya están salvados y disfrutando de la gloria, ni el temor a perder en el futuro lo que ya poseen definitivamente. El caso de los que peregrinan por la vida es diferente: pueden tener certeza de que se salvarán; pero esa certeza, como ellos se hallan en situación de expectativa, no es total ni absoluta, puesto que en ocasiones se ve mermada por el temor a no conseguir lo que desean y esperan. La certeza de las almas del purgatorio, en cuanto a certidumbre subjetiva, ocupa un lugar intermedio entre la que tienen los bienaventurados y la que pueden tener los fieles que militan en la tierra; es una certeza sustentada en la esperanza, pero en una esperanza transida de seguridad y exenta de temor, porque saben que su libre albedrío ya está definitivamente confirmado en el bien, y son por tanto conscientes de que jamás podrán pecar ni perder la gracia. La segunda fuente de consuelo procede de

su confianza en que, desde la tierra, mediante los sufragios que los vivientes ofrezcan por ellos, se les reducirá el período de purificación.

Tornando al punto que ahora nos ocupa, es decir, a cómo podrán purificarse las almas, en mi opinión parece más verosímil y más digno de crédito que en las penalidades purificatorias que tales almas padecen no intervienen para nada los espíritus malos, sino que los castigos que sufren han sido dispuestos por la divina justicia y proceden directamente de una determinación equitativa de Dios.

Dónde se purifican.

En relación con este tercer punto creo conveniente declarar que se purifican en un lugar llamado *purgatorio* y que este lugar está situado, según algunos sabios, muy numerosos por cierto,en las proximidades del infierno, y según otros, en la zona tórrida del aire. Hay almas, sin embargo, cuya purificación, excepcionalmente y por permisión divina, se efectúa en otros sitios. El hecho de que Dios permita que algunos difuntos se purifiquen no precisamente en el purgatorio, sino en algún otro lugar, puede obedecer a razones de diversa índole, por ejemplo, a alguna de estas cinco: a que el castigo que les ha asignado es más leve; a que desea su pronta liberación; a que pretende que su expiación nos sirva de lección a nosotros; a que quiere que determinados difuntos purguen sus culpas en el mismo sitio en que las cometieron; a que ha tenido a bien acceder a las peticiones y oraciones de ciertos santos. Examinemos estos diferentes motivos:

a) A que el castigo que les ha asignado es más leve. San Gregorio asegura que el Señor ha revelado a algunas personas que hay casos en que las almas expían sus culpas en la obscuridad.

b) A que desea su pronta liberación. Cuando Dios quiere que tales o cuales almas salgan cuanto antes de penas, las sitúa en lugares especiales a fin de que puedan manifestar a determinadas personas vivas la necesidad que tienen de la ayuda de sus sufragios para verse libres de los sufrimientos que padecen. He aquí un caso que prueba lo que estamos diciendo: Un día de otoño algunos criados de san Teobaldo se fueron al río a pescar, introdujeron la red en el agua y capturaron un objeto muy voluminoso. En principio, creyeron que habían pescado un pez de gran tamaño; mas cuando descubrieron que lo que la red contenía no era un pez descomunal sino un enorme témpano de hielo, lejos de decepcionarse se alegraron más que si hubiesen apresado lo que ellos suponían, porque mediante aquella masa de agua congelada podrían aliviar al obispo su señor los intensos dolores que en sus pies constantemente padecía. Llevaron, pues, el bloque de hielo a la casa del prelado y, cuando éste se sentía acometido de los padecimientos que su enfermedad le ocasionaba, colocaban bajo sus plantas trozos de carámbano y al instante el enfermo experimentaba notable alivio. Un día, mientras el obispo estaba utilizando este remedio, del interior del hielo que tenía bajo sus pies salió una voz de hombre. San Teobaldo, sorprendido, ordenó en nombre de Dios a la misteriosa voz que inmediatamente le declarara quién era y qué hacía dentro del bloque de hielo. La voz, obediente, habló de nuevo y dijo: «Soy un alma; me encuentro dentro de esta masa de agua congelada penando y expiando mis pecados; tú puedes socorrerme y ayudarme a salir de esta cárcel; si quieres hacerlo, aplica por mí treinta misas consecutivas, a razón de una cada día y sin interrumpir la serie». San Teobaldo comenzó la celebración de las misas. Ya tenía aplicadas quince. Cuando se disponía a celebrar la que hacía el número dieciséis, pasáronle un aviso diciéndole que urgentemente y sin pérdida de tiempo acudiese a determinado lugar de la ciudad en el que casi todos los vecinos de la misma se hallaban enzarzados en una peligrosa pelea a causa de las discordias que entre ellos había provocado el demonio con sus malas artes. El obispo no lo dudó: se despojó a toda prisa de los ornamentos sagrados y corrió a sofocar el tumulto. Esta fue la causa de que aquel día no pudiera celebrar el santo sacrificio y de que la serie quedara interrumpida, por lo cual, a la mañana siguiente inició de nuevo la tanda de las treinta misas. Cuando ya llevaba aplicadas dos terceras partes de ellas, vióse otra vez obligado a interrumpir las celebraciones debido a que la ciudad fue asaltada por un ejército muy poderoso, al menos en apariencia. Pasado el peligro, comenzó por tercera vez a celebrar el treintenario; mas por tercera vez también, cuando ya tenía aplicadas veintinueve de las misas y sólo le faltaba una, en el preciso momento en que se disponía a celebrarla, estando ya ante el altar, sus criados le comunicaron que toda la ciudad y su misma casa estaban ardiendo y le urgieron para que se pusiera a salvo del fuego. Pero en esta ocasión, el obispo les respondió: «No dejaré de celebrar esta misa ni aunque se queme mi casa ni aunque se queme la ciudad entera». Celebró

pues la misa, y en cuanto terminó de celebrarla el témpano de hielo se derritió y repentinamente, cual si se tratara de un fantasma, desapareció también aquel fuego, que no era real sino aparente, y que los demonios habían simulado, puesto que, como luego se comprobó, ni la casa del obispo ni casa alguna de la población habían padecido el más insignificante detrimento.

c) A que pretende que su expiación nos sirva de lección a nosotros: Dios, en algunas ocasiones, pone especial interés en hacernos saber que los pecadores, al llegar a la otra vida, son en ella castigados con severísimas penas. El *Cantor de París* refiere el siguiente caso ocurrido en París:

El maestro Silo rogó encarecidamente a uno de sus compañeros de claustro gravemente enfermo, que si moría no dejase de venir del más allá a comunicarle en qué situación se encontraba su alma. Unos días después de su fallecimiento, el difunto, vistiendo una hopalanda de pergamino interiormente guarnecida de llamas y plagada en el exterior de frases sofísticas escritas sobre la vitela, se presentó ante Silo, el cual, como no le reconociera, le preguntó:

—¿Quién eres?

El aparecido le contestó:

—El mismo a quien pediste que después de muerto viniese a verte. Te prometí que lo haría; aquí, pues, me tienes, cumpliendo mi promesa.

—¿En qué situación se encuentra tu alma en la otra vida? —inquirió el maestro.

El difunto le respondió:

—Fíjate en la capa que llevo puesta; esta vestidura me oprime y me aplasta con su insoportable peso más que si llevara sobre mí una torre de piedra. Me cubrieron con ella en cuanto llegué al otro mundo y me ordenaron que la llevase encima de mi alma para que recordase continuamente los éxitos que cuando vivía obtuve con mis sofísticos argumentos. Las llamas que constituyen su forro me torturan y abrasan en castigo de mis pecados de molicie, por haber usado durante mi vida lujosas indumentarias guarnecidas interiormente de suaves y delicadas pieles.

—Paréceme a mí —dijo Silo— que esas penas que te han impuesto son fácilmente tolerables.

—¿Fácilmente soportables, dices? —replicó el difunto con viveza—. ¡Anda! ¡Tócame con tu mano y comprobarás por ti mismo que el suplicio que padezco no es tan liviano como piensas!

Alargó el maestro su brazo, mas retirólo al instante porque, antes de que las yemas de sus dedos hubiesen llegado a tocar la capa de su compañero, sintió en su mano un vivísimo dolor al caer sobre ella una gota de sudor desprendida del rostro del difunto. Pasmado quedó Silo al advertir que aquella mera gota de sudor, cual si hubiese sido un dardo, habíale perforado la mano y traspasado la encarnadura de la misma y dejádole en ella un agujero, en un imperceptible instante.

El aparecido entonces le dijo:

—¿No es verdad que es terrible el dolor que has sentido en tu mano? Pues de ahí puedes colegir la intensidad de la pena que yo padezco, que no se reduce a un instante ni a una quemadura en el centro de la mano, como en tu caso, sino a todo mi ser y continuadamente.

Impresionado el maestro Silo por la acerbidad de los atroces suplicios que su amigo y las almas del purgatorio sufrían, en aquel mismo momento tomó la resolución de renunciar al mundo e ingresar en un monasterio, y al día siguiente, al llegar al aula, desde la cátedra leyó a sus alumnos estos versos que acababa de componer:

«Linquo coax ranis,
ira corvis vanaque vanis;
Ad logicam pergo quae
mortis non timet ergo».

«Quédense el croar para las ranas, el graznar para los cuervos y las vanidades para los vanos.

Yo me alejo de todo eso y me voy tras unas premisas cuya conclusión no entrañe miedo a la muerte».

Acto seguido se despidió de sus discípulos, renunció a su cátedra y se recogió en un convento.

d) A que quiere que determinados difuntos purguen sus culpas en el mismo sitio en que las cometieron.

San Agustín afirma que algunas almas expían sus pecados en el lugar en que incurrieron en ellos; y san Gregorio, en el libro IV de sus *Diálogos,* refiere el siguiente caso:

En cierta ocasión fue un presbítero a tomar las aguas a una casa de baños. Nada más llegar al establecimiento, fue abordado por un desconocido que espontáneamente se puso a su servicio y desde aquel momento comenzó a atenderle solícitamente en todas sus necesidades. Algunos días después, el presbítero, agradecido a los favores que su desconocido compañero le dispensaba, quiso corresponder a ellos de alguna manera, y trató de recompensar a su amable servidor ofreciéndole un

pan bendito. El solícito servidor rehusó el obsequio y con expresión de tristeza en su rostro dijo al sacerdote:

—Padre, ¿por qué me ofreces eso? El pan que quieres regalarme es santo; yo no puedo comerlo; esta casa de baños fue mía en otro tiempo, y lo fue hasta mi muerte; pero al morir, Dios me envió de nuevo aquí, para que aquí expiara mis culpas; si quieres recompensarme por los servicios que te he prestado ofrece este pan al Señor omnipotente en sufragio por mis pecados.

Luego añadió:

—Si algún día, al venir a bañarte, adviertes que no acudo a prestarte mis servicios, interpreta mi ausencia como un testimonio divino de que tus oraciones han surtido efecto y de que mis penas han terminado.

Durante una semana el presbítero ofreció la misa por el alma del misterioso servidor; y al octavo día, cuando volvió a la casa de baños, el misterioso servidor ya no estaba en ella.

e) A que ha tenido a bien acceder a las peticiones y oraciones de ciertos santos, como, por ejemplo a las de san Patricio, que solicitó y obtuvo del Señor que algunas almas pasaran su purgatorio en un determinado lugar de la tierra. La historia relativa a esto hallarála el lector en la biografía de este santo, inserta en la presente obra a continuación de la de san Benito.

Segunda parte: De los diferentes procedimientos que podemos emplear para proporcionar nuestra ayuda a las almas que necesitan ser socorridas por nosotros, o lo que es lo mismo: De los sufragios.

Para proceder ordenadamente subdividiremos esta segunda parte en tres apartados. En el primero trataremos de los sufragios en cuanto tales; en el segundo, de las almas por quienes se ofrecen; en el tercero, de las personas que los ofrecen.

I. De los sufragios.

Cuatro géneros de sufragios aprovechan notablemente a los difuntos, a saber: la oración hecha en su favor por sus amigos y fieles vivos; la práctica de la limosna; la inmolación de la Santa Víctima; la observancia del ayuno.

Primero: La oración.

Gregorio refiere en el libro IV de sus *Diálogos* por vía de ejemplo el caso de Pascasio, mediante el cual pruébase claramente la valiosa ayuda que con sus oraciones prestan a los difuntos desde la tierra sus amigos y deudos.

Fue Pascasio un varón muy virtuoso y extraordinariamente santo. Su vida transcurrió en un tiempo en el que la unidad de la Iglesia hallábase desgarrada a causa de que dos obispos simultáneamente creíanse investidos de la dignidad y poder del sumo pontificado. Posteriormente, uno de ellos fue declarado pontífice legítimo y el otro tachado de cismático. Pascasio, sin embargo, por error y hasta el fin de su vida, siguió reconociendo como papa verdadero al papa falso, y, cuando murió como era diácono, fue amortajado con la dalmática, vestidura propia y característica del orden sagrado a que pertenecía. Estando ya su cadáver colocado sobre el féretro, acercóse a él un endemoniado, tocó con su mano la dalmática que le servía de mortaja y quedó repentinamente sano. Muchos años después, el obispo de Capua, Germán, acudió a una casa de baños en busca de remedio para una enfermedad que padecía, y, al llegar al establecimiento, encontróse en él con el diácono Pascasio, quien inmediatamente se puso a su servicio y comenzó a atenderle con admirable solicitud en todas sus necesidades. Como el obispo reconoció a Pascasio en cuanto lo vio, y como estaba completamente seguro de que había muerto ya hacía muchos años, se asustó y, sumamente extrañado, le preguntó:

—¿Cómo se explica que habiendo fallecido hace tanto tiempo te encuentres en este lugar?

Pascasio le respondió:

—Estoy aquí expiando el único pecado que cometí durante mi vida. Tal pecado consistió en aceptar como papa legítimo al que no lo era. Te suplico que ruegues por mi al Señor. Si cuando vuelvas a estos baños no me encuentras en el establecimiento, interpreta mi ausencia como una señal de que Dios ha atendido tu oración.

El obispo oró por Pascasio, y, en efecto, unos días después, cuando Germán volvió a las termas, el diácono ya no estaba allí.

Pedro de Cluny cuenta este otro caso:

En cierto lugar había un sacerdote que, en vez de celebrar cada día la misa señalada por el calendario, decía siempre e invariablemente la correspondiente a los difuntos. El obispo, enterado del proceder de este sacerdote por acusaciones de algunos de sus compañeros, llamóle a su presencia y castigó su falta de respeto a las rúbricas privándole de su oficio y prohibiéndole celebrar misa. Poco después de esto, una noche, víspera de una solemne festividad, cuando el prelado se dirigía desde su

residencia a la catedral para presidir los maitines, al pasar por el atrio dedicado a cementerio se encontró con una multitud de muertos recién salidos de sus tumbas, los cuales, en cuanto lo vieron, comenzaron a decir a coro: «Este obispo no sólo no celebra nunca la misa de difuntos sino que nos ha privado de nuestro sacerdote; pero que se entere bien: si no se enmienda, dentro de poco morirá». El prelado se enmendó, repuso en su oficio al sacerdote, y desde entonces también él y de buen grado celebró con frecuencia la llamada misa de difuntos.

He aquí un tercer caso que prueba cuán provechosas resultan a las almas del purgatorio las oraciones que por ellas hacen los vivos. Los refiere el *Cantor de París* de la siguiente manera:

Cierto individuo, siempre que pasaba cerca de un cementerio, rezaba por los muertos el salmo *De profundis*. Un día este sujeto vióse obligado a refugiarse en un camposanto huyendo de unos enemigos que le perseguían, los cuales, sin el menor respeto a la santidad del lugar en el que se había refugiado, entraron en él y trataron de capturarlo; pero de pronto salieron de sus tumbas todos los difuntos allí sepultados, y empuñando cada uno de ellos el instrumento correspondiente al oficio que cuando estaban vivos habían desempeñado, defendieron valientemente al perseguido e hicieron huir rápidamente a sus perseguidores.

Segundo: La práctica de la limosna.

Que la práctica de la limosna aprovecha a los difuntos pruébase manifiestamente por el siguiente pasaje del libro de los Macabeos: «*Judas, hombre extraordinariamente valiente, hizo una colecta, reunió doce mil dracmas de plata y las envió a Jerusalén para que fuesen ofrecidos en sufragio por los pecados de los muertos: ¡Digna y piadosa obra, inspirada en la esperanza de la resurrección!*».

En el libro IV de sus *Diálogos* cuenta Gregorio el episodio que seguidamente reproducimos, porque de él se colige la gran utilidad que la práctica de la limosna reporta a los difuntos:

Un militar, tras permanecer muerto durante un corto espacio de tiempo, resucitó, y, una vez resucitado, refirió varias cosas que le habían sucedido mientras estuvo difunto, y entre ellas ésta: Nada más morir vióse colocado en uno de los extremos de un puente bajo el cual discurría un río de aguas negras, espesas y fétidas. Al otro lado del susodicho puente había una extensa pradera tapizada de hierba y cuajada de flores muy olorosas, en la que numerosas personas vestidas de blanco formando grupos se recreaban contemplando la belleza, y disfrutando de los exquisitos aromas que fluían de las muchísimas y hermosísimas plantas que adornaban y perfumaban el dilatado vergel. El puente servía para decidir la suerte futura de los difuntos, puesto que todos tenían que probar a pasar por él. Quienes en vida habían sido injustos, apenas iniciaban la travesía, caían al río cuyas aguas negras y pestilentes los engullían; en cambio, quienes se habían conducido piadosamente recorrían la pasarela con paso firme y seguro y llegaban a la amena pradera. Estando él a la entrada del referido puente, vio cerca de sí a un hombre llamado Pedro, tendido boca arriba y atado a un enorme bloque de hierro. Esto le sorprendió, y mientras interiormente se preguntaba por qué estaría aquel individuo en semejante postura y atado al bloque de hierro, oyó una extraña voz que decía: «Este sujeto se encuentra en tal situación porque, cuando la autoridad ponía en sus manos a los reos condenados a muerte, ejercía su oficio de verdugo ensañándose cruelmente con las víctimas, matándolas no tanto por obediencia a las órdenes recibidas ni para evitar que siguieran cometiendo delitos, sino por el regodeo que sentía al satisfacer morbosamente sus instintos sanguinarios». Vio también cómo un peregrino, al llegar al comienzo del puente, sin vacilar y sin detenerse prosiguió caminando sobre él con paso firme, y muy seguro de sí mismo porque su propia conciencia le aseguraba que había vivido correctamente. Vio, finalmente, parte de lo que le ocurrió a otro, llamado Esteban: comenzó éste a avanzar con cierta seguridad por la pasarela, mas apenas había dado algunos pasos resbaló, perdió el equilibrio, dio una voltereta y quedó asido al pretil pero con su cuerpo fuera del puente, suspendido en el vacío y con grave riesgo de caer al agua. Cuando estaba en tan peligrosa postura surgieron del fondo del río unos individuos horrorosamente feos, lo agarraron por las piernas y empezaron a tirar de él hacia abajo; al mismo tiempo, empero, otros individuos hermosísimos, totalmente vestidos de blanco, surgidos también repentinamente sobre la pasarela, sujetaron a Esteban por los brazos y trataron de evitar que cayera al agua. El militar fallecido no supo en qué acabó aquello, porque mientras los feos desde abajo tiraban de Esteban para hundirlo y los hermosos tiraban de él desde arriba para salvarlo, el susodicho militar difunto resucitó y volvió a la vida sin enterarse del

resultado final de la contienda que feos y hermosos entre sí sostenían, empeñados los primeros en perder a Esteban y esforzándose los segundos en lo contrario. Parece, sin embargo, suficientemente claro que la lucha que el militar presenció entre los feos y los guapos simbolizaba el pugilato que a la muerte de Esteban sostuvieron entre sí los deméritos de sus debilidades carnales, representados por los tirones de piernas de los feos que querían hundirle, y los méritos de las limosnas que Esteban había hecho durante su vida, pues habiendo sido mientras vivió muy dado a la práctica de la limosna, cabe suponer fundadamente que el socorro que trataban de prestarle los hermosos para salvarle, sosteniéndole por los brazos y tirando de él hacia arriba, significaba los méritos que su alma había adquirido con el ejercicio de la limosna en favor de los necesitados.

Tercero: La inmolación de la Santa Víctima.

La inmolación de la Santa Víctima constituye el tercer género de sufragios en favor de las almas del purgatorio. El extraordinario provecho que de esa inmolación obtienen los difuntos puede probarse con multitud de ejemplos. Vamos seguidamente a aducir uno de ellos, referido por san Gregorio en el libro IV de sus *Diálogos.*

Justo, monje del monasterio en que san Gregorio ejercía el cargo de abad, momentos antes de morir manifestó, muy arrepentido, que en determinado lugar tenía escondidas tres monedas de oro, y al poco rato murió. San Gregorio mandó a algunos de sus religiosos que recogiesen del escondite indicado las tres monedas, que las colocasen sobre el cuerpo del difunto, y que éste, con sus tres monedas encima de su pecho, fuese sepultado en un estercolero. Así se hizo. Al terminar el sepelio y antes de apartarse del muladar en que fray Justo acababa de ser enterrado por orden de san Gregorio, toda la comunidad y él dijeron: «Que tu dinero perezca contigo».

A pesar de la dureza del castigo impuesto al difunto, el santo abad mandó a uno de sus monjes:

—Celebra y ofrece la misa durante treinta días seguidos por el alma de fray Justo.

El mismo día en que teminó la celebración de la serie de las treinta misas, fray Justo se apareció a uno de los religiosos de la comunidad, y el que tuvo la aparición preguntó al aparecido:

—¿Qué tal estás?

Fray Justo le respondió:

—Hasta hoy lo he pasado mal, pero a partir de esta mañana mi situación ha cambiado definitivamente, porque acabo de entrar en la comunión de los santos.

Conviene advertir que la celebración de la misa no sólo aprovecha a los difuntos, sino que también redunda en beneficio de los vivos si por ellos se ofrece, como se prueba por los siguientes ejemplos:

Estando unos hombres cavando en un lugar muy pedregoso en busca de plata, de pronto se desprendió un enorme peñasco, cayó sobre ellos y los mató a todos menos a uno que pudo salvar su vida refugiándose a tiempo en el hueco de una roca de donde después no le fue posible salir porque la roca, a su vez, quedó enteramente cubierta por los arrastres de tierra producidos por el desprendimiento del susodicho peñasco. La esposa de este individuo, creyendo que su marido había perecido juntamente con los demás, encargaba diariamente una misa por él, la oía y ofrendaba en ella un pan, una jarra de vino y una candela. Tres días consecutivos, cuando esta mujer iba hacia la iglesia para encargar y oír la misa, el diablo, envidioso, disimulando su verdadera condición bajo el aspecto de un hombre cualquiera, salióle al encuentro y le preguntó:

—¿A dónde vas?

En las tres ocasiones la mujer respondió:

—A encargar y oír una misa por mi marido.

También en las tres ocasiones el diablo, disfrazado de hombre, trató de apartarla de su intento diciéndole:

—No te molestes en llegar hasta la iglesia; de ella vengo yo, y la misa que pensabas encargar y oír ya ha terminado.

En las tres ocasiones la mujer, creyendo que aquel hombre decía verdad, se dio media vuelta y regresó a su casa sin haber ofrecido por el alma de su esposo los sufragios que deseaba ofrecer.

Algunas fechas después de esto, uno de sus convecinos fue al lugar donde había ocurrido el accidente, y comenzó a cavar para ver si lograba hallar algo de plata; a poco de iniciar su trabajo oyó una voz que parecía proceder del interior de la tierra y que decía:

—Cava con mucho cuidado porque tengo sobre mi cabeza una roca inmensa que puede desprenderse y aplastarme.

Temblando de miedo, el cavador huyó de allí, refirió a la gente lo que le había sucedido y tornó de nuevo a la cantera acompañado de muchas per-

sonas que deseaban comprobar si era verdad que se oía aquella voz misteriosa; y como, en cuanto el hombre comenzó nuevamente a cavar, oyóse efectivamente la voz recomendando que cavara con precaución, algunos de los presentes se acercaron al sitio de donde estimaban que la voz había salido y preguntaron:

—¿Quién eres?

Sin responder directamente a la pregunta la voz repitió:

—Cavad con muchísimo cuidado, porque encima de mi cabeza hay una enorme roca que puede caer sobre mí y aplastarme.

Extremando las precauciones, varios hombres cavaron y removieron la tierra en torno al lugar desde el que les había llegado la voz, y al cabo de un rato descubrieron a su convecino y lo sacaron de allí sano y salvo.

—¿Cómo es posible —preguntaron los rescatadores al rescatado— que hayas permanecido vivo durante tanto tiempo, sepultado bajo tan enorme montón de tierra?

El rescatado les respondió:

—Desde que ocurrió el accidente, todos los días alguien de manera misteriosa colocaba a mi lado en el hueco de la peña en que me refugié, una hogaza de pan, una jarra de vino y una candela; sí, todos los días, a excepción de tres consecutivos, se me ha proporcionado este suministro.

De esta declaración dedujo la esposa del rescatado dos cosas, y las comentaba exultante de alegría: primera, que sus diarias oblaciones en la misa eran las que habían servido de alivio y de sustento a su marido; segunda, que los tres días en que careció de tal ayuda fueron precisamente aquellos tres en que el diablo, disfrazado de hombre, consiguió engañarla y moverla a que regresara a casa sin encargar la celebración de las correspondientes misas cantadas que diariamente mandaba aplicar por él. Este hecho, relatado por Pedro el Cluniacense, ocurrió en la ciudad de Ferrières, perteneciente a la diócesis de Grenoble.

El caso que seguidamente vamos a referir lo cuenta Gregorio.

Navegando un navegante por alta mar, se desencadenó una tempestad terrible que destrozó su nave; él, sin embargo, salió sano y salvo del apurado trance en que se vio, merced a que cuando el naufragio se produjo un sacerdote estaba celebrando una misa que el propio navegante, antes de hacerse a la mar, habíale encargado. Después que el náufrago regresó a tierra, sus amigos le preguntaron:

—¿Cómo te las arreglaste para salir con vida de la trágica situación en que te viste?

El navegante les respondió:

—Cuando me encontraba luchando contra la bravura de las olas, totalmente extenuado y a punto de perecer, alguien, misteriosamente, me ofreció un pan especial; lo comí, e inmediatamente con aquel alimento me sentí aliviado, y con mis fuerzas renovadas nadé con brío, me alejé del lugar de la tempestad y algún tiempo después acertó a pasar, por donde yo continuaba nadando, un barco y me recogió.

Posteriormente vino a saberse que precisamente el mismo día a la misma hora en que el misterioso e invisible mensajero le proporcionó el pan con que restauró sus fuerzas, el sacerdote a quien encargara la misa estaba celebrándola y aplicándola por las intenciones de él.

Cuarto: La observancia del ayuno.

También este cuarto género de sufragios resulta notablemente provechoso a los difuntos, como asegura Gregorio, quien al hablar tanto de este tipo de ayuda como de los otros tres, escribe:

«Las almas de los muertos se ven libres de sus penalidades mediante alguno de estos cuatro procedimientos: las oblaciones de los sacerdotes, las oraciones de los fieles, las limosnas hechas por sus seres queridos, y el ayuno de sus parientes, porque la mortificación corporal ofrecida en favor de los difuntos por quienes en vida fueron sus amigos proporciona gran utilidad a aquellos en cuyo beneficio se ofrece». Que así es, en efecto, pruébase por el siguiente caso, referido por un autor insigne llamado el Doctor Solemne:

En cierta ocasión apareciósе el diablo a una mujer reducida a suma pobreza por la muerte de su marido y sumida en la desesperación, y le propuso que, si ejecutaba cuatro cosas que él iba a mandarle, la colmaría de riquezas. La mujer aceptó; seguidamente el demonio le dio estas cuatro órdenes: primera, que sedujese e hiciese fornicar con ella a todos los eclesiásticos que llegasen a su casa en demanda de alojamiento; segunda, que acogiese en su domicilio a cuantos pobres llamasen a su puerta solicitando limosna, pero que al llegar la noche los arrojase de él sin haberles dado absolutamente nada; tercera, que acudiese a la iglesia cuando la gente estuviese reunida y orando, y que comenzase a dar gritos para turbar e impedir sus

oraciones; cuarta, que jamás se confesase de estos pecados con nadie.

Pasado algún tiempo, esta mujer cayó gravemente enferma, y como su hijo la viese en peligro de muerte, exhortóla insistentemente a poner a bien con Dios su alma mediante una buena confesión; mas, como también ella rechazara con la misma insistencia lo que su hijo le proponía, y como a causa de esto surgían entre ellos violentas discusiones, la madre acabó por decir al hijo que la dejara en paz, porque ni podía confesarse, ni aunque lo hiciera la confesión le serviría de nada. No se dio el hijo por vencido, sino que llorando y prometiendo a su madre que él haría penitencia por ella, suplicóle con redoblado ahínco que se confesase antes de morir; y tanto lloró y suplicó, que al cabo, la madre, conmovida por tantas súplicas y lágrimas, dijo al hijo:

—¡Anda! ¡Ve a llamar a un sacerdote!

Inmediatamente el hijo salió de casa en busca de un confesor, mas antes de que uno y otro llegaran, infinidad de demonios rodearon la cama de la enferma y ésta, del susto y horror que semejante visita le produjo, quedó repentinamente muerta. En vista de lo ocurrido, el hijo, en nombre de su madre, confesó al sacerdote los pecados que ella había cometido y seguidamente hizo penitencia durante siete años, al cabo de los cuales la madre se apareció al hijo, le dio las gracias por cuanto en su favor había hecho, y le manifestó que merced a su generosa ayuda ya estaba perdonada y libre de penas.

También las indulgencias de la Iglesia aprovechan a los difuntos. Pruébase esta afirmación con el siguiente caso:

Un legado de la sede apostólica rogó a un caballero muy valiente que se alistase en las milicias de la cruzada contra los albigenses, para pelear en defensa de la doctrina verdadera, haciéndole saber que a cambio de este servicio podía ganar las indulgencias concedidas por el papa a los cruzados. El caballero aceptó, se incorporó a la cruzada, actuó en ella durante cuarenta días, y ofreció las indulgencias que le correspondían en beneficio de su difunto padre, el cual, al terminar la cuarentena, aparecióse rodeado de luz a su hijo, le dio las gracias por el favor que le había hecho, y le comunicó que merced a aquellas indulgencias su alma había sido liberada del purgatorio.

II. De las almas por quienes los sufragios se ofrecen.

En relación con este segundo apartado, vamos a considerar estas cuatro cosas: a) quiénes pueden beneficiarse de los sufragios hechos por los vivos; b) por qué debemos ayudar a los difuntos; c) si los sufragios aprovechan por igual a todos aquellos por quienes se ofrecen; d) cómo pueden saber los difuntos que se ofrecen sufragios por ellos.

a) Quiénes pueden beneficiarse de los sufragios hechos por los vivos.

Por lo que a este primer punto atañe, comencemos recordando esta afirmación de Agustín: «Toda persona que sale de esta vida, o es muy buena en el momento en que se produce su fallecimiento, o es muy mala, o es mediocre, es decir, ni muy buena ni muy mala. Los sufragios ofrecidos en favor de los muy buenos se convierten en acciones de gracias; los ofrecidos en favor de los muy malos, sirven de consuelo a los vivos que los ofrecen; y los ofrecidos en favor de los que vivieron mediocremente constituyen actos expiatorios».

El grupo de los muy buenos está formado por los individuos cuyas almas emigraron directamente desde la tierra al cielo sin pasar por el fuego del infierno ni por el del purgatorio. Tres clases de difuntos están en este caso: los que conservaron en vida la limpieza del bautismo, los mártires, y cuantos durante su existencia observaron una conducta moralmente perfecta; es decir, los que durante su peregrinación por este mundo se dedicaron a construir una morada para el futuro a base de oro, plata y piedras preciosas; o lo que es lo mismo, a base de amor a Dios, de caridad para con el prójimo y de la realización continua de buenas obras; o dicho de otra manera: todos aquellos que a lo largo de su existencia temporal se desentendieron de las humanas complacencias y se consagraron plena y exclusivamente a agradar al Señor. Las faltas ve-

niales en que ocasionalmente estas personas pudieran haber incurrido quedaron reducidas a cenizas por las llamas de su ardiente caridad y radicalmente extinguidas, como se extingue y desvanece absolutamente una gota de agua al caer sobre las brasas de un horno. Por eso las almas de tales sujetos, al salir de esta vida para la otra, no llevaron consigo la menor impureza de la que tuvieran que purificarse. Orar, pues, por los difuntos pertenecientes a cualquiera de las tres clases que forman este grupo, u ofrecer sufragios por ellos, equivaldría a injuriarlos puesto que, como muy bien advierte Agustín, «al mártir ofende quien por el mártir ora». No obstante, si alguien orase por algún difunto de los pertenecientes a esta sección de los muy buenos, por no constarle que su alma había subido directamente al paraíso, las oraciones en favor de tal difunto no constituirían sufragios, sino acciones de gracias, redundarían en beneficio del propio orante como manifiesta el salmista por estas palabras: *«Mi oración retornará a mi seno».* Cuando fallece alguien perteneciente a cualquiera de estas tres clases mencionadas, inmediatamente se abren las puertas de la gloria para que su alma entre en la bienaventuranza directamente, sin pasar por el fuego del purgatorio; y que esto es así, lo certifica la Sagrada Escritura, en cuyas páginas se refieren tres casos en que el cielo se abrió ante tres personas:

Ante Cristo, cuando Cristo, recién bautizado, oraba (Luc., 3); para darnos a entender que el bautismo abre las puertas del cielo para que entren en él todos los bautizados, igual si se trata de párvulos que si se trata de adultos; cualquier persona bautizada que falleciere inmediatamente después de recibir el bautismo entrará directamente en la gloria del paraíso, porque por los méritos de la Pasión de Cristo el bautismo deja al alma limpia de todo tipo de pecados: del original, de los mortales y de los veniales.

Ante Esteban, cuando estaban apedreándole: *«Estoy viendo el cielo abierto»,* dijo. La escena se encuentra narrada en el capítulo séptimo de los *Hechos de los Apóstoles;* a través de este relato el libro sagrado pretende darnos a saber que el paraíso está abierto para todos los mártires; y no sólo esto, sino también que, cuando los mártires mueren, sus almas entran directamente en la bienaventuranza, porque cuanto pudiera haber en su vida anterior merecedor de expiación, queda radicalmente eliminado por la podadera del martirio.

Abrióse también el cielo ante el santísimo evangelista Juan: *«Vi abierta la puerta del cielo»,* dice él en el capítulo cuarto del Apocalipsis; y si dijo esto fue para que entendiéramos que las puertas de la gloria están permanentemente abiertas, a fin de que entren en ella a tomar posesión del reino, tan pronto como mueran, las personas moralmente perfectas, esto es, las que en su vida hicieron adecuada penitencia y no condescendieron ni siquiera con los pecados veniales, y las que, aunque en ocasiones incurrieran en faltas leves, en seguida se arrepintieran de ellas y las compensaron con el fervor de su caridad.

Forman el grupo de los muy malos quienes en el momento de su fallecimiento descienden al abismo de los infiernos. Por estos difuntos, si nos consta que se han condenado, no debemos ofrecer ninguna clase de sufragios. He aquí lo que a este respecto escribe san Agustín: «Si supiera con certeza que mi padre se hallaba en el infierno no oraría por él, por la misma razón que no oro por el diablo».

Si alguien, en estado de duda acerca de la suerte que un difunto hubiese podido correr, ofreciese sufragios en su favor y resultase que tal difunto se hallase en estado de condenación, los sufragios ofrecidos en su favor no le servirían para nada; ni para librarle de las penas que padece, ni para mitigarlas o disminuir su intensidad, ni para conseguir la más mínima interrupción de sus sufrimientos, ni para confortarle, ni para hacerle más tolerables las torturas a que se encuentra sometido; quienes entran en el infierno, ni jamás saldrán ya de él, ni recibirán alivio alguno en sus padecimientos.

Constituyen el tercer grupo de difuntos los que hemos calificado de mediocres, es decir, de medianamente buenos y medianamente malos, bien porque al salir de este mundo llevaron consigo al otro adherencias combustibles de leños, heno y paja, expresiones simbólicas utilizadas páginas atrás para designar tales adherencias, bien porque fueron sorprendidos por la muerte sin haber satisfecho del todo sus pecados o sin haber cumplido totalmente las penitencias que les fueron impuestas. Las personas pertenecientes a este grupo ni fueron tan buenas como para no necesitar que prestemos nuestra ayuda a sus almas, ni tan malas como para que nuestro socorro no les sirva de nada. Los sufragios ofrecidos por estos difuntos contribuirán a la expiación de sus anteriores defi-

ciencias. Estos difuntos son precisamente los únicos a quienes nuestros sufragios aprovechan.

En cuanto a este asunto del ofrecimiento de sufragios por las almas de los muertos, procede advertir que la Iglesia, desde muy antiguo, viene reconociendo especial importancia a los que se hacen en series ininterrumpidas de siete días, de treinta días y de un año entero. En un libro titulado *Oficio Mitral* se explica y justifica la práctica de los sufragios durante estas series de días, de la siguiente manera:

Serie de siete días o septenario. Siete días tiene la semana; el último es el sábado, jornada de descanso. Con siete días seguidos de sufragios ofrecidos por el alma de un determinado difunto, tratamos de ayudar a éste para que, tras seis días de trabajos y penas, entre en el eterno descanso de un sábado inacabable. Además, como la semana representa la vida del hombre sobre la tierra y durante ella cometió cada cual los pecados que de difunto expía en el purgatorio, y los cometió con su cuerpo, compuesto de cuatro humores, y con su alma, dotada de tres potencias, con nuestros siete días de sufragios intentamos liberar al deudor por quien nos interesamos de la deuda que contrajo con los siete factores (cuatro humores corporales y tres potencias anímicas), durante el *septenario* de su existencia terrena.

Serie de treinta días. Treinta es lo mismo que tres veces diez o que tres decenas. Con treinta días de sufragios procuramos ayudar a los difuntos a expiar los pecados que cometieron ofendiendo simultáneamente a las tres personas de la Trinidad con las transgresiones a la ley de Dios contenida en los diez preceptos del Decálogo.

Serie de los días de un año. A un año de calamidad suele seguir otro año de prosperidad. Con el ofrecimiento de nuestros sufragios durante un año entero en favor de un difunto, pretendemos ayudar a éste a cancelar su deuda, a fin de que su alma, tras un año de penas, entre en un año eterno de perenne bienaventuranza.

La especial ayuda que ofrecemos a un difunto al cumplirse el aniversario de su muerte está muy justificada; su práctica obedece en parte importante a una razón de paralelismo con nuestra celebración anual del tránsito de los santos. En efecto, así como celebramos cada año la fecha de la muerte de éstos, por dos motivos, el de honrarlos a ellos y el de procurarnos a nosotros mismos la utilidad de su protección, así también por otros dos motivos recordamos especialmente a los difuntos en el aniversario de su fallecimiento: el de ayudarles a redimir sus deudas y el de ejercitar nuestra devoción y caridad.

b) Por qué debemos ayudar a los difuntos con nuestros sufragios.

Conviene que sepamos que tenemos obligación de socorrerlos por las tres razones siguientes: Primera, por exigencias de la unidad: los difuntos que están en el purgatorio forman un solo cuerpo con quienes constituimos la Iglesia militante; si están unidos a nosotros, justo es que participen de los bienes que nosotros poseemos. Segunda, porque se lo merecen: y se lo merecen, porque cuando vivían ayudaron a otros difuntos; por tanto, si socorrieron a quienes les precedieron en la muerte, justo es que nosotros ahora hagamos lo mismo y les socorremos a ellos. Tercera, porque lo necesitan: no olvidemos que las almas del purgatorio se encuentran en una situación tan especial que no pueden hacer nada en su propio provecho.

c) Si los sufragios aprovechan por igual a todos aquellos por quienes se ofrecen.

Acerca de este punto es preciso que sepamos estas dos cosas: que los sufragios ofrecidos en favor de un difunto determinado aprovechan a éste más que al resto de las almas del purgatorio; y que: los sufragios ofrecidos en favor de los difuntos, tomados en común y en general, en el supuesto de que todos ellos se hallaren en el mismo grado de necesidad, aprovecharán más a quienes durante su vida hicieron mayores méritos para ser socorridos con preferencia a otros; y les aprovecharán todavía más, si su necesidad fuese mayor que las de las otras almas.

d) Cómo pueden saber los difuntos que se ofrecen sufragios por ellos.

Según san Agustín, por algunos de estos tres procedimientos: a) Por divina revelación o comunicación de Dios. b) Por manifestaciones de los ángeles buenos; los ángeles que nos asisten a nosotros conocen perfectamente nuestra vida, y pueden, por tanto, ponerse en comunicación con los difuntos en un instante cualquiera, y darles noticia de lo que nosotros por ellos hacemos. c) Por referencias de las almas que sucesivamente van llegando al purgatorio; las almas de los difuntos, al salir de este mundo y entrar en el purgatorio, tienen la posibilidad de referir a las que van a ser sus compañeras éstas y otras cosas.

A estos tres procedimientos señalados por san

Agustín cabe añadir uno más, y es el siguiente: las almas del purgatorio pueden colegir del alivio de sus sufrimientos y de la redención de sus penas, que alguien, desde el mundo de los vivos, está ofreciendo sufragios por ellas.

III. De las personas que pueden ofrecer sufragios válidos.

Este es el tercer apartado de la segunda parte de nuestro tratado. Digamos de entrada que, para que los sufragios aprovechen a las almas de los difuntos, es menester que el viviente que hace tales sufragios se encuentre en situación de caridad, pues si al hacerlos no se hallare en estado de gracia, esos sufragios carecen enteramente de valor, como se prueba por el siguiente ejemplo:

Una noche, estando ya acostados en el lecho conyugal un soldado y su mujer, el esposo, al ver cómo la luz de la luna penetraba en la habitación a través de las rendijas de la ventana, comentó, admirado, con su esposa el diferente comportamiento que respecto de Dios observaban los humanos y el resto de las criaturas.

—Repara en este contraste —decía el marido a su mujer—: el hombre, a pesar de estar dotado de inteligencia, desobedece a su Creador; en cambio, los seres irracionales cumplen fielmente la misión que a cada uno de ellos el Señor les ha asignado.

Seguidamente, el esposo, para probar su aserto, comenzó a hablar mal de otro soldado, ya difunto y antiguo compañero y amigo suyo, y cuando estaba refiriendo a su esposa, en plan de murmuración, cosas y cosas que dejaban malparado el nombre del muerto, éste, repentinamente, se le apareció y le dijo:

—Amigo, no seas tan mordaz. Si cuando vivía te ofendí en algo, perdóname.

Entonces el soldado vivo preguntó al soldado difunto:

—¿Qué tal te va por el otro mundo?

El aparecido le respondió:

—¡Mal! Estoy padeciendo muchas y muy diferentes penas a causa, principalmente, de que en cierta ocasión profané un cementerio hiriendo a un enemigo que se había refugiado en él; pero no sólo lo herí, sino que, después de herirle, le quité su capa y me quedé con ella; debido a esto, cuando morí fui castigado a llevar sobre mí la capa robada, cuyo peso me oprime y aplasta como si tuviera encima de mi alma una montaña. Te suplico, pues, que me ayudes a acortar el tiempo de mi tribulación procurándome oraciones.

—¿Te parece bien —inquirió el vivo— que vaya a ver a tales y cuales sacerdotes (cuyo nombre no indicó) y les encargue que recen por ti?

El aparecido, sin utilizar para nada los labios, pero con repetidos movimientos de cabeza, contestó que no.

Entonces el vivo propuso al difunto:

—¿Y si encargara esas oraciones a...? —y pronunció el nombre de un determinado ermitaño.

—¡Oh! —contestóle el muerto— ¡Oh! ¡Ojalá consiguieses que ese ermitaño rezase por mí!

—Te prometo —aseguró el soldado— que haré cuanto esté en mi mano para que ese ermitaño ore por ti.

El difunto, a renglón seguido manifestó:

—Y yo te anuncio que tal día como hoy, dentro de dos años, morirás.

Dicho esto, el aparecido desapareció, y el soldado, desde aquella misma noche, enmendó su vida y al cabo de dos años se durmió en el Señor.

He dicho anteriormente que los sufragios hechos por quienes al hacerlos no se encontraren en estado de gracia carecen totalmente de valor, y lo repito; pero añado que esto hay que entenderlo bien, porque esta afirmación se refiere a los sufragios que no son sacramentos y a los que no constituyen obras pías como las limosnas u otras mandas cuya ejecución haya sido encomendada a determinadas personas bien por el propio difunto antes de morir o bien por sus amigos. Los sufragios sacramentales, por ejemplo las misas, tienen de suyo un valor propio, independiente de las condiciones del ministro que los realiza; y en cuanto a las limosnas y mandas piadosas en favor de los difuntos, pláceme aclarar que los mandatarios tienen que ejecutarlas aunque se encuentren en estado de indignidad, y han de ejecutarlas cuanto antes, para no exponerse a que les ocurra lo que le ocurrió a un sujeto, cuyo caso paso a referir:

Un soldado de Carlomagno, durante la guerra que éste sostenía contra los moros, antes de salir para el campo de batalla encargó a un pariente suyo:

—Si muero en campaña, te haces cargo de mi caballo, lo vendes y distribuyes entre los pobres el dinero que por él te den.

El soldado, en efecto, murió; su pariente recogió el caballo, pero, en vez de venderlo como había prometido, se entusiasmó con el brioso ani-

mal y se quedó con él. Algunos días después el difunto, envuelto en rayos de luz tan resplandecientes como los del sol, se apareció a su pariente y le dijo:

—Primo; te encargué que si moría en la pelea vendieras mi caballo y que repartieras entre los pobres el dinero que por él hubieses obtenido. Por no haber ejecutado tú mi voluntad he tenido que estar ocho días penando en el purgatorio; no creas que tu pecado va a quedar impune: hoy mismo los demonios llevarán tu alma al infierno; yo, en cambio, como ya concluyó el tiempo de mi expiación, hoy mismo también entraré en el reino de Dios.

Apenas el aparecido dijo esto, oyóse de repente en el aire un espantoso ruido producido por una jauría de diablos que, rugiendo y aullando como leones, osos y lobos, se apoderaron del primo y se lo llevaron.

Capítulo CLXIV

LOS CUATRO CORONADOS

Dase esta denominación genérica de *Cuatro Coronados* a cuatro santos que murieron martirizados por orden de Diocleciano a fuerza de los innumerables azotes que los verdugos les propinaron con látigos interiormente guarnecidos de trozos de plomo. Durante mucho tiempo se ignoró el nombre propio de cada una de estas cuatro víctimas. Posteriormente se supo por revelación divina que se habían llamado en vida Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino; mas, cuando Dios dio a conocer el nombre de cada uno de ellos, ya estaba establecida la costumbre entre los fieles de venerar su memoria juntamente con la de otros cinco santos llamados Claudio, Castorio, Sinforiano, Nicóstrato y Simplicio, martirizados dos años después de que lo fueran los cuatro mencionados. Estos cinco a quienes acabamos de referirnos eran escultores famosos. Diocleciano les encargó que labrasen la estatua de un determinado ídolo, pero, como ellos se negaran a realizar tal tarea y a ofrecer sacrificios en honor de los dioses, el emperador, irritado, ordenó que fuesen encerrados vivos en sendas cajas de plomo y arrojados al mar. De este modo murieron hacia el año 287. El papa Melquiades dispuso que cada año, el mismo día y conjuntamente, se hiciese comemoración del martirio de estos cinco y del de los otros cuatro; y como por entonces todavía se desconocía el nombre de estos cuatro santos, determinó que a los cuatro desconocidos se los honrara con la denominación genérica y simbólica de los Cuatro Coronados, y así ha venido haciéndose desde entonces hasta ahora, a pesar de que posteriormente se supo cuál había sido el verdadero nombre de cada uno de ellos.

Capítulo CLXV

SAN TEODORO

Teodoro padeció el martirio en la ciudad de los marmaritanos, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano. Prometióle el prefecto que si adoraba a los dioses sería repuesto en el oficio y grado de la milicia que anteriormente había tenido en el ejército imperial, pero Teodoro le respondió:

—Yo milito en las filas de mi Dios y de su Hijo Jesucristo.

—¿Es que tu Dios tiene un hijo? —inquirió el prefecto.

—Lo tiene —contestó Teodoro.

—¿Podríamos conocerlo? —preguntó nuevamente el prefecto.

—Claro que podéis conocerlo, y hasta entrar en comunicación con él, si así lo deseáis —le respondió el antiguo oficial.

Seguidamente, y de momento, el prefecto concedió a Teodoro un plazo para que decidiera si se avenía a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos; pero Teodoro aprovechó aquella tregua para entrar de noche en el templo dedicado a la madre de

los dioses y prender fuego al edificio. El templo se quemó por completo.

Alguien que había visto a Teodoro incendiar el templo fue a ver al prefecto y le comunicó que el santo había sido el autor del siniestro. Entonces el prefecto encerró a Teodoro en una cárcel y le condenó a morir de hambre dentro de la prisión. En ella estaba cuando el Señor se le apareció y le dijo: «Teodoro, mi fiel siervo: confía en mí; yo estoy contigo». Acto seguido, a pesar de que las puertas de la cárcel estaban cerradas, entraron en el calabozo en que Teodoro se hallaba prisionero numerosos individuos vestidos de blanco, y comenzaron a cantar a coro con él las divinas alabanzas. Los carceleros, al ver lo que allí sucedía, huyeron espantados.

Algún tiempo después de esto el prefecto sacó a Teodoro de la prisión y le apremió para que adorara a los dioses; pero el santo le contestó:

—Quemadme vivo si queréis; matadme con los más terribles tormentos, si os place; pero oíd bien tú y los tuyos lo que os digo: mientras conserve en mi nariz el más tenue respiro, no renegaré de mi Dios.

En vista de esta actitud, el prefecto ordenó que lo colgaran de un árbol y que arañaran sus carnes con garfios de hierro. Los vergudos cumplieron las órdenes recibidas con tanta crueldad y ensañamiento que las costillas del mártir quedaron al descubierto en ambos costados de su cuerpo. Cuando estaban aplicándole tan atroz suplicio, el prefecto le preguntó:

—Vamos a ver Teodoro: ¿qué me dices ahora? ¿Prefieres hacer lo que te proponemos o seguir con tu Cristo?

El santo respondió:

—Con mi Cristo estuve, con mi Cristo estoy y con mi Cristo continuaré.

Mandó entonces el prefecto que lo quemaran vivo, y, mientras lo quemaban, en medio de la hoguera, entregó Teodoro su alma al Señor. Su cuerpo, sin embargo, a pesar de las llamas que lo envolvían, quedó entero, limpio e incólume, y de él comenzó a brotar un exquisito aroma.

Momentos antes de que el mártir expirara, cuantos estaban allí oyeron una misteriosa voz que decía: «Ven, amigo mío, ven y entra en el gozo de tu Señor». Pero no sólo todos los presentes oyeron esto, sino que muchos de ellos, mientras oían esas palabras, vieron el cielo abierto.

La muerte de san Teodoro ocurrió hacia el año 287 de nuestra era.

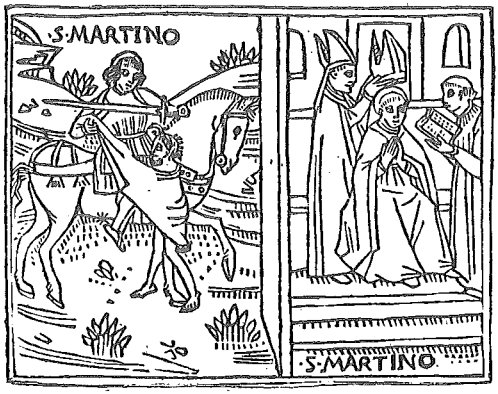
Capítulo CLXVI

SAN MARTÍN, OBISPO

La palabra Martín, desde el punto de vista etimológico, significa una de estas cosas: aficionado a Marte, es decir, a la guerra; uno de los mártires; retador; provocador; dominador... Todos estos significados convienen a este santo: el de aficionado a la guerra, porque empleó su vida en pelear contra los vicios y los pecados; el de uno de los mártires, porque mártir fue en el deseo y en la continua mortificación de su cuerpo; el de retador, porque retó al demonio, su envidioso enemigo; el de provocador, porque provocó a Dios al ejercicio constante de su misericordia; y el de dominador, porque dominó los instintos de su propia carne a fuerza de maceraciones corporales y de penitencias realizando en este terreno la consigna de Dionisio, el cual, con carta a Demófilo, dice: «La razón, o sea, el alma, debe ejercer sobre el cuerpo un dominio semejante al que ejercen el amo sobre sus siervos, el padre sobre sus hijos y el tutor anciano sobre sus jóvenes y libertinos pupilos.

La vida de san Martín fue escrita por su discípulo Sulpicio, notable varón, cuyo nombre figura en el catálogo de hombres ilustres compuesto por Genadio.

Martín, aunque nació en Sebaria, población de Panonia, se crió en la ciudad italiana de Pavía, en donde su padre, militar de profesión, ejercía el cargo de tribuno. También él formó parte del ejército imperial en tiempos de los césares Constantino y Juliano; pero no porque le atrajera la carrera de las armas ni por propia determinación. Sus gustos iban por otros caminos. Cuando tenía



doce años, a pesar de la oposición de sus padres, entró en contacto con la Iglesia, pidió ser recibido en ella como catecúmeno, y, de haber contado con edad suficiente, entonces mismo se hubiese retirado al desierto de muy buena gana para hacer vida de ermitaño. Su ingreso en la milicia se debió a que algún tiempo después de esto, los emperadores promulgaron un decreto ordenando que los militares veteranos causasen baja en las filas del ejército y que el puesto que cada uno de los retirados dejaba vacante fuese ocupado por alguno de sus hijos. En virtud, pues, de tal decreto, Martín, que a la sazón no era más que un muchacho de quince años, tuvo, sin remedio, que reemplazar a su padre y hacerse cargo del oficio que éste venía desempeñando. Al incorporarse a su destino no llevó consigo más que a un solo siervo, al cual trató en todo momento no como a criado, sino como a señor, prodigándole multitud de atenciones, tales como las de ayudarle casi siempre a quitarse las botas y limpiárselas a menudo para que estuviesen constantemente lustrosas y brillantes.

Un día de invierno, estando Martín en Amiens, vio junto a una de las puertas de la ciudad a un hombre casi desnudo, pidiendo limosna. Como observara que ninguno de los muchos transeúntes que pasaban por delante del mendigo le socorrieran, dedujo que Dios le había reservado aquel pobre para él, a fin de que tuviera ocasión de ejercitar su caridad; y hecha esta deducción, sin dudarlo un momento, inmediatamente desenvainó su espada, dividió con ella su propia capa en dos mitades, entregó una al menesteroso y con la otra se cubrió él. Aquella misma noche se le apareció Cristo vestido con la media capa que había dado al pordiosero para que se arropara, y oyó que el Señor decía a los ángeles que le rodeaban: «Esta prenda de abrigo que llevo puesta me la ha dado hoy el catecúmeno Martín». Este, que a la sazón contaba dieciocho años de edad, no se envaneció por la aparición con que Dios premió su obra de caridad, sino que, agradecido a la bondad divina, hízose bautizar en seguida. En cuanto recibió el bautismo, intentó retirarse del ejército, pero, accediendo a las apremiantes instancias de su jefe inmediato, quien le aseguró que también él renunciaría al mundo al expirar el plazo de su propio compromiso con la milicia, siguió en filas dos años más.

Muy poco antes de que terminase este bienio los bárbaros invadieron las Galias. Para repeler a los invasores el césar Juliano organizó poderosos regimientos y, para animar a sus huestes a que pelearan con bravura contra el enemigo ofreció a los combatientes cuantiosas sumas de dinero. Martín, que estaba dispuesto a no prorrogar su permanencia en el ejército, rechazó el incentivo que le ofrecían y dijo al césar:

—Yo estoy bautizado, soy un soldado de Cristo y como tal no me está permitido intervenir en esta clase de batallas.

Juliano, indignado, le replicó de este modo:

—Si te niegas a tomar parte en esta guerra, no es por motivo de religión, sino porque eres cobarde y tienes miedo.

Martín, con viveza y valentía, rechazó la acusación de que era objeto, diciéndole a Juliano:

—Si pretendo darme de baja en la milicia no es porque sea cobarde y tenga miedo, sino por razones religiosas; para demostrarte que digo verdad, mañana, cuando comience la batalla, me presentaré ante los soldados enemigos completamente desarmado, sin escudo y sin coraza; y sin otra protección que la de la señal de la cruz, penetraré sin vacilar entre las tropas invasoras.

Juliano, para comprobar si Martín era efectivamente capaz de cumplir lo que había prometido, tras ordenar que lo vigilaran muy de cerca en evitación de que se escapara, dispuso todo lo necesario a fin de que al día siguiente el joven tribuno fuese colocado en un destacamento de vanguardia frente a los bárbaros invasores. Llegada la mañana, Martín ocupó el puesto que el césar le había asignado; poco después los enemigos enviaron una legación ante el general que mandaba las tropas romanas, manifestándole su decisión de rendirse sin condiciones. De ese modo quedó bien claro

que la insigne victoria que en aquella ocasión el ejército imperial obtuvo sin el menor derramamiento de sangre sobre las fuerzas invasoras se debió exclusivamente a los méritos de tan santo varón.

A raíz de este episodio Martín abandonó la vida militar y se fue en busca de san Hilario, obispo de Poitiers. San Hilario lo ordenó de acólito. Poco después de esto, estando Martín dormido, el Señor se le apareció y le dijo que fuese a visitar a sus padres, que aún vivían y permanecían paganos.

Antes de emprender el camino, Martín dijo proféticamente:

—Durante este viaje soportaré muchas calamidades.

Muchas, en efecto, soportó. He aquí algunas de ellas:

Al cruzar los Alpes fue asaltado por una cuadrilla de ladrones; uno de ellos intentó matarle de un hachazo y, cuando ya tenía el hacha, manejada con fuerza, a sólo unos dedos de la cabeza del santo, otro de los bandoleros detuvo el inminente golpe sujetando el brazo de su compañero y evitando que éste consumara el crimen. Aunque no lo mataron, atáronle ambas manos a la espalda y lo dejaron en poder de uno de los bandidos al que encargaron mucho que lo vigilara muy de cerca para que no se escapara. Cuando se quedaron solos, el bandido preguntó al prisionero:

—¿No sentiste miedo al oír la vibración del hacha y al advertir que estaba a punto de hundir su filo en tu cuello?

El santo le respondió:

—No sólo no sentí miedo, sino que jamás en toda mi vida estuve tan tranquilo como en aquel momento, y tan convencido de que la misericordia de Dios vendría en mi ayuda, porque si la misericordia divina nunca desasiste a sus siervos, menos los desasiste cuando éstos se encuentran en situación de grave peligro.

Martín continuó hablando con el encargado de custodiarle, le predicó la doctrina verdadera y lo convirtió a la fe de Cristo; el bandolero, una vez convertido, desató al santo, lo condujo a través del monte hasta ponerlo en el camino que debía seguir y, tras liberarle, liberóse también él abandonando su oficio y viviendo, desde entonces y hasta el final de sus días, honradamente.

Pasó Martín por Milán y, apenas había dejado a su espalda la ciudad, salióle al encuentro el demonio disfrazado de hombre, y le preguntó:

—¿Hacia dónde camina el peregrino?

Martín le contestó:

—Hacia donde el Señor quiera llevarme.

—Vayas por donde vayas —le replicó el demonio—, el diablo sembrará de obstáculos tu camino.

Martín le respondió:

—No importa; Dios me ayudará. No tengo miedo a cuanto puedan maquinar contra mí ni el diablo ni los hombres.

No bien hubo dicho esto, el demonio desapareció, él prosiguió adelante, llegó a su destino, visitó a su familia y convirtió a su madre, pero no a su padre, que persistió en el error en que vivía.

Por aquel tiempo la herejía arriana se había extendido por todo el mundo. Martín luchaba contra ella, pero se sentía muy solo en la tarea de combatirla. Muy solo, y, además, perseguido. En cierta ocasión, tras predicar la verdadera doctrina, los oyentes se arrojaron sobre él, lo llenaron de improperios, lo escarnecieron públicamente, lo azotaron y lo expulsaron de la ciudad. Dirigióse él entonces a Milán y allí construyó un monasterio; poco después, empero, los arrianos lo arrojaron también de Milán, y, sin otra compañía que la de un sacerdote, se refugió en la isla Galinaria, en donde al carecer de alimentos y verse en la precisión de sustentarse con hierbas silvestres, ingirió algunas de eléboro, que son sumamente venenosas, y se intoxicó. Cuando ya estaba a punto de morir, oró, y con su oración ahuyentó la muerte, se libró de los terribles dolores que sentía, y sanó; y al enterarse de que san Hilario había regresado de su destierro, abandonó la isla, se trasladó a Poitiers y fundó allí un monasterio.

En cierta ocasión, al volver al cenobio del que había estado ausente algunos días con motivo de un corto viaje, dijéronle los monjes que un catecúmeno que vivía incorporado a la comunidad acababa de morir sin que hubieran podido administrarle previamente el bautismo. San Martín llevó el cadáver a su propia celda, se arrodilló ante él, oró, y con sus oraciones devolvió la vida al difunto, el cual, nada más resucitar, refirió lo que le había ocurrido mientras estuvo muerto, de esta manera:

«En virtud de la sentencia que recayó sobre mí en el mismo instante en que expiré, iban a llevarme a un lugar tenebroso; pero en aquel preciso momento dos ángeles se acercaron al juez y le dijeron: Señor, Martín está orando por este individuo. Entonces el juez manifestó a los ángeles: Voy

a devolverlo a la vida; haceos cargo de él y entregadlo a Martín». Este relato lo repitió el resucitado muchas veces durante el tiempo en que posteriormente vivió.

Por aquella misma época san Martín resucitó a otro hombre que había muerto ahorcado.

Poco después de que ocurrieran estos episodios que acabamos de transcribir, los habitantes de Tours, que carecían de obispo, organizaron una campaña solicitando que Martín fuese promovido a la dignidad episcopal y que se hiciese cargo del gobierno espiritual de su Iglesia. El santo se opuso cuanto pudo a semejante pretensión. No obstante, los prelados de las diócesis vecinas se reunieron para tratar del asunto. Algunos, influidos principalmente por uno de ellos que se llamaba Defensor, se opusieron al nombramiento de Martín, alegando que era físicamente desgarbado y feo. Al iniciarse la asamblea y advertir que faltaba el lector, un espontáneo tomó el salterio, lo abrió al azar, y comenzó a leer el primer salmo con que sus ojos toparon, que fue el octavo, y al acabar de pronunciar las palabras de uno de sus versículos que dice *«ex ore infantium et lactantium, Deus, perfecisti laudem ut destruas inimicum et defensorem»* (con las voces de los niños y de los lactantes, tú, oh Dios, formaste un laudatorio clamor para confundir al enemigo y a su aliado), los oyentes las interpretaron en el sentido de «tú, oh Dios, te has servido de las gentes sencillas del pueblo para honrar a quien quieres honrar y confundir al Defensor que trata de desprestigiarle», y empezaron a abuchear al tal Defensor.

Martín, una vez consagrado obispo, como no podía soportar el ruido de la ciudad, construyó un monasterio a dos millas de distancia de la misma, se retiró a él, y en él vivió con mucha austeridad en compañía de ochenta discípulos suyos. En aquella comunidad ninguno de cuantos la componían bebió jamás vino, a no ser en caso de enfermedad. Los hábitos de los monjes fueron siempre sumamente pobres; vestir ropas delicadas hubiérales parecido un verdadero crimen. Varias ciudades eligieron para obispos suyos a religiosos de tan santa casa.

En una iglesia de Tours se veneraba como mártir a un individuo en cuya vida y muerte Martín no hallaba rastro alguno de auténtica santidad. Un día fue a orar junto al sepulcro del presunto *santo* y pidió al Señor que le hiciese saber si el sujeto que allí estaba enterrado era o no merecedor del culto que el pueblo le tributaba. En un momento de su oración vio a la izquierda de la sepultura una sombra densa y negrísima que parecía representar al difunto sepultado en aquella tumba. La sombra tenía el aspecto de una figura humana puesta en pie. El santo obispo formuló determinadas preguntas a la fea imagen del aparecido, y el aparecido, respondiendo a tales preguntas, manifestó que durante su vida había sido bandolero y que murió ejecutado por la justicia a causa de los innumerables crímenes que había cometido. En virtud de semejante declaración, Martín, inmediatamente, mandó demoler el altar que en honor del bandido habían levantado sus devotos y en el que erróneamente venían dándole culto de mártir.

En un libro titulado *Diálogo de Severo y Gallo,* discípulos de san Martín, en el que se narran algunas cosas que Severo Sulpicio omitió en la historia que compuso en relación con la vida de su santo maestro, se refiere el siguiente episodio:

En cierta ocasión san Martín pidió audiencia al emperador Valentiniano para rogarle que pusiese remedio a determinados males. Supuso el emperador de antemano lo que el santo obispo iba a pedirle y, como no estaba dispuesto a concedérselo, poco antes de la hora convenida para la visita mandó cerrar las puertas del palacio. Reiteradamente acudió Martín a la residencia imperial, inútilmente, porque cuantas veces se acercó a sus puertas, otras tantas se vio rechazado por ellas, que para él permanecían invariablemente cerradas. En vista de ello se recluyó en la casa en que se alojaba, se vistió de cilicio, se cubrió de ceniza y permaneció durante una semana en oración constante, observando riguroso ayuno y abstinencia, sin comer ni beber absolutamente nada. Al cabo de esos siete días, un ángel se le apareció y le dijo:

—Ve al palacio imperial.

Martín inmediatamente salió de su reclusión, se fue al palacio del emperador y sin que nadie le obstruyera el paso se presentó ante Valentiniano, quien, al verle, comenzó irritado a dar voces y a decir:

—¿Quién se ha atrevido a desobedecer mis órdenes y a dejar pasar a este intruso?

Tan descortés se mostró, que ni siquiera se levantó del regio sillón en que se hallaba acomodado; pero al poco rato no le quedó más remedio que hacerlo porque unas extrañas llamas comenzaron a envolver su trono y a quemarle el cuerpo por la parte que tocaba con el asiento. Al sentir las

quemaduras alzóse rápidamente y, con ademanes violentos que denotaban su indignación, se encaró con Martín; mas luego, reconociendo que todo aquello era obra de Dios, se sosegó, abrazó repetidas veces al santo y, antes de que éste pronunciara ni una sola palabra, le concedió lo que de él había ido a solicitar y hasta le ofreció multitud de regalos que el obispo se negó a aceptar.

En el mencionado *Diálogo* se refiere también cómo resucitó san Martín a un tercer muerto: Había fallecido un joven. Su madre acudió al obispo, y con muchas lágrimas le suplicó que resucitara a su hijo. El santo se trasladó al campo, donde estaba el cadáver, se arrodilló junto a él y, ante una multitud de infieles que presenciaron el milagro, hizo que el difunto volviera a la vida. Todos aquellos paganos, impresionados por el prodigio que acababan de ver con sus propios ojos, se convirtieron a la fe de Cristo.

Las criaturas insensibles, los vegetales y los animales irracionales, obedecían a tan santo varón.

Para probar que, en efecto, criaturas insensibles como el fuego y el agua le obedecían, vamos a aducir seguidamente dos casos.

En cierta ocasión, el santo prendió fuego a un templo pagano; cuando el edificio estaba ardiendo se desencadenó un fuerte viento y llevó las llamas hacia una casa vecina. Entonces san Martín, para evitar que aquella casa se quemara, se subió a su tejado y con su presencia impidió que las llamas llegaran a la vivienda amenazada. ¡Curioso e interesante espectáculo el de aquellos dos elementos luchando entre sí!, porque el viento empujaba con fuerza a la llamas, pero las llamas se retorcían, se encrespaban y se negaban a avanzar hacia la casa.

En otra ocasión, dícese en el citado libro del Diálogo, un mercader pagano, hallándose en alta mar a bordo de su nave y en inminente riesgo de naufragio, exclamó: «¡Oh Dios de Martín, sálvanos!». Aunque el mercader no era cristiano, nada más decir eso la tempestad cesó y las aguas del mar se sosegaron.

Obedecíanle los vegetales. Veámoslo.

En cierto lugar había un templo muy antiguo dedicado a los ídolos, y junto al templo un pino gigantesco consagrado al diablo. San Martín mandó cortar el árbol y demoler el templo, pero los habitantes de aquella población, que además de rústicos eran en su mayoría paganos, se opusieron a ello. Como el santo insistiera en sus pretensiones, uno de los vecinos, infiel en religión, le propuso:

—Puesto que tienes tanto empeño en que hagamos lo que dices, vamos a hacerlo, pero con una condición: que permanezcas en el suelo y atado al tronco del pino por la parte en que caerá cuando lo cortemos. Si cuando el árbol comience a caer eres capaz de sostenerlo y de evitar que te aplaste, reconoceremos que el Dios a quien adoras es el dios verdadero y que está de tu parte, y demoleremos el templo de nuestros ídolos.

Aceptada la condición por Martín, atáronle, tendido en el suelo, a la parte inferior del pino, por el lado en que éste había de caer, y comenzaron a cortar el árbol. Al dar el último hachazo, cuando el gigantesco pino se inclinó y parecía que iba a desplomarse sobre el santo, éste hizo la señal de la cruz, el pino se enderezó, se inclinó de nuevo, pero esta vez en dirección opuesta a la anterior, y cayó rápidamente sobre quienes se habían colocado de aquel lado creyendo que desde allí podrían ver sin peligro alguno cómo el árbol al caer destrozaría a Martín. A la vista de este prodigio, cuantos lo presenciaron se convirtieron.

Los animales irracionales le obedecieron en muchas ocasiones. He aquí algunos casos referidos en el mencionado *Diálogo:*

Una vez, al ver que unos perros perseguían a un lebrato, dijo a los canes en tono imperioso: «Dejad en paz a ese animalito». Oída esta orden, los perros se pararon en seco y quedaron inmovilizados cual si sus patas se hubiesen hundido en el suelo.

Otra vez, cuando estaba vadeando un río, al advertir que una serpiente, nadando sobre el agua, se dirigía hacia él, se encaró con ella y le dijo: «En nombre del Señor te mando que cambies de dirección y te alejes de mí». La serpiente, obediente a la orden del santo, dio media vuelta y se alejó nadando en dirección opuesta a la que él llevaba. Entonces Martín, al ver cómo la serpiente se alejaba, dando un profundo suspiro y gimiendo exclamó: «¡Oh Dios mío! ¡Las serpientes me obedecen, pero los hombres no hacen caso de lo que les digo!».

Yendo un día de camino con algunos de sus discípulos, salióles al paso un perro ladrando y tratando de atacar principalmente a uno de ellos. El monje, para librarse del acoso del animal, se volvió hacia él y le dijo: «En nombre de Martín te mando que dejes de ladrar». Nada más decir esto, el perro se calló, como si le hubiesen cortado la lengua.

San Martín fue extraordinariamente humilde: Caminando hacia París, en cierta ocasión, se en-

contró con un leproso de tan repugnante aspecto, que la gente huía de él, horrorizada. Martín, por el contrario, no sólo no evitó su presencia, sino que lo abrazó, lo besó y lo bendijo, y en aquel momento preciso el leproso quedó curado. Su humildad era tanta, que jamás utilizó el trono de su catedral ni nadie le vio nunca usar en ella sillón alguno. Cuando por exigencias del ceremonial tenía que sentarse, hacíalo en una de esas rústicas banquetas de tres patas vulgarmente llamadas taburetes.

Fue varón de insigne dignidad. De él se decía que era equiparable a los apóstoles, puesto que si sobre éstos había descendido la gracia del Espíritu Santo en forma de fuego para vigorizar sus almas, también esa misma gracia divina e igualmente en forma de fuego había descendido sobre la suya para producir idénticos efectos. En el mencionado *Diálogo* se lee lo siguiente: Un día, estando el santo recogido en una celda, sus discípulos Severo y Gallo, que aguardaban a la puerta y sabían que dentro no había nadie con él, quedaron sorprendidos al oír rumores de varias voces procedentes del interior de la misma, cual si diversas personas hablaran entre sí animadamente y al mismo tiempo. Posteriormente, al manifestar a su maestro la sorpresa que les había producido el ruido de aquella tumultuosa conversación mantenida en el interior de la celda, sabiendo como sabían que estaba solo, san Martín le hizo esta confidencia:

—Os explicaré lo ocurrido, pero, por favor, guardad reserva de lo que voy a deciros: han venido a visitarme Inés, Tecla y la Virgen María.

Seguidamente les declaró que no solamente aquel día había tenido visitas celestiales, sino que con cierta frecuencia venían a verle y a conversar con él los apóstoles Pedro y Pablo.

Fue hombre escrupulosamente observador de la justicia: Cierto día, en una recepción a la que había sido invitado por el emperador Máximo, por indicación de éste, el escanciador imperial ofreció de beber a Martín antes que a nadie. Martín bebió y, acto seguido, pasó la copa, no al emperador, como todos esperaban, sino a un sacerdote que había llevado consigo, porque, a su juicio, su compañero, por ser sacerdote, estaba investido de una dignidad superior a la imperial, y por tanto correspondíale beber antes que al emperador; y por supuesto, antes que a todos aquellos cortesanos que asistían a la recepción.

Fue sujeto tan paciente, que nunca, durante su prelatura como obispo, castigó a los clérigos que se insubordinaron contra él o le ofendieron, ni los trató con menor caridad y benevolencia que a los demás. Nadie lo vio jamás encolerizado; nadie lo vio abatido; nadie lo vio reír. El nombre de Cristo estaba constantemente en sus labios, y su corazón hallábase en todo momento rebosante de paz, de piedad y de misericordia. En el mencionado *Diálogo* se narra el siguiente caso: En cierta ocasión, yendo san Martín de viaje vestido muy pobremente con una túnica de tela áspera y burda y una capa negra deshilachada y llena de jirones, y montado sobre un borriquillo, encontróse de pronto con unos soldados cuyos caballos, al ver la facha del jumento y del hombre que sobre sus lomos llevaba, se espantaron, se encabritaron y desasosegaron de tal manera, que los soldados, para librarse de caer violentamente al suelo, a toda prisa tuvieron que echar pie a tierra, y, una vez que descabalgaron, irritados por el incidente, se arrojaron sobre el santo y lo molieron a palos. San Martín soportó la paliza sin proferir ni una sola palabra. Su silencio encolerizó aún más a los soldados, quienes creyendo que aquel pobre hombre era necio, imbécil y estúpido, lo ultrajaron cuanto quisieron. Tras desahogar su ira, tornaron a sus caballos, subiéronse a ellos, los arrearon, los espolearon, los azuzaron con sus fustas, pero los caballos permanecieron inmóviles, cual si estuviesen clavados en el suelo, o como si se hubiese mudado su naturaleza y se hubieran convertido en estatuas de piedra. En vista de tan extraña inmovilidad vinieron a comprender que Dios los había castigado por haber maltratado tan cruelmente a aquel desconocido; con esta convicción, se apearon, se acercaron a él, reconocieron su pecado y le pidieron perdón. El santo acogió benignamente las excusas que le presentaron, dio licencia a los caballos para que recobraran su movimiento, y al instante los animales comenzaron a caminar con paso seguro y rápido.

San Martín vivió asiduamente entregado a la oración. En su historia leemos que no hubo en su vida hora ni momento en que no estuviera u orando o leyendo u ocupado en trabajos provechosos; mas cuando leía o trabajaba, no se desentendía de la oración, porque así como los herreros cuando machacan el hierro para no perder el ritmo dan de vez en cuando golpes en el yunque, así también él, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, mantenía su espíritu en situación de oración constante.

Fue muy austero consigo mismo. En carta a Eusebio refiere Severo que, habiendo ido el santo obispo a hacer la visita pastoral a una población de su diócesis, los clérigos de la localidad le prepararon un lecho muy mullido; pero como el santo estaba acostumbrado a dormir meramente envuelto en una estera y tendido sobre el duro suelo, al acostarse en aquella cama tan blanda sintióse tan incómodo y molesto, que le resultaba imposible conciliar el sueño en semejante situación de molicie; en vista de ello, se levantó, retiró los colchones, desmontó el catre, colocó todo aquello en un rincón y se acostó de nuevo sobre el duro pavimento de la habitación, que era lo que a él le iba. Hacia media noche los colchones comenzaron a arder. Martín, sofocado por el humo, despertó e intentó salir de la estancia, pero no pudo. La ropa que llevaba puesta, alcanzada por las llamas, se le quemó totalmente. Entonces recurrió a la oración, se santiguó y permaneció quieto en medio de la hoguera que se había formado a su alrededor; y en cuanto empezó a orar, el fuego que momentos antes le había abrasado sus ropas y chamuscado su cuerpo, se convirtió en una especie de refrescante rocío. También despertaron a causa del humo los monjes que dormían en otras dependencias de la casa, quienes al advertir que el incendio procedía de la cámara de su prelado, acudieron rápidamente en su socorro, temiendo llegar tarde y que hubiese ya perecido víctima del fuego; pero su sorpresa y alegría fueron enormes cuando al rescatarle de entre las llamas comprobaron que estaba vivo y completamente ileso.

Fue extraordinariamente caritativo con los pobres. En el libro titulado *Diálogo* nárrase este episodio: Un día de fiesta, al ir el santo a la iglesia y advertir que le seguía un pordiosero y que éste iba desnudo, dijo a su arquidiácono:

—Da a ese mendigo algunas ropas con que se vista.

Como el arquidiácono no se dio ninguna prisa en obedecer la orden de su prelado, éste entró en la sacristía, se despojó de su túnica, se la entregó al pobre y le aconsejó que se marchara de allí rápidamente.

Un rato después, el arquidiácono, que ignoraba lo ocurrido, se acercó al obispo y le manifestó que ya era hora de comenzar la misa. Martín le respondió:

—No puedo salir al altar mientras el pobre permanezca desnudo.

El pobre a quien el obispo se refería era él mismo, cuya desnudez no se veía porque habíase envuelto en una capa. Como el mendigo ya se había marchado y el arquidiácono no entendiera el sentido de las palabras que acababa de decirle su prelado, éste insistió:

—Trae alguna ropa para que el pobre no permanezca desnudo.

Ante esta nueva insistencia, el arquidiácono fue de prisa a la plaza, dejó sobre el tenderete de un mercader cinco monedas de plata, se apoderó de la primera túnica que vio, tornó con ella a la iglesia, y con ademanes bruscos que denotaban su mal humor, la arrojó a los pies del obispo. El santo la recogió del suelo, se retiró a un lugar discreto y se la puso. La túnica comprada por el arquidiácono resultó ser una pénula, es decir, una especie de casaca de muy mala calidad y muy corta. Precisamente por eso, por su mala calidad y por cortas, la gente llamaba a estas prendas *pénulas,* de *poene nulla,* que significa *casi nula,* o casi nada. La que el arquidiácono adquirió quedábale tan escasa al prelado, que ni las mangas le llegaban a los codos ni la parte inferior de la falda alcanzaba a cubrirle las rodillas.

Pese a ello, con semejante vestidura salió san Martín a la iglesia para celebrar la misa. Mientras estaba ofreciendo el santo sacrificio fueron muchas las personas asistentes al mismo que vieron un globo de fuego flotando sobre la cabeza del santo obispo y a causa de esto y de otras cosas anteriormente referidas, el pueblo comenzó a compararlo con los apóstoles.

En la narración que de este episodio milagroso hace el maestro Juan Beleth, leemos: «Como sus brazos no eran precisamente ni gruesos ni rollizos, al levantar, en el momento del prefacio, sus manos hacia Dios, tal como prescriben las rúbricas, las cortas mangas de la túnica cuya tela era sumamente liviana, replegáronse hacia los hombros, con lo cual los brazos del celebrante mostráronse ante el público enteramente desnudos, pero al instante ocurrió otro prodigio: unos ángeles acudieron prestamente en defensa del pudor del santo y, en menos que se dice, cubrieron sus brazos desnudos con brazaletes de oro esmaltados de piedras preciosas.

En otra ocasión, visitando san Martín a una religiosa, dijo a quienes le acompañaban:

—Ahí tenéis a una mujer que ha cumplido al pie de la letra el consejo que el Señor nos da en el

Evangelio: de dos túnicas que tenía, entregó una de ellas a un pobre. Haced lo mismo vosotros.

Tuvo especial poder contra los demonios. Muchos fueron los malos espíritus arrojados por él de los cuerpos en que se habían introducido. En el susodicho *Diálogo* leemos: Una vaca poseída por el diablo traía alarmada a la gente porque andaba suelta por el campo, embestía con fiereza a cuantos pasaban cerca de ella y ya había producido graves cornadas a multitud de personas. Yendo el santo de camino cierto día con algunos de sus discípulos, la endemoniada vaca arremetió furiosamente contra él y contra sus compañeros. San Martín entonces alzó su mano y dijo a la vaca:

—¡Quédate quieta!

La vaca se paró en seco y quedó inmovilizada.

El santo se acercó al animal, y al ver al demonio sentado sobre el lomo de la res, se encaró con él y lo increpó de esta manera:

—¡Desdichado! ¡Aléjate de esta vaca y no la molestes más!

En aquel preciso momento el demonio desapareció, la vaca se arrodilló ante Martín, y, en seguida, obediente a las órdenes de éste, se alzó y, mansamente, sin que nadie la condujera, se fue en busca de la manada a la que pertenecía y se incorporó a ella.

El santo estuvo dotado de un don peculiar que le permitía conocer las sutiles argucias de los diablos y desenmascararlos fuese cual fuese el disfraz que adoptaran para tratar de engañarle. Las visitas que los demonios le hicieron disimulando su verdadera condición bajo diferentes disfraces pretendiendo tentarle, fueron muchas. Una veces se presentaban ante él queriendo hacerse pasar por Júpiter, otras por Venus o Minerva, y otras, muy frecuentemente por cierto, bajo el aspecto de Mercurio. En vano derrochaban su ingenio disfrazándose de un modo o de otro; Martín inmediatamente los identificaba, les daba los calificativos que en cada caso correspondieran, y los increpaba con fórmulas y frases adecuadas. Por ejemplo, si comparecían ante él aparentando que eran Mercurio, los llamaba pestíferos e infectos; si pretendían que los tomara por Júpiter, motejábalos de brutos y de imbéciles.

En cierta ocasión se le apareció Satanás en figura de rey vestido de púrpura, coronado de rica diadema, calzado con sandalias de oro y mostrando un semblante risueño y apacible. Durante un rato ambos se miraron en silencio y luego el aparecido habló y dijo:

—Martín, aquí me tienes. Soy Cristo, el Dios a quien tú adoras. Voy a descender a la tierra, pero antes de hacerlo he querido que me vieras y por eso he venido a visitarte.

Martín continuó mirándole fijamente sin decir una sola palabra. Al cabo de unos momentos Satanás insistió:

—Martín, soy Cristo. ¿No me estás viendo? ¿Por qué dudas?

Entonces san Martín, iluminado por el Espíritu Santo, manifestó en voz alta:

—Jamás mi Señor Jesucristo anunció a nadie que descendería a la Tierra vestido de púrpura y coronado con preciosas diademas. Si alguien se presenta ante mí diciéndome que es Cristo y pretende que lo crea, es menester que se me muestre tal como se nos dio a conocer cuando vivió y padeció en este mundo. Para admitir que tú eres Cristo tendría yo antes que ver las llagas que en el cuerpo del Cristo verdadero produjeron quienes le clavaron en la Cruz.

En cuanto Martín dijo esto, el aparecido desapareció, dejando la celda del santo impregnada de pestilencial hedor.

San Martín conoció con antelación el día en que había de morir, y anunció a sus hermanos la fecha en que su muerte ocurriría. Por el mismo tiempo en que les hizo este anuncio tuvo lugar el episodio siguiente: el santo emprendió un viaje a Canda, lejana parroquia de su diócesis, para poner remedio a ciertas discordias que habían surgido entre los habitantes de la mencionada localidad; al pasar cerca de un río y ver cómo una bandada de cuervos marinos acechaban a los peces, y con rara habilidad capturaban a no pocos de ellos, dijo a sus acompañantes:

—Observad lo que esos cuervos hacen con los peces: permanecen un rato al acecho de ellos, se apoderan de los incautos y los devoran y, por muchos que engullan, nunca se sienten hartos. Ese mismo procedimiento siguen los demonios con los hombres.

Después de que todos contemplaran durante un rato aquel espectáculo, el santo obispo ordenó a los pajarracos:

—Dejad en paz a los peces y marchaos de aquí.

Los cuervos inmediatamente alzaron el vuelo, formaron varios grupos y huyeron, unos hacia las selvas y otros hacia las montañas.

Estando ya en Canda entregado a la tarea de pacificar a los habitantes de aquella porción de su

diócesis, se dio cuenta de que sus fuerzas disminuían. Fue entonces cuando supo que el final de su vida estaba próximo. Al comunicar la noticia a sus discípulos, éstos, profundamente afligidos y llorando, le decían:

—Padre, no nos abandones. ¿Qué será de nosotros si nos dejas? No puedes hacer eso. En cuanto tu faltes, manadas de lobos rapaces destrozarán tu rebaño.

Conmovido el santo por las súplicas y lágrimas de quienes le pedían insistentemente que no los abandonara, echóse también a llorar y, con su cara bañada en llanto, oró de esta manera:

—Señor, ¿crees tú también que el pueblo me necesita? Tu sabes perfectamente que yo no me niego a seguir trabajando. En todo caso, cúmplase tu voluntad.

Oró de este modo porque en su conciencia había surgido un conflicto: por una parte le dolía separarse de sus fieles; por otra, ansiaba reunirse cuanto antes con Cristo; y como no sabía qué preferir, dejó el asunto en manos de su Señor.

Finalmente, cayó enfermo. Fuertes calenturas se apoderaron de él y le obligaron a guardar reposo. Como los dolores que la fiebre le producía eran intensos y prolongados, y su cama consistía en un montón de ceniza cubierta con una esterilla de piel de cabra, sus discípulos le rogaron que les permitiese colocar una colchoneta entre la ceniza y su cuerpo; pero él se negó a acceder a lo que le pedían diciéndoles:

—Hijos, no puedo consentir que hagáis lo que pretendéis. El lecho más adecuado para un moribundo es la tierra, sin más colchonetas que las de la ceniza y el cilicio. Si yo muriera sobre una cama blanda os daría un mal ejemplo y saldría de este mundo con ese pecado sobre mi conciencia.

A lo largo de su enfermedad permaneció con sus manos y su mirada levantadas hacia el cielo, constantemente orando, inmóvil y acostado sobre sus espaldas; como llevara ya mucho tiempo en esta situación, los monjes, movidos por su deseo de proporcionarle algún alivio, le propusieron:

—¡Padre! Permítenos que te cambiemos de postura y te pongamos de lado.

El les contestó:

—Hermanos, dejadme como estoy; quiero que mis ojos miren al cielo más que a la tierra; esta posición me ayuda a mantener mi espíritu elevado hacia el Señor.

Apenas dijo esto, vio cerca de sí al diablo, y en cuanto lo vio se encaró con él y lo increpó de esta manera:

—¿Qué haces tú aquí, cruelísima bestia? No pierdas el tiempo buscando cargos contra mí, porque no los hallarás. Ahora mismo mi alma entrará en el seno de Abrahám.

En efecto, en aquel preciso momento, a sus 81 años de edad, entregó su espíritu a Dios. Nada más expirar, su rostro se tornó resplandeciente, cual si quisiera dejar constancia de que también él participaba ya de la gloria divina. Hacia aquella misma hora muchas personas oyeron dulcísimas melodías cantadas por un coro de ángeles.

La muerte de san Martín ocurrió siendo emperadores Arcadio y Honorio, que iniciaron su reinado hacia el año 395.

A raíz del fallecimiento del santo obispo surgieron serios altercados entre los habitantes de Poitiers y de Tours, porque unos y otros reclamaban sus restos. Los de Poitiers, decían: «En nuestra ciudad vivió y en ella se hizo monje; su cuerpo, pues, nos pertenece, y como nos pertenece, nos lo llevamos». Los de Tours replicaban: «Verdad es que en vuestra ciudad se hizo monje; no lo negamos; pero luego Dios os lo quitó y nos lo dio a nosotros». En medio de semejante contienda, una noche, mientras los de Poitiers dormían profundamente, los de Tours se apoderaron del cadáver del santo, lo sacaron por una ventana, lo colocaron en una barca y a través de río Loira lo llevaron a Tours con grandes manifestaciones de alegría.

Un domingo de madrugada, al acabar los maitines, san Severino, obispo de Colonia, se quedó en su catedral, como de costumbre, para visitar y adorar las reliquias que se conservaban en el templo, y estando entregado a esta piadosa tarea, a la misma hora en que san Martín falleció, oyó cantar a los ángeles, y como le parecía que aquel canto provenía del cielo, llamó a su arquidiácono y le preguntó:

—¿Oyes tú también unas celestiales melodías que yo estoy oyendo?

El arquidiácono le respondió:

—Yo no oigo nada.

—Escucha atentamente —díjole el obispo.

El arquidiácono alargó su cuello, colocó una de sus manos tras del pabellón de una de sus orejas y, mientras con la otra mano se apoyaba en su bastón, se empinó y puso de puntillas, y escuchó con suma atención. Entretanto el santo arzobispo rogó

a Dios que permitiera a su clérigo oír lo que él estaba oyendo. Pasados unos momentos, el arquidiácono exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Oigo unos cánticos que parecen provenir del cielo!

—Esto que oímos —manifestó el prelado— son himnos que entonan los ángeles mientras llevan al paraíso el alma de mi señor el obispo Martín, que acaba de salir de este mundo. A su muerte han asistido los demonios con intención de apoderarse de él pero, como no han hallado en su vida nada que pudiera servir de pretexto a sus pretensiones, confusos y avergonzados han tenido que desistir de su empeño.

El arquidiácono anotó al instante el día y la hora en que habían oído aquellos cánticos y más tarde comprobó que, en efecto, hora y día coincidían con el día y la hora en que san Martín había fallecido.

El monje Severo, autor de una biografía sobre san Martín, conoció también que el santo había muerto, y adquirió este conociminto mediante una revelación divina. He aquí cómo cuenta él el caso en una de sus cartas: «Una mañana, después de maitines, estando yo en la iglesia haciendo oración, me quedé adormecido; de pronto vi a san Martín vestido de blanco con su cara muy resplandeciente, sus ojos brillantes como estrellas y su cabello de un rojo encendido semejante al de la purpura. En una de sus manos llevaba el santo el libro que yo había escrito sobre su vida; con la otra me bendijo y, tras bendecirme, comenzó a elevarse lentamente hacia el cielo. Entonces yo quise seguirle y subir con él al paraíso, pero en aquel preciso momento desperté. Días después llegaron a mi monasterio unos emisarsios con la noticia de que san Martín había fallecido, y al decirnos la hora y la fecha en que había ocurrido su glorioso tránsito, advertí que fecha y hora coincidían con la hora y el día en que yo había tenido aquella visión».

San Ambrosio, obispo de Milán, estando una mañana celebrando misa, se quedó adormilado sobre el altar mientras el lector leía las profecías. Ninguno de los clérigos asistentes se atrevió a despertarle, ni el subdiácono inició el canto de la epístola, sino que prefirió aguardar hasta que el obispo le indicara que debería hacerlo. Dos horas permaneció el prelado dormido, al cabo de las cuales el maestro de ceremonias se acercó a él, lo despertó y le dijo:

—Señor, esto se alarga demasiado; el pueblo está cansado de esperar. Convendría que dieras tu licencia al subdiácono para que proceda a cantar la epístola.

Entonces san Ambrosio se dirigió a los fieles y les dijo:

—Voy a comunicaros algo importante; no os asustéis. Mi hermano Martín ha muerto. Yo he estado presente en su funeral y le he rendido mi homenaje postrero, pero no he podido asistir al responso final porque me habéis depertado antes de que acabaran las exequias.

Clérigos y pueblo, comparando posteriormente el día y la hora en que había tenido lugar el sueño misterioso de san Ambrosio con el día y la hora en que san Martín había fallecido, comprobaron que, en efecto, el día y la hora de uno y otro caso coincidían.

El maestro Juan Beleth asegura que los reyes de Francia solían llevar en sus batallas a modo de estandarte la capa de san Martín y que de ahí precisamente proviene la costumbre de llamar *capellanes* a los encargados de custodiar la capa del santo.

Sesenta y cuatro años después de que san Martín muriera, decidió san Perpetuo trasladar sus restos desde su primitivo sepulcro a otro más suntuoso construido en la parte nueva de la iglesia que el propio san Perpetuo había mandado ampliar y decorar convenientemente con vistas a este traslado. Pero, cuando intentaron alzar la losa del primer enterramiento, no pudieron conseguirlo por mucho que en ello se empeñaron. Dispuso entonces san Perpetuo que se hiciesen rogativas de ayunos y vigilias. En tres veces distintas se hicieron estas rogativas porque, al acabar cada una de ellas, cuantos esfuerzos se hicieron para levantar la losa de la primitiva tumba resultaron vanos. Cansados, pues, de repetir las tentativas, reunidos en el templo el obispo, el clero y el pueblo, decidieron abandonar la empresa. Mas, apenas tomaron este acuerdo, presentóse junto al sepulcro un anciano hermosísimo y dijo:

—¿Por qué tardáis tanto en llevar a cabo el traslado de estos restos? ¿No veis que san Martín está aquí dispuesto a ayudaros? ¡Ea! Probad de nuevo a levantar la losa; lo conseguiréis, porque él os echará una mano.

Acercáronse de nuevo a la tumba los encargados de alzar la piedra, el anciano tocóla con sus dedos, y, al instante, en cuanto los obreros hicieron el primer intento, levantaron la losa con suma

facilidad. Acto seguido el cuerpo del santo fue extraído del sepulcro primitivo y colocado en el nuevo, en el que desde entonces permanece. Tan pronto como alzaron la losa de la primera sepultura, el anciano desapareció y nadie volvió a verlo más.

La fiesta de esta traslación se celebra en el mes de julio.

Odón, abad de Cluny, refiere que cuando se hizo este traslado, todas las campanas de todas las iglesias de Tours comenzaron a tocar sin que nadie las tañera, y que todas las lámparas de los templos de la ciudad se encendieron por sí solas milagrosamente.

Dícese también que, hacia el mismo tiempo en que se llevó a cabo la mudanza del cuerpo del santo de un sepulcro a otro, ocurrió el siguiente suceso: dos mendigos, uno ciego y el otro paralítico, habían formado sociedad; el ciego llevaba a cuestas al paralítico y el paralítico indicaba al ciego la dirección que tenía que seguir por caminos y calles. De este modo iban de un lugar a otro mendigando y conseguían abundantes limosnas. Tan contentos estaban con su suerte y con el consorcio que habían formado, merced al cual obtenían sustanciosos beneficios, que el día en que los restos de san Martín fueron trasladados de un sepulcro a otro, como oyeran decir que, durante la procesión que con este motivo se estaba celebrando por las calles de la ciudad, el santo iba sanando a cuantos enfermos e impedidos su cuerpo hallaba al paso, se echaron a temblar, porque ellos no querían curar, sino seguir como estaban, para que no se les acabara su negocio; para no exponerse a encontrarse con los restos del santo obispo, se escondieron en una casa. Poco después se enteraron de que la procesión pasaría por delante de la casa en que se habían escondido, abandonaron su escondite y se refugiaron en otro del que al cabo de corto tiempo también huyeron, al decirles alguien que también por allí había de pasar la procesión. De la segunda casa se fueron a una tercera y de ésta a otra, y a otra, y así estuvieron durante algunas horas, cambiando de escondrijo, hasta que en una de esas precipitadas mudanzas en busca de un nuevo refugio se toparon de repente con la procesión cuya proximidad trataban a toda costa de evitar; y como Dios derrama sus beneficios incluso sobre quienes no los desean, en cuanto se encontraron con ella, ambos mendigos, muy a pesar suyo, quedaron repentinamente curados, el uno de su ceguera, y el otro de su parálisis; los dos, al sentirse sanos, lejos de alegrarse, experimentaron enorme contrariedad y una profunda tristeza.

He aquí lo que de san Martín dice Ambrosio: «San Martín destruyó los templos que los errores paganos habían construido, y enarboló las banderas de la piedad cristiana, resucitó a varios muertos, libró del diablo a muchos endemoniados y devolvió la salud a infinidad de enfermos aquejados de diferentes enfermedades. Por su insigne santidad obtuvo el privilegio de cubrir a Cristo en la persona de un pobre y de vestir al Señor del mundo con la ropa de abrigo que proporcionó a un mendigo. ¡Dichosa aquella generosidad suya que se tradujo nada menos que en arropar al propio Dios! ¡Feliz ocurrencia la de dividir su capa para proteger del frío simultáneamente al soldado y a su Rey! ¡Extraordinaria merced, en verdad, la que el Señor le concedió al darle ocasión de abrigar con su propia ropa a la divinidad! ¡Merecidamente, Señor, premiaste a este siervo tuyo con el galardón que sueles otorgar a tus confesores! ¡Merecidamente lo recompensaste con el triunfo que consiguió sobre los arrianos, sus perseguidores! ¡Merecidamente lo robusteciste con la fortaleza que demostró tener y le diste aquel amor tan grande al martirio gracias al cual jamás sintió miedo alguno a los tormentos con que sus enemigos le amezaban! Si por haber dado a un mendigo una parte de su capa recibió la recompensa de ver a Dios vestido con ella, ¿qué premio no habrá recibido por haber ofrendado enteramente su vida al Señor? Este santo jamás dejó de socorrer a cuantos acudieron a él confiadamente: a unos sacóles de sus apuros con la ayuda de sus oraciones y a otros directamente, resolviéndoles personalmente sus necesidades».

Capítulo CLXVII

SAN BRICIO

Bricio, diácono de san Martín, movido por los celos y la envidia que sentía hacia su prelado, procuraba desprestigiarle siempre que se le presentaba alguna oportunidad para ello. En cierta ocasión dijo a un pobre que se le acercó preguntándole por el santo obispo:

—Si buscas a ese viejo chocho allí lo tienes; es

aquel que está allá, con aspecto de bobo, mirando, alelado, al cielo.

El pobre fue a donde estaba Martín, habló con él y obtuvo lo que le pidió. Seguidamente el santo varón llamó a su diácono y le dijo:

—Bricio, ¿crees de verdad que soy un viejo chocho?

Bricio, avergonzado, le respondió:

—No. ¿Por qué me preguntas eso? Yo nunca he dicho que seas un viejo chocho.

San Martín le replicó:

—Sí, lo has dicho; y lo has dicho hace tan sólo unos momentos; y mientras lo estabas diciendo al pobre que acaba de marcharse, estábalo yo oyendo tan claramente como si tuviera mis oídos pegados a tu boca. Pero dejemos eso y escucha ahora lo que voy a comunicarte: he pedido al Señor que seas mi sucesor en el episcopado; lo serás; pero durante tu prelatura sufrirás muy amargas adversidades.

Bricio acogió con sorna este vaticinio, se mofó interiormente del santo, y dijo para su capote: «¡Hay que ver, cómo chochea este viejo!».

A la muerte de san Martín, Bricio fue proclamado obispo. A partir de su consagración episcopal, aunque siguió siendo soberbio, se entregó asiduamente a la oración y vivió castamente.

Treinta años llevaba ya rigiendo la diócesis cuando ocurrió lo siguiente: Al extenderse la noticia de que una mujer que vivía en hábito de monja en casa del prelado en calidad de ama de llaves, a cuyo cargo corría el cuidado de las ropas del obispo, había quedado preñada y parido un hijo, el pueblo, armado con piedras, acudió en masa ante la morada de Bricio y comenzó a gritar:

—Por consideración a san Martín, durante años y años hemos guardado silencio y disimulado, como si no conociéramos tus lujurias y desenfrenos; pero ya no podemos seguir callando. No esperes que volvamos a besar tus sucias manos.

Bricio dio cara a los amotinados, negó rotundamente que tuviera nada que ver con el hecho que se le atribuía y, en un arranque de valor varonil, exclamó:

—Que traigan ahora mismo aquí a esa criatura.

Lleváronle al niño, que ya tenía treinta días, pero no más; y el obispo, dirigiéndose al pequeño infante, gritó:

—En nombre del Hijo de Dios te ordeno que digas aquí y ahora delante de todos si he sido yo quien te ha engendrado.

La criatura respondió:

—No; tú no eres mi padre.

El pueblo entonces pidió al obispo que obligase al niño a declarar quién era su verdadero padre; pero el obispo se negó a ello diciéndoles:

—No me atañe a mí entrar en semejantes averiguaciones; yo me he limitado a preguntar lo que me correspondía.

La gente, disgustada por la negativa de Bricio a seguir averiguando la paternidad del pequeño, continuó amotinada; y sospechando que lo dicho por el niño pudiese obedecer a artes de encantamiento, comenzó nuevamente a gritar y a decir:

—Eres un falso pastor; no consentiremos que sigas al frente de nuestra Iglesia.

Bricio entonces, para demostrar que era ajeno a la infamia que se le imputaba, llenó el halda de su túnica de brasas encendidas, a la vista del público las traladó hasta el sepulcro de san Martín, y a la vera del mismo las arrojó al suelo; después, mostrando a la gente la intacta tela en que las había transportado, dijo:

—Ved: mi túnica no se ha quemado; ved: está completamente incólume a pesar de que sobre ella he traído hasta aquí un montón de brasas. Pues así como mis ropas han salido indemnes de esta prueba del fuego, así también, completamente indemne está mi cuerpo, limpio de todo contacto con esa o con otra cualquiera mujer.

El pueblo, sin embargo, no se convenció de la inocencia del obispo, sino que continuó obstinadamente alzado contra él, y, tras colmarle de injurias y de afrentas, lo expulsó de la ciudad.

De ese modo se cumplió lo que san Martín vaticinó a Bricio, el cual, al ser depuesto de su

dignidad y oficio por sus propios diocesanos, acudió a Roma, y llorando expuso al papa lo que le había ocurrido. En Roma permaneció siete años haciendo voluntariamente penitencia y expiando las ofensas que durante su diaconado había inferido a su antiguo obispo san Martín.

El pueblo, a raíz de la expulsión de Bricio, nombró obispo de Tours a un tal Justiniano, quien, nada más tomar posesión de su silla, marchó a Roma para defender contra su antecesor, ante el papa, los derechos que le asistían a regir la diócesis cuyo gobierno los fieles de la misma le habían confiado; pero antes de llegar a su destino murió en la ciudad de Vercelli. Los habitantes de Tours, al enterarse del fallecimiento de Justiniano, procedieron al nombramiento de un nuevo prelado y designaron como tal a Armenio.

Siete años después de haber sido depuesto de su sede por sus diocesanos, Bricio, por orden del papa, regresó a Tours para hacerse nuevamente cargo del gobierno de la diócesis. Cuando ya estaba a sólo una milla de distancia de su ciudad, decidió pernoctar en una hospedería que había a la vera del camino. Aquella misma noche murió Armenio, y al día siguiente, mientras por una puerta de la muralla sacaban el cadáver del difunto Armenio para darle sepultura, por otra entraba en Tours Bricio, quien en cuanto supo que Armenio había sido enterrado, se posesionó de nuevo de su sede.

En esta segunda etapa gobernó su Iglesia durante siete años, viviendo muy laudablemente, y por fin, cuarenta y ocho años después de que fuera consagrado obispo, descansó en la paz del Señor.

Capítulo CLXVIII

SANTA ISABEL

La palabra Isabel procede de *Elisabeth,* y Elisabeth significa, o bien *mi Dios conoció,* o bien *séptima de mi Dios,* o bien *saciedad de mi Dios.* El primero de estos significados, *mi Dios conoció,* es aplicable a esta santa porque Dios la conoció y la conoció en un doble sentido: en cuanto que la miró con beneplácito y en cuanto que le hizo saber a ella que conocía y aprobaba la rectitud con que se conducía. El segundo significado, o sea, el de *séptima de mi Dios,* conviénele también por tres razones, a saber: porque practicó durante su vida las siete obras de misericordia; porque actualmente se encuentra ya en la séptima edad correspondiente a los que descansan en paz y en espera de que llegue la octava, es decir, la resurrección corporal; y porque de ella puede asegurarse que ha pasado por los siete estados siguientes: primero, por el de virginidad; segundo, por el conyugal; tercero, por el de viudez; cuarto, por el de la vida activa; quinto, por el de la vida contemplativa; sexto, por el de la profesión religiosa; séptimo, por el de la bienaventuranza eterna, que es en el que actualmente se encuentra. Que pasó por los siete estados mencionados tendremos ocasión de comprobarlo a medida que vayamos leyendo su historia; a través de la lectura de la misma nos daremos cuenta también de que esta frase *«siete edades pasarán sobre él»,* escrita por Daniel y referida a Nabucodonosor, es perfectamente aplicable a nuestra santa. El tercer significado, *saciedad de mi Dios,* conviénele no menos que los otros, puesto que Dios la saturó e inundó de la luz de la verdad, de la dulzura de la suavidad y de la inacabable duración de la eternidad, a tenor de la siguiente observación de san Agustín en su obra la *Ciudad de Dios:* «La prosperidad, la claridad y la alegría de la ciudad celeste proceden respectivamente de la eternidad de Dios, de la verdad divina y de la divina bondad».

1. Isabel, noble por su origen, puesto que fue hija preclara del rey de Hungría, fue mucho más noble todavía por su fe y por su religiosidad; tan noble, que con su ejemplar conducta ennobleció aún más a la nobilísima estirpe a que pertenecía, la ilustró con sus milagros y la engalanó con la gracia de su personal santidad. En cierto sentido cabe decir que el autor del mundo colocó a esta insigne mujer por encima de las mismas leyes de la naturaleza que él había creado, puesto que, siendo todavía muy niña y estando rodeada de delicias en el palacio real, ya la pequeña princesa, o desdeñaba los entrenamientos infantiles, o los utilizaba como medio para servir al Señor, demostrando con semejante

proceder que desde su más tierna infancia poseía un alma sencilla, rebosante de dulce devoción. En efecto, desde los primeros años de su vida veíasela entregada a la práctica constante de buenas obras, desentendida de los juegos propios de su edad, preocupada por huir de cuanto tuviera visos de vanidad, de la existencia regalada y de los placeres mundanos, y pronta a enriquecer su espíritu y robustecerlo con todos los medios a su alcance,y mostrar la debida reverencia hacia Dios. Desde que cumplió los cinco años, cada vez que la llevaban a la iglesia se concentraba en la oración de tal manera que, llegado el momento de abandonar el templo, a sus criadas o personas que la acompañaban costábales gran trabajo sacarla del recogimiento en que se hallaba sumida. Dentro del palacio, meninas y sirvientas, conocedoras de la afición que la pequeña princesa sentía a adorar al Señor, gastábanle bromas; por ejemplo, la de simular alguna de ellas que iba a la capilla; porque, tan pronto como Isabel advertía que una de sus compañeras o cualquiera de las azafatas hacía ademán de ir al oratorio, inmediatamente hacia él se dirigía también ella, y en llegando, hincábase de rodillas o se tendía de bruces sobre el pavimento. Cuando estaba en la capilla o en alguna iglesia, aunque por su corta edad apenas si sabía leer, para que no la molestaran ni distrajeran, abría el salterio y simulaba que estaba recitando salmos; eso hacía a veces; otras, recurría al procedimiento de tenderse en el suelo, cual si tratara de satisfacer alguna curiosidad o de divertirse, proponiendo en ocasiones a sus acompañantes que se tendieran también ellas, unas tras otras, a su vera, para comparar sus respectivas estaturas; esta especie de entretenimiento era en realidad un pretexto para poder permanecer más tiempo postrada en tierra, boca abajo, adorando reverentemente al Señor.

Mientras jugaba con sus amigas a las sortijas, a las prendas o a cualesquiera otros juegos infantiles, mantenía su alma y su esperanza fijas en Dios.

Desde muy pequeña adoptó la costumbre de repartir entre las niñas pobres la décima parte de cuantos regalos y obsequios recibía, rogándoles que a cambio de lo que les daba rezasen frecuentemente el Padrenuestro y el Avemaría.

A medida que crecía en edad, crecía también en ella el sentido de la devoción. Muy tempranamente designó por patrona y abogada suya a la Bienaventurada Virgen Madre de Dios, y encomendó la protección de castidad al evangelista san Juan.

En cierta ocasión ella y sus compañeras colocaron sobre un altar una urna en la que previamente habían introducido doce papeletas; en cada una de la papeletas hallábase escrito el nombre de un apóstol; luego, las jovencitas que componían el grupo fueron una tras otra acercándose al altar y sacando de la urna, al azar, una de las papeletas. Tres veces consecutivas repitieron el juego y las tres veces Isabel, tal como había pedido interiormente en una breve plegaria, sacó la papeleta correspondiente a san Pedro. A partir de aquel día fue tan devota de san Pedro, que, desde entonces, y hasta el final de su vida, jamás negó a nadie cosa alguna que solicitaran de ella en nombre de este apóstol.

Para no dejarse influir por las prosperidades temporales, siempre que algo le salía bien desde el punto de vista material, privábase de parte de las ventajas obtenidas. Ya de niña, cuando jugaba con sus compañeras, si observaba que la suerte le sonreía, dejaba de jugar diciendo: «Parece que la suerte me acompaña; no quiero seguir jugando; renuncio por Dios al resto de las ganancias». Posteriormente, de jovencita, asistía con sus amigas a las fiestas a que hubiera sido invitada, pero al terminar la primera ronda de bailes les decía: «Ya hemos bailado bastante; renunciemos por amor a Dios al resto de la danza». Mediante tal procedimiento procuraba evitar que sus doncellas se dejaran arrastrar por el atractivo de las frivolidades mundanas.

Jamás utilizó trajes provocativos; sentía hacia ellos verdadero horror; sus vestidos fueron siempre muy honestos.

Fiel a su propósito de rezar diariamente determinado número de oraciones, si algún día por exceso de ocupaciones no había podido recitarlas, aunque al llegar la noche, apremiada por sus azafatas, veíase obligada a retirarse a su aposento para acostarse, en cuanto se quedaba sola en su cámara permanecía en vela orando ante su esposo celestial y rezando lo que no había podido rezar durante la jornada.

Con tanta fidelidad observaba la joven princesa las festividades solemnes instituidas por la Iglesia, que en tales días no consentía bajo ningún pretexto que la aderezaran las mangas de sus vestidos hasta después de terminada la misa mayor, ni que sus docellas la engalanaran. Los domingos, por respeto al santo día del Señor y para satisfacer su fervorosa devoción mediante esta actitud de mo-

destia, no usaba guantes antes del mediodía; e incluso, para que nadie tratara de obligarla con persuasiones a cambiar de modo de proceder, hizo voto de observar perpetuamente esta austeridad y algunas otras parecidas. Tanta era la reverencia con que asistía a los divinos oficios que, cuando oía misa, bien momentos antes del evangelio o bien antes de la consagración de la Sagrada Forma, se despojaba de sus mangas descosiéndolas si acaso ya las llevaba prendidas al vestido, y de sus collares, y de sus joyas, y de cuantos aderezos sus criadas hubiéranle puesto sobre la cabeza, y colocaba en el suelo todos aquellos ornatos y galas.

Llegada a la pubertad, habiendo recorrido el camino anterior con exquisita inocencia, militando en las filas de las vírgenes prudentes, obediente al mandato de su padre que dispuso que se casara, pasó al estado matrimonial, cosechando de ese modo el fruto treintenario, como resultado de haber sabido conservar a lo largo de la etapa previa su fe en la Trinidad de las tres augustas personas divinas y de haber cumplido fielmente los diez preceptos del Decálogo. Consintió en mantener relación conyugal con su marido, no por motivos de libidinosidad, sino por obediencia a la autoridad paterna, en aras de la cual vióse obligada a renunciar a sus propios sentimientos, con el fin de dar ocasión a engendrar hijos y de educarlos de manera que pudiesen llegar a ser fieles servidores de Dios. Esta fue la razón de que se sometiera a las exigencias de la vida íntima matrimonial; pero que las relaciones carnales no le interesaban consta sobradamente por el voto que emitió en manos del maestro Conrado, prometiendo que, si sobrevivía a su marido, desde el día en que se quedara viuda hasta el final de su vida guardaría perpetua y perfecta castidad.

Porque así lo exigía la magnificencia de su condición de princesa real y porque así lo dispuso Dios para que tuviese ocasión de conducir hacia el amor divino a muchas personas y de sacar a multitud de hombres de la ignorancia en que vivían, casóse Isabel con el landgrave de Turingia, y aunque al casarse cambiara de estado civil, no por ello se produjo mutación alguna en los íntimos afectos de su alma. En el transcurso de la presente historia tendremos oportunidad de comprobar cuán intensas fueron su piedad y su humildad, cuán grandes su austeridad y abstinencia en su vida personal, cuán abundantes su generosidad y misericordia para con los pobres. Su ansiedad por concentrarse en la oración era tan vehemente, que cuando salía de casa para ir a la iglesia caminaba de prisa, dejando atrás a sus damas de compañía cual si tratara de llegar al templo antes que ellas para pedir a Dios clandestinamente y sin que ellas se enteraran alguna gracia especial. De noche, varias veces abandonaba el lecho conyugal, y postrada en el suelo oraba durante largos ratos. Su marido le rogaba que no hicira eso, que procurara descansar y que se cuidara; pero ella, fiel a su propósito de alternar la plegaria con el sueño, había encomendado a una de sus camareras, precisamente a la que mayor confianza le inspiraba, que si acaso se quedaba dormida y no se levantaba a tiempo para hacer sus reiteradas vigilias, entrase en su aposento, le tirase de los pies y la despertase. En cierta ocasión esta camarera, al tratar de despertar a su señora, se equivocó y en vez de tirar de los pies de su ama, tiró de los pies del esposo, que despertó sobresaltado. Debido a esta equivocación, el landgrave se enteró del encargo que la camarera había recibido de su mujer, soportó el error con paciencia, e incluso prudentemente lo disimuló.

Para hacer más meritorias ante Dios sus oraciones, Isabel recuentemente acompañábalas con copiosas lágrimas; pero éstas fluían de sus ojos tan dulcemente, tan suavemente, tan serenamente, que su rostro ni se alteraba ni se afeaba; al contrario: siempre que lloraba mientras rezaba, aunque el llanto fuese efecto de la pena y del dolor que interiormente sentía, producíale al mismo tiempo tal gozo y tal alivio, que su semblante irradiaba alegría y su cara tornábase aún más hermosa.

Su afán por humillarse era tan auténtico y sincero que, no sólo no tenía a menos ejecutar por amor a Dios los oficios más viles y abyectos, sino que los realizaba con extraordinaria devoción. En cierta ocasión, viendo a un enfermo de horrible aspecto, de cuya cabeza emanaba un hedor repugnante, lo recostó en su propio regazo, le cortó el largo, sucio y enmarañado pelo, y le lavó seguidamente cráneo, cuello, cara y manos. Las criadas que presenciaron la escena, lejos de ayudar a su señora, se rieron de su humildad.

En los días de rogativas asistía a las procesiones descalza, vestida con una sencilla túnica de lana y, durante la petición de las estaciones, humildemente se colocaba como una pobre más entre las mujeres mendigas.

Después de sus partos, cuando acudía al templo para purificarse, no iba, como otras, vestida sun-

tuosamente y cubierta de joyas, sino que se presentaba en la iglesia modestísimamente, procurando imitar en todo a la Santa Madre de Dios, llevando en sus brazos, como ella, a su hijo, y ofreciendo en el altar con suma sencillez una candela y un cordero, dando ejemplo de modestia y desprecio hacia las vanidades mundanas y tratando de reproducir lo más fielmente posible la actitud y sentimientos de la Purísima Virgen María en el misterio de su Purificación. Luego, al llegar a casa, se cambiaba de ropa, y enviaba a alguna mujer pobre el vestido que había llevado puesto durante la ceremonia.

Para ejercitar más su humildad, esta insigne señora de tan elevada condición social y dueña de todas las libertades, hizo, con consentimiento de su esposo y sin más limitación que los derechos que éste tenía sobre ella, voto de obedecer en todo al maestro Conrado, comprometiéndose a cumplir reverentemente y gozosamente cuanto él tuviera a bien ordenarle. Hizo este voto para practicar la obediencia y asemejarse a Nuestro Señor Jesucristo, que fue obediente hasta la muerte. El maestro Conrado era un médico eminente en ciencia y en religiosidad, pero económicamente muy pobre. Un día, poco después de que Isabel le prometiera obediencia en la forma que hemos dicho, el maestro pasóle un aviso indicándole que aquella tarde iba a pronunciar un sermón en determinada iglesia y ordenándole que acudiera a oírlo. Isabel recibió el recado, pero no le fue posible asistir a la predicación, porque poco antes de la hora en que ésta había de tener lugar presentóse en su casa la marquesa de Miseno de visita. Conrado llevó muy a mal la ausencia de la santa, calificó su no comparecencia de desobediencia grave, se negó a perdonarla y ordenó que, tanto ella como sus sirvientas, a las que consideraba también culpables de que su señora no hubiese acudido al sermón, despojadas de sus vestidos y sin otra ropa sobre sus cuerpos que una leve camisa, fuesen durísimamente azotadas.

Tratábase a sí misma Isabel con tanto rigor y observaba tan rigurosas abstinencias, que tenía habitualmente sus carnes maceradas a base de vigilias, disciplinas y ayunos. Frecuentemente, renunciando al tálamo conyugal, recogíase en algún lugar solitario de la casa, postrábase en tierra y dedicábase a hablar con el Padre celestial, sacrificando su propio descanso nocturno; cuando se veía sin fuerzas para dominar el sueño y la fatiga que a veces se apoderaban de ella, procurábase un poquito de alivio tendiéndose durante un rato sobre una alfombra. Siempre que su marido se hallaba ausente de la ciudad, aprovechaba ella su ausencia para pasar las noches enteras en vela, orando y platicando con su divino esposo. Para dominar la concupiscencia de la carne y para liquidar la deuda que tenía contraída con el Salvador, que por todos nosotros padeció el tormento de la flagelación, innumerables veces, encerrada en su aposento, obligó a sus sirvientas a que la azotaran sin piedad. Tan grande fue su templanza en el comer y beber, que incluso cuando compartía la mesa con su marido, renunciaba a la variedad de platos que en ella se servían, y se limitaba a tomar unos bocados de pan. Procedía de esta manera, no sólo por el espíritu de austeridad, sino también por obediencia al maestro Conrado que le había prohibido participar de los exquisitos alimentos que su esposo se hacía servir, si no estaba completamente segura de que su conciencia no iba a mancharse, aunque los tomara. Isabel se atuvo a esta prohibición y la respetó con tan escrupulosa fidelidad, que, mientras en su casa comensales habituales e invitados se regalaban con delicados manjares, ella y sus criadas se sustentaban generalmente con alimentos vulgares y de escasa calidad; sin embargo, cuando por exigencias de la vida social veíase precisada a presidir la mesa, para evitar cualquier asomo de notoriedad y a fin de no llamar la atención, procuraba que las comidas transcurriesen en un ambiente agradable de animación, se conducía con exquisita urbanidad en todo, estaba pendiente de que los invitados lo pasaran bien, revisaba los manjares, trinchaba las carnes y hasta hacía como que comía. En cierta ocasión, al regresar a casa cansada, tras un largo y penoso viaje, pasó al comedor, y vio en él una abundante y selecta comida preparada para ella y para su marido; pero, como no estaba segura de que los alimentos colocados sobre la mesa hubiesen sido adquiridos legítimamente, se abstuvo hasta de probarlos, y tanto ella como sus criadas no comieron otra cosa que un poco de pan negro y duro mojado en agua templada. Fue precisamente entonces, y con motivo de este hecho, cuando su marido decidió asignarle una determinada renta anual para sus propios gastos y sostenimiento, dándole plena libertad para que administrase aquel peculio como mejor le pareciere. De allí en adelante, de la renta asignada vivieron ella y sus sirvientas, las cuales, por cierto, en esta materia

estaban completamente identificadas con su señora.

Varias veces rechazó los suministros que la corte real trató de proporcionarle, y prefirió pedir limosna de puerta en puerta por casas de personas virtuosas. Su marido soportó con paciencia este modo de proceder de su esposa; más aún: lo veía bien y lo aprobaba, y hasta decía que de buena gana haría él lo mismo y que si no lo hacía era porque temía que de ello se siguiera un inevitable desorden en su casa y en su familia.

Isabel deseaba con toda su alma llegar a una situación personal de pobreza absoluta que le permitiera imitar a Cristo pobre y comparecer ante el mundo totalmente desposeída de la más mínima propiedad. Al acariciar este proyecto sentíase tan dichosa que, algunas veces, cuando se hallaba a solas con sus criadas, ponía se ropas vilísimas, cubríase la cabeza con una toca raída y decía a sus compañeras: «Así vestiré cuando consiga llegar a la situación tan deseada por mí de pobreza absoluta».

A pesar de que era tan austera consigo misma, no podía soportar ver a un indigente sin tratar de remediar al instante su necesidad; y como a todos cuantos acudían a ella socorríalos muy generosamente, el pueblo comenzó a aclamarla y a llamarla públicamente madre de los pobres.

Puso siempre sumo cuidado en practicar las siete obras de misericordia para merecer la bendición del Padre celestial, procurarse un puesto a la derecha de Cristo entre los elegidos, y poder de ese modo entrar en el reino eterno.

La de vestir al desnudo ejercíala de varias maneras, entre otras, proporcionando mortajas a los cuerpos de los mendigos y peregrinos que fallecían, y regalando ropitas confeccionadas por sus propias manos a los niños que se bautizaban, a muchos de los cuales sacó personalmente de la pila bautismal. Esto de actuar como madrina en el bautismo de los niños gustábale mucho, porque —así lo manifestaba ella— al constituirse en madrina de aquellos pequeños contraía para con ellos responsabilidades maternales y quedaba obligada de por vida a dispensarles sus cuidados y protección.

Una vez dio a una mendiga un vestido de extraordinaria calidad. La pordiosera, al verse socorrida con un regalo tan magnífico se puso tan contenta que, víctima de su propia e incontenible alegría, cayó al suelo muerta. Por muerta la tuvieron todos. Santa Isabel se sintió de algún modo responsable de la muerte de la menesterosa por haberle regalado tan lujoso vestido, y, queriendo reparar el daño que involuntariamente había producido, oró por la difunta, y al instante ésta resucitó completamente sana.

Con frecuencia, en compañía de sus criadas, se entregaba a la tarea de hilar con sus propias manos la lana que había de servir después de tejida para la confección de las ropas que más tarde distribuiría entre los pobres. Con ese procedimiento conseguía tres efectos simultáneamente: cosechar el fruto glorioso de sus buenas obras, dar a los demás ejemplos de auténtica humildad, y mediante el esfuerzo de su propio cuerpo colaborar con Dios en la obra de socorrer a los necesitados.

La de dar de comer al hambriento practicábala proporcionando alimentos a quienes carecían de ellos. En cierta ocasión, deseando remediar el hambre que asolaba a la comarca a causa de la pertinaz sequía padecida durante el año, aprovechando la ausencia de su esposo el landgrave, que había ido a Cremona a visitar al emperador Federico, de paso a la sazón por la mencionada ciudad, mandó recoger todas la provisiones almacenadas en granjas que a ella pertenecían y trasladarlas a un determinado lugar; una vez que los alimentos estuvieron congregados en aquel sitio, la santa personalmente comenzó a distribuirlos entre los muchísimos pobres que diariamente llegaban de todas partes en demanda de socorro.

Varias veces le ocurrió encontrarse sin dinero alguno para practicar la piadosa obra de la limosna, y, como ella no quería dejar desasistido a nadie, cuando se daban esas circunstancias enajenaba parte de sus joyas y con lo que obtenía a cambio de las mismas atendía a los necesitados.

Para ejercitar con más holgura la caridad, reiteradamente recurrió al procedimiento de reducir al máximo los gastos de su propia sustentación y de la de sus criadas; de ese modo, mermando las raciones de sus alimentos y de los de sus sirvientas, disponía de un poco más de dinero o de comida para socorrer a los menesterosos.

También practicó la obra de dar de beber al sediento: Estando un día distribuyendo cerveza entre un número crecido de pobres, y proporcionando a cada uno cuanta quería, todos los presentes comprobaron que el contenido de la barrica, de la que iban sacando jarras y más jarras, no mermaba, sino que la cerveza, dentro de la cuba, permanecía al mismo nivel que tenía cuando comenzó la distribución.

Dio posada al peregrino, proporcionando hospitalidad a cuantos romeros y mendicantes la solicitaban: Para mejor realizar esta obra de misericordia hizo construir, en la base de la montaña en cuya cima estaba edificado su castillo, un amplísimo pabellón en el que pudieran albergarse todos los que en él quisieran alojarse. En aquella inmensa casa atendía con esmerada solicitud a innumerables enfermos. Diariamente, sin arredrarse por las dificultades del descenso ni por las fatigas de la subida, bajaba dos veces desde su palacio hasta la hospedería a visitar a los asilados, a los cuales exhortaba a la paciencia y prodigaba cuantos cuidados requería el estado de cada uno de ellos. A pesar de que siempre fue muy sensible a los cambios de ambiente y de que las impurezas del aire la afectaban mucho, soportó sin la menor manifestación de repugnancia, incluso en las calurosas jornadas de los veranos, el hedor que procedía de las heridas y pústulas de los enfermos, a quienes, haciendo caso omiso de la desaprobación de sus criadas, lavábales sus llagas, limpiábales el sudor con el velo que habitualmente llevaba sobre su cabeza, y con sus propias manos dábales la vuelta en sus lechos para que estuvieran más cómodos. En el mencionado hospital recogía a los hijos pequeños de los mendigos, y cuidaba de ellos con tal esmero, humildad y ternura, que tales niños espontáneamente la llamaban madre, y en cuanto la veían asomar por las salas corrían precipitadamente hacia ella, la rodeaban, y armaban verdaderas escaramuzas entre sí porque, cual si realmente fuese su madre, todos pretendían arrimarse a la señora y asirse de sus faldas. Para que la infantil tropa jugara, compró cacharritos de barro, aros de vidrio y una serie muy variada de esos objetos que los pequeños suelen usar en sus diversiones. Por cierto que, cuando hizo esta compra, al bajar desde el castillo montada en un caballo, con aquellos juguetes envueltos en su propio manto para tener la satisfacción de entregarlos personalmente a los niños, de pronto el envoltorio se deshizo, los artefactos cayeron sobre una roca, rebotaron en ella y, rodando monte abajo, fueron a dar a una pedriza; y, aunque estaban confeccionados unos con vidrio y otros con arcilla cocida, ni uno de ellos se quebró.

Impulsada por su inmensa caridad, no se conformaba con atender a los asilados en su hospital, sino que, sin miedo al cansancio ni a las dificultades de los caminos, salía en busca de enfermos y atribulados, entraba en sus covachas o en sus miserrimas viviendas y con espíritu piadoso los visitaba, los curaba, los socorría y los consolaba. Dios recompensaba a su sierva por los cinco géneros de mérito que semejantes visitas implicaban, a saber: el del amor de caridad que la movía a hacerlas, el de las molestias que soportaba durante sus caminatas, el de la compasión que sentía hacia los atribulados, el del consuelo que les prodigaba y el de la solicitud con que los socorría.

Practicó la misericordia con los muertos de muchas maneras, entre otras, amortajando piadosamente los cuerpos de los difuntos pobres, y asistiendo a sus entierros y funerales. Realizaba lo primero confeccionando con sus propias manos las mortajas con las que luego ella por sí misma envolvía los cadáveres. En cierta ocasión, ante un caso imprevisto y urgente, no teniendo a mano con qué amortajar a un mendigo, se quitó su propio velo, que era de lino y muy grande, lo troceó, y con las diversas partes de él amortajó al difunto.

Realizaba lo segundo ayudando a colocar los cuerpos muertos de los pobres en las parihuelas que se usaban para llevarlos a la sepultura y asistiendo devotamente a su sepelio y exequias.

A propósito de todo esto es menester hacer constar que los méritos que Isabel acumulaba mediante la realización de tales obras de misericordia para con los difuntos, alcanzaban a su marido, porque aunque él, acaparado constantemente por los negocios propios de su oficio, no interviniera directamente en ellas, sí que intervenía de modo indirecto, puesto que, movido por sus sentimientos piadosos hacia Dios, dejaba plena libertad a su esposa para que hiciese cuanto estimase conveniente en todo lo que se relacionase con el honor divino o con el provecho de su alma.

Como la santa deseaba que su esposo contribuyese con sus armas a la defensa de la religión, a fuerza de exhortaciones le convenció de la conveniencia de que fuese como peregrino a visitar los Santos Lugares. El landgrave, varón de fe sólida, príncipe ejemplarmente cristiano y sinceramente religioso, estando en Tierra Santa entregó su espíritu a Dios y recibió el premio debido a sus buenas obras. De este modo entró Isabel devotamente en el estado de las viudas. Su nueva situación le permitió practicar en adelante la continencia perfecta y cosechar al setenta por uno los frutos espirituales derivados de la observancia de los diez mandamientos y de la realización de las siete obras de misericordia.

Al divulgarse por Turingia la noticia de que el landgrave había fallecido, algunos vasallos del difunto príncipe acusaron a su viuda de pródiga y dilapidadora, la escarnecieron con toda clase de sucios vejámenes, y hasta la expulsaron de su propia patria, proporcionándole de este modo ocasión para que resplandeciera su extraordinaria paciencia y pudiese llevar a cabo su gran deseo de sentirse verdadera y absolutamente pobre.

Recién salida de su tierra, una noche vióse precisada a refugiarse en la pocilga de la casa de un tabernero y a pernoctar entre los cerdos que éste estaba cebando. Mucho agradeció ella a Dios la gracia de haberse visto obligada a pasar por esta prueba; su agradecimiento fue tan intenso y sincero, que en cuanto amaneció se dirigió al convento de los religiosos menores y encargó a los frailes que cantasen un *Te-Deum* en acción de gracias por la humillación a que acababa de ser sometida. Al día siguiente, coaccionada por uno de sus enemigos que se empeñaba en darle alojamiento en su casa, tuvo sin remedio que aceptar la hospitalidad que éste le ofrecía. El mal hombre le asignó, para ella y para sus hijos, que aún eran pequeños y los llevaba consigo, un aposento sumamente reducido y pésimamente acondicionado, y en cuanto la santa entró en semejante cuchitril y durante el tiempo que allí permaneció, tanto él como su esposa se dedicaron a colmarla de lujurias. Tan mal trato le dieron, que la santa estimó prudente marcharse de la mencionada casa, y al despedirse de las paredes, testigos de lo mucho que entre ellas había sufrido, exclamó:

—¡De cuán buena gana me mostraría agradecida a los hombres si fueran benévolos!

Al abandonar el malhadado tugurio envió a sus hijos a diferentes lugares, entregándolos a personas que pudieran alimentarlos; y, una vez hecho esto, se refugió nuevamente en la cochiquera de la casa del tabernero.

Cierto día, yendo por una calle sumamente estrecha e inundada de fango, pisando cuidadosamente sobre unas piedras colocadas estratégicamente para que los transeúntes pudieran pasar sin hundir sus pies en el lodo, se encontró de pronto con una viejecita a la que en otro tiempo había hecho infinidad de beneficios. La desagradecida anciana, empero, no sólo no cedió el paso a su bienhechora, sino que, al cruzarse con ella, pisó sobre la misma piedra en que Isabel se encontraba haciendo grandes esfuerzos por mantenerse en equilibrio, y al pisar la vieja en la referida piedra, ésta se removió e Isabel cayó al suelo y quedó cubierta de barro. La santa, no obstante, soportó con alegría interior el desagradable lance, se levantó, tomó a risa lo sucedido, y como pudo se sacudió el fango de sus vestidos.

Algún tiempo después de todo esto, una tía carnal suya que era abadesa en un monasterio, tuvo noticia del estado de pobreza absoluta en que su sobrina se encontraba y, compadecida de ella, la buscó, la localizó y la llevó a casa del obispo de Bamberg, tío de ambas. El prelado acogió a Isabel con decorosa deferencia, la alojó en su palacio y la trató muy benignamente con la secreta idea de persuadirla de lo conveniente que sería que se casara de nuevo. Cuando las antiguas sirvientas de la princesa, que no la habían abandonado y habían hecho voto juntamente con ella de vivir en continencia, se enteraron de los planes del obispo, llenas de tristeza y llorando comunicaron a su señora lo que el prelado pretendía. Isabel trató de tranquilizarlas diciéndoles:

—Por amor de Dios hice promesa de vivir en adelante en perpetua castidad. Confío en el Señor. El me ayudará a mantenerme firme en mi propósito. El evitará que nadie consiga obligarme a faltar a mi voto. El desbaratará los planes de quienes intenten aconsejarme otra cosa. Si mi tío perseverara en su idea de que debo casarme de nuevo, y llegara a hablar conmigo de este asunto, haréle ver que no estoy de acuerdo con semejante proyecto, rebatiré uno a uno sus argumentos, y os aseguro que si fuese preciso me arrancaré de cuajo mi propia nariz a fin de que cualquier pretendiente que osase llegar hasta mí con proposiciones de este género, al ver la fealdad de mi rostro desnarigado, en lugar de hablarme del tema, salga huyendo, horrorizado.

El obispo, que seguía al acecho de alguna oportunidad conveniente para que Isabel se casara de nuevo, determinó que, mientras esa oportunidad llegaba, su sobrina se instalase adecuadamente en un determinado castillo. A la santa no le quedó otro remedio que acatar la voluntad de su tío en cuanto al cambio de residencia; y, en efecto, se trasladó al castillo y en él se recluyó, pero reafirmándose en su propósito de vivir en perpetua castidad, y renovando con copiosas lágrimas constantemente su voto. Poco después de que se instalara en la aludida fortaleza, pasó por la región un cortejo que traía de ultramar a Turingia el cuerpo de su esposo. El obispo, que había organizado una

solemne procesión para salir al encuentro del cortejo y recibir honrosamente los restos del landgrave, dispuso que su sobrina saliese del castillo y acudiese con él, a su lado, y en la presidencia de la procesión, a dar la bienvenida a los despojos mortales del príncipe. Isabel asistió a la honrosa acogida dispensada al cuerpo del que fuera su marido, y con mucha devoción y copioso llanto pronunció la siguiente oración delante del féretro:

—¡Gracias, Señor, por haber proporcionado a tu miserable sierva el consuelo de hallarse presente en este homenaje tributado a los restos del que fue tu amigo y mi esposo! ¡Oh Dios! ¡Tú sabes cuánto amé a este hombre, al que tú también amaste tanto! Tú sabes, igualmente, que a pesar de lo mucho que lo quería, consentí, por amor a ti, en verme privada de su presencia, y lo animé a que fuese como peregrino a Tierra Santa a fin de que pudiese prestar ayuda a la causa de tu religión. Tú sabes, del mismo modo, que me hubiese gustado seguir viviendo a su lado, pero en absoluta pobreza, y recorrer con él, como una pordiosera, el mundo entero, mendigando limosnas de puerta en puerta. Tú eres testigo de que, cuando con tu soberana voluntad dispusiste que muriera, acaté tus designios sin rechistar. Tú eres testigo, pues lo conoces todo, de que jamás iré contra lo que dispongas y de que no moveré ni un solo cabello de mi cabeza para hacer nada que vaya contra tus divinas disposiciones, ni siquiera para forzarte a que le devuelvas la vida mortal. ¡Señor, acoge su alma en el seno de tu misericordia, te lo ruego, y ampárame a mí con tu gracia!

Para no perder el fruto que obtienen quienes observan la perfección evangélica, los cuales son trasladados desde la izquierda de la miseria a la derecha de la gloria, asumió un hábito religioso confeccionado con tela basta de color grisáceo, se reafirmó en el propósito de vivir en continencia hasta el final de su vida, conforme a la promesa que hiciera cuando se enteró de que su esposo había muerto, ratificó su voto de perfecta obediencia, se abrazó voluntariamente con la pobreza, y quiso dedicarse al ejercicio de la mendicidad, pidiendo limosna de puerta en puerta. Esto último no pudo hacerlo porque no se lo permitió el maestro Conrado. Desde que adoptó este género de vida religiosa vistió tan pobremente que, en cierta ocasión, viéndose precisada a alargar su capa, que había encogido y le resultaba excesivamente corta, aunque era de color gris la prolongó con un retal de paño de otro color. Igualmente, más adelante, al tener que reparar las mangas de su túnica que se le habían roto, y eran grises, las remendó con unos retazos de tela de diferentes colores.

Alguien hizo saber a su padre, el rey de Hungría, que su hija vivía con tan extremada pobreza. Al enterarse de esto el rey, inmediatamente encargó a uno de sus condes que fuese sin demora en busca de Isabel y que la trajese sin pérdida de tiempo a la corte, usando para ello de la fuerza si ella se resistía a venir de buena gana. El conde ejecutó fielmente el mandato de su monarca. Cuando éste vio a su hija vestida de aquella manera, sentada humildemente y con una rueca entre sus manos hilando lana, confuso y admirado a la vez exclamó:

—Jamás se vio a hija alguna de rey vestida con tan viles ropas como las que lleva esta hija mía, e hilando lana.

Vanos resultaron todos los esfuerzos que el rey hizo para que su hija abandonara aquel género de vida. Isabel reiteradamente manifestó a su padre que prefería vivir en pobreza con los pobres, a disfrutar de riquezas entre los ricos.

Dispuesta a realizar sus deseo de consagrarse plenamente al Señor y de superar cuantos impedimentos pudieran mermar la intensidad de su devoción, suplicó a Dios que infundiese en su alma un auténtico menosprecio hacia las cosas temporales, que arrancase de su corazón el amor que sentía por sus hijos, y que le concediese fortaleza y constancia para aguantar toda clase de ultrajes y de afrentas. Apenas terminó de hacer las anteriores peticiones oyó una voz celestial que decía:

—Se te concederá cuanto acabas de pedir.

Así fue, en efecto, porque poco después de aquel día dijo ella a sus criadas:

—El Señor ha accedido a mis deseos. Ya todas las cosas de este mundo me parecen basura; ya no me importan mis hijos más que lo que me importan los hijos de otras mujeres; ya no me preocupa absolutamente nada que las gentes me desprecien y me colmen de oprobios; ya no me interesa en esta vida más que una sola cosa: amar a Dios con todo mi corazón.

El maestro Conrado contribuyó en gran manera a hacerle la existencia más penosa; frecuentemente la contrariaba, imponíale deberes sumamente onerosos y la separaba de las personas cuyo trato pudiera proporcionarle algún consuelo. En cuanto a esto último, apartó de su lado a dos de sus

antiguas doncellas, precisamente a las dos predilectas de la santa; predilectas, porque las tres se habían criado juntas desde niñas, y a lo largo de tantos años de convivencia se habían comportado con su señora de manera absolutamente fiel y leal. Esta separación costó muchas lágrimas de dolor, tanto a Isabel como a sus dos veteranas compañeras. El santo varón Conrado impuso a su hija espiritual tan dura separación para purificar más y más sus afectos, para ayudarla a mantener su alma pendiente exclusivamente del Señor, y para evitar que el trato y conversación con las que habían sido sus criadas le trajese a la memoria el recuerdo de su anterior prosperidad y de las jornadas venturosas compartidas por las tres en gloriosos tiempos pasados. Isabel se sometió enteramente a la voluntad del director de su espíritu, aceptó sin reservas tanto éste como los demás sacrificios, mostróse en todo momento dispuesta a obedecer al instante y sin rechistar y a padecer sin desfallecimiento, porque estaba persuadida de que ejercitando la virtud de la paciencia salvaría su alma, y practicando la obediencia veríase premiada al final de su vida con la palma de la victoria. Por eso a menudo decía:

—Si por consideración a Dios temo desobedecer a un hombre mortal, con mayor motivo he de temer incurrir en enojo del juez celestial. Si confié la dirección de mi espíritu no a un obispo, sino al maestro Conrado que es pobre y vive de la mendicidad, y si me comprometí con voto a obedecerle, fue para alejar de mí absolutamente cualquier ocasión de halago y de consuelo temporal.

Un día, apremiada por los insistentes ruegos de ciertas religiosas, pasó al interior de su monasterio para visitar el claustro. Cuando el maestro Conrado se enteró de que había hecho esto sin haberle previamente pedido permiso a él, la hizo azotar tan severamente, que tres semanas después de la flagelación todavía continuaban abiertas las heridas que los crueles azotes produjeron en el cuerpo de la santa; y como sus antiguas sirvientas se quejaran de que el maestro la hubiera tratado tan despiadadamente, ella intentó tranquilizarlas diciéndoles:

—Hermanas mías, esto no tiene importancia. Cuando un río se desborda, mientras dura la inundación las hierbas de la ribera quedan aplastadas contra el suelo; pero en cuanto las aguas vuelven a su cauce, el césped recupera su anterior vivacidad. Tomenos, pues, ejemplo de las hierbas y aceptemos con sumisión y silencio el abatimiento de las humillaciones mientras pasa sobre nosotras la riada de la aflicción, y, cuando ésta cese, resurjamos de nuevo y elevemos con espiritual alegría nuestra alma hacia el Señor.

Su humildad era tanta que no consentía en manera alguna que sus antiguas sirvientas la llamaran *señora* o le dieran tratamiento, sino que les rogaba y exigía que la tutearan y que hablaran con ella tan lisa y llanamente como lo hace un interlocutor cualquiera cuando conversa con otros de condición inferior a la suya. Tenía especial empeño en fregar personalmente las escudillas de la comida y demás utensilios de cocina, y como sus antiguas criadas trataban de evitar que hiciese semejantes menesteres, se ingeniaba para adelantarse a ellas y recoger los cacharros y fregarlos en algún lugar escondido de manera que sus compañeras no la viesen y no pudiesen impedirle la realización de dicho oficio; y, para que no se opusiesen a que desempeñase aquella y otras parecidas tareas, frecuentemente les decía:

—Si conociese otro género de vida más humilde que el que actualmente llevamos, inmediatamente lo adoptaría.

Además, para poseer con María *la mejor parte,* se entregaba asiduamente a la contemplación, en cuyo ejercicio, por especial gracia de Dios, derramaba abundantes lágrimas, tenía frecuentemente visiones celestiales, y contagiaba a otros su amor divino. Cuanto más intensa era su alegría interior tanto más copiosamente lloraba. Su llanto procedía de la devoción de su alma; las lágrimas brotaban de sus ojos gozosa y serenamente, como fluye el agua de un sosegado hontanar. Mientras lloraba, su rostro relucía de contento sin que las lágrimas produjeran en él ni arrugas ni contracciones ni deformidades de ningún género. A propósito de las personas que cuando lloran ofrecen un aspecto desagradable y triste, solía decir:

—Parece como si sintieran espanto del Señor; pues no tienen por qué espantarse. Den a Dios lo que tienen y dénselo de buena gana y alegremente.

Acontecíale a menudo que, cuando oraba, caía en estado de contemplación, quedaba arrobada y su alma se deleitaba con la visión de cosas celestiales.

Un día de cuaresma, estando en la iglesia, permaneció durante muchísimo tiempo mirando hacia el altar con sus ojos fijos, clavados en él, sin pestañear, como si el Señor se le hubiese aparecido

en aquel sitio y estuviera consolándola y haciéndole algunas revelaciones. Luego, al volver a casa y mirar hacia el cielo a través de una ventana, permaneciendo apoyada en una de sus antiguas doncellas por la debilidad en que se encontraba, su semblante, de pronto, se inundó de alegría y al instante comenzó a reír incontenablemente; así estuvo durante un buen rato, quieta y riendo, cual si estuviera disfrutando de alguna agradable visión; pero después, cerró los ojos y repentinamente comenzó a llorar; abriólos luego de nuevo y tornó a reír; cerrólos nuevamente y volvió a llorar; abriéndolos y viendo y cerrándolos y llorando, alternativamente, continuó junto a la ventana, disfrutando de los divinos consuelos, hasta la hora de completas, sin que durante todo aquel tiempo sus labios se movieran ni pronunciaran una sola palabra; mas por fin rompió su prolongado silencio y exclamó:

—Sí, Señor; si tú quieres estar conmigo, también yo quiero estar contigo y no separarme jamás de ti.

Al día siguiente sus criadas le rogaron que para su propia edificación y gloria de Dios tuviese a bien declararles qué es lo que había visto la tarde anterior durante su éxtasis; y tanto insistieron que, al cabo, vencida su resistencia por la importunidad de tan reiteradas súplicas, les manifestó:

—Vi el cielo abierto, y en él a Jesús inclinándose benignamente hacia mí y mostrándome su sincerísimo rostro. Mientras duraba la visión, mi alma se inundaba de inefable gozo; pero cuando desaparecía, sentíame invadida de profunda tristeza; tanta que, compadecido Él de mi pena dejábase ver de nuevo y entonces yo recobraba mi alegría. La vez postrera que me mostró su semblante me dijo: «Si quieres estar conmigo, yo estaré contigo también». A eso yo inmediatamente le respondí lo que vosotras decís que me oísteis decir.

Seguidamente sus doncellas le pidieron que les declarara también la visión que había tenido junto al altar de la iglesia. La santa no creyó conveniente hacerlo y se limitó a manifestarles:

—Estimo que debo mantener en reserva lo que en el altar vi. Conformaos con saber que contemplé cosas divinas admirables y que mi alma con aquella visión se rogocijó inmensamente.

Era frecuente que cuando estaba en oración su cara resplandeciera de manera maravillosa, y que de sus ojos brotaran destellos parecidos a los de los rayos del sol. A menudo sucedía que, mientras oraba, el fervor con que lo hacía se contagiara a los demás.

En cierta ocasión mandó llamar a un joven que vestía muy mundanamente y le dijo:

—¿No te parece que llevas una vida excesivamente disoluta? ¿No crees que harías mejor sirviendo a tu Creador fielmente? ¿Quieres que ruegue por ti a Dios?

El joven le respondió:

—Sí; reza por mí. Te suplico con toda mi alma que pidas por mí a Nuestro Señor.

Tras advertirle que también él debería orar por sí mismo, comenzó la santa en aquel preciso momento a pedir a Dios por el referido joven, que se hallaba presente, el cual al poco rato, dando un grito, exclamó:

—¡Señora! ¡Deja de orar, por favor! ¡Me estoy abrasando! ¡No puedo resistir más!

En efecto, el joven sentía tal calor que sudaba a chorros; de su cuerpo salía humo como si estuviera ardiendo, y agitaba los brazos como si se hubiese vuelto loco. Algunas de las personas que presenciaban la escena trataron de sujetarle, y comprobaron que sus ropas estaban empapadas de sudor y que sus miembros abrasaban de tal manera que ellas mismas se quemaban en cuanto arrimaban sus manos a los brazos de él, que no cesaba de dar voces y de exclamar a gritos:

—¡Me quemo! ¡Estoy ardiendo!

Tan pronto como la bienaventurada Isabel dejó de orar, dejó también el joven de sentir el calor que se había apoderado de él.

Reflexionando después serenamente sobre lo que le había ocurrido, el protagonista de este episodio, movido por la gracia divina, abandonó el mundo e ingresó en la orden de los frailes menores. La inflamación de que fue objeto puso de manifiesto el fervor con que la santa oraba, tan intenso y eficaz, que logró convertir repentinamente a un individuo disipado y frío en hoguera viviente de fuego. De no haber sido por este procedimiento, el susodicho joven, entregado hasta entonces a los placeres carnales y mundanos, y completamente inexperto en los del espíritu, jamás hubiese mudado de vida.

El hecho de que Isabel tratara de llegar a la cima de la perfección empleando su tiempo libre, como María, en la contemplación, no quiere decir que se desentendiera del trabajo y que abandonara la imitación de Marta. Ya hemos comentado su laboriosidad al exponer cómo practicaba las obras de

misericordia, a lo cual debemos añadir que desde que vistió el hábito religioso puso aún mayor empeño en el ejercicio de la piedad activa.

De los dos mil marcos que al casarse recibió como dote, distribuyó una parte de ellos entre los pobres y con lo que le quedó construyó en Marburgo el enorme hospital a que antes hemos hecho referencia. Precisamente en esos dispendios se fundaban las gentes para acusarla de pródiga y de dilapidadora; y para propalar, al ver que acogía con alegría las injurias de que era objeto, que estaba loca; y para echarle en cara que hubiese arrojado de su corazón tan pronto el recuerdo de su marido y se mostrase tan feliz y contenta a pesar de su reciente viudez.

En cuanto construyó el hospital se consagró a servir humildemente a los pobres que se alojaban en él, cual si fuese la última de sus criadas. En efecto, atendíalos en todo: los lavaba, los bañaba, los acostaba en sus lechos, los arropaba con exquisita solicitud y, rebosando de gozo, decía a sus sirvientas:

—Hermanas, tenemos la inmensa suerte de poder lavar y vestir al Señor.

Con tanta paciencia y humildad ejercía estos caritativos menesteres que, una noche, hasta siete veces llevó en sus brazos al evacuatorio a un muchacho tuerto y plagado de sarna, y otras tantas veces le cambió sus ropas y las de la cama manchadas con las fétidas inmundicias del vientre del enfermo; y las siete veces con sus propias manos lavó aquellas ropas y aquellas sábanas, sin dejarse vencer por la repugnancia ni impacientarse.

Con parecida solicitud trató durante mucho tiempo a una mujer leprosa, lavándola a menudo, colocándola sobre el lecho, limpiándole y vendándole sus miembros llagados, cortándole las uñas, dándole los medicamentos, y arrodillándose ante ella para calzarla y descalzarla cuantas veces era necesario hacerlo.

Preocupábase también amorosamente de que los hospitalizados se confesaran y comulgaran. En cierta ocasión vióse obligada a propinar una azotaina a una viejecilla que se negaba obstinadamente a confesar y comulgar.

Si, después de atender debidamente a los enfermos, quedábale algún rato libre, empleábalo en hilar lana para un monasterio, y el dinero que con este trabajo obtenía repartíalo en seguida entre los pobres.

Una vez, para remediar una situación de hambre que se había producido en la ciudad, decidió distribuir entre los necesitados quinientos marcos que aún le quedaban de su dote matrimonial; para proceder en esto con orden y equidad mandó a los pobres que se pusieran en fila, y a fin de evitar que ninguno de los que hubiesen recibido por riguroso turno el cupo correspondiente de limosna se pusiese de nuevo en la cola para recibir un segundo lote, les hizo saber que todos, tras la recepción del socorro que les iba a dar, deberían quedarse quietos y sin moverse en el lugar que se les asignara; igualmente les comunicó que, a los que pretendieran salirse del puesto que en la fila ocupaban para adelantarse a los demás, los castigaría con un rapado total de sus cabezas. Hechas estas advertencias, cuando ya estaba distribuyendo la limosna ordenadamente a cada uno de los que formaban la cola, situóse junto a la cabecera de la fila una joven muy hermosa, llamada Radegunda, luciendo una preciosa cabellera. La tal Radegunda no había ido al hospital a recibir limosna, sino a visitar a una hermana suya que se hallaba alojada en el benéfico establecimiento; pero alguien, equivocadamente, la acusó de haberse adelantado a los demás e incumplido el mandato de la señora. Isabel, dando por buena la acusación y juzgando que la mencionada joven había faltado a lo convenido, mandó que entonces mismo, allí y en presencia de todos, le rapasen la cabeza. Radegunda, llorando, trató de oponerse con todas sus fuerzas a que se le aplicara aquel castigo, pero no lo consiguió. Cuando ya la sentencia había sido ejecutada, alguien hizo saber a la santa que la castigada era inocente de la falta que se le atribuía. Aclaradas las cosas, santa Isabel, comentó:

—Después de todo, hemos hecho una buena cosa: por lo pronto ya no podrá asistir a los bailes a lucir su frondosa cabellera; en adelante esta joven se verá libre de la vanidad que su pelo le producía.

Luego volviéndose hacia Radegunda, le preguntó:

—¿No has tenido nunca intención de consagrarte a un género de vida más saludable?

La joven le respondió:

—Sí, señora; y, de no haber sido por la pena que me daba renunciar a mis rizos y trenzas, hace tiempo que habría ingresado en algún monasterio.

Al oír tal respuesta Isabel exclamó:

—La pérdida de tus cabellos me produce más alegría que si alguien me dijera que alguno de mis hijos había sido proclamado emperador.

Pocos días después de esto Radegunda recibió de la santa el hábito religioso, y se quedó para siempre al servicio del hospital, en el que vivió laudablemente.

Una mujer muy pobre dio a luz una niña. Isabel sacó de pila a la recién nacida, le puso su propio nombre, y proporcionó a la madre todo cuanto necesitaba, dándole incluso sus propios zapatos para que se calzara y confeccionando con sus manos unas envueltas para la criatura con las mangas de un abrigo de una de sus criadas. Tres semanas después, la madre huyó clandestinamente del hospital en unión de su marido, y dejó abandonada a la hija en el benéfico establecimiento. Enterada la santa de que aquella mujer había desaparecido, púsose inmediatamente en oración y, tan pronto como comenzó a orar, ni la madre fugitiva ni su marido pudieron avanzar ni un paso más por el camino que llevaban, por lo cual se vieron obligados a desandar lo andado y a regresar al hospital, en el que se presentaron de nuevo pidiendo perdón por lo que habían hecho. La santa, como las circunstancias del caso requerían, tras hacerles ver la ingratitud con que habían procedido, les entregó la niña, les encargó mucho que cumplieran con el deber de criarla, y les proveyó de lo necesario para que pudieran hacerlo.

Llegado el tiempo dispuesto por el Señor para sacar de la cárcel de este mundo a su amada y trasladar al reino de los ángeles a la que había despreciado reinar sobre los mortales, apareciósele Cristo y le dijo: «¡Ven, amiga mía! ¡Ven a la mansión eterna que para ti tengo preparada!».

Estando la santa acostada en su lecho, consumida por la fiebre y con su cara vuelta hacia la pared, quienes cuidaban de ella advirtieron que de pronto la enferma comenzó a cantar una dulcísima melodía. Una de sus antiguas criadas, sumamente sorprendida, le preguntó:

—¿A qué se debe, señora, que en este momento os pongáis a cantar?

La santa le respondió:

—A que anda una avecilla revoloteando entre mi cama y la pared; canta ella mientras vuela y me invita a que también cante yo.

Durante su enfermedad se mostró muy alegre y contenta; ni un momento cesó de orar. La víspera de su muerte formuló a sus compañeras esta pregunta:

—¿Qué haríais si vieseis delante de vosotras al diablo?

Sin esperar la respuesta, seguidamente, como si estuviese viendo al demonio y le ordenara que se marchara, dijo por tres veces en voz alta:

—¡Huye!

Momentos después añadió:

—La media noche está a punto de llegar. Esa fue la hora elegida por Cristo para nacer, y, en cuanto nació, fue reclinado en un pesebre.

Poco antes de expirar exclamó:

—¡Llegado es ya el instante en que el omnipotente Dios va a llevarse consigo a los amigos invitados a las bodas celestiales!

Eso dijo, y en cuanto lo dijo, pacíficamente se durmió en el Señor.

Su tránsito de esta vida a la otra ocurrió el año 1226.

A pesar de que su venerable cuerpo no fue sepultado hasta cuatro días después de su fallecimiento, de sus restos no emanó hedor alguno; al contrario, de ellos fluyó constantemente un olor muy agradable; tan agradable, que cuantos se hallaban presentes lo aspiraban con delectación.

Tan pronto como falleció, aparecieron sobre la torre de la iglesia unas bandadas de pájaros que nadie hasta entonces había visto. Los pájaros aquellos comenzaron a cantar y a llenar el aire con trinos tan variados y con gorjeos tan deleitosos que las gentes quedábanse paradas escuchando suspensas de admiración el inusitado concierto. Parecía como si las aves del cielo estuvieran celebrando, a su manera, las exequias de la santa.

Junto al cadáver de Isabel se reunieron infinidad de pobres, y personas de toda clase y condición, llorando clamorosamente y dando rienda suelta a su devoción. Quienes le arrancaban cabellos de su cabeza, quienes recortaban trozos de su hábito para conservar tales objetos como reliquias.

Una vez que el santo cuerpo fue colocado en el sepulcro de éste, al instante, comenzó a fluir gran cantidad de óleo.

Varias cosas se pusieron de manifiesto con ocasión de la muerte de Isabel, entre otras, estas cinco:

Primera. Cuán santa había sido durante su vida: Dos clases de testimonios, principalmente, contribuyeron a proclamar sus extraordinarias virtudes: los cánticos de las aves y la huida de los diablos. Creemos fundadamente que la avecica que revoloteaba gorjeando entre su cama y la pared, invitándola a ella a cantar, era un ángel de la guarda, que de ese modo le anunciaba su próxima entrada en los gozos eternos; porque, así como a veces Dios

hace conocer a los réprobos para su mayor confusión que van a morir y a condenarse, así también se dan casos en que el Señor revela a sus elegidos, para su mayor consuelo, que está cercano el momento de su entrada en la eterna bienaventuranza. Del gozo inmenso que inundaba su alma al conocer la inminencia de su tránsito procedían los cánticos que instantes antes de morir entonó; la alegría que este conocimiento le produjo fue tan incontenible que, al no caberle en el pecho, se desbordó y se puso de manifiesto a través de aquellas dulcísimas melodías moduladas por su voz. Por lo que a la huida de los diablos atañe, conviene advertir que los demonios tienen la osadía de acercarse a los santos cuando sospechan que éstos van a morir por si pudieran en semejantes trances inquietarlos y adquirir sobre sus almas algunos derechos. En el caso de santa Isabel viéronse precisados a huir vergonzosamente en cuanto se acercaron, porque allí no tenían nada que hacer.

Segunda. Cuán pura y espiritualmente limpia había sido esta insigne mujer: Sus restos exhalaron aromático olor, porque su cuerpo castísimo y limpísimo de vivo, incluso de muerto tenía necesariamente que oler a perfume.

Tercera. Cuán excelente y dignamente se condujo durante su vida: Probada quedó esta verdad con el canto jubiloso de las aves a raíz de su fallecimiento, porque a nuestro juicio aquellas bandadas de pájaros que surgieron repentinamente sobre la torre de la iglesia y comenzaron alegremente a gorjear, representaban a los ángeles enviados por Dios para conducir al cielo el alma de la santa y para honrar sus restos mortales con semejante manifestación de júbilo. Cuando mueren los réprobos acuden a su lado los demonios en tropel para atormentarlos en sus últimos momentos de vida, y para apoderarse de sus almas y llevarlas al infierno; en cambio, cuando mueren los elegidos, junto a ellos comparecen legiones de ángeles con la finalidad de confortarlos, hacerse cargo de sus espíritus y conducirlos al reino de los cielos.

Cuarta. Cuán piadosamente y misericordiosamente vivió: Del alto grado en que practicó las virtudes de la piedad y misericordia para con los pobres dio testimonio el óleo que fluyó de su sepulcro. Es muy comprensible que manara aceite balsámico del cuerpo muerto de esta santa, puesto que mientras tal cuerpo estuvo vivo dedicóse enteramente a mitigar, con el ungüento de la caridad y de la práctica constante de las obras de misericordia, las necesidades de los menesterosos. No cabe, pues, duda alguna de que el hecho de que de sus restos sepultados bajo la tierra y envueltos por el polvo de la tumba manara óleo, contituyó un claro argumento de que sus entrañas, mientras estuvieran vivas, fueron fuente torrencial e inagotable de piedad y de misericordia.

Quinta. Cuán grandes fueron su poder y sus méritos ante Dios: De esto dio testimonio el mismo Señor con los numerosos milagros que a raíz de la muerte de su sierva y por intercesión de ella obró, porque, en cuanto el alma de Isabel se desprendió de su cuerpo, Dios acreditó con infinidad de prodigios la santidad y gloria de esta extraordinaria mujer. Vamos seguidamente a referir algunos de ellos, sólo unos pocos, y por vía de ejemplo, ya que la brevedad de nuestro relato nos obliga a omitir la relación de muchísimos más.

1. En un monasterio de la diócesis de Hildesheim, en la región de Sajonia, había un monje llamado Enrique, atacado de una enfermedad tan grave que inspiraba compasión a los demás, y tan dolorosa, que le hacía prorrumpir constantemente en ayes de tal manera clamorosos que no dejaba descansar a los otros religiosos de la comunidad. Cierta noche, aparecióse al enfermo una señora de aspecto venerable, totalmente vestida de blanco, y le dijo que, si quería recobrar su salud, hiciese voto de consagrarse a santa Isabel. A la noche siguiente repitióse la aparición, y la aparecida manifestó de nuevo a fray Enrique lo que le manifestara la noche precedente. Fray Enrique, como el abad y el prior se hallaban ausentes del monasterio, comunicó al superior suplente lo que le había sucedido, y éste le aconsejó que hiciese el voto sugerido por la aparecida. Aquella misma noche la misma señora presentóse ante él por tercera vez, trazó sobre su frente la señal de la cruz, y el enfermo quedó repentinamente curado. Cuando el abad y el prior regresaron al monasterio, al encontrar completamente sano al que dejaran tan enfermo, y enterarse de cuanto había ocurrido, se admiraron, pero pusieron en duda la licitud del voto hecho por fray Enrique, fundándose en que ningún monje, sin permiso de su abad, puede legítimamente hacer ninguna clase de promesas que comporten la adquisición de obligaciones especiales. Comentó el prior que en asuntos de este género había que proceder con extremadas cautelas, puesto que a veces ocurría que algunos monjes, engañados por el demonio, que se les apa-

recía haciéndose pasar por mensajero del bien, se dejaban arrastrar hacia cosas inconvenientes; y opinó que procedía aconsejar a fray Enrique que tuviese por no emitido el voto que había hecho, y que fortificase su espíritu, víctima probablemente de alguna veleidad, con una buena confesión. Durante la noche que siguió al día en que el abad tomó la decisión de dar por buena la proposición del prior, la persona que en las otras referidas noches se había aparecido a fray Enrique apareciósele de nuevo, y le dijo:

—Volverás a caer enfermo, y, si no cumples lo que prometiste, jamás curarás.

En efecto, fray Enrique recayó en su anterior enfermedad y comenzó a sentir los mismos terribles dolores de antes. El abad, al ver la recaída y conocer el contenido de la última aparición, dio permiso a fray Enrique para que cumpliera el voto que tenía emitido, y ordenó entregar a un imaginero la cantidad de cera necesaria para que con ella hiciera una efigie de la santa. Fray Enrique sanó de nuevo repentinamente, puso sumo empeño en cumplir fielmente su voto, y en adelante jamás volvió a ser atacado por aquella enfermedad.

2. En la diócesis de Maguncia, una jovencita llamada Benigna pidió en cierta ocasión a su criada que le trajera un jarro de agua para beber. La sirvienta ejecutó de muy mala gana la orden que su ama le había dado, y al entregarle el jarro de agua le dijo con indignación:

—Aquí tienes el agua que pediste; bébetela y trágate con ella al diablo.

Tomó Benigna el jarro en sus manos, comenzó a beber y, mientras bebía, experimentó en sus fauces una sensación extraña. Parecíale que por su garganta no era agua lo que se deslizaba, sino algo así como un tizón encendido, y se sintió tan mal que empezó a dar voces diciendo:

—¡Mi cuello se está abrasando!

Acto seguido su vientre se hinchó y adoptó la forma de un odre lleno de algo, y en seguida la joven prorrumpió en nuevos gritos y alaridos de dolor repitiendo:

—Siento como si un duende anduviera correteando por el interior de mis tripas.

Daba tales voces, decía cosas tan incoherentes y parecía sufrir tan intensamente, que cuantos la oían y veían llegaron al convencimiento de que el diablo se había apoderado de ella.

Dos años permaneció Benigna en tan lastimosa situación. Pasado este tiempo, sus familiares la llevaron al sepulcro de santa Isabel, la colocaron sobre la lápida que cubría la tumba, y en nombre de la enferma oraron y formularon votos a la santa. Mientras sus parientes oraban por ella, Benigna se quedó como desfallecida, mas al verla desmayada, sin levantarla de la losa sepulcral sobre la que estaba tendida, diéronle a comer una rebanadita de pan y a beber un poquito de agua bendita, y al instante, con admiración y estupefacción de los presentes, la doncella no sólo volvió en sí, libre del desmayo, sino que por sí misma se levantó completamente curada.

3. En la diócesis de Utrecht vivía un hombre llamado Gederico que había perdido totalmente el movimiento de una de sus manos a causa de una parálisis. Este individuo fue a visitar por dos veces el sepulcro de Isabel pidiendo en ambas ocasiones a la santa que le curara. Como ni en la una ni en la otra visita su oración fuese atendida, decidió hacer un nuevo intento, llevando consigo en esta tercera ocasión a su esposa. Animado por una especial devoción emprendió el camino. En determinado momento de su peregrinación se encontró con un anciano de venerable aspecto, lo saludó cortésmente y le preguntó:

—¿De dónde vienes?

El anciano respondió:

—De Marburgo, donde está enterrada santa Isabel. En su sepulcro Dios obra muchos milagros.

Gederico entonces dijo al anciano:

—Pues a Marburgo voy yo también a ver si consigo que la santa me cure.

El anciano trazó sobre Gederico la señal de la cruz al tiempo que le decía:

—Sigue tu viaje con confianza; yo te aseguro que si metes tu mano paralítica en un agujero que hay hacia la cabecera del sepulcro, debajo de la losa que lo crubre, quedarás curado. Procura introducir tus dedos lo más adentro posible, porque cuanto más adentro los introduzcas más pronto sanarás. Cuando estés haciendo esto, acuérdate también de san Nicolás, que es socio y compañero de santa Isabel en la realización de muchos prodigios. No hagas lo que algunos hacen, que llegan a los sepulcros de los santos, depositan en ellos las ofrendas que llevan consigo, y en seguida se marchan. Ese comportamiento es propio de necios. A los santos les gusta que quienes recurren a ellos soliciten su intercesión con constancia y perseverancia.

Dicho esto, el anciano desapareció, y ni Gederico ni su mujer volvieron a verle más.

Ambos esposos continuaron caminando y comentando con admiración las circunstancias de tan extraño encuentro. A medida que avanzaban hacia Marburgo crecía más y más su confianza en que alcazarían la gracia que pretendían.

Llegados a su destino, Gederico, conforme al consejo que el anciano le diera, introdujo su mano en el agujero, y cuando la sacó comprobó que la tenía completamente curada.

4. Un tal Herman, de la diócesis de Colonia, que se hallaba preso por orden del juez, un día se encomendó a Dios con toda su alma y con gran devoción le pidió que por los méritos de santa Isabel y los del maestro Conrado se dignase venir en su auxilio y le liberase de la situación en que se encontraba. Aquel mismo día, llegada la noche, la santa y el maestro Conrado se aparecieron juntos y simultáneamente al prisionero, rodeados de luz, lo confortaron y lo animaron mucho. Unas fechas más tarde se ejecutó la sentencia dictada por el juez, y en virtud de la misma Herman fue ahorcado en un patíbulo alzado en un determinado lugar del campo, distante de la cárcel algo así como una milla teutónica. Con permiso del juez, los familiares del reo se hicieron cargo del cadáver del ahorcado y se dispusieron a enterrarlo, en una sepultura que previamente habían cavado. Colocado ya el cuerpo en la fosa, antes de proceder a arrojar sobre él las primeras paladas de tierra, el padre y uno de los tíos del ejecutado comenzaron a invocar a santa Isabel y a pedirle que intercediera benignamente por el difunto; y, cuando estaban haciendo esta oración, el ahorcado Herman, con gran admiración de los presentes, resucitó.

5. Witardo, joven estudiante de la diócesis de Maguncia, estando pescando, se descuidó y cayó al agua. En el fondo del río permaneció mucho tiempo, tanto que, quienes lo rescataron, al sacarlo a la superficie, lo dieron por muerto, puesto que, además de no tener conocimiento, su cuerpo estaba rígido y no presentaba señal alguna de vida. No obstante, algunos de los presentes comenzaron a pedir por él a santa Isabel, y, por los méritos de la santa, el que a juicio de todos estaba ahogado y difunto, con gran admiración de cuantos presenciaron el hecho, repentinamente se alzó del suelo, vivo y completamente sano.

6. En la diócesis de Maguncia murió un niño de tres años y medio de edad. Llamábase Hugolino. Su madre tomó en sus brazos el cuerpo de su hijo y se puso en camino para pedir a santa Isabel la resurrección del pequeño. Abrazada al cuerpo rígido y sin vida del niño, e invocando sin cesar y con toda devoción a la santa, caminaba la desconsolada madre, y cuando había recorrido algo así como cuatro millas teutónicas, Hugolino resucitó completamente sano.

7. Un niño de cuatro años se cayó a un pozo. Horas después alguién acudió casualmente a aquel pozo a sacar agua, y se quedó sorprendido al ver que sobre la superficie flotaba el cuerpo de un chiquillo. Trató en seguida de extraerlo y al fin lo consiguió con suma dificultad, mas al sacar del pozo al niño advirtió que estaba muerto. Las señales de que estaba muerto eran muchas y claras: además de la larga permanencia del pequeño en el pozo, su cuerpo estaba rígido, su boca contorsionada, sus ojos abiertos, su vientre hinchado. A mayor abundamiento, sus miembros estaban totalmente privados de movimiento y carecían absolutamente de sensibilidad. No obstante, hiciéronse devotas súplicas a santa Isabel, y votos pidiéndole que resucitara al muerto, y poco después el muerto resucitó.

También una niña sacada ya muerta del fondo de un río, en el que había caído y en el que se había ahogado, recuperó luego repentinamente la vida por los méritos de santa Isabel.

8. En la diócesis de Maguncia, estando un día bañándose en el río un hombre llamado Federico, excelente nadador, al ver cerca de él a un mendigo al que santa Isabel había devuelto la vista y curádole la ceguera que padecía, comenzó a mofarse de él, a escarnacerle y a molestarle chapuzándole y arrojándole a la cara chorros de agua. El antiguo ciego, cansado de soportar las befas del nadador, en un arranque de indignación le dijo:

—Que la santa señora que me devolvió la vista me vengue de tus injurias permitiendo que te ahogues y que tengan que sacarte muerto de este río.

Federico acogió la imprecación del mendigo con una gran carcajada, y para demostrarle cuán sin cuidado le tenían él y la santa, se arrojó provocativamente al agua sumergiéndose por completo; pero en aquel preciso instante perdió el conocimiento y, como si fuese una piedra, descendió hasta el fondo del río. Algunos de los que se hallaban presentes, al observar que pasaba bastante tiempo y que el nadador no salía a la superficie, alarmados iniciaron su búsqueda. Al fin, tras de mucho bucear y explorar la corriente, lograron

hallarlo pero, cuando lo sacaron de debajo del agua, advirtieron que estaba muerto. Los amigos y parientes lloraron desconsoladamente junto al cadáver. Algunos de sus familiares, que no se resignaban a perder a su Federico, comenzaron a invocar devotísimamente a santa Isabel y a pedirle con votos y promesas que resucitara al difunto. Momentos después el alma de Federico tornó nuevamente a su cuerpo, y el que estaba ahogado se alzó por sí mismo del suelo vivo y sano.

9. También en la diócesis de Maguncia ocurrió este otro caso: un tal Juan iba casualmente de camino con un ladrón cuando la justicia, que andaba tras el bandolero, se les echó encima y apresó juntamente a los dos: al bandido y a Juan. Trató éste de hacer ver a la autoridad que él era inocente y que nada tenía de común con el ladrón; pero el juez, haciendo caso omiso de sus alegaciones, lo condenó a morir ahorcado juntamente con su compañero. Al conocer Juan la sentencia que sobre él había recaído, suplicó a cuantos iban a visitarle a la cárcel que le encomendaran a santa Isabel y le pidieran que interpusiera sus méritos para ayudarle a salir de aquel apurado trance. Colgado ya del árbol en que iban a ejecutarle, cuando le estaban poniendo la soga al cuello, oyó sobre su cabeza una voz extraña que decía: «No te preocupes; ten confianza en santa Isabel; ella te librará de la muerte». Nada más oír esto, rompióse la soga de la que tanto él como el ladrón pendían, pero mientras el bandido continuó suspendido del árbol, él cayó peligrosamente al suelo desde la enorme altura en que lo habían colgado; al caer, el camisón nuevo que le habían puesto para ejecutarle quedó completamente destrozado; él, en cambio, no sufrió en su cuerpo ni el más leve daño ni un solo rasguño. Lleno, pues, de alegría, se levantó y exclamó:

—¡Oh santa Isabel! ¡Tú me has librado y procurado que mi cuerpo cayera sobre un mullido lecho!

Algunos de los presentes pidieron a gritos que fuese colgado de nuevo, pero el juez se negó a ello diciendo:

—No consentiré que nadie trate de ahorcar a quien Dios tan manifiestamente ha indultado.

10. En un monasterio de la diócesis de Maguncia había un hermano converso llamado Volmar, tan piadoso y austero que, durante veinte años, para mortificar su cuerpo, llevó a raíz de sus carnes una áspera coraza, y usó como lecho un montón de guijarros o un rimero de leña. Cierto día que estaba trabajando en el molino de la abadía, la piedra molar le pilló una de sus manos y se la dejó destrozada, sin el menor vestigio de encarnadura así en el dorso como en la palma, y con los huesos y nervios tan triturados como si se los hubiesen machacado y pulverizado en un mortero. A causa de este accidente quedóle en el descarnado miembro un dolor tan intenso que, no pudiendo soportarlo, rogaba insistentemente que se lo amputaran. El susodicho hermano profesaba gran devoción a santa Isabel; a ella, pues, acudió rogándole perseverantemente que tuviera a bien auxiliarle. Una noche la santa se le apareció y le preguntó:

—¿Quieres sanar?

—¡Claro que quiero! respondió el religioso.

Entonces santa Isabel asió con sus manos los despojos que quedaban de la de Volmar, recompuso los nervios, reconstruyó los huesos, cubriólos por una y otra parte de carne, y le dejó la mano tan íntegra y perfecta como la tenía antes de que la muela del molino se la destrozara. A la mañana siguiente, el hermano se la mostró a los demás religiosos del monasterio, quienes, al vérsela entera y sana, no salían de su asombro.

11. En la diócesis de Maguncia, un niño de cinco años llamado Discreto, que había nacido ciego, se vio libre de su ceguera por intercesión de santa Isabel. El mencionado niño había nacido sin pestañas y con los ojos tapados por la piel de los párpados, que en vez de estar abierta por el medio de modo que los superiores estuvieran separados de los inferiores, formaba un tejido continuo. Cuando Discreto tenía cinco años su madre lo llevó al sepulcro de la santa, tomó un poco de la tierra de la tumba, frotó con ella la parte correspondiente a los ojos, y mientras pedía a Dios que por los méritos de aquella bienaventurada mujer hiciera el milagro de dotar de vista a su hijo, la piel de los párpados se rasgó por sí misma y dejaron al descubierto unos ojos chiquitines , sanguinolentos, que se movían y parecían girar y dar vueltas. A partir de entonces, por intercesión de santa Isabel, el niño comenzó a gozar del beneficio de la vista.

12. En la misma diócesis, una niña, llamada Beatriz, tras soportar durante bastante tiempo muchas y penosas enfermedades, se quedó cheposa, con dos grandes protuberancias, una en el pecho y otra en la espalda, y tan encorvada que no podía enderezarse; y cuando quería caminar tenía que

hacerlo llevando sus manos apoyadas en sus rodillas. Su madre metió a la niña en una espuerta, y con ella a cuestas se fue al sepulcro de santa Isabel, y allí permaneció durante diez días pidiendo a la santa que le curase a su hija. Al cabo de esos diez días, como parecía que sus oraciones no eran escuchadas, perdida la paciencia. la madre, en un arranque de ira, comenzó a increpar a la santa y a decirle estas cosas y otras semejantes:

—Tú, que atiendes a todos cuantos te invocan y los socorres, ¿por qué te niegas a concederme a mí, que soy tan desdichada, este favor que te vengo pidiendo? Oye lo que te digo: ahora mismo me marcharé de aquí, y regresaré a mi casa y haré cuanto pueda para disuadir a la gente de que confíe en ti. Te aseguro que por todos los medios a mi alcance procuraré que nadie venga a visitarte.

Profundamente indignada, seguidamente salió de la iglesia y emprendió el viaje de regreso a su pueblo. Habría caminado ya como una milla y media de distancia, cuando su hija, atormentada por los dolores que sentía, comenzó a llorar; luego la pequeña se quedó dormida, y, mientras dormía, vio como una señora hermosísima, cuya cara despedía ráfagas de luz, se acercaba a ella, frotábale con sus manos la espalda y el pecho y le decía: «Levántate y anda»... La niña al despertar quedóse sorprendida al advertir que habían desaparecido sus deformidades y protuberancias, y que estaba completamente curada. Entonces, llena de alegría, refirió a su madre lo que le había ocurrido y lo que había soñado mientras entuvo dormida. La madre, profundamente emocionada y rebosando de gozo, regresó con su hija al sepulcro de la santa para agradecerle a ella y a Dios el milagro que acababa de obrar, y, como exvoto, dejó a la vera de la tumba la espuerta que había utilizado para conducir hasta allí a la enferma.

13. En la misma diócesis, una mujer llamada Gertrudis, paralítica de ambas piernas y totalmente encorvada, una noche, mientras dormía, creyó oír una voz que le decía: «Recurre a san Nicolás y pídele que interceda por ti». Al día siguiente hízose llevar a la iglesia de este santo, se encomendó a él y recobró el movimiento de una de sus piernas. Posteriormente rogó que la condujeran al sepulcro de santa Isabel, y, en cuanto se vio allí, se sentó sobre la tumba de la santa, y al instante comenzó a sentir unos dolores vivísimos y tan fuertes que perdió el conocimiento; mas al poco rato lo recuperó y por sí misma se puso en pie, dándose cuenta de que estaba totalmente curada y sin el menor rastro de su anterior enfermedad.

14. Cintrudes, otra mujer de la misma diócesis, ciega desde hacía un año e incapaz de caminar sin que alguien la guiara, hízose conducir al sepulcro de santa Isabel, se encomendó a la santa con suma devoción, y recobró la vista que había perdido.

15. Un hombre llamado Enrique, también de la diócesis de Maguncia, y totalmente ciego, fue en peregrinación al sepulcro de la santa y quedó repentinamente curado de su ceguera. Más adelante, este mismo hombre tuvo unas hemorragias tan graves que toda su familia se convenció de que iba a morir de un momento a otro; él, en cambio, tomó un poco de tierra que había traído como reliquia del sepulcro de santa Isabel, la mezcló con agua, bebió la mixtura aquella, y de repente quedó enteramente sano.

16. En la diócesis de Tréveris, una joven llamada Matilde se quedó completamente sorda, ciega y paralítica de ambas piernas. Su padre y su madre llevaron a la enferma hasta el sepulcro de santa Isabel, la ofrendaron a la santa, y la santa se la devolvió perfectamente curada. Ante semejante milagro, tanto la joven como sus padres no se cansaban de bendecir al Señor y a su bienaventurada sierva por el extraordinario beneficio de que habían sido objeto.

17. De la misma diócesis de Tréveris era otra mujer, llamada Helibinga, que, después de llevar ya un año totalmente ciega, se hizo conducir al sepulcro de santa Isabel para pedir a la santa que le devolviera la vista. Esta mujer, estando junto a la tumba de la sierva de Dios, recuperó la visión en uno de sus ojos, pero no en el otro, el cual, en cuanto estuvo de regreso en su casa, comenzó a dolerle muy intensamente. Entonces Helibinga se encomendó de nuevo a santa Isabel, y, estando encomendándose a ella, la santa se le apareció y le dijo: «Ve a la iglesia, toma los corporales que hay sobre el altar y abanícate con ellos el ojo ciego y enfermo, y al instante sanarás». Helibinga hizo lo que la santa le había indicado, y su ojo ciego y enfermo quedó completamente sano.

18. En la diócesis de Maguncia, un hombre llamado Teodorico hallábase tan enfermo de las piernas y de las rodillas que no podía caminar; para trasladarse de un lugar a otro era menester que alguien le llevara en brazos. Este hombre hizo voto de visitar el sepulcro de santa Isabel y de depositar sobre él determinadas ofrendas. Cuando procedió

a cumplir su promesa, a pesar de que desde el lugar en que vivía hasta el otro en el que la santa estaba sepultada no había más de diez millas, tardó en hacer el recorrido ocho días. Cuatro semanas permaneció junto al sepulcro de santa Isabel; mas, como no experimentara mejoría alguna, decidió regresar a su casa. Durante el viaje de regreso se detuvo a descansar en un determinado paraje en el que se encontraba también descansando otro enfermo. Poco después se quedó dormido y soñó que alguien se acercaba a él y derramaba sobre su cuerpo gran cantidad de agua. Al despertar se encaró airadamente con el otro enfermo y le dijo:

—¿Por qué me has mojado mientras dormía?

El increpado le respondió:

—Yo no te he mojado; pero si dices que alguien lo ha hecho, alégrate, porque estoy seguro de que esa mojadura te devolverá la salud.

Teodorico entonces se incorporó, y, al comprobar que estaba completamente curado, echóse sus muletas al hombro y por sus propios pies volvió al sepulcro de la santa, dióle gracias por el favor recibido, y rebosante de gozo regresó a su casa.

Capítulo CLXIX

SANTA CECILIA

Cecilia etimológicamente deriva o de *coeli lilia* (lirios del cielo), o de *caecis via* (guía de ciegos), o de *coelo lya* (atada al cielo), o de *caecitate carens* (carente de ceguera), o de los vocablos *coelum* (cielo) y *leos* (pueblo); en este último supuesto significaría *cielo del pueblo.* La santa que llevó este nombre fue todas esas cosas: *celestial azucena,* por el pudor con que conservó su virginidad, por la blancura de su pureza, por la inmarcesibilidad de su conciencia y por el perfume de su buena fama; *guía de ciegos,* por la luminosa ejemplaridad de su vida y por su constante dedicación a la contemplación de las verdades celestiales; *atada al cielo,* porque de ella puede decirse que atada al cielo vivió, ya que durante toda su existencia desarrolló una intensa actividad en el terreno de las obras sobrenaturales, y porque, considerada en sí misma, fue una especie de cielo; dice Isidoro que los filósofos sostinen que el cielo es un cuerpo esférico, ardiente y en perpetuo movimiento; pues bien; de esta santa cabe afirmar que fue esférica, es decir, armoniosa y perfecta por la perseverancia en la virtud, y ardiente por el fuego interior de su caridad, y en perpetuo movimiento, puesto que, impulsada por sus solícitos deseos de hacer el bien, se movió continuamente; *careció de ceguera,* en cuanto que vivió inundada por la claridad de las luces de la sabiduría; fue, finalmente, *cielo del pueblo,* en el sentido de que las gentes, en su deseo de imitarla, la contemplaba y, al mirarla, parecíales que veían un cielo espiritual en el que destacaban el sol de su luminosísima ciencia, la luna de su fe esplendorosa y las incontables estrellas de sus innumerables virtudes.

Cecilia, virgen preclarísima, nacida en el seno de una noble familia romana y educada ya desde la cuna en la fe de Cristo, llevaba siempre consigo escondido en el pecho el libro de los evangelios, oraba continuamente, tanto de día como de noche, y en sus coloquios divinos pedía perseverantemente al Señor que le conservara la virginidad.

Prometida en matrimonio a un joven llamado Valeriano, y fijado ya el día de la boda, comenzaron los preparativos de las fiestas nupciales. Bajo sus ricos vestidos bordados de oro llevaba la doncella a raíz de su carne un áspero cilicio. Mientras los músicos ensayaban las canciones que durante la celebración de la boda pensaban cantar y tañer con sus instrumentos, también Cecilia dentro de su corazón cantaba silenciosas endechas en las que decía al Señor: «¡Haz, Dios mío, que mi cuerpo y mis afectos se conserven inmaculados! ¡No permitas que jamás cambie de sentimientos!». Entretanto ayunaba dos y tres días seguidos y oraba sin cesar pidiendo insistentemente en sus plegarias que no llegara a ocurrir lo que tanto le desagradaba.

Llegó el día previamente convenido; celebróse la ceremonia nupcial, y aquella misma noche, en cuanto entró con el que ya era su esposo en la cámara conyugal, Cecilia habló a su marido de esta manera:

—Dulcísimo y amabilísimo joven: estoy dispuesta a comunicarte un secreto que guardo en mi corazón; pero no lo haré si antes no me prometes

bajo juramento, que jamás dirás a nadie lo que voy a revelarte.

—Juro —dijo Valeriano— que nunca descubriré a persona alguna lo que vas a manifestarme, sea lo que sea y pase lo que pase.

Entonces Cecilia le dijo:

—Un ángel de Dios está enamorado de mí, y es tan celoso que me vigila constantemente porque no está dispuesto a tolerar que alguien atente contra mi cuerpo. En cuanto vea en ti el más insignificante ademán que denote pasión o deseo de acercarte a mí con ánimo libidinoso, te herirá, sin aguardar a que lleves adelante tu intento, y te hará perder repentinamente y para siempre la flor de tu hermosísima juventud; en cambio, si tu amor hacia mí se torna casto y desde ahora mismo me respetas, él te honrará con su amistad y te querrá y defenderá en la misma medida en que me quiere y me defiende a mí, y hasta te permitirá que lo veas rodeado de la gloria en que vive.

Al oír esto, Valeriano, por disposición divina, experimentó en su interior un total cambio de sentimientos y en seguida dijo a Cecilia:

—Si quieres que te crea muéstrame a ese ángel; si al verlo compruebo que se trata de un ángel de verdad tendré en cuenta cuanto me has dicho; pero si no se trata de un ángel verdadero, sino de otro joven, si descubro que amas a otro hombre, a él y a ti os atravesaré con mi espada.

Respondióle Cecilia:

—Para que puedas ver al ángel de que te he hablado es menester que antes creas en Dios y prometas que te harás bautizar. Escucha atentamente lo que voy a decirte: sal ahora mismo de la ciudad por la puerta de la vía Apia; al llegar a la tercera piedra miliar te encontrarás con un grupo de pobres; preséntate a ellos y diles: vengo de parte de Cecilia; ella me ha asegurado que vosotros me conduciréis hasta un santo anciano que se llama Urbano, al que necesito ver con urgencia para transmitirle un recado que me han dado para él. Luego, cuando estés con ese Urbano, le refieres cuanto yo te he dicho esta noche; él te bautizará, y una vez purificado, a tu regreso, verás al ángel.

Sin pérdida de tiempo salió Valeriano de casa y, siguiendo las instrucciones de Cecilia, llegó al obispo san Urbano, que se hallaba escondido en el cementerio en que estaban enterrados los mártires; le refirió cuanto su esposa le había comunicado, y san Urbano, tras oír el relato del mensajero, levantó los ojos al cielo y, con voz entrecortada por la emoción que sentía y por las lágrimas, exclamó:

—¡Oh Señor Jesucristo, sembrador de castidad! ¡He aquí los frutos de las semillas que depositaste en el seno de Cecilia! ¡Acógelos benignamente! ¡Oh Señor Jesucristo, nuestro buen hermano y pastor! Tu sierva Cecilia, cual solícita abeja trabaja para ti! ¡Mira cómo te envía convertido en mansísimo cordero a este hombre que era, cuando ella lo aceptó por esposo, más fiero que un león!

De pronto surgió ante ellos un anciano vestido de blanco, llevando en sus manos un libro abierto cuyas páginas estaban escritas con letras de oro. Valeriano al ver al anciano se asustó tanto, que perdió el sentido, cayó al suelo y quedó tendido en él cual si hubiese fallecido repentinamente; pero el anciano lo levantó, le devolvió el conocimiento y le dijo, mostrándole unos renglones del libro:

—Lee lo que dice aquí.

Lo que Valeriano leyó fue esto: «Un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios que es Padre de todos, está por encima de todos, está en todas las cosas y está dentro de todos nosotros».

Seguidamente el anciano le preguntó:

—¿Crees que lo que acabas de leer es verdad, o abrigas alguna duda respecto de ello?

Valeriano respondió:

—No hay bajo el cielo nada tan verdadero ni digno de ser creído como lo que dice este texto.

En aquel preciso momento el anciano desapareció.

Acto seguido, san Urbano bautizó a Valeriano y éste, una vez recibido el bautismo, regresó a la ciudad y a su casa; y, al entrar en la cámara nupcial, halló a Cecilia en conversación con un ángel que tenía en sus manos dos coronas tejidas con rosas y azucenas. El ángel, al ver entrar a Valeriano, ofrecióle una de las coronas mientras ofrecía la otra a Cecilia y decía a ambos esposos:

—Conservad estas coronas con vuestros corazones inmaculados y con vuestros cuerpos puros; del paraíso de Dios las he traído para vosotros; las flores de que están hechas jamás se marchitarán ni perderán su fragancia; pero nadie podrá verlas a no ser aquellos que como vosotros amen la castidad. Ahora, tú, Valeriano, pide lo que quieras; lo conseguirás por haber seguido el valioso consejo que tu esposa te dio.

A esta invitación contestó Valeriano:

—Lo más dulce para mí en esta vida es el amor

que siento hacia mi único hermano. Pido, pues, que se me conceda la gracia de que también él conozca la verdad.

—El Señor —manifestó el ángel— acepta tu petición. Los dos compareceréis ante El llevando en vuestras manos la palma del martirio.

Poco después de esto presentóse en la estancia Tiburcio, el hermano de Valeriano, y al notar en el ambiente un agradable olor a rosas, dijo:

—¡Qué cosa tan extraña! ¿Cómo es posible que en este tiempo huela aquí a rosas y azucenas? Porque a azucenas y a rosas huele esta habitación; yo estoy sintiendo el olor de esas dos clases de flores con más intensidad que si tuviese en mis manos sendos ramilletes de ellas. El exquisito aroma que estoy aspirando, no sólo deleita mi olfato, sino que me llena, me hincha, y hasta experimento una sensación muy peculiar: paréceme como si todo mi ser interiormente estuviera cambiando.

Valeriano le aclaró:

—Llevamos en nuestras cabezas unas coronas de flores; aunque son muy vistosas y despiden destellos tan puros como los de la nieve, de momento tú no puedes verlas; pero te aseguro que, si aceptas la fe del Señor, así como he conseguido para ti la merced de que puedas percibir el aroma que exhalan las flores de que están hechas nuestras coronas, así también te conseguiré la gracia de que las veas.

Tiburcio exclamó:

—Pero ¡bueno!, ¿qué es lo que sucede aquí? ¿Estoy dormido y soñando, o estoy despierto? Si estoy realmente despierto, como me parece, díme, Valeriano: ¿Es verdad lo que estás diciendo?

—Hasta ahora —respondióle Valeriano—, tanto tú como yo hemos estado dormidos; pero ya hemos despertado, y desde ahora en adelante los dos viviremos perpetuamente en el mundo de la realidad.

Preguntóle Tiburcio:

—¿En qué te fundas para decir eso?

Contestóle Valeriano:

—En el testimonio de un ángel de Dios. Te aseguro que lo he visto y que ha hablado conmigo y me ha enseñado muchas cosas. También tú podrás verlo y conversar con él si renuncias al culto de los ídolos y te purificas con las aguas del bautismo.

Ambrosio, en el prefacio que compuso en honor de santa Cecilia, glosa el milagro de las coronas de flores de la siguiente manera: «Tantos fueron los dones que el cielo hizo a santa Cecilia, que incluso le otorgó el galardón de la palma del martirio. Esta santa abominó del mundo y hasta de los deleites de la vida conyugal. Apoyándose en el testimonio de Valeriano, su marido, y en la declaración de Tiburcio, afirmamos que tú, Señor, por medio de las manos de un ángel, coronaste a ambos esposos con sendas guirnaldas de flores aromáticas. Sabemos también que esta virgen condujo a la gloria a esos dos hombres, dando con ello al orbe entero ocasión de que conociera el alto valor que encierra la virtud de la castidad». Hasta aquí el texto de san Ambrosio. Reanudemos el relato anterior.

A continuación habló Cecilia y dijo que los ídolos eran meramente unas imágenes insensibles y mudas, y probó su aserto con argumentos tan irrefutables que Tiburcio, convencido, exclamó:

—Quien no admita lo que acabas de decir, es un animal.

Al oír esto, Cecilia le besó en el pecho y le dijo:

—Desde este momento te considero mi pariente. Si el amor a Dios convirtió a mi esposo, tu hermano, en hermano mío, el desprecio que ya sientes hacia los ídolos te convierte también a ti en mi familiar. Anda, ve con Valeriano; él te conducirá a un sitio en el que te purificarás y quedarás en condiciones de poder contemplar los rostros de los ángeles.

Tiburcio preguntó a Valeriano:

—Hermano, ¿a dónde vas a llevarme? Dímelo, te lo ruego.

Contestóle Valeriano:

—A ver al obispo Urbano.

—¿Te refieres —inquirió Tiburcio— a ese Urbano que ha sido condenado a muerte infinidad de veces, y que, según se dice por ahí, está escondido en algún lugar desconocido? Te aseguro que si dan con su paradero lo apresarán y quemarán vivo; por tanto, si nos hallan con él, las llamas nos alcanzarán también a nosotros. Mucho me temo que por andar buscando una misteriosa divinidad que se oculta en las alturas del cielo lleguemos a caer en las afiladas garras de quienes mandan en la tierra, y terminemos pereciendo abrasados en una hoguera.

Cecilia entonces dijo a Tiburcio:

—Si no hubiese más vida que ésta, tendríamos explicables motivos para aferrarnos a ella y evitar cuanto pudiera ponernos en trance de perderla; pero existe otra mucho mejor, que, una vez conseguida, durará eternamente. Sabemos que esa

vida existe porque de ella nos ha hablado el Hijo de Dios. A través de ese Hijo engendrado por el Padre han sido creadas todas las cosas, y todas las cosas creadas están impregnadas del Espíritu que de ese mismo Padre procede. El Hijo de Dios, al que acabo de aludir, vino al mundo, y con su doctrina y milagros nos demostró que más allá de esta vida presente y temporal hay otra que no acabará nunca.

—Antes me dijiste —repuso Tiburcio— que no hay más que un Dios; ahora me hablas de tres. ¿En qué quedamos?

—Escucha —aclaró Cecilia—: en todo acto de conocimiento humano intervienen tres potencias: el ingenio, la memoria y el entendimiento; ¿no es verdad? Pues algo parecido ocurre con la divinidad. El ser de Dios es uno y único, pero la esencia de la divinidad se halla realizada en tres personas...

Seguidamente Cecilia expuso a Tiburcio todo lo relativo a la venida del Hijo de Dios a la tierra, y a su Pasión, y le mostró las muchas razones de conveniencia que le movieron para aceptar los padecimientos que sufrió. El Hijo de Dios —dijo Cecilia a Tiburcio— permitió que los hombres le apresaran, para liberar al género humano del pecado que le tenía esclavizado. Trocóse de bendito en maldito, para que el maldito, es decir, el hombre, trocárase en bendito. Toleró que lo engañaran y se burlaran de él, para redimirnos a nosotros de las burlas y engaños del demonio. Aceptó que coronaran de espinas su cabeza para obtener el indulto de la pena capital que sobre toda la humanidad pesaba. Bebió amarga hiel para que nosotros recuperáramos el gusto por la verdadera dulzura. Se avino a que le despojaran de sus vestiduras y a quedar desnudo, para cubrir la desnudez de nuestros primeros padres. Dejóse clavar en el árbol de la Cruz para reparar los males que otro árbol, el de la prevaricación, había introducido en el mundo.

Terminada la disertación de Cecilia, Tiburcio, volviéndose hacia su hermano, exclamó:

—Olvida, Valeriano, lo que antes dije. Discúlpame y llévame en seguida a presencia de ese varón de Dios, porque quiero purificarme.

Conducido Tiburcio ante Urbano, se purificó, y a partir de entonces comenzó a ver con cierta frecuencia a los ángeles del Señor y a obtener de Dios rápidamente cuanto le pedía.

Valeriano y Tiburcio dedicáronse por el resto de sus vidas a la práctica de las obras de misericordia, muy especialmente a la de socorrer con limosnas a los pobres y a la de dar sepultura a los cuerpos de los cristianos que morían martirizados por orden del prefecto Almaquio. Un día, Almaquio los llamó y les preguntó:

—¿Por qué enterráis los cuerpos de unas personas ejecutadas en castigo de los crímenes por ellas cometidos?

A esta pregunta contestó Tiburcio con las siguientes palabras:

—¡Ojalá nosotros hubiésemos tenido la suerte de ser esclavos de esos a quienes llamas criminales! Has de saber que esos, a los que acabas de llamar criminales, tuvieron la fortuna de despreciar lo que sólo tiene un valor aparente, pero que en realidad no vale nada, y de hallar lo que aparentemente nada vale pero sí vale realmente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el prefecto.

—Quiero decir —aclaró Tiburcio— que todas las cosas de este mundo, tan codiciosamente buscadas por los hombres mundanos, carecen de verdadero valor, porque el que parecen tener no lo tienen; son vanas y engañosas; apetécelas el hombre, corre tras ellas, las apresa, y luego queda decepcionado al comprobar que de nada le sirve, puesto que tras el largo esfuerzo por conseguirlas y conservarlas, cuando muere tiene que dejarlas aquí. En cambio hay algo que, aunque parezca no existir, sí existe realmente. Me refiero concretamente a la futura vida bienaventurada de los justos y a la desgraciada condenación eterna de los pecadores.

El prefecto comentó en tono despectivo:

—No sabes lo que dices. Me parece que has perdido el juicio.

Almaquio, acto seguido, llamó a Valeriano y le dijo:

—Tu hermano no está bien de la cabeza. Vamos a ver si tú eres capaz de responder cuerdamente a algunas cuestiones que voy a plantearte. No me cabe duda de que tanto tú como Tiburcio vivís desde hace algún tiempo equivocadamente: rechazáis cuanto produce satisfacciones y placeres y parece como si disfrutarais con las adversidades.

Valeriano tomó la palabra y habló de esta manera:

—Escúchame, Almaquio. Yo he visto repetidas veces, durante los crudos días de los inviernos, cómo muchos hombres ociosos se entregaban a las diversiones y se mofaban de los agricultores que que a pesar de las inclemencias del tiempo continuaban trabajando en sus campos; pero también

he visto cómo al llegar el verano quienes trabajaron asiduamente en las duras jornadas invernales aguantando el frío, disfrutaban recolectando el abundante fruto conseguido a costa de sus anteriores penalidades, y cómo, por el contrario, aquellos que pasaron el invierno holgando y divirtiéndose, al llegar la época de la cosecha lo único que recolectaron fueron lágrimas amargas, producto de su frustración y engaño. Pues bien; presta ahora atención a lo que voy a decirte. Nosotros, como los agricultores diligentes, soportamos durante nuestra vida terrena trabajos e ignominias; pero, cuando esta vida termine, cosecharemos la recompensa conseguida con nuestras penalidades anteriores y entraremos en posesión de una gloria inacabable; vosotros, en cambio, los que empleáis el tiempo de esta vida transitoria en gozar y en reír, al término de la misma os veréis condenados a llorar eternamente.

—Pretendes insinuar —repuso Almaquio indignado— que nosotros, quienes tenemos categoría de príncipes invictísimos, lloraremos por los siglos de los siglos, y que vosotros, gente de baja condición, seréis perpetuamente felices?

Valeriano replicó:

—No presumáis de príncipes, porque en realidad no sois más que unos pobres hombres nacidos como los demás, y de la misma condición que nosotros, los calificados por ti de gente baja. También vosotros, como nosotros, moriréis; y moriréis como todos los vivientes: a corto plazo; y tendréis, como cualquier hombre, que dar cuenta a Dios de vuestras obras, y una cuenta por cierto más rigurosa que la que se nos tomará a quienes no hemos tenido vuestras responsabilidades.

Almaquio, impacientado, exclamó:

—No perdamos más tiempo en vanas palabrerías. Ofreced sacrificios a los dioses y os dejaré marchar sin aplicaros el castigo que merecéis.

Ambos hermanos simultáneamente manifestaron:

—Nosotros no ofrecemos ni ofreceremos más sacrificios que los que cada día hacemos en honor del único Dios verdadero.

—¿Cómo se llama ese Dios? —preguntó el prefecto.

Valeriano le respondió:

—Aunque tuvieras alas y volaras por el espacio, no encontrarías por todo él su nombre.

—¿Estás acaso refiriéndote a Júpiter? —inquirió Almaquio.

—¿Cómo vamos a identificar a nuestro Dios —repuso vivamente Valeriano— con Júpiter, que fue homicida y estuprador?

—¡Vaya! —comentó jocosamente el prefecto—. ¡Vaya! ¡Por lo visto, todo el mundo está equivocado, y sólo tu hermano y tú disfrutáis del privilegio de conocer al verdadero Dios!

Valeriano puntualizó:

—No somos nosotros dos los únicos que conocemos al Dios verdadero. Son innumerables las personas que profesan esta doctrina santa.

A consecuencia de esto, los dos bienaventurados hermanos fueron encerrados en un calabozo. Estando ya en la prisión, Máximo, el carcelero encargado de vigilarlos, les dijo:

—Os halláis en los años más floridos y hermosos de vuestra juventud. Vivís, como buenos hermanos, estrechamente unidos por un entrañable amor fraternal. ¿No os da pena morir? ¿Cómo es posible que caminéis hacia la muerte tan alegres y tan de prisa como si fueseis a un banquete?

Repondióle Valeriano:

—Si nos prometes que abrazarás la fe cristiana, nosotros, por nuestra parte, te prometemos que en cuanto muramos te alcanzaremos la gracia de que puedas ver la gloria en que habrán entrado nuestras almas.

Máximo contestó:

—Os doy mi palabra de que, si os veo gozando de esa gloria de la que habláis, reconoceré que no hay más dios verdadero que el que vosotros adoráis y también yo lo adoraré; y, si no lo hiciere, aceptaré que caigan sobre mí rayos de fuego y que reduzcan mi cuerpo a cenizas.

A raíz de la muerte de ambos hermanos, Máximo, toda su familia y todos los verdugos que intervinieron en el martirio de los dos santos, se convirtieron y fueron bautizados por Urbano, que clandestinamente acudió a administrarles el bautismo.

El martirio de los dos hermanos ocurrió de esta manera: una mañana, hacia la hora en que la aurora pone fin a la noche, Cecilia exclamó:

—¡Ea, soldados de Cristo! ¡Salid de entre las sombras de las tinieblas y pertrechaos con las armas de la luz!

Momentos después ambos santos fueron sacados de la cárcel y de la ciudad, y conducidos hasta un lugar, a cuatro millas de distancia, en el que había una imagen de Júpiter. Los esbirros intentaron obligarles a que ofreciesen sacrificios en honor del

falso dios. Los hermanos se negaron rotundamente, y en vista de su negativa, allí mismo, ante la estatua del ídolo, ambos, simultáneamente, murieron degollados.

Máximo aseguró con juramento que en el preciso instante en que Valeriano y Tiburcio consumaron su martirio, vio cómo unos ángeles muy luminosos se acercaban a ellos y, con la misma ternura con que las madres sacan del lecho a sus hijas jovencitas, sacaron ellos las almas de sus cuerpos, las tomaron en sus brazos y se las llevaron la cielo.

Cuando Almaquio se enteró de que Máximo se había hecho cristiano, hízole azotar con látigos provistos de trozos de plomo. De acuerdo con las órdenes dadas por el prefecto, los verdugos lo golpearon sin piedad y sin parar hasta que comprobaron que ya estaba muerto. Santa Cecilia recogió su cuerpo y lo sepultó al lado de los de Valeriano y Tiburcio.

Una vez que ambos hermanos fueron martirizados, Almaquio confiscó los bienes que a ellos habían pertenecido, llamó a Cecilia a su presencia, en calidad de esposa de Valeriano, y le dijo:

—Si no quieres incurrir en pena de muerte, ofrece sacrificios a los ídolos.

Los miembros de la guardia, conmovidos y llorando amargamente al ver que aquella mujer tan joven, tan bella y de tan alta condición social, estaba a punto de morir martirizada, trataron de convencerla de que se plegase a la voluntad del prefecto; pero ella les habló de esta manera:

—¡Escuchadme, compasivos jóvenes! Con mi muerte no perderé mi juventud, sino que la cambiaré por otra. Voy a hacer un buen negocio en el que saldré ganando mucho. Voy a dar barro para obtener oro. Voy a permutar este cuerpo vil en el que mora mi alma, por otro incomparablemente más valioso. Voy a ceder un rincón obscuro y angosto a cambio de una plaza inmensa y perfectamente iluminada. Decidme: si alguien os ofreciere unas cuantas monedas de oro por otras tantas de cobre, ¿no acudiríais presurosos a efectuar tan ventajoso trueque? Entended bien esto: si nosotros damos a Dios una unidad, El la acepta y acto seguido corresponde a nuestra generosidad dándonos cien unidades del mismo género. ¿Creéis que es cierto lo que os digo?

Respondiéronle ellos:

—Creemos que ese Cristo al que adoras tiene que ser Dios verdaderamente, puesto que cuenta con una sierva tan excelente como tú.

El obispo Urbano, avisado previamente, acudió a donde estaba Cecilia, y bautizó a más de cuatrocientas personas.

Almaquio hizo comparecer ante sí nuevamente a Cecilia y le preguntó:

—¿En qué situación te encuentras?

Cecilia le respondió:

—En la que corresponde a una mujer noble y libre, pues libre y noble soy por nacimiento.

El prefecto le replicó:

—No me refiero a eso. Me refiero a que si has reflexionado y decidido cambiar de religión.

—Reconoce —manifestó Cecilia— que tu pregunta estaba formulada con tanta ambigüedad, que para contestarla han sido necesarias dos respuestas.

—¿De dónde sacas esa presunción con que me hablas? —preguntó nuevamente Almaquio.

Cecilia contestó:

—De mi conciencia, que está tranquila, y de la fe que profeso, que es fuerte y verdadera.

Almaquio entonces le dijo:

—¿Ignoras a quién represento y la autoridad que tengo?

—Tu poder y el del emperador —declaró Cecilia— son semejantes al de un odre lleno de aire, que se desinfla en cuanto alguien lo pincha con una aguja, convirtiéndose inmediatamente lo que antes parecía cuero terso en fláccido y arrugado pellejo.

—Comenzaste a hablar en tonos irrespetuosos —comentó el prefecto—, y sigues en la misma línea.

—No se falta al respeto a nadie —comentó Cecilia— cuando se responde a sus preguntas con la verdad. Si tú me planteas determinadas cuestiones para que las conteste, y yo las contesto con respuestas sinceras, no tienes por qué ofenderte. Dispuesta estoy a reconocer que te he ofendido si consigues demostrarme que al responder a tus preguntas he faltado a la verdad; pero como esto no conseguirás demostrarlo, porque mis palabras no han expresado mentira alguna, lo que tienes que hacer es enmendarte, dejar de calumniarnos y de perseguirnos y reconocer que nosotros los cristianos sabemos que no podemos jamás ni en ninguna circunstancia renegar del santo nombre de Dios sin incurrir en delito de apostasía. Sabemos también, y de ello estamos plenamente convencidos, que es mejor morir y entrar en la bienaventuranza, que vivir en pecado.

Almaquio, indignado, protestó:

—¿Qué es eso de hablarme en semejante tono y con tanta soberbia?

Cecilia, serenamente le aclaró:

—Esto no es soberbia; es fortaleza y es constancia.

—Pero, ¡desdichada! —replicóle el prefecto—. ¿No te das cuenta de que tengo en mis manos el poder necesario para conceder a mis súbditos el don de la vida y para condenarlos a muerte?

A esto repuso la santa:

—Puedo demostrarte que lo que acabas de decir es completamente falso, puesto que no se ajusta a la verdad. Podrás matar a los vivos, pero no vivificar a los muertos; de donde se sigue que, aunque seas un instrumento apto para producir la muerte, eres absolutamente estéril en lo referente a procurar la vida.

—Déjate de una vez de locuras —gritó Almaquio—, y ofrece sacrificios a los dioses.

Cecilia dijo:

—No sé dónde puedes haber dejado tus ojos; con los nuestros, nosotros los cristianos vemos claramente que eso que tú llamas dioses no son más que unos bloques de piedra. ¡Anda!, tócalos con tus manos; tal vez mediante el sentido del tacto llegues a conocer lo que parece que eres incapaz de captar con el sentido de la vista.

El prefecto, irritado, puso fin al coloquio mandando que condujeran a Cecilia a su propia casa, y que en cuanto llegaran a ella la introdujeran en una caldera de agua hirviendo, y que la mantuvieran sumergida en la caldera toda la noche, hasta que muriera cocida. Así lo hicieron los esbirros de Almaquio, pero como al día siguiente éste se enterara de que el tormento no había surtido el efecto por él deseado, porque la santa ni sintió el calor del agua, ni de su cuerpo brotó una sola gota de sudor, ni se coció, sino que, al contrario, tuvo en todo momento la sensación de hallarse en un lugar agradablemente refrigerado, mandó que, sin sacarla de la caldera, fuese decapitada. Tres veces descargó el verdugo, con fuerza, su espada sobre el cuello de Cecilia sin lograr que su cabeza se desprendiera del cuerpo, y como las leyes del Imperio prohibían que a los condenados a muerte por el sistema de decapitación se les dieran más de tres tajos, no pudo procederse a realizar un cuarto intento, por lo cual la santa salió de aquella horrible carnicería medio muerta y medio viva, y así estuvo durante tres días que aprovechó para distribuir todos sus bienes entre los pobres y para rogar a Urbano que cuidase de las personas que ella había logrado convertir a la fe, diciendo a este propósito al santo obispo:

—Pedí al Señor que me concediese un plazo de tres días para tener ocasión de rogar a tu paternidad que te hagas cargo de todos éstos y que consagres esta que fue mi casa, y la conviertas en iglesia.

San Urbano enterró el cuerpo de la santa en el mismo lugar en que estaban sepultados los obispos; y, cumpliendo los deseos de la mártir, consagró la que había sido su casa y la convirtió en templo.

Santa Cecilia murió martirizada, según unos hacia el año 223 de nuestra era, en tiempo del emperador Alejandro, y según otros bajo el imperio de Marco Aurelio, que reinó hacia el año 220.

Capítulo CLXX

SAN CLEMENTE

Clemente, de *cleos* (gloria) y *mens* (mente), significa *mente gloriosa.* Mente gloriosa fue la de este santo cuya alma se mantuvo, mientras vivió en la tierra, limpia de todo género de inmundicia y adornada de toda clase de virtudes, y al salir de este mundo recibió el galardón de la felicidad suprema, que como muy bien dice Agustín en el libro sobre *La Trinidad,* consiste en tres cosas, a saber: en que nuestro ser ya no podrá morir, en que nuestro conocimiento se verá definitivamente libre de errores, y en que nuestro amor será siempre correspondido. Pero la palabra *clemente* es también un adjetivo, derivado del sustantivo *clemencia* y utilizado en el caso de este santo como nombre propio, con gran acierto, porque fue a lo largo de toda su vida hombre verdaderamente clemente

y muy misericordioso. En el Glosario se dice que el adjetivo *clemente* significa dulce, justo, maduro y piadoso. Dulce fue este santo en sus palabras, justo en sus obras, maduro en su modo de conducirse, y piadoso en sus intenciones.

Buena parte de los datos que exponemos en esta leyenda los hemos entresecado de un libro escrito por él, titulado *Itinerario,* en el que expone cómo transcurrió su vida, principalmente desde sus comienzos hasta que sucedió a san Pedro en el pontificado; otros los hemos tomado de algunos relatos muy populares que circulan entre los fieles.

El obispo Clemente nació en el seno de una noble familia romana, muy ilustre por su abolengo. Sus padres se llamaron Faustiniano y Macidiana. Tuvo dos hermanos: Faustino y Fausto.

Su madre, Macidiana, fue mujer de extraordinaria belleza. Un hermano de su marido se enamoró tan apasionadamente de ella que, llevado del apetito libidinoso que le abrasaba las entrañas, la acosaba y molestaba constantemente a pesar de que ella sistemática y enérgicamente rechazaba sus pretensiones amorosas; pero, como no la dejaba en paz, la fidelísima esposa, que no quería decir a su marido lo que le ocurría para evitar disensiones entre ambos hermanos, decidió ausentarse de Roma, pensando que, permaneciendo fuera de su patria durante algún tiempo, alejada de la vista de su cuñado, el amor ilícito que éste sentía hacia ella y que se inflamaba más y más cada vez que la veía, no viéndola comenzaría a mermar, y acabaría extinguiéndose. Para conseguir que su esposo le permitiera emprender el viaje que tenía proyectado, recurrió a esta estratagema: díjole que la noche anterior, mientras dormía, habíasele aparecido un sujeto misterioso, que éste le había ordenado que se marchara de Roma inmediatamente llevándose consigo a sus dos hijos gemelos Faustino y Fausto; que permaneciera con ellos fuera y lejos de la ciudad hasta que él mismo se le apareciera de nuevo y le dijera que ya podía regresar a casa; y que el aparecido habíale advertido que, si no cumplía al pie de la letra lo que acababa de indicarle, dentro de muy poco morirían tanto ella como los dos niños. Faustiniano, al oír esto, se impresionó profundamente y se apresuró a disponer las cosas necesarias para que su esposa, los dos gemelos y varias personas más de la servidumbre, salieran cuanto antes para Atenas. El decidió quedarse en Roma; y para no sentirse tan solo y disfrutar al menos de la presencia y compañía de alguno de sus hijos, conservó a su lado al menor de ellos, que era Clemente, a la sazón de cinco años de edad.

Antes de que Macidiana emprendiera el viaje, recomendóle mucho su esposo que, en cuanto llegara a Atenas, buscara en la ciudad buenos maestros para los gemelos.

Una noche, durante la navegación, el barco naufragó. Flotando y llevada por las olas hasta unas rocas de la costa, Macidiana consiguió salvarse del naufragio; pero al pensar en la suerte que hubieran podido correr sus dos niños, y sospechando que se hubiesen ahogado, sintió tan inmensa pena, que de buena gana se habría quitado la vida arrojándose al fondo del mar; si no lo hizo, ello se debió a que abrigaba un poso de esperanza de que acaso lograra recuperar los cadáveres de los dos hijos; mas, pasados algunos días, aquella leve confianza desapareció, y convencida de que no volvería a verlos ni vivos ni muertos, presa de maternal dolor, comenzó a dar gritos lastimeros y aullidos, y a morderse las manos y a rechazar los consuelos que las gentes del lugar en que se encontraba trataban de prodigarle. Entre las varias mujeres que intentaban en vano mitigar su pena refiriéndole sus propios infortunios, únicamente prestó atención a una viuda que le contó cómo ella también, en un naufragio, había perdido a su marido, marinero de profesión y tan joven, que al morir aún no había salido de la adolescencia. Díjole también la mujer aquella que a pesar del tiempo transcurrido continuaba amando intensamente a su difunto esposo y que por el amor que seguía profesándole había rechazado diversas proposicones que posteriormente le hicieron para que volviera a casarse. Esta mujer le ofreció hospitalidad en su casa, y como su trato y conversación proporcionábanle algún alivio a sus hondas penas, aceptó el ofrecimiento y se fue a vivir con ella. Para no resultarle gravosa, Macidiana procuró ganarse su sustento con el trabajo de sus manos; pero como las tenía tan lastimadas a causa de los mordiscos que en ellas se diera en los días de su depresión, en cuanto comenzó a trabajar los dedos se le agarrotaron, perdieron su movimiento, y le resultó imposible continuar trabajando. Poco después, la viuda en cuya casa vivía se quedó paralítica y tan sin fuerzas que no podía levantarse de la cama, por lo cual Macidiana se vio obligada a ejercer la mendicidad para proveer con las limosnas que le dieran a su propio sustento y al de la buena mujer que le había dado hospitalidad en su casa.

Cuando ya hacía un año que Macidiana y sus hijos habían salido de Roma, Faustiniano, su marido, envió a Atenas a unos emisarios suyos con el encargo de que localizaran a su esposa, la visitaran y le trajeran noticias de ella y de los niños. Como tales emisarios no regresaron, Faustiniano envió a otros, que sí regresaron a Roma, pero con la única noticia de que cuantos esfuerzos habían hecho para dar con el paradero de la señora y de sus hijos, habían resultado vanos. En vista de ello, Faustiniano dejó en Roma a Clemente bajo la custodia de unos tutores y se embarcó para Atenas con el propósito de buscar personalmente a Macidiana y a los gemelos; pero Faustiniano tampoco regresó a Roma.

Veinte años vivió Clemente privado de la compañía de su padre, de su madre y de sus hermanos, sin saber absolutamente nada de ellos. Durante este tiempo se consagró al estudio y consiguió dominar las más altas cimas de la ciencia filosófica. En este terreno preocupábale principalmente la cuestión de la inmortalidad del alma. Ansiaba vivamente llegar a convencerse a sí mismo con argumentos irrefutables de que el espíritu humano era inmortal por naturaleza. Movido por este afán frecuentaba el trato con los filósofos de diferentes tendencias y escuelas, asistía a las lecciones que daban, y si en ellas se decía que el alma era efectivamente inmortal experimentaba intensa alegría, pero si oía afirmar que era perecedera, se entristecía y deprimía.

Así estaban las cosas, cuando un buen día llegó a Roma Bernabé. Los filósofos que acudían a escuchar las predicaciones del apóstol sobre la fe de Cristo, mientras el predicador hablaba se reían de él, lo despreciaban y lo llamaban iluso y loco. En cierta ocasión uno de ellos, y hay quien dice que este tal fue Clemente, que como filósofo asistía algunas veces a las predicaciones de aquel forastero, y al principio, como los demás, se burlaba de lo que Bernabé decía, planteó al predicador, en plan de guasa, esta cuestión:

—¿Qué explicación darías al hecho de que el mosquito, un animal tan diminuto, tenga alas además de seis patas, mientras que el elefante, a pesar de su gran corpulencia no tiene más que cuatro y carece de alas?

Bernabé le contestó:

—¡Necio! Podría responder a tu pregunta muy fácilmente, y lo haría si la hubieras formulado con ánimo sincero de averiguar la verdad; pero no voy a perder el tiempo disertando sobre las criaturas con quienes no saben ni una sola palabra de su Creador. Nada tiene de extraño que la ignorancia en que vivís con respecto al autor del universo os lleve a juzgar erróneamente de las cosas que lo constituyen.

Esta respuesta, fuese quien fuese el que formulase la pregunta, impresionó vivamente a Clemente, quien desde aquel día escuchó con suma atención las predicaciones de Bernabé, instruido por él abrazó la fe de Cristo y se marchó a Judea en busca de Pedro. Pedro le ayudó a conocer más perfectamente la doctrina del Evangelio y le mostró con argumentos evidentes la verdad de la inmortalidad del alma.

Por aquel tiempo Aquilas y Nicetas, discípulos de Simón el Mago, descubrieron los trucos y falacias de su maestro, lo abandonaron y se incorporaron al grupo de los que seguían las enseñanzas de Pedro.

Un día Pedro preguntó a Clemente que de dónde era y qué familia tenía. Clemente refirió a Pedro detalladamente su propia historia, le habló de la desaparición de su madre y de sus hermanos y de la de su padre, y le manifestó las sospechas que tenía de que acaso su madre y sus hermanos hubiesen perecido en el mar durante su travesía hacia Atenas, y de que su padre hubiese sido víctima también de algún naufragio o hubiera muerto de tristeza al no hallar a su esposa e hijos. Mientras oía esta narración, Pedro no pudo contener las lágrimas.

Algún tiempo después de esto, Pedro y sus discípulos se fueron a la ciudad de Antandros y desde allí se trasladaron a una isla que quedaba a seis millas de distancia en la que había unas columnas muy grandes que semejaban ser de cristal. En esta isla, precisamente, vivía Macidiana. Poco después de su llegada a la susodicha isla, estando Pedro y sus acompañantes contemplando las mencionadas columnas, acercóse a ellos una mendiga y les pidió limosna. El apóstol dijo a la pordiosera:

—En lugar de mendigar deberías procurarte el sustento con el trabajo de tus manos.

La mendiga le respondió:

—¡Ay señor! En apariencia tengo manos, pero es como si no las tuviera, porque a causa de los mordiscos que en ellas me di en un trance de dolorosa desesperación, se me agarrotaron y me quedaron inservibles y sin fuerza. ¡Ojalá en aquella ocasión me hubiese arrojado al mar! De haberlo

heho me hubiese librado de la triste y penosa vida que llevo.

—¡Mujer! —replicóle el apóstol— ¿Cómo se te ocurre decir semejante disparate? ¿No sabes que los que se suicidan son gravemente castigados en la otra vida?

—Si yo estuviera segura —repuso la pordiosera— de que hay otra vida después de ésta y de que las almas no mueren juntamente con los cuerpos, sin dudarlo un instante me suicidaría para tener el consuelo de ver siquiera durante una hora a mis queridísimos hijos.

—Pues ¿qué te sucede —preguntóle Pedro— para que hables de esta manera y te muestres tan afligida?

Seguidamente la mendiga refirióle a Pedro la historia de sus infortunios, y cuando terminó su narración, el apóstol le dijo:

—Entre nosotros hay un joven llamado Clemente que nos ha contado algunas cosas relativas a su madre y hermanos que se parecen notablemente a las que a ti te han ocurrido.

La mendiga, al oír lo que Pedro acababa de decir, quedóse de pronto suspensa y como si hubiese perdido el conocimiento, mas al instante, recuperada un tanto de la impresión que las palabras del apóstol le habían producido, arrojóse a sus pies y llorando exclamó:

—¡Yo soy la madre de ese joven! ¡Por favor, llévame cuanto antes a donde esté ese hijo mío!

Pedro trató de tranquilizarla y le dijo:

—Voy a llevarte hasta él; pero antes tienes que prometerme que cuando lo veas disimularás y te comportarás como si no lo reconocieras; es sólo cosa de muy poco tiempo; el suficiente para que embarquemos y salgamos de esta isla.

Prometióle la mujer que así lo haría. Entonces Pedro tomándola de la mano la condujo hasta la nave en que se hallaba Clemente, el cual al ver a Pedro subiendo al barco y llevando de la mano a una mujer con manifiesto aspecto de mendiga, se echó a reír. La mujer, por su parte, en cuanto subió a bordo y vio a Clemente, sin poder contenerse, se desasió de Pedro, corrió hacia el joven, lo abrazó y comenzó a cubrirle la cara de lágrimas y de besos. Clemente, creyendo que aquella mendiga estuviera loca, mientras miraba con manifiesto enojo a Pedro, a quien hacía responsable de lo que le estaba ocurriendo, indignado, forcejeaba por esquivar las efusiones de cariño de que era objeto y por desasirse de los brazos de la pordiosera. Pero Pedro, increpándole dulcemente le dijo:

—Clemente, hijo mío, ¿qué estás haciendo? ¡No rechaces a tu madre!

Clemente, al oír lo que Pedro acababa de decirle, comenzó a reconocer en aquella mujer a su madre, y deshecho en lágrimas abrazóse a ella. La mujer, no pudiendo soportar la emoción intensísima de tan súbito e inesperado encuentro, cayó al suelo desmayada. Recuperada de su desmayo, Pedro dijo a Macidiana:

—Llévanos a casa de esa paralítica con quien vives.

Llegados a ella, Pedro se acercó a la cama en que yacía la enferma y la curó.

—Dime, hijo mío; ¿qué es de tu padre? —preguntó Macidiana a Clemente.

Clemente le respondió:

—No puedo decirte otra cosa, sino que, algún tiempo después de tu marcha, salió de Roma hacia Atenas, en busca tuya, y que no regresó de ese viaje.

Oída esta respuesta, Macidiana se limitó a emitir un profundo suspiro. La alegría que sentía por haber encontrado a su hijo era tan grande, que de ella sacaba fuerzas para consolarse de las demás tristezas.

Mientras ocurrieron las anteriores escenas, Aquilas y Nicetas se hallaban ausentes; nada por tanto sabían de lo que en la nave había sucedido; mas al reunirse de nuevo con Pedro y sus compañeros, se extrañaron al ver entre el grupo a una mujer desconocida, e intrigados preguntaron:

—¿Quién es esa mujer?

—Es mi madre —se apresuró a responder Clemente—, que me ha sido devuelta por Dios a través de Pedro, mi señor.

Pedro entonces refirió minuciosamente a los recién llegados todo lo que había ocurrido durante su ausencia, y cuando terminó su relato, Aquilas y Nicetas, vivamente impresionados, pusiéronse subitamente en pie y con visibles muestras de nervioso azoramiento exclamaron:

—¡Señor Dios Todopoderoso! ¿Estamos soñando o estamos despiertos? ¿Ha hablado realmente Pedro, o estamos alucinados y creemos que le hemos oído hablar y decir lo que ha dicho?

Intervino Pedro nuevamente y dijo:

—¡Hijos míos! ¡No estáis alucinados! Yo he hablado y cuanto he dicho es verdad.

Entonces Aquilas y Nicetas, restregándose los ojos, como si acabaran de despertar de un sueño, exclamaron:

—¡Es que nosotros dos somos Faustino y Fausto y hasta ahora hemos vivido convencidos de que nuestra madre había perecido ahogada en el naufragio que padecimos!

En diciendo esto, salieron corriendo hacia donde estaba Macidiana, la rodearon con sus brazos y la cubrieron de caricias y besos. Pero como Macidiana no había oído nada de la conversación mantenida a cierta distancia entre Pedro y aquellos jóvenes, sorprendida, preguntó:

—¿Qué significa esto?

Pedro respondió:

—Macidiana, estos dos hombres son tus dos hijos, los gemelos, los que tú creías que se habían ahogado en el mar.

La alegría de Macidiana al oír aquello fue tan grande que, incapaz de resistir tantas emociones en tan breve espacio de tiempo, nuevamente cayó al suelo desmayada, y cuando recobró el conocimiento preguntó a los gemelos:

—¿Cómo os salvásteis del naufragio? Decídmelo, dulcísimos hijos míos, decídmelo, os lo ruego.

Sus hijos hablaron y dijeron:

—Al hundirse el barco, nosotros dos quedamos flotando en el agua, agarrados a un tablón. Algún tiempo después pararon cerca de donde estábamos unos piratas, nos recogieron y nos subieron a su navío, y cuando llegamos a un puerto nos desembarcaron, nos cambiaron los nombres y nos vendieron como esclavos a una viuda llamada Justina. Esta buena mujer nos adoptó por hijos suyos, y como hijos nos trató, proporcionándonos cultura y estudios. Primero cursamos las artes liberales y luego nos dedicamos a la filosofía, y nos unimos a un mago llamado Simón que había sido condiscípulo nuestro; pero cuando conocimos sus falacias nos apartamos de él totalmente. Poco después, un tal Zaqueo nos habló de Pedro, nos puso en contacto con él y nos hicimos discípulos suyos.

Al día siguiente, Pedro y los tres hermanos, es decir, Clemente, Aquilas y Nicetas, descendieron al fondo de una especie de caverna oculta entre malezas y se pusieron a orar. De pronto, cuando estaban orando, surgió ante ellos un anciano de venerable aspecto aunque muy pobremente vestido y les habló de esta manera:

—Hermanos, me inspiráis profunda lástima. A mi juicio vivís muy equivocados. Ni Dios existe, ni hay providencia en el mundo, ni la oración vale para nada. Yo, que soy más experto que nadie en la ciencia de las matemáticas, a fuerza de investigar por mí mismo he llegado al convencimiento de que, tanto las cosas que integran el universo como las leyes que lo gobiernan, son producto del azar. Salid del error en que estáis sumidos. De nada os servirá que oréis, porque vuestra vida está sometida a los impulsos ciegos de la fatalidad. Lo que haya de ocurriros os ocurrirá inevitablemente, puesto que vuestro destino está previamente determinado y escrito en las entrañas de vuestra naturaleza.

Clemente miraba al anciano, y cuanto más lo miraba más se reafirmaba en la idea de que aquella cara no le era desconocida; y cuanto más se fijaba en él, mayor era su certidumbre de que con anterioridad había visto a aquel hombre en algún otro sitio.

Pedro mandó a Clemente, a Aquilas y a Nicetas que replicasen al anciano y refutasen las afirmaciones que acababa de hacer. Los tres hermanos seguidamente entablaron un largo debate con el extraño anciano, y con argumentos irrebatibles demostraron las verdades de la existencia de Dios y de la providencia divina. Como en el transcurso de la controversia, varias veces los tres hermanos, al dirigirse a su contrincante le dieran respetuosamente el título de *padre,* Aquilas, en un momento dado, dijo a Clemente y a Nicetas:

—¿Por qué estamos llamando *padre* a este hombre? Creo que no debemos darle tal tratamiento, puesto que en el Evangelio se nos advierte que no llamemos *padre* a ninguno de nuestros semejantes.

Nada más decir esto, el mismo Aquilas se dirigió al anciano y tratando de excursarse dijo:

—Padre; no te parezca mal que haya indicado a mis hermanos que no es procedente que te llamemos padre. Si les he hecho esta advertencia es porque en uno de los mandamientos de nuestra religión se nos indica que no demos este título a nadie.

Como Aquilas se diera cuenta de que mientras él decía lo que estaba diciendo todos los demás, incluidos Pedro y el propio anciano, se reían, sorprendido les preguntó:

—¿Puede saberse de qué os reís?

Clemente le respondió:

—De que estás reiteradamente incurriendo en el mismo vicio que nos reprochas, llamando padre al que no quieres que llamemos así.

Aquilas replicó:

—¿Que yo he llamado padre a este hombre?

Yo no lo he llamado padre; y, si lo he llamado padre, os aseguro que lo he hecho sin darme cuenta.

Después de haber discutido durante un buen rato sobre la providencia, el anciano declaró:

—Reconozco que cuanto habéis dicho en torno a esta cuestión, tiene fuerza suficiente para probar que exite la providencia divina. Y os digo más: si mi conciencia no me lo impidiese, yo mismo creería que Dios existe y que es providente; pero mi conciencia me impide admitir una y otra cosa como verdaderas. Quiero que sepáis por qué me siento interiormente incapacitado para aceptar vuestra doctrina y vuestra fe. Escuchad: yo he conocido mi propio horóscopo y el de mi esposa, y he comprobado cómo se ha cumplido fatalmente lo que uno y otro predecían. Voy primeramente a daros cuenta del de mi mujer y a referiros lo que le ocurrió, y, cuando hayáis oído mi relato, estaréis en condiciones de juzgar por vosotros mismos si resultó cierto o no lo que su horóscopo pronosticaba, o si se cumplió o no se cumplió el destino que la fatalidad le tenía marcado. Mi esposa nació en el mes de marzo, precisamente en el momento en que el planeta Venus se hallaba en el centro de su órbita, y la luna, próxima ya a su ocaso, dentro todavía del campo de Marte, pero muy cerca del de Saturno. Las mujeres que nacen en estas circunstancias están abocadas a ser adúlteras, a enamorarse de sus criados, a abandonar el domicilio conyugal, a emprender largos viajes y a perecer ahogadas en el mar. Eso fue exactamente lo que le sucedió a la mía: se enamoró de uno de nuestros sirvientes y, para evitar que yo lo descubriera y por miedo a mi venganza y al escándalo, huyó con él y durante la huida pereció ahogada en las aguas del océano. Un hermano mío me contó que mi esposa primeramente se enamoró de él, mas como él la rechazara, ella, impulsada por su lujuria, puso sus ojos y su corazón en uno de nuestros criados. Yo no la he considerado responsable de todo esto porque sé que estaba fatalmente marcada por el destino, y que por mucho empeño que hubiese puesto en resistir a las fuerzas de la fatalidad, nada hubiera conseguido, ni habría podido obrar de forma distinta a como obró.

Seguidamente el anciano contó cómo su mujer, fingiendo que había tenido un sueño, se embarcó con rumbo a Atenas llevando consigo a dos de sus hijos y cómo durante la travesía ambos hijos y ella habían sido engullidos por el mar al naufragar el navío en que hacían el viaje.

En cuanto el anciano dijo esto, los tres hermanos hicieron ademán de querer arrojarse a sus brazos para darse a conocer, pero Pedro los detuvo diciéndoles muy quedamente:

—No os mováis ni digáis nada hasta que a mí me parezca que podéis hacerlo.

Después, el mismo Pedro, dirigiéndose al anciano, le preguntó:

—¿Estarías dispuesto a reconocer que todo eso de los horóscopos y de la fatalidad del destino son ingenuas patrañas si yo te trajera ante ti, hoy mismo, a tu castísima esposa y a tus tres hijos?

El anciano respondió:

—Tan imposible es que consigas hacer lo que acabas de proponer como que persona alguna pueda sustraerse a la influencia de su fatal destino.

—¡Bien! —díjole entonces Pedro—: aquí tienes a tu hijo Clemente; y aquí tienes también a tus otros dos hijos, Faustino y Fausto.

El anciano, al oír lo que Pedro le decía, cayó desmayado al suelo. Sus tres hijos se postraron a su lado, lo colmaron de caricias y besos, y después de haberse desahogado durante un buen rato, comenzaron a preocuparse, porque su padre tardaba en recuperar el conocimiento. Mas al fin volvió en sí y pudo oír los relatos que Clemente y los dos gemelos le hicieron de sus respectivas vidas.

Contándole estaban ellos a su padre cuanto les había sucedido, cuando de pronto, irrumpió Macidiana en la cueva llorando y diciendo:

—¿Dónde está mi esposo y señor?

Al oír el anciano los clamores de aquella mujer que parecía haber perdido el juicio,y al fijarse en ella y reconocerla, precipitóse en sus brazos y la estrechó contra su pecho mientras derramaba torrentes de lágrimas.

Un rato después, estando todos juntos, presentóse ante Faustiniano un mensajero y le comunicó que sus dos grandes amigos, Apión y Ambión, acababan de llegar a la ciudad y se hallaban hospedados en casa de Simón el Mago. Faustiniano recibió la noticia con tanta alegría, que decidió ir inmediatamente a ver a los recién llegados, y fue; y durante la visita presentóse en casa de Simón otro mensajero anunciando que había venido a Antioquía un ministro del césar con la misión de detener y castigar a cuantos ejercían la magia. Entonces Simón, para vengarse de Aquilas y de Nicetas por haberle abandonado, recurrió a sus artes mágicas e imprimió los rasgos de sus propias facciones en la cara de Faustiniano con tanta exac-

titud, que cualquiera que viera a Faustiniano creyera que estaba viendo al mago Simón; e hizo eso con la mala idea de que los enviados del césar confundieran a Faustiniano con él y, creyendo que detenían y mataban a Simón, detuvieran y mataran a Faustiniano; y en cuanto obró en el rostro de éste la susodicha transformación, él trató de ponerse a salvo huyendo de Antioquía.

Faustiniano resgresó a donde estaban sus familiares y Pedro, pero sus hijos Aquilas y Nicetas al verlo se asustaron, pues creyeron que el recién llegado era Simón, y aunque la voz que oían parecíales la de su padre, cuanto más lo miraban más se convencían de que aquel hombre no era su padre, sino Simón. Pedro, en quien el engaño no surtió efecto, y que seguía viendo la fisonomía verdadera de Faustiniano, al presenciar cómo Macidiana, Aquilas y Nicetas huían del anciano y le maldecían, los increpó diciéndoles:

—¿Por qué maldecís de vuestro padre vosotros, y tú de tu esposo, y los tres escapáis de él?

Los hijos respondieron:

—Estes no es nuestro padre. Este es Simón el Mago.

Simón había preparado un ungüento especial y ungido con él el semblante de Faustiniano, y mediante este procedimiento y el de su magia, consiguió que la faz de Faustiniano quedara enteramente semejante a la suya.

Faustiniano, al verse rechazado por esposa e hijos de aquella manera, prorrumpió en lamentos, exclamando:

—¡Ay, desgraciado de mí! ¿Qué es lo que me ha sucedido para que el inmenso gozo que hace unas horas experimenté al encontrar a mi mujer y a mis hijos se haya acabado tan pronto y no haya durado ni siquiera un día?

Por su parte, Macidiana, mesándose sus cabellos desmelenados y sueltos, lloraba vertiendo amarguísimas lágrimas que se juntaban con las de sus hijos, que también lloraban.

Simón el Mago, durante su estancia en Antioquía, habíase dedicado a difamar a Pedro, propalando por la ciudad que era un hombre pernicioso y homicida, y consiguiendo con sus constantes campañas calumniosas concitar tal odio entre el pueblo contra el apóstol, que la gente andaba por las calles amotinada y revuelta, buscándole rabiosamente y dispuesta a desgarrarle el cuerpo a mordiscos, y dentelladas si lograban dar con su paradero. Pedro, que creyó conveniente aprovechar aquella coyuntura, propuso a Faustiniano:

—Puesto que todos cuantos te ven te toman por Simón el Mago, haz lo siguiente: ve a Antioquía, recorre sus calles y plazas y di públicamente al pueblo que cuanto de mí se ha dicho y se dice, o sea, todo lo que Simón ha propalado contra mí, es absolutamente falso. Cuantos te vean te tomarán por Simón y, al oírte, interpretarán tus palabras como una pública retractación de las calumnias que me ha levantado. Luego iré yo también a la ciudad, y delante de todos haré desaparecer este semblante que el Mago ha hecho aparecer en tu cara, y te devolveré el tuyo auténtico.

Como es absolutamente impensable que Pedro mandara mentir a Faustiniano, pues Dios no quiere que para resolver nuestros problemas recurramos a la mentira, cabe decir, o que el *Itinerario* atribuido a Clemente sea un libro apócrifo, o al menos, y esta es la opinión de varios comentaristas, que sean apócrifos este episodio y algunos otros que en el mencionado libro se narran. Sin embargo, creo yo que para explicar este escolio no es menester rechazar ni poner en duda la autenticidad del libro, ni siquiera la de este pasaje a que nos estamos refiriendo; porque si analizamos atentamente las palabras que aquí se atribuyen a Pedro, advertiremos que él no mandó a Faustiniano que dijera que era Simón el Mago, sino que meramente le mandó que compareciera ante el pueblo y que aprovechara la oportunidad de su extraordinario parecido con Simón y la coyuntura de que la gente iba a tomarle por el tal Simón, para desmentir las calumnias que éste le había levantado. Más abajo, en el mencionado libro, se dice que Faustiniano, al presentarse en la ciudad, afirmó que él era Simón el Mago. Pues bien, aun admitiendo que efectivamente dijera esto, no mintió Faustiniano, pues aunque él realmente no fuese Simón, de algún modo sí que lo era, puesto que lo era en apariencia. Si Faustiniano afirmó que él era Simón, su afirmación debe entenderse en este sentido: «Vosotros me estáis viendo y creéis firmemente que soy Simón». En efecto, a juicio del pueblo, él era Simón. No era realmente Simón; pero sí era efectivamente un Simón *putativo*.

Recibido el encargo de Pedro, Faustiniano, el padre de Clemente, se presentó en Antioquía y dijo ante el pueblo reunido:

—Yo, Simón, os hago saber y declaro que todas las cosas que por ahí se dicen de Pedro son falsas,

porque Pedro ni es embaucador ni hechicero; al contrario, es un hombre honesto enviado por Dios para que procure la salvación del mundo. Entended, pues, bien esto: si en adelante yo mismo dijera algo contra él, no me hagáis caso; repudiadme y tenedme por pernicioso y embustero. Reconozco que hasta ahora he hablado mal de él; por eso, en lo sucesivo, y así lo hago constar públicamente, haré penitencia por mis pecados. Si no queréis perecer, si no deseáis la ruina de esta ciudad, ateneos a este consejo que encarecidamente os doy; aceptad dócilmente la doctrina que Pedro predica.

Cumplido el encargo del apóstol, y conseguido el efecto que éste pretendía, que era el de dejar al pueblo favorablemente dispuesto para acoger sus enseñanzas, presentóse Pedro en la ciudad, se acercó a Faustiniano, oró durante unos momentos, y seguidamente y de repente, en presencia de la multitud, desapareció del rostro de Faustiniano la fisonomía de Simón el Mago, con la que había vivido durante varios días y recuperó la suya propia. Impresionados por semejante prodigio, los antioquenos acogieron a Pedro benignamente, lo colmaron de honores y lo entronizaron en la cátedra episcopal.

En cuanto Simón se enteró de lo que había ocurrido, regresó a toda prisa a Antioquía, convocó al pueblo y dijo:

—Me sorprende que habiéndoos yo instruido convenientemente y dádoos saludables mandamientos y prevenídoos contra los engaños de Pedro, hayáis olvidado mis enseñanzas y recomendaciones e incluso procedido a colocar a este hombre en la cátedra episcopal...

Sin dejarle acabar su perorata, el público le interrumpió, se amotinó furiosamente contra Simón, y empezó a decir a gritos:

—¡Eres un monstruo! Anteayer mismo proclamabas aquí públicamente que estabas arrepentido de lo que habías hecho, y ahora nuevamente te empeñas en conducirnos a la ruina.

Mientras le abucheaban con estas y otras frases parecidas, se arrojaron en masa sobre él, echáronle mano y, cubriéndole de improperios y de afrentas, a empellones lo expulsaron de la ciudad.

Tanto estos últimos episodios como los anteriormente referidos están tomados directamente del libro susodicho en el que Clemente narra la historia de su vida.

Después de todo esto, Pedro estando ya en Roma, al advertir que se aproximaba la hora de su martirio, ordenó de obispo a Clemente y le nombró su sucesor.

Muerto el príncipe de los apóstoles, Clemente, varón sumamente discreto y previsor, para evitar que lo que Pedro había hecho con él sirviera de precedente, es decir, para que en lo sucesivo los demás pontífices se abstuvieran de actuar del mismo modo, o sea, de designar antes de morir a la persona que había de sucederles tras de su muerte en el supremo pontificado, e impedir que los papas obraran en esto cual si la Iglesia fuese patrimonio personal suyo y el santuario del Señor una propiedad particular que pudiera dejarse en herencia a otro, encomendó el gobierno de la sede apostólica primeramente a Lino y después a Cleto. Hay, sin embargo, quienes opinan que Lino y Cleto no fueron papas, sino meramente obispos coadjutores de Pedro, y que por haber ayudado al apóstol en la tarea de regir la Iglesia universal fueron incluidos, a título sólo honorífico, en el catálogo de los Sumos Pontífices.

Prosigamos. Muerto Pedro, Clemente fue elegido papa y obligado a presidir la Iglesia, y en este oficio se condujo con tal perfección, que por sus excelentes costumbres se granjeó en seguida el aprecio de los judíos, de los gentiles y de todos los pueblos cristianos. Tenía escritos en unas listas los nombres de los pobres de cada una de las provincias, y con sus oportunos socorros jamás dio lugar a que ninguno de cuantos habían purificado sus almas con las aguas del bautismo se viera precisado a vivir de la caridad pública mendigando de puerta en puerta.

Mediante la imposición del velo de las vírgenes, Clemente había consagrado al Señor a una doncella llamada Domitila, sobrina del emperador Domiciano, y convertido a la fe a Teodora, esposa de Sisinio, amigo del emperador. Teodora, al convertirse, tomó la decisión de guardar castidad perpetua durante el resto de su vida, y se comprometió con voto a ser fiel a este propósito. Intrigado Sisinio por la frecuencia con que su mujer iba a la iglesia, y movido por los celos, un día, cuando ella salió de casa para dirigirse al templo, la siguió disimuladamente y, procurando no ser visto, entró tras ella en el lugar sagrado. Clemente en voz alta hizo unas plegarias en las que participaron los asistentes y, durante las mismas, Sisinio se quedó de repente totalmente sordo y ciego y, al darse cuenta de lo que le había ocurrido, dijo a sus pajes:

—Sacadme inmediatamente de aquí.

Los pajes, tomándole de la mano, trataron de obedecer la orden de su señor, por más que buscaban las puertas de salida no lograban encontrarlas. Teodora, que ignoraba lo que a su marido le había sucedido, al verlos girar errantes de un lado a otro, por el interior del templo, cada vez que se acercaban a donde ella estaba, se ocultaba, temiendo que su esposo pudiera verla; pero, sorprendida de que dieran tantos paseos se atrevió a acercarse a uno de los pajes y le preguntó:

—¿Por qué dais tantas vueltas por el interior de la iglesia?

El paje le respondió:

—Nuestro amo vino a este lugar a enterarse de lo que en él se hacía, pero como no le estaba permitido ver ni oír lo que en el templo se hiciera o dijera, se ha quedado repentinamente sordo y ciego, y nos ha ordenado que lo saquemos de aquí; tratamos de hacerlo, pero, por más que buscamos, no encontramos la salida.

Teodora se postró en oración y pidió al Señor que concediera a su marido la merced de poder salir del templo. Luego, dirigiéndose a los pajes, les dijo:

—Salid de la iglesia y llevad a vuestro amo a casa.

En seguida, sin la menor dificultad, salieron, y en cuanto se marcharon Teodora se acercó a san Clemente, le refirió lo que a su esposo le había ocurrido, y entonces mismo, a ruegos de Teodora, san Clemente, sin pérdida de tiempo, acudió a casa de Sisinio, comprobó que, efectivamente, aunque tenía los ojos abiertos no veía absolutamente nada ni nada oía, oró por él, y al instante, y también repentinamente, Sisinio comenzó a oír y a ver de nuevo; pero, en cuanto recobró la vista, al ver a Clemente junto a Teodora, se puso tan furioso que parecía haber perdido el juicio, y sospechando que Clemente mediante artes mágicas pretendía engañarle, lleno de ira gritó a sus criados:

—Prended ahora mismo a este hombre, que es un hechicero. El fue quien me privó de la vista y del oído para poder mantener relaciones carnales con mi esposa. Atadle y arrastrad su cuerpo por el suelo.

En el patio en que se encontraban había una serie de columnas abatidas y esparcidas sobre el pavimento, y buen número de piedras de enorme tamaño. Los criados, creyendo que amarraban a Clemente y a sus clérigos, amarraron con sogas algunas de aquellas columnas y piedras, y comenzaron a arrastrarlas sobre el suelo del patio. También Sisinio creía que los amarrados y arrastrados eran Clemente y sus clérigos; pero Clemente, al cabo de un rato, dijo a Sisinio:

—No está mal que tus criados, por orden tuya, estén arrastrando por el suelo estos pedruscos, porque como tenéis por dioses a lo que en realidad son solamente piedras, al arrastrar estas columnas y estos bloques estáis arrastrando a vuestras divinidades.

Sisinio, que continuaba creyendo que los amarrados y arrastrados eran Clemente y los suyos, contestó:

—Haré que siguan arrastrándote sin piedad hasta que mueras.

Clemente, tras encargar a Teodora que no cesara de orar hasta que el Señor visitase a su esposo, se marchó de casa de Sisinio.

Estando Teodora en oración, se le apareció el apóstol Pedro y le anunció:

—Gracias a ti se salvará tu marido. Así se cumplirá lo que mi hermano Pablo dijo cuando advirtió que los esposos paganos obtendrían su salvación por los méritos de sus cristianas esposas.

Dicho esto, Pedro desapareció. Inmediatamente después Sisinio llamó a Teodora y le suplicó:

—Ruega por mí y procúrame una entrevista con Clemente.

Avisó Teodora a Clemente, y Clemente acudió en seguida a casa de Sisinio, lo instruyó en la fe y lo bautizó, y bautizó también a trescientas trece personas más de su familia y servidumbre. A raíz de esto fueron muchos los nobles y amigos del emperador Nerva que por medio de Sisinio creyeron en el Señor.

Estas conversaciones en masa excitaron la ira del ministro imperial encargado de administrar el dinero que se dedicaba al culto de los ídolos, el cual, a base de sobornar a numerosos individuos distribuyeron entre ellos gran parte de los fondos que tenía bajo su administración, consiguió organizar una multitudinaria sedición contra san Clemente. Mamertino, prefecto de la ciudad, vio con sumo desagrado semejante conjura popular, y, deseando salvar la vida del santo pontífice, se entrevistó con él, trató de convencerle de que intentaba protegerle y de que debía dejarse aconsejar por él. Pero Clemente le contestó:

—También yo deseo protegerte a ti, aconsejarte bien y traerte al camino de la verdad. Escucha,

Mamertino: por muchos que sean los perros que lancen contra quienes somos cristianos, y por grandes que sean las dentelladas que nos den, nunca podrán conseguir que dejemos de ser personas racionales, ni que ellos, mientras persistan en su actitud, dejen de ser bestias feroces. La sedición que contra nosotros han levantado demuestra claramente que tanto quienes la han organizado como quienes la secundan no saben lo que hacen ni tienen la menor idea de lo que es justicia y de lo que es verdad.

Mamertino escribió una carta al emperador Trajano consultándole qué debía hacer en semejante coyuntura. Trajano le contestó ordenándole que tratase de obligar a Clemente a ofrecer sacrificios a los ídolos, mandándole que, si el pontífice se negaba a ello, lo desterrase de la ciudad y lo confinara en un desierto que había al otro lado del mar, en Helesponto, cerca de Quersona.

Al recibir estas órdenes, el prefecto, llorando, dijo a Clemente:

—Que ese dios a quien tan sinceramente veneras, te ayude.

Mamertino puso a disposición de Clemente un navío equipado con todo lo necesario para que hiciese la travesía y emprendiese el camino del destierro. Muchos fueron los clérigos y seglares que quisieron acompañarle y compartir con él voluntariamente su vida en el exilio.

En la isla a la que fue confinado halló a más de dos mil cristianos condenados a trabajos forzados y a extraer mármol de unas canteras, quienes al ver a san Clemente prorrumpieron en sollozos sin poder contener las lágrimas. El santo trató de consolarles diciéndoles:

—¡Hijos míos! Sin el menor mérito por mi parte, el Señor me ha constituido en príncipe vuestro, me ha enviado hasta aquí y me ha concedido la oportunidad de poder participar en vuestros sufrimientos y en el premio que sin duda alguna nos será otorgado.

Como ellos, en una conversación, le manifestaran que tenían que acarrear a hombros el agua que necesitaban desde el único pozo que por allí había, y que quedaba a seis millas de distancia, él les propuso:

—Vamos a orar todos a la vez pidiendo a Nuestro Señor que haga brotar aquí mismo, junto a las canteras, en beneficio de quienes confesamos su fe, una fuente de la que manen abundantes chorros de agua. Quien mandó golpear un peñasco en el desierto de Sinaí, e hizo que de él brotara un manantial, puede proporcionarnos igualmente a nosotros un manantial semejante para que remediemos nuestra sed y disfrutemos jubilosos del alivio que el agua proporciona.

Hecha la oración propuesta, Clemente miró a un lado y a otro y vio cerca de allí un cordero con una de sus patas alzadas como si tratara de apuntar con ella hacia un sitio determinado y de mostrar algo al obispo. Este, único que veía al corderillo, entendió que Nuestro Señor Jesucristo, en forma de cordero, había venido a concederles lo pedido; así, pues, avanzó hasta donde estaba el animalito, llamó a sus compañeros, y les dijo:

—¡Hermanos! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cavad aquí!

Comenzaron a cavar, pero como ninguno lo hacía en el sitio en que estaba el cordero, Clemente tomó una azadilla de las de escardar, golpeó ligeramente con ella el trocito de suelo que quedaba exactamente debajo de la pata alzada del corderillo, e inmediatamente del interior de la tierra golpeada brotó un chorro de agua tan abundante que, al continuar manando, dio origen a un río. San Clemente entonces, entre el regocijo de todos los presentes exclamó: *«Fluminis impetus laetificat civitatem Dei»!* (La corriente del río pone una nota de alegría en la ciudad de Dios).

Al extenderse por la región la noticia de este milagro acudieron al lugar en que se había producido numerosas personas; más de quinientas de ellas se bautizaron en un solo día. A partir de este episodio, los convertidos comenzaron a demoler los templos de los ídolos y a edificar iglesias con tal rapidez que durante el primer año se construyeron setenta y cinco en aquella provincia.

Tres años después, el emperador Trajano, que inició su reinado hacia el año 106 de nuestra era, se enteró de lo que había ocurrido en la isla y, para atajar el movimiento de expansión cristiana que en ella se estaba produciendo, envió a un general en calidad de comisionado suyo. El general, al comprobar que tanto los antiguos cristianos como los nuevos convertidos estaban dispuestos a morir, pero no a renegar de su fe, cedió ante la multitud y se limitó a tomar venganza contra Clemente, prendiéndole, atándole un ancla al cuello y arrojándolo al mar. En el preciso momento en que el pontífice era lanzado al agua, el general gritó:

—De aquí en adelante ya no podrán esto cristianos seguir venerándote como si fueses un dios...

Cornelio y Febo, dos de los discípulos del santo, ordenaron a los innumerables fieles, que ansiosos permanecían clavados en el litoral sin querer marcharse de allí, que orasen todos al mismo tiempo pidiendo al Señor que les permitiera recuperar el cuerpo del mártir; y en cuanto comenzó la oración colectiva, el mar se alejó más de tres millas de la costa. Entonces todos ellos descendieron a la playa y empezaron a caminar a pie enjuto sobre el suelo que las aguas al retirarse habían dejado al descubierto, y en determinado lugar hallaron un pequeño edificio en forma de templo, construido con bloques de mármol, y dentro de él un arca y, dentro del arca, el cuerpo de san Clemente y el ancla que el general mandara atar a su cuello. Los discípulos del santo entendieron por divina revelación que debían dejar el venerable cuerpo de su maestro donde estaba y tal como estaba. Desde entonces, todos los años, en la fecha aniversaria del martirio de san Clemente, en el sitio en que fue martirizado el mar se retira de la costa tres millas hacia dentro y durante siete días queda el suelo expedito y seco para que los fieles puedan acercarse a venerar los restos del santo pontífice.

Un año, durante la solemnidades que en el mencionado lugar se celebraban en el aniversario del martirio del bienaventurado obispo, ocurrió lo siguiente: entre los innumerables fieles que acudieron a venerar el sepulcro del ilustre mártir, acudió también una mujer llevando consigo un niño muy pequeño. El último de los siete días, hacia la hora en que los actos religiosos de costumbre solían concluir, los asistentes a los mismos oyeron de pronto el ruido característico que forman las aguas cuando comienzan a subir y a avanzar hacia la costa. La multitud, entonces echó a correr desde el templo hacia el litoral, deseosa de llegar a éste antes de que el mar anegase el suelo entre el templo y la tierra firme y les cerrase el camino de regreso. También salió corriendo la mujer a que nos hemos referido, y tan asustada, que ni siquiera se acordó en aquellos momentos de peligro del niño, que se hallaba acurrucado y dormido en un determinado lugar de la iglesia. Al llegar la madre a la costa y caer en la cuenta de que había dejado a su hijo en el templo, empezó a dar voces y alaridos de dolor y clamores que llegaban al cielo y a caminar agitadamente de un lugar a otro por el litoral, mirando y remirando al mar por ver si descubría el cuerpo del niño flotando sobre el agua o si las olas lo arrojaban en algún lugar de la orilla. Después de varias horas de infructuosa búsqueda, perdida ya la esperanza y transida de pena, regresó a su casa. Llorando incesantemente y sumida en el más amargo desconsuelo pasó todo el año. Llegada la fecha del siguiente aniversario, en cuanto el mar se retiró de nuevo y dejó abierto el paso, anticipándose a los demás, recorrió palmo a palmo la zona que las aguas habían dejado al descubierto, y removió la arena del suelo en busca de algún trozo del cuerpo de su hijo o de las ropas que llevaba puestas y, como no encontrara nada, entró en el templo, se postró ante el sepulcro de san Clemente, oró, y al terminar sus plegarias y ponerse en pie, vio de pronto a su niño en el mismo sitio en que ella el año anterior, al advertir que se había dormido, lo había acostado. Pensando que estuviera muerto, se acercó a él para recoger su cadáver, pero al tomarlo en sus brazos notó que no estaba muerto, sino apaciblemente dormido. Loca de alegría lo despertó, lo elevó sobre su cabeza, lo mostró vivo y sano a los asistentes, y luego preguntó al pequeño:

—Hijo mío, ¿has estado aquí todo el año?

El niño no pudo contestar a su madre, porque no tenía ni la menor idea de que hubiese transcurrido un año entero desde que se quedó dormido. Cuando su madre lo despertó, él creyó que lo despertaba como todas las mañanas, y que había estado durmiento sólo durante una noche, como de costumbre.

Ambrosio, en el prefacio que en honor de este santo compuso, dice: «El cruelísimo perseguidor, al atacar, instigado por el diablo, al bienaventurado Clemente, no consiguió hacerle sufrir, pero sí le proporcionó la oportunidad de obtener un gran triunfo, porque al arrojar al mártir al agua con la pérfida intención de que se ahogara, sin pretenderlo le dio ocasión para que ganara un premio semejante al que ganó su maestro Pedro, quien, cuando parecía que iba a sumergirse y a perecer, fue elevado hasta el cielo. A los dos, en efecto, sacólos Cristo del agua: a Clemente, llevando su alma desde el fondo del mar hasta la gloria eterna y recompensándole con la palma de la victoria; y a Pedro, evitando primero que se hundiera en el lago y conduciéndolo más tarde al reino celestial».

León, obispo de Ostia, refiere el caso siguiente: En tiempos en que Miguel era emperador de la nueva Roma, pasó por Quersona un sacerdote al que, desde los días de su infancia, por la agudeza de su ingenio, la gente solía apodar *el Filósofo,* y

preguntó a los habitantes de la ciudad si conocían la historia de san Clemente. Ellos le respondieron que no. Como el sacerdote se extrañara de semejante respuesta, trataron de excusar su ignorancia diciendo que no eran naturales de allí, sino forasteros, y que residían en Quersona desde hacía poco tiempo. Algunos, sin embargo, un poquito más enterados, manifestaron al sacerdote:

—Hemos oído decir que, antiguamente, cuando aún se producía el milagro de la retirada de las aguas, Dios, para castigar los pecados de los moradores de esta provincia, permitió que los bárbaros la invadieran y que un año, durante los días del prodigio, los invasores arrasaron el templo y arrojaron al mar el arca con el cuerpo del santo. Hemos oído decir también que poco después de que ocurriera esto la isla quedó desierta, y que, tanto por no haber quedado en ella moradores cuanto porque el templo había sido demolido por los bárbaros, el milagro dejó de producirse.

El Filósofo, sumamente impresionado por lo que unos y otros le dijeron, se trasladó a Georgia, pequeña población de la isla, y convenció al obispo, al clero y al pueblo de que le ayudaran a buscar las reliquias del santo, pues, si aquellos relatos eran ciertos, tales reliquias tenían que estar en alguna parte próxima al litoral, en tierra o bajo el agua; y, en efecto: después de haberse encomendado a Dios solicitando su ayuda con rogativas y oraciones, conocieron por divina revelación el sitio en que se hallaban, y al cavar en él encontraron el cuerpo de san Clemente y el áncora que le ataron al cuello cuando lo arrojaron al mar, y trasladaron seguidamente cuerpo y áncora a la ciudad de Quersona. Posteriormente, el mencionado *Filósofo* llevó ambas sagradas reliquias a Roma y con gran solemnidad las depositó honrosamente en una iglesia que desde entonces lleva el título de san Clemente, en donde permanecen, y en donde ocurren innumerables milagros producidos por Dios mediante la intercesión del santo mártir.

En algunas crónicas, sin embargo, se lee que fue san Cirilo, obispo de Moravia, quien para rescatar las reliquias del santo, previamente desecó el mar, halló el cuerpo del bienaventurado mártir y lo llevó a Roma.

Capítulo CLXXI

SAN CRISÓGONO

Crisógono fue detenido y encerrado en una cárcel por orden de Diocleciano. Santa Anastasia proveyó de alimentos al prisionero durante algún tiempo, y cuando le resultó imposible continuar socorriéndolo, porque su esposo la recluyó en casa y la sometió a muy estrecha vigilancia, envió al ilustre preso, que había sido un catequista y maestro, una carta concebida en estos términos: «Anastasia a Crisógono, bienaventurado confesor de Cristo: Me encuentro amarrada al yugo de un marido sacrílego con quien no tengo relación carnal alguna porque, simulando que estoy enferma, por la misericordia de Dios he conseguido que me respete. De día y de noche procuro caminar por los senderos trazados por Nuestro Señor Jesucristo. Gracias a mi patrimonio este hombre con quien me casaron se ha encumbrado socialmente; él, empero, se conduce tan indignamente que está dilapidando mi hacienda en juergas y francachelas indecentes con sus amigos los idólatras, mientras a mí, como si fuese una sacrílega bruja, me tiene secuestrada y sometida a tan estrecha vigilancia y a tan extremas privaciones que, de seguir así, no tardaré en perecer de pena y de inanición. De la forma en que me trata no cabe esperar otra cosa que el agotamiento de mis fuerzas y mi muerte a muy corto plazo. No me importa morir; al contrario, lo deseo; pero debo manifestarte que mi alma pasa por grandes sufrimientos al ver cómo este hombre, con sus constantes festines y orgías con gentes indignas, está derrochando mi patrimonio y agotando los bienes que yo tenía destinados para el servicio del Señor. Consérvate bien,

santo varón de Dios, y recuérdame en tus oraciones».

A esta carta respondió Crisógono con otra del siguiente tenor: «No te extrañes de que por vivir piadosamente te ocurran las cosas que me cuentas. Todo lo que te sucede es ciertamente muy desagradable; pero procura no perder la paz de tu espíritu. No caigas en la tentación de pensar que has errado el camino; no lo has errado. El Señor te está probando, te lo aseguro, y dentro de poco Cristo te llamará y te trasladará a la eterna y deseada mansión, haciéndote pasar de las tinieblas de la noche a la espléndida luz divina, y de los fríos delos hielos a la región dorada y serena de los bienaventurados. Consérvate firme y fuerte en la fe del Señor y ruega por mí».

El marido de Anastasia fue intensificando más y más cada vez el rigor con que la trataba y mermando su sustento hasta el extremo de reducir la ración de su comida diaria a un cuarterón de pan. Completamente extenuada, y convencida de que estaba ya a punto de morir, la santa envió a Crisógono una esquela en la que textualmente le decía: «Al santo confesor de Cristo, Crisógono, de parte de Anastasia: La vida de mi cuerpo está tocando a su fin; aquel por cuyo amor vengo soportando la serie de calamidades que de palabra te referirá la viejecita que te lleva esta carta, dentro de muy poco, recibirá mi alma».

Por escrito y a través de la misma recadera, Crisógono envió a Anastasia esta respuesta: «Pasadas las horas de las tinieblas, sobrevienen las claridades de la luz; curada la enfermedad, recupérase la salud; del mismo modo, a la muerte temporal sigue la entrada en la vida eterna. Así se nos ha prometido. Las adversidades y las prosperidades de este mundo tienen una duración limitada; unas y otras terminan; es bueno que sea así para que los que sufren no caigan en la desesperación, ni los que viven felizmente lleguen a ser dominados por la soberbia. Nuestros cuerpos son como navecillas navegando por el mismo mar, gobernadas todas por un piloto único que dirige el curso general de la flota y el de cada una de las embarcaciones que la componen, a través del alma que en cada cuerpo ha colocado. Algunos de esos cuerpos son como los navíos sólidamente construidos y perfectamente pertrechados por fortísimas jarcias y vergas que les permiten sortear sin riesgos los peligros de las encrespadas olas y llegar a puerto después de una feliz travesía; otros, en cambio, son semejantes a barcos débiles, cuyos cascos hubiesen sido hechos con maderas mal ajustadas, menos aptos por tanto para navegar con seguridad; pero también éstos, aun expuestos a pasar por apurados trances, pueden llegar a ese puerto de destino común que es la muerte y hallar en él la terminación de las zozobras y la tranquilidad. Tú, ¡oh sierva del Señor!, considera la cruz del Cristo como un rico trofeo, abrázate a ella con toda tu alma, y prepara tu espíritu para que en él se consume la obra de Dios».

Diocleciano, encargado de regir la parte del Imperio en cuya demarcación estaba comprendida la región de Aquilea, dio orden de matar a todos los cristianos residentes en esta provincia, exceptuando de esta pena provisionalmente a san Crisógono, a quien llamó a su presencia y dijo:

—Si accedes a ofrecer sacrificios en honor de los dioses, te daré los títulos y correspondientes poderes de prefecto y de cónsul a que tienes derecho por razón del linaje a que perteneces.

Crisógono le contestó:

—Ni adoro ni adoraré jamás a ningún dios falso. Adoro y adoraré siempre al único Dios verdadero, que es el que rige desde el cielo nuestros destinos. Ahórrate, pues, las dignidades que me ofreces. Para mí todo eso no es más que barro.

Diocleciano, entonces, mandó que llevaran a Crisógono a determinado lugar algo distante de allí y que lo decapitasen.

La orden del emperador fue cumplida. Este santo fue martirizado hacia el año 287 de nuestra era. El presbítero san Zelo enterró piadosamente el cuerpo y la cabeza del bienaventurado mártir.

Capítulo CLXXII

SANTA CATALINA

Catalina, en latín *Catharina,* es palabra compuesta de *catha* (universo), y de *ruina* (desmoronamiento), y significa *total destrucción.* Haciendo honor a su nombre esta santa destruyó completamente cuanto el diablo en ella trató de edificar. Santa Catalina, en efecto, arrasó la soberbia con su acendrada humildad, la concupiscencia de la carne con la virginidad de su vida, y las ambiciones mundanas con el menosprecio de las cosas temporales. Catalina puede significar también *cadenilla* y lo significó de hecho en el caso de esta bienaventurada doncella cuya vida fue algo así como una cadeneta de buenas obras, o una trenzada escala a través de cuyos tramos su alma subió hasta

el cielo. Esta cadeneta o escala constó, como aquella otra a la que se refiere el profeta, de cuatro peldaños. *«¿Quién es el que logra ascender al monte del Señor?»*, se pregunta el salmista en el salmo 23; y responde: *«El que tiene sus manos inocentes de culpa, su corazón limpio, su alma libre de vanidades y su vida exenta de haber engañado al prójimo con juramentos dolorosos»*. Pues bien, por esta misma escala y a través de estos cuatro peldaños y por el orden en que el salmista los expone, subió santa Catalina al monte del Señor, al que llegó mediante la inocencia de su conducta, la limpieza de su corazón, el desprecio de la vanidad y la manifestación de la verdad. Que esta santa subió hasta Dios ascendiendo por estos cuatro escalones, lo comprobará por sí mismo quien lea la historia que seguidamente vamos a referir.

Catalina, hija del rey Costo, y entregada desde su niñez al estudio de las artes liberales, adquirió muy extensos y profundos conocimientos en la materia de estas disciplinas.

A sus dieciocho años de edad, estando un día recogida en el inmenso palacio en el que vivía como única dueña y señora del mismo, rodeada de criados y de riquezas, oyó un enorme ruido que provenía del exterior, en el que se mezclaban berridos y mugidos de diferentes animales, voces de coros que cantaban y aplausos del público. Para saber qué ocurría encargó a uno de sus sirvientes que saliese a la calle y se enterase de la causa de tan estrepitoso tumulto. Poco después tornó el criado y le dijo:

—La ciudad está abarrotada de gentes y de animales procedentes de muy diversas partes. Parece ser que esta afluencia de forasteros obedece a que el emperador ha promulgado hace algún tiempo un edicto, ordenando que acudieran hoy a Alejandría todos los habitantes de la comarca, pobres y ricos, para ofrecer un sacrificio a los ídolos. Dicen que en ese bando se hace saber a los cristianos que si no acudiesen a estas fiestas, o se negasen a tomar parte en estos solemnes cultos, serán severamente castigados.

Oída la precedente información, Catalina inmediatamente reunió a algunos de sus siervos, se santiguó, salió con ellos de su palacio y comenzó a recorrer algunas de las calles de la ciudad. Durante su recorrido no tardó en advertir que muchos de los que decían creer en Cristo, para librarse de la muerte habían optado por adorar a los falsos dioses y eran conducidos hacia el lugar designado para ofrecer los sacrificios. Entonces ella, herida profundamente en sus sentimientos más vivos, que eran los religiosos, se presentó espontáneamente ante el césar y le dijo:

—Más te valdría, emperador, que haciendo honor al cargo que ostentas y atendiendo a los dictados de la razón, en vez de andar promoviendo el culto a falsas divinidades, creyeras en el Creador de los cielos.

Seguidamente, tal como estaba, de pie, y allí mismo, a la puerta del templo pagano, mantuvo con el césar un prolongado debate y, por medio de innumerables silogismos perfectamente dialécticos, recurriendo a alegorías y metáforas, aduciendo argumentos unas veces rigurosamente realistas y otras místicos, demostró la verdad de una serie de proposiciones. Después, dejando a un lado el estilo académico y utilizando modos corrientes de expresión, dijo:

—En la disertación que acabo de hacer he preferido emplear un lenguaje y unos procedimientos científicos porque te he hecho el honor de considerarte hombre inteligente y culto, familiarizado con la filosofía; pero ahora te pregunto lisa y llanamente: ¿Qué es lo que pretendes con esta absurda convocatoria? ¿Por qué obligas a esta gente a adorar a unos estúpidos ídolos? Ya que tanto te pasmas al contemplar este suntuoso templo edificado por manos humanas, y al admirar la preciosidad de las riquezas con que está decorado, pese a que toda esta magnificencia y galanura no es más que polvo que en cualquier instante puede ser barrido por el viento, ¿por qué no te admiras al contemplar el cielo y la tierra y el mar y la multitud de cosas dignas de admiración que contienen esos elementos? ¡Cuánto mejor sería para ti que supieses valorar la belleza del sol, de la luna, de las estrellas y de la infinidad de astros que decoran el firmamento, y admirar la sumisión y acatamiento

con que obedecen las leyes que los rigen! Considera cómo de día y de noche, desde que el mundo comenzó a existir hasta que desaparezca, esos astros sin cansarse jamás y sin nunca salirse de sus respectivas órbitas, avanzan de oriente a occidente y de occidente a oriente. Cuando estés contemplando tan maravilloso fenómeno hazte a ti mismo esta pregunta: ¿Habrá algún ser más poderoso que ellos? Escucha atentamente la respuesta que tu propia razón dará a tu pregunta. Tu razón te contestará que sí; y te dirá que más poderoso que ellos es el ser que los ha creado; te dirá también que ese mismo ser ha creado igualmente las leyes que rigen su curso y los ha sometido a ellas sin permitirles que de ellas se salgan. Si meditas sobre estas respuestas comprenderás que por mucho que busques no hallarás cosa alguna que sobrepuje en poder a ese ser soberano ni que a él pueda equipararse; y cuando llegues a esta conclusión, adora a ese Ser Supremo y glorifícalo, porque él es el Dios de los dioses y el Señor de los señores.

A continuación, con elocuencia y sabiduría comenzó Catalina a disertar sobre el tema de la Encarnación del Hijo. El césar durante largo rato la escuchó atónito, sin poder aducir ni un solo argumento en contra de la doctrina que la joven exponía; mas después, tornando a su anterior situación de ánimo, la interrumpió y le dijo:

—¡Basta por ahora, mujer, basta! Cuando hayamos terminado de ofrecer los sacrificios a nuestros dioses, reanudaremos la conversación y responderemos a tus argumentos.

Luego, profundamente impresionado por la prudencia y hermosura corporal de la joven, ordenó que la llevaran al palacio imperial y que no la perdieran de vista, hasta que él regresara.

Catalina, en verdad, era tan extraordinariamente hermosa, que cuantos la veían quedaban prendados de su graciosa e incomparable belleza.

Concluidos los cultos religiosos, el emperador regresó a su mansión, mandó que llevaran a la doncella a su presencia, y sostuvo con ella el siguiente diálogo:

—Hemos oído —comenzó diciendo el césar— la elocuencia con que te expresabas; hemos quedado admirados de tu discreción y sabiduría; pero no pudimos entender bien todo lo que decías, porque teníamos nuestra atención repartida entre lo que hablabas y los sacrificios que se estaban ofrendando a los dioses. Vamos, pues, a reanudar nuestro coloquio; pero antes deseo saber quién eres y a qué familia perteneces.

Catalina respondió:

— «Cuando hables de ti —dice un aforismo— ni te ensalces ni te abatas». Prudente consejo que los necios, por afán de vanagloria, no suelen tener en cuenta. Quiero hacer constar que, si comienzo declarando la nobleza de mi linaje, no lo hago por jactancia, sino humildemente y por amor a la verdad. Me llamo Catalina. Soy hija única. Mi padre fue el rey Costo, ya difunto. He nacido, pues, entre púrpuras. Poseo una cultura nada mediocre; más bien, bastante elevada, adquirida mediante el estudio de las artes liberales; pero con la misma sinceridad te aseguro que ni la nobleza de mi cuna ni mi formación intelectual me producen el menor engreimiento. Todo eso me importa muy poco. Lo único que me interesa es mi Señor Jesucristo a cuyo amor vivo consagrada. Los dioses que tú veneras no pueden ayudar a nadie; ni a ti ni a los demás. Quienes confiáis en ellos sois verdaderamente desgraciados. ¿Cómo es posible que no os deis cuenta de que por mucho que los invocáis jamás acuden a socorreros en vuestras necesidades ni a consolaros en vuestras tribulaciones ni a libraros de los peligros?

—Si fuese cierto esto último que acabas de decir —replicó el emperador—, resultaría que todo el mundo, menos tú, estaría equivocado. Si siempre y en todas partes se ha tenido por fiable el testimonio coincidentemente aducido por dos o tres personas, con mayor razón debemos fiarnos de lo que dicen y creen, no dos o tres, sino infinidad de testigos de todos los tiempos y de todas partes. Si, pues, nadie tomaría en serio lo que dices, ni siquiera en el supuesto de que fueses un ángel o una voz bajada del cielo, ¿cómo siendo meramente una mujer y por mujer criatura frágil y falible, pretendes que demos importancia a cualquier cosa que digas?

—No te irrites, césar, te lo ruego. No te irrites —repuso Catalina—. El ánimo del varón prudente no debe dejarse dominar por la turbación. Recuerda lo que dice un poeta: «Si sigues los dictados de la razón, te comportarás como un rey; pero si te dejas influir por las pasiones de tu cuerpo, actuarás como un esclavo».

—Me parece —comentó el césar— que eres muy astuta y que traes a colación con malvada habilidad esas citas de los filósofos para hacernos caer en tus perniciosas redes.

Comprendió el emperador que él carecía de preparación para sostener airosamente un debate con aquella joven tan instruida y erudita; convencido de su falta de competencia para llevar por sí mismo la voz cantante en tan difícil empresa, escribió una serie de cartas y las envió secretamente a los gramáticos y retóricos más famosos del Imperio indicándoles que debían presentarse urgentemente en Alejandría para mantener ante el público una importante controversia con cierta joven, asegurándoles que los que lograsen rebatir los argumentos de la contrincante y vencerla, recibirían en premio multitud de recompensas. A la llamada del césar acudieron a la cita, procedentes de diversas provincias, cincuenta oradores célebres entre sus conciudadanos por su sabiduría en todas las ramas de las ciencias de la naturaleza. Al presentarse ante el emperador, le preguntaron:

—Señor, ¿cómo es que nos habéis hecho venir a Alejandría desde tan lejos?

Contestóles él:

—Hay en esta ciudad una doncella con un sentido común admirable e incomparablemente discreta. Esta joven sostiene que todos nuestros dioses son demonios, y, hata ahora, ninguno de los sabios que con ella han discutido han conseguido refutar convenientemente tales afirmaciones. Si vosotros lográis vencerla, no os pesará haber venido de tan lejos, porque regresaréis a vuestras casas cargados de riquezas y de honores.

Entonces, uno de aquellos sabios, indignado y en voz alta y colérica exclamó:

—¡Vaya ocurrencia la de nuestro emperador! ¡De manera que nos ha hecho venir desde los lugares más remotos de la tierra a nosotros, los hombres más conspicuos del mundo, para disputar con una muchachuela que ni sabrá lo que dice! Para eso hubiera sido suficiente enfrentarla con uno cualquiera de nuestros discípulos; el menos aventajado de ellos está capacitado, sin duda alguna, para derrotar facilísimamente a esa atrevida y necia jovenzuela.

—¡Bueno!, dijeron los demás. Ya que hemos venido, que traigan a la mocita. Seguramente, en cuanto nos vea, al darse cuenta de que jamás ha estado ante hombres verdaderamente sabios, se asustará y se retractará espontáneamente de sus temerarias afirmaciones.

Catalina, al enterarse de que el emperador había organizado la celebración de un certamen en el que ella tendría que tomar parte, se encomendó al Señor y, mientras oraba, se le apareció un ángel y le dijo: «No te preocupes; acude tranquila a la controversia y defiende tus convicciones con constancia, serenidad y firmeza. Yo te aseguro que no sólo ninguno de tus oponentes te derrotará, sino que, por el contrario, tú los convencerás a ellos y los dejarás preparados para que afronten el martirio y lo afrontarán y recibirán la palma de la victoria».

Conducida la santa al lugar en que el debate iba a celebrarse, al verse ante tantos controversistas, dijo al emperador:

—¿Crees que es justo esto que haces de enfrentarme a mí, una muchacha sola, nada menos que con cincuenta oradores? ¿Dónde está tu sentido de la equidad? Además: a ellos les has prometido que si me vencen les otorgarás numerosas mercedes; mientras que a mí me obligas a contender sin la menor esperanza de recibir de tu mano ninguna recompensa. Pero de lo que te digo no deduzcas que les tengo miedo; nada de eso; a pesar de la desigualdad de fuerzas, competiré, triunfaré y recibiré como premio a mi Señor Jesucristo, galardón y corona de los que combaten en defensa de su causa.

En el transcurso de la polémica los oradores sentaron la tesis de que era imposible que Dios se hubiese hecho hombre y hubiera padecido. Catalina replicó demostrándoles que lo que ellos calificaban de imposible y absurdo había sido vaticinado con mucha antelación por algunos gentiles; les citó un pasaje de Platón en el que este filósofo, para dar una idea de Dios, lo comparó con una esfera mutilada, al modo de una media luna en constante movimiento circular; les citó las palabras de la Biblia: «Dichoso el Dios que pende colgado de un madero»; y durante la controversia refutó con tal sabiduría, rapidez, contundencia y con argumentos tan claros los asertos de sus contrarios y las objeciones de sus oponentes, que llegó un momento en que los oradores, acorralados por ella, quedaron atónitos y se vieron obligados a guardar silencio y a permanecer como mudos, porque ninguno de ellos sabía contestar a las preguntas de Catalina ni replicar a las respuestas que ella misma daba. El césar, al verlos tan anonadados, terriblemente enfurecido, se encaró con los cincuenta y les dijo:

—¿No os da vergüenza haberos dejado derrotar tan manifiestamente y humillantemente por una muchachuela?

A esta increpación, el que gozaba de mayor prestigio entre sus compañeros, respondió de esta manera:

—Emperador, quiero que sepas que hasta ahora cuantos se han atrevido a disputar con nosotros han resultado inmediatamente vencidos. Esto que nos ha ocurrido hoy es tan insólito como extraño. Estamos tan profundamente impresionados ante esta jovencita, por cuya boca habla el espíritu de Dios, que ni sabemos responder a las preguntas que nos hace, ni, sobrecogidos de reverencia, somos capaces de replicar a cuanto dice en relación con Cristo. Ahora es a ti a quien toca demostrarnos que los dioses en quienes hasta hoy hemos creído superan en categoría al que adora esta doncella; ten por cierto, que si no consigues demostrárnoslo con argumentos irrebatibles, todos nosotros nos convertiremos al cristianismo.

Al oír las anteriores palabras, el tirano se enfureció de tal modo, que con ademanes violentos mandó preparar a toda prisa una hoguera en la plaza principal de la ciudad para quemar vivos a los cincuenta sabios, a los cuales se acercó Catalina y animó a que aceptaran con fortaleza de ánimo el martirio, instruyéndolos al mismo tiempo en las verdades fundamentales de la religión cristiana. Como los oradores se lamentaran de no poder recibir antes de morir el bautismo, la santa los tranquilizó diciéndoles:

—No os preocupéis por eso; Dios reconocerá a vuestra sangre, derramada por fidelidad a él, un valor y unos efectos idénticos a los que tiene y produce el agua bautismal y pondrá sobre vuestras almas la misma corona que pone sobre las almas de los bautizados.

Al ser arrojados a la hoguera, los cincuenta sabios hicieron sobre sus cuerpos la señal de la cruz. Sofocados por el humo, todos ellos devolvieron sus espíritus al Señor sin que el fuego quemara ni mínimamente lesionara sus carnes, ni siquiera chamuscara las ropas que llevaban puestas.

Poco después de que los cristianos recogieran los incólumes cuerpos de los santos mártires y les dieran piadosamente sepultura, el tirano habló nuevamente con la virginal Catalina y le dijo:

—¡Oh virtuosa doncella! Considera cuán joven eres; procura conservar tu juventud y belleza. He decidido llevarte a mi palacio para que en él ocupes el puesto de primera dama, delante de todas las demás, exceptuada la emperatriz. En tu honor haré erigir una estatua en el centro de la ciudad y mandaré que a tu efigie se tributen homenajes de diosa...

Sin dejarle terminar su discurso, Catalina le atajó diciéndole:

—¡Calla y no digas más bobadas! Si de verdad han pasado por tu mente semejantes tonterías, con sólo pensarlas has cometido un crimen. Yo estoy consagrada a Cristo; me considero su esposa; El es mi gloria, mi cariño, mi dulzura y el objeto de mis complacencias. Ni los halagos ni las amenazas, ni siquiera los tormentos, conseguirán apartarme del amor que le profeso.

Oída la réplica de la santa, el emperador, ciego de ira, mandó que la desnudaran y la azotaran con *escorpiones,* cadenas de hierro acabadas en afilados garfios, y después ordenó que la encerraran en un obscuro calabozo y la mantuvieran en él durante doce días, completamente incomunicada y privada de toda clase de alimentos.

Mientras Catalina permanecía en la mazmorra, sometida a la obscuridad y a la tortura del hambre, el emperador, obligado por necesidades de su oficio, y apremiado por el deber de resolver determinados asuntos urgentes, tuvo que salir de Alejandría y emprendió un largo viaje a tierras de otra región. La emperatriz, movida por la simpatía que la prisionera le inspiraba, aprovechando la ausencia de su esposo, una noche, acompañada de un general del ejército llamado Porfirio, se presentó secretamente en la prisión, y al entrar en el calabozo en el que tenían encerrada a la santa, quedó sumamente sorprendida al ver que la mazmorra estaba inundada de claridad, y que unos ángeles acompañaban a la doncella y le curaban con ungüentos las llagas que los escorpiones habíanle producido en el cuerpo. Catalina correspondió a la cortesía de la emperatriz exponiéndole la doctrina cristiana, hablándole de la eterna bienaventuranza, convirtiéndola a la fe de Cristo, y anunciándole que también ella sería recompensada con la corona del martirio. Las dos mujeres estuvieron hablando de estas cosas hasta más allá de la media noche. Porfirio, conmovido por cuanto en aquella visita vio y oyó, se postró a los pies de la santa, se convirtió al cristianismo, y con él se convirtieron otros doscientos soldados.

Durante aquellos doce días, en que por orden del emperador no habría de servirse a la prisionera ninguna clase de comida, Cristo la alimentó con un manjar celestial que una blanquísima paloma

llevaba cotidianamente desde el cielo hasta la prisión.

En la última de las doce jornadas, el Señor, escoltado por infinidad de ángeles y de vírgenes, se apareció a Catalina y le dijo:

—Hija mía, permanece firme en tu fe. Yo, tu creador, quiero recompensar cuanto por mi nombre padeces, velando por ti y estando continuamente a tu lado.

Apenas el emperador regresó de su viaje, mandó que sacaran a la prisionera del calabozo y que la llevaran a su presencia; y como viera más sana y hermosa que nunca a la que él esperaba hallar abatida y macilenta tras doce días de riguroso ayuno, sospechó que alguien, durante su ausencia, habíale llevado alimentos a la cárcel; movido por tal sospecha, ciego de ira, ordenó que los carceleros de la doncella fuesen severísimamente castigados. Entonces la joven manifestó:

—Ninguno de tus hombres me ha proporcionado el menor sustento. Ha sido Cristo, quien diariamente me ha alimentado por medio de sus ángeles.

Calmado el emperador, dijo a Catalina:

—Te ruego que me escuches atentamente, que consideres muy a fondo y con serenidad la proposición que voy a hacerte y que te abstengas de responder a ella con palabras enigmáticas. Yo no pretendo hacer de ti una esclava; al contrario, quiero convertirte en reina, deseo cubrirte de honores, poderes y privilegios y hacerte participar de las glorias del Imperio.

—También yo te ruego a ti, replicóle Catalina, que me escuches con atención y que medites a fondo y con calma mi respuesta; y mi respuesta consiste en invitarte a que contestes a una pregunta que voy a formularte; puesta en la necesidad de elegir entre estas dos cosas, ¿por cuál de ellas debo optar? ¿Por continuar consagrada a un esposo omnipotente, hermoso, glorioso y eterno, o por abandonar a este esposo celestial y entregarme a un hombre como tú, débil, feo, despreciable y perecedero?

El emperador, nuevamente invadido por la cólera y fuera de sí, respondió:

—Puesto que hablas de alternativas, aquí tienes otra. ¿Qué prefieres? ¿Seguir viviendo, a cambio de ofrecer sacrificios a los dioses, o morir entre torturas? Decide inmediatamente.

Inmediatamente, como el emperador quería, Catalina respondió:

—La elección ya está hecha y la decisión tomada. Dispón rápidamente que me apliquen cuantas torturas seas capaz de imaginar. Estoy deseando ofrecer cuanto antes toda mi sangre y mi vida a Cristo, del mismo modo que El ofreció su sangre y su vida por mí. El es mi Dios, mi amor, mi guía, y mi único y verdadero esposo.

Entonces uno de los prefectos se acercó al emperador y le dijo:

—De aquí a tres días podremos tener preparadas cuatro ruedas cuajadas de agudísimos clavos y de pequeñas sierras dentadas. Será un instrumento de tortura verdaderamente horroroso; si lo aplicamos a esta doncella su cuerpo en poco rato quedará acribillado y hecho trizas por los pinchazos de los garfios y por las sajaduras de las sierras. Además conseguiremos otro efecto muy interesante: los cristianos que contemplen este espectáculo, que resultará realmente atroz, quedarán aterrorizados, escarmentarán en cabeza ajena y abandonarán su religión.

La sugerencia del prefecto y sus indicaciones parecieron muy bien al césar, quien, sin dudarlo un momento, ordenó que procedieran sin pérdida de tiempo a la confección del artefacto, y que lo montaran de tal modo que de las cuatro ruedas dos giraran en un sentido y las otras dos en sentido contrario, porque de esta manera, tendiendo a la víctima boca abajo, mientras unas laceraban la superficie inferior de su cuerpo, las otras lacerarían su superficie superior, y girando las ruedas en sentido opuesto e imprimiéndoles gran velocidad, al luchar fuertemente entre sí unas con otras, las rasgaduras que producirían en la carne de la joven serían más profundas y violentas.

Catalina, que estaba oyendo estos comentarios, interiormente oró al Señor y le pidió que, para alabanza de su divino nombre y para edificación de las muchas personas que presumiblemente habrían de asistir al proyectado espectáculo, destruyese la máquina aquella tan pronto como trataran de ponerla en funcionamiento. Dios escuchó la oración de su sierva; y, en efecto, cuando el artefacto comenzó a girar a vertiginosa velocidad, un ángel hizo saltar las ruedas con tal fuerza que al dispersarse sus fragmentos en diversas direcciones y chocar violentamente contra los espectadores, mató a cuatro mil de ellos, todos los cuales eran paganos. La emperatriz había acudido también a contemplar el doloroso espectáculo, pero, para no ser vista, asistía a él desde un altozano que

había a cierta distancia; y al advertir lo ocurrido, descendió presurosamente de la loma, se acercó a su marido, se encaró con él y con palabras muy severas le reprochó su crueldad. El emperador, fuera de sí por la cólera, trató entonces mismo de obligar a su esposa a que ofreciera sacrificios a los ídolos; y como la esposa se negara y manifestara el desprecio que los ídolos le inspiraban, el esposo, ciego de ira, ordenó a sus esbirros que inmediatamente, delante de él, arrancaran de cuajo los pechos a la emperatriz y que seguidamente le cortaran la cabeza. Mientras los verdugos se disponían a ejecutar estas órdenes del emperador, la emperatriz suplicó a Catalina:

—Ruega por mí al Señor.

Catalina respondió a la emperatriz:

—¡No tengas miedo, dichosa señora mía y amada de Dios! Hoy mismo tus dignidades terrenas y tus perecederos títulos de grandeza temporal se trocarán en dignidades y títulos eternos. Tu reinado efímero de aquí abajo se convertirá en un reinado perenne en el cielo. A cambio de un marido mortal que tan cruelmente te trata, obtendrás mediante tu martirio un esposo divino del que nunca te separarás.

Animada y confortada con estas palabras de la santa, la emperatriz valientemente dijo a los verdugos:

—Ejecutad cuanto antes las órdenes que vuestro amo os ha dado.

Los verdugos condujeron a la señora hasta un lugar un tanto alejado de allí, y con punzones de hierro le arrancaron los pechos, y luego con el filo de una espada le segaron el cuello y la decapitaron. Porfirio consiguió hurtar piadosamente el cuerpo de la mártir y lo enterró reverentemente.

Al siguiente día el tirano, al enterarse de que por mucho que buscaban sus soldados el cadáver de la emperatriz no lograban dar con su paradero, sumamente irritado, mandó castigar con durísimos tormentos a las personas a las que hacía responsables de la desaparición de los restos de su esposa; mas cuando Porfirio tuvo conocimiento de esto, se presentó espontáneamente ante el césar, que a la sazón se hallaba rodeado de numerosos cortesanos y miembros de su guardia personal, y en presencia de toda aquella gente dijo al emperador:

—No culpes a nadie más que a mí de la desaparición del cuerpo de la emperatriz. Quiero que sepas estas dos cosas: que soy cristiano, y que he sido yo, y solo yo, quien por mi cuenta me apoderé del cuerpo de tu esposa y lo enterré reverentemente.

El tirano, al oír esto, cual si se hubiese vuelto repentinamente loco, dio un terrible grito de rabia y fuera de sí exclamó:

—¡Oh miserable de mí! ¡Desdichado más que nadie en el mundo me siento! ¿Cómo es posible que Porfirio, el más querido de mis amigos, mi mejor consejero, mi más fiel confidente, el hombre en quien yo desahogaba mis cuitas y penas, me haya traicionado de esta manera? ¡Decidme, ministros de mi corte! ¡Decidme, jefes y soldados de mi escolta! ¿Qué debo hacer con este traidor?

A esta pregunta respondieron todos los presentes, manifestando que también ellos eran cristianos y que estaban dispuestos a morir, pero no a renegar de su fe.

En oyendo esta declaración colectiva y unánime, el césar, rugiendo de furor, los condenó a todos a muerte, con Porfirio a la cabeza, mandando que fuesen degollados y que sus cuerpos quedasen a la intemperie para que los perros los devorasen.

Una vez que todos aquellos hombres fueron ejecutados, el emperador hizo comparecer nuevamente ante sí a Catalina y le dijo:

—A pesar de que con tus artes mágicas lograste engañar a la emperatriz, y de que eres por tanto responsable de su muerte, estoy dispuesto a perdonarte. Si renuncias a tu religión, compartirás conmigo el trono imperial y ocuparás el puesto de soberana de mi palacio. Pero tienes que decidirte hoy mismo. Así, pues, una de dos: o adoras a los dioses, o antes de que anochezca morirás.

Catalina le respondió:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que lleves a cabo lo más pronto posible tus amenazas? ¿Cuántas veces he de repetirte que estoy dispuesta a soportar toda clase de tormentos, pero no a aceptar tus proposiciones?

En vista de semejante respuesta , el césar mandó que aquel mismo día la santa fuese decapitada.

Al llegar al lugar en que la sentencia iba a cumplirse, Catalina levantó sus ojos al cielo y exclamó:

—¡Oh esperanza y salvación de los creyentes! ¡Oh esplendor y gloria de las vírgenes! ¡Oh Jesús, rey de bondad! ¡Te suplico que escuches benignamente y favorablemente despaches las peticiones y deseos de cuantos, puestos en cualquier tribulación o a la hora de su muerte, recordando mi martirio invoquen mi nombre!

Respondiendo a esta plegaria oyóse entonces una voz procedente de lo alto que decía: «¡Ven amada mía, esposa mía, ven! ¡Ven, que ya están abiertas las puertas del paraíso para que entres en él! ¡Yo te prometo que ampararé con mis divinos auxilios a todos los que recuerden lo mucho que has sufrido por mí y honren tu memoria!

Momentos después Catalina fue decapitada, pero de sus heridas no brotó sangre, sino leche. Los ángeles recogieron su cuerpo y lo trasladaron al monte Sinaí disntante veinte días de camino del lugar en que fue martirizada, y en el dicho monte lo sepultaron. Desde entonces, de los huesos de la santa emana permanentemente un delicioso aroma que devuelve la salud a cuantos enfermos lo aspiran.

Santa Catalina padeció su martirio por orden del tirano Majencio, o por orden del tirano Maximino, que comenzó a reinar hacia el año 310 de la era del Señor. En la historia de la Invención de la Cruz quedó referido cómo murió Majencio, castigado por Dios tanto por este crimen como por otros muchos que cometió.

De un monje de Ruan se cuenta que, habiendo ido al monte Sinaí en donde permaneció siete años dedicado al servicio de la santa, un día, mientras le estaba pidiendo insistentemente que le concediera alguna partecilla de su cuerpo como reliquia, de pronto de una de las manos de la bienaventurada mártir se desprendió uno de sus dedos y que el monje, lleno de alegría lo recogió considerándolo como un regalo divino y que lo trasladó a su propio monasterio.

En la historia de santa Catalina se refiere también este caso: Un hombre muy detovo de la santa durante muchos años se encomendó frecuentemente a ella, pidiéndole en sus oraciones que velara por él; pero luego, poco a poco fue perdiendo la devoción que le profesaba hasta que, finalmente, a causa de la desidia y pereza que se habían apoderado de su ánimo, dejó de invocarla. Un día, estando en oración, vio pasar ante él un desfile de innumerables doncellas todas muy hermosas, pero entre ellas había una que destacaba sobre las demás por su impresionante belleza; mas he aquí que ésta, al cruzar por delante de él, se cubrió la cara con un velo. Impresionado por la hermosura de la joven y sorprendido de que al pasar por donde él estaba se hubiera tapado el rostro, preguntó a las que desfilaban a continuación de ella:

—¿Quién es esta joven tan extraordinariamente bella y por qué al pasar frente a mí ha ocultado sus facciones?

Una de las del cortejo, le respondió:

—Es Catalina, la santa quien tú en otros tiempos solías encomendarte con frecuencia; pero como has dejado de invocarla y parece que ya no quieres mantener trato alguno con ella, al pasar por delante de ti ha velado su cara para evitar que la vieras.

Cinco cosas especialmente dignas de admiración caracterizaron a esta santa: su sabiduría, su elocuencia, su fortaleza, su purísima castidad y los muchos privilegios con que Dios quiso honrarla.

Primera. Santa Catalina se presenta ante nuestros ojos como un ejemplar admirable de sabiduría. Así es, en efecto. Esta insigne doncella dominó todas las ramas de la ciencia filosófica. La filosofía, o sabiduría por antonomasia, se divide en teórica, práctica y lógica. La teoría, según algunos tratadistas, comprende tres tipos del saber humano: las ciencias del entendimiento, las llamadas naturales y las de índole matemática. Santa Catalina poseyó perfecto dominio de estos tres grupos de ciencias. Conoció a fondo las del entendimiento, o sea, las relativas a cuestiones divinas, y utilizó estos altos conocimientos intelectuales en sus controversias con los retóricos. Precisamente por la profundidad y competencia con que dominaba estas materias pudo demostrar a sus oponentes que no hay más que un Dios verdadero, y convencerlos de que aquellos a quienes ellos veneraban como dioses no lo eran. Dominó las ciencias naturales, que son las que tienen por objeto el conocimiento de la materia, y utilizó esta clase de sabiduría en sus disputas con el emperador, como anteriormente hemos visto. Poseyó una enorme cultura en relación con las ciencias de índole matemática. Pruébase esto por el menosprecio que sintió hacia los bienes de este mundo. Estas ciencias, según Boecio, tratan de las formas, con abstracción de todo tipo de materia. Que santa Catalina fue sumamente experta en esta clase de conocimientos matemáticos se demuestra por lo alejado que mantuvo su ánimo de todo género de amor material, y por la actitud que observó frente al emperador, a quien, cuando éste le preguntó quién era, le respondió: «Me llamo Catalina; soy hija del rey Costo, mas aunque he nacido entre púrpuras y riquezas, etc... ». Demuéstrase también por su comportamiento con la emperatriz, a la que persuadió de que debía despreciar los bienes de este mundo y no preocuparse

demasiado de sí misma, y animó para que deseara por encima de todo la felicidad del reino de los cielos. La filosofía o sabiduría práctica abarca tres clases de conocimientos: los éticos o morales, los económicos y los públicos o políticos. Los éticos tienen por objeto enseñar al hombre, en cuanto individuo, a ordenar convenientemente su vida privada y a comportarse virtuosamente. Los económicos se ordenan a regular adecuadamente los asuntos familiares; por eso, los principales destinatarios de esta clase de conocimientos son quienes están llamados a ejercer la función de cabeza de familia. Los políticos aprovechan especialmente a los rectores de la vida pública, pues enseñan a éstos a gobernar debidamente las poblaciones, las ciudades y la república en general. Veamos cómo santa Catalina poseyó profundos y amplísimos conocimientos en estas tres clases de ciencia en que se divide la sabiduría o filosofía práctica. Dominó el saber ético: pruébalo la honestidad y acierto con que se condujo en su vida privada. Fue sumamente experta en cuestiones económicas: merced a éste género de saberes, al quedarse huérfana, pese a su juventud, fue capaz de administrar y muy competentemente por cierto, la cuantiosa fortuna que su padres le dejaron, y gobernar laudablemente una casa tan grande y complicada como la suya, a la que estaban vinculados numerosísimos criados y siervos. Se desenvolvió con gran maestría en asuntos de naturaleza política: esto se demuestra a través de los sapientísimos consejos que en diversas ocasiones dio al emperador acerca de cómo tenía que ejercer su oficio de gobernante público. La lógica se subdivide en tres partes llamadas respectivamente demostrativa, probable y sofística. Utilizan la demostrativa los filósofos; emplean la probable los retóricos; recurren a la sofística los comúnmente conocidos por el nombre de sofistas. En la presente historia hemos visto ya como santa Catalina, en sus controversias, manejó las tres modalidades de la lógica. Recordemos por vía de ejemplo lo que en páginas anteriores dejamos escrito: «Seguidamente, tal como estaba, de pie, y allí mismo, a la puerta del templo pagano, mantuvo con el césar un prolongado debate y, por medio de innumerables silogismos, perfectamente dialécticos, recurriendo a alegorías y metáforas, y aduciendo argumentos unas veces rigurosamente realistas y otras místicos, demostró la verdad de una serie de proposiciones».

Segunda. Santa Catalina fue admirable por su elocuencia. Para probar el alto grado en que poseía esta cualidad, podemos aducir la facilidad con que de su boca fluían sus palabras cuando predicaba; la claridad de los argumentos que esgrimía al razonar, como cuando, discutiendo con el emperador en una ocasión que anteriormente hemos referido, le dijo: «Te admiras al contemplar este templo fabricado por manos humanas, etc.»; la dulzura con que se ganaba el afecto de las personas de buena voluntad, como se ganó el de Porfirio y el de la emperatriz, a quienes con la suavidad de sus palabras condujo hacia la fe de Cristo; y, finalmente, la eficacia con que convencía a sus oponentes, eficacia que se puso de manifiesto durante la controversia que sostuvo con los cincuenta oradores, a los cuales absoluta y definitivamente dejó ganados para la causa que ella defendía.

Tercera. Fue Santa Catalina admirable por su fortaleza. Esta fortaleza quedó claramente demostrada en las siguientes tres actitudes de la santa: a) En la inquebrantable constancia con que soportó y despreció las reiteradas amenazas a que fue sometida por parte del emperador, al que cada vez que trataba de intimidarla contestaba de esta manera: «Aplícame enseguida cuantos tormentos seas capaz de imaginar, porque estoy deseando ofrecer mi vida y mi sangre por Cristo»; o de esta otra: «Manda que comiencen ahora mismo a darme esas torturas que tienes proyectadas, y comprobarás cómo las soportaré sin desfallecimiento de mi ánimo». b) En la energía con que rechazó los halagos y recompensas que el césar le ofrecía. Cuando éste le prometió que la instalaría en su palacio y la colocaría en el puesto inmediatamente siguiente al de la emperatriz, la santa le interrumpió diciéndole: «¡Calla y no digas más bobadas! ¡Si de verdad han pasado por tu mente semejantes tonterías, con sólo pensarlas has cometido un crimen!» c) En la entereza con que aguantó los tormentos a que fue sometida, entre ellos el de la prisión en el calabozo y el de las ruedas.

Cuarta. Santa Catalina fue admirable por su purísima castidad. En efecto, la santa conservó incólume su pureza a pesar de que su vida transcurrió en un ambiente poco propicio y hasta muy peligroso para la observancia de esta virtud, porque hay cinco cosas que hacen sumamente difícil la perseverancia en la guarda de la castidad, a saber: la abundancia de riquezas, pues las riquezas permiten llevar una vida muelle, fácil para el debilitamiento del espíritu; determinadas ocasiones, aptas de suyo

para arrastrar a las personas que en ellas se encuentran hacia el pecado de lascivia; la edad juvenil, en la que la presión de la lujuria es más fuerte; la libertad, poco amiga de frenos; y la belleza, que por sí es provocativa. Todas estas cinco circunstancias se dieron en el caso de Catalina, pero, de hecho, ni separadas ni juntas constituyeron obstáculo insuperable para que la santa doncella conservara su purísima castidad. De haber querido pecar, muchas ocasiones y oportunidades tuvo para hacerlo, puesto que era inmensamente rica y única dueña de la cuantiosa hacienda que heredó de sus padres, vivía como ama y señora en un grandioso palacio, y disponía de muchos criados constantemente dispuestos a obedecerla y complacerla; era joven y libre, y nadie mandaba en ella. Estas cuatro circunstancias quedaron implícitamente consignadas al comienzo de esta historia, en el pasaje que dice: «A sus dieciocho años de edad, estando un día recogida en el inmenso palacio en que vivía como única dueña y señora del mismo, rodeada de criados y de riquezas... etc.». Pero además esta santa era increíblemente bella; recuérdese que en otro lugar de esta historia dijimos: «Era Catalina tan extraordinariamente hermosa, que cuantos la veían quedaban prendados de su gracia y de su incomparable belleza».

Quinta. Esta santa es digna de nuestra admiración por los muchos privilegios con que el Señor quiso honrarla. A este propósito conviene notar que Dios ha favorecido a ciertos santos otorgándoles a la hora de su muerte algún beneficio especial; por ejemplo, a Juan Evangelista concedióle la merced de que se le apareciera Cristo; a san Nicolás, que de sus huesos fluyera aceite; a san Pablo, que de su sepulcro manara leche; a san Clemente, labróle un mausoleo bajo las aguas del mar; a santa Margarita favoreció aceptando su petición de que atendiera las oraciones de cuantos se encomendaran a ella. Pues bien, a santa Catalina otorgóle el Señor no meramente alguno de los mencionados privilegios, sino todos ellos, como se desprende de lo que hasta ahora llevamos dicho en la presente historia.

Digamos, para terminar, que ciertos autores dudan acerca de si fue Majencio o fue Maximino quien mandó martirizar a esta santa. Para aclarar esta cuestión conviene advertir que cuando Catalina murió eran tres los emperadores que estaban al frente del Imperio: Constantino, que había sucedido en el cargo a su padre; Majencio, hijo de Maximiano, proclamado *augusto* por los soldados pretorianos de Roma; y, finalmente, Maximino, que con el título de *césar*, ejercía funciones imperiales en oriente. De las crónicas se infiere que, cuando Catalina vivía, gobernaban el Imperio y ejercían su tiranía sobre los cristianos Majencio en Roma y Maximino en las provincias orientales. Parece, pues, que quien mandó martirizar a santa Catalina fue Maximino. Cierto que en algún libro se lee que fue Majencio, pero en opinión de varios comentaristas se trata de un error debido a que el autor de tal libro, equivocadamente o por descuido, donde debió escribir Maximino, escribió Majencio.

Capítulo CLXXIII

SAN SATURNINO, SANTA PERPETUA, SANTA FELICIDAD Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES

Saturnino, ordenado de obispo por los discípulos de los apóstoles, se fue a Tolosa para ejercer su ministerio, y, tan pronto como entró en la ciudad, los demonios que en ella había enmudecieron y dejaron de corresponder a las peticiones que los paganos les hacían. Uno de estos paganos comenzó a propalar entre el pueblo que, mientras no mataran a Saturnino, lo dioses permanecerían insensibles a sus demandas. Los tolosanos, soliviantados por la campaña de su convecino, se amotinaron contra el obispo, se apoderaron de él, lo llevaron a lo alto de la ciudadela, trataron de obligarle a ofrecer sacrifi-

cios a los ídolos, y, como se negara a ello, lo ataron a la pata de un toro, aguijonearon al animal y éste salió corriendo escalinatas abajo, arrastrando tras sí al santo, cuya cabeza, al rebotar una y otra vez en los peldaños, quedó tan destrozada, que sus sesos saltaron y se esparcieron por el graderío del capitolio. De este modo fue martirizado san Saturnino. Dos mujeres recogieron su cuerpo y, secretamente, por miedo a los paganos, lo enterraron en el fondo de un barranco. Posteriormente, uno de los sucesores del santo obispo lo desenterró y trasladó sus restos a un lugar más decoroso.

Hubo otro Saturnino a quien un prefecto de Roma encarceló y, tras haberlo tenido en prisión bastante tiempo, lo sometió al tormento llamado del potro, hizo que lo azotaran con varas, con nervios de buey, y con cadenas terminadas en afilados garfios, o *escorpiones;* y con quemaduras, obligándole a acostarse sobre el enlosado de un horno cuyos ladrillos estaban al rojo vivo, y por fin lo condenó a muerte y fue decapitado hacia el año 286, en tiempos del emperador Maximiano.

Conocemos la existencia de un tercer Saturnino, africano de nación y hermano de san Sátiro. Este Saturnino fue martirizado juntamente con su hermano Sátiro y con Revocato, y con una hermana de éste llamada Felicidad, y con Perpetua, doncella de familia muy noble. El martirio de este grupo de santos se conmemoraba antiguamente con mucha solemnidad. Todos ellos fueron encarcelados por negarse rotundamente a obedecer a cierto procónsul que trataba de obligarlos a que ofreciesen sacrificios a los ídolos. Cuando el padre de Perpetua se enteró de que su hija estaba encarcelada, acudió llorando a la prisión, se presentó ante su hija, y le dijo:

—Pero, hija mía, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido deshonrar de este modo a nuestra familia? Jamás miembro alguno de nuestro linaje ha pasado por el bochorno de verse encerrado en una cárcel.

Al contestarle la joven que si estaba en semejante sitio era por ser cristiana, su padre, en un arrebato de ira, arrojóse sobre ella y quiso arrancarle los ojos con sus propias manos; mas luego, profiriendo grandes gritos de indignación, se separó de su hija y salió del presidio.

Aquella misma noche Perpetua tuvo una visión cuyo contenido refirió al día siguiente a su compañeros de esta manera:

—Vi una escalera de oro tan alta que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y tan estrecha que no podían subir por ella más que niños muy pequeños y de uno en uno. Quien ascendiera por esta escalera tenía que hacerlo con el cuerpo erguido, la cabeza alta y los ojos muy abiertos, mirando siempre hacia arriba, sin distraerse, y sin mirar ni hacia abajo ni hacia los lados, porque los banzos de la misma, lo mismo el derecho que el izquierdo, en toda su extensión estaban cuajados de cuchillos puntiagudos y de muy finas espadas con sus filos hacia dentro. Junto al primer peldaño, tendido en el suelo y en permanente acecho, había un fiero y descomunal dragón dispuesto a devorar a quien se acercara, de modo que cuantos llegaban al arranque de la escalera quedaban aterrados, y para librarse de las fauces del monstruo procuraban trepar por ella a toda prisa. Sátiro fue el primero de nosotros que subió por la susodicha escalera, y cuando llegó al último de sus peldaños, nos miró y nos dijo desde arriba: «No tengáis miedo del dragón; subid sin temor y venid a reuniros conmigo».

Del relato de Perpetua dedujeron sus compañeros de calabozo que a todos ellos les aguardaba el martirio, y llenos de alegría dieron gracias a Dios.

Poco después comparecieron ante el tribunal reunido para juzgarles, y al negarse a ofrecer sacrificios ante los ídolos, mandó el juez que separaran a Saturnino y a los varones de las dos mujeres, y luego preguntó a Felicidad:

—¿Estás casada?

Felicidad respondió:

—Sí; estoy casada, pero mi marido, en cuanto marido, no me interesa en absoluto.

Díjole el juez:

—Eres muy joven. Si quieres seguir viviendo mira por ti. Debes hacerlo con tanto mayor motivo cuanto que observo que estás preñada.

A esto contestó Felicidad:

—No pierdas el tiempo. Te advierto que no lograrás someterme a tu voluntad; de modo que ya puedes dictar sentencia y disponer lo que haya de ser de mí.

En esto se presentaron los padres de Perpetua llevando con ellos al marido y a un hijo de la santa, tan pequeño, que todavía mamaba.

El padre de la joven al ver a su hija ante el juez se prostergó en el suelo y con la cara pegada a la tierra exclamó:

—¡Dulcísima hija mía! Ten compasión de nosotros; de mí, que soy tu padre; de tu afligidísima madre; de tu atribulado esposo que no podrá vivir sin ti...

Como Perpetua oyera estas súplicas sin conmoverse, su padre se alzó del suelo, tomó en sus brazos al hijo de la santa y lo colgó al cuello de ésta y mientras él, su esposa y su yerno sostenían a la criatura para que no se cayera, llorando y besándola decíanle los tres:

—Ten compasión de nosotros; no nos abandones; no nos prives de tu compañía.

Perpetua, desprendiéndose de su hijo, de sus padres y de su marido, exclamó enérgicamente:

—¡Apartaos de mí! ¡No os conozco! ¡Dejadme en paz, enemigos de Dios!

Convencido el prefecto de que no podía hacer mella en la constancia y fortaleza de los cinco prisioneros, tras azotarlos y maltratarlos muy severamente durante largo rato, los encarceló de nuevo. Ya en la prisión, los cuatro compañeros de Felicidad, viéndola tan mal parada por los efectos de las torturas que los verdugos le habían infligido a pesar de estar preñada de ocho meses, profundamente apenados y llenos de compasión comenzaron a orar por ella, y en seguida de que empezaran a orar, la embarazada sintió los primeros dolores del parto y al poco rato parió un niño que nació vivo. Mientras lo paría, uno de los carceleros, al ver cómo la parturienta se retorcía con los dolores del parto, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer cuando el juez te llame de nuevo? Porque todo cuanto ahora estás sufriendo es nada en comparación con lo que te espera. Ten en cuenta que el prefecto te hará comparecer nuevamente ante él.

Felicidad le respondió:

—Los dolores que en estos momentos padezco son míos; a mí me corresponde padecerlos; en cambio, esas otras torturas que me tenga el prefecto reservadas, las padecerá Dios por mí.

Los prisioneros, finalmente, fueron sacados de la cárcel y llevados completamente desnudos con sus manos atadas a la espalda por las calles y plazas de la ciudad; después de pasearlos de este modo ante el público arrojáronlos a las fieras. A Sátiro y a Perpetua los devoraron unos leones; a Revocato y a Felicidad, unos leopardos. A Saturnino los verdugos le cortaron la cabeza con una espada.

Estos santos padecieron su martirio hacia el año 256, siendo emperadores Valeriano y Galieno.

Capítulo CLXXIV

SANTIAGO EL INTERCISO

El mártir Santiago, conocido popularmente por el sobrenombre de *el Interciso* o *el Cortado,* nació en la ciudad persa de Beth-Lapeta y perteneció a una familia muy noble por su abolengo, pero más noble aún por su acrisolada religiosidad. Cristianísimos fueron sus padres y cristianísima también fue su esposa.

Tan íntima era la amistad que existía entre Santiago y el rey de los persas, que éste convirtió a aquel en su valido, y le confirió en la corte cargos y empleos muy superiores a los que ejercían los otros altos dignatarios del reino.

Influido Santiago por el amor que el monarca le profesaba y por el que él a su vez sentía hacia el monarca, a quien no quería contristar en nada, accedió a dar culto a los ídolos. Pero en cuanto su madre y su esposa se enteraron de que había incurrido en esta claudicación, le escribieron una carta en la que le decían: «Por obedecer a un ser perecedero, has abandonado a quien por naturaleza es vida y autor de la vida. Por complacer a quien dentro de poco ha de convertirse en pestilente carroña, te has apartado de quien es esencialmente aroma exquisito y eterno. Para abrazarte con la mentira has renunciado a la verdad. Por agradar a un simple mortal has traicionado al supremo juez de vivos y muertos. En vista de tu actitud hacémoste saber que desde ahora serás para nosotras un ser extraño con el que nada tenemos que ver. Entérate bien de esto: de aquí en adelante no mantendremos contigo ninguna clase de trato».

Al leer esta carta, Santiago prorrumpió en amargos sollozos y, hablando consigo mismo, dijo:

«Si la madre que me engendró y la que era mi amantísima esposa me han repudiado, no puede caberme la menor duda de que también me ha repudiado mi propio Dios». Seguidamente, profundamente afligido y pesaroso del error en que había incurrido, envió un mensajero al rey para hacerle saber que él era cristiano. El rey, al recibir tal comunicación, llamó a Santiago a su presencia y le preguntó:

—¿Es verdad que eres nazareno?

—Sí, es verdad; soy nazareno —Le respondió Santiago.

—En ese caso —díjole el rey—, eres un mago.

—Dios me libre de semejante cosa —replicó el valido.

Seguidamente el monarca amenazó a su amigo con tales y cuales tormentos si no renegaba de la fe cristiana. Pero Santiago, tras oír la larga serie de amenazas, contestó al rey de esta manera:

—Tus conminaciones no me asustan; me tienen sin cuidado. Cuanto acabas de decirme y la ira con que lo has dicho han resbalado sobre mis oídos sin hacer mella en mi ánimo, como no hacen mella en las rocas los vientos huracanados que retumban sobre ellas.

—¡No seas insensato! ¡Obra como hombre discreto! ¡No me obligues a condenarte a muerte!, gritóle el rey.

—A eso que tú llamas muerte —replicó Santiago— yo lo llamaría con mayor propiedad sueño, porque la muerte consiste en quedarse uno dormido para depertar posteriormente mediante la resurrección.

—No te dejes seducir —aconsejóle el soberano— por las fantasías de los nazarenos. Verdad es que ellos dicen que la muerte consiste en quedarse uno dormido para despertar después, pero se engañan; y prueba de que se engañan es que los más poderosos emperadores tienen miedo a morir.

—Pues nosotros los cristianos —repuso Santiago—, no sentimos ese miedo, porque sabemos que la muerte es la puerta por la que se pasa a una vida mejor que hay más allá de ésta de la tierra.

El rey, tras oír el parecer de sus consejeros y amigos, y para que sirviera de escarmiento a otros, condenó a Santiago a la pena de una muerte lenta, mediante el procedimiento de trocear su cuerpo poco a poco.

Cuando lo estaban despedazando, como viera que algunos de los que contemplaban el macabro espectáculo lloraban amargamente, Santiago les dijo:

—No lloréis por mí; no me tengáis lástima; a través de este suplicio voy caminando y avanzando hacia la vida eterna. Llorad más bien por vosotros, que estáis dirigiendo vuestros pasos hacia suplicios imperecederos.

Apenas terminó de decir esto, uno de los verdugos le cortó el dedo pulgar de la mano derecha. Efectuada la amputación de dicho dedo, Santiago exclamó:

—¡Oh Nazareno, libertador! Yo te ofrezco este pequeño ramo recién desprendido del árbol de tu misericordia. ¡Oh experto cultivador de viñas! ¡Tú acabas de podar de la cepa de mi cuerpo un sarmiento para que mi vida germine y produzca fruto abundante y bueno!

Entonces el verdugo le dijo:

—Si asientes a la proposición del rey, no sólo no seguiré mutilándote, sino que mediante ciertos medicamentos te curaré las heridas que hasta ahora te he producido.

Santiago le respondió:

—¿No has observado nunca lo que ocurre con las vides? Cuando las podan, en los muñones que en ellas quedan al cortar los sarmientos, más tarde, a su debido tiempo y al calentarse la tierra brotan unas yemas. Si, pues, para que las vides germinen es preciso que antes pasen por las cortaduras de las podas, con mayor motivo los creyentes necesitamos ser podados para convertirnos mediante la fe en sarmientos de la vid verdadera que es Cristo.

Seguidamente el verdugo le amputó el dedo índice de la misma mano, tras lo cual Santiago exclamó:

—¡Oh Señor! ¡Ya te he devuelto dos de los ramos del árbol de mi cuerpo plantado por tu diestra en el huerto de la vida!

Cuando le cortaron el tercer dedo, dijo:

—Bendito sea Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, que ha tenido a bien librarme de tres enemigos! Uno mi voz de acción de gracias a las de los tres jóvenes arrojados en tiempos antiguos al horno de Babilonia, y seguro estoy de que resonará eternamente entre las del coro de los mártires alabando el nombre de Cristo, mi Señor.

Cuando le cortaron el cuarto dedo comentó:

—¡Oh protector de los hijos de Israel! ¡Tú que extiendes tus bendiciones hasta la cuarta generación, acepta el sacrificio de este cuarto dedo, que

yo, tu siervo, te ofrezco como una oblación que hubiera sido bendecida a través de Judá!

Cuando le amputaron el quinto dedo, dijo:

—¡Mi gozo es completo!

Los verdugos le propusieron:

—Todavía estás a punto de salvar tu vida; piénsalo bien. No importa que hayas perdido una mano; con una mano sola hay muchos, y algunos de ellos nadan en abundancia de riquezas y de honores.

Santiago les contestó:

—¿Habéis visto alguna vez que los pastores al esquilar las ovejas les corten solamente la lana del lado derecho y dejen intacta la del lado izquierdo? Si, pues, las ovejas, que son animales brutos, no tienen inconveniente en que las trasquilen totalmente, menos debo tenerlo yo, que soy animal racional, a que por amor de Dios me troceéis hasta el final.

Los verdugos reanudaron su tarea y le amputaron el dedo meñique de la mano izquierda, tras lo cual Santiago exclamó:

—¡Tú, Señor, ser soberano de todos los seres, quisiste hacerte por nosotros pequeño y hasta mínimo! En correspondencia a tu humildad, yo te devuelvo el cuerpo que me diste y el alma creada por ti y redimida con tu sangre que me regalaste.

Cuando le cortaron el séptimo dedo, dijo:

—¡Siete veces cada día debo, Señor, alabar tu santo nombre!

Cuando le amputaron el octavo comentó:

—Al octavo día de nacer Jesús fue circuncidado, igual que los demás hebreos, que ocho días después de su nacimiento se circuncidaban y mediante ese rito quedaban incorporados a las ceremonias legales. Que la abscisión de este octavo dedo sirva para que mi alma se separe totalmente de estos paganos que conservan su espíritu incircunciso y manchado con las impurezas de su prepucio. ¡Señor! ¡Por los méritos de esta nueva mutilación, concédeme la gracia de poder ver pronto la hermosura de tu divino rostro!

Cuando le cortaron el dedo noveno, dijo:

—A la hora *nona* Cristo murió en la cruz y entregó su espíritu al Padre. Yo quiero ofrecer el dolor que me produce la pérdida de este dedo que es el noveno, en acción de gracias a Dios.

Mientras le cortaban el dedo décimo, comentó:

—Diez son los preceptos del Decálogo; diez es el número que en el alfabeto hace la letra *jota*, con la que empieza el nombre de Jesús.

Algunos de los presentes, al verle despojado de todos los dedos de sus manos, le dijeron:

—Desde hace muchos años eres amigo nuestro. Tú sabes cuánto te queremos. El amor que te profesamos nos mueve a darte este consejo: si así lo deseas, sigue creyendo interiormente en Dios; pero para salvar tu vida haz ante el cónsul una declaración privada, manifestando que reniegas de la fe de los cristianos. Aunque hayas perdido los dedos de tus dos manos, todavía tus males tienen remedio, porque hay médicos muy competentes que pueden curarte las heridas y hacer que desaparezcan totalmente lo dolores que actualmente sientes.

Santiago les respondió:

—Jamás incurriré en tan abominable hipocresía. Quien pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de los cielos.

Al oír esta respuesta los verdugos se indignaron, tornaron a su tarea y le cortaron el dedo gordo del pie derecho, mientras Santiago decía:

—Cuando clavaron los pies de Cristo a la cruz, de las llagas que le hicieron con los clavos brotó sangre.

A continuación le amputaron el dedo inmediato y, cuando se lo hubieron amputado, Santiago exclamó:

—¡Hoy es el día más grande de mi vida! ¡Hoy he recuperado la fe en el Señor todopoderoso y hoy iré a reunirme con Él!

Cuando le cortaron el dedo tercero del pie derecho, al ver que el verdugo tiraba con desprecio el dedo recién cortado al suelo, el santo sonrió y dijo en voz alta:

—¡Dedo tercero de mi pie derecho! ¡Unete a tus compañeros! Para que el grano de trigo fructifique, es menester que muera. ¡Anda! Ponte al lado de los otros dedos muertos y descansa en paz junto a ellos hasta el día de la resurrección!

Cuando le cortaron el cuarto dedo pronunció estas palabras del salmista:

—*«¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí? Ten confianza en Dios; Dios es la alegría de mi rostro; Dios es mi salvador; por eso seguiré confiando en El».*

Cuando le cortaron el quinto, exclamó:

—¡Ahora ya puedo estar seguro de que el Señor me ha hallado digno de incluirme en el grupo de sus servidores!

Seguidamente, los verdugos comenzaron a cortarle los dedos del pie izquierdo empezando por el

meñique y, cuando se lo hubieron amputado, Santiago comentó:

—¡No te preocupes, dedo pequeñajo, que también tú has de resucitar cuando resuciten los dedos grandes! Si no ha de perecer ni uno de los cabellos de la cabeza, ¿por qué habías de perecer tú? Ten confianza; algún día volverás a la vida y te verás de nuevo al lado de tus compañeros.

Tras cortarle el dedo segundo, dijo a los verdugos:

—Con el derribo de esta vetusta casa estáis preparando el solar para que sobre él podamos construir enseguida una nueva y mejor.

Cuando le cortaron el dedo tercero hizo este comentario:

—Los martillazos endurecen el yunque.

Cuando le cortaron el cuarto, invocó al Señor con estas palabras del salmista:

—*«¡Oh Dios de la verdad! ¡Fortaléceme! Mi alma confía en ti. A la sombra de tus alas he buscado cobijo y bajo ellas permaneceré mientras dure la iniquidad».*

Tras la amputación del quinto y último dedo, exclamó:

—¡Señor! ¡Ya he inmolado por ti veinte miembros de mi cuerpo!

Seguidamente los verdugos le amputaron uno tras otro ambos pies. Cuando le amputaraon el derecho, Santiago oró de este modo:

—¡Señor, Rey celestial! Por tu amor padezco estos tormentos; acepta el pequeño obsequio de este pie.

Cuando le privaron del izquierdo, dijo:

—¡Señor, autor de grandes portentos! ¡Escucha mi oración y salva mi alma!

Amputados los pies, amputáronle ambas manos. Mientras le privaban de la derecha, Santiago exclamó:

—¡Dios mío! ¡Ampárame con tu inmensa misericordia!

Mientras le cortaban la mano izquierda dijo:

—¡Señor! ¡Tú eres Dios, autor y creador de grandes maravillas!

A continuación le cortaron los brazos. Mientras le descoyuntaban el derecho, los verdugos oyéronle decir:

—¡Alma mía, alaba al Señor! Yo le alabaré durante toda mi vida; mientras mi corazón latiere no cansaré de entonar himnos y salmos en su honor.

Mientras le arrancaban el brazo izquierdo, dijo:

—Dolores de muerte me rodean, pero estoy seguro de que me veré libre y vengado de ellos en el nombre del Señor.

Seguidamente rasgáronle las carnes de la pierna derecha dejando al descubierto la tibia y el fémur y hecho esto le amputaron la pierna entera cortándosela a la altura de la cadera. Tan vivo fue el dolor que este tormento le produjo, que el santo gritó con voz lastimera:

—¡Señor Jesucristo! ¡Ven en mi ayuda! ¡Invadido me veo por los gemidos de la muerte!

Después, dirigiéndose a sus verdugos, les manifestó:

—Dios me dará algún día una carne nueva que jamás podréis herir con vuestra crueldad.

Poco después de que amaneciera habían comenzado su trabajo los impíos carniceros. A las tres de la tarde hallábanse agotados y sudaban y se vieron obligados a tomarse un breve reposo, tras el cual reanudaron su tarea, rasgándole y cortándole la pierna izquierda del mismo modo que habían procedido al amputarle la derecha. Entonces Santiago, al verse tan horriblemente mutilado, exclamó:

—¡Oh Dios todopoderoso, Señor de vivos y muertos! ¡Mira cómo estoy! ¡Ya no tengo dedos para tocarte con ellos, ni manos para elevarlas hacia ti, ni pies ni rodillas para prosternarme en tu presencia, ni piernas que sirvan de sostén a mi cuerpo! ¡Soy como una casa sin columnas y sin cimientos en trance inminente de ruina! ¡Me han despojado de mis miembros exteriores! ¡Sólo la mitad de mi cuerpo vive todavía! ¡Señor Jesucristo, escucha mi oración; saca ya mi alma de esta cárcel!...

Apenas hubo dicho esto, uno de los verdugos se acercó a él, le asestó un golpe de espada en el cuello y le cortó la cabeza.

Los cristianos secretamente recogieron el tronco, la cabeza y los demás miembros del venerable mártir, que padeció su martirio un 27 de noviembre, y los sepultaron reverentemente.

Capítulo CLXXV

SAN PASTOR

San Pastor, famoso en su tiempo por la extraordinaria religiosidad y santidad de su vida, pasó muchos años en un desierto, entregado a la austeridad y a la práctica de la penitencia en compañía de sus

propios hermanos. Su madre, que quería hablar con ellos y por mucho que lo intentaba no lo conseguía, cierto día, movida por el ansia de verlos, recurrió a la siguiente estratagema: por ser aquel día día de fiesta, sus hijos acudirían a la iglesia y seguramente por tal camino solitario. Pues bien, en un recodo de aquel camino escondióse ella entre unas matas, y, al sentir que su hijos se acercaban, salió rápidamente del escondite y se presentó ante ellos de improviso. Pastor y sus hermanos, en cuanto la vieron, echaron a correr en dirección hacia sus celdas; corrió también la madre y, cuando estaba ya a punto de darles alcance y de sujetar a alguno de ellos por la ropa, entraron todos juntos en una de las celdas y dieron con la puerta en las narices a la pobre madre que se quedó fuera llorando amargamente y a gritos; y como pasara el tiempo y no cesara de llorar de aquella manera, Pastor desde dentro y sin abrir el postigo preguntóle con voz destemplada:

—¿Qué es lo que quieres vieja? ¿A qué vienen esos clamores?

La madre, al oír a Pastor, gritó todavía más, y sin dejar de sollozar respondió:

—¡Hijos míos! ¡Quiero veros! Soy vuestra madre toda ya cubierta de canas; yo os parí y os alimenté con la leche de mis pechos. ¿Qué mal puede haber en que os vea?

A esto repuso Pastor desde dentro:

—¿Prefieres vernos aquí, o en el otro mundo?

La madre respondió:

—Si es que de ninguna manera puedo veros aquí, tendré que conformarme con veros en la otra vida.

—Si eres valiente —díjole Pastor—, y si aceptas el sacrificio de no vernos más en este mundo, ten la seguridad de que nos verás en el otro.

La madre cesó de llorar y desde fuera dijo dirigiéndose a sus hijos:

—Si para veros en la eternidad es preciso que no vuelva a veros más en la tierra, renuncio desde ahora mismo a mi deseo de veros en esta presente vida.

Dicho esto, confortada con la esperanza de ver a sus hijos en la vida futura, y con el alma inundada de gozo, la madre se alejó de allí.

También el juez de aquella provincia tenía vivos deseos de ver al abad Pastor; para poder satisfacerlos, como todas sus anteriores tentativas habían resultado vanas, recurrió al siguiente procedimiento: mandó encarcelar al hijo de una hermana del santo monje so pretexto de que era malhechor, e hizo luego correr la voz de que únicamente sacaría de la cárcel al prisionero, si su tío, el abad, se presentaba personalmente a interceder por él ante el tribunal. Al enterarse de esto, la madre del joven preso se fue al desierto y empezó a llorar ante la puerta de la celda de su hermano; pero éste ni abrió ni se asomó al exterior ni se dio por enterado. Pasado un rato, en vista del silencio con que el monje correspondía a las lágrimas que ella estaba vertiendo, la hermana gritó:

—Aunque tengas entrañas de hierro, aunque seas incapaz de sentir compasión por nadie ni por nada, piensa al menos que quien está suplicando a la puerta de tu celda es tu hermana; considera que no tengo más que este hijo y que tú y él lleváis la misma sangre.

Oído esto, el hermano habló desde dentro, pero fue para decir ásperamente:

—¿Cómo que los dos llevamos la misma sangre? ¡Nada de eso! Pastor no ha engendrado hijo alguno. Por tanto, lo que le pueda ocurrir al tuyo ni me atañe ni me importa.

Transida de dolor alejóse de allí la hermana, y al presentarse ante el juez que le había llamado, éste le dijo:

—Comunica a tu hermano que, ya que no quiere venir a hablar conmigo para pedirme personalmente que perdone a tu hijo, que me haga esa petición aunque sea por escrito, y hazle saber de antemano que, si él me pide este favor, tu hijo saldrá inmediatamente de la cárcel.

Recibido el mensaje de su hermana, Pastor envió una nota al juez, en la que le decía: «Juzga al prisionero y aplica las leyes; si es reo de muerte,

condénalo a que muera y exige que tu sentencia sea cumplida cuanto antes; si no fuese merecedor de tan grave pena, obra como mejor te parezca».

En sus pláticas a los monjes decíales cosas parecidas a éstas:

«El alma nos ha sido dada para que vivamos precavidamente, para que nos conozcamos a nosotros mismos y para que obremos con suma discreción».

«Del pasaje del libro de Ezequiel en el que el Señor alude a Noé, a Job y a Daniel, se colige que las principales características de la vida de los solitarios han de ser la pobreza, la tribulación y la prudencia, porque Noé representa a los que carecen de todo, Job a los atribulados y Daniel a los discretos».

«El monje que quiera librarse de tentaciones mundanas —dijo un día—, tiene que aborrecer dos cosas. Como uno de los religiosos le preguntara sin dejarle acabar, qué cosas eran esas, el abad dijo: «La condescendencia en materia de apetitos carnales y la vanagloria».

Otro de los consejos que frecuentemente daba a sus discípulos era éste: «Todo el que aspire a conquistar el verdadero descanso en este mundo y en el otro, ha de procurar conocerse a sí mismo preguntándose a cada instante: ¿Quién soy yo?; y ha de abstenerse de juzgar a los demás».

En cierta ocasión, aconsejado por otro abad que vivía a alguna distancia, expulsó de la comunidad de eremitas a uno que había incurrido en una grave falta; mas al saber poco después que el expulsado hallábase muy afligido y sumido en un estado de profundo abatimiento, lo llamó, lo acogió benignamente, lo consoló y le dijo:

—Ve a la celda de tal abad y entrégale de mi parte este mensaje.

El mensaje que Pastor envió al otro abad decía textualmente: «He oído ponderar mucho tu nombre; tengo grandes deseos de verte; aunque sé que el viaje hasta aquí es penoso, te ruego que afrontes las molestias del camino y vengas a visitarme».

El abad acudió a la llamada de Pastor, y, apenas llegado, Pastor le dijo:

—Dos hombres tenían al mismo tiempo un muerto cada uno en su respectiva casa. Uno de ellos abandonó a su difunto y se fue a llorar sobre el cadáver que estaban velando en la casa ajena...

El abad forastero comprendió enseguida por dónde iba Pastor, se conmovió y se arrepintió de haberle aconsejado que expulsara de su comunidad al monje.

Un día uno de sus religiosos fue a verle y a comunicarle que quería abandonar la vida eremítica porque se encontraba en ella a disgusto y muy turbado desde que alguien le había referido cosas poco edificantes relacionadas con un miembro de la comunidad. Pastor trató de tranquilizar al desasosegado monje e intentó hacerle ver la conveniencia de no prestar atención a habladurías, puesto que muy frecuentemente las habladurías no son más que chismes y cuentos sin fundamento alguno.

—En este caso, aseguró el monje, no se trata de cuentos ni de chismes, sino de cosas ciertas. Tengo muy buenas razones para decir lo que digo.

—¿Qué razones son esas? preguntóle el abad.

El monje le contestó:

—Varias. La primera, que quien me ha contado todo esto no ha sido uno cualquiera, sino el hermano Fidel.

Pastor replicó con viveza:

—¿El hermano Fidel, dices? Pues yo te digo que quien es capaz de decir tales cosas de un miembro de las Comunidad, ni es hermano ni tiene la menor idea de lo que es fidelidad.

—Pero es que algunas de ellas las he visto yo mismo, con mis propios ojos, insistió el monje.

—¿Tú sabes —preguntóle el abad— qué es una paja y qué es una viga?

—¡Por supuesto que lo sé, respondió el religioso; una paja es una paja, y una viga es un viga.

—Entonces, puesto que lo sabes —díjole el abad—, procura seguir este consejo: cuando examines tu conciencia y veas tus propios defectos, piensa que son vigas; cuando veas las faltas de los demás, imagínate que son pajuelas de escasa entidad.

En otra ocasión, uno de sus religiosos que habían cometido un grave pecado, arrepentido y deseoso de hacer penitencia fue a ver al abad y le preguntó si tres años de mortificación serían muchos, suficientes o pocos para expiar su falta. San Pastor le respondió que eran muchos.

—Y ¿un año? —inquirió el momje.

—Con menos basta —le dijo el abad.

Alguno de los monjes que estaban presentes sugirió la idea de que acaso lo más equitativo fuesen cuarenta días; pero san Pastor manifestó:

—También cuarenta días me parecen un período de tiempo excesivo. Yo opino que si un hom-

bre que ha pecado se arrepiente con toda su alma de lo hecho, se propone enmendarse y se esfuerza por no recaer y hace tres días de penitencia, satisface su falta de manera suficiente para que el Señor se dé por conforme.

Estando una vez de tertulia con sus monjes, uno de ellos le propuso:

—Padre, explícanos el sentido de estas palabras evangélicas: «*Quien se irrita sin motivo contra su hermano se hace reo de condenación*».

—Bien —respondió el abad—. Esas palabras yo las entiendo de la siguiente manera: si alguien nos faltare en algo, sea en lo que fuere, mientras no nos arranque el ojo derecho no tenemos suficientes razones para darnos por ofendidos; por tanto, todo el que se irrita contra su hermano por cosas de menor entidad que la del ojo, se irrita sin suficiente motivo. En cambio, todos tenemos motivos mucho más que suficientes y sobradamente verdaderos para irritarnos contra quien pretenda separarnos de Dios. Los propensos a quejarse por cualquier contrariedad no valen para monjes; ni se conduce como monje auténtico el que alimenta malicias en su corazón, el iracundo, el que devuelve mal por mal, el charlatán, el engreído... Quien desee ser considerado por el Señor como un monje de verdad, procure conducirse en todo momento con humildad y mansedumbre, tenga el alma rebosante de caridad y viva permanentemente en temor de Dios para no pecar.

En otra ocasión dijo a sus religiosos:

Supongamos que tres personas viven en comunidad, que una goza de perfecta salud, otra se encuentra enferma pero lleva su enfermedad de buen grado y da gracias a Dios por verse como se ve, y que la tercera se dedica a cuidar lo mejor que puede a las otras dos. Pues bien, todas las obras de estas tres personas constituyen una unidad, y los méritos que de ellas resultaren redundarían en beneficio de las tres.

Un día acudió a su celda un religioso y le dijo:

—Padre, estoy muy preocupado; hace tiempo que me asaltan malos pensamientos con harta frecuencia, y tengo miedo de llegar a sucumbir.

El abad le invitó a que saliera con él a dar un paseo fuera del monasterio, y cuando estuvieron en campo abierto, le indicó:

—Abre la boca, dilata el pecho, llénalo de aire y reténlo de manera que no dejes escapar absolutamente nada del aire aspirado.

Hizo la prueba el monje y al poco dijo:

—No puedo...

—Claro que no puedes —asintió el abad—, claro que no puedes; ni puedes retener constantemente el aire que aspiras, ni puedes evitar que te asalten malos pensamientos; pero sí puedes mantenerte firme, sin dejarte vencer por ellos.

Otro día, uno de sus monjes, que había heredado de sus padres algunos bienes, le preguntó:

—¿Qué me aconsejas que haga con esta hacienda que acabo de heredar?

El santo le respondió:

—Ven a verme nuevamente dentro de tres días.

A los tres días, cuando el religioso le planteó la cuestión, san Pastor le respondió:

—Pues hijo, a pesar de que durante estos tres días he pensado mucho en ello, la verdad es que no sé qué aconsejarte; porque si te aconsejo que entregues tu hacienda a la iglesia para el servicio divino, pudiera ocurrir que los clérigos la emplearan no en el servicio de Dios, sino en el suyo propio, dándose con ella la gran vida a base de comilonas; si te aconsejo que la cedas a tus parientes, te verás privado de la recompensa que el cielo tiene prometida a quienes distribuyen sus bienes entre los pobres. Esto de repartirla entre los pobres sería la mejor solución; sin embargo, yo no me atrevo a aconsejarte nada. Haz lo que mejor te parezca.

Toda está historia está entresacada del libro de *Las Vidas de los Padres del Desierto.*

Capítulo CLXXVI

SAN JUAN, ABAD

El abad Juan preguntó a Episio:

—¿Has hecho grandes progresos espirituales durante estos cuarenta años que llevas en el desierto?

—Desde que inicié mi vida eremítica hasta hoy, jamás el sol me ha visto comer, respondióle el monje.

—Ni a mí me ha visto irritado, dijo por su parte Juan.

En el mismo libro en que se refiere esto, se cuenta otro caso muy parecido: El abad Hilarión estando cierto día comiendo en casa del obispo Epifanio, al ver que le servían una ración de carne dijo a su anfitrión:

—Desde que asumí este hábito de anacoreta, nunca he comido nada procedente de animal sacrificado.

Epifanio, a su vez, manifestó:

—Ni yo, desde que visto estas ropas episcopales, he dado lugar a que quien tuviese algún enojo contra mí se haya retirado a dormir sin haberse reconciliado previamente conmigo; como tampoco yo mismo me he ido a la cama sin pedir antes perdón a quien durante el día hubiese ofendido.

Entonces Hilarión dijo:

—Epifanio, reconócelo: eres bastante mejor que yo.

Animado por el propósito de vivir como los ángeles en absoluta quietud y total entrega a la constante contemplación de Dios, Juan se desprendió de toda su hacienda y se retiró al desierto; mas, al cabo de una semana, extenuado por el hambre y acribillada su piel por las picaduras de las moscas y de las avispas, regresó a su ciudad y llamó a la puerta de la casa de un hermano suyo, el cual, al oír los golpes que daban desde fuera, dijo desde dentro sin abrir:

—¿Quién llama?

—Yo, Juan, tu hernano...

—Imposible. Mi hermano Juan se retiró del mundo y está en el desierto viviendo como un ángel.

—Te repito que soy yo —insistió Juan.

Penando quedó este toda la noche en la calle, pues su hermano no le abrió la puerta hasta la mañana siguiente, mas no para recibirle en su casa, sino para decirle ásperamente:

—Una de dos, hermano: o eres hombre o eres ángel. Si eres hombre y quieres vivir y comer, tendrás ques trabajar como lo hacías cuando estabas con nosotros; y si eres ángel, no alcanzo a comprender por qué te empeñas en llevar vida de anocoreta en el desierto.

Juan le dijo:

—Hermano, he venido a pedirte perdón de las ofensas y enojos que te causé durante los años que viví a tu lado.

Cuando Juan estaba agonizando dijéronle los otros ermitaños:

—Padre, déjanos como recuerdo alguna sentencia, algún pensamiento breve y saludable.

Juan, suspirando profundamente, exclamó:

—¡Desde que me retiré a este desierto nunca traté de imponer a otros mi voluntad ni jamás aconsejé a nadie que hiciera cosa alguna que no hubiera hecho yo antes!

Este relato está tomado del libro de *Las Vidas de los Padres del desierto.*

Capítulo CLXXVII

SAN MOISÉS, ABAD

Uno de los religiosos del desierto acudió un día a ver al abad Moisés y le rogó que le diera alguna instrucción o consejos. El abad se limitó a decirle:

—Permanece recogido en tu celda; ella te enseñará todo cuanto necesitas saber.

Un ermitaño, enfermo y ya anciano, dijo al abad Mosiés:

—Como no quiero causar molestias a los demás monjes, he decidido dejar el yermo y marcharme a Egipto.

El abad le aconsejó:

—Desiste de semejante proyecto. Si te vas de aquí y retornas a Egipto, caerás en pecado de fornicación.

El ermitaño, con débil y triste voz, replicó:

—Pero ¿cómo se te ocurre decirme eso? ¿No ves que por mi edad y mis achaques mi cuerpo está ya más muerto que vivo?

A pesar de la advertencia del abad, el monje se marchó a Egipo. Una vez allí cierta doncella, movida por sentimientos de devoción y de caridad, le atendió, cuidó y sirvió. Merced a los solícitos cuidados de la joven, el anciano monje mejoró de salud y en cuanto se recuperó de sus achaques violó a la que había sido su caritativa enfermera, que quedó preñada y parió un niño. Poco después de que éste naciera, el monje lo tomó en su brazos, lo llevó a la iglesia de san Sixto a una hora en que estaba llena de gente por ser día de fiesta, y avanzó por el templo entre las lágrimas de los fieles, porque éstos al ver al anciano religioso con la criatura en sus manos, comenzaron a llorar. Cuando el monje llegó a un lugar destacado dentro de la iglesia, alzó al infante sobre su cabeza, lo mostró a los asistentes y les dijo:

—¿Veis bien a este niño? Es hijo de un acto de desobediencia. Procurad vosotros no incurrir en el pecado en que yo, a pesar de ser viejo, he incurrido, y rogad a Dios que me perdone.

Dicho esto, salió del templo y se volvió a su antigua celda del desierto.

Un día un monje bastante anciano dijo a otro:

—¡Ay, que mal me encuentro! ¡Fíjate en mí! ¡Ya estoy casi muerto!

—Hermano —replicóle el compañero— hasta que no estés muerto del todo, no te fíes, porque aunque estés medio muerto como dices, Satanás está muy vivo.

En cierta ocasión unos cuantos monjes acudieron a la celda del abad Moisés y denunciaron a uno de los ermitaños, acusándole de haber cometido cierto pecado, y pidiendo al abad que lo castigara adecuadamente. El abad, de momento, se limitó a oír a los acusadores y a despedirlos, mas al cabo de un rato se presentó ante ellos en el lugar en que se hallaban reunidos, llevando sobre sus espaldas una espuerta llena de arena. Los monjes, al verlo, le preguntaron:

—Padre, ¿por qué vienes cargado de esa manera?

El abad les contestó:

—Los infinitos granos de arena que hay en esta espuerta representan los muchísimos pecados que he cometido; yo no los veo, porque los llevo a la espalda, pero aquí están pesando sobre mi conciencia. Hace unos momentos me manifestasteis que uno de nuestros hermanos había incurrido en una falta, y me pedisteis que lo castigara. Sobre ese asunto vengo. Decidme honradamente: ¿creéis que, estando mi alma abrumada por un peso mayor que el de esta espuerta de arena que llevo sobre mis espaldas, soy yo quién para juzgar a nadie? ¿Creéis que soy la persona indicada para castigar a ese hermano, que según vosotros ha cometido una falta y debe ser castigo?

Los ermitaños entendieron la lección y perdonaron al religioso al que poco antes habían acusado.

En la vida del abad Prior se lee un caso muy parecido: Este abad guardó profundo silencio mientras varios monjes comentaron delante de él una falta cometida por uno de sus compañeros. Luego se retiró; pero al poco rato se presentó de nuevo en el lugar de la tertulia llevando a la espalda un talego lleno de arena y un puñadito de ella en una de sus manos; y al preguntarle los religiosos qué significaba aquello, les respondió:

—Los muchísimos granos de arena que hay dentro de este talego representan mis propios pecados, que son muchos; pero con ellos me ocurre lo que con los granos de arena que hay en este fardel: con eso de que están dentro de él y de que los llevo a la espalda, no los veo; como tampoco veo mis propios pecados, ni me arrepiento de ellos; en cambio, con los pecados del prójimo hago lo que con este puñadito de arena: los llevo en la mano, delante de mis ojos, los veo y reveo y me empeño en juzgar a quien los cometió. Si obrara cuerdamente llevaría las faltas ajenas a mi espalda, y las mías delante, para no perderlas jamás de vista, dolerme de ellas y pedir ininterrumpidamente perdón a Dios de lo mucho que lo he ofendido.

El día que el abad Moisés fue ordenado de clérigo, el obispo que le ordenó, al terminar de imponerle el roquete que el ritual prescribe, hizo este comentario:

—Ya tenemos al abad vestido de blanco.

El nuevo clérigo entonces dijo:

—Sí; ya estoy vestido de blanco, señor, pero sólo por fuera. Por dentro prefiero que mi alma esté vestida de rojo que es el color de la sangre, y como tal color simboliza el sufrimiento y las tribulaciones.

Quiso el obispo comprobar si lo que el abad acababa de decir era una frase nada más o si respondía sinceramente a los deseos de su corazón; y para salir de dudas dijo reservadamente a sus clérigos ayudantes:

—Cuando el nuevo clérigo intente subir al altar, impedídselo con ademanes violentos, insultadle, arrojadlo fuera del presbiterio y seguidle de cerca procurando oír todas sus palabras para ver qué es lo que dice o refunfuña entre dientes.

Los clérigos, obedientes a las indicaciones de su prelado, cuando el abad intentó acercarse al altar lo detuvieron, le dieron un empellón y le dijeron ásperamente:

—¿Cómo se te ocurrre, vil y despreciable sujeto, pretender colocarte entre nosotros?

El santo abad acogió silenciosamente la repulsa y los denuestos de los clérigos, se alejó del presbiterio y, mientras se dirigía hacia la parte del templo en que se colocaban los legos, cual si pensara en voz alta iba diciendo quedamente, hablando consigo mismo: «Todo esto me está muy bien empleado. ¿Cómo se me pudo ocurrir a mí, que no soy más que un miserable, un trozo de cecina y un montón de sucio hollín, la pretenciosa idea de colocarme entre los hombres?».

Todo cuanto aquí hemos relatado lo hemos tomado de las *Vidas de los Padres del desierto.*

Capítulo CLXXVIII

SAN ARSENIO, ABAD

Un día, Arsenio, que era alto dignatario de la corte y como tal vivía en el palacio real, estando orando y pidiendo a Dios la gracia de dirigir todos sus pasos por caminos de salvación, oyó de pronto una voz que decía: «Huye de los hombres y te salvarás». Movido por este celestial aviso, abandonó el mundo e ingresó en un monasterio.

Poco después de hacerse monje, mientras oraba, oyó nuevamente la voz que estando en palacio oyera; pero esta vez la misteriosa voz le dijo: «Arsenio, huye, calla y permanece enteramente tranquilo en la quietud de tu retiro y soledad».

A propósito de la quietud que la voz recomendaba a Arsenio, conviene advertir que en el mismo capítulo en que se refiere lo que acabamos de decir refiérese también lo siguiente: Tres hermanos se hicieron monjes, pero cada uno de ellos adoptó un género de vida religiosa diferente: el mayor se dedicó a procurar que los enemigos se reconciliasen entre sí; el mediano se consagró al cuidado de los enfermos, y el más joven se fue a un desierto en busca de silencio y de soledad para entregarse enteramente a la contemplación de las cosas divinas. Al cabo de cierto tiempo, el mayor, o sea, el que se había consagrado a procurar que los enemigos se reconciliasen, viendo que a pesar de su buena voluntad no conseguía zanjar los litigios, ni poner paz donde había discordia, ni agradar a los litigantes, se desanimó y decidió cambiar de actividad y consagrarse en adelante a cuidar enfermos. Fue, pues, a visitar a su hermano, le comunicó su propósito y le ofreció su colaboración; pero el hermano le manifestó:

—¡Mira qué coincidencia! Precisamente estaba yo pensando en ir a verte a ti cualquiera de estos días para rogarte que me recibieras a tu lado a fin de trabajar contigo en la reconciliación de enemigos, porque estoy profundamente decepcionado y arrepentido de haber emprendido esta actividad de cuidar y socorrer a los enfermos.

Ambos hermanos, tras cambiar impresiones entre sí, decidieron ir juntos a ver al hermano pequeño, o sea al que se había retirado al desierto; fueron pues, a visitarle y le refirieron sus fracasos y decepciones.

El solitario los escuchó, y cuando terminaron de contarle sus problemas, llenó de agua un lebrillo y dijo a sus hermanos:

—Mirad esta agua. Fijaos bien: está revuelta y turbia.

Un rato después mostró nuevamente el lebrillo a sus hermanos y les dijo:

—Observad, hermanos: el agua está ya serena y clara.

En efecto, el agua aquella estaba ya tan limpia y cristalina que los dos hermanos mayores, al inclinarse sobre el lebrillo para observarla, vieron sus propias caras reflejadas en ella. Seguidamente el hermano pequeño les dijo:

—Esta agua estaba hace un momento revuelta y turbia; ahora está tan serena y clara que acabáis de ver vuestros rostros reflejados en ella. La tranquilidad y el silencio del monje que vive en el desierto son como este agua limpia: una especie de espejo en el que el ermitaño puede ver claramente sus pecados; en cambio, ¡qué extremadamente difícil es que vean sus propias faltas quienes permanecen en contacto con el ruido y turbulencia de los hombres que viven entre las agitaciones del mundo!

En el mismo capítulo se lee este episodio: En cierta ocasión, alguien, al pasar casualmente por el desierto, vio a cierta distancia a un anacoreta completamente desnudo, comiendo hierba, como si fuese un animal. Impresionado, el transeunte trató de acercarse al solitario, pero éste, al advertir que el forastero se aproximaba, echó a correr. Corrió también en pos de él el transeúnte, diciéndole a voces:

—Detente y espérame. Si yo corro tras de ti, hágolo por amor a Dios.

El monje, sin dejar de correr, le contestó:

—También yo, al huir de ti, hágolo por amor a Dios.

El forastero entonces se despojó de sus ropas, las arrojó lejos de sí, y continuó corriendo tras el monje, el cual, al ver que su perseguidor seguíale desnudo, se detuvo, lo esperó y, cuando llegó a donde él le aguardaba, le dijo:

—Te he esperado porque he visto que te despojabas del mundo; porque eso has pretendido significar al despojarte de tus ropas.

—¿Qué tengo que hacer para salvar mi alma? —le preguntó el recién llegado.

—Huye de los hombres y vive en silencio —le respondió el anacoreta.

Pero volvamos a Arsenio.

Dice la historia que, al oír la consigna que recibió por medio de la voz misteriosa, dejó el monas-

terio y se retiró al desierto. Unos años después, cierta matrona de noble condición y anciana ya por su edad, movida por la devoción que sentía hacia el venerable abad, quiso visitarle, y para no exponerse a hacer el viaje en vano, fue antes a ver al arzobispo Teófilo, el cual, accediendo a la petición de la venerable matrona, escribió al abad rogándole que tuviera a bien recibir a la distinguida y piadosa señora. El abad Arsenio se negó rotundamente a ello, y así se lo hizo saber al arzobispo por medio de una carta. No se arredró la matrona ante la negativa, sino que dispuesta a salirse con la suya se fue al desierto, logró localizar la celda del venerable ermitaño, se dirigió hacia ella, y cuando estuvo suficientemente cerca vio que el abad estaba sentado a la puerta de su ermita; entonces la mujer corrió hacia él, llegó y se postró a su pies. Arsenio, indignado, díjo a la matrona:

—¡Levántate! Ya que tienes tanto empeño en ver mi cara, ¡mírala!

La anciana, llena de confusión y paralizada por la vergüenza, no se atrevió a levantar sus ojos del suelo ni a mirar el rostro del abad, el cual, al cabo de un momento, le preguntó:

—¿Cómo es que siendo mujer y tan vieja te has atrevido a emprender tan larga navegación y un viaje tan penoso? Seguro que en cuanto vuelvas a Roma comenzarás a decir a otras mujeres que has visto al abad Arsenio, y ¿sabes qué pasará? Pues que algunas de ellas querrán también verme y se presentarán aquí.

La anciana replicó:

—Te doy mi palabra de que si Dios me permite regresar a Roma haré cuanto esté en mi mano para impedir que mujer alguna venga a visitarte. Yo he venido a verte no por curiosidad, sino para suplicarte que ruegues por mí y que me tengas presente en tus oraciones.

—¿Sabes —díjole el abad— qué es lo que voy a pedir a Dios? Que borre totalmente tu recuerdo de mi memoria.

Al oír esto la piadosa señora se impresionó de tal manera, turbóse y entristecióse tanto, que se marchó de allí desolada, y al llegar a la ciudad más próxima cayó enferma con altas fiebres. El arzobispo, que acudió a visitarla, se esforzó por levantarle el ánimo, pero ella no hacía más que repetir:

—¡Me muero! ¡Me muero sin remedio! ¡Esta tristeza que siento, me mata!

El prelado, intentando consolarla decíale:

—No des tanta importancia a las palabras del abad. Trata de interpretarlas debidamente. ¿No te das cuenta de que eres una mujer y de que de las mujeres se vale el demonio para hacer la guerra a los santos? Por eso Arsenio te dijo lo que te dijo; mas debes estar completamente segura de que él, mientras viva, orará por ti.

A base de estas y otras parecidas reflexiones el arzobispo logró que la piadosa matrona recuperara su tranquilidad, su alegría y su salud; y, cuando la viajera estuvo totalmente restablecida, prosiguió su regreso a Roma.

De otro abad, muy anciano, se lee que cierto día díjole uno de sus monjes:

—Padre, como ya estás muy viejo, ¿por qué no nos asomamos un poquito al mundo antes de que mueras?

El abad le contestó:

—Está bien; hagamos lo que propones, pero con una condición: que vayamos a algún lugar en el que no haya mujeres.

El discípulo replicó:

—Difícilmente hallaremos lugar alguno en la tierra en el que no haya mujeres, ni creo que tal lugar exista, fuera de los parajes solitarios.

—Bueno —manifestó el abad— en ese caso, llévame a alguno de esos parajes solitarios.

De otro monje se lee que, teniendo un día que tomar a su anciana madre en sus brazos para cruzar un río, previamente envolvió sus propias manos en la tela de su capa, y que al preguntarle su madre, extrañada, las causas de que envolviera sus manos de aquel modo, el hijo le respondió:

—Porque el cuerpo de las mujeres es como el fuego. Por eso quiero evitar todo contacto directo con el tuyo, pues al tener que llevarte sobre mis brazos, aunque seas mi madre, pudiera ocurrir que sintiera la impresión de estar tocando el cuerpo de otra mujer.

Arsenio, durante toda su vida de solitario, mientras sentado se entregaba a la tarea de la contemplación, sostenía constantemente entre sus manos un pañuelo para enjugar los torrentes de lágrimas que ininterrumpidamente brotaban de sus ojos. Pasaba las noches en vela, y cuando hacia el amanecer la somnolecia se apoderaba de él y su naturaleza se rendía, decía al sueño: «¡Ah, pícaro siervo! ¡Ya estás aquí! Pues, ¡anda! ¡Haz tu oficio!». Seguidamente se tendía en el suelo, pero por poco rato, porque enseguida se levantaba diciendo: «Ya está bien. Un monje, si pretende comportarse

como buen soldado de Cristo, no tiene por qué dormir más de una hora diaria».

El padre de san Arsenio, que fue senador y pertenecía a la más encumbrada nobleza romana, al morir dejó a su hijo una cuantiosa herencia. Hasta el desierto viajó el notario para entregar personalmente a Arsenio el original del testamento. Arsenio tomó en sus manos el acta notarial y, sin leerla, hizo ademán de intentar rasgarla, mas el notario, al adivinar sus intenciones, se arrojó a los pies de Arsenio y le suplicó que no destruyera el documento, pues si lo destruía haríanlo a él responsable de ello y le cortarían la cabeza. Arsenio devolvió el documento al notario, manifestándole que se negaba a aceptar la herencia y diciéndole:

—Pero, ¿cómo se le pudo ocurrir a mi padre nombrarme su heredero, sabiendo como sabía que mucho antes de que él muriera ya había muerto yo?

En otra ocasión el santo abad oyó una voz que le decía: «Ven; quiero que veas las obras que hacen los hombres». A continuación la misteriosa voz le condujo a un lugar desde el cual Arsenio contempló las escenas siguientes: primeramente vio cómo un negro que estaba cortando leña, tras cortar cierta cantidad, hizo con la leña cortada un haz e intentó cargarlo sobre sus hombros; pero como el haz era muy grande no logró alzarlo del suelo. Entonces tomó nuevamente el hacha, cortó más leña, la agregó al haz y trató de echárselo a la espalda; mas, como no pudiera moverlo, cortó más leña, la añadió al montón, probó a cargarlo, y al resultar vano su intento, cortó más lecha; y así una, y otra, y muchas veces más, hizo lo mismo el hombrecillo negro. Vio también cómo otro hombre estaba empeñado en llevar a cabo una operación absurda: este segundo individuo trataba inútilmente de llenar con agua que acarreaba a cubos desde un lago, una cisterna que había a cierta distancia de la orilla del lago, pero como la cisterna aquella tenía en su hondón un agujero que comunicaba precisamente con el susodicho lago, toda cuanta agua sacaba del lago, acarreaba y echaba en la cisterna, a través del agujero que ésta tenía en su hondón regresaba rápidamente al lago de donde había sido extraída. Vio igualmente cómo dos hombres montados en sendos caballos sujetaban cada uno por su respectivo cabo una larga viga y trataban de introducirla atravesada en un templo, sin advertir que mientras ellos y la viga se mantuvieran en tal posición no conseguirían lo que pretendían, puesto que la viga era mucho más larga que la anchura de la puerta por la que se empeñaban en pasarla al interior de la iglesia. Después de haber visto estas tres cosas, la voz que le acompañaba le explicó:

—Mira, Arsenio. Estos caballeros de la viga representan a cuantos presumen de justos y rectos a pesar de estar llenos interiormente de soberbia, de ser inflexibles y de no ceder jamás ante nada ni ante nadie. Quienes así se conducen, en tanto no depongan su actitud veránse condenados a permanecer fuera del reino de Dios. El negro que has visto cortando y amontonando leña sin cesar, representa a los pecadores que en vez de aliviar la carga de sus pecados con prácticas de penitencia, la aumentan, reincidiendo en ellos y añadiendo iniquidades a iniquidades. Ese otro que se empeña en llenar de agua la cisterna que tiene un agujero en su fondo, simboliza a las personas que hacen obras buenas y obras malas, sin caer en la cuenta de que el mérito que obtienen cada vez que ejecutan algo bueno queda desvirtuado y anulado y suplantado por el demérito en que incurren cuando hacen algo malo.

Todos los sábados del año, hacia la hora de la puesta del sol, Arsenio elevaba sus brazos en dirección al cielo y en esa postura permanecía toda la noche hasta que en la mañana del domingo los rayos del astro solar recién nacido por oriente iluminaban nuevamente su cara.

Todas estas cosas están tomadas de las *Vidas de los Padres del desierto.*

Capítulo CLXXIX

SAN AGATÓN, ABAD

Durante tres años llevó permanentemente el abad Agatón un guijarro dentro de su boca para acostumbrarse a guardar silencio.

Un religioso, al ingresar en la vida monástica, formuló el propósito de vivir perpetuamente callado, imitando en esto a los asnos; «porque así como los borriquillos —decía él interiormente— aunque los apaleen y maltraten ni replican ni refunfuñan, así también yo de ahora en adelante observaré silencio perpetuo».

De otro monje se lee lo siguiente: un día fue expulsado del refectorio y salió de él sin rechistar. Posteriormente, los otros monjes le preguntaron:

—¿Cómo pudiste dominarte de aquella manera?

—Porque vivo convencido —respondióles él— de que soy tan vil como los perros. Yo he observado que los perros cuando alguien los apedrea echan a correr sin decir nada. Pues eso mismo hice yo: me ordenaron que saliera del refectorio y del refectorio salí. ¿Por qué había de resistirme? ¿Por qué había de proferir palabra alguna de protesta?

En cierta ocasión alguien preguntó al abad Agatón:

—¿Cuál es, padre, a tu juicio, la virtud más difícil de practicar?

El abad respondió:

—La oración, porque los enemigos de Dios están en alerta permanente y hacen cuanto pueden para impedir que el que quiere orar lo haga con devoción. En tanto que otras actividades pueden llevarse a cabo con relativa facilidad, esta de la oración exige al que pretende orar un esfuerzo parecido al que tienen que hacer los guerreros durante la guerra; un esfuerzo tanto mayor cuanto más encarnizada es la batalla.

Otra vez uno de sus monjes díjole en plan de consulta:

—Padre, ¿cómo debo conducirme en la vida de comunidad?

Agatón le contestó:

—Exactamente igual que el primer día que pasaste en el monasterio: sin dejarte dominar por la presunción; porque la excesiva confianza de uno en sus propias fuerzas es el vicio más funesto en que puede incurrir un religioso, y el germen de una serie innumerable de pecados y de fracasos.

En otra ocasión, platicando con sus monjes, les dijo:

—El iracundo, si no se esfuerza por dominar su irascibilidad, aunque hiciere milagros e incluso aunque resucitase a los muertos, causaría multitud de enojos al prójimo y a Dios.

Al oír esto, uno de los oyentes, que era propenso a irritarse, pensó para sus adentros: «De aquí se infiere que debo abandonar el monasterio, porque si yo viviese solo tendría menos ocasiones de dejarme llevar de la ira». Y como lo pensó lo hizo: abandonó el monasterio. Pero poco después, cierto día, cuando estaba llenando de agua una escudilla, volcóse ésta y el agua se derramó. Tornó a llenarla, y vertióse de nuevo el agua. Llenóla por tercera vez, y por tercera vez la escudilla se volcó y derramóse el agua. Entonces, sin poder contener su cólera, tomó la escudilla en sus manos y la estrelló contra el suelo. Pasándosele su furor y recobrada la calma, comprendió que el demonio de la ira seguía tentándole y que había cometido un error al dejar el monasterio. «Ahora vivo solo —decía hablando consigo mismo—, y también me irrito. En todas partes hay que luchar; en todas partes es menester practicar la virtud de la paciencia; en todas partes necesitamos del auxilio de Dios. Debo, pues, regresar cuanto antes a mi comunidad».

Algo muy distinto sucedióles a dos religiosos tan pacíficos que a pesar de llevar viviendo juntos muchos años jamás se habían irritado ni el uno ni el otro ni ninguno de los dos contra nadie ni contra nada. Un día uno de ellos propuso a su compañero:

—¿Por qué no probamos a discutir un poquito entre nosotros, como hacen los hombres que viven en el mundo?

—Yo no sé discutir —respondióle el colega.

Díjole el primero:

—Discutir es sumamente fácil. Mira: supongamos, por ejemplo, que tenemos aquí con nosotros un adobe y que yo digo: «este adobe es mío»; y que tú entonces me dices: «no; el adobe es mío»...Yo digo que es mío; tú dices que es tuyo; al defender cada uno de nosotros nuestra respectiva propiedad sobre el adobe, surgirá la discusión espontáneamente. Vamos a hacer la prueba. Comienza tú diciendo que el supuesto adobe es tuyo.

—Este adobe es mío —afirmó el monje.

—¿Cómo que es tuyo? El adobe es mío—replicó el otro.

—Pues si es tuyo, quédate con él —sentenció el que no sabía discutir.

De ese modo ni siquiera fue posible iniciar la proyectada discusión.

Era el abad Agatón hombre de aguda inteligencia, diligente en el trabajo, sobrio en el comer y austero en el vestir. En cierta ocasión manifestó a sus monjes que jamás se había ido a dormir teniendo en su ánimo el menor resentimiento contra nadie, ni dado lugar voluntaria y advertidamente a que cualquiera que tuviere alguna queja contra él se hubiese retirado a descansar en estado de rencor.

Los tres días inmediatamente anteriores a la fecha de su muerte permaneció el santo abad con los ojos abiertos y totalmente inmóvil; y como uno de sus religiosos, para comprobar si vivía o estaba muerto, le tocara levemente, habló Agatón y dijo:

—Estoy a punto de comparecer ante el tribunal divino.

—¿Tienes miedo? —preguntáronle los monjes.

El abad respondió:

—Con el auxilio de Dios, durante toda mi vida he procurado cuidadosamente guardar los mandamientos, pero como soy hombre y por tanto frágil, no sé si mis obras habrán sido gratas o no al Señor.

Ellos le dijeron:

—Padre, no abrigues la menor duda: todo cuanto tú has hecho se ha ajustado perfectamente a la ley divina.

El santo replicó:

—No estaré yo seguro de ello hasta que el soberano juez haya dictado su sentencia. Los juicios de Dios no siempre coinciden con nuestros propios juicios.

Trataron los religiosos de seguir confortándole, pero él los interrumpió y les dijo:

—Hacedme la caridad de no hablar conmigo, porque estoy muy ocupado.

Poco después de decir esto, expiró; y en el preciso momento en que su alma se desprendía del cuerpo, los religiosos vieron cómo su venerable abad se despedía de ellos con gestos alegres y cariñosos, semejantes a los que hacen los viajeros cuando se despiden de sus más entrañables amigos.

Todo esto ha sido tomado de las *Vidas de los Padres del Desierto.*

Capítulo CLXXX

SAN BARLAÁN Y SAN JOSAFAT

Barlaán, cuya historia después de muy serias investigaciones compiló Juan Damasceno, asistido por la gracia divina convirtió al cristianismo al rey san Josafat.

Cuando ya la religión de Cristo había llegado a la India, y sus tierras todas estaban llenas de cristianos y de monjes, subió al trono de este país un rey muy poderoso llamado Abenner, el cual desde el inicio de su reinado, desencandenó una violenta persecución contra los fieles, y muy especialmente contra los que hacían vida monacal. Estando las cosas de esta manera ocurrió lo siguiente: un amigo íntimo del monarca, precisamente el que era su favorito y ocupaba el primer puesto entre los altos dignatarios de palacio, movido por la gracia de Dios, abandonó la corte e ingresó en un monasterio. El rey, al enterarse de lo que su valido había hecho, se indignó, y, ciego de ira, dio orden a sus ministros de que lo buscasen por todos los desiertos y, una vez hallado, lo condujesen a su presencia. Cuando Abenner vio consumido por el hambre y vestido con una túnica de tela vil a quien antes destacaba entre los demás cortesanos por su opulencia y lujosas indumentarias, incapaz de dominar su cólera díjole con aspereza:

—Pero, ¿has perdido el juicio? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo es posible que hayas trocado los honores por una situación tan abyecta? ¿Has reparado en el aspecto que tienes? ¿No te das cuenta de que si los muchachos te vieran te tomarían por demente y correrían detrás de ti por las calles ha-

ciéndote objeto de sus risas, burlas, chanzas y befas?

—Si quieres que te diga por qué he hecho esto —respondióle el antiguo valido—, aleja de ti a tus enemigos.

—¿A qué enemigos te refieres? —preguntó el rey.

El amigo le aclaró:

—A la ira y a la concupiscencia. Mientras tengas aposentadas en tu ánimo a estas dos pasiones, es imposible que veas la verdad; arrójalas lejos y pon, en el lugar que ellas indebidamente ocupan, a la equidad y a la prudencia.

—Está bien —asintió Abenner.

Cuando el rey se hubo sosegado, el favorito habló de esta manera:

—Los necios desprecian lo que tiene entidad y se conducen como si lo auténtico y verdadero careciese de importancia; eso es grave; pero es más grave todavía que tengan su atención acaparada por el afán de conseguir lo que objetivamente ni tiene ser, ni vale para nada. Si no son capaces de saborear la dulzura que hay en la entraña de las cosas auténticamente reales, menos lo serán de descubrir verdaderos valores donde no los hay ni puede haberlos, puesto que lo que toman ilusoriamente por realidad no es más que engañosa apariencia.

El favorito continuó hablando y exponiendo a Abenner la doctrina del misterio de la Encarnación, y desarrollando varios otros puntos de la fe cristiana, hasta que el rey, en un determinado momento, le interrumpió y dijo:

—Si hace un rato no te hubiera prometido que no me dejaría llevar de la ira, ahora mismo mandaría que te quemaran vivo. ¡Anda! ¡Vete de aquí inmediatamente! ¡Huye lejos de mi vista! ¡Escóndete en donde mis ojos no puedan verte, porque te aseguro que, si te vuelvo a ver, no podré contener mi indignación y tendré que mandar que te maten!

El santo varón de Dios marchóse entristecido, no por lo que el rey le había dicho, sino por no haber conseguido ser martirizado entonces mismo, que ese era su más ferviente deseo.

Poco después de esto, Abenner, que no tenía hijos, tuvo uno, hermosísimo por cierto, al que dio el nombre de Josafat. Con motivo del nacimiento de este niño el monarca organizó una fiesta para dar gracias a los dioses por el feliz acontecimiento. Invitados y convocados por el soberano a la fiesta susodicha, acudieron infinidad de personas a ofrecer sacrificios a los ídolos, y, entre ellas, sesenta astrólogos llamados expresamente para que pronosticaran el futuro del príncipe recién nacido. Cincuenta y nueve, de los sesenta adivinos, fueron contestando uno tras otro a las preguntas que Abenner les formuló con respecto al porvenir de su hijo, diciendo todos ellos invariablemente lo mismo: que el niño llegaría a ser un rey muy poderoso e inmensamente rico. En cambio, el que hacía el número sesenta, más sabio que sus colegas, movido no por datos que hubiera obtenido consultando a los astros, sino por divina inspiración, dijo al monarca:

—Señor, este hijo tuyo no ceñirá la corona de tu reino, sino la de otro incomparablemente mayor y mejor. Yo veo que algún día se convertirá a esa religión cristiana que tu persigues.

Abenner, al oír este augurio se impresionó y asustó muchísimo, y, para evitar que tal pronóstico se cumpliera, tomó entre otras estas precauciones: mandó construir en las afueras de las ciudad un palacio suntuosísimo, alojó en él a su hijo cuyo cuidado confió a un selecto grupo de mancebos hermosísimos, a quienes ordenó que jamás ni bajo ningún pretexto hablasen al príncipe de cosa alguna desagradable, prohibiéndoles que en la lujosa mansión se mencionaran no ya determinados temas, pero ni siquiera las palabras *muerte, enfermedad, vejez, pobreza,* ni ninguna que pudiera entristecer al heredero de la corona; encargándoles mucho, por el contrario, que en sus conversaciones con él prodigaran los vocablos alegres y procuraran hablar siempre de asuntos que connotaran felicidad, júbilo y optimismo, para que, sintiéndose el príncipe dichoso en todo momento, no pudiera surgir en su ánimo ni el menor asomo de tristeza. Advirtióles el rey encarecidamente que si acaso alguno de los pajes o servidores del futuro soberano caía enfermo, fuese sacado inmediatamente de palacio y sustituido en su oficio por otro completamente sano. Hízoles saber asimismo que en aquella casa, ni en lugar alguno en que pudiera oírlo su hijo, nunca se haría ni la más remota alusión a la religión cristiana ni se pronunciaría para nada ni por nada el nombre de Cristo.

Al quedarse sin el valido de que antes hemos hablado, Abenner puso en su lugar a otro cortesano que profesaba ocultamente y con exquisita fidelidad la fe del cristianismo. Poco después de su nombramiento, el nuevo favorito, estando en una

cacería organizada por el rey, encontró en el campo, caído en el suelo, a un hombre muy pobremente vestido y con una de sus piernas rota a causa de una coz que una bestia le había propinado. El herido rogó al valido del monarca que hiciese el favor de socorrerle y, para más estimularle a ello, le dijo:

—También a ti te conviene prestarme la ayuda que te pido, porque más adelante es muy probable que sea yo quien tenga que sacarte a ti de algún apuro.

El favorito manifestó al herido:

—Por supuesto que voy a socorrerte; lo haré de muy buena gana; pero no alcanzo a comprender que algún día pueda yo verme en estado tan precario como para necesitar que un individuo tan podre como tú tenga que echarme una mano.

El herido, por vía de aclaración, dijo al cortesano:

—Yo ejerzo la profesión de médico entre los enfermos no del cuerpo sino del alma, y como tal médico sé recetar consejos muy oportunos y eficaces a quienes sufren por haber sido acusados, difamados o injuriados...

Sin prestar gran atención a lo que el herido le estaba diciendo, el valido, por amor a Dios, lo levantó del suelo, se hizo cargo de él y procuró que fuese curado debidamente y solícitamente atendido.

Algún tiempo después de esto, ciertos palaciegos, envidiosos del favor que el monarca dispensaba al nuevo favorito, desencadenaron una campaña de desprestigio contra él y le acusaron ante el rey, no sólo de que era cristiano ocultamente, sino también de que, movido por su ambición de llegar algún día a ocupar el trono, trataba de granjearse la simpatía de la gente y estaba organizando subrepticiamente un levantamiento popular contra él, su legítimo soberano. Los delatores aseguraron a Abenner:

—Si quieres comprobar por ti mismo que cuanto te estamos diciendo es verdad, no tienes más que llamarlo, hablar con él privadamente y, con sumo disimulo manifestarle bajo riguroso secreto que estás arrepentido de haber perseguido a los cristianos y que, convencido de que la vida es corta y en breve se acaba, has decidido renunciar a la gloria del trono y hacerte monje. Dile estas cosas con apariencia de sinceridad, y verás lo que te responde.

Puso el rey en práctica el consejo que los delatores le dieron. El valido, sin la más remota sospecha de que estaba siendo víctima de un engaño, al oír cuanto el monarca le estaba diciendo se deshizo en lágrimas, alabó sus proyectos, recordóle que las grandezas de este mundo eran meras vanidades, y le animó a ejecutar cuanto antes lo que se había propuesto hacer. De todo esto dedujo Abenner que los cargos formulados por los acusadores contra el nuevo favorito eran ciertos, y aunque mientras hablaba con él procuró disimular y contenerse, no pudo empero evitar que la ira que interiormente sentía asomara a su semblante. Extrañado el valido, tanto del ceño que a medida que él se expresaba iba poniendo el soberano, cuanto, y sobre todo, de la aspereza con que el rey puso fin a la entrevista, salió de la regia cámara temblando de miedo; y acordándose de pronto de su protegido, el médico que curaba con palabras y consejos, fue a verle y le refirió lo ocurrido. El médico, tras oírle, le dijo:

—No te quepa la menor duda de que el rey ha interpretado mal tus exhortaciones. Seguro que de ellas ha inferido que pretendes apoderarte de su trono. Ve rápidamente a tu casa, rápate la cabeza, despójate de estas ropas cortesanas, viste tu cuerpo con un áspero cilicio; y mañana en cuanto amanezca, muy de madrugada, entra en su cámara. El te preguntará que por qué vas tan temprano a verle y a qué se debe que te presentes ante él con esa traza, y tú le responderás: «Señor, comparezco ante ti de esta manera, y a estas horas tan tempranas, para manifestarte que estoy dispuesto a seguirte, y que no quiero separarme de ti; sé que el camino que has decidido emprender es difícil pero, yendo contigo, yo lo recorreré con facilidad. Si te dignaste tenerme a tu lado en los tiempos prósperos de tu vida, sería por mi parte una descortesía abandonarte en los ásperos y trabajosos. Vamos, pues, cuanto antes, al monasterio; no demoremos ni un momento la ejecución de lo que ayer reservadamente me manifestaste que pensabas hacer».

El valido siguió al pie de la letra el consejo que el médico le diera. El rey quedó estupefacto, colmó de honores nuevos e inusitados a su fiel amigo y castigó severamente a quienes se habían permitido calumniarle.

A medida que el tiempo pasaba, crecía el hijo del monarca en el palacio en que vivía. Mas cuando llegó a la edad adulta con gran preparación de conocimientos en todas las ramas del saber huma-

no, comenzó a extrañarse de que su padre lo mantuviera recluido de aquella manera. Un día, hablando con uno de sus pajes al que profesaba especial cariño y con quien tenía mucha confianza, manifestóle muy en secreto que no se sentía a gusto con el régimen de vida que llevaba; que en ocasiones su ánimo veíase invadido por una profunda tristeza interior; que frecuentemente perdía el apetito, y que, aunque comiera y bebiera, hacíalo sin ganas y sin hallar satisfacción alguna ni en los alimentos ni en los vinos. El paje en seguida comunicó al rey la confidencia que el príncipe le había hecho, y el rey, aun sintiéndolo mucho, creyó conviente suavizar un tanto las restricciones que había impuesto a su hijo. Desde entonces puso a disposición de él buenos caballos para que pudiera salir a pasear por el campo, permitió que grupos de gentes alegres entrasen en el palacio a representar comedias y a divertir al heredero con músicas y canciones, aunque advirtiendo bien a los cómicos su obligación de abstenerse de representar ante el príncipe escenas desagradables, así como de cantar o tañer nada que indujese a tristeza o melancolía.

Poco después de esto, un día, yendo el príncipe de paseo con sus acompañantes fuera del recinto de su palacio, encontróse con dos hombres: uno de ellos era ciego y el otro estaba leproso; al verlos quedó tan sorprendido, que preguntó a sus criados:

—¿Quiénes son estos dos individuos y qué es lo que les sucede?

Sus criados le respondieron:

—Señor, son dos enfermos. A veces ocurren estas desgracias.

El príncipe preguntó de nuevo:

—Estas desgracias que según vosotros a veces ocurren, ¿pueden ocurrirle a cualquiera, o solamente a determinadas personas?

Los criados contestaron:

—Estos y otros tipos de calamidades no son frecuentes; constituyen casos muy excepcionales y además sólo afectan a muy pocos y determinados individuos.

El príncipe insistió:

—¿Se sabe de antemano quiénes van a padecer estas desgracias, o es posible que estos males recaigan indiscriminadamente sobre cualquiera?

—Señor —dijéronle los criados—, no hay hombre que pueda saber con antelación y con certeza lo que haya de ocurrirle andando el tiempo.

Profundamente preocupado quedó el príncipe, tanto por lo que acababa de ver cuanto por las respuestas que los criados dieron a sus preguntas.

En otra ocasión, algún tiempo después, yendo también por el campo, encontróse con un hombre muy viejo, sumamente encorvado, con su cara llena de arrugas y su boca tan desdentada que cuando hablaba ni podía articular las palabras ni apenas si se lograba entender algo de lo que trataba de decir. La sorpresa que este encuentro le produjo fue tan grande que, volviéndose hacia sus acompañantes, les preguntó estupefacto:

—¿A qué se debe que este hombre tenga un aspecto tan desagradable?

—Débese —dijéronle ellos— a que es ya muy anciano; estos géneros de males suelen traerlos los años.

—¿De lo que acabáis de decir —inquirió el príncipe— debo inferir que este individuo va a estar siempre así y que los males que padece no tienen remedio?

Contestáronle los criados:

—Así es, señor; sólo la muerte pondrá fin a los achaques que este hombre tiene sobre sí.

El príncipe siguió preguntando:

—¿Qué me decís de la muerte? ¿Es algo que alcanzará a todos, o sólo a determinadas personas?

—De la muerte no se libra nadie —respondiéronle ellos.

—¿A qué edad sobreviene la muerte?

—Hay quienes viven hasta los ochenta años, y algunos, muy excepcionalmente, incluso hasta los cien; pero la vida humana tiene un límite; más pronto o más tarde, la muerte termina con ella.

A partir de aquel día el heredero cayó en un estado de profundo abatimiento. Ante su padre disimulaba y trataba de mostrarse feliz y contento, mas en su interior constantemente pensaba en lo que había visto y en las respuestas dadas a sus preguntas, y como sospechara que probablemente ignoraba muchas cosas más, entró en deseos de llegar a conocerlas.

Por aquel tiempo vivía en un desierto de la región de Sennaar un monje llamado Barlaán, famoso por su virtud. Por divina inspiración supo este santo varón lo que le estaba sucediendo al hijo del rey. Decidido a acudir en su ayuda, se disfrazó de mercader, se trasladó a la capital del reino, se presentó ante el ayo del príncipe y le dijo:

—Soy negociante. Tengo en mi poder una piedra preciosa de incalculable valor puesto que con

ella se puede devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos, el habla a los mudos y comunicar la ciencia a quienes carecen de ella. Deseo regalársela al hijo del rey. Te ruego, pues, que ahora mismo me proporciones una entrevista con él para poder entregársela personalmente.

Contestóle el ayo:

—Pareces hombre prudente; pero lo que acabas de propornerme no concuerda con las exigencias de la prudencia. Ya había yo oído decir que algunas piedras tenían propiedades más o menos semejantes a esas que atribuyes a la tuya; sin embargo, antes de acceder a tu pretensión es preciso que yo la vea y compruebe por mí mismo si tiene o no esas virtudes que dices. Si las tiene, te permitiré que te entrevistes con el príncipe para que se la regales personalmente, y te aseguro que no te arrepentirás de ello, porque él corresponderá a tu generosidad colmándote de honores.

—Tengo que advertirte, aclaróle Barlaán, que mi piedra, además de las dichas, posee otra cualidad peculiarísima: la de dejar repentinamente ciegos a cuantos se atrevan a mirarla sin tener una vista muy perspicaz y a quienes no vivan en castidad absoluta. Yo no sé si tú eres absolutamente casto; pero lo que sí sé, porque aunque no sea médico lo estoy ahora mismo observando, es que tus ojos no son lo suficientemente vivaces para que te arriesgues a hacer esta prueba. Mejor, pues, será que entregue yo mismo mi piedra al príncipe directamente. No abrá peligro alguno en que él la vea, porque he oído decir que tiene unos ojos sanos y bellísimos y que vive en perfecta continencia y castidad.

El ayo dijo entonces al mercader:

—Tienes razón. Es preferible que no me enseñes tu piedra, porque, en efecto, ni mis ojos están totalmente sanos, ni vivo castamente; todo lo contrario: mi cuerpo y mi espíritu se ecuentran bastante sucios a causa de las torpezas de mis pecados.

En diciendo esto, llevó al mercader a presencia del hijo del rey, que acogió al forastero con cordialidad y benevolencia. Barlaán, bien impresionado por la afabilidad con que era recibido, dijo al príncipe:

—Señor, has hecho bien en no dejarte llevar por las apariencias de mi modesta condición y en haberme acogido tan amablemente. Escucha esta parábola: un rey muy poderoso, yendo un día de paseo cómodamente instalado en el interior de su dorada carroza, en un determinado lugar de la calzada se encontró con unos peregrinos demacrados por el hambre y la fatiga y muy pobremente vestidos. El rey, en cuanto los vio, mandó parar su carroza, se apeó de ella a toda prisa, se arrojó a los pies de los caminantes, hizo ante ellos una profunda reverencia, después se levantó, abrazólos y besólos a todos uno por uno, con gran sorpresa y enojo de los cortesanos que le acompañaban, quienes, si bien estaban viendo con muy malos ojos lo que su soberano hacía, de momento callaron y nada dijeron, porque no se atrevieron a reprocharselo directamente al rey, en cuanto regresaron a palacio refirieron indignados al hermano del monarca que éste se había comportado con unos hombres de baja laya de manera muy inadecuada a lo que su altísima dignidad regia exigía. El hermano, no menos indignado que sus informadores, fuese inmediatamente a ver al rey, y le reprendió ásperamente por haberse rebajado de aquella manera. Cuando el susodicho rey condenaba a alguien a muerte, tenía por costumbre hacérselo saber al reo y al pueblo mediante el toque de una trompeta especial que sólo para estos casos se usaba y que un pregonero hacía sonar ante el domicilio del que iba a ser ajusticiado. Aquella misma tarde, hacia la hora del anochecer, el pregonero real hizo sonar la fatídica trompeta ante la puerta de la casa en que vivía el hermano del rey. El susodicho hermano, al oír el inconfundible aviso, dióse por enterado y, convencido de que estaba irremisiblemente perdido, pasó la noche entera en vela, hizo testamento, se vistió de negro y, en cuanto amaneció, tomando consigo a su esposa e hijos se presentó ante la portada de palacio, llorando a gritos. El rey ordenó que permitieran la entrada en palacio a quien de aquella manera lloraba y gritaba, y cuando el reo estuvo en su presencia díjole el monarca: «Escucha, necio; si tú aun sabiendo que no me has ofendido en nada, en cuanto oíste el sonido de la trompeta del pregonero te echaste a temblar, ¿cómo no voy a temblar yo cuando oiga los sonidos de la trompeta del pregonero de mi Señor, a quien tanto he ofendido, anunciándome mi muerte y la llegada del juez que inexorablemente me va a juzgar?». Dicho esto, el rey mandó preparar cuatro cofres, dos de ellos exteriormente guarnecidos en todas sus superficies con láminas de oro, y los otros dos también exteriormente y con todas sus caras embadurnadas de pez. En los cofres dorados mandó que introdujeran huesos y carroña de cadáveres en estado de descomposición, y en

los embadurnados de pez ordenó que metieran, hasta llenarlos, margaritas, joyas y piedras preciosas. Hecho todo esto y cerradas las cuatro arquetas, dispuso que los cortesanos de su escolta que se habían escandalizado del comportamiento que observó con los peregrinos, e indignados contaron a su hermano lo ocurrido, pasaran a la estancia en donde estaban las arquillas preparadas y mostrándoselas, les preguntó:

—¿Cuáles de estos cuatro cofres son a vuestro juicio los más valiosos?

Los cortesanos unánimemente le contestaron:

—Los dorados, sin duda alguna; los otros dos carecen de interés.

—¡Bien! —manifestó el monarca—. Acercaos a esos cofres dorados y abridlos.

Acercáronse a los cofres los cortesanos, los abrieron y, al hacerlo, del interior de los mismos salió un hedor auténticamente insoportable. Entonces el monarca comentó:

—A estos dos cofres se parecen muchos que andan por ahí ricamente vestidos pero interiormente repletos de las inmundicias de sus vicios. Abrid ahora los otros dos que permanecen cerrados.

Los cortesanos los abrieron y quedaron admirados de la fragancia que de su interior salía y de la hermosura y riqueza de las cosas que contenían.

—Oídme bien —dijo el rey—; aquellos peregrinos demacrados, macilentos, pobremente vestidos, a quienes yo reverencié el otro día, se parecían a estos dos cofres; sus ropas eran harapos; su aspecto externo, verdaderamente vil y desagradable; pero interiormente estaban llenos del buen olor y méritos de sus virtudes. Vosotros soléis juzgar a las personas por las apariencias, sin tomaros la molestia de considerar lo bueno o malo que pueda haber en su interior, como habéis hecho ahora al enfrentaros con estos cuatro cofres.

—Hasta aquí —continuó Barlaán— llega mi parábola. Tú señor, al recibirme tan afablemente, has obrado con la discreción y prudencia que aconsejaba el rey de mi cuento.

A continuación el aparente mercader comenzó a exponer al príncipe la doctrina cristiana de la creación del mundo, de la prevaricación del hombre, de la Encarnación del Hijo de Dios, de su Pasión, muerte y resurrección, del día del juicio, de la diferente sentencia que recaerá sobre los buenos y sobre los malos; y, después de disertar ampliamente sobre estas y otras cuestiones, pasó a explicarle el error en que vivían quienes daban culto a los ídolos, a demostrarle la necedad de semejantes adoraciones, y a propósito de esto púsole el siguiente ejemplo: un arquero tenía en su casa uno de esos pajarillos que llaman ruiseñores, y cierto día decidió matarlo; mas cuando se disponía a retorcerle el cuello, el ruiseñor habló y le dijo: «¡Hombre, espera un momento! ¿Qué ganas con matarme? Soy tan poquita cosa que aunque me comas tu vientre no se llenará; en cambio, si me permites que siga viviendo, te daré tres consejos que serán para ti muy útiles si los llevas a la práctica». Atónito quedó el arquero al oír hablar al ruiseñor, y cuando se repuso de su sorpresa dijo al pajarillo: «Te prometo que no te mataré si me das esos consejos a que acabas de referirte». «Pues helos aquí —repuso el ruiseñor— toma buena nota de ellos. No acometas jamás empresas imposibles; no te apenes por la pérdida de cosa alguna irrecuperable, y, finalmente, no des crédito a afirmaciones increíbles. Si procuras tener en cuenta estas tres consignas, tus asuntos marcharán bien». Fiel a la promesa hecha, el arquero desistió de matar al pajarillo, al que dio suelta y permitió que volara libremente. El ruiseñor, en cuanto se vio libre de la mano de su dueño emprendió un raudo vuelo, e instantes después, desde el aire, dijo al arquero: «¡Qué infeliz eres! ¡Te has dejado engañar! Por haberme hecho caso acabas de perder un gran tesoro; hágote saber que llevo en mis entrañas una margarita de mayor tamaño que un huevo de avestruz». Oído esto, el arquero, profundamente contrariado, trató de recuperar al fugitivo pájaro, y hablando con él le decía: «Vuelve a mi casa; te trataré muy bien, y, más adelante, si prefieres que te deje en libertad, te abriré la puerta de la jaula para que salgas de ella con todos los honores». El ruiseñor desde la altura le respondió: «¿Cómo me propones que vuelva a la jaula si acabas de demostrarme que eres un necio y que no has hecho el menor caso de los tres consejos que te di? Voy a probarte que no has hecho caso alguno de mis tres consejos: ahora mismo estás pesaroso por haber perdido algo tan irrecuperable como yo; pretendes capturarme, empresa imposible para ti, porque tú no puedes volar para correr en pos de mí y darme alcance; y has creído que tengo en mis entrañas una margarita mayor que un huevo de avestruz, cosa a todas luces increíble, puesto que todo mi cuerpo es más pequeño que uno de esos huevos». Hasta aquí señor, llega la narración del ejemplo. Vamos a sacar algunas de sus moralejas:

Quienes confían en los ídolos no son menos necios que el arquero del precedente cuento, puesto que rinden adoración a unas estatuas que ellos mismos han confeccionado, y consideran como custodios y protectores suyos a unos objetos que no sólo no protegen nada sino que necesitan ser protegidos por sus presuntos custodiados.

Seguidamente Barlaán mostró al príncipe cuán vanas y engañosas son las satisfacciones que al hombre parecen proporcionar el mundo y la vida temporal, ilustrando su discurso con varias alegorías y parábolas. Vamos a reproducir algunas de ellas en los mismos términos que Barlaán las expuso:

«Los que buscan afanosamente los placeres corporales, sin preocuparse de que entretanto sus almas se mueren de inanición, se parecen a un individuo al que en cierta ocasión le ocurrió lo siguiente: iba este hombre por el campo y, para salvar su vida de los ataques de un unicornio que le salió al paso y quería devorarle, echó a correr con tal velocidad y aturdimiento que, sin advertir dónde pisaba, en un momento de su loca carrera se precipitó por la abertura de una profunda sima; antes empero de llegar al fondo de la misma logró asirse a la rama de un arbusto que emergía a través de una grieta que había en el talud del barranco, y apoyar las puntas de sus pies en un pequeño saliente resbaladizo y frágil; mas, apenas consiguió esta relativa e insignificante esperanza de salvación, advirtió que dos ratoncillos, uno blanco y otro negro, en el interior de la grieta, estaban royendo la raíz del arbusto a una de cuyas ramas habíase él asido, y se dio cuenta de que con poco más que royera el arbusto se desprendería. Al mirar hacia el fondo de la sima y considerar el sitio en que caería si el asidero del arbusto le fallaba, vio un descomunal dragón arrojando llamas de fuego por sus narices, y con su boca abierta esperando que cayera de un momento a otro para devorarlo. Fijóse luego ansiosamente en la resbaladiza cornisilla en que a duras penas conseguía apoyar las puntas de sus pies, y quedó espantado al descubrir que, por entre unas rendijas de la blanda piedra arcillosa que formaba el débil saliente que servía de apoyo a las puntas de sus pies, asomaban las cabezas de cuatro áspides. Miró nuevamente hacia el arbusto, y al examinar con sus ojos la frágil rama a que estaba asido, vio que en otra próxima a ella había un pequeño panal del que fluía un poquito de miel, y entonces, aquel insensato, olvidándose de los muchos peligros que por doquier le rodeaban, puso toda su atención y empeño en discurrir cómo se las compondría para conseguir catar aquella insignificante cantidad de miel». «El unicornio —explicó Balaán al príncipe— representa la muerte, que acecha constantemente al hombre para caer sobre él; la sima respresenta al mundo, abismo lleno de peligros y de cosas malas; el arbusto con su raíz roída por ratones, uno negro y otro blanco, representa la vida de cada individuo, roída y desgastada incesantemente por esos otros dos ratones, uno blanco, que es el día, y otro negro que es la noche, en sucesión constante e ininterrumpida; el saliente resbaladizo, y los cuatro áspides asomando sus cabezas por entre las rendijas, representan, respectivamente: el saliente, el cuerpo humano; y las cuatro víboras, los cuatro elementos que lo componen y sostienen, mientras esos cuatro elementos, actuando en la proporción y modo que a cada uno de ellos corresponde, mantengan el equilibrio conveniente al cuerpo; al que, por el contrario, descomponen y arruinan si en la proporción o en el modo en que tienen que actuar se introduce alguna alteración; el descomunal dragón representa el infierno, con la boca abierta para engullir a cuantos caigan en él; finalmente, la insignificante porción de miel adherida a una de las ramas del arbusto representa las levísimas y efímeras satisfacciones que a veces el mundo ofrece, y que el hombre, en un necio alarde de locura y de insensatez, se empeña en conseguir olvidándose del riesgo en que está y de los males que por doquier le amenazan».

A continuación Barlaán dijo al príncipe: «A las personas acaparadas por el amor a las cosas de la vida presente sucédeles lo que les sucedió a cierto individuo. Tenía este sujeto tres amigos. A uno de ellos amábalo mucho más que a sí mismo; a otro, tanto como a sí mismo; y al tercero, bastante menos que a sí mismo; tan bastante menos, que casi no lo amaba nada. Pues bien, estando las cosas así, un día el rey llamó al hombre de nuestro cuento a su presencia, para que respondiese de un grave cargo que contra él alguien había hecho. Nuestro hombre, al verse en semejante aprieto, acudió en demanda de protección al amigo al que amaba mucho más que a sí mismo, recordóle el inmenso cariño que siempre le había profesado y refirióle la difícil situación en que se hallaba; mas el amigo, sin dejarle acabar, le interrumpió el discurso y le dijo: «Ni sé quién eres, ni qué pretendes,

ni dispongo de tiempo para escucharte; no me entretengas; tengo mucha prisa; debo acudir sin pérdida de tiempo a una fiesta que hoy celebramos algunos camaradas; es una fiesta que me interesa mucho, porque en ella pienso hacer nuevas amistades; pero, puesto que has venido a mi casa en busca de protección, para que no te vayas de vacío aguarda un momento; en algún lado debo tener dos mantas viejas de estopa; voy a buscarlas y, si las encuentro, te las doy para que te tapes con ellas». El hombre de nuestro cuento salió de casa de su mayor amigo profundamente decepcionado; fuese desde ella directamente a casa de su segundo amigo, solicitó su ayuda, y el segundo amigo le dijo: «No puedo permitirme el lujo de emplear mi tiempo en resolver tus problemas, porque tengo otros muchos asuntos que reclaman mi atención; mas, a pesar de que estoy tan ocupado, te acompañaré hasta la puerta del palacio del rey; de ese modo irás más tranquilo que si vas solo; pero, en cuanto lleguemos a la puerta de palacio, allí te dejaré y yo regresaré inmediatamente aquí para seguir trabajando en mis cosas». Triste y desesperanzado fue nuestro hombre a entrevistarse con el tercero de sus amigos, al llegar junto a él díjole humildemente y con la cabeza baja: «No me atrevo a declararte lo que me sucede, porque reconozco que te he querido menos de lo que merecías. Me encuentro en una situación muy apurada; he recurrido a mis amigos y ni siquiera se han dignado escucharme; por eso, y como último recurso, he tenido la osadía de venir a verte. Ruégote pues, que si puedes y quieres, me eches una mano». Contóle seguidamente lo que le ocurría; su tercer amigo, tras de oírle, díjole amablemente: «Permíteme que una vez más te recuerde lo mucho que te quiero. Verdad es que, como tú mismo acabas de reconocer, nunca has estimado debidamente el inmenso amor que te profeso; sin embargo, yo no puedo olvidar que en algunas ocasiones, aunque hayan sido más bien pocas, también tú has hecho algo por mí; por tanto, no te preocupes; yo iré a ver al rey, le hablaré, haré cuanto pueda para que te trate benignamente, y le suplicaré que proceda al sobreseimiento de la causa que tus enemigos han logrado que se instruyera contra ti». «El primero de estos tres amigos, ¡oh príncipe! —comentó Barlaán—, es símbolo de las riquezas, por cuya consecución el hombre se expone a infinidad de peligros; mas cuando llega la hora de la muerte todo cuanto esas riquezas proporcionan a quien tan afanosamente las buscó es un poco de tela para que con ella sus deudos le confeccionen la mortaja. El segundo de los amigos es símbolo de la esposa, de los hijos, y de los parientes, que acompañan al muerto hasta el sepulcro, allí lo dejan y regresan a sus casas para continuar entregados a sus ocupaciones y asuntos particulares. El tercer amigo es símbolo de la fe, de la esperanza y de la caridad, de la práctica de la limosna y de las buenas obras; todas estas virtudes y obras buenas, cuando fallece quien las ejecutó, se adelantan al alma del difunto, llegan al tribunal divino antes que ella y por ella interceden hasta conseguir que Dios la libre de caer en manos de los demonios, sus enemigos».

«Voy a contarte otro cuento, señor», dijo Barlaán al príncipe. «Escucha. En una gran ciudad existía la costumbre inmemorial de que, en un determinado día de cada año, se reunían sus habitantes para elegir al rey que había de gobernarlos. La elección tenía que recaer en un forastero desconocido; el elegido duraba en su oficio solamente un año. Terminada la elección, el pueblo entregaba al nuevo rey toda la autoridad y todo el poder para que ejerciera ambas cosas como le pareciere, sin limitación alguna, pues en la aludida ciudad no había ni constitución, ni leyes, ni códigos ni normas preestablecidas. Ahora bien, si el rey elegido se comportaba tiránicamente, el pueblo podía retirarle la autoridad que en él había delegado, destronarle y vengarse de los abusos que durante su breve reinado hubiere cometido. Siempre ocurría lo mismo: todos los reyes, en cuanto tomaban posesión de su cargo, sin tener en cuenta que su oficio duraba solamente un año, procedían como si hubieran de ser soberanos vitalicios de aquellas gentes y tierras, se dedicaban a disfrutar de toda clase de delicias y a gobernar tan despóticamente que, a las pocas semanas de haber sido elegidos, el pueblo veíase obligado a alzarse contra ellos, a destituirlos y a vengarse de la tiranía ejercida, arrastrándolos desnudos por las calles de la ciudad y desterrándolos a una lejana isla deshabitada en la que, poco después, de no tener nada que comer ni ropas con que cubrirse, morían de hambre y de frío. Mas he aquí que en cierta ocasión ocurrió lo siguiente: uno de esos reyes, elegidos de la manera dicha, pero conocedor de la suerte que habían corrido sus predecesores, apenas se posesionó del trono acumuló secretamente en la referida isla inmensos tesoros e infinidad de provisiones para

que, cuando llegara la hora de ser desterrado a ella, no le sucediera lo que a los otros, sino que, por el contrario, pudiera seguir viviendo y disfrutando de delicias inagotables. La ciudad de este cuento, representa a este mundo» comentó Barlaán al príncipe, «y sus habitantes a los demonios, que nos ofrecen un reino y libertad sin límites para gozar hasta la saciedad de los placeres terrenos; pero estos placeres son falsos y engañosos; los reyes elegidos nos representan a nosotros, que somos los monarcas efímeros del reino que los demonios ponen en nuestras manos; reino ilusorio, porque cuando menos lo esperamos llega la muerte, nos hace bajar del trono, nos arrastra y nos conduce desnudos de todo al abismo tenebroso del infierno. Las riquezas acumuladas en la isla por el avispado rey, con la idea de gozar de ellas después de su destronamiento, simbolizan los méritos de las limosnas y de las buenas obras que nosotros podemos acumular en el cielo si nos dedicamos durante la vida a practicar la misericordia con los pobres y a socorrerlos en sus necesidades».

A través de tan larga plática Barlaán adoctrinó tan completa y perfectamente al príncipe, que éste le manifestó sus deseos de marcharse con él y de abandonar a su padre. Barlaán tornó a sus parábolas y dijo al príncipe:

—Voy a contarte lo que le ocurrió a un joven que huyó de su casa para evitar que lo casaran con una mujer de elevada condición social, y voy a contártelo porque, si hicieses eso que me propones, a ti te sucedería algo parecido. Escucha: huyó de su casa el joven por el motivo dicho, y al llegar a cierto lugar vio a una doncella, hija de un hombre pobre y anciano, trabajando y cantando himnos de alabanza al Señor. Extrañado el joven, preguntó a la muchacha: «¿Cómo siendo tan pobre estás dando gracias a Dios cual si hubieras recibido de El grandes mercedes?». La doncella le respondió: «Con pequeñas y vulgares medicinas cúranse a veces enfermedades muy graves. Si nos mostramos agradecidos a un bienhechor por los pequeños favores que nos haya hecho, predisponemos su ánimo para que en adelante nos haga beneficios mayores. Además: debo decirte que yo he recibido de Dios muchas cosas y muy excelentes. No me refiero a bienes materiales; esos bienes carecen de importancia en orden a la verdadera vida; me refiero a bienes interiores y espirituales, que son los que verdaderamente importan. De esta clase de bienes yo he recibido muchos y todos muy interesantes; por ejemplo, éstos: el Señor me ha creado a su imagen y semejanza, me ha dotado de entendimiento, me ha llamado a participar de su gloria, me ha abierto las puertas de su reino... ¿No es, pues, justo que le alabe y que le agradezca tan estupendas mercedes?». Tan admirado quedó el joven de la prudencia de la moza, que decidió casarse con ella, y seguidamente rogó al anciano que le concediera la mano de su hija porque quería hacerla su esposa. El anciano le contestó: «No puedes casarte con mi hija porque es tan pobre como yo, mientras que tú eres de familia rica y noble». Insistió el joven en su demanda e insistió el anciano en su negativa, añadiendo a la anterior otra razón más: «No tengo más hija que ésta, díjole el padre; no puedo, pues, dártela, porque si te la diere, te la llevarías a casa de tu familia y yo me quedaría aquí solo y desamparado». «Por esa parte —replicó el mancebo— no pases cuidado; si me caso con ella me quedaré a vivir aquí con vosotros y me adaptaré a vuestro género de vida». Apenas hubo dicho esto, el joven se despojó de sus ricas ropas y se vistió con una vieja túnica del anciano, el cual, al ver que el forastero se obstinaba en permanecer allí, y al comprobar, tras haberlo sometido durante bastante tiempo a diferentes pruebas, que sus pretensiones eran firmes y sus palabras sinceras, accedió a que se casara con su hija; y el día de la boda, al introducirlo en la cámara nupcial, le mostró y entregó una tan inmensa cantidad de riquezas, que el joven esposo se quedó impresionado, pues nunca había visto un tesoro tan valioso.

Cuando Barlaán teminó su relato Josafat le dijo:

—Comprendo perfectamente lo que has querido darme a entender con esta narración; me doy por aludido y enterado; dispuesto me hallo para seguirte y no separarme de ti; pero dime: ¿qué años tienes y dónde vives?

Barlaán le respondió:

—Tengo cuarenta y cinco años y vivo en un desierto que hay en la región de Sennaar.

Josafat, sorprendido, exclamó:

—¿Cuarenta y cinco años nada más? ¡Yo calculaba que tendrías por lo menos setenta!

—Tu cálculo —comentó Barlaán— es acertado si contamos como edad el tiempo que ha transcurrido desde que nací hasta hoy; pero yo doy por no vividos los años que pasé en el mundo entregado a sus vanidades y pompas; y los doy por no vividos porque durante ellos mi *yo interior* perma-

neció inerte, como muerto; y estimo que todos esos años en que me comporté tan necia y vacuamente como si aún no hubiese nacido no debo incluirlos en el cómputo de mi edad.

Como Josafat insistiera en querer irse con él entonces mismo al desierto, Barlaán hízole estas consideraciones:

—Ahora no puedo llevarte; si lo hiciera, no sólo me vería muy pronto privado de tu compañía sino que desencadenaría sin pretenderlo una sangrienta persecución contra mis hermanos. Vamos a esperar algún tiempo; cuando las circunstancias sean propias para ello, te reunirás conmigo.

Antes de poner fin a la entrevista Barlaán bautizó al hijo del rey, dejólo bien instruido en la fe, y luego lo besó, se despidió de él y regresó al desierto.

Cuando el monarca se enteró de que su hijo se había hecho cristiano se llevó tal disgusto, que cayó enfermo de indignación y de pena. Un amigo suyo, llamado Araches, tratando de consolarle, le dijo:

—Señor, yo conozco mucho a un compatriota nuestro que es idólatra y hace vida de ermitaño y físicamente se parece tan extraordinariamente a Barlaán que muy bien podría, si quisiera, hacerse pasar por él. Si te parece podríamos proponerle lo siguiente: que simulando ser Barlaán, entrara en contacto con el príncipe; que en una primera etapa defendiera ante tu hijo la fe de los cristianos; que en una segunda fase se hiciese saber que había abandonado esa religión por haber llegado al convencimiento de que sus doctrinas son falsas; que en una tercera destruyera todas las enseñanzas que Barlaán sembró en la mente de tu heredero. Si llevamos a cabo este plan, estoy completamente seguro de que el procedimiento dará buen resultado y de que el príncipe retornará al culto de nuestros dioses.

Araches salió de la ciudad al frente de un gran ejército, haciendo correr previamente la voz de que iba en busca de Barlaán. Algunos días después, regresó pregonando que había logrado capturarlo y que lo traía prisionero, si bien a quien realmente traía con él, simulando que lo traía preso, era al idólatra ermitaño que se parecía tan extraordinariamente a Barlaán.

Cuando el hijo del rey oyó decir que su maestro estaba en la cárcel, lloró muy amargamente; pero por poco tiempo, porque Dios le hizo conocer por medio de una revelación que el ermitaño fingidamente encarcelado no era Barlaán sino otro al que pretendían hacer pasar por él.

Por entonces fue el monarca a visitar a su hijo y le habló de este modo:

—Hijo mío, me has causado una pena muy grande; has deshonrado mis canas; has apagado la luz de mis ojos; ¿por qué has abandonado el culto de nuestros dioses?

El príncipe le respondió:

—Padre, yo no he hecho más que huir de las tinieblas y correr en busca del sol; al advertir el error en que vivía he desertado de él y he abrazado la verdad. Cuanto hagas para hacerme regresar a las antiguas posiciones resultará inútil. Escúchame bien: no pierdas el tiempo en intentar separarme de Cristo; porque del mismo modo que por mucho que te empeñes no lograrás llegar con tu mano hasta el techo del firmamento ni vaciar enteramente de agua las profundidades del mar, así tampoco, hagas lo que hagas, conseguirás que yo retorne a la idolatría.

—La culpa de todo esto —comentó el rey— la tengo yo por haber derrochado contigo atenciones y prodigádote magnificencias incomparablemente superiores a las que jamás padre alguno haya dedicado a un hijo. Las excesivas consideraciones con que te he tratado te han hecho perder el juicio; te has henchido de soberbia y de maldad, se han desencadenado tus ambiciones, y hasta pretendes quitarme la vida. Razón tenían los astrólogos que, cuando naciste, al hacer tu horóscopo pronosticaron que serías engreído y desobediente, y que te rebelarías contra tu padre. Pero entiende bien esto: no te saldrás con la tuya; si te obstinas en desobedecerme, dejaré de considerarte como hijo mío, y en adelante te trataré no como padre, sino como enemigo tuyo; y te castigaré con bastante mayor severidad que la que hasta ahora he usado con cualquiera de cuantos han peleado contra mí y han caído en mis manos.

—Pero, señor —repuso Josafat— ¿cómo es posible que el hecho de que yo haya comenzado a participar de los auténticos bienes te produzca semejante indignación? ¿Qué padre se ha afligido jamás tanto como tu te afliges por ver a un hijo en vías de prosperidad? Si te empeñas en convertirte en mi enemigo tendré que renunciar a seguir llamándote padre, y me veré obligado a huir de tu presencia con el mismo horror con que se huye de una serpiente.

El rey, dando por teminada la entrevista con el

príncipe, salió de la estancia muy irritado, fue a reunirse con su amigo Araches, le refirió la conversación que acababa de tener con su hijo, y ponderó la dureza de corazón que había descubierto en el heredero. Araches aconsejó al monarca que probara a tratar al príncipe no con aspereza, sino con dulzura y suaves palabras, porque tal vez con este procedimiento lograra vencer su resistencia y granjearse su obediencia y afecto. El rey, a quien el consejo de Araches pareció acertado, al día siguiente fue nuevamente a visitar a su hijo, le abrazó, le besó muy cariñosamente y luego le dijo:

—¡Hijo mío dulcísimo! Honra y venera las canas de tu padre. ¿No has caído en la cuenta de que los hijos tienen el deber de obedecer a sus padres y el de proporcionarles alegrías, y el de evitar que se irriten y se aflijan? Mira: todos cuantos se han portado indebidamente con los autores de sus días han terminado mal.

—En la vida de todo hombre —manifestó Josafat— se dan circunstancias en las que se debe amar y obedecer, y ocasiones en que estos deberes cesan; hay tiempos de paz y hay tiempos de guerra. Jamás debemos obedecer a quien emplea su autoridad para apartarnos de Dios, ni siquiera en el caso de que quien tal haga invoque su título y condición de padre o madre.

Ante la inquebrantable constancia del príncipe, el rey simuló ceder y dijo:

—Como parece que no estás dispuesto, ni a obedecerme ni a cambiar de actitud, vamos a hacer una cosa. Escucha, hijo; tengo preso a ese Barlaán que te engañó y sedujo. Tú y yo, los dos juntos, hablaremos con él, le oiremos y, si lo que diga me convence, te doy mi palabra de que también yo abrazaré la fe que a ti te ha imbuido. Mejor aún: organizaremos un debate público para que durante él tengan ocasión de exponer y defender sus respectivas creencias tanto ese Barlaán y quienes profesan la religión que él enseña como los que profesan la religión que nosotros tenemos por vedadera, y practicamos. Mandaré echar un pregón anunciando que se va a celebrar esa controversia e invitando a todos los galileos a acudir a ella, asegurándoles que pueden asistir a la polémica y tomar parte en la discusión sin temor alguno. La disputa la tendremos al aire libre, y, si Barlaán con sus argumentos derrota a nuestros sabios, yo y todo el reino nos haremos cristianos; si, por el contrario, nuestros sabios derrotan a Barlaán, tú y todos los que profesen tu fe os pasaréis a la nuestra.

Pareció muy bien al príncipe lo que su padre acababa de proponerle. En consecuencia, el rey y Araches hablaron con el falso Barlaán y le dieron las instrucciones que estimaron convenientes, indicándole que, a lo largo del debate, primero actuaría como paladín de la doctrina cristiana; luego comenzaría a mostrarse dubitativo y a ceder terreno; y, por fin, acabaría declarándose vencido y convencido por los argumentos esgrimidos por los defensores de la idolatría.

Llegó el día señalado para la disputa. Llenóse de gente el lugar en que había de celebrarse. Momentos antes de que la polémica comenzara, Josafat, dirigiéndose a Nachor, que así se llamaba realmente el que pretendía hacerse pasar por Barlaán, le dijo:

—Escucha, Barlaán. Tú me convertiste a la religión que actualmente profeso. Si a lo largo de la controversia que seguidamente va a iniciarse consigues defender airosamente la doctrina que me has enseñado, me reafirmaré en ella y proseguiré profesándola hasta el final de mi vida; pero si los sabios que van a disputar contigo te vencieran, reconoceré públicamente que ellos tienen razón, que tú me has engañado, y por tanto me vengaré de la afrenta que me has inferido arrancándote con mis propias uñas tu lengua y tu corazón, y arrojándo ambos órganos de tu cuerpo a los perros para que jamás de los jamases puedas volver a engañar a los hijos de los reyes.

Nachor, al oír estas amenazas, asustóse visiblemente, empalideció, y comprendió cuán insensatamente habíase tendido a sí mismo un lazo en el que iba a caer sin remedio, y cómo con sus propias manos había cavado la fosa en la que había de ser sepultado; y, reflexionando sobre lo que le aguardaba, llegó a la conclusión de que lo más conveniente para él, si quería, como quería, salir de la apurada situación en que se hallaba y librarse de la muerte, era defender lo mejor que pudiese la doctrina que profesaba el príncipe, cosa que, al menos al principio, podía hacer sin temor, puesto que el rey le había ordenado que en la primera parte del debate se mostrase partidario y aguerrido defensor de la fe cristiana.

Inicióse la sesión con la intervención de uno de los retóricos paganos, el cual, puesto en pie, preguntó a su *oponente:*

—¿Eres tú Barlaán, el seductor del hijo del Rey?

—Barlaán soy, en efecto; pero no es exacto eso

de que yo haya seducido al hijo del rey, porque no lo he seducido; lo que yo he hecho ha consistido en sacarle del error en que vivía.

El retórico preguntó de nuevo:

—¿Cómo te has atrevido a comparecer en esta asamblea para enfrentarte a estos eximios y admirables varones que promueven la adoración de nuestros dioses?

El falso Barlaán respondió:

—Tanto lo caldeos como los griegos y los egipcios se equivocaron al atribuir categoría divina a determinadas criaturas. Los caldeos tuvieron por dioses a los elementos, que en realidad son cosas creadas para utilidad de los hombres, sometidas a su dominio y corruptibles y perecederas. Los griegos divinizaron a una serie de seres humanos nefandos, tales como Saturno, de quien se asegura que devoró a sus propios hijos, se castró a sí mismo y luego arrojó sus propios genitales al mar; de esos genitales se dice que posteriormente nació Venus; de Saturno se dice también que fue maniatado y sumergido en el fondo del infierno por su hijo Júpiter; y de éste, considerado por los griegos como rey de los demás dioses, los mismos griegos dicen que era tan lascivo que, para saciar sus constantes ansias de fornicar, se transformaba en animal unas veces de una especie y otras de otra. ¿Quiénes, sino los propios griegos fueron los que proclamaron a Venus diosa de la deshonestidad por su vida disoluta y por las relaciones concubinarias que mantuvo, primero con Marte y después con Adonis? Los egipcios, por su parte, divinizaron a diferentes géneros de animales; a las ovejas, a los bueyes, a los cerdos y a otros muchos más. En cambio, los cristianos, ¿a quién dan culto? Pues dan culto y adoran a un ser tan noble como el Hijo de Dios que descendió del cielo y se encarnó.

Seguidamente Nachor expuso con evidente claridad la doctrina cristiana, la razonó y la defendió tan brillantemente y con tantos y tan poderosos argumentos, que sus rivales, los retóricos, sintiéndose incapaces de objetar nada a cuanto el ermitaño decía, quedáronse tan callados como si hubieran enmudecido. Entretanto Josafat no cabía en sí de gozo, al ver cómo el Señor estaba sirviéndose de un enemigo suyo para proclamar la verdad de la Verdad. El rey, por el contrario, hallábase a punto de reventar de indignación y, como no pudiera resistir por más tiempo la cólera que le invadía, interrumpió la sesión, advirtió que la disputa continuaría al día siguiente, y disolvió la asamblea. Entonces Josafat propuso a su padre:

—Permite que mi maestro pase la noche en mi palacio para que podamos preparar juntos las respuestas a las cuestiones que habrán de plantearnos en la sesión de mañana; y haz tú lo mismo con tus retóricos, es decir, reúnete con ellos a fin de que podáis cambiar impresiones sobre los temas que mañana se van a discutir. Otra cosa: si no quieres que el ermitaño se comunique conmigo, continúa tú toda la noche discutiendo con él y déjame a mí hacer otro tanto con tus sabios. Opta por cualquiera de estas dos propuestas. Si no aceptas ni la una ni la otra, obrarás contra justicia y abusarás tiránicamente de tu autoridad.

El rey optó por la primera de ellas, y aceptó que Nachor pasara la noche al lado del príncipe, pensando para sus adentros que el falso Barlaán aprovecharía la ocasión para arrancar la fe cristiana del alma de su hijo.

En cuanto el ermitaño y Josafat quedaron a solas en una de las estancias del palacio, díjole el príncipe a Nachor:

—No creas que ignoro quién eres. Sé de sobra que te llamas Nachor, que te dedicas a la astrología, y que estás actualmente suplantando a Barlaán.

Seguidamente Josafat comenzó a explicar a Nachar la doctrina de la salvación. En esa tarea pasó la noche entera, y tan claramente le expuso las verdades de la fe cristiana, que lo convirtió a ella y, antes de que amanecira, lo envió al desierto, en donde se bautizó y pasó el resto de su vida, hasta su muerte, haciendo vida de anacoreta.

Enterado de lo ocurrido cierto mago llamado Teodas, presentóse ante el rey y le dijo:

—Señor, yo me comprometo a conseguir que tu hijo retorne a la observancia de las leyes de la patria.

—Si logras eso —prometióle el rey—, haré que te erijan una estatua y que seas adorado como dios.

Teodas le dio este consejo:

—Aleja del príncipe a todos cuantos actualmente le rodean. Mete en su casa mujeres hermosas y atractivas que le sirvan y con quienes hable y alterne constantemente. Todo lo demás déjalo de mi cuenta; yo enviaré sobre él a alguno de mis espíritus para que le hagan arder en deseos de concupiscencia. Nada hay que seduzca tanto a los jóvenes como la presencia de mujeres hermosas. Voy a contarte una historia. En cierta ocasión un rey tuvo un hijo. Los doctísimos médicos que reconocieron al niño en el momento en que nació

advirtieron a su padre que si no mantenía al pequeño, por lo menos hasta la edad de diez años, recluido en algún sitio al que no llegara ni el menor atisbo de luz del sol o de la luna, su hijo se quedaría ciego. El rey hizo construir una cueva debajo de unos peñascos, y en ella mantuvo encerrado al niño hasta que cumplió los diez años; y cuando lo sacó de ella dijo a sus criados: «Enfrentad a mi hijo con la realidad del mundo exterior para que vaya adquiriendo nociones de los diferentes objetos, y obteniendo conocimiento de todo lo que un príncipe, que un día será rey, debe conocer». Los ayos del heredero de la corona hicieron desfilar ante sus ojos oro, plata, piedras preciosas, ricos vestidos, caballos de las reales caballerizas, e infinidad de cosas; e iban respondiendo a las preguntas que el niño les formulaba, porque, ante cada objeto nuevo que veía, decía: «¿Qué es esto? ¿Cómo se llama? ¿Para qué sirve?» Eso mismo preguntó a sus preceptores, pero con visibles muestras de ansiedad, cuando por vez primera vio a una mujer; y como uno de los armeros de la casa real le contestara diciéndole, «eso se llama demonio y no tiene más misión ni oficio que el de seducir a los hombres», algunos días después, al preguntarle el rey: «Dime hijo, ¿qué es lo que más te ha gustado de cuanto hasta ahora has visto?», el príncipe niño le respondió: «El demonio que seduce a los hombres; te aseguro que, entre todo cuanto hasta ahora mis preceptores me han mostrado, nada me ha producido una impresión tan agradable como la que sentí al contemplar al demonio». Por eso te digo, señor, comentó Teodas que, para conseguir que tu hijo cambie de ideas, no hay mejor procedimiento que el que te he indicado.

De acuerdo con el consejo del mago, el rey sustituyó a los pajes y criados que servían a su hijo por hermosas jovencitas que se esforzaban continuamente en excitar la concupiscencia del príncipe, en cuyo palacio, a excepción de ellas, no quedó criatura humana a quien Josafat pudiera mirar, ni con quién hablar ni con quien compartir la mesa a las horas de las comidas.

Teodas, como había prometido, introdujo en el cuerpo del hijo del rey algunos espíritus malignos que desencadenaron en él apetitos libidinosos que hasta entonces nunca había sentido, de manera que, entre los demonios actuando desde dentro y las jovenzuelas aquellas actuando desde fuera, mantenían al rojo vivo el fuego de aquella especie de volcán de pasiones en que el príncipe se había convertido.

Josafat, al sentirse tan violentamente atormentado por aquellas vehementes y extrañas apetencias, se encomendó al Señor con toda su alma; el Señor le escuchó, le inundó interiormente de divinos consuelos, y los deseos carnales que durante aquellos días habían turbado su espíritu repentinamente desaparecieron.

Poco después de esto el rey llevó al palacio de su hijo a una hermosísima joven, hija de otro rey, pero huérfana a la sazón por haber fallecido su padre. Josafat entabló un trato de amistad con la princesa y comenzó a predicarle la doctrina cristiana. Un día la joven le interrumpió y le dijo:

—Si quieres que me aparte del culto de los ídolos me apartaré, pero con una condición: la de que te cases conmigo. No veo inconveniente alguno para ello, puesto que los cristianos no sólo no abominan del estado matrimonial, sino que lo tienen por bueno. Los patriarcas y los profetas tuvieron esposa, e incluso la tuvo Pedro, el gran apóstol de vuestra religión.

Josafat le respondió:

—Escucha, mujer; no pierdas el tiempo tratando de persuadirme de que me case contigo. Verdad es que a los cristianos les está permitido vivir en matrimonio, pero de esta permisión quedan excluidos los que han prometido a Cristo guardar castidad perpetua.

La princesa dijo:

—Está bien. Retiro la condición de que te cases conmigo y la sustituyo por otra: si, como dices, quieres que me convierta a vuestra fe para que pueda salvar mi alma, me convertiré si antes me concedes tú una cosa muy fácil que voy a pedirte...

—¿Qué cosa es esa?, preguntó Josafat.

La princesa le respondió:

—Que te acuestes conmigo esta noche; sólo esta noche. Si accedes a ello, te prometo que mañana, en cuanto amanezca, me haré cristiana. Vosotros decís que, cuando un pecador se convierte, hacen los ángeles gran fiesta en el cielo; si eso es así, cabe suponer que, quien consiga que alguien se convierta, recibirá como recompensa un importante premio. ¿Quieres tú alcanzar ese importante premio? Pues conviérteme. ¿Quieres que me deje convertir? Pues acuéstate conmigo esta noche.

Continuó la princesa insistiendo en sus pretensiones y tratando de minar los cimientos de aque-

lla fortísima torre. Uno de los demonios, al ver el tesón que aquella muchacha ponía para sacar adelante su proyecto, dijo a sus compañeros: «Esta jovencita va a conseguir lo que nosotros no hemos sido capaces de lograr. Venid y ayudémosla en su empresa. Estemos muy atentos y, en cuanto se presente alguna ocasión favorable, empujemos todos juntos al mismo tiempo y veréis cómo la resistencia que el tozudo joven opone se vendrá abajo».

El santo príncipe estaba desconcertado. No sabía qué partida tomar. Por una parte deseaba mantenerse fiel a su promesa de guardar castidad y temía faltar a ella si accedía a la condición puesta por la joven, puesto que sentía el aguijón de la concupiscencia; y, por otra, ansiaba sinceramente que la princesa se convirtiera. Comprendiendo que su entendimiento se hallaba turbado por los falsos razonamientos que el diablo le sugería, decidió pedir luz a Dios y así lo hizo; llorando postróse en tierra, y, mientras oraba, quedóse dormido y soñó lo siguiente: hallábase en un amenísimo prado cuajado de lindas flores que exhalaban variados aromas, todos exquisitos. Por aquí y por allá, entre la floresta, había algunos árboles de cuyas ramas pendían apetitosas frutas de inmejorable aspecto. Una brisa suave mecía mimosamente la hierba del césped, las corolas de las flores, las copas de los arbustos, las hojas de la frondosa vegetación, y esparcía por el ambiente de la pradera los suavísimos efluvios de múltiples y deliciosos aromas. En diferentes sitios del prado veíanse asientos construidos con oro y con piedras preciosas, y lechos mullidos vistosamente engalanados dispuestos a la vera de claros arroyos, cuyas aguas transparentes y saltarinas producían, al discurrir, arrulladores murmullos. Después de atravesar la dilatada extensión del vergel, los guías que le acompañaban condujéronle a la ciudad cuyas murallas estaban hechas con bloques de oro finísimo, tan pulidos y resplandecientes que con el brillo que despedían quedaban espléndidamente iluminadas sus calles y sus plazas. A cierta altura, sobre los edificios y flotando en el espacio, un coro de cantores, tan numerosos como los soldados que componen un ejército, cantaban canciones tan bellas y tan delicadas que jamás oídos mortales pudieron haber escuchado un concierto de voces humanas equiparable al que estaba oyendo. los guías le advirtieron: «En esta ciudad viven los bienaventurados»; y como trataran de seguir caminando, él les rogó: «Permitidme que me quede aquí para siempre». Respondiéronle ellos: «Ahora no podemos acceder a lo que nos pides; pero si eres fuerte y sabes resistir a las pruebas que te esperan, algún día vendrás a esta ciudad para quedarte y morar permanentemente en ella, en premio a los trabajos que habrás tenido que soportar previamente». Prosiguiendo su camino llegaron a un lugar tenebroso y sumamente desagradable, infestado de tufos insoportables de tan fétidos. «Aquí penan los pecadores», dijéronle los guías.

Cuando Josafat despertó de su sueño, parecióle que la belleza de la princesa y de las demás mujeres era auténtica fealdad, no menos horrenda que la del estiércol.

Los espíritus malignos regresaron a Teodas y, al reprocharles éste su fracaso, se excusaron diciendo: «Al principio logramos sorprenderle, y antes de que hiciera la señal de la cruz caímos sobre él y conseguimos desencadenar tumultuosamente sus pasiones, pero luego se santiguó y comenzó él a perseguirnos a nosotros con verdadera furia».

Por entonces fueron Teodas y el rey a ver al príncipe, convencidos de que lograrían lo que pretendían; pero el mago fue cazado por aquel a quién él intentaba cazar: Josafat convirtió a Teodas al cristianismo, Teodas se bautizó, vivió en adelante laudablemente hasta el final de sus días.

Perdida por completo la esperanza de cambiar las ideas de su hijo, el rey optó por desistir de su empeño y, siguiendo el consejo que sus amigos le dieron, entregó al príncipe la mitad del reino. Josafat seguía anhelando con toda su alma retirarse al desierto para vivir en él eremíticamente; a pesar de ello, creyó conveniente diferir la realización de sus deseos, aprovechar la oportunidad que se le presentaba para dilatar la fe cristiana en su país, y gobernar durante algún tiempo las ciudades que su padre le había cedido; y, en efecto, así lo hizo: mientras gobernó la porción de su reino erigió cruces e iglesias en las tierras que su padre le había transferido y convirtió al cristianismo a todos sus súbditos; e incluso a su propio padre, quien persuadido por las pláticas y razonamientos de su hijo, aceptó la fe cristiana, recibió el bautismo y poco después renunció totalmente al trono en favor de Josafat y se dedicó hasta el final de su vida a la práctica de las obras de misericordia, muriendo piadosamente.

Josafat, una vez cumplida la misión que se había propuesto, nombró rey y sucesor suyo a Bara-

quías e intentó retirarse al desierto, pero, cuantas veces huyó de la ciudad para poner en práctica sus proyectos, otras tantas el pueblo salió en su busca, logró darle alcance y lo obligó a regresar a la capital del reino. Por fin, en un ocasión consiguió escaparse y evitar que sus súbditos lo hallaran. En esta ocasión, yendo de camino por un paraje solitario, se encontró con un mendigo y trocó con él los vestidos; Josafat dio al pordiosero sus ricas ropas de rey y se vistió con los harapos que el pedigüeño llevaba puestos, y prosiguió caminando hacia el desierto, sorteando las numerosas zancadillas que para impedirlo el diablo le puso; porque, en efecto, el demonio unas veces le salía al paso y desenvainando su espada le amenazaba con matarle si no desistía de su empeño; otras adoptaba la figura de alguna terrible fiera, y trataba de asustarlo con bramidos y zarpazos; mas Josafat, a todas esas insidias, contestaba invariablemente: «Cuento con la ayuda del Señor; no tengo miedo; teniendo a Dios de mi parte, nadie podrá hacerme el menor daño».

Dos años llevaba ya Josafat errando de un lugar a otro, por el desierto, en busca de Barlaán sin conseguir dar con su paradero, cuando he aquí que un día vio una cueva desde lejos, se dirigió hacia ella, se detuvo y ante la entrada, y dijo:

—¡Bendíceme, padre mío, bendíceme!

Barlaán, que estaba dentro de la gruta, al oír y reconocer aquella voz, salió rápidamente. Así fue como los dos se encontraron, y al verse se abrazaron y besaron tan fervorosamente y durante tan largo rato, que parecía que no podían poner fin a su efusividad. Josafat refirió a Barlaán cuanto le había ocurrido desde que se separaran. Barlaán le escuchaba y daba gracias a Dios.

Josafat vivió todavía muchos años en el desierto entregado a la práctica de la virtud y al ejercicio de una austerísima abstinencia. En uno de esos años, hacia el 380, murió Barlaán en la paz del Señor. Veinticinco tenía Josafat cuando renunció al trono. En el yermo hizo vida de anacoreta otros treinta años y cinco años practicando durísimas penitencias, y, cuando lleno de virtudes su espíritu voló hacia Dios, su cuerpo fue sepultado junto al de Barlaán. Más adelante, cuando Baraquías se enteró de que su antecesor en el trono había fallecido, acudió al desierto con un gran ejército, exhumó los cadáveres de los dos ermitaños, los trasladó con suma reverencia a la capital del reino y los colocó en un mismo sepulcro, en el que ambos santos comenzaron a obrar innumerables milagros.

Capítulo CLXXXI

SAN PELAGIO, PAPA

El papa Pelagio fue un hombre muy santo, que, tras haber ejercido laudablemente el supremo pontificado, lleno de buenas obras, descansó en la paz del Señor. Este Pelagio es anterior a otro del mismo nombre que también fue papa y gobernó la Iglesia inmediatamente antes que san Gregorio, como puede verse por la siguiente lista cronológica de pontífices: al Pelagio que llamaremos *primero,* sucedió Juan III; a Juan III, Benedicto; a Benedicto sucedió Pelagio II, y a Pelagio II, Gregorio.

Porque fue durante el pontificado de san Pelagio I cuando los lombardos llegaron a Italia, y porque he podido comprobar que son muchos los que desconocen la historia de este pueblo, he decidido insertarla a continuación, tal como la cuenta el historiógrafo Pablo en una obra que compuso al respecto a base de resumir lo que en otras varias crónicas se encuentra narrado más extensamente.

En tiempos pasados una etnia germánica, muy numerosa, desde las costas del mar del Norte donde vivía de asiento se extendió por la península de Escandinavia; y, posteriormente, mediante acciones guerreras, conquistando diferentes tierras, llegó hasta la Panonia, en donde, sin atreverse a pasar de allí, se detuvo y se estableció con carácter permanente y definitivo. Los componentes de esta etnia llamáronse primeramente *Wínulos,* y luego *Lombardos.*

Cuando estas gentes estaban todavía de asiento en Germania, su rey Agimuld, un día, casualmente, encontró en una piscina a siete niños que una meretriz, tras parirlos en un solo parto, había arrojado al agua para que se ahogaran. El rey, al ver los

siete cuerpecitos flotando sobre el agua de la piscina, trató de llevarlos hacia la orilla mediante la ayuda de un varal, y cuando estaba ejecutando esta operación quedó sorprendido al advertir que uno de aquellos niños se asía con sus manos al palo conque lo empujaba. Comprobando, pues, que aquel niño estaba vivo, lo recogió y ordenó que se le prodigaran toda clase de cuidados, y que se le pusiera el nombre de Lamisión, pronosticando que andando el tiempo aquel niño llegaría a ser hombre importante. Y lo fue, pues años más tarde, por su honradez y prudencia, al morir Agimud, los lombardos lo proclamaron rey.

Por ese mismo tiempo más o menos, hacia el año 480 de la Encarnación del Señor, ocurrió este otro episodio narrado por Eutropio de la siguiente manera: Estaba bautizando cierto obispo arriano a un tal Barba, y empleó la fórmula de «yo te bautizo en el nombre del Padre, por el Hijo y en el Espíritu Santo», queriendo dar a entender que el Hijo y el Espíritu Santo eran de menor categoría que el Padre; pero, apenas pronunció la referida fórmula, la piscina se secó repentinamente y se quedó sin gota de agua, por lo cual Barba salió corriendo de ella y se refugió en la iglesia aneja.

También por entonces vivieron los santos hermanos mellizos san Medardo y san Gildardo que no sólo nacieron en un mismo día, sino que en un mismo día también fueron consagrados obispos, y en un mismo día murieron y emigraron al seno de Cristo.

Unos años antes, hacia el 450 de la era del Señor, ocurrió, según una crónica, un evidente milagro mediante el cual quiso Dios salir al paso de la herejía arriana que a la sazón infestaba todas las tierras de las Galias, y demostrar claramente la consubstancialidad de las tres divinas personas. Sigiberto, autor de la aludida crónica, refiere el caso de este modo: En la ciudad de Bazas, estando un día su obispo celebrando misa, vio sobre el altar tres gotas de un líquido transparente, las tres del mismo tamaño, las tres surgidas de repente y al mismo tiempo. Unos instantes después de su repentina aparición, las tres gotas se reunieron y formaron una piedra preciosísima. Esta piedra, posteriormente, fue incrustada en el centro de una rica cruz de oro, en la que había engastadas otras muchas gemas, mas, apenas fue incrustada la milagrosa piedra preciosa en el centro del crucifijo, todas las otras se desprendieron por sí mismas de sus engastes y quedó sola en la cruz la gema milagrosa de la que dice Sigiberto estas tres cosas: que quienes la miraban, si estaban en pecado, veíanla opaca; más veíanla transparente si sus conciencias se hallaban limpias; que los enfermos, por el mero hecho de contemplarla, recobraban la salud; que cuantos adoraban la cruz en que quedó incrustada la piedra preciosa milagrosa, experimentaban cómo en su alma aumentaban la piedad y la devoción.

Andando el tiempo fue rey de los lombardos un hombre fuerte y muy valiente llamado Alboino, que peleó contra el rey de los *gépidos,* lo venció, lo asesinó y machacó sus ejércitos. Posteriormente, un hijo del rey asesinado y sucesor suyo en el trono, trató de vengar la memoria de su padre organizando nuevos ejércitos y atacando a Alboino, el cual, al verse atacado, púsose al frente de sus propias tropas, repelió la agresión, venció a los atacantes, mató al rey que dirigía las operaciones, apoderóse de una hija suya llamada Rosamunda, hízola primeramente su cautiva y luego se casó con ella. Por cierto que este rey Alboino transformó el cráneo del padre de su esposa en una escudilla, recubrióla de plata y empleóla en lo sucesivo para beber en ella.

Por entonces era emperador de Roma Justino el Joven; y Narsés, un eunuco muy valiente, perteneciente a la más encumbrada nobleza romana, ejercía el cargo de comandante supremo de los ejércitos del Imperio. Narsés fue precisamente quien, al advertir que los godos habían invadido y ocupado todas las tierras de Italia, dirigió la guerra contra ellos, los venció y restableció la paz en el país. El emperador, agradecido, recompensó a su general otorgándole multitud de premios y distinciones. No todos los romanos vieron con buenos ojos las recompensas concedidas por el emperador a Narsés, e incluso algunos de ellos, movidos por la envidia, calumniaron al encumbrado caudillo, lograron que los falsos testimonios que le levantaron prosperaran, y consiguieron que el emperador lo desposeyera de todos sus cargos y títulos. Las afrentas a que fue sometido el destituido general llegaron hasta el extremo de que Sofía, la esposa del emperador, obligábale a hilar lana en compañía de sus criadas, a formar las madejas y a devanarlas. Cierto día la emperatriz dio a Narsés unos ovillos y le ordenó:

—Téjelos.

Narsés le respondió:

—Sí, señora, voy a tejerlos; y cuando los haya tejido, con la tela que resultare te haré un vestido

y lo colocaré sobre tu cuerpo de tal manera que no puedas quitártelo durante el resto de tu vida.

Poco después de esta escena Narsés huyó de Roma, se fue a Nápoles, y aconsejó a los lombardos que abandonaran las tierras de Panonia por ser muy estériles y se trasladaran masivamente a Italia y ocuparan y cultivaran su suelo, mucho más fértil que el que a la sazón labraban. Alboino, de acuerdo con el consejo que Narsés le diera, levantó sus asentamientos de Panonia, y el año 568 de la era del Señor entró en Italia al frente de los lombardos.

Parece ser que los hombres de este pueblo tenían la costumbre de no afeitarse jamás y que debido a ello llevaban unas barbas muy largas. Dícese que en cierta ocasión, sabiendo Alboino que unos exploradores iban a venir a entrevistarse con ellos a fin de conocer por sí mismos si era cierto lo que de su raza se rumoreaba, mandó a todas las mujeres que se soltaran el pelo y se cubriesen la cara con sus desmelenadas greñas para que los visitantes creyeran que entre las gentes de aquella etnia hasta las mujeres tenían largas y espesas barbas; y que así lo hicieron; y que, debido a eso, aquellos exploradores comenzaron a llamar *longobardos* a los componentes de tal pueblo, porque en la lengua que los susodichos exploradores hablaban, *barba* y *barda* sonaban casi de la misma manera. Según esta versión, el nombre de *longobardos,* posteriormente abreviado en el de *lombardos,* provino de *luengas bardas* o luengas barbas, de las largas barbas que los exploradores vieron en todos los rostros de las gentes de Alboino.

Relacionada también con lo de «largas barbas», existe una segunda versión acerca del origen del nombre de *longobardos,* antecedente del de *lombardos.* Hela aquí: cuando los componentes de esta raza todavía se llamaban *«wínulos»,* en cierta ocasión, antes de entrar en combate con los vándalos, a quienes habíanles declarado la guerra, acudieron a visitar a un extraño personaje del que se decía que poseía espíritu de profecía y le pidieron que rogara por ellos, y que suplicara al cielo que los bendijera y les concediera la victoria sobre sus enemigos. Parece ser que este profeta solía orar por las mañanas desde el interior de su casa, pero a través de un ventanuco que daba hacia Oriente, y que la esposa del mismo dio a los wínulos este consejo:

—Procurad estar reunidos mañana antes de que amanezca, delante del ventanuco de la casa que mira hacia oriente, y vosotras, las mujeres, compareced con el cabello suelto y desmelenado sobre la cara.

A la mañana siguiente, sigue diciendo esta segunda versión, a la salida del sol, el profeta abrió la ventana para iniciar su acostumbrada oración y al abrirla y ver en el exterior, cerca de su casa tantísima gente, volviéndose hacia su esposa exclamó:

—Pero, ¿quiénes, son estos *longobardos?* ¿Quiénes son estas gentes de tan luengas barbas?

Entonces su esposa le dijo:

—Pide en tu oración de hoy que éstos a quienes acabas de otorgar un nuevo nombre venzan en la guerra que sostienen contra sus enemigos.

Por consejo, pues, de Narsés, entraron los lombardos en Italia, se apoderaron de casi todas sus ciudades y asesinaron a sus habitantes; pero no les resultó nada fácil apoderarse de Pavía; tres años de asedio fueron necesarios para que la población se rindiera.

Alboino, al iniciar la invasión de Italia, había jurado matar a cuantos cristianos hubiera en el país; mas, el mismo día en que Pavía se rindió, sucedió lo siguiente: cuando Alboino intentaba entrar en la ciudad por la puerta de la muralla, el caballo sobre el que iba montado hincó sus rodillas en tierra y por más que el rey le hundía los acicates de sus espuelas en sus ijares, el animal no se levantaba del suelo; y no se levantó, ni le fue posible al rey entrar en Pavía, hasta que, siguiendo un consejo que le dio un cristiano, no revocó el juramento que tenía hecho de matar a los seguidores de Cristo.

Una vez que los lombardos se apoderaron de Milán, ya les resultó fácil apoderarse en muy poco tiempo del resto de las ciudades italianas, a excepción de Roma y de Romanilia. Romanilia era una población llamada así, *Romanilia,* de *Roma alia,* por la tradicional y firme adhesión públicamente reconocida de sus habitantes a la capital del Imperio.

Para celebrar la toma de Verona, Alboino, organizó un opíparo banquete y en cuanto se sentó a la mesa mandó que le trajeran la escudilla que había hecho con el cráneo del padre de Rosamunda, y que se la llenaran de vino. En determinado momento de la comida bebió el rey, y después de beber él, paso el cuenco a su esposa diciéndole:

—¡Anda! ¡Bebe tú también en la calavera de tu padre!

Entonces fue cuando Rosamunda se enteró de que aquella vasija, habitualmente usada por su marido en sus libaciones, estaba confeccionada con el

cráneo del rey su padre, y a partir de aquel día se desencadenó en su corazón un feroz odio hacia Alboino. Tenía éste un general que mantenía relaciones carnales con una de las azafatas de la reina. Aprovechando que el rey se hallaba ausente, una noche, Rosamunda, su esposa, se encerró en el dormitorio de la aludida azafata y haciéndose pasar por ella envió un recado al susodicho general rogándole que acudiese a acostarse con ella. Acudió el general a la cita y, creyendo que quien en la cama le aguardaba era su amiga, se acostó con la reina, la cual al cabo de un rato preguntó a su acompañante:

—¿Sabes quien soy yo?

El general contestó:

—¡Qué cosas tienes! ¿Pues no lo he de saber? Tú eres mi amiga, mi amante.

Rosamunda entonces dijo:

—Te equivocas. Soy la reina. ¿Te das cuenta del enorme delito que has cometido? No te quedan más que dos salidas: o matas tú a Alboino, o será él quien en cuanto se entere te matará a ti. Te aconsejo que le tomes la delantera y que lo elimines tú a él antes de que él te elimine a tí. Quiero que me vengues de mi esposo, quien, no contento con haber asesinado a mi padre, hizo un cuenco con su cráneo y me ha obligado a beber en él.

El general se negó a matar por sí mismo al rey, pero prometió a la reina que se procuraría a un sicario y le encargaría que ejecutase lo que ella deseaba.

Rosamunda sacó de la regia cámara todas las armas que en ella había, dejando únicamente en la estancia la espada que habitualmente su marido conservaba suspendida a la cabecera del lecho conyugal; pero atóla de tal manera a la cama que no fuese posible en un determinado momento ni manejarla ni siquiera sacarla de su vaina; y algunas noches más tarde, mientras el rey dormía, entró el sicario en la cámara. Con el ruido que al entrar hizo despertó al rey, saltó rápidamente de la cama, echó mano a la espada y, al comprobar que no podía ni desenvainarla ni hacerse con ella, intentó defenderse valientemente usando como escudo un taburete; pero como el sicario iba bien armado, sin mayor dificultad consiguió vencer y matar al monarca. El regicida y Rosamunda inmediatamente recogieron cuantos tesoros había en el palacio, huyeron de él y se fueron a vivir, según las crónicas, a Ravena. En esta ciudad ejercía a la sazón el cargo de prefecto un hombre muy joven y tan extraordinariamente hermoso y agraciado que Rosamunda, tan pronto como lo vio por primera vez, se enamoró ciegamente de él, y, para poder convertirse cuanto antes en su esposa, decidió eliminar al regicida con quien se hallaba casada desde en seguida de haber cometido el regicidio. Para llevar a cabo la supresión de su marido, echó una cantidad notable de ponzoña muy activa en la copa de vino de su esposo, y como éste, al tomar el primer sorbo de aquella bebida, la encontrara muy amarga y sospechara al instante que su mujer había tratado de envenenarle, para salir de dudas invitóla a que bebiera también de aquella copa y, al ver que Rosamunda se negaba a ello, desenvainó su espada y le dijo:

—Bebe o te mato ahora mismo.

Bebió Rosamunda, puesto que no le quedaba otro remedio, y de ese modo al poco rato murieron los dos empozoñados por el mismo veneno.

Tiempos después un rey de los lombardos llamado Adalaoth se bautizó y vivió en la fe de Cristo.

Más adelante hubo una reina cristianísima y sumamente piadosa, que construyó un bellísimo templo en la ciudad de Modoecia. A esta reina, que se llamaba Teudelina, dedicó Gregorio los libros de sus *Diálogos.* Teudelina convirtió al cristianismo a su esposo Agisulfo, que primero fue Duque de Turín y después rey de los lombardos, y a ella se debió también la paz que el mencionado Agisulfo estableció con el imperio romano y con la Iglesia, y como ambos tratados de paz se firmaron el día de la fiesta de los santos Gervasio y Protasio, san Gregorio dispuso que en el introito de la misa de estos mártires se cantase el siguiente versículo del salmo 84: *«El Señor conversará pacíficamente con su pueblo».* Ambos tratados se ratificaron el día de san Juan Bautista, de quien Teudelina era sumamente devota, y a cuya intercesión atribuía la conversión de los lombardos al cristianismo; por eso mandó construir en Modoecia el templo a que antes nos hemos referido en honor de este santo, que, según una revelación que tuvo cierto varón virtuoso, había asumido en el cielo el oficio de especial defensor y protector de los lombardos.

Muerto Gregorio, sucedióle en el supremo pontificado Sabino; a Sabino sucedió Bonifacio III; a Bonifacio III sucedió Bonifacio IV.

Hacia el año 610, a ruegos de este pontífice Bonifacio IV, el emperador Focas donó el Panteón a la Iglesia de Cristo, y, con anterioridad, en tiempos

de Bonifacio III, el mismo emperador Focas había decretado y declarado que la capitalidad de todas las iglesias no correspondía a la de Constantinopla, como ésta —que decía ser la primera de todas— pretendía, sino a la Sede Romana.

2. En tiempos de este Bonifacio IV, y hacia el mencionado año 610 del Señor, muerto ya Focas y reinando Heraclio, un tal Mahoma, falso profeta y mago, engañó a los agaremos, es decir, a los ismaelitas, llamados también sarracenos; y los engañó de la manera que voy a referir, advirtiendo que cuanto a continuación digo está tomado de una historia en la que se cuenta su vida, y de una crónica.

Un clérigo muy famoso, despechado por no haber conseguido en la curia romana los cargos y honores que ambicionaba, emigró a un país ultramarino en el cual, a base de trucos, consiguió granjearse la admiración de sus pobladores. Había entre éstos un sujeto llamado Mahoma. En él se fijó el clérigo y a él decidió encomendarle la dirección de aquella gente, y, para obtener que ésta se sometiera sin resistencia al jefe que él había elegido, recurrió a esta curiosa estratagema: tomó una paloma y a fuerza de paciencia la domesticó y habituó a que se alimentara con semillas y granos previamente colocados en el interior de las orejas de Mahoma. Una vez que la paloma estuvo amaestrada, en cuanto veía a Mahoma prestamente acudía hacia él, se posaba sobre sus hombros, introducía el pico en sus oídos y buscaba en ellos la comida; y cuando toda esta estrategia funcionaba ya perfectamente, un día el referido clérigo convocó al pueblo e hizo este anuncio:

—Voy a daros un caudillo en la persona que el Espíritu Santo designe milagrosamente. El divino Espíritu aparecerá visiblemente entre nosotros en forma de paloma y se posará sobre los hombros de alguno de los que aquí estamos reunidos; pues bien, aquel sobre cuyos hombros se pose la celestial paloma será desde hoy en adelante vuestro jefe.

Dicho esto, el clérigo hábil y secretamente soltó la paloma que llevaba escondida. La paloma revoloteó durante unos momentos sobre la multitud, mas al cabo de un rato descendió y se posó sobre los hombros de Mahoma, e introdujo el pico en uno de sus oídos y luego el otro. La gente creyó sin la menor dificultad que, en efecto, la tal paloma era el Espíritu Santo, y que el Espíritu Santo había elegido al hombre sobre el que se había posado para que fuese su caudillo, y que mientras mantuvo su pico dentro de los oídos del insigne varón estuvo transmitiéndo a éste la palabra de Dios. Por medio, pues, de este truco, Mahoma quedó nombrado por el clérigo y aceptado por el pueblo como jefe absoluto de los sarracenos, quienes, instigados por el que ya era profeta y su caudillo, de allí a poco invadieron y conquistaron el reino de Persia y otras tierras orientales del Imperio y llegaron hasta Alejandría.

La precedente versión, pese a su alto grado de improbabilidad, está muy extendida entre los mahometanos; pero no es la única; hay otras, y, entre ellas, una bastante más verosímil que más adelante expondremos, porque antes de proseguir con este tema quiero advertir brevemente, cuatro cosas. Primera: Que Mahoma, en efecto, embaucó al pueblo haciéndole creer que aquellas cosas que predicaba, sacadas realmente de su magín y adobadas con algunos elementos tomados de uno y de otro Testamento, dictábaselas directamente el Espíritu Santo, y que el Espíritu Santo era aquella paloma que en presencia de la multitud algunas veces revoloteaba alrededor de él. Segunda: Que Mahoma, durante su juventud, en la que ejerció el oficio de mercader, con su recua de camellos recorrió Egipto y Palestina; y el frecuente trato que mantuvo en estas expediciones, con judíos y cristianos, proporcionóle excelente ocasión para conocer la fe que unos y otros profesaban, y para familiarizarse con los contenidos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Tercera: Que, debido a esto, en la religión que él inventó hay elementos tomados del judaísmo y hay elementos tomados del cristianismo. Por ejemplo, los sarracenos coinciden con los judíos en la práctica de la circuncisión y en la prohibición de tomar carne de cerdo, si bien esta prohibición de comer carne de cerdo Mahoma trató de justificarla diciendo que la carne de este animal era vitanda por haber sido creado el cerdo después del diluvio a base de una materia formada por excrementos de camello, por lo cual el cerdo era por naturaleza un animal inmundo. Coinciden los mahometanos con los cristianos en afirmar la existencia de un único Dios todopoderoso, creador del universo; en reconcer que, si Moisés fue un gran profeta, Cristo superó a Moisés y a todos los demás; y en admitir que Jesús nacio de la Virgen María, sin concurso de varón y con especial intervención divina. Cuarta: Que este falso emisario de Dios, en el

Corán, al lado de algunas afirmaciones verdaderas tomadas del cristianismo, ha situado otras erróneas, como la de que Jesús, siendo niño, creó las aves con pellas de barro; e incluso ha introducido doctrinas venenosas, tales como la de que Cristo ni padeció ni murió en la cruz ni resucitó, sino que quien realmente padeció y murió en la cruz fue un doble suyo, es decir, un hombre cuya complexión y aspecto físico se parecían extraordinariamente al aspecto y a la complexión de él. Hechas estas advertencias, volvamos a la historia de Mahoma.

Gobernaba la provincia de Corocanica una matrona viuda, llamada Cádigan, la cual al ver la deferencia con que los judíos, y sobre todo los sarracenos, trataban a Mahoma, dio en sospechar que en el alma de aquel mercader moraba la majestad divina, se enamoró de él y con él se casó. De este modo Mahoma, inesperadamente, de mercader que era, se convirtió en príncipe y señor de aquella comarca. Posteriormente, a fuerza de imposturas y de embelecos, cautivó no sólo la admiración de su esposa, sino también la de los hebreos y la de los agarenos, hasta el extremo de hacerles creer que él era el Mesías del que se hablaba en el Antiguo Testamento. Poco después comenzó a padecer frecuentes ataques de epilepsia, y para consolar a Cádigan, su mujer, que se lamentaba de haberse casado con un hombre aquejado de una enfermedad tan aparatosa y desagradable, echó mano de sus tretas y engaños y díjole que aquello que parecían ataques, no eran tales, sino arrobamientos que le sobrevenían cada vez que el arcángel san Gabriel se le aparecía; porque el arcángel, decíale él a su esposa, venía a menudo a visitarle para traerle mensajes de Dios y, como el celestial mensajero era tan hermoso y tan resplandeciente, los resplandores que de su ser angélico procedían le deslumbraban, le nublaban los ojos, le hacían perder el uso de los demás sentidos, y entonces caía al suelo y entraba en éxtasis. Con esta sarta de mentiras consiguió engañar a Cádigan y a todos los demás.

En algunas crónicas se da una tercera versión de la vida de Mahoma ligeramente diferente de las anteriores, según la cual el instructor de Mahoma fue un tal Sergio. En unos libros leemos que este Sergio, monje de profesión y expulsado de su monasterio por haber caído en la herejía de Nestorio, se refugió en Arabia, y que en Arabia conoció a Mahoma, trabó amistad con él y se erigió en su maestro. En otros libros, en cambio, leemos que el tal Sergio fue un archidiácono de una iglesia de Antioquía depuesto de su oficio por profesar la doctrina herética llamada Jacobita. Esta doctrina predicaba la práctica de la circuncisión, y sostenía que Cristo no era Dios sino meramente un hombre justo y santo nacido de una virgen mediante una especial intervención divina, cosa que sostienen también los mahometanos. Pues bien, según esta tercera versión, el susodicho Sergio, ex monje o ex archidiácono, fue quien instruyó a Mahoma en algunas cuestiones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Dicen estas mismas crónicas que Mahoma quedó huérfano de padre y madre siendo todavía muy niño, por lo cual fue recogido y criado por un tío suyo, en cuya casa pasó su infancia; que vivió bastantes años en Arabia, su tierra natal, y que, al igual que sus paisanos, los árabes de entonces, dio culto a los ídolos. Esto mismo lo reconoce él en su libro titulado *Corán,* en donde, refiriéndose a su propia persona, pone en boca de Dios esta palabras: «Fuiste huérfano, me hice cargo de ti, permaneciste muchos años en la idolatría hasta que yo te saqué de ella; eras pobre y te colmé de riquezas». En efecto, Mahoma, como los árabes antiguos y los contemporáneos suyos, adoraba a Venus, a quien todos los de su raza tenían por diosa. A eso obedece que todavía actualmente todos los viernes del año sean festivos entre los musulmanes, para quienes el viernes tiene un sentido religioso parecido al que tiene el sábado entre los judíos y el domingo entre los cristianos. Cuando Mahoma se vio dueño de las innumerables riquezas que le proporcionó su matrimonio con la mencionada Cádigan, desatóse su soberbia de tal modo que comenzó a hacer planes acerca de cómo se las apañaría para alzarse con el dominio de todo el reino de Arabia. Comprendiendo que por la vía de la violencia no lograría salir adelante con su ambicioso intento, principalmente porque los altos dignatarios se sentían muy superiores a él, oponíanle resistencia y le despreciaban, cambió de táctica, decidió hacerse pasar por profeta, y, mediante el señuelo de una fingida santidad, trató de atraerse a quienes no conseguía someter por el procedimiento de la fuerza. A este efecto recurrió a Sergio, que era varón prudente, y requirió sus consejos y apoyo; y, para que nadie supiera que el tal Sergio era su mentor, mantúvolo aislado del trato con la gente e instalado convenientemente en un lugar oculto a donde él acudía a visitarle cada vez que necesitaba

consultarle algo. Siguiendo, pues, al pie de la letra las directrices que Sergio, a quien llamaba su arcángel san Gabriel, le trazaba, y fingiéndose profeta, logró que todos los árabes creyeran en él o al menos se sometieran a su voluntad, unos espontáneamente y otros movidos por el miedo a perecer asesinados por el filo de su espada. Según esta versión, más verosímil que la de la paloma, y por tanto más aceptable y creíble, así fue como Mahoma consiguió convertirse en caudillo de los pueblos de su raza.

En no pocos puntos de la doctrina y prácticas religiosas impuestas por Mahoma a los agarenos, se advierte la mano de Sergio; por ejemplo, en la vestimenta y en la oración diaria a horas determinadas. Como Sergio era monje, quiso que los sarracenos vistieran y oraran como los monjes; y lo consiguió; porque los musulmanes visten una especie de hábito monacal a manera de cogulla sin capucha; y, como los monjes, oran todos los días a horas fijas, haciendo muchas genuflexiones prescritas por su ritual; si bien, para marcar su diferencia con los judíos, que oran mirando a occidente, y con los cristianos, que lo hacen vueltos hacia oriente, ellos hacen sus oraciones de cara hacia el mediodía. Todas estas prescripciones siguen en vigor entre los mahometanos actuales.

No pocas de las muchas leyes que Mahoma, bajo la inspiración de Sergio, impuso a su pueblo, proceden de la antigua tradición mosaica como se infiere de las prácticas que a continuación consignamos.

Primero: Varias veces cada día se lavan sus órganos genitales, las manos, los brazos, la cara, la boca y todos los miembros de su cuerpo; si quieren que sus plegarias y oraciones sean limpias y puras, antes de iniciarlas deben hacer todas estas abluciones.

Segundo: En sus rezos proclaman insistentemente que Dios es uno y único, que no existe nada ni nadie semejante o comparable a él, y que Mahoma es su profeta.

Tercero: Cada año ayunan un mes entero, y durante el mes de ayuno solamente pueden comer de noche, porque a lo largo de ese mes, desde el momento en que la luz del alba permite diferenciar lo blanco de lo negro, hasta la puesta del sol, tienen prohibido comer o beber cosa alguna y mantener cualquier tipo de contacto sexual con sus esposas; en cambio, desde que el sol se pone hasta la aurora del día siguiente, pueden comer y beber cuanto quieran y sostener relaciones carnales con sus mujeres. Los enfermos no están obligados ni a la práctica del ayuno ni a sus implicaciones.

Cuarto: Todos los sarracenos tienen el deber de acudir en peregrinación una vez cada año a la casa de Dios, que según su ley está en la Meca, a dar testimonio público de su fe y a adorarle precisamente en aquel sagrado lugar. Prescribe el ceremonial que todos los peregrinos, al llegar a la Meca, han de dar una vuelta completa alrededor de la mezquita, vestidos con ropas sin costuras, y a lanzar por entre sus piernas un determinado número de pedradas contra el diablo. Dicen los mahometanos que el templo de la Meca fue construido por Adán, que en él oraron todos sus hijos, y Abraham e Ismael; que posteriormente la propiedad del mismo recayó en Mahoma, y a través de él pasó a los musulmanes por los siglos de los siglos.

Quinto: La Ley permite a los sarracenos comer toda clase de carnes, a excepción de las de cerdo y de otro animal cualquiera que no hubiera sido previamente matado por mano de hombre. En cambio, prohíbeles absolutamente ingerir, como quiera que sea y, del modo que sea, cualquier género y cantidad de sangre, fuese cual fuese la naturaleza y origen de ésta.

Sexto: Los mahometanos pueden tener legalmente y simultáneamente hasta cuatro esposas legítimas, y repudiarlas si quieren y volverlas a tomar o sustituirlas por otras hasta tres veces; no pueden empero tomar, repudiar o sustituir a una misma mujer cuatro veces en concepto de esposa legítima.

Séptimo: Además de las cuatro esposas legítimas que su ley permite, cada musulmán puede tener cuantas concubinas quiera en concepto de esclavas, bien adquiridas por cautiverio, bien compradas; y puede venderlas cuando le parezca, a no ser que estuvieren preñadas, porque mientras estuvieren en ese estado no son legalmente enajenables.

Octavo: La ley permite a los mahometanos casarse con mujeres de su propia familia; y hasta les aconseja que lo hagan para estrechar los lazos afectivos y consolidar la unión entre individuos procedentes de un mismo tronco y procrear prole por cuyas venas circule una misma sangre.

Noveno: Cuando surgen entre ellos conflictos acerca de quién es el verdadero propietario de una cosa o de una hacienda, el juez ha de fallar la causa a favor del demandante si éste presenta dos

testigos dispuestos a declarar que tiene derecho a reclamar lo que reclama; y a favor del demandado, si éste afirma bajo juramento que es suyo lo que el otro pretende arrebatarle.

Décimo: El hombre y la mujer sorprendidos en acto de adulterio han de ser simultáneamente apedreados. Si fuesen sorprendidos en acto de fornicación, sin adulterio, sólo será castigado el varón fornicario dándole en concepto de pena ochenta azotes o latigazos. Lo mandado por Mahoma en este número obliga a todos los mahometanos, pero no obligó a Mahoma, quien se reservó para sí el privilegio de poder mantener relaciones carnales con cualquier mujer, tanto soltera como casada, so pretexto de que el arcángel Gabriel habíale comunicado que podía y debía usar de esta facultad, concedida a él en exclusiva, para engendrar el mayor número posible de hijos dotados de sus virtudes personales y del carisma de la profecía. En cierta ocasión uno de sus siervos sorprendió a una de sus esposas, bellísima por cierto, hablando con Mahoma y, como previamente habíale prohibido que sostuviera ningún género de trato con su señor y jefe, la repudió, por desobediente. Mahoma tomó a la repudiada por concubina y, para evitar murmuraciones, escribióse a sí mismo una carta, y luego, asegurando que aquella carta habíansela enviado desde el cielo, la leyó públicamente. En la carta se decía que toda mujer repudiada por su marido podía ser tomada por esposa o por concubina por el primero que la recibiese en su casa. Todavía hoy los sarracenos se atienen al contenido de la falsa carta que para ellos, desde los tiempos de Mahoma, tiene fuerza de ley.

Undécimo: Los ladrones son castigados de la siguiente manera: la primera y segunda vez que incurren en robos, con una tanda de azotes; la tercera, con la amputación de una de sus manos, y la cuarta, con la de uno de sus pies.

Duodécimo: Los musulmanes tienen prohibido beber vino.

Estos y otros son los mandamientos de la ley mahometana. Quienes profesan esta religión creen y aseguran que Dios ha prometido recibir en el paraíso a cuantos la observen con fidelidad. Los mahometanos entienden el paraíso como un jardín de delicias surcado por ríos caudalosos. Según ellos, quienes entren en ese vergel, en él morarán ya perpetuamente, y en él vivirán protegidos contra el frío y contra el calor, pudiendo comer toda clase de alimentos exquisitos, y obtener inmediatamente la satisfacción de cuantos deseos formulen. Los moradores del paraíso vestirán ricas túnicas de seda multicolores, podrán acostarse cuantas veces quieran con hermosísimas doncellas para satisfacer con ellas sus apetitos carnales, disfrutarán sin limitación alguna de toda suerte de placeres... Angeles provistos de cálices de oro y plata recorrerán constantemente los paseos del inmenso jardín y, al igual que los coperos de la tierra, en los cálices de oro ofrecerán leche, y en los de plata ofrecerán vino, y dirán a cuantos quieran beber: «Comed y bebed alegremente cuanto os apetezca». Según Mahoma, en el paraíso hay tres ríos: uno de leche, otro de miel y otro de riquísimo y olorosísimo vino; y hay ángeles inmensamente bellos y tan enormemente grandes que un buen caminante tardaría un día entero en recorrer la distancia que media entre los dos ojos que tienen en la cara.

Los que no creen en Dios y en Mahoma, sostienen los agarenos, serán castigados a padecer en el infierno penas eternas y terribles. Sin embargo, quienes a la hora de su muerte hacen un acto de fe en Dios y en Mahoma, por mucho que hayan pecado durante su vida, y cualquiera que hubiese sido la naturaleza de sus pecados, no tienen por qué temer a la muerte, ya que en el día del juicio Mahoma intercederá por ellos y se salvarán.

Influidos por su ciego fanatismo afirman los sarracenos que este falso profeta estuvo dotado de un espíritu de profecía superior al de los demás profetas, y fue por tanto más profeta que cualquiera de ellos, y que vivió constantemente rodeado y asistido por diez ángeles que le prestaron en todo momento su ayuda y le dispusieron su celestial protección. Llegan incluso a decir estas tres cosas: a) Que antes de que Dios creara el cielo y la tierra no sólo el nombre de Mahoma estaba ya presente en la mente divina y mediante él hizo Dios la obra de la creación, sino que de no haber existido ese nombre en el divino entendimiento, Dios no hubiera podido crear ni el cielo ni la tierra ni el paraíso. b) Que en cierta ocasión —por supuesto que esto es mentira— la luna se acercó a Mahoma, Mahoma la recibió en su regazo, la abrazó, la partió en dos mitades y la recompuso de nuevo. c) Que un día alguien sirvió a Mahoma en la comida carne de cordero envenenada y que cuando Mahoma se disponía a comerla, la carne habló y dijo: «¡Quieto! ¡No me comas! ¡Estoy envenenada!». Sin embargo, años después Mahoma

murió precisamente envenenado por una ponzoña que alguien le propinó.

3. Retornemos al tema de la historia de los lombardos.

Aunque los lombardos ya habían abrazado la fe de Cristo, su vecindad resultaba sumamente desagradable al imperio romano.

Muerto Pipino, jefe supremo de los ejércitos de los francos, sucedióle en ese cargo su hijo Carlos, apodado *Martel,* es decir, *martillo,* por las grandes victorias que obtuvo, y a su muerte heredaron su oficio, con el título de *duques,* dos hijos que se llamaron Carlos y Pipino. Carlos, el mayor, poco después abandonó las vanidades del mundo y se hizo monje de Montecasino, quedando de este modo Pipino como único jefe superior del ejército de los francos, cometido que desempeñó con valor y gallardía. Era por entonces rey de los francos Childerico, hombre tan apático y perezoso, que Pipino elevó una consulta al papa Zacarías, preguntándole si procedía mantener en el trono de Francia a un sujeto que era rey sólo de nombre, y que carecía absolutamente de cualidades para ejercer funciones de gobierno. El papa le respondió: «Unicamente merecen sentarse en el trono de una república quienes son capaces de gobernarla con acierto». Apoyándose en la precedente respuesta del pontífice, los francos depusieron a Childerico, lo encerraron en un monasterio y nombraron rey a Pipino. Esto ocurrió hacia el año 740.

Poco después, durante el pontificado de Esteban, inmediatamente posterior al de Zacarías, Astolfo, rey de los lombardos, despojó a la Iglesia romana de sus posesiones y dominios. Esteban entonces acudió al rey de Francia en demanda de auxilio. Pipino respondió a la llamada del papa inmediatamente: reclutó un poderoso ejército, púsose al frente de él, se trasladó a Italia, cercó a las tropas de Astolfo, tomó como rehenes a cuarenta altos jefes lombardos, obtuvo del rey de éstos formal promesa de que devolvería a la Iglesia las tierras que le había arrebatado y de que jamás en adelante la inquietaría. En cuanto Pipino levantó el asedio a que tenía sometido al ejército lombardo y regresó a Francia, Astolfo hizo caso omiso de su promesa y de la palabra empeñada; poco después murió repentinamente durante una cacería, y tras su muerte la corona real de los lombardos pasó a las sienes de Desiderio.

Por este mismo tiempo el emperador confió el gobierno de Italia a Teodorico, rey de los godos; mas como éste cayese en la herejía arriana, Boecio, filósofo y patricio, juntamente con su suegro Symaco, que también era patricio, defendió la autoridad del Senado contra Teodorico, el cual, para librarse de Boecio, primero lo desterró a Pavía y luego mandó que lo mataran. Durante su destierro en Pavía compuso Boecio su libro titulado *«La Consolación de la Filosofía».* A su esposa Elpes se atribuye la composición del himno litúrgico en honor de los apóstoles Pedro y Pablo, que comienza con las palabras *Felix per omnes festum mundi cardines (Jubilosa fiesta en todas las tierras del mundo);* ella también redactó su propio epitafio de este modo:

«Elpes dicta fui; Siciliae regionis alumna,
quam procul a patria conjugis egit amor;
porticibus sacris jam nunc peregrina quiesco,
Judicis aeterni testificata thronum».

(«Me llamé Elpes; nací en Sicilia.
El amor a mi esposo me llevó lejos de mi patria.
Ya terminó mi peregrinación;
ya comparecí ante el tribunal del Juez eterno.
Ahora descanso en paz en estos atrios sagrados»).

Teodorico murió repentinamente. Gregorio en su *Diálogo* cuenta que un santo ermitaño, durante un éxtasis, vio cómo el papa Juan y Symaco, que habían sido asesinados por orden de Teodorico, en cuanto este rey murió, cogieron su cadáver y, descalzo y enteramente desnudo, lo arrojaron por el cráter de un volcán.

En una crónica se lee lo siguiente: Hacia el año 677 de nuestra era murió Dagoberto, rey de los francos bastante anterior a Pipino. Dagoberto había sido muy devoto de san Dionisio, en cuya iglesia, siendo todavía muy niño, se refugiaba para librarse de la ira de su padre, Lotario, cuando entendía que había hecho algo reprensible. Pues bien, al morir el mencionado rey, un piadoso varón vio cómo el alma del monarca fallecido comparecía ante el tribunal divino y allí era acusado por muchos santos de haberse apoderado durante su reinado de los bienes de las iglesias dedicadas a ellos; y vio el mencionado varón cómo, cuando los demonios iban ya a apoderarse de ella para llevársela consigo al infierno, presentóse de pronto san Dionisio, intercedió en favor del acusado, y consiguió que el juez le indultara de la pena a que había sido condenado. Probablemente este indulto se le aplicó concediéndole que resucitara a fin de

que pudiese hacer penitancia y expiar en una segunda etapa de su vida los pecados que hubiese cometido durante la primera.

Deseoso el rey Clodoveo de tener una reliquia de san Dionisio, desenterró el cuerpo de este santo, quebró irreversiblemente uno de sus brazos, y, con irrespetuosa codicia, apoderóse de uno de sus huesos. El rey recibió su correspondiente castigo, pues, poco después de esto, se volvió loco.

4. Hacia el año 687 del Señor descollaba por su fama, en Inglaterra, un monje sacerdote llamado el Venerable Beda. Aunque el nombre de este insigne varón figura en el catálogo de los santos, la Iglesia ha continuado llamándole oficialmente *Venerable* por dos razones. Primera: Vivió este santo hasta una edad tan avanzada, que en los postreros años de su existencia, como sus ojos estaban ya agotados y sin fuerzas para ver, cuando salía del monasterio a predicar por pueblos y aldeas, tenía que ser llevado de la mano por algún guía; en una de estas ocasiones, el conductor que le guiaba, al pasar por una hondonada llena de piedras, decidió gastarle una broma y le dijo: «Padre, aquí hay una enorme multitud de personas en riguroso silencio ansiosas de oír tu palabra; predícales un buen sermón». El apostólico anciano, en efecto, predicó ante aquel *silencioso auditorio* un fervoroso sermón, y, al terminarlo con las palabras acostumbradas de «por los siglos de los siglos», las piedras, en alta voz y a coro respondieron: *«Amén, Venerable Padre»*. (Según otra versión de este mismo caso, quienes contestaron al final del sermón no fueron las piedras, sino los ángeles, los cuales dijeron: «¡Excelentemente has predicado, *Venerable Padre*!»). Fueran las piedras o fueran los ángeles, el caso es que en aquella ocasión unas voces milagrosas llamaron *Venerable* al santo predicador; y desde entonces sus contemporáneos comenzaron a llamarle Venerable, y así siguieron llamándole las posteriores generaciones, y así continúa siendo llamado todavía hoy. Segunda: Al morir este piadoso monje, un clérigo que sentía hacia él devota admiración, compuso un breve epitafio en verso para colocarlo sobre su tumba, y en la primera redacción salióle de esta manera: «Hac sunt in fossa- Bedae sancti ossa». (Yacen en esta fosa- los huesos de san Beda). No quedó el clérigo poeta conforme con la segunda parte del díptico, que al resultar un poquito corta, corto y menguado resultaba el ritmo, mas por mucho que exprimía su cerebro en busca de un vocablo que se ajustara a la métrica sin alterar la idea que pretendía reflejar en el verso, no lo hallaba. Una noche entera pasó el clérigo sin dormir, tratando de enmendar la parte del epitafio, y, como no consiguiera encontrar la palabra que buscaba, en cuanto amaneció acudió junto al sepulcro del santo monje, para ver si a la vera del mismo sentíase más inspirado. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a la tumba vio que sobre la lápida que la cubría había una inscripción grabada por los ángeles en la que éstos espíritus dábanle resuelto el problema que él en vano trataba de resolver! La inscripción angélica decía: *«Hac sunt in fossa-Bedae Venerabilis ossa» («Yacen en esta fosa-los huesos del Venerable Beda»).*

Conociendo el piadoso anciano fray Beda que su muerte estaba ya muy próxima, el día de la Ascensión del Señor se hizo conducir hasta el altar mayor de la iglesia del monasterio, y postrado en tierra recitó devotísimamente la antífona *«O Rex gloriae, Domine virtutum» (¡Oh Rey de la gloria, Señor de las virtudes!);* y, al terminar de recitarla, dulcemente expiró. Acto seguido el templo se llenó de tan exquisito aroma que cuantos estaban en aquel sagrado lugar creyéronse transportados al paraíso.

El cuerpo de este santo encuéntrase actualmente en Génova, debidamente atendido y rodeado de la veneración de sus devotos.

Más o menos por este mismo tiempo, o sea, hacia el año 700, ocurrió el siguiente caso: Racordo, rey de los frisones, estaba a punto de recibir el bautismo; ya había introducido uno de sus pies en la piscina bautismal, mas, antes de introducir el otro, preguntó en alta voz:

—¿Hállanse la mayor parte de mis parientes difuntos en el cielo, o, por el contrario, se hallan en el infierno?

—¡En el infierno! —respondió otra voz misteriosa.

Al oír esta respuesta, Racordo sacó del agua el pie que ya tenía metido en ella y exclamó:

—¡Entonces creo que es mejor seguir el camino que han seguido los más de mis familiares que imitar a los menos!

De ese modo, engañado por los demonios, que le habían prometido que de allí a tres días haríanle objeto de estupendas recompensas, renunció a bautizarse. Pasaron los tres días, y, al cuarto, Racordo murió repentinamente y se condenó.

Por esa misma época, según una tradición, cayeron del cielo en forma de lluvia, sobre Campania,

región de Italia, grandes cantidades de trigo, de cebada y de legumbres.

Hacia el año 740 un monje llamado Carlos hizo cuanto pudo por recuperar y trasladar nuevamente a su monasterio de Montecasino los cuerpos de san Benito y de su hermana santa Escolástica, que habían sido llevados y se encontraban sepultados, el de san Benito, en el monasterio de Fleury, y el de santa Escolástica, en la ciudad de Mans; pero no pudo conseguirlo porque se lo impidieron por una parte los franceses, que se opusieron tenazmente a sus pretensiones, y por otra una serie de milagros obrados por Dios.

También hacia el año 740 se produjo un espantoso terremoto a consecuencia del cual unas ciudades se arruinaron totalmente, y otras fueron arrancadas de cuajo por la fuerza del temblor, y trasladadas sin derruirse, con sus murallas, casas y habitantes, desde lo alto de las montañas en que estaban ubicadas hasta las llanuras inmediatas, quedando situadas a más de seis millas de distancia de sus anteriores emplazamientos.

Por la misma época, más o menos, según Sigiberto, hízose el traslado de los restos de santa Petronila, hija del apóstol san Pedro. Sobre el mármol del primitivo sepulcro de esta santa, su padre, el susodicho san Pedro, había grabado con sus propias manos esta inscripción: *«A mi queridísima y adorada hija Petronila»*.

Por estos mismos años también, los tirios, cuya tierra desde hacía tiempo estaba infestada por una terrible peste, contagiaron la epidemia a los armenios, los cuales, para librarse de la enfermedad que les había sido contagiada, persuadidos por los cristianos tonsuraron sus cabezas en forma de cruz y sanaron. Desde entonces conservan los armenios la ritual costumbre de tonsurarse sus cabellos de esa manera.

Tras haber obtenido muchas victorias, murió Pipino y sucedióle en el trono su hijo Carlomagno, a quien acudió el pontífice Adriano, que ocupaba a la sazón la sede romana, en demanda de auxilio contra Desiderio, rey de los lombardos, porque, al igual que anteriormente había hecho su padre Astolfo, estaba causando grandes quebrantos a la Iglesia. Carlomagno acudió a la llamada del papa, reunió un gran ejército, entró en Italia por el Cenis, puso cerco a la ciudad de Pavía, capital entonces del reino de los lombardos, la tomó, desterró a las Galias a Desiderio, a su esposa e hijos y a los altos jefes del ejército vencido, y devolvió a la Iglesia las posesiones, títulos y derechos que los lombardos le habían arrebatado. En la batalla de Mortaria murieron dos valerosísimos atletas de Cristo, llamados Amigo y Amelio cuyas maravillosas gestas hállanse referidas en algunas crónicas. Ambos pertenecieron al ejército de Carlomagno. En esta batalla fue en la que el susodicho Carlomagno venció definitivamente a los lombardos, quienes a partir de entonces dejaron de constituir un reino independiente, y comenzaron a ser gobernados por reyes nombrados por los césares.

Tras la derrota de los lombardos, Carlomagno se dirigió a Roma, y en un sínodo convocado por el papa, al que asistieron ciento cincuenta y cuatro obispos, éstos otorgaron a Carlomagno el derecho a designar, instituir y entronizar en la sede apostólica al romano pontífice. En ese mismo concilio se determinó que en lo sucesivo todos los arzobispos y obispos de la cristiandad, antes de ser consagrados, tendrían que recibir sus respectivas investiduras del referido Carlomagno. En el mencionado sínodo, que se celebró en Roma, fueron ungidos reyes dos hijos de este gran soberano: Pipino y Ludovico. A Pipino, su padre le encomendó el gobierno de Italia, y a Ludovico el de Aquitania; pero Pipino, poco después de iniciar su reinado, fue obligado a recibir la tonsura clerical y a ingresar como monje en un monasterio por haber sido acusado de conspirar contra Carlos, su padre, y haberse probado que había tramado conjurarse contra él.

Por este tiempo Alcunio, maestro de Carlomagno, descollaba por su fama y prestigio.

En una crónica se dice que en los días de la emperatriz Irene y de su hijo Constantino, hacia el año 780, un hombre que estaba haciendo unas excavaciones al pie de las murallas de Tracia, descubrió un enorme cofre de piedra, lo desenterró, lo abrió y halló dentro de él un cadáver y una cédula en la que se decía: «Cristo nacerá de la Virgen María. Yo creo en El. ¡Oh sol! Tú me verás de nuevo cuando rijan el imperio Constantino e Irene».

A la muerte de Adriano fue elevado a la silla de Roma León, hombre de extraordinario prestigio. Esta designación no agradó a los parientes del papa difunto, los cuales, cierto día, durante unas rogativas que se hacían por la calles de Roma cantando las letanías mayores, concitaron al pueblo contra el nuevo pontífice que presidía la procesión, y en medio del tumulto que se formó, unos desalmados se apoderaron de la persona del papa, le saca-

ron los ojos y le arrancaron la lengua. Dios milagrosamente devolvió a León su lengua y sus ojos, y Carlomagno, cuya ayuda había solicitado el ultrajado pontífice, lo repuso en su silla y castigó severamente a los responsables de tan sacrílegos agravios.

El año 784 los romanos, convencidos por el papa, se desgajaron del imperio de Constantinopla y, en un impresionante prebiscito, unánimemente proclamaron emperador a Carlomagno y postularon su coronación. El propio sumo pontífice León, con sus manos y en nombre del pueblo de Roma, colocó la corona imperial sobre la cabeza de Carlos mientras la multitud aplaudía y aclamaba al nuevo emperador llamándole *César* y *Augusto.* Desde los tiempos de Constantino el Grande los emperadores residían en Constantinopla, ciudad que a partir de entonces y por determinación de Constantino, venía ostentando la capitalidad del Imperio. El traslado del trono imperial a Constantinopla fue un gesto personal de Constantino, que adoptó esta decisión por deferencia hacia la Iglesia, dejando la sede romana para que la ocuparan los sucesores y vicarios de san Pedro. Sin embargo, aunque el trono imperial se hubiese trasladado a Constantinopla, los emperadores siguieron titulándose *Emperadores de Roma* hasta que esta dignidad fue transferida a los reyes de los francos, pues desde este momento en adelante los reyes de los francos utilizaron el título de *Emperadores de Roma,* y los otros indistintamente el de *Emperadores de los Griegos* o *Emperadores de Constantinopla.*

En la historia de Carlomagno nos encontramos con un dato extrañamente sorprendente: que este emperador mientras vivió no permitió que sus hijas se casaran, bajo el pretexto de que no podía vivir sin su compañía. Alcunio, su maestro, aludiendo a esto, dice que, aunque Carlomagno tenía muchos motivos para sentirse feliz, y en gran parte lo era, en este aspecto concreto conoció por experiencia hasta dónde puede llegar la malicia de la fortuna cuando se vuelve de espaldas a alguien, declarando con esta expresión suficientemente lo que entre líneas trató de insinuar. A propósito de esto la gente murmuraba públicamente, pero el emperador siguió conduciéndose como si ignorara las habladurías y las sospechas que su actitud provocaba, y haciendo caso omiso de tan desfavorables comentarios, a donde quiera que fuese llevaba siempre consigo a sus hijas.

En tiempo de este rey el rito ambrosiano cayó casi en total desuso y abandono por parte de la Iglesia, en tanto que el gregoriano abrióse rápidamente camino merced en gran parte a la autoridad de Carlomagno que lo apoyó. A propósito del llamado rito ambrosiano dice Agustín en el libro de las *Confesiones* que los cristianos, para librarse de los ataques de que eran objeto por parte de la emperatriz Justina que, corrompida por la herejía arriana, desencadenó contra ellos una terrible persecución, veíanse obligados a refugiarse en los templos; y que fue entonces cuando san Ambrosio, que también se reunía con ellos, a fin de que los fieles no se aburrieran durante las largas permanencias en la iglesia, y para evitar que se dejaran invadir por sentimientos de tristeza y desaliento, compuso unos oficios a base de salmos e himnos y determinó que los cantaran, como hacían los orientales. Posteriormente el canto de estos oficios se extendió por todas las tierras de la cristiandad. Más adelante, el papa Gregorio, al subir al solio pontificio, introdujo no pocas modificaciones en esos oficios, suprimiendo unas cosas, añadiendo otras, y como los santos padres no pudieron abarcar de golpe y desde el primer momento la totalidad de factores necesarios para dar belleza y coherencia a la oración litúrgica, los sucesivos pontífices, al correr de los tiempos, fueron retocándola e introduciendo en ella los cambios que cada uno de ellos estimaba procedentes. Señalemos por vía de ejemplo que a lo largo de la historia ha habido tres maneras diferentes de comenzar la misa: primitivamente su celebración se iniciaba con una serie de lecturas, como se hace actualmente en la misa del Sábado Santo; posteriormente, el papa Celestino sustituyó esas lecturas por la recitación de un salmo; y más adelante Gregorio determinó que la misa comenzara con el canto de una antífona seguida de un sólo versículo tomado del salmo que desde los tiempos del papa Celestino venía cantándose íntegramente. Esa antífona y ese versículo constituyen lo que actualmente llamamos el *Introito.*

Antiguamente, para cantar los salmos, los cantores se colocaban alrededor del altar en forma de corona y todos ellos a la vez recitaban la totalidad de los versículos. De esa posición en forma de corona provino el nombre de *coro* que actualmente damos al sitio en que se canta el oficio. Poco después, imitando a Ignacio, que por divina inspiración había introducido en su Iglesia un estilo diferente, Flaviano y Teodosio determinaron que los cantores se dividieran en dos secciones, y que

cada una de ellas recitara alternativamente un versículo.

Posteriormente, Jerónimo compuso casi en su totalidad los oficios diurnos y nocturnos que habían de recitarse cada jornada, señaló los salmos que deberían cantarse en cada una de las *horas,* y los trozos de epístolas y de evangelios que habían de añadirse a la recitación de la salmodia. Poco después, Ambrosio, Gelasio y Gregorio incluyeron determinadas oraciones y responsorios acomodados al contenido de las lecturas bíblicas del *oficio* e introdujeron en la misa de cada día los *graduales, tractos* y *aleluyas* que en ella debían cantarse. Más adelante, Hilario, Símaco o Telesforo, uno de estos papas, que en cuanto a cuál de ellos fuese existe diversidad de opiniones, uno de éstos, digo, amplió el *Gloria in excelsis,* añadiendo a este himno las palabras *laudamus te* (te alabamos), y todas las que siguen hasta el final.

Notker, abad de san Galo, fue el primero que compuso unas cuantas secuencias para que pudiesen ser cantadas a continuación de los versos aleluyáticos, y el papa Nicolás quien autorizó que tales secuencias fuesen recitadas en determinadas misas.

Herman Contracto el Teutónico fue el autor de las siguientes composiciones: *Rex Omnipotens* (Rey Omnipotente), *Ave Maria, Alma Redemptoris Mater* (Santa madre del Redentor), *Simon Bar Jona* (Simón, hijo de Jonás), y *Sancti Spiritus adsit nobis gratia* (Ayúdenos la gracia del Espíritu Santo), si bien Sigiberto asegura que esta secuencia no fue compuesta por Herman, sino por Roberto, rey de los francos. Pedro, obispo de Compostela, compuso la antífona *Salve Regina,* o sea, *La Salve.*

De Carlomagno dice el arzobispo Turpín lo siguiente: que era un hombre físicamente hermoso, pero de fiero e imponente aspecto; que su cuerpo tenía ocho pies de estatura; que su cara medía de arriba a abajo, o sea, desde la frente al mentón, palmo y medio; y su frente, de sien a sien, un pie entero; y su barba, otro palmo; que era tan fuerte que, si se enfrentaba con un caballero armado montado sobre su cabalgadura, era capaz, con un sólo golpe de su espada asestado sobre la cabeza de su contrincante, de partir en dos mitades al caballero y al caballo; que con una sola de sus manos podía sin dificultad alzar a la vez cuatro armaduras de hierro completas, de aquellas que se usaban para proteger a los caballos en las acciones de guerra; que poseía tan colosal fuerza, que hubiera podido sostener perfectamente en la palma de cualquiera de sus manos a un hombre completamente armado puesto de pie sobre ella, e incluso, si el tal hombre estuviera firme sobre el suelo, introducir su mano bajo los pies de él, y de un solo impulso y rapidísimamente alzarlo hasta al altura de su propia cabeza; que dada su enorme corpulencia necesitaba comer mucho, y que mucho comía, pues de una sola asentada comíase una liebre entera, o dos gallinas guisadas, o una oca; que, en cambio, era tan sobrio en la bebida que sólo bebía un poquito de vino mezclado con agua y raramente más de tres veces a lo largo de la cena.

Carlomagno construyó muchos monasterios, concluyó su vida laudablemente, y, al término de la misma, nombró a Cristo heredero único y universal de todos sus bienes.

A su muerte sucedióle en el gobierno del Imperio su hijo Ludovico, clementísimo varón que reinó hacia el año 815. Durante su reinado dejaron de usar los obispos y clérigos ceñidores de oro, ropas lujosas y galas mundanas.

Teodulfo, obispo de Orleans, acusado de un delito que no había cometido, fue encerrado en la prisión de Angers por orden del emperador Ludovico. Un domingo de Ramos —dice una crónica—, al pasar la procesión frente a la cárcel, el prisionero abrió el ventanuco de su celda y, en medio de un impresionante silencio, cantó unos versos hermosísimos compuestos por él, cuya letra comenzaba de esta manera: «*Gloria, laus et honor tibi sit, Rex Christe, Redemptor, etc.* (Gloria, alabanza y honor a ti, Cristo, Rey y Redentor, etc.). El emperador, que presidía la procesión, al oír el himno quedó tan gratamente impresionado, que excarceló al prisionero y lo repuso en su sede.

Unos legados de Miguel, emperador de Constantinopla, visitaron a Ludovico, el hijo de Carlomagno, y de parte de su señor entregáronle entre otros objetos una traducción latina de los libros *Sobre la Jerarquía* que Dionisio había escrito en griego. Ludovico los aceptó con sumo agrado, y aquella misma noche, en la iglesia en que fueron expuestos a la veneración del pueblo, diecinueve enfermos recibieron la salud.

A la muerte de Ludovico sucedióle en el gobierno del Imperio su hijo Lotario; mas poco después se sublevaron contra él sus propios hermanos Carlos y Ludovico, desencadenándose con este motivo una guerra tan feroz, con tal cantidad de víctimas y estragos en uno y en otro bando,

que la historia del reino de los francos no registra una catástrofe tan horrorosa como la que supuso esta contienda, que terminó mediante un convenio pactado entre los beligerantes a tenor del cual Carlos asumió para sí el reino de Francia, Ludovico el de Alemania, y Lotario el de Italia, más una parte del territorio francés que en honor suyo comenzó a partir de entonces a llamarse Lotaringia y más tarde Lorena. Algún tiempo después este rey abdicó, cedió el gobierno de su reino a su hijo Ludovico, y él se hizo monje.

Por esta época, según una crónica, era papa un romano que al ser designado pontífice cambió su nombre de origen —llamábase Boca de Puerco— por el de Sergio. A partir de entonces se estableció que todos los papas, antes de iniciar su pontificado, dejen su nombre anterior y adopten otro. ¿Por qué esto? Pues por tres razones: primera, porque el Señor cambió el nombre a los que eligió para el oficio del apostolado; segunda, para que el cambio de nombre les estimulase a cambiar de vida, dejando definitivamente la anterior y adoptando una más perfecta; tercera, para evitar que un oficio tan noble y digno pueda quedar afectado o ridiculizado por la asociación a él de un nombre poco decoroso.

El año 856, siendo rey este Ludovico, ocurrió un caso referido por cierta crónica de esta manera: En una parroquia de Maguncia, el espíritu maligno se dedicó a sembrar el espanto entre la población por diversos procedimientos, entre otros produciendo ruidos en el interior de algunas casas, cual si alguien diera martillazos en sus paredes, haciendo que dentro de las mismas se oyeran conversaciones o voces extrañas, esparciendo discordias entre los habitantes del lugar, provocando repentinamente incendios en las viviendas en que él entraba, etc. Para alejar al mal espíritu, los presbíteros de la aludida parroquia organizaron rogativas, cantando las letanías por las calles y rociando las fachadas de las casas con agua bendita; pero el demonio, lejos de darse por vencido, comenzó a arrojar piedras contra los que iban en la procesión, siendo muchas las personas que resultaron gravemente heridas al ser alcanzadas por las pedradas del maligno. Mas he aquí que un determinado momento, el diablo dejó de apedrear a la gente, y dijo: «Para librarme de que lleguen hasta mí las aspersiones del agua bendita, acabo de refugiarme debajo de la capa pluvial de uno de los sacerdotes que van en esta procesión. Sabed todos que tal sacerdote es muy amigo mío y que ha incurrido en pecado de fornicación con la hija del procurador de este lugar».

Por esa misma época convirtiéronse al cristianismo el pueblo búlgaro y su rey. Este monarca, poco después de convertirse, deseoso de alcanzar la perfección espiritual, renunció al trono en favor del mayor de sus hijos y se hizo monje; mas el hijo, en cuanto subió al trono, dejándose llevar de la inexperiencia de su juventud, trató de restablecer en su reino el culto pagano; al enterarse su padre de lo que su hijo pretendía, abandonó el monasterio, recuperó el cetro real, tomó el mando del ejército, declaró la guerra a su primogénito, lo capturó, hízolo su prisionero, le sacó los ojos, lo encerró en una mazmorra, nombró rey al segundo de sus hijos y, después de haber hecho todo esto, regresó al monasterio y asumió nuevamente el hábito monacal.

Dice una crónica que, por este mismo tiempo, en la ciudad italiana de Brescia durante tres días con sus noches, ininterrumpidamente, cayó sangre del cielo en forma de lluvia; y que en las Galias irrumpió una plaga de langostas, cada una de las cuales tenía seis alas, seis patas y dos dientes más duros que las piedras. Estos saltamontes en cantidad innumerable —así lo asegura la mencionada crónica—, a modo de ejército perfectamente organizado, cuando iban por el aire formaban una nube tan densa y dilatada que, de un extremo a otro de la misma, había una distancia equivalente a la que un peatón caminando a buen paso puede recorrer durante un día entero, es decir, algo así como de cuatro a cinco millas. Por donde quiera que la plaga pasó, plantas y hierbas quedaron arrasadas. Volando de un lado a otro llegaron las langostas al mar Británico, e impelidas por fuertes ráfagas de viento en él cayeron y se ahogaron; surgieron luego a la superficie, y las olas las empujaron hasta el litoral; pero como, por el fuerte calor del océano, al quedar acumuladas en la costa se pudrieron, no tardaron en corromper el aire de toda la zona; debido a esto se produjo una terrible epidemia y en seguida un hambre espantosa, y a causa del hambre y de la peste hubo tanta mortandad, que en dicha ocasión perecieron algo así como una tercera parte de los habitantes de aquellas tierras.

Posteriormente, el año 938, fue nombrado emperador Otón I. Durante su gobierno ocurrió este episodio: Un año, este emperador, para celebrar la

fiesta de la Pascua organizó un banquete. Reunidos ya los comensales en la gran sala, mas antes de que se sentaran a la mesa, un niño, hijo de uno de los cortesanos, llevado de su natural avidez, tomó un poco de comida de una de las bandejas; así que el mayordomo del rey vio lo que el chiquillo había hecho, dióle un manotazo y lo derribó por el suelo; el ayo del niño, al ver lo que el mayordomo había hecho, desenvainó su puñal y en un arrebato de indignación mató al mayordomo; acto seguido el emperador, sin previo juicio, dictó sentencia de muerte contra el ayo que había matado a su mayordomo; el ayo, al oír semejante veredicto, se arrojó sobre el emperador, lo tiró al suelo y trató de estrangularlo con sus propias manos, cosa que no llegó a hacer porque los testigos del suceso inmediatamente lo sujetaron y se lo impidieron, y mientras unos alzaban y ponían en pie al *césar,* otros, forcejeando con el agresor, se disponían a conducirlo al lugar en que había de ser ajusticiado; mas el propio emperador, tras mandar que todos estuviesen quietos y guardasen silencio, dijo:

—La sentencia que hace unos momentos dicté no será ejecutada. Delante de todos me hago responsable de lo ocurrido. Toda la culpa es mía por haber decretado un castigo tan grave sin previo juicio y sin el menor respeto a fecha tan señalada como la de hoy.

Dicho esto, el emperador indultó al ayo y, tras liberarlo de todo cargo, le permitió que saliera de la sala.

A Otón I sucedió Otón II, de quien se cuenta lo siguiente: Como los italianos venían violando frecuentemente los tratados de paz establecidos, un día el emperador se presentó en Roma, organizó un gran banquete, dispuso que el festín se celebrara en una plaza pública, delante de una iglesia, e invitó a él a todos los próceres, magnates y prelados de la ciudad. Cuando se encontraban todos los invitados sentados a la mesa, comiendo tranquila y animadamente, de repente, conforme al plan secretamente preparado por Otón, irrumpieron en la plaza unos escuadrones armados y rodearon a los comensales; entonces el emperador habló a sus invitados, exigióles reponsabilidades por haber violado reiteradamente los pactos convenidos, mandó leer públicamente los nombres de los culpables, y ordenó que allí y entonces mismo unos tras otros fuesen degollados; y que los demás comensales, cuyos nombres, por estar libres de culpa, no habían sido leídos, siguieran comiendo tranquilamente.

Hacia el año 984 a Otón II sucedió Otón III, llamado popularmente *maravilla del mundo.* He aquí lo que algunas crónicas cuentan acerca de él: La esposa de este emperador se enamoró de cierto conde y, tras hacerle saber que le amaba, propúsole que acccediera a mantener relaciones carnales con ella. Como el conde se negara a perpetrar semejante delito, la emperatriz, despechada, acusóle ante el emperador de que había pretendido seducirla. Otón III, sin entrar en más averiguaciones, mandó que inmediatamente decapitaran al acusado. El conde, antes de morir, encargó a su mujer que, para demostrar que era inocente del delito que se le atribuía, en cuanto le hubiesen decapitado recurriese a la prueba del hierro candente. Llegado el día en que el césar solía conceder audiencia a los huérfanos y a las viudas para escuchar sus demandas, presentóse ante él la esposa del conde llevando en sus manos la cabeza de su marido, y le preguntó:

—¿Qué género de muerte debe aplicarse a quien haya matado injustamente a otro?

El emperador le respondió:

—El que haya cometido semejante crimen debe ser inmediatamente decapitado.

La viuda repuso inmediatamente:

—Pues tú eres ese hombre; sí, tú, que a instancias de tu esposa mandaste degollar a mi marido, que era inocente; y, para que te convenzas de que es verdad lo que afirmo, ahora mismo voy a demostrártelo con la prueba del hierro candente.

Atónito de espanto el césar no tuvo más remedio que acceder a someterse a la prueba que la mujer del conde le proponía; pero los pontífices y magnates intervinieron, propusieron que se aplazase la realización de la prueba, y cosiguieron que la viuda se aviniese a conceder varias y sucesivas treguas; primeramente una de diez días, luego otra de ocho, depués otra de siete y, finalmente, otra de seis.

Durante esta última prórroga el emperador examinó la acusación en virtud de la cual el conde había sido decapidado, y comprobó que, en efecto, la emperatriz había levantado al conde un falso testimonio; para reparar de alguna manera la injusticia de la sentencia dictada y ejecutada, mandó quemar viva a su esposa la emperatriz por calumniadora, e hizo donación a la viuda del conde de cuatro castillos que todavía existen en la diócesis

de Luna, y que desde entonces llevan cada uno de ellos respectivamente los nombres de los Diez, de los Ocho, de los Siete y de los Seis días de plazo.

A Otón III sucedió san Enrique, duque de Baviera, que fue proclamado emperador el año mil del nacimiento de Nuestro Señor.

San Enrique concedió la mano de su hermana Gela a Esteban, rey de Hungría, cuando todavía éste era pagano, y posteriormente consiguió que, tanto el rey su cuñado como todo su pueblo, se convirtieran a la fe cristiana. Esteban, después de su conversión, vivió tan religiosamente que Dios lo cubrió de gloria y fama con los innumerables milagros que realizó. Enrique y su esposa Cunegunda vivieron celibatariamente, conservaron su virginidad durante toda su vida y, finalmente, descansaron en paz.

A la muerte de san Enrique subió al trono uno de los duques de los francos, llamado Conrado, que estaba casado con una sobrina del difunto emperador. Reinando ya Conrado, un día la gente observó en lo alto del cielo este extraño fenómeno: poco antes de la puesta del sol, apareció en el firmamento una muy larga viga de fuego, que avanzó a gran velocidad hacia el poniente, pasó por encima del disco solar y, al llegar a la lejana línea del horizonte, cayó al suelo y se hundió en la tierra.

Este emperador encarceló a algunos obispos de Italia, y como uno de ellos, el arzobispo de Milán, huyera de la prisión, Conrado en represalia, mandó incendiar los suburbios de la mencionada ciudad.

Conrado fue coronado emperador el día de Pentecostés en una pequeña iglesia de las afueras de la urbe; mientras se estaba celebrando la misa ritual de su coronación, se desencadenó una tormenta tan espantosa, con tal aparato de relámpagos y truenos, que algunos de los asistentes se volvieron locos y otros se murieron de miedo. Posteriormente, el celebrante, que fue el obispo Bruno, y el secretario del emperador y varias personas más, aseguraron que durante la misa habían visto con sus propios ojos cómo san Ambrosio reprendía y amenazaba severamente a Conrado.

En una crónica leemos este caso: El año 1025 el conde Leopoldo y su esposa, temiendo incurrir en las iras de este emperador, huyeron a una isla y se escondieron en una cabaña. Algún tiempo después, estando Conrado de caza por los montes de aquella isla, como la noche se echara encima vióse precisado a refugiarse en la misma cabaña en que vivían ocultamente los condes fugitivos. La condesa, a pesar de que estaba preñada y próxima a parir de un momento a otro, dispuso de la mejor manera que le fue posible un lecho para que en él durmiera el emperador, y le atendió esmeradamente. Aquella misma noche sobrevínole el parto, y parió un niño. Entretanto, el césar, mientras dormía, por tres veces creyó oír una voz misteriosa que le decía: «Conrado, este niño que acaba de nacer, andando el tiempo será tu yerno». A la mañana siguiente, cuando se levantó, el emperador se reunió con sus dos secretarios armeros y les dijo:

—Id a la cabaña en que he dormido, arrebatad de los brazos de su madre a un niño que esta misma noche ha parido, rajadlo de arriba abajo, extraedle luego el corazón, y traédmelo.

Rápidamente fueron a la cabaña los dos cortesanos dispuetos a ejecutar cuanto su señor les había mandado, y arrebataron al niño de los brazos de su madre; pero, impresionados por la belleza de la criatura, sintieron compasión de ella y no se atrevieron a rajarla con sus espadas, sino que la llevaron al monte y la colocaron sobre un árbol, a cierta altura, entre las ramas, para que las fieras no la devoraran; depués cazaron una liebre, le extrajeron el corazón, y se lo llevaron al césar diciéndole que era el del recién nacido. Aquella misma mañana, al pasar uno de los duques del séquito imperial cerca del árbol en que el niño había sido depositado y oír sus vagidos, ordenó a uno de sus criados que lo rescatara, y, como no tenía hijos, lo adoptó, lo llevó a su casa, lo entregó a su esposa, pusiéronle el nombre de Enrique, lo criaron, lo educaron esmeradamente e hicieron creer a todo el mundo que aquel niño era realmente hijo suyo, engendrado por ellos y de ellos nacido. Creció el pequeño, convirtióse en un chico hermosísimo de cuerpo y de facciones, elocuente, dicharachero, atractivo y simpático. Llegado el muchacho a la adolescencia, el césar, impresionado por su discreción y galanura, rogó al duque que le cediera a su hijo para darle un empleo en la corte. Así fue cómo aquel joven quedó incorporado al grupo de los palatinos. Pronto se dio cuenta el emperador de que todos los cortesanos estaban prendados de la donosura y excelentes cualidades del hijo del duque, y de que ponderaban incesantemente las extraordinarias dotes de que estaba adornado. Tanta admiración prodújole cierta alarma, y dióse a pensar en que acaso, no tardando mucho, los magnates de

la corte trataran de derrocarle a él y de proclamar emperador al apuesto galán; y hasta llegó a obsesionarle la sospecha de que tal vez aquel muchacho tan gallardo fuese el niño nacido en la cabaña, precisamente el que él había mandado asesinar. Para asegurar su permanencia en el trono y librarse de rivalidades y dudas, escribió a su esposa una carta de su propio puño y letra y reservadamente encargó al joven que la llevara personalmente a su destino. En la carta decía el emperador a la emperatriz: «Si de verdad amas tu vida y quieres conservarla, en cuanto leas estas líneas haz que inmediatamente maten al muchacho que he utilizado como mensajero». Salió el mancebo para la ciudad en que la emperatriz se hallaba. Al anochecer del primer día de camino entró en una iglesia para pernoctar en ella, y, como estaba muy cansado se tendió a dormir sobre un banco, dejando colgada del respaldo del mismo la mochila en la que llevaba la carta del emperador. El sacerdote encargado de atender el culto en aquel templo, al ver la mochila del caminante y advertir que éste dormía profundamente, acuciado por el deseo de saber qué había en ella, la abrió y, al hallar en su interior solamente un pergamino enrollado y observar que estaba sellado con el sello del emperador, su curiosidad aumentó de tal modo que, sin romper la cuerda con que estaba atado ni quebrar los sellos, con suma habilidad logró desenrrollar la vitela, leyó su contenido, y quedó horrorizado al enterarse del mensaje de que aquel hermoso joven era portador; y, para evitar que se cometiera tan horroroso crimen, borró la parte final de la carta y, con gran pericia, imitando perfectamente la letra del texto, donde antes decía «haz que inmediatamente maten al muchacho que he utilizado como mensajero», escribió: «haz que inmediatamente nuestra hija se case con este muchacho que he utilizado como mensajero». Leyó la reina la carta del emperador y, como viera que venía autorizada con su propio sello y que estaba escrita de su puño y letra, rápidamente convocó a los magnates, organizó la boda de su hija y casó a ésta con el apuesto recadero. El matrimonio se celebró en Aquisgrán. Estupefacto quedó el césar cuando llegaron a sus oídos los primeros rumores acerca de los festejos habidos en Aquisgrán con motivo de la boda de su hija, y más aún cuando poco después dos de sus armeros y un duque y un sacerdote, le confirmaron que la princesa, en efecto, se había casado con el mensajero que él envió; mas, comprendiendo que no procedía oponerse a los designios divinos, encargó a unos legados que fuesen a buscar al esposo, al que recibió por yerno y nombró su heredero y sucesor. Más adelante, en el lugar en que Enrique nació se edificó un magnífico monasterio al que se dio el nombre de Ursania. Tal monasterio todavía existe, y conserva su primitiva denominación.

Así que Enrique subió al trono, una de las primeras medidas que tomó fue la de suprimir los bufones que solía haber en la corte, mandando que el dinero que se gastaba en sustentarlos se dedicara a socorrer a los pobres.

Durante el reinado de este emperador prodújose en la Iglesia un cisma muy lamentable, como consecuencia de haber sido elegidos simultáneamente tres papas. Posteriormente, un presbítero llamado Graciano, mediante una fuerte cantidad de dinero que dio a cada uno de los tres supuestos pontífices, consiguió que los tres le cedieran a él sus pretendidos derechos. Así fue como el mencionado presbítero consiguió el papado para sí. Para poner fin a este cisma, Enrique emprendió un viaje a Roma. Graciano, deseoso de granjearse las simpatías y apoyo del emperador, salió a su encuentro y le ofreció como obsequio una corona de oro. Enrique, de momento, disimuló, mas al llegar a Roma convocó un sínodo y, en presencia de los sinodales, acusó a Graciano de simonía, probó los hechos, lo depuso y nombró papa a otro.

En un libro dedicado por Bonizi a la condesa Matilde se da una versión diferente de este hecho. Dícese en él que, en efecto, Graciano compró el papado con dinero; pero no por ambición, sino de buena fe y con rectas intenciones, para poner fin al cisma; y que después, reconociendo que el procedimiento de que se había servido para hacerse con el supremo pontificado de la Iglesia no había sido correcto, a instancias del emperador, sin oponer la menor resistencia, antes al contrario, de muy buena gana, renunció a su cargo.

A la muerte de este Enrique II sucedióle en el gobierno del Imperio Enrique III, durante cuyo reinado fue elegido papa Bruno, que cambió su nombre por el de León. Yendo este pontífice hacia Roma para tomar posesión de la silla apostólica, oyó por el camino voces de ángeles que cantaban y decían: «Dice el Señor: mis pensamientos son siempre pensamientos de paz, etc.». Varios himnos compuso este papa en honor de diferentes santos.

En tiempos de Enrique III la Iglesia se vio turbada por Berengario, que negaba la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en el Sacramento del Altar, y aseguraba que tal presencia era meramente simbólica. Esta herética doctrina fue brillantemente refutada por Lancfranco, natural de Pavía, prior de Bec y maestro de Anselmo de Cantorbery.

A Enrique III sucedió Enrique IV, que comenzó a reinar el año 1057. Durante el reinado de este emperador alcanzaron su apogeo los escritos de Lancfranco. Para apoyarle en esta tarea defensiva de la sana doctrina sobre la Eucaristía acudió a su lado Anselmo, desde Borgoña, y poco después comenzó a descollar por sus virtudes y su mucha sabiduría, hasta tal punto, que más adelante sucedió a su maestro Lancfranco en el priorato del monastario de Bec.

En tiempos de Enrique IV la ciudad de Jerusalén fue tomada por los sarracenos y nuevamente recuperada por los cristianos. También durante el reinado de este emperador se trasladaron a Bari los restos de san Nicolás. En relación con este hecho se leen varias cosas, y entre otras la siguiente: En la iglesia de Santa Cruz, filial de la de Santa María de la Caridad, aún no se había introducido el rezo litúrgico de san Nicolás. Los religiosos de dicha iglesia, al aproximarse la fiesta del santo, rogaron a su prior que les permitiera cantar el oficio que en otras iglesias se cantaba en su honor. El prior se negó a ello, alegando que no estimaba conveniente dejarse llevar por el afán de novedades, ni alterar las costumbres establecidas en el monastario; y, como los frailes insistieran en su demanda, irritado, trató de zanjar la cuestión diciendo:

—¡Basta ya, hermanos! Mientras yo sea prior de esta comunidad no permitiré que nuestra iglesia se canten oficios nuevos; y menos toleraré que se oigan en nuestro coro los que, como éste que queréis cantar, contienen ciertos elementos que en vez de inspirar devoción mueven a risa. .

Llegó la fiesta del santo. Los religiosos, tras cantar con aire de tristeza los maitines acostumbrados, se fueron a la cama. Cuando ya todos estaban acostados, san Nicolás, en forma perfectamente reconocible y con expresión de indignación en su semblante, se apareció al prior, lo asió por sus cabellos, lo sacó del lecho, le restregó la cabeza contra el suelo y, acto seguido, entonó y cantó lentamente hasta el final la antífona de su oficio que comienza por las palabras *«¡Oh pastor eterno!»*, haciendo una pausa entre sílaba y sílaba y descargando en cada una de esas pausas un tremendo azote cada vez más fuerte sobre las espaldas del prior, propinándole la azotaina con un puñado de varas que llevaba en la mano. A los clamores que daba el prior cada vez que era golpeado, despertaron los frailes, se levantaron, y, al verlo tendido sobre el pavimento del dormitorio y medio muerto, lo alzaron y lo metieron en la cama. En cuanto el prior se repuso un poquito, lo suficiente para poder hablar, les dijo:

—Hermanos, si os place volved al coro y cantad los maitines del oficio de san Nicolás.

Por este mismo tiempo veintiún monjes del monasterio de Molesmes, con su abad Roberto al frente, se retiraron a un lugar solitario llamado Císter y allí, observando con mayor rigor las reglas que habían profesado, y restaurando determinados factores de su antigua orden, dieron origen a una orden nueva.

Por entonces también fue hecho papa Hildebrando, prior de Cluny, que cambió su nombre por el de Gregorio. Cuando Hildebrando no era más que un simple clérigo de órdenes menores, fue en cierta ocasión nombrado legado pontificio y, cuando desempeñaba en la ciudad de Lyon este oficio, por medio de un milagro hizo que el arzobispo Embrún se reconociera reo de pecados de simonía. Varias veces había sido acusado este prelado de delitos de esta especie, pero resultaba difícil probar que hubiese incurrido en ellos, porque siempre que los jueces llamaban a su tribunal a los acusadores para que declararan lo que supieran sobre el caso, los acusadores, previamente sobornados por el acusado, se retractaban de lo que anteriormente hubiesen denunciado o dicho, y de ese modo no había manera de averiguar la verdad. Pero Hildebrando la averiguó de la siguiente manera: mandó al arzobispo denunciado que dijera en voz alta: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». El arzobispo pronunció sin dificultad las primeras palabras: *Gloria al Padre y al Hijo;* pero por más que intentó proseguir no fue capaz de terminar la frase. Resultábale imposible decir *y al Espíritu Santo,* porque había pecado contra él; confesó, pues, su delito, y en cuanto se alivió de aquel peso que sentía sobre su conciencia, sin la menor dificultad y con voz expedita y clara pudo ya decir cuantas veces quiso: *«y al Espíritu Santo»*. Este mila-

gro se halla referido en el libro escrito por Bonzi y dedicado a la condesa Matilde.

Murió Enrique IV en Espira, fue enterrado en el mismo sepulcro en que lo fueron los otros reyes que le precedieron en el gobierno del Imperio, y sobre el común mausoleo grabaron esta inscripción: «Filius hic, pater hic, avus hic, proavus jacet istic» (Aquí yacen conjuntamente un hijo, su padre, su abuelo y su bisabuelo).

El año 1107 del Señor, a Enrique IV sucedió Enrique V. Este monarca secuestró al papa y a los cardenales y, aunque posteriormente les devolvió la libertad, fue a cambio de que le reconocieran a él el privilegio de conceder la investidura a los obispos y abades, entregándoles personalmente el anillo y el báculo, símbolos de su dignidad.

Durante el reinado de Enrique V, Bernardo y sus hermanos ingresaron en la orden del Císter, en cierta parroquia de Lieja una cerda parió un puerco con cara de hombre, y en otro lugar nació un gallo con cuatro patas.

A Enrique V, sucedió Lotario, durante cuyo reinado una mujer parió en España un monstruo con dos cuerpos unidos por la espalda y con dos cabezas con sus cogotes pegados, de modo que cada una de ellas miraba en dirección contraria, pero mientras el rostro y todos los demás miembros de uno de esos cuerpos eran de persona humana, la cabeza, el tronco, las extremidades y todos los órganos del otro cuerpo presentaban las características correspondientes a un perro.

El año 1136, a la muerte de Lotario, subió al trono Conrado, durante cuyo reinado falleció Hugo de san Víctor, eminentísimo doctor, sumamente impuesto en todo género de ciencias y religiosamente devotísimo. De este piadoso varón cuéntase el siguiente caso: En su última enfermedad hallábase tan débil que no podía retener en su estómago ninguna clase de alimento; mas, como solicitara insistentemente que le dieran en comunión el cuerpo de Nuestro Señor, para que quedara tranquilo, los religiosos que le acompañaban simulando que accedían a sus deseos, subiéronle de la iglesia una forma sin consagrar en vez de una consagrada; pero él, divinamente inspirado, intuyó la piadosa sustitución y, cuando uno de los monjes se disponían a darle de comulgar, detúvole diciendo:

—Hermano y hermanos, que Dios os perdone esto que tratáis de hacer. ¿Por qué pretendéis engañarme? En esta forma que intentáis darme no está el cuerpo de mi Señor Jesucrito.

Estupefactos quedaron ellos al oír esto, fueron en seguida a la iglesia y trajéronle de ella una forma consagrada; pero él, al darse cuenta de que no le iba a ser posible pasarla, elevó las manos al cielo y exclamó:

—Que el hijo se reúna con su Padre; que mi alma vuele hacia el seno de Dios que la ha creado.

Así que dijo esto, expiró, y la forma consagrada que habían traído de la iglesia desapareció misteriosamente.

Durante el reinado de este monarca fue elegido papa Eugenio, abad de san Anastasio; mas poco después los senadores eligieron a otro y expulsaron de Roma a Eugenio, que se fue a las Galias, a donde él había enviado hacía algún tiempo a Bernardo, el cual hallábase, en efecto, por aquellas tierras predicando los caminos del Señor y obrando muchos milagros.

Por esa misma época descollaba por su prestigio Gilberto Porretano.

En 1154 a Conrado sucedióle en el trono su sobrino Federico. Reinando este monarca, destacó por su sabiduría el maestro Pedro Lombardo, obispo de París, autor de los *Libros de las Sentencias* y de glosas muy útiles sobre el salterio y las epístolas de san Pablo.

También durante el reinado de Federico viéronse en el cielo primeramente tres lunas y una cruz en medio de ellas, y no mucho más tarde tres soles.

Por esa misma época fue canónicamente elegido papa Alejandro, pero luego en poco tiempo se alzaron contra él, no simultáneamente sino sucesivamente, dos antipapas nombrados en ambos casos y apoyados por el emperador. Fueron estos antipapas Octaviano Juan de Cremona, cardenal de san Calixto, y Juan de Strume. Dieciocho años duró este cisma; en tal situación, los teutones, que se habían apoderado de Túsculo y estaban de parte de Federico, atacaron a los romanos, tomaron Monte-Porto y, en un solo día, desde la hora nona a la de vísperas, hicieron tal estrago entre los defensores de Roma y mataron a tantos, que jamás, en toda la historia, en una sola batalla, murieron tantos millares de romanos como en esta ocasión; ni siquiera cuando Aníbal envió a Cartago tres cestos llenos de anillos sacados de los dedos de los magnates romanos que perecieron en cierta pelea sostenida contra Roma por el general cartaginés.

Muchos de los que murieron en aquella terrible batalla fueron sepultados en san Esteban y en san Lorenzo bajo este común epitafio: «Mille decem decies sex decies quoque seni». (Mil veces diez, diez veces; más seis diez veces otras seis veces).

El emperador Federico falleció en Tierra Santa, con ocasión de hallarse allí de visita, y mientras se lavaba a la vera de un río; unos dicen que, cuando estaba lavándose, alguien le asesinó; otros, en cambio, afirman que, mientras se lavaba, recibió de su propio caballo una coz tan fuerte que, a impulsos de ella, cayó al agua y se ahogó. A su muerte, ocurrida en 1190, sucedióle en el gobierno del Imperio su hijo Enrique. En tiempos de este rey hubo una tormenta tan espantosa, que las más antiguas historias de la humanidad no dan cuenta de ninguna que pueda equipararse a ella. En efecto, con ocasión de ésta a que nos estamos refiriendo, en medio de un imponente aparato de relámpagos y truenos, y de torrenciales lluvias, cayeron de las nubes mezcladas con el agua piedras cuadradas tamañas como huevos que causaron enormes estragos: destruyeron árboles y viñas, arrasaron las cosechas de cereales y mataron a muchas personas; y mientras la temible tempestad duró, numerosos cuervos y aves de otras especies revolotearon por las alturas llevando en sus picos carbones encendidos, dejándolos caer sobre los tejados de las casas y provocando incendios.

Cuando este emperador Enrique murió, como se había conducido durante todo su reinado muy tiránicamente con la Iglesia Romana, el papa Inocencio III, oponiéndose terminantemente a que subiera al trono Felipe, hermano del rey difunto, apoyó la candidatura de Otón, hijo del duque de Sajonia, e hizo coronar a este príncipe como rey de Alemania, en Aquisgrán. En tiempos de este monarca fueron numerosos los mangnates franceses que, deseosos de liberar la Tierra Santa, se hicieron a la mar y lograron conquistar la ciudad de Constantinopla. También durante su reinado nacieron las órdenes de los Predicadores y de los Hermanos Menores, y el papa Inocencio III envió legados a Felipe, rey de Francia, animándole a invadir las tierras infestadas por los albigenses y a raer de ellas a los herejes. Felipe capturó a todos los que pudo y los hizo quemar.

Inocencio coronó finalmente a Otón como emperador, y le exigió promesa bajo juramento de que defendería los derechos de la Iglesia; pero el mismo día en que el nuevo emperador juró que había de ser fiel a ese compromiso, incurrió en perjurio asaltando y expoliando a una caravana de fieles que iban en peregrinación a Roma, por lo cual el papa, en cuanto tuvo noticia de semenjante atropello, lo excomulgó y lo destituyó del cargo y oficio de emperador.

Por esta misma época vivió santa Isabel, hija del rey de Hungría. Esta mujer estuvo casada con el landgrave de Turingia y, entre los muchos milagros que hizo, los libros refieren la resurrección de dieciséis muertos y la concesión de vista a un ciego de nacimiento. El mismo día en que esta santa murió, comenzó a fluir de su cuerpo un aroma exquisito que aún sigue fluyendo.

Al depuesto Otón sucedió en el trono en calidad de rey Federico, hijo de Enrique. Federico fue posteriormente coronado emperador por el papa Honorio. El nuevo emperador, si bien durante sus primeros años de gobierno promulgó excelentes leyes a favor de la libertad de la Iglesia y en contra de los herejes, más adelante, ensoberbecido por la gloria y las incalculables riquezas que había acumulado, abusó de su autoridad y se condujo tiránicamente con la misma Iglesia, hasta el punto de detener y encarcelar a dos cardenales y a varios obispos cuando se dirigían a Roma a tomar parte en un concilio convocado por Gregorio IX, por lo cual este pontífice lo excomulgó.

Por esta misma época, finalmente, acabado por las muchas tribulaciones que padeció, murió el papa Gregorio IX, sucediéndole en la silla romana el genovés Inocencio IV, que convocó un concilio en la ciudad de Lyon y en él depuso al emperador. Depuesto Federico y fallecido poco después, el trono imperial quedó vacante, y vacante sigue en la actualidad.

Capítulo CLXXXII

LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA

Entre las varias fiestas que la Iglesia celebra, hay una que se llama así: *Dedicación de la Iglesia,* tomando esta palabra *iglesia* en el sentido de templo; pero como a su vez la palabra templo úsase comúnmente para designar dos realidades, una de naturaleza material y otra de naturaleza espiritual, en el presente capítulo vamos a tratar brevemente de

ambas, primeramente de la material y luego de la espiritual.

La primera parte, pues, de este capítulo, versará acerca de la dedicación o consagración del templo material. En relación con este tema nos plantearemos las tres cuestiones siguientes: Primera, por qué se dedican o consagran los templos; segunda, cómo se consagran; tercera, cómo se profanan o quiénes los profanan.

Primera cuestión: Por qué se dedican o consagran los templos.

Como en los templos se consagran dos cosas, el altar y el edificio, comentaremos en primer lugar por qué se consagra el altar, e indicaremos después por qué se consagra también el edificio en cuanto tal.

Primero. El altar se consagra a fin de que quede habilitado para la realización en él de tres clases de funciones: a) el ofrecimiento del Sacramento de Cristo; b) la invocación del nombre de Dios; c) la entonación de cánticos e himnos en torno a él.

a) Ofrecimiento del Sacramento del Señor.

En el capítulo 8 del Génesis leemos que Noé construyó un altar en honor de Dios, y que después, sobre ese altar, ofreció a la divinidad un ejemplar de cada uno de los géneros de aves y de animales tenidos por puros.

El Sacramento del Señor consiste en la inmolación del cuerpo y de la sangre de Cristo en memoria de su Pasión a tenor del mandato que el propio Cristo nos dio cuando dijo: *«Haced esto en recuerdo mío»*. Para rememorar la Pasión del Señor disponemos de tres clases de recordatorios, a saber: Unos que actúan sobre nuestra memoria a través del sentido de la vista, como los grabados en forma de estampa o de esculturas en las que se reproducen escenas de la susodicha Pasión; por eso precisamente, y en orden ante todo a promover entre nosotros, los fieles, el recuerdo de la Pasión de Cristo y nuestra instrucción y devoción, la Iglesia nos recomienda que usemos crucifijos y otras imágenes, porque tales imágenes piadosas y crucifijos producen en los cristianos efectos instructivos parecidos a los que entre los no cristianos producen los libros. Otros que actúan sobre nuestra memoria a través del sentido del oído; estos recordatorios son de naturaleza verbal, como la predicación sobre la Pasión del Señor. Otros, finalmente, que actúan sobre nuestra memoria mediante el sentido del gusto; tal es el caso del susodicho Sacramento, en el que se contienen verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo, y en el que se reproduce su inmolación por nosotros. Si la contemplación visual de grabados e imágenes, y más todavía la atenta audición de predicaciones, constituyen procedimientos adecuados para reavivar en nuestra memoria el recuerdo de la Pasión del Señor, y despertar en nuestros corazones el amor hacia El, mucho más adecuado para conseguir esos mismos efectos resulta este Sacramento, en el que esa Pasión, aunque de modo misterioso, se reproduce realmente.

b) Invocación del nombre de Dios.

Dice el Génesis en el capítulo 12: *«El Señor se apareció a Abraham, éste edificó un altar y en él invocó su divino nombre»*.

Cuando invocamos el nombre del Señor, advierte el Apóstol en el capítulo 2 de la primera carta a Timoteo, hacémoslo, bien para rogarle por medio de súplicas y exorcismos que nos libre de males, bien para pedirle que nos conceda determinadas mercedes, o bien para darle gracias por los beneficios que de El hemos recibido.

La invocación del nombre del Señor, hecha sobre el altar, tiene un nombre concreto y definido: el de *Misa;* denominación muy adecuada, porque en esa invocación es Cristo el que actúa: Cristo, enviado celestial *(missus),* enviado por el Padre *(missus a Patre),* es quien consagra la víctima; y el mismo Cristo, enviado por nosotros *(a nobis missus),* por nosotros intercede ante el Padre. Razón tiene Hugo cuando escribe: «Acertadamente llamamos *Misa* a la consagración de la Hostia, porque esa Hostia o víctima es Cristo; del mismo modo que la persona de Cristo nos fue enviada (transmissa), primeramente por el Padre a nosotros

a través de la Encarnación, y luego remitida por nosotros al Padre, mediante la Pasión, así también en este Sacramento la misma persona de Cristo vuelve a nosotros enviada por el Padre para que en nosotros realice la obra de nuestra santificación; y nosotros, mediante la oblación, la remitimos al Padre a fin de que ante él interceda en nuestro favor».

Notemos esto: en la recitación de la Misa utilizamos tres lenguas: el griego, el hebreo y el latín. ¿Por qué? Por dos razones: en recuerdo de la inscripción que pusieron sobre la cruz en que Cristo se inmoló, redactada en griego, en hebreo y en latín; y para proclamar, mediante el empleo de estas tres lenguas, que todos los hombres, independientemente del idioma que hablen, tienen el deber de alabar a Dios; por eso precisamente en representación de todos los demás idiomas empléanse en la celebración de la Misa, el griego, el hebreo y el latín: el latín, en la epístola, en el evangelio, en las oraciones y en los cánticos en general; el griego, en el *Kyrie* y *Christe eleison,* que se dicen nueve veces en total para simbolizar nuestra unión al coro de los nueve órdenes de espíritus angélicos; y el hebreo, en algunas palabras determinadas, tales como *alleluja, amen, sabaoth* y *hosanna.*

c) Entonación de cánticos e himnos.

En el capítulo 47 del libro del Eclesiástico leemos: *«David, a quien el Señor concedió potencia para vencer a los enemigos, estableció instrumentos que habían de tocarse al cantar los cantores sus melodías ante el altar».* Nótese que en este texto se habla de *melodías,* en plural; y con razón, porque, como observa Hugo de san Víctor, hay tres clases de sonidos musicales, a saber, los producidos por pulsación, los producidos por aire y los producidos por canto; y, cuando estos tres géneros de sonido suenan conjuntamente, no producen solamente una melodía, sino tres. Las melodías a que se hace referencia en el pasaje citado procedían de tres clases de instrumentos: de la cítara, que suena por pulsación; del órgano, que funciona por medio de aire; y de las voces de los cantores. Esas tres clases de instrumentos sonando armónicamente dannos a entender que en nuestra conducta no deben darse disonancias; antes al contrario, ha de reinar una agradable armonía entre nuestras obras exteriores, representadas por la cítara que se toca con las manos, nuestros pensamientos, simbolizados por el órgano, que suena merced al aire que circula por su interior, y nuestras palabras, tipificadas por las voces de los cantores. Por eso más adelante Hugo de san Víctor advierte: «¿De qué vale la dulzura de la boca sin la dulzura del corazón? Si flexionas tus expresiones, flexiona también tu voluntad; si tus palabras son buenas, séanlo también tus obras; procura que tu conducta no lastime al prójimo, que tus decisiones no redunden en ofensa del Señor y que tu obediencia resulte grata a tus superiores».

Estas tres cosas de instrumentos músicos, según el autor del libro titulado *Mitral,* representan también a las tres partes principales o principales elementos de que consta el oficio divino establecido por la Iglesia, que son los salmos, los cánticos y las lecciones. Los instrumentos que se tañen pulsando sus cuerdas con los dedos, como el salterio y otros parecidos, simbolizan a los salmos, en uno de los cuales, en el 150, se dice expresamente: *«Alabad al Señor con salterios y cítaras».* La voz de los cantores simboliza a las lecciones, como se colige del salmo 32, en el que se dice: *«Ensalzadle con vuestras voces».* Los instrumentos de aire, como las trompetas, simbolizan a los cánticos: *«Alabadle haciendo resonar trompetas»,* dice el salmista en el salmo 150.

Segundo. Por qué se consagra la totalidad del templo.

Pues se consagra la totalidad del edificio del templo por cinco razones que vamos a exponer seguidamente.

Primera: Para arrojar de él al diablo y purificar el lugar de toda suerte de influencias diabólicas.

Enterémonos del siguiente caso referido por Gregorio en su *Diálogo:*

En determinado sitio existía una iglesia que los arrianos habían utilizado durante algún tiempo. Al ser esta iglesia devuelta a los fieles, procedióse a su consagración; mas apenas se había iniciado la ceremonia, mientras se estaban colocando en el altar algunas reliquias de santa Ana y de santa Agueda, las personas congregadas en el interior del templo quedaron sorprendidas al darse cuenta de que dentro de aquella iglesia había un puerco correteando de un lado a otro, y colándose por entre sus piernas, cual si agitadamente buscara la puerta de salida; y, en efecto, el extraño cerdo, en cuanto dio con la puerta, salió rápidamente a la calle y desapareció tan súbita y totalmente que nadie lo vio más. Mediante este hecho, que por cierto produjo gran admiración entre la gente de aquella ciudad, Dios quiso manifestar cómo en cuanto se inició la consagración del aludido templo, escapóse de él el

ser inmundo que en su interior había tenido su morada. A la noche siguiente quienes estaban dentro de la mencionada iglesia oyeron un ruido que parecía provenir del tejado y producía la impresión en los oyentes de que alguien estaba corriendo de un lado a otro a gran velocidad y sin rumbo fijo sobre la techumbre del edificio. Durante la segunda noche se produjo el mismo ruido, pero con mayor estrépito; y en la noche tercera también; en esta tercera noche el estruendo fue tan enorme y tan espantoso, que quienes estaban dentro de la iglesia en un determinado momento tuvieron la sensación de que el edificio temblaba desde el tejado a los cimientos, y llegaron a pensar que comenzaba a desmoronarse. Inmediatamente después de haberse producido este tan alarmante retemblor, el demonio se alejó definitivamente y no volvió más; pero con sus estruendos anteriores dio bien a entender cuán de mala gana se iba de allí y con cuánto disgusto abandonaba un lugar que hasta entonces había considerado suyo. Hasta aquí san Gregorio.

Segunda: Para que puedan salvar sus vidas quienes se refugian en ellos. Son muchas las iglesias que al ser consagradas han recibido de los príncipes temporales el privilegio de que sirvan de lugar de asilo a las personas cobijadas en ellas, de manera que mientras éstas permanezcan en su interior no puedan ser apresadas ni siquiera por los agentes de la justicia. De ahí proviene la ley canónica que dice: «La Iglesia defenderá a los reos de delitos de sangre y los protegerá para que no sean castigados ni con pena de muerte ni con la de la amputación de ninguno de sus miembros». Merced a un privilegio semejante a éste Joab salvó su vida refugiándose en el tabernáculo del Señor y agarrándose a la esquina del altar (Reyes, III, 2).

Tercera: Para que en él sean atendidas nuestras peticiones.

En el capítulo octavo del libro tercero de los Reyes se dice que Salomón, después de haber dedicado el templo, exclamó: *«Tú, Señor, escucharás desde el cielo, que es donde moras, a cuantos oraren en este lugar y les concederás benignamente todo lo que te pidieren».*

Cuando oramos en el interior de nuestras iglesias lo hacemos con los rostros vueltos hacia oriente, por estos tres motivos, según el Damasceno: Primero. Para dar a entender que miramos hacia nuestra verdadera patria; Segundo. Para imitar a Cristo crucificado; Tercero. Para hacer constar que esperamos la venida de nuestro juez. He aquí las propias palabras del mencionado santo doctor: «En Edén, lugar de oriente, plantó Dios el paraíso y, cuando de él sacó al hombre, envióla en calidad de desterrado a occidente, es decir, a un sitio que quedaba en el polo opuesto al del paraíso. Por eso cuando adoramos al Señor hacémoslo mirando hacia oriente, de donde vinimos, cual si buscáramos con nuestros ojos nuestra antigua patria. Por otra parte, el Señor clavado en la cruz miraba hacia occidente; para poder, pues, contemplar su rostro mientras lo adoramos crucificado, es menester que miremos hacia oriente. Además, como a oriente se dirigió cuando subió al cielo y hacia oriente miraban los apóstoles mientras viendo cómo se elevaba le adoraban, hacia oriente miramos también nosotros mientras lo adoramos y esperamos su venida». Hasta aquí el Damasceno.

Cuarta: Para alabar en él al Señor.

En él lo alabamos mediante las llamadas siete horas canónicas, a saber: maitines, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. Dios merece ser alabado ininterrumpidamente a lo largo de cada uno de los instantes de todos los días y de todas las noches; pero como por nuestra debilidad no somos capaces de permanecer en constante adoración, hase establecido la práctica de alabarle expresamente siete veces diariamente en otras tantas horas concretas; y precisamente en esas horas, por la especial relación existente entre ellas y determinados acontecimientos. Alabámosle hacia la media noche con el oficio de maitines, porque a media noche Dios hecho hombre, es decir, Cristo, nació; y a media noche fue apresado y escarnecido por los judíos; y a media noche desalojó el infierno, aunque según el libro *Mitral* esto de que a media noche desalojara el infierno no debe entenderse en sentido estricto, sino en sentido amplio, dando a esa expresión horaria el significado de antes de amanecer, pues antes de amanecer, al alborear la mañana, fue cuando ocurrió su resurrección; hacia media noche también, según algunos, vendrá cuando venga a juzgarnos. A propósito de la hora en que Cristo resucitó, y de su conmemoración litúrgica mediante la vigilia pascual, escribe san Jerónimo: «Yo creo que no debemos permitir que el pueblo, que se ha reunido en las iglesias la víspera de pascua para celebrar la resurrección del Señor, salga de ellas antes de la media noche; pero sí creo, en cambio, que llegada esa hora podemos todos juntos proceder a la celebración de esa fiesta

pascual con la conciencia tranquila de que no obramos contra la tradición apostólica». Recapitulando: cantamos las alabanzas divinas de los maitines hacia media noche, para dar gracias al Señor por su nacimiento, por su prisión, por la liberación de los santos padres y para manifestarle que aguardamos su venida convenientemente preparados. Pasada ya la media noche, y por tanto en el marco del nuevo día, o sea, en la madrugada, añadimos a los maitines las laudes, porque antes de que apareciera el sol en el firmamento el Creador inició la creación del universo; y en una madrugada hundió Dios en el mar a los egipcios; y en otra madrugada resucitó Jesucristo. Por eso, para dar gracias al Señor por los beneficios de la creación y de su resurrección, y para pedirle que no permita que perezcamos, como los egipcios, anegados en las aguas del mar de este mundo, en la madrugada de cada día a los maitines añadimos el canto de laudes. Y porque a la primera hora de la mañana ya estaba Cristo en el templo ordinariamente, y al templo acudía tempranito el pueblo en su busca —*«la gente madrugaba y se daba prisa para ir a reunirse con él»* (Lucas, 21)—; y porque también a primera hora de la mañana el Señor fue conducido a presencia de Pilato; y porque a primera hora de la mañana, en seguida de resucitar, se apareció a las mujeres; por eso también, cuando a primera hora de la mañana amanece y comienza el día, nos reunimos nosotros en las iglesias imitando a Cristo, que cada mañana al alborear ya estaba en el templo; y nos reunimos para alabarle mediante esa hora canónica llamada prima y darle gracias por haber resucitado y por haber certificado su resurrección con su aparición a las mujeres, y para ofrecer y consagrar a Dios, que es principio de todas las cosas, las primicias de la jornada que acaba de empezar. A la hora de tercia a gritos pidieron los judíos que Cristo fuese crucificado; y lo ataron a una columna y por orden de Pilato lo azotaron. Esa columna, que todavía existe, conserva según algunas historias aun en nuestros días manchas de la sangre que brotó del cuerpo de Cristo durante la flagelación a que fue sometido. Hacia la hora de tercia también fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés. A la hora de sexta Jesús fue enclavado en la cruz y el mundo se cubrió de tinieblas cual si el sol hubiese querido llorar la muerte de su Señor y vestirse de luto y privar de su luz a los que le habían crucificado. A la hora de sexta también el día de su Ascensión sentóse Jesús a la mesa con sus discípulos. A la hora de nona Cristo expiró, y un soldado le atravesó el corazón; por eso, a partir de entonces, todas las tardes, hacia esa misma hora, reuníanse los apóstoles para orar. También otro día, el de su Ascensión, el Señor a esa hora subió al cielo. Por todos esos hechos tan singulares, acaecidos en las mencionadas horas, alabamos diariamente a Dios con los oficios de tercia, sexta y nona. Alábalo la Iglesia igualmente a la hora de vísperas, porque hacia esa hora, al declinar la tarde, ocurrieron las siguientes cosas: Cristo instituyó, durante la Cena, el Sacramento de su cuerpo y de su sangre; lavó los pies a los apóstoles; fue bajado de la cruz y colocado en el sepulcro; y otro día, adoptando el aspecto de un viajero que iba de camino, se manifestó a dos de sus discípulos. Finalmente, nos reunimos ya entrada la noche para alabar a Dios mediante el oficio que llamamos de Completas, en recuerdo de que hacia esa misma hora una noche Cristo sudó sangre en el huerto, otra noche colocaron centinelas junto a su sepulcro y otra noche, después de resucitar, se apareció a sus discípulos y les anunció la paz.

Comentando Bernardo cómo debemos disponer nuestro espíritu para ofrecer a Dios provechosamente estos litúrgicos homenajes, dice: «Hermanos míos, cuando estemos realizando el sacrificio de alabanza, procuremos cantar el sentido de las palabras, asociemos a ese sentido devoción interior; a la devoción interior, alegría; a la alegría, gravedad; a la gravedad, humildad, y a la humildad, libertad».

Quinta: Porque en él se administrarán a los fieles los sacramentos de la Iglesia.

Efectivamente, el templo, tras su consagración, queda convertido en casa de Dios y en oficina sagrada en la que se realizarán los sacramentos y se administrarán a los miembros de la Iglesia militante. El sacramento del bautismo se administra a los que entran en ella; el de la extremaunción, a los que de ella salen; los restantes, a los que en ella permancen; el del orden tiene por objeto conferir las facultades necesarias a los ministros del culto para que puedan desempeñar su misión; otros sacramentos están destinados a fortalecer a los fieles en las batallas que diariamente han de librar, y de este modo: el de la penitencia vale para que los que caen en esas batallas puedan levantarse; el de la confirmación se administra para que cuantos lo reciben permanezcan en pie con valentía y forta-

leza de ánimo; a todos también ofréceseles espiritual alimento y nutrición por medio del sacramento de la eucaristía; y a los que quieran evitar determinados peligros y tropiezos bríndaseles ayuda por medio del sacramento del matrimonio.

Segunda cuestión: Cómo se consagran los templos.

Antes de exponer cómo se hace la consagración del edificio total del templo, diremos cómo se consagra el altar.

Varias son las ceremonias que se realizan en la consagración del altar; helas aquí mencionadas, por el orden con que el consagrante las realiza. El celebrante procede de la siguiente manera: a) Con agua bendita traza cuatro cruces, una en cada ángulo de la mesa del altar. b) Da siete vueltas alrededor del susodicho altar. c) Aspérjalo siete veces con agua bendita mediante un hisopo o escobilla. d) Quema sobre él un poquito de incienso. e) Ungelo con crisma. f) Cúbrelo con manteles limpios.

A través de estas seis ceremonias preténdese dar a entender las disposiciones interiores que deben tener quienes se acercan al altar de Dios. Las cuatro cruces trazadas con agua bendita en las esquinas de la mesa están inspiradas en las palabras bíblicas *«te ensancharás hacia occidente, hacia oriente, hacia el norte y hacia el sur»* (Gén., 28), y significan una de estas tres cosas o las tres a la vez: a) Que quienes andan cerca del altar deben tener un acendrado amor de caridad a Dios, a sí mismos, a los amigos y a los enemigos; b) Que Cristo mediante su crucifixión salvó a todas las gentes, extendidas por las cuatro partes del mundo; c) Que los ministros del culto debemos llevar la cruz del Salvador de cuatro modos: en el corazón, por la meditación; en los labios, por la confesión; en el cuerpo, por la mortificación; en la cara, trazando sobre ella frecuentemente tan sagrado signo. Las siete vueltas que el consagrante da alrededor del altar representan la atención y esmero con que los servidores del Señor han de realizar su oficio; así se infiere del hecho de que, mientras el celebrante da esas siete vueltas, el coro canta «*Invenerunt me vigiles,* etc.», o sea, «los centinelas me hallaron en mi sitio, etc.»; es decir, guardando solícitamente cada pastor el rebaño que Dios le haya confiado. Gilberto enumera cinco cosas que a su juicio constituyen el colmo del absurdo y de la contradicción, y entre ellas incluye la de un prelado negligente. He aquí sus propias palabras: «Un vigía ciego, un corredor cojo, un prelado negligente, un doctor analfabeto y un pregonero mudo, son algo de suyo tan ridículo como necesariamente condenado al fracaso». También cabe suponer que con las siete vueltas que el consagrante da alrededor del altar la liturgia intente darnos a entender que los sacerdotes tenemos el deber de meditar y considerar muy a menudo, cual si estuviéramos constantemente girando en torno al mismo tema, las siete grandes lecciones de humildad que Cristo nos dio y que fueron las siguientes: primera, siendo rico, hízose pobre; segunda, por cuna tuvo un pesebre; tercera, obedeció a sus padres; cuarta, vivió sometido a quienes en realidad eran siervos suyos; quinta, soportó la compañía de un discípulo ladrón y traidor; sexta, ante un juez inicuo, mansamente permaneció en silencio; séptima, oró benignamente por quienes le crucificaron. Un tercer significado podemos atribuir a esas siete vueltas: el de los siete caminos recorridos por el Señor, que fueron éstos: primero, desde el cielo hasta las entrañas de la Virgen; segundo, desde las entrañas de su madre hasta el pesebre; tercero, desde el pesebre hasta su salida a la vida pública; cuarto, desde ésta al patíbulo; quinto, desde el patíbulo al sepulcro; sexto, desde el sepulcro hasta el limbo; séptimo, desde el limbo, después de su resurrección, hasta el cielo. Con las aspersiones de agua bendita se nos invita a recordar los padecimiemtos que Cristo sufrió por nosotros. Siete son esas aspersiones y siete fueron las veces que el Señor por nosotros vertió su sangre, a saber: cuando le circuncidaron, cuando oró en el huerto, cuando lo flagelaron, cuando le colocaron sobre su cabeza la corona de espinas, cuando le clavaron sus manos, cuando le clavaron sus pies y cuando le atravesaron el costado. Todas esas aspersiones de su sangre hízolas con el hisopo de su humildad y de su imponderable caridad; no olvidemos que el hisopo es una planta humilde y cálida. Estas siete aspersiones pueden significar también los siete dones del Espíritu Santo que los ministros del altar y todos los bautizados hemos recibido con el sacramento del bautismo. Mediante la combustión del incienso se pretende declarar que los servidores del culto divino deben entregarse a la práctica de la oración con asiduidad, devoción y fervor. El incienso tiene estas cuatro propiedades: primera, la de convertirse en humo y ascender a la altura de la levedad de su peso; segunda, la de solidificarse por exigencias de su naturaleza; tercera, la de formar una masa compacta a consecuencia de su condición resinosa;

cuarta, la de exhalar un aroma muy agradable al olfato. Esas cuatro propiedades tiénelas también la oración: en cuanto homenaje a Dios, sube al cielo; en cuanto impetratoria de perdón, solidifica al alma, es decir, la consolida, curándola de las heridas que en ella produjeron las pasadas culpas; en cuanto impetratoria de cautela, la robustece para el futuro; finalmente, en cuanto impetratoria de tutela, ampárala en el presente. Tres semejanzas más podemos establecer entre la oración y el incienso si la oración es devota. Primera: La oración sube hasta Dios, como se desprende de este pasaje del capítulo 35 del *Eclesiástico: «La oración hecha con humildad traspasa las nubes».* Segunda: Perfuma el trono del Señor: así se colige de este texto del capítulo quinto del Apocalipsis, en el que se dice: *«Cada uno de los ancianos llevaba en sus manos harpas y copas de oro llenas de los aromas de las oraciones de los santos».* Tercera: La oración devota procede de corazones inflamados por la caridad, como la Escritura nos enseña en estas palabras: *Llegó otro ángel, púsose en pie junto al altar con un incensario de oro, y fuéronle dados muchos perfumes para unirlos a las oraciones de los santos..., tomó luego el ángel el incensario y lo llenó del fuego del altar, etc.»* (Apoc., 8). Mediante la unción de la mesa del altar con crisma elaborado a base de óleo y bálsamo, se nos advierte que los ministros del culto han de tener una conciencia muy limpia, de manera que por donde quiera que vayan dejen en pos de sí un reguero de buena fama y de olor a virtudes; han de tener una conciencia muy limpia, de modo que puedan apropiarse y hacer suyas estas palabras del Apóstol: *«Podemos gloriarnos del testimonio de nuestra conciencia».* Han de gozar de buena fama: *«Conviene que los extraños tengan buen concepto de nosotros»,* decía Pablo en el capítulo tercero de su primera carta a Timoteo. «Los clérigos —escribió el Crisóstomo— han de procurar no incurrir en faltas ni de pensamiento ni de palabra ni de obra; que nadie con fundamento pueda formarse mala opinión de ellos; no olviden que constituyen la fuerza y ornamento de la Iglesia; si se conducen indebidamente, no sólo se mancillan a sí mismos, sino que mancillan también a toda la Iglesia». La cobertura de la mesa del altar con manteles blancos y limpios significa que los ministros del culto tienen el deber de resplandecer por la pureza de sus buenas obras. Los vestidos tienen tres finalidades: cubrir, abrigar y engalanar el cuerpo. Esos son también los cometidos de las buenas obras con respecto al alma: cubrir su desnudez; por eso se dice en la Escritura: *«Vístete con ropas blancas, a fin de que no sientas la vergüenza de llevar tu espíritu desnudo»* (Apoc., 3); abrigarla y calentarla con el fuego de la caridad: *«¿No estás acaso abrigado con ropas calientes,* etc.*?,* se dice en el capítulo 37 del libro de Job; adornarla y embellecerla: *«Revistámonos con las armas de la luz,* etc.», nos advierte san Pablo en el capítulo 13 de su carta a los Romanos. Un servidor del altar, aun en el supuesto de que estuviese investido de la máxima dignidad, obtendría escaso provecho con su ministerio si su vida fuese de calidad ínfima. A este propósito escribe san Bernardo: «Gran monstruosidad constituiría ocupar el primer asiento y tener la más baja condición; estar en el peldaño más elevado en cuanto a dignidad y en el ínfimo en cuanto a conducta; ostentar hacia fuera un aspecto digno y comportarse con frivolidad; hablar mucho y no hacer nada; o ejercer gran autoridad sobre otros y no ejercer ninguna sobre sí mismo».

Veamos ahora cómo se consagra el edificio del templo en su totalidad, pasemos revista a las diferentes ceremonias que en tal consagración se realizan.

Primeramente el obispo consagrante da tres vueltas alrededor de la iglesia, deteniéndose en cada una de ellas ante la puerta principal, golpeándola con su báculo, y diciendo: *«Abrid, príncipes, vuestras puertas,* etc.». Después rocía con agua bendita el templo en su exterior y en su interior, y seguidamente traza con ceniza y arena gruesa sobre el pavimento una cruz aspada cuyos brazos van desde las esquinas interiores del naciente hasta las respectivas del poniente, cruzándose en el centro de la nave; una vez trazada esta cruz, sobre una de sus aspas escribe el alfabeto griego y sobre la otra el abecedario latino; finalmente, pinta varias cruces sobre las paredes, y tras colocar una candela encendida ante cada una de ellas, úngelas con crisma.

La primera parte de estos ritos, es decir, la de dar tres vueltas alrededor del templo, significa los tres viajes que hizo Cristo para santificar a los miembros que constituyen la Iglesia; el viaje de su venida desde el cielo a la tierra, el de su ida desde este mundo al limbo, y el de su regreso al cielo desde la tierra, cuando, tras salir del limbo y resucitar, subió al cielo el día de su Ascención.

Estas tres vueltas pueden significar otras dos cosas: primera, que el templo en cuyo derredor se

dan, queda habilitado para honrar en él a las tres personas de la Trinidad; segunda, que existen tres estados dentro de los cuales los miembros de la Iglesia pueden salvarse; el de virginidad, el de continencia y el de matrimonio. A propósito de estos tres estados, dice Ricardo de san Víctor que independientemente de que están simbolizados por esas tres vueltas, lo están desde luego por los tres sectores en que se divide interiormente el templo, o sea: por el santuario o presbiterio, por el coro, y por el resto del local. Según este autor, el presbiterio o santuario representa a los que viven en virginidad; el coro, a los que viven en continencia; y el ámbito restante, a los que viven en matrimonio. El sector destinado a presbiterio es más escaso que el destinado a coro, y éste a su vez considerablemente más reducido que el cuerpo restante del recinto; y con razón, porque los que guardan virginidad son menos numerosos que los continentes, y éstos son también menos que los casados. El presbiterio es lugar más santo que el coro, y el coro es más santo que el cuerpo restante de la iglesia; correlativamente, también el estado de virginidad es más perfecto que el de continencia, y el de continencia más perfecto que el de matrimonio. Todo este comentario es de Ricardo de san Víctor.

Los tres golpes que el obispo da con su báculo sobre la puerta principal del templo simbolizan los tres títulos de propiedad que Cristo tiene sobre los miembros de la Iglesia y las facultades que le asisten para exigir que, cuando él llame ante el corazón de los fieles, éstos deben abrirle y franquearle la entrada sin dilación. Los miembros de la Iglesia pertenecen a Cristo por tres razones: porque El, en cuanto Dios, los ha creado; porque El los ha redimido y porque El se ha comprometido a glorificarlos. Comentando este triple derecho de propiedad, dice san Anselmo: «Verdaderamente, Señor, debo dedicarme por entero a amarte, porque me has creado; debo dedicarme por entero a amarte, porque me has redimido; y debo dedicarme por entero a amarte, porque me has prometido una gloria inefable. Cierto que debo amarme también a mí mismo, pero tengo el deber de amarte a ti más que a mí por estos tres motivos: porque tú eres incomparablemente más excelente que yo, porque tú te has dado a mí enteramente y sin reservas, y porque tú me has prometido ser mi galardón eternamente».

Las tres proclamaciones que el obispo hace diciendo, «*abrid, príncipes, vuestras puertas,* etc.», significan las tres soberanías o poderes absolutos que el Señor ejerce respectivamente sobre el cielo, sobre la tierra y sobre el infierno.

La aspersión de agua bendita sobre el exterior e interior del templo tiene estas tres finalidades: Primera. La de expulsar al demonio: el agua bendita posee la virtud de hacer huir a los diablos; por eso en la fórmula de la bendición del agua se dice expresamente: «Quedas exorcizada para que puedas destruir la fuerza del enemigo y obligarle a alejarse de nosotros». El agua bendita que se usa en la consagración del templo va mezclada con vino, sal y ceniza, porque el agua, el vino, la sal y la ceniza simbolizan respectivamente cuatro cosas que el demonio no puede soportar: el agua respresenta las lágrimas hijas de la compunción; el vino representa la alegría interior del alma; la sal representa la discreción, la prudencia y la madurez de juicio; y la ceniza representa la profunda humildad de espíritu. Segunda. La purificación del local. Todas las cosas terrenas hállanse mancilladas y sucias por las salpicaduras de los pecados; por eso rocíase el interior del templo con agua bendita, para librarlo de las manchas y porquerías que en él pudiera haber, y de ese modo dejarlo purificado y santificado. En tiempos de la antigua ley casi todas las cosas debían ser purificadas con agua. Tercera. Para conjurar cualquier tipo de maldición que pudiera haber recaído sobre el recinto. Una maldición cayó al principio del mundo sobre la tierra y todos sus frutos cuando mediante una amenaza la serpiente engañó a nuestros primeros padres; pero esa maldición no alcanzó al agua. En el Evangelio leemos que el Señor comió pescado; en cambio, en ningún lugar de él se nos dice que comiera carne de ningún género, a excepción de la del cordero pascual; ésta sí la comió, y la comió por dos motivos: por cumplir el precepto de la ley, y por mostrarnos con su ejemplo que lo de comer o no comer tales o cuales alimentos, siempre que éstos sean lícitos, depende de las circunstancias; en unas ocasiones será conveniente abstenerse de ellos, y en otras será aconsejable comerlos. Rocíase, pues, el templo con agua bendita para liberarlo de posibles maldiciones, y para atraer sobre él las bendiciones divinas.

La inscripción del alfabeto y del abecedario sobre las aspas de la cruz trazada en el pavimento, tiene por objeto simbolizar estas tres cosas: la unión entre uno y otro pueblo, o sea, entre el pueblo gentil y el pueblo judío; la doctrina de am-

bos Testamentos; y los artículos de nuestra fe. Las letras griegas y latinas trazadas sobre la cruz del suelo significan en primer lugar la unidad de paganos y judíos conseguida por Cristo crucificado; por eso la cruz que se traza en el pavimento es aspada; sus brazos son iguales, arrancan de las esquinas del naciente y llegan hasta las del poniente, cruzándose en el centro, dándonos a entender con esto que, quienes antes estaban a la derecha, quedaron después a la izquierda; y los que ocupaban un puesto en la cabeza de la serie, ocuparon posteriormente otro en la cola de la misma; y viceversa. Alfabeto y abecedario significan, en segundo lugar, que la doctrina y enseñanzas de uno y otro Testamento giran en torno a la Redención, obrada a través de la cruz de Cristo. De ahí que el Señor en el momento de morir exclamara: *«Consummatum est!»*, es decir, *¡misión cumplida!*, y de ahí también que los brazos de la cruz lleguen de unas esquinas a otras y se crucen en el centro del templo, porque ambos Testamentos son a manera de dos ruedas que giraran sobre un mismo eje. La inscripción del alfabeto y del abecedario significan en tercer lugar los artículos de nuestra fe, de esta manera: el pavimento de la iglesia representa el fundamento de nuestras creencias, o lo que es lo mismo, eso que llamamos los motivos de credibilidad; los elementos con que se traza la cruz simbolizan los artículos que deben ser creídos; esos elementos son ceniza y arena gruesa, para que, a través de ellos, los ignorantes y neófitos, que acuden al templo a instruirse en la doctrina de tales artículos, entiendan que deben considerarse a sí mismos como ceniza y como polvo, a imitación de Abraham, quien según el capítulo 18 del Génesis decía: *«A pesar de que no soy más que un poco de polvo y de ceniza, hablaré a mi Señor»*.

Píntanse cruces en las paredes de la iglesia por estas tres razones:

Primera. Para atemorizar a los demonios; los demonios ya han sido previamente expulsados del edificio; mas si, pese a ello, tuvieran la osadía de intentar comparecer nuevamente en él, no lo lograrían, pues, al ver las cruces que hay pintadas en sus muros, quedaríanse aterrorizados y desistirían de su propósito, porque tienen un indecible miedo a la cruz. «Los diablos —escribe el Crisóstomo—, tan pronto como ven la señal de la cruz salen huyendo espantados, porque reconocen en ella el báculo que les ha causado las heridas y llagas que padecen».

Segunda. Para manifestar que el templo pertenece al Señor. Las cruces son las banderas e insignias de la victoria de Cristo; por eso, para proclamar públicamente que aquel recinto está sometido a su dominio, píntanse cruces en sus paredes, imitando en esto, de algún modo, la costumbre que seguían los emperadores, quienes, cuando adquirían potestad sobre alguna población, izaban sobre ella su propia bandera en testimonio de su autoridad. Algo parecido hizo Jacob, de quien leemos en el capítulo 28 del Génesis que, en testimonio y recuerdo del triunfo que acababa de obtener, tomó la piedra que le había servido de cabezal, y a modo de monolito la hincó en el suelo.

Tercera. Para representar a los apóstoles: Doce son las cruces que se pintan sobre las paredes del templo, y doce las candelas que se colocan encendidas ante ellas, a razón de una candela por cada cruz. Pues bien; esas doce candelas encendidas ante las correspondientes cruces representan a los doce apóstoles, que con la claridad de su fe en Cristo crucificado iluminaron el mundo; y como los apóstoles, además de iluminar el mundo con la luz de su predicación de la Pasión de Cristo derramaron por toda la tierra fuego de caridad para que los hombres amaran al Señor, y crisma de salvación para la purificación de las conciencias, por eso, esas doce cruces pintadas en los muros de la iglesia consagrada, después de ser iluminadas son ungidas por el consagrante con un crisma hecho de óleo y de bálsamo: de óleo, que da brillo al alma, y de bálsamo, que comunica a las obras el buen olor de las virtudes.

Tercera cuestión: Cómo pueden quedar profanados los templos.

Iniciemos la respuesta a esta cuestión diciendo que en el Antiguo Testamento se nos da cuenta de tres profanaciones padecidas por la casa de Dios, cada una de ellas en tiempo diferente y a cargo de un responsable distinto. Los profanadores fueron: Jeroboám, Nabuzardám y Antíoco.

En el capítulo 12 del libro tercero de los Reyes, leemos que Jeroboám, movido por su avaricia y por el afán de evitar que Roboám recuperara el trono de Israel, mandó construir dos becerros de oro, y así que estuvieron construidos, colocó uno en Dan y otro en Betel, que quiere decir *casa de Dios*.

Esta conducta de Jeroboám simboliza la avaricia con que muchos clérigos contaminan la Iglesia del

Señor. La avaricia, menester es reconocerlo, es vicio muy extendido entre los miembros del clero. Ya Jeremías en su tiempo, en el capítulo cuarto de sus Profecías, denunciaba este mal: «*Todos, desde el más bajo hasta el más encumbrado, se dejan arrastrar por la codicia*». Bernardo escribió: «¿Podréis darme el nombre de algún prelado que no se preocupe mucho más de vaciar las bolsas de sus súbditos que de extirpar los vicios de que adolecen?».

Los becerros de oro colocados por Jeroboám en Dan y en Betel nos hacen pensar en la multitud de sobrinos y parientes entre quienes los jerarcas distribuyen los beneficios y sinecuras de sus iglesias.

Otro modo de profanar un templo al estilo de Jeroboám consiste en invertir en su construcción o mantenimiento dinero aportado por usureros o por ladrones. En relación con esto leemos el siguiente caso: Un prestamista que había construido una iglesia con el fruto de sus usuras y rapiñas, rogó reiteradamente al obispo del lugar que tuviese a bien consagrarla. El obispo al cabo accedió a lo que el prestamista le pedía, y cuando acompañado de su clero estaba realizando las ceremonias pertinentes, vio de pronto cómo el diablo, revestido de pontifical y sentado en la cátedra detrás del altar, poníase de pie, encarábase con él y le decía: «Deja de hacer eso que estás haciendo. ¿Quién eres tú para consagrar este templo que es mío y está exclusivamente sometido a mi jurisdicción por haber sido construido con el fruto de la usura y del robo?» Al oír esta imprecación, obispo y clérigos huyeron de allí aterrorizados y a tiempo, porque acto seguido el demonio destruyó el edificio aparatosamente y con gran estruendo.

En el capítulo 25 del libro IV de los Reyes refiérese cómo Nabuzardám profanó la casa de Dios prendiéndole fuego. Como Nabuzardám era jefe de los cocineros de Nabucodonosor, en él podemos ver representados a cuantos se dejan dominar por la gula y la lujuria, o sea, a aquellos que en expresión del Apóstol tienen por dios a su vientre.

Hugo de san Víctor, en una obra suya titulada *Claustral,* comentando ese punto de que algunos tienen por dios a su propio vientre, dice: «Suelen los dioses tener templos, altares y ministros dedicados a su servicio; en su honor, sus adoradores sacrifican reses y queman incienso. Pues bien; el templo de un vientre divinizado, es la cocina; el altar, la mesa; los ministros de su culto, los cocineros; las carnes guisadas hacen las veces de reses del sacrificio, y el olor de los guisos equivale al del incienso».

En el capítulo primero del primer libro de los Macabeos se cuenta cómo Antíoco, rey ambicioso y henchido de soberbia, mancilló y profanó la casa del Señor. A través de este caso se nos da a entender que la soberbia y ambición, vicios frecuentes entre los clérigos, sobre todo entre los que buscan no el provecho del prójimo, sino su medro y personal lucimiento, contaminan grande y gravemente a la Iglesia de Dios. He aquí la descripción que Bernardo hace de estos miembros del clero, soberbios y ambiciosos: «En vez de honrar al Señor, utilizan los bienes que a Él pertenecen para procurarse el aplauso y admiración de las gentes. A diario podréis verlos por las calles, enjoyados como prostitutas; vestidos con ropas tan llamativas que más que clérigos parecen payasos; rodeados de pompa cual si fuesen reyes; haciendo alarde de su oro en los frenos y sillas de sus caballos y en sus espuelas, cuyo brillo y esplendor les preocupa bastante más que el de los altares».

Tres personas en la antigua ley profanaron el templo y otras tres lo consagraron y dedicaron, por este orden: Moisés, Salomón y Judas Macabeo.

A través de estas tres personas que consagraron la casa de Dios se nos insinúa que en cada conmemoración de la Dedicación de la Iglesia debemos esforzarnos por imitar a Moisés en la humildad; a Salomón en la discreción y prudencia, y a Judas Macabeo en la defensa de la fe.

Tras haber tratado hasta aquí de la dedicación y consagración del templo material, digamos seguidamente algo acerca de la consagración del templo en su sentido espiritual.

El templo en sentido espiritual somos nosotros, es decir, la congregación de los fieles. Este templo está construido con piedras vivas, como afirma san Pedro en el capítulo segundo de la primera de sus cartas: «*Vosotros* —dice—, *como piedras vivas constituís una casa espiritual,* etc.». Somos pues, piedras vivas, pero piedras talladas y pulidas a golpe de martillo, como afirmamos en uno de los himnos que cantamos en esta fiesta de la Dedicación; piedras espirituales, cuadradas, circunscritas por las cuatro líneas de la fe, la esperanza y la caridad y las buenas obras, cuatro líneas iguales que forman entre sí un cuadrado perfecto, porque, como observa Gregorio, «lo que crees, eso es lo que esperas; lo que crees y esperas, eso es lo que amas; lo que

crees, esperas y amas, eso es lo que determina la manera de tu obrar».

El altar de este templo es nuestro corazón, y sobre él debemos ofrecer a Dios estas tres cosas:

Primera. El fuego de un amor a El perfecto y constante, como se nos advierte en este texto del capítulo sexto del Levítico: «*El fuego* (de la caridad) *arderá ininterrumpidamente y sin perder viveza en el altar* (del corazón).

Segunda. El incienso de una fragante oración conforme a este pasaje del capítulo sexto del libro primero de los Paralipómenos: «*Aarón y sus hijos ofrecían víctimas en el altar de los holocaustos, e incienso en el altar de los perfumes*».

Tercera. El sacrificio de justicia, que según la antigua ley consistía en la oblación, holocausto e inmolación de un novillo, y que en nuestro caso consistirá en la oblación del arrepentimiento, en el holocausto u ofrenda de una caridad perfecta, y en la inmolación o mortificación de nuestro cuerpo. Acerca de este sacrificio asegura el salmista: «*Entonces aceptarás las inmolaciones legales, las oblaciones y los holocaustos; entonces te ofrecerán becerros en tu altar*».

Los procedimientos para consagrar este espiritual templo que nosotros constituimos son muy semejantes a los empleados en la dedicación del templo material. Veámoslo.

Primeramente, Cristo, pontífice supremo, al encontrar cerrada la puerta de nuestro corazón, da tres vueltas en torno al mismo, recordando nuestros pecados de pensamiento, palabra y obra. Estas tres vueltas hállanse prefiguradas en los siguientes textos del capítulo 23 de Isaías: «*Coge la cítara*» (primera vuelta), «*y recorre la ciudad*» (segunda vuelta), «*ramera olvidada*» (tercera vuelta).

A continuación Cristo da tres golpes sobre la puerta cerrada de nuestro corazón para que la puerta se abra.

En efecto, Cristo llama con tres clases de golpes: los de los beneficios, los de los consejos, y los de los castigos. En el capítulo primero de los Proverbios se alude claramente a estos tres géneros de golpes: Primero. A los de los beneficios. Refiriéndose a los inicuos dice el Señor: «*Os tendí mis brazos y no os disteis por enterados*». Segundo: A los de los consejos. «*No habéis hecho el menor caso de mis inspiraciones*». Tercero: A los de los castigos. «*Por haber despreciado mis requerimientos comerán el fruto de sus obras*, etc.».

Los tres golpes de llamada pueden consistir también en tres géneros de actuación de Cristo sobre el hombre, a saber: sobre su entendimiento, para que reconozca los pecados cometidos; sobre su apetito concupiscible, moviéndolo al arrepentimiento; sobre su apetito irascible, provocando en él deseos de expiación y propósitos de enmienda.

Después de esto procede que el templo espiritual sea rociado interior y exteriormente con una triple aspersión de agua, o sea: con el agua de las lágrimas interiores, acompañadas en ocasiones de lágrimas externas y visibles, porque, como muy bien observa Gregorio, el alma del varón santo no puede menos de sentir dolor y de afligirse al considerar dónde estuvo, dónde estará, dónde está y dónde no está; circunstancias que el mencionado Gregorio comenta de esta manera: «¿Dónde estuvo? En el pecado. ¿Dónde estará? En el juicio. ¿Dónde está? En la miseria. ¿Dónde no está? En la gloria. La primera aspersión del templo espiritual con el agua de las lágrimas tiene lugar cuando el hombre llora interior y exteriormente al considerar que pecó y que tendrá que dar cuenta de sus pecados en el día del juicio. La segunda se produce cuando se lamenta y compunge al contemplar el estado miserable en que su alma se encuentra. La tercera se realizan al llorar de aflicción por no estar en la gloria.

Estas lágrimas con que se rocía el templo espiritual menester es que estén adobadas con vino, y ceniza; con el vino de la alegría espiritual, con la sal de la probidad y discreción, y con la ceniza de una humildad profunda.

En relación con esta mezcla cabe también pensar: que la añadidura de un poco de vino al agua trate de recordarnos la humildad de que Cristo dio pruebas en su Encarnación al asumir la naturaleza humana, constituyendo ese vino aguado una especie de símbolo del Verbo hecho hombre; que la sal prefigure la santidad de la vida del Señor, verdadero condimento de la vida o conducta religiosa de todos los demás cristianos; y que la ceniza represente la Pasión de nuestro Salvador. Debemos, pues, rociar nuestro corazón con estas tres cosas: con el beneficio de la Encarnación, pues la meditación de este misterio nos moverá a ser humildes; con el ejemplo de su vida, cuya consideración producirá en nuestra alma frutos de santidad; y con el recuerdo de su Pasión, porque tal recuerdo nos estimulará a la práctica de la caridad.

En este templo del corazón escríbese también un alfabeto espiritual, o lo que es lo mismo, una

mística escritura que contiene tres partes: en la primera de ellas consígnase el dictamen de lo que se debe hacer; en la segunda se recuerdan los divinos beneficios; y en la tercera se halla la lista de los pecados propios. No cabe duda de que existe cierta relación entre estas tres inscripciones y el siguiente pasaje del capítulo segundo de la carta de los romanos: *Cuando los gentiles, sin conocer la ley, guiados por la razón natural cumplen los divinos preceptos, ellos mismos, sin darse cuenta, son para sí mismos ley»*... A través de estas palabras declárasenos que los preceptos de la ley están escritos en los corazones, y con ellas se confirma cuanto hemos dicho respecto del contenido de la primera parte de la mística escritura. El pasaje de la carta a los romanos continúa así: *«... y las sentencias con que unos a otros se acusan»*, alusión expresa a la segunda parte de la inscripción, *«o se excusan»*; estas palabras finales del versículo hacen referencia a la tercera parte de la inscripción mística susodicha.

Finalmente, en este espiritual templo que nosotros somos, debemos pintar cruces, iluminarlas y ungirlas. Siempre que aceptemos las austeridades de la penitencia, pintamos esas cruces; si nos abrazamos a ellas con alegría y entusiasmo, las iluminamos con el fuego de la caridad; y las ungimos, si las sobrellevamos no sólo con paciencia, sino también de buen grado. Veamos lo que acerca de esto escribió san Bernardo: «Quien vive en temor de Dios, lleva con paciencia la Cruz de Cristo; quien abunda en esperanza, llévala de buena gana; quien está inflamado por la caridad, abrázase a ella con verdadero fervor». «Muchos ven nuestras cruces, pero no nuestras unciones», comenta el mismo santo doctor.

Quien tenga, pues, consagrada su alma de la manera que hemos dicho, es sin duda un auténtico templo dedicado a honrar a Dios y merecedor de que Cristo habite en él por la gracia hasta que decida hacerlo por la gloria.

Que El, que es Dios y vive y reina por los siglos de los siglos, tenga a bien morar en cada uno de nosotros. Así sea.

Fin de la Leyenda Dorada o Historia Lombarda, escrita por Santiago de la Vorágine, religioso de la Orden de Predicadores y obispo de Génova.

Capítulo CLXXXIII

LOS DIEZ MIL MÁRTIRES*

El 22 de junio se venera y conmemora la pasión de diez mil mártires muertos todos ellos en un mismo día por el nombre de Cristo en tiempo del emperador Adriano, que fue quien en unión de seis reyes que colaboraron con él los condenó a muerte.

El mencionado emperador trató de obligar a estos santos mártires a que ofrecieran sacrificios en honor de los ídolos, pero los santos mártires le contestaron de esta manera:

—Nosotros no adoramos más que a Nuestro Señor Jesucristo. Por amor a El estamos dispuestos a inmolar nuestras vidas limpias. Como tú, desgraciado, ignoras quién es ese Jesucristo del que hablamos, te lo vamos a decir: Jesucristo es Dios, que se dignó venir del cielo a la tierra en donde, por amor a los hombres, asumió la naturaleza humana y después de haber padecido mucho quiso morir por nosotros y, en efecto, por nosotros murió clavado en una cruz.

Tanto se indignó el emperador al oír la anterior respuesta, que dijo a sus ministros:

—Someted a toda esta gente a cuantas torturas se os ocurran, y después de haber reproducido en cada uno de ellos lo que ellos dicen que padeció Jesucristo, crucificadlos como a él.

Con fe firmísima e indomable entereza de ánimo, los santos mártires por amor al Señor soportaron los terribles tormentos a que fueron sometidos. Todos ellos padecieron su martirio en la cumbre de un monte muy alto, llamado Ararat, distante de la ciudad de Alejandría unos 500 estadios. De verdugos actuaron los 30.000 soldados que componían los ejércitos de seis reyes que habían acudido en apoyo del emperador.

El día en que fueron crucificados, hacia la hora sexta, se produjo un impresionante terremoto, a consecuencia del cual las piedras se resquebrajaron, el sol se obscureció y se repitieron los mismos extraños fenómenos que tuvieron lugar cuando crucificaron a Cristo. Una vez que todos ellos estuvieron crucificados, uno, en nombre de los demás, en voz alta, pronunció esta oración:

---

* Las historias que siguen a continuación han sido compuestas por otros autores y posteriormente añadidas a la *Leyenda dorada*.

«¡Oh Dios, Señor nuestro! Aquí nos tienes, colgados en el patíbulo de la cruz: imíranos!, ¡escúchanos! Te pedimos que a todos cuantos en el futuro celebren con interior y exterior devoción la memoria de nuestro martirio, les concedas las mercedes siguientes: salud para sus cuerpos, gracia para sus almas, prosperidad y abundancia de bienes materiales y espirituales de toda clase para sus casas y familias. En tiempos de guerra protégelos benignamente con tus armas, y tan eficazmente que ningún enemigo visible o invisible les cause el menor mal. Concede también un año de indulgengia a cuantos la víspera de nuestra fiesta ayunen devota y piadosamente. ¡Oh Señor de los Señores! Además de lo ya dicho te pedimos que conserves robustos en la fe a todos nuestros devotos, y te rogamos que alejes de sus almas las tentaciones, lo malos espíritus y las preocupaciones vanas. Haz que en todo momento alaben tu nombre, que es digno de ser alabado y es glorioso por los siglos de los siglos».

—Amén —respondieron a coro todos sus compañeros.

Acto seguido, desde lo alto del cielo una voz dijo:

«Alegraos y regocijaos; Cristo, Rey inmortal, ha escuchado vuestras peticiones y promete que concederá todo lo que de El habéis solicitado».

Muy poco después de esto, los santos mártires, dando testimonio de su fe, expiraron y entraron en posesión de los premios del reino de los cielos.

Capítulo CLXXXIV

SAN JADOC

San Jadoc, hijo de Judael, rey de Bretaña, tuvo un hermano mayor que él, llamado como su padre, es decir, Judael, y este Judael fue quien al morir su padre le sucedió en el trono.

Ambos hermanos, Jadoc y Judael, dos verdaderas joyas celestiales, fueron contemporáneos de Dagoberto, rey de los francos. Judael hijo, siendo ya rey, y Dagoberto, durante algún tiempo fueron enemigos, pero luego hicieron las paces y Judael recibió de Dagoberto grandes honores.

Judael, al terminar su guerra con los francos y regresar a Bretaña, decidió cambiar su reino temporal por el celestial, renunciar al trono y hacerse monje; y, como estaba dispuesto a realizar su propósito, llamó a su hermano Jadoc, que como ya hemos dicho era menor que él, le manifestó su plan de ingresar en un monasterio, y le rogó que se hiciese cargo del gobierno del país. San Jadoc, que amaba a Dios no menos fervorosamente que su hermano, respondió a Judael:

—Concédeme un plazo siquiera de ocho días para pensar a fondo si debo o no aceptar la proposición que me haces.

Como Judael le concediera el plazo solicitado, Jadoc, sin pérdida de tiempo, se retiró al monasterio en que había aprendido sus primeras letras, y durante los ocho días de la tregua apenas hizo otra cosa que rezar y pensar de día y de noche en buscar algún procedimiento que le permitiera librarse de aceptar el cargo y la dignidad que su hermano quería transferirle; y como no encontrara más solución realizable que la de huir de su patria y de las tierras del reino, aprovechando una oportunidad que inesperadamente se le presentó por disposición de la divina providencia, sin dudarlo un momento puso en ejecución el plan de huida, uniéndose secretamente a una caravana de nueve peregrinos que casualmente pasaron por el monasterio en su viaje hacia Roma, a donde se dirigían para visitar los sepulcros de los apóstoles Pedro y Pablo; y, sin descubrir a sus nuevos compañeros ni quién era ni qué pretendía, con ellos fue hasta París. Al llegar a esta ciudad comenzó a pensar si debería continuar su peregrinación hasta Roma, o desgajarse del grupo, y movido por el Espíritu Santo, director mediante interiores inspiraciones de todos sus pasos, renunció a proseguir la romería, se separó de los romeros y se dirigió a toda prisa hacia la región de las lagunas pontinas, comarca desde tiempos muy antiguos y también entonces inhabitable para el hombre a causa de la espesura de sus bosques y de la gran cantidad de fieras y de animales salvajes que había en aquellas selvas. En cuanto llegó, alegróse mucho de haber hallado un lugar tan recoleto y solitario. Sin dudarlo, decidió quedarse allí definitivamente y construir una celda a orillas del río Alceja; mas el duque Haimon, señor de aquellas tierras, quitóle de la cabeza la idea de llevar a cabo tal propósito, al menos hasta que no pasaran siete años. Durante los siete años de tregua que el duque le aconsejó, Jadoc procuró aumentar su cultura, se ordenó de sacerdote y hasta, a petición del mencionado duque que sentía hacia él extraordinaria veneración,

actuó de padrino en el bautizo de uno de sus hijos.

Expirado el plazo de los siete años convenido con Haimon, Jadoc regresó a la selva, y en el centro de una pequeña isla formada por la corriente del Alceja y de otros varios arroyuelos construyó una iglesia y una casita.

Mientras vivió en aquel retiro, el Señor obró por medio de él muchas cosas prodigiosas, pero de ellas aquí referiremos únicamente las siguientes:

Pájaros y peces de toda clase se acercaban confiadamente a él, tomaban de sus sagradas manos el alimento que les ofrecía, y cual si estuvieran domesticados, una vez que se saciaban se retiraban y regresaban a sus respectivos ambientes.

Juntamente con él vivía en la casita mencionada otro ermitaño. Un día en que no tenían más comida que un poco de pan acercóse a la ermita el Señor disfrazado de mendigo y pidió limosna. El santo varón Jadoc dijo a su compañero y discípulo:

—Divide el trozo de pan que tenemos en cuatro partes iguales y dale una de ellas al pordiosero.

Un rato después volvió el Señor a la ermita disfrazado, y aparentando ser un segundo mendigo, dijo a los ermitaños que tenía hambre, y éstos le dieron una de las tres raciones de pan que les quedaban. No tardó el Señor en regresar a la ermita simulando ser un tercer menesteroso transido de necesidad, y Jadoc ordenó a su compañero que le entregara la tercera ración. Apenas habían transcurrido unos momentos, presentóse el Señor por cuarta vez como si fuese un cuarto pobre, y solicitó limosna. Como ya no quedaba en la casita más alimento que la cuarta ración de las cuatro en que fue dividido el trozo de pan, Jadoc dijo al otro ermitaño:

—Dale ese trocito de pan que tenemos.

El compañero propuso a Jadoc:

—¿Quieres que reservemos un poquito para nosotros?

Jadoc contestó:

—No; dáselo todo. Dios sabe perfectamente en qué situación quedamos; El es todopoderoso, y si lo cree conveniente hoy mismo puede remediar nuestra necesidad.

Marchóse el cuarto mendigo, es decir, el Señor, con la cuarta ración de pan, y mientras Jadoc consolaba a su compañero (que quedó entristecido al entregar al menesteroso la única porción de alimento de que disponían) y trataba de infundir en su alma confianza en la divina providencia, vieron a través de la ventana cómo navegando por el río se acercaban a la islita cuatro barcos cargados de víveres, se detenían frente a su ermita y los barqueros descargaban todas las provisiones que habían transportado en sus lanchas; y tras dejar todas aquellas vituallas en tierra, reanudaban su marcha. Nunca se supo, y todavía hoy se ignora, quiénes fueron aquellos barqueros, ni de dónde vinieron, hacia dónde se dirigieron después de haber descargado a la orilla del río, frente a la casa de los ermitaños, los oportunos víveres.

La noticia de estos y de otros milagros obrados por el Señor a través de Jadoc o en favor suyo, corrió a lo largo y ancho de aquella región con tal celeridad y tanto entusiasmo, que la gente comenzó a acudir al piadoso ermitaño en demanda de intercesión y de ayuda para procurarse la solución a sus problemas y necesidades. Las visitas que Jadoc con este objeto recibía eran tantas y tan constantes, que después de ocho años de permanencia en aquel lugar, no pudiendo soportar tan multitudinaria y permanente invasión de su retiro, se marchó de allí y, guiado por el Señor, se refugió en otro desierto, en el que construyó un oratorio dedicado a san Martín, y una pequeña celda. En ella vivió catorce años, soportando las insidias y ataques del demonio.

En este nuevo o segundo yermo ocurriéronle muchas cosas, entre ellas, éstas:

Un águila, en muy poco tiempo, le había dejado sin once gallinas y un gallo que tenía; pero un día, al verla volar por las alturas del espacio, trazó la señal de la cruz con su mano y la hizo caer al suelo y la obligó a que le devolviera las doce aves, una por una; y, en efecto, las once gallinas y el gallo, incólumes y en perfecto estado, fueron llegando al gallinero.

Poco después de esto, otro día, el diablo en forma de horrible serpiente le mordió en un pie y le causó una muy grave herida. Una vez que se repuso de la lesión sufrida, decidió, movido por divina inspiración, trasladar su residencia a otro lugar. Acompañado por el duque Haimon recorrió diferentes parajes en busca de un sitio adecuado para instalarse en él. En una de aquellas caminatas a través de zonas desiertas e inhóspitas el duque se sintió tan desfallecido y tan atormentado por la sed, que no pudiendo dar ni un paso más cayó al suelo y se quedó dormido. Jadoc entonces se postró en oración, luego se puso en pie e hincó en tierra el palo que a modo de cayado llevaba para apoyarse en él durante aquellas exploraciones, y al

instante, en el sitio concreto en que hincó el bastón, hizo brotar, cual otro Moisés, un fuerte chorro de agua que se convirtió en manantial permanente y abundante; y en seguida, en aquellas linfas cristalinas y frescas, llenos de gozo, apagaron su sed el duque y los demás miembros de su séquito. Todavía hoy en aquel lugar continúa manando copiosamente la fuente que entonces surgió, y sus aguas siguen proporcionando alivio a los caminantes. Prosiguiendo su exploración en dirección a la costa del mar, llegaron a un valle cuajado de vegetación asentado al pie de la ladera de una colina de escasa altura y suave pendiente. A Jadoc aquel lugar parecióle maravilloso, de modo que, decidido a quedarse allí, dijo al duque y a sus acompañantes:

—Aquí me asentaré; aquí estableceré mi morada y aquí yacerá mi cuerpo desde que muera hasta que torne a la vida el día de la resurrección.

Así que Jadoc tomó la resolución de quedarse en aquel lugar, el duque y los de su séquito tornaron a sus casas y él comenzó a construir con sus propias manos dos oratorios, uno en honor de san Pedro, príncipe de los apóstoles, y otro en honor de san Pablo, doctor de las gentes.

Posteriormente tuvo que acudir a Roma, llamado por el santísimo varón Martín, sumo pontífice de la Iglesia, que desde hacía muchos años tenía grandes deseos de conocerle y ansiaba beneficiarse con su compañía y conversación. El papa lo recibió y trató con los debidos respetos y honores. En Roma permaneció Jadoc algún tiempo, hasta que el Espíritu Santo, su protector y maestro en todas las circunstancias, hízole saber que convenía que regresase cuanto antes al desierto en el que había establecido su morada terrena, porque dentro de poco su alma iba a salir de este mundo y emigraría al cielo para vivir perpetuamente en él en compañía de los ángeles.

Mientras permaneció en Roma, muchas y santas pláticas sostuvo con el sumo pontífice, y mucho mutuamente se ayudaron con sus respectivas oraciones; pero, obediente a la voz interior del Espíritu, el santo ermitaño regresó a la región de las lagunas pontinas, llevándose consigo numerosas reliquias que el papa le había regalado. A su llegada, los habitantes de la comarca le dispensaron un caluroso recibimiento. En cuanto estuvo de nuevo junto a la colina en la que había establecido su vivienda, y en la que actualmente reposan sus restos, una pareja de cónyuges le presentaron a una hija suya totalmente ciega de nacimiento; tan absolutamente ciega, que ni siquiera tenía ojos. Esta jovencita estaba completamente segura, pues así habíaselo comunicado el cielo mediante una revelación, de que si se lavaba la parte de la cara correspondiente al sitio en que suelen estar los ojos con agua en la que previamente san Jadoc se hubiese lavado las manos, desaparecería su ceguera. Hízolo así, y al instante surgieron sus ojos y comenzó a ver claramente.

En presencia del duque Haimon y de una inmensa multitud de personas que se habían congregado para darle la bienvenida, san Jadoc depositó reverentemente las reliquias en la nueva iglesia de san Martín. Esta iglesia, que es la misma en que actualmente reposan sus restos, habíase deteriorado durante la estancia del santo en Roma; mas el duque, antes de que Jadoc regresara, la derribó del todo, y en el mismo sitio hizo otra enteramente nueva y de piedra. Colocadas en ella las reliquias, el santo varón de Dios se revistió para celebrar la misa y salió al altar con una casulla tan blanca como la nieve. Era el 11 de junio. Cuando el piísimo ermitaño estaba celebrando devotísimamente y solemnemente el santo sacrificio, de pronto apareció visiblemente sobre su cabeza una de las manos del Señor, y simultáneamente se oyó una voz celestial que tras conferirle la propiedad sobre aquel eremitorio, alabarle, bendecirle y hacerle determinadas promesas, proclamó: «Por haber despreciado las riquezas de la tierra, por haber renunciado a las grandezas de la dignidad real y a sentarte en el trono de tu padre, por haber elegido la pobreza y preferido vivir humildemente alejado del mundo en el silencio y soledad de este desierto, yo colocaré sobre tu cabeza una corona que para ti tengo preparada, y te concederé un puesto de honor en el ejército de los ángeles. Yo también protegeré y custodiaré constantemente este lugar, en el que dentro de poco terminará tu vida terrena; y manifiesto que todos cuantos en lo sucesivo acudieren aquí con pureza de intención y devotamente honraren tu memoria, experimentarán los efectos de mi protección y de mi gracia mientras vivieren en este mundo, y después de su muerte irán a participar de la bienaventuranza eterna».

A partir de aquel día Jadoc vivió tan desentendido de su cuerpo, que más que hombre parecía ángel. De ángeles rodeado y asistido por el propio Cristo en persona, de cuya presencia dieron testimonio una ofuscadora claridad irresistible para los ojos humanos que inundó la habitación, y la divi-

na y deleitosísima fragancia que se sintió en la celda mientras en ella brillaba la misteriosa y cegadora luz, el santo ermitaño Jadoc un 13 de diciembre se durmió en el Señor.

Por haber permanecido virgen y limpio de toda mancha carnal durante su vida, íntegro e incorrupto permaneció su cuerpo tras su muerte, cual si continuara vivo; de tal manera que, a lo largo de cuarenta años, los encargados de cuidar de su sepulcro todos los sábados le afeitaban la cara, le arreglaban el pelo de la cabeza, le cortaban las uñas de las manos y de los pies, porque tanto las uñas, como el cabello, como la barba continuaron creciendo después de su fallecimiento con la misma regularidad y ritmo que cuando vivía. Mas a los cuarenta años de haber muerto Jadoc, el duque que sucedió en el ducado a Haimon, despreciando la advertencia de la Escritura que dice «*No violarás el santuario del Señor*», acompañado de varios miembros de su escolta irrumpió presuntuosamente, sin respeto alguno, en el templo en que el santo ermitaño estaba enterrado, y sin miramientos de ninguna clase, de manera irrespetuosa y violenta, levantó la losa de la sepultura; pero ¡oh Señor!, tras esta irreverente profanación apenas si tuvo tiempo de ver las uñas, cabellera y barba del santo crecidas, porque balbuceando como alelado estas palabras «¡ah, ah, san Jadoc!» repentinamente se quedó completamente ciego y sin juicio; y ciego, loco, mudo y sordo permaneció desde entonces hasta el final de su vida.

No hay plumas ni palabras suficientes para refirir la cantidad innumerable de milagros obrados por el Señor en favor de los fieles por intercesión de este santo. Aun en nuestros días vemos frecuentemente cómo por mediación de san Jadoc son muchos los difuntos que vuelven a la vida después de haberla perdido, o en la horca, o ahogados, o de cualquiera otra manera, y cómo muchísimas otras personas a través de él reciben aumento de bienes temporales e infinidad de otros beneficios.

En casa de un devoto de san Jadoc, en cierta ocasión, se desencadenó un fuego tan violento, que en poco rato cuanto había en ella quedó reducido a cenizas. A cenizas quedó reducida también la cuna en que dormía un niño de corta edad, hijo del hombre de quien estamos hablando. Pero, como este individuo era tan devoto del santo, pidióle a su santo amigo que salvara la vida del niño, y cuando pudieron llegar al sitio en que se hallaban la cuna con el niño dentro, al tomar a éste en brazos, cuna, pañales, envueltas y ropitas del pequeño se desparramaron por el suelo, convertidas en pavesas, en tanto que la criatura estaba incólume. Evidentemente san Jadoc había protegido al pequeño infante, puesto que sus tiernas carnes no sufrieron la menor chamuscadura de aquel fuego tan voraz e intenso que le quemó sus ropitas, abrasó maderas y hasta calcinó piedras. El niño creció, y años después, cuando tuvo edad adecuada para ello, ingresó como monje en el monasterio del santo que le había salvado la vida.

Imposible hacer una relación de la cantidad de sordos, cojos, paralíticos y enfermos de diversos males que recobraron la salud por mediación de san Jadoc. De sus prerrogativas regias, el santo ermitaño, después de muerto, conservó o retuvo solamente una: la de que en el lugar en que su cuerpo yace enterrado, a excepción de la cera, no se consiga hacer arder materia alguna. Tres monjes quisieron comprobar si esto era cierto, y pagaron muy cara su osadía y funesta experiencia: tomaron consigo unas candelas, no de cera, sino de sebo, las colocaron cerca del sepulcro del santo, y trataron de encender las susodichas candelas; y como no lo lograran y persistieran obstinadamente en su empeño de hacerlas arder, dos de los tres cayeron sobre el suelo repentinamente muertos, y el tercero, aunque no murió, quedó desde entonces hasta el final de su vida con la cara desfigurada y la boca torcida.

En honor de san Jadoc se celebran anualmente tres festividades: una el día de san Bernabé, o sea el 11 de junio, en recuerdo de la aparición de la mano del Señor sobre él cuando estaba celebrando misa. Este milagro lo ha realizado Dios muchas veces con otros santos para demostrar mediante ese procedimiento la verdad de su divina presencia en el augusto sacrificio del altar y fortalecer misericordiosamente la fe de las almas débiles o vacilantes; otra de esas fiestas se celebra el día del apóstol Santiago, hermano de san Juan Evangelista, para conmemorar la invención de su cuerpo; y la otra, finalmente, coincide con la de la virgen santa Lucía, y tiene lugar el 13 de diciembre, porque en un 13 de diciembre murió este glorioso santo.

Capítulo CLXXXV

SAN OTHMARO

Othmaro nació y se crió en Alemania. Siendo todavía niño, un hermano suyo lo llevó a la corte, y procuró que en ella recibiera educación literaria. Othmaro se entregó asiduamente al estudio y a la adquisición de la ciencia, pero con no menos asiduidad y empeño se consagró a la práctica de la virtud de acuerdo con esta advertencia del libro de la Sabiduría: *«¿Cómo podrás disponer en tu vejez de lo que no cosechaste durante tu juventud?»*. Al entrar en la adolescencia se colocó en calidad de paje en casa de Víctor, conde de aquella región. Este prócer supo valorar la excelente índole y buenas cualidades del mancebo, cobróle entrañable afecto, orientó sus pasos, paternalmente, hacia el estado clerical, y en cuanto el joven Othmaro fue ordenado de sacerdote, el conde su protector, invocando la ciencia, religiosidad, honestidad de vida, buena fama y notorio prestigio de su protegido, consiguió para él el nombramiento de beneficiado de san Florián.

Algún tiempo después, un caballero llamado Waltram, señor natural por derecho heredado de sus mayores del desierto en que en tiempos pasados san Galo había construido un eremitorio y una celda para su propio uso, pidió al conde Víctor, y obtuvo de él, que Othmaro se trasladase al yermo y se instalase en la celda en la que había vivido san Galo, para que desde ella, y provisto de toda la autoridad que el oficio requería, gobernase la vida de los eremitas que constituían el citado eremitorio. Más hizo Waltram: llevó consigo a Othmaro ante el rey Pipino y, tras habérselo presentado, rogó al monarca que en virtud de sus atribuciones y prerrogativas tuviese a bien nombrarle abad del susodicho yermo; y como Pipino le plugó la petición de Waltram, entonces mismo nombró a Othmaro abad, y con sus propias manos invistiólo de los atributos correspondientes a tal dignidad y oficio, le dio facultades para administrar libremente la hacienda y posesiones del eremitorio, y expresamente y de viva voz le encomendó la tarea de instaurar entre los eremitas la vida regular.

Sin pérdida de tiempo, Othmaro, nada más regresar al yermo, inició la reforma del mismo: construyó edificios nuevos y al cabo de pocos años lo que antes había sido un eremitorio, se transformó en magnífico monasterio, sumamente rico en espiritualidad y en bienes materiales. Como por la misericordia de Dios las posesiones temporales de la comunidad aumentaban de día en día y llegaran a ser verdaderamente inmensas, el santo abad Ohtmaro, temiendo que sus propias virtudes personales, en vez de medrar como medraba la hacienda del monasterio, mermaran, comenzó a mortificar su cuerpo y a entregarse a una sobriedad tan austera, que, no contentándose con los ayunos que hacía la comunidad en las vigilias de las principales fiestas, empezó por su cuenta y para su uso privado a añadir a cada uno de esos días de abstinencia otros dos más. Con auténtico fervor se entregó a la observancia de la pobreza, de la humildad y de la limosna.

De su amor a la pobreza tenemos pruebas muy abundantes: a menudo regresaba al monasterio sin túnica y sin más ropa que la capa, para imitar a Cristo, que en su nacimiento no tuvo para cubrir su desnudez más que unos simples pañales de muy baja calidad. A fin de darnos a entender que no debemos poner nuestro corazón ni nuestra confianza en el dinero, aprovechaba cualquier circunstancia para elogiar la pobreza y practicarla, y así, por ejemplo, cuando por exigencias de su cargo veíase precisado a hacer algún viaje, hacíalo no a caballo, sino en burro.

Ninguno de sus compañeros le aventajó en misericordia y en generosidad para con los necesitados. Sentía especial gusto en servir por sí mismo y directamente a los pobres y a los enfermos. No lejos del monasterio hizo construir un pabellón para alojar en él y atender a los leprosos. Con sus propias manos, frecuentemente lavaba a los mendigos desde la cabeza a los pies. Su caridad era tan grande que muchos, públicamente, proclamábanlo padre de los pobres; y con razón, pues para mejor socorrerlos, además de la leprosería construyó un hospital para recoger a todos los menesterosos y desvalidos, pero especialmente a los ciegos, visitaba con frecuencia a los hospitalizados en él, y cuando entre ellos había alguno cuyo estado, por debilidad o enfermedad, requería cuidados especiales, él mismo de noche salía del monasterio y se entregaba totalmente a atenderle y a servirle.

Por aquel tiempo ocurrió lo siguiente: Warino y Rutardo, encargados oficialmente de la administración pública del reino de Alemania, corroídos por el perniciosísimo cáncer de la avaricia, e instigados por el diablo, se dedicaron a despojar de sus

bienes a las iglesias situadas en los territorios en que ellos ejercían su oficio, empleando, si era menester, la fuerza. Como también el monasterio de san Galo fue víctima de los atropellos y rapiñas de dichos administradores, Othmaro denunció el caso ante el rey Pipino, exigiéndole que interviniera inmediatamente a fin de que le fueran devueltos los efectos que le habían arrebatado, y haciéndole saber que si no lo hacía así se convertiría en cómplice de los depredadores y sería gravísimamente castigado. Atendiendo a la demanda de Othmaro el rey ordenó a los referidos ministros que, so pena de incurrir en su regio enojo, devolvieran sin demora al monasterio de san Galo todo cuanto le hubiesen robado. Ellos, empero, vencidos por su avaricia, no sólo no hicieron caso de esta regia intimidación, sino que, cuando el abad regresaba a la abadía desde el palacio en el que acababa de tener una entrevista con el monarca, lo secuestraron por medio de unos soldados y, una vez que lo tuvieron en su poder, decidieron someterlo a un simulacro de juicio en el que había de intervenir como acusador un monje taimado e hipócrita perteneciente a la comunidad de san Galo. A este monje, que se llamaba Lamperto, habían aleccionado previamente los dos ministros y movídole a que presentara contra su abad una denuncia falsa en la que calumniosamente se le atribuyeran determinados delitos que cubrieran su nombre de infamia. El pérfido monje no tuvo inconveniente en prestarse a desempeñar el papel de traidor ni miedo a calumniar ignominiosamente a su inocente padre. Reunido el inicuo tribunal compareció Lamperto, y en presencia de numerosísimo público acusó a san Othmaro de mantener relaciones carnales con una mujer. Hecha la acusación, los jueces, sin entrar en más averiguaciones, condenaron al acusado a la pena de destierro y lo enviaron a una isla del Rin en donde lo dejaron confinado y en tan miserable situación que, poco después, un 16 de noviembre, tras haber soportado con admirable paciencia y por amor a Cristo innumerables padecimientos y tribulaciones, descansó en la paz del Señor.

No quedaron empero sin castigo las injustas y calumniosas maquinaciones de Lamperto contra su prelado. Dios, justo juez, hizo expiar su pecado al pérfido monje de esta manera: a consecuencia de unas agudísimas fiebres los miembros de su cuerpo perdieron su vigor; su cabeza y sus brazos, incapaces de mantenerse en posición normal, inclinábanse hacia adelante y hacia el suelo de tal modo, que aquel desgraciado sujeto, durante el resto de su vida, vióse obligado a caminar como los cuadrúpedos. Más todavía; urgido por la justicia divina sentía una necesidad irresistible y permanente de confesar ante todo el mundo y a voces el horrendo pecado que había cometido contra su abad, y por eso a cada instante repetía este texto del concilio de Nicea: «¡Basta! ¡Dejad de perseguir a los que sirven con fidelidad al Señor y observan con voluntad sincera los divinos mandamientos y cumplen lealmente las leyes establecidas para regular nuestra convivencia; ¡Es intolerable que las personas carnales traten de hacer imposible la vida a las personas espirituales! Con razón dijo Gregorio que todo el que levanta una calumnia a otro debe ser castigado, lo mismo si consigue que la calumnia sea creída, como si no lo consigue. La causa promovida contra mi santo abad comenzó mal y acabó peor».

En el lugar de la isla en que fue enterrado san Othmaro cuando falleció, levantóse posteriormente una capilla. Diez años permaneció su cuerpo sepultado e incorrupto en aquel primer enterramiento; pero al cabo de esos diez años, sus monjes, que venían pensando en que su santo abad debía reposar en el monasterio de san Galo, cuyos destinos espirituales y temporales había regido durante mucho tiempo, movilizaron los medios necesarios con vistas a trasladar los venerables restos del santo desde aquella sepultura de la isla hasta otra, abierta en la iglesia de la abadía. Fueron, pues, los religiosos a la isla, exhumaron el cuerpo de su prelado, lo colocaron en un navío y lo llevaron a san Galo. Durante el viaje del traslado de los santos restos, ocurrieron estos dos prodigios:

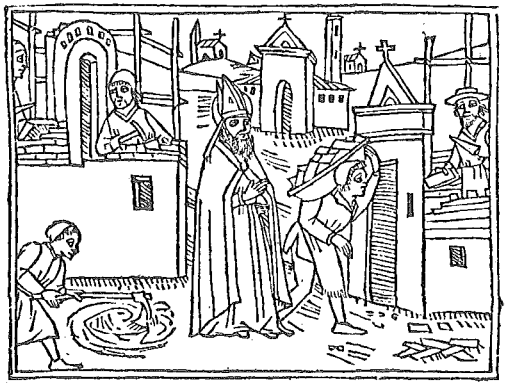
Primero. A pesar de que durante la travesía del lago de Constanza se desencadenó una terrible tempestad de vientos y de olas, la nave en que iban los venerables despojos del santo prosiguió su ruta con toda normalidad, y sin el menor contratiempo llegó a puerto felizmente.

Segundo. Al emprender su viaje llevaron los monjes consigo un pequeño recipiente lleno de vino; de él bebieron en las diferentes comidas que tuvieron que hacer durante el trayecto hacia la isla, en la isla y desde el regreso de la isla al monasterio, y no se les terminó el vino porque, cada vez que el susodicho recipiente quedaba vacío, milagrosamente volvía a quedar lleno hasta los bordes.

A más de estos dos milagros, los prodigios hechos por Dios mediante el cuerpo de san Othmaro, tanto antes como después de su traslado al monasterio de san Galo, fueron muchísimos. En san Galo yacen y descansan en paz los sagrados restos de este santo, y reciben frecuentes homenajes de sus devotos.

Capítulo CLXXXVI

SAN CONRADO



San Conrado, hijo de padres nobles, nació y se formó culturalmente en Alemania. Notingo, obispo de Constanza, que conocía su probada honradez y buenas costumbres, lo incorporó a su diócesis, lo nombró auditor general del obispado y después preboste de la catedral.

Muerto Notingo, encargóse interinamente del gobierno de la sede vacante san Udalrico, obispo de Ausburgo, quien al teminar las exequias del prelado fallecido, impuso al clero y al pueblo de Constanza un triduo de ayunos y de rogativas para que pidieran a la benignidad divina su gracia y su asistencia a fin de acertar en la elección del que hubiera de ser su nuevo pastor.

LLegó el día señalado de antemano para que la elección se celebrase. En aquel caso, más que elección hubo una proclamación unánime, producida por divina inspiración. Tomó la palabra san Udalrico y dijo:

—Os habéis reunido aquí para elegir a vuestro obispo. Todas las condiciones que, según las cartas de san Pablo a Timoteo y a Tito debe tener un obispo, se dan en Conrado, el preboste de vuestra catedral. Voy a leeros lo que esas cartas dicen en relación con esto. Escuchad: «Es preciso que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, de agradable aspecto, prudente, honesto, hospitalario, culto e instruido, no dado al vino ni pendenciero, sino apacible; no litigioso ni avaro, sino buen administrador de su propia casa y familia, respetado y obedecido por sus hijos, y hombre de castas costumbres; porque quien no sabe dirigir su hogar ¿cómo va a saber gobernar la Iglesia de Dios? Menester es también que no sea recién convertido ni soberbio, para evitar que el diablo lo maneje a su antojo. Conviene igualmente que goce de buena fama entre quienes no comparten nuestra fe, para que no tenga que avergonzarse de nada ante ellos ni ante el demonio». Esto que acabáis de oír es lo que dice san Pablo en su primera carta a Timoteo. Oíd ahora lo que el mismo Apóstol en otra carta manifestó a Tito: «Es muy conveniente que el obispo, puesto que es administrador de Dios, sea de conducta intachable, no soberbio, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de torpes ganancias, sino hospitalario, amador de los buenos, modesto, justo, santo, continente, observante de la ley del Evangelio, de tal modo que no haya contradicción entre la fe que profesa y las obras que hace, y que pueda con autoridad moral exigir a los demás fidelidad a la doctrina que les predica y corregir a los que se desmanden».

Leídos y comentados por san Udalrico los precedentes textos, como todos cuantos se hallaban allí reunidos estaban completamente de acuerdo con la proposición que les hiciera de elegir a Conrado para la sede vacante de Constanza, apoderándose de él, y haciendo caso omiso de su tenaz resistencia, lo llevaron a la catedral y allí, unánime e insistentemente, lo proclamaron obispo.

Una de las primeras preocupaciones de Conrado a raíz de su consagración episcopal, fue la de dignificar el templo principal de la diócesis, dedicado a la santa Madre de Dios, embelleciéndolo y dotándolo de preciosísimas reliquias. Otra de las cosas que en seguida hizo fue construir tres iglesias, una de ellas intramuros de la ciudad de Constanza, y las otras dos extramuros y en sus aledaños. El primero de estos tres templos lo dedicó a san Mauricio; en él hizo labrar un mausoleo lo más parecido posible al sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo existente en Jerusalén, e instituyó un

cabildo formado por doce clérigos prebendados, con la misión de atender de forma permanente en el referido templo el culto divino. A expensas de su propio patrimonio aumentó el número de canónigos en la catedral.

Deseando el santo varón de Dios, a imitación del Apóstol, castigar su cuerpo eficazmente, hasta tres veces cruzó el mar en otros tantos viajes en peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén para visitar con fervorosa devoción los lugares de la pasión, sepultura, resurrección y ascensión de Cristo.

Después de cuanto hemos dicho, un día, estando en el castillo de Laufen con san Udalrico, vio algo muy extraño: dos pájaros se sumergían en las aguas espumosas y agitadas de un remolino, salían, revoloteaban, sumergíanse de nuevo, tornaban a emerger, y así sucesivamente una y otra y otra e infinidad de veces. Mientras el siervo de Dios, sorprendido y admirado, contemplaba tan singular espectáculo, el Señor, mediante una inspiración interna, hízole saber que quienes se sumergían en las aguas del remolino y emergían para tornar a sumergirse, no eran realmente dos pájaros, sino dos almas con apariencia de pájaros que en aquel lugar y de tan original manera estaban pasando su purgatorio, y expiando algunos pecados cometidos durante su vida terrena. Ambos santos, profundamente impresionados y movidos a piedad y misericordia, decidieron ofrecer inmediatamente una misa cada uno en sufragio de aquellas dos almas. Primeramente celebró la suya san Uldalrico y a continuación hízolo san Conrado; y, en cuanto teminó la caritativa celebración de las dos misas, ambas aves desaparecieron y nunca más fueron vistas.

Un joven muy vituoso llamado Gebardo sentóse en cierta ocasión, casualmente, en la cátedra episcopal, y como san Conrado lo viera, díjole con espíritu profético:

—Un poco prematuramente te has sentado en mi trono, que algún día será tuyo, pero antes lo ocupará Gamelón. Este Gamelón, ha de ser mi sucesor inmediato.

Un año, el día de la Pascua de Resurrección, estaba oficiando solemnemente la santa misa en la catedral, y después de la consagración cayó una araña en el cáliz. Al tiempo de comulgar, san Conrado sumió reverentemente la sangre de Cristo y, con ella, la araña. Terminada la misa, el santo obispo y sus clérigos pasaron al comedor, sentáronse a la mesa y, de acuerdo con una antigua y dignísima costumbre, fueles servida una comida extraordinaria. Como san Conrado, en vez de comenzar a comer como los demás, permaneciera sin probar bocado a pesar de encontrarse hambriento y extenuado por el riguroso y largo ayuno de la santa cuaresma, los comensales le preguntaron:

—Padre, ¿por qué no comes?

El santo prelado les contestó:

—Porque estoy aguardando a un huésped que va a llegar de un momento a otro.

Dicho esto, inclinó la cabeza sobre la mesa, abrió la boca y, por ella, a la vista de todos, salió la araña. Cualquiera puede comprender si es persona razonable, la alegría con que todos los comensales celebraron la llegada de tan extraño forastero, y la admiración que les produjo la milagrosa expulsión de la araña.

El obispo san Conrado, tras una vida larga, rica en virtudes, y después de cuarenta y dos años de episcopado, murió a una edad muy avanzada, el 26 de noviembre del 966 de nuestra era cristiana.

Capítulo CLXXXVII

SAN HILARIÓN

La vida de este santo monje, muy llena por cierto de virtudes, fue escrita por san Jerónimo.

De san Hilarión, hijo de padres idólatras, puede decirse que floreció entre espinas, como las rosas. En Alejandría adonde fue enviado para que estudiara gramática, recibió el bautismo, y desde el mismo día en que se bautizó puso gran empeño en asistir a todos los actos de culto que los fieles de la Iglesia alejandrina celebraban.

Movido por su deseo de conocer a Antonio, de quien había oído hablar elogiosamente, marchóse a Egipto, y tan pronto como vio al venerable abad, se despojó de sus ropas seglares y adoptó el hábito de los ermitaños. Casi dos meses permaneció al lado de Antonio contemplando con admiración el género de vida que éste llevaba, la gravedad de sus costumbres, la asiduidad con que se entregaba a la oración, la humildad de su comportamiento en el trato con los demás monjes, la severidad con que los corregía, el entusiasmo con que los exhortaba a la práctica de la virtud y la

austeridad con que se alimentaba, que era tanta que ni siguiera estando enfermo modificaba el plan de sus comidas, parcas en grado sumo en cuanto a la cantidad, y pobres y viles en cuanto a la calidad.

Edificado por el espectáculo de una vida tan santa, el joven Hilarión, que contaba solamente quince años de edad, regresó a su patria, acompañado de algunos monjes, y al llegar a ella y enterarse de que sus padres ya habían fallecido, dividió en dos partes la herencia que le correspondía: una la donó a sus hermanos y la otra la repartió entre los pobres, y sin reservar nada para sí y sin otra ropa que un saco que le servía de túnica y una especie de capote burdo que Antonio le regaló cuando se despidieron, se encaminó al desierto.

Durante cinco años, es decir, desde los quince a los veinte de edad, no tuvo más albergue ni refugio contra el calor y contra las lluvias que una pequeña choza construida por él mismo a base de juncos y ramas de higuera. A lo largo de ese tiempo limitó su alimentación a una sola comida al día, consistente en quince higos silvestres que solía tomar cada tarde, una vez que se había puesto el sol. Posteriormente edificó una celda de tan exiguas dimensiones —cuatro pies de anchura por cinco de longitud—, que más que celda parecía un sepulcro. Cortábase el pelo sólo una vez al año, concretamente, el día de Pascua. Desde que se instaló en el desierto hasta que murió no usó otra cama que el duro suelo, ni más ropa que el saco que le servía de hábito, del que nunca se despojaba, ni de día ni de noche, ni siquiera para lavarlo, pues no lo lavaba; cuando a fuerza de usarlo resultaba inservible de tan deshilachado y roto, sustituíalo por otro.

A fuerza de leer las sagradas Escrituras llegó a sabérselas casi enteramente de memoria. Todos los días, después de la oración, cantaba varios salmos imaginándose que Dios estaba allí, visiblemente, a su lado.

A los veintiún años modificó su régimen alimenticio, de esta manera: de los veintiuno a los veintitrés años su única comida diaria consistió en medio sextario (unas diez onzas) de lentejas crudas previamente ablandadas en agua fría; de los veintitrés a los veintiséis, sustituyó las lentejas por una ración de pan duro remojado en agua salada; de los veintisiete a los treinta no comió más que raíces crudas de ciertas plantas bravías y hierbas silvestres; de los treinta a los sesenta y cuatro tomó cada día una onza de pan y algunas verduras cocidas sin condimentos ni grasas de ninguna clase, si bien más adelante, al advertir que sus ojos se le nublaban y que todo su cuerpo se le llenaba de granos y de manchas rojizas que le producían constantes picores, comenzó a aliñar la verduda con un poquito de aceite. De este modo llegó a los sesenta y cuatro años sin haber vuelto a probar desde que se retirara al desierto ni frutas ni legumbres ni cosa alguna grata al paladar; mas, al cumplir los sesenta y cuatro años, viéndose tan extenuado, y sospechando que su muerte no podía tardar en llegar, en vez de cuidarse más y mejor como suelen hacer la mayor parte de los ancianos, sobre todo si están enfermos, hizo lo contrario: sintió un renovado fervor, y, cual si entonces comenzase su vida de servicio a Dios, prescindió del pan y, hasta que cumplió los setenta, se alimentó exclusivamente de gachas hechas con harina y un poquito de aceite, todo en tan escasa cantidad que el peso total del mencionado brebaje no llegaba a cinco onzas. Tomaba tan leve pitanza a sorbos, lentamente y siempre después de la puesta del sol, pues durante las horas del día, desde que se retiró al desierto, ni que fuese fiesta ni que se encontrase enfermo, jamás quebrantó el rigurosísimo ayuno que a sí mismo se había impuesto.

Teniendo ya ochenta años, un día, este hombre de santidad incomparable y poderosísimo en milagros, escribió de su puño y letra una carta a su gran amigo y perpetuo compañero de eremitorio Elicio, que a la sazón hallábase ausente; y en ella, a modo de testamento, nombrábale heredero universal de sus riquezas que consistían en el saco que le servía de túnica, una cogulla y una esclavina. Poco después, el calor de su cuerpo era tan tenue que apenas si conservaba en el pecho un hálito de vida; y, sin embargo, aún tuvo fuerzas para abrir los ojos y decir en voz alta: «¡Sal, alma mía! ¡Sal! ¿Por qué te detienes? ¿Ochenta años hace que sirves a Cristo y así y todo tienes miedo a la muerte?». En cuanto dijo esto, expiró.

Había rogado él a los monjes que acudieran a visitarle en su última enfermedad que, tan pronto como falleciera, inmediatamente lo sepultaran; por tanto, en cuanto exhaló el último suspiro, quienes le asistían, fieles al encargo recibido, lo enterraron.

Casi diez meses después, el venerable varón Elicio, con riesgo de perder su propia vida, hurtó el cadáver del santo, y escoltado por una apretada

multitud de monjes que durante todo el trayecto no dejaron de cantar himnos laudatorios, trasladólo a un monasterio de Palestina, en donde tras vestirlo con la túnica, cogulla y esclavina que de él había heredado, lo sepultó de nuevo. Conviene advertir que, cuando san Elicio exhumó el cadáver de su amigo para robarlo y llevárselo a Palestina, hallólo, tan entero y fresco como si todavía estuviese vivo, y notó que sus miembros exhalaban un aroma tan exquisito como si acabasen de ser ungidos con delicados ungüentos. Todo esto constituía un claro testimonio de la santidad con que aquel piadosísimo eremita había vivido, y del honor y gloria que durante su vida había tributado a Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos.

La fiesta de san Hilarión se celebra el 22 de octubre, en coincidencia con la de santa Úrsula y la de las Once Mil Vírgenes.

Capítulo CLXXXVIII

HISTORIA DE CARLOMAGNO

El obispo de Turín, arzobispo de Reims, compañero de Carlos durante catorce años, a su regreso de la campaña emprendida por este emperador para librar a Galicia y a España del dominio de los infieles, comunicó por escrito a Leoprando, deán de Aquisgrán, una serie de cosas y de hechos que él personalmente había presenciado.

Turpín comienza su relato diciendo que el apóstol Santiago se apareció a Carlos, le rogó que purificase el lugar en que se hallaba sepultado, y que construyese un camino para que a través de él multitudes de peregrinos pudiesen llegar hasta su sepultura y obtener el perdón de sus pecados; seguidamente le aseguró que él estaría permanentemente a su lado ayudándole a salir victorioso en todas sus empresas y a conseguir la vida eterna. Dicho esto a modo de exordio, el escrito de Turpín prosigue de la siguiente manera:

Aunque en un principio fueron muchos quienes en Galicia y España abrazaron la fe cristiana mediante la predicación de los discípulos de Santiago, luego por diferentes motivos y vicisitudes, el cristianismo desapareció de dichas tierras, y no resurgió hasta que Carlos las conquistó y sembró nuevamente en ellas la doctrina de Cristo.

La primera ciudad española tomada por Carlomagno fue Pamplona. Hallábase a la sazón esta plaza protegida por murallas tan inexpugnables que los ejércitos del emperador, después de tres meses de asedio, aún no habían podido penetrar en ella. Ante tan tenaz resistencia oró Carlos y dijo: «¡Señor Jesucristo! Tú sabes que si pretendo conquistar esta ciudad es por amor hacia Ti. Concédeme, pues, la gracia de que pueda tomarla. ¡Santiago! Si tu aparición a mí fue real y no meramente una figuración mía, ayúdame a entrar victorioso en esta plaza». No bien Carlomagno acabó de hacer esta plegaria, las murallas que tenía ante sus ojos se desmoronaron y Pamplona cayó en poder del emperador, que perdonó la vida a los sarracenos que aceptaron el bautismo, pero mandó matar a cuantos se negaron a hacerse cristianos.

Al saberse en otras ciudades lo ocurrido en Pamplona, algunas de ellas enviaron legados a Carlomagno comunicándole que se sometían a su autoridad y que pagarían los tributos que les señalara. Así fue como toda aquella región se entregó sumisamente al emperador y como todos sus habitantes quedaron convertidos en vasallos suyos.

Carlos, tras visitar el sepulcro de Santiago, se trasladó a Padrón, hincó su lanza a la orilla del mar, dio gracias a Dios y dijo: «Por fin he llegado a donde hasta ahora no había podido llegar». Desde aquel día Galicia y España entera, de un mar a otro mar, quedaron bajo el dominio del emperador.

Una de las plazas conquistadas por él hallábase rodeada de un muro que tenía noventa torres. Otra, llamada Lucerna, se resistió tenazmente, y como no consiguiera reducirla pese a que llevaba cercándola ya cuatro meses, recurrió a Dios y a Santiago y en seguida se derrumbaron sus murallas y la ciudad quedó arrasada y desierta, y arrasada y desierta sigue todavía actualmente, lo mismo que otras tres sobre las cuales el Señor, como antiguamente hiciera con Jericó, pronunció su anatema.

Carlomagno destruyó todas las imágenes de los ídolos a excepción de una que representaba a Mahoma y que, según sus adoradores, los sarracenos, había sido construida personalmente por el propio profeta y en su propio honor durante su vida. Decíase de esta estatua que, cuando Mahoma terminó de fabricarla, recurrió a determinadas artes mágicas y mediante ellas encerró en la efigie a toda una

legión de demonios para que la protegieran. Estos diablos cumplieron su oficio tan diligentemente y con tanto poder, que ninguno de cuantos intentaron derribarla o destruirla lo consiguieron. Más aún; cuando algún cristiano trataba de aproximarse a ella, inmediatamente veíase envuelto en gravísimos peligros; en cambio, si quienes se acercaban eran paganos que iban con intención de adorarla, no les pasaba absolutamente nada. Todo pájaro que se posaba sobre la estatua quedaba repentinamente muerto. Estaba situada esta imagen a la orilla del mar; servíale de peana una inmensa roca, ancha y cuadrada en su base, estrecha en la cima, y tan alta que los cuervos carecían de fuerza para volar por encima de ella. Las estatua, que, como acabamos de decir, estaba situada sobre un elevadísimo peñasco, había sido construida totalmente con el mejor y más fino oro y ofrecía el aspecto de un hombre en pie, mirando hacia el mediodía, con una llave de enormes proporciones en su mano derecha. El año en que naciera en las Galias un rey que andando el tiempo convertiría a toda España al cristianismo, la llave que la estatua tenía en su mano se le caería por sí sola de entre los dedos. Cuantos musulmanes vieran la llave caída, deberían darse prisa a enterrar sus tesoros y huir inmediatamente hacia su tierra.

Carlomagno con el oro que le dieron los reyes, los príncipes y los paganos que sometió a su dominio, construyó un templo dedicado a Santiago, lo ornamentó suntuosamente e instituyó en él un cabildo de canónigos. Posteriormente levantó otro en Aquisgrán, y varios más en diferentes ciudades, todos ellos dedicados al mismo santo.

Algún tiempo después, estando ya el emperador de vuelta en su patria, un rey pagano y africano se apoderó de España y asesinó a muchos de los cristianos que Carlomagno había dejado en dicho país para que lo custodiaran; mas, tan pronto como Carlos tuvo noticia de lo ocurrido, salió rápidamente para España con poderosos ejércitos. Al llegar a Bayona, ciudad de los vascos, los soldados de uno de los regimientos del emperador encontraron en ella a Romarico, a quien los demonios habían secuestrado y conducido hasta allí desde un lugar que quedaba a cuatro días de camino, y al que le había sucedido lo siguiente: estando a punto de morir, donó su caballo a un pariente suyo y mandó distribuir todos sus bienes entre los sacerdotes y los pobres; mas apenas hubo dictado estas disposiciones, comenzó a oír a su alrededor, hacia los lados y sobre su cabeza, un ruido espantoso semejante a una mezcla de rugidos de leones, de aullidos de lobos y de bramidos de vacas. Todo aquel tumulto y alboroto procedía de los diablos, que estaban rabiosos por lo que Romarico acababa de hacer, y llevado de su rabia se apoderaron de él y lo condujeron secuestrado hasta Bayona, en donde lo encontraron las tropas de Carlomagno. Como al día siguiente los ejércitos del emperador tenían que pelear contra los de Argolando, que así se llamaba el rey moro que se había apoderado de España, a eso del atardecer ordenó Carlos a sus soldados que hincaran sus lanzas en el suelo fuera de las tiendas de campaña, que entraran en éstas y que se echaran a dormir, a fin de que estuvieran en buenas condiciones para comenzar la batalla tan pronto como amaneciera. Así lo hicieron. A la mañana siguiente, cuando se levantaron y salieron de sus tiendas para recoger sus lanzas, quedáronse estupefactos al ver lo que vieron: las lanzas habían echado raíces bajo tierra, sus astiles estaban verdes, tenían hojas, y algunos de ellos hasta flores. Como el tiempo apremiaba, pues la batalla iba a comenzar, tuvieron que cortar sus lanzas a ras del suelo dejando enterradas las raíces que habían echado debajo de él. Posteriormente, de aquellas raíces nacieron árboles, y el lugar aquel se convirtió en espesa selva. Las lanzas que aquella mañana aparecieron cubiertas de flores pertenecían a los soldados que durante la jornada morirían en la pelea y pasarían a engrosar el catálogo de los santos. La batalla que aquel día se libró fue tan encarnizada, que del ejército de Carlos murieron su propio caballo, el general Milo, padre de Rolando, y cuarenta mil combatientes. Carlomagno, empero, a pesar de que había perdido su cabalgadura, de que no disponía de más armas que de su célebre espada, llamada *Gozosa,* y de que el ejército que mandaba había quedado reducido a dos mil soldados, continuó combatiendo el resto de la jornada, y durante ella consiguió dar muerte a numerosísimos paganos. Cuando la tarde se echó encima, los dos ejércitos rivales regresaron a sus respectivos campamentos. A la mañana siguiente salió nuevamente Carlos a pelear, sacando al campo de batalla una fuerza de cuatro mil combatientes mandados por cuatro jefes; y como los paganos, al verlos, huyeran, de momento se dio por liquidada la contienda, y Carlos regresó a las Galias; pero al cabo de cierto tiempo volvió a España con cuatro mil guerreros, y como también en esta ocasión flore-

cieran las lanzas, los soldados, animados por este suceso y rebosantes de gozo y de entusiasmo, se arrojaron al ataque y causaron infinidad de bajas en las filas paganas, aunque también esta vez perecieron el caballo de Carlos y casi todos sus soldados. No obstante, Carlomagno no se arredró; a pie, y blandiendo su espada, continuó peleando, mató a muchísimos de sus enemigos y obligó a huir a los pocos que sobrevivieron. Pasado cierto tiempo Argolando provocó nuevamente a Carlomagno. Este aceptó el reto y acudió al encuentro de su provocador y de sus ejércitos con otro ejército formado por 133.000 combatientes. Antes de reanudarse las operaciones Carlos y Argolando celebraron varias entrevistas durante las cuales hablaron extensamente de temas relacionados con la guerra y con la fe cristiana.

En una de esas reuniones propuso Argolando a Carlos:

—Luchemos cada uno en defensa de nuestra respectiva religión. Por mi parte empeño mi palabra y prometo solemnemente que si soy vencido por ti, me haré bautizar.

En aquella misma ocasión uno y otro decidieron de común acuerdo que, en vez de luchar ejército contra ejército pelearían únicamente un número reducido, determinado e igual de individuos por cada bando, y que esta experiencia se haría cuatro veces.

Conforme a lo convenido, combatieron primeramente veinte cristianos contra veinte paganos, y murieron los veinte paganos. Hízose una segunda prueba luchando cuarenta cristianos contra cuarenta moros y murieron los cuarenta moros. Procedióse a combatir por tercera vez, y en esta tercera contienda pelearon cien cristianos con otros tantos sarracenos y murieron los cien sarracenos. En la cuarta y última prueba, lucharon mil soldados de Carlos contra mil de Argolando y durante la batalla perecieron los mil soldados de Argolando, por lo cual, éste, así que pasaron algunos días, decidido a cumplir su promesa de hacerse bautizar, presentóse ante Carlos y le dijo:

—Reconozco que tu religión es más santa que la mía, y en vista de ello no seré yo solo quien reciba el bautismo, sino que lo recibirán también todos mis súbditos.

Seguidamente, Argolando, por medio de un edicto convenientemente promulgado entre las gentes de su pueblo, ordenó a todos sus vasallos que se convirtieran al cristianismo. Los sarracenos acogieron de muy buen grado la orden dada por su rey.

El día en que iban a efectuarse la conversión en masa y el bautismo de los vencidos, iba también a celebrarse un gran banquete que Carlomagno había organizado para festejar tan importante acontecimiento. Argolando, que, naturalmente, había sido invitado a él, cuando ya se disponía a sentarse a la mesa, al observar que los comensales estaban dispuestos con arreglo a un cierto protocolo, cual si entre ellos hubiera diferentes categorías, preguntó a Carlomagno:

—¿Quiénes son los integrantes de cada uno de esos diversos rangos que me parece ver entre los asistentes a esta comida?

Carlos le aclaró:

—Los que están en las mesas de la primera fila son los obispos; los que ocupan las mesas de la segunda fila son los monjes; los de la fila tercera son los canónigos... y los que ves en la última fila, son los representantes de Dios, es decir, los pobres.

—Paréceme —comentó Argolando— que no tratas con mucha consideración a los representantes de Dios, y en vista de ello, escucha lo que te digo: no quiero ser bautizado.

Insertemos aquí a modo de comentario estas dos advertencias: primera, tratar mal a los pobres constituye un pecado muy grave; segunda, por la poca consideración que con ellos tuvo Carlomagno en la ocasión a que nos estamos refiriendo, se vio privado de la extraordinaria alegría que le hubiese producido el bautismo general que para aquel día estaba proyectado.

Como lo convenido no se realizó, a la mañana siguiente Carlomagno, al frente de un ejército de 134.000 soldados, atacó a Argolando, que no disponía más que de 100.000 combatientes a su favor, y en la dura batalla que aquel día tuvo lugar murieron el propio Argolando y sus 100.000 partidarios. Nadando en sangre avanzaron los vencedores hasta las murallas de la ciudad, la tomaron, entraron en ella, pasaron a cuchillo a todos sus habitantes, y, sin permiso de Carlos y sin que éste supiera absolutamente nada, aquella misma noche unos mil cristianos registraron a los muertos, entraron en sus antiguos hogares, los saquearon y, cuando cargados de oro y de plata trataban de llevar aquel inmenso botín de que se habían apoderado para ofrecérselo al emperador, fueron asesinados por unos cuantos paganos que habían logra-

do salvar su vida huyendo a tiempo y escondiéndose donde no pudieron ser hallados. He ahí lo que aquellos mil cristianos consiguieron por dejarse llevar de la codicia.

Poco después de esto un general que acaudillaba a los habitantes de Navarra salió al encuentro de Carlomagno y le presentó batalla. Antes de entrar en ella Carlos oró al Señor y le pidió que le diera a conocer quiénes de sus propios soldados iban a morir durante la pelea. A la mañana siguiente, cuando sus tropas estaban formadas para iniciar la marcha hacia el sitio en que había de tener lugar el combate, Carlos vio cómo en la parte superior y posterior de las lanzas, hacia la altura de los hombros de cuantos aquel día perecerían había unas cruces rojas, y para evitar que muriesen mandó a todos aquellos cuyas armas aparecían marcadas con tal señal, que salieran de la formación y permanecieran encerrados en el interior de su propio oratorio; seguidamente dio a los demás la orden de marcha. Llegado su ejército al campo de batalla, inicióse el combate con el ejército enemigo. Terminada la contienda, en la que perecieron cien mil paganos, Carlos regresó a su campamento y, al entrar en el oratorio, se encontró con que los 150 soldados suyos que había dejado encerrados en él yacían muertos sobre el suelo. A raíz de este suceso Carlomagno se apoderó por la fuerza de toda la tierra navarra. Poco después comunicáronle al emperador que el rey de Babilonia, desde Siria había enviado contra él veinte mil carros de combate. Este rey descendía de Goliath; su estatura medía doce codos, su cara uno, y sus dedos hasta tres palmos. Era tan vigoroso que reunía en sus músculos la fuerza de cuarenta titanes. En cierta ocasión él solo capturó a unos cuantos enemigos que pretendían atacarle, los cargó a su espalda y de ese modo los llevó prisioneros hasta la ciudad de los otogoros; en otra, se apoderó de Reinaldo, de Constantino, emperador de los romanos y de un conde, los tomó a los tres en sus brazos, y luego, colocándolos a los tres juntos sobre las palmas de sus manos, los transportó hasta la cárcel con la misma facilidad con que hubiera transportado a un niño de teta; otra vez condujo hasta una prisión simultáneamente y cargados sobre sus hombros, no a tres sujetos, sino a veinte guerreros. Este hombre de tan descomunal fortaleza no tenía en todo su cuerpo más que una parte vulnerable, el ombligo, y en el ombligo precisamente consiguió herirle Rolando; y cuando el rey advirtió que en tal sitio había sido herido, exclamó: «¡Mahoma! ¡Me muero! ¡Ven en mi ayuda!» Los paganos, al oírle, inmediatamente acudieron en su socorrro y a toda prisa lo llevaron a la ciudad; pero los cristianos corrieron tras ellos, diéronles alcance, mataron al gigante y tomaron la plaza en la que trataban de refugiarse.

Rolando, antes de matar al mencionado rey moro, intentó convertirlo a la fe cristiana. Con este motivo entre el rey y Rolando hubo algunos diálogos. En uno de ellos dijo Rolando al gigantesco rey, trantando de exponerle el misterio de la santísima Trinidad:

—Abraham vio a tres hombres, se postró ante ellos y los adoró. Tres factores intervienen en el sonido de la cítara: el arte, la mano y la cuerda. Tres cosas hay en la almendra: la cáscara exterior, que es blanda; la cobertura interior que es dura y leñosa, y el fruto encerrado en su entraña. Tres cosas hay también en el sol: la luz, el calor y el movimiento; y otras tres en la rueda de un carro: el cubo, los radios y la llanta; y otras tres en el hombre: su alma, su cuerpo y su sombra. Todos estos ejemplos ponen de manifiesto que no es imposible que en un mismo sujeto coexistan simultáneamente *unidad* y *trinidad*. Eso es cabalmente lo que ocurre en Dios: en El se dan tres personas y sin embargo una sola divinidad.

A las preguntas que el gigante le formuló en relación con la concepción de Cristo y el parto de la Virgen, Rolando le contestó de este modo:

—De la misma manera que Dios tiene poder suficiente para conseguir que sin inseminación masculina nazcan gusanos en el interior de las cañas, de las legumbres y de los árboles, e infinidad de peces en el seno de las aguas, y que las aves y las abejas y las serpientes tengan descendencia, tiénelo para hacer que una virgen sin concurso de varón conciba y para.

A las objecciones que el rey de Babilonia hizo a la Ascensión de Cristo, replicó Rolando de esta manera:

—La rueda de un molino, al girar, desciende, pero luego sube y recupera la altura que al descender perdió, y baja de nuevo y torna a subir. Las aves al volar surcan el espacio y, lo mismo que desde las cimas de las montañas bajan a las llanuras, desde las llanuras se remontan hasta los picachos más altos de los montes. El sol nace a ras de tierra en oriente y vase elevando y llega hasta el cénit, y desde allí desciende y se oculta en occidente, y a la siguiente mañana vuelve a surgir por el mismo si-

tio que el día anterior. Bien; pues eso precisamente fue lo que hizo Cristo en su Ascensión; regresar al cielo, de donde había venido.

El gigante, después de haber escuchado a Rolando, le propuso:

—¿Por qué no ventilamos todos estos asuntos luchando, en defensa cada uno de nuestra respectiva religión?

Entonces fue cuando ocurrió lo que antes hemos dicho; y ocurrió de esta manera: los combatientes del ejército de Carlos, con tiras de lienzo vendaron los ojos de sus caballos para que no vieran las máscaras que exhibirían los enemigos, y les taparon las orejas a fin de que no oyeran el retumbar de los tambores. Con estas precauciones trataron de impedir que se reprodujera el descalabro que en otra ocasión habían sufrido los ejércitos cristianos a causa de que los sarracenos acudieron al campo de batalla precedidos de una enorme cantidad de atabaleros disfrazados con caretas horrendas, tan espantosas, que los caballos de los soldados de Carlos, al ver tantas y tan deformes máscaras y al oír el estrépito infernal resultante del batir de los tambores, se espantaron, salieron huyendo y contribuyeron a la victoria del enemigo. Tomadas, pues, estas cautelas, Carlomagno, conduciendo hábilmente su carro, cuyos caballos ni veían ni oían, irrumpió entre las tropas morunas, rompió las formaciones de los soldados sarracenos tan rápida y sorpresivamente, que éstos, que no esperaban ser atacados de aquel modo, emprendieron la huida, cosa que no hubiesen hecho de no haber adoptado el rey Carlos la referida estrategia. En esta batalla los cristianos dieron muerte a ocho mil paganos y se apoderaron de la ciudad en que éstos tenían sus mandos.

Nadie en adelante se atrevió en España a combatir contra Carlomagno, quien a raíz de la batalla aludida se trasladó a Santiago, reedificó cuanto en Santiago halló destruido, y promulgó un decreto ordenando que a partir de entonces todos los reyes y príncipes de España presentes y futuros habrían de considerarse vasallos del obispo de Compostela y tendrían el deber de obedecerle.

Aquel mismo año, el primero de junio, yo, Turpín, arzobispo de Reims, juntamente con otros sesenta obispos, consagré solemnemente, por encargo de Carlomagno, el altar y la catedral de Santiago, y seguidamente el emperador donó como dote a la referida catedral todas las tierras de Galicia y de España, y determinó las siguientes cosas que habían de regir perpetuamente: que cada español cabeza de familia abonase anualmente cuatro denarios a la iglesia compostelana en calidad de tributo; que los prelados de esta diócesis gozasen de plena libertad e independencia frente al rey y a los príncipes, y que éstos supiesen que no tenían autoridad alguna de ningún género sobre los susodichos prelados de la susodicha diócesis; que los concilios de la iglesia española en adelante se celebrasen en Compostela; finalmente, que fuese el obispo de esta iglesia quien personalmente y con sus propias manos entregase a los demás prelados los báculos, signo exterior de su autoridad, y quien coronase a los reyes de España.

Santiago y Juan, en cierta ocasión, a una con su madre, pidieron a Cristo que los sentara a la vera de su trono en el cielo, a uno a su mano derecha y al otro a su mano izquierda. Pues bien; Juan, desde Efeso, funge como patrono de Oriente, y Santiago, desde Compostela, funge como patrono de Occidente. Estos dos apóstoles, conjuntamente con san Pedro a quien merecidamente le fue asignada la sede apostólica de Roma, gozaron de las preferencias del Señor. De los tres, el más favorecido fue Pedro, honrado por Cristo con el título y oficio de príncipe del colegio apostólico.

Carlomagno fue un hombre tan vigoroso, que tuvo fuerza suficiente para sostener con sus brazos en vilo y con suma facilidad hasta cuatro pesadísimas armaduras de caballo a la vez, y para levantar desde el suelo hasta por encima de su propia cabeza y de un solo impulso a un soldado puesto de pie sobre la palma de cualquiera de sus manos.

De la gran liberalidad de este emperador nos da idea el hecho de que en España se reunía a menudo con todos los miembros de su corte, y jamás dejaba de hacerlo en estas cuatro grandes fiestas: Navidad, Pascua de Resurrección, Pentecostés y Santiago.

Todas las noches, mientras dormía, hacían guardia junto a su lecho ciento veinte guardaespaldas muy fuertes, divididos en tres grupos de cuarenta cada uno, y en tres turnos, de este modo: los cuarenta del turno primero velaban el sueño del emperador durante las primeras horas, colocándose diez de ellos detrás de la cabecera, otros diez a los pies de la cama, otros diez a lo largo del lado derecho y los diez restantes a lo largo del lado izquierdo; y mientras ejercían este oficio tenían cada uno de ellos en su mano derecha su espada desenvaina-

da, y en su mano izquierda una candela encendida. A media noche efectuábase el primer relevo: los cuarenta del grupo primero eran sustituidos por otros cuarenta que se colocaban en el mismo sitio que los relevados y adoptaban la misma actitud que ellos. A su debido tiempo, los del turno segundo eran relevados por los del turno tercero, quienes desempeñaban su oficio exactamente igual que los de los grupos anteriores.

Quien desee saber más cosas acerca de las muchas virtudes que adornaron a este insigne varón, lea las historias en las que se refieren sus gestas como emperador de Roma. Durante su reinado construyó innumerables iglesias y abadías, visitó el sepulcro del Señor, y cubrió de oro y de plata los cuerpos y reliquias de muchos santos.

Cuando Carlomagno salió de España aún quedaban en Zaragoza dos de aquellos reyes paganos que el de Babilonia enviara desde Persia; llamábanse el uno Marsiro y el otro Heligando; ambos eran hermanos entre sí y ambos también taimadamente fingían acatar la autoridad de Carlos. Habíales éste hecho saber por medio de un embajador que, si no se bautizaban, tendrían que ponerse al corriente en el pago de sus tributos. Entonces, los dos astutos reyes, sin dilación, enviáronle para él treinta acémilas cargadas de oro, plata y muy valiosos objetos de los que tenían en España, y para los soldados del ejército cristiano entregaron a Gamaleón, embajador de Carlos, gran cantidad de mantas y todo el oro y plata que pudieron cargar sobre treinta caballerías, rogándole que él mismo se encargara de distribuir estas cosas entre la tropa, para la cual enviaron además, también por medio de Gamaleón, cuatrocientas cargas de vino dulcísimo a lomos de otros tantos caballos y mil mujeres sarracenas extraordinariamente bellas. El embajador Gamaleón hízose cargo de todo aquello, y en cuanto llegó con el convoy a su destino, distribuyó entre los soldados el vino y las mujeres; luego se fue a ver al emperador, le entregó los valiosos tesoros que para él le habían dado y le comunicó que el rey Marsiro venía ya de camino con todo su ejército, porque todos ellos, rey y soldados, querían bautizarse en su presencia. Al recibir tan agradable noticia, Carlos decidió salir al encuentro de Marsiro al frente de otro ejército de 55.000 hombres, de los cuales envió por delante a 35.000 mandados por Rolando, para que diesen la bienvenida a Marsiro y le comunicasen que él le esperaba acampado, con otros 20.000, en un lugar determinado. Marsiro atacó a los expedicionarios cristianos, Rolando respondió a la provocación, y en la batalla que se entabló entre unos y otros murieron veinte mil soldados del ejército de Marsiro, pero murieron también más de treinta mil de los que formaban la expedición cristiana, pues, de tanto fornicar con las sarracenas, y de tanto beber vino, estaban en muy malas condiciones para combatir. El estrago que los moros hicieron en las filas de los cristianos fue tal, que de él salieron con vida únicamente Rolando y cinco de sus soldados. No obstante, Rolando tomó consigo a los cinco supervivientes y continuó peleando contra sus enemigos, pero con escasa fortuna, porque los cinco supervivientes murieron en aquel desigual combate, y el propio Rolando, aunque logró matar a Marsiro, quedó gravísimamente herido de cuatro lanzadas que recibió en su cuerpo. Dándose Rolando suficiente cuenta de que iba a morir de un momento a otro, para que los sarracenos no se apoderaran de su espada intentó quebrarla, descargando con ella tres golpes tan recios sobre un bloque de mármol que la dura piedra se hendió y rajó por la mitad desde arriba hasta abajo. Seguidamente, Rolando, reuniendo todo su aliento, hizo sonar reiteradamente el cuerno de señales con la esperanza de que oyeran su llamada desde el campamento y de que Carlomagno pudiera llegar a tiempo en su auxilio. De tanto soplar quebró el cuerno y destrozó su propia garganta. Carlos oyó las llamadas y quiso acudir a ellas, pero Gamaleón, que le había traicionado anteriormete y montado la referida estratagema de acuerdo con Marsiro, traicionóle una vez más, haciéndole creer que si Rolando tocaba el cuerno, no era para pedir que acudiera en su ayuda, sino porque estaba de caza. Carlos ignoraba todavía que había sido víctima de una traición y que la expedición enviada por él a dar la bienvenida a Marsiro había perecido totalmente.

Teodorico, testigo de la muerte de Rolando y de sus oraciones y compunción en el momento de morir, asegura lo siguiente: «Poco antes de expirar dijo por tres veces mientras recorría con sus manos su cuerpo herido: *¡Resucitaré y veré a Dios mi Salvador!* Luego, restregándose los ojos añadió: *Sí; lo veré; estoy hablando de mí, y no de otro; helo de ver con estos mismos ojos míos.* Después oró de esta manera: *¡Señor, acuérdate de mí! ¡Heme aquí a punto de salir de este destierro! ¡Por tu honor he sacrificado mi vida; ¡Acuérdate también de mis compañeros, porque*

ellos, al igual que yo, han muerto en defensa de tu santo nombre! Una vez que dijo esto se persignó y, mientras trazaba la señal de la cruz sobre su pecho, exclamó: *¡Muy pronto veré lo que el ojo humano desde la tierra no puede ver, etc.!»*

Así fue como murió el santísimo mártir Rolando. Yo, Turpín, que ignoraba totalmente que hubiese fallecido, cuando estaba celebrando una misa de difuntos el 16 de junio en presencia de Carlos, quedé repentinamente arrobado, y durante el éxtasis que entonces tuve oí cantar a los ángeles en el cielo, mas sin conocer el motivo de tan jubiloso cántico, y vi cómo unos demonios corrían alborozadamente cual si hubieran capturado y llevaran con ellos alguna pieza interesante; y al ver que iban tan gozosos les pregunté: «¿Qué es eso que lleváis ahí?». Ellos me respondieron: «El alma de Marsiro, que es nuestra y nos la llevamos al infierno mientras que Miguel lleva al cielo la de Rolando». Terminada la misa, cuando estaba refiriendo al rey Carlos lo que durante ella había visto y oído, presentóse de pronto ante nosotros Balduíno montado en el caballo de Rolando y nos comunicó que había dejado a Rolando en agonía. Inmediatamente, por orden del rey, todo el ejército salió hacia el lugar en que se encontraba el moribundo. Carlos, que fue el primero en llegar, al encontrarlo ya muerto y con los brazos colocados en forma de cruz encima de su pecho, arrojóse sobre él. ¿Quién será capaz de describir la intensidad y amargura del llanto que sobre él vertió?

Una vez que el cadáver fue ungido con bálsamo, mirra y aceite, el ejército formó en torno a él y lo veló durante toda la noche. Treinta y ocho años tenía Rolando al morir. Al día siguiente, los soldados, ansiosos por conocer la suerte que pudieran haber corrido sus camaradas y amigos, fueron al lugar en que se había sostenido la batalla, y hallaron que aquéllos por quienes se interesaban, o estaban muertos o a punto de morir. Entre la enorme multitud de cadáveres, encontraron el de Oliverio colocado sobre cuatro estacas hincadas en tierra, atado desde el cuello hasta la uñas de sus pies y de sus manos, y, como sus ropas estaban totalmente desgarradas, su descubierto cuerpo veíase materialmente acribillado por las saetas, lanzas y espadas de los enemigos, y casi enteramente desollado. La selva llenóse de clamores, porque, a la vista de tantos cadáveres, de todas las gargantas salían aullidos de dolor, pues los soldados lloraban cada cual especialmente a sus amigos muertos. Entonces Carlos juró por el Dios omnipotente que correría y no pararía hasta que lograra dar alcance a sus enemigos, y así lo hizo. Cenando estaban los moros cuando los encontró, y cayó sobre ellos, y en poco rato mató a cuatro mil. Por cierto, que en aquella ocasión el sol, que ya iba a ponerse, se paró y permaneció inmóvil en el cielo; y el día, que estaba a punto de terminar, se prolongó por espacio de tres jornadas. A continuación, el rey Carlos buscó al traidor Gamaleón, y lo halló, y mandó que lo ataran a las colas de los cuatro caballos más veloces de todo su ejército, y una vez que esto estuvo hecho, subieron a los caballos sus respectivos jinetes y, cuando éstos estuvieron acomodados sobre sus cabalgaduras y éstas colocadas cada una de ellas frente a su correspondiente punto cardinal, dijo el rey a los jinetes: «¡Espolead con fuerza a vuestros caballos y obligadles a salir corriendo!». De ese modo, aquel infame traidor, cual otro Judas, quedó despedazado y recibió el género de muerte que merecía.

En sufragio por las almas de los difuntos ofreció Carlomagno doce mil onzas de plata, doce mil talentos de oro y gran cantidad de ropas y de alimentos.

El cuerpo de Rolando, con su espada junto a su cabeza, fue sepultado en una iglesia romana situada en un pueblo llamado Blaye. Carlos restauró el templo en que Rolando fue enterrado y el edificio anejo, antiguo monasterio, y restableció en él la vida monástica mediante una comunidad de canónigos regulares a quienes encomendó que atendieran el culto divino en la iglesia, para lo cual donó a la restaurada abadía toda la tierra existente entre ella y el circuito que alrededor de ella pudiera recorrerse caminando sin cesar durante seis días. A cambio de esta donación, Carlos impuso a los canónigos la carga de rezar cada año treinta veces el salterio, de celebrar, también cada año, treinta misas por las almas de los soldados fallecidos en la batalla en que Rolando perdió su vida, y de dar también cada año, y concretamente en la fecha del aniversario de la muerte de san Rolando, a treinta pobres la cantidad de ropa y de alimentos que cada uno de ellos pudiera necesitar para vestirse y nutrirse durante doce meses. El resto de la renta quedaba como base de sustentación de los canónigos y a libre disposición de ellos.

Después de haber hecho esta fundación, Carlos, deseando honrar a san Dionisio, concedió a la iglesia de este santo título de propiedad sobre toda

Francia, y al prelado de la misma, por el tiempo que lo fuere, y a la serie de ellos perpetuamente, autoridad sobre todos los franceses presentes y futuros, incluidos los reyes de la nación; mandó que cada cabeza de familia, en señal de obediencia y de vasallaje, diese a la referida iglesia cuatro denarios cada año; y, después de haber promulgado estas disposiciones, el propio Carlos, de pie, ante el sepulcro del susodicho santo, oró por todos los muertos en las campañas habidas en España durante la pasada guerra y por todos los que de buen grado cumpliesen la obligación de tributar al mencionado templo los cuatro denarios anuales. A la noche siguiente, cuando el rey estaba durmiendo, san Dionisio se le apareció, lo despertó y le dijo: «Para todos los soldados de tu ejército que, imitando tu espíritu de fe, murieron durante la campaña de España, y para los que en el futuro mueran donde quiera que sea, he alcanzado del Señor el perdón de sus pecados, y para cuantos abonen el tributo de los cuatro denarios he obtenido igualmente del Señor la promesa de que, si en guerras sucesivas quedaren heridos, sanen de sus lesiones, por graves que éstas fuesen».

El propio rey Carlos hizo saber al ejército y al pueblo que había tenido esta visión, y lo que en ella le había dicho san Dionisio.

Por esta misma época comenzó Carlomagno a hacer obras verdaderamente maravillosas en la iglesia catedral de Aquisgrán, en honor de la Madre de Dios y a arrastrar a otros para que, siguiendo su ejemplo, se mostrasen generosos y practicasen con largueza la virtud de la longanimidad.

Poco después de esto, yo Turpín, por medio de una revelación sobrenatural, me enteré de que Carlos había muerto, y me enteré de la siguiente manera: un día, estando yo en Viena orando, recitando y meditando el contenido del salmo *«Deus in adjutorium meum intende»* (¡Oh Dios, ven en mi ayuda!), quedé arrobado, y durante el éxtasis vi primeramente a todo un ejército de demonios que se dirigían hacia Lorena; y luego, a un diablo tan negro como un etíope que caminaba torpe y pesadamente a la zaga de sus otros compañeros. «¿A dónde vais?», pregunté yo al demonio rezagado; y él me contestó: «A Aquisgrán, a apoderarnos del alma de Carlos». Entonces yo le dije: «En nombre de Dios te mando que cuando regreses de Aquisgrán pases por aquí y me cuentes cuanto allí durante vuestra estancia haya ocurrido». No se detuvieron mucho los demonios en Aquisgrán, puesto que al poco rato los vi pasar de regreso, y en la misma manera y disposición que durante el viaje de ida. «¿Qué habéis hecho en Aquisgrán?», pregunté al demonio negro y zaguero; a lo cual me respondió: «No hemos podido hacer nada, porque cuando llegamos vimos a un francés sin cabeza que estaba poniendo sin parar piedras y más piedras, madera y más madera en el platillo de una balanza. Esa piedra y esa madera correspondían a las iglesias construidas por el rey, y como éstas fueron muchísimas, sobrepujaron en gran medida a las obras malas que hizo durante su vida y que estaban colocadas en el otro platillo, por lo cual no nos fue posible apoderarnos de su alma». En cuanto el zaguero me dijo esto, la visión desapareció, yo salí de mi arrobamiento, recuperé el sentido y en seguida me di cuenta de que Carlos acababa de morir. Unos días antes, cuando nos separamos, accediendo a mis ruegos me prometió que, si moría y podía hacerlo, me transmitiría por mediación de algún mensajero la noticia de su muerte. Por mi parte yo le prometí que haría lo mismo si fallecía antes que él. Fiel a su palabra, el rey, al sentirse gravemente enfermo, encargó a uno de sus hombres de confianza que, si llegaba a morir, me comunicase inmediatamente su fallecimiento. Pues bien; muy poco después de haber tenido la revelación que acabo de referir, recibí la visita de un emisario procedente de Aquisgrán y llegado hasta mí para comunicarme el fallecimiento de Carlos, ocurrido el 28 de enero del año 814 del Señor.

Capítulo CLXXXIX

LA CONCEPCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

«Anselmo, arzobispo de Cantorber y pastor de la Iglesia, saluda y desea continuas bendiciones del Señor a sus compañeros de episcopado y a cuantos profesan la fe verdadera. Amadísimos hermanos: Voy a exponeros las razones por las cuales hemos de celebrar la fiesta de la venerable Concepción de la perpetua Virgen María Madre de Dios y conservar con fidelidad una costumbre ya muy anti-

gua cuya congruencia ha quedado avalada por multitud de milagros ocurridos en Inglaterra, Francia y otros países. Os ruego que tengáis la bondad de prestar atención a mi relato.»

«En tiempos pasados, cuando plugo a la divina misericordia castigar a los ingleses por sus pecados y obligarles a comportarse con mayor austeridad y más virtuosamente, el gloriosísimo duque de los normandos Guillermo, utilizando la fuerza de las armas, impuso su autoridad en esta patria nuestra tras vencer en la guerra y aplicarle merecidamente la ley del talión al rey que entonces mandaba en ella, que se llamaba Eraldo y era hombre impío, tiránico, perseguidor del clero y profanador del honor eclesiástico. Vencido y ejecutado este malvado opresor, Guillermo, con su propia industria y con la ayuda de Dios, consiguió ser proclamado rey de los ingleses, y, tan pronto como tuvo en sus manos el cetro de Inglaterra, procuró mejorar las costumbres de los ciudadanos e hizo lo que estimó conveniente para que la Iglesia fuese tratada con el respeto y decoro debidos a su dignidad; pero el diablo, envidioso y enemigo de todo lo bueno, intentó impedir que se llevaran a cabo los rectos deseos del monarca, y para entorpecer la realización de sus piadosos proyectos movilizó cuantos medios tenía a su alcance, se esforzó por provocar entre los cortesanos y familiares del rey frecuentes insidias y traiciones, y procuró que el país fuese invadido repetidas veces por ejércitos extranjeros. El Señor, empero, protegió a Guillermo haciendo que reiteradamente fracasaran las maquinaciones del espíritu maligno.»

«Cuando los dacios, que creían tener derechos hereditarios sobre las tierras de Inglaterra, se enteraron de que este reino estaba sometido a los normandos, se indignaron de tal modo que inmediatamente comenzaron a preparar sus armas, y a revisar y poner a punto su flota para hacerse a la mar a fin de desembarcar en estas tierras, que en su opinión les pertenecían por derecho divino, invadirlas, apoderarse de ellas y expulsar a los normandos. Como Guillermo tuvo alguna noticia acerca de lo que los dacios maquinaban y proyectaban, sin pérdida de tiempo el prudentísimo rey envió a Dacia a un monje llamado Helsino, abad a la sazón del monasterio de Ramesey, con la misión de que tratara de averiguar lo que hubiera de cierto en relación con semejante asunto. Helsino, hombre de agudo ingenio y sumamente sagaz, realizó con gran competencia la tarea que el monarca le había confiado, y cuando tuvo en su haber los datos que le interesaban emprendió el viaje de regreso a Inglaterra. Ya había hecho la mayor parte de la travesía con viento próspero y el mar en calma, mas de repente se desencadenó una horrorosa tempestad: unos aires arremolinados, procedentes de todas partes, levantaron un bosque de olas tan encrespadas e imponentes que parecían llegar hasta el cielo. Todo hacía suponer que de un momento a otro la zarandeada nave, con los remos quebrados, las velas rasgadas y abatidas, las cuerdas rotas y los marineros agotados y sin fuerzas para sostenerse en pie, iba a ser engullida por la vorágine. Tripulantes y viajeros, perdida toda esperanza de salvación y plenamente convencidos de que el naufragio era humanamente inevitable, comenzaron a encomendar sus almas devotamente al Creador y a invocar entre gritos y clamores a la Beatísima María Madre de Dios, refugio de los desesperados y amparo de los miserables; y cuando así clamaban e invocaban a la Señora, vieron de pronto cómo un hombre de venerable aspecto, vestido con ornamentos pontificales, caminando de pie sobre el mar y entre las olas, avanzaba hacia el navío, y cuando este extraño personaje estuvo suficientemente cerca del barco, llamando por su nombre al abad, le dijo en tono familiar: «Helsino, ¿deseas salir de este peligro y llegar a tu tierra sano y salvo?» Helsino, llorando, le respondió: «¡Claro que sí; lo deseo con toda mi alma!» El visitante tornó a hablar y dijo: «Quiero que sepas que María, Señora nuestra y Madre de Dios, a la que con tanto amor has invocado, me ha enviado hasta aquí para que te diga que tú y todos cuantos estáis en este navío os veréis inmediatamente libres de los peligros en que os encontráis y saldréis de este trance completamente ilesos, si antes me prometes que vas a cumplir un encargo que de parte de ella te traigo». Helsino rápidamente aseguró a su interlocutor que, si salía sano y salvo de la apurada situación en que se encontraba, cumpliría de muy buen grado cuantos encargos la Señora tuviere a bien hacerle. Entonces el visitante le dijo: «Promete ante mí y ante Dios, que todos los años celebrarás la fiesta de la Concepción y Creación de la Madre de Cristo y que harás cuanto puedas para que esta Concepción y Creación de María se conmemore en toda la Iglesia.» Helsino, hombre muy prudente, preguntó al desconocido: «¿Qué día he de celebrar esa fiesta?» El desconocido le manifestó: «El ocho de diciembre de cada año». «¿Y qué oficio eclesiástico usaremos en

esta conmemoración?», preguntó Helsino. El visitante le contestó: «El mismo que usáis en la fiesta de su Natividad, con la única variante de que el ocho de diciembre diréis *Concepción,* en donde el ocho de septiembre decís *Natividad*». Acto seguido, el aparecido desapareció y, en menos tiempo del que se tarda en decirlo, cesó la tempestad; y la nave, deslizándose sobre la superficie del mar en calma, impulsada por una brisa muy favorable, muy poco después arribó al litoral de Inglaterra, en donde el abad y todos los demás desembarcaron. Helsino refirió a todo el mundo lo que había visto y oído, estableció en su monasterio de Ramesey la celebración solemne de la susodicha festividad, y mientras vivió procuró no sólo celebrar él devotamente, sino que toda la comunidad la celebrara con la mayor solemnidad posible.»

«También nosotros, hermanos amadísimos, si queremos arribar felizmente al puerto de nuestra salvación, debemos conmemorar la Concepción y Creación de la Madre de Dios con la devoción y reverencia debidas; y si así lo hacemos, seremos digna y generosamente recompensados por su Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.»

Vamos a exponer a continuación otra de las versiones que se dan acerca del origen de esta fiesta.

En tiempos del rey Carlos, un clérigo de órdenes menores, hermano del rey de Hungría, profesaba tan tierna devoción a Santa María Madre de Dios, que diariamente cantaba en honor de ella y con gran fervor, todas las Horas de su oficio. Mas he aquí que cierto día, este clérigo, por consejo de sus padres, renunció a la clericatura y accedió a casarse con una doncella muy jovencita. En efecto, se casó, y la misma mañana de su boda, recibida ya la bendición nupcial del presbítero que presidió la celebración del matrimonio, y terminada la misa, el recién casado se acordó de que aún no había cantado la parte del oficio de la Virgen correspondiente a las Horas matutinas y, como no quería faltar a su costumbre, mandó salir del templo a todos los asistentes e incluso a su esposa, a la que le dijo que se fuese a casa; se quedó él solo en la iglesia, se situó cerca del altar y comenzó a cantar las Horas en honor de la Madre del Señor; y cuando entonó la antífona *Pulchra es et decora,* (Bella y hermosa eres), súbitamente presentóse ante él María, Nuestra Señora, Virgen perpetua y Madre de Dios, acompañada por dos ángeles colocados uno a su derecha y otro a su izquierda, y le dijo:

—Si soy bella y hermosa, ¿por qué me has abandonado y me has dejado por esa jovencita con la que acabas de casarte? ¿Acaso no valgo yo más que ella? ¿Es que no me encuentras suficientemente agraciada? ¿Es que a tu juicio no soy bastante bella? ¿Es que en opinión tuya ella es más hermosa que yo?

El recién casado respondió:

—¡Mi Señora! Tu belleza es superior a todas las hermosuras del mundo. Tú estás por encima de los tronos y de los coros de los ángeles. Tú has sido colocada en lo más alto de las cumbres más altas del cielo. ¿Qué quieres que haga yo ante tanta grandeza?

María le contestó:

—Si por amor a mí renuncias a esa doncella con la que acabas de casarte, me tendrás por esposa en el reino de los cielos; y si todos los años el 8 de diciembre celebras solemnemente la fiesta de mi Concepción y contribuyes a que también otros la celebren, recibirás el premio de vivir eternamente a mi lado junto al trono de mi Hijo unigénito.

Dicho esto, Nuestra Señora desapareció y los ojos del clérigo dejaron de verla. No quiso él después de la mencionada visión volver a casa, y por eso, sin decir nada a sus padres, desde la misma iglesia se fue a una lejana abadía, y en ella tomó el hábito monacal. Algún tiempo después de que el susodicho clérigo se hiciera monje, la Bienaventurada siempre Virgen María, que jamás deja sin remunerar, engrandecer y beneficiar a quienes la aman, hizo que el referido monje fuese nombrado obispo y patriarca de Aquileya; y el nuevo obispo y patriarca, tan pronto como tomó posesión de estos cargos, instituyó en su iglesia y en su patriarcado la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora y determinó que tal festividad se celebrase el 8 de diciembre de cada año, con octava; y mientras vivió, no solamente procuró celebrarla devota y solemnemente con su clero y con su pueblo, sino que contribuyó con sus predicaciones a que la celebración se extendiera a otras partes de la cristiandad.

En algunos libros descríbese el origen de esta fiesta de la siguiente manera:

En un pueblecito de Francia vivía un sacerdote que disfrutaba de una canonjía. Por devoción a Nuestra Señora este canónigo solía recitar diariamente los maitines de la Virgen. Una noche, al

regresar el susodicho canónigo hacia su casa desde una granja en la que acababa de cometer pecado de adulterio con una mujer casada, tomó para cruzar el Sena una lancha que había dejado amarrada a la orilla del río, y, como iba solo, decidió aprovechar la soledad y el silencio nocturno para cantar los maitines; y, en efecto, cuando ya llevaba un rato remando y había hecho más o menos la mitad de la travesía, entonó el invitatorio «*Ave María, gratia plena, Dominus tecum*», mas, apenas inició la recitación de este verso (Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo), presentáronse unos cuantos demonios, volcaron la barca, hundiéronle a él bajo el agua, hicieron que se ahogara y se apoderaron de su alma para llevársela al infierno, puesto que a juicio de ellos el canónigo merecía ser eternamente condenado por haber muerto en pecado mortal. Tres días después de esto, la Bienaventurada Virgen María, acompañada de muchos santos, presentóse en el lugar en que los demonios estaban atormentando al canónigo, y encarándose con los malos espíritus les dijo:

—¿Por qué estáis tratando tan injustamente a esta alma? ¿No sabéis que es de un amigo mío?

Los diablos contestaron:

—La tratamos así porque nos pertenece; y nos pertenece porque cuando nos apoderamos de ella acababa de hacer algo en servicio nuestro.

La Virgen replicó:

—Si esta alma debe pertenecer a aquel a quien en el momento de morir estaba sirviendo, no cabe la menor duda de que soy yo quien tengo derecho a llevármela conmigo, porque este hombre, cuando vosotros le causasteis la muerte, estaba cantando el invitatorio de los maitines de mi oficio, de donde se sigue no sólo que esta alma no os pertenece, sino que vosotros, al matar a este sacerdote en el momento en que estaba empleado en mi servicio, habéis incurrido en un doble delito: en el de asesinato, horrible crimen, por haber quitado la vida a un ser humano, y en el de blasfemia, por haber atentado contra mi propio honor.

Así que oyeron esto los demonios echaron a correr, huyendo unos por un sitio, otros por otro, dejando abandonada su presa. Entonces la Santísima Virgen tomó el alma del canónigo, la introdujo de nuevo en su cuerpo, y asiendo a éste por sus brazos, púsolo en pie, resucitado y liberado de una doble muerte: de la temporal y de la eterna; luego separó las aguas del río, haciendo que formaran un muro a la derecha y otro a la izquierda, y, seguidamente, por aquella especie de dique seco condujo al resucitado sacerdote desde el fondo del Sena hasta una de las orillas del mismo. El canónigo, al verse nuevamente con vida, postróse a los pies de su salvadora y, lleno de gozo, dijo:

—¡Oh amadísima Señora mía! ¡Oh Virgen benditísima! ¿Cómo podré corresponder a los inmensos beneficios que acabas de hacerme?

La Madre de Dios le contestó de este modo:

—No volviendo a caer en pecados de adulterio, y celebrando y procurando que los fieles celebren solemnemente todos los años el 8 de diciembre la fiesta de mi Concepción.

Nada más decir esto, María, a la vista del resucitado, ascendió al cielo. El canónigo, por su parte, abrazó la vida eremítica, refirió a cuantos quisieron escucharle lo que le había sucedido, y durante el resto de su vida celebró y procuró que todos los años celebraran también los demás la susodicha festividad».

«Amadísimos hermanos: teniendo en cuenta las precedentes versiones y el hecho de que esta fiesta viene celebrándose desde hace muchos años, con nuestra autoridad episcopal ratificamos su institución y ordenamos que ninguno de nosotros viva tan pendiente de sus asuntos temporales o tan disipada y viciosamente que omita la conmemoración anual de la venerable Concepción de la Bienaventurada Virgen María, y mandamos igualmente que todos vosotros, diariamente, exceptuados los domingos y fiestas de nueve lecciones, cantéis las Horas de Nuestra Señora. En relación con este tema del oficio divino, os advertimos que si alguno, desesperado por verse lleno de pecados, omitiese su recitación, sería doblemente reo ante los ojos del Señor: reo de los pecados que reconoce haber cometido, y reo por el pecado de negarse a servirle mediante el rezo del oficio divino. No olvidemos esta advertencia del Maestro a Pedro: "*Si te sientes pecador conviénete mucho no alejar de ti a tu Dios*". A Dios aleja de sí quien, acobardado por los pecados que ha cometido, renuncia a hacer cosas buenas. Todos cuantos tenemos conciencia de ser pecadores necesitamos muy mucho que la Madre de Dios nos proteja interceciendo en nuestro favor y abogando ante su Hijo por nosotros. Si el Juez supremo está enojado con nosotros a causa de nuestras fechorías, ella puede conseguir que ese Juez, que es su Hijo, puesto que lo engendró en sus entrañas, deponga su enojo y nos trate benig-

namente. No hay pecador, por mucho que haya pecado en esta vida, que no pueda conseguir el perdón de sus pecados si la Virgen María intercede por él ante su propio Hijo, porque, sin la menor posibilidad de duda, esta Bienaventurada Madre obtendrá de su Hijo absolutamente todo cuanto le pidiere. ¿Necesitaremos recordar el caso de Teófilo? Pues vamos a recordarlo.»

«Teófilo, vicario durante algún tiempo de un obispo de Cilicia, fue acusado ante su señor de algo, y, a causa de esta acusación, el obispo lo destituyó del cargo que le había confiado. Tras su destitución, el ex vicario llegó a tal situación de pobreza que, desesperado y mal aconsejado por un judío que se dedicaba a la magia y mantenía trato con el demonio, renegó de la fe cristiana y vendió su alma al diablo, comprometiéndose por escrito a obedecerle y servirle en todo. Pocos días después de haber firmado este pacto con Satanás, Teófilo se arrepintió de lo hecho y, con el alma llena de compunción, entró en una basílica dedicada a la Bienaventurada Virgen María y permaneció en ella orando y llorando durante cuarenta jornadas seguidas ante la imagen de Nuestra Señora. Al cabo de esta cuarentena, agotado de tanto llorar y rezar quedóse dormido, y mientras dormía apareciósele la Bienaventurada e Inmaculada Virgen María Madre de Dios, reprendióle por lo que había hecho, y seguidamente le entregó el documento que él había firmado y enviado al diablo por medio del judío, en el que constaba el compromiso que había adquirido de obedecer perpetuamente a Satanás, documento que la Madre de Dios había recuperado arrebatándoselo por la fuerza al demonio. Así que Teófilo despertó quedó sorprendido al advertir que, efectivamente, el documento en cuestión estaba colocado sobre su propio pecho, y en cuanto amaneció fuese a ver al obispo y le refirió cuanto le había ocurrido, y después repitió su relato públicamente ante todos los vecinos de la ciudad. El obispo, tras imponerle una saludable penitencia, lo absolvió de su pecado, lo llevó ante el altar de la basílica y le dio la comunión. Cuando Teófilo estaba recibiendo de manos de su prelado el cuerpo de Cristo, descendió sobre él el Espíritu Santo en forma de un rayo de sol que iluminó su cara y dejóla tan resplandeciente como el sol mismo. Tres días seguidos con sus respectivas noches permaneció Teófilo en la basílica dando gracias a Dios y a la Bienaventurada Virgen María, y al término de esos tres días, tras rogar y aconsejar insistentemente a cuantos estaban en el templo que todos los años el 8 de diciembre, conforme a la costumbre establecida ya en otros lugares, celebraran solemnemente la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, piadosamente entregó su alma al Señor. Si, pues, la Santa Madre de Dios alcanzó el perdón para el desesperado Teófilo, y devolvió la vida de la gracia a este sacerdote que llevaba ya tres días espiritualmente muerto y sometido al poder de los demonios; y si se compadece de aquéllos que solamente en momentos de apuro recurren a ella y acude en su auxilio y les presta ayuda, ¿cómo no va a socorrer a quienes la invocan a menudo? ¿Cómo no va a conseguir para éstos la entrada en la felicidad eterna? Los romanos, y las personas piadosas que como ellos tienen la buena costumbre de cantar en su honor todos los sábados del año los maitines de su oficio con sus nueve lecciones, reciben de ella innumerables bendiciones y gracias. No nos dejemos nosotros llevar de la pereza ni tengamos por algo enojoso la celebración de esta fiesta suya. Convenzámonos de que es sumamente conveniente que en toda la Iglesia se celebre la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, por las mismas razones por las que en toda ella se celebra la fiesta de su Natividad. Si para que el género humano se salvara fue necesario que María naciera, para que María naciera fue necesario que antes fuese concebida, pues de no haber sido concebida no hubiera podido nacer. Su Concepción y su Natividad fueron consecuencia de un mismo decreto divino. Si María no nacía, no podía nacer de ella el Redentor del mundo. Más todavía: si miramos las cosas desde el punto de vista de la intervención divina, esta divina intervención fue mayor en la concepción de María, dadas las especiales condiciones en que se realizó, que en su posterior nacimiento, porque mayor poder de Dios fue necesario para crear de la nada el alma santísima de la Virgen y unirla a su santísimo cuerpo, que para que a su debido tiempo por el nacimiento saliese a luz el ser procedente de la mencionada unión. Nada tiene esto de extraño, puesto que también fue preciso un mayor poder divino para crear a Adán, que para que los hijos de Adán saliesen naturalmente del seno materno en que habían sido engendrados. Si el nacimiento de una persona es santo, santa ha sido también su concepción. Por eso, abades, prelados y cuantos ejercéis funciones pastorales: conmemorad devotamente estas festividades de la Biena-

venturada Virgen María, procurad que las celebren también aquellos sobre quienes tenéis autoridad, y no olvidéis que si amáis a Nuestra Señora con todo vuestro corazón, jamás seréis destituidos del cargo que desempeñáis. Os aseguro que os hablo por propia experiencia. Enrojezcan hasta las orejas de vergüenza los insensatos que, cegados por las tinieblas de la ignorancia, y so pretexto de que la concepción de la Virgen fue el resultado de relaciones conyugales entre un hombre y una mujer, se niegan a celebrar esta festividad tan maravillosa en la que se conmemoran sacratísimos acontecimientos y sublimes misterios. Los necios que sienten repugnancia a festejar este día, porque según ellos no procede recordar y menos aun procede conmemorar un asunto estrechamente relacionado con el ayuntamiento carnal de un varón con una hembra, deben saber que en esta fiesta de la Concepción de Nuestra Señora se conmemora no sólo la generación de su cuerpo sino también la creación de su alma, o sea, el hecho de que el Creador de las almas, en un determinado momento de un día o de una noche, en tiempo y hora que desconocemos, creó de la nada el alma de su Madre, adornándola al crearla de las prerrogativas que a su juicio tal alma, por ser la de su Madre, debería tener, y en el mismo momento de crearla, asistido por los ángeles, las unió al virginal y santísimo cuerpo que los padres de ella habían engendrado. La conmemoración de la creación por Dios del alma de su propia Madre no sólo no debe producirnos repugnancia alguna, sino que, por el contrario, debe producirnos inefable gozo. Inefable gozo ciertamente debemos sentir en esta fiesta que nos recuerda aquel otro día elegido y santificado entre todos los demás días de la historia por el planificador de nuestra salvación para que en él diera comienzo la obra de nuestra redención y salvación. Cuantos entienden algo de estas cosas saben que la formación de un ser humano es el resultado de dos concepciones: de una concepción espiritual y de otra concepción carnal. La concepción carnal procede, así es, del ayuntamiento de un hombre con una mujer; la espiritual, en cambio consiste en la creación por Dios de un alma nueva y pura y en su divina infusión directa en el cuerpo engendrado por el hombre y por la mujer. Síguese pues, que en este día conmemoramos ambas concepciones relativas a Nuestra Señora: la generación de su cuerpo y la creación de su alma por Dios y su subsiguiente infusión divina en el cuerpo engendrado por sus padres. Quienes quieran conmemorar la generación del cuerpo de la Madre del Señor, pueden hacerlo; tal conmemoración no sólo es lícita, sino también santa; quienes sientan repugnancia a conmemorar la generación corporal de la Virgen, no conmemoren si no quieren ese aspecto de la concepción de María, pero celebren en esta jornada la creación divina del alma de Nuestra Señora y su infusión en su santísimo cuerpo, porque en esta fiesta debemos celebrar realmente y muy solemnemente aquel otro día, verdaderamente memorable y extraordinario, en que fue creada el alma dignísima de nuestra Reparadora y consagrada y unida a su santísimo cuerpo. No ama auténticamente a la Virgen quien se niega a conmemorar el día de su Concepción».

«Hay otros que rechazan la celebración de esta festividad alegando que la Iglesia, a lo largo de su historia, jamás conmemoró la concepción de ningún santo. Estos tales son unos mentecatos, y su actitud debiera producirles sonrojo, porque constituye el más alto grado de estupidez comparar la categoría de los demás santos con la de esta sublime mujer en la que Dios se encarnó, y a la que colocó en el cielo muy por encima de todos los demás bienaventurados y de los coros de los arcángeles. Cierto que a ninguno de los demás santos les ha sido concedido el honor de que su concepción fuese litúrgicamente conmemorada; pero eso no empece para que el Espíritu Santo haya otorgado tal prerrogativa a esta excepcional criatura que supera en grandeza y excelencia a todas las demás. ¿No es acaso bello, decoroso y digno que semejante privilegio se haya concedido a la santísima mujer a través de la cual el resto de los bienaventurados se han santificado y entrado en la gloria? Si decimos que Cristo es el *Santo de los Santos,* de ella debemos decir también que es la *Santa de las Santas,* y así como el Supremo y Universal Hacedor concedióle a ella la singular dignidad a ningún santo ni santa concedida, de que sin menoscabo de su virginidad concibiera en sus entrañas al Verbo hecho carne, y de que sin menoscabo de su virginidad lo pariera permaneciendo ella virgen después del parto, así también, con toda justicia, concedióle esta otra dignidad, no concedida a nadie entre los santos y las santas, de que la Iglesia conmemorase solemnemente los sacrosantos sucesos de su Concepción y de su Natividad».

«Pero, ¿para qué seguir? Terminemos este asun-

S·LVDOVICO
EPO

S·PA
TER
NIA
NO

to con una postrera observación: cuando conmemoramos la Concepción de la Madre del Señor, conmemoramos también la generación de Cristo, porque la concepción de la Virgen María estuvo transcendentalmente ordenada a la futura encarnación del Redentor. Por eso precisamente las normas litúrgicas, muy acertadamente, disponen que en la misa de esta fiesta de la Concepción de Nuestra Señora se cante el evangelio de la genealogía del Salvador, el mismo que tradicionalmente viene cantándose la noche de Navidad o del nacimiento del Señor a la terminación del oficio de maitines y antes de iniciar el de laudes. Razonablemente recordamos la generación del Hijo al celebrar la concepción de su Madre, puesto que la concepción y natividad de la Madre constituyeron de alguna manera el preludio de la encarnación del Hijo».

«Celebremos, pues, gozosamente, con dignos oficios, ambas concepciones de la Virgen: la espiritual o creación de su alma, y la corporal o generación de su cuerpo, para que por los méritos e intercesión de tan excelsa Señora logremos vernos libres de preocupaciones temporales y de toda clase de vicios, y podamos llegar algún día a disfrutar de la gloria del paraíso. Concédanos estas mercedes Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo y su Madre, la Virgen María, vive y reina como Dios que es por los siglos de los siglos infinitos. Amén».

Relación de algunos milagros obrados por Dios para confirmar que María fue concebida sin pecado original.

En un libro titulado *Defensorium Virginis* (Defensorio de la Virgen), compuesto hacia el año 1390, cuyos ejemplares en algunas bibliotecas se encuentran sujetos a la estantería con cadenas, se refieren varios milagros ocurridos con la finalidad de confirmar mediante ellos que la Santísima Virgen María fue concebida sin mancha de pecado original. Veamos algunos de esos prodigios tal como están escritos en el mencionado libro.

Un bachiller en Teología de la orden de los Carmelitas, estando defendiendo su tesis doctoral en la universidad de París, durante el acto académico correspondiente, en el que tuvo por objetante a otro religioso de la orden de Predicadores, contó el siguiente caso: Por los años en que era canciller de la mencionada universidad el maestro Juan de Toledo, un padre de la orden de los frailes Predicadores, estando predicando un sermón al pueblo por tierras de Bohemia, concretamente en la ciudad de Cracovia, atrevióse a decir que la gloriosa Virgen María, al ser concebida, había contraído el pecado original. No bien hubo dicho tal cosa, el susodicho predicador cayó al suelo sin sentido y, aunque inmediatamente lo recogieron y trasladaron al convento en que residía, al poco rato de llegar a él falleció. De la verdad de este hecho, añadió el carmelita, pueden dar testimonio diversos sujetos muy respetables y autorizados que presenciaron lo ocurrido; entre otros, los maestros en teología Enrique de Hassia y Enrique de Huta, y Juan de Bolonia, que, además de ser bachiller en teología era doctor en medicina. Después de relatar este episodio el susodicho bachiller carmelita afirmó: Para mí, un milagro tan manifiesto, constituye una prueba suficiente de que la doctrina que sostiene que la Virgen fue concebida sin mancha de pecado original es verdadera y debe ser considerada como artículo de fe.

En cierta ocasión, Giroldo de Pescara, doctor muy autorizado perteneciente a la orden de los frailes Menores, repetidas veces, durante un largo sermón que estaba predicando, afirmó que la Virgen, en el momento de su concepción, contrajo el pecado original. Al terminar de predicar, el referido religioso comenzó a celebrar devotísimamente el santo sacrificio de la misa; con verdadero fervor consagró el pan y elevó la sagrada forma; pero nada más terminar de elevar el cuerpo de Cristo, la Santísima Virgen se presentó visiblemente ante él, se apoderó de las sagradas especies y reprendiéndole severamente le dijo: «¡Fraile malvado! ¿Habiéndome ofendido a mí tan descarada y conscientemente con tus palabras y tus gestos hace unos momentos, vas a tener ahora la cara tan dura como para atreverte a asumir este cuerpo de Cristo que ha sido engendrado del mío? Entre grandes gemidos, el religioso pidió perdón a Nuestra Señora; devolvióle la Virgen el pan recién consagrado; prosiguió él la celebración de la misa, y, en cuanto la terminó, subió nuevamente al púlpito, se retractó públicamente de lo que anteriormente había dicho, contó el milagro que acababa de suceder y prosiguió predicando durante bastante rato en favor de la concepción inmaculada de la Santa Madre de Dios. Este caso —comenta el autor del libro— hánmelo referido a mí personas veraces y solventes que lo presenciaron.

En la ciudad de Indonio, un religioso de la or-

den de Predicadores natural de Viena disponíase a refutar la doctrina relativa a la concepción de la Virgen expuesta y defendida previamente por Odón de Campania, teólogo de la orden de Nuesta Señora. El acto iba a celebrarse en una iglesia tan amplia como una catedral que unos monjes tenían en la ciudad mencionada. El templo hallábase ya totalmente abarrotado de público. El susodicho predicador subió al púlpito y en el preciso momento en que iba a comenzar a hablar, fuele imposible pronunciar ni una sola palabra, porque Dios, repentina y milagrosamente, le dejó mudo y loco. Algunos religiosos de su orden que asistían al acto acudieron rápidamente en su socorro, y lleváronle al convento; mas a los ocho días justos de haber sucedido el mencionado percance, y sin haber recobrado el juicio, el susodicho predicador falleció. He contado el caso tal como me lo contaron a mí testigos oculares del mismo.

Otro religioso de la orden de Predicadores, profesor en el convento de Villabrín, de la diócesis de Poitiers, sentía tal aversión hacia la doctrina que sostenía la concepción inmaculada de Nuestra Señora, que siempre que predicaba algún sermón, viniera a cuento o no, sacaba a colación el tema y trataba de probar que la Virgen en su concepción había contraído el pecado original. Predicando un día de fiesta en la iglesia de su convento, puso gran empeño en convencer al numerosísimo auditorio que le escuchaba de que la concepción de María no había sido inmaculada. Terminado el sermón, tanto el predicador como los demás religiosos de la comunidad se trasladaron al coro para cantar el oficio divino. Apenas los frailes comenzaron el canto de las Horas, entró en el templo, que seguía lleno de gente, un lobo que secretamente había logrado llegar desde la selva hasta las inmediaciones del convento, y haciendo caso omiso, tanto de los niños como de los adultos que había en la iglesia, se dirigió hacia el coro, llegó hasta el sitial del profesor que un rato antes había predicado, arrojóse sobre él, hincóle los dientes en su garganta y lo mató. La noticia de este suceso corrió rápidamente por toda la región, y llegó incluso hasta París. Este caso fue muy comentado y dio mucho que hablar.

Estos cuatro casos que muy sumariamente acabo de relatar hállanse descritos en el *Defensorio de la Virgen* con mucha mayor amplitud y notable abundancia de detalles. En otros libros se refieren otros milagros, ciertamente numerosísimos, en relación con esta misma materia; no es posible dar cuenta de todos ellos, pero no quiero pasar por alto uno muy notable que le ocurrió al famosísimo doctor en Teología Alejandro de Ales, y relatado por él mismo en una obra suya titulada *Marial.* Esta obra consta de seis libros, cada uno de los cuales hállase subdividido en varios capítulos. El primero de todos los capítulos titúlase *Genealogía de la Bienaventurada Virgen,* y comienza de esta manera: «La Santa siempre Virgen María Madre de Dios, a la que nunca podremos alabar tanto como ella merece, predestinada desde la eternidad... etc.». El capítulo último del libro tercero de esta obra lleva por título *«De la concepción de la Bienaventurada Virgen»* y comienza así: «Hágase la luz...» Pues bien; en este capítulo, después de responder a una cuestión planteada por quienes sostienen que la Virgen tenía que ser concebida mediante cópula carnal de sus padres, Alejandro de Ales pregunta: «¿Es acaso imposible realizar sin pecado de ningún género un acto de esta naturaleza cuando se llega a él por inspiración del Espíritu Santo y es ejecutado por obediencia a un especial mandato divino?». Un poco después de haber formulado la anterior pregunta, dice lo siguiente: «Yo mismo, que ahora escribo esto que escribo, en tiempos pasados, cuando enseñaba teología públicamente, sostuve desde mi cátedra que no era procedente celebrar la fiesta de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María; e incluso conseguí, merced a la autoridad que tenía, que en muchas iglesias el 8 de diciembre no se rezara el oficio de la Concepción de Nuestra Señora, sino el correspondiente a los días de feria. Al presente reconozco que estaba completamente equivocado y proclamo solemnemente que por aquella época, cuando sostenía y hacía desde mi cátedra de Oxford lo que acabo de referir, todos los años, el 8 de diciembre, me sentía repentinamente enfermo y veíame aquejado durante todo el día de tal malestar que me resultaba imposible acudir a la universidad para dar mi clase. ¿Debíase a mera casualidad que todos los años ese día me ocurriere semejante cosa? ¿Era más bien la divina providencia quien disponía que todos los años el 8 de diciembre yo me sintiera indispuesto tan seriamente que me resultara imposible salir del convento y presentarme en mi cátedra? Que cada cual interprete el extraño fenómeno como mejor le parezca. Por mi parte declaro que por entonces algunos muy prudentes varones, discípulos míos y asiduos asistentes a mis clases, re-

petidas veces, en privado, me reprocharon que pusiese tanto empeño en reprobar la celebración de la fiesta de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María; y declaro igualmente que ahora reconozco y creo y afirmo que tienen razón y merecen ser imitados todos cuantos se esfuerzan por celebrar piadosa y devotamente la susodicha festividad en honor de la Bienaventurada siempre Virgen María». Hasta aquí el relato de Alejandro.

Paréceme conveniente añadir a lo anteriormente dicho, lo que sigue, pues a mi juicio merece ser tenido en cuenta.

Durante la celebración del concilio de Basilea sostuviéronse varios debates públicos sobre esta materia de la concepción de la Santísima Virgen, todos ellos en presencia de los Padres conciliares. Pues bien; muchos de estos Padres, a su vez, refirieron diferentes beneficios extraordinarios que Dios milagrosamente les había hecho en recompensa de la devoción con que todos los años conmemoraban la santa Concepción de la Bienaventurada Virgen María. Vamos a recordar algunos de los prodigios que en aquella ocasión determinados Padres conciliares relataron.

El sábado 21 de abril de 1436, en la primera de las controversias habidas sobre este tema, el reverendo padre en Cristo don Bernardo, obispo de Montealbano dijo públicamente: «Yendo yo en cierta ocasión de viaje montado sobre mi caballo, al pasar por el puente que hay sobre el río entre la ciudad de Iverdún y el pueblo de san Crispín, quedé sorprendido al ver que en el centro del mencionado puente, justamente sobre el sitio en que el río es más hondo, había un enorme boquete. Si hubiese caído por allí, me hubiera ahogado sin remedio. Yo me di cuenta de la existencia del dicho boquete cuando ya mi caballo tenía sus dos patas delanteras y su cabeza y parte del tronco dentro del agujero y cayendo hacia el río. En medio del indescriptible pavor que entonces sentí, rápidamente pedí a la Santísima Virgen que viniera en mi socorro y le prometí que si me salvaba la vida celebraría todos los años la fiesta de su Concepción. Pues bien; de pronto, y sin saber cómo ocurrió, vime con mi caballo fuera del boquete, más allá del agujero y en la parte firme del puente. Yo ya venía celebrando desde hacía algunos años la susodicha festividad, pero a partir de entonces en cumplimiento de mi voto continué celebrándola con más devoción y fervor.

En una de las sesiones del concilio correspondientes al año 1435, el maestro Juan Roreto, canónigo de Puy, en una de sus intervenciones refirió a los Padres conciliares, entre otros varios milagros, uno con el que fue favorecido el obispo de Puy don Heylias de Lestrangias, fallecido poco antes: Un año, el día de la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora, Don Heylias decidió predicar un sermón en la iglesia de la universidad de Tolosa, con la idea de refutar a lo largo del mismo la doctrina que sostiene que la Virgen María fue concebida sin pecado original. Antes de subir al púlpito, Don Heylias se arrodilló durante unos momentos ante el altar, como suelen hacer los predicadores antes de predicar, para impetrar la protección de María Santísima; y concluida su breve oración se dirigió hacia la sagrada cátedra, y llegó a ella, y nada más llegar, de repente se le olvidaron todos los argumentos que previamente había seleccionado y preparado para impugnar la doctrina favorable a la inmaculada concepción de María, y únicamente recordaba perfectísimamente y sin la menor dificultad las razones que a favor de esa doctrina solían aducir los teólogos defensores de la misma. Dándose cuenta de que si se bajaba del púlpito antes de comenzar el sermón por no saber qué decir haría el ridículo ante la concurrencia, optó por hablar y decir lo único que recordaba, y de esa manera predicó un sermón cuyo contenido era diametralmente opuesto al del sermón que tan minuciosamente había preparado. El propio Don Heylias, movido por su deseo de honrar y exaltar a la Santísima Virgen María, refirió después infinidad de veces, en público y en privado, durante el resto de su vida, lo que en aquella ocasión le había ocurrido.

Durante los debates habidos en el transcurso del Concilio se refirieron estos tres casos, además de los ya dichos y de otros muchos:

Primero. En el monasterio de Santa María de la Merced de la ciudad de Barcelona existía la costumbre de amasar diariamente antes de amanecer el pan que cada día había de proporcionarse a los religiosos para que estos pudieran comerlo reciente y tierno. Solamente el día de Pascua y en algunas otras festividades especialmente solemnes, muy pocas por cierto, evitábase la realización de este trabajo. Un año, el 8 de diciembre, cuando el panadero se disponía a elaborar los panes, quedó sumamente sorprendido: al descubrir la artesa vio que la masa que tenía de antemano heñida y pre-

parada, habíase reblandecido y presentaba toda ella un aspecto negruzco y fluido, semejante al de la sangre semicoagulada o al del cieno de las charcas y lodazales. Como el hecho se divulgó rápidamente, a raíz del mismo los regidores de la ciudad publicaron un bando prohibiendo que, en lo sucesivo, en ningún horno del término municipal de Barcelona se cociera pan el día de la fiesta de la Concepción de Nuestra Señora; y, en efecto, desde entonces hasta nuestros días, en ninguna tahona de la ciudad se elabora pan el 8 de diciembre.

Segundo. Hacia el año 1400, reinando en Aragón el rey Juan, de feliz recordación, celebróse en su presencia una controversia pública, que duró varios días, en torno al tema de la concepción de María, interviniendo en ella, por una parte, los que sostenían que Nuestra Señora al ser concebida no había contraído el pecado original; y por otra, los que impugnaban esta doctrina. Terminados los debates, el rey se pronunció a favor de los defensores de la concepción inmaculada de la Virgen Santísima, y por propia iniciativa promulgó un real decreto fundando una cofradía que llegó a ser muy ilustre, formada por todos los devotos de la Santísima Virgen que quisieran comprometerse a celebrar todos los años la fiesta de su Inmaculada Concepción; y, dando ejemplo de devoción, él fue el primero que se inscribió en la mencionada hermandad, en cuyos estatutos se disponía que el 8 de diciembre de cada año se hiciese una procesión pública y solemne para dar mayor realce a la fiesta y para contribuir de ese modo a la exaltación y glorificación de la Concepción Inmaculada de la Bienaventurada Virgen María.

Tercero. En el año 1409, el día de la Concepción de Nuestra Señora, fray Juan de Rueda, de la orden de los Menores y profesor de teología, predicó un sermón en una iglesia de Gerona sosteniendo en él que la Bienaventurada Virgen María no había contraído el pecado original. El inquisidor general del reino, que lo era a la sazón un religioso de la orden de Predicadores, acusó al susodicho fray Juan de haber hecho desde el púlpito afirmaciones perniciosas y heréticas, y ordenó que fuese juzgado por el tribunal a cuyo cargo corría la defensa de la fe. Ya no reinaba entonces en Aragón el rey Juan, de quien antes hemos hablado, sino su sucesor Martín. Este monarca, que se hallaba a la sazón en Barcelona, dispuso que se celebrase en su presencia una controversia solemne y pública entre el predicador denunciado y el inquisidor denunciante; y al terminar el debate, el rey personalmente y con sus propias manos colocó sobre la cabeza de fray Juan de Rueda, en señal de victoria, una verde corona tejida con hojas frescas, y ordenó que el mencionado fray Juan, llevando en sus sienes el susodicho trofeo y acompañado por los trompeteros de la corte, desfilase entre aplausos y honores por las calles de Barcelona y por las de otras ciudades y pueblos adyacentes precedido del pregonero real, el cual a lo largo de aquellos desfiles debería ir proclamando ante las gentes que, en lo sucesivo en todas las tierras y dominios del rey de Aragón, no se permitiría a nadie ni afirmar ni manifestar mediante ningún procedimiento absolutamente nada que pudiera interpretarse como rechazo de la doctrina favorable a la santa y pura Concepción de la Bienaventurada Virgen María. A partir de entonces, todos los años, en los días que preceden a la fiesta de la Concepción de la Virgen, en todas las poblaciones del reino de Aragón publícase un bando muy semejante al que en 1409 pregonó el pregonero real en todas las tierras y dominios del monarca aragonés.

También en Basilea, durante la celebración del concilio, el 6 de octubre de 1435 de la era de Cristo, uno de los asistentes, después de haber jurado decir la verdad ante el juez especial nombrado al efecto por los Padres conciliares, refirió lo siguiente: el 9 de septiembre de 1428, Francisco de Mileto, canónigo de la colegiata de Minorisa, en la diócesis de Vincennes, hallábase agonizando; y durante su agonía cayó en estado de éxtasis y, como durante el mismo su cuerpo quedó rígido e inerte, quienes le asistían creyeron que ya había muerto; mas momentos después, terminado el arrobamiento, el presunto difunto dio un gran suspiro y exclamó: «¡Oh Virgen María! ¡Ya yo estaba condenado a causa de eso, mas como tú bien sabes, yo nada he tenido que ver con semejante asunto!». Dichas estas palabras el moribundo mandó llamar al prior del convento de los religiosos Predicadores y al confesor de las monjas de santa Clara y, en cuanto estos frailes llegaron, rogóles públicamente, en presencia de las personas que le atendían, que le hiciesen la merced de quemar unos apuntes que conservaba en su poder y que había tomado en clase siendo estudiante. En dichos apuntes se contenían las doctrina y las conclusiones que el que fue su profesor de teología había explicado des-

de la cátedra a los alumnos en relación con el tema de la concepción de la Virgen; y, como según el dicho profesor, la Virgen María había contraído el pecado original, esa afirmación subyacía en los apuntes. Seguidamente manifestó el enfermo que en el juicio a que acababa de ser sometido el juez divino habíale condenado al infierno por haber conservado en su poder los mencionados apuntes, pero que la Virgen Santísima había intercedido por él, y que alegando en su defensa la gran devoción que durante toda su vida habíale profesado, consiguió que el juez divino le indultara. A continuación declaró ante todos los presentes que creía con toda su alma que Nuestra Señora había sido concebida sin mancha de pecado original.

Durante el concilio de Basilea fueron muchos los Padres, y todos ellos de gran autoridad y prestigio, que en sus intervenciones y alocuciones en las sesiones ante los demás conciliares refirieron infinidad de episodios conocidos por ellos, ocurridos en diferentes lugares, y directamente relacionados con la celebración de esta festividad de la Concepción de Nuestra Señora; pero si fueron diligentes en hablar y en decir cuanto acerca de esto sabían, no lo fueron tanto para redactar y dejar consignados por escrito la mayor parte de los prodigios que en aquellas sesiones unos y otros contaron.

Terminemos este capítulo refiriendo un caso que, sin temor a equivocarnos, podemos calificar de milagroso: el año 1439 extendióse por la ciudad de Basilea, sede del concilio, una peste muy perniciosa. En una de sus sesiones públicas, el sagrado concilio definióse sobre esta materia de la Concepción declarando solemnemente la siguiente proposición: «La doctrina que sostiene que la gloriosa Virgen María Madre de Dios nunca contrajo de hecho el pecado original, sino que fue preservada de este contagio, estuvo perpetuamente inmunizada tanto contra la culpa original como contra la actual y permaneció siempre inmaculada y santa, además de ser piadosamente conforme con la fe pública, se ajusta a los dictados de la recta razón y a las enseñanzas de la Sagrada Escritura; por tanto todos los católicos deben aceptarla, abrazarla y profesarla de tal modo que en adelante a nadie le estará permitido predicar ni enseñar lo contrario». Pues bien; tan pronto como el santo Concilio suscribió la precedente proposición, los Padres conciliares y los habitantes de Basilea experimentaron palpablemente los efectos de la divina misericordia por medio de un evidente milagro, porque aquella gravísima peste, que tantas calamidades estaba acarreando a la población, comenzó a remitir e inmediatamente cesó. Pero aún hay más: como de la bula en que se contenía la referida declaración conciliar se hicieron varias copias y éstas fueron enviadas a diferentes partes del mundo, poco después de que las susodichas copias fueran expedidas, en una de las congregaciones generales del Concilio leyóse una carta que tenía todas las garantías para ser considerada auténtica en la que se decía lo que sigue: «Cuando llegó a la casa madre de los Cluniacenses la transcripción de la bula destinada a ellos —también yo por aquellos días recibí una copia similar de dicha bula—, había en aquel monasterio, entre religiosos y no religiosos, treinta individuos enfermos de la misma peste que hubo en Basilea. La comunidad acogió la copia de la bula con suma veneración, y organizó con ella una procesión para dar gracias a Dios por el beneficio de la declaración conciliar y para que aquel acto religioso contribuyera a la honra y perpetua alabanza de la gloriosa Virgen María; y ocurrió que inmediatamente sanaron los treinta enfermos, desapareció de la abadía la peste, y en un año que había transcurrido ya desde entonces ninguno de cuantos moraban en el susodicho monasterio había sido alcanzado por la pestilente epidemia.

Podíamos seguir relatando multitud de episodios verdaderamente maravillosos que, como los que hemos consignado anteriormente redundaron en alabanza de la Virgen y confirmaron la verdad de que había sido concebida sin mancha de pecado original; pero no lo hacemos porque nuestra intención al dar cuenta de estas cosas no fue la de referir todos los casos, sino solamente un número reducido de ellos. Creemos que los mencionados son suficientes para que nos conste que Dios Nuestro Señor, Hijo de la Virgen, quiso mediante tales milagros glorificar a su Santísima Madre y garantizar con su divino testimonio, máxima fuente de sabiduría para las almas sencillas, cuál de las doctrinas que los teólogos exponían sobre la Concepción de María, Nuestra Señora, era la verdadera.

Capítulo CXC

SANTA OTILIA

Los padres de la virgen Otilia, pertenecientes a la más encumbrada nobleza de los francos, se llamaron: él, Adalrico o Etico, y ella Bethsuindis o Persinda.

Etico, que vivió en tiempos del rey Childerico, fue duque de todas las tierras de Borgoña y de Alsacia, y en la cima del monte Hohemburgo, situado dentro de su ducado, construyó a sus expensas un monasterio femenino muy amplio, de recia y suntuosa fábrica y ricamente dotado, para que las monjas que en él residiesen se consagrasen enteramente al servicio de Dios completamente desligadas de preocupaciones materiales.

Persinda, la esposa del duque, parió una niña ciega. Etico, ante semejante infortunio, sintióse tan abatido y humillado que mandó dar muerte a la recién nacida, pero Persinda logró salvar a la criatura entregándola secretamente a una de sus sirvientas para que la criara haciéndola pasar ante la gente como hija suya. Poco después, la duquesa, para atajar posibles murmuraciones, envió a la niña y a la nodriza muy lejos de la capital del ducado, al monasterio de Palma, en donde previamente habíales procurado alojamiento.

Pasado algún tiempo, Nuestro Señor Jesucristo se apareció a un obispo de la región de Baviera, llamado Erardo, y le dijo: «Ve al monasterio de Palma; allí encontrarás a una niña ciega de nacimiento; bautízala, impónle el nombre de Otilia; en cuanto la bautices desaparecerá su ceguera». Así lo hizo Erardo, y, en efecto, al ungir los ojos de la neófita con el santo crisma, Otilia comenzó a ver con perfecta claridad.

En el monasterio de Palma se crió Otilia; en él, siendo todavía muy niña, se consagró al servicio de Dios, en él creció y se dedicó a una vida de vigilias, ayunos, limosnas y oraciones diurnas y nocturnas.

Cierto día, la joven Otilia, aprovechando el paso por el monasterio de un peregrino, envió por medio de éste, a un hermano suyo que vivía en la casa paterna, una carta oculta dentro de un ovillo de lana de color granate; en la carta comunicaba ella a su hermano tres cosas: que estaba viva, que hiciese saber esto a su padre y que procurase que éste se reconciliase con ella. Recibida la carta, el hermano trató de hacer cuanto su hermana le encomendaba, pero el padre no quiso ni escuchar a su hijo, al que cortó la palabra diciéndole tajantemente:

—Olvídate totalmente de ese asunto.

El joven, sin que su padre se enterara, envió a Palma unos mensajeros con el encargo de que trajeran a su hermana.

Días después, estando el duque sentado en lo alto de una montaña, vio a lo lejos una carroza que parecía acercarse al castillo, y como quien comenta algo que le resulta extraño, volvióse a su hijo que estaba a su vera y le preguntó:

—¿Quién podrá venir ahí?

El hijo le respondió:

—Tu hija Otilia.

El duque se indignó tanto al oír esta respuesta que, ciego de ira, blandiendo el bastón que tenía en la mano, descargó tal cantidad de bastonazos sobre su propio hijo, que éste enfermó a causa de la paliza recibida y de allí a pocos días murió. Su padre se arrepintió de la dureza con que había golpeado a su hijo, y, para expiar tan monstruoso crimen, se retiró a un convento y en él permaneció hasta el final de su vida. En lo tocante a su hija, el duque aceptó que se quedara a vivir en casa y le asignó un estipendio diario exactamente igual al que venía abonando a cada una de las criadas que desempeñaban en el castillo los servicios domésticos. Como la subvención era tan exigua, Otilia durante bastante tiempo vióse obligada a vivir con mucha estrechez, casi miserablemente, hasta que por fin su padre, compadecido de ella, asignóle como dote el monasterio que años antes había fundado, con todas sus propiedades y rentas, y, poco después de esto, el duque falleció.

Conociendo Otilia por divina revelación que el alma de su padre pasaba su purgatorio y se quemaba en un determinado lugar de la ladera del monte, precisamente en el sitio que ocupa el claustro actual, oró por él tan fervorosamente y con tantas lágrimas, que Dios, movido a misericordia, hizo que un día la piadosa hija se viera a sí misma envuelta en resplandores y que, al mirar hacia arriba, advirtiera que el cielo estaba abierto, y que oyera una voz que decía: «Por tus méritos y oraciones los ángeles acaban de liberar a tu padre de los tormentos que padecía; en este preciso momento conducen su alma a la gloria para incorporarla al coro de los patriarcas».

No pocas jóvenes pertenecientes a familias nobles acudieron a Otilia y le rogaron que les permi-

tiera vivir en su compañía. Accedió ella a lo que le pedían, puso en funcionamiento el monasterio que su padre había construido, instituyó en él un régimen de vida religiosa al servicio de Dios, y de ese modo la piadosa doncella se vio convertida en madre espiritual y en maestra de una muy numerosa comunidad constituida por ciento treinta monjas.

Esta santa mujer, que siempre que se disponía a orar invitaba a los ángeles a que oraran también ellos con ella, gozó del privilegio de conseguir al instante del Señor todo cuanto le pedía. Vivió tan austeramente que, a excepción de los días de fiesta, no comía más que un trozo de pan de cebada y una muy escasa ración de legumbres. Su cama consistía en una piel de oso tendida sobre el duro suelo y una piedra que le servía de almohada.

Como el monasterio estaba situado en la cumbre de una montaña muy alta, y a los pobres y peregrinos que acudían a sus puertas en demanda de limosna la subida hasta él resultábales sumamente laboriosa, hizo contruir, abajo, en el valle, un hospital para socorrer a los menesterosos. Posteriormente, las religiosas, prendadas de la amenidad del lugar en que dicho hospital había sido construido, decidieron edificar junto a él un nuevo monasterio. Muy cerquita de estos edificios plantó Otilia, con sus propias manos, tres tilos, uno en honor del Padre, otro en honor del Hijo y otro en honor del Espíritu Santo. Todavía hoy existen los tres árboles, que resultan por cierto muy útiles en tiempos de calor.

Un día, mientras la comunidad cantaba el oficio en el coro, la hermana despensera advirtió que no había ni una gota de vino en ninguno de los barriles de la despensa. La despensera se fue al coro y comunicó a la abadesa lo que pasaba; la abadesa oró, merced a su oración llenóse inmediatamente de vino uno de los cubetos de la despensa, y cuando la despensera momentos después entró nuevamente en la despensa, halló que el cubeto, un rato antes enteramente vacío, hallábase entonces completamente lleno de vino.

Profesaba Otilia especial devoción a san Juan Bautista desde que al ser bautizada sus ojos se abrieron milagrosamente y comenzó a ver. En cierta ocasión el propio Bautista aparecióse a esta santa y le ordenó que mandase construir un oratorio en su honor. A la noche siguiente, Otilia, arrodillada sobre una peña, rogó a san Juan que tuviese a bien indicarle dónde quería que se le construyese el oratorio y cómo tendría que ser éste. Paréceme oportuno aclarar aquí que el sitio en que aquella noche la santa hizo esta oración es el mismo en que actualmente se alza una gran cruz de madera colocada posteriormente en tal lugar para conmemorar el insigne milagro que en él luego ocurrió. Pero prosigamos. San Juan, respondiendo a la demanda de Otilia, apareciósele de nuevo envuelto en resplandores en la misma forma en que suelen reproducirlo los grabados cuando lo presentan bautizando al Señor, indicóle la longitud y anchura que el edificio había de tener y su emplazamiento exacto. Como una de las monjas, aunque no hubiera visto al Bautista, sí había visto la misteriosa claridad en que su figura estaba envuelta, Otilia, que no quería que se supiese nada de lo ocurrido, volviéndose hacia ella le dijo:

—Hermana, mientras yo viva no cuentes a nadie que he tenido esta aparición.

Al comienzo de las obras del oratorio de san Juan se produjo el milagro al que antes hemos aludido, y se produjo de esta manera: tirada por dos bueyes descendía de lo alto del monte una carreta cargada de piedras. De pronto, bueyes y carreta se despeñaron por un precipicio, y fueron a caer en una sima. Desde el sitio en que se despeñaron hasta el hoyo en que cayeron había una distancia de setenta pies. Los obreros, al ver desde lejos la caída, acudieron rápidamente al lugar en que el accidente se había producido, no para salvar a los bueyes, sino para rematarlos si cuando ellos llegasen no estaban ya muertos, y para aprovechar su carne; y mientras corrían hacia el barranco, decían jocosamente:

—Sin duda alguna los bueyes preferirán que los comamos nosotros a que se los coman los gusanos.

Grande fue empero la sorpresa de aquellos hombres cuando, al aproximarse al hoyo en que bueyes y carreta habían caído, observaron que los bueyes, como si nada hubiera ocurrido, no sólo estaban ilesos, sino que habían reiniciado su marcha y continuaban tirando del carro, que ni se había deteriorado ni perdido siquiera una sola de las piedras que transportaba antes del despeñamiento.

Eugenia, Atala y Gundelinda, hijas de un hermano de la santa, abandonaron el mundo.

Otilia, al morir la nodriza que la había criado, enterró el cadáver con sus propias manos. Ochenta años después, al abrirse la sepultura en que la no-

driza había sido enterrada, entre las cenizas en que se habían convertido sus miembros apareció íntegro el pecho dorado con el que la santa había sido amamantada.

Después de una vida muy rica en virtudes, como Otilia supiese que al cabo de algunos días ocurriría su muerte, reunió a toda la comunidad en el oratorio de san Juan, exhortó a las religiosas a la práctica del bien, rogóles que orasen por ella y por el alma de su padre y, hecho esto, dijo a las monjas:

—Recogeos todas en el templo de Nuestra Señora María Santísima Madre de Dios y recitad el salterio.

Mientras las religiosas recitaban el salterio en la iglesia del monasterio, cumpliendo lo que la abadesa les había ordenado, ésta falleció en completa soledad. En cuanto expiró, todo el interior del edificio llenóse de exquisita fragancia, cual si todas las estancias del mismo hubiesen sido perfumadas con delicados aromas.

Las monjas, al terminar la recitación del salterio, volvieron al sitio en que habían dejado a su madre, y al advertir que estaba muerta comenzaron a lamentarse de que hubiera fallecido sin haber recibido antes el sacramento de la Eucaristía como viático, y a orar insistentemente a Dios pidiéndole que la resucitase. Dios escuchó sus plegarias, resucitó a Otilia, y Otilia, al volver a la vida, dijo a sus monjas:

—¿Por qué me habéis inquietado? ¡Tan a gusto como estaba yo al lado de Lucía, disfrutando de una felicidad superior a la que cualquier viviente es capaz de ver con sus ojos, conocer con sus oídos por referencias ajenas o figurarse con su imaginación!

Las religiosas le manifestaron:

—Señora, lo hicimos porque deseábamos que antes de morir definitivamente recibieras la comunión.

Entonces Otilia, al ver un cáliz que alguien había dejado allí, en el que se contenían el cuerpo y la sangre de Cristo, lo tomó en sus manos, dióse a sí misma la comunión, y acto seguido, en presencia de toda la comunidad, entregó su espíritu al Señor.

Ese cáliz, en memoria de tan venerable hecho, consérvase todavía hoy en el monasterio de Hohemburgo, y créese comúnmente que llegó milagrosamente desde el cielo hasta la estancia en que falleció la santa.

El cuerpo de santa Otilia fue reverentemente sepultado ante el altar de san Juan. El suavísimo aroma que se extendió por el monasterio tan pronto como ella expiró duró ocho días.

Santa Otilia fue mártir de dos modos: mártir en el deseo y mártir por lo mucho que maceró su cuerpo. De ahí que Dios la colocara en el cielo al lado de la mártir santa Lucía.

Capítulo CXCI

SAN UDALRICO, OBISPO

Udalrico, insigne confesor de Cristo, perteneció a una ilustre familia alemana. Nobles fueron sus padres, y muy distinguidos, en el sentido en que el mundo toma estas palabras, pero fueron todavía más nobles y ditinguidos por la religiosidad de su vida. Como eran personas de fe cristiana muy profunda, cuando su hijo nació acogiéronlo con alegría, convencidos de que aquel hijo constituía un verdadero regalo de Dios, y, siguiendo la costumbre que entonces regía entre las familias de elevada posición social, entregáronlo a una nodriza de confianza para que lo criara.

Pocos días después de que el niño naciera, el cielo, mediante algunos hechos extraordinarios, presagió que al recién nacido estábale reservada alguna misión muy especial, porque, a pesar del mimo y esmero con que lo criaban, su cara presentaba un aspecto demacrado y de horrible lividez. Sus padres, apenados y preocupados, buscaban angustiosamente remedio para el mal que sin duda aquejaba a su hijo.

Un día llamó a las puertas de aquella casa, siempre abiertas para socorrer a los pobres y dar posada a los peregrinos, un clérigo que iba de camino, pidió hospitalidad y se la concedieron benignamente; tan benignamente, que el susodicho clérigo decidió quedarse durante algún tiempo en la señorial mansión, en la que fue tratado con toda clase de consideraciones.

El primer día de la estancia del clérigo en la casa, como éste, cuando estaban sentados a la mesa, oyera llorar al niño, que aún no tenía doce semanas, prestó atención a sus vagidos y, en seguida, como si poseyese especiales poderes para adivinar el futuro de las personas, dijo a los padres de la criatura:

—Si queréis que vuestro hijo se salve, es preciso que desde ahora mismo lo destetéis.

Al siguiente día, y en idénticas circunstancias, el clérigo hizo la misma advertencia a los padres del niño, quienes, lo mismo que el día anterior, hicieron caso omiso de ella. El día tercero, hallándose como en los anteriores, sentados a la mesa, nuevamente el clérigo oyó llorar al chiquillo, pero esta vez tan débilmente que tuvo que reforzar con su mano el pabellón de la oreja para percibir sus vagidos, y cuando logró oírlos durante un breve rato, dijo con cierto énfasis a los padres de la criatura:

—Tened por cierto que si desde ahora mismo no se suspende radical y definitivamente la lactancia de ese niño, el pequeño no saldrá de esta noche; pero si lo destetáis sin la menor pérdida de tiempo y lo nutrís con alimentos sólidos, vivirá y llegará a ser un hombre grande ante el Señor.

No necesito hacer literatura ni derrochar ingenio para demostrar que esta profecía del clérigo se cumplió, porque la mejor prueba de que, en efecto, se cumplió, constitúyenla los muchísimos milagros que constantemente viene obrando el Señor desde la sepultura de san Udalrico.

Esta tercera advertencia surtió efecto: el niño fue inmediatamente destetado, y en cuanto se suspendió su lactancia comenzó a desarrollarse corporal y espiritualmente tan a las claras que quienes veían su crecimiento y medro llenábanse de admiración y de contento, pues para todos constituía un verdadero gozo ver cómo aquel pequeño infante, futuro dispensador de los misterios del Señor, pese a no tener más que algunos meses de edad, necesitaba alimentarse con sustancias sólidas, con lo cual presagiaba que, más adelante y a su debido tiempo, alimentaría desde la mesa del altar con el trigo abundante de la gracia divina a cuantos consiervos suyos asistiesen al banquete celestial.

Pronto el muchachito comenzó a distinguirse por la modestia con que se conducía entre los demás chicos de su edad, por el reverente temor que sentía hacia Dios, por la obediencia y sumisión a las personas mayores y por el exquisito cuidado que ponía, a pesar de que todavía era un niño, en huir de la lascivia. Su comportamiento exterior, su modo de andar, sus ademanes, sus gestos; en fin, todos sus movimientos, denotaban el arraigo y el alto desarrollo que las virtudes habían adquirido en su alma.

Viendo sus padres cuán intensamente resplandecía la gracia divina en su hijo, enviáronle al monasterio de san Galo para que sus monjes, con su probada competencia, lo instruyeran en letras humanas y en la ciencia de Dios. Dirigido por tan excelentes y ejemplares maestros, el discípulo aprendió a obtener diariamente ricos y abundantes frutos de las lecciones teóricas que recibía, y a llevar a la práctica inmediatamente las enseñanzas que obtenía en la lectura de los Libros Sagrados. Ascendiendo constantemente por los peldaños de las virtudes, al cabo de cierto tiempo llegó a la cima de la escala de Jacob y, cuando a dicha altura hubo llegado, oyó la voz del Salvador que le decía: *«Ve, vende cuanto tienes, reparte el dinero entre los pobres, vuelve y sígueme»*. Sin la menor demora hubiera obedecido esta consigna y habría abrazado la vida monástica tomando el hábito en aquel monasterio, si el Señor mediante una revelación no le hubiese comunicado explícitamente lo que de él deseaba, de esta manera: No lejos del mencionado monasterio de san Galo hacía vida de ermitaña una santa mujer llamada Muberata. Esta sierva de Dios, recluida en una celda, entregada a la oración diurna y nocturna y a la práctica de vigilias y ayunos, vivía enteramente consagrada, por amor a Jesucristo, a mantener limpio y puro el templo de su corazón y a ofrecer constantemente en él sacrificios de alabanza en honor de su Creador, Señor y dueño, repitiendo a menudo estas palabras del Salmista: *«¡Oh Dios! ¡En todo momento tengo presentes tus deseos y de acuerdo con ellos quiero alabarte sin cesar!»*. El santo adolescente fue por aquellos días a visitar a esta piadosa ermitaña para manifestarle sus deseos de consagrarse a Dios en el monasterio de san Galo y requerir su opinión en relación con semejante propósito. Muberata, tras oír la exposición que Udalrico le hiciera, le contestó:

—Antes de aconsejarte nada, quiero yo tratar de este asunto con Nuestro Señor. Vuelve de aquí a tres días y daré respuesta a tu pregunta.

Así que pasaron los tres días, Muberata, previamente instruida por el Espíritu Santo, dijo al mancebo:

—Piadoso joven, Dios no quiere que te quedes en este monasterio, sino que cuanto antes te marches de aquí y te encamines hacia el Este, y sigas andando hasta que encuentres un río que constituye línea divisoria entre dos regiones. El Señor desea que cuando llegues a donde está ese río, te quedes allí, porque es su voluntad que te hagan

obispo de aquella tierra. He de advertirte que te aguardan muchos padecimientos y que, tanto los infieles como los malos cristianos que por aquella zona hay, te causarán grandes sufrimientos; pero no te arredres; confía en Cristo; no te olvides de que El ha dicho: *«Yo he vencido al mundo»*. Cuando pases por las pruebas que te esperan, recita a menudo estas palabras del salmista: *«En el Señor encontraremos ayuda; El ha reducido a la nada a todos nuestros enemigos»*.

No echó en olvido nuestro santo nada de cuanto la ermitaña le dijo; incluso secretamente comentó estos anuncios con algunas personas amigas suyas, si bien encargándoles que guardasen absoluta reserva sobre tales confidencias.

Cuando plugo al Señor convertir en realidad lo que por medio de sus fieles, el clérigo peregrino y la ermitaña Muberata, había anunciado en relación con su siervo Udalrico, dispuso las cosas de manera que el clero y el pueblo, por unanimidad, eligieran obispo al santo varón, y que el rey, con su autoridad, confirmara la elección y diera al elegido posesión de su cátedra episcopal.

Por mucho que lo intentáramos no podríamos hallar palabras suficientemente adecuadas para declarar cómo el nuevo obispo honró el cargo que le había sido conferido. A partir del momento en que comenzó a ejercer su nuevo oficio, se consagró plenamente a la oración y a la lectura espiritual y a engalanar su alma con las virtudes que según el Apóstol deben resplandecer en quienes han sido llamados al ejercicio de este ministerio. *«El obispo,* dice san Pablo, *«tiene que ser sobrio y casto, pues así lo requiere su condición de representante de Dios»*. De noche permanecía sin acostarse, orando e inmolándose a sí mismo como una víctima sacrificada mediante la asidua contemplación en el altar de su corazón; de día, proseguía su holocausto, inmolando sobre el altar visible del templo la Hostia de salvación para que el sacrificio de esta víctima resultase grato y aceptable al Redentor universal.

Después de completas, jamás tomaba ni alimentos ni bebida de ninguna clase, llegando esta abstinencia a ser en él una costumbre observada solemne e inquebrantablemente.

Recordando que el Señor había dicho *«por tus palabras te salvarás y por tus palabras te condenarás»*, procuró en todo tiempo ser muy cauto en el hablar y muy amante del silencio.

Diré, resumiendo, que supo hacer compatibles su comportamiento exterior como obispo, con las exigencias intrínsecas y espirituales de la vida monástica.

Finalmente, el año 973 de la Encarnación del Señor, a los 83 años de edad, y a los 50 de su consagración episcopal, cual si se tratara de un jubileo, es decir, de un año de gracia y de pleno perdón, san Ulderico, este auténtico hebreo, salió del Egipto de este mundo y, libre de servidumbres y victorioso, emigró y fue a reunirse eternamente con su Señor.

Capítulo CXCII

SAN GALO, CONFESOR

A lo largo y ancho de toda Irlanda resonaba el nombre de un piadosísimo varón llamado Columbano, o Columba, cuya santidad brillaba y resplandecía como brillan y resplandecen los rayos del sol, y despertaba la admiración y el afecto de todos los habitantes de aquellas tierras. En cierto libro, en el que se narra extensamente la historia de su vida, refiérese cómo su nacimiento y hechos gloriosos habían sido proféticamente anunciados antes de que este santísimo hombre viniera al mundo.

Entre los muchos que se sintieron atraidos por la fama de las virtudes de san Columbano merecen especial mención los padres de san Galo, personas muy religiosas a los ojos de Dios y de muy elevada y noble condición social según los criterios del mundo. Estos piadosos cónyuges ofrecieron al Señor a su hijo Galo en cuanto nació, y algún tiempo después, siendo todavía muy pequeñito, entregáronlo al referido santo para que con su magisterio y el ejemplo de sus numerosos discípulos lo iniciara en la práctica de la virtud y lo habituara a caminar siempre avanzando por las sendas de la vida espiritual.

Como Galo era de muy buena índole, y hasta entonces había sido educado con sumo esmero, bien pronto se notaron los progresos que hacía en santidad al lado de tan excelente maestro. Asistido por la gracia divina, logró también extraordinaria formación gramatical y tal dominio de las sutiles reglas del arte literario y de la rima y del metro que llegó a ser competentísimo versificador; pero

sobre todo adquirió un muy notable conocimiento de las Sagradas Escrituras, y aprendió a extraer de esta riquísima mina los materiales necesarios para construir con ellos el edificio de su sólido saber teológico cimentado en los eternos principios de la verdad. La adquisición de esta soberana ciencia dejóle capacitado para dar solución a cuantos problemas nuevos pudieran surgir ante él. Tan grande fue su dominio en estas materias teológicas que quienes tenían dudas o simplemente avidez de mayores conocimientos, si acudían a él quedaban admirados de su sabiduría y de la claridad con que interpretaba los pasajes más obscuros de los Libros Sagrados. Todos cuantos oían sus explicaciones doctrinales, o con él entablaban cualquier conversación, se hacían lenguas ponderando su ingenio y alabando su exquisita prudencia. Impresionados por su competencia y madurez de juicio, los monjes, sus compañeros, pidieron al abad san Columbano que confiriese a Galo las sagradas órdenes, y aunque Galo se opuso a ello cuanto pudo, tuvo al fin que ceder. Por obediencia a san Columbano, que de acuerdo con los otros religiosos así lo dispuso, Galo fue recibiendo una tras otra las diferentes órdenes, y de ese modo quedó convertido en presbítero. Desde que se vio investido de la dignidad sacerdotal procuró por todos los medios que su vida y ministerios resultasen agradables al soberano inspector que todo lo ve, orando de día y de noche, y pidiendo incesantemente al Señor con copiosas lágrimas que se mostrara misericordioso con los pecadores.

Cuantos le conocían y trataban amábanle y sentíanse atraídos y cautivados por los méritos de su vida y de sus virtudes.

Así marchaban las cosas en aquella comunidad; mas he aquí que un día san Columbano, que anhelaba desprenderse de cuanto poseía y tomar su cruz y seguir desembarazadamente al Señor para adquirir la perfección evangélica, de acuerdo con sus hermanos que, contagiados del fervor que ardía en el alma de su abad deseaban también renunciar a la dulzura del trato y comunicación con sus parientes y amigos y a sus posesiones, y sentíanse dispuestos a vivir con mayor austeridad, se embarcó con todos ellos en una nave que los llevó primero a Inglaterra y luego a las Galias. En las Galias, san Columbano y sus discípulos se presentaron ante Sigiberto, rey de aquellas tierras, el cual rogó al abad que desistiese de su proyecto de continuar viaje hacia otros países y le suplicó que se quedase con sus monjes en la parte de su reino que quisiesen elegir, prometiéndole a él y a ellos todo género de ayudas, y asegurándoles que les concedería todo cuanto le pidiesen.

Facultados, pues, para instalarse donde mejor les pareciere, comenzaron a recorrer unas tras otras las diferentes comarcas del mencionado reino. En una de aquellas exploraciones se encontraron con el Rin, cerca ya de Alemania, y caminando en dirección contraria a la del curso del río y sin separarse mucho de sus orillas, llegaron hasta el lago Leman, y, como hallaran cerca de la ribera de este lago un paraje que les gustó mucho, decidieron quedarse allí.

Los habitantes de aquella región eran crueles, ímpios, adoraban a los ídolos, ofrecíanles sacrificios, creían en los magos y en los adivinos, y entregados a toda suerte de supersticiones practicaban multitud de cosas contrarias al honor y culto divinos. San Columbano y sus compañeros, desde el día en que iniciaron su convivencia con aquellos paganos, trataron de convertirlos a la verdadera fe y les enseñaron a adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. San Galo, que descollaba entre los discípulos del santo abad por su piedad, impulsado por su celo religioso, comenzó a incendiar los templos y altares erigidos por los infieles para honrar a los demonios y a arrojar al lago las oblaciones que los paganos ofrecían a los ídolos. Esta actitud desencadenó la ira y envidia de los idólatras, quienes de común acuerdo decidieron matar a san Galo y apalear y expulsar de la comarca a san Columbano.

Entonces san Galo, no por miedo, sino movido por un auténtico celo evangélico y por su convicción de que no procedía continuar perdiendo el tiempo dedicando inútilmente a aquella gente empedernida atenciones y energías que empleadas en favor de almas más generosas podían producir abundantes frutos, se marchó de allí, y al cabo de algunos días de constante caminar, llegó a Arbón, ciudad fortificada en la que vivía un bondadoso sacerdote llamado Mullimar, en cuya iglesia prestaba sus servicios como diácono un tal Hiltibaldo que conocía perfectamente todos los sitios del país aptos para hacer en ellos vida de retiro y de soledad. San Galo, que desde que llegó a Arbón hizo muy buenas migas con el susodicho diácono, en una de las conversaciones que sostuvo con él, le preguntó:

—¿Sabes si hay por esta comarca algún lugar

amplio, llano, abundante en aguas puras y sanas, adecuado para vivir en él? Te hago esta pregunta porque —esto te lo digo confidencial y reservadamente— ando en busca de un paraje inhabitado y ardo en deseos de encontrarlo, para pasar en él el resto de mi vida en silencio y soledad.

El diácono le respondió:

—Padre, conozco ciertamente un sitio que reune algunas de las condiciones que indicas, puesto que es abundante en aguas y está inhabitado; pero hállase rodeado por todas partes de montañas muy altas, y el valle a que me estoy refiriendo, aunque es largo, es también estrecho, sinuoso y tal vez demasiado profundo; además tiene estos otros inconvenientes: que su suelo está plagado de zarzas y de otras malezas y que, si bien abundan en él ciervos y varias clases de animales inofensivos, abundan todavía más diferentes géneros de fieras sumamente peligrosas. Los osos que por allí hay son innumerables, los jabalíes muchísimos y las manadas de lobos rabiosos incontables. Yo podría conducirte hasta allí, pero entiendo que no debo hacerlo porque abrigo el temor de que, si lo hiciera, en cuanto penetraras en aquella espesura serías devorado por los feroces animales que la pueblan.

San Galo le replicó de este modo:

—No olvidemos esta sentencia del Apóstol: *«Si Dios está de nuestra parte ¿quién podrá nada contra nosotros?»* Sabemos, además, que *«todas las cosas pueden redundar en beneficio de los que aman al Señor».*

Durante toda la jornada ayunó san Galo, y al llegar la noche no se acostó sino que permaneció en vigilia y orando hasta la alborada del día siguiente, como procedía, puesto que si el amor que hacia Dios sentía era el motor que le impulsaba a acometer tan arriesgada empresa, resultaba razonable solicitar la ayuda divina con insistentes y prolongadas plegarias antes de iniciarla.

Al disiparse las últimas sombras de la noche y asomar el lucero matutino, cuando el sol salió de su escondite para dar comienzo a su diaria carrera por el espacio, y empezó a iluminar desde Oriente con sus vivísimos resplandores los confines todos de la tierra y a proporcionar luz y calor a los mortales, el santo atleta de Dios se echó al hombro el saco en el que había metido lo que a juicio del diácono debía llevar, y, confortado con la oración que había hecho durante la vigilia nocturna, salió de Arbón acompañado de Hiltibardo, que hacía de guía. Hacia la hora de nona, después de haber caminado sin parar desde la de prima, el diácono dijo a san Galo:

—Padre, tengo hambre; ¿Por qué no hacemos un alto en nuestro camino, comemos un poco, bebemos unos sorbos de agua, descansamos un rato, recuperamos nuestras fuerzas y nos ponemos en condiciones para continuar andando, ya más aliviados, hasta que lleguemos al lugar a donde nos dirigimos?

El santo varón de Dios le respondió:

—Come tú lo que necesites, hijo; por mi parte yo no probaré bocado hasta que el Señor me haya mostrado el sitio en que deseo establecer mi morada.

Entonces el diácono dijo:

—Puesto que somos compañeros de viaje, seámoslo también de fatigas y de consuelos. ¡Adelante, pues, Padre!

Renunciando al descanso, continuaron caminando a paso rápido porque el sol empezaba a declinar y el calor que enviaba sobre la tierra en su descenso hacia el ocaso era más tolerable. En determinado momento san Galo comenzó a rezagarse y a caminar algo detrás de su guía, para evitar la conversación y poder orar en silencio, y al pasar por un sitio en el que había muchas zarzas y matorrales, tropezó y cayó al suelo. El diácono, que se dio cuenta del percance, retrocedió y acudió corriendo a donde san Galo yacía caído, para ayudarle a levantarse; mas el santo siervo de Dios, divina y repentinamente inspirado, profetizando su futuro dijo a su guía:

—¡Déjame! ¡Ya puedes marcharte! *Haec requies mea in saeculum saeculi! hic habitabo, quoniam elegi eam!* (Este es el lugar que andaba buscando; aquí me quedaré para siempre; mi elección ya está hecha).

Allí mismo, posteriormente, aquel eximio cultivador de virtudes construyó un oratorio, y en derredor de él una serie de casitas a modo de celdas para los hermanos que le acompañaban, porque para entonces ya se le habían agregado doce, los cuales, estimulados por las palabras y ejemplos del siervo de Dios, comenzaron a sentir sed de los bienes eternos y se mostraron firmemente dispuestos a buscar la santidad a través de la vida monástica.

Una mañana, bastante antes de amanecer, al terminar los maitines y salir los religiosos del oratorio para dirigirse, como de costumbre, hacia sus celdas para dormir y descansar hasta la hora de prima, san Galo llamó a su diácono Magnaldo y le dijo:

—Dispón todo lo necesario para la celebración de la misa.

—Está bien, padre, asintió Magnaldo.

Seguidamente el diácono le preguntó:

—¿A qué hora piensas celebrarla?

San Galo le contestó:

—Ahora mismo. Cuando estábamos terminando el oficio de maitines, Dios, por medio de una visión, me dio a conocer que Columbano, mi padre y señor, libre ya para siempre de los trabajos de esta vida, emprendía su viaje a la patria bienaventurada del paraíso. Quiero, pues, inmolar inmediatamente la Hostia de salvación y ofrecerla por el eterno descanso de su alma.

Magnaldo preparó rápidamente todo lo necesario para la celebración inmediata del santo sacrificio y tocó la campana convocando a la comunidad; al instante acudieron los monjes a la iglesia, se postraron en oración, asistieron a la misa y, en unión con su padre y maestro, encomendaron insistentemente al Señor el alma de san Columbano.

Cuando estaban construyendo el oratorio en cuyas obras trabajaban no sólo albañiles profesionales sino también san Galo y los demás religiosos que se le habían incorporado, un día ocurrió lo siguiente: Al tratar de adaptar un tablón a una de las paredes advirtieron que era más corto de lo preciso puesto que le faltaban cuatro palmos de longitud.

—Este tablón no vale —dijeron los albañiles.

Como los obreros desecharon decididamente el tablón, san Galo, que confiaba plenamente en el Señor, mandó interrumpir el trabajo, invitó a comer con los demás religiosos a los obreros, pasaron todos al refectorio, y el santo, tras bendecir la mesa como de costumbre, y las provisiones que la divina providencia les había procurado, fue dando con su propia mano un trozo de pan bendito a cada uno de los comensales. Terminada la comida, monjes y albañiles regresaron a la obra para seguir trabajando, y al llegar a la pared del oratorio en donde habían dejado un rato antes el tablón desechado por corto, quedaron sorprendidos al advertir que el tablón, mientras ellos comieron, había crecido y alcanzado la longitud necesaria, y hasta más de la necesaria, puesto que sobrábale medio pie.

Profundamente admirados, aserraron al tablón lo que le sobraba y lo colocaron en el sitio que le correspondía. El Señor confirmó el milagro que acabamos de referir con otros muchos realizados por él desde entonces a lo largo de los siglos mediante el susodicho tablón, al que concedió virtud especial para curar el dolor de muelas a los fieles que con devoción y confianza se arrimaban a él y pedían al Señor la gracia de verse libres de la dolencia que les aquejaba. Tenemos motivos para creer que si Dios hizo crecer milagrosamente la longitud del tablón, y a través de él continúa realizando los relativos a la desaparición de los dolores de muelas, fue porque pretendió y pretende principalmente estas dos cosas: que los milagros de los alivios de los dolores de muelas obrados por medio del tablón contribuyan a mantener vivo el recuerdo del otro milagro: el del crecimiento; y que de este prodigio del crecimiento del tablón y de los siguientes relativos a los dolores de muelas, deduzcamos la grandeza de los méritos y virtudes de san Galo, puesto que este santo fue quien con su oración alcanzó de Dios la merced de que una madera seca, contra todas las leyes de la naturaleza, creciera repentinamente.

Algún tiempo después de esto, estando ya cercano el día señalado por el autor y dispensador de todos los bienes para sacar de los combates de este mundo a su atleta Galo y premiarle con los laureles eternos de la victoria, presentóse en su celda Mullimar, el presbítero de Arbón, rogando al siervo de Dios que tuviese a bien ir con él a su ciudad para predicar en ella. Accedió san Galo, mas a los tres días, fatigado por las jornadas del camino, que fueron dos, y por otra de predicación al pueblo, cayó repentinamente enfermo, pero enfermo de gravedad, pues en poco rato la fiebre altísima que se apoderó de él le dejó tan extenuado que no le fue posible regresar a su monasterio ni tomar ninguna clase de alimento; y al cabo de catorce días, consumido por la inanición y por las calenturas que minaron enteramente sus fuerzas, a sus 95 años de edad, el 17 de las Calendas de noviembre, o lo que es lo mismo, el 16 de octubre, su alma llena de merecimientos se liberó de las prisiones de este mundo y entró en posesión de la bienaventuranza eterna. Nada más morir descubrióse un secreto bastante significativo de la santidad con que había vivido: el piadoso siervo de Dios a donde quiera que iba llevaba consigo un misterioso estuche colgado en bandolera de uno de sus hombros. Este estuche era de cuero y permanecía siempre diligentemente cerrado con una llave de la que san Galo jamás se desprendía. Ninguno de sus

discípulos supo nunca durante la vida del santo qué podría guardar éste en la tan vigilada caja. Al amortajarle hallaron pendiente de su cuello la llave, abrieron el cofrecillo y encontraron en él un pequeño cilicio y una cadena de cobre manchada de sangre; y luego, al examinar su cuerpo, descubrieron abuntantes huellas de la cadena y alrededor de la cintura cuatro surcos profundos en carne viva, es decir cuatro heridas ensangrentadas cada una de ellas tan larga como el perímetro de su tronco, producidas respectivamente por los cuatro ramales que tenía la cadena de cobre. Usaba el santo esta cadena para disciplinarse, y, después de disciplinarse con ella, ceñíase el cuerpo con los cuatro ramales. Al inspeccionar la pequeña túnica interior de pelo de cabra que utilizaba como cilicio, y que escondía con la cadena en el estuche cuando no la tenía puesta, vieron en ella cuatro rayas de sangre, anchas y largas, correspondientes a los cuatro surcos hendidos en su carne. Así que amortajaron y colocaron su cadáver en el féretro, pusieron a su lado, junto a la cabeza, el estuche con el cilicio y la cadena, pero luego, al enterrarlo, retiraron aquellos tres venerables objetos y los dejaron expuestos al público, suspendidos en el testero de la sepultura, para que los fieles pudiesen venerar aquellos tres testimonios de la vida santa y penitente que el siervo de Dios había llevado. Desde entonces el Señor viene otorgando innumerables mercedes y favores a cuantos visitan la tumba del santo y honran piadosamente tan venerables objetos.

Capítulo CXCIII

SAN ARBOGASTO, OBISPO DE ESTRASBURGO

Los autores antiguos, o no escribieron nada acerca del santísimo sacerdote de Cristo Arbogasto, o escribieron muy poco y aun eso poco se perdió. A una de esas dos cosas se debe el hecho de que carezcamos de documentos fidedignos acerca de su nacimiento, de su niñez y de cómo llegó a ser obispo. En cuestiones de historia sólo los testimonios escritos pueden engendrar certidumbre. Sin embargo, no todo lo relacinado con este padre, tan importante y tan célebre por los espléndidos milagros que obró durante su vida, ha quedado sepultado bajo una losa de silencio; verdad es que carecemos de información documental escrita, pero contamos con relatos transmitidos verbalmente de unos a otros, de oído en oído, desde los días en que vivió, e ininterrumpidamente hasta los nuestros. Vamos, pues, a referir algunas cosas importantes relacionadas con él, llegadas hasta nosotros por la vía de la tradición oral.

En tiempos del rey Dagoberto, cuando la Iglesia derramaba por doquier el suavísimo aroma de las flores de su católica doctrina, y la palabra de Dios se propagaba rápidamente por todas las tierras del universo, quiso la providencia divina que Arbogasto llegara desde Aquitania hasta Estrasburgo, y que fuese nombrado obispo de esta diócesis, y que la gobernara feliz y prósperamente durante muchos años.

Este bienaventurado sacerdote de Cristo estableció con el mencionado rey una amistad verdaderamente íntima, hasta el punto de que las puertas del palacio real estaban siempre abiertas para el obispo, porque el monarca gozaba mucho con las visitas del prelado, se deleitaba oyéndole hablar, y guiábase en todo por los consejos que el santo varón le proporcionaba. Mas la cordialidad con que se trataban, el acierto con que uno y otro desempeñaban sus correspondientes oficios, y la prosperidad con que marchaban los asuntos del reino y del obispo, suscitaron la envidia del enemigo del género humano, el cual hizo cuanto pudo para que aquella situación de feliz y risueña se trocara en desgraciada y sombría; y lo logró.

En cierta ocasión, durante una cacería, los monteros del rey y el príncipe heredero, hijo único del monarca, estando en plena selva y ver surgir un jabalí ante ellos, salieron corriendo tras la alimaña, como suele hacerse en semejantes casos. Los cazadores, azuzando a sus perros, se esparcieron por diferentes lugares del bosque en persecución del animal, atravesando espesuras, subiendo a las colinas y bajando a lo hondo de los barrancos. El incauto príncipe a su vez, en solitario, discurrió por entre matorrales e intrincadas arboledas; pero de pronto su caballo se espantó de algo, se encabritó y emprendió veloz carrera. El joven jinete, que en una de sus manos tenía la fusta y en la otra las bridas, trató de frenar al desbocado corcel tirando con ambas manos de las riendas; mas al tirar excesivamente de éstas, el caballo, apoyado en las patas traseras, quedó con las delanteras en alto, en tal posición, que el príncipe se escurrió de la silla,

se enredó con las correas de las riendas y de la fusta y cayó al suelo entre las patas del caballo que lo acoceó y pisoteó reiteradamente y lo dejó materialmente triturado. Después de recorrer durante mucho tiempo el bosque en su búsqueda, sus criados por fin lo encontraron, pero al ver el lastimoso estado en que se hallaba, profundamente apenados alzáronlo del suelo, tendiéronlo como mejor pudieron sobre los lomos de dos caballerías, y llorando, cual si acompañaran a un difunto, lleváronlo hasta su casa. ¿Quién será capaz de describir el dolor que el rey y la reina sintieron cuando llegaron a palacio las primeras noticias del accidente acaecido al príncipe, y el llanto de los cortesanos, y los lamentos de las gentes en la ciudad, en los pueblos y en el campo, a medida que iban enterándose de lo sucedido, y las caravanas de hombres y de mujeres que profiriendo clamorosos gritos y procedentes de todas partes se congregaron ante las puertas del regio alcázar para manifestar su condolencia al soberano? Aunque el joven príncipe llegó a casa con vida y al instante lo acostaron y le prodigaron esmeradamente infinidad de cuidados, todo resultó inútil: tan maltrecho había quedado, que al siguiente día murió. Al producirse este fatal desenlace, los cortesanos se reunieron en consejo para estudiar la manera de mitigar el dolor del monarca y aliviarle la pena que el trágico e impensado accidente y su desenlace final estaban produciendo en su alma, y por unanimidad acordaron sugerir al rey que invitase al obispo a que pasara lo más pronto que le fuera posible por su palacio. El rey, que acogió fervorosamente la sugerencia de sus cortesanos, envió inmediatamente unos emisarios a la casa del obispo para que le transmitiesen de su parte el ruego de que, aunque fuese a costa de grandes molestias, tuviese a bien presentarse en palacio urgentemente. Sin pérdida de tiempo los emisarios fueron a visitar al prelado, transmitiéronle llorando el mensaje que para él llevaban, y el obispo, profundamente impresionado por la noticia y llorando también y gimiendo de dolor y participando de la pena que en aquellas circunstancias su querido amigo del alma sentía, lo dejó todo y entonces mismo salió de su residencia y se dirigió hacia la del monarca. Este, que no había tenido paciencia para aguardar en su casa a que el obispo llegara, salió de ella, con la cabeza cubierta, rodeado de cortesanos y de muchas personas que llorando a voces le acompañaban, y se dirigió al encuentro de su amigo; y al ver que ya venía allá a lo lejos, apresuró el paso y, cuando en medio de la calle se encontraron y trataron de saludarse como lo hacían siempre que se encontraban, ni uno ni otro pudieron pronunciar ni una sola palabra porque el dolor que inundaba sus corazones hizo enmudecer sus gargantas. ¿Quién podría ponderar los torrentes de lágrimas que ambos derramaron en aquella coyuntura, y después, hasta llegar a palacio, y durante todo aquel día? Agotados de tanto llorar, cuando sobrevino la noche, exhaustos de fuerzas y rendidos por el sueño, el rey y sus familiares se retiraron a descansar. También se retiró el obispo, pero no para acostarse, sino para orar. ¿Cómo oró? ¿Qué pidió en sus peglarias? ¿Qué expresiones utilizó en sus súplicas? No lo sabemos, pero sí sabemos lo que después de que orara ocurrió. Terminada su oración, el obispo regresó a la estancia en que se hallaba expuesto el cadáver del príncipe, mandó a cuantos allí se hallaban velando al difunto que se marcharan, y, en cuanto se quedó solo con el muerto, se arrodilló ante el féretro, recurrió a María, invocó su patrocinio y le dijo:

—¡Oh Señora! ¡Tú que engendraste en tus entrañas al que trajo la vida verdadera al mundo, pide a tu Hijo que resucite a este príncipe!

Coincidiendo con el final de esta súplica, el muerto se incorporó y se puso en pie, vivo. Seguidamente el obispo dijo al ayo del príncipe:

—Tu joven señor ha resucitado. Quítale las ropas con que fue amortajado y vístele las que comúnmente usaba.

El ayo y los demás criados que le ayudaron a cambiar las ropas a su señor, incapaces de contener su gozo, dieron suelta a su alegría y, con grandes manifestaciones de júbilo y de algazara, echaron a correr por galerías y salones proclamando a voces el milagro que acababa de ocurrir. Quienes dormían, despertaron sobresaltados, salieron de sus cámaras y, corriendo igualmente de unas a otras dependencias, preguntábanse mutuamente:

—¿A qué se debe tanto ruido y alborozo?

El propio rey, que a causa de su profunda tristeza había pasado casi toda la noche desvelado sin poder pegar sus ojos, y que sólo un momento antes habíase por fin quedado dormido, saltó de la cama y asustado acudió rápidamente a la sala del féretro, puesto que de allí parecía proceder el estruendo; y las lágrimas que nuevamente comenzó a derramar constituyeron el mejor testimonio del júbilo que inundó su corazón al ver resucitado a

aquél con quien, de haber sido posible, unas horas antes hubiese trocado su suerte, prefiriendo ser él el difunto a cambio de que su hijo viviese; y al no poder contener la alegría que sintió en su corazón, hasta entonces destrozado por la tristeza, y repentinamente inundado de gozo al ver a su hijo vivo, cayó de hinojos a los pies del santo varón de Dios. Pronto se extendió la venturosa noticia entre los que habían acudido a la corte o venían hacia ella de camino para participar en el duelo por el difunto. Estos, los que venían de camino, al enterarse de lo que se decía, o sea, al oír que el príncipe había resucitado, aceleraron el paso, porque todos querían ser los primeros en llegar a palacio para ver con sus propios ojos al joven que había regresado de las regiones de la muerte a la de la vida. El obispo, para huir de las aclamaciones del pueblo, intentó marcharse de allí y regresar secretamente y cuanto antes a su casa, pero el rey y la reina se lo impidieron, y tras cambiar rápidamente impresiones entre sí acerca de la remuneración que debían conceder al santo varón de Dios por la extraordinaria merced que acabada de hacerles, y decidir que le darían cuanto le apeteciese, tomaron al prelado consigo y se lo llevaron a la cámara del real tesoro; y, abriendo ante él las arcas, mostráronle las inmensas cantidades de oro, plata, joyas y demás riquísimos objetos que en ellas había, y con sincera voluntad le dijeron:

—Haznos, señor, el favor de tomar para ti de estos cofres todo cuanto quisieres, sin limitación alguna.

Negóse el venerable obispo a aceptar absolutamente nada de todo aquello, mas como el rey y la reina insistieran en sus ofrecimientos y le dijeran que no quedarían tranquilos si no aceptaba lo que tan sinceramente ponían a su disposición, al cabo de un rato bastante largo de porfía, el prelado dijo al monarca:

—Veo que tus deseos de consagrar al Señor parte de tus riquezas en agradecimiento al beneficio que acaba de hacerte son verdaderos. Me estoy dando perfecta cuenta de que no quedarás tranquilo si me obstino en rechazar tu oferta. Para resolver, pues, esta cuestión de la mejor manera, he aquí lo que yo propongo: si os parece bien a ti y a la reina, puesto que por los méritos de la Santa Madre de Cristo recuperásteis a vuestro hijo, ofreced en usufructo a la iglesia dedicada a ella algunas tierras de vuestro reino a fin de que con las rentas que produzcan las fincas que donéis a la mencionada iglesia se remedie la estrechez con que viven los clérigos encargados de atender el culto en ella. La estrechez con que esos clérigos viven al presente es muy grande porque las posesiones de esa iglesia son muy pocas y de escasa utilidad. Si constituís la donación que os propongo, cabría incluso aumentar el número de eclesiásticos en el referido templo a fin de que el culto en él fuese más intenso y estuviese mejor atendido. Además, un patrimonio eclesial consistente en tierras es más sólido y estable que el constituido por oro y por alhajas. El oro y las alhajas son de suyo cosas perecederas y si bien mientras subsisten producen a quienes contemplan tal tesoro alegría y complacencia, si se pierden causan tristeza y enojo. El patrimonio formado por tierra es más seguro y duradero, y contribuirá mejor que el otro al provecho espiritual de tu alma, y de las de tus familiares, tanto antepasados como presentes y futuros.

El monarca, a quien pareció muy bien la propuesta del pontífice, preguntóle a éste de muy buena gana:

—¿Que tierras de mi reino te parecen las más adecuadas para hacer donación de ellas a la Madre del Rey celestial, dueño y Señor de cuanto existe en este mundo y en el otro?

Dispuestos a llevar a efecto este plan, obispo y monarca conjuntamente pasaron mentalmente revista a toda la región de Alsacia y, como de todos los territorios que había en ella, parecióles que el más indicado para ofrecerlo a tan alta Señora era el correspondiente al pueblo de Rubiaca, constituyeron con este pueblo y todas sus pertenencias, es decir, con sus campos, viñas, praderas, montes, selvas, aguas, edificios y habitantes, una opulentísima dote en honor de la Reina Soberana; y el rey, sin pérdida de tiempo, en presencia de los altos dignatarios de la corte que unánimemente aprobaron su decisión, firmó un documento en el que se hacía constar que el pueblo de Rubiaca con todas sus posesiones y pertenencias, casas y moradores, a partir de aquel día y para siempre jamás, quedaba sometido absoluta, definitiva e inderogablemente a la santa iglesia catedral de Estrasburgo dedicada a Santa María Madre de Dios. El obispo se hizo cargo del acta en que constaba tan importante donación, se despidió del monarca, regresó a su casa, convocó al clero, al ejército y al pueblo, mostróles el importantísimo documento, y, después de leerlo en voz alta en presencia de todos, colocólo sobre el altar de la Virgen María.

Después de esto san Arbogasto todavía vivió muchos años dando pruebas de sus santas virtudes.

Entre los muchos milagros que hizo me parece interesante insertar aquí uno que impresionó y edificó notablemente a sus diocesanos. Dice la tradición que el venerable siervo de Dios había mandado construir para su uso personal una pequeña capilla de madera al otro lado del Ill, río que nace en la cordillera de los Vosgos y, después de mezclar sus aguas con las del Rin, atraviesa todavía en nuestros días las tierras de los alsacianos. Todas las noches, mientras la gente dormía, el santo obispo salía secretamente de su casa, cruzaba el río en una barca, llegaba a la capilla, recogíase en ella y en ella permanecía entregado a la oración y contemplación de los divinos misterios hasta la madrugada. Pues bien, una noche al salir de su casa y llegar a la vera del río se encontró con la desagradable sorpresa de que la barca que solía utilizar para pasar de una ribera a la otra había desaparecido; mas no por eso dejó de acudir a su acostumbrada oración en su capilla, sino que atravesó el río andando sobre la superficie de sus aguas, sin mojarse; y de la misma manera, a pie enjuto, cruzólo de nuevo cuando, antes de amanecer, regresó a su casa.

Durante su santa vida sanó a muchos enfermos de la enfermedad o enfermedades que cada cual padeciera y curó a multitud de endemoniados, obligando a los malos espíritus a salir de los cuerpos en que se habían introducido, y restableció la paz y la concordia entre gentes que vivían enemistadas, recurriendo en cada ocasión a los procedimientos que a su juicio resultaban más adecuados.

Cuando advirtió que el final de su vida estaba próximo, mandó preparar su sepultura en lo alto de una colina, fuera de la ciudad, mas a corta distancia de ella (donde luego se construyó una iglesia dedicada a san Miguel), y dispuso que cuando muriera lo enterraran allí, imitando en esto a Nuestro Señor Jesucristo, que fue sepultado extramuros de Jerusalén.

Capítulo CXCIV

SAN ADELFO

Una de las fiestas que la Iglesia celebra es la de san Adelfo. Este santo, hijo de Félix, natural de Aquitania, y de Beatriz, noble dama perteneciente a una de las más linajudas familias de Borgoña, fue obispo de Metz e hizo el número diez entre los sucesores de san Clemente, primer prelado de la diócesis, nombrado por san Pedro para que la rigiera y gobernara.

Cierto día aparecióse un ángel a Beatriz y le hizo este anuncio: «Parirás un hijo que llegará a ser famoso por su santidad y por sus obras».

Así fue. Félix y Beatriz tuvieron un hijo, pusiéronle el nombre de Adelfo, y, no mucho después de que lo destetaran, lo entregaron a la Iglesia para que la Iglesia lo instruyese en doctrina cristiana y en lo concerniente al servicio del Señor. Tan rápidos y notables fueron los progresos del infantil alumno, y de tal modo se destacó sobre sus compañeros, que, habiendo aprendido en poco tiempo cuanto en aquella escuela eclesial podían enseñarle, su padre lo sacó de ella y encargó de su posterior instrucción y formación a un hermano de Beatriz que se llamaba Rufo y era a la sazón obispo de Metz, rogando a este probo varón que, con el ejemplo de sus buenas obras y de sus ordenadas costumbres, encaminase al pequeño discípulo por la senda de la virtud.

Tras haber gobernado la diócesis durante dieciocho años, murió Rufo, y, al quedar la sede vacante, clero y pueblo unanimemente eligieron a Adelfo para que fuese el sucesor de su tío; y, en efecto, Adelfo, a pesar de la resistencia que puso a la elección y a la aceptación del cargo, fue consagrado pastor de la Iglesia de Metz.

No hay lengua que pueda declarar suficientemente la generosidad con que el nuevo obispo practicó la limosna, ni la fidelidad y devoción con que se entregó todas las noches a la oración, ni el rigor y frecuencia de sus ayunos. Diecisiete años gobernó la diócesis, dando en todo momento luminosos ejemplos de santidad. Al cabo de esos diecisiete años salió de este mundo y emigró al reino de los cielos.

Su cuerpo fue enterrado junto al de su tío san Rufo en la iglesia del mártir san Félix. Los milagros que desde sus respectivas tumbas obraron ambos santos, tío y sobrino, constituyeron un cla-

ro testimonio de los méritos que ante Dios acumularon durante su vida terrena.

Mucho tiempo después de esto, concretamente en el año 840 del nacimiento del Señor, siendo emperador Ludovico y obispo de Metz el venerable Drugo, a petición de los monjes de un monasterio generalmente conocido por el nombre de *Nuevo-Villers,* y de Lanfredo, obispo que juntamente con Drugo gobernaba la extensa diócesis metzense, y del pueblo y del clero de Alsacia, que fervorosa y unánimemente se unieron a la demanda de los monjes y de Lanfredo, el cuerpo de san Adelfo fue trasladado desde su primer enterramiento al mecionado monasterio situado en territorio de la misma diócesis de Metz.

Cuando se abrió la primitiva sepultura para exhumar los sacratísimos restos del santo, cuantos se hallaban presentes sintiéronse inundados por un aroma de exquisita fragancia que penetró en sus narices y en ellas permaneció todo el tiempo que duró el traslado hasta el monasterio susodicho y el que se empleó en enterrarle en el nuevo sepulcro. Al pasar el féretro por un bosque de los Vosgos, los árboles de uno y otro lado del camino se inclinaron cual si trataran de saludar y homenajear reverentemente al santo cuerpo. A lo largo del trayecto recorrido por el cortejo, las gentes de los pueblos vecinos salían de sus casas, y las que estaban en el campo abandonaban los trabajos que estuvieran haciendo y acudían presurosas al encuentro de las sacrosantas reliquias para honrarlas devotamente. La única excepción de esta regla la constituyó un campesino, el cual no sólo no quiso interrumpir las faenas que estaba realizando, sino que desde donde se hallaba profirió invectivas contra los restos del siervo de Dios y contra sus acompañantes, diciendo a voces a éstos que, ni el cuerpo que llevaban era el del santo, ni podía calificarse de honesto lo que estaban haciendo, ya que todo aquello constituía una estratagema hábilmente montada para engañar a la gente sencilla y sonsacarles sus dineros; pero apenas hubo proferido semejantes blasfemias, sintióse repentinamente enfermo y aquejado de tan altas fiebres que al no poder sostenerse en pie fue menester que algunos formaran con sus brazos una especie de silla y de esa manera lo llevaran hasta su casa. ¿Sanó el campesino de aquella enfermedad? ¿Murió a consecuencia de la misma, víctima de su infidelidad? No lo sabemos. En cambio, otro hombre gravemente enfermo desde tiempos atrás, lleno de fe se acercó al féretro, metió bajo él uno de sus hombros, deseoso de ayudar a los que sobre los suyos llevaban el cuerpo del santo, y deseoso también de que el santo lo curara; y de este hombre sí sabemos que, tan pronto como introdujo su hombro bajo el féretro de san Adelfo, quedó repentinamente curado.

Al llegar los venerables restos al reiteradamente mencionado monasterio, fueron recibidos por una multitud innumerable de clérigos y de gentes de diversa condición que allí se habían congregado para darles la bienvenida. Entre aclamaciones y grandes muestras de devoción y de entusiasmo el cuerpo del santo fue introducido en la iglesia, dedicada a san Juan Bautista, y en ella fue nuevamente sepultado.

Los manifiestos y evidentes milagros que san Adelfo comenzó a realizar desde su nuevo enterramiento, y los que todavía actualmente sigue obrando, prueban sin el menor género de duda que este glorioso santo reina con Cristo.

Capítulo CXCV

LA VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA A ISABEL

Desde los albores de su existencia la santísima Virgen María consagróse plenamente a Dios.

Son tantos y tan extraordinarios los favores hechos por María a cuantos la invocan, que todos los que se ven en alguna necesidad para la que no encuentran remedio, recurren a ella en busca de protección.

El Señor ha dispuesto que todas las cosas de la creación hayan quedado sometidas a la sabiduría, prudencia, solicitud y gracia de esta Señora. ¿Quién es la gobernadora de este mundo y de las fuerzas terrenas? ¡María! ¿Quién es la Madre de la misericordia y la soberana administradora del perdón y de la indulgencia? ¡María! ¿Quién es la abogada de los pecadores? ¡María!

A la vista de estas prerrogativas, el pontífice de Roma Urbano VI, profundamente afligido por el cisma que durante su pontificado desgarraba la unidad de la Iglesia, y considerando con la perspicacia de su fina inteligencia que Dios había constituido a la Santísima Virgen en poderosísima protectora de los infelices pecadores, en habilísima restauradora de la concordia entre los disidentes y en visitadora diligentísima de cada uno de lo fieles, este pontífice romano, digo, para impetrar de tan poderosa Señora la gracia de que el cisma terminara, dispuso piadosamente que la fiesta de la Visitación de María a Isabel, de tan rico contenido por las estupendas cosas que durante aquella visita ocurrieron, se celebrara en adelante, no inmediatamente después de la de la Anunciación, como hasta entonces se venía haciendo debido a que ambos hechos ocurrieron uno a continuación del otro, sino en otra fecha distinta y fuera del tiempo cuaresmal. Esta decisión fue acertada, porque así se sacaba de la cuaresma, ciclo luctuoso enteramente dedicado por la Iglesia a la conmemoración de los tristísimos acontecimientos de la Pasión de Cristo, esta fiesta que en el marco cuaresmal no podía ser celebrada con la solemnidad y alegría requeridas por el maravilloso episodio de la Visitación. Por eso, para que los fieles pudiesen alabar y honrar con la magnificencia debida a la gloriosa y Santísima Virgen Nuestra Señora en el misterio de su Visitación, el piadoso papa Urbano VI dispuso que en adelante esta festividad se celebrase en todos los templos de la cristiandad a continuidad de la octava de la Natividad de san Juan Bautista, y que, a lo largo de los ocho días siguientes al de la Visitación, se hiciese memoria de tan venturoso misterio. Más todavía hizo este papa, puesto que, para promover debidamente entre los creyentes la devoción hacia la Visitación de María a Isabel, y para excitar en sus corazones un profundo amor y filial afecto a la Santísima Virgen, determinó que todos cuantos devotamente celebrasen la mencionada festividad con su octava y se confesasen y arrepintiesen de sus pecados, pudiesen lucrarse del beneficio de ciertas limosnas materiales que en determinadas ocasiones se repartían en los templos, otro beneficio superior, consistente en gracias espirituales, es decir, en las indulgencias que a cargo del tesoro místico de la Iglesia ésta tenía concedidas de antemano y para siempre a quienes tomasen parte en la festividad del *Corpus Christi.*

Un ángel anunció a María que había hallado gracia ante el Señor y que el Hijo de Dios iba a encarnarse en su seno para salvar a todos los pueblos. Ella creyó fielmente, y tan pronto como formuló este acto de fe, concibió en sus entrañas al Verbo divino.

Agradeció María al Señor el beneficio que acababa de hacerle, y como supo por el ángel que Isabel, su pariente, hallábase preñada desde hacía seis meses, movida por la piedad y caridad de su corazón púsose en seguida en camino hacia Jerusalén para felicitar a su prima y para prestarle su ayuda y servicios. He aquí lo que a este respecto dice expresamente la Escritura: *«Púsose María en camino y con presteza se fue a la montaña, a una ciudad de Judá y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel».*

María, pues, se fue con presteza a la montaña. Pudo hacer el camino sin errar, porque un ángel la guió durante el trayecto y el Espíritu Santo, suavemente, vivificó e inflamó su alma y condujo sus pasos a través de las abruptas alturas de los montes, sobre cuyas cimas pasó ella alegre, gozosa, con la agilidad de los pájaros, confiando plenamente en el Señor, soportando de buen grado las incomodidades de los ásperos senderos, evitando las conversaciones con las gentes con quienes se encontraba en los terrenos llanos, y sintiendo vivos deseos de llegar cuanto antes a Jerusalén cada vez que desde la altura de las colinas divisaba en la lejanía las lomas que rodeaban a la ciudad o que le servían de asentamiento. Cuando llegó a ella, ni se detuvo ni se entretuvo con nadie, sino que procurando pasar inadvertida continuó su viaje acelerando el paso, porque deseaba estar cuanto antes en aquella otra población de Judá para que el precursor del Señor, Juan, todavía dentro del seno materno, quedase santificado lo más pronto posible; esa santificación contribuiría a que también cuanto antes se supiese en la localidad que el Mesías, Cristo, habíase ya encarnado y a que la noticia volase rápidamente desde allí hasta los últimos confines de la tierra, y a que comenzasen a desvelarse una serie de augustos misterios.

Entró María en casa de Zacarías y saludó a Isa-

bel. Observa cómo se acercó la superior a la inferior, la Señora a la sierva, la Reina del cielo y de la tierra a la súbdita y esclava. Considera las alabanzas que en aquella visita resonaron en casa de Isabel y las que María tributó al Señor[1].

Capítulo CXCVI

SANTA ESCOLÁSTICA, HERMANA DE SAN BENITO

Escolástica, consagrada desde su infancia al Señor Todopoderoso, solía visitar a su hermano san Benito una vez al año y en una determinada fecha. El día en que tenían por costumbre verse, el santo varón de Dios salía al encuentro de su hermana y celebraban la entrevista en una celda perteneciente al monasterio, situada fuera del recinto monástico y a no mucha distancia de la portería.

Un año, en la fecha acostumbrada, acudieron a la mencionada celda, como otras veces, Escolástica y su venerable hermano acompañado de algunos de sus monjes; pasaron la jornada alabando a Dios y hablando de cosas espirituales, y, cuando la tarde declinaba, sentáronse a la mesa para tomar algún alimento. Terminada la colación continuaron hablando de temas santos y, como la conversación se prolongara más que en otras ocasiones, san Benito, al darse cuenta de lo avanzado de la hora, se alzó de su asiento para marcharse. Su hermana, entonces, trató de impedir que se fuera y le suplicó:

—¡No te vayas, por favor! ¡Quédate aquí esta noche! ¡Deseo que me expliques algunos puntos relacionados con la vida del cielo! ¡Sigamos hablando hasta que amanezca!

El santo le replicó:

—Hermana, ¿qué estás diciendo? ¿No sabes que yo no puedo en modo alguno pasar la noche fuera de mi celda?

La santa religiosa, que continuaba sentada, al oír la negativa de su hermano apoyó sus codos sobre la mesa, sujetó su cabeza entre las palmas de sus manos y durante unos instantes oró en silencio pidiendo algo al Señor Todopoderoso. En aquellos instantes el cielo estaba despejado; no había ni la más tenue nubecilla en el firmamento; mas en el preciso momento en que Escolástica dejó de orar, sacó su cabeza de entre sus manos y miró a Benito, comenzó a relampaguear, a tronar y a llover tan intensa y torrencialmente que en poco rato la campiña quedó anegada y convertida en una enorme laguna a causa de la copiosa lluvia que caía del cielo. En estas circunstancias, por supuesto que ni el venerable padre san Benito ni ninguno de los religiosos que le acompañaban osaron poner sus pies fuera de la celda en que se encontraban. Mientras la santa monja mantuvo su cabeza entre las palmas de sus manos derramó sobre la mesa en que apoyaba sus brazos torrentes de lágrimas, y la humedad de su llanto alteró la serenidad del cielo y desencadenó la lluvia que acto seguido comenzó a caer en tromba y en poco rato inundó el campo; porque téngase en cuenta que la tormenta no surgió algún tiempo después de que ella orara, sino en el instante preciso en que dio su oración por acabada, y hubo en esto tal coincidencia y simultaneidad que el primer trueno se oyó en la primera tromba de agua que cayó en el momento concreto en que la santa sacó su cabeza de entre las manos, alzó la cara y miró a su hermano, de modo que ambas cosas, la de sacar la cabeza de entre las manos y la de empezar a tronar y a llover, ocurrieron al mismo tiempo.

Viendo el varón de Dios que con semejante tempestad de relámpagos y de truenos y con aquellos aguaceros no podía regresar al monasterio, dijo contrariado y en son de queja a Escolástica:

—¡Hermana! ¡Que Dios Todopoderoso te perdone lo que has hecho!

—Te supliqué —respondióle ella— que te quedaras y no quisiste acceder a mis ruegos; pedíle al Señor que me ayudara a convencerte y El tuvo a bien ayudarme de esa manera. Hace un rato no te importaba dejarme sola; pues ¡anda!, ¡regresa ahora, si te atreves, a tu monasterio!

Tal como se pusieron las cosas aquella noche resultábale imposible a Benito abandonar la celda que le servía de cobijo y por consiguiente no le quedó otro remedio que conceder por fuerza a la santa monja lo que antes no quiso otorgarle de

[1] El Dr. Th. Graesse, responsable de la edición latina cuyo texto presentamos traducido en esta nuestra edición castellana, en nota a pie de página, dice «Hemos creído conveniente omitir el resto del capítulo en el que su autor añade a lo dicho el texto íntegro de la Bula de Bonifacio IX dirigida al mundo entero sobre la fiesta de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María a Isabel, y un largo trozo del sermón del Venerable Beda acerca de este mismo misterio».

buen grado, y permanecer con su hermana en aquel refugio, con ventaja para ambos, pues ambos saciaron su sed de santidad hablando de asuntos relacionados con la vida espiritual y de cosas santas hasta la madrugada. De no haber sido por esto, Escolástica no hubiera conseguido de su hermano lo que tan ardientemente deseaba, porque, si nos fijamos bien, no cabe la menor duda de que las intenciones del santo varón eran las de regresar al monasterio y lo hubiera hecho si el cielo hubiese conservado la serenidad que tenía cuando él vino a la celda y durante el tiempo que en ella estuvo hasta que insistió en marcharse, cosa que no pudo hacer porque en el preciso momento en que trataba de poner por obra su plan de regresar al monasterio vióse obligado a permanecer en la celda por la fuerza de un milagro obrado por Dios Todopoderoso a instancias de una mujer. No tenemos por qué extrañarnos de que en aquella ocasión una débil monja ganase la partida al abad, puesto que se trataba de una hermana que desde hacía un año venía aguantando sus ansias de ver a su hermano y de hablar con él. Si tenemos en cuenta que Juan ha dicho *«Dios es caridad»,* no hay razón para que nos mostremos sorprendidos de que en aquella pugna, que fue pugna de amor, venciera ella, puesto que ella era quien más intensamente amaba.

A la mañana siguiene ambos hermanos se despidieron. Escolástica regresó a su propia celda y Benito volvió a sus monasterio.

Tres días después, estando el santo abad en su aposento, al mirar hacia lo alto del espacio a través de la ventana, que estaba abierta, vio como el alma de su hermana, recién salida del cuerpo, ascendía volando en forma de paloma y penetraba en el santuario del cielo. La firme persuasión de que Escolástica había entrado ya en posesión de la gloria eterna llenóle el alma de gozo, cantó himnos de alabanza agradeciendo al Dios omnipotente tan insigne beneficio, comunicó a los monjes el fallecimiento de la santa religiosa y envió rápidamente a algunos de ellos para que fueran a recoger el cuerpo de la difunta con encargo de que lo trajeran a su monasterio; y en la iglesia de su monasterio lo inhumó, en un sepulcro que desde años atrás tenía preparado para sus propio enterramiento. De ese modo, pasado algún tiempo, los cuerpos de los dos hermanos, cuyas almas habían vivido siempre estrechamente unidas en el Señor, quedaron también reunidos en una misma sepultura.

San Benito, en el mismo año en que había de ocurrir su propia muerte, con bastante antelación, en conversaciones privadas comunicó a algunos de sus monjes el día exacto en que pasaría de este mundo al otro, rogándoles que guardasen secreto sobre esto y que de ello no dijeran nada a nadie. La misma confidencia y el mismo encargo de reserva sobre el particular hizo a algunos otros religiosos pertenecientes a la abadía que vivían en celdas aisladas a cierta distancia del edificio central del monasterio. A estos últimos les prometió que tan pronto como muriera les haría conocer mediante algún signo especial que su tránsito de ésta a la otra vida acababa de producirse. Una semana antes de su santísimo fallecimiento mandó abrir y preparar la sepultura, y al día siguiente de tomar esta precaución, cuando aún faltaban seis fechas para su óbito, sintióse repentinamente enfermo, aquejado de muy alta y recia calentura. En las jornadas siguientes su estado se fue agravando sucesivamente, un poco más cada día, con aumento constante de fiebre y de fatiga. Seis días después de aquél en que cayó enfermo dijo a sus monjes:

—Llevadme a la iglesia y dadme en comunión el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor.

Una vez que comulgó y fortaleció su espíritu para emprender el viaje supremo, rogó a sus religiosos:

—Ponedme en pie y ayudadme a mantenerme erguido.

Estando de esta manera, en pie, sostenido por sus religiosos, alzó sus manos y ojos hacia el cielo y, orando y pididiendo al Señor que acogiese su alma en su gloria, expiró.

El mismo día de su fallecimiento, poco antes de que éste ocurriera, simultáneamente y mediante el mismo procedimiento hizo saber que iba a morir en aquella fecha a dos monjes que vivían recluidos, uno en una celda situada cerca del monasterio y otro en otra bastante más lejana. Aquel mismo día y a la misma hora ambos religiosos vieron un camino ricamente alfombrado y profusamente iluminado por infinidad de lámparas, que se iniciaba en la ventana de la celda del santo y, ascendiendo suavemente en rampa y en dirección hacia Oriente, llegaba hasta el cielo. Apostado a la vera de la suntuosa calzada vieron también a un hombre vestido con ropas muy venerables, el cual se dirigió a ellos de palabra sin moverse de donde estaba y les preguntó:

—¿Sabéis qué significa todo esto que estáis viendo?

Ellos le contestaron:

—No lo sabemos.

Entonces díjoles él:

—Pues yo sí lo sé. Por esta alfombrada y clarísima senda va a subir hoy mismo al cielo el alma de Benito, amigo muy querido del Señor.

Todos los religiosos a quienes con antelación y confidencialmente había el santo abad comunicado la fecha en que había de morir, comprobaron que el pronóstico se cumplió fielmente; quienes estaban presentes en el monasterio cuando el santo falleció, comprobáronlo fácilmente, puesto que fueron testigos del hecho; y quienes estaban ausentes comprobáronlo también porque vieron las respectivas señales que a cada uno de ellos su padre habíales indicado.

Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de san Juan Bautista construida por iniciativa suya años antes en el mismo lugar en que desde muy antiguo existía un templo pagano dedicado a Apolo que él mando demoler para alzar sobre su solar y asentamiento el que dedicó a san Juan.

Capítulo CXCVII

SAN RUPERTO

La fiesta que la Iglesia celebra en honor de nuestro santísimo y felicísimo padre Ruperto tiene por objeto recordar su triunfal entrada en el paraíso, ¡Gran regocijo espiritual produce en las almas piadosas esta conmemoración! Cada vez que celebramos esta fiesta advertimos que en nuestros corazones retoña con nuevos y crecientes bríos el gozo sentido en la celebración del año anterior.

En la Escritura leemos: *«El justo será eternamente recordado»*, y *«un hijo sabio constituye el orgullo de su padre»*. Por tanto, perpetuo recuerdo merece entre los hombres este justo, san Ruperto, que ya vive y reina entre los ángeles. Orgulloso y satisfecho debe sentirse Dios de este hijo que mediante la predicación del Evangelio de Jesucristo sacó de las tinieblas de la muerte e iluminó con la luz de la fe y condujo a la casa del Padre a tantas naciones paganas.

Ruperto, noble por su nacimiento, puesto que sus padres pertenecían a la familia real de Franconia, fue todavía más noble por su fe y por la dignidad de su vida. En tiempo de Hyloperto, rey de los francos, concretamente en el año segundo del reinado de este monarca, nombráronle obispo de Worms. Humilde y casto, sencillo y prudente, devoto en las alabanzas divinas, lleno del Espíritu Santo, acertado en sus consejos, equitativo en sus juicios, perfectamente pertrechado a derecha e izquierda con las armas de las virtudes y pastor excelente de su rebaño fue este santo confesor de Cristo. Entre sus palabras y sus obras jamás hubo la menor discrepancia, porque siempre tuvo gran cuidado en practicar personalmente cuanto predicaba a las ovejas que le habían sido confiadas. De ahí sus frecuentes vigilias, sus prolongados ayunos, y la misericordia de su corazón en el ejercicio de su ministerio. Repartía limosna con tal generosidad que todo lo que caía en sus manos distribuíalo entre los pobres. Con tal de socorrer las necesidades del prójimo no le importaba absolutamente nada quedarse él en situación de auténtica penuria. Así quedó muchas veces. Cuando socorría a un indigente hacíalo con tanta largueza que cada uno de los socorridos, ante la abundante limosna que recibía, podría pensar que él era la única persona en toda la región, a juicio del obispo, precisada de ropas, de alimentos o de subsidios.

La fama de sus virtudes se extendió por toda la tierra hasta el punto de que, atraídos por su buen nombre, acudían a visitarle muchísimos varones ilustres procedentes no sólo de su propia nación o de las vecinas, sino de otras muy lejanas; unos, porque deseaban beneficiarse con la santísima doctrina que predicaba; otros, porque querían exponerle personalmente sus penas y tristezas para que con sus piadosas palabras los consolase, y, finalmente, no pocos, para que con su competencia y autoridad les declarase el verdadero sentido de determinadas cuestiones teológicas o de disciplina eclesiástica. A todos acogía con benignidad; a todos solícitamente escuchaba. De ahí que fuesen muchos los que merced a su intervención rompieran las ligaduras con que el enemigo infernal los mantenía sujetos a su obediencia y se encarrilaran por los caminos que conducen a la vida eterna.

Los numerosísimos infieles que por entonces vivían en la región de Worms, no pudiendo soportar la santidad del siervo de Dios, se amotinaron contra él, lo apresaron, lo cubrieron de injurias, lo sometieron a infinidad de befas y escarnios

y, después de apalearlo brutalmente, lo expulsaron de la ciudad.

Teodón, duque de Baviera, ansiaba conocer al venerable obispo y beneficiarse de su conversación y trato, porque había oído hablar de la santidad de su vida y de sus milagros. Por eso, al enterarse de que el ilustre prelado había sido expulsado de Worms, encargó a algunos de sus eminentes consejeros que fueran en su busca y le rogaran de su parte encarecidamente que tuviese a bien trasladarse a las tierras de su ducado para predicar a los bávaros la fe cristiana. San Ruperto recibió bondadosamente a los emisarios del duque y, al oír las peticiones que en nombre de su señor le hicieron, vio en todo aquel asunto la mano de la Providencia divina, dio gracias a Dios por haber despertado en el alma de las gentes de Baviera, sumergidas a la sazón en las sombras tenebrosas de la muerte, tan sinceros deseos de conocer a Jesucristo, luz verdadera y autor de la vida, y, para poder comenzar cuanto antes a predicar el Evangelio en las tierras del ducado, determinó que algunos de los sacerdotes de que disponía acompañasen a los emisarios en su viaje de regreso encargándoles a unos y a otros que dijeran al duque que dentro de muy pocos días también él se pondría en camino hacia Baviera.

Teodón, lleno de alegría por la respuesta que el venerable prelado había dado a su demanda, organizó rápidamente con la flor y nata de sus caballeros una brillante comitiva, se puso al frente de la misma y salió al encuentro del santo obispo. Este encuentro se produjo en Ratisbona, en medio de un ambiente de inenarrable entusiasmo. San Ruperto, sin pérdida de tiempo, tras de aconsejar a los habitantes de la ciudad que observasen un ayuno colectivo, empezó a exponer al duque las principales verdades de la doctrina cristiana y a sembrar en su alma la semilla de la fe; y cuando creyó que Teodón estaba suficientemente preparado e instruido en la religión de Cristo, invitóle a que públicamente abjurase del culto que tributaba a los ídolos, y una vez que el duque hizo la aludida abjuración, el venerable obispo lo bautizó en el nombre de la Santísima e individua Trinidad. Aquel mismo día, y al mismo tiempo que el duque, recibieron el bautismo los nobles de su Consejo, muchas personas de elevada posición social y más o menos otras tantas de condición humilde, alabando todos cuantos fueron bautizados al Creador del mundo por haberse dignado trasladarlos desde las tinieblas de la fe en que vivían a la zona luminosa de la verdad, y dando al mismo tiempo gracias al santo confesor de Cristo por haber inundado sus almas de claridad con su predicación y enseñanzas, y por haber despertado en sus pechos, hasta entonces pechos de infieles, pechos resecos e inapetentes, deseos de beber agua pura en las fuentes cristalinas de la vida.

Así que el duque y cuantos individuos del pueblo guiados por la divina gracia aceptaron ser purificados por el sacramento que engendra en las almas la vida de la salvación y fueron bautizados, san Ruperto, a instancias de Teodón, subió a un navío y, a bordo del mismo y siguiendo el curso descendente del Danubio, arribó a diferentes poblaciones y aldeas, y sin trabas de ninguna clase en todas ellas predicó el Evangelio de Jesucristo. Durante esta campaña el celoso misionero, cual lámpara encendida colocada sobre un buen candelabro, irradió la luz de la fe sobre la región de Nórica. Atravesando esta comarca pasó la Panonia inferior, y desde aquí se dirigió por tierra a Lauriaco, en donde convirtió a muchos de sus habitantes, apartándolos de la idolatría y regenerándolos con las aguas bautismales. Desde Lauriaco, en donde sanó a innumerables enfermos de diversas enfermedades en nombre del Señor, el siervo de Dios se dirigió a diferentes lugares; a todos aquellos en los que, según la información que le proporcionaban, el paganismo estaba especialmente arraigado, y fuelos recorriendo unos tras otros, presentándose en cada uno de ellos con valentía, sin miedo a nada ni a nadie, destruyendo en cuanto llegaba los templos de los falsos dioses, rompiendo las imágenes de los ídolos y comenzando en seguida a predicar públicamente y exponer ante las gentes que querían escucharle la doctrina de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y de su sacratísima encarnación y lo concerniente a las dos naturalezas, la divina y la humana, que coexistían en El. «Por su naturaleza divina —les decía—, Cristo es Hijo de Dios y Dios verdadero, engendrado por Dios Padre antes de todos los siglos; por su naturaleza humana es auténticamente hombre, porque el Verbo divino, para salvar a los demás hombres, en un determinado momento de la historia, mucho después de que el género humano fuese creado, tomó una naturaleza igual a la nuestra, asumiendo la condición humana en las entrañas de una Virgen y naciendo a su debido tiempo de esa Virgen para alumbrar el camino que todo

ser humano que viene a este mundo debe recorrer».

A instancias del duque de los fieles andaba el siervo de Dios por entonces buscando un lugar adecuado para establecer en él su sede episcopal. Con vistas a la realización de este proyecto que implicaba la construcción de una catedral que pensaba dedicar a san Pedro, príncipe de los apóstoles, recorrió san Ruperto toda la zona ribereña del río Salzach, y siguiendo su curso fue a dar a Salzburgo. Esta ciudad, llamada primitivamente Zuvave, había sido en tiempos remotos la población más importante y mejor construida de Baviera, pero cuando san Ruperto llegó a ella hallábase casi desierta, y tan ruinosa y abandonada que, entre sus desmoronados edificios y en lo que antes habían sido calles y plazas, crecían zarzas y espesos matorrales. Pese al lamentable estado en que se encontraba y a que los habitantes que en ella vivían eran muy pocos, el santo estimó que aquél era el lugar más idóneo para establecer en él su sede episcopal, entre otras razones porque estaba totalmente rodeado de montañas y separado del mundanal ruido. Comunicó, pues, su decisión al duque, hízole éste donación de la ciudad, y sin pérdida de tiempo comenzó el venerable obispo a reconstruirla y a edificar en ella una basílica en honor de san Pedro, príncipe de los apóstoles. Teodón financió generosamente la empresa y asignó cuantiosos bienes y rentas a la nueva catedral, porque quería que el edificio se construyese con magnificencia y que, una vez que las obras terminaran, el nuevo templo contase con abundante clero y con cuantas cosas fuesen necesarias para el sostenimiento del culto divino.

Acabada la construcción de la iglesia catedralicia, san Ruperto designó un número suficiente de sacerdotes para que todos los días del año celebraran en ella los oficios divinos con la debida solemnidad. Posteriormente, el siervo de Dios, movido por su deseo de ennoblecer más y más la basílica, obtuvo del duque con destino a ella un canastillo de esos que suelen llamarse *píxides,* valorado en mil monedas de oro, porque estaba hecho de metales preciosos. A partir de esta nueva donación del duque se introdujo la costumbre, con el divino auxilio, de que los reyes, duques y los fieles de la ciudad de Salzburgo hiciesen donativos y regalos a la catedral con destino al culto; merced a tales donaciones y obsequios, las posesiones de esta iglesia fueron sucesivamente incrementándose.

Cierto día unos hombres honrados y sinceros fueron a visitar a san Ruperto, y profundamente impresionados le comunicaron que en un lugar que entonces no tenía nombre y que posteriormente se llamó Wongobia, ellos habían visto con sus propios ojos y por tres o cuatro veces unas lámparas misteriosas suspendidas en el aire, advertido que, mientras aquellas extrañas lámparas permanecían encendidas, el ambiente quedaba impregnado de una exquisita fragancia. Quienes acompañaban al obispo en esta entrevista y oyeron el precedente relato quedaron admirados de lo que aquellos hombres manifestaban, y comentaron entre sí que si era cierto que aquellos hombres habían visto y olido lo que decían que habían olido y visto, se trataba sin duda alguna de un fenómeno milagroso. El santo prelado envió al lugar de los hechos a uno de sus presbíteros, llamado Domingo, diciéndole:

—Ve a donde dice que ocurren esas cosas. Averigua diligentemente lo que pueda haber de verdad en ello, y si, en efecto observas que allí sucede algo misterioso, coloca en el suelo una cruz de madera.

El obispo mandó construir al efecto una cruz de madera de gran tamaño, la bendijo con sus propias manos, la entregó a Domingo, e inmediatamente éste, acompañado de algunos religiosos, salió para el lugar desierto en que decían que sucedían aquellas extrañas cosas. El mismo día en que llegaron, en cuanto comenzó a anochecer, Domingo y sus acompañantes vieron, efectivamente, cómo descendían de lo alto del firmamento unas lámparas que quedaban suspendidas a cierta altura en el espacio y cómo con sus rayos luminosos, vivos y brillantes al modo de los rayos del sol, iluminaban de claridad toda aquella región. La visión se repitió tres noches seguidas y, mientras duró el misterioso fenómeno, Domingo y sus compañeros sintieron el gratísimo aroma de que habían hablado quienes informaron al obispo. Domingo hincó en el suelo la cruz bendita que el prelado le entregara, construyó a su lado una cabaña, y regresó a informar a san Ruperto, a quien dijo que también él y sus compañeros habían sido testigos de los hechos denunciados por los primeros informadores. San Ruperto, después de tratar de aquel caso con el duque, se trasladó personalmente al susodicho lugar, que estaba en un paraje desierto, y, viendo que era apto para vivir en él comenzó a talar robles añosos, a rozar los matorrales y malezas que

tenían convertido todo aquello en una intrincada selva, a allanar el suelo y a edificar una iglesia y varias celdas para que pudieran alojarse en ellas algunos siervos de Dios.

Por entonces Teodón cayó gravemente enfermo y, al darse cuenta de que el final de su existencia se acercaba, llamó a Teoberto, su hijo, lo nombró duque de Nórica y le hizo estos encargos:

—Hijo, obedece a san Ruperto; ayúdale cuanto puedas a establecer el cristianismo en las tierras de tu ducado; concédele lo que necesite para el desempeño fructuoso de su sagrado oficio; muéstrate generoso con la santa Iglesia de Salzburgo; dótala de lo preciso para que realice decorosa y dignamente su misión.

Después de haber hecho éstas y otras recomendaciones a su hijo, y de haberle indicado el comportamiento que en todos los aspectos materiales y espirituales de la vida debería seguir, Teodón, concluido el curso de su existencia, expiró y emigró al Señor.

Teoberto, después del fallecimiento de su padre, fue al desierto acompañado de varios caballeros nobles, visitó al santo obispo, y le ofreció su acatamiento, y durante el tiempo que permaneció en aquel retirado lugar trató al venerable prelado muy afectuosamente. San Ruperto, por su parte, bendijo y dedicó a san Maximiano, en presencia del nuevo duque, la iglesia que allí había construido, a la que Teoberto seguidamente donó todos los terrenos que hasta tres millas de distancia quedaban en su derredor, más una granja llamada Albina con todas sus posesiones y pertenencias, para que con los frutos y rentas de estas donaciones pudieran vivir algunos monjes que san Ruperto había traído de otra parte con el fin de que se dedicaran exclusivamente a servir a Dios en aquel apartado lugar.

Una vez que este asunto estuvo terminado, el santo varón de Dios, consciente de que aunque las más altas autoridades de Baviera se hubiesen sometido al yugo de Cristo muchísimas personas del ducado continuaban sumergidas en el error del paganismo, hizo un viaje a su patria, reclutó en ella un grupo de doce misioneros elegidos personalmente por él, entre los que incluyó a dos presbíteros, los dos famosos y los dos de vida muy santa, llamados Crisanto y Cisilario, y con todas estas lumbreras y con una sobrina suya que se llamaba Erutrudis, regresó a Salzburgo, en donde en seguida de regresar construyó en la parte alta de la ciudad, sobre el solar de una antigua fortaleza y en honor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre la Bienaventurada Virgen María, un monasterio para monjas, y de acuerdo con el duque Teoberto que había patrocinado y financiado la fundación, asignando a la misma en propiedad infinidad de posesiones y rentas, nombró abadesa de la comunidad a su sobrina, santa Erutridis, y compuso con admirable tacto y discreción el reglamento al que las religiosas deberían atenerse para servir fielmente al Señor y Rey de los cielos.

Una vez que el santo varón puso en marcha la susodicha fundación, trazó con la ayuda del Supremo Hacedor un plan para proseguir con éxito la campaña de evangelización de toda Baviera, e inmediatamente después, acompañado de sus discípulos, salió de Salzburgo y comenzó a recorrer el ducado de Nórica, predicando a las gentes que aún no habían recibido la luz de la fe, arrancando de sus corazones la cizaña, sembrando en ellos el trigo de la verdad, expulsando de sus almas a lo diablos, inquilinos intrusos que las mantenían aherrojadas en el error, e instalando, en el lugar que ellos ocupaban, la fe, la castidad, la misericordia y la humildad, virtudes a través de las cuales Cristo, autor y distribuidor de todos los bienes, suele entrar en el domicilio de la mente humana.

Después de haber recorrido de la manera indicada uno a uno todos los pueblos de Baviera, y de haber convertido al cristianismo a todos sus habitantes, y de haberles recomendado encarecidamente que permanecieran fieles a la doctrina que habían abrazado, y de haber encomendado el cuidado de las nuevas cristiandades y el ejercicio de los divinos ministerios a los pocos presbíteros de que disponía, el siervo de Dios regresó rápidamente a Salzburgo porque el espíritu profético de que rebosaba su alma hízole saber que el día de la llamada del Padre etaba próximo. Sus discípulos, al oírle decir que moriría dentro de poco, comenzaron a llorar, a rogarle que no los abandonara y a tratar de hacerle ver que su presencia en la tierra era muy necesaria tanto para ellos como para aquellas gentes recién convertidas. El santo los consoló, lo exhortó a que tuvieran confianza en el Señor y, tras de encomendar a Cristo la ciudad de Salzburgo y a Dios todopoderoso a todos los habitantes de la región de Nórica, designó como sucesor suyo en el episcopado a Vidal, varón muy virtuoso y sumamente apreciado por el clero y por el pueblo.

Durante la cuaresma de aquel año comenzó san Ruperto a sentirse enfermo y sin fuerzas a causa de unas altas fiebres. En la madrugada del día de la Resurrección del Señor celebró la misa de Pascua, y en la homilía que predicó a los fieles exhortólos con dulcísimas palabras a que vivieran como hermanos, unidos por la caridad. Concluida su plática, prosiguió la celebración sagrada, sumió las sacratísimas especies, y nada más comulgar, fortalecido con el cuerpo de Cristo que le sirvió de viático, unos ángeles recogieron su espíritu y con sus puras manos lo trasladaron al cielo. Algunas personas muy virtuosas aseguraron que cuando el santo obispo murió, entre los piadosos sollozos e incontenibles lamentos y gritos de dolor que proferían quienes lloraban con grandes clamores, oyeron los himnos celestiales que los coros angélicos con sus voces armoniosas y vibrantes cantaban mientras conducían el alma purísima de san Ruperto a la bienaventuranza eterna.

Capítulo CXCVIII

SAN FLORIÁN

San Florián, capitán de milicias en tiempo de Diocleciano, estando en el país de los nóricos o bávaros, a donde había sido destinado por el prefecto Aquilino para que en él ejerciera su oficio, tuvo noticias de que en la ciudad de Lausarc cuarenta de sus soldados habían sido encarcelados y sometidos a torturas por haber abrazado la fe de Cristo; y, al enterarse de ello, proclamó públicamente que él *también era cristiano*. El prefecto trató entonces de obligar a Florián a que ofreciese sacrificios en honor de los ídolos; mas como el valeroso capitán no se plegara a sus deseos, a pesar de que por dos veces fue cruelmente maltratado por los verdugos, que en ambas ocasiones le dejaron las espaldas acribilladas a base de las estocadas que le dieron con palos aguzados, Aquilino, convencido de que no conseguiría jamás de Florián lo que pretendía, mandó que arrojaran al pertinaz confesor de Cristo al río Ens desde lo alto de un puente. Los agentes del prefecto, en cuanto oyeron esta orden, salieron corriendo hacia donde el santo estaba orando y aguardando a los que habían de ejecutar la sentencia; todos ellos querían tener la satisfacción de realizar por sí mismos y cuanto antes el mandato que su jefe les había dado; pero uno de ellos, más rápido y feroz que sus compañeros, llegó antes que los otros y, en cuanto llegó al sitio en que Florián se hallaba rezando, lo tomó en sus brazos y lo arrojó al río. No quedó su crueldad sin castigo: cuantos presenciaron la escena fueron testigos de que los ojos del malvado verdugo saliéronsele de sus órbitas reventados tan pronto como lanzó al agua sobre el pretil del puente al siervo de Dios, cuyo cuerpo sin vida, flotando sobre la superficie del Ens, comenzó a subir río arriba, contra el curso natural de la corriente, hasta quedar colocado sobre un enorme peñasco a donde desde lo alto del espacio bajó en seguida volando un águila que se posó sobre el cadáver, extendió sus alas en forma de cruz y le prestó milagroso cobijo; luego acudieron otros animales, y entre todos ellos cubrieron con ramas secas el cuerpo del mártir, de manera que no pudiera ser visto por sus perseguidores.

Posteriormente san Florián se apareció a una piadosa matrona y le manifestó dónde y cómo se encontraba escondido su cadáver; y puesto que el río con los calores del verano se había quedado seco y los animales que custodiaban el cuerpo del santo corrían el riesgo de morir de sed, la piadosa matrona oró y al instante a la misma vera del peñasco brotó una fuente que desde entonces hasta hoy no ha dejado de manar.

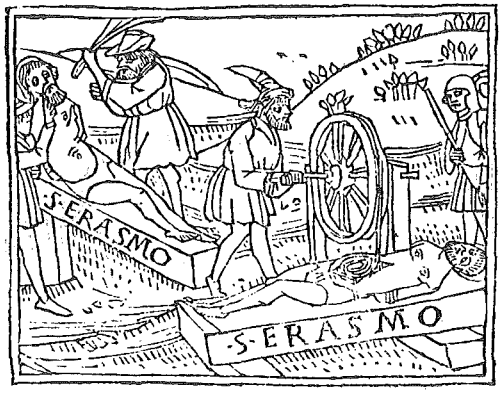
Algún tiempo después los cristianos prepararon una sepultura en determinado lugar para enterrar en ella al venerable mártir, y una vez que estuvo preparado fueron a recoger sus restos al lecho del río con una carreta tirada por bueyes. Los bueyes que tiraban del carro, al llegar junto al peñasco se quedaron quietos; y como por más que los aguijoneaban no se movían, de ello dedujeron los cristianos que san Florián manifestaba de esta manera que quería ser enterrado allí mismo y no en otro sitio; y junto al peñasco lo enterraron; y desde entonces su sepulcro viene siendo escenario de tan frecuentes como estupendos milagros.

Capítulo CXCIX

SAN ERASMO

El emperador Diocleciano, perseguidor implacable de la fe de Cristo, ordenó mediante decreto que se torturase hasta darle muerte a todo cristia-

no que se negase a ofrecer sacrificios en honor de los ídolos, tratáse de quien se tratare y en donde quiera que se hallare. San Erasmo, que vivía en Antioquía, al enterarse de que había sido promulgada tal orden, abandonó la ciudad y buscó refugio en un lugar secreto del Monte Líbano y allí permaneció siete años entregado de día y de noche a la oración y haciendo multitud de milagros. Durante todo ese tiempo un cuervo descendía de vez en cuando desde las alturas y le suministraba los alimentos necesarios; los ángeles acudían con frecuencia a visitarle y a conversar con él, y fieras de diferentes especies llegaban hasta la cueva que le servía de celda y se tendían mansamente a sus pies.



Un día el santo oyó una voz que decía: «¡Erasmo, vuelve a tu ciudad!». En cuanto la oyó, sin pérdida de tiempo abandonó su retiro y regresó a Antioquía. Tan pronto como llegó a su antigua casa comenzaron a visitarle numerosas personas que se sentían atormentadas por espíritus diabólicos. El imponía sobre ellas sus manos en nombre del Señor y al instante quedaban curadas. A muchas de estas personas las convirtió a la fe de Cristo y las bautizó. Diocleciano, que acabó enterándose de esto, mandó que detuvieran a Erasmo y que lo llevaran a su presencia. Cuando Erasmo fue detenido y conducido ante el emperador, éste, que se hallaba sentado en su trono, preguntó al santo:

—¿Quién eres y qué quieres?

San Erasmo, que era muy hermoso no sólo de alma sino también de cuerpo, y que tenía una cara tan bella como la de un ángel, unos ojos luminosos y claros como los rayos del sol y una voz dulce y un modo de hablar suave y comedido; y que, además, siempre que conversaba procuraba no herir jamás a nadie con sus palabras, completamente seguro de sí mismo y sin el menor temor, respondió:

—Soy un cristiano y quiero que lo sepas.

Al oír tal cosa, el emperador le advirtió:

—Escucha lo que te digo y haz caso de mi consejo: ofrece sacrificios a mis dioses; de lo contrario, mandaré que te torturen hasta que mueras en el tormento.

Advirtióle Erasmo a su vez:

—Escúchame también tú a mí, emperador: jamás adoraré estatuas o esculturas que reproduzcan seres de naturaleza semejante a la tuya. Por mucho empeño que en ello pongas, no conseguirás de mí que ni ahora ni nunca me postre ante tus ídolos. Yo adoro y adoraré siempre única y exclusivamente al Dios vivo, Creador del cielo y de la tierra y del mar y de cuanto existe en esos elementos. A ese Dios del que te estoy hablando vivo consagrado con toda mi alma.

El emperador, enfurecido, mandó entonces a sus ministros que azotaran al santo con varas de plomo. Mientras los verdugos le tundían los costados a golpes, Erasmo exclamó:

—¡Gracias, mi Señor Jesucristo, camino de los que en tí confían! ¡Gracias, porque me has concedido lo que tan fervientemente deseaba! ¡Ayuda a tu siervo, Señor! ¡No permitas que mi alma desfallezca y caiga en el abismo de la muerte eterna!

Díjole entonces Diocleciano:

—Eres joven y hermoso. Reflexiona, Erasmo: adora a mis dioses. Si lo haces te daré oro, plata y vestidos riquísimos, te conferiré la condición de noble y te concederé un puesto en mi palacio.

Replicóle Erasmo:

—¡Ah, lobo rapaz! ¿Crees acaso, seductor de almas, que con esas cosas que me ofreces vas a conseguir separarme del amor a Cristo? ¡Quédate con tu oro y con tu plata y con tus vestidos riquísimos! ¡Consérvalos en tu poder hasta el día de tu condenación eterna! A mí me basta con la coraza de la fe que ni siquiera el infierno podrá averiar! En cambio tú, óyelo bien, a pesar de tus riquezas y de tu actual poder arderás perpetuamente en el fuego inextinguible con tu padre el diablo.

En un acceso de ira el emperador ordenó a sus esbirros que mataran al joven a palos. Dos verdugos provistos de sendas estacas comenzaron a descargar garrotazos sobre las espaldas de Erasmo y, cuando se cansaron de apalearle, cedieron el pues-

to a otros dos; y cuando estos otros dos se sintieron sin fuerzas para proseguir la tarea, fueron relevados por una tercera pareja; y como la tercera pareja, a su vez, también se cansara y el santo no sólo no se moría sino que ni siquiera presentaba en su cuerpo señales de los infinitos golpes recibidos, el numeroso público que asistía al feroz espectáculo comenzó a protestar y a decir a gritos:

—¡No cabe duda de que el Dios de los cristianos es grande! ¡El milagro que está obrando en este hombre constituye una clara prueba de su extraordinario poder!

Encaróse entonces el emperador con el pueblo y, tras de hacer que cesaran sus voces, dijo:

—Os equivocáis. Lo que estáis viendo no es efecto del poder de ese Dios, sino de los embelecos de este malvado, que es un hechicero y con sus artes mágicas anula la eficacia de los golpes de los verdugos.

A esto replicó Erasmo:

—¡Calla, impío carnicero, dragón de iniquidad! Aquí no hay más hechicero que tú, que eres no sólo hechicero sino capitán de hechiceros, semejante en maldad al demonio, que al comienzo de la humanidad engañó a nuestro primer padre y consiguió que fuese expulsado del paraíso. ¿Quieres saber de dónde procede ese poder mágico que me atribuyes? Pues voy a decírtelo: procede de Cristo, Hijo del Dios vivo, Verbo del Padre, Mesías, cuya venida a la tierra fue anunciada con siglos de antelación por los profetas. Pues bien, ese Mesías ya vino, bajó del cielo y se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María. El es el Cordero que perdona los pecados del mundo, y la luz que disipa las tinieblas de nuestra ignorancia. Ese es Cristo, al que tú tendrás que rendir cuenta de tus actos. El te juzgará y condenará al fuego eterno.

Esta increpación encendió aún más la cólera de Diocleciano, quien mandó a los verdugos que desgarraran con garfios de hierro las carnes de Erasmo. Mientras los verdugos ejecutaban la orden del emperador, el santo daba gracias a Dios y cantaba en voz alta este profético versículo del salmo 78: *«Possuerunt Jerusalem in pomorum custodiam; possuerunt morticina servorum suorum bestiis terrae»*. (Han reducido a Jerusalén a un montón de escombros; han echado la carne de sus siervos, como si fuese carroña, a las bestias de la tierra).

Terminada la tortura infligida a Erasmo mediante el mencionado suplicio, Diocleciano, que continuaba ciego de ira, ordenó a sus ministros que prepararan una enorme caldera, la llenaran de plomo, pez, resina, cera, azufre y aceite y la pusieran al fuego para que todos esos materiales se derritieran, de modo que en cuanto estuvieran derretidos e hirviendo metieran al obstinado joven en la susodicha caldera. Esta orden del emperador fue cumplida en todos sus extremos; pero como un ángel del Señor protegía al mártir, el horroroso baño no sólo no le produjo quemadura alguna sino que le sirvió de refrigerio. Desde el interior de la caldera por dos veces dijo san Erasmo a Diocleciano:

—Mira el resultado de tu imponente cólera y de tus amenazas: querías que muriera abrasado, y con el procedimiento que discurriste para causarme la muerte estás proporcionando a mi cuerpo un reconfortante alivio.

Nuevamente el pueblo prorrumpió en gritos de protesta, diciendo a voces al emperador:

—¿No ves que el dios de los cristianos está protegiendo a este hombre? ¡Desiste de tu empeño y déjalo en libertad para que siga haciendo obras buenas en favor de sus paisanos!

En esto, repentinamente, prodújose un terremoto acompañado de relámpagos y truenos. A consecuencia de este cataclismo murieron casi la tercera parte de los habitantes de la ciudad. San Erasmo, que salió ileso de la catástrofe protegido por un ángel del Señor, aprovechó aquella circunstancia para iluminar con la luz de Cristo las almas ciegas de muchos de los supervivientes. El emperador, tan pronto como se inició el siniestro, temiendo que la ciudad se viniera abajo abatida por la cólera de Dios, huyó rápidamente, mientras corría iba diciendo a voces:

—Ese hombre tiene la culpa de lo que está pasando; él ha sido quien con sus blasfemias ha desencadenado la ira de los dioses.

En cuanto terminó el terremoto, Diocleciano, que continuaba enfurecido, ordenó a sus ministros que encerraran a san Erasmo en un calabozo, que colgaran de su cuello y de sus manos no menos de cuarenta pesas de hierro, y que so pena de muerte no permitieran a nadie visitar al prisionero ni proporcionarle cantidad alguna, por mínima que fuese, de comida ni bebida. Los ministros cumplieron al punto la orden que les había sido dada; y, en cuanto estuvo cumplida, el emperador en persona, por sí mismo e inmediatamente, selló con su propio anillo los precintos de la puerta de la prisión.

Hacia la media noche del día en que fuera en-

carcelado, san Erasmo mientras oraba exclamó: «¡Oh Señor mío Jesucristo! ¡Sácame en seguida de aquí! ¡No des lugar a que tus enemigos presuman a costa de tus siervos ni a que los paganos puedan decir: ¿Dónde está el Dios de esta gente?

Apenas terminó de pronunciar las últimas palabras de esta oración, el calabozo quedó repentinamente iluminado por una casi cegadora claridad procedente de la luz que irradiaban doce candelabros que surgieron súbitamente en derredor del mártir y obispo san Erasmo; pero no sólo iluminado espléndidamente, sino tan perfumado quedó el lugar en que el santo estaba encerrado, cual si alguien hubiese derramado en él los más exquisitos aromas. Seguidamente un ángel situado a la vera de los candelabros dijo al prisionero: «Erasmo, vengo a sacarte de aquí». En aquel preciso momento las pesas y cadenas que pendían del cuerpo del preso, y las rejas y puertas de hierro de la prisión, repentinamente se derritieron como se derrite la cera ante el fuego, y al instante, el santo, al verse tan prodigiosamente librado de sus prisiones, dio gracias a Dios cantando en tono de salmodia la prosa siguiente: «¡ Bendito eres, Señor! ¡Tú has hecho el cielo y la tierra! ¡Temblando de respeto permanecen constantemente ante ti los ángeles y los arcángeles! ¡Los innumerables mártires que por tu amor inmolaron su vida, colocados alrededor de tu trono, te rinden perpetua adoración! ¡Bendito seas eternamente porque has tenido misericordia de tu siervo y has sacado mi alma de entre las manos de mis enemigos como en otro tiempo sacaste a Sydrac, a Mysac y a Abdenago de las del rey Nabucodonosor haciendo que salieran ilesos del horno encendido en que habían sido encerrados; y sacaste a Daniel del foso de los leones tras haberle suministrado alimentos por medio del profeta Abacuch; y libraste a Susana de las insidias de sus calumniadores! ¡Bendito seas, Señor, porque me has socorrido piadosamente, como piadosamente los socorriste a ellos!» En cuanto acabó de cantar este himno, el ángel habló nuevamente con él y le dijo: «Erasmo, ven conmigo. Voy a llevarte a Italia; allí te concederá Dios el premio definitivo a la vida eterna». En diciendo esto, el ángel, como si fuese una paloma de Cristo, batió sus alas y lo llevó a Lugrido.

Al día siguiente, por la mañana muy temprano, el emperador acudió a la cárcel cuyas puertas continuaban cerradas, quebró los sellos de los precintos y ordenó a los carceleros:

—Traedme a ese mago que ha menospreciado a nuestros dioses.

Entraron los guardias en la prisión, fueron al calabozo y, al advertir que las rejas que lo formaban habían sido convertidas en ceniza y que el prisionero ni estaba allí ni en ninguna otra de las dependencias carcelarias, comenzaron a dar voces de alarma gritando:

—¡El preso ha desaparecido, y todo el hierro de la mazmorra ha sido reducido a polvo!

El emperador, al oír desde fuera los clamores de los carceleros, dijo dándose una palmada en la frente:

—¡Infeliz de mí! Este hombre me ha engañado y me ha puesto en ridículo ante la gente de mi reino. ¿Qué voy a decir ahora al pueblo?

Téngase en cuenta que delante de la cárcel hallábanse congregadas unas cuarenta mil personas, entre hombres y mujeres, que esperaban con curiosidad el desenlace de aquel espectáculo protagonizado por el mártir de Cristo. Pues bien, toda aquella multitud que ya venía excitada de atrás, sobre todo por el sobresalto del terremoto, al oír los gritos de los carceleros diciendo que el prisionero había desaparecido, excitóse todavía más; los cristianos querían saber qué había sido del cristiano; los huérfanos y las viudas trataban de averiguar el paradero de su protector y padre, e inquietos unos y otros por la suerte que Erasmo pudiera haber corrido, agitados por una nueva corriente de pánico y por la indignación que sentían contra el emperador, se encararon resueltamente con él y le gritaron:

—¿Qué has hecho con nuestro obispo?

Diocleciano, más asustado que nadie, trató de calmar la irritación del público, diciéndoles:

—No me mezcléis con esto. Quedad tranquilos. Su propio dios se lo ha llevado al cielo para librarlo de penas y premiarle abundantemente por sus buenas obras.

En Lugrido san Erasmo bautizó a muchos en el nombre de Cristo y obró infinidad de milagros, devolviendo con sus oraciones la vista a los ciegos y curando a multitud de enfermos de toda clase.

En la referida ciudad vivía un individuo de muy elevada posición social, llamado Anastasio, el hombre, a juicio de todos, más poderoso e importante del vecindario. Poco después de que llegara san Erasmo a Lugrido murió un hijo de este ilustre caballero, y cuando llevaban a enterrar al muerto, nuestro santo, que había recibido orden de Dios de que resucitara al difunto y lo devolviera vivo a

sus padres, obediente, se acercó al féretro, asió con sus manos una de las del cadáver y dirigiéndose hacia Anastasio le dijo:

—¡Anastasio! Si crees en Nuestro Señor Jesucristo nacido de la Virgen María y del Espíritu Santo, te devolveré a tu hijo vivo y completamente sano.

Las numerosas personas que se hallaban presentes quedaron tan sorprendidas como maravilladas al oír la proposición que el forastero hizo a Anastasio, el cual preguntó al desconocido:

—¿Tienes de veras poder para resucitar a mi hijo?

San Erasmo le contestó:

—Yo no; pero Nuestro Señor Jesucristo, a quien sirvo, sí lo tiene.

—Si me devuelves vivo a mi hijo —repuso con viveza Anastasio—, no solamente creeré yo en eso que dices, sino que creerán también en ello los miembros de mi familia y hasta todos los habitantes de la ciudad.

San Erasmo mandó llevar el cadáver a una de las habitaciones de la casa, exigió que saliera todo el público de aquella estancia menos el padre y la madre del difunto, y, una vez que se quedaron solos con el muerto la madre, el padre y él, cerró por dentro con llave la puerta de la sala, se arrodilló al lado del cadáver y dijo con voz imperiosa:

—¡Joven! ¡Levántate en nombre de Jesucristo!

Con palabras recias y sonoras, acto seguido, el difunto, incorporándose en el féretro, manifestó:

—Sí; me levanto porque así lo quiere el Dios de los cristianos que es grande y poderoso.

En aquel mismo instante el que estaba muerto se levantó vivo, se fue hacia su padre y le dijo:

—Padre, hasta hoy hemos estado equivocados. Los dioses adorados por nosotros no valen para nada; los he visto en el infierno padeciendo tormentos terribles sin el menor alivio ni momento alguno de reposo; en cambio, el dios a quien sirve Erasmo es magnífico y omnipotente.

En vista de este milagro, entonces mismo se convirtieron e inmediatamente después se bautizaron Anastasio, sus familiares y todos los habitantes de la ciudad, que sumaban alrededor de cuarenta mil personas. Cuando san Erasmo terminó de administrar el bautismo a tan numerosa muchedumbre, con voz vibrante y sonora exclamó:

—¡Gracias, mi Señor Jesucristo, por haber encarrilado a todo este pueblo tuyo por la senda de la verdad! Tú nos dijiste en el Evangelio: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá:* ¡Bendice pues a toda esta gente que es tuya puesto que acabas de incorporarla a tu reino!

En aquel mismo instante, todos los presentes oyeron claramente estas palabras procedentes del cielo: «¡Oh Erasmo, mi fiel y buen siervo, defensor de mi causa en la tierra! Yo te prometo que te concederé todo cuanto me pidieres».

Seguidamente el Señor bendijo a los numerosísimos fieles que acababan de convertirse y bautizarse, y mientras los bendecía, cayeron al suelo y se quebraron cuantos ídolos en la ciudad había, pereciendo y desapareciendo simultáneamente de ese modo todas las estatuas que hasta aquel día habían sido adoradas por su habitantes.

Siete días más continuó san Erasmo catequizando a los bautizados, reafirmándolos en la doctrina de Cristo y recomendándoles reiteradamente:

—Observad los mandamientos del Señor; sed fieles a las enseñanzas que os estoy dando; no olvidéis los maravillosos beneficios que Dios ha hecho con vosotros; puesto que ya habéis recibido la fe, defendedla en adelante con denuedo y constancia.

Un hombre sacrílego y sanguinario llamado Probo, en cuanto se enteró de lo acaecido en Lugrido, presentóse ante el emperador y le dijo:

—Piadoso emperador, conviene que sepas lo que ha ocurrido en una de tus ciudades: un antioqueno, cuyo nombre ignoro, anda por ahí desprestigiando a nuestros dioses, propalando entre las gentes, a las que engaña y solivianta, que aquel Jesucristo a quien sus propios compatriotas crucificaron en Judea es el único Dios verdadero.

A consecuencia de esta denuncia Maximiano ordenó que san Erasmo fuese detenido y conducido a su presencia. Cuando le comunicaron que su orden ya estaba cumplida y su tribunal preparado, subió a él, mandó que introdujeran en la sala al detenido, y en cuanto éste entró, preguntóle el emperador:

—Dime, malvado, ¿cuál es tu religión?

San Erasmo no contestó a la pregunta y se limitó a elevar sus ojos hacia el cielo.

—¿Por qué no me contestas? —gritó Maximiano.

Sin esperar respuesta a esta segunda pregunta, el emperador, volviéndose hacia sus ministros, les ordenó:

—Abofetead ahora mismo a este hombre.

Entonces san Erasmo, encarándose con Maximiano, le dijo:

—¡Lobo rapaz! ¡Malévolo! ¡Inicuo! ¿Por qué persigues de esta manera a un siervo de Dios?

El emperador repuso:

—Al mencionar a dios ¿te refieres acaso a ese sujeto que fue crucificado por sus paisanos en Judea?

San Erasmo respondió:

—Pues sí; a él me refiero; y te repito que soy su siervo.

Maximiano comentó:

—¡Bueno! Puesto que eres como él, te daremos el mismo género de muerte que a él le dieron.

San Erasmo, sonriendo, exclamó:

—¡Oh emperador! ¡Qué elogio tan inmerecido e inmenso acabas de hacer de mi persona al decir que soy como él; ¡Ojalá pudiera yo parecerme en algo a mi Señor! ¡Ojalá pudiera yo seguir sus pasos y morir como él murió! Con la sangre que derramó por nosotros iluminó los caminos de nuestra vida. ¡Si quisieras conocerlo y creer en Él también tú te salvarías!

Maximiano dijo despectivamente:

—¡Qué os aproveche a ti y a los de tu religión, vuestro Cristo y vuestra fe!

—¡Muy bien dicho! —asintió san Erasmo— ¡muy bien dicho: que nos aproveche! Así lo esperamos; y para que que así sea, ofrecemos constantemente a Jesucristo Nuestro Señor y Salvador y perdonador de nuestros pecados, la oblación de nuestro servicio y el obsequio de nuestras tribulaciones.

—Reflexiona, Erasmo; sé razonable y accede a ofrecer sacrificios en honor de nuestros dioses — propúsole nuevamente el emperador.

—¿A qué dioses te refieres? —preguntóle el santo.

Maximiano le contestó con esta pregunta:

—¿Aceptarás mi proposición si te lo digo?

San Erasmo respondió:

—¡Ya veremos! Puede que sí, puede que no. Antes necesito saber de qué dioses se trata.

El emperador, rebosando de una alegría que se contagió a sus cortesanos y al pueblo en general, mandó llevar al prisionero a la ciudad de Sirmio, en donde había un templo dedicado a Júpiter, y ordenó que se preparara lo necesario para celebrar en él una solemne fiesta religiosa con tañidos de órganos y de toda suerte de instrumentos musicales. Cuando iban de camino hacia la mencionada ciudad, san Erasmo, al enterarse por los comentarios de quienes le conducían, de los preparativos que estaban haciendo en Sirmio para la celebración de la suntuosa solemnidad, levantó los ojos hacia el cielo y, entre gemidos de su corazón, oró de esta manera: «¡Oh Jesucristo, Hijo de Dios! ¡Asísteme con tu gracia! Envía en mi ayuda en esta ocasión transcendental a uno de tus ángeles, porque me tienen preparado un combate en el que tendré que luchar mano a mano con el diablo, y como la pelea no tardará en comenzar, necesito que tu ángel esté a mi lado y que me dé fuerzas suficientes para salir vencedor en la contienda».

Así que llegaron a la ciudad, san Erasmo preguntó al emperador:

—¿Dónde está ese Dios al que pretendes que adore?

Maximiano tomó de la mano al prisonero, lo condujo hasta el templo, lo introdujo en él, lo llevó ante una estatua de bronce de doce codos de altura y le dijo:

—Aquí lo tienes. Este es el dios a quien yo sirvo.

Tan pronto como el diablo vio la cara del mártir de Cristo, la estatua cayó al suelo, quedó reducida a cenizas, y de entre el montón de tales cenizas salió un enorme dragón que mató a casi la tercera parte de los habitantes de la ciudad. El emperador, al verse defraudado, montó en su caballo, tornó a su palacio y, mientras caminaba hacia él iba diciendo a la par que se golpeaba el pecho:

—¡Ay de mí! Este antioqueno, que ni siquiera sé quién es, me ha dejado en ridículo ante todo mi reino.

Entretanto, la mayor parte de la gente se apiñaba junto a san Erasmo y exclamaba:

—¡Santo siervo de Dios, ruega por nosotros para que no perezcamos entre las fauces de este horrible dragón!

El santo, compadecido de quienes así le suplicaban, mandó al monstruo que dejase de contaminar la ciudad y que no hiciese daño a ninguna persona más.

Los sirmitanos supervivientes, en vista de los milagros que Dios obraba por medio de aquel siervo suyo, unos tras otros comenzaron a creer en Cristo.

—Considerad, —les decía san Erasmo— cuán grande es el poder de mi Señor y ved las mercedes que hace en favor de quienes le sirven y adoran.

Unos cuarenta mil paganos recibieron el bautismo en aquella ocasión. El cielo entero se alegró, y los ángeles se regocijaron, al ver cómo, aunque el

diablo y sus secuaces luchaban contra los elegidos de Dios, no conseguían arrancar de sus almas la fe en el Señor. Cuando el santo terminó de bautizar a tan numerosa muchedumbre, los espíritus angélicos, con voces sonoras, exclamaron: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!», a lo cual respondieron, también a coro, los recién bautizados:

—¡Amén!

Poco después de esto la ciudad se conturbó porque el emperador, que continuaba asustado, envió a ella a un escuadrón de soldados armados con la orden de que mataran con sus espadas a cuantos se hubiesen convertido al Señor; y cuando estos soldados estaban asesinando a trescientos hombres, viendo el santo mártir Erasmo cómo las víctimas se encomendaban a sus oraciones trató de infundirles ánimo diciéndoles:

—Marchad felices en el nombre del Señor a su santa ciudad y a la que también yo iré dentro de poco. En ella os tiene preparado y reservado un lugar de honor.

Mientras los soldados del emperador martirizaban a estos trescientos cristianos, numerosos ángeles volaban por las alturas e iban de un lado a otro, recogiendo las almas de los mártires para llevarlas triunfalmente al cielo; y entretanto un coro celestial cantaba la siguiente antífona: «¡Aleluya! ¡Recta es la senda que han de seguir los justos para llegar desde la tierra hasta la gloria y bien preparado está el camino que los santos tienen que recorrer!».

Al oír los cánticos de los ángeles, san Erasmo, como buen pastor, sintióse satisfecho del comportamiento de aquellas ovejas de su rebaño que acababa de entregar a Cristo. En cambio, el emperador, encolerizado, ordenó a sus ministros que detuvieran nuevamente al santo, que confeccionaran una túnica de bronce adecuada a la estatura del detenido, que la calentaran hasta que estuviese incandescente y que se la colocaran bien ajustada al cuerpo.

En el momento en que procedían los verdugos a ponerle al santo el terrible instrumento de tortura mencionado, Maximiamo, dirigiéndose al mártir le dijo:

—Ahora veremos si tu dios es capaz de librarte de mis manos.

Erasmo le replicó nuevamente de esta manera:

—¡Carnicero! ¡Inicuo! ¡Hijo del diablo! ¡Eres un perro! ¡Te felicito por tus buenas cualidades! Te lo dije antes y te lo repito ahora: no me asusta tu crueldad; atormentame cuanto quieras; por mucho que me tortures jamás conseguirás que mi corazón tiemble.

En diciendo esto se santiguó, prestóse a que le vistieran la atroz túnica de fuego y mientras se la colocaban cantó estos versículos proféticos: *«Pasamos por entre llamas y aguas; pero tú nos aliviaste las penalidades de la travesía». «Como se purifica el oro en el crisol, así tú purificas a los que creen y los transformas en víctimas de un sacrificio meritorio».*

Lograron colocarle la túnica de bronce al rojo vivo y ajustársela a su cuerpo, pero no consiguieron que tan terrible instrumento de tortura produjese la más insignificante quemadura en su carne, porque tan pronto como fue vestido con aquella espantosa vestidura, ésta adquirió la frialdad de la nieve.

—Emperador —dijo san Erasmo dirigiéndose a Maximiliano—. Otra vez has quedado en ridículo. Mi Señor Jesucristo, Hijo de Dios, me ha librado del suplicio del fuego temporal; pero oye bien esto: no te librará a ti del tormento del fuego eterno en el que arderás haciendo compañía perpetuamente a tu padre el diablo.

El pueblo, testigo del nuevo prodigio, comenzó a decir a voces:

—El Dios de los cristianos que tan milagrosamente protege a este hombre, es sin duda grande y poderoso.

—¡Nada de eso! —replicó el emperador—. Lo que ocurre es que este antioqueno con sus hechicerías ha conseguido suspender la acción del fuego para desacreditar con sus artes mágicas a nuestros dioses.

A esto repuso san Erasmo:

—¡Qué necio eres! ¿Por qué, oh emperador, te empeñas en atribuir a hechicerías lo que es efecto de Dios? Jesucristo, su Hijo y mi Señor, está conmigo. Él es quien impide que el fuego me queme, El es quien está demostrando lo que pueden y valen tus dioses, esos dioses que no son realmente más que unos trozos de piedra o de metal con los que los hombres han confeccionado estas estatuas insensibles. Tan insensible como estas estatuas eres tú, y por eso te niegas a reconocer que mi Señor Jesucristo no es un dios como éstos, sino un Dios vivo y todopoderoso.

—¿Hasta cuándo voy a estar tolerando tus injurias? —gritó el emperador.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo san Erasmo, y añadió: —Te confieso que estoy impre-

sionado por tu resistencia y tu temple, y maravillado de que pese a cuanto está ocurriendo no se te caiga la cara de vergüenza ni asome siquiera el rubor a tu frente.

Acto seguido Maximiano ordenó a sus ministros que preparan una olla de veinte urnas, es decir, de 480 sextarios de capacidad, que la llenaran de resina, pez, cera y aceite y que la pusieran al fuego. Cuando estos materiales estaban ya derretidos, y el líquido que formaron comenzaba a hervir a borbotones y a agitarse en el interior de la olla tan intensamente como se agitan las aguas del mar cuando están enfurecidas, el emperador dijo al santo:

—Ahora veremos si eres capaz de librarte con tus artes mágicas de este tormento.

San Erasmo le contestó:

—Este baño que para mí has preparado tan diligentemente va a servirme de refrigerio.

Sin esperar a que nadie lo metiera en la olla, san Erasmo se santiguó y por sí mismo se introdujo en aquella terrorífica bañera recitando estas palabras: *«Con voz de trueno exclamó el Dios de la majestad: ¡Muéstrese el poder del Señor sobre estas aguas!»*.

Al introducirse el santo en el olla, el hirviente líquido que su cuerpo desalojó salió de ella en forma de chorro y cayó sobre el emperador, quien al sentir sobre su carne las quemaduras, gritó:

—¡Estoy ardiendo! ¡Hombre de Dios, ruega por mí!

San Erasmo le contestó de esta manera:

—¡Ay de ti, lobo rapaz! Todo tu ser arderá en el infierno que Dios te tiene preparado para que en él te abrases eternamente con tu padre el diablo y sus secuaces. Sé que tu corazón está empedernido; no obstante, voy a librarte del dolor que te causan estas quemaduras; si hago esto, no lo hago por ti, sino para dar testimonio ante esta multitud que nos rodea, de cuán grande es el poder divino.

En aquel preciso instante repentinamente cesó el sufrimiento que el emperador sentía, y a la vista de este nuevo prodigio muchos de los presentes se convirtieron. Maximiano, en cambio, al verse una vez más vencido y frustrado, mandó a sus ministros que llevaran a la cárcel al mártir de Dios, que lo amarraran a una gruesa cadena sujeta a enormes bloques de hierro muy pesados y que lo mantuvieran sometido a muy estrecha vigilancia. Así se hizo; pero el santo, en cuanto se quedó solo en la reclusión de su calabozo, oró, y al instante se presentó ante él un joven parecido al Hijo de Dios, que llamándole por su nombre le manifestó: «Yo soy el ángel Miguel. El Señor me ha enviado aquí para que te saque de esta prisión y te lleve a la provincia de Campania, porque es su deseo que propagues el Evangelio entre los habitantes de la ciudad de Formiers». En diciendo esto el ángel tomó al santo en sus brazos, lo sacó de la cárcel y de la ciudad de Sirmio, lo condujo hasta la orilla del mar, lo colocó sobre una barca que allí había preparada por Dios, y a bordo de ella trasladose san Erasmo a la provincia de Campania.

Al siguiente día, como los carceleros comunicaran al emperador que por más que buscaban al preso por el interior de la cárcel no lo encontraban, Maximiano, disimulando la contrariedad y la turbación interna que esta noticia le producía trató de tranquilizar a los guardias asegurándoles que su dios había secuestrado al prisionero. El siervo y mártir del Señor se dirigió a la ciudad de Formiers, en ella estableció su residencia y predicó al pueblo durante siete años, a lo largo de los cuales se alimentó con pan que diariamente le suministraba un ángel de Dios.

Posteriormente, estando cierto día orando y pidiendo al Señor que lo llevara ya a descansar al reino eterno, oyó una voz procedente del cielo que decía: «Erasmo, ven a la ciudad preparada por Dios para que en ella reposen perpetuamente tus hermanos, los mártires y profetas. Ven a recibir el premio que has conquistado con tus trabajos, porque a través de esos trabajos has contribuido a que yo fuese honrado en el cielo y en la tierra». Cuando la voz se calló, Erasmo pidió al Señor que protegiera a las viudas y a los huérfanos, y al terminar esta oración, hizo a Jesucristo la siguiente súplica: «¡Oh mi Señor, unigénito del Padre, que has dispuesto que mis restos reposen en este lugar: Te ruego que atiendas benignamente a cuantos vinieren a mi sepulcro a solicitar mi intercesión en favor de sus necesidades, que les concedas lo que junto a mi tumba pidieren y que los protejas misericordiosamente durantea toda su vida».

Pronunciada esta oración, san Erasmo levantó los ojos hacia el cielo y vio que venían en dirección a su persona innumerables bienventurados, entre ellos, los coros de los apóstoles y de los Profetas. En efecto, todos estos celestes visitantes avanzaron hacia él y, cuando ya estaban muy próximos al lugar en que él se encontraba, inclinó su cabeza y exclamó: «¡Señor! ¡Recibe el alma de tu

siervo!». Esto dijo, y en cuanto lo dijo, entregó su espíritu a Dios.

En el momento en que murió fueron muchos los que vieron cómo su alma, blanca cual la nieve, era transportada al cielo por los ángeles, quienes, con muestras de gran alegría, la introdujeron en la bienaventuranza eterna.

El tránsito de san Erasmo ocurrió un dos de junio de la era de Nuestro Señor Jesucristo.

Capítulo CC

SAN KILIÁN

Si noble fue Kilián, escocés de nación, por la condición social de sus padres, espiritualmente hablando fue nobilísimo por la acción de la gracia divina sobre su alma.

Escocia, llamada también Irlanda, es una isla situada en medio del mar, famosa por la feracidad de su suelo y famosísima por los santos que ha producido, entre los cuales podemos mencionar a san Columbano con cuyo ministerio se benefició Italia, a san Galo que ilustró a Alemania y a san Kilián, que ennobleció la comarca teutónica de Francia.

Kilián, como ya hemos insinuado, nació en el seno de una familia de ilustre abolengo. Siendo todavía niño comenzó a estudiar artes liberales, y a medida que fue avanzando en el conocimiento de estas diciplinas puso gran empeño en descubrir los caminos de la verdad. Esto era lo único que realmente le preocupaba; por eso, unos años más tarde, pertrechado con los auxilios de la gracia divina, renunció a los atractivos de este mundo y a seguir estudiando ciencias humanas y, como lo único que deseaba era seguir a Cristo, se abrazó con la cruz del Señor, se negó a sí mismo y se hizo monje. La forma en que terminó su vida temporal constituyó un claro testimonio de la conducta que observó en el monasterio de su obediencia de la asiduidad con que se entregó a la oración, y de la constante mortificación de sus sentidos; porque aunque la palma del martirio sea una gracia voluntariamente concedida por Dios, y no un trofeo al que nadie tenga el menor derecho, las más de las veces semejante merced es un premio otorgado por el Señor para recompensar las buenas obras del mártir.

Viendo los religiosos de la comunidad a la que pertencían la constancia con que el bienaventurado varón se entregaba a la práctica de las virtudes, y conscientes de la gran perfección de su alma, primero lo convencieron a fuerza de ruegos y consiguieron que aceptara recibir unas después de otras las diferentes órdenes sagradas y la del presbiterado, y luego, algunos años más tarde, le encomendaron el gobierno del monasterio.

Sobradamente sabía san Kilián que la perfección en materia de caridad no puede alcanzarse si no se profesa un amor total al prójimo. Por eso no dudó jamás en sacrificarse a sí mismo con tal de ser útil a los demás, imitando en esto al Apóstol, que deseaba incluso ser reprobado por Cristo si ello fuese preciso para que se salvaran sus hermanos y compatriotas.

Cuando se dio cuenta de que la fama de su nombre habíase extendido a lo largo y ancho de toda aquella comarca, temiendo que el buen concepto en que las gentes le tenían pudiese mancillar y arrugar la tersura de su alma, comenzó a pensar en cómo se las arreglaría para evitar tal peligro. Entendiendo que lo más conveniente en orden a esto era alejarse de sus parientes y conocidos, decidió abandonar el monasterio y huir a tierras lejanas donde nadie le conociera, donde nadie supiera nada acerca de la familia a que pertenecía, donde nadie hubiese oído hablar nunca de él; y una vez que adoptó la resolución de emigrar a algún lugar distante en el que pudiera pasar enteramente inadvertido, y en el que la gente le tomara por un hombre de humilde condición y de origen vulgar, saboreando de antemano las grandes ventajas que para servir plenamente al Señor hallaría cuando se viera desembarazado de compromisos y libre de visitas y de aclamaciones, un buen día acompañado de un grupo de religiosos que compartían el fervor de su alma y sus puntos de vista, salió del monasterio y se trasladó a la vecina Inglaterra, y desde Inglaterra a las Galias, cuyo territorio en gran parte recorrió, y al llegar a una región a la que sus propios habitantes llamaban Francia, situada al sur de la provincia de Alemania, y acercarse a la ciudad de Wurtzburgo y enterarse de que la gente que en esta ciudad vivía era pagana y tenía fama de feroz, el santo varón, que lejos de tener miedo al martirio ardientemente lo deseaba, determinó quedarse allí y establecer en dicha ciudad su morada. No quiso empero comenzar a predicar sin haber obtenido previamente autorización de la

Sede Romana para propagar entre aquellos infieles la doctrina dogmática de la religión cristiana; por eso, poco después de su llegada a Wurtzburgo emprendió un viaje a Roma y visitó al sumo pontífice. Ejercía a la sazón el supremo gobierno de la Iglesia un papa llamado Conon, varón muy docto en ciencias divinas y humanas, dotado de excelentes cualidades para el desempeño de su alto oficio y sumamente experto en cuestiones eclesiásticas. Este hombre, que amaba de verdad a Dios, al ver la fe de san Kilián y advertir que los sentimientos de piedad que inundaban el corazón del monje eran de la misma naturaleza que los que inundaban el suyo, dio gracias al Señor por haberle deparado en aquellos insulanos llegados de tan lejanas tierras unos colaboradores tan bien dispuestos para trabajar en la tarea de sembrar la palabra de Dios entre los paganos. Por eso fue muy grande la alegría que la visita y petición de san Kilián produjeron en el sumo pontífice, puesto que éste preveía con delectación que, a medida que aumentara el número de los agricultores divinos, poco a poco se irían desvaneciendo los errores que el secular enemigo había esparcido entre los hombres. De acuerdo, pues, con el clero y fieles de Roma, Conon confirió al santo varón la dignidad del episcopado, le facultó para que consagrase el crisma, dedicase iglesias y ordenase de clérigos y de presbíteros a quienes creyese oportuno, y tras de animarle a que avanzase continuamente por el camino de la evangelización, y prometerle que el Señor le recompensaría sus trabajos con el premio de la bienaventuranza eterna, lo despidió.

San Kilián salió de Roma y regresó a Wurtzburgo en compañía del presbítero Columbano y del diácono Totuano; mas al llegar a Wurtzburgo Columbano continuó su camino en dirección a Alemania en donde había dejado a Galo enfermo de fiebres antes de que emprendiera su viaje a Roma. San Kilián encontróse en Wurtzburgo con una novedad: el duque que ejercía el gobierno de aquella provincia no era el mismo de antes, sino otro distinto, llamado Gosberto; esto no fue obstáculo para que el santo varón comenzase en seguida a predicar y suministrar al pueblo poco a poco el alimento de la palabra divina. Tan copiosamente le asistió el Señor con su gracia, que en breve tiempo aprendió la lengua que aquella gente hablaba, de manera que en seguida le fue posible esparcir la semilla de la verdad en el idioma en que aquellos paganos se expresaban. Sus oyentes quedaban admirados no sólo de la novedad de la doctrina que les enseñaba, sino también de la elocuencia con que predicaba y de las obras estupendas que hacía. En él se cumplió la promesa que la Suma Verdad hizo a los apóstoles cuando les dijo: *«Yo pondré en vuestros labios palabras de sabiduría. Todo lo que veis que yo hago lo haréis también vosotros».*

A medida que avanzaba la predicación de san Kilián decrecía el número de paganos, puesto que éstos abandonaban los errores de la gentilidad y se convertían. Debido a esto, la fama del santo obispo comenzó a correr de boca en boca y llegó a oídos de los dirigentes del pueblo y a los del duque lo que estaba ocurriendo. El duque entró en deseos de conocer directamente el contenido de las novedades para él inauditas que según los rumores del pueblo aquel forastero predicaba, y, para averiguar por sí mismo lo que sobre esto se decía, mandó que llevaran a su presencia al predicador. Gosberto, aunque tenía su alma afeada por los errores del paganismo, era hombre inteligente y de mucho sentido común. San Kilián, sin arredrarse, expuso al duque los puntos fundamentales de la religión cristiana, tratando de explicarle cómo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituían un solo Dios inmutable y eterno, creador de todas las cosas visibles e invisibles. El duque, que como hemos indicado era muy inteligente y estaba dotado de un gran sentido común, si bien quedó admirado de la firmeza con que el santo varón se expresaba, de la elocuencia y claridad con que hacía sus afirmaciones y probaba lo que afirmaba, pese a que no hallaba nada que objetar a cuanto el predicador exponía, creyó, sin embargo, oportuno poner fin a la entrevista con el propósito de reanudarla en otra ocasión y reflexionar seriamente entretanto sobre la doctrina que su visitante le había expuesto, y ver si debería abrazarla y abandonar el culto a la diosa Diana de la que era muy devoto.

Después de esta visita, san Kilián continuó trabajando incansablemente para devolver a Dios las almas que el diablo se empeñaba en perder.

Pasado algún tiempo, el duque, impresionado por el entusiasmo y tenacidad con que el venerable obispo proseguía su predicación al pueblo, fue secretamente a visitarle y le rogó que continuara exponiéndole privadamente la doctrina que comenzó a explicarle en la anterior entrevista, y que lo instruyera en las verdades de su religión tan extensa y profundamente como fuese menester,

porque deseaba salir del error en que hasta entonces, según ahora sospechaba, había vivido.

El santo varón de Dios explicó al duque diligentemente uno tras otro todos los puntos de la fe católica, lo convirtió al cristianismo y, unos días más tarde, en la fiesta de la Resurrección del Señor, regenerólo al mismo tiempo que a otros muchos con las aguas del bautismo, y lo transformó en hombre nuevo al liberarlo de los pecados y engaños en que anteriormente había vivido. Así fue como casi todos los habitantes de aquella provincia de la parte oriental de Francia abandonaron el culto que tributaban a los demonios y abrazaron la religión del Dios verdadero.

Día tras día, dirigido por los frecuentes consejos de san Kilián, fue Gosberto avanzando por los caminos de la virtud.

Cuando el duque se convirtió estaba casado con una cuñada suya, llamada Geilana, que anteriormente había sido esposa de uno de sus hermanos. El paganismo permitía esta clase de matrimonios. Como el recién convertido aún no había asimilado plenamente todas las implicaciones de la religión cristiana, el santo varón de Dios no creyó convenemente exigirle que se separara sin la menor demora de aquella mujer, a fin de no provocar el posible peligro de que renegara de su bautismo y tornara a las prácticas religiosas de la gentilidad. En esto san Kilián obró plenamente de acuerdo con el Apóstol, el cual, dirigiéndose en cierta ocasión a los que aún no estaban maduros en la fe les dijo: *«Así como a los niños no se les alimenta con cosas sólidas, sino con leche, así también yo hasta ahora os he sustentado a vosotros con sustancias líquidas, porque en lo que atañe a la religión de Cristo sois como niños recién nacidos y necesitáis ser nutridos con alimentos fácilmente digeribles»*. Tanto, pues, para evitar la gravedad de las consecuencias cuanto porque mediante revelación sabía que a causa de este asunto él y sus compañeros padecerían el martirio, san Kilián, a fin de no malograr los frutos conseguidos en favor del crecido número de personas que se habían convertido, obró en este asunto con suma cautela y decidió aplazar la condenación del matrimonio del duque con su cuñada, hasta que tanto él como el resto del pueblo estuviesen firmemente consolidados en la fe que habían abrazado. Que nadie piense que el santo obró de esta manera por temor a perder la vida, puesto que estaba deseando ardientemente morir cuanto antes para reunirse con Cristo. Si se comportó de este modo fue porque, como sabía que iba salir prontamente de este mundo, creyó conveniente afianzar en la fe, antes de que su muerte se produjera, a los muchísimos que había convertido. También en esto imitó al Apóstol, de quien sabemos que no por miedo a que lo mataran sino por seguir ayudando a sus hermanos accedió a que algunos de ellos lo liberaran de la cárcel descolgándolo escondido en un serón desde lo alto de un muro.

El santo obispo, pues, prudentemente dejó transcurrir algún tiempo; pero cierto día, aprovechando la oportunidad que se le presentó, estando de conversación con el duque durante una amistosa entrevista, después de haber hablado de diferentes asuntos, dícese que san Kilián dijo a Gosberto:

—Hijo mío, soy tu padre, puesto que engendré en tu alma la vida del Evangelio. Estoy muy contento de los progresos que has hecho en la fe, mas al mismo tiempo hondamente preocupado por la irregularidad de tu matrimonio. Tiemblo, y tiemblo mucho, cada vez que pienso que mientras no te separes de esa mujer no podrás vivir correctamente; y tiemblo con motivo, puesto que Santiago nos advierte que quien quebrante uno solo de los mandamientos del Señor es reo de pecado ante el juez divino, aunque cumpla rigurosamente todos los demás. Cuando uno recibe el bautismo debe convertirse no sólo parcialmente sino totalmente en un hombre nuevo; y para conseguir esta total renovación es menester abandonar absolutamente y sin excepción alguna todos los errores antiguos.

El duque, al oír la precedente reconvención, parece ser que primeramente se quedó estupefacto; mas luego, según algunos, con voz temblorosa y entrecortada por hondos suspiros provocados por el entrañable amor que sentía hacia aquella mujer a la que tenía por su verdadera y legítima esposa, contestó al obispo de esta manera:

—Padre, tú me has enseñado que Jesús Nuestro Señor nos mandó que le amásemos sobre todas las cosas y que no diésemos lugar a que nadie consiga entorpecer el cumplimiento de esta obligación. Según esto, ni padre ni madre, ni hijos, ni esposa han de acaparar nuestro corazón con menoscabo del amor que a El le debemos. Es verdad que quiero a mi actual mujer con toda mi alma, pero por encima de todo deseo amar a Nuestro Señor Jesucristo. En estos días no tengo tiempo para pensar en el procedimiento que debo seguir para des-

ligarme de ella, porque tengo que salir inmediatamente para los campos de batalla a pelear contra los enemigos de nuestra nación; pero tan pronto como vuelva de la guerra me ocuparé de este asunto, y en cuanto se presente una oportunidad favorable la despediré de mi casa y pondré fin a esta situación.

Cuando llegó a oídos de Geilana lo que su marido había hablado secretamente con el obispo, ardiendo de indignación y furiosa como una leona a la que intentasen arrebatar sus cachorros con los que ha vivido durante largo tiempo, comenzó a maquinar y a proyectar la manera de exterminar a san Kilián y a sus monjes. No hay fiera en este mundo tan cruel como una mujer mala, ni persona capaz de engañar a una hembra enamorada. Geilana, que era no sólo mala sino nefanda, agitada interiormente por la fuerza de la ira y de la lujuria, armas con las que acrecentó su impaciencia y su crueldad hasta el paroxismo, desde que supo esto ya no tuvo otro pensamiento que el de hallar algún medio eficaz que le permitiera destruir disimuladamente, sin ruidos ni alborotos callejeros y sin que el pueblo se enterara, a aquellos hombres de Dios; y como el diablo suele proporcionar su perniciosa ayuda a los que planean hacer algo malo, pronto encontró Geilana a dos sujetos inicuos, dispuestos a colaborar en sus proyectos si les pagaba bien sus miserables servicios.

San Kilián dormía meramente lo imprescindible para que su naturaleza no decayera. Todas las noches, tras un breve descanso, se levantaba y se entregaba a la oración hasta el amanecer; si durante aquellas horas de vigilia acometíale el sueño, luchaba contra él y procuraba mantenerse despierto. Pues bien, por entonces, una de aquellas noches y siguiendo su costumbre, después de haber dormido un ratito se levantó y se puso a orar. Durante la oración vióse acometido de una pesada somnolencia y sumido en una especie de sopor, en tal situación que no podía decirse de él que estuviera completamente dormido ni enteramente despierto. En un momento dado, durante aquel estado de semiinconsciencia, creyó ver ante él a un joven de hermoso aspecto y elegante indumentaria, y parecióle entender que le decía: «Kilián, amigo mío; despierta y escucha; quiero poner fin a tus trabajos, mas aún tendrás que sostener un último combate, y una vez que hayas superado esta prueba final te llevaré conmigo para siempre». Cuando el santo varón, libre del sopor que le había invadido, recobró plenamente el conocimiento, adquirió conciencia clara de que mientras estuvo amodorrado había sido favorecido con un visita divina, y entendió con claridad lo que aquella revelación significaba; por lo cual entonces mismo despertó a los religiosos que con él vivían y les dijo:

—Hermanos, levantaos. Permanezcamos en pie y vigilantes porque dentro de muy poco el Señor llamará a nuestra puerta y es preciso que no nos encuentre dormidos. Recebemos nuestras lámparas de aceite ahora que aún estamos a tiempo, no sea que si lo dejanos para más tarde se nos pase la oportunidad y no podamos hacerlo.

Levantáronse todos inmediatamente, fuéronse a la iglesia y se entregaron a la oración. Muy poco después, hacia la media noche, los sicarios contratados por Geilana asaltaron el edificio e irrumpieron en el templo. El santo obispo, mirándoles fijamente a los ojos, les dijo:

—Amigos, sé a qué habéis venido. Cumplid el encargo que os han dado. Llevad a cabo lo que os habéis comprometido a hacer.

En cuanto san Kilián dijo esto, él y sus compañeros, allí mismo, en la iglesia, fueron asesinados y secretamente sepultados. En la misma fosa común, junto a sus cuerpos, enterraron también los sicarios los ornamentos, los libros sagrados y todos los objetos que solían usar las víctimas durante los oficios divinos, y los demás efectos comunitarios y de utilización personal que hallaron en la casa. Los asesinos tomaron la precaución de no dejar ni en la iglesia ni en el resto del edificio cosa alguna perteneciente a los siervos de Dios para que cuando el pueblo, intrigado al advertir la falta del obispo y de sus compañeros, comenzase a preguntarse qué podría haber sido de ellos, fácilmente cundiese entre la gente la opinión de que se habrían marchado del país discreta y definitivamente y se habrían ido a ejercer su ministerio a otras tierras. Pero una señora llamada Burgunda fue testigo presencial de cuanto aquella noche ocurrió en la iglesia. Esta piadosa mujer, convertida al cristianismo por los santos varones cuando éstos iniciaron su predicación en la ciudad, sintióse tan devota de ellos que solicitó y obtuvo del santo obispo permiso para poder vivir en una celda adosada a la iglesia, a fin de asistir desde su habitación, a través de un ventanillo, a los oficios divinos que ellos en el templo celebraban. La noche del crimen, lo mismo que las otras, la devota señora, al advertir que san Kilián y sus compañeros llegaban a la iglesia para hacer

sus rezos, se levantó de la cama y desde su celda acompañólos en la oración; y poco después, sin perder detalle de cuanto estaba ocurriendo, presenció cuanto hicieran los asesinos. Una vez que éstos se marcharon, la piadosa mujer pasó a la iglesia, recogió con un lienzo limpio la sangre vertida por los mártires y enterró el ensangrentado paño en la fosa en que estaban sepultados sus cuerpos; y a partir de aquélla, todas las demás noches, tomando las debidas precauciones para que nadie la viera y evitar así que Geilana se enterara, y se le prohibiera hacer lo que hacía, como más adelante se lo prohibieron, entraba secretamente en el templo y en él permanecía hasta la madrugada orando y adecentando con toda la veneración de que era capaz el lugar en que sabía que estaban enterrados los cuerpos de los santos; porque la infame y vilísima esposa del duque, a los pocos días de que fueran martirizados, convirtió el templo aquel en cuadra de caballos para que los animales, pateando con sus pezuñas el suelo, lo dejaran todo más o menos igual de pisoteado y no pudiera notarse qué parte de él había sido recientemente removida para cavar la sepultura de los siervos de Dios.

Personas de la ciudad contemporáneas de estos hechos refirieron después a quienes no los habían conocido que, mientras la iglesia estuvo convertida en caballeriza, los caballos en ella estabulados, cual si quisieran honrar a los santos mártires, jamás orinaron ni estercaron en el lugar concreto en que éstos yacían sepultados, de manera que el vaticinio que respecto de Cristo, cabeza del cuerpo místico, hizo el profeta cuando dijo: *«el buey conoció a su dueño... e Israel, en cambio, no me conoció a mí»*, se cumplió también en este caso respecto de sus miembros.

Con toda esta serie de precauciones que acabamos de referir nunca se hubiera sabido la suerte que corrieron estos mártires de no ser porque Burgunda, momentos antes de morir, reveló a algunos fieles lo que había ocurrido y el lugar en que estaban enterrados.

Terminada la guerra regresó el duque a la ciudad en la que había dejado a los siervos de Dios, y al no hallarlos allí trató con gran interés de averiguar cuándo y por qué motivo se habían marchado y hacia dónde se habían dirigido. Gosberto llegó a darse cuenta de que cada vez que formulaba estas preguntas a su esposa, la pérfida mujer, cuya alma continuaba atosigada por el veneno de la maldad, o enrojecía, o se tornaba lívida como un cadáver, o con cierta confianza en sí misma trataba de disimular su iniquidad con rodeos y subterfugios, diciendo por ejemplo que nunca se había dedicado a espiar a aquellos hombres ni a poner centinelas para que los vigilaran, que siempre los había considerado hombres libres, que jamás se había entrometido en sus vidas privadas, ni en lo que hacían o dejaran de hacer, o en si iban o en si venían; y que a su juicio lo que había ocurrido era sencillamente que así como un día sin que nadie los llamara se presentaron en la ciudad para ejercer en ella su ministerio, del mismo modo otro día decidieron marcharse y se marcharon a otro sitio a predicar en él su doctrina.

¿Hay alguien tan duro e inflexible a quien no ablanden y tuerzan las palabras de una mujer? El duque acabó admitiendo como posibles y válidas las explicaciones que su esposa daba al hecho de la desaparición de los siervos de Dios, se tranquilizó y puso fin a sus indagaciones. Pero como no hay secreto que no llegue a ser revelado, que así lo aseguró el Señor, cuando ya la gente poco a poco había ido olvidándose de aquel asunto, uno de los asesinos de los santos varones, arrebatado súbitamente por el demonio, comenzó a destrozarse y desgarrarse sus miembros con sus propios dientes y de esta miserable manera murió y se fue al infierno para siempre. El otro se volvió rabioso y en un ataque de furia se atravesó el vientre con una espada. Por la herida que a sí mismo se produjo saliéronse las tripas y las entrañas, y en medio de horribles sufrimientos dejó esta vida temporal y entró en la condenación eterna.

Poco después de esto la bestia de la que ya hemos hablado, es decir, la inicua Geilana, poseida por los demonios, comenzó a ir de una parte a otra gritando:

—¡Yo mandé asesinar a los bienaventurados varones! ¡Por eso ahora merecidamente los diablos me inflingen las horribles torturas que padezco!

De este modo, terriblemente atormentada, la mala mujer aquella murió y cambió los sufrimientos temporales a que fue sometida durante la etapa final de su vida terrena por los eternos preparados para ella por Satanás.

Capítulo CCI

SAN ENRIQUE, EMPERADOR

En el año 1001 de la Encarnación del Señor, y 1752 de la fundación de la Urbe, murió en Roma Otón III. Reunidos los electores para designar la persona que había de ocupar el trono que Otón con su muerte dejó vacante, por unanimidad y divinamente inspirados otorgaron sus votos al hombre más virtuoso que a la sazón había en todo el Imperio: a Enrique, duque de Baviera, hijo de otro Enrique que también había sido duque de Baviera cuando san Wolfgango ocupaba la sede episcopal de Ratisbona. El elegido era en efecto persona muy destacada y famosa; destacada por su bondad y por su regia nobleza, y universalmente famosa por la honorabilidad de su vida. El joven duque, que había adoptado como lema de su conducta la consigna bíblica que dice *«Initium sapientiae timor Domini»* (el temor del Señor constituye el fundamento de la sabiduría), además de ser firmemente católico en su fe y en sus obras poseía amplios y profundos conocimientos en el terreno de las ciencias humanas. Tal era el varón en quien recayeron los votos de los electores; y así dispuso la piadosa y divina Providencia que ocurriera, para darle ocasión de que desde la altura del trono y mediante el ejercicio de sus funciones de rey temporal alcanzara otro trono más importante en el reino de los cielos.

Siendo ya rey el referido Enrique, aunque todavía no había sido investido de la dignidad de césar o de emperador, cierto día, estando en Ratisbona, se le apareció el obispo san Wolfgango y, durante el éxtasis que le produjo esta aparición, sucedióle lo siguiente: parecíale a él que se encontraba orando ante la tumba del mencionado san Wolfgango en la iglesia del obispo y mártir san Enmerano, y que cuando trataba de encomendarse al Señor con todo el fervor de su alma y de implorar la protección del mencionado san Wolfgango, enterrado en la referida basílica, el propio san Wolfgango se colocaba a su lado y le decía: «Lee atentamente la inscripción que hay en la pared a la que está adosada mi tumba». Miró él hacia la pared vio que, efectivamente, en ella había una inscripción en la que meramente se leía: *«Después de seis»*. Terminó la visión, terminó el éxtasis, recobró el rey el uso normal de sus sentidos, pero, como quiera que quedara intrigado por lo que acababa de sucederle y sobre todo por el significado, para él enigmático, de la breve inscripción que había visto en el muro, comenzó a reflexionar y después de profundas cavilaciones llegó a la conclusión de que mediante aquellas misteriosas palabras se le había querido significar que iba a morir de allí a seis días; y, por si esta interpretación resultaba ser la correcta, distribuyó entre los pobres una buena parte de sus riquezas. Mas pasaron los seis días, y como continuaba vivo y en excelente estado de salud, sospechó que acaso el número *seis* no se refiriera a jornadas, sino a meses; pero al cabo de seis meses ni había muerto ni se hallaba enfermo, por lo que vino a suponer que lo de *seis* probablemente se refería a años, y persuadido de que esta suposición estaba bien fundada se propuso observar cuidadosamente durante los seis años que le quedaban de vida la ley del santo temor de Dios. Mas he aquí que al terminar el sexto año, y precisamente al día siguiente de que se cumpliera tal plazo, recibió la noticia de que el papa había decidido promoverlo a la dignidad cesárea. Entonces comprendió que esto era lo que se le había querido dar a entender, el día que tuvo la extraña aparición de san Wolfgango, por medio de la inscripción que vio en la pared y, convencido de que así era, dio gracias a Dios y al santo obispo por haberse dignado vaticinarle con tanta antelación su futura coronación imperial.

El santísimo siervo del Señor, una vez que fue ungido, coronado y proclamado emperador, no se dio por satisfecho con poseer las pequeñas prerrogativas inherentes a su condición de soberano de un reino temporal, sino que se propuso conducirse de tal modo que pudiera llegar a conseguir de manos del rey supremo e inmortal otra corona más preciada; y plenamente persuadido de que recibiría algún día esta corona si servía a Dios con exquisita fidelidad a tenor de aquello de que *«servir a Dios es reinar»*, se dedicó enteramente a la realización de su propósito, promoviendo con todas sus fuerzas y con suma diligencia la propagación de la religión cristiana, haciendo a los templos innumerables donaciones de propiedades y de objetos para el culto divino, y restaurando varias sedes episcopales que sus vecinos, los eslavos, en anteriores invasiones bárbaras e inhumanas habían devastado; entre otras diócesis en aquella ocasión restauró la de Hildesheim, en cuya escuela catedralicia habíase él, cuando era niño, educado e iniciado en la cultura; la de Magdeburgo, la de Estras-

burgo, la de Sirasburgo, la de Meersburgo, etc., asignando, tanto a las referidas como a otras muchas más de las que existían en su reino, abundantes posesiones, y dotándolas de infinidad de ornamentos y utensilios y de cuantiosas rentas. La fama de su nombre y el buen olor de sus virtudes extendiéronse a lo largo y a lo ancho de las tierras de su Imperio, y , finalmente, tras de haber colmado de riquezas la iglesia elegida por él para su propio enterramiento y las de otros monasterios en los que consiguió que la vida religiosa alcanzara un alto grado de perfección, realizada la empresa que la Providencia divina le había asignado en cuanto soberano de un reino temporal, el Señor sacó su alma de la cárcel de su cuerpo y se la llevó consigo para entregarle el premio de la corona inmarcesible que con su santa conducta había merecido.

El piadoso emperador, antes de morir, dándose cuenta de que el momento postrero de su existencia terrena se acercaba, llamó a la virtuosísima emperatriz santa Cunegunda, a los padres de ella y a algunos de los principales próceres de la corte, rogó encarecidamente a todos los presentes que cuidaran muy bien a la que había sido su esposa, y seguidamente, tomando a ésta de la mano, pronunció las siguientes palabras dignas de ser eternamente recordadas: «Vosotros y Jesucristo un día me dísteis por cónyuge a esta mujer; pues bien, a vosotros y a Nuestro Señor Jesucristo devuélvola hoy tal como me la entregasteis: con su virginidad intacta».

Murió el santo emperador y lloró la tierra su muerte; el cielo, en cambio, la celebró con exultante alegría. Que de este modo jubiloso la celebró infiérese del siguiente hecho misericordiosamente revelado por el Señor: en el preciso instante en que el alma de este siervo de Dios salía de este mundo —dice la tradición— un santo ermitaño que vivía en un muy apartado lugar vio pasar al diablo, que había adoptado forma humana y aspecto de viajero, y el virtuoso anacoreta, aunque por divina revelación lo reconoció al instante, disimuló, y como si no supiera quién era, le preguntó:

—¿A dónde va el caminante?

—A ver al emperador, que se está muriendo —respondióle el diablo.

Entonces el ermitaño le dijo:

—Me parece muy bien. Ve y haz, si Dios te lo permite, lo que piensas hacer; pero, en cuanto hayas terminado tu misión, pasa nuevamente por aquí y dame cuenta del resultado de la misma. En nombre del Señor vivo, te ordeno y exijo que no dejes de venir a comunicarme cómo te fue en este asunto.

Poco después regresó el transeúnte, y gimiendo y llorando, y con voz entrecortada por sus sollozos, declaró al santo eremita:

—¡Ay, ay, ay! Mis compañeros y yo hemos fracasado estrepitosamente. Nuestro viaje ha resultado inútil. Tan pronto como llegamos, los ángeles de Dios nos obligaron a huir de allí, y huido hemos, llenos de vergüenza y de confusión...

En la leyenda del mártir san Lorenzo encontrará el lector una versión más amplia de este episodio.

Capítulo CCII

SANTA BÁRBARA

En tiempos del emperador Maximiano vivía en Nicomedia un tal Dióscoro, pagano de religión pero ilustre por la nobleza de su linaje y riquísimo en bienes de fortuna. Tenía este hombre una hija llamada Bárbara, dotada de tan extraordinaria hermosura corporal, que su padre, movido por el intensísimo amor que a la hija profesaba, y para evitar que cualquier varón la viera, hizo construir una altísima torre y la encerró en ella.

Bárbara, que era sumamente inteligente y que desde su más tierna edad menospreciando las vanidades del mundo se había entregado a la meditación de las cosas divinas, un día al entrar en el templo de la fortaleza y ver las estatuas de los ídolos que sus padres en él habían colocado, hízoles esta pregunta:

—¿Qué hacen aquí estos hombres de piedra?

Sus padres le respondieron:

—¡Calla! Esto que tú llamas hombres de piedra son imágenes de nuestros dioses y están aquí para que a través de ellas adoremos a los misteriosos e invisibles seres a quienes representan.

La hija le preguntó de nuevo:

—¿Esos seres a los que os referís fueron hombres en tiempos pasados?

—Hombres fueron —contestáronle sus padres.

A partir de entonces santa Bárbara, de día y de noche, reflexionaba constantemente sobre la referida respuesta, y se decía a sí misma: «Si estos seres a los que se nos manda adorar fueron hombres en otros tiempos, síguese que como hombres nacerían y como hombres morirían; luego no pudieron ser dioses, porque los dioses ni nacen ni mueren; al menos a mí me parece que un ser de naturaleza divina ni puede nacer ni puede morir. Por otra parte, como quiera que el hombre es posterior a la tierra, es muy probable que tenga su cuerpo formado de la sustancia de la misma tierra, y si eso fuese así resultaría que esos seres u hombres pretendidamente dioses estarían también hechos con una sustancia tomada de la tierra, de donde se colige que la tierra tuvo que existir antes que ellos, puesto que están hechos de ella. A mí me parece que es absurdo admitir semejante cosa, porque en semejante supuesto habría que admitir también que los cuatro elementos de que está hecha la naturaleza corporal del hombre, es decir, la tierra, el cielo, el aire y el agua tendrían que haberse dado el ser a sí mismos, cosa imposible, porque esos elementos son creaturas, o lo que es igual, son cosas creadas, y si son cosas creadas es preciso reconocer que antes de que fueran creadas tuvo que existir el ser superior a ellas que las creó.

El precedente discurso constituye una prueba de la sabiduría y del agudo ingenio de que ya desde niña estaba dotada la joven Bárbara.

Posteriormente la santa doncella se consagró al estudio de las artes liberales. A medida que con la adquisición de conocimientos nuevos su cultura aumentaba, sus pensamientos eran cada vez más elevados y más profundas sus reflexiones, y aunque todavía no había llegado a conocer el verdadero Dios, eso no era obstáculo para que interiormente despreciara a los ídolos y se negara a postrarse ante sus imágenes, ante las cuales jamás se arrodilló; mas no sólo jamás se postró ante ellas sino que siempre que veía que sus parientes se prosternaban ante aquellos bloques de piedra o de madera que representaban a los falsos dioses esforzábase por mantener su ánimo erecto e inflexible en esta materia.

Poco después de esto extendióse por Nicomedia el rumor de que en Alejandría vivía un hombre llamado Orígenes del que se comentaba en tonos muy laudatorios que era la persona más sabia del mundo, e individuo famoso en toda la tierra, que de lo que decía y hacía deducíase sin lugar a dudas que conocía al Dios verdadero, y que con estos argumentos irrebatibles demostraba que eso de dar culto a los ídolos constituía una auténtica necedad. Desde el momento en que estos rumores y comentarios llegaron a oídos de santa Bárbara entregóse la joven, sin tregua ni descanso y con inmensa alegría, a buscar algún procedimiento para ponerse en comunicación con tan ilustre personaje sin que Dióscoro, su padre, hombre importante y poderoso, se enterase; y como ya por entonces no estaba sometida a la vigilancia de los ayos, después de mucho pensarlo, optó por escribir reservadamente una carta a Orígenes y hacerla llegar a sus manos por medio de algún mensajero de confianza. Y, en efecto, así lo hizo. He aquí el contenido de la susodicha carta:

«A Orígenes, varón alejandrino, universalmente famoso por la nobleza de su alma, de parte de su sierva Bárbara de Nicomedia:

He oído decir que enseñas una doctrina cierta acerca de la auténtica divinidad. Tan bella e interesante noticia me ha impresionado profundamente. Desde el primerísimo instante en que empecé a tener uso de razón vengo ansiando con toda mi alma conocer al Dios verdadero. Igualmente desde entonces vivo convencida de que la divinidad no puede identificarse con esas imágenes de madera o de piedra labradas por los hombres. Tales estatuas son insensibles: ni pueden oír ni pueden hablar. Siempre he creído que los seres por ellas representados ni son actualmente dioses ni lo han sido nunca, puesto que representan meramente a personas del pasado, y los seres sujetos por naturaleza a las contingencias del nacimiento y de la muerte evidentemente no pueden ser dioses, ya que Dios, por exigencias esenciales de su condición, forzosamente tiene que estar por encima de tales contingencias, puesto que la misma noción de divinidad implica necesariamente una existencia anterior al comienzo del tiempo. Yo no puedo considerar como dioses a quienes sé que en pasadas épocas

fueron hombres mortales. En medio de las múltiples inquietudes que estos pensamientos producen en mi alma, jamás he dudado de que Dios tiene que existir, y estoy convencida de que su naturaleza es esencialmente espiritual e inaprensible por nuestros sentidos corporales, y de que El es el Creador único y universal de cuanto existe. Así lo entiendo yo, y entendiéndolo así desde que tengo uso de razón, interiormente lo he amado con toda mi alma y a El vengo consagrando mis pensamientos y mi vida, porque a El le debo ser lo que soy. No sé si será una ilusión mía, pero yo siento que su espíritu se halla dentro de mí, vivificándome. Por eso deseo conocer a este Dios; por eso lo busco y buscaré insistentemente hasta que llegue a encontrarlo. Por eso también, venerable padre, en cuanto oí hablar de ti y de tu prestigio y de tu popularidad, y de que conocías al ser divino que yo ando buscando, y de que te dedicabas a demostrar ante la gente que sólo Él es el único Dios verdadero, estimé que podrías ayudarme eficazmente a resolver este asunto que tanto me preocupa. Te ruego, pues, que si estas referencias que de ti poseo son ciertas, tengas a bien alejar de esta sierva tuya las espesas tinieblas de la ignorancia y el caos de confusión en que me encuentro sumida, y hacer lo que fuese preciso para que brille en mi alma el sol de la justicia y en mí resplandezca la luz de la discreción. Deseo vivamente conocer al Dios verdadero, autor a mi juicio de todo lo visible y lo invisible, y saber si estoy en lo cierto al creer firmemente, como firmemente creo, fundándome en mis propios razonamientos, que el Dios verdadero es uno y único,... etc.».

En el exterior de esta carta, a modo de dirección, Bárbara escribió: «Para el presbítero Orígenes, que vive en Alejandría, capital de una región de Africa muy distante de Nicomedia». Hecho esto entregó la carta a un mensajero, y seguidamente, para que la misión encomendada a éste no fracasara, oró desde el santuario de su corazón al Dios que en él tenía alojado diciéndole mientras derramaba copiosas lágrimas: «¡Señor! Guía los pasos de este hombre que acaba de salir de aquí en busca de tu siervo; protégelo y consérvale la vida y consérvamela a mí también hasta que esté aquí de regreso con la respuesta al mensaje de que es portador».

Mientras de esta o parecida manera oraba diariamente con toda la devoción de que era capaz, pidiendo por el éxito de la embajada confiada al recadero, éste llegó a Alejandría, buscó a Orígenes y lo halló en el palacio de Manmea, madre del césar, explicando a la noble matrona la doctrina cristiana.

¡Inmensa fue la alegría que sintió el insigne varón al leer la carta de Bárbara! Acto seguido el preclarísimo doctor alabó a Dios por haber arrojado en el surco del alma de aquella joven la semilla de la verdad y propiciado su germinación, y después, sin pérdida de tiempo, deseoso de corresponder cuanto antes a la petición de Bárbara, escribió él a su vez a la doncella otra carta en la que le decía:

«Orígenes, indigno sacerdote del Dios verdadero y en la medida de lo posible también su pregonero, desde Alejandría, donde actualmente reside, desea a Bárbara, que vive entre los gentiles, la divina adopción correspondiente a los hijos del Señor y la verdadera salvación procedente de Jesucristo:

Me dices en tu comunicado que deseas conocer al Dios verdadero y saber cómo es. Pues bien, toma buena nota de esto: el Dios verdadero es un ser soberano uno y único en cuanto a su esencia y trino en cuanto a sus personas que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Quien admita esto, está fundamentalmente preparado para llegar a un correcto conocimiento de Dios. Procura, pues, asumir esta verdad que es el fundamento de las demás, y cuando la hayas asumido, cree firmemente en ella. Acompañando al emisario que me enviaste, irá otro emisario mío con el que te enviaré algunos libros; él te los leerá, te explicará la doctrina de nuestra religión y responderá a cuantas preguntas quieras formularle sobre esta materia. Quiero que estés prevenida acerca de esto: te aguardan días muy difíciles; ten la seguridad de que padecerás muchos tormentos por el nombre de Cristo; pero confía en estas palabras suyas que han llegado hasta nosotros a través de su Evangelio: *«Quien por mí perdiere la vida temporal, conquistará otra vida mucho más valiosa y eterna».*

Efectivamente. Con el mensajero que enviara Bárbara a Orígenes se trasladó a Nicomedia otro mensajero enviado por Orígenes a Bárbara. Era el tal mensajero uno de los numerosos discípulos del maestro, perfectamente capacitado para responder cumplidamente a cuantas preguntas la doncella quisiera hacerle.

Llegados los dos viajeros a la casa de Bárbara, el emisario de Orígenes quedóse fuera, a la puerta,

mientras entró el de Bárbara y comunicó a su señora que la misión que le había encomendado estaba cumplida, que con él había venido desde Alejandría un extranjero que traía la respuesta dada a su carta por el siervo de Dios, y que este emisario extranjero aguardaba en la calle porque él no le había permitido pasar al interior de la casa hasta saber si ella creía conveniente recibirlo.

Bárbara ordenó a su criado:

—Tráeme aquí inmediatamente a ese forastero.

El emisario de Orígenes, al entrar en la estancia en que estaba Bárbara, postróse ante ella y la saludó con la fórmula indicada por Cristo. Bárbara alzó del suelo al visitante, se inclinó ante él y correspondió a su salutación con frases reverentes hacia el recién llegado y hacia el nombre de Dios.

En el preciso momento en que Bárbara estaba saludando al forastero, entró Dióscoro a quien habíasele ocurrido visitar aquel día a su hija, y al verla en compañía de un desconocido preguntóle con voz de trueno:

—¿Quién es este hombre y qué hace aquí?

Bárbara respondió:

—Un médico alejandrino, discípulo al parecer de otro que vive en Alejandría, del que se dice que es tan experto en el arte de curar, que además de devolver la salud a los cuerpos, como los demás médicos, devuélvela también a las almas.

Con esta respuesta Dióscoro se tranquilizó, permitió a su hija que conferenciara con el visitante y se retiró.

Seguidamente el sacerdote Valentín, que éste era el nombre del enviado de Orígenes, comenzó a tratar con Bárbara de diferentes cuestiones religiosas. Valentín leyóle la carta que su maestro para ella le había entregado, le expuso el punto fundamental que en ella se tocaba, es decir, la doctrina acerca de la unidad y trinidad de Dios, y respondió a cuantas preguntas la joven le formuló relacionadas con este misterio; de manera que la santa doncella quedó enterada de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas distintas de un Dios único, uno y verdadero, y de que el Hijo, enviado por el Padre, vino a este mundo y asumió la naturaleza humana para salvar a los hombres de su perdición, redimirlos de su cautividad y purificarlos de sus pecados por medio del bautismo.

Bárbara, perfectamente catequizada e instruida, rogó a Valentín que la bautizara cuanto antes. Valentín accedió a ello, y de ese modo allí mismo, en la torre en que su padre la mantenía aislada y recluida, el emisario de Orígenes bautizó a la doncella.

Después de recibido el bautismo, la nueva cristiana continuó preguntando cosas y cosas relativas a Dios, al orden sobrenatural y al contenido de los libros que Orígenes le había enviado. Posteriormente leyó con gran atención aquellos libros y sin necesidad de que el hombre por quien se los había enviado le diera ulteriores explicaciones sobre los temas doctrinales que en ellos se trataban, entendió perfectamente cuanto su autor en ellos decía y lo asimiló y, a través de su lectura y de la reflexión sobre lo que leía, adquirió profundos conocimientos teológicos y gran dominio en todo lo concerniente a las ciencias divinas.

Acerca de esta santa cuéntase además lo siguiente:

Como era tan hermosa, algunos de los jóvenes más importantes y ricos del país pidieron a Dióscoro que les concediera la mano de su hija. Dióscoro, cierto día ante las constantes peticiones que en este sentido le hacían, fue a la torre, visitó a la doncella y le habló de este modo:

—Hija mía, varios de los hombres más poderosos y acaudalados de nuestra nación se han interesado por ti y me han manifestado que desean casarse contigo. ¿Qué dices a esto?

Bárbara clavó sus ojos en los de su padre y respondió indignada:

—Padre, ¡no intentes obligarme a hacer semejante cosa!

Dióscoro no insistió, salió de la torre, juntó gran cantidad de obreros y les encomendó la construcción de una piscina cubierta; extendió ante ellos los planos de la obra, explicóles cómo quería que se ejecutase, indicóles hasta los más insignificantes detalles, pagó a cada uno por adelantado la totalidad de trabajo que cada cual se había comprometido a realizar, y acto seguido emprendió un viaje a una región lejana.

Algún tiempo después de esto Bárbara salió de su torre, se acercó a la obra y, al advertir que en el muro del norte no había más que dos ventanas, dijo a los obreros:

—¿Por qué en toda esta pared no habéis hecho más que dos ventanas?

—Porque así lo dejó dispuesto tu padre —respondiéronle ellos.

—Haced una más para mí —ordenóles la joven.

Replicaron ellos:

—Señora, si hacemos esa tercera ventana tu padre se indignará contra nosotros.

Bárbara insistió:

—Haced la ventana que os digo y no os preocupéis. Cuando mi padre regrese ya le diré yo que ha sido cosa mía y quedará tranquilo.

Los obreros accedieron a los deseos de la doncella y comenzaron a hacer en el muro una tercera ventana; y, mientras ejecutaban su trabajo, Bárbara continuó su recorrido por el pabellón, inspeccionó la piscina, se acercó a la pared maestra que cerraba el edificio por la parte de oriente, trazó la señal de la santa Cruz sobre uno de los sillares de mármol de la mencionada pared, y regresó a la torre; y al ver en ella las imágenes de los ídolos que su padre adoraba, movida por el Espíritu Santo fue escupiendo al rostro de cada una de ellas diciendo: «¡Vuélvanse tan insensibles como estas estatuas quienes las han construido y cuantos confían en ellas!»

Al regresar Dióscoro de su viaje y visitar las obras de la piscina, que ya estaban terminadas, y advertir que en el muro del norte del pabellón había tres ventanas y no solamente dos como él había señalado en el plano, preguntó a los obreros que le acompañaban:

—¿Por qué habéis hecho en esta pared tres ventanas?

Respondiéronle ellos:

—Empeñóse en ello tu hija.

Fue Dióscoro a ver a Bárbara y le dijo:

—¿Has mandado tú a los albañiles que hicieran una tercera ventana en el muro de la piscina que da al norte?

Bárbara constestó:

—Sí; e hice bien, porque para que el hombre esté perfectamente iluminado necesita que la luz llegue hasta él a través de tres ventanas.

Tomó Dióscoro a su hija por la mano, llevóla hasta la piscina y una vez allí le dijo:

—Demuéstrame aquí, sobre el terreno, que para que esto estuviera perfectamente iluminado no bastaban dos ventanas y que era preciso hacer la tercera que mandaste abrir.

Bárbara tomó la palabra y habló de esta manera:

—Tres son las lumbreras que proporcionan claridad a este mundo y regulan el curso de las estrellas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas, ciertamente, pero no tres dioses, porque las tres tienen una sola y misma esencia y constituyen y son un solo y único Dios verdadero.

Al oír esto su padre, en un arrebato de cólera, desenvainó su espada con intención de matarla, pero en el momento en que iba a hacerlo se escindió un peñasco, se apoderó de la joven que estaba orando, la cobijó en su interior y la trasladó a la cima de un monte en el que había dos pastores apacentando sus respectivos rebaños. Estos pastores vieron sorprendidos cómo del interior de una roca salía una doncella y cómo se escondía detrás de otros peñascos que había en la cumbre de aquella montaña. En efecto, Bárbara se escondió para evitar que su padre la viera, porque ya su padre andaba buscándola por aquellos parajes. Dióscoro, al ver a los pastores, se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Habéis visto por aquí a mi hija Bárbara?

Uno de ellos, considerando el estado de irritación en que aquel hombre se encontraba, tratando de proteger a la muchacha juró que no la había visto y que ni siquiera la conocía; mas el otro, señalando con el dedo hacia un lugar determinado, dijo a Dióscoro:

—Tu hija está escondida detrás de aquellos peñascos.

Cuéntase que Bárbara, que oyó todo este diálogo, maldijo al delator haciéndo que se convirtiera repentinamente y en aquel preciso momento en estatua de piedra, y que sus ovejas se transformaran en saltamontes; pero a mi juicio esto es inverosímil y debe ser rechazado por falso. Pero sigamos; Dióscoro echó mano a la doncella, la llevó a casa, la azotó, la arrastró por los cabellos, la ató con cadenas, cerro con llave la estancia en que la recluyó, y tras de poner centinelas junto al aposento y hacer saber a éstos y al personal de la casa que nadie osara abrir la puerta de aquella estancia, fuese a ver al gobernador Marciano y denunció ante él a su hija, acusándola de ser cristiana. El gobernador dijo a Dióscoro:

—Tráemela aquí, ante mi tribunal, y déjala de mi cuenta.

Cuando Bárbara compareció ante Marciano, éste, sumamente impresionado por la extraordinaria belleza de la joven, formulóle esta pregunta:

—¿Quieres ser sensata y adorar a nuestros dioses, o prefieres que te condene a terribles tormentos?

Bárbara contestó:

—Yo adoro únicamente a Jesucristo, mi Señor y Dios verdadero, creador del cielo, de la tierra y de cuanto existe. De esos demonios tuyos ya dijo

el profeta en el salmo 113: «*Tienen boca pero no hablan; tienen ojos pero no ven. Sucédales lo mismo a quienes los hacen y a quienes en ellos confían*».

Irritado Marciano por esta respuesta, mandó que desnudasen a la doncella y que la azotaran con lapos hechos con nervios de toro, y tan cruelmente los verdugos la azotaron que dejaron su cuerpo convertido en una inmensa llaga cubierta de sangre. Después de haberla sometido a este horroroso suplicio, el presidente ordenó que la encerraran en la cárcel hasta que él decidiera el género de muerte a que sería condenada. Hacia la media noche de aquel día el calabozo, repentinamente, quedó iluminado por una celestial claridad procedente de los resplandores que envolvían a Jesucristo, que se presentó ante la santa y le dijo: «Hija mía, sé fuerte, ten confianza. El testimonio de fe que estás dando con el padecimiento de estas torturas constituye un motivo de inmenso gozo en el cielo y en la tierra. No tengas miedo a las amenazas de este tirano: yo estoy contigo. He venido a curarte las heridas que los malvados verdugos han producido en tu cuerpo». Apenas Jesucristo dijo lo que dicho queda, todas las heridas de Bárbara quedaron repentinamente curadas sin dejar en su cuerpo cicatriz alguna; tan radicalmente curadas, que ni luego ni posteriomente reaparecieron. Inmensa fue la alegría que esta visita del Señor produjo a santa Bárbara.

Al amanecer fue llevada la prisionera ante el tribunal por orden del gobernador y como éste la viera completamente sana y sin el menor rastro de las llagas que el día anterior tenía en todo su cuerpo, hizo este comentario:

—Parece que nuestros dioses te quieren mucho y que han acudido en tu auxilio, puesto que han curado todas tus heridas.

—Esos dioses de que hablas —replicó la santa— son tan sordos, ciegos y mudos como tú. ¿Cómo van a ser capaces de curarme ni a mí ni a nadie si no pueden enterarse de nada? A mí me ha curado Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, a quien tú no ves porque el diablo ha convertido tu corazón en un pedernal.

Al oír esta réplica de la joven, Marciano rugió como un león y en un arranque de cólera mandó que aplicaran a los costados de la doncella las llamas de varias candelas encendidas, y que tras de este suplicio le machacaran la cabeza con un martillo. Mientras Bárbara padecía estas torturas, fijos sus ojos en el cielo, exclamó:

—¡Señor! Tú que todo los sabes, sabes también que estoy dispuesta a padecer lo que sea por tu amor. ¡No me abandones!

Acto seguido el inicuo gobernador mandó a uno de los verdugos que con la punta de la espada cercenara y arrancara de cuajo los pechos de la santa. Con gran entereza soportó ella este nuevo tormento, y mirando al cielo oró de esta manera:

—¡Señor! ¡No apartes de mí tu rostro ni permitas que tu Santo Espíritu me abandone!

A continuación ordenó Marciano que la exhibieran completamente desnuda por la calles de la ciudad y que a lo largo del recorrido la azotaran sin piedad. Mientras los esbirros la despojaban de sus ropas, ella, clavando una vez más sus ojos en el cielo, hizo esta breve oración:

—¡Señor! ¡Tú eres mi protector y valedor! ¡Tú, que cuando quieres cubres el firmamento de nubes, puedes también cubrir mi cuerpo! ¡Ven en mi ayuda e impide que estas gentes impías puedan ver mi desnudez!

Apenas hubo dicho esto, un ángel de Dios descendió de lo alto y envolvió el cuerpo de la santa en un manto blanquísimo. El inicuo gobenador a la vista de este nuevo milagro, mandó a los verdugos que la despedazaran y mataran con sus espadas, pero Dióscoro que, ebrio de ira, asistía a estos horribles espectáculos, pidió permiso a Marciano para ejecutar por sí mismo la sentencia y, como el gobernador le concedió la gracia solicitada, aquel padre sin entrañas se hizo cargo de su hija la condujo hacia un monte que había en las proximidades. Bárbara caminaba alegre y de prisa, cual si quisiera llegar cuanto antes a recibir el premio de la vida eterna, y cuando ya estaban ella y quienes la conducían muy cerca de la cumbre de la montaña hacia la que se dirigían, se detuvo un momento y en voz alta pronunció la siguiente oración:

—¡Oh mi Señor Jesucristo! ¡Oh poderoso Señor a quien todas las criaturas obedecen! Acoge benignamente esta petición que antes de morir te hago: suplícote, oh Dios mío, que, puesto que somos de carne y por tanto débiles, cuando llegue el día del juicio ejercites tu piedad y misericordia mostrándote indulgente y compasivo, y olvidando los pecados de quienes durante su vida hubieren invocado tu nombre y conmemorado devotamente el martirio de esta humilde sierva tuya».

Entonces mismo oyóse una voz procedente de lo alto, que decía: «Ven, hermosísima hija mía, ven, entra en la morada de mi Padre celestial, des-

cansa en ella eternamente y ten la seguridad de que cuanto acabas de pedir queda concedido».

A continuación la mártir de Cristo reanudó la marcha y, en cuanto ella y quienes la acompañaban llegaron a la cumbre de la montaña, Dióscoro su padre desenvainó su espada, degolló a su propia hija y en cuanto terminó su inicua acción emprendió el regreso hacia su casa; mas no llegó a ella porque, cuando descendía por la ladera de la montaña, cayó sobre él desde lo alto del cielo un fuego misterioso que lo abrasó y consumió tan absolutamente que en el lugar donde esto ocurrió no quedaron ni siquiera las cenizas de su cuerpo.

Santa Bárbara, mártir del Señor, murió un cinco de diciembre en tiempos del emperador Maximiano y por orden, lo mismo que santa Juliana, del gobernador Marciano.

1. El caso que voy a referir ocurrió en Sajonia hace ya mucho tiempo. Un conde del susodicho país, después de hacer prisionero a un enemigo suyo, encerrólo en una torre, condenólo a morir de hambre y, en orden a esto, prohibió bajo severísimas penas a sus parientes y servidores que suministraran al prisionero ni alimentos ni bebidas de ninguna clase. Algunos días después, el preso, que, en efecto, desde que fuera recluido en la cárcel no había vuelto a comer ni beber absolutamente nada, no pudiendo resistir el hambre que le devoraba, con voz lastimera y lúgubre rogó al guardián de la prisión que le diera por amor de la gloriosa virgen santa Bárbara un poquito de pan, porque estaba a punto de morir de inanición. Como el guardián hiciera caso omiso de las súplicas del prisionero, éste dejó de insistir y se calló; y algunas fechas después, al advertir el carcelero que el desdichado cautivo yacía tendido en el suelo y ni hablaba ni pedía nada, ni respondía a las preguntas que le hacía, sospechando que hubiera muerto víctima de hambre y de sed, dio parte de ello al conde su señor, rogándole que mandara sacar de allí el cadáver antes de que se descompusiera y llenara de hedor la cárcel. Accediendo a los ruegos del carcelero el conde ordenó que ataran una soga alrededor del cuello del muerto, que lo llevaran a rastras hasta lo alto de la torre y que desde allí lo arrojaran al exterior de la fortaleza. Así se hizo, mas he aquí lo que sucedió: al rebotar en el suelo el cuerpo del prisionero, éste, ante los ojos atónitos de una inmensa multitud de personas que habían acudido a presenciar el espectáculo, se levantó vivo, y como los espectadores vieran que el muerto se ponía de pie, salieron corriendo sin hacer caso al ex prisionero, que con voces dulces y amables les rogaba que no huyeran, que se detuvieran, que volvieran y se acercaran a él. Algunos de ellos optaron por regresar, y se acercaron y le preguntaron:

—¿Cómo se explica que tú que pereciste de hambre y estabas muerto, que fuiste arrojado desde lo alto de la torre al suelo, en vez de estrellarte contra él te alzaras vivo delante de nuestros propios ojos?

—Cuando estaba encerrado en la cárcel —respondióles él— y a punto de fenecer de hambre, la virgen santa Bárbara acudió en mi socorro y remedió mi angustiosa necesidad; después, cuando me arrojaron desde las almenas de la fortaleza, me sostuvo entre sus santísimas manos y evitó que me estrellara contra el suelo; e hizo lo uno y lo otro porque yo no puedo morir sin haber recibido previamente los sacramentos de la confesión, de la comunión y de la extremaunción.

—¿Por qué dices que no puedes morir —inquirieron ellos— sin haber recibido antes los sacramentos de la confesión, la comunión y la extremaunción?

El ex prisionero les contestó:

—Porque santa Bárbara, en cuyo honor he ayunado muchas veces y cuya protección he solicitado en mis oraciones diariamente toda mi vida, me alcanzó del Señor la gracia y la promesa de que no moriría sin haber recibido previamente esos sacramentos.

Dicho esto el hombre aquel se confesó, recibió la comunión y la extremaunción y al poco rato de haber sido fortalecido espiritualmente con los tres sacramentos mencionados, expiró.

2. Algunos libros refieren este episodio acaecido allá por los años en que el serenísimo Adolfo era rey de los romanos: Por delegación de este monarca y en representación suya ejercía la suprema autoridad en las tierras orientales del Imperio un conde, ante el cual fue acusado en cierta ocasión uno de sus soldados de haber violado a una doncella. El tal virrey ordenó que el susodicho soldado fuese detenido y encarcelado hasta tanto que en una asamblea formada por los nobles de la ciudad y presidida por él se estudiase el caso y se acordase la sentencia que deberían pronunciar contra el presunto reo. El día señalado para la vista de la causa reuniéronse los consejeros y miembros del tribunal. El acusado, que había sido conducido

a la sala del juicio, suplicó encarecidamente al conde que le proporcionara un sacerdote porque quería confesarse. Buscósele un confesor, el cual oyó en confesión al soldado y, como lo hallara inocente de la culpa que le atribuían, exhortólo a que hiciese voto de profesar durante el resto de su vida señalada devoción a santa Bárbara, y lo invitó a que formulase a Dios la promesa de que siempre que fuese a su tierra, tanto a la ida como a la vuelta pasaría por Prusia visitaría en esta nación el lugar de Monteantiguo. El presunto reo hizo las dos promesas que el confesor le sugirió, después de lo cual tornó a la sala en que estaba reunido el tribunal y tornó a ella acongojado, temiendo que lo iban a condenar a muerte, porque cuando el conde requirió de sus consejeros que manifestasen la sentencia que a juicio de ellos correspondía dictase en el caso que estaban juzgando, la mujer que le había denunciado, y que se hallaba presente en la sala, comenzó a gritar y a decir a voces:

—¡Hágase justicia, castíguese a ese violador!

En esto, mientras la acusadora profería repetidamente sus gritos en demanda de justicia, penetró en el local en que se celebraba la audiencia pública un extraño y desconocido individuo que se acercó al acusado y le susurró algo al oído. Entonces el acusado pidió al conde:

—Señor, antes de dictar la sentencia tened a bien escuchar a este forastero.

El conde accedió a la petición del soldado. Hízose el silencio en la sala. La multitud que abarrotaba el local mostróse muy interesada en conocer lo que aquel desconocido de aspecto probretón y despreciable iba a decir; y aquel hombre, seguidamente, con argumentos irrecusables demostró ante la concurrencia que el soldado a quien estaban juzgando había sido vilmente calumniado y que la sentencia de muerte que contra él tenían preparada era injusta. Con tal claridad y evidencia demostró ser verdad lo que afirmaba, que tanto el conde como sus consejeros, como el numeroso público que asistía a la vista de la causa, quedaron convencidos de que cuanto decía el desconocido forastero era irrebatible; y como no encontraban nada que objetar a sus razonamientos expuestos con sabiduría sobrehumana, el tribunal no llegó a pronunciar el dictamen que tenían prevenido, sino que, por el contrario, el juez absolvió al acusado. Este, que se hallaba en el estrado, al intentar prosternarse ante los miembros de la mesa para agradecerles que hubiesen reconocido su inocencia, embargado por la emoción, tropezó, y sin poder evitarlo cayó sobre el juez e instintivamente le rodeó el cuello con sus brazos. Creyendo los criados del conde que el soldado trataba de ahogar a su señor, arrojáronse furiosos sobre él, y lo maltrataron tan despiadadamente que el padre y los amigos del maltratado soldado, convencidos de que los criados del virrey lo habían matado, salieron de la sala desesperados, llorando a voces amargamente. El confesor, al oír estos lamentos, acercóse a quienes los proferían y les manifestó confidencialmente:

—Tened confianza en santa Bárbara; no dudéis de lo que os digo: ella lo salvará. Puedo aseguraros con toda certeza que el joven está vivo y que en este momento no padece daño corporal alguno.

Inmediatamente el padre y los amigos del soldado entraron en la sala, se acercaron ansiosamente al que creían muerto, y comprobaron que no sólo vivía sino que no había en él ni heridas ni la menor señal de los golpes recibidos; por lo cual el padre felicitó al hijo, los amigos felicitaron al amigo, y todos juntos, a coro, cantaron alabanzas ensalzando a santa Bárbara, ponderando sus méritos y agradeciéndole los insignes favores que había dispensado al joven soldado, el cual durante el resto de su vida cumplió las promesas hechas y se consagró a servir a su ilustre bienhechora.

Capítulo CCIII

SANTA BRÍGIDA

Cuando la piadosa santa Brígida llegó a la edad en que las doncellas suelen contraer matrimonio, pidió al Señor que le concediese alguna deformidad corporal a fin de verse libre de posibles pretendientes. El Señor escuchó sus oraciones: por entonces Brígida se quedó tuerta debido a que uno de sus ojos se le reventó, y poco después de esto ella y otras jóvenes piadosas tomaron el sagrado velo de las vírgenes, se consagraron a Dios y establecieron su residencia en la pequeña población de Medo.

Muchos fueron los milagros que en el referido pueblo se dignó hacer el Señor por medio de su sierva. He aquí algunos de ellos:

En cierta ocasión dio hospitalidad en su casa a un enfermo llamado Marcos y lo sanó.

Otra vez, desde el día de Jueves Santo hasta el siguiente domingo de Pascua de Resurrección, proporcionó a las personas de dieciocho parroquias cuanta cerveza quisieron beber, a pesar de que no disponía más que de un cántaro de ella.

Un día llamó a su puerta un leproso y le pidió un poco de leche; como no la tenía sirvióle un jarro de agua fresca, pero en el mismo instante en que se la sirvió el agua se convirtió en leche, y en cuanto el leproso bebió el primer sorbo de aquella leche milagrosa quedó limpio de su lepra. De aquella misma leche bebió poco después otro sorbo una muchacha que estaba enferma, y nada más beberlo, sanó repentinamemte. Bebieron seguidamente sendos sorbos de la milagrosa leche dos ciegos, y los dos, en cuanto la bebieron, recobraron la vista.

Viéndose la santa en cierta ocasión precisada a hacer un viaje, al cruzar un río por el sitio en el que había muy poca agua, tropezó, se cayó y se hizo una herida en la cabeza; al llegar a la otra orilla y ver en ella a dos mujeres mudas, ungióles los labios con la sangre que manaba de su herida y las curó repentinamente de la mudez que padecían.

Poco después de esto sucedió este otro caso: en un momento de descuido un hombre un tanto simple que estaba al servicio del rey dejó caer al suelo una preciosa ánfora que el monarca tenía en sumo aprecio. El ánfora, naturalmente, quedó hecha añicos. Súpolo la santa y, para evitar que el rey castigase al criado, hizo milagrosamente que los menudos fragmentos se unieran y que la valiosa ánfora recobrase su estado primitivo.

En otra ocasión, como Brígida se enterara de que una mujer que tenía mucha fruta se negaba a dar algo de ella a un leproso pordiosero, rogó a Dios que castigara a la despiadada mujer, y la castigó, pues en aquel mismo instante se secaron todos los árboles que tenía en su huerto y desaparecieron repentinamente todos los montones de fruta que tenía rocogida en su almacén.

Otro día, yendo la santa de viaje, sentada en su carroza, se encontró con una familia muy pobre; todos los miembros de la misma, es decir, el padre, la madre y los hijos llevaban sobre sus espaldas sendos haces de leña y caminaban sudorosos y visiblemente fatigados. Brígida entonces, apiadada de ellos, dióles los caballos que tiraban de su coche y se sentó con sus compañeras a la vera del camino. Un rato después dijo a éstas:

—Escarbad entre esa mata de hierba que hay a vuestro lado para que brote una fuente de agua que sirva de alivio a los caminantes.

Sus criadas escarbaron entre la hierba, y al instante comenzó a manar agua. Momentos después pasó por allí el duque de aquella región y regaló a Brígida dos caballos.

Un año, poco antes de la fiesta de la Pascua, dijo la santa a sus compañeras:

—Hermanas, ¿quién de vosotras quiere lavar a las enfermas?

Como todas eran jóvenes y unas tras otras alegaran diferentes excusas para no hacerlo, Brígida se encargó de desempeñar por sí misma aquel caritativo oficio. Las enfermas que tenían en casa eran tres: una de ellas estaba paralítica, otra leprosa y la otra endemoniada. La santa lavó a las tres con sus propias manos, y las tres, mientras Brígida las lavaba, quedaron repentinamente curadas de sus respectivas enfermedades.

Estando la santa hospedada en cierta ocasión en una casa ajena cuyos moradores en un determinado momento habían salido a la calle, no quedando en el domicilio más que un muchacho que se hallaba en cama, llamaron a la puerta varios mendigos pidiendo un poco de pan. Brígida ignoraba que el muchacho que estaba en la cama era mudo y paralítico, y creyendo que se hallara meramente descansando, acercóse y le preguntó:

—¿Sabes dónde guardan tus padres la llave de la despensa?

—Sí —respondió el que era mudo.

—Pues entonces levántate y socorre a los pobres que están a la puerta, díjole ella.

El paralítico se levantó y atendió a los mendigos.

En otra ocasión llegó a una casa en la que había doce enfermos y los curó a todos ellos.

He aquí otro caso prodigioso:

Celebrábase en cierta ciudad una gran asamblea presidida por el obispo y, cuando todo el pueblo estaba reunido en la catedral, entró en ella una mujer que había parido días antes, y alzando en sus brazos por encima de su cabeza a su hijo y mostrándolo al público dijo a voces, a fin de que todos la oyeran:

—Ese obispo que está sentado en su trono es el padre de este niño.

Santa Brígida entonces se acercó a la mujer, trazóle sobre sus labios la señal de la cruz, y en aquel preciso instante todo el cuerpo de la calumniadora, desde la cabeza hasta los pies, quedó horrible-

mente hinchado; y como pese a esto la mujer no retirara su acusación, la santa, mirando al niño que tenía muy pocos días, le ordenó:

—¡Pequeño! Di ahora mismo delante de toda esta gente quién es tu padre.

Entonces la criatura con voz clara y recia manifestó:

—El obispo no es mi padre; mi padre es aquel hombre torpe y vil que está sentado allá, en el fondo de la iglesia.

Por aquel mismo tiempo presentóse ante santa Brígida una joven muy pobre pidiéndole una limosna. La santa le dijo:

—Toma esta vaca y vete.

La muchacha replicó:

—Tu vaca no remediará mi necesidad, porque vendrán los ladrones y me la robarán.

—Pues si no quieres la vaca —repuso Brígida— ten este cíngulo con que ciño mi túnica, mójalo en agua y rocía con ella a los enfermos y los curarás.

Aceptó la joven el cíngulo de muy buena gana, retiróse feliz y contenta, hizo lo que la santa le había indicado, curó a multutid de enfermos, ganó mucho dinero, y a medida que lo iba ganando lo distribuía entre los pobres de Cristo.

Durante una época de hambre fue Brígida a ver al obispo Iberio y a pedirle algunos alimentos, llevando consigo a dos de sus compañeras. El obispo invitó a comer a la santa y, como no tenía en casa más que un poco de pan duro y un trozo de tocino, entregó a las dos compañeras de Brígida esas únicas provisiones para que con ellas, a pesar de que era tiempo de curesma, prepararan la comida que aquel día había de servirse en la mesa. Las dos jovenzuelas escamotearon el tocino para comérselo ellas a escondidas. El hurto no les sirvió de nada, porque los dos trozos en que habían dividido el tocino inmediatamente se convirtieron en dos serpientes, y además se ganaron una severa reprimenda de la santa delante del obispo. Arrepintiéronse las mozuelas de lo que habían hecho, y tan pronto como el obispo y Brígida hicieron una breve oración, las serpientes se transformaron en pan.

Después de haber obrado estos y otros muchísimos milagros más, santa Brígida emigró al Señor.

Capítulo CCIV

SAN GANGULFO

Gangulfo, noble caballero nacido en Borgoña, yendo en cierta ocasión de viaje por tierras de la Champaña, llegóse a beber a una fuente, y cuando estaba bebiendo se acercó a él el dueño de la finca en que la fuente manaba y le dijo:

—Te vendo este material.

San Gangulfo, recordando las palabras del Señor contenidas en el Evangelio: «*si dijereis a este monte: retírate,* etc.», compró la fuente en cien monedas de oro, y cuando regresó del viaje refirió a su esposa la compra que había hecho. Su esposa acogió la noticia con grandes risotadas, burlándose de su marido y de su fe. Entonces Gangulfo hincó en el suelo el bastón que llevaba en la mano, lo alzó de nuevo, y al instante brotó en el sitio exacto en que hincó su cayado otra fuente enteramente igual a la que había comprado en la Champaña, y también en aquel mismo instante la fuente que comprara en la Champaña se secó definitivamente.

Poco después de esto enteróse Gangulfo de que su esposa mantenía relaciones adulterinas y sacrílegas con un clérigo de vida relajada.

—¿Qué hay de eso que se dice? —preguntó el santo a su mujer.

Como la mujer insistentemente negara que existiesen entre ella y el clérigo semejantes relaciones, el venerable siervo de Dios le dijo:

—Mete tu mano en el agua de esta fuente. El Señor que todo lo ve nos hará saber por medio de algún signo si es verdad o no lo que acerca de esto se cuenta.

Sin vacilar accedió la esposa a lo que su marido le proponía, mas tan pronto como metió en el agua su mano, toda la carne de la misma se desprendió de los huesos.

Díjole entonces el esposo:

—Mereces que te mate, pero no lo haré. Que Dios, que es justo juez, te juzgue como crea conveniente.

Una noche, el clérigo de que hemos hablado, inducido por su perversa amante, presentóse en casa de Gangulfo mientras éste dormía y con la pérfida intención de asesinarle descargó su espada sobre él; mas erró el golpe, y en lugar de segarle el cuello, que era lo que pretendía, hirióle en la parte de los muslos tan gravísimamente que a los pocos días, a causa de las heridas Gangulfo emigró al Se-

ñor. Sólo unas fechas más tarde el clérigo pagó su pecado, pues hizo lo mismo que Judas: se ahorcó y reventó.

San Gangulfo, a raíz de su muerte, comenzó a obrar numerosos milagros. Un día, su esposa, al oír comentar a la gente que los enfermos que se encomendaban a él recobraban la salud, exclamó en son de burla:

—Ese hace tantos milagros como mi ano.

Nada más decir eso, por la mencionada parte de su cuerpo salió una sonora y fétida ventosidad, y a partir de aquel día, que era viernes, todos los viernes del año durante el resto de su vida y a la misma hora en que hiciera su torpe comentario, escapábasele por el ano, sin que por más precauciones que tomara y esfuerzos que hiciera pudiera impedirlo, otra ventosidad, tan ruidosa y pestilente como la que se le escapó el día en que osó burlarse de la santidad de su marido.

Capítulo CCV

SAN UDALRICO

En el monasterio de san Galo se educó Udalrico, alemán de nación y de ilustre prosapia, y en él quiso tomar el hábito y lo hubiera tomado, de no habérselo impedido una ermitaña que le disuadió de su propósito, anunciándole que estaba predestinado por Dios para ser obispo de Augsburgo; y, en efecto, obispo de Augsburgo fue algunos años más tarde.

Un día, al terminar de comer en compañía de san Conrado, obispo de Constanza, alzóse de pronto de la mesa, se fue a la iglesia y celebró en ella tres misas seguidas. San Conrado quedóse sorprendido, y creyendo que san Udalrico hubiese hecho aquello expiatoriamente, por pensar que tal vez se hubiese excedido en la comida, hizo este comentario: «Nadie ha quedado hoy tan saturado de mesa y misa como este hombre».

Muchos fueron los enfermos que se curaron y los ciegos que recobraron la vista ungiéndose con el óleo que san Udalrico consagraba el Jueves Santo de cada año.

El cierta ocasión, el día de san Juan Bautista, hallándose enfermo de gravedad, presentáronse junto a su cama dos jóvenes, uno de los cuales le dijo:

—¿Por qué no te levantas? Es preciso que lo hagas porque hoy tienes que celebrar la misa en honor de san Juan.

Udalrico se levantó, se fue al instante a la iglesia y celebró en ella dos misas seguidas.

El año 900 de nuestra era, este santo, a los 83 de edad y 50 de episcopado, durante los cuales realizó innumerables milagros, emigró al Señor. Al desnudar su cuerpo para lavarle y amortajarle, cuantos se hallaban presentes sintieron una exquisita fragancia que procedía del venerable cadáver, el cual, una vez amortajado, fue trasladado a la catedral, en la que al poco rato se presentó san Wolfgango, obispo de Ratisbona. Este santo prelado ofició en las exequias y presidió el entierro de san Udalrico, que fue sepultado en la iglesia de santa Afra.

Capítulo CCVI

SANTA AFRA

Afra, hija de Hilaria, al igual que toda su familia, que procedía de Chipre vivió durante algún tiempo consagrada al culto de Venus. Tanto ella como sus criadas, mientras fueron jóvenes, se dedicaron a la prostitución en un burdel que Afra había abierto para la realización de su oficio.

Un día el obispo Narciso y su diácono Félix, que andaban errantes huyendo de la persecución de Diocleciano, y deseaban esconderse cuanto antes en algún sitio, ignorando que aquella casa era un prostíbulo llamaron a su puerta, les abrieron, entraron rápidamente en ella y, como Afra creyera que Narciso era algún señor rico que acompañado de su criado acudía a su burdel a desahogar sus instintos libidinosos, recibiólo con las atenciones y zalamerías con que solía recibir a los clientes importantes; pero cuando el recién llegado aclaró las cosas y le hizo saber que era un obispo de los cristianos, Afra cambió de actitud, se arrojó a los pies de Narciso y se convirtió al cristianismo; y a la mañana siguiente, al enterarse de que los esbirros del emperador andaban buscando por la ciudad a los dos siervos de Dios que ella tenía en su casa, primeramente los escondió debajo de un montón de haces de lino, pero luego, para mayor seguridad, envió a Narciso a casa de su madre, Hilaria, quien acogió al obispo muy atentamente, lo trató con veneración y respeto y acabó, como su

hija, arrojándose a los pies del venerable prelado y haciéndose cristiana. Esto ya no lo soportó el demonio, el cual comenzó a dar voces diciendo que ya estaba harto de que lo expulsaran de las moradas que tenía por suyas, y que no se desprendería de Hilaria si no le daban a cambio alguna otra alma. El obispo dijo entonces al demonio:

—Acepto la condición que pones. Mira: en los Alpes hay unas simas; ve cuanto antes a ellas y apodérate de cierto sujeto que allí te está aguardando.

Fue el diablo al lugar indicado por Narciso, se apoderó de un descomunal dragón que en él había, y tanto lo atormentó, que le causó la muerte.

Narciso bautizó a Hilaria, convirtió la casa de ésta en iglesia, confirió la consagración espiscopal a Dionisio, tío materno de Afra, y le confió el gobierno de la diócesis de Augsburgo.

Afra, naturalmente, cerró el prostíbulo y negóse a seguir practicando su antiguo oficio, con protestas de sus clientes, los cuales, cuando se enteraron de que la joven se había hecho cristiana, denunciáronla como tal ante el prefecto Cayo, quien la hizo comparecer en su presencia para juzgarla personalmente.

—¿No sabes —preguntó Cayo a Afra durante el juicio— que el dios de los cristianos aborrece a las prostitutas y que Cristo no puede de ninguna manera morar en ellas?

Afra replicó con viveza:

—Parece que eres tú quien ignoras que Cristo vino al mundo precisamente para redimir y salvar a los pecadores.

Cayo condenó a Afra a muerte, mandando que la condujeran hasta una isla que formaban las aguas del río Lech, y que allí la quemaran viva.

Cuando Hilaria y las criadas de Afra estaban enterrando el cuerpo de la santa mártir, fueron sorprendidas, apresadas por los perseguidores de los cristianos, y quemadas vivas en la misma hoguera en que había sido quemada santa Afra.

Capítulo CCVII

SAN OSWALDO

San Oswaldo, rey de Inglaterra e hijo de Achia, hermana del mártir de Cristo san Edmundo, fue hombre muy caritativo y limosnero.

Un año, el día de Pascua, mientras predicaba Aidano Lindifarnense la palabra divina, él, haciendo de intérprete, iba traduciendo en voz alta para el pueblo lo que el predicador decía.

En cierta ocasión ocurrió lo siguiente: un día, a la hora en que solía distribuirse la limosna a los pobres, acudieron a las puertas del palacio a recibirla tal cantidad de ellos, que antes de haberlos socorrido a todos se terminaron los comestibles y el dinero previamente preparados para este efecto; y como ya no había nada más que dar y sí quedaban sin socorro los últimos de la cola, el rey, viendo una gran bandeja de plata que había en la estancia, dijo a sus criados:

—Quebrad esa bandeja en tantos trozos como pobres quedan sin socorrer, y dad uno a cada uno de ellos.

El obispo, que estaba presente, comovido, felicitó al monarca, besóle las manos y exclamó:

—¡Quiera Dios que estas manos tan generosas no perezcan nunca!

El deseo del obispo se cumplió, pues por lo menos hasta el día de hoy, las manos del rey san Oswaldo permanecen incorruptas.

De día y de noche, unas veces de pie, otras arrodillado, el piadoso monarca se entregaba a la oración, dando constantemente gracias al Señor por sus inmensos beneficios.

1. Salió en cierta ocasión san Oswaldo con su hermano Canfrido, posteriormente asesinado por los impíos, a repeler las agresiones del duque de Bretaña, que al frente de sus poderosos ejércitos había invadido su reino, y al llegar al campo de batalla Oswaldo se arrodilló en el suelo, levantó cuanto pudo sus manos sosteniendo en ellas un crucifijo, y, sin más armas que las de la santa Cruz y su oración, derrotó a sus enemigos.

Finalmente, a sus 38 años de edad, y nueve de reinado, murió asesinado por el rey de los mericios con quien estaba en guerra. Este hombre cruel y sin escrúpulos tendióle una trampa: hízole saber que se rendía y que quería negociar la paz; envióle Oswaldo un embajador para concertar las capitulaciones. El mencionado rey asesinó alevosamente al embajador y luego a Oswaldo. A Oswaldo le cortó la cabeza, las manos y, posteriormente, también los brazos, y luego, ingnominiosamente, colgó estos miembros de un árbol.

A raíz de su muerte, san Oswaldo comenzó a hacer innumerables milagros.

2. En cierta ocasión, un estudiante que tenía

muy buenas palabras pero muy malos hechos cayó gravemente enfermo, y cuando ya estaba en agonía parecióle que los demonios arrastrábanle hacia el infierno. Entonces, en momentos de tanta angustia, encomendóse con toda su alma a san Oswaldo, pidió que le llevaran un trocito de corteza del árbol en que sus miembros amputados estuvieron colgados, introdujo el trocito de corteza en un vaso que contenía agua bendita, bebió seguidamente aquel agua y repentinamente quedó curado.

Capítulo CCVIII

SANTA TECLA

Tecla, esposa de Zamiro, estando cierto día sentada en su casa, a través de una ventana oyó predicar a Pablo, recién llegado a Iconio. Hablaba Pablo en aquella ocasión de la virginidad, y tan prendada quedó Tecla de la doctrina expuesta por el predicador, que se incorporó al número de sus discípulos.

Unos días antes de que esto ocurriera, Tito, predicando en aquel mismo lugar, anunció al público la próxima llegada a Iconio de Pablo, y al hacer este anuncio dijo de él: «Es un hombre de corta estatura, de gruesa cabeza y cejijunto, pero resulta muy agradable tratar con él».

Tecla fue acusada por su propia madre ante el procónsul del delito de haber abandonado el domicilio conyugal para unirse al Apóstol, y el procónsul ordenó que tanto Pablo como Tecla fuesen apresados y conducidos a su presencia. Durante el juicio a que fueron sometidos Pablo y Tecla, la madre de ésta no cesó de dar voces acusando a su hija de haber huido del domicilio de su marido y de haberse ido tras de aquel otro hombre. El procónsul, al final del juicio, dictó esta sentencia:

—Que Pablo sea expulsado de Iconio y que Tecla sea quemada viva.

De acuerdo con el dictamen del procónsul, Tecla fue arrojada a una hoguera, pero como se mantuviera totalmente ilesa dentro del fuego, en un determinado momento, al reparar en que Pablo estaba allí, junto a la hoguera, orando por ella, se fue hacia él e inmediatamente ambos se marcharon juntos de la ciudad, y se fueron a Antioquía.

Poco después de que llegaran a Antioquía un hombre se enamoró de Tecla y le propuso:

—¿Quires ser mi amante?

Como el hombre insistiera en que se fuese a vivir con él y ella rechazara indignada semejante proposición, despechado el tal sujeto la denunció ante el juez, acusándola de adúltera y de sacrílega y consiguió que el juez la condenara a morir en el circo devorada por las fieras.

Al día siguiente Tecla fue conducida hasta el circo, sacaron de sus jaulas a varios osos, leones y leonas, y, pese a que todos estos animales estaban hambrientos, lejos de lanzarse sobre ella comenzaron a comerse unos a otros, sin hacer el menor caso de Tecla, que salió de la pista completamente ilesa. El juez entonces ordenó que la arrojaran a una piscina en la que había cocodrilos y caimanes; y la arrojaron, pero el juez no obtuvo el resultado que pretendía, porque Tecla, al caer en el estanque, exclamó: «Que este agua me sirva de bautismo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y nada más decir esto, todos los animales feroces que había en el estanque murieron repentinamente.

En vista de este nuevo fracaso fue llevada nuevamente al circo por orden del juez para ver si esta vez una serie de animales más terribles que los que soltaron en la ocasión anterior la devoraban; pero no la devoraron, porque, en el mismo momento en que las fieras salieron de sus jaulas, unas piadosas matronas rociaron a los animales con un líquido muy oloroso que los dejó repentinamente amansados y adormecidos. Como el prefecto viera que las fieras estaban amodorradas y no atacaban a la santa, ordenó que introdujeran en el coso una manada de toros bravísimos cuya acometividad previamente había sido exasperada clavando en sus cascos herraduras de hierro incandescente, y ligando su turmas con cuerdas muy apretadas; cuando lo toros entraron en la pista, desde las gradas, arrojaron a Tecla atada de pies y manos. Los toros la vieron caer, pero no fueron hacia ella sino que se quedaron repentinamente quietos, sin moverse más de donde estaban; y como las ligaduras con que habían atado a la joven milagrosamente se quemaron, ella salió nuevamente ilesa de la prueba a que había sido sometida, se reunió otra vez con Pablo, y con él se marchó a Seleucia, y con él estuvo hasta que con el beneplácito del mismo regresó a Iconio, en donde al conocer que su marido ya había muerto y comprobar que su madre persistía

obstinadamente en su anterior maldad, se puso a vivir con un numeroso grupo de doncellas en régimen de comunidad, gobernando a su compañeras y exhortándolas a la oración y a la observancia de la castidad perpetua; y algunos años después, emigró al Señor.

Capítulo CCIX

SANTA CUNEGUNDA

De la nobilísima sangre e ilustre etirpe de los Augustos nacieron dos flores que superaron a sus antepasados en gloria inmarcesible, a saber: Enrique II, honrosísima joya del imperio romano, y su dignísima esposa, la emperatriz Cunegunda, de grata memoria.

Esta santa mujer, cuyo corazón estuvo de por vida consagrado a Dios, antes de casarse hizo voto de virginidad y ofrendó su cuerpo y su alma al rey de los cielos; y si bien es cierto que posteriormente se casó con el emperador de la tierra, también lo es que no mantuvo con su esposo contacto carnal alguno, pues de acuerdo con él ratificó su anterior promesa y observó hasta que expiró en el último instante de su vida perfecta castidad, como Dios milagrosamente se dignó certificar, pues para que la luz no quedara sofocada por las tinieblas, quiso el Señor con su divino testimonio confundir al diablo, máximo enemigo de la virginidad y tapar la boca a quienes habían calumniado a la virtuosísima y castísima emperatriz, haciendo que pudiese caminar sobre brasas encendidas sin que sus pies se quemaran ni en ellos quedara huella alguna del fuego que se vio obligada a pisar en el transcurso de una durísima prueba a la que fue sometida.

Por la altísima condición social a la que pertenecía, vióse precisada Cunegunda a vivir en un ambiente de magnificencia; mas como no buscaba para sí más gloria que la derivada de la continencia y de la mortificación, bajo aquella capa de suntuosidad exterior exigida por las razones de estado y por los usos y costumbres del Imperio, ocultaba sus austeridades, e inspirada y ayudada por la gracia divina dedicábase única y exclusivamente a servir a Dios con la mayor entrega y eficacia que podía.

Entre ella y su diligentísimo colaborador, Enrique, sufragaron la construcción de una nueva catedral en Bamberga, dedicada a san Pedro, príncipe de los apóstoles, y al mártir san Jorge. Todavía hoy puede admirarse la impresionante belleza artística de esta iglesia.

Poco después la santa emperatriz mandó edificar en la parte del norte de la mencionada ciudad un monasterio para monjes que habían de observar la regla de san Benito. Las obras de este monasterio, que la santa quiso dedicar al arcángel san Miguel, y que por expresa voluntad suya se realizaron con no menor suntuosidad que las de la catedral, fueron financiadas con sus propios bienes personales y, una vez que el edificio estuvo terminado y habitado, hizo donación a la comunidad de fincas, rentas y de diversos ornamentos para la celebración del culto divino.

Posteriormente, también a sus expensas, mandó construir al sur de la susodicha ciudad un convento más sencillo y más pequeño que el anterior, para canónigos regulares, dedicado al protormártir san Esteban, y cuando este edificio estuvo construido escribió una carta al papa Benedicto rogándole que, si aceptaba la invitación que previamente le había hecho el gran amigo de Dios y dignísimo emperador su esposo Enrique para que tuviese a bien trasladarse a Bamberga a fin de confirmar con su autoridad la erección de aquella diócesis, se dignase consagrar personalmente la iglesia de san Esteban.

Así que concluyó la construcción de ese segundo monasterio, santa Cunegunda, influida por estas palabras del salmista que ella a menudo cantaba por lo bajo: «*Señor, quiero que tu casa sea decente y hermosa*», con magnificencia imperial proveyó al templo de riquísimos utensilios y de todos los ornamentos convenientes para el culto divino; y cuando el papa, que, en efecto, acudió a Bamber-

ga, consagró la iglesia del mencionado convento, él mismo, a fin de perpetuar la memoria de la generosidad de la emperatriz, con su autoridad apostólica ratificó las donaciones que la augusta señora había hecho a la mencionada iglesia de san Esteban, y en presencia de dos obispos y de setenta y un testigos firmó y selló con su sello personal un documento en el que prohibía bajo severísimas penas que jamás nadie y por ningún concepto osara ni siquiera, intentar, el robo, embargo, malversación o enajenación de aquellos bienes y objetos donados por la reina, ni emplearlos para otros fines.

Más adelante, Cunegunda, con su acostumbrada liberalidad, fundó y dotó otro monasterio en la población de Kaffungen dedicado a Nuestro Señor Jesucristo y a su santísima Cruz, y estableció en él una comunidad de monjas benedictinas para que de día y de noche sirviesen y alabasen a Dios. En la financiación de esta obra colaboró también la majestad imperial de su esposo, que sufragó los gastos de la ornamentación del edificio y mandó construir a sus expensas una imagen de oro y piedras preciosas para que fuese colocada en el altar mayor de la iglesia, a la que regaló con destino al culto que en ella había de celebrarse riquísimos cálices, ánforas y bandejas de oro y plata, albas, casullas, capas, cortinas y demás paramentos, todos ellos bordados en oro y cuajados de gemas y de perlas. La riqueza, suntuosidad y valor de los vasos sagrados, ornamentos y utensilios donados a esta iglesia por uno y otro cónyuge, es decir, por el emperador y por la emperatriz, dejan pasmada de admiración a la persona que los contempla y constituyen elocuente testimonio de la magnificencia de los donantes y de su fervorosa devoción a Dios.

Estas fueron ciertamente sus principales fundaciones; pero puede afirmarse que en todas las tierras de su reino no quedó ni una iglesia conventual, ni un monasterio, ni un solo templo, que no recibieran de ellos algún regalo de vasos sagrados, de ornamentos, de extensas propiedades o de cuantiosas rentas. ¡Cuántos edificios religiosos antiguos, amenazados de ruina, se restauraron a sus expensas! ¡Cuántos otros, totalmente demolidos, fueron reedificados y recobraron o su primitiva estructura u otra más sólida y mejor que la que antes de derrumbarse tenían! Estos casos de reedificación, con mejora de la fábrica, se dieron muchas veces, y siempre merced a su generosidad. Estos dos santos cónyuges, como las vírgenes prudentes, estuvieron constantemente prevenidos del óleo de la misericordia, y hasta lo repartieron entre quienes tenían necesidad de él. Con plena verdad, si hubiesen querido, podrían haber dicho de sí mismos: *«Por donde quiera que vamos dejamos detrás de nosotros un suavísimo olor a Cristo»*.

¡Oh dichosa pareja constituida no por impulsos de voluptuosidad sino por motivos virtuosos! ¡Oh sagrado matrimonio en el que ambos esposos rivalizaron en celo por conservar intacta su propia castidad y la del otro, y en practicar la misericordia y en amar la verdad, y en decir un *sí* generoso a las virtudes y un rotundo *no* a los vicios, y en querer cada cual lo que el otro quería, y en obrar siempre de común acuerdo, y en comportarse en todas las situaciones y momentos tan igual y acompasadamente como si ambos tuviesen una sola alma y un solo corazón! No sé por qué he llamado *matrimonio* a la unión tan estrecha que existió entre ellos. Lo que sí sé es que actualmente, en estas latitudes nuestras, no se dan casos similares a éste; no hay cónyuges que espiritualmente se castren a sí mismos por amor al reino de los cielos; no hay esposos que renuncien voluntariamente a engendrar hijos terrenos para emplear la fecundidad de sus almas en producir legiones de bienaventurados que alaben eternamente a Dios. Esposos como Enrique y Cunegunda pertenecen al grupo de los afortunados que según la Escritura buscan verdaderamente al Señor viviendo en Cristo, mortificando sus cuerpos y muriendo diariamente durante su vida temporal, para reinar después por los siglos infinitos en la región donde se vive eternamente participando de la gloria y de la bienaventuranza de Dios.

Como quiera que por la Iglesia circulan escritos muy meritorios en los que se relatan la vida y milagros del písimo y cristianísimo emperador Enrique, las espléndidas obras de misericordia que realizó en favor de los fieles de Cristo y de los templos, y los muchos portentos y prodigios que por su mediación obró el Señor, no es menester que tratemos aquí y ahora de este glorioso santo. Un vivo deseo que espolea mi ánimo y mueve mi alma, me incita a exponer la historia de la mencionada virgen santa Cunegunda. Lo haré brevemente, y por escrito, para que quede constancia de cuanto voy a decir y a la par sirva de espejo en el que puedan mirarse las doncellas actuales y las venideras, y las viudas que se sientan dispuestas a vivir lealmente de acuerdo con su estado. A unas y

a otras puede servir de ejemplo la conducta de esta santa mujer si se familiarizaran con ella y se deciden a imitarla. Aunque me siento indigno de emprender esta tarea y soy consciente de que con esto no pago a esta bienaventurada mujer lo mucho que le debo, pues ella merece mucho más, me he decidido a escribir la historia de su vida como un homenaje de gratitud, pues a su benéfica providencia debo los alimentos con que me sustento día tras día.

Una vez que el pacientísimo Enrique, protector vitalicio de la castidad de su esposa, devolvió a ésta intacta a sus parientes y tan virgen como de ellos la había recibido; y así que rindió su alma a Cristo y emigró al reino de los cielos por el que tanto había suspirado durante su vida, ella, que ya venía consagrada a Dios desde siempre, ratificó su entrega total al servicio divino, pidió encarecidamente al Señor que protegiese su castidad, que la socorriese en todas sus necesidades, que velase por la salud sobrenatural de su espíritu, que derramase su providencia sobre las iglesias y que amparase a la multitud de hijos espirituales que para El había engendrado; y a partir de entonces se dedicó plenamente a la oración, organizando su vida de tal manera que durante el día era activa como Marta y durante la noche cotemplativa, como María. Quien desee conocer cuán liberal era en la práctica de la limosna y lo mucho que oró y procuró que los demás oraran por el alma de su esposo, no tiene más que leer la siguiente carta que ella misma de su propia mano escribió, porque he de advertir a este propósito, que esta santa mujer fue muy culta, poseyó gran conocimiento de la literatura y de las demás artes liberales, y tuvo extraordinaria habilidad para distinguir, por ejemplo, el oro verdadero del falso, las piedras preciosas auténticas de las imitadas, y la calidad de las telas de las vestiduras sagradas.

A continuación transcribo la mencionada carta, que dice así:

«Cunegunda, por la gracia de Dios Emperatriz sólo de nombre, a la espiritualmente muy amada comunidad de Kaffungen: Si yo tuviese la certeza de que las posesiones que os di estaban firmemente aseguradas y a salvo de posibles contingencias, creo que soportaría con mayor facilidad el peso de mis adversidades y todo cuanto por amar debidamente al Señor pudiera sucederme. Os quiero tanto que, aunque mi alma se encuentra agitada por las olas procelosas de infinidad de preocupaciones, basta que me acuerde de vosotras para que me quede tranquila. Ese recuerdo es para mí como una afilada áncora clavada en el fondo de mi corazón, y tan bien clavada que nadie podrá arrancarla. Verdad es que carezco del consuelo de veros con mis ojos, porque vivo físicamente lejos de vosotras, pero no es menos cierto que os tengo siempre presentes en mi memoria y que ni las penas ni la distancia podrán disolver la espiritual unión que mantenemos en el amor a Cristo. Os aseguro que si volviese a tener la posición que en otro tiempo tuve, mis obras os demostrarían cuán intensos y cuán generosos son mis sentimientos respecto de vuestra comunidad. A pesar de que actualmente me encuentro en una situación bastante precaria, quiero compartir con vosotras los escasos bienes de que por la misericordia divina aún dispongo, porque deseo contribuir a vuestro sostenimiento. Es muy poco lo que me queda y poco por tanto lo que puedo daros, pero a través de esa poquedad ved la inmensidad del amor que os profeso. Si una madre tiene un caudal insignificante, insignificante será también la participación en él de sus hijos. Con el escaso dinero de que dispongo en la actualidad he mandado comprar esa carne que os envío para que la comáis y hagáis la caridad de alimentar con la limosna de vuestra asidua oración el alma de quien se portó con vosotras como un verdadero padre. Las oraciones de tantas personas buenas intercediendo por él ante el Señor continua y unánimemente pueden reportarle gran provecho, como nos advierte el apóstol Santiago con estas palabras: *«La súplica asidua del justo vale mucho»*. Dios, que es justísimo y ama la justicia, sabe que tenéis el deber de orar por vuestro antiguo protector y no rechazará vuestras plegarias, sino que, al contrario, al ver que recordáis a mi queridísimo esposo y que rogáis incansablemente por su alma, atenderá vuestras peticiones, pues así lo ha asegurado por medio de estas palabras: *«Todo aquel que perseverare hasta el final, triunfará»*. Puesto que es bueno y agradable a los divinos ojos que oréis no solamente por las personas que durante su vida terrena fueron muy generosas con vosotras, sino también por quienes nunca os hicieron favor alguno, os recomiendo muy encarecidamente que no desalojéis de vuestro corazón a quien os amó como si fuéseis hijas suyas y puso tanto empeño en que vuestro monasterio se asemejase a un jardín en perpetua floración de virtudes. Acordaos también de mis necesidades. Fomentad en vuestras

almas la alegría interior. Sed misericordiosas unas con otras y procurad, de acuerdo con lo que dice el Apóstol, que vuestro mutuo afecto no sea fingido, sino auténtico. Creced constantemente en este amor fraterno, vivid muy unidas por los lazos de la verdadera caridad, y de ese modo cuando paséis por momentos de tribulación vuestro clamor llegará fácilmente a los oídos de Nuestro Señor Jesucristo, que ha dicho: *«Donde quiera que haya dos o tres reunidos en mi nombre, allí también, en medio de ellos, estaré yo»*. Os exhorto vivamente a que os comportéis de tal manera que merezcáis gozar de esta presencia divina entre vosotras. Protege siempre nuestro soberano Dios y Señor que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo y que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

A la muerte de su esposo, Cunegunda traspasó el gobierno del Imperio a Conrado, que se hizo cargo de él, y de ese modo esta santa mujer consiguió lo que tanto había deseado; verse libre de cuidados temporales.

Por expreso deseo de ella, la iglesia monacal de Kaffungen fue consagrada el mismo día en que se cumplía el primer aniversario de la muerte del emperador Enrique. A tal efecto, convocó oportunamente a varios arzobispos y obispos, y en un momento determinado de la misa la piadosa virgen del Señor, vestida decentísimamente, pero llevando sobre sí los atuendos y atributos propios de su dignidad de emperatriz, avanzó lentamente hacia el altar mayor, y en presencia de aquella multitud de prelados ofreció al Señor el inapreciable tesoro de un relicario en el que se guardaba un trocito de madera de la santísima Cruz en que Cristo estuvo enclavado. Cuantitativamente, el fragmento era muy pequeño; pero cualitativamente poseía un valor espiritual incalculable.

En la misa de aquel día cantóse el evangelio en el que se narra la escena del desenclavado y descendimiento del Señor desde el árbol de la Cruz, y mientras este evangelio fue cantado por el diácono, tuvo ella una sobrenatural visión, pareciéndole que Jesús, al ser desenclavado del santo madero, adoptaba repentinamente la figura y aspecto de niño pequeñito, iba hacia donde ella estaba, se refugiaba en su regazo y la bendecía.

Terminado el canto del evangelio, la santa se despojó de sus atributos imperiales, de su manto, de sus púrpuras y ornatos regios, y reapareció vestida con una sencilla túnica negra que ella misma había tejido y confeccionado con sus manos. Sobre esta túnica colocóse seguidamente un hábito de monja previamente bendecido por el celebrante. Durante esta ceremonia todos los presentes lloraron de pena y de alegría: de pena, por ellos mismos, pues en adelante se verían privados de la presencia de aquella virtuosísima mujer a la que tantísimo amaban; y de alegría, porque comprendían que ella era feliz al dar el paso que daba.

Tras esta renuncia oficial al mundo, simbolizada por el cambio de vestimenta, el prelado que celebraba la misa tonsuró la cabeza de la santa, le impuso el velo y colocóle en uno de sus dedos el anillo de la fidelidad. Quiero hacer constar que la cabellera que en aquella ocasión el oficiante cortó a santa Cunegunda consérvase desde entonces y se venera todavía actualmente en el referido monasterio. La nueva esposa de Cristo cantó seguidamente, llena de gozo, el himno propio de estas ocasiones: *«Mi Señor Jesucristo ha puesto en mi rostro su señal y ha colocado en mi mano la sortija que acredita mis desposorios con El»*.

Desde el momento en que Cunegunda se consagró a su divino esposo Jesucristo, y durante todo el tiempo que vivió en la santísima compañía de aquellas hijas suyas, jamás se consideró superior a ninguna; al contrario, se condujo como si fuese la última de la comunidad, sirviéndolas en todo a todas, cual si en vez de ser su madre espiritual fuese la criada de cada una de ellas, y se comportó con tal talante de sencillez y modestia, que en todo cuanto hacía evitaba el más mínimo asomo de ostentación o de singularidad, huyendo siempre cuidadosamente de lo que pudiese significar alabanza o recompensa terrena. Teniendo presente en su espíritu estas palabras del Apóstol: *«El que no trabaje que no coma»*, procuraba ganarse su diario sustento con el trabajo de sus manos, y mientras trabajaba mantenía comunicación constante con su celestial esposo orando interiormente y yendo varias veces al día a la iglesia a visitarle; si bien, para no faltar a sus obligaciones laborales, las visitas frecuentes que privadamente hacía al templo en horas de trabajo, eran cortísimas, tan cortas que la mayor parte de ellas consistían en que entreabría la puerta de la iglesia y, y desde el dintel, sin entrar en ella, se asomaba, saludaba a Nuestro Señor y retornaba rápidamente a sus faenas.

En las circunstancias adversas mostrábase muy alegre, y profundamente preocupada en las prósperas. La risa producíale tristeza y la tristeza dulzura. Al pensar en la brevedad de la vida temporal no

sentía pena, sino gozo, porque estaba completamente segura de que, por lo que a ella atañía, cuanto antes esa vida terrena acabara antes entraría en la bienaventuranza eterna.

El monasterio fue para ella lugar de oración y descanso. El hábito que llevaba sobre sí recordábale constantemente la conveniencia de renunciar a las delicias corporales, puesto que su cuerpo de allí a muy poco tiempo sería devorado por los gusanos. Con frecuencia se la veía o leyendo u oyendo leer a alguna de sus compañeras. La vida de comunidad le proporcionó abundantes ocasiones de edificar a las demás religiosas, de ejercitar asiduamente su caridad con las enfermas y de prodigar solícitos consuelos a los pobres.

Tenemos suficientes motivos para creer que durante su existencia terrena realizó numerosos milagros; del hecho de que no los conozcamos no es legítimo inferir que careció del necesario poder para hacerlos. Nuestro actual desconocimiento de los que hiciera débese probablemente a una de estas tres razones: o a que ella, que siempre rehuyó la gloria humana y evitó cuanto pudiera redundar en alabanza suya, hizo que desapareciera el recuerdo de los mismos, o a que los cronistas no se preocuparon de escribirlos, o a que si los escribieron, sus relatos hayan perecido en el transcurso de los tiempos. Mas a pesar de que sea relativamente poco lo que acerca de esta materia podamos escribir, cosa lamentable por tratarse de una santa tan insigne, creemos conveniente referir a continuación unos cuantos casos, no sin advertir previamente que algunos de ellos hemos llegado a conocerlos revisando papeles y documentos archivados en el monasterio en que la sierva de Dios vivió consagrada a Cristo, y que de otros tenemos noticia por referencias ajenas, auténticas, transmitidas oralmente de unas personas a otras de generación en generación.

En cierta ocasión a eso de la media noche hallábase la santa acostada en su lecho, que no era de plumas, sino que consistía en un jergón tendido en el suelo y cubierto con un áspero cilicio, y escuchaba la lectura que en voz alta solía hacer para ella una monja joven, porque todas las noches, cuando la santa se acostaba, una de las religiosas sentábase a la vera de su cama y leíale varios capítulos de algún libro que tratara de cosas espirituales. Agotada la sierva de Dios por los trabajos y la asidua oración de la jornada y arrullada por el sonsonete de la voz de la lectora, quedó de pronto dormida, y poco después la monja que leía, que llevaba varias horas leyendo, incapaz ya de mantener sus ojos abiertos y rendida por el sueño, durmióse también profundamente, y al dormirse cayóse la candela que para alumbrarse tenía en su mano, y cayóse precisamente sobre la cama de la santa, y se prendieron las pajas del jergón y al poco rato el jergón entero ardía. El ruido producido por la crepitación del fuego y el humo sofocante despertaron a las otras religiosas que dormían en aquella misma sala, y como éstas advirtieran lo que ocurría, saltaron prontamente de sus camas dando gritos, y con el alboroto que armaron despertóse también la virgen de Cristo, y al darse cuanta de que las llamas luchaban entre sí alrededor de su cuerpo, sin perder su serenidad recurrió al poderoso medio de la oración, trazó sobre el fuego que consumía su cama la señal de la cruz y de repente el fuego quedó sofocado. Pese a que el incendio fue tan aparatoso y a que se quemó el lecho en que estaba acostada, ni en su cuerpo ni en sus vestidos produjeron las llamas la más insignificante quemadura.

¡Así son tus obras, oh Dios todopoderoso, que en otro tiempo conservaste ilesos dentro del horno de Babilonia a tres jóvenes, y dejáste sumido en un estado de confusión al furioso rey babilónico!

Plugo al Señor obrar por mediación de esta santa otro milagro tremendo y admirable, a través del cual, tú mismo, lector, podrás forjarte idea del temple de esta mujer y del rigor y severidad con que procedía en todas sus cosas: una niña llamada Yuda, hija de una hermana suya, vivió desde su más tierna infancia al lado de Cunegunda, que se comportó con su sobrina como una verdadera madre, procurando en cuanto se hizo cargo de ella darle una esmerada educación sobre las bases del amor a la virtud, y el respeto a la ley, y poniéndola, cuando tuvo edad para ello, bajo cuidado de maestros competentes para que la instruyeran en ciencias humanas y en artes liberales. Al ingresar Cunegunda en el monasterio, su sobrina, movida tanto por sus propios sentimientos religiosos cuanto por el amor que profesaba a su tía de la que no quería separarse, consagróse también al Señor. Algún tiempo después, la santa con el consentimiento de todas las monjas e incluso a ruego de ellas que admiraban la extraordinaria cultura de la joven Yuda, su perseverancia en la oración, en la vigilias y ayunos y la paciencia de que el Señor la había dotado, nombró a su sobrina abadesa de la

comunidad. La venerable virgen del Señor, con providencia maternal, instruyó a su hija espiritual para que ejerciera convenientemente su oficio, recordándole los consejos que acerca de esto dan los santos padres, exhortándola a que en todas sus acciones y palabras pretendiera por encima de todo agradar al Señor buscando el bien de su alma y de las almas de las demás monjas; a que supiese escuchar e interpretar las divinas inspiraciones, a no salirse nunca de los caminos de la observancia religiosa, a luchar con todas sus fuerzas contra los engaños del enemigo y a proceder en todo con suma cautela para no caer en las redes que el diablo suele tender a las almas. «Los siervos de Dios, —le decía— jamás han de consentir que en sus espíritus coexistan la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, la torpeza y la austeridad, sino que por el contrario han de procurar vivir siempre con sus ojos muy abiertos clavados en el Señor para no dejarse seducir por engañosas vanidades que acabarían arruinando su condición de templos divinos convirtiéndolos en mazmorras tenebrosas y en monumentos del demonio». Insistentemente le repetía: «Predica con el ejemplo. Procura ser la primera en la observancia, pues de ese modo, con la ayuda de Dios, la vida de la comunidad florecerá y dará abundantes frutos».

Estos y otros parecidos consejos dio infinidad de veces la tía a la sobrina, tratando con solicitud maternal de imprimírselos en su ánimo; y como parecía que los había asimilado y que se conducía correctamente en todas sus cosas, la misma santa Cunegunda comenzó a venerarla y a considerarla como una auténtica maestra de espiritualidad. Pero el cabo de algún tiempo la joven abadesa, abusando de la plena autoridad de que gozaba, comenzó a mitigar poco a poco su austeridad personal, a cuidarse esmeradamente, a hacerse servir comidas especiales y exquisitas y dar satisfacción a sus viciosos apetitos. Empezó a ser la última en llegar al coro y la primera en acudir al refectorio; pasaba la mayor parte del día hablando con otras religiosas jóvenes de asuntos frívolos; y llegó un momento en que se comportaba en todo relajadamente. La santa de Dios procuró corregir esta desviación de su sobrina, primero llamándola privadamente al orden en las conversaciones que con ella tenía, y luego haciéndole advertencias en presencia de algunas monjas; pero como la abadesa creía que por ser sobrina de su tía contaría siempre con su apoyo y patrocinio —vana creencia—, no hizo el menor caso ni de las advertencias privadas, que fueron muchas, ni de las admoniciones posteriores que santa Cunegunda le hizo delante de algunas religiosas.

Un domingo, durante la procesión que todos los días festivos hacía la comunidad en honor de la Santa Cruz, la sierva de Dios, al advertir que la abadesa, su sobrina, no estaba presente, gimiendo y llorando se fue en su busca y no tardó en encontrarla: charlando animada y divertidamente estaba con unas cuantas monjas jóvenes en una de las dependencias del monasterio. Entonces la santa, indignada por la falta de piedad de su sobrina y por el mal ejemplo que estaba dando a las demás religiosas, se acercó a ella, la increpó severamente y con su mano derecha propinóle en la cara una bofetaba con tal energía, que las huellas de sus dedos quedaron tan indeleblemente marcadas en la mejilla de la abadesa, que jamás desaparecieron, porque Yuda llevó en su rostro aquella marca hasta el final de su vida.

No cabe duda de que si la sierva de Dios quiso que la marca del bofetón quedara permanentemente grabada en la cara de su sobrina no fue precisamente para demostrar su santidad mediante este insólito hecho, sino para que sirviera de escarmiento a la abadesa y a las demás monjas y de provecho espiritual para sus almas, puesto que cada vez que repararan en aquella señal sentiríanse estimuladas a combatir los vicios y a ser fieles al estado de perfección que habían abrazado.

Puede ser que a quienes no tienen fe este episodio les parezca inverosímil o fabuloso, y que los críticos se resistan a admitir que una mujer, que por humildad trató durante toda su vida de ocultar su santidad a los ojos de los hombres, no impidiera que los elementos la publicaran a través del testimonio de esta visible y permanente señal.

Después de la escena que acabamos de describir, la sierva de Dios tornó a la iglesia y terminada la lectura del evangelio se dirigió al altar con la solemnidad y reverencia con que solía hacerlo para ofrecer; y, como de costumbre, antes de depositar su ofrenda, se quitó el guante de su mano derecha; mas como no viera a nadie a su lado a quien poder entregar el guante para que se lo tuviera mientras ofrecía, lo arrojó lejos de sí; lo más natural hubiera sido que el guante cayera al suelo; pero no cayó, sino que se mantuvo en el aire sostenido por un rayo de sol que a través de los cristales de una ventana entraba en el templo, y sobre aquel mila-

groso soporte que quiso prestar a la santa este servicio mantúvose hasta que santa Cunegunda, una vez que hubo depositado su ofrenda en el altar, lo recogió.

Un milagro parecido a éste hizo Dios en cierta ocasión, según algunos libros, con la túnica de san Goar: no quisieron sostenerla en sus manos, por desprecio al mencionado santo, unos criados de Rústico, obispo de Tréveris; mas la divina providencia honró al despreciado, haciendo que el servicio que sus despreciadores no quisieron prestarle, se lo prestara milagrosamente un rayo de sol.

También esta santa mujer contó con la ayuda de quien sabe discernir las virtudes de cada uno y tuvo méritos suficientes para realizar éste y otros muchos prodigios.

Quince años vivió santa Cunegunda en aquel monasterio, consagrada a Dios y edificando a la comunidad con su humildad profunda y con su fidelidad a las observancias religiosas; mas al cabo de ese tiempo perdió la salud a causa de sus rigurosos ayunos y de la asiduidad con que se entregaba a las penitencias y a las vigilias. Una vez que la enfermedad hizo acto de presencia en su organismo, fue sucesivamente agravándose. La debilidad de su cuerpo, atenazado de dolores en todos sus miembros, era cada día mayor; su espíritu empero manteníase enhiesto, robustecido por las alabanzas divinas que ininterrumpidamente brotaban de su corazón y salían al exterior a través de sus labios. En sus continuas plegarias invocaba a los santos ángeles, sus amigos inseparables; inseparables digo porque, mientras vivió en este mundo, fueron ellos quienes descendieron a la tierra y estuvieron constantemente a su lado; y desde el momento en que murió, fue ella quien emigró a la bienaventuranza y se quedó para siempre al lado de ellos; invocaba a los apóstoles y a los confesores con quienes se sentía unida por los vínculos de una misma fe, profesada y testificada perseverantemente a lo largo de toda su vida; invocaba al coro de las vírgenes de Cristo rogándoles que acudiesen junto a ella y estuviesen a su vera en el momento en que su alma saliese de este mundo, recordándoles que aquí en la tierra había tratado de imitarlas renunciando a los deleites de la carne; y que, aunque hubiese sido mujer casada, conservó su cuerpo intacto, lo mismo que ellas, por amor al Señor; invocaba a todos los siervos de Dios, suplicándoles que vinieran a socorrerla y a ayudarla en el último trance de su existencia terrena.

Con ocasión de la muerte de esta insigne santa se comprobó cuánta verdad encierra eso que dice la Escritura de que *todas las cosas cooperan al bien de los que temen a Dios.* Aún no había exhalado el último suspiro, todavía no había salido su alma de su cuerpo para emprender su viaje hacia el Señor, y ya había cundido la voz de que la sierva de Jesucristo se hallaba agonizando; y, tan pronto como se extendió esta dolorosa noticia, comenzaron a llegar al monasterio para asistir a sus exequias, no sólo vírgenes sagradas, sino hombres de muy diversa condición, y la totalidad de los habitantes de la ciudad; y las innumerables multitudes de personas que se congregaron en el interior de la iglesia y fuera de ella, en sus alrededores, emperazon a cantar salmos cuyos ecos resonaban en toda la casa y en la celda en que yacía postrada la santa moribunda con su debilísimo cuerpo recostado sobre el austero jergón cubierto de cilicio que le servía de cama. Entremezclados con los acentos de la salmodia que algunos grupos cantaban oíanse con mayor intensidad los de las letanías que entonaban otros, pidiendo la protección divina para el alma de la agonizante. Entretanto se procedió a la organización de las exequias, que conforme al protocolo imperial necesariamente tenían que ser solemnísimas y magníficas, ya que la moribunda, aunque falleciese en un monasterio como una pobrecita monja, realmente era emperatriz. Llevaron, pues, a la celda mortuoria ricos paños bordados en oro para preparar el féretro, y vestidos suntuosos, y el manto real para amortajarla. La santa, que hasta entonces había conservado un semblante apacible por la alegría que le producía saber que dentro de poco estaría ya reunida con su esposo celestial, al ver aquellos preparativos frunció el ceño y, señalando con una de sus manos los espléndidos atuendos, dijo:

—Llevaos de aquí esos paños y vestidos, que ni son míos ni los quiero. Todo ese ornato y riqueza resultan improcedentes, porque si pudieron corresponderme mientras estuve casada con el que fue mi marido terreno, ahora no tienen razón de ser. Estoy desposada con el Señor de los cielos y quiero por tanto ser amortajada a tenor de mi actual condición; desnuda salí del vientre de mi madre y desnuda deseo salir de este mundo. Cuando expire, envolved en un sudario la vil materia de mi mísera carne, colocad mi pobre cuerpo en un sencillo ataúd y enterrad mis despojos junto a la tumba de mi hermano y señor emperador Enri-

que, a quien en este momento estoy viendo... Sí, veo que viene hacia mí y oigo que me llama...

En diciendo esto encomendó a Dios su espíritu y mientras lo hacía su alma se exoneró de la carga de su cuerpo, abandonó este destierro por el que peregrinó durante largo tiempo, emprendió gozosamente su vuelo hacia su Creador, entró en el cielo y tomó posesión del reino que para ella estaba preparado desde la eternidad.

Las gentes de esta tierra, apenadas por haber perdido a su madre común, lloraron su muerte; en cambio, los habitantes de la gloria acogieron con inefable alegría la llegada de aquella nueva compañera que iba a compartir con ellos la felicidad eterna.

Fallecida la santa, su cuerpo, colocado en el féretro, fue conducido al lugar dispuesto para su enterramiento. En cabeza, abriendo la marcha del cortejo, caminaban todos los nobles del reino. A medida que la procesión avanzaba, incorporábanse a ella infinidad de personas, y entre ellas sus queridísimos amigos, los pobres. Un incalculable gentío procedente de todas partes apostado a la vera de la calzada aguardaba la llegada de la comitiva y uníase a ella cuando la comitiva llegaba, y caminaba tras de los restos de la santa para asistir al entierro y a los funerales.

¡Si hubieses visto, lector, cómo afluían por doquier masas y más masas humanas a los caminos por donde sabían que el cortejo había de pasar! Las ciudades se quedaron vacías, las poblaciones abandonadas y los campos enteramente desiertos. ¡Qué impresionante espectáculo el de aquellas madres que trataban con sus hijos en brazos de acercarse al féretro, el de los enfermos postrados en sus camillas pidiendo a voces que les permitieran aproximarse y tocar con sus manos el ataúd, o siquiera ponerse un instante a la sombra del mismo, porque abrigaban la esperanza de que mediante cualquiera de esos procedimientos obtendrían la salud!

Por fin, a paso muy lento y laborioso, llegó la procesión a la catedral de san Pedro y en ella colocaron el sagrado cuerpo. Durante tres días consecutivos los asistentes celebraron las exequias funerales en honor de la santa, ponderando sin cesar sus virtudes y los inmensos beneficios que mientras vivió hizo al pueblo. Los hijos que ella espiritualmente había engendrado mediante la incorporación de ellos a Cristo, seguros de que su recientemente fallecida bienhechora seguiría protegiéndolos desde el lugar en que disfrutaba ya de su merecido descanso, cantaban incesantemente salmos de alabanza a Dios, himnos de acción de gracias y plegarias, suplicando a la santa que intercediera continuamente por ellos ante el Señor, en tanto que su espiritual madre contemplaba gozosa desde el cielo las muestras de afecto que sus hijos le prodigaban.

Concluido el triduo de honras fúnebres, el santo cuerpo cubierto con el sagrado manto imperial y alojado en un ataúd en cuya cabecera, a la parte derecha, habíase colocado la regia diadema de la sierva de Cristo, recibió piadosa sepultura en el mismo sitio en que actualmente se encuentra y en donde continúa siendo objeto de veneración.

¡Enhorabuena, catedral de Bamberga, porque al cabo tuviste la dicha de recuperar el tesoro que habías perdido!

Nuestro Señor Jesucristo, con el testimonio de los elementos confutó las calumnias levantadas a su fiel sierva por lenguas procaces y venenosas, proclamando de ese modo su virginidad, certificó la santidad de Cunegunda con abundantes obras y brillantes prodigios. Santa Cunegunda, ayudada por la gracia divina, promovió de tal manera la expansión de la religión cristiana que, con arreglo a las palabras del Señor en el Evangelio, puede ser llamada con plena razón madre e hija de la Iglesia: madre, porque con el ejemplo de su virtuosísima vida engendró para Dios infinidad de hijas; e hija, porque cada día el Hijo de la Virgen de quien nos dicen los santos padres que se encarnó para traer al mundo la salvación, engendraba en el alma de ella vida y más vida sobrenatural; y también cada día su venerable sierva vivía pendiente de conservar sin el menor deterioro la salud espiritual que Jesucristo le proporcionaba, y utilizaba los remedios medicinales que el protomédico celestial le prescribía.

El Creador de esta máquina del universo, compadecido del género humano caído en desgracia por su pecado de desobediencia, dignóse enviar al mundo a los patriarcas y a los profetas para establecer por medio de ellos una plantación, es decir, una especie de preiglesia capaz de producir frutos de vida eterna. Dotados estos enviados de un sexto sentido, el de profecía, añadido a los cinco corrientes, cumplieron la misión que les fue encomendada anunciando el misterio de la futura encarnación de Cristo y predicando otras muchas cosas relacionadas con la salvación. Todos ellos sirvieron fielmente al Señor en cuyo nombre habla-

ban; unos mediante la austeridad de su vida; otros soportando penas y torturas de diferentes géneros y muriendo por El. Después de ellos, en el momento designado por el eterno Padre, del seno de la Virgen Purísima nació Cristo, el cual, para salvar a la humanidad, prosiguió la obra de la plantación iniciada anteriormente por los patriarcas y por los profetas, construyó un altar con la sangre que brotó de su propio cuerpo, edificó una Iglesia nueva, y envió por el mundo a sus apóstoles. Inmediatamente, de esa misma Iglesia, empapados por la fe en la Trinidad y purificados por la gracia del bautismo, comenzaron a fluir mártires, confesores y vírgenes; vírgenes que, a pesar de la debilidad de su sexo, con su constancia demostraron poseer un espíritu fuerte y bien templado.

Entre éstas destaca la flor de la Iglesia de Bamberga, santa Cunegunda, quien juntamente con san Enrique gobernó el Imperio Romano, vivió en perfecta y perpetua virginidad sin que constituyese obstáculo para ello haber estado casada, y consagró su castísima vida al servicio de su celestial esposo Jesucristo. Los méritos de su santidad son universalmente conocidos a lo largo y ancho del orbe, pues consta por todas partes y es del dominio público que cuantos enfermos visitan el lugar en que su sagrado cuerpo está enterrado quedan curados, fuere cual fuere la enfermedad que padecieren.

Para que sirva de testimonio a los amantes de la verdad que en tiempos futuros traten de averiguar cuándo comenzaron a obrarse curaciones de enfermos mediante milagros hechos por la santa emperatriz, voy a referir seguidamente, con la ayuda de Dios y lo mejor que pueda, algunos casos de cuya autenticidad respondo, puesto que fui testigo presencial de los mismos:

El año 1189 de la Encarnación del Señor, siendo Tiemón obispo de Bamberga desde hacía ya cuatro años, (y advierto que este prelado hizo el número trece de la serie de pontífices que rigieron esta diócesis), durante el segundo de los dos jubileos que anualmente se celebran en su catedral, o sea, durante el correspondiente a la festividad de san Pedro ad Víncula, quiso Dios obrar por medio de esta castísima virgen, para que no abrigáramos la menor duda acerca de su santidad, y en presencia de cuantos aquel día estábamos en la mencionada catedral, los cuatro milagros siguientes:

Primero. Entre los muchísimos peregrinos que como de costumbre acuden a esta iglesia en semejantes ocasiones para pasar en ella la noche en vigilia y orando, en la fecha que he indicado, vino desde la ciudad de Bayreuth un hombre endemoniado tan duro de entrañas y de tan criminales instintos que muy poco antes había quemado vivo a uno de sus hijos. Este feroz individuo, al que habían traído hasta Bamberga convenientemente amarrado con cuerdas muy resistentes, y de ese modo fue llevado hasta la catedral y conducido directamente hasta el sepulcro de la santa, en cuanto fue colocado por sus conductores a la vera del mencionado sepulcro, se sosegó y amansó de tal manera que, libre de la furia que le caracterizaba, comenzó a cantar alabanzas en honor del Dios omnipotente, y, al darse cuenta de que había quedado repentinamente curado por intercesión de la santa, prorrumpió en exclamaciones de agradecimiento hacia su insigne bienhechora, a las cuales inmediatamente unieron sus voces jubilosas los innumerables fieles que en aquellos momentos abarrotaban el templo catedralicio.

Segundo. Mientras el coro y el pueblo cantaban himnos de alabanza en honor de la santa emperatriz, agradeciéndole el prodigio que acababa de hacer en beneficio del endemoniado, introdujeron en la iglesia a un paralítico que se hallaba asilado en un hospital dedicado a san Gil que había extramuros de la ciudad y lo pusieron junto al sepulcro de la santa. El susodicho enfermo comenzó inmediatamente a pedir a santa Cunegunda que lo curara y santa Cunegunda, acogiendo benignamente las peticiones del paralítico, concedióle misericordiosamente la salud que ésta tanto deseaba.

Tercero. Como quiera que en pocos minutos la noticia de estos dos milagros llegara a todos los rincones de Bamberga, no tardó en enterarse de lo sucedido otro paralítico, pariente próximo de Conrado, deán del cabildo catedralicio. Este paralítico, al conocer por referencias que hasta él llegaron lo que poco antes había ocurrido en la catedral, salió de casa y, arrastrándose por el suelo con la rapidez que su estado le permitía, se fue a la iglesia, ansioso de obtener su curación; y reptando entre la gente que llenaba el templo, logró llegar hasta el sepulcro, y en cuanto llegó junto a él quedó completamente sano.

Cuarto. Un tercer paralítico, pariente también de otro canónigo llamado Otón, en cuanto supo que en tan poco tiempo se habían producido tres milagros en la tumba de la santa emperatriz, hízose

conducir rápidamente a la catedral con la esperanza de que la santa lo socorriera a él como había socorrido a los otros enfermos; y, en efecto, puedo asegurar y aseguro delante de Cristo, que también este tercer paralítico, nada más llegar al sepulcro de santa Cunegunda, quedó completamente curado.

Capítulo CCX

SANTA DOROTEA

La gloriosa virgen y mártir Dorotea fue hija de Doro y de Tea, pertenecientes a la noble clase senatorial.

Como por aquellos tiempos los cristianos eran cruelmente perseguidos, Doro, que despreciaba el culto de los ídolos, se desentendió de los campos, viñedos, castillos, casas y demás propiedades que poseía en Roma, abandonó la urbe, se embarcó con su esposa y con sus dos hijas Cristeta y Calixta, y emigró al reino de Capadocia, estableciendo su residencia en la ciudad de Cesarea, donde engendró a Dorotea, objeto de la presente historia.

Ateniéndose a la costumbre seguida entonces por los cristianos, esta niña fue bautizada en secreto pocos días después de que naciera. El santo obispo que la bautizó impúsole en el bautismo el nombre compuesto por el de su padre y el de su madre. Dorotea, educada desde muy pequeñita en la práctica de la virtud y en el amor a la obediencia y al orden, y llena además del Espíritu Santo, era tan linda y hermosa que superaba en belleza a las demás jóvenes de la región; mas la envidiosa serpiente diabólica, enemiga de la castidad, no pudiendo soportar tanta preciosidad de cuerpo y de espíritu, hizo nacer en el ánimo de Fabricio, prefecto de aquella provincia, un desenfrenado amor de concupiscencia carnal hacia la virtuosa doncella, y movido por su ardorosa pasión y por el deseo de casarse con ella cuanto antes, envió a casa de Doro un mensajero con el encargo de que solicitase en su nombre la mano de su hija, ofreciéndole como dote un tesoro de riquezas cuya cuantía no concretaba porque la fijación de la misma dejábala al arbitrio de la joven y de su padre.

La dulce Dorotea, a quien los bienes de este mundo inspirábanle el mismo desprecio que el lodo de la tierra, rechazó de plano las proposiciones que Fabricio le hizo a través de su emisario, a quien declaró valerosamente que ella ya estaba desposada con Cristo.

Enterado Fabricio de esta respuesta, en un acceso de furor ordenó que detuviesen inmediatamente a Dorotea y que la metieran en una tinaja llena de aceite hirviendo. Todo cuanto el prefecto mandó, se hizo. Dorotea, empero, permaneció dentro de la tinaja completamente tranquila y, asistida por Cristo, salió de la prueba tan ilesa como si hubiese estado en el interior de una bañera tomando un baño de aguas tibias y perfumadas.

En aquella ocasión muchos de los paganos que presenciaron este milagro se convirtieron al cristianismo; no así Fabricio, quien, creyendo que la incolumidad de la joven se debía a artes mágicas, dispuso que la encerraran en un calabozo, y en él la mantuvo completamente aislada durante nueve días, sin permitir que le proporcionasen alimentos ni bebidas de ninguna clase. El prefecto, sin embargo, no pudo impedir que mientras Dorotea estuvo secuestrada en la prisión diariamente los ángeles la visitaran y le dieran de comer y de beber.

¡Grande fue la admiración de todos cuando al sacarla de la cárcel para conducirla ante el tribunal advirtieron que la joven, a pesar de haber estado nueve días en una mazmorra y privada de sustento, presentaba un aspecto inmejorable y hasta parecía más hermosa que nunca!

Fabricio le dijo:

—Si ahora mismo no adoras a los dioses, te someteremos al tormento del potro.

Dorotea le contestó:

—Yo adoro a Dios, no a los demonios, y demonios son tus dioses.

Así que dijo esto, se postró en tierra, elevó sus ojos al cielo y rogó al Señor que, puesto que era omnipotente, mostrase a los presentes por medio de alguna señal que El era el único y verdadero Dios.

Tiempos atrás Fabricio había mandado construir en la sala del tribunal un pedestal bastante alto y colocar sobre él un ídolo. Tan pronto como la joven oró, numerosos ángeles invisiblemente arremetieron contra el monumento y éste desapareció inmediatamente sin dejar el menor rastro en la estancia ni de la estatua idolátrica ni de su pedestal; y al tiempo que esto ocurría, cuantos allí estaban presentes oyeron decir a los demonios desde el

aire: «Dorotea, ¿por qué nos destruyes de este modo?»

También en esta ocasión muchos millares de paganos se convirtieron y manifestaron públicamente su fe en Cristo, por lo cual fueron martirizados. Fabricio, en cambio, condenó a Dorotea al tormento del potro. Atáronla los verdugos al artefacto en posición invertida, es decir, con la cabeza hacia el suelo y los pies en alto; laceraron su cuerpo con garfios de hierro; la azotaron con varas y látigos; quemáronle después los pechos con antorchas encendidas; y, cuando decidieron poner fin a esta serie de tormentos, la desataron y la llevaron medio muerta al calabozo con la idea de reiniciar las torturas a la mañana siguiente.

Al siguiente día, en efecto, sacáronla de la prisión, y al observar que no había en todo su cuerpo ni heridas ni señal alguna de los suplicios a que el día anterior había sido sometida, el prefecto, sorprendido, tratando de mostrarse amable le dijo:

—Hermosa joven, puesto que ya sabes por experiencia lo que te aguarda, voy a darte una oportunidad para que si quieres cambies de parecer.

Se la dio, efectivamente, poniéndola en libertad y enviándola a su casa con la esperanza de que sus hermanas Cristeta y Calixta, que por miedo a morir habían renegado de Cristo, consiguieran a fuerza de persuasiones que ella hiciera lo mismo. Pero ocurrió cabalmente lo contrario de lo que él esperaba, porque fue Dorotea quien con dulces palabras arrancó del corazón de sus hermanas la ceguera que padecían y las convirtió nuevamente al cristianismo. Cuando Fabricio se enteró de este resultado, mandó detener a Cristeta y a Calixta, ordenó que las ataran a la una con la otra, espalda contra espalda, y que las quemaran vivas en una hoguera; asimismo, dispuso que apresaran a Dorotea y que la llevaran a su presencia, y en cuanto vio a la joven, encarándose con ella le dijo:

—¡Malvada! ¿Hasta cuándo piensas seguir burlándote de nosotros? Adora a los dioses si quieres vivir; y si no los adoras ahora mismo, ahora mismo te condenaré a muerte.

Dorotea, con semblante alegre le contestó:

—Estoy dispuesta a padecer cuantos tormentos quieras y a morir por mi esposo y Señor Jesucristo. Si me matas, comenzaré a vivir una nueva vida en su compañía, y seré eternamente feliz y cogeré en su huerto, que es delicioso, rosas y manzanas.

Oída esta respuesta, Fabricio, bramando de ira, mandó a los verdugos que a fuerza de golpes de garrotes y de látigos destrozaran la cara de Dorotea y destruyeran la belleza de sus facciones. Los esbirros obedecieron a su prefecto, y, como después de haberla maltratado durante mucho tiempo se sintieran agotados, materialmente extenuados y sin fuerzas para seguir golpeándola, y muy desanimados porque veían que por más que la torturaban no lograban alterar la hermosura de su rostro, decidieron desistir de su empeño y encerrarla en la cárcel, con el propósito de reanudar la tarea al día siguiente.

Durante la noche, Nuestro Divino Salvador se presentó en la prisión y curó las heridas que los verdugos habían hecho a Dorotea.

Al siguiente día, en cuanto amaneció, la doncella fue nuevamente conducida ante el tribunal; y como Fabricio advirtiera que no conservaba ni la más mínima señal de los tormentos a que la habían sometido el día anterior decidió acabar con aquello de una vez y la condenó a muerte.

Cuando la llevaban al sitio, extramuros de la ciudad, en que iban a decapitarla, un tal Teófilo, notario mayor del reino, se acercó a ella y haciéndose el gracioso le dijo en plan de guasa:

—¡Oye! Envíame algunas de esas rosas y manzanas que piensas coger en el huerto de tu esposo.

—Te las enviaré —respondióle Dorotea.

Una vez que la comitiva llegó al lugar en que la decapitación, iba a ejecutarse, Dorotea se postró en tierra y rogó al Señor que tuviese a bien conceder a cuantos a partir de entonces conmemorasen piadosamente su muerte y su martirio, que estaba a punto de consumarse, estas mercedes: ayuda en sus tribulaciones; socorro y liberación en situaciones difíciles, especialmente en la de oprobio, pobreza y calumnia; arrepentimiento, contrición y absolución de sus pecados antes de morir; y en favor de las parturientas que en el momento de parir se encomendaban a ella, solicitó del Señor una gracia más: que tuviesen un parto feliz, rápido y sin complicaciones y con los mínimos dolores posibles.

Terminada su oración oyóse una voz procedente del cielo que decía: «Concedido cuanto acabas de pedirme. Ahora, amada mía, ven conmigo».

Acto seguido Dorotea reclinó su cabeza en el tajo y, en el preciso momento en que el verdugo levantaba sus brazos con el hacha entre sus manos para tomar impulso y descargar con fuerza el golpe mortal sobre el cuello de la mártir, surgió junto a la víctima un hermoso niño de cabellos ensortijados, vestido con una túnica roja estampada de es-

trellas claras, descalzo de pies y sosteniendo entre sus manos un canastillo en el que había tres rosas y tres manzanas. Dorotea lo vio al instante y le dijo:

—Ruégote, Señor mío, que lleves ese presente, de mi parte, al escribano Teófilo.

En cuanto terminó de decir esto, el verdugo decapitó a la santa, cuya alma voló rauda y feliz al cielo y se reunió con Jesucristo, su esposo.

La gloriosa virgen y mártir Dorotea murió decapitada el 13 de febrero del año 287, por orden de Fabricio, siendo emperadores de los romanos Diocleciano y Maximiano.

El mismo día en que esta santa doncella fue martirizada, estando Teófilo en el palacio de la prefectura conversando con algunos compañeros, acercóse a él un niño, lo apartó un poquito del grupo y le dijo:

—Vengo de parte de mi hermana Dorotea a traerte esta rosas y estas manzanas procedentes del huerto de su esposo.

Cumplido este encargo, el mensajero infantil desapareció. Teófilo, estupefacto, comenzó a dar voces, alabando y bendiciendo y glorificando a Cristo, el Dios de Dorotea, proclamando públicamente que bien merecía ser bendecido y ensalzado el nombre de un ser tan poderoso que era capaz de producir rosas y manzanas en pleno mes de febrero, cuando los intensos fríos esterilizan el suelo y mantienen yermos y sin hojas a los árboles y a los arbustos.

Con sus manifestaciones y publicación del prodigio, Teófilo logró convertir al cristianismo a casi toda la gente de la región.

Fabricio, al enterarse de la campaña promovida por su protonotario, ordenó que lo detuvieran y lo llevaran a su presencia, y tras hacerle pasar por muchos de los tormentos que antes había mandado aplicar a Dorotea, ordenó finalmente que despedazaran su cuerpo en trozos pequeños para que su carne sirviera de alimento a los animales.

Teófilo recibió el bautismo antes de morir, e inmediatamente después de ser bautizado comulgó; y, fortalecido por ambos sacramentos y por la recepción del cuerpo y de la sangre de Cristo, emigró de esta vida al Señor que glorifica a sus santos y es por ellos glorificado, y eterno y consubstancial al Padre y al Espíritu Santo, con quienes constituye un solo Dios, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo CCXI

SAN WOLFGANGO

San Wolfgango, que nació en Alemania de padres muy modestos pero muy honrados, desde su más tierna infancia sintió sed de Dios, que es fuente de vida, y aunque las personas aficionadas a las cosas de este mundo le miraran con desprecio, enriquecido por la gracia del Espíritu Santo dio manifiestas pruebas de estar excelentemente dotado de magníficas cualidades y virtudes.

El mundo, infaliblemente, siente odio hacia todo lo que Dios ama. Las personas virtuosas tienen conciencia de que son forasteras en esta tierra, y saben perfectamente que pasan por ella en plan de peregrinación. Con razón fue reprendido Pedro cuando propuso instalar una tienda de campaña en el monte. Los santos carecen de morada estable en esta vida temporal; su verdadera patria es el cielo; en el cielo tienen su mansión. Ellos lo saben, y por eso renuncian radicalmente al mundo, conscientes de que esa renuncia implica dos cosas: comportarse cual si estuviesen muertos respecto de las cosas que el mundo ofrece, y un vivo deseo de aspirar únicamente a los bienes y gozos que proceden de vivir enteramente en Cristo y para Cristo. Cuanto más eviten el contacto con las cosas de la vida presente, tanto más y mejor podrán ver a Dios con los ojos del alma y disfrutar de la compañía de los ángeles. La negación de sí mismo consiste no tanto en renunciar a las cosas exteriores que uno tenga, cuanto en renunciar a las malas costumbres; porque el que se limita a renunciar a los bienes que posee, se limita meramente a renegar de ellos; en cambio, el que renuncia a las costumbres improcedentes, ese es el que verdaderamente se niega a sí mismo. ¡Bien! Pues esto fue precisamente lo que hizo san Wolfgango.

San Wolfgango, primeramente y durante algún tiempo llevó una vida laudable y casta en una comunidad de canónigos regulares; pero después, deseoso de vivir sometido a una disciplina más estrecha, se trasladó a Suevia, se incorporó a unos monjes llamados *solitarios* y profesó la regla monástica que ellos practicaban.

De una mística visión que con anterioridad a todo esto tuvo, podemos colegir la austeridad con que vivió desde que se retiró del mundo, la fidelidad con que cumplió las observaciones religiosas,

y el alto grado de perfección que alcanzaron sus virtudes.

Cuando el bienaventurado Wolfgango estaba todavía en su tierra preocupado por el sesgo que debería dar a su vida para corresponder mejor al amor divino, e invocando constantemente a los santos pidiéndoles su protección para acertar en la elección del camimo conveniente, una noche, mientras dormía, parecióle que junto a su cama estaba el confesor de Cristo, san Otmaro, de quien era muy devoto y a quien frecuentemente se encomendaba solicitando de él luz para resolver acertadamente este asunto; y parecióle también que este glorioso santo le despertaba y le decía: «Atendiendo a tus ruegos he intercedido por ti ante el Señor y de parte de El estoy aquí para comunicarte algunas de las cosas que te van a ocurrir. Atiende: un día, sin llevar nada contigo y en estado de absoluta pobreza, saldrás de esta provincia e irás a otra, y en ella vivirás aislado del trato con los hombres. Más adelante, así lo tiene dispuesto el Señor, te harán obispo de Ratisbona, diócesis muy rica en bienes perecederos. Si te conduces con fidelidad en la administración de este oficio, veintidós años más tarde, al abandonar esta vida transitoria, entrarás en la eterna. Quiero que ya desde ahora sepas que entregarás tu alma al Creador en la población en que mi cuerpo está enterrado y recibe en nombre de Cristo veneración por parte de los cristianos. En el momento de tu salida del Egipto de este mundo, estaré a tu lado para consolarte; mas no acudiré yo solo sino que conmigo irán también aquellos moradores del cielo cuya compañía hayas merecido y entre todos te confortaremos en tan importante trance».

A raíz de esta visión, san Wolfgango, con los ojos de su espíritu permanentemente fijos en el espejo de la contemplación divina, dióse a pensar continua e intensamente en la manera más adecuada y eficaz de negociar el caudal que Dios le había confiado para conseguir duplicarlo y utilizarlo en beneficio de la salvación de sus prójimos; y con vistas a lograr estos objetivos, primeramente se hizo monje y después, obediente al Apóstol que nos invita a desear los caminos mejores, abandonó el monasterio, cruzó Alemania y llegó, como un desterrado cualquiera, a la lejana región de los nóricos; y acompañado de algunas personas sencillas y pobres que se habían unido a él, se dirigió hacia el sur y prosiguió caminando hasta la provincia de Panonia en donde decidió quedarse para predicar a las gentes de aquella tierra.

Poco después de que iniciara su ministerio tuvo que interrumpirlo para acudir a Pasan, cuyo obispo, llamado Peregrino, le había llamado sin decirle para qué. El mencionado obispo lo recibió muy afablemente, lo alojó en su palacio y lo trató con suma deferencia. Durante los varios días en que muy a pesar suyo se vio precisado a permanecer en la residencia del obispo de Pasan sin poder marcharse, porque cada vez que insinuaba algo en este sentido Peregrino le rogaba insistentemente que continuase un poquito más de tiempo junto a él, preguntábase Wolfgango a sí mismo e intrigado: «Pero, ¿qué querrá este hombre? ¿Para qué me habrá hecho venir? ¿Por qué me retendrá aquí, con la falta que hago en Panonia y con la necesidad que aquella gente tiene de que se le predique la verdad y se la encamine hacia Dios?» Entretanto, el susodicho prelado, que era de noble linaje e individuo muy culto, muy hábilmente y con gran disimulo dedicábase a observar a Wolfgango, y al advertir la devoción con que éste asistía a los actos piadosos del culto divino, y la asiduidad con que se entregaba a la oración privada y al estudio de la Sagrada Escritura, llegó a la conclusión de que no era un trotamundos sino un sujeto muy sensato, totalmente entregado al servicio de la verdadera fe; y tan bien impresionado quedó de sus prendas, que, comentándolas confidencialmente con algunos de sus propios clérigos, entusiasmado exclamó:

—¡Cuán magnífico regalo haría Dios a la diócesis que tuviese la fortuna de ser gobernada por este sacerdote! Porque así lo entiendo y porque estoy convencido de que con ello hago una obra muy útil y necesaria, voy a solicitar para este siervo del Señor el obispado de Ratisbona. Es menester aprovechar las buenas cualidades de las personas poniendo a cada una de ellas en situación adecuada a fin de que puedan desarrollar y utilizar en beneficio de la comunidad los talentos recibidos de Dios. Este monje está gastando sus energías intentando en vano sembrar la fe en las alma empedernidas de los paganos que, obcecados en su ceguera, rechazan la verdad que se les ofrece. Creo más acertado que emplee todo ese trabajo en cultivar la viña del Señor en campos que probablemente van a corresponder mejor a sus desvelos, y en los que podrá cosechar frutos abundantes en favor del pueblo cristiano.

Algunos de los presentes replicaron a su obispo de esta manera:

—Es muy posible que tu petición no surta efecto. Ten en cuenta que este hombre es pobre y desconocido, y que no son estas las mejores condiciones para que pueda acceder a una silla tan importante, sobre todo en las presentes circunstancias en que hay tantas personas de la nobleza interesadas en conseguir para ellas el gobierno de esa diócesis. Son muchas las que lo están intentando, tratando de influir en el ánimo del emperador, ofreciéndole a cambio del nombramiento fincas y abundantes cantidades de dinero.

Peregrino contrarreplicó al instante a sus arguyentes con estas proféticas palabras:

—Sabemos muy bien que con harta frecuencia los juicios de los hombres no coinciden con los juicios de Dios; pero sabemos igualmente que el Señor, escrutador de los corazones y del fondo de las almas, viene mostrando desde el comienzo del mundo cierta preferencia por personas y cosas menospreciadas por los soberbios, que las desdeñan porque las consideran viles y miserables; sabemos también que no suele haber coincidencia entre los criterios mundanos y los divinos, y que la gente del mundo es inconstante, y que si bien en un momento de entusiasmo aúpa y eleva a quienes califica de grandes, poco después se cansa de ellos y los vilipendia y hunde. Teniendo, pues, todo esto en cuenta, estimo que tengo el deber de rogar al valido del emperador que aproveche la influencia que sus consejos ejercen sobre el ánimo de su señor para sugerirle que a la hora de asignar un obispado a alguien no obre movido por ambiciones materiales, ni se deje sobornar por dádivas simoníacas, sino que busque la remuneración divina y eterna más que la humana y temporal, y que ponga al frente de las iglesias a sujetos humildes, modestos, competentes, debidamente preparados para el desempeño del ministerio eclesiástico, sin atender en asunto de tanta responsabilidad a la condición social de los candidatos ni a los blasones de la familia a que pertenezcan.

De acuerdo con lo que tenía proyectado, Peregrino envió un legado suyo al valido del emperador, y el valido, a su vez, aconsejó oportunamente sobre esto a su señor, que lo era Otón II; y merced a estas prevenciones del prelado de Pasan y, sobre todo y más eficazmente, merced a la voluntad de Dios en cuyas manos están los corazones de los reyes, el emperador cambió de opinión y, buscando la utilidad de la Iglesia, dio de lado a cuantos rondaban en torno a él solicitando la silla episcopal de Ratisbona, designó para ocuparla al venerable varón Wolfgango, y envió embajadores suyos en su busca. Los imperiales legados hallaron al siervo de Dios en el palacio de Peregrino, a punto ya de emprender su viaje de regreso al lugar de donde había venido. El bienaventurado Wolfgango, ajeno por completo a los planes de Peregrino y a los pasos que este había dado en todo lo relativo al referido asunto, cosa perfectamente comprensible, puesto que él tenía toda su atención puesta en sitios y objetos muy diferentes, quedó anonadado cuando los embajadores del emperador hablaron de él y le comunicaron el motivo de su visita. Al enterarse de la misión que para él traían, lo primero que hizo fue encomendar su persona y todas sus cosas al Señor; luego, abismado en la presencia divina, comenzó a reflexionar interiormente sobre la noticia que acababan de darle; después se puso al habla con el obispo Peregrino, en cuya casa continuaba como huésped, retenido en ella por las caritativas insistencias del mencionado prelado, y abrumado por el peso de lo que momentos antes le habían dicho, expúsole con sencillez de paloma y con prudencia de serpiente lo que le ocurría, hablándole de esta manera:

—Inclínome a pensar que cuanto los embajadores del emperador Otón II, acaban de manifestarme es obra de tu caridad. Sin duda has hecho lo que has hecho movido principalmente por tu buena voluntad para conmigo; pero yo, que me conozco bien sé que no valgo para nada y por tanto tampoco para este oficio, estoy asustado y sumamente preocupado, porque ¿quién me asegura y garantiza que esto que tú quieres lo quiere también Dios? Por otra parte tiemblo al pensar en lo que puede ocurrirme; porque tú y yo sabemos que a menudo el mundo, so pretexto de motivos religiosos, conduce a muchos hacia los vicios.

El obispo le respondió:

—Precisamente esos temores de que hablas constituyen una prueba de que eres prudente. Ten confianza. El salmista nos dice que *«el temor de Dios es el principio de la sabiduría»;* y en otra parte nos asegura que *«el temor de Dios permanecerá en los bienaventurados por los siglos de los siglos».*

Estas consideraciones del prelado tranquilizaron al venerable varón Wolfgango, quien meditando en ellas e intuyendo que todo aquello había sido dispuesto por la divina Providencia, exclamó:

—¡Señor! ¡Soy tu siervo! ¡Cúmplase tu soberana voluntad sobre mí!

Con semejantes disposiciones de espíritu, y acompañado por los embajadores del emperador, emprendió seguidamente el viaje hacia las partes occidentales de Baviera, y al llegar a Ratisbona, a tenor de la costumbre que entonces existía en la Iglesia, el clero y el pueblo, que ya estaban enterados de todo y habían aceptado la propuesta del emperador, eligiéronlo por unanimidad obispo de aquella diócesis.

Efectuada la elección, san Wolfgango, en compañía de una comisión que representaba a la totalidad de los electores, se trasladó a la corte para visitar al césar, y, al comparecer ante él, se postró a sus pies manifestándole que era indigno del oficio que querían encomendarle, que carecía de ciencia, que procedía de una familia muy modesta, que era monje, y que sin permiso de su abad no podía aceptar ni cargos ni dignidades; y, por tanto, que le rogaba muy encarecidamente que tuviese a bien dejar sin efecto la elección que sobre él había recaído, porque no quería exponerse a profanar con la vileza de su vida un ministerio tan santo.

Ante la sobrenatural sinceridad con que Wolfgango renunciaba al cargo, el emperador se reafirmó en la idea de que el siervo de Dios era sumamente honrado y poseía excelentes prendas para el desempeño de la misión que le había asignado; y convencido de que la designación había constituido un acierto, y de que la elección había sido justa, haciendo caso omiso de las súplicas y gemidos con que el interesado solicitaba insistentemente la anulación de la elección sudodicha, túvola por muy atinada, y en consecuencia la confirmó, y encomendó al elegido el gobierno episcopal de la Iglesia de Ratisbona.

Seguidamente, el preconizado obispo, con numeroso acompañamiento de fieles, emprendió viaje hacia la capital de la diócesis que tenía que regir, y entró en ella entre cánticos de alegría de quienes iban a ser sus diocesanos, los cuales en procesión habían salido a recibirle. Aclamado por el clero y por el pueblo entró en la catedral y conforme al ceremonial que por entonces regía fue entronizado en su sede y unos días después el arzobispo Federico y sus obispos sufragáneos le confirieron la consagración episcopal.

Tras haber desempeñado su ministerio pastoral con plena dedicación al servicio de Dios, tras haber enriquecido su alma con muchas obras de piedad, de misericordia y de justicia, su cuerpo comenzó a enfermar. En medio de la calentura abrasadora que sentía y soportando pacientemente las molestias que los dolores le causaban, no cesaba de encomendar su espíritu al Señor, sol sin ocaso, repitiendo cada día innumerables veces esta plegaria: «¡Oh Dios misericordioso! ¡Dígnate tener compasión de mí, miserable pecador puesto en trance de muerte! ¡Apiádate también de todos aquellos que al ver que su vida se acaba se sienten abatidos e invadidos por el miedo a morir!».

En una de las ocasiones en que pronunció la susodicha oración, nada más decirla, cerró reverentemente sus ojos y, cual si se hubiese quedado plácidamente dormido, descansó en la paz del Señor.

Su muerte ocurrió un 31 de octubre.

Capítulo CCXII

EL MILAGRO DE SANTA CATALINA

Pedro de Ravena, en su libro *Gestas notables,* refiere el siguiente caso:

Hubo en Milán un obispo llamado Sabino tan virtuoso y tan devoto de la virgen Catalina, que exceptuada la Madre del Señor, a ninguna santa veneraba tanto como a ella. Ya desde su infancia habíala elegido como mística esposa suya; confiaba plenamente en su intercesión, teníala por su fidelísima protectora y preferíala a las demás vírgenes bienaventuradas.

En cierta ocasión el mencionado prelado hizo un viaje a Tierra Santa en compañía de Teodoro, abad de Montecasino, de dos capellanes, de dos soldados y de quince fámulos; y, después de visitar el sepulcro del Señor, se trasladó como peregrino con sus acompañantes al Monte Sinaí para venerar la tumba de santa Catalina; mas al llegar a la base del monte topáronse de pronto con un ferocísimo jefe del ejército turco que al frente de numerosos soldados regresaba de ver al sultán y pasaba casualmente por allí. El aludido capitán, que era acérrimo enemigo de los cristianos, en cuanto vio al obispo y al abad arremetió contra quienes les acompañaban, y en muy poco rato asesinó atrozmente a cuantos componían la comitiva de uno y de otro prelado, y acto seguido encarándose con éstos les dijo:

—Lo mismo que acabo de hacer con los miembros de vuestros séquitos haré ahora con vosotros.

El obispo y el abad, al ver la matanza que el jefe otomano terminaba de hacer, y al oír la amenaza dirigida a ellos, le suplicaron:

—Permítenos antes subir al monte y visitar el sepulcro de la gloriosa virgen santa Catalina, y cuando hayamos bajado haz con nosotros lo que quieras; nos hallarás dispuestos a soportar con paciencia toda clase de tormentos e incluso la muerte.

Respondióles el turco:

—Nada de eso; esta vez las cosas se van a hacer a mi gusto, no al vuestro.

Dicho esto mandó a sus soldados:

—Arrancad ahora mismo a estos dos hombres sus ojos y sus lenguas. Cortadles las orejas, las narices, las manos y los pies.

Los soldados ejecutaron la orden de su jefe, y a continuación colocaron a ambos peregrinos, horriblemente mutilados, en sus respectivas caballerías.

Terminada esta operación díjoles el bárbaro capitán:

—Ahora, si os place, podéis continuar vuestra peregrinación y así tendremos ocasión de comprobar si os sirve para algo la visita a ese sepulcro...

Luego, con sorna, añadió:

—Os doy mi palabra de que si renacen en vuestros cuerpos los miembros que os hemos cortado, cosa absolutamente imposible, me convertiré a vuestra religión sin dudarlo un momento.

El abad expiró nada más llegar ante el sepulcro de la santa. El obispo, empero, oró y se encomendó a su protectora como pudo. Hacia la media noche un terremoto sacudió las entrañas del monte. Llenos de terror, el capitán turco y sus soldados quisieron salir corriendo, pero paralizados por el miedo que les invadió no pudieron moverse de donde estaban. Tras el terremoto, la santa montaña quedó durante tres horas bañada de una misteriosa luz tan intensa, que los reflejos de la misma fueron vistos no sólo por las gentes que vivían cerca, sino por muchísimos sarracenos que habitaban en países muy distantes, y que por un motivo u otro no se hallaban durmiendo durante aquellas tres horas. Sorprendidos por tan inusitada claridad, la mayor parte de quienes la vieron creyeron que el sol por alguna causa inexplicable había adelantado su salida, puesto que sus resplandores iluminaban tan tempranamente la cima del Sinaí. Entretanto, la virgen Catalina salió de su tumba, se acercó a su fiel devoto Sabino, ungió primeramente con exquisita delicadeza los sitios en que su cara se hallaba desfigurada por las horribles mutilaciones sufridas, o sea, los lugares correspondientes a la lengua, la nariz, los ojos y las orejas; después ungió los muñones de los otros miembros afectados por la amputación, calmó los dolores que el obispo sentía, y seguidamente dejóle el cuerpo enteramente reconstituido y, completamente sano. El siervo de Dios, al darse cuenta de que estaba nuevamente dotado de visión y de que veía con sus propios ojos corporales a la gloriosa virgen, sintió en su alma una alegría inenarrable; mas al no poder resistir el resplandor de la belleza de la santa, ofuscado por la intensidad de la luz, cayó a sus pies. Catalina, que tenía a su lado a dos jóvenes hermosísimas, ordenó a éstas que alzaran del suelo al piadoso obispo y, cuando éste estuvo nuevamente en pie, díjole la santa:

—Amado mío, quiero que sepas que mi querido esposo Jesucristo está dispuesto a socorrer no sólo ahora sino también en el futuro a ti y a cuantos veneren mi memoria. Puesto que por amor a mí perdiste la lengua con la que hasta el presente no podías hablar más que en tu propio idioma, y no muy expeditamente por cierto, te he prestado la mía, que sabe expresarte elocuentísimamente con griego y en latín. Te comunico además que las almas de los que venían contigo ya están gozando en el seno de Abraham de la bienaventuranza. Voy a decirte más: mañana, cuando celebres la misa, al acabar de leer el evangelio toma un poco de óleo que mana de mi sepulcro y unge con él una por una todas las heridas que hay en el cuerpo del abad. Después continúa la celebración del santo sacrificio, y antes de que llegues al final el abad resucitará completamente sano y con todos los miembros de que fue despojado.

Dicho lo que antecede, la piísima virgen asió la mano derecha del obispo, colocó un anillo precioso en uno de sus dedos, le entregó una cédula escrita con letras de oro, y desapareció, dejando la iglesia impregnada de exquisita fragancia.

La cédula contenía meramente tres renglones y en ellos se decía: En el primero, «Sabino, este documento es una señal del amor perpetuo con que tú y yo estamos unidos». En el segundo: «El inmenso dolor que has padecido ha sido para ti fuente de méritos; el inmenso amor que me profesas te conducirá a la bienaventuranza eterna». En

el tercero: «Bautizarás al capitán turco, luego regresarás a tu tierra, llegarás a ella sano y salvo y, diez años después, en premio a tu laudable vida, te reunirás conmigo en la corte celestial».

Así que leyó la mencionada cédula el virtuoso varón, desde el fondo de su alma entonó himnos de gratitud y de alabanza a Dios por el inefable consuelo que le había proporcionado a través de la aparición de la gloriosa virgen Catalina.

Al amanecer del día siguiente el capitán turco subió a la cima del monte, entró en la iglesia y, al ver al obispo completamente sano celebrando misa, con todos sus miembros recuperados, pronunciando correctamente las oraciones y lecturas del Santo Sacrificio, quedó estupefacto; y más aún cuando, acabada la recitación del evangelio, fue testigo de cómo el celebrante se acercaba al cadáver del abad que yacía allí de cuerpo presente, en medio del presbiterio, y ungíale con bálsamo las heridas producidas por las mutilaciones; y de cómo uno tras otro renacían los miembros amputados; pero todavía su estupefacción creció al ver cómo unos momentos antes de que la celebración de la misa concluyera, el difunto por sí mismo se alzaba del suelo, y delante de todos los asistentes resurgía vivo, íntegro y completamente sano.

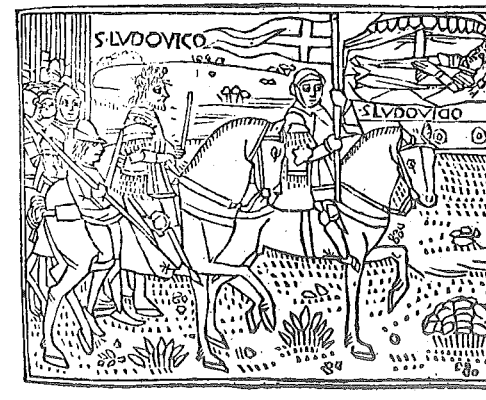
Ante semejantes milagros el capitán, con sus ojos arrasados de lágrimas, arrepentido de lo que había hecho, abrazó la fe cristiana, pidió el bautismo y, en efecto, fue bautizado por el obispo Sabino, que en la misma ocasión bautizó también a muchos nobles y a muchos soldados del ejército turco que se convirtieron a Cristo juntamente con su capitán. Este, el capitán, en seguida renunció al mundo, y como carecía de herederos, vendió todas sus tierras, entregó a la comunidad del monasterio del Monte Sinaí una muy considerable cantidad del dinero obtenido en la venta de sus bienes, y luego, en compañía del obispo, del abad y de otros muchos, fuese en viaje de peregrinación a Roma, en donde distribuyó entre lo pobres buena parte del dinero que aún le quedaba; y después, por consejo de Sabino, fundó en honor de santa Catalina el famosísimo monasterio de monjas conocido por el nombre de *Aula Dei,* dotándolo de cuantiosas riquezas y posesiones; y, una vez que hubo hecho esto, tomó el hábito monacal en Montecasino, en donde vivió hasta el final de su existencia terrena muy virtuosamente, consagrado al servicio del rey Jesucristo, de su Santísima Madre y de santa Catalina.

San Sabino, diez años después de su regreso del Sinaí, falleció santamente. Quienes le asistieron en sus últimos momentos y amortajaron su cuerpo, quedaron sumamente sorprendidos al observar que en su boca no existía lengua alguna, de lo que infirieron que la que había utilizado durante los diez últimos años de su vida no era la suya, sino la de la gloriosa virgen santa Catalina que, en efecto, se la había prestado para ese plazo de tiempo y habíala recuperado en el mismo instante en que su devoto amigo falleció.

En la catedral de Milán consérvanse, como recuerdo piadoso de este santo obispo y de los sucesos que hemos referido, el anillo y la cédula que santa Catalina le diera en el Sinaí.

Capítulo CCXIII

SAN LUIS, REY DE LOS FRANCESES



Luis, o Ludovico, significa *donante de luz, suministrador de claridad.* Cabe decir también que puede significar *custodio,* puesto que eso significa el vocablo griego *icos;* y de *icos,* acaso, derive esa terminación *ico* del nombre de Ludovico. Custodio, y custodio riguroso de la ley divina fue este santo, como lo demuestran sus obras, y custodio solícito también del buen comportamiento de sus ejércitos en sus desplazamientos por tierra y por mar, e incluso durante las batallas. Por eso, en el oficio que la Iglesia canta en su honor el día de su fiesta, se recogen estos conceptos. San Luis, o san Ludovico, en consonancia con su nombre fue, pues, un verdadero faro de luz para los cristianos y un auténtico modelo de combatientes, que vivió en constante actitud de alerta y nos mostró con su ejemplo cómo hemos de comportarnos en las luchas que tenemos que sostener en la presente vida.

San Luis, hijo de un monarca cristianísimo llamado también Luis, fue un ilustre rey de los franceses que emigró al Señor poco después de regresar a la corte de Francia tras haber tomado parte en ciertas campañas guerreras contra los albigenses, para extirpar una herejía que había arraigado en Albi y en el condado de Tolosa.

Siendo todavía niño, ya se adivinaban en él predisposiciones para la santidad; y como en tan temprana edad quedara huérfano y privado de la dirección de su cristianísimo padre, fue puesto bajo la tutela de su madre, doña Blanca, hija del rey de Castilla. La reina viuda, amantísima de su hijo, encomendó la educación espiritual y cultural del mismo a un maestro muy virtuoso que desempeñó su oficio asesorado por varios religiosos pertenecientes casi en su totalidad a las ódenes de los Predicadores y de los Menores. El pequeño príncipe, que era muy dócil y cuya inteligencia hacía recordar la de Salomón, respondió cumplidamente a las enseñanzas de su preceptor y comenzó pronto a destacar entre sus contemporáneos, tanto por su cultura como por sus virtudes. Su piadosa madre, que se sentía interiormente dichosa al ver cómo su hijo crecía en santidad, decíale a menudo:

—Hijo mío queridísimo, prefiero verte muerto a que ofendas al Señor con pecado mortal alguno.

Estas palabras producían tal impresión en el ánimo del joven príncipe, que cada vez que su madre se las decía se afirmaba en sus propósitos de vivir virtuosamente; y, en efecto, cuantos seguían su vida de cerca veían cómo, ayudado por la gracia de Dios, iba conquistando día tras día, libre de vicios, cotas cada vez más altas de perfección espiritual.

Más adelante, para que el noble reino de Francia no careciera de regios sucesores al trono, conducido por la divina providencia tomó esposa, que le dio varios hijos a los cuales el santo varón procuró educación esmerada, enseñándoles ante todo a temer al Señor y a vivir en constante vigilancia para no incurrir jamás en pecado alguno. Nunca les permitió que en día de viernes llevaran guirnaldas de flores ni adornos en la cabeza, por reverencia a la corona de espinas que en un viernes colocaron los sayones sobre la del Señor. Siguiendo el ejemplo del Apóstol, el santo monarca castigaba su cuerpo, lo reducía a servidumbre y lo obligaba a permanecer sometido al alma, mortificándolo de diversas maneras, entre otras padeciendo durante largas temporadas las molestias que le producía un áspero cilicio que en ocasiones ceñíase bajo sus ropas a raíz de la carne. Ayunaba todos los viernes del año sin excepción alguna, y con más rigor lo hacía a lo largo de todo el Adviento y de toda la Cuaresma. En los días de ayuno absteníase de comer pescado y fruta; intensificaba sus trabajos, vigilias y oraciones; privábase secretamente de muchas cosas y se flagelaba dándose frecuentes disciplinazos.

Todos los sábados del año tenía por costumbre reunir en un especial lugar de su palacio a unos cuantos mendigos a los que por sí mismo lavaba los pies, se los enjugaba y besaba; lavábales también las manos, y, por último, antes de despedirlos, entregaba a cada uno de ellos cierta cantidad de dinero.

Diariamente daba de comer con abundancia en su palacio a más de ciento veinte pobres, y en las vísperas de fiestas solemnes y en algunas fechas determinadas del año, a doscientos. Ahora bien, no se limitaba a proporcionar alimentación a estos necesitados, sino que él, con sus propias manos, servíales la comida a cada uno de ellos; y, además de esto, todos los días sentaba a su mesa a las horas del almuerzo y de la cena a tres pordioseros, preferentemente ancianos, con quienes repartía caritativamente los manjares que para él traían de la cocina. Hacía todo esto por amor a Cristo, consciente de que cada uno de aquellos menesterosos representaba al Señor. Después que los tres pobres habían comido o cenado cuanto hubiesen querido, comía o cenaba él no cosas distintas, sino lo que ellos hubiesen dejado en sus respectivos platos, sobreponiéndose al asco y repugnancia que en algunas ocasiones sentía.

Siempre, pero sobre todo desde que regresó de su primera expedición transmarina, evitó el uso de ropas lujosas, los mantos de escarlata o brocatel, las túnicas de colores vivos, los balandranes de pieles llamativas y los atuendos demasiado suntuosos.

Movido por su amor a la fe, por su celo religioso y por su ardiente deseo de colaborar en la expansión del cristianismo, organizó una excursión militar a Egipto, interesando en la empresa a sus tres hermanos, que ocupaban altos cargos en la corte, y a otros muchos nobles; y con ellos, y al frente de un poderoso ejército, salió para aquellas lejanas tierras, en las que tanto él como sus colaboradores y sus tropas pasaron por grandes dificultades. En una de las batallas, el santo rey cayó en manos de sus enemigos; éstos, al apoderarse de él,

lo encerraron en una mazmorra, lo tuvieron en ella prisionero durante algún tiempo, y, cuando accedieron a negociar su liberación, para más humillarle y afrentarle, pidieron por su rescate una cantidad insignificante de dinero.

El santo rey, al obtener su libertad, dirigióse con su ejército a Siria y permaneció allí cinco años, durante los cuales convirtió a la fe de Cristo a muchos sarracenos, redimió de su cautiverio a numerosos cristianos y con sus propias manos enterró los cuerpos de la mayor parte de sus soldados que por una u otras causas murieron a lo largo de la campaña. Sólo quienes fueron testigos presenciales de estos hechos, o los que hayan leído los grandes volúmenes en que se narran sus gestas, saben y puenden apreciar debidamente los ingentes trabajos y múltiples calamidades que este santo rey padeció por amor a la fe de Cristo, tanto en esta expedición como en otra que posteriormente hizo desde Francia a tierras transmarinas. En aras de la brevedad renunciamos a transcribir lo que refiere Vicente hacia el fin de una historia que escribió en la que con mucha prolijidad cuenta infinidad de episodios relacionados con esto, recogidos no de runrunes que pudieron circular entre las gentes, sino de relatos auténticos escritos en los mismos días en que los hechos ocurrieron.

Estando san Luis en Siria, como veníamos diciendo, llególe la noticia de que su madre, la reina, había muerto. Los barones del reino que le acompañaban, al enterarse de tan infausto suceso, le aconsejaron que regresara a Francia; y cuando estaban haciendo la travesía por mar, el barco en que el rey viajaba, empujado por dos olas gigantescas, fue a estrellarse contra una roca. El encontronazo de la nave contra el peñasco se produjo con tal violencia, que ni los marineros ni las demás personas que iban a bordo pudieron explicarse cómo la embarcación no se había hecho añicos, hasta que un rato después del accidente los sacerdotes, clérigos y otros pasajeros, aturdidos todavía por el susto que acababan de pasar, buscando al monarca lo encontraron postrado de rodillas y orando ante el Santísimo Cuerpo de Cristo. Entonces fue cuando comprendieron con meridiana claridad tripulantes y pasajeros que Dios todopoderoso habíales salvado la vida y sacádolos a todos ilesos del terrible percance, merced a los méritos y oraciones del santo rey.

A su llegada a Francia fue el soberano acogido por el pueblo con inenarrables manifestaciones de alegría y de entusiasmo, y a partir de este regreso, caminando de virtud en virtud, alcanzó la cima de la perfección y la cumbre de la santidad. Fue entonces cuando comenzó a erigir hospitales, a fundar casas de misericordia para asistir en ellas a los pobres, a construir monasterios dotados de claustros, dormitorios, iglesia y demás dependencias necesarias para que los religiosos a quienes estaban destinados pudieran desenvolver en tales edificios su vida de consagración al Señor. En casi todas las ciudades de su reino instituyó asilos para ciegos, beaterios y conventos para monjas y proveyó al decoroso sostenimiento de estas instituciones y comunidades con limosnas, rentas y censos procedentes de casas, tierras y fincas de su propio patrimonio. Entre los muchos monasterios fundados por él íntegramente y por él dotados de cuantiosa renta y entregados a las diversas órdenes religiosas, merece especial mención, por la mangnificencia de los edificios y la copiosidad de los bienes legados para su sostenimiento y el de la comunidad, la abadía cisterciense de Royaumont, en la que en cierta ocasión, con admirable caridad y edificante humildad arrodillado ante un monje leproso, dióle de comer y de beber introduciéndole amorosamente el alimento en su boca mientras el abad y los demás religiosos, que se sentían incapaces de vencer el horror que les producía mirar al enfermo, lloraban, emocionados, al contemplar tan heroico acto de virtud.

Profesaba singular devoción a las sagradas reliquias y venerábalas con profundo fervor. Distinguióse igualmente por el constante empeño que puso en promover entre los fieles el culto a los santos. En el palacio real de París hizo construir una hermosísima capilla en la que colocó la Sacrosanta Corona de Espinas del Señor, la mayor parte de la Santa Cruz, el hierro de la lanza con que fue atravesado el Corazón del Salvador y otras muchas reliquias importantes que no sin grandes trabajos y a cambio de elevadas sumas de dinero obtuvo del emperador de Constantinopla.

No podía soportar que se zahiriera la fe cristiana. Era tan celoso del honor de Dios y de su religión, que castigaba severamente a cuantos con sus palabras u obras atentaban contra la santidad del Señor o contra su doctrina. En cierta ocasión, al enterarse de que un ciudadano de París había blasfemado y mezclado el nombre de Cristo en su grosero juramento, para que sirviera de escarmiento a los demás y para que él expiara su peca-

do, mandó que aplicaran a los labios del blasfemo un hierro incandescente, comentando al dar esta orden: «Aceptaría de buen grado sufrir en mi boca durante toda mi vida el terrible dolor de este cauterio, si con ello consiguiera desarraigar de las tierras de mi reino el pésimo vicio de la blasfemia».

En una de sus campañas guerreras, al concertar la paz con los sarracenos éstos pusiéronle dos condiciones: primera, que les abonara a ellos una crecida suma de dinero a cambio de su libertad y la de sus soldados; segunda, que se comprometiera por escrito a abandonar la fe de Cristo si al llegar a Francia, bien porque no pudiera o bien porque no quisiera, no les abonaba la cantidad de dinero convenida en la cláusula primera. El santo rey, que había aceptado sin la menor dificultad la primera de las condiciones, se negó rotundamente a aceptar la segunda; y como los altos dignatarios de su corte que le acompañaban intentaran hacerle ver que podía aceptar aquella cláusula tranquilamente, puesto que se trataba de un mero formulismo para salir del paso, y que aunque suscribiera el documento en que se consignaba esa condición con ello no quedaba obligado en conciencia a cumplirla, ni siquiera mancillaba su alma con ninguna clase de pecado, replicóles de esta manera:

—Aún a sabiendas de que todo esto no sea más que una fórmula hipotética y huera, el mero hecho de que se me proponga a mí que reniegue de mi religión me produce tal horror, que no puedo soportar ni siquiera que se hable de ese asunto.

Poco después, estando todavía en aquella tierra, presentóse ante él un oficial turco de alta graduación que recientemente había asesinado al sultán, y le rogó encarecidamente que lo recibiera en su ejército. San Luis rechazó su petición diciendo:

—Ni a cambio de todo el oro del mundo, ni para librarme de la muerte, aceptaría jamás que un infiel militara entre mis tropas cristianas.

Tenía tal veneración y respeto hacia la señal de la cruz, que para evitar que pudiese ser pisada, exigió a muchas comunidades religiosas, que conforme a la costumbre tradicional enterraban a sus muertos en el suelo de los claustros, que no grabaran cruces sobre las tumbas que de allí en adelante se abrieran, y que rasparan e hicieran desaparecer las que estuvieran grabadas con anterioridad sobre las sepulturas.

En el gobierno de su reino se conducía tan honestamente y tan sin acepción de personas, que daba a cada cual lo que entendía que en conciencia y conforme a justicia debía de darle. Para evitar que los jueces prestasen escasa atención a las causas promovidas por los pobres, determinó que se diese a éstos audiencia dos días cada semana; a esas audiencias asistía él personalmente; colocábase en un lugar perfectamente visible de la sala, se enteraba de las quejas y demandas que los pobres presentaban y urgía a los magistrados para que con la mayor celeridad posible resolvieran lo que procediera conforme a derecho.

Cuando los prelados e inquisidores llevábanle denuncias relacionadas con asuntos concernientes a la fe, dejaba a un lado todos los demás negocios y daba paso preferente a tales causas, poniendo especial empeño en que se estudiaran y sentenciaran cuanto antes.

Por estar prohibidos por la ley de Dios jamás permitió que en su reino se celebraran duelos, fuese quien fuese la persona que solicitase licencia para recurrir a estos procedimientos en orden a defender su honor. Cuando alguien ofendía gravemente a otro, castigaba al ofensor, aunque fuese un magnate, imponiéndole penas admitidas por el derecho.

Para terminar con la práctica de la usura en sus estados, promulgó un decreto determinando que cuantos hubiesen recibido dinero en calidad de préstamo de judíos o de cualesquiera otros usureros, no estaban obligados a devolverlo, declarando que ningún juez de su reino estaba facultado para dictar sentencias contrarias al contenido de esta disposición.

Como quiera que donde impera la justicia reina la paz, paz concedió Dios a este monarca, y tranquilidad a las gentes que vivían bajo su cetro.

Muchos años después, al conocer la desolación de Tierra Santa, no pudiendo soportar los males que afligían a los cristianos, organizó una segunda cruzada contra los sarracenos, interesando en ella a sus hijos, a los condes del reino y a los magnates de la corte. Los expedicionarios hiciéronse a la mar, y durante la travesía, como el rey presintiese que el final de su vida estaba próximo, reunióse con sus hijos y les recomendó que cuando él faltara, a imitación suya, pusieran sumo empeño en la defensa de la Iglesia y de Tierra Santa.

El navío tomó el rumbo de las costas de Africa y se dirigió a Túnez, en cuyo puerto desembarcó el ejército sin encontrar resistencia alguna. Desde esta ciudad avanzaron tierra adentro hacia Cartago, cuya fortaleza y toda su comarca tomaron, ha-

ciendo uso de las armas. Después establecieron un campamento entre Cartago y Túnez con la idea de permanecer en aquella región durante algún tiempo. Allí fue donde el santo rey, tras una vida cuajada de admirables obras virtuosas y de durísimo trabajo sobrellevado con paciencia e incansable constancia por amor a la fe de Cristo, cayó enfermo y se vio obligado a guardar cama, atenazado y consumido por altísimas fiebres. Así lo dispuso el Señor, que deseaba poner fin a la laboriosa carrera de su siervo y otorgarle el premio que con tantas fatigas y tan leales y perseverantes servicios había ganado.

La enfermedad se agravaba. El piadoso monarca, que conservaba su mente perfectamente lúcida y su oído fino y claro, y que con edificante fervor permanecía en contínua oración, invocando sin cesar a los santos, recibió devotamente los Sacramentos de la Iglesia y, cuando entendió que su última hora era venida, bajóse de la cama, tendióse en el suelo sobre un montón de ceniza y dijo: «En tus manos, Señor, entrego mi espíritu», y mientras pronunciaba la última de estas palabras, expiró santamente, emigrando su alma a la gloria de Cristo. Su muerte se produjo un día del año 1270 de nuestra era hacia las tres de la tarde.

El cuerpo del santo fue trasladado a Francia y enterrado en la iglesia de san Dionisio, en el mismo sepulcro en que yacían sus padres, y desde entonces hasta ahora, tanto en el lugar en que reposan sus restos como en diferentes partes del mundo, goza de gran celebridad por los muchos milagros que hace.

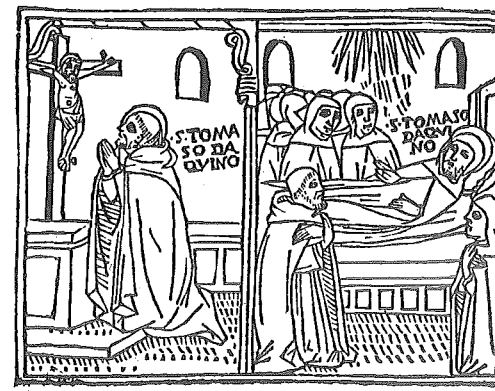
El mismo día en que fue enterrado, una mujer de la diócesis sagiense que había perdido la vista, la recobró plenamente por los meritos e intercesión del piísimo rey.

Un joven borgoñés, sordomudo de nacimiento, fue en cierta ocasión en compañía de otras muchas personas a visitar el sepulcro del santo; y como viera que los demás se encomendaban al glorioso san Luis, hízolo él también a su modo, o sea, valiéndose de gestos y señas; y al poco rato sus oídos se abrieron y su lengua se desató; y a pesar de que jamás había percibido sonido alguno ni oído a nadie pronunciar ninguna palabra, comenzó a entender perfectamente el idioma francés y a hablarlo con corrección. Por cierto que, estando todavía en la iglesia, al oír por vez primera en su vida el tañido de las campanas sintió un miedo espantoso y creyó que el templo se venía abajo.

El año en que san Luis fue canonizado ocurrieron muchos milagros en diferentes partes del mundo, obrados por su intercesión, entre ellos éste: en la localidad de Ebrum un niño cayó al agua en el caz de un molino y se ahogó. Sus padres recuperaron el cuerpo y pidieron a varios santos que resucitaran a su hijo. De pronto, Dios, que quería enaltecer a su glorioso siervo, dijo en voz alta y clara: «Pedid a san Luis que interceda por este niño». Los padres inmediatamente tomaron en sus brazos el cuerpo del chiquillo y se fueron con él a la iglesia del convento que los religiosos Predicadores acababan de fundar en honor de san Luis, encomendaron al santo la resurrección de su hijo, mientras hacían en su honor las ofrendas que por entonces se estilaban, y al instante el niño resucitó.

Capítulo CCXIV

LEYENDA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO



La palabra Tomás significa varias cosas, entre otras, éstas: abismo, gemelo, separado, señalado y perfecto. Abismo, y abismo insondable fue el doctor santo Tomás por la profundidad de su ciencia y de su sabiduría. Con razón lleva el apellido de *Aquino,* porque aunque en principio tal sobrenombre obedeció a que había nacido en un lugar que se llamaba de esa manera, después de su nacimiento los hechos demostraron que el susodicho sobrenombre le convenía muy adecuadamente, puesto que *Aquino* deriva de agua y Tomás, manantial abundantísimo de celestial doctrina, ha sido, es y seguirá siendo hontanar inexhaustible de aguas espirituales. A él pode-

mos aplicarle merecidamente estas palabras del capítulo 15 del *Eclesiástico: «El Señor dióle a beber el agua de la sabiduría»,* y estas otras del capítulo 22 del *Apocalipsis: «Mostróle el ángel un río de agua clara como el cristal, agua de vida, que salía del trono de Dios y del Cordero».* Parafraseando el versículo quinto del capítulo veinte de los *Proverbios* cabe decir que él, cual otro Moisés, a poco de nacer fue sacado de las aguas del mundo y mediante su vida religiosa restituido al seno de la madre Iglesia. Conviénenle también los demás significados de la palabra Tomás: el de *gemelo,* por cuanto que en él coexistieron inseparablemente unidas estas dos cualidades: la intensidad de su devoción y la claridad de su inteligencia; el de *separado,* porque separado vivió de las pompas y vanidades del mundo a la par que entregado totalmente a la santidad en el retiro de la vida religiosa que profesó; el de *señalado y perfecto* por el esplendor con que en él brillaron todas las virtudes. ¡Con cuánta propiedad llevó este santo el nombre de Tomás, palabra fonéticamente bastante similar a la expresión *Thau-meum,* (mi *tau*) que significa *mi señal,* es decir, la señal o la marca por la cual se distinguen los discípulos perfectos del Señor! Dios, en efecto, derramó sobre él tal cantidad de luz y de dones sobrenaturales, que lo dejó convertido en un signo testimonial de su sabiduría divina, y en una obra perfectamente acabada de su omnipotencia creadora.

La fiesta de santo Tomás se celebra el 7 de marzo porque en un 7 de marzo su alma salió de este mundo y emigró a la bienaventuranza eterna. Su vida o historia fue escrita por cierto obispo lodonense.

1. Santo Tomás de Aquino, egregio doctor de la Orden de Predicadores, nació en el seno de una familia de muy elevada alcurnia. Landulfo, su padre, pertenecía a la ilustre estirpe de los condes de Aquino, una de las más nobles casas de la Campania, en el reino de Sicilia, y su madre, Teodora, descendía de un encumbrado linaje napolitano.

Antes de que Tomás naciera, y nació el año 1215, estando Teodora preñada, un santo ermitaño llamado Bono le anunció que el hijo que llevaba en sus entrañas sería celebérrimo en todo el mundo, y le indicó el nombre que había de imponerle cuando lo bautizara.

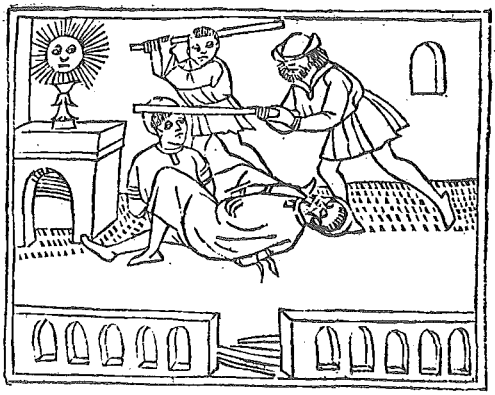
Poco después de su nacimiento, cierto día, al sacarlo de la cuna para bañarlo, como el pequeño infante por permisión divina viera en el suelo una cedulilla en la que estaba escrita la salutación *Ave María,* extendió su bracito y, sin que nadie le ayudara, recogió la cédula aquella y la guardó entre sus manitas con tal solicitud y entereza que a su madre costóle no poco trabajo sacarle la cedulilla de entre los dedos.

Cuando el niño cumplió los cinco años, Landulfo y Teodora lo llevaron al monasterio de Montecasino y allí lo dejaron al cuidado de los monjes, para que éstos lo instruyeran en las primeras letras y lo educaran moral y espiritualmente. Dos años después, teniendo el pequeño no más que siete, sus padres lo enviaron a Nápoles para que iniciara los estudios de las artes liberales; y durante los siete cursos siguientes fue tal el aprovechamiento del tierno estudiante, que no sólo alcanzó un impresionante dominio en estas disciplinas, sino que dejó asombrados a sus maestros por la agudeza de su inteligencia, por su aplicación al estudio y por lo mucho que descollaba sobre sus condiscípulos.

A los catorce años de edad, con los estudios de artes liberales terminados, el elegido del Señor ingresó en la sacratísima Orden de Predicadores. Los superiores de esta orden, el mismo año en que el joven Tomás ingresó en su instituto, lo trasladaron primeramente a Roma, y muy poco después a París. El viaje de Roma a París hízolo Tomás acompañado por otros religiosos de su mismo hábito, los cuales, intencionadamente, para evitar posibles encuentros con los parientes del novicio, decidieron dar un rodeo, y en vez de seguir el camino normal tomaron otro que pasaba por la Toscana. De nada les valieron estas precauciones, porque cuando menos lo esperaban saliéronles al encuentro los hermanos mayores del santo, se apoderaron de él y se lo llevaron al castillo del monte de san Juan donde estaba su madre, y allí lo tuvieron encerrado y severamente custodiado durante dos años. No obstante, inútiles resultaron los esfuerzos que hicieron para hacerle desistir de su vocación y para que se despojara del hábito de la Orden. A lo largo de los dos años que duró el secuestro, Tomás se entregó totalmente a la oración y contemplación y al estudio de las Sagradas Escrituras, y en aquella escuela bajo la dirección del Supremo Maestro, hizo tales progresos que, en cierta ocasión, con un tizón encendido obligó a huir de la cárcel en que le tenían encerrado a una mujer que en ella sus hermanos habían introducido para que le tentara e hiciera caer en pecado carnal. Dios le premió tan generosamente esta victoria que a partir de entonces y durante el resto de su vida jamás sintió ni en su cuerpo ni en su ánimo ningún movimiento desordenado de índole sensual ni tentación alguna de naturaleza venérea.

Concluido su secuestro y reintegrado a la Orden, fue enviado a Colonia, donde a la sazón enseñaba filosofía y teología el eminente doctor Al-

.S.TERENTIO



GAZIR

S.ROMVALDO

berto Magno, religioso de su mismo hábito. Once años asistió Tomás a las clases de este insigne maestro, al cabo de los cuales, cuando contaba veintisiete de edad, sus superiores lo trasladaron a París, en cuya universidad se graduó de bachiller en Teología, explicó durante tres cursos con unánime alabanza las materias de los *Libros de las Sentencias,* y recibió el título de *Maestro en Teología.* Treinta años de edad tenía el santo cuando le fue conferida esta máxima titulación, y en los sólo veinte que a partir de entonces vivió escribió cerca de cien libros, todos muy bellos y todos de suma importancia. En la composición de los mismos y en su preparación Dios le ayudó y asistió de manera tan extraordinaria que, cuando el santo se encontraba ante cuestiones especialmente intrincadas cuya solución no veía con claridad y los demás maestros ignoraban, acudía en su ayuda por medio de los apóstoles Pedro y Pablo que se le aparecían y de parte del Señor le indicaban cuál era la doctrina verdadera en cada uno de aquellos casos que le mantenían sumido en estado de perplejidad.

El amor que sentía hacia Dios abrasábale el alma de tal modo que su mente se hallaba constantemente ocupada en la contemplación de los misterios divinos, incluso durante las comidas, como se puso de manifiesto en una ocasión en que, habiendo sido invitado a comer por el rey san Luis y estando sentado a la mesa con el monarca, continuó entregado a sus profundísimas meditaciones cual si se hallara en la soledad de su celda.

Merced a la ayuda divina que el Señor le dispensaba pudo aclarar a todos los maestros de la universidad de París una dificilísima cuestión relacionada con el Sacramento de la Eucaristía que ninguno de ellos sabía resolver.

Fueron muchas las personas que presenciaron cómo este egregio doctor, cuando se hallaba sumido en oración profunda, con su mente fija en Dios, quedábase arrobado y extático, y cómo en algunas de esas ocasiones su cuerpo, perdida su natural sensibilidad, permanecía suspendido en el aire a uno o dos codos por encima del suelo.

Tenía por costumbre este santo varón recogerse en oración antes de intervenir en controversias, o de explicar sus lecciones en clase, o de ponerse a escribir sobre cualquier tema teológico; pues bien, en varias de esas ocasiones le ocurrió, mientras estaba orando, ver de pronto perfectamente clara en su mente, cual si la estuviera leyendo en un libro, la doctrina verdadera relacionada con los asuntos que tuviera que defender en los debates académicos o explicar en su aula o exponer en sus escritos.

Tan grande era su amor al estudio como medio para conseguir el conocimiento de la verdad sagrada, que cuando el papa Clemente IV le ofreció el arzobispado de Nápoles negóse a aceptarlo. En otra ocasión, hablando con un grupo de religiosos, le manifestó:

—Si me pusieran en trance de tener que elegir necesariamente entre estas dos cosas: ser dueño de la ciudad de París o disponer de un ejemplar de las *Homilías* del Crisóstomo, sin dudarlo un momento optaría por el ejemplar de las *Homilías,* porque si la ciudad fuese mía tendría que gobernarla, y los cuidados del gobierno me impedirían dedicarme a la contemplación de las cosas divinas y disfrutar de las grandes satisfacciones que el estudio y la lectura de libros santos proporcionan al espíritu.

Tan pública y notoria era la fama de su ciencia y de su eminente sabiduría, que el papa Gregorio X le convocó para que asistiera al concilio general que el 1.º de mayo de 1274 iba a celebrarse en la ciudad de Lyon. Hacia Lyon se encaminaba el santo doctor para asistir al concilio susodicho, cuando el 7 de marzo de aquel mismo año, recién entrado él en el quincuagésimo de su vida, falleció en el monasterio cisterciense de Fosanova, enclavado en la diócesis de Terracina.

Con ocasión de su muerte produjéronse varios hechos milagrosos para poner de manifiesto que el santo doctor abandonaba este mundo y entraba en el reino de la felicidad eterna. He aquí algunos de esos hechos:

Desde tres días antes de que Tomás muriera hasta el momento en que expiró, permaneció sobre el monasterio de Fosanova, a la vista de todos, y como clavada en el cielo, una rara estrella en forma de cometa.

Estando la comunidad del convento de Colonia en el refectorio, uno de sus religiosos, precisamente el señor fray Alberto Magno, de pronto comenzó a llorar, y como le preguntaran que por qué lloraba, respondió: «Porque mi hijo en Cristo fray Tomás de Aquino acaba de salir de este mundo».

El subprior del monasterio de Fosanova, que a causa de una enfermedad de los ojos habíase quedado casi ciego, hízose conducir hasta la sepultura en que poco antes habían enterrado al santo, se encomendó a él y pidió a Dios que por los méritos

de su insigne siervo se dignase devolverle la vista; y, apenas había iniciado esta oración, exclamó jubiloso delante de los monjes de la comunidad: «¡Bendito sea el Señor que acaba de concederme por intercesión del bienaventurado fray Tomás lo que le estaba pidiendo! ¡Hermanos! ¡Ya veo claramente!». Este religioso, después de esta recuperación de la vista y de la salud de sus ojos, vivió aún muchos años y llegó a ser obispo de la diócesis de Umbría.

Sendos milagros notorios y manifiestos obráronse en cada una de las dos ocasiones en que el sagrado cuerpo del santo fue trasladado de lugar; en ambos casos, de sus restos emanó un suavísimo olor sumamente agradable, cual si el Señor quisiera significar que la doctrina de tan eminente doctor se difundiría por todo el mundo; y que a través de cada uno de sus actos, mientras vivió, exhaló el aroma de todas las virtudes; porque, ciertamente, durante su vida jamás nadie pudo advertir en él ni el menor indicio de soberbia ni el más insignificante hecho de pecado mortal alguno.

Catorce años después de su muerte, al exhumarse el tesoro de su sagrado cuerpo, hallóse que éste estaba íntegro, e íntegro y en perfecto estado de conservación encontrábase también el hábito con que fue amortajado, e íntegros todos sus miembros corporales, íntegras las facciones de su rostro, con la única excepción de que la punta de su nariz habíase mermado un poquito. Cuando en esta ocasión abrióse la sepultura salió de ella un aroma tan agradable y tan intenso, que rápidamente se extendió por todo el monasterio; y de tal modo, que los monjes, al percibir tan inusitada fragancia, salieron intrigados de sus celdas y se dirigieron hacia el lugar de donde el perfume provenía, y siguiendo el rastro del mismo fueron a dar al sepulcro del santo y se convirtieron en testigos unánimes del milagro.

Con ocasión de esta exhumación, la condesa Teodora pidió al abad de Fosanova la mano derecha del sagrado cuerpo; mas para desprenderla no bastaron los tirones que de ella dieron, sino que, a pesar de llevar ya catorce años bajo tierra, estaba tan adherida al resto del brazo, que fue menester recurrir a una herramienta cortante. Seccionada la dicha mano del resto del cuerpo y trasladada a otro lugar, también de ella continuó emanando el delicadísimo perfume de que hemos hablado, como testificaban y comentaban cuantos se acercaron a venerar la piadosa reliquia. En relación con esta mano, cuarenta y dos años después de la muerte de santo Tomás ocurrió este milagro: un hombre muy famoso andaba recorriendo diferentes lugares en busca de reliquias importantes para colocarlas en un oratorio que había construido en la ciudad de Salerno en honor de la Santa Cruz; y en una de esas andanzas visitó la capilla del castillo de san Severino, enclavado en la diócesis salernitana, y le mostraron la mano de santo Tomás. El susodicho hombre no sólo no la veneró sino que pronunció ciertas frases de desdén referidas a ella. Inmediatamente después el mencionado individuo sintióse repentinamente enfermo: su cuerpo comenzó a temblar aparatosamente. Parecíale que su cabeza había adquirido el volumen de un baúl y que su peso le resultaba insoportable. En medio de su horrible sufrimiento cayó en la cuenta de que tal vez cuanto le estaba sucediendo pudiera ser un castigo severo por haberse conducido tan irreverentemente con la reliquia del santo; se arrepintió en seguida del profundo desprecio que hacia ella había mostrado, la adoró devotamente, y al instante se vio libre de la hinchazón de su cabeza y de los temblores de su cuerpo. Nada más besar la mano, manifestó que de ella procedía un olor intenso y exquisito, y que jamás había sentido en toda su vida aroma alguno que pudiera, no ya aventajar, pero ni siquiera equipararse al que de aquella reliquia fluía. Como consecuencia del contacto de sus labios y una bufanda que llevaba alrededor del cuello con la sagrada mano del santo, su cara y la bufanda quedaron impregnadas de la suavísima fragancia que de ella había brotado al adorarla, de tal modo que durante mucho tiempo no sólo él continuó experimentando aquella sensación aromática, sino que la sentían cuantos con él hablaban, muchos de los cuales, desconocedores de lo ocurrido, le preguntaban: «¿Dónde has adquirido ese delicioso perfume que usas?». Cada vez que le hacían esta pregunta, y se la hacían a menudo, veíase obligado a refirir la historia del milagro de que había sido objeto. Dícese que este hombre, desde que le acaeció lo que acabamos de contar, profesó tanta devoción a santo Tomás, y tuvo tanta confianza en su intercesión, que siempre que se encontraba en algún peligro o padecía cualquier clase de tentaciones se encomendaba a él, invocaba su nombre y en seguida salía airoso de la dificultad en que se hallara o de las impugnaciones del tentador.

Conviene advertir que la fragancia procedente

de los miembros del cuerpo de santo Tomás sigue todavía fluyendo y que es de carácter milagroso. Que es de carácter milagroso se prueba por el hecho de que ni se siente siempre que se veneran esos miembros sino solamente cuando a Dios le place, ni la sienten todos cuantos se acercan a venerarlos, sino únicamente aquellas personas cuya especial devoción al santo las hace merecedoras de tan insigne favor; de donde se deduce que no se trata de un olor inyectado en esas reliquias del santo por procedimientos humanos artificiosos, sino de un aroma producido por el divino poder, y de una fragancia distinta y muy superior a la que exhalan los perfumes de este mundo.

Para contribuir de alguna manera a la mayor gloria de Dios a través de este santo al que se dignó engrandecer tan extraordinariamente, y con el buen deseo de ayudar a propagar su devoción entre los fieles, vamos seguidamente a referir un reducido número de los muchos milagros que plugo al Señor obrar por su mediación.

2. Un cirujano, enfermo del mal de gota desde hacía diez años, y tan inútil de las piernas que no podía por sí mismo dar un solo paso, hízose llevar al sepulcro del bienaventurado doctor. Una vez allí se encomendó con toda su alma a Dios y a Santo Tomás, y al cabo de un ratito de oración sintióse completamente curado y se alzó del suelo alabando al Señor y a su poderoso siervo.

3. En cierta ocasión, un hombre tuvo la visión de un horrible fantasma, y tanto se asustó que se desmayó y cayó al suelo medio muerto. Quienes acudieron a socorrerle para averiguar si estaba vivo, le aplicaron a sus miembros unas llamas de fuego; y como según todas las apariencias ni sentía las quemaduras ni daba la menor señal de vida, lleváronle al sepulcro de santo Tomás, y a los pocos momentos de llegar con él allí, el que parecía estar muerto volvió en sí y se levantó por sí mismo del suelo completamente recuperado.

4. Una mujer, madre de un niño de ocho semanas, estaba muy preocupada por el peligro que su hijo corría, ya que ella se había quedado muy sorda desde hacía cuatro meses y no podía oír los llantos del niño en la cuna aunque mil veces llorara. Inducida por su marido, tan alarmado como ella por lo que al niño pudiera ocurrirle, una noche, al tiempo de acostarse, se encomendó a santo Tomás y le pidió con la mayor devoción que pudo que la librara de la sordera. Poco después de que hiciera esta oración, se quedó dormida y a la mañana siguiente al despertar se encontró con la gratísima sorpresa de que su petición había sido favorablemente despachada por el santo, puesto que oía perfectamente.

5. Cierta niña enfermó de la garganta. Una noche inflamáronsele sus fauces de tal modo que ni podía ingerir alimento alguno ni le resultaba posible respirar. Su madre, al verla en tan apurado trance, exhortóla a que se encomendara a santo Tomás, y a la mañana siguiente la llevó al monastario de Fosanova, aplicóle al cuello una reliquia del santo, y la enferma en seguida se sintió mejor y hasta comió un trocito de pan, y un momento después quedó completamente curada.

6. Un religioso lego de la comunidad de Fosanova que padecía fortísimos y permanentes dolores en uno de sus hombros y en la espalda, para proporcionarse algún alivio llevaba constantemente su antebrazo derecho pegado al cuello a fin de sujetar con su mano la parte dolorida. El enfermo había recurrido a diferentes médicos, pero su mal en vez de remediarse se agravaba cada día más, por lo cual vivía sumido en una aflicción profunda, puesto que a los intensísimos dolores físicos que sentía unían se los morales, no menos vivos, al ver que en aquellas condiciones no podía trabajar, y resultaba para el monasterio un elemento inútil y gravoso. Una noche, el tal hermano se encomendó fervorasamente a Santo Tomás y con la mayor humildad posible le pidió que, puesto que era un santo tan poderoso, le curara. Hecha esta oración quedóse dormido, mas al poco rato despertó y advirtió que estaba completamente curado.

7. Un niño de cuatro años cayó enfermo. Su cuerpo se inflamó; en la espalda, en la cintura, en las piernas y hasta en los pies salióle una erupción; su piel estaba tan roja y dolorida que tan pronto como su madre o cualquiera otra persona le tocaban, aunque fuera con exquisito cuidado, prorrumpía en clamorosos alaridos. Viendo los médicos, tras de aplicarle durante un mes diversos tratamientos, que el niño no sólo no mejoraba sino que cada día estaba peor y que llegó a agravarse hasta el extremo de que ya no podía mover ninguno de sus miembros y sus dolores aumentaban, decidieron, como, último recurso, probar a curarle haciéndole una incisión; mas como por una parte temieran que el enfermo, al ser tan pequeño y débil, no pudiera soportar la sajadura, y por otra se vieran en la grave dificultad de no ha-

llar instrumentos adecuados para practicar tan delicada operación, la madre del niño apeló a Dios y a su siervo santo Tomás, suplicando al santo doctor que hiciese valer sus méritos y le curase a su hijito sin que los médicos tuviesen que proceder a sajar su cuerpo. Llena, pues, de confianza, después de haber hecho esta oración tomó al pequeño en sus brazos, lo llevó al monasterio, lo colocó sobre el sepulcro del santo, y al poco rato el niño se levantó por sí mismo enteramente sano.

En vista de estos y de otros muchísimos testimonios más dados por Dios a los mortales para que no les quedara la menor duda de que este siervo suyo había vivido santamente, el señor papa Juan XXII, en Aviñón, el 18 de agosto de 1323, en el séptimo año de su pontificado y cincuenta después de la muerte del bienaventurado varón, incorporó su nombre al catálogo de los santos confesores para alabanza y gloria de Nuestro Señor Jesucristo que se había dignado honrar a su fiel servidor con la gracia de los milagros cuando aún vivía en la tierra y después de haber sido trasladada su alma al paraíso; y para que los fieles supiesen que tenían en él un benignísimo protector ante Dios; y para que, imitando su ejemplo pudiesen conseguir como él consiguió su entrada en el reino de los cielos.

Capítulo CCXV

SAN MARCELO, OBISPO DE PARÍS

El afortunadísimo obispo Marcelo, natural de París pero ciudadano del paraíso, pobre en bienes de esta tierra, mas rico en los del cielo, aunque fue hijo de padres de muy modesta condición social se conservó fiel a su propósito de servir a Dios sin incurrir en culpa alguna, y mediante el ejercicio de las virtudes alcanzó la santidad, que es el más encumbrado y esclarecido título de nobleza.

Libre de la hinchazón que la soberbia frecuentemente produce en quienes proceden de grandes casas, se dedicó a adornar su alma con las galas de las buenas obras. Para él supuso una gran ventaja haber nacido en el seno de una familia irrelevante y pobre, pues así, sin tentaciones de jactancia y sin las preocupaciones que suelen asaltar a las personas de rancio abolengo, pudo dedicar toda su atención a desarrollar en su espíritu la gracia divina viviendo virtuosamente, a procurar la adquisición de grandes tesoros espirituales, a permanecer constantemente abrazado a Dios y, desembarazado de afecciones y de preocupaciones terrenas, a dedicar al Señor todos los afectos de su corazón.

Desde su más tierna infancia mostró tener gran madurez de juicio e hizo notables progresos en la virtud. Las cosas concernientes al cuerpo interesábanle tan poco y tan escasamente que se conducía de hecho como si en su caso el cuerpo no formara parte de su naturaleza. Lo único que le interesaba era desarrollar al máximo la vida de su alma mediante el exacto cumplimiento de la ley evangélica. ¡Qué humildad tan profunda en su comportamiento! ¡Qué caridad tan ubérrima! ¡Qué limpísima castidad! ¡Qué ayunos tan rigurosos! Y todo esto ya desde niño, porque niño todavía era este santo, pobre, como Cristo, en bienes terrenos, cuando se hizo ciudadano del reino del Señor. En efecto, siendo aún de muy corta edad se consagró al servicio de la Iglesia y a la realización de buenas obras, de tal manera que antes de recibir los primeros grados de la clericatura ya se comportaba con la gravedad y virtud de un perfecto sacerdote, y daba prueba de estar suficientemente preparado para que se le confiriese la ordenación presbiterial, y para poder desempeñar competentemente los sagrados ministerios que muy poco después le fueron encomendados; porque viendo sus superiores eclesiásticos el desprecio que sentía hacia las vanidades y cosas del mundo, y que se hallaba bien pertrechado con las armas divinas, y que había sobrados motivos para esperar que aquel soldado de Cristo trabajaría denodadamente en el servicio de su Señor y conseguiría grandes victorias sobre el secular enemigo del género humano, ordenáronle de lector; y lo primero que hizo el jovencísimo clérigo en cuanto recibió la mencionada orden del lectorado fue ofrecerse a sí mismo en el templo de Cristo comprometiéndose a declarar la guerra a su propia carne, y consagrar su cuerpo puro y su pura alma al Señor como hostia viva de alabanza; después, como buen soldado, comenzó a desempeñar el oficio que su Rey le había confiado, y con tal esmero y perfección que cualquiera hubiera podido creer que aquel jovencito tenía más edad que la que en realidad tenía, y que ya había recibido órdenes de más alto grado.

Durante el tiempo en que ejerció las funciones de clérigo menor plugo a Dios acreditar la calidad

de su siervo con signos celestiales, otorgándole la gracia de hacer numerosos milagros.

Por entonces y por razones de su oficio, cierto día tuvo que ir el joven Marcelo a la fragua de un herrero, el cual, para burlarse de él, le mandó que sacara con sus manos de entre las llamas del horno una pieza de hierro candente y que calculara por sí mismo cuánto podría pesar. El santísimo varón, consciente del poder absoluto de Cristo y de la conveniencia de obedecer a los mayores en todo lo que no contravenga a la ley de Dios, hizo inmediatamente lo que el herrero le había ordenado: sacó de entre las llamas la pieza en cuestión, sostúvola sobre las palmas de sus manos un buen rato, cual si estuviera calculando lo que podría pesar, y por fin dijo:

—Aunque está muy caliente, calculo que puede pesar algo así como nueve libras.

Nueve libras, exactamente, pesaba la pieza, según inmediatamente se comprobó al verificar su peso por medio de una balanza.

Un año, el día de la Epifanía, durante la misa, en el momento del *lavabo,* al verter el siervo de Dios, que actuaba de subdiácono, un poco de agua sobre las manos del oficiante, que era el obispo san Prudencio, tanto el agua que cayó sobre los dedos del prelado como la que había en el jarro que se usó en la ceremonia, y es de advertir que toda ella procedía del Sena, mudó repentinamente su naturaleza y se convirtió en vino. El obispo, al ver aquella prodigiosa mutación, primero se quedó estupefacto, pero luego, cuando quienes le asistían en el altar se disponían a preparar el cáliz y a echar en él el vino de las vinajeras, les dijo:

—No echéis en el cáliz vino de las vinajeras; echad del milagroso que ha surgido en el jarro del *lavabo.*

Con ese vino se celebró la misa y de él comulgaron el celebrante, los servidores del altar y el pueblo. Pero el milagro no se redujo a esto; fue todavía más estupendo, porque a pesar de que los comulgantes fueron muchos y de que cada uno de ellos sumió la cantidad de sangre del Señor que quiso, terminada la comunión de los fieles el cáliz continuaba tan lleno como antes de que comenzara a distribuirse su contenido entre los comulgantes. El vino que no fue consagrado, es decir, la parte de él que quedó en el jarro del *lavabo,* dióse posteriormente a los enfermos, muchos de los cuales en cuanto bebieron el sorbito que les suministraron quedaron repentinamente curados.

En otra ocasión, estando el santísimo Marcelo desempeñando las funciones litúrgicas propias de su oficio, al verter el agua ritual sobre las manos del mismo obispo anteriormente mencionado, a medida que el agua caía sobre lo dedos del prelado convertíase en una especie de óleo con olor balsámico, con fluidez de aceite y con todas las propiedades del sagrado *crisma,* de tal modo que el oficiante firmemente persuadido de que en lugar de lavarle las manos habíaselas ungido, mandó que trajeran agua de otra procedencia, y abundante, para lavárselas a fondo y ver si hacía desaparecer la untuosidad que aquel extraño óleo había dejado en ellas. Hondamente impresionado el venerable obispo por este nuevo milagro, dio gracias a Dios y, convencido de que el Señor mediante estos fenómenos milagrosos trataba de dar testimonio de la santidad del joven clérigo, llegó a la conclusión de que no procedía mantener por más tiempo al virtuoso Marcelo en aquella situación de clérigo al servicio de los otros clérigos, sino que era preciso conferirle órdenes mayores y confiarle misiones más altas en las que los demás le sirvieran a él.

Una matrona de muy elevada posición social e ilustre abolengo, pero de muy mala fama por la conducta relajada y licenciosa que observaba, murió, y a pesar de los escándalos públicos que había dado durante su vida, atendiendo a la altísima alcurnia de su linaje fue enterrada con gran pompa en un suntuoso sepulcro. De nada empero le valieron ni la magnificencia de sus funerales ni la riqueza de su mausoleo. Horror siento al referir lo que al concluir las solemnísimas exequias le ocurrió a esta difunta, doblemente desgraciada: en cuanto su cuerpo quedó sepultado en la suntuosísima tumba, comenzó a acudir a ella una terrible y gigantesca serpiente, que, poco a poco, en visitas sucesivas —espanto me da decirlo, pero lo diré claramente—, fue devorando el cadáver de aquella mujer, de modo que unos tras otros los miembros de la que había sido famosa matrona fueron pasando al vientre del horrendo dragón, quedando este espantoso bicho al cabo de uno días convertido en el auténtico sepulcro de la escandalosa dama. Cuando las gentes se enteraron de que un descomunal dragón estaba devorando y engullendo el cadáver de la infortunada difunta, aterradas de miedo abandonaron sus casas y huyeron de la ciudad. San Marcelo, consciente de que él podía vencer al espantoso enemigo, reunió a las empavorecidas multitudes que habían abandonado sus

hogares, las tranquilizó y, después, a la vista de todo el pueblo, salió él solo sin más compañía que la de Jesucristo que interiormente le guiaba, en busca de la terrible bestia, la cual, precisamente en aquellos momentos salía del bosque arrastrándose por el suelo y caminaba en dirección al sepulcro de la matrona. Encontráronse, pues, al poco rato, san Marcelo y la descomunal serpiente frente a frente, y al encontrarse ambos se pararon. San Marcelo se recogió en oración y oró interiormente; y mientras oraba, el monstruo, moviendo su enorme rabo, parecía suplicar al siervo de Dios que le permitiera seguir viviendo. La gente, que desde lejos contemplaba el prodigio, perdió el miedo, se acercó a lugar de la escena y tuvo ocasión de presenciar el desenlace del caso, que fue éste: comenzó el santo obispo a caminar en dirección opuesta a la ciudad; comenzó el dragón a moverse, arrastrándose por el suelo y siguiendo de cerca, mansamente, al santo; comenzó la gente a caminar también tras el dragón, cuya muerte deseaban ver, y, mientras caminaban, daban gracias a Dios. Después de haber recorrido de esta manera unas tres millas, san Marcelo se detuvo, se encaró con la bestia y le dijo: «Hasta aquí hemos llegado. Elige ahora mismo una de estas dos cosas: irte al desierto, o esconderte bajo las aguas del mar; pero, entiende bien esto, por aquí no vuelvas más».

El santo y la multitud se apartaron del dragón y tornaron a la ciudad. Del dragón nunca más se supo, ni siquiera qué rumbo había tomado. Así fue cómo el santo obispo con su frágil báculo consiguió la tranquilidad para sus conciudadanos y consiguióla tan eficazmente como si un grupo de ballesteros hubiesen matado con sus saetas al terrible enemigo que los tenía amedrentados.

A veces el Señor, para manifestar la semejanza que en méritos tienen entre sí algunos santos, conviértelos en protagonistas de hechos muy parecidos. En la vida de san Silvestre leemos un caso muy similar a éste, aunque con algunas diferencias accidentales. San Silvestre venció en Roma a un dragón, sellando su boca para que nunca más la pudiera abrir; y san Marcelo venció a otro en Francia desterrándolo del país.

San Marcelo, hombre de trato exquisito, perfecto en todos sus actos, rebosante en todo momento de felicidad interior, rico en dones espirituales, inmunizado contra los vicios y males de este mundo, predestinado para reinar perpetuamente con el Señor, después de una santa vida dedicada enteramente a la práctica de la virtud, un primero de noviembre salió de este destierro con su alma completamente limpia y fue a reunirse con Nuestro Señor Jesucristo, Rey eterno, a quien corresponden todo honor, toda gloria, toda dignidad y todo poder.

Capítulo CCXVI

SANTA GENOVEVA

Genoveva procede de *genovefa,* palabra compuesta de *genos* y de *efa,* y como *efa* significa *medida, genovefa* y Genoveva quieren decir algo *naturalmente dotado para dar la medida,* y, en este caso, *persona completa, persona llena.* Buen nombre, pues, el de Genoveva, para esta santa, que vino al mundo adornada de excelentes cualidades mediante las cuales y la ayuda de la gracia de Dios, factores que ella supo aprovechar, consiguió con relativa facilidad una elevada estatura o talla sobrenatural.

Si tenemos en cuenta que *genos* significa también *barba* y *virilidad,* y que *efa,* además de la acepción indicada, tiene la de *plenitud desbordante, efusión,* el nombre de Genoveva puede tomarse en el sentido de *persona llena hasta rebosar de obras esforzadas y varoniles.* Eso precisamente fue esta santa mujer. Así lo reconoce la Iglesia en el oficio que en honor de ella se canta el día de su fiesta, y así lo pregonan sus hechos, a través de los cuales vemos cómo esta sierva de Dios poseyó un temperamento varonil y en varias ocasiones se comportó tan valientemente como pueden comportarse los hombres más audaces y aguerridos.

La virgen santa Genoveva, hija de padres honestos, llamados él Severo y ella Geroncia, nació en Nanterna, aldea próxima a la ciudad de París.

Siendo todavía jovencita, cierto día presentóse en su pueblo san Germán, obispo de Auxerre, para visitar una basílica que en él había, y entre las personas que salieron a recibirle y a honrarle encontrábase también ella. Vióla san Germán, y al verla intuyó, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, la grandeza de su alma; mandó que llevaran a la doncella a donde él estaba, y delante de todo el pueblo manifestó:

—Dios ha elegido a esta doncella para convertirla en esposa de Cristo. El día en que esta joven nació cantaron los ángeles en el cielo.

Seguidamente, el santo obispo se dirigió a Severo y a Geroncia y los felicitó por haber traído al mundo a una hija tan extraordinaria. A continua-

ción anunció públicamente que serían muchos los que movidos por los buenos ejemplos de aquella virtuosa sierva de Dios enmendarían su mala vida y se convertirían al Señor. Después dijo a Genoveva:

—Jovencita, conserva perpetuamente tu virginidad en honor de tu esposo Jesucristo.

Genoveva le manifestó:

—Ese es mi propósito desde que tengo uso de razón, y deseo cumprirlo con escrupulosa fidelidad.

—Lo cumplirás, hija mía —díjole el prelado—, lo cumplirás. Ten confianza en Dios y en ti misma; sé valiente; procura en todo instante que tus obras estén de acuerdo con tus pensamientos y con tus palabras, y si así lo haces, el Señor te ayudará y llegarás a ser famosa por la fortaleza y el denuedo de tus actos.

Al día siguiente, san Germán, que quería ver de nuevo a Genoveva, llamóla a su presencia y le preguntó:

—¿Te acuerdas de lo que ayer me dijiste en relación con tu propósito de guardar virginidad perpetua?

—Claro que me acuerdo, padre —respondióle la doncella.

En aquel preciso momento el obispo vio en el suelo una especie de medallón, lo recogió y, al advertir que se trataba de una chapa de cobre en una de cuyas caras estaba grabada la imagen de Jesús crucificado, entendió que aquel objeto había surgido allí, junto a él, milagrosamente y por divina disposición, y acto seguido se lo dio a Genoveva diciéndole:

—Ten esta chapa; hazle un agujero en su parte superior; de ese modo quedará convertida en una medalla. Llévala siempre contigo colgada de tu cuello, en memoria mía. No uses jamás collares, ni broches, ni joyas sobre tu pecho, ni aderezos en tu cabeza, ni sortijas en tus dedos.

En cuanto le dijo esto, san Germán besó a Genoveva en la frente y se despidió de ella.

Un día de mucha fiesta, a la hora de la misa, Geroncia determinó ir ella sola a la iglesia y que Genoveva se quedara al cuidado de la casa; mas como Genoveva insistiera en manifestar a su madre que también ella quería asistir a los divinos oficios, Geroncia, en un momento de irritación e impaciencia, dio a su hija una bofetada. ¡Tal cosa no hubiera hecho! Geroncia se quedó repentinamente ciega en el preciso instante en que con su mano airada golpeó el rostro de su hija, y ciega permaneció, castigada por Dios, durante dos años, al cabo de los cuales, merced a las oraciones de Genoveva, recobró la vista.

Yendo Genoveva en cierta ocasión de camino con dos religiosas que la aventajaban notablemente en edad, encontráronse las tres con Julito, obispo de Chartres, y como éste viera que de acuerdo con los usos establecidos las dos monjas mayores iban delante y la más jovencita detrás de ellas, ocupando un lugar zaguero, dijo a las dos religiosas que caminaban delante de Genoveva:

—Vais mal colocadas. Es a esa joven a la que le corresponde ir delante, porque aunque tenga menos años ha adquirido con la ayuda del cielo un grado de santidad del que vosotras carecéis.

Inmediatamente, las dos monjas mayores cedieron la precedencia a Genoveva.

Después de la muerte de sus padres, trasladóse la santa a París; mas a poco de llegar a esta ciudad cayó gravemente enferma; su cuerpo se le paralizó enteramente; tenía la sensación de que las articulaciones se habían roto y de que sus miembros hallábanse desconectados entre sí. Tres días permaneció como muerta. Cuando recobró el conocimiento y la salud, manifestó que, mientras estuvo inerte, un ángel se hizo cargo de su alma y la llevó primeramente a la gloria donde le mostró la bienaventuranza de que gozaban los santos, y luego al infierno, para que viera los suplicios que padecían los condenados. Desde entonces y durante el resto de su vida poseyó el don de conocer los secretos más recónditos de las conciencias. Algunas veces hizo uso de esos conocimientos descubriendo y manifestando, con gran admiración de los propios interesados, lo que interiormente pensaban o lo que en tales o cuales circunstancias habían hecho o intentado hacer.

Al regresar de uno de sus viajes pasó san Germán por París y, en cuanto entró en la ciudad preguntó por Genoveva, pues estaba muy interesado en saber qué hacía y dónde vivía; y como por entonces era muy frecuente entre la gente, y lo ha sido en todos los tiempos y seguirá siéndolo, tomar a chacota la virtud de las personas santas, habláronle muy mal de ella. El santo, a pesar de esto, fue a visitarla; después de la visita se reunió con cuantos le habían dado tan pésimos informes, mostróles el suelo regado con las lágrimas que había vertido a causa de las falsas referencias que de la santa ellos le habían suministrado, hizo grandes

elogios de aquella ejemplarísima mujer, y con esto consiguió tapar la boca a los murmuradores durante una temporada.

Ya había muerto san Germán cuando se produjo la invasión de las Galias por Atila, rey de los Hunos. Ante el rumor de que las tropas invasoras trataban de apoderarse de toda Francia y de que avanzaban hacia París, los habitantes de esta ciudad comenzaron a huir en desbandada llevándose consigo cuantas cosas podían transportar y dirigiéndose hacia poblaciones que creían más seguras y alejadas del camino que traían los bárbaros. Genoveva, sin tomarse un punto de reposo, por todos los medios a su alcance e incansablemente trató de oponerse a que sus conciudadanos evacuaran la ciudad, diciendo a los de la casa en donde vivía, y a los conocidos, y a cuantos veía que se apresuraban a huir, que no tuvieran miedo, que permanecieran tranquilos, que París no caería en poder de los enemigos. A pesar de la sinceridad y seguridad con que afirmaba estas cosas, muchos de los vecinos se amotinaron contra ella, acusándola de pseudoprofetisa y de que con sus falsos vaticinios pretendía engañarlos y llevarlos a la muerte, y gritando, alborotados, por las calles, que ella era quien debía morir e inmediatamente.

Así estaban las cosas cuando el arcediano de la catedral de Auxerre, que se había enterado de la campaña promovida por los parisinos para matar a la santa, se presentó en París, reunió a los amotinados y les habló de esta manera:

—¡Ciudadanos! No cometáis tan horrendo crimen. Por nuestro obispo san Germán sabemos que esta mujer a la que queréis asesinar, cuando aún estaba en el vientre de su madre fue elegida por Dios para esposa de su Hijo Jesucristo. ¿Veis este documento que tengo en las manos? Lo hemos hallado entre los efectos personales del que fue nuestro prelado en Auxerre, ya fallecido. Está escrito de su puño y letra, y todo su contenido constituye una serie de alabanzas tributadas por san Germán a esta virtuosa doncella. Voy a leeros lo que nuestro santo obispo escribió en este memorial. Prestad atención.

A continuación el arcediano leyó el documento. Tras la lectura del mismo, el pueblo se aquietó y desistió de sus criminales propósitos.

Los Hunos, en efecto, no entraron en la ciudad, sino que, sin llegar a ella, aquellos mismos días se marcharon del país.

Una mujer que después de haberse consagrado a Dios incurrió en un pecado de fornicación, hizo un viaje desde su ciudad natal de Burges hasta París para ver y conocer a Genoveva. Al comenzar la entrevista, la santa preguntó a la forastera:

—¿Eres virgen, o eres viuda?

La visitante, sin dudarlo, le respondió:

—Soy virgen.

Genoveva, inmediatamente, replicó:

—No dices la verdad.

Seguidamente la santa manifestó a la forastera el sitio, el día y la hora en que había fornicado con un individuo cuyo nombre y circunstancias personales le señaló. Entonces la forastera, llena de vergüenza, pidió perdón a Genoveva por haber pretendido engañarla.

Un niño de cuatro años cayóse a un pozo. Cuando tres horas después lograron sacarlo del agua ya estaba muerto. Su madre, que era una distinguida matrona, desesperada de dolor, con el cabello suelto y llorando lastimeramente tomó en sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo y se fue a ver a santa Genoveva. Santa Genoveva recurrió a la oración, luego se quitó su manto y cubrió con él el cuerpo del niño, y en aquel mismo instante el muerto resucitó y la santa se lo devolvió vivo y sano a su madre.

En otra ocasión sucedió lo siguiente: los habitantes de París padecían penurias y hambre a causa de que la ciudad llevaba ya mucho tiempo cercada por sus enemigos. Viendo Genoveva que, sobre todo los pobres, no tenían nada que comer, compadecida de ellos se embarcó en una nave que estaba ya preparada a la orilla del Sena y a punto para salir en busca de alimentos. En un lugar determinado del río existía un árbol muy corpulento que constituía un serio peligro para las embarcaciones. Al pasar frente a él la santa mandó a los tripulantes que lo cortaran. Mientras ellos cortaban el árbol, ella permaneció en oración y en cuanto el árbol fue derribado, cuantos iban a bordo de la nave vieron dos horribles monstruos que tenían su guarida en el interior del tronco que acababa de ser abatido, y que estaba hueco. Eliminado aquel obstáculo, la nave prosiguió su ruta felizmente y llegó a su destino y, una vez que los tripulantes la cargaron de víveres, emprendió el regreso a París en donde la santa distribuyó gran cantidad de panes entre los pobres, con arreglo a la necesidad de cada uno.

Al llegar en otra ocasión a la ciudad de Troyes saliéronle al encuentro innumerables enfermos de

uno y otro sexo y multitud de personas sanas que conducían a otras inválidas, con la esperanza de que la santa les devolviera la salud. Entre quienes padecían invalidez había dos casos de ceguera: el de un hombre que había perdido la vista castigado por Dios por trabajar en domingo, y el de una niña de doce años de edad aproximadamente. Santa Genoveva bendijo a ambos invidentes, y los dos inmediatamente comenzaron a ver con perfecta claridad.

Una jovencita de la ciudad de Meaux, prometida en matrimonio a cierto adolescente, entusiasmada con las virtudes de Genoveva fue a visitarla y le pidió que le impusiera el hábito que ella y sus religiosas llevaban, y que la recibieran en su comunidad. Cuando el adolescente se enteró de que su prometida se había hecho monja indignóse de tal manera, que se fue ciego de ira en su busca, dispuesto a recuperarla por la fuerza. Al saber Genoveva lo que el joven pretendía, sacó a la joven novicia de la casa en que moraban y se fue con ella a una iglesia cercana. Al llegar al templo, las puertas del mismo estaban cerradas; pero en cuanto Genoveva se acercó a ellas, se abrieron por sí mismas milagrosamente, porque así lo dispuso la divina Providencia para dar paso a la santa y a su compañera; y en cuanto éstas entraron, se cerraron nuevamente por sí solas. De ese modo la perseguida doncella quedó a buen recaudo y perfectamente protegida contra la ira de su perseguidor.

Un señor de Orleans andaba en busca de uno de sus siervos que la había faltado en algo, para castigarlo severamente. Genoveva, que lo supo, púsose al habla con el irritado amo e insistentemente le suplicó que perdonara a su infortunado siervo. Negóse el amo rotundamente a acceder a lo que la santa le pedía, y como no logró encontrar al siervo tornó a casa, y en cuanto llegó a ella cayó gravemente enfermo con fiebres muy altas, de las cuales no sanó hasta que comunicó a Genoveva que había decidido ser generoso con el criado y perdonarle la falta en que había incurrido.

Un día entró la santa en la iglesia de san Martín llevando consigo a numerosos endemoniados cuyas frentes ungió con óleo bendito, y en cuanto hizo esto liberólos a todos de los diablos.

Otro día, estando haciendo esto mismo con numerosos posesos, se le terminó el óleo antes de haberlos ungido a todos, y como no tenía a mano ni más óleo bendito ni obispo que bendijera aceite común, postróse en tierra, oró, y al instante la redoma que se había quedado vacía un rato antes y que aún retenía en sus manos, llenóse hasta el borde de un óleo milagroso con el que ungió a los que faltaban, los cuales, a medida que eran ungidos, quedaban, lo mismo que los ungidos anteriormente, completamente curados.

Veamos seguidamente por vía de muestra algunas de las muchas cosas que en relación con su abstinencia y con otras virtudes refiere Vicente en su *Espejo:*

Desde sus quince años de edad hasta que cumplió los cincuenta se alimentó exclusivamente a base de potajes de pan de cebada y de habas que cocía en un puchero cada dos o tres semanas.

Ayunaba todos los días a excepción de los jueves y de los domingos, por ser festivos. Jamás bebió vino ni licores alcohólicos.

A partir de sus cincuenta años, por obediencia a los obispos, comenzó a tomar algo de pescado, un poquito de leche y alguna ración de pan de cebada.

Movida por la devoción que profesaba a san Dionisio acudía con alguna frecuencia a la aldea de Charoüil a venerar el lugar en que este santo padeció su martirio, e incluso promovió una campaña a favor de la construcción de una basílica en honor del mencionado mártir. Con vistas a esto reunió a los presbíteros y les propuso que contribuyeran cada uno con alguna cantidad importante de dinero para financiar la obra. Los presbíteros le respondieron:

—La realización de ese proyecto es inviable, porque aunque a pesar de que no somos ricos lográramos reunir entre todos los fondos necesarios para construir el edificio, existe un problema serio: ten en cuenta que en esta comarca no hay cal suficiente para edificar el templo de que hablas; y sin cal no hay posibilidad de construir lo que pretendes.

Entonces Genoveva, iluminada por el Espíritu Santo, dijo proféticamente:

—Id ahora mismo, os lo ruego, al puente de la ciudad, permaneced allí unos momentos y regresad de nuevo a darme cuenta de lo que hayáis oído.

Los presbíteros salieron al punto hacia el puente y al poco rato de llegar quedáronse atónitos al oír una conversación que allí mismo, sobre la calzada, sostenían entre sí dos porqueros. Uno de ellos decía al otro: «Hace unos días, buscando unas cerdas próximas a parir que se me habían extraviado, encontré una calera enorme...» «Pues también yo,

comentó el otro porquero, sé dónde hay un abundantísimo yacimiento de cal; lo vi casualmente no hace mucho; está en el monte, en un barranco que ha quedado al descubierto al caerse unos cuantos árboles que fueron arrancados de cuajo por el fuerte vendaval que últimamente padecimos y tengo la impresión de que la calera de que te hablo no ha sido explotada hasta ahora por nadie».

Dando gracias a Dios tornaron los presbíteros a donde Genoveva había quedado aguardándolos, y le refirieron lo que acababan de oír. La santa, emocionada, lloró de alegría, y lloró tanto que las lágrimas que fluían de sus ojos, tras bañarle la cara, caían sobre su pecho y empapábanle sus ropas. Seguidamente apremió al presbítero Ginés para que se encargara de todo lo concerniente a la obra, y rogó a los habitantes de París que colaboraran de la manera que a cada cual le fuese posible para que aquella empresa pudiera llevarse a cabo; y consiguió, en efecto, que en Charoüil se construyera una basílica en honor del mártir san Dionisio.

Ya iba la edificación de la iglesia bastante avanzada cuando surgió una dificultad seria: se les terminó el agua potable. Los obreros, ante la sed que padecían, decidieron retirarse del trabajo. La santa, entonces, mandó que trajeran a pie de obra una cuba vacía, alejóse un poquito, postróse en tierra, comenzó a orar anegada en lágrimas; luego se levantó, se acercó a la cuba, trazó sobre ella la señal de la cruz e inmediatamente la cuba se llenó de agua hasta los bordes. Los obreros, testigos de este milagro, dieron gracias a Dios, y bebieron cuanto quisieron entonces y todos los días, pues el agua milagrosa ya no faltó más del tonel hasta que la obra de la basílica estuvo terminada.

Un sábado por la noche, hacia la hora en que los gallos comienzan a cantar, Genoveva y las demás vírgenes que con ella vivían salieron de casa y se dirigieron a la basílica de san Dionisio. Para alumbrar el camino llevaban un cirio encendido, mas de pronto el cirio se apagó, y, al quedarse a obscuras, las compañeras de la santa sintieron mucho miedo.

—Dame el cirio —dijo Genoveva a la que lo llevaba.

En cuanto la sierva de Dios tomó en sus manos el cirio, éste se encendió por sí mismo.

Por aquellos mismos días ocurrió este hecho: una noche, estando la santa en la iglesia, después de haber hecho oración durante bastante tiempo se alzó del suelo y se dispuso a regresar a casa. Como el templo estaba a obscuras, tomó un cirio que tenía a su vera, y cuando iba a encenderlo para alumbrarse con él en la salida del templo y en el trayecto de regreso, no fue menester que lo encendiera, porque el cirio apenas ella lo tomó en su mano se encendió milagrosamente, con la sola intervención de Dios y sin concurso humano alguno. Posteriormente fueron muchos los enfermos que sanaron repentinamente por el mero hecho de colocar con fe sobre sus cuerpos una partecilla de la cera de dicho cirio.

Una mujer robóle a Genoveva unos zapatos, y en cuanto llegó a casa con el producto robado se quedó ciega. Posteriormente, la ladrona se postró a los pies de la santa y le pidió perdón. La sierva de Dios la perdonó, trazó sobre su ojos la señal de la cruz, y en aquel mismo instante la arrepentida mujer recobró la vista.

Hilderico, rey de los francos, que estimaba mucho a la santa, para evitar que ésta pudiera entrar en París a pedirle que indultara a unos prisioneros a quienes tenía ya condenados a muerte, mandó cerrar las puertas de la ciudad. Genoveva, en efecto, tan pronto como se enteró de que en una de las cárceles del reino están recluidos unos hombres que de allí a pocos días iban a ser decapitados, salió inmediatamente de su casa y se puso en camino hacia París para visitar al monarca y pedirle que se mostrase clemente con aquellos prisioneros; y como al llegar a las murallas encontrase las puertas cerradas, abriólas sin llave alguna, tocándolas meramente con sus manos, y una vez dentro de la ciudad se dirigió al palacio real, se entrevistó con Hilderico y consiguió que indultara a los que tenía condenados a muerte.

De san Simeón Estilita, contemporáneo de Genoveva, se dice que siempre que pasaban mercaderes por el lugar en que vivía, desde lo alto de la columna les preguntaba por ella y les rogaba encarecidamente que fuesen a saludarla de su parte y que no se olvidasen de decirle que sentía hacia ella gran veneración y que hiciese la caridad de tenerle presente en sus oraciones.

Estando la santa cierto día orando en la basílica de san Dionisio y pidiendo por unos energúmenos de París que le habían traído para que los curara, comenzaron éstos a gritar y a decir a voces:

—¡Ya falta muy poco para que vengan a consolarte, o los ángeles o los mártires!

La sierva de Dios, terminada su oración, alzóse

del suelo, se acercó a los posesos, trazó la señal de la cruz sobre la frente de cada uno de ellos, y de ese modo los liberó a todos de los inmundos espíritus que tenían alojados en sus cuerpos. Por cierto que los demonios, al ser expulsados de los cuerpos de los posesos, dejaron tras de sí tal hedor que las personas que entonces se hallaban presentes en la basílica tuvieron que taparse sus respectivas narices porque no podían soportar tanta fetidez.

Todos los años, desde el día de la Epifanía hasta el Jueves Santo, permanecía Genoveva encerrada en su celda, consagrada plenamente a Dios, a la oración y a la penitencia. Una de las religiosas de la comunidad, muy jovencita, movida más por curiosidad que por fe, púsose a fisgar en cierta ocasión, a través del ojo de la cerradura de la puerta, para ver qué hacía la santa en aquel riguroso encierro; pero al instante tuvo que desistir de su empeño, porque tan pronto como inició su fisgoneo se quedó ciega. Terminada la cuaresma, Genoveva salió de su celda, fuese a la de la joven, hizo una breve oración, trazó sobre sus ojos la señal de la cruz y devolvióle la vista.

Estando la sierva de Dios orando en un rincón de la iglesia de san Martín de Tours al tiempo que se cantaban las alabanzas divinas, uno de los cantores quedó de pronto poseído por el demonio y comenzó a dar brincos y a morderse sus propias carnes. Santa Genoveva se acercó al endemoniado y ordenó al espíritu inmundo:

—¡Sal inmediatamente de este hombre!

El diablo contestó:

—Si me obligas a salir, saldré; pero saldré por uno de los ojos de mi poseso.

Santa Genoveva entonces con voz enérgica le ordenó:

—Sea como dices y sal ahora mismo por uno de sus ojos.

En aquel mismo momento el poseso tuvo un flujo de vientre y el demonio salió del endemoniado por el ano, envuelto entre las heces y dejando tras de sí un hedor nauseabundo.

Por entonces también, estando Genoveva cierto día a la puerta de su casa, pasó por delante de ella una muchachita que llevaba en sus manos una jarra que acababa de comprar. Genoveva preguntó a la chiquilla:

—¿Qué llevas en esa jarra?

Apenas preguntó esto, del interior de la jarra salió un demonio y se sentó en el borde de la misma. La santa, al verlo, hízole un gesto de amenaza, se acercó a la jovencita, sopló sobre la jarra y en aquel mismo instante el borde sobre el que el diablo estaba sentado se desprendió de la vasija y cayó al suelo.

Un año, durante el verano, hallándose la santa dirigiendo la recogida de las mieses en unas tierras que la comunidad tenía en Meaux, viendo a los obreros preocupados porque el cielo estaba cubierto de nubes y de un momento a otro comenzaría a llover, entró en la tienda de campaña que le servía de alojamiento y en la que se recogía a menudo para orar, se postró en el suelo y derramando abundantes lágrimas suplicó al Señor que preservara sus mieses de los estragos de la lluvia; el Señor la escuchó, y aunque poco después comenzó a llover torrencialmente sobre todas las demás tierras que lindaban con las suyas, ni sobre sus mieses ni sobre sus segadores cayó una sola gota de agua.

Tan llena estaba del espíritu de profecía y tanta era su santidad, que no existía enfermedad alguna que no pudiera curar ni había enfermo que no sanara si ella oraba por él.

Su generosidad para con los pobres movíala a distribuir entre ellos todo el pan que hubiera en la casa. En los días en que la comunidad amasaba, ocurría a menudo que cuando las monjas encargadas de este menester procedían a sacar del horno los panes que ellas mismas anteriormente habían puesto en él para que se cociesen, comprobaban que o faltaban algunos o que faltaban todos y el que faltaran algunos o todos se debía sencillamente a que la santa se había adelantado a sacarlos para repartirlos entre los menesterosos.

Santa Genoveva vivió más de ochenta años. Su fiesta se celebra el 3 de enero.

Hasta aquí, el relato de Vicente.

Lo que sigue a continuación lo hemos tomado de unos códices antiguos, excelentemente documentados, existentes en la iglesia de esta santa virgen. Algunas de las cosas que vamos a referir hállanse también consignadas en el susodicho libro de Vicente.

Después que esta santísima mujer muriera colocaron sobre su sepulcro una lámpara que continuaba ardiendo aunque se le terminara el aceite que se hubiese previamente puesto en su vaso, y continuaba ardiendo porque otro aceite milagroso manaba en el interior de dicho vaso. Este aceite milagroso tenía la propiedad de sanar a cuantos enfermos eran ungidos con él. La mencionada

lámpara vino, pues, a ser como una fuente y el aceite que de ella fluía convirtióse en medicina.

Un hombe que se había quedado ciego y mudo acudió al sepulcro de esta virgen y recobró la vista y el habla.

Una mujer que tenía un hijo pequeñito, ciego de nacimiento, soñó que debería llevar al niño al sepulcro de la santa. Lo llevó. Al entrar con él en la iglesia comenzaba la lectura del evangelio de la misa en el que el evangelista cuenta cómo Jesús abrió los ojos a un hombre que había nacido ciego, y en cuanto terminó la lectura del referido evangelio, abriéronse los ojos del niño y éste comenzó a ver.

También un hombre que había nacido mudo soñó una noche que si iba al sepulcro de esta bienaventurada virgen se vería libre de su mudez. Movido por dicho sueño, el domingo siguiente acudió lleno de fe a visitar la sepultura de la santa, y en cuanto se acercó a ella su lengua se desató y empezó a hablar y a dar gracias a Dios. Momentos después de haber recibido tan insigne beneficio acercóse a él el abad y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer en adelante?

El hombre le contestó:

—Quedarme aquí para siempre, cerca del sepulcro de esta gloriosa bienhechora mía. No quiero apartarme más de este lugar. No quiero regresar a mi casa sino permanecer al lado de esta santa hasta el final de mi vida.

El abad, a quien pareció muy bien la decisión tomada por el agradecido individuo, mandó que a partir de aquel día se suministrase cotidianamente a aquel hombre todo cuanto necesitase para su subsistencia.

Un ladrón que estaba preso aprovechó un descuido de sus vigilantes, se escapó de la cárcel y salió corriendo con intención de refugiarse en la iglesia de la santa. El jefe de la prisión, al ver que su prisionero huía, corrió tras él y cuando ya estaba a punto de atraparle, el ladrón comenzó a dar voces pidiendo auxilio a santa Genoveva. El carcelero, al oír semejantes exclamaciones, gritó también diciendo en tonos blasfemos:

—Ya veremos de qué te va a valer la protección que imploras.

En esto el carcelero tropezó, cayó al suelo y en castigo de sus blasfemias a causa de su caída murió repentina y miserablemente; en cambio, el ladrón consiguió su libertad.

En tiempos pasados santa Genoveva había mandado construir al lado de la iglesia de san Juan Bautista una capilla para uso de las religiosas que con ella vivían. En cierta ocasión, después de la muerte de la santa, en una imponente crecida del río Sena sus aguas se desbordaron y anegaron e inundaron el interior de la mencionada capilla hasta la mitad de su altura. Esta inundación ocurrió de noche. Dentro de la capilla a la que nos estamos refiriendo tenía su cama y dormía un hombre encargado de cuidar de ella. Pues bien, cuando bajó el nivel de las aguas y éstas desaparecieron por completo del interior del edificio, pudo comprobarse que el tal guarda, que aún seguía durmiendo, durmiendo también y sin enterarse de lo ocurrido había estado sepultado bajo las aguas todo el tiempo que duró la inundación, y al presente se encontraba no sólo vivo y completamente sano, sino, lo que es más notable aún, con sus ropas personales totalmente intactas y secas.

Algunos días después de esto, los normandos prendieron fuego al monasterio en cuya iglesia estaba enterrada santa Genoveva; debido a esto, los religiosos trasladaron el cuerpo de la venerable virgen a otro cenobio que tenían en una finca llamada Ategias. Con ocasión de este traslado, entre otros ocurrieron los siguientes milagros:

El altar del templo en el que iban a ser colocados los sagrados restos había sido previamente engalanado; sobre su mesa, como suele hacerse en semejantes casos, los monjes habían puesto un crucifijo y varias reliquias de santos. Pues bien, mientras duró la procesión del traslado, cruz y reliquias no cesaron de agitarse, como si trataran de dar la bienvenida a la santa; pero en cuanto la urna que contenía su cuerpo fue puesta sobre el altar, la cruz y los relicarios se quedaron quietos y no volvieron a moverse, demostrando con esa tranquilidad su gozosa placidez porque ya estaba allí el tesoro que tanto habían deseado.

El cirio que en vida de santa Genoveva repetidas veces se encendió por sí solo, en esta ocasión, es decir, durante el traslado a que nos estamos refiriendo, se apagaba y se encendía milagrosamente a cada poco rato, mientras la procesión recorrió su trayecto.

El abad que por entonces regía el monasterio, secretamente y con conocimiento de muy pocos monjes extrajo de la urna en que se conservaba el cuerpo de la venerable virgen uno de sus dientes con intención de retenerlo en su poder y asegurarse por este procedimiento la protección de la

santa; pero apenas hubo hecho esta piadosa sustracción se sintió muy enfermo, y entendiendo que tal enfermedad constituía un castigo del cielo, metió el diente sustraído en una cajita de cristal y, tan pronto como pudo, introdujo cajita y diente en la urna de donde había sustraído la pequeña reliquia.

Al establecerse la paz entre parisinos y normandos, los monjes trasladaron nuevamente los restos de la santa a la iglesia en que estuvo su primitivo enterramiento, pero en vez de sepultarlos en la tumba en donde había sido enterrada primeramente, que estaba en la cripta del templo, lo hicieron, para mejor honrarla, en otra labrada sobre el altar mayor. En ese sepulcro continúan, dentro de una preciosa urna, como posteriormente pudo comprobarse, puesto que en cierta ocasión abrióse la mencionada urna en presencia de varios obispos del reino y ellos mismos pudieron ver con sus propios ojos cómo en efecto, dentro de la urna estaban el cuerpo entero y la venerable cabeza de la santa.

Siendo rey de los francos el celebérrimo Luis, quiso la justicia divina castigar la iniquidad de muchísimas personas que utilizaban miserablemente sus propios miembros para servir al pecado, y a tal efecto envió sobre Francia una epidemia que se caracterizaba por la altísima fiebre que consumía a los enfermos. Los médicos de aquella época llamaron a la susodicha enfermedad *fuego sagrado.* En vista de los estragos que el terrible morbo causaba y de que quienes lo contraían no mejoraban, a pesar de que se encomendaban a tales o cuales santos, Esteban, obispo de París, hombre virtuosísimo, recordando que la gloriosa virgen santa Genoveva en tiempos pasados había librado a la ciudad de diferentes calamidades, previo acuerdo con el abad y comunidad del monasterio en cuya iglesia se conservaban sus venerables restos, dispuso que se hiciese una solemne procesión en honor de la santa llevando en ella su sagrado cuerpo desde el templo monacal en que se hallaba hasta el de la Santísima Virgen María. Celebróse, pues, la religiosa procesión con el ritual acostumbrado en semajantes casos y al llegar a la iglesia de Santa María la urna que contenía las reliquias de la santa quedó expuesta a la veneración del público, comenzando seguidamente a desfilar ante ella innumerables personas. De los muchísimos enfermos que en aquella ocasión se acercaron a la urna y la tocaron con sus manos todos curaron repentinamente a excepción de tres. Tan manifiesto fue el milagro, que un año después, al pasar por Francia el papa Inocencio, de feliz recordación, tras informarse minuciosamente de todas las circunstancias, determinó que en adelante, y perpetuamente, todos los años se celebrase un solemne aniversario en recuerdo de este acontecimiento y en acción de gracias a Dios y a su sierva santa Genoveva por tan significativo y bienhechor prodigio. Con gran solemnidad se celebró la nueva fiesta durante algún tiempo, pero más adelante ocurrió esto que vamos a referir: un año, al aproximarse la fecha de esta festividad, el administrador de la iglesia, rehuyendo su obligación de suministrar lo necesario para su digna celebración, se ausentó disimuladamente de la ciudad, por lo cual en aquella ocasión la conmemoración hubo de hacerse muy modestamente, sin luces, sin ornamentación del templo y sin el esplendor con que desde que fue instituida venía celebrándose. Al día siguiente de la mencionada fiesta el administrador regresó a París, y al dirigirse hacia el santuario de la iglesia, Dios lo castigó severamente: el tacaño administrador se quedó sin fuerzas, perdió el habla y el sentido, se cayó al suelo y murió repentinamente.

Son muchos los que, tanto en tiempos pasados como en los presentes, han conocido y conocen por experiencia que no se debe regatear a esta virgen de Cristo la veneración que le es debida, y que a esta santa no se le puede faltar al respeto impunemente, porque ella, calladamente, puede castigar a los desaprensivos haciendo, por ejemplo, que los que ven se queden ciegos, o que los que andan se tornen paralíticos, o que los desagradecidos, en castigo a su infidelidad, por procedimientos muy diversos en el momento menos pensado se encuentren con lo que nunca hubieran querido encontrarse. Procuremos, pues, honrarla cuanto podamos y demostrarle debidamente nuestro respeto; veneremos su memoria; imploremos su auxilio con fe y confianza.

Santa Genoveva merece verdaderamente el homenaje de nuestras alabanzas. Ella fue quien repetidas veces libró de graves peligros a la ínclita ciudad de París, columna firmísima y principal del más cristiano de los reinos y maestra sapientísima de fe y de doctrina para toda la cristiandad; ella fue quien evitó que sus habitantes cayeran en poder de sus enemigos cuando éstos tras invadir Francia avanzaban hacia su capital con intención de cercarla y tomarla; ella fue quien obligó a las desbor-

dadas aguas del Sena a tornar al cauce del que se habían salido; ella quien apagó el horroroso incencio del llamado *fuego sagrado* que hacía estragos en las mentes humanas y quien en múltiples ocasiones dio vista a ciegos, movimiento a paralíticos, oído a sordos, y quien con sus oraciones expulsó a los demonios de los cuerpos de los posesos. Esta gloriosa santa realizó estupendos milagros no sólo mediante el instrumento de sus plegarias, sino que en multitud de casos, merced a una gracia realmente extraordinaria que el Señor le concedió, curó a muchísimos enfermos, fuese cual fuese la enfermedad que padecieran, por el mero hecho de que éstos tocasen la orla de su manto.

Con razón, pues, el venerable cuerpo de santa Genoveva permanece expuesto a la pública veneración en una iglesia situada en la cima de una de las colinas más altas de París, honrosa y adecuada atalaya desde la cual continúa derramando constantemente torrentes de salud y de gracias sobre quienes a ella se encomiendan con fe.

Puesto que esta solícita y poderosa protectora ruega sin cesar por todos sus devotos y por toda la cristiandad, recurramos también nosotros a ella con el más encendido fervor de nuestra alma. Que el recuerdo de esta pequeñísima parte de sus muchas obras maravillosas excite nuestra confianza y nos mueva a venerar y glorificar a la gloriosa esposa de Cristo y nobilísima virgen santa Genoveva. Pidámosle que interceda por nosotros a fin de que algún día podamos disfrutar de las delicias del paraíso en su compañía y en la de todos los ilustrísimos y venerables religiosos que con ella moran en la corte celestial. Amén.

Capítulo CCXVII

EL DOMINGO DE RAMOS

En la festividad de este día nuestra santa madre Iglesia conmemora solemnemente dos procesiones históricas: Primera, la que hicieron algunos judíos desde el monte Olivete hasta Jerusalén agitando ramos de palma y de olivo y aclamando a Cristo con cánticos vibrantes: esta procesión que constituyó un magnífico homenaje en honor del Señor, es recordada hoy por la Iglesia a través de la lectura del evangelio. Segunda, la que efectuaron otros judíos conduciendo a Cristo entre befas y escarnios desde Jerusalén hasta el monte Calvario, procesión dolorosa e ignominiosa cuyo recuerdo efectúa la Iglesia en esta fecha mediante la lectura de la Pasión del Señor.

En relación con la primrea de estas dos procesiones, vamos a considerar los cuatro puntos siguientes:

Primero. Quiénes hicieron esta procesión.

Hiciéronla, no gentes poderosas y ricas, sino niños y personas pobres. Así se infiere del evangelio que se lee al final de la misa de este domingo, en el que se dice: «La numerosísima muchedumbre de la plebe alfombraba el camino con sus propias ropas». Precisamente, mientras los pobres y los niños aclamaban a Cristo, los fariseos y los notables de la ciudad estaban ya maquinando su muerte.

Quienes ordinariamente andaban alrededor de Jesús solían ser personas de condición humilde y modesta. De entre los ricos del país por aquel tiempo, sólo uno de ellos fue amigo de Cristo: Zaqueo (Luc., 19); y sólo otro de entre los poderosos: el Centurión (Mat., 8); y sólo otro de entre los sabios: Nicodemo (Juan, 3). Por eso más tarde pudo decir el Apóstol en el primer capítulo de la primera carta a los Corintios: «Hermanos, mirad vuestra vocación; entre vosotros ni hay muchos sabios según la sabiduría de este mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino al contrario, porque Dios, para confundir a los sabios, ha elegido a los que el mundo considera necios, etc.».

Segundo. ¿Por qué Crsito, que según el capítulo 6 del evangelio de san Juan huyó cuando quisieron proclamarle rey, en esta otra ocasión, próxima ya a su muerte, aceptó tan magníficos honores?

Cristo obró de este modo para enseñarnos que cuando alguien se encuentre en situaciones prósperas y privilegiadas, si no quiere ser víctima de la soberbia, debe procurar tener presente en su memoria la idea de que ha de morir. Recuerde por tanto el rico frecuentemente que un día su vida se acabará, y que todas sus muchas riquezas al otro mundo no llevará consigo más que el sudario de su mortaja. Con razón se dice en el capítulo 16 del libro de Job: *«Yo, que fui rico, he cosido un saco sobre mi piel y he refrotado mi frente en la ceniza»*. Y en el capítulo 1 del mismo libro leemos esto otro: *«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré al lugar de donde vine»*. Piense a su vez el poderoso que también él morirá y que, por muy alto que se encuentre, la muerte le obligará a descender del elevado lugar que en vida ocupa y lo situará en el

más bajo posible; tan bajo, en efecto, que, en cuanto muera, será supultado bajo tierra; y piense que aunque de vivo tenga dominio sobre otros, de muerto, serpientes y alimañas le dominarán a él y conculcarán su antigua grandeza, pues como muy bien advierte el libro del Eclesiástico en su capítulo 10, *«los herederos del hombre muerto son las lombrices, los bichos y las sabandijas»*. Considere quien nutre su cuerpo con exquisitos y suculentos manjares, y quien lo viste con vistosas ropas, que ha de morir y que su mimada y regalada carne, roída y devorada ha de ser por los gusanos. A este propósito recordemos lo que se nos dice en el capítulo 21 del libro de Job: *«Muere el hombre en plena prosperidad, y su cuerpo bien cebado descenderá al sepulcro en donde los gusanos devorarán sus lomos cubiertos de pingüe grasa y los exquisitamente regados tuétanos de sus huesos»*.

En relación con este asunto Hugo de san Víctor, en un libro suyo titulado *Claustro del alma,* dejó escrito lo que sigue: «¿Por qué regalas tanto tu carne y la nutres con tan deliciosos alimentos, si dentro de pocos días será puesta en un sepulcro y servirá de pasto de los gusanos? ¿Por qué no empleas toda esa solicitud en adornar tu alma con las galas de las buenas obras, para que en el día del juicio Dios y sus ángeles la preserven de la muerte eterna? ¿Por qué te muestras tan cuidadoso en lo que atañe a la materia y tan remiso en lo concerniente al espíritu? ¿Por qué conviertes tu carne en ama y señora de tu alma? ¡Oh! ¡Qué gran abuso, ese de invertir los papeles y oficios y convertir a la que es dueña, en esclava!»

Tercero. ¿A qué se debió que Cristo, en medio de los honores que en aquella procesión le tributaron, prorrumpiese en lágrimas?

Según el capítulo 19 del evangelio de san Lucas, cuando Cristo rodeado de tantos agasajos llegó a la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella. Pero, ¿por qué? Pues para darnos a entender que las satisfacciones y alegrías de este mundo están entreveradas de dolores y de lágrimas. En el cielo todo es puro; en la tierra, en cambio, todo tiene mezcla, y en el infierno todo es hediondo. Por eso san Agustín, en un libro que escribió sobre la Trinidad, refiriéndose a la persona de Cristo, dijo: «¿Qué significa eso de *seré su Dios?* Pues significa lo siguiente: seré todo lo que ellos desean; es decir, seré su vida, su salud, su sustento, su abundancia, su gloria, su honor y su paz. Todas estas cosas en el cielo son puras, mientras que en la tierra hállanse mezcladas con sus contrarias, y en el infierno están podridas y despiden un hedor insoportable».

Examinemos ahora estas cosas una por una:

a) La vida. En el cielo es pura porque no existe el temor de que pueda ser perdida; en la tierra está mezclada con el temor a la muerte; en el infierno hállase corrompida y hedionda porque en él, en lugar de vida, sólo hay muerte.

b) La salud. En el cielo es pura, sin riesgo de enfermedad; en la tierra está mezclada con el desgaste que producen las enfermedades; y en el infierno hállase enteramente corrompida y hedionda porque en él no hay salud, sino sólo enfermedad.

c) El sustento, o sea, la saciedad. En el cielo el sustento es puro porque la saciedad es plena, sin carencia de nada; en la tierra, en cambio, está mezclado con la carencia; y en el infierno hállase corrompido y hediondo, pues en él no existe sustento alguno y se carece totalmente de todo.

d) La abundancia, es decir, las riquezas. En el cielo la abundancia es pura pues en él se da la plenitud de la riqueza sin mezcla de pobreza de ninguna clase; en la tierra la riqueza coexiste con la pobreza; y en el infierno la abundancia hállase corrompida y hedionda, puesto que en él no hay riqueza de ninguna clase y sí sólo pobreza absoluta y total.

e) La gloria. La gloria en el cielo es pura y hermosa, porque se da en él con absoluto esplendor y sin la menor deformidad.

f) El honor. Puro es en el cielo, sin indignidad; en la tierra está mezclado con la indignidad, y en el infierno hállase corrompido y hediondo, porque en el infierno el honor hase trocado en oprobiosa deshonra.

g) La paz. Pura y sin perturbación reina la paz en el cielo; en la tierra sólo se da mezclada con la discordia, y en el infierno hállase podrida y hedionda y pestilente, porque en él no puede haber ni siquiera sombra de paz, ya que allí todo es continua perturbación.

En el cielo danse cita todos los bienes sin mezcla de mal alguno; por eso decimos que en el cielo todos esos bienes existen en estado puro. En este mundo existen ciertamente muchas cosas buenas, pero mezcladas con no pocos males. En el infierno todo está corrompido y hediondo, puesto que en él están acumulados todos los males sin mezcla de bien alguno. A esto alude el profeta David cuando en el salmo 74 dice: *«Dios tiene en sus manos el cáliz de espumoso vino, lleno de mixtura, y lo derrama sobre*

unos y otros; beberán hasta las heces; beberán hasta las heces todos lo impíos de la tierra».

De estas palabras del profeta infiérese que Dios tiene tres cálices: uno lleno de vino puro, es decir, de vida, de salud, de abundancia, de riquezas, de honor, etc.; de este cáliz beben todos los moradores del cielo. Tiene otro lleno de vino mezclado, o sea, lleno de salud y de enfermedad, de abundancia y de escasez, de riquezas y de pobreza, etc.; y de él beben los hombres que viven en la tierra. Tiene finalmente otro lleno de muerte, de enfermedad, de pobreza, de deformidad, y de todas las cosas malas y lleno de heces, y de este tercer cáliz beben los condenados, los moradores del infierno.

Cuarto. ¿Por qué Cristo no quiso utilizar un caballo y sí una burra para hacer el recorrido en esta procesión?

Pues para proclamar a través de esta circunstancia que El no reside en los corazones soberbios, sino en los mansos y humildes. Cristo, comenta el Crisóstomo, no entró en Jerusalén ricamente vestido de fulgurante púrpura ni cómodamente sentado en dorada carroza, ni siquiera sobre uno de esos briosos caballos que por dondequiera que pasan van suscitando la admiración y envidia de las gentes, sino a lomos de una modesta y pacífica borriquilla. El caballo representa la soberbia; el asno, en cambio, representa la humildad. El caballo, en cuanto siente que alguien le toca, se encabrita, mientras que el pollino permanece tranquilo aunque le toquen. Los soberbios se impacientan y alteran en cuanto alguien los reprende. Hay animales que no se dejan tocar, bien porque son arrogantes, como el león; o porque, como el lobo, tienen una naturaleza salvaje, indómita e indomesticable; o porque, como el erizo, pinchan a quien se acerca a ellos; de la misma manera, hay tres géneros de hombre, a saber, los soberbios, los obstinados y los astutos que no toleran que se les reprenda. De los soberbios dice el profeta: *«Toca a los montes y verás cómo empiezan a echar humo»,* que es como si dijera: Toca el corazón de los soberbios y verás cómo se impacientan y comienzan a humear. En el capítulo 13 del Eclesiástico leemos: *«El rico comete injusticias y se gloría de ellas; el pobre es ofendido y en lugar de sentirse irritado pide excusas al que le ofende».* Los obstinados en el mal son, como los lobos, incapaces de ser domesticados y reducidos a la práctica del bien. A ellos pueden aplicarse estas palabras del libro del Eclesiástico: *«Tienen difícil enmienda, porque se niegan a corregirse»;* y estas otras: *«El hombre malvado, rechazará la corrección».* También resultan incorregibles los astutos. Probad a acercaros a ellos con ocasión de reprenderles y veréis cómo inmediatamente hacen lo que los erizos: se defienden escondiéndose entre infinidad de excusas y de artimañas. De ese modo es imposible que lleguen a enmendarse, porque, como muy bien se dice en el capítulo 28 del libro de los Proverbios, *«el que oculta sus pecados no prosperará, mientras que el que los reconoce vivirá y no morirá».*

Otros dos puntos debemos considerar en lo que atañe a la segunda procesión: la diferencia de actitud observada por algunas personas durante la misma, y su comportamiento tan distinto del que tuvieron en la procesión primera.

Diferencia de actitudes personales

A esta segunda procesión asistieron personas buenas y malas. De las buenas, algunas, como la Bienaventurada Virgen María, perseveraron siempre en el bien; otras, como Judas, fueron algún tiempo buenas, luego se hicieron malas y no recuperaron ya más su bondad anterior; otras fueron buenas, después se portaron mal, pero más adelante volvieron a ser buenas; tal fue el caso de los apóstoles que, tras abandonar al Señor durante su Pasión, tornaron a El cuando se enteraron de que había resucitado. De las personas malas, algunas, como el ladrón crucificado a la derecha de Cristo, volviéronse buenas; otras, como el ladrón crucificado a la izquierda del Señor, y los judíos que crucificaron al Salvador, persistieron obstinadamente en su maldad. Durante esta segunda procesión, hubo quienes huyeron de ella material y formalmente, como los apóstoles, que se apartaron de Jesús corporalmente escapando y espiritualmente renegando de la fe que anteriormente en El habían tenido. Otros los abandonaron sólo formalmente, pero no materialmente, como María Magdalena y las demás mujeres, que permanecieron corporalmente junto a la cruz, pero con su corazón vacío de aquella confianza que anteriormente habían depositado en el Señor. Otros abandonaron materialmente a Jesús, pero no se desentendieron formalmente de El, y entre éstos parece que debemos mencionar a Santiago, llamado popularmente *hermano del Señor,* del que Jerónimo dice en un libro titulado *Varones ilustres,* que, durante la Pasión hizo voto de no probar bocado hasta que no viese a Cristo resucitado. Hubo quien no se separó del Salvador ni material ni formalmente, como la Santísima Virgen, que permaneció en todo mo-

mento junto a la cruz de Cristo y conservó intacta en su alma la fe en su Hijo.

Comportamiento de los judíos.

En la primera procesión lo judíos tributaron a Cristo seis magníficos honores, mientras que en la segunda le escarnecieron con seis géneros de vituperio. Veámoslo:

a) En la primera, colocáronle reverentemente sobre la borriquilla; en la segunda, con cruel ignominia lo colocaron de un patíbulo.

b) En la primera, alfombraron el trayecto con sus propios vestidos; en la segunda, despojáronle de sus ropas.

c) En la primera, agitaron en su honor ramos de palma y de olivo; en la segunda, lo cubrieron de vilipendio colocando sobre su cabeza una corona de espinas.

d) En la primera, lo llamaron Rey; en la segunda, negaron que lo fuera.

e) En la primera, aclamáronlo como Salvador suyo diciendo: ¡Hosanna, hosanna!, que significa: ¡Sálvanos por favor, sálvanos por favor!; y en la segunda, se burlaron de su poder gritando: ¡Vaya! ¡Salvó a otros y ahora es incapaz de salvarse a sí mismo; ¿Qué clase de salvador es éste?

f) En la primera, le honraron diciendo a coro infinidad de veces: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!; en la segunda, le colmaron de oprobios, lo insultaron, lo llamaron malhechor, aseguraron que era un ser maldito y merecedor del tormento de la cruz, y multitudinariamente gritaron ante la casa de Pilatos: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

Capítulo CCXVIII

LA CENA DEL SEÑOR

«En el transcurso de la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote el propósito de entregarle... se levantó de la mesa, se despojó de sus ropas, etc.» (Juan, 13).

Del mismo modo que los amigos, cuando van a separarse entre sí, antes de hacerlo celebran una comida de despedida, así también, Cristo, sabedor de que muy pronto iba a separarse de sus discípulos, quiso cenar con ellos antes de que esto ocurriera, como él mismo manifestó por medio de estas palabras: *«Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer,* etc.» (Lucas, 22).

En esta Cena el Señor desempeñó una triple función: la de amigo, la de siervo y la de obispo. Veámosla.

I. Cristo desempeñó en esta Cena la función de amigo:

¿Cómo? o ¿en qué sentido?

Comiendo familiarmente con ellos el cordero pascual.

En el capítulo 12 del *Exodo* se dice cómo debería comerse el cordero pascual, y se indican a este respecto las prescripciones siguientes:

Primera. «No comeréis nada de él crudo, ni cocido en agua, sino asado al fuego».

En este pasaje se prohiben dos cosas y se manda una: se prohibe comer la carne del cordero pascual cruda; se prohibe comer esa carne cocida, y se manda expresamente que hay que comerla asada.

La carne cruda, al no estar ablandada previamente por la acción del fuego, resulta dura; y la cocida, aunque haya sido hervida en agua, suele ser poco sabrosa. Todo esto tiene una clara significación simbólica: comen carne cruda los que tienen crudo su corazón; es decir, aquellos cuyas entrañas son duras por no haber sido ablandadas mediante el fuego de la caridad; comen carne cocida, meramente hervida en agua, los que desconocen el sabor interno de la devoción; comen carne asada a la brasa quienes poseen un corazón piadoso, ablandado por el fervor de la caridad, y un paladar fino que sabe captar los deliciosos sabores de la devoción interior.

Segunda. «Deberéis comer la cabeza, las patas y las entrañas del animal». La cabeza del cordero pascual simbolizaba la divinidad de Jesucristo, como se colige del capítulo 11 de la primera carta a los Corintios, donde el Apóstol dice: *«Su cabeza representa a Dios»;* las patas, en cuanto extremidades inferiores, simbolizaban la humanidad del Señor, y las entrañas, su alma.

También nosotros debemos comer todas esas cosas. No comieron la cabeza del Cordero ciertos herejes de la antigüedad que sostuvieron que Jesucristo no era Dios. No comieron las patas del Cordero pascual otros herejes que afirmaron que el cuerpo de Jesús no era verdadero, sino sólo aparente, lo cual equivalía a negar la humanidad de Nuestro Señor. No comieron las entrañas del Cordero una tercera clase de herejes, que aunque admitieron que el cuerpo de Cristo era verdadero, negaron que Jesús tuviese alma, y sostuvieron que las funciones que en los demás hombres ejer-

ce el alma racional, en el cuerpo del Salvador ejercíalas directamente la naturaleza divina.

Comamos nosotros los infieles, la cabeza, las extremidades y las entrañas de este Santísimo Cordero, y de ese modo nos afianzaremos en la fe, y profesaremos la verdadera doctrina acerca de su divinidad, de su alma y de su cuerpo.

Tercera. «Al comer el cordero comeréis también lechugas silvestres». A través de esta prescripción se pretendía que el sabor amargo de las lechugas silvestres recordase a quienes comían la Pascua los pecados que habían cometido y la necesidad de arrepentirse de ellos.

Conviene advertir que hay quienes comen las hojas de lechuga enteras, y hay quienes las comen a modo de ensalada, es decir, picadas y aderezadas. Estos diferentes modos de comer la lechuga simbolizan bastante bien el diferente comportamiento que adoptan unos u otros pecadores en relación con los pecados por ellos cometidos: hay pecadores que al reconocer que han pecado no experimentan en su alma más dolor que ese, meramente superficial, llamado comúnmente de atrición, que no justifica plenemente al pecador, como se infiere de estas palabras del profeta: *«Los castigaste, pero no se arrepintieron; los azotaste, pero no se enmendaron»* (Jeremías,5). De estos pecadores puede decirse que comen las hojas de la lechuga enteras y sin aliñar. Hay, en cambio, otros que han alcanzado mayor grado de perfección, y que, al reconocer que han pecado, no sólo se arrepienten de ello, sino que llegan incluso a derramar amargas lágrimas de dolor. De estos ciertamente cabe afirmar que comen las hojas de lechuga picadas y aderezadas con el aliño de sus abundantes lágrimas. A este respecto escribe Gregorio en sus *Morales:* «Es menester comer con la carne lechugas amargas; es decir, es preciso que al recibir el cuerpo de nuestro Redentor nos arrepintamos de nuestros pecados y lloremos de dolor por haberlos cometido, porque la amargura de la penitencia limpia el estómago del alma pecadora y elimina de ella el poso de los vicios».

Cuarta. «Comeréis en esa cena pan ácimo».

Pan ácimo es pan sin levadura. Según Gregorio comen pan fermentado con levadura quienes hacen buenas obras con vanidad y por vanidad. Las obras así hechas ya no son enteramente buenas, puesto que llevan en su interior el fermento y corrupción de la vanagloria. El señor nos previene de esta manera para que no incurramos en semejante modo de obrar: *«Sacrificad el engreimiento y obrad con rectitud de intención».* No sacrifica su vanidad quien roba a Dios lo que sólo a El pertenece; líbrase, en cambio, de ella quien elimina de su corazón intenciones torcidas. En el capítulo 5 de la primera carta a los Corintios nos advierte el Apóstol que una pequeña cantidad de levadura corrompe la totalidad de la masa.

II. *Cristo desempeñó en esta Cena la función de siervo.*

¿De qué manera? Lavando los pies a sus discípulos. Porque se los lavó física y espiritualmente. Lavóselos físicamente por tres motivos:

Primero. Para darles ejemplo de humildad como él mismo declaró cuando dijo: *«Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo».*

—Jamás consentiré que tú me laves los pies a mí —exclamó Pedro, tratando de oponerse a que el Señor se humillara de aquella manera ante él.

—Si no permites que te lave los pies —replicóle Cristo—, de ahora en adelante nada tendrás que ver conmigo.

Al oír esto, Pedro, movido por un doble y simultáneo sentimiento de temor y de amor, se apresuró a decir:

—¡Oh Señor! ¡Lávame los pies y lávame también las manos y la cabeza!

Cristo, frenando el entusiasmo de su discípulo, hízole saber que no era preciso que le lavara ni la manos ni la cabeza, y que bastaba con que le lavara los pies.

La cabeza representa la intención, las manos simbolizan las obras y los pies la diligencia, es decir, el amor. Como las intenciones y las obras de Pedro eran rectas, no era necesario que Cristo le lavara ni la cabeza ni las manos. Todo cuanto Pedro hacía, hacíalo con buena voluntad y del mejor modo que podía; sus propósitos eran excelentes y sus obras limpias.

Segundo. Para indicarles en plan de enseñanza que los prelados deben lavar a sus súbditos, y cómo han de hacerlo.

No puede uno quedar bien lavado si quien lo lava tiene las manos sucias, o lo hace con agua puerca o turbia. *«¿Cómo podrá asear a otro quien es desaseado?»,* se pregunta el Eclesiástico. «Si quieres lavar a otro —comenta Gregorio—, lávate tú primero; si quieres traspasar sabiduría a alguien, antes tienes tú que ser sabio; si quieres iluminar a tu hermano, menester es que tú tengas luz; acércate tú antes a Dios si pretendes que los demás a El se

acerquen; santifícate tú previamente si deseas santificar a tu prójimo». En otro lugar este mismo padre dice: «Para poder ser buen consejero, para que tus consejos sean eficaces, es preciso que tu conducta y tus obras sean correctas».

Tampoco queda bien lavado quien se lava con agua sucia. Agua sucia es el amor al mundo. *«¿Qué buscas caminando hacia Egipto? ¿Beber aguas turbias?* (Jeremías. 2). El agua turbia, en lugar de lavar, ensucia. Prestemos atención a esta advertencia de Agustín: «Tú, si vives en el mundo, quienquiera que seas, oye esto: el que hizo el mundo viene hacia ti para librarte de la contaminación del mundo; si permaneces en el mundo retenido por los deleites que el mundo te proporciona, estás dando a entender que te gusta la inmundicia, y no lo dudes: toda tu vida serás inmundo. Si permaneces en el mundo contra tu voluntad, o sea, porque alguna necesidad te impide abandonarlo, no te preocupes: Dios que es absolutamente limpio por naturaleza, Dios que limpia a la misma limpieza, habitará en ti y te conservará limpio».

Tercero. Porque los pies, debido a su constante contacto con el suelo, están más expuestos a ensuciarse y a que la suciedad se instale en ellos tenaz y permanentemente.

«Si uno se lava porque ha tocado a un muerto e inmediatamente después vuelve a tocarle, ¿de qué le sirvió el lavatorio?», se pregunta el Eclesiástico. También nosotros podemos preguntarnos parafraseando el anterior texto: Si el bautismo nos libró del pecado y después volvemos a pecar, ¿de qué nos sirvió la limpieza que el bautismo nos proporcionó?

Pedro, en el capítulo segundo de su segunda carta, nos advierte que *«quienes después de haberse apartado de las corruptelas del mundo nuevamente se enredan en ellas, acaban cayendo y haciéndose peores de lo que antes de convertirse eran».* Más adelante añade: *«A estos tales puede aplicarse el proverbio aquel que dice: Volvióse el perro a su vómito, y la cerda, tras lavarse, tornó a revolcarse en el cieno».*

Cristo, a más de lavar físicamente los pies a sus discípulos, lavóselos también espiritualmente con el agua mística de su sangre. En el Apocalipsis leemos: *«Lavaron sus estolas con la sangre del Cordero y dejáronlas blanquísimas».* Infiérese de este texto que la sangre de Cristo produce blancura; y la produce, en efecto, porque la sangre del Señor reúne en sí las propiedades de la sangre verdadera y las de la leche, cosa por otra parte nada extraña, puesto que la leche, en realidad, no es otra cosa que sangre que se transformó y convirtió en leche al recocerse en el interior de la ubre. La sangre de Cristo se recoció en su cuerpo y se recuece en nuestro corazón. Recocióse en su cuerpo con el fuego de su amor, y, como este amor fue muy grande, la sangre entró en ebullición e hirvió tan intensamente que cuando la lanza le atravesó el costado impetuosamente brotó de la herida abierta. En nuestro corazón tenemos dos ubres, dos senos, que son: el entendimiento y la voluntad. En el seno o ubre de nuestro entendimiento hierve la sangre de Cristo mediante el fuego de la meditación; y en el seno o ubre de nuestra voluntad hierve mediante el fuego de la devoción. Esa sangre recocida en el cuerpo de Cristo y recocida también en nuestro corazón por los fuegos de la meditación y del devoto afecto conviértese en blanca leche y adquiere la propiedad de lavar y blanquear nuestras almas. De ahí que en el capítulo 1 del Apocalipsis se diga: *«Con su sangre nos lavó y nos dejó limpios de las manchas que nos produjeron los pecados».*

III. Cristo desempeñó en esta Cena la función de obispo.

¿Cómo? Transmutando el pan y el vino en su propio cuerpo y otorgando a los apóstoles la facultad de que también ellos pudieran realizar semejante transmutación. Jamás antes se había otorgado a hombre alguno una potestad tan grande como ésta. Para hacer algo de la nada se precisa un poder inmenso que Dios demostró poseer cuando creó el cielo y la tierra; pero para convertir a una criatura en Creadora requiérese una potencia muchísimo mayor. Pues bien, esta es la potencia que Cristo confirió, no a los ángeles, sino a los sacerdotes y solamente a ellos, pues ellos son los únicos entre todos los seres creados que tienen capacidad y poderes divinos para convertir el pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor. A este propósito escribe Eusebio: «Cristo, sacerdote invisible, ha otorgado a sus ministros la sacrosanta potestad de convertir unas sustancias creadas y visibles en su cuerpo y en su sangre, mediante estas palabras: *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre,* etc.».

Verificada la conversión, nuestros ojos nos dirán que pan es lo que siguen viendo; nuestro gusto afirmará que a pan y no a otra cosa sabe aquello; nuestro olfato estimará que a pan y a vino siguen oliendo las especies consagradas; pero no nos fiemos de las apariencias ni de las sensaciones de nuestros sentidos; atengámonos exclusivamente a lo que hemos oído en el momento de la consagra-

ción: *Esto es mi cuerpo,* etc., porque tales palabras expresan absolutamente la verdad. Tomemos ejemplo de lo que le ocurrió a Isaac: cuenta el capítulo 28 del Génesis que cuando se disponía a bendecir a Jacob para averiguar si quien le pedía la bendición era o no era Esaú, se fió de los sentidos y los sentidos le engañaron. Engañóle la vista, cosa explicable puesto que sus ojos estaban ya nublados y ciegos; engañóle el olfato, a través del cual creyó percibir el olor de las ropas de Esaú; engañóle el gusto, de manera que, convencido de que estaba comiendo carne cazada por Esaú, cuando lo que realmente comía y saboreaba en aquellos momentos era carne preparada y guisada por Jacob; engañóle el tacto, y admitió que estaba tocando las manos velludas de Esaú, cuando lo que en realidad tocaba eran las manos de Jacob; en cambio, no le engañó el oído, puesto que en cuanto oyó hablar a Jacob dijo: esta voz que oigo nò es la de Esaú, sino la de la Jacob. Pues lo mismo nos ocurre a nosotros en relación con este Sacramento: todos los sentidos nos engañan menos el del oído; por eso, todos los fieles, al oír las palabras de la consagración, hemos de creer firmemente que es verdad lo que esas palabras expresan; es decir, debemos creer que lo que antes era pan y lo que antes era vino, hanse convertido en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.

Capítulo CCXIX

SAN BERNARDINO DE SIENA, CONFESOR

El confesor san Bernardino, hijo de Tollo, perteneciente al ilustre linaje de los Albiceschi, y de Nera, hija de Bindo, nació en Toscana y se quedó huérfano tempranamente pues Nera murió cuando su hijo tenía tres años, y Tollo cuando el pequeño no había cumplido los seis. A la muerte de Tollo, Bernardino fue recogido por una tía materna suya llamada Diana. Esta mujer se hizo cargo de su crianza y educación, y lo tuvo a su cuidado durante cinco años, al cabo de los cuales, cuando el niño tenía once años de edad, lleváronselo consigo a Siena unos tíos suyos. En esta ciudad Bernardino estudió primeramente artes liberales y después derecho canónico, simultaneando el aprendizaje de estas disciplinas con la práctica asidua y devota de la oración.

Pertrechado con las armas de la devoción y de la ciencia ingresó en la cofradía de Santa María de la Escala, celebérrima en Siena por las obras de caridad que sus miembros realizaban. Pronto destacó entre los demás cofrades por su celo y diligencia en atender a los enfermos y por la austeridad de sus penitencias. Sobre su cuerpo no llevaba más ropa que una áspera túnica que le servía de cilicio. Su cama consistía unas veces en unas tablas y otras en un montón de paja.

Poco después de que ingresara en la mencionada cofradía, la ciudad de Siena fue víctima de una terrible peste que duró casi un año. Contagiados por la epidemia murieron en poco tiempo casi todos los cofrades que prestaban sus caritativos servicios en el hospital de Santa María. La situación se hizo crítica, pues no había manera de encontrar gente que quisiera atender a los apestados ni enterrar a lo muertos. En semejantes circunstancias el joven Bernardino, viéndose solo para asistir a veinte cristianos que tenía rocogidos en el hospital, todos ellos agonizando simultáneamente, y dándose perfecta cuenta de que le resultaba imposible prestar a cada uno la ayuda urgente y constante que necesitaba, se echó a la calle y fue casa por casa reclutando a los pocos cofrades que aún no habían contraído la peste; y una vez que los hubo reunido, les habló de esta manera:

—Hermanos, el Evangelio nos dice que es muy difícil conquistar el reino de los cielos, y que sólo los valientes entrarán en él. Seamos nosotros del número de esos valientes. Venzamos la cobardía. No tengamos miedo a morir por Cristo. ¿Hay acaso algo más grande y hermoso que inmolar nuestra vida por El y conseguir la corona del martirio? Si morimos por el Señor, verdad es que morimos, pero tal muerte nos acarreará el perdón de nuestros pecados y nos permitirá obtener el va-

lioso premio del martirio, que es la mayor recompensa y el final más glorioso que puede tener la existencia humana; porque el martirio constituye la base de la vida y de la fe y es, al mismo tiempo que garantía indefectible de salvación, cadena que nos amarrará perpetuamente a la verdadera libertad y al auténtico honor. Un género de muerte así nos conduciría a la plenitud de la vida y a la gloria sempiterna. ¿Podríamos tener alguna aspiración superior a la de conseguir la luz perpetua prometida a los que mueren en el Señor y por el Señor? ¿Hay algo más sublime que la vida del cielo? Pues esa vida podemos adquirirla al precio de esta otra terrena y perecedera. Entre todos los títulos de gloria que pudiéramos ambicionar no existe ninguno más valioso ni más bello que el de morir por Cristo. Hermanos, no tengamos, pues, miedo a la muerte. Si Cristo murió por nosotros, muramos nosotros por Él. Consideremos los ejemplos que el Señor nos dio durante su Pasión; y si esto no basta para movernos, pensemos en las recompensas que nos ha prometido y no olvidemos que Él ha dicho: *«Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»*.

Los jóvenes cofrades, conmovidos por la precedente exhortación de Bernardino, aceptaron unánimemente enfrentarse al peligro, se confesaron, comulgaron, y acto seguido se encaminaron hacia el hospital haciendo caso omiso de las protestas de sus padres y amigos que llorando trataban de apartarlos de su propósito; y en cuanto llegaron al caritativo y funesto establecimiento se entregaron por completo a socorrer amorosamente a los enfermos y a enterrar los cuerpos de los que fallecían. También algunos de estos cofrades murieron víctimas de la epidemia. Cuando la peste terminó, los hermanos supervivientes regresaron a sus casas. También regresó Bernardino a la suya, pero poco después de que se hubiese reintegrado a ella cayó enfermo, aquejado de fiebres muy altas. La enfermedad, empero, no fue larga y, en cuanto recobró la salud, distribuyó su copiosa hacienda entre los pobres; y, una vez que hubo hecho esto, el día de la Natividad de la Virgen María, por amor de Nuestra Señora, de quien era muy devoto y en cuyo honor durante toda su vida y ya desde niño ayunó todos los sábados, salió de su casa no llevando consigo absolutamente nada a excepción de la ropa que tenía puesta, que consistía meramente en unos calzoncillos, en una túnica y en un cordón con el que la sujetaba a la cintura; y con tan leve equipamiento, dispuesto a imitar a san Francisco, ingresó en la Orden de los Menores, cuyos superiores lo destinaron primeramente a una comunidad que vivía en un palomar existente en las afueras de la ciudad de Siena. En el mencionado palomar, lugar muy adecuado para la contemplación, permaneció Bernardino varios años, dedicado a la oración y a la penitencia, durmiendo muy poco, ayunando rigurosamente, mortificando su cuerpo con cilicios y disciplinas, sometiéndose voluntariamente a austeridades muy superiores a las exigidas por las reglas de su instituto. Cuando sus superiores le mandaban que saliera del palomar a pedir limosna, y lo mandaron a ejercer este oficio varias veces, en ocasiones recorría leguas y leguas, siempre a pie y descalzo, y tornaba con sus hombros cargados de pan, vino y otras cosas recolectadas durante su mendicación por los pueblos de la comarca.

La meditación en la Pasión de Cristo producíale tan acerbo dolor que sentía como si se le desgarrasen las entrañas.

A partir de su ordenación sacerdotal, además de celebrar cotidianamente la misa inflamado de amor a Dios, comenzó a sentir impetuosos deseos de emplear su sacerdocio en servicio de la gloria divina. Embriagado sobrenaturalmente por el Espíritu sediento de la salvación de las almas, cierto día tomó sobre sus hombros una pesada cruz, salió del palomar, se dirigió a Milán y comenzó a predicar al pueblo con tal celo y eficacia, que los superiores de su orden decidieron encomendarle el oficio de predicador. Era Bernardino un poco tartamudo; pero este defecto desapareció milagrosamente. El milagro se efectuó de la siguiente manera: poco después de que comenzase a ejercer este nuevo ministerio, un día el santo pidió al Señor que le concediese la gracia de poder hablar expeditamente, y apenas había hecho esta oración, descendió del cielo un pequeño globo de fuego que le recalentó la garganta y liberó su lengua de las ligaduras que impedían la agilidad de sus movimientos; y desde entonces el santo habló con soltura y fluidez y predicó con extraordinario fruto la santísima doctrina de Jesús por las ciudades, pueblos y aldeas de Italia.

Por aquel tiempo pasaba el país por circunstancias muy malas. Bandidos y piratas asaltaban a la gente por tierra y por mar. El enfrentamiento entre güelfos y gibelinos hallábase en su apogeo; el suelo de la patria estaba encharcado de sangre;

unos habitantes luchaban contra otros; aun dentro de una misma familia los propios hermanos matábanse entre sí; los lugares de diversión estaban constantemente atestados de público; la usura causaba auténticos estragos; la hechicería y la magia prevalecían sobre la religión, y ésta se practicaba tan escasamente que la única diferencia apreciable entre los domingos y los restantes días de la semana estribaba en la mayor o menor concurrencia a los espectáculos públicos. Estando así las cosas, Bernardino, asistido por la divina gracia, puso tanto mayor empeño y celo en el ejercicio de su ministerio cuanto mayores y más graves eran los males de que Italia necesitaba ser redimida. ¿Quién será capaz de referir los inmensos beneficios que este santo hizo a su país? El consiguió que los asesinatos cesaran, que la paz se restableciera en las calles y en el seno de las familias; él erigió hospitales; él acabó con la plaga de los usureros que robaban a mansalva; él logró que las mujeres quemaran los adornos y galas que utilizaban para provocar a los hombres a pecados de adulterio; gracias a él, los domingos y días festivos recuperaron su carácter de jornadas religiosas, e infinidad de personas de uno y otro sexo, aunque para ello tuvo que servirse en ocasiones de espléndidos milagros, se convirtieron y consagraron al servicio de Dios. ¡Qué frutos tan extraordinarios cosechó este santo varón entre los habitantes de Italia!

Finalmente, después de muchos trabajos realizados con tenacidad y perseverancia, Bernardino terminó su vida en Aquila, ciudad de los Abruzos el año 1443, cuando contaba 63 años de edad. Su cuerpo, del que fluían exquisitos aromas y gracias milagrosas, permaneció varios días sin enterrar a petición de los habitantes de la población, que no se cansaban de venerarlo; mas pasado un tiempo razonable fue reverentemente sepultado en el convento de san Francisco de la mencionada ciudad.

El papa Nicolás V incluyó el nombre de san Bernardino en el catálogo de los santos el año 1450, señalando el 20 de mayo para la celebración de su fiesta.

En 1472, primer año del pontificado del papa Sixto, los restos venerables de san Bernardino fueron exhumados y trasladados a una nueva iglesia que acababa de construirse en su honor.

Capítulo CCXX

SAN BUENAVENTURA, OBISPO Y CONFESOR

San Buenaventura, obispo de Albano y cardenal, nació en Bagnarea, y en cumplimiento de un voto que su madre hiciera de consagrarlo a Dios si salía de una enfermedad que padeció en su niñez, tomó el hábito de san Francisco. Bajo el magisterio de Alejandro de Hales hizo tales progresos en el dominio de la teología y en la práctica de la virtud, que el propio Alejandro decía a menudo de su aventajado discípulo: «Es un verdadero israelita; parece como si las consecuencias del pecado de Adán a él no le hubieran alcanzado».

Cuando no contaba más que treinta y cinco años de edad ya destacaba de tal manera en ciencia y santidad entre los religiosos de su Orden, que a pesar de que ésta era muy numerosa y de que había en ella muchos padres muy venerables, fue elegido ministro general de la misma.

En el Capítulo General de Narbona reformó la observancia de la regla franciscana, que por entonces hallábase un tanto relajada, y mientras ejerció el supremo gobierno de su instituto compuso un opúsculo titulado *Apología de los pobres* en el que con sutileza y profundidad refutó los argumentos que el maestro Gerardo esgrimía contra los Menores.

Con ocasión del traslado del cuerpo de san Antonio de Padua a los treinta y dos años de su fallecimiento, tomó en sus manos la lengua de este santo, que se conservaba roja y fresca, cual si permaneciera viva, y llorando de emoción exclamó: «¡Oh lengua que en todo momento bendijiste a Dios y procuraste que los demás también le bendijeran! ¡A través del milagro de tu incorrupción el Señor está dando a entender los grandes méritos que adquiriste!». Seguidamente la besó y la colocó nuevamente entre los miembros del venerable cuerpo.

En tiempos en que la sede apostólica pasaba por trances difíciles, su pontífice supremo, el papa Gregorio XI, de acuerdo con sus consejeros, nombró a Buenaventura obispo de Albano y cardenal de la Iglesia y, haciendo caso omiso de la resistencia que el santo opuso a este nombramiento, obligóle a aceptar ambos cargos. En seguida de esto, el mismo papa le encomendó la redacción de unas ponencias sobre determinadas cuestiones extre-

madamente difíciles, relacionadas con la herejía de los griegos, a fin de que el concilio que próximamente iba a celebrarse en Lyon, defendiese las susodichas ponencias en unión con los obispos de Roan y de Trípoli. San Buenaventura cumplió con tan extraordinaria competencia la misión conciliar que el papa le había confiado, y demostró tan irrebatiblemente la heterodoxia de ciertas posiciones adoptadas por la iglesia griega, que cuantos hasta entonces las habían defendido e incluso el Paleólogo, que se hallaba presente en el concilio, reconocieron que estaban fuera de la verdad y espontáneamente mostráronse dispuestos a someterse a la autoridad de la sede romana.

Este santo doctor escribió muchos libros, entre otros éstos: *Las siete visiones, Sentencias de las Sentencias, Comentario a los Evangelios* (especialmente al de san Lucas), *Oficio de la Cruz, Oficio y vida de san Francisco, Las seis alas del Serafín, Itinerario de la mente hacia Dios* (y otro hacia sí mismo), *Apología de las Ordenes Mendicantes, El árbol de la Cruz, Soliloquios breves, Sermones dominicales sobre los evangelios y epístolas del año, Compendio de la verdad de la Sagrada Escritura, Instrucción de novicios, Estímulo del amor, La aljaba,* etc., y además modificó y amplió muchas cosas relacionadas con el oficio divino y compuso unos treinta opúsculos que llegaron a ser muy populares y que todavía hoy son muy manejados y leídos en todas las regiones de Francia.

Después de una vida muy santa y rica en obras fructíferas, este bienaventurado varón, el 14 de julio de 1274, cuando contaba cincuenta y tres años de edad, fue sacado por el Señor de entre los hombres para llevárselo consigo al cielo. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de san Francisco de Lyon. Sobre su tumba se realizaron estupendos milagros. Posteriormente sus venerables restos perecieron quemados por los herejes, pero del sacrílego incencio se salvó su corazón que más tarde fue hallado incorrupto.

En 1482 el papa Sixto IV canonizó a san Buenaventura incluyendo su nombre en el catálogo de los santos pontífices y señalando para la celebración de su fiesta el segundo domingo de julio.

Capítulo CCXXI

SAN ROQUE, CONFESOR

El confesor san Roque nació en Montpellier, ciudad de la región narbonense. Sus padres se llamaron Juan y Liberia. A los doce años de edad comenzó a mortificar su cuerpo con rigurosas abstinencias. Muertos sus progenitores distribuyó entre los pobres su cuantiosísima hacienda, renunció al título de nobleza que le correspondía, y se lo cedió a un tío suyo juntamente con el gobierno de los pueblos, villas y tierras que constituían los dominios que de su padre había heredado; cambió sus ricas ropas por otras muy modestas y, con un sombrero en su cabeza, unas alforjas al hombro y un cayado en la mano, salió de su casa hacia Italia en viaje de peregrinación. Hallábase por entonces este país infestado por una terrible epidemia que causaba estragos entre la gente; muchas fueron las ciudades italianas, entre ellas Roma, Aquapendente y Cesena, liberadas de la peste por el piadoso peregrino sin más antídoto que el de trazar sobre ellas la señal de la cruz. Al llegar a la ciudad de Plasencia, que también estaba apestada, san Roque se alojó en un hospital lleno a la sazón de enfermos, y con el mismo procedimiento de la señal de la cruz sanólos a todos; pero inmediatamente después fue él quien cayó enfermo a causa de una saeta que se le clavó en su pierna izquierda. Superada esta enfermedad, durante la cual pasó por indecibles padecimiemtos, y recuperada su salud, regresó a su tierra, en donde le ocurrió lo siguiente: hallábase Francia por aquel tiempo en guerra. Al llegar él a Montpellier en hábito de peregrino, pese a que la ciudad formaba parte de los dominios que había

heredado de su padre, fue tomado por espía de los enemigos, apresado, y conducido a la cárcel a empellones. Cinco años permaneció en la prisión, sometido a increíbles y espantosos sufrimientos. Todo lo soportó el santo con admirable paciencia, hasta que por fin el 17 de agosto de 1327, a sus 32 años de edad, tras de pedir a Dios que en adelante se dignase, por su mediación, librar de la peste a cuantos se encomendasen a él, se durmió en el Señor. Junto a su cuerpo se encontró una cédula con esta inscripción: «Se hace saber que toda persona amenazada de epidemia que se encomendase a Roque, se librará, por su intercesión, de contraer la perniciosa enfermedad».

Cuando su tío, el gobernador de Montpellier, descubrió que el tan maltratado prisionero que acababa de fallecer en la cárcel de la ciudad era su sobrino Roque, anegado en lágrimas de dolor se hizo cargo de su santo cuerpo, mandó celebrar en su honor solemnísimas exequias, dióle piadosa sepultura, y dispuso que se construyera a sus expensas una magnífica iglesia dedicada a él.

En 1415, al regresar del concilio de Constanza los padres conciliares, libráronse por intercesión de san Roque de contraer una horrorosa peste. Con tal motivo su cuerpo fue llevado a Italia y paseado procesionalmente por las tierras del país, en el que, debido a la infinidad de milagros que hacía por dondequiera que pasaba, comenzaron a construirse innumerables basílicas y capillas dedicadas a él.

En 1485 sus restos, que habían sido devueltos a Montpellier y yacían nuevamente en su antigua sepultura, fueron hurtados piadosamente y llevados a Venecia, en donde las autoridades de la ciudad y el pueblo veneciano les tributaron un devotísimo recibimiento y los colocaron en el celebérrimo templo construido expresamente en su honor.

La fiesta de san Roque se celebra el 16 de agosto.

Capítulo CCXXII

SANTA ANA, MADRE DE LA VIRGEN MARÍA

«Me habéis rogado, hijas de Jerusalén, me habéis pedido, hermanas amadísimas», escribe san Jerónimo, «que si en los libros griegos que manejo he encontrado o llegare a encontrar algo relativo a santa Ana, progenitora afortunadísima de la Teotocos, es decir, de la Madre de Dios, lo traduzca al latín para que redunde en honra y alabanza suya. Perdonad, virtuosas hermanas, que no haya cumplido inmediatamente vuestro encargo de poner en lengua latina los textos griegos sobre esta materia que la providencia de Dios ha hecho llegar a mis manos. Decláros que dada la importancia del tema reconozco que soy indigno de acometer una tarea tan delicada; porque delicada es la tarea que de mí habéis solicitado. Pero pidamos auxilio al cielo; elevad hacia lo alto, como Moisés, vuetros brazos para que con la ayuda de vuestras oraciones pueda llevar a cabo la misión que me habéis encomendado y ofreceros el fruto de mi trabajo. Se trata de un asunto de mucha importancia; vuestro deseo es muy laudable, porque santa Ana es el insigne árbol que produjo la rama en la que milagrosamente brotó después una yema divina. Esta dichosa criatura, modelo de esterilidad fecunda y de ingenuidad santa, merece toda nuestra veneración porque de su seno salió el pimpollo nacido de la raíz de Jesé. ¡Bendita entre las demás mujeres y bienaventurada entre las otras madres, puesto que de sus entrañas procedió la que fue Templo divino, Sagrario del Espíritu Santo, Madre de Dios e iluminadora del mundo! ¡Cuán acertado su nombre de Ana!, porque Ana significa *gracia de Dios* y gracia de Dios es la denominación más adecuada para designar a la mujer que engendró a María, la *llena de gracia!*

Por todo esto, amadísimas hermanas, dediquemos en esta fiesta un gozoso recuerdo a santa Ana, madre de la Madre de Dios, la Bienaventurada Virgen María; dediquémosle un gozoso recuerdo

en esta fiesta, porque en tal día como hoy su alma abandonó la cárcel del cuerpo y voló santamente a los cielos para alegrar con su presencia a los ángeles y a los santos. Tal día como hoy, en efecto, se incorporó feliz y gloriosa al coro de los patriarcas y de los profetas para vivir con ellos eternamente, ella que de ellos, a través de diferentes generaciones, había recibido un cuerpo elegido por Dios para que de él naciera la que había de engendrar al Redentor del mundo. ¡Alégrese, pues, la sacrosanta Madre Iglesia al sentirse protegida por los sufragios de tan excelsa matrona, y cante en su honor con devoción y exultante júbilo himnos de alabanza! Esta santa mujer es la tierra soberana y bendita con la que el celestial alfarero plasmó la olla de nuestra esperanza, es decir, formó a la Santísima Virgen María, que fecundada a su vez por la lluvia del divino rocío, concibió en sus entrañas al Verbo de Dios y revestido de carne lo puso a disposición del género humano. ¡Norabuenas y parabienes a ti, oh madre feliz y dichosísima entre las otras madres, porque tuviste el privilegio y la satisfacción de engendrar a una hija extraordinaria, instrumento de la infinita misericordia divina mediante el cual halló redención el cautivo, salud el enfermo, consuelo el triste, perdón el pecador, gracia el justo, alegría el ángel, gloria la Trinidad y naturaleza humana la persona del Hijo! Regocijémonos hoy todos en el Señor y pidamos a la madre de la Santa Madre de Dios que interceda por nosotros y que nos proteja con su auxilio. Al honrar a tan venerable matrona saltad de alegría, con el corazón henchido de gozo, vosotras, las que vivís en virginidad, y vosotras, las viudas. Cantad felices y jubilosamente en homenaje de tan excelsa señora, vosotras, todas la mujeres casadas, y vosotros, los hombres. ¡Regocíjese el mundo entero en esta festividad de santa Ana, porque de su seno nació la Virgen en cuyas entrañas se encarnó el Verbo de Dios!

En todas nuestras necesidades y peligros acudamos a todos, grandes y pequeños, con devoción a santa Ana y pidámosle que interceda ante su Hija para que ésta nos consiga el perdón de nuestros pecados».

En cierto lugar se lee lo siguiente: Un día la Purísima Virgen María Madre de Dios se apareció a un santo varon devotísimo y fidelísimo siervo suyo y le dijo: «Tú y otros muchos hombres y casi todos los cristianos me veneráis a mí por ser Madre de mi Hijo; pero ¡cuán pocos son los que tienen en cuenta que santa Ana es mi madre y que precisamente por eso, por ser mi madre, debe ser también venerada! Escucha, pues, atentamente lo que voy a manifestarte: si de veras deseas servirme y agradarme, honra desde hoy a mi dulcísima madre; dedícale todos los días algún obsequio espiritual; en prueba de tu devoción hacia ella celebra devotamente su fiesta todos los años». A partir de entonces y durante el resto de su vida el piadoso siervo de María fue fervorosamente devoto de santa Ana y cumplió lo que la Virgen le había recomendado.

¡Oh señora santa Ana! ¡Ya gozas y gozarás perpetuamente en el cielo de la eterna bienaventuranza! ¡Tú eres la única entre todos los santos de la gloria que puedes decir: «Esta que aquí véis coronada como Señora del mundo y Reina de la corte celestial elegida por Dios para Madre suya, es hija de mis entrañas!». Tú eres la única que puedes decir a los apóstoles: «Sois apóstoles y en cuanto tales príncipes, senadores y jueces del mundo; pero sois, por muy grandes que sean vuestros títulos, hijos de mi Hija».

Para demostrar nuestra devoción a esta santa podemos rezarle la siguiente oración: «¡Oh piadosa y humilde progenitora de María! Tú que disfrutas ya de la bienaventuranza y gozas de gran ascendiente ante el supremo Juez, muéstrate propicia con nosotros tus siervos que acudimos ante ti oprimidos por el peso de nuestros pecados y socórrenos, oh ínclita madre, con tu intercesión para que vivamos pacíficamente! ¡Límpianos de aquí en adelante de las manchas que podamos adquirir en nuestra existencia terrena! ¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se dignen con su divina clemencia concedernos lo que tan encarecidamente te pedimos. Amén».

Capítulo CCXXIII

SOLEMNIDAD DEL SACRATÍSIMO CUERPO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El sumo pontífice Urbano IV, movido por su devoción a este dignísimo Sacramento, piadosamente determinó y mandó que todos los fieles celebrásemos la fiesta del Sacratísimo Cuerpo de Cris-

to el jueves primero después de la octava de Pentecostés, a fin de que cuantos a lo largo del año nos beneficiamos de este instrumento de salvación, tuviésemos la oportunidad de conmemorar su institución en un día expresamente dedicado a esto; y para que mejor conociésemos los sagrados misterios que este sacramento encierra, quiso que ese día estuviese encuadrado dentro del tiempo litúrgico en que la Iglesia conmemora la iluminación efectuada por el Espíritu Santo en las almas de los discípulos del Señor y las enseñanzas que sembró en sus corazones.

Para que la celebración de esta festividad resultase más solemne, más devota y más provechosa a los fieles de Cristo, y para que éstos se sumasen a ella en mayor número y de mayor gana, el referido obispo de Roma hizo saber que cuantos asistiesen a los oficios y actos de culto que en este día se celebran en las iglesias en honor del Santísimo Sacramento, en lugar de recibir las dádivas materiales que en determinadas fiestas solían distribuirse en las catedrales entre los asistentes a las horas canónicas diurnas y nocturnas que en ellas se cantaban, podrían lucrar, si asistían a los aludidos oficios confesados y arrepentidos de sus pecados, muchas y muy útiles gracias espirituales, entre otras, éstas: cien días de indulgencias quienes asistiesen a maitines; otros tantos, los que asistiesen a la misa; otros tantos los que asistiesen a las primeras vísperas; otros tantos los que asistiesen a las segundas vísperas; cuarenta días por cada una de estas horas, prima, tercia, sexta y nona, los que asistiesen a ellas; otros cuarenta días los que asistiesen a completas. Esto en cunto al día propio de la fiesta. A quienes asistiesen a maitines, vísperas, misa y a las restantes horas canónicas en los ocho días siguientes, es decir, en los que la octava, por cada día de asistencia se les descontarían cien días de las penitencias que les hubieren sido impuestas. El mencionado pontífice decretó que las referidas indulgencias quedaban concedidas a perpetuidad, declarando que podrían beneficiarse de ellas los fieles de los siglos futuros hasta el final de los tiempos.

He aquí lo que, para alegría y espiritual regocijo de todos los redimidos por la sangre del Señor, para promover nuestra devoción y para ayudarnos a venerar debidamente este Sacramento, escribió el profundísimo doctor santo Tomás de Aquino, autor de la totalidad del oficio que la Iglesia canta en esta festividad:

«Celebremos gozosamente esta solemnidad sagrada.
Resuenen nuestros cánticos salidos de lo más hondo de nuestro corazón.
Retírese lo caduco y ceda su puesto a lo nuevo.
Nuevos sean los pensamientos, nuevas las palabras y nuevas las obras.

Este Sacramento nos recuerda la noche de la última cena
en la que Cristo, fiel a la ley dictada a los padres
del Antiguo Testamento, comió con sus hermanos
el cordero pascual y el pan sin levadura.

Después de ingerir la carne de la simbólica res,
terminada la cena, el Señor con sus propias manos
dióse como comida a sus discípulos, de tal manera,
que cada uno de ellos sumió el cuerpo entero de su Maestro.

Porque eran débiles quiso fortalecerlos
con la sustancia de su propia carne.
Porque estaban tristes trató de consolarlos
dándoles a beber su sangre.
Por eso les dijo: tomad este cáliz que os entrego;
bebed todos de él.

El que era pan de ángeles convirtióse en pan de hombres.
El nuevo pan celestial canceló la Alianza antigua cuya misión
de prefigurar la Alianza nueva dábase por concluida.
¡Oh admirable prodigio! A partir de aquella cena
los pobres, los siervos, los humildes,
pueden alimentarse con el cuerpo de su Señor.

¡Oh sagrado convite cuyo alimento es el propio Cristo!
En él se recuerda la memoria de su Pasión,
el alma se llena de gracia y él mismo se entrega a nosotros
como prenda y garantía de nuestra futura gloria».

De ahí que san Pablo, vaso de elección y doctor de los gentiles, nos advierta que al acercarnos a tan dignísima mesa, lo hagamos dignamente, con honor, con reverencia y con devoción: *«Antes de comer este pan y de beber de este cáliz, examínese el hombre a sí mismo, porque quien sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»* (I Cor., 11, 28-29).

La persona devota, antes de comulgar, debe hacer recaer su examen y discernimiento sobre estos

tres temas: sobre sí misma, sobre el cuerpo del Señor y sobre el modo de recibirlo.

Primero: Sobre sí misma. En cuanto a esto, considere cómo anda de limpieza el espíritu, y cómo de justicia y cómo de santidad, porque para recibir a Cristo es preciso tener el alma limpia, justa y santa. *«Sed santos, porque santo soy yo»,* dijo Dios (Lev., 19). La persona que se acerca a comulgar es menester que se encuentre limpia y libre de delectaciones carnales, de afectos terrenos, de pensamientos vanos e incluso de negligencias y de tibiezas.

Segundo: Sobre el cuerpo del Señor. Quien pretenda comulgar advierta cuán grande es la majestad de Jesucristo, y tenga presente que va a recibir al que dijo: *«Yo soy pan vivo bajado del cielo, pan que proporciona a quien lo come grande y fructuosa perfección; pan tan alimenticio que a quien lo toma lo nutre y le confiere la vida eterna, porque esta pan vivo soy yo».* No olvidemos que en cualquier cosa es preciso tener muy en cuenta su esencia, sus efectos y su finalidad.

Tercero: Sobre el modo de recibirlo. La persona devota, antes de comulgar, debe hacerse cargo de la inmensa santidad con que ha de acercarse a este Sacramento de salvación, y procurar llegar a él con pureza de conciencia, con verdadera fe, con el alma henchida de amor y con suma reverencia. Si, como se nos dice en el Evangelio, san Juan Bautista, santificado en el útero materno, temblaba ante la idea de que iba a bautizar al Señor y no se atrevía a tocar su sagrada cabeza, con mayor motivo debe temer tocar a Jesucristo quien no sólo no ha sido santificado en el útero de su madre, sino que ha sido concebido en pecado y nacido en pecado, y criado en pecado, y crecido en pecado y de pecados se ha alimentado; y también con mayor motivo que el Bautista debe temblar ante la idea de que no va meramente a tocar a Cristo, sino que va a recibirlo en su interior. Por eso, antes de acercarnos a cuantos pretendamos hacerlo, imitemos al Centurión que dijo *«Señor, no soy digno de que entres en mi casa; para que mi criado sane bastará una sola palabra tuya»* (Mateo, 8), y digamos también nosotros con auténtica humildad, con fe y con devoción: ¡Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; di una sola palabra y mi alma quedará sana y salva!

Pregúntanse los santos doctores si fue de alguna manera necesaria la institución de este Santísimo Sacramento. A esta cuestión responden santo Tomás de Aquino en el artículo III de la distinción VIII en su comentario al libro IV de las Sentencias, y Pedro de Tarantasia, Doctor de la Orden de Predicadores, que con el nombre de Inocencio V fue papa de la Iglesia; y responden de la siguiente manera:

La Institución de este Santísimo Sacramento fue necesaria por estas tres razones.

Primera: Para que nos sirviera de constante memorial de la Pasión de Cristo, como se desprende de estas palabras citadas por san Pablo: *«Haced esto en recuerdo mío».* «Los inmensos beneficios hechos por la generosidad divina al pueblo cristiano», comenta a este propósito santo Tomás, «han conferido a éste una dignidad inestimable muy superior a la de cualquiera otra nación, porque ninguna de ellas tiene ni ha tenido jamás tan cerca de sí a quienes considera que son sus dioses como nosotros hemos tenido al que realmente es nuestro Dios. Este Dios nuestro ha estado tan cerca de nosotros y tan presente en nuestra vida, que su Hijo unigénito, movido por el deseo de hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza y se ofreció a sí mismo enteramente y sin reservas para proporcionarnos la salvación. A fin de conseguir nuestra reconciliación con Dios inmoló su cuerpo en el ara de la cruz y lo ofreció al Padre como víctima propiciatoria; y derramó su sangre; y la convirtió en precio de nuestro rescate y en baño purificador, para que una vez redimidos de la miserable servidumbre a que nos hallábamos sometidos pudiéramos vernos limpios de las impurezas de nuestros pecados.

Segunda: Para que el género humano, que incurrió en la muerte por haber comido el primer hombre contra la voluntad divina la fruta prohibida (Génesis, 2), pudiera alcanzar y poseer la vida eterna comiendo otro alimento: es decir, comiendo el cuerpo de Cristo, porque, como certifica el evangelista san Juan en el capítulo 6 de su evangelio, *«quien comiere de este pan vivirá eternamente».*

Tercera: Para remedio de nuestros pecados. Puesto que todos los días pecamos, al menos venialmente, todos los días también debemos recibir este Sacramento o siquiera adorarlo, porque adorándolo devotamente obtenemos el perdón de nuestros pecados veniales. Ambrosio, en la distinción II del tratado sobre la penitencia escribe: «Cada vez que peco, y peco constantemente, debo tomar inmediatamente la medicina».

El rey de los franceses Luis XII profesaba gran

devoción al Santísimo Sacramento, es decir, a las Hostias consagradas, por la presencia en ellas del cuerpo verdadero y de la sangre de Cristo, y en cierta ocasión, hallándose enfermo y un tanto abandonado de los médicos que llevaban varios días sin visitarle porque estaban convencidos de que el mal que padecía era incurable, invocó a Nuestro Señor Jesucristo y quedó sano, y en recuerdo de este milagro y como prueba de agradecimiento, mandó que en todo el reino de Francia, desde entonces en adelante, durante la elevación que en la misa se hace del cuerpo de Jesucristo, se reverenciara la Sagrada Forma cantando devotamente esta plegaria:

«O salutaris Hostia
quae coeli pandis ostium:
Bella premunt hostilia,
da robur, fer auxilium. Amen.»

«¡O víctima salvadora
que abres las puertas del cielo:
En nuestros duros combates
danos fortaleza y asístenos con tu auxilio. Amén.»

Capítulo CCXXIV

NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD

Vamos a decir algo, hermanos amadísimos, en alabanza de la Virgen bendita aunque nos quedemos cortos en relación con lo que su dignidad merece, porque el comportamiento que la Santísima Madre de Dios observó durante su Compasión fue tan extraordinariamente santo que superó en mucho al de todos los demás mártires, cosa perfectamente comprensible si tenemos en cuenta que todas sus obras fueron santísimas por excelencia. Hablando de ella dice el divino Jerónimo: «Si te fijas bien, te darás cuenta de que no hay virtud, ni gracias ni esplendor que no brillen en la Virgen gloriosa».

Según Gregorio una persona es tanto más perfecta cuanto con mayor piedad y más intensamente siente en su alma los dolores ajenos. Por eso no podemos dejar sin el debido comentario la *piedad* de la que fue la más piadosa de las criaturas pías y practicó esta virtud en grado tan eminente que no hallamos santo alguno del que pueda afirmarse, no ya que fuese más piadoso que ella, pero ni siquiera que pueda parangonársele. Porque, ¿quién supo exteriorizar con mayor conocimiento y prudencia la profunda pena de su corazón por la muerte del Salvador que su doctísima Madre? ¿Quién pudo sentir un dolor tan intenso y gemir y llorar más amargamente que la afligidísima María? Con razón debemos sostener que esta dolorosa Madre fue más que mártir, puesto que el inconmensurable amor que tenía a su Hijo retúvola constantemente a su lado, y al ser testigo de sus padecimientos, también ella, anegada de pena, sufrió en su alma todos y cada uno de los tormentos de la Pasión del Salvador. Cristo Jesús, dice Agustín, inmoló su carne y la Virgen María inmoló su espíritu. Por eso, al mismo tiempo que en estos días establecidos oficialmente por la Iglesia para venerar solemnemente el sacrificio de Cristo recordamos los sufrimientos del Señor, debemos recordar y venerar también la inmensa piedad de María, su Santísima Madre, y, a la vista de lo mucho que padeció, considerar cuán digna es de ser admirada, alabada e imitada.

En el capítulo 19 de su evangelio afirma Juan que María permaneció junto al Señor. *«A la vera de la Cruz»,* escribe el evangelista, *«estaba de pie la Madre de Jesús».* Estaba allí, no de manera insensible e indiferente, sino tal como lo exigía su santidad. Estaba allí valientemente erguida y sostenida por la fuerza interior que le proporcionaba su fe. Estaba allí, no abrumada por el peso de unos pecados personales que no tenía, sino plenamente identificada con la voluntad de Dios. Vamos a comentar estas afirmaciones.

Primera: Estaba allí valientemente erguida y sostenida por la fuerza interior que le proporcionaba su fe.

La fe es el fundamento de todas las demás virtudes; por consiguiente, para que un alma obre rectamente es menester que tenga verdadera fe. Los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo antes de la Pasión permanecieron fielmente al lado de su Maestro sostenidos por la fe, puesto que creían no sólo que El era verdaderamente hombre, sino que era también verdaderamente Dios, como se infiere en la confesión de Pedro, que según el capítulo 16 de san Mateo en cierta ocasión exclamó en nombre propio y en el de sus compañeros: *«Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo»;* pero, cuando su Maestro murió, todos ellos cayeron en la infideli-

dad; únicamente la Santísima Virgen María perseveró inconmovible en su fe, plenamente convencida de que Jesús, su Hijo, era Hijo de Dios y de que resucitaría al tercer día. Esto es precisamente lo que se pretende significar a través de las quince candelas que se colocan ante el altar durante los tres días conmemorativos de la Pasión del Señor: al comienzo del oficio las quince candelas están encedidas; a lo largo del mismo van apagándose, sucesivamente, una tras otra, y al final solamente una continúa luciendo; luego, ésta es retirada del candelabro y escondida durante un rato, hasta que concluye el oficio; y, una vez que éste ha terminado, sácasela de su escondite y tráesela de nuevo a la iglesia para que alumbre a cuantos están en ella. Esas candelas primeras encendidas y después sucesivamente apagadas simbolizan a las quince personas que entre las muchas que solían acompañar al Señor parecía que estaban mejor iluminadas, más reafirmadas en la fe en El; es decir, representan a los doce apóstoles y a las llamadas Tres Marías, o sea, a María Magdalena, a María Salomé y a María de Alfeo. Durante los tres días en que Cristo estuvo muerto fuese apagando en el alma de esas quince personas la fe en su divinidad; esa fe sólo continuó encendida ocultamente en el interior del espíritu de la Bendita Virgen su Madre, y por eso en el rito del oficio de esos tres días sólo una candela no se apaga; se la oculta durante unos momentos detrás del altar y se la trae de nuevo para que sirva de ejemplo, para que todos queden iluminados por su claridad y para que en las almas de todos prenda la luz de su llama.

Segunda: Estaba allí, no abrumada por el peso de unos pecados personales que no tenía...

No estaba tendida en tierra, no estaba sentada; estaba en pie, pero no encorvada, sino gallardamente erguida. Yacen tendidos en tierra los que tropiezan y caen al suelo, es decir, los que pecan de obra. Están sentados los que, aunque no pequen de obra, pecan interiormente mediante actos de consentimiento, o sea, con el pensamiento, con la intención. Hállanse encorvados aquellos que se dejan influir por el amor a las cosas sensibles; en este último caso estamos todos, porque todos somos como hojas desprendidas del árbol de la perfección de las virtudes a impulsos del viento de las complacencias sensuales; en eso precisamente consiste el pecado venial, del que no nos libramos; y si decimos que no tenemos ni siquiera esta clase de pecados, faltamos a la verdad.

Tercera: Estaba de pie, erguida, plenamente identificada con la voluntad de Dios.

Sí; plenamente identificada con la voluntad divina; por eso guardaba silencio y no desahogaba su dolor proclamando que su Hijo era inocentísimo y que padecía injustamente; por eso no echaba en cara a los judíos su mal comportamiento ni los increpaba por tratar tan impíamente a quien tantísimos beneficios les había hecho, ni pedía venganza a Dios contra ellos, ni reclamaba que se abriera la tierra y los tragara como merecían, ni se entregaba a manifestaciones de desesperada pena, como las de mesarse los cabellos, arañarse la cara, o proclamar a gritos que era viuda, que quedaba sola y desamparada y sin el consuelo de su único Hijo, etc. Ni nada de eso hizo, ni nada de eso dijo; estuvo junto a la cruz, de pie, con suma dignidad, callada, inmersa en su inmenso dolor y llorando silenciosa y amarguísimamente. «¡Oh Señora!», exclama san Anselmo, «¡cuántos torrentes de lágrimas brotaron de tus purísimos ojos al ver con ellos a tu único e inocentísimo Hijo maniatado, azotado y escarnecido! ¡Cuál no sería tu dolor al contemplar cómo aquellos impíos maltrataban la carne formada de tu propia carne en tus entrañas, y delante de ti tan cruelmente la laceraban y crucificaban! Mas como deseabas con todo tu corazón la salvación del género humano, y en todo momento no tuviste otra voluntad que la de aceptar las decisiones de la voluntad divina, te conformaste a los designios de Dios y a ellos te adheriste firmemente, sin vacilaciones y sin reservas, aunque tu alma estuviese transpasada por una espada, como anunció Simeón en la profecía consignada por Lucas en el capítulo 2 de su evangelio! «¡Oh Señora!», os dijo aquel justo y santo profeta, «¡Sin dolor habéis parido a este Niño! ¡Todo hasta ahora ha ido bien, pero llegará un día en que estaréis junto a la cruz en que este Hijo vuestro será crucificado y presenciaréis su agonía, y sentiréis el vivo dolor de una afilada espada traspasándoos vuestro corazón!»

La Virgen María, por la fe que tenía en su Hijo, por el profundo conocimiento que poseía del significado de la Pasión y por sus deseos de colaborar en la obra de la Redención del género humano, sufrió en su alma todos y cada uno de los dolores que Cristo padeció.

En pie, junto a la Cruz, la afligidísima Madre tendía sus manos hacia arriba movida por un profundo anhelo de abrazar a su Hijo. ¡Empeño vano!, porque por más que estiraba los brazos no conse-

guía llegar con ellos hasta el crucificado, que estaba a mucha altura, clavado en el madero; pero después, cuando Cristo ya muerto fue bajado de la Cruz, recibió su cuerpo en su regazo y llorando decía: «Oh Jesús mío, Hijo mío queridísimo, ¿qué es lo que hiciste? ¿Por qué los judíos te crucificaron? ¡Hijo de mis entrañas! ¿Por qué te han matado? ¡Qué precio tan elevado y amargo has tenido que pagar para redimir al género humano! Pero, a pesar de todo esto, desde el fondo de mi alma doy gracias a Dios Padre, a Ti Dios Hijo e Hijo mío, y a Dios Espíritu Santo, porque esta empresa ya se ha realizado!»

La Iglesia nos invita en el día de hoy a conmemorar la Compasión de la Virgen Bendita y a cantar este devotísimo himno:

Benefíciense las almas de los fieles
al recordar los dolores y penas que la Madre de Cristo
con el cúmulo de gracias que brotan de su Compasión.

Terribles suplicios sufrió la Purísima Madre
viendo al Hijo de sus entrañas
azotado por gentes sin corazón.

En presencia de la atribulada Madre
maltrataron a Jesús su Hijo, maltratáronle inícuamente,
y diéronle muerte horrorosa por medio de la crucifixión.

La Virgen, Madre de Dios, pues lo había engendrado,
permaneció junto a la Cruz en que su Hijo agonizaba
transida de inmensa aflicción.

Los dolores de esta Madre fueron tan intensos
al ver sufrir y morir de aquel modo a su Hijo
que casi murió también ella de compasión.

Ninguna madre sufrió jamás tanto como esta Madre,
porque ningún hijo padeció nunca tanto como su Hijo
ni nunca hijo alguno fue querido por su madre con tanta devoción.»

Todos cuantos profesáis la verdadera fe y os consideráis humildes siervos de María, si al considerar la muerte de Jesús la acompañáis a ella en su dolor y en su llanto, recibiréis la recompensa de ver acrecentada vuestra devoción, como le sucedió a un doctor en derecho civil y canónico, miembro del parlamento de París. Oyó este letrado en cierta ocasión un sermón acerca de la Piedad de la gloriosa Virgen María Nuestra Señora pronunciado por un religioso de la Orden de Predicadores, y a poco de esto el susodicho doctor cayó gravemente enfermo; y como llevara ya varios días sin poder hablar, y pareciera que iba a morir de un momento a otro, su esposa corrió al convento y suplicó al susodicho predicador que acudiese sin tardanza a visitar a su marido. Accedió a ello el religioso y fue a ver al enfermo, y, al advertir el gravísimo estado en que éste se encontraba, envió un recado a su prior pidiéndole que tuviera a bien reunir a la comunidad ante la imagen de Nuestra Señora de la Piedad que había en la iglesia del convento para que rogasen a la Santísima Virgen por el moribundo doctor. Terminada la oración que los religiosos hicieron ante el altar de la Virgen de la Piedad, el enfermo abrió los ojos, comenzó a hablar y manifestó que quería confesarse, y se confesó, y en aquella buena confesión que hizo enmendó las malas que desde hacía diez años venía realizando, y después de haber reparado con ésta las malas confesiones anteriores todavía vivió algunos días más.

¡Oh Señor y Salvador nuestro! Recuerda constantemente los siete dolores que la Virgen padeció y, en atención a ellos, acepta también los que nosotros padecemos a lo largo de nuestra vida!

Estos fueron los siete dolores de Nuestra Señora:

Primero. El que le produjo la profecía de Simeón al anunciarle que una espada transpasaría su alma, y que como Madre sufriría en su corazón todo lo que su Hijo padeciera en su espíritu y en su cuerpo.

Segundo. El que sintió cuando se enteró de que Herodes había mandado matar a todos los niños; dolor de angustia, ante la inseguridad de si lograría salvar a su Hijo.

Tercero. El que le causaron las muchas penalidades padecidas en la huida a Egipto.

Cuarto. El que tuvo cuando Jesús desapareció, desde el momento en que advirtió su ausencia hasta que lo halló en el templo dando lecciones a los doctores.

Quinto. El que laceró su alma cuando se encontró con su Hijo, a quien antes había apresado, y

vio cómo lo conducían al calvario cargado con la Cruz.

Sexto. El que sufrió al ver a su dulcísimo Hijo crucificado y agonizando en el madero.

Séptimo. El de su tristísima soledad durante los días que Cristo permaneció muerto y sepultado.

Si meditamos en estos dolores y tomamos de ellos ejemplo para sufrir cada uno los nuestros con parecido espíritu, el Hijo de María nos concederá la salvación eterna. Que así sea.

Capítulo CCXXV

SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

Es sumamente importante y provechoso para nosotros, pobres mortales y peregrinos de este mundo, profesar intensa devoción no sólo al eterno Dios, sino también a sus gloriosos santos, porque somos tan indigentes que, además de carecer absolutamente de méritos propios, estamos llenos de pecados mediante los cuales hemos quedado reducidos a la condición de reos y abocados a padecer suplicios. De ahí que necesitemos acogernos a la protección de los santos. Hemos de procurar hacerlo por las siguientes razones:

Primera. Porque Dios se complace en los méritos adquiridos por ellos y está dispuesto a tenerlos en cuenta y a concedernos cuanto por su mediación le pidamos. *«Recurre a algunos de los santos»*, se nos dice en el capítulo quinto del libro de Job.

Segunda. Porque al honrar a los santos honramos a Dios que mora con ellos. Quien reverencia a los santos reverencia expresamente al que los santificó mediante la inhabitación en sus almas por la gracia.

Tercera. Porque los santos, por sus virtudes y por la gloria de que gozan, se han hecho dignos de que los honremos con nuestra devoción. El filósofo, en el libro IV de la Etica advierte: «El honor es un premio a la virtud; jamás honraremos suficientemente al varón plenamente virtuoso».

Debemos, pues, honrar a los santos, puesto que son virtuosísimos y gloriosísimos protectores espirituales nuestros, como se nos dice en el capítulo 7 de la cuestión XI, en donde leemos que quien no honra a su protector, patrono o padre espiritual, comete mayor pecado que si despreciara a su padre carnal.

Ahora bien, como san José es uno de los santos más gloriosos del paraíso, a quien el Señor concedió la singular y extraordinaria gracia de darle por esposa y poner bajo su custodia a su Santísima Madre, síguese que obraremos muy acertadamente, y ojalá así lo hagamos, si nos vinculamos a él por medio de una gran devoción.

Dios concedió a san José muchísimos privilegios, y entre ellos éstos:

Primero. El de pertenecer, por nacimiento, a una estirpe nobilísima. Sabemos por el Evangelio que José descendía de la casa y familia de David.

En el capítulo primero de Mateo leemos: *«José, hijo de David: no temas tomar por esposa a María»*. De esa misma casa de David había de descender en su día Cristo Jesús. Quien quiera conocer el proceso de esa generación, tenga en cuenta, como muy bien advierte Juan Damasceno, lo siguiente: que de la rama del profeta Nathán, hijo de David, descendió Melqui y que José era descendiente de Melqui en cuarto grado y en línea recta, como consta por el capítulo tercero del evangelio de san Lucas. Melqui fue, pues, abuelo del abuelo de José. Como Melqui tuvo un hermano llamado Panthera, que engendró a Barpanthera y éste a su vez engendró a Joaquín, padre de la gloriosa Virgen María, y como de la rama de Salomón, que también fue hijo directo de David, descendió Matán, abuelo de san José, puesto que Matán y su esposa fueron los padres de Jacob, y Jacob fue el padre de San José, síguese con toda claridad que, tanto la Bienaventurada Virgen María como su esposo san José, que ya antes de casarse estaban emparentados entre sí, eran de muy ilustre linaje, pues ambos procedían de la casa de David. Nobilí-

simo por tanto fue este ilustre esposo de María, puesto que, además de lo dicho, estuvo emparentado con otros muchos santos, entre ellos con Juan Bautista y con varios de los apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo.

Segundo. El de ser expresamente elogiado en el Evangelio, en el que, hablando de él el evangelista, afirma que era *justo*. «*Como José era justo no quería denunciarla...*» (Mat. 1).

Los doctores católicos, comentando este pasaje, coinciden en declarar que para que una virtud sea verdaderamente virtud tiene que ser perfecta, y que casi siempre que en el Evangelio se habla de justicia, y desde luego en este caso, esta palabra debe ser tomada en el sentido de una óptima cualidad general que comprende en sí a todas las demás virtudes.

En el esposo de la Virgen podemos ver reunidas, sin lugar a dudas, las virtudes de casi todos los patriarcas y profetas. En él se dieron cita, por ejemplo, la pronta y fiel obediencia que practicó Abrahám cuando le fue ordenado que sacrificase a su hijo queridísimo; la paciencia del otro José, hijo de Jacob; la humildad de David y la devoción de los padres más santos y de las mujeres más piadosas de quienes se hace mención en la Escritura.

Tercero. El de haber sido honrado con la aureola y la gloria de la virginidad.

San José fue elegido por Dios para que conservara perpetuamente su pureza virginal inmancillada, y correspondió a tal elección haciendo voto, de acuerdo con la Virgen Benditísima y juntamente con ella, de perfecta castidad. En relación con esto escribe san Jerónimo en su refutación a Helvidio: «Rica en gracia y hermosa y agradable fue la sociedad que formaron la Virgen Madre y su esposo José, elegidos ambos por el Espíritu Santo para que vivieran en matrimonio virginalmente, porque uno y otra amaban entrañablemente la castidad». San Agustín, en su tratado sobre el bien conyugal, dice: «Si José no hubiese sido virgen, Dios no le hubiese dado en manera alguna por esposa a la Virgen su Madre; y esto, por una razón muy sencilla: porque si no hubiera sido virgen, hubiera podido atentar contra la virtud de María».

Cuarto. El de haber profesado un amor entrañable a la Bendita Virgen Nuestra Señora, y gozado del trato y conversión con ella.

Efectivamente, entre José y María existió un santísimo amor y se dio una convivencia no menos santa. Por regla general, como ya advierte el salmista, el que anda con santos se hace santo y el que anda con personas malas se pervierte y se hace malo. San José, al convivir con la Santísima Virgen María, Hija de Dios, se identificó de tal manera con ella, que si ella lloraba, lloraba él, y cuando ella se fue a Egipto, a Egipto se fue también el bienaventurado varón.

Otros muchos privilegios fuéronle concedidos, tales como el de gozar de dulcísimos consuelos, el de recibir visitas y mantener trato con los ángeles, el de su extraordinario poder de intercesión en favor de quienes acuden a él, porque todos cuantos devotamente le sirven, si le invocan y solicitan su auxilio, inmediatamente y sin lugar a dudas son atendidos por este glorioso santo que recurre sin demora a interceder ante Nuestro Señor Jesucristo por quienes a él se encomiendan; y no es posible que Cristo, por su propio honor, niegue nada a quien según la ley fue su padre.

¡Oh glorioso san José, el más afortunado de los hombres! Suplicámoste que, juntamente con tu esposa, la Virgen Bendita, ruegues por nosotros, a fin de que podamos alcanzar el reino de los cielos. Amén.

Capítulo CCXXVI

SAN IRENEO, DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE LYON

San Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista y gran defensor de la fe, al enterarse de que Antonino intentaba exterminar el cristianismo en las provincias de las Galias y de que el obispo de Lyon san Fotino, y todos sus clérigos y numerosos fieles, después de haber sido sometidos a infinidad de suplicios y de conquistar la palma del martirio, habían volado al cielo, envió a la referida ciudad de Lyon a Ireneo, presbítero de su iglesia, varón muy santo, de quien la *Historia Eclesiástica* refiere cosas verdaderamente magníficas; y lo envió con la doble misión de confortar en la fe a los cristianos que hubiesen logrado sobrevivir a base de permanecer ocultos en diferentes lugares, y la de agregar a Jesucristo, mediante el ministerio de la predicación, a los muchísimos paganos que moraban en aquella comarca.

Guiado por un ángel y acompañado de dos clé-

rigos y del diácono Zacarías hizo Ireneo el viaje hasta la nobilísima ciudad de Lyon, cuyos habitantes, al cabo de muy poco tiempo, impresionados por las virtudes, milagros y sermones del siervo de Dios abrazaron la fe de Nuestro Señor Jesucristo.

Grande fue la actividad que san Ireneo desarrolló predicando por la región y enviando cartas a los sitios a donde no podía trasladarse personalmente. Muchos fueron los infieles que por medio de estas cartas y con la ayuda de Dios se convirtieron al cristianismo. El demonio, gimiendo de rabia por los frutos que el santo cosechaba, con diabólica astucia logró introducirse en el corazón del severo y viejo emperador, quien inflamado de odio contra los cristianos desencadenó una nueva persecución; y hasta él mismo comenzó a recorrer el país y a pregonar con su propia voz o por medio de delegados enviados expresamente a los lugares a donde a él no le era posible acudir en persona, que los cristianos que se negaran a ofrecer sacrificios a los dioses serían sometidos a durísimas torturas y castigados finalmente con la muerte.

Hallándose el césar en uno de los extremos de las Galias llegó a Lyon la noticia de que el pontífice romano había nombrado a Ireneo obispo de la ciudad. Los fieles acogieron este nombramiento con inmensa alegría, y comenzaron inmediatamente a construir una catedral para el nuevo prelado; mas, cuando el cruelísimo emperador supo que los habitantes de aquella próspera población habían abandonado el culto de los ídolos, organizó un regimiento con los gladiadores más feroces de su ejército, y al frente de ellos se dirigió a Lyon, puso cerco a la ciudad y ordenó a sus soldados.

—Romped las puertas de las murallas, invadid las calles, asaltad las casas, prended a cuantos encontréis en ellas y obligadles a que adoren a nuestos dioses; y a los que se negaren o se resistiesen a hacerlo, matadlos sin compasión.

El señor misericordioso envió a san Ireneo un ángel con el encargo de que le anunciara cuanto le iba a ocurrir. Una noche, hacía la mitad de la misma, el celestial mensajero se presentó ante el santo obispo que se hallaba en aquellos momentos reunido con su presbítero Zacarías. Zacarías oyó todo cuanto el ángel dijo a su prelado, y lo que le dijo fue lo siguiente: «Ireneo, varón santo, Cristo Nuestro Señor te invita a entrar en el reino de los cielos al frente de tus fieles; pero antes tú y ellos pasaréis por muchas tribulaciones tras las cuales recibiréis la corona del martirio. Los patriarcas y los profetas esperan ansiosamente tu llegada a la bienaventuranza y la de tus compañeros. También los apóstoles están aguardando con alegría, porque desde la gloria han oído resonar el eco de su propia voz a través de tus predicaciones en tan importantísima ciudad. Mis compañeros, los ángeles, ponderan ante el tribunal de Cristo tu celo y constancia en la propagación y defensa de la fe cristiana». El enviado del Señor hizo una breve pausa y en seguida añadió: «Santa María y las demás vírgenes santas te están muy agradecidas por el fervor con que has recomendado a los fieles la práctica de la virginidad. El ejército de los mártires pide por ti y desea que tanto tú como tus valientes compañeros que vienen soportando tantas pruebas y que soportarán contigo la última de todas, la del martirio, os incorporéis cuanto antes a las huestes del paraíso. En la bienaventuranza eterna están ya preparados lo suntuosos tronos que vais a ocupar al lado del que ya ocupa tu antecesor san Fotino. Conforta, pues, a tus hermanos; no temas a los que quitan la vida a lo cuerpos, pero no pueden quitársela a las almas. Busca unos escondites seguros en diferentes lugares para que en ellos se oculten Zacarías y dos diáconos de tu iglesia, porque es deseo del Señor que, así como tú continuaste la obra de san Fotino, Zacarías continúe la tuya. El, cuando mueras, enterrará tus restos secretamente en un sepulcro, confortará en la fe de Cristo a los hermanos supervivientes, y los preparará para que en su día también ellos afronten con fortaleza la prueba del martirio».

Al oír este mensaje, san Ireneo exclamó:

—¡Gracias, mi Señor Jesucristo! ¡Gracias, Hijo del Dios vivo! ¡Gracias, luminar eterno, sol de justicia, fuente y origen de piedad! ¡Gracias, gracias por la alegría que me has proporcionado con cuanto tu ángel acaba de comunicarme! ¡Oh Señor y Dios mío! ¡Dígnate conceder a este pueblo la merced de la perseverancia en la fe! ¡Haz que ninguno de estos creyentes claudique! ¡Ayúdalos con tu soberana fortaleza para que puedan soportar las pruebas que les aguardan y conquistar el trofeo que les has prometido!

Terminada la precedente oración, san Ireneo comenzó a confortar a sus hermanos; y de tal modo lo hizo, y tan plenamente el Espíritu Santo llenó su almas con sus sobrenaturales dones, que ninguno se apartó del recto camino, sino que, por

el contrario, cada uno de ellos procuró ayudar a los demás a que perseveraran en la fe.

Dada por el césar la orden a que antes hemos aludido, la bendita ciudad fue asaltada por los soldados, y acto seguido comenzó el martirio de sus habitantes sin que los verdugos tuviesen para nada en cuanta ni el sexo, ni la edad ni las circunstancias personales de las víctimas, las cuales, lejos de huir, se exhortaban mutuamente a mantenerse fieles a Dios: el hermano animaba al hermano, el padre al hijo y la madre a la hija a ofrecer su vida por Nuestro Señor Jesucristo.

El tirano llamó a Ireneo, y en presencia del pueblo le dijo:

—Si te avienes a ofrecer sacrificios a nuestros dioses y a rendir adoración al ídolo de tal o cual lugar, tú y todos cuantos se han convertido a tu religión viviréis; pero si persistes en tu empeño de adorar la cruz, morirás y la misma suerte correrán los que te imiten.

Oído esto, san Ireneo dijo a los fieles:

—¡Seguidme!

Al mismo tiempo que decía «¡Seguidme!» el santo salió corriendo hacia una cruz que había en la plaza, y cuando estuvo frente a ella se postró en tierra y la adoró. El pueblo le siguió, corrió en pos de él y como él se prosternó en el suelo y adoró a la santa señal. Entonces los satélites de los demonios se arrojaron sobre ellos y en poco rato enviaron al cielo, coronados con la palma del martirio, a todos los componentes de aquella sagrada compañía. Fueron tantos los que en aquella ocasión murieron, que la preciosa sangre por ellos derramada corrió en forma de arroyos por las calles de la ciudad. Imposible referir la crueldad con que martirizaron a san Ireneo. El santo obispo soportó con ejemplar fortaleza los terribles tormentos a que fue sometido y, alabando a Dios en medio de sus torturas, expiró. San Zacarías se hizo cargo de su cuerpo y lo sepultó en una cueva oculta y muy profunda.

Siete días después de haber sufrido su martirio, san Ireneo se apareció a san Policarpo y le dijo: «Padre santo, soy tu hijo, el que enviaste a Lyon; ya hemos recibido el premio que nos prometió el Rey del cielo y de la tierra, el Dios bendito que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Este glorioso mártir escribió varias obras que contribuyeron notablemente a la construcción y edificación de nuestra santa madre Iglesia, y entre otras éstas: *Contra las herejías,* que consta de cinco libros en los que refuta las doctrinas de los herejes; *A Blasto sobre el cisma; La monarquía de Dios; De Ogleade; Tratado sobre la Pascua al papa Víctor; De la predicación apostólica;* pero además de éstas escribió otras muchas.

El martirio de san Ireneo tuvo lugar el 28 de junio del año 175 de nuestra salvación, siendo emperador Marco Antonino.

Capítulo CCXXVII

SAN FORTUNATO

Fortunato, obispo de Todi, tuvo tal virtud para obligar a los espíritus inmundos a salir de los cuerpos de los posesos, que en algunas ocasiones expulsó de ellos a verdaderas legiones de demonios. Así lo asegura Gregorio en el libro I de sus *Diálogos* al referir la expulsión de uno de esos diablos del cuerpo de una mujer que quedó curada de su posesión demoníaca por este santo.

En cierta ocasión este siervo de Dios hizo salir al demonio del cuerpo de un hombre que estaba endemoniado. Entonces el espíritu maligno, despechado, adoptó la apariencia de un peregrino y aquel mismo día, hacia el anochecer, es decir, hacia la hora en que la gente suele recogerse en el interior de sus casas, comenzó a recorrer las calles y las plazas de la ciudad diciendo a voces: «¡Enteraos todos de lo que ha hecho conmigo vuestro obispo Fortunato, a quien tenéis por santo! ¡Me ha echado del albergue en que me había refugiado y ahora me veo a la intemperie, buscando un alojamiento para pasar la noche bajo techado y no lo encuentro! ¿Quién quiere dar posada a este pobre peregrino?» Un hombre que se hallaba en su domicilio sentado al amor de la lumbre juntamente con su esposa y un niño de corta edad, al oír las voces del forastero publicando lo que el obispo había hecho con él y solicitando hospitalidad, bajó a la calle, le ofreció alojamiento en su casa, lo introdujo en la cocina y lo invitó a que se sentara con ellos a la lumbre. Al cabo de un rato de conversación el espíritu maligno se coló en el cuerpo del hijo de la familia que le había proporcionado albergue, lo arrojó al fuego y lo abrasó entre las llamas. Su desgraciado padre, viendo a su hijo muerto, cayó en la cuenta de la verdadera naturaleza del falso peregrino y, comprendió el auténtico significado de lo

que éste pregonaba cuando decía que el obispo lo había expulsado del sitio en que se había refugiado.

Un vecino de la ciudad, que se había quedado ciego, rogó a sus familiares que lo condujeran a presencia de san Fortunato y, cuando estuvo ante él, el santo obispo, accediendo a las súplicas del invidente, le devolvió milagrosamente la vista.

Murió un hombre llamado Marcelo, y unas hermanas suyas llorando rogaron al virtuoso obispo que resucitara al difunto. San Fortunato oró a Dios, y al instante Marcelo abrió los ojos y, mirando fíjamente al santo prelado, dijo:

—Padre, ¿por qué has hecho esto? Dime, señor, ¿por qué lo has hecho?

Seguidamente añadió:

—Ayer se acercaron a mi dos individuos, sacaron mi alma del cuerpo y la llevaron a un sitio excelente. Mas he aquí que hoy presentóse un tercer sujeto ante los que ayer me sacaron de este mundo y les dijo: Introducid de nuevo esta alma en el cuerpo del que la habéis sacado, porque el obispo Fortunato está en casa de este hombre rezando para que resucite.

Marcelo, después de haber vuelto a la vida, vivió nuevamente durante muchos años. También san Fortunato, después de haber resucitado a Marcelo, vivió todavía bastante tiempo, al cabo del cual, siendo ya un anciano muy venerable por su edad avanzada y por la multitud de buenas obras que había realizado en su larga vida, lleno de méritos emigró al Señor.

Capítulo CCXXVIII

SAN HONORATO

Venancio, patricio romano, dueño de una granja en la comarca de Sabina, confió el cuidado de esta hacienda a un siervo suyo que tenía un hijo llamado Honorato, el cual, desde su más tierna infancia, movido por su ardiente amor a la patria celestial, vivía entregado a la práctica de una muy rigurosa abstinencia: abstinencia de palabras ociosas y de conversaciones vanas, a pesar de que era muy elocuente y estaba dotado de gran facilidad para expresarse; y abstinencia absoluta de carnes en su alimentación, para domar mediante este procedimiento su propia carne.

Un día los padres de Honorato organizaron un gran banquete en su casa para obsequiar a sus vecinos. La comida, suculenta y muy abundante, estaba preparada a base de diferentes clases de carne. Como comenzara el festín y Honorato, fiel a su plan de abstinencia, rehusara tomar absolutamente nada de los platos que iban sacando a la mesa, sus padres primero se burlaron de él, pero luego, con cierta irritación le dijeron:

—Tendrás que comer carne; no pretenderás que nos echemos al monte en busca de pescado.

Por aquel tiempo la gente de aquella comarca aunque hubiese oído hablar de pescado, es casi seguro que jamás había visto un pez.

La comida prosiguió entre bromas y chanzas a costa del joven Honorato. En un determinado momento, como se terminara el agua que había puesto sobre la mesa, fue menester que un esclavo tomara una de las ánforas de madera de las que por aquel tiempo se usaban en la referida región, y fuese a buscar más al pozo que había junto a la casa. Al introducir el esclavo el ánfora en el pozo para llenarla de agua, juntamente con el agua entró en la gran vasija un pez de enorme tamaño, y cuando el esclavo regresó al comedor y procedió a llenar las jarras de las mesas con el agua recién sacada del pozo, a la vista de todos los comensales, por la boca del ánfora salió un pez tan grande como para alimentar a Honorato muy sobradamente durante todo un día. Ante semejante milagro, los asistentes al banquete quedaron admirados e impresionados, las pullas anteriores cesaron, y los padres del joven, entendiendo el verdadero significado del prodigio, es decir, del extraordinario hecho de que hubiese sido capturado tan extrañamente aquel pez en agua brotada de las entrañas

del monte, a partir de aquel momento comenzaron a venerar a su hijo y a sentir profundo respeto hacia la abstinencia que venía observando, de la que hasta entonces tanto se habían burlado.

Honorato continuó creciendo en virtud y dando pruebas cada vez más claras de perfección y de santidad. Un día, al obtener la libertad que Venancio, su señor, le otorgó, se despidió de sus padres, abandonó la granja, se trasladó a la Campania y construyó un monasterio en un lugar llamado Fondi, en el que llegó a haber una comunidad de doscientos monjes a quienes gobernó como abad y dio grandes ejemplos de religiosísima vida.

Estaba la mencionada abadía edificada en la falda de un monte muy elevado. Un día, de la cima de la montaña se desprendió una roca enorme, y comenzó a rodar ladera abajo. San Honorato vio como rodaba la ingente masa de piedra y cómo avanzaba hacia el monasterio, y al comprender que si seguía rodando por aquella trayectoria que llevaba destruiría el edificio y causaría la muerte de todos los religiosos que en él moraban, invocó el nombre de Jesús, trazó la señal de la cruz y mandó al peñasco que dejara de rodar y se quedara hincado donde estaba sin dar ni una vuelta más; el peñasco obedeció y se quedó clavado en la falda de la montaña.

Muchos años después de haberse realizado este prodigio, san Honorato expiró en la paz del Señor.

Capítulo CCXXIX

SAN FUSIANO, MÁRTIR

El gobernador Ricionario, que después de haber asesinado a su predecesor Datano, ocupaba la cátedra de la pestilencia, trató tiránicamente de corromper a los siervos de Dios Fusiano y Victórico, dos santos muy unidos entre sí por lazos de caridad fraterna y de acendrada fe en Nuestro Señor Jesucristo; pero todo cuanto hizo para obligarlos a que renegaran de su religión y ofreciesen sacrifiios a los ídolos resultó vano, puesto que ambos amigos, rechazando horrorizados las pretensiones del gobernador, le manifestaron que estaban dispuestos a sufrir todos los tormentos que quisiera aplicarles, pero no a renegar de su fe cristiana; e incluso le invitaron a que comenzara a torturarlos cuanto antes. El inicuo tirano respondió a la invitación ordenando que les perforaran las narices y las orejas y colocaran en ellas anillas de hierro, que les taladrasen las sienes con clavos candentes y que les sacaran los ojos. Después que todo esto fue cumplido, el mismo Ricionario personalmente, ebrio de ira, acribilló sus cuerpos lanzando con sus propias manos repetidas veces contra ellos venablos provistos de anchas hojas de acero, hasta que, finalmente, al ver que a pesar de todos estos suplicios continuaban con vida, mandó a los verdugos que les cortaran la cabeza. Después de cometer estas atrocidades, el monstruoso gobernador, más feliz que si hubiese realizado una heroica hazaña, y más contento que si hubiera obtenido una importante victoria en un campo de batalla, empezó a dar saltos de gozo alrededor de sus víctimas mientras reía a carcajadas, hasta que, en medio de su bailoteo y sus risotadas, de pronto sobrevínole un dolor de vientre tan agudo y continuado que no pudiendo resistirlo y comprendiendo que aquellos insoportables retortijones constituían un castigo de la justicia divina, empezó a correr por las calles de la ciudad clamando y gritando:

—¡Ay, ay, ay de mí! ¡Qué desgraciado soy! ¿Qué podré hacer para librarme de estos horribles dolores de barriga? ¡Todo esto me sucede por haber martirizado a Fusiano y a Victórico, que eran dos santos siervos de Dios! ¡Oh! ¡Qué suplicio tan espantoso padezco! ¡Yo no puedo aguantar lo que me está ocurriendo!

El mismo día en que ambos bienaventurados sufrieron su martirio, un intenso resplandor procedente del cielo envolvió sus cuerpos; luego cesó la misteriosa claridad, e inmediatamente después uno y otro santo, a pesar de que estaban muertos,

se pusieron de pie, recogieron del suelo sus propias cabezas y, llevando cada cual la suya en sus propias manos, echaron a andar con paso seguro y firme y se dirigieron hacia la casa de san Genciano, en donde aquella misma mañana, en presencia de ellos que estaban en su compañía, este siervo de Dios había sido degollado por los esbirros del gobernador; y, en cuanto llegaron a donde yacía tendido el cuerpo de su compañero, tendiéronse también ellos a su lado, quedando nuevamente reunidos, para descansar juntos en el Señor, aquellos tres santos que en la misma fecha y por la misma causa habían sido martirizados.

Capítulo CCXXX

SAN JUSTO, ARZOBISPO DE DE LA ÍNCLITA CIUDAD DE LYON

San Justo, arzobispo de Lyon durante unos años, es ahora y lo será perpetuamente patrono e ilustre intercesor de esta ciudad ante Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando pienso en la profundidad de su fe, bien acreditada con sus obras, y en el rigor de sus ayunos y abstinencias, y en su larga permanencia en la soledad del desierto, no dudo en afirmar que, aunque no llegase a ser mártir en el sentido que comúnmente damos a esta palabra, sí que salió de este mundo aureolado con la palma del martirio.

Elegido por Dios y por el clero para gobernar la diócesis de Lyon, mientras desempeñó en ella este oficio episcopal se condujo con tal pureza, modestia, piedad, paciencia, amor a los pobres y fidelidad a los mandamientos divinos, que sin temor a equivocarnos podemos asegurar que aventajó en todo género de virtudes a los sacerdotes de su iglesia en su tiempo, incluidos los más pefectos y magníficos.

Este piadoso varón, Justo de nombre y justo en obras, tras haber regido su diócesis durante algún tiempo decidió dejar su cargo para retirarse al desierto y vivir en él recoletamente hasta su muerte; y, dispuesto a llevar adelante su propósito, renunció a su obispado, tomó consigo a un joven clérigo que desempeñaba el oficio de lector en su catedral, y a un niño, para que le dieran compañía durante el viaje y en la nueva vida que había decidido adoptar, y se embarcó con sus dos jóvenes compañeros en una lancha; y, encomendándose al Señor, Padre solícito de cuantos habitan en los lugares más recónditos de la tierra y de cuantos viajan por el mar, y pidiéndole que con su Providencia hiciese llegar la barquichuela a Egipto y una vez allí los condujese hasta algún sitio solitario para servirle fielmente durante el resto de sus vidas, comenzó su navegación.

Cuando ya llevaba san Justo varios años en el desierto, acompañado de muchos monjes que atraídos por el ejemplo luminoso de sus virtudes habíanse agregado a él, un presbítero de la catedral de Lyon, llamado Antíoco, varón de probada prudencia que, andando el tiempo, llegaría merecidamente a ser obispo de la diócesis lyonesa, entró en deseos de visitar a su antiguo prelado, decidió satisfacerlos y se puso en camino, dispuesto a recorrer tierras y mares y a no desistir de su empeño hasta que lograra dar con su paradero. Cuéntase que san Justo supo por revelación divina que Antíoco le andaba buscando, y que en cierta ocasión dijo a sus compañeros: «Nuestro querido amigo Antíoco hoy se encuentra en tal sitio»; y que, con el mismo espíritu de profecía, el día en que el peregrino había de llegar a donde él y sus monjes residían, hizo este anuncio: «Hoy recibiremos la visita de nuestro amigo Antíoco».

Un día, cuando ya san Justo llevaba mucho años en aquel desierto llevando vida de ángel y aspirando al reino de los cielos, cuando su alma estaba a punto de emprender el último viaje para recibir en la bienaventuranza el premio merecido por su muchos trabajos, acercóse a él san Viator, quien, temblando de ansiedad y llorando, le dijo:

—Señor, ¿por qué te marchas y me dejas?

El venerable anciano y devoto pastor de la Iglesia, san Justo, le respondió:

—Hijo mío, no te burles de ese modo. No te abandono. Dentro de poco te reunirás conmigo.

Esta profética manifestación se cumplió: consta que entre la muerte del santo prelado y la del joven san Viator medió muy poco tiempo.

No debo pasar por alto ni en silencio el comportamiento que observaron los lyoneses en honor de nuestro santo patrono. Las autoridades de la ciudad, en cuanto se enteraron de que san Justo había muerto, recibieron dignamente los santos sacramentos y se trasladaron a la venerable región austral para hacerse cargo de su santo cuerpo. Con tal motivo tuvieron que recorrer palmo a palmo, desde el oriente hasta el ocaso, aquellas solitarias tierras calcinadas por los rayos del sol y todos los

lugares vecinos, buscando con sumo empeño al humildísimo y santo sacerdote que había huido de ellos; y dando al mundo entero elocuente testimonio de la devoción que sentían hacia el que fue su prelado, demostraron con esta actitud que ni su antiguo obispo los había abandonado porque los despreciara, o porque hubiesen cometido algún delito, ni ellos eran ovejas indignas de ser apacentadas por tan ilustre pastor, y simultáneamente pusieron de manifiesto cuán beneméritamente había él cumplido sus funciones pastorales y el alto concepto en que ellos a él le tenían. El fervor y devoción con que las autoridades lyonesas buscaron el cuerpo de su egregio prelado san Justo, fue secundado de modo no menos admirable por los habitantes de la ciudad, porque, cuando llegaron a ella desde tan lejanas tierras los restos del santo anciano, rápidamente todo el pueblo, religiosamente y llorando, salió a recibir las venerables reliquias, tributándoles homenajes de reverencia y profundo afecto, y dando gracias a Dios porque al fin el que en espíritu había vivido siempre entre ellos ya estaba de nuevo en Lyon con su cuerpo, para honra de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios bendito, a quien con el Padre y el Espíritu Santo corresponden la potestad, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo CCXXXI

SANTA CATALINA DE SIENA, VIRGEN DE LA SAGRADA ORDEN DE PREDICADORES

Santa Catalina, a la que el papa Pío II llamó virgen gloriosa y esposa amantísima de Nuestro Señor Jesucristo, fue hija de Jácomo y de Lapa, cónyuges muy conocidos en la ciudad de Siena por su fe y por sus virtudes.

A lo once años de edad, Catalina, movida por sus deseos de imitar a la Virgen Bendita Santa María, hizo voto de virginidad, rogando encarecidamente a Nuestra Señora que se dignase darle por esposo a su Hijo Jesús, Señor nuestro, y, cuando cumplió los doce, al enterarse de que sus padres, desconocedores del voto que ella había hecho, andaban pensando en casarla, se cortó sus cabellos al rape y descubrió a Jácomo y a Lapa la promesa que secretamente había pronunciado. A partir de este momento la santa doncella se entregó por completo, de día y de noche, a la práctica de la oración, de las vigilias y de los ayunos, y a la realización de infinidad de obras buenas; y con tal intensidad que muy pronto la fama de sus virtudes se extendió por la ciudad y fuera de ella.

Cierto día, cuando no contaba más que quince años, estando un poco adormecida, apareciósele santo Domingo, fundador e ínclito Padre de la Orden de Predicadores, y le propuso que tomara el hábito de su religión; es decir, que ingresara en la llamada Orden de Penitencia del referido Padre Santo Domingo, y que viviese conforme al espíritu y a las reglas de la susodicha orden. De muy buena gana accedió ella a esto, por lo cual, enseguida pidió el hábito y lo recibió con suma devoción, y desde entonces hasta su muerte perseveró en el camino emprendido, siendo admirable ejemplo para todos de rigurosa penitencia, de abstinencia y de austeridad.

Este modo de vida, que cuenta con la aprobación del sumo pontífice, es seguido actualmente por muchas personas nobles y devotas, con gran provecho espiritual para sus almas.

Desde que esta santa lo abrazó, no hubo para ella actividad más digna ni más santa en el mundo que la de tratar de convencer a todos de que deberían esforzarse en conseguir la salvación eterna, amando a Nuestro Señor Jesucristo y cumpliendo fielmente sus mandamientos.

Su frugalidad en las comidas era tanta, y tanta y tan rigurosa su abstinencia que pasaba varios meses seguidos privada de cualquier género de alimentos y sustentándose únicamente con la comunión del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Las durísimas disciplinas que a sí misma se daba

hacían brotar la sangre de su carne. Prodigaba sus servicios a los enfermos con inmensa caridad. Varias veces se despojó de sus ropas personales para darlas a los pobres. En esto se conducía con tan extrema generosidad, que en distintas ocasiones el Señor cubrió la desnudez de su sierva con vestidos milagrosos. Un día entregó a un necesitado la capa de su hábito, y como sus familiares la reprendieran y trataran de hacerle ver que no había procedido correctamente privándose de una prenda de abrigo que le era tan necesaria, ella les respondió:

—Entended bien esto: sin capa puedo vivir; sin misecordia, no.

Resulta difícil admitir la maravillosa paciencia y profundísima humildad con que sirvió y soportó a una enferma, religiosa de su orden, que además de ser muy exigente y de tener un genio insoportable, correspondía a sus desvelos murmurando continuamente de ella y levantándole infames calumnias.

Algunas de sus innumerables obras buenas prueban con especial claridad y hasta con evidencia meridiana el celo y amor con que procuraba la salvación de las almas. He aquí un ejemplo: un joven perteneciente a una ilustre familia de Perusa, al conocer que había sido condenado a muerte por el senado de Siena, hundióse en tal estado de rabia y desesperación que renegó de la fe en Jesucristo, se obstinó en rechazar el sacramento de la confesión y se negó a hablar con quienes trataban de aconsejarle que se arrepintiese de sus pecados y tornase al seno de la Iglesia. Súpolo Catalina, fue inmediatamente a ver al desesperado y renegado prisionero, soportó pacientemente sus repulsas e injurias, habló con él y acertó a decirle tales palabras que lo tranquilizó, lo convirtió y consiguió que el mencionado joven, encomendándose a Jesucristo, aceptara la muerte y muriera como un buen cristiano.

Estuvo santa Catalina dotada de altísima sabiduría, como lo acreditan los ingeniosísimos escritos que de ella se conservan. Iluminada por el Espíritua Santo interpretaba las sentencias de los santos Padres con mayor acierto y profundidad que los más famosos teólogos de su tiempo. En cierta ocasión mantuvo un debate público con dos eminentísimos maestros en teología, uno de ellos perteneciente a la Orden de los Menores y el otro a la de los Ermitaños, y, a pesar de la reconocida ciencia de estos dos ilustres doctores, ambos quedaron públicamente derrotados. Y tanto el uno como el otro, al final de la disputa, profundamente impresionados por la agudeza de los razonamientos de la santa, por la rapidez con que respondía a las objeciones, y por la claridad y firmeza de las proposiciones que sustentaba, comentaban entre sí y con la gente:

—Esta religiosa no es una criatura humana; es un ser divino.

A partir de entonces los dos teólogos se entregaron a una vida de altísima perfección espiritual, perseveraron en ella y, cuando les llegó la hora de salir de este mundo, emigraron santamente al cielo.

Con elocuencia y energía habló a los papas Gregorio XI y Urbano VI y sin arredrarse dijo a uno y a otro cuanto en conciencia creyó que tenía la obligación de decirles.

Esta virtuosísima virgen, entre otros carismas muy notables, poseyó en grado eminente el espíritu de profecía y recibió de Dios la gracia singular de obrar muchísimos milagros, por ejemplo, éstos que nos limitaremos a enumerar: con sus oraciones consiguió que su propia madre, que había muerto sin confesarse, tornara a la vida y recibiera los sacramentos; en numerosas ocasiones obligó a los demonios a salir de los cuerpos de los posesos y fue instrumento de Dios para la realización de infinidad de obras maravillosas.

Finalmente, estando en Roma a donde había ido llamada por el Señor, sabiendo por divina revelación que en breve iba a morir, congregó a sus discípulos, los consoló, oró con ellos largo rato, exhortólos a que vivieran santamente y luego, pronunciando estas palabras *«en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»,* dulcemente expiró y su alma inocentísima emigró al cielo. Santa Catalina murió en 1380 a los treinta y tres años de edad. Cuantos enfermos se acercaron a venerar su cuerpo quedaron curados, fuese cual fuese su enfermedad. Sus restos mortales fueron enterrados con sumo honor en la iglesia de Santa María de la Minerva. En 1461 el papa Pío II inscribió el nombre de esta gloriosa santa en el catálogo de las vírgenes.

Virgen Catalina, esposa de Cristo: acoge y muestra a los moradores del Empíreo estos homenajes de alabanza que todos nosotros de común acuerdo, llenos de alegría, ofrecemos en tu honor. Rogámoste que nos perdones si no somos capaces de ponderar debidamente tus méritos. Reconocemos, oh esclarecida virgen, que carecemos del ingenio necesario para alabarte como mereces.

¿Quién podrá, jamás, cantar dignamente adecuadas alabanzas en tu honor? ¿Quién en todo el mundo tendrá inspiración suficiente para honrarte con elogios que no se queden cortos? Tú, Catalina, fuente abundante de luminosos ejemplos, modelo de costumbres, asombrosamente sabia, equilibrada, fuerte, piadosa, justa, prudente, ya estás colocada en lo más alto del cielo. ¿Quién desconoce tus virtudes y tus gloriosas acciones, tan portentosas que no hay en la tierra quien posea elocuencia bastante para ponderarlas? Tan identificada estuviste con Cristo que hasta llevaste en tu cuerpo sus gloriosas llagas. Tú despreciaste enérgicamente las cosas de esta vida que es por naturaleza breve, triste y miserable; tú soportaste valientemente todo género de penalidades; por eso conseguiste los bienes eternos y preciosos del cielo; por eso también, cuando llegó el momento en que tu alma iba a salir de este mundo y tus sagrados miembros a convertirse en cenizas bajo tu sepulcro, hiciste saber a los que lloraban que no había por qué llorar, puesto que emigrabas al cielo. De ese modo, mientras adorabas el cuerpo sagrado de Cristo y recibías en comunión la Santa Hostia, diste una última y magnífica lección enseñando, a cuantos con sus ojos arrasados de lágrimas te rodeaban, cuál es el verdadero sentido que tiene la vida.

Que la virgen santa Catalina interponga en nuestro favor sus méritos y nos ayude a llegar a las estancias del reino eterno. Amén.

Capítulo CCXXXII

SAN VICENTE, CONFESOR DE LA SAGRADA ORDEN DE PREDICADORES

San Vicente nació en Valencia, nobilísima ciudad de España, en el seno de la antigua y honrada familia de los Ferrer. A través de dos indicios coligió su madre durante su preñez que el hijo que llevaba en sus entrañas andando el tiempo llegaría a ser persona importante. Consistió el primero de ellos en que, así como sus anteriores embarazos habíanle producido grandes molestias, este no le causó ninguna, y tan ninguna, que a lo largo de él sintióse tan ágil de vientre y tan fuerte de cuerpo como si no hubiera estado preñada. El segundo indicio consistió en que en varias ocasiones oyó que el niño que llevaba en sus entrañas emitía unos sonidos muy parecidos a los ladridos de los perros. Intrigada por este extraño fenómeno consultó el caso con varios siervos de Dios, entre otros con el obispo de Valencia, preguntándoles qué podrían significar tan extraños aullidos, y todos le respondieron lo mismo: que a través de aquellos aullidos el Señor quería darle a entender que el hijo que iba a parir sería, cuando fuese adulto, predicador de la palabra divina, y, que alcanzaría fama y celebridad en todo el mundo, tanto por la solidez de su doctrina cuanto por la santidad de su vida.

Nació el niño. El nombre que le impusieron en el baustismo fue de alguna manera otro presagio divino. Cuando alcanzó la edad adecuada para comenzar a ser instruido en letras y buenas costumbres, todos quedaron admirados al ver la rapidez con que aprendía las cosas. En muy poco tiempo Vicente alcanzó alto nivel cultural y educación esmerada. Era todavía no más que un muchachuelo y ya descollaba por la religiosidad de su conducta. No había en toda la ciudad de Valencia persona seglar que le sacara ventaja en el número de visitas que diariamente hacía a las iglesias, ni en la atención que ponía a lo que los predicadores predicaban, ni en la frecuencia con que ayunaba. Desde su niñez puso gran empeño en imitar el buen comportamiento de las gentes honradas y en huir de los malos ejemplos de los malvados. Su caridad para con los pobres y menesterosos era tanta, que las pequeñas cantidades de dinero que sus padres de vez en cuando le daban, las distribuía inmediatamente entre los mendigos.

Impregnado del rocío celestial de la divina gracia, a los 18 años de edad ingresó en la Orden de Predicadores. Desde el mismo día en que tomó el hábito de esta religión se propuso practicar con absoluta fidelidad su regla y sus Constituciones y conocer a fondo la vida y hechos de su Padre Santo Domingo para ver en qué cosas y de qué modo podría imitar en adelante lo más fielmente posible al que desde entones iba a ser su guía y su modelo.

Posteriormente, sus relevantes virtudes y el renombre y la fama que por su santidad había adquirido, pusiéronle en la comprometida situación, que él no pudo evitar, de acompañar durante dos años seguidos, constantemente, al sumo pontífice, en calidad de confesor suyo y maestro del Sacro Palacio.

Por este tiempo, estando en la pontificada resi-

dencia de Avignon aquejado de gravísimas fiebres, apareciósele Nuestro Señor Jesucristo envuelto en deslumbrantes resplandores y recibió de El el encargo de recorrer todas las tierras de Occidente predicando el Evangelio y anunciando a todas las gentes que el día del juicio estaba próximo. Cristo lo consoló, dióle algunas instrucciones concretas para el mejor cumplimiento de la misión que acababa de encomendarle, y acto seguido, dándole con su mano en señal de amistosa familiaridad una leve y cariñosa palmadita en su mejilla, desapareció. En aquel mismo momento san Vicente se sintió completamente curado de sus fiebres, se levantó, se vistió y se dispuso a cumplir puntualmente el encargo del divino Maestro.

Predicando de pueblo en pueblo la palabra de Dios recorrió primeramente todas las regiones de Francia y de España y luego las de Italia, misionando en algunas ciudades de Lombardía. Después se trasladó al reino de Granada en el que convirtió a gran cantidad de sarracenos.

Por donde quiera que pasaba hacía con sus oraciones cosas extraordinarias. El Señor obró mediante él estupendos milagros en tierras tolosanas y en otros muchos sitios. En la ciudad de Tolosa una mujer que estaba loca, parió un hijo, y nada más parirlo lo troceó y coció los pedazos en una olla. Su marido consiguió reunir los trozos cocidos de la criatura, y llorando acudió con ellos a san Vicente y le rogó que devolviera la vida a su hijo. El santo resucitó al niño, y éste, durante toda su vida, en recuerdo de tan portentoso milagro, conservó en su cuerpo las cicatrices de las antiguas sajaduras.

No debemos omitir la relación de otro prodigio obrado por san Vicente en Lérida, ciudad del reino de Aragón: un día, al acabar de predicar un sermón con el que convirtió a Dios a todas las rameras que se dedicaban al oficio de la prostitución, en cuanto el enorme gentío que había acudido a oír su predicación se retiró a sus casas, todos los proxenetas que explotaban a las susodichas prostitutas saliéronle al encuentro perfectamente armados, con propósito de matarle. El santo, al adivinar las intenciones que traían, les dijo:

—Así que vosotros sois los rufianes que comerciáis con esas pobres mujeres, y porque ellas se han propuesto cambiar de vida, tratáis, despechados, de eliminarme. Pues bien, aquí me tenéis. Haced conmigo lo que queráis, que estoy dispuesto a aguantarlo todo.

Los proxenetas le rodearon y levantaron sus armas para asesinarlo. Entonces él se persignó diciendo: «Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor Dios nuestro», y mientras se estaba persignando todos aquellos hombres bajaron sus brazos, envainaron sus espadas y puñales y cayeron de rodillas ante él pidiéndole perdón. Ni que decir tiene que cuantos presenciaron esta escena quedaron admirados del poder milagroso del venerable siervo de Jesucristo.

El papa Benedicto XI, religioso, como él, de la Orden de Predicadores, quiso hacerlo cardenal, pero san Vicente se resistió y consiguió que el pontífice desistiera de sus propósitos. Era mucha su humildad para avenirse a aceptar semejante nombramiento; por otra parte estaba plenamente de acuerdo con esta sentencia que se lee en el capítulo último de la distinción séptima: «Quien aspira a ocupar los primeros puestos en la tierra, ocupará los últimos en el cielo». Sistemáticamente, durante toda su vida, rehuyó las dignidades y los cargos. Lo único que le interesaba era divulgar la palabra de Dios; y eso fue lo que hizo con tan extraordinario fruto que convirtió al Señor a innumerables multitudes de pecadores.

Predicó mucho a lo judíos, y con su elocuencia y enérgico estilo consiguió aclararles a muchísimos de ellos, en la medida de que esto es posible a un hombre, los misterios de la Sagrada Escritura, y que más de 25.000 se convirtieran y bautizaran en diferentes lugares de España. Con su santa predicación obtuvo también la conversión de unos 8.000 sarracenos.

Por donde quiera que iba, si encontraba gentes divididas por discordias, se detenía lo que fuese necesario y no se marchaba a otro sitio hasta que no obtenía que los componentes de aquellas facciones se reconciliaran entre sí.

El Espíritu Santo infundió en su alma muy diversos carismas, y entre ellos especialmente el don de lenguas, merced al cual aunque en todos los lugares del mundo en que predicó usó siempre su propio idioma nativo, quienes asistían a sus predicaciones entendían cuanto decía tan perfectamente como si les estuviese hablando en la lengua que ellos entre sí hablaban.

También poseyó en muy alto grado el don de profecía. Cierto día predicando en Valencia, acercóse a él un caballero llamado Ferrando, llevando en sus brazos a un sobrinito suyo de muy corta edad, pidiéndole que bendijera al niño. San Vicente miró al pequeño y seguidamente dijo al tío:

—En cuanto este niño tenga edad para ello llevadlo a la escuela y procurad que se instruya convenientemente, porque habéis de saber que este vuestro sobrino, andando el tiempo, llegará a ser papa y él ha de ser el que glorifique mi nombre».

En efecto, aquel niño llegó a ser papa con el nombre de Calixto III, y él fue quien en el mismo año en que subió al solio pontificio canonizó a san Vicente.

En otra ocasión se encontró con un hombre que había asesinado a un hermano suyo e iba de unos sitios a otros llevando bajo su capa la cabeza del difunto y diciendo a la gente que se trataba de la cabeza de un carnero. San Vicente le dijo:

—Caerás en manos de la justicia y serás condenado a muerte.

Poco después se cumplió el vaticinio del santo.

San Vicente fue un religioso venerable, agradable, amable, al que todos querían. En él hallaron siempre los huérfanos y desamparados un padre, las víctimas un defensor y los pobres y desgraciados un consolador maravilloso.

Finalmente, en 1418, asistido por los cuidados y oraciones de un grupo de religiosos de su Orden que constantemente le acompañaban, y por las plegarias y atenciones de la ilustrísima señora duquesa de Bretaña, tras recibir los santos Sacramentos, a sus 78 años de edad, murió santamente en Vannes y en esta ciudad fue enterrado; y si milagros hizo en vida, no hizo menos después de su muerte.

¡Oh Vicente, gran doctor, y predicador de la verdad! ¡Numerosas almas asociadas en la bienaventuranza a los coros de los ángeles proclaman tus victoriosos triunfos! ¡Ayúdanos con tu poderosa intercesión a conquistar el reino de los cielos. Amén.

Capítulo CCXXXIII

SAN ANEMUNDO, ARZOBISPO Y MÁRTIR

San Anemundo, amado de Dios y de los hombres, arzobispo de Lyon e ínclito mártir, miembro de una familia de muy ilustre abolengo, nació y se crió en la corte de Dagoberto, rey de los francos, si bien más adelante voluntariamente se apartó del ambiente palaciego, se entregó por completo a la fiel observancia de los divinos mandamientos, e hizo en esto tales progresos y alcanzó tan alto grado de virtud que fue nombrado arzobispo de la ciudad de Lyon. En el desempeño de este oficio, ya desde el principio se condujo con tanto acierto y se comportó tan amablemente con todos los ciudadanos del reino, que en seguida se granjeó el afecto del pueblo, particularmente el de las gentes de condición humilde.

Envidiosos algunos próceres de los éxitos que en el ejercicio del ministerio arzobispal obtenía su antiguo compañero, acusáronle ante el rey de que había cometido delitos de lesa majestad, diciéndole al monarca que pretendía sublevar al pueblo contra él. Dagoberto creyó aquellas calumnias y depuso a Anemundo de su sede arzobispal, que era lo que sus viles acusadores pretendían.

¡Oh, maldita envidia! A ti se debió que el justo Abel fuese asesinado; tú tuviste la culpa de que Juan Bautista muriese decapitado; por causa tuya Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, fue clavado en la cruz y tú fuiste responsable de que el santo prelado Anemundo fuese calumniado ante el rey!

El venerable siervo del Señor soportó la calumnia y el infortunio con admirable ecuanimidad, aceptó la destitución de su oficio, y se dedicó a ejercer la caridad entre los pobres, a orientar debidamente al clero y a practicar la oración, las vigilias, los ayunos y demás obras de piedad.

El martirio de este glorioso prelado san Anemundo parecióse mucho al de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo en las cinco circunstancias siguientes:

Primera. En la traición de que uno y otro fueron objeto. Por envidia fue acusado y apresado Nuestro Señor Jesucristo como se declara en este pasaje del santo Evangelio: *«Sabía Pilato que todo aquello había sido promovido por envidia»*. Por envidia fue también denunciado san Anemundo y condenado a muerte.

Segunda. En el amor que ambos mostraron a sus enemigos. Nuestro Salvador, clavado en la cruz, olvidándose de casi todos sus padecimientos, oró al Padre por sus perseguidores de este modo: «¡Padre amantísimo! ¡Padre benignísimo! Te suplico con todo mi corazón que los perdones, porque no saben lo que hacen». De esta forma muy semejante oró también san Anemundo por quienes le habían calumniado y por cuantos le perseguían.

Tercera. En el recurso piadoso a la oración. Consciente Cristo Jesús de que la hora de su

muerte se avecinaba, suplicó al Padre que protegiera a aquellos a quienes tanto amaba. Eso mismo hizo este bienaventurado mártir; porque san Anemundo, al saber que dentro de poco iba a morir, se refugió en la oración; y cuando tuvo noticia de que la ciudad estaba cercada por los ejércitos del rey, celebró la santa misa y al final de la misma habló a los fieles y les dijo: «Hermanos míos, si alguna vez os ofendí o hice cosa alguna que haya redundado en vuestro perjuicio, os pido que no me guardéis rencor por ello; os suplico que me perdonéis y que me perdonéis con generosidad. Quiero que sepáis que jamás en mi vida hice cosa alguna con intención de perjudicar a nadie». Sin dejarle terminar, sus oyentes unánimemente manifestaron: «¡Oh padre y buen pastor de nuestras almas! ¿Por qué nos dices eso? Jamás has hecho nada que nos desagradara. Todos, desde los más bajos a los más encumbrados, sabemos perfectamente que siempre buscaste nuestro bien y que hemos recibido de ti inmensos e innumerables beneficios. Tú eres el que tienes que perdonarnos por nuestro mal comportamiento para contigo. Te pedimos, pues, que nos otorgues tu bendición y que ruegues al Señor por nosotros». Acto seguido el santo arzobispo bendijo a sus fieles y suplicó a Dios que se dignase proteger al pueblo.

Cuarta. En la manera en que ambos fueron apresados y conducidos ante el tribunal. Apresado fue Cristo y posteriormente presentado ante Pilatos para que juzgara su causa. También san Anemundo, como el Señor, salió valientemente al encuentro de quienes iban a prenderle, se acercó a ellos sin temor y les dijo: «La paz sea con vosotros». El tirano que iba al frente de la turba cortóle la palabra y en tono furioso le ordenó: «Ven con nosotros; vamos a llevarte ahora mismo ante el rey». Acto seguido, quienes habían ido a buscarle lo prendieron y se lo llevaron. Al pasar por Macon permitiéronle que se entrevistara con el obispo de la ciudad; luego prosiguieron su viaje hasta Chalons en donde un piadoso sacerdote se acercó al venerable prisionero y lo consoló como el ángel había consolado a Cristo en el huerto.

Quinta. En el desenlace de los respectivos sucesos. Al terminar el día y llegar la noche, el santo varón de Dios, agotado de cansancio por la larga caminata y fatigado de tanto orar y de tanto cantar salmos durante todo el trayecto, cayó extenuado sobre un jergón de paja; al retirarse la turba quedó solo; mas al poco rato dos hombres inicuos entraron en la estancia en que se encontraba, lo atravesaron con sus espadas y lo mataron. El alma del santo arzobispo voló al cielo coronada con la palma del martirio. Unos discípulos del siervo de Dios recogieron su cuerpo y lo condujeron a bordo de una barca por el río Saona hasta su ciudad de Lyon, en cuya catedral lo enterraron con gran solemnidad y reverencia. En dicha catedral puede verse todavía hoy su magnífica sepultura, desde la cual el santo arzobispo, a través de sus venerables reliquias, continúa haciendo grandes milagros que constituyen una evidente demostración de la santidad con que vivió.

Capítulo CCXXXIV

SAN FERMÍN, OBISPO Y MÁRTIR

En tiempos de los emperadores Diocleciano y Maximiano hubo en Pamplona, ciudad de España, un senador que desempeñaba el cargo de gobernador general de la región. Firme llamábase este alto dignatario, y firme era no sólo de nombre, sino también en sus obras. El susodicho gobernador tenía un hijo, llamado Fermín, cuya educación confió su padre al presbítero Honesto a fin de que lo instruyera en la ciencias divinas.

A sus diecisiete años de edad estaba Fermín tan impuesto en doctrina, que en algunas ocasiones predicaba al pueblo, sustituyendo en este menester a Honesto, su maestro. Este, de acuerdo con los padres del joven, envió a su discípulo a Tolosa en donde estaba de obispo un tal Honorato, al cual rogó Honesto que confiriese a Fermín la ordenación episcopal para que pudiese predicar al pueblo la fe de Jesucristo. Ordenó Honorato a Fermín, y Fermín, ya obispo, regresó a Pamplona para ejercer su ministerio juntamente con su maestro Honesto; pero unos años después, cuando contaba treinta y uno de edad, dejó todo cuanto tenía en Pamplona y se marchó a las Galias, fijando primeramente su residencia en Agen en donde permaneció un año y tres meses predicando y convirtiendo a muchos infieles; después, desde Agen se trasladó a la comarca de Beauvais para luchar contra el gobernador Valerio en defensa de la fe cristiana.

Hasta la muerte de Sergio, sucesor de Valerio, varias veces fue durísimamente azotado por su in-

quebrantable fidelidad a la doctrina del Salvador.

En cierta ocasión el prefecto lo encerró en la cárcel, pero el pueblo lo liberó y de ese modo pudo seguir predicando y bautizando a multitud de personas y construyendo iglesias. Después se marchó a Amiens en donde en sólo cuarenta días convirtió y administró el bautismo a tres mil hombres. Cuando los gobernadores Lóngulo y Sebastián se enteraron de esto, se trasladaron desde Tréveris hasta Amiens, y al llegar a esta ciudad increparon a Fermín en presencia de todo el pueblo y le echaron en cara los graves delitos de que había sido acusado; mas temiendo luego que las multitudes se pusieran de parte del santo y se sublevaran contra ellos, no se atrevieron a condenarle públicamente a muerte sino que mandaron en privado a sus alguaciles que lo encerraran en la cárcel y que en ella, secretamente, lo degollaran; y así lo hicieron.

El senador Faustiniano que con todos los miembros de su familia había sido bautizado por el siervo de Dios, se las arregló para hurtar piadosamente, durante la noche, el cuerpo del santo mártir y para enterrarlo reservadamente en un panteón de su propiedad.

Poco después de esto los habitantes de Beauvais se amotinaron contra el gobernador Sebastián, se apoderaron de él y lo mataron.

El martirio del glorioso san Fermín se conmemora el 25 de septiembre.

Capítulo CCXXXV

SAN LÁZARO, OBISPO Y DISCÍPULO DEL SEÑOR

Lázaro significa *ayudado de Dios* y *vida de penitencia en el día de la salvación,* o lo que es lo mismo, *en el día del perdón.* Puede decirse que cuando el verdadero Sol de Justicia ilumina a los pecadores, Dios les está ayudando y auxiliando y confiriéndoles su gracia; y perdonándoles sus pecados en este mundo y asegurándoles la vida eterna en el otro.

San Lázaro, de noble y regia estirpe, hijo de Siro y de Eucaria, fue bautizado juntamente con sus hermanas María Magdalena y Marta por san Maximino, uno de los discípulos del Señor.

Lázaro, militar de profesión, era dueño de gran parte de la ciudad de Jerusalén. El santísimo evangelista Juan, en el capítulo 11 de su evangelio, nos da a entender lo mucho que Nuestro Señor Jesucristo lo amaba. He aquí sus palabras: «Hallándose Lázaro enfermo, sus hermanas enviaron un recado a Jesús diciéndole: —Señor, tu entrañable amigo no se encuentra bien. Jesús, el Salvador del mundo, al recibir este mensaje, hizo este comentario: Esta enfermedad no es de muerte; es algo permitido providencialmente para que se manifieste la gloria de Dios y para que el Hijo de Dios sea glorificado. Más tarde, dijo a sus discípulos:

—Nuestro amigo Lázaro duerme; voy a despertarlo. Cuando ya se acercaba a Betania saliéronle al encuentro las hermanas de san Lázaro y, tras de saludarle, dijéronle quejumbrosas y llorando: —Señor, si cuando te pasamos aviso de que Lázaro no se encontraba bien hubieses prontamente venido, nuestro hermano no estaría ahora muerto. Jesús se dirigió al lugar donde el difunto había sido enterrado y, a pesar de que llevaba ya cuatro días en el sepulcro, lo resucitó».

Después de la Ascensión del Señor se desencadenó una grave persecución contra los cristianos. Los judíos prendieron a Lázaro, a sus hermanas, y a muchísimos creyentes, los embarcaron en un navío, condujeron la nave hasta alta mar y allí la dejaron abandonada a su suerte, sin remos, sin velas, sin timón, a merced de las olas, y con la mala intención de que naufragase para que pereciesen todos sus ocupantes; pero un ángel enviado por Dios se hizo cargo de la embarcación y la condujo hasta el puerto de Marsella en donde todos sus pasajeros desembarcaron.

En esta mencionada ciudad predicó Lázaro el Evangelio de Nuestro Salvador Jesucristo, organizó la Iglesia marsellesa, fue su primer obispo, convirtió al cristianismo a las gentes de aquel país, y después de una vida santa murió por segunda vez y emigró al Señor el año 13 del imperio de Claudio. Sus restos se conservan con suma veneración en la ciudad de Marsella. Su fiesta se celebra el 17 de diciembre.

Capítulo CCXXXVI

SANTA CLARA

Doblemente clara o esclarecida fue esta admirable mujer: por su nombre y por sus virtudes. Y doblemente paisana de san Francisco, puesto que ambos

nacieron en la misma ciudad y ambos viven ya permanentemente en el reino de los cielos.

Clara, nació en la ciudad de Asís, en el seno de una ilustre familia. Hija de un militar de profesión rico en bienes de fortuna, y de Hortelana su mujer, esta santa tuvo muchos ascendientes militares, tanto por la vía paterna como por la materna.

Cuando Hortelana estaba preñada acudió un día a la iglesia a pedir a Dios que le concediera un parto feliz y, al poco rato de haber comenzado a orar devotamente ante una imagen de Cristo crucificado solicitando la susodicha gracia, oyó una misteriosa voz que decía: «No tengas miedo, mujer; parirás felizmente una criatura que será una lumbrera, puesto que proyectará su luz sobre el mundo entero». Precisamente, en recuerdo de este oráculo, cuando Hortelana parió quiso que su hija recibiera en el bautismo el nombre de Clara.

Desde muy niña comenzó esta santa a socorrer generosamente a los pobres, a remediar sus necesidades con los bienes que en su casa abundaban, y a mortificar su infantil cuerpecillo privándolo de golosinas y de alimentos exquisitos. Sus padres vestíanla con ricas ropas, pero bajo sus bonitos y lujosos vestidos llevaba ella a raíz de carne, ocultamente, un áspero cilicio; y, aunque a tenor de lo que el mundo exigía a las doncellas de su edad y de su condición social tuviese que llevar galas y adornos sobre su cuerpo, ella, interiormente, engalanaba y adornaba mucho más su alma para agradar a Jesucristo.

Cada vez que sus padres le hablaban de que había que ir pensando ya en el futuro matrimonio, ella, que se oponía a semejantes planes, les repetía que quería permanecer virgen y consagrarse perpetuamente al servicio del Señor.

Para terminar con los comentarios que cundían por la ciudad acerca de sus buenas prendas, de la cuantía de su dote y de la suerte que recaería sobre quien se casase con ella, fundó un monasterio, encerróse en él y de ese modo dio origen a un nuevo instituto religioso femenino, que adoptó el nombre de Orden de Señoras Pobres. Para llevar a cabo esta empresa tuvo que soportar infinidad de injurias y los ladridos de los murmuradores; pero no se arredró, sino que sacó adelante su obra, y recluida en su santo convento vivió cuarenta y dos años, quebrando en él, día tras día, el alabastro de su cuerpo y perfumando la Iglesia de Dios con el exquisito aroma de sus ungüentos.

La fama de su santidad comenzó a extenderse por todas partes. Atraídas por el ejemplo de sus virtudes comenzaron a llegar a la nueva Orden mujeres de diferentes estados y condiciones sociales: doncellas dispuestas a consagrar su virginidad a Jesucristo; casadas que deseaban servir al Señor castamente; damas nobles e ilustres que abandonaban sus palacios y ofrecían sus bienes para la construcción de nuevos conventos, deseosas de encerrarse en ellos sin otro afán que el de vivir unidas a Cristo Hijo de Dios, mortificando sus cuerpos con cilicios y ceniza... Las madres que entraban en el nuevo Instituto animaban a sus hijas a que entraran también ellas. Si eran las hijas quienes abrazaban este género de vida, invitaban a sus madres a incorporarse a él. Cada hermana incitaba a sus hermanas a seguir este camino.

El nombre de Clara empezó a sonar en todo el mundo a ser pronunciado en todas partes con cariño y respeto, y a brillar por doquier entre aclamaciones de alabanza. Así fue cómo esta gloriosa santa se convirtió en la primera piedra de la Orden que lleva su nombre y cómo sobre el cimiento de la humildad y con el ejercicio de todas las demás virtudes, alzó la noble fábrica de su instituto religioso.

Domaba Clara su carne sometiéndola a constantes y rigurosos ayunos; entregábase asiduamente a la oración; vertía tantas lágrimas cuando postrada en tierra oraba, y dirigía a Nuestro Señor tan dulces ósculos de amor, que cualquiera podría creer que tenía a Jesús reclinado en su regazo y que lo acariciaba con sus manos.

Una noche, estando la santa orando de la manera dicha y llorando copiosamente, de pronto se le

apareció el ángel de las tinieblas en forma de un niño negro y le dijo:

—Si sigues llorando de esa manera acabarás quedándote ciega.

Ella le respondió:

—Ni me importa perder la vista corporal ni me consideraré ciega mientras pueda ver a Dios con los ojos de mi alma.

Ante semejante respuesta el demonio, avergonzado, desapareció inmediatamente.

En cierta ocasión un ejército de los sarracenos invadió la ciudad de Asís. Numerosos soldados infieles, gente pésima, dispuesta en todo momento a beberse la sangre de los cristianos, saltaron por encima de las tapias de la huerta del monasterio donde vivían santa Clara y sus religiosas. La santa hallábase a la sazón postrada en cama, pues además de ser ya muy anciana tenía tantas enfermedades y achaques que no podía ni moverse. Las monjas, al ver el convento invadido por la furiosa soldadesca enemiga, llenas de miedo corrieron a la celda de su venerable madre, y espantadas entre sollozos refiriéronle lo que ocurría. Entonces la santa abadesa, tomando en sus manos un cofrecillo de plata en el que guardaba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, a pesar de encontrarse tan débil y tan sin fuerzas hízose conducir por sus hijas a donde según éstas estaban los soldados, y al llegar al sitio donde efectivamente estaban, plantóse valientemente ante ellos, postróse seguidamente de rodillas en el suelo y, dirigiéndose a Cristo, díjole con sus ojos arrasados en lágrimas:

—¡Mi Señor! ¿Vas a consentir que estas siervas tuyas a las que he nutrido con tu amor caigan en manos de estos infieles? Tú sabes que en el estado en que me encuentro yo no puedo protegerlas. ¡Protégelas, pues, tú, mi Señor!

En aquel momento del interior del cofrecillo salió una voz infantil que decía:

—No temáis; estoy con vosotras; ahora y siempre os protegeré.

La santa añadió:

—¡Señor! Si es tu voluntad, protege también a la ciudad entera, cuyos habitantes en nombre tuyo nos alimentan con sus limosnas.

Nuevamente se oyó decir a la voz del cofre:

—La ciudad pasará por situaciones difíciles, pero yo la salvaré.

Oído esto, alzóse del suelo la abadesa y dijo a sus monjas que aún continuaban llorando asustadas:

—Hijitas mías; yo respondo de vosotras. Os aseguro que no os ocurrirá nada malo.

En efecto; nada malo les ocurrió, porque en aquel mismo instante la valentía de que aquellos perros hacían gala tornóse repentinamente en pavoroso miedo y, asustados por la eficacia de la oración de aquella anciana religiosa, saltaron nuevamente y a toda prisa por encima de las tapias y huyeron de allí.

Después de una vida muy piadosa, durante la cual exhortó a muchos a la práctica de la virtud y consiguió que numerosas almas se salvaran, esta gloriosa virgen, confortada con los Santos Sacramentos, descansó en la paz del Señor.

Capítulo CCXXXVII

SAN FILIBERTO, CONFESOR

Poco más que un niño era san Filiberto cuando Dagoberto, rey de los franceses, enterado de su buena índole y excelentes cualidades, llamólo a palacio y dióle en él un puesto entre los nobles del reino.

En su nueva condición, el joven cortesano, vestido con lujosas ropas y con el tahalí de oro a la cintura, prosiguió amando mucho a Nuestro Señor. Sus virtudes brillaban tanto y sus méritos eran tan notorios que poco después fue propuesto para ocupar la cátedra episcopal de la diócesis de Roan. Pero él, a sus veinte años de edad, fiel a la llamada divina que le invitaba a seguir los consejos evangélicos, decidió hacerse discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, se puso en comunicación con un siervo de Dios llamado Agilo, abad del monasterio de Rebais, se desprendió de cuanto tenía, distribuyendo sus bienes entre los pobres, se cortó el cabello y abrazó la vida monástica en la mencionada abadía. Al cabo de escaso tiempo alcanzó tal grado de perfección en la observancia de la disciplina religiosa, que todos los monjes veían en él un elocuente modelo de santidad.

No obstante, el secular enemigo de la especie humana, rabioso por los ejemplos de virtud que el joven religioso daba a los demás, sugirióle que debería mitigar sus abstinencias y comer un poco más. Una noche en que el santo, cediendo a esas sugerencias internas, había cenado algo más de lo que acostumbraba, y hasta puede que se hubiera

excedido, parecióle que una mano extraña palpaba su vientre mientras una misteriosa voz le decía: «Así, así está bien». Entonces el siervo de Dios cayó en la cuenta de que se había dejado engañar por el demonio, y a partir de aquella noche triplicó el rigor de sus ayunos y comenzó a pedir insistentemente la ayuda divina para no dejarse sorprender nunca más por ninguna sugerencia diabólica; pero el demonio, que no quiso darse por vencido, se dispuso a hacerle la guerra, y otra noche, aprovechando la circunstancia de que el santo varón, como todas las demás noches, pasó a la iglesia mientras los demás dormían, dispuesto a permanecer en ella orando durante mucho tiempo, como siempre hacía, trató de impedirle su recogimiento y su oración apareciéndosele, apenas entró en el templo, en forma de oso, con la calculada intención de asustarle y obligarle a huir; a la noche siguiente, tan pronto como Filiberto entró en la iglesia, el diablo tomó un candelero de hierro que había en el altar e intentó partirle el pecho con él; y a la siguiente noche se colocó delante de la puerta de acceso al templo con los brazos extendidos, prohibiéndole pasar. En cada una de estas ocasiones Filiberto, con la ayuda de Dios, triunfó de su enemigo y de sus maquinaciones y le obligó a huir y a que lo dejara en paz mediante el procedimiento de trazar ante él la señal de la Cruz.

Muerto san Agilo, los monjes, por unanimidad eligieron abad a san Filiberto, el cual desde el mismo momento en que se hizo cargo del gobierno del monasterio, comenzó a ejercer su oficio valientemente, dispuesto a mantener la observancia de las reglas con exactitud y fidelidad, a cortar abusos, a suprimir, radicalmente y sin excepción de personas, ciertas costumbres perniciosas que se habían introducido en la comunidad con perjuicio moral para la buena marcha de la misma. A causa de esto algunos religiosos se insubordinaron contra el santo abad, trataron de destitutirlo, y hasta intentaron sacarlo de la iglesia arrastrándolo por el suelo. Pero la mano vengadora de Dios no dejó sin castigo a los rebeldes, de los cuales, uno pereció repentinamente fulminado por un rayo que cayó sobre él, y el otro murió en un estercolero expulsando por su ano, como arrio, todos sus intestinos, cuando estaba evacuando su vientre y así, con esta muerte tan afrentosa, despidióse adecuadamente de su indigna vida.

San Filiberto, por fin, después de haber fundado muchos monasterios y de haber hecho infinidad de milagros y de haber pasado por innumerables calamidades y trabajos en servicio de Nuestro Señor, falleció santamente.

Capítulo CCXXXVIII

SAN ANSELMO, OBISPO

El glorioso arzobispo de Cantorbery, san Anselmo, nació el año 1061 del Señor en un lugar de Lombardía muy próximo a la raya que separaba a esta región de la de Borgoña.

Desde su más tierna edad Anselmo dedicóse al estudio con tal intensidad y aplicación, que en muy poco tiempo adquirió notables conocimientos. Antes de cumplir los quince años reflexionó muy seriamente sobre la orientación que debería dar a su vida para mejor servir a Nuestro Señor Jesucristo. Poco después salió de su patria y al cruzar un monte sintióse tan cansado, tan desfallecido de hambre y sin tener a mano absolutamente nada que comer, que el criado que le acompañaba, compadecido de él, aun a sabiendas de que en el zurrón que llevaba a la espalda no había cosa alguna que llevarse a la boca, pues estaba seguro de que las provisiones se les habían terminado, púsose, sin embargo, a rebuscar en él, por si acaso entre las ropas y otros efectos que en el susodicho zurrón habían metido, hubiese quedado inadvertidamente algún rebojo de pan; y, mientras hurgaba en el fondo del fardel, quedó de pronto sorprendido al tropezar sus manos y sus ojos con un pan entero y blanquísimo. San Anselmo comió cuanto quiso, reparó sus fuerzas, reanudó la marcha, llegó a su destino sin novedad, se hizo monje y se entregó intensamente al cumplimiento exacto de las reglas de su religión.

Desde el momento en que San Anselmo ingresó en el monasterio, uno de los religiosos más antiguos de la comunidad comenzó a odiarle de tal manera que, aunque pasaron los años, ni podía soportar la presencia del santo ni siquiera mirarle desde lejos sin sentir hacia él profunda animadversión. Cayó este religioso enfermo, se agravó, y se agravó de tal manera, que a juicio de los médicos su fallecimiento podía ocurrir de un momento a otro. Estando las cosas así, un día, después de la comida, mientras los monjes conforme a la costumbre del monasterio dormían la siesta, el enfermo,

que ocupaba una celda en la enfermería, comenzó a dar voces pidiendo auxilio. Los religiosos que estaban a su lado asistiéndole, al ver su rostro desencajado, y sus ojos girando vertiginosamente en sus órbitas cual si fuesen a salirse de ellas, y su cuerpo convulso y sus manos temblorosas y agitadas haciendo gestos como si quisiera darles a entender que trataba de huir de algún peligro inminente, o de evitar alguna visión horripilante, asustados, le preguntaron:

—Hermano, ¿qué te pasa?

Él les respondió:

—Dos feroces lobos se han lanzado sobre mí, me tienen aprisionado entre sus patas y hunden sus dientes en mi garganta pretendiendo ahogarme. Pero, ¿es que vosotros no los veis?; y si los veis, ¿por qué me preguntáis que qué me pasa?

Uno de los que le velaban, al oír esto, salió de la celda a toda prisa, se fue a la de san Anselmo y le refirió lo que el enfermo decía que le estaba ocurriendo. Entonces san Anselmo se retiró a un lugar apartado, oró durante un rato y después se dirigió a la enfermería, entró en la habitación del enfermo, alzó su mano, trazó en el aire la señal de la cruz diciendo sencillamente «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y en aquel preciso momento el enfermo se tranquilizó, sonrió y con palabras que le salían del corazón, dio fervorosamente gracias a Dios y a san Anselmo por haberle librado de los espíritus malignos que tan cruelmente le habían atormentado. El santo dijo al enfermo:

—Hermano, arrepiéntete de tus pecados, porque dentro de muy poco, cuando suene la campana del monasterio para que los monjes se levanten de la siesta y acudan al coro a cantar el oficio de nona, morirás.

Una vez que le dijo esto, dióle la absolución paternalmente. Momentos después todo ocurrió tal como el santo había predicho.

Un día, yendo san Anselmo de viaje, encontróse con un monje al que preguntó:

—¿Hay por aquí cerca alguna hospedería en la que pueda alojarme? El monje le respondió:

—Nosotros tenemos una no lejos de aquí, pero carecemos de subsistencias. Precisamente hoy no disponemos en casa más que de un poco de pan y de un trozo de queso, y eso es lo que cenaremos esta noche.

San Anselmo, sonriendo, le dijo:

—No temas, buen hombre. Regresa inmediatamente a la hospedería, toma una red, vuelve aquí con ella, échala en ese arroyo que ves ahí y pescarás un pez de tan gran tamaño que dará suficientemente de sí para que esta noche cenemos todos.

El monje salió corriendo hacia su monasterio, buscó a un hermano muy experto en el arte de la pesca y le comunicó lo que el religioso forastero con el que se cruzó en el camino le había dicho. El hermano experto en pesca tomó a risa lo que el otro le estaba diciendo; pero como éste insistiera en que no debería tomar a broma todo aquello, porque el monje que le había aconsejado todo esto parecía persona muy formal y virtuosa, accedió a probar fortuna, tomó la red, fuese al riachuelo y, sin la menor esperanza de sacar nada, la metió en el agua, y apenas la red se había sumergico cuando he aquí que cayeron en ella una trucha de descomunal tamaño y un pececillo corriente.

El glorioso san Anselmo escribió muchas obras, entre otras éstas: *Monoloquio, Soliloquio, De la santa Trinidad, De la verdad, De la procesión del Espíritu Santo, De la caída del diablo, Del pecado original, De la encarnación del Verbo, Por qué Dios se hizo hombre,* etc. Fue además autor de muchos libros devotísimos y de la bellísima oración siguiente: «Cuando pienso en la vida que he llevado siento un miedo horroroso, y no es para menos, porque si paso atentamente revista a cuanto hasta ahora he hecho, hallo que mis obras han sido o pecaminosas o estériles, y si alguna de ellas a primera vista parece un poquito fructuosa, en cuanto la examino mejor descubro que sus frutos no son verdaderos, sino meramente aparentes o imperfectos o interiormente averiados. ¿Qué puedo, pues, hacer sino emplear el resto de mi existencia en llorar y lamentar el mal uso que hasta el presente he hecho de mis actos? Seguro estoy de que con mis numerosos pecados he merecido la condenación eterna; y lo estoy aún más de que por mucha penitencia que haga no lograré satisfacer debidamente por ellos; pero tengo la absoluta certeza de que tu misericordia, Señor, es infinita y, por tanto, mayor que mis ofensas. Ten, pues, piedad de mí; echa mano de tu gracia y concédeme el perdón de todos mis pecados, porque ya sabes, oh Señor y Dios mío, que los únicos méritos que yo puedo alegar ante ti, son los de tu inagotable clemencia».

También él es el autor de esta invocación al Hijo:

«¡Oh Señor Jesucristo, mi Redentor, mi Salvador! ¡Oh misericordia mía! Te alabo y te doy gra-

cias; mas a pesar de que mi agradecimiento y mis alabanzas carezcan de la devoción debida y sean insuficientes para corresponder a tus beneficios, mi alma se esfuerza por manifestarte, etc.»

San Anselmo, después de una vida muy virtuosa, asistido por la divina gracia, descansó en el Señor, a quien corresponde todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo CCXXXIX

SAN ELOY, OBISPO

San Eloy, hijo de Euquerio y de Terrigia, nació en un pueblo del territorio de Lemosín. Una noche, su madre, estando ya preñada, soñó que un pajarraco con aspecto de águila revoloteaba, graznando, por su habitación. El águila dio tres vueltas alrededor de su cama diciendo en cada una de aquellas vueltas algo que ella no pudo entender. Eso fue lo que Terrigia soñó, y como despertara sobresaltada por los chirridos y aleteos del pájaro, dio en pensar en el significado que pudiera tener aquel tan extraño sueño. Algún tiempo después, al sobrevenirle el parto, como éste se le presentara difícil, fueron a buscar a un venerable ermitaño y lo llevaron a casa de Euquerio para que rezase mientras su esposa paría y pidiese a Dios que el alumbramiento se produjese felizmente. El piadoso varón visitó a la parturienta y le dijo:

—No temas, mujer; parirás un hijo que será santo y célebre en la Iglesia de Dios.

Cuando Eloy tuvo edad para ello, su padre lo colocó en el taller de un platero a fin de que a su lado aprendiese el oficio de la orfebrería; y en cuanto el aventajado discípulo supo todo lo que su maestro podía enseñarle y consideró que tenía posibilidades de ganarse la vida ejerciendo aquella profesión cuyas reglas dominaba perfectamente, se trasladó a Francia y comenzó a trabajar con un artesano joyero, al que poco despúes el administrador de la casa real encargó la fabricación de una silla de oro y de plata para el monarca. La obra quedó tan hermosamente hecha que el rey, al verla, llamó al jefe del taller donde la había labrado y le felicitó sinceramente.

El maestro joyero aclaró al monarca:

—Señor, no la he hecho yo, sino un oficial que trabaja en mi casa y es tan competente en el oficio que con la misma perfección con que ha realizado esta silla puede realizar toda obra que se le encargue.

El rey entregó al maestro gran cantidad de oro para que su oficial labrase una segunda silla. Con el metal que el monarca suministró hizo san Eloy no una, sino dos bellísimas sillas; con una de ellas se quedó él, y la otra llevóla a palacio. Todos quedaron admirados ante la delicadeza y finura de aquella obra de arte y más que nadie el rey, el cual, entusiasmado, recompensó generosamente al artífice.

Poco después san Eloy se presentó nuevamente ante el soberano de Francia, le mostró la otra silla con la que él se había quedado y le dijo:

—Señor, con el oro que nos suministrásteis hice no una silla, sino dos. El monarca, sorprendido, respondió:

—No es posible. De haber hecho dos sillas, como dices, ¿podrías explicarme cómo te las arreglaste para ello? Porque estas dos sillas pesan lo mismo una que la otra, y cada una de ellas pesa igual que la cantidad de metal que os entregué.

San Eloy contestó:

—Señor, puedo muy fácilmente explicaros eso que tanto os extraña. Con la ayuda de Dios se pueden hacer esas cosas y otras aún más sorprendentes.

A raíz de este episodio san Eloy adquirió gran renombre y fama en la corte real.

Este santo amaba tanto a los pobres que los socorría con cuanto tenía a mano. En más de una ocasión, no disponiendo de otra cosa, quitóse sus propias ropas y las entregó a los menesterosos.

Unos años más tarde de lo que hemos referido, al quedar vacante la sede episcopal de Noyon por la muerte de su prelado Acario, san Eloy fue elegido obispo de esta ciudad.

Durante su prelatura sentó diariamente a su mesa a doce pobres, a quienes antes de comer lavaba las manos con las suyas, y en el transcurso de las comidas partíales el pan y por sí mismo servíales los alimentos.

El fue quien labró y adornó con oro y piedras preciosas los sepulcros de san Germán, san Severino, san Quintín, san Piaton, san Luciano, santa Genoveva, santa Columba, san Maximiano, san Julián y san Martín, obispo de Tours; y quien por encargo de Dagoberto, rey de los francos, y a sus expensas, decoró primorosamente con riquísimas guarniciones de oro y con incrustaciones de valio-

sísimas gemas, el mausoleo del mártir san Dionisio.

Finalmente, a sus setenta años de edad, este glorioso pontífice descansó santamente en la paz del Señor. Un año después de su muerte, cuando se abrió su sepultura para trasladar a otra sus venerables restos, su cuerpo estaba tan incorrupto y hermoso como si estuviese vivo, y todos quedaron admirados al advertir que sus cabellos y su barba habían seguido creciendo dentro de la tumba y tenían una extraordinaria longitud.

Vamos a referir ahora cómo descubrió san Eloy, cuando vivía, los sagrados restos del mártir san Quintín.

Sabíase que san Quintín había sido sepultado en la basílica de los santos Mártires, pero no en qué sitio concreto de la misma. Existía entre la gente sumo interés por conocer o averiguar el lugar exacto en que su cuerpo había sido enterrado. Un clérigo llamado Mauricio trató de hacerse el interesante y, explotando la ansiedad del público, presumía de que él no sólo conocía el emplazamiento de la sepultura, sino que podía desenterrar las venerables reliquias sin el menor riesgo de equivocarse.

—Prueba que es verdad lo que dices —decíale la gente.

Un día, a instancias del pueblo, el presumido clérigo tomó un azadón y comenzó a cavar en el pavimento del templo sin temor a profanar los restos de los santos mártires, y enseguida de que comenzara su temeraria tarea, el mango del azadón quedó pegado a las palmas de sus manos de tal forma que ni podía seguir cavando ni desasirse de la herramienta. Momentos después sus dedos empezaron a descomponerse y al poco rato estaban cuajados de gusanos. Al siguiente día el presuntuoso Mauricio murió miserablemente. Así castigó Dios su presunción y atrevimiento. Este hecho produjo tal miedo en el ánimo de todos, que ni aun los hombres más virtuosos se atrevieron a seguir cavando ni en aquél, ni en ningún otro lugar de la basílica. San Eloy, que ya por entonces era obispo de Noyon, se enteró de lo ocurrido y, movido por la devoción que profesaba a san Quintín y por el deseo de ayudar a quienes tenían tanto interés en localizar sus venerables reliquias, se trasladó a la basílica, oró largo rato en ella y comenzó un triduo de ayunos y de rogativas pidiendo con lágrimas en los ojos al Señor que se dignase manifestarle dónde se hallaba sepultado el glorioso mártir; y al terminar el triduo, el santo obispo, inspirado por Dios, tomó el azadón, y con sus propias manos comenzó a cavar en el sitio en que, según su juicio interior, parecíale a él que tenían que estar los restos, sitio bastante alejado de aquel en que Mauricio había iniciado su excavación. Prosiguió ahondando san Eloy, y al cabo de un rato descubrió el sagrado cuerpo, que se mostró rodeado de un halo de vivísima luz. De las venerables reliquias fluía un aroma tan intenso y agradable que el propio san Eloy apenas si podía soportar en su olfato la fuerza de tanta fragancia y en sus ojos la ofuscadora claridad de aquellos misteriosos resplandores.

Una vez que el cuerpo de san Quintín fue sacado de la fosa, san Eloy, llorando de emoción, dióle un beso en la frente y presidió su traslado al dignísimo lugar en que para alabanza del Dios soberano y de sus santos actualmente se encuentra.

Capítulo CCXL

SANTA RADEGUNDA, REINA DE FRANCIA

Santa Radegunda, hija de Betario, rey de un país no sometido a Roma, era todavía muy jovencita cuando otro rey, llamado Lotario, invadió su patria, se apoderó de ella, y se la llevó en calidad de esclava a Soissons con la idea de hacerla su esposa y convertirla en reina de Francia.

Radegunda se resistió cuanto pudo a este proyecto porque temía que las exigencias de la vida cortesana la obligarían a mostrarse complaciente con las vanidades del mundo. ¡Infundados temores en alma tan religiosa como la suya, que podía aceptar las honras de la gloria terrena sin riesgo de perder las de la bienaventuranza eterna!

Casóse en efecto Radegunda con un rey temporal; mas no por eso se apartó ni un ápice del soberano de los cielos; al contrario, aprovechó las ventajas que su nueva dignidad le proporcionaba para unirse aún más estrechamente con su afecto y con sus obras a su divino esposo.

Para evitar que su corazón se apegase a las riquezas de la tierra, determinó emplear en limosnas la totalidad del sueldo que la corte le había asignado, de manera que antes de recibir los tributos

que por su condición de reina le correspondían, ya los tenía intencionalmente distribuidos entre los pobres; y si en algunas ocasiones la cantidad de dinero que llegaba a sus manos era mayor de la prevista, lo que quedaba después de socorrer los casos que en una larga lista tenía anotados lo entregaba directamente a algún monasterio, y si no podía ir ella personalmente a llevarlo, lo enviaba por medio de algún mensajero.

Por las noches, cuando estaba acostada con el rey, pedíale disculpas diciéndole que precisaba levantarse para satisfacer alguna necesidad, salía de la regia estancia, se retiraba a otra secreta y reservada, tendíase en el suelo sobre un cilicio y se entregaba a la oración. Mediante esta táctica su espíritu se calentaba, pero su cuerpo quedábase yerto de frío y tan impasible como el de un cadáver. Algunos amigos decían al monarca:

—No os habéis casado, señor, con una reina, sino con una monja.

Por lo que atañe a sus penitencias cuaresmales, baste decir que todos los años, antes de que llegara este santo tiempo, escribía a una ermitaña muy virtuosa llamada Pía y le rogaba que le trazase un plan de vida, le diera los consejos que estimare convenientes y le enviara un cilicio. Recibida la respuesta de la ermitaña, la santa reina el primer día de cuaresma bajo sus ropas poníase el áspero cilicio, del que no se despojaba hasta la fiesta de Pascua, y se atenía enteramente al programa que Pía le hubiera señalado.

Cuando el rey estaba ausente, ¿quién será capaz de describir la asiduidad con que se entregaba a la oración, los largos ratos que pasaba en presencia de Jesucristo, cual si se sintiese anegada en delicias y dulcemente amarrada a sus pies, y el rigor con que ayunaba? En estas ocasiones prescindía de la comida corporal y únicamente se preocupaba de saciar ávidamente el hambre que sentía de Cristo, alimentando su espíritu con el pan de los ejercicios de piedad, de la práctica de la penitencia y de las lágrimas.

Movida por su inmenso amor al Señor, inspirada por Él y ayudada por la divina gracia, fundó santa Radegunda en la ciudad de Poitiers un monasterio en el que ingresaron numeras doncellas deseosas de mayor perfección y de consagrar sus vidas al servicio del inmortal esposo Jesucristo. Más adelante también ella misma, desembarazada de cuanto tenía, sin reservarse para sí absolutamente nada, sin otra ambición que la de trocar los bienes de la tierra por los del cielo, con autorización de su marido, el magnífico rey Lotario, ingresó en el mencionado monasterio, y a poco de ingresar en él las religiosas la nombraron abadesa de la comunidad.

Era de ver la caridad con que por amor a Dios trataba a los pobres y a los enfermos. Tomando la cuchara en sus propias manos daba de comer a los inválidos y a los ciegos. En diferentes ocasiones abrazó y besó a mujeres leprosas cubiertas de repugnantes llagas. Jamás dejó de socorrer a los mendigos que llamaban a las puertas del monasterio; jamás permitió que ninguno se marchara sin haber recibido la ayuda de alguna limosna, bien en dinero o bien en prendas de vestir o de abrigo. En su comportamiento con las religiosas de la comunidad parecía sentir especial placer en conducirse cual si fuera la criada de todas y de cada una de ellas.

¿Qué decir de sus mortificaciones y penitencias? Horror siente uno al tener que tocar este tema. En cierta ocasión llevó durante cuarenta días alrededor de su cuello y de sus brazos unos aros de hierro a los cuales estaban sujetas tres cadenas con las que ciñó su cuerpo tan apretadamente que, cuando al terminar la cuaresma intentó quitárselas, no pudo hacerlo porque se habían incrustado en su propia carne de tal modo, que para arrancarlas fue menester tirar fuertemente de ellas; a base de tirones se consiguió desprenderlas, pero la cintura quedóle convertida en una inmensa llaga de la que manaba la sangre a chorros.

Renunciamos a referir sus extraordinarios milagros porque la narración de los mismos resultaría demasiado larga.

Por fin, llena de méritos ante Dios fue por Él recompensada con la vida eterna del cielo.

La fiesta de esta santa se celebra el 13 de agosto.

Después de su muerte, una de las criadas que estuvieron a su servicio en palacio atrevióse temerariamente cierto día a sentarse en el sillón del trono de la santa reina, pero, nada más hacerlo, sintió que sus posaderas se quemaban y, aunque se levantó inmediatamente, continuó experimentando en aquella parte de su cuerpo un dolor tan vivo a lo largo de tres días, que la infortunada no cesaba de clamar diciendo:

—¡Oh señora mía, Radegunda! ¡He pecado! ¡Reconozco que hice mal, pero por favor, líbrame de este fuego que me abrasa!

Al cabo de tres días de espantoso sufrimiento,

durante los cuales tanto ella como todo el pueblo pidieron perdón a la santa, la criada quedó libre de sus dolores.

Capítulo CCXLI

SAN SERVACIO

San Servacio, hijo de padres judíos y pariente de Jesucristo en cuarto grado, nació en Armenia, y estando vacante la sede episcopal teutónica de Tongres, un ángel, cumpliendo órdenes divinas, lo condujo desde Jerusalén hasta la mencionada ciudad, lo consagró obispo y le encomendó el gobierno de la referida iglesia.

Cuando san Servacio hablaba de cosas espirituales, aunque lo hiciera en su propia lengua materna todos entendían perfectamente lo que decía; pero si trataba de asuntos temporales necesitaban que un intérprete les tradujere las palabras del obispo.

Los días en que este santo recibía en comunión el cuerpo del Señor no necesitaba tomar alimento alguno.

Tan poderoso fue en hacer milagros que con los restos de su comida curaba a los leprosos; con el agua en que se lavaba sus dedos sanaba a los enfermos; y mediante el contacto de sus manos o de sus pies devolvía la salud a cuantos la hubiesen perdido.

Los habitantes de Tongres se portaron muy mal con él, tan mal que hasta lo expulsaron de su sede. Cuando esto ocurrió, el santo obispo se marchó a Mastricht y, estando en esta ciudad, conoció por divina revelación que las Galias iban a ser invadidas y devastadas por los Hunos. Comunicó el santo estos y otros males que se avecinaban a los obispos galos, los cuales, dándose por enterados, rogaron a san Servacio que hiciese en nombre de ellos una peregrinación a los Santos Lugares para pedir a Dios que tuviese misericordia del país y de sus gentes.

En este viaje le ocurrieron al santo las siguientes cosas:

Un día, cuando se encontraba a punto de perecer de sed, el Señor envióle en su socorro la ayuda de un ángel que hizo brotar milagrosamente una fuente a la vera del camino y le dio de beber en una copa.

Al llegar san Servacio a Roma y entrar en la ciudad, todas las campanas de las iglesias de la urbe comenzaron a repicar por sí solas y sin ayuda de nadie.

Otro día, estando en oración suplicando a Dios que tuviese misericordia de las Galias, el Señor le reveló que la invasión de los Hunos ya se había producido, que todas aquellas provincias estaban padeciendo muchas calamidades en castigo de los pecados de sus habitantes, y que la ciudad de Mastricht sería salvaguardada por haberle acogido a él y tratádole respetuosamente.

Terminada su peregrinación, san Servacio regresó a Francia y exhortó a las gentes a que hiciesen penitencia.

Un día, mientras estaba celebrando el Santo Sacrificio, apareció un ángel a la derecha del altar, acercóse a él y le anunció que, en cuanto terminara de decir la misa, moriría. Así, efectivamente, ocurrió. Concluida la celebración, el santo elevó sus ojos al cielo y, a la vista de cuantos estaban en la iglesia, se durmió santamente en el Señor. Los asistentes fueron testigos de su piadosa muerte y de cómo, a continuación, descendieron del cielo unos ángeles y cubrieron con un velo de seda que traían en sus manos el cuerpo del santo obispo.

¡Oh feliz y glorioso pontífice que ya gozas de la presencia de Cristo! Socórrenos con tu poderosa intercesión para que también nosotros podamos reunirnos algún día con Él y contigo, y disfrutar de la eterna bienaventuranza. Amén.

Capítulo CCXLII

LA CORONA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

No se extrañen los creyentes de que celebremos hoy esta jubilosa y solemne fiesta en honor de la Corona de Nuestro Señor y Redentor Jesucristo. Como el Viernes Santo, día en que la Corona fue colocada en son de burla sobre la cabeza del Salvador, no debe ser jornada de alegría, sino de dolor para quienes somos miembros de su cuerpo místico, la Iglesia ha designado esta otra fecha para que en ella recordemos con regocijo la salvación de nuestra alma, obtenida a través de la corona de espinas. Hoy, pues, los fieles haremos bien si cantamos himnos de alabanza, devotamente, en honor del eterno Rey de la gloria; por-

que mediante la Corona de espinas que los ministros del infierno colocaron sobre la cabeza del Señor en plan de guasa como signo de realeza temporal, el Rey del universo nos consiguió la gloria, y, con la sagrada sangre que brotó de sus sienes punzadas por los aguijones de la ignominiosa corona, lavó las manchas de nuestros delitos y nos liberó de las penas que teníamos que padecer. Por tan maravilloso procedimiento la cabeza se abatió para obtener el perdón y la gracia en favor del cuerpo, y la parte más noble del organismo se rebajó para elevarnos a nosotros, sus miembros.

La sinagoga que era en realidad según la carne madre de Cristo, al coronar de espinas a nuestro Rey Salomón, obró con impiedad y crueldad de madrastra.

Avergüéncense los miembros de ambicionar glorias humanas viendo a su cabeza ignominiosamente traspasada por los aguijones de nuestros pecados. Sonrójense los miembros de sentirse tan delicados mientras su cabeza está coronada de espinas. Con guirnalda de abrojos coronó Judea a su Rey. El blanquísimo y lozano lirio recién florecido quedó bañado en la roja sangre que los agudos pinchos hicieron brotar de sus pétalos.

«Salió Jesús vestido de púrpura y llevando sobre su cabeza una corona de espinas», dice san Juan evangelista. Con esas armas y esos rojos vestidos saltó al campo de batalla nuestro defensor. Salgamos, pues, también nosotros de nuestros campamentos y vayamos al encuentro de quien de los suyos salió para socorrernos, y aliviémosle de la carga de injurias que sobre sí lleva, porque somos nosotros y no Él quienes tenemos el deber de soportarlas, ya que nosotros somos los responsables de sus infortunios y padecimientos, y digámosle con el rey David: *«Yo soy el culpable de que Él esté coronado de abrojos».*

¡Benditas espinas cuyos aguijones han hecho brotar esas gotas de roja sangre que han quebrantado las fuerzas del sultán del infierno y descorrido los cerrojos del reino de los cielos! ¡Benditas espinas, glorioso remedio de todos nuestros males!

¡Oh bienaventurada espina.
guirnalda del Rey de la gloria,
ornato de la Iglesia,
del mundo medicina
y de nuestra angustia actual
dulcísima resina!

¡Oh Cristo Jesús, que padeciste por nosotros, haz que tu Corona de espinas sea para nosotros resina y medicina! Amén.

Capítulo CCXLIII

VIDA Y COMPORTAMIENTO DE SAN ROMÁN, ABAD

El santo varón de Dios, Román, ya desde niño vivió como un monje. Desde su más tierna infancia comenzó a practicar la observaciones monásticas. Siendo aún muy pequeño sometióse a la disciplina monacal: ayunaba rigurosamente, acudía asidua y puntualmente a los oficios nocturnos, y a pesar de su corta edad mortificaba su cuerpecillo con las mismas austeridades y penitencias que las personas provectas.

Traspasados los límites de la adolescencia entró en los años de la virilidad perfectamente adiestrado en el ejercicio de todas las virtudes.

Dios se sirvió de él para despertar en otros muchos deseos de abandonar el mundo, ansias de santidad y propósitos de imitarle. Uno de éstos fue san Benito, quien, cierto día, cuando ya se había decidido a huir de las vanidades y glorias temporales y a retirarse a un desierto, yendo por un camino en busca de algún lugar apartado y recoleto para hacer vida eremítica se encontró con san Román. Este preguntó al desconocido viandante que a dónde iba y, al conocer por su respuesta sus planes, animóle a llevarlos a la práctica, prometióle que no descubriría a nadie el sitio donde pensaba recogerse, le dio muchos y buenos consejos, le impuso con sus propias manos el hábito religioso, y le ayudó cuanto pudo.

Tres años permaneció san Benito haciendo vida anacorética en el interior de una angostísima gruta sin que nadie, a excepción de san Román, supiese nada ni de su paradero ni de lo que hubiera sido de él.

San Román, que por entonces vivía sometido voluntariamente a la obediencia de san Adeodato en compañía de otros monjes, y no lejos de la cueva en que se ocultaba san Benito, hurtaba piadosamente algún pan de la despensa de los eremitas y en determinados días, procurando que san Adeodato no se enterara, salía de la celda y llevaba secretamente aquel suministro a san Benito. Como no había camino que uniera su celda con la cueva de san Benito, ya que esta cueva se encontraba situada a cierta altura sobre el suelo en la escarpada pared natural de una inmensa y altísima roca, san Román hacía llegar el pan a su amigo mediante un curioso procedimiento: colocábase él en la cima y al borde del elevado precipicio; ataba la hogaza al extremo de una larguísima cuerda de la que pendía una esquila; hacía descender el pan hasta la entrada de la caverna; y como mientras el pan descendía la campanilla que iba atada al cordel tintineaba, san Benito, avisado por el tintineo de la esquila, salía de su encierro, cogía el pan, e inmediatamente después san Román halaba la cuerda, la enrollaba y regresaba a su eremitorio. Todo marchó bien durante algún tiempo; pero un día, el demonio, envidioso de la caridad de san Román, para impedirle que continuara ejerciéndola le quebró la campanilla; el santo varón, amado de Dios, consiguió, sin embargo, ingeniárselas como pudo y valiéndose de diferentes procedimientos prosiguió practicando la piadosa obra de proporcionar a san Benito el pan que necesitaba, hasta que éste, dirigido por la divina providencia, dejó aquel estrecho encierro y se fue a otra parte para dar a conocer al mundo el nombre del Señor a cuyo servicio habíase consagrado.

Por entonces se desencadenó una gravísima tempestad de guerras que asolaron la nación italiana y devastaron la mayor parte de las provincias del Imperio romano: los godos, los alanos, los vándalos, incendiaban y destruían las poblaciones por donde pasaban y asesinaban a sus moradores. El piadoso san Román no cesaba de rezar, pidiendo al Señor que protegiera a su Iglesia redimida con su sangre, y que la salvara de aquellos horrores haciendo que los cristianos permanecieran firmes en su fe. En respuesta a estas oraciones, Jesucristo le ordenó que saliera de Italia y se trasladara a las Galias para predicar a lo largo y ancho de sus tierras la palabra divina, y enseñar con su ejemplo a las gentes el modo de observar con fidelidad plena la ley de Dios. Manifestóle el Señor que no tuviera miedo, aseguróle que Él le asistiría en todo momento con su gracia, y le anunció que su misión sería muy fructífera porque la sementera que él, su solícito siervo, iba a hacer entre los demás siervos, daría a su debido tiempo una abundante cosecha de buen trigo. Obediente el santo a este mandato del Divino Espíritu, reunió a los monjes con quienes vivía y les habló de esta manera:

—Hermanos y amigos míos, luz de mis ojos y prenda gozosa y preciadísima de mi amor; oíd lo que yo, siervo de Cristo y compañero, amigo y hermano vuestro, voy a deciros. Estáis enterados de los males que afligen al mundo; conocéis las calamidades que sufre la humanidad; el llanto, el miedo y la imagen de la muerte se han enseñoreado de la tierra; todo esto no es fruto del azar sino evidente castigo de la ira divina. Los pecados de los hombres han obligado al Señor a pasar de la paciencia a la irritación, y de la mansedumbre a la severidad. Duros son los azotes con que está flagelando al genero humano aunque no tanto como la gravedad de los delitos merecen. En esta ocasión todavía no ha llegado a arrasar con lluvia de fuego nuestra pecadora tierra como hizo antiguamente con las ciudades de Sodoma y Gomorra. No creamos, pues, que Dios se está extremando ni que obra injustamente con un mundo que parece haberse empeñado en destruirse a sí mismo con sus propias iniquidades. Cristo nos ha prometido otra vida de eterna duración, incorruptible y permanente, exenta de dolor, saturada de abundancia y de alegría; en ella residen la felicidad inmortal, la eterna seguridad y la segura eternidad. Quienes esperamos conseguir esa vida tenemos que aceptar sin miedo y hasta con alegría las calamidades que el mundo actualmente padece, porque ellas constituyen una señal de que se acerca el final de nuestra peregrinación. Yo, santísimos hermanos míos, si Dios me hubiera permitido realizar mis propósitos, hubiese permanecido aquí como hasta ahora, beneficiándome de vuestra compañía, compartiendo con vosotros lo próspero y lo adverso que la existencia nos deparase, soportando pacientemente con vuestra ayuda las penalidades de cada día y preparándome para morir piadosamente a vuestro lado cuando el Señor tuviese a bien lla-

marme. Pero el hombre no es dueño de sus destinos. Nuestro ser y nuestra voluntad pertenecen al Ser Supremo que dispone todas las cosas con prudencia y serenidad en orden a la realización de sus planes soberanos. Dios me ha ordenado que marche a las Galias. Tengo el deber de obedecerle e ir a donde Él me ha dicho que vaya. Os ruego, pues, que no intentéis retenerme aquí. Pero antes de separarme de vosotros os aseguro de mientras mi alma continúe viviendo en este vaso de barro que es mi cuerpo, os llevaré dentro de mis entrañas; vuestro recuerdo permanecerá siempre conmigo alojado en lo más hondo de mi corazón. Lo merecéis. Os prometo que diariamente pediré al omnipotente Dios que vele por vosotros, que os proteja con el valladar de su misericordia, que os preserve de los males de este mundo, y que cuando llegue la hora de sacaros de él os conduzca al reino de los cielos. Que Él me conceda a mí, su inútil y vilísimo siervo, la gracia de veros de nuevo en la eterna mansión de la gloria.

Dicho esto, el bienaventurado padre san Román se despidió de ellos y se marchó. De Italia pasó a las Galias, y al entrar en este país se dirigió a un lugar llamado Fuentecaliente, cerca de Auxerre, en donde vivió durante algún tiempo, y construyó con la ayuda divina un monasterio; con sus palabras y ejemplos encarriló por la senda de la virtud a muchos que, convertidos por él, abandonaron las mundanas vanidades y, deseosos de emplear el resto de sus existencias en el servicio de Jesucristo, abrazaron la vida religiosa. Allí existe todavía hoy una basílica dedicada a este santo, en la cual y por su mediación, el Señor, para alabanza y honra de su propio nombre y del de su siervo san Román, obra abundantes milagros.

El pisimo varón de Dios san Román, después de una vida gloriosa dedicada enteramente a la práctica de la virtud, lleno de merecimientos adquiridos a lo largo de su existencia, empleada toda ella incansablemente en adquirir la perfección monástica, un 28 de febrero terminó su carrera terrena, una carrera durante la cual tantos milagros obrara, y al terminarla, consiguió lo que tan ardientemente había deseado a lo largo de la misma: emigrar a la felicidad eterna. Sus monjes lo sepultaron en la mencionada basílica del referido monasterio, pero como la abadía estaba edificada en un sitio algo retirado y el acceso de los fieles hasta ella entrañaba notables dificultades a los muchísimos devotos que deseaban visitar y honrar la sepultura del santo, algunos años más tarde su sagrado cuerpo fue trasladado a la ciudad de Auxerre y enterrado en la iglesia de san Amador. Posteriormente se efectuó un nuevo traslado: los sagrados restos de san Román fueron llevados procesional y solemnísimamente, entre cánticos, himnos y luminarias, desde la mencionada iglesia de san Amador a la del monasterio del bienaventurado san Germán, que fue obispo de la susodicha ciudad de Auxerre, y en esta población y en este templo quedaron definitivamente sepultados. En este su actual sepulcro san Román obra numerosos milagros en favor de sus devotos, y óbralos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien conviene todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

Indice onomástico

Abdón 422
Adaucto 555
Adelfo 873
Adrián 577
Afra 906
Agatón 787
Agueda 167
Agustín 531
Albogasto 870
Aldalrico 906
Amando 171
Ambrosio 239
Ana 955
Anemundo 973
Anselmo 978
Apolonia 278
Aquileo 317
Alejo 378
Anastasia 58
Andrés 29
Antonio 107
Apolinar 392
Arsenio 785

Barlaán 789
Bárbara 896
Bartolomé 523
Basilio 123
Blas 164
Benito 200
Bernabé 325
Bernardino de Siena 951
Bernardo 511
Bonifacio 299
Brígida 903
Bricio 728
Buenaventura 953

Calixto 663
Catalina 765
Catalina (El milagro de) 923
Catalina de Siena 969
Cecilia 747
Celso 414
Cipriano 575
Ciriaco 459
Clara 975
Clemente 753
Cornelio 575
Cosme 615
Conrado 840
Crisanto 676
Crisógono 764
Cristina 394
Cristóbal 405
Cunegunda 909

Damián 615
Daría 676
Dionisio 657
Domingo 440
Donato 457
Dorotea 918
Doroteo 581

Epímaco 317
Eleuterio 657
Eloy 980
Enrique 895
Erasmo 882
Escolástica 876
Esteban, papa 60
Esteban 435
Eufemia 599
Eusebio 427
Eustaquio 688
Fabián 111
Fabián 276
Faustino 418
Feliciano 324

Felicidad . . . 774
Felipe . . . 277
Félix . . . 105
Félix (y san Adaucto) . . . 555
Félix, papa . . . 418
Fermín . . . 974
Filiberto . . . 977
Florián . . . 882
Fortunato . . . 965
Francisco . . . 639
Furseo . . . 618
Fusiano . . . 967

Galo . . . 866
Gangulfo . . . 905
Genoveva . . . 937
Gervasio . . . 332
Germán . . . 423
Gil . . . 563
Gordiano . . . 317
Gorgonio . . . 581
Gregorio . . . 185

Hilario . . . 100
Hilarión . . . 841
Hipólito . . . 473
Honorato . . . 966

Ignacio . . . 154
Inés . . . 116
Ireneo . . . 963
Isabel . . . 730

Jacinto . . . 582
Jadoc . . . 834
Jerónimo . . . 630
Jorge . . . 248
Josafat . . . 789
José . . . 962
Juan (apóstol y evangelista) . . . 65
Juan (y san Pablo) . . . 342
Juan, abad . . . 782
Juan, *ante portam latinam* . . . 294
Juan Crisóstomo . . . 591
Juan Limosnero . . . 128
Julián . . . 141
Juliana . . . 174
Julita . . . 330
Judas . . . 681
Justina . . . 611
Justo . . . 968

Kilián . . . 890

Lamberto . . . 576
Lázaro . . . 975
Leodegario . . . 637
León . . . 345
Leonardo . . . 664
Longinos . . . 198
Lorenzo . . . 461
Lucas . . . 668
Lucía . . . 43
Luis, rey de los franceses . . . 925
Lupo . . . 559

Macabeos . . . 429
Macario . . . 103
Mamertino . . . 561
Marcelino . . . 259
Marcelo (obispo de París) . . . 935
Marcelo . . . 106
Marcos, evangelista . . . 253
María Egipciaca . . . 237
María Magdalena . . . 382
Margarita . . . 653
Margarita . . . 376
Marina . . . 331
Marta . . . 419
Martín . . . 718
Mateo . . . 601
Matías . . . 180
Mauricio . . . 607
Miguel Arcángel . . . 620
Modesto . . . 328
Moisés . . . 783

Nazario . . . 414
Nereo . . . 317
Nicolás . . . 37

Oswaldo . . . 907
Othmaro . . . 838
Otilia . . . 862

Pablo (y san Juan) . . . 342
Pablo (ermitaño) . . . 97
Pablo (apóstol) . . . 357
Pancracio . . . 319
Pastor . . . 779
Patricio . . . 208
Paula . . . 137
Práxedes . . . 382
Pedro (apóstol) . . . 347
Pedro *Ad Vincula* . . . 430
Pedro, exorcista . . . 323
Pedro, mártir . . . 265
Pelagia . . . 652
Pelagio . . . 803
Perpetua . . . 774
Petronila . . . 322
Primo . . . 324
Protasio . . . 332
Proto . . . 582

Quintín . . . 687
Quirce . . . 330

Radegunda . . . 981
Remigio . . . 99

Remigio 636
Román 984
Roque 954
Ruperto 878
Rústico 657

Sabina 556
Sabiniano 556
Santiago (apóstol) 279
Santiago, el Interciso 776
Santiago el Mayor 396
Saturnino 774
Sebastián 111
Segundo 235
Senén 422
Servacio 983
Siete santos hermanos 371
Silvestre 76
Simón 681
Simplicio 418
Sinforiano 522
Sixto 456
Sofía 199
Tais 655
Tecla 908
Teodora 372
Teodoro 717
Timoteo 216
Timoteo 522
Tomás (apóstol) 46
Tomás de Aquino 929
Tomás Cantuariense 73

Udalrico 864
Urbano 320

Valentín 173
Vedasto 171
Vicente (confesor) 971
Vicente 120
Vidal 259
Vito 328

Wolfgango 920

M C
P